

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA**



**TESIS DOCTORAL**

**El trienio constitucional en la obra de Pérez Galdós**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Ricardo Martínez Cañas

DIRIGIDA POR

Carlos Seco Serrano

**Madrid, 2002**

ISBN: 978-84-8466-087-3

© Ricardo Martínez Cañas, 1994

**Ricardo Martínez Cañas**

**EL TRIENIO CONSTITUCIONAL EN LA OBRA DE PEREZ GALDOS**

Tesis Doctoral dirigida por el

**Dr. D. Carlos Seco Serrano,**

Catedrático de Historia Contemporánea de España en la

Facultad de Ciencias de la Información de la

Universidad Complutense de Madrid.

**Vol. I**

Departamento de Historia Contemporánea,  
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA,  
Universidad Complutense de Madrid.  
Madrid, 1994



# **I N D I C E**

## **Vol. I**

### **INTRODUCCION**

La elección del tema . . . . .	XI
Hipótesis . . . . .	XV
Metodología y fuentes . . . . .	XVI
Agradecimientos . . . . .	XXII

### **1. LOS TEXTOS DE GALDOS**

#### **1.1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CUESTION DE LAS FUENTES HISTORICAS DE GALDOS Y DE SU OBRA COMO**

<b>FUENTE HISTORICA . . . . .</b>	<b>1</b>
1.1.1. La inevitable implicación de las fuentes . . . . .	1
1.1.2. El concepto de Historia galdosiano . . . . .	8
1.1.2.1. Lo que Galdós mismo dice sobre él . . . . .	8
1.1.2.2. Lo dicho en algunos estudios sobre Galdós . . . . .	14
1.1.3. Subordinación de la novela a la historia y servicio de ambas a la educación . . . . .	19
1.1.3.1. La subordinación de la novela a la historia . . . . .	20
1.1.3.2. La proyección educativa de la obra de Galdós . . . . .	30

#### **1.2. OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO CONSTITUCIONAL:**

<b>CONTEXTO HISTORICO-BIOGRAFICO EN QUE SE GENERAN . . . . .</b>	<b>38</b>
1.2.1. Acotamiento de las obras que principalmente nos atañen . . . . .	38
1.2.2. Contexto histórico-biográfico en que Galdós escribe estas obras . . . . .	43
1.2.2.1. Consideraciones previas . . . . .	43
1.2.2.2. Lo familiar en Pérez Galdós . . . . .	48

1.2.2.3. Línea académico-cultural . . . . .	54
1.2.2.4. Las vivencias amorosas . . . . .	56
1.2.2.5. El impacto de lo político y madrileño en la actitud de Galdós . . . . .	57
<b>1.3. PRINCIPALES FUENTES, PERSONAJES Y LINEAS ARGUMENTALES</b>	
<b>DE LAS OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO . . . . .</b>	<b>70</b>
1.3.1. "La Fontana de Oro" . . . . .	71
1.3.2. La primera serie de Episodios Nacionales . . . . .	91
1.3.3. "El equipaje del rey José" . . . . .	99
1.3.4. "Memorias de un cortesano de 1815" . . . . .	137
1.3.5. "La segunda casaca" . . . . .	144
1.3.6. "El Grande Oriente" . . . . .	156
1.3.7. El "7 de Julio" . . . . .	166
1.3.8. "Los Cien mil Hijos de San Luis" . . . . .	170
1.3.9. El drama "La fiera" . . . . .	174
 <b>2. LA REVOLUCION DE 1820</b>	
<b>2.1. MOTIVACIONES PRINCIPALES . . . . .</b>	<b>176</b>
2.1.1. La atracción del liberalismo . . . . .	177
2.1.1.1. Antecedentes y desarrollo . . . . .	177
2.1.1.2. Algunas concreciones de esta atracción . . . . .	194
2.1.2. El rechazo al absolutismo . . . . .	203
2.1.2.1. Rechazo a la violencia con que el absolutismo se reinstala y se mantiene . . . . .	204
2.1.2.1.1. El "golpe de Estado del 10 de mayo" de 1814 . . .	204
2.1.2.1.2. La represión política: procesos <i>judiciales</i> y desenlace <i>político</i> . . . . .	217
2.1.2.1.3. La contrarrevolución preventiva . . . . .	221

2.1.2.4. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad con las necesidades económicas y financieras . . . . .	307
2.1.2.4.1. Aumento de los gastos y merma de los ingresos: la pérdida de <i>las Américas</i> y el difícil intento de recuperarlas . . . . .	307
2.1.2.4.2. La malhadada compra de barcos rusos . . . . .	317
2.1.2.4.3. La opción de sustituir las Américas sustituyendo al absolutismo . . . . .	323
2.1.2.4.3.1. Su acogida en el Ejército . . . . .	323
2.1.2.4.3.2. La opción sustitutoria en la burguesía . . . . .	328
2.2. EL DESARROLLO DE LOS HECHOS . . . . .	335
2.2.1. La conspiración "decimocuarta" . . . . .	336
2.2.1.1. Su presencia ambiental . . . . .	336
2.2.1.2. Desarrollo y apoyos sociales de esta conspiración . . . . .	338
2.2.1.3. Las sociedades secretas como cauce de esta conspiración . . . . .	346
2.2.1.4. Extensión y organización territorial de estas sociedades . . . . .	354
2.2.1.5. El eco simbólico de esta conspiración . . . . .	361
2.2.2. Pronunciamiento militar y pasividad civil . . . . .	366
2.2.2.1. El pronunciamiento y sus primeros protagonistas . . . . .	366
2.2.2.2. La indecisa lentitud de los sublevados y su eco en Madrid . . . . .	371
2.2.2.3. La temerosa inhibición rural . . . . .	378
2.2.2.4. La problemática legitimidad revolucionaria . . . . .	385
2.2.3. Amenaza revolucionaria y jura real . . . . .	394
2.2.3.1. Resonancia madrileña de la nueva fase revolucionaria provincial . . . . .	394
2.2.3.2. El protagonismo revolucionario de la Capital . . . . .	399
2.2.3.3. El cambio de instituciones y personas . . . . .	409
2.2.3.4. Expresión simbólica de la dificultad implicada por la revolución pendiente . . . . .	413



2.1.2.2. Rechazo a la ineptitud y corrupción de los gobernantes fernandinos . . . . .	231
2.1.2.2.1. La ineptitud . . . . .	232
2.1.2.2.1.1. Algunos restauradores significados . . . . .	232
2.1.2.2.1.2. El infante don Antonio Pascual y su tertulia . . . . .	233
2.1.2.2.1.3. El Real Consejo y Cámara de Castilla . . . . .	234
2.1.2.2.1.4. La <i>camarilla</i> Real y la benéfica influencia de Isabel de Braganza sobre ella . . . . .	234
2.1.2.2.1.5. Los secretarios del Despacho . . . . .	242
2.1.2.2.2. La corrupción . . . . .	250
2.1.2.2.2.1. El Rey: su selección de colaboradores . . . . .	251
2.1.2.2.2.2. El sistema de camarilla: su utilización por el Rey y por sus demás miembros . . . . .	252
2.1.2.2.2.3. El nepotismo y amiguismo en el reparto de destinos . . . . .	253
2.1.2.2.2.4. La generalización de esta tendencia y la venta de destinos . . . . .	259
2.1.2.2.2.5. Las raudas carreras y enriquecimientos personales . . . . .	264
2.1.2.2.3. Manifestaciones de rechazo . . . . .	269
2.1.2.3. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad natural con la dignidad humana . . . . .	273
2.1.2.3.1. La alianza del Trono y el Altar . . . . .	273
2.1.2.3.2. La Inquisición: restablecimiento y funciones . . . . .	286
2.1.2.3.3. Servidumbres y privilegios estamentales . . . . .	294
2.1.2.3.4. Una actitud consecuente . . . . .	305

3.1.2.5. La Sociedad Patriótica Landaburiana . . . . .	521
3.2. DISCORDIAS EN LA <i>FRANCA MARCHA "POR LA</i>	
<i>SENDA CONSTITUCIONAL"</i> . . . . .	525
3.2.1. El enfrentamiento de Fernando VII con el régimen constitucional . .	526
3.2.2. La escisión de los liberales . . . . .	532
3.2.3. La conspiración de Vinuesa . . . . .	548
3.2.4. Los escollos de la "senda constitucional" establecida en 1812 . . . .	554
3.3. LA CONFLICTIVA NECESIDAD DE EDUCACION . . . . .	557
3.3.1. La difusión de los nuevos valores legalizados . . . . .	558
3.3.2. Cambio de modelos . . . . .	562
3.3.3. Politización <i>versus</i> culturización . . . . .	566
3.3.4. Expresión simbólica del problema: evolución frente a revolución . .	575
3.3.5. Especial referencia a la lenta formación de hábitos . . . . .	577
3.4. DETERIORO DE LA REVOLUCION . . . . .	581
3.4.1. Su manifestación en el caso Vinuesa . . . . .	582
3.4.1.1. La imagen de partida . . . . .	582
3.4.1.2. El Discurso de la Coletilla y el cese del	
Ministerio Argüelles . . . . .	587
3.4.1.3. Del idealismo al posibilismo: nuevas dificultades y	
reducción de las aspiraciones revolucionarias . . . . .	595
3.4.1.4. La polémica sentencia contra Vinuesa . . . . .	601
3.4.1.5. Un asesinato anunciado . . . . .	608
3.4.2. Nueva fase e imágenes de este deterioro . . . . .	613
3.4.2.1. La <i>Batalla de Platerías</i> . . . . .	614
3.4.2.2. La manipulación absolutista de la "anarquía" exaltada . . . .	626
3.4.2.3. Simbolismo y mensaje de "La Fontana de Oro" sobre	
esta cuestión . . . . .	630
3.4.2.4. El final de un "año de anarquía": caída del Gobierno	
Feliú ante las sociedades secretas . . . . .	634

Vol. II

4. ACCION REALISTA ESPAÑOLA: EL 7 DE JULIO

4.1. EL ESTADO DE COSAS ESPAÑOL EN LA PRIMAVERA DE 1822 . . . .	639
4.1.1. <i>Crescendo</i> e institucionalización de la tendencia <i>exaltada</i> :	
Riego y su ejército en las Cortes . . . . .	639
4.1.1.1. La exaltación ambiental . . . . .	640
4.1.1.2. La personalidad del duque del Parque y las implicaciones de su militancia en el partido exaltado . . . . .	642
4.1.1.3. La entrada del ejército de Riego en las Cortes que éste presidía . . . . .	648
4.1.2. Carácter, comportamiento y actitudes de las principales instituciones y grupos . . . . .	658
4.1.3. La especial referencia de Galdós a la Milicia Nacional . . . . .	667
4.2. LA CLAUSURA DE LAS CORTES Y SUS INCIDENCIAS . . . . .	678
4.2.1. Los inmediatos antecedentes novelescos e históricos . . . . .	678
4.2.2. El día del cierre de la legislatura . . . . .	687
4.2.3. Rebeldía de la Guardia y negociación armada . . . . .	691
4.2.3.1. El reto y los contendientes . . . . .	691
4.2.3.2. Entre la negociación y la confrontación armada . . . . .	695
4.2.3.3. Eco simbólico de la situación en el plano novelesco . . . .	707
4.3. EL TRIUNFO POPULAR DEL 7 DE JULIO . . . . .	710
4.3.1. El batallar <i>vivido</i> por Solita . . . . .	710
4.3.2. Ciudadanos frente a guerreros . . . . .	716
4.3.3. Rendición y huida de los Guardias rebeldes . . . . .	726
4.3.4. El simbólico acabamiento de Gil de la Cuadra . . . . .	733
4.4. LA SITUACION "EXALTADA" RESULTANTE . . . . .	737
4.4.1. La nueva casa de Solita . . . . .	737
4.4.2. Las celebraciones populares . . . . .	738
4.4.3. El primer "ministerio exaltado" . . . . .	741

4.4.4. El Rey: destierro de sus <i>pérfidos</i> palaciegos y <i>fraternal</i> entrevista con Riego . . . . .	744
4.4.5. La liberación de Solita, su incipiente idilio con Monsalud y la posesión de éste por Jenara . . . . .	748
 <b>5. LA INTERVENCION EXTRANJERA</b>	
5.1. INICIATIVAS ESPAÑOLAS EN PRO DE ESTA INTERVENCION . . . . .	753
5.1.1. Primeras actuaciones y logros de los agentes de Fernando VII en Francia: los núcleos de Bayona y París . . . . .	753
5.1.2. El núcleo de Madrid: sus integrantes y sus relaciones . . . . .	759
5.1.3. La Regencia de Urgel . . . . .	762
5.1.3.1. Su papel instrumental . . . . .	762
5.1.3.2. Su apoyo partisano . . . . .	765
5.1.3.3. Personalidad de los Regentes . . . . .	768
5.1.3.4. El acto de la proclamación y su significado . . . . .	770
5.2. LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL ANTE LA AMENAZA DE INTERVENCION EXTRANJERA . . . . .	773
5.2.1. La simbólica relación y circunstancias de Jenara y Monsalud . . . . .	773
5.2.2. La acción contraguerrillera: Espoz y Mina . . . . .	777
5.2.3. La "retumbante y guerrera" respuesta del Gobierno San Miguel a las "notas de las potencias" . . . . .	791
5.3. MOTIVACIONES DE LA INTERVENCION MILITAR <i>FRANCESA</i> . . . . .	799
5.3.1. El temor europeo al contagio revolucionario . . . . .	799
5.3.2. Efecto justificador e incitador de la actitud del Rey de España . . . . .	803
5.3.3. Los deseos franceses de seguridad, revancha y prestigio . . . . .	806
5.3.4. Simbolismo de las relaciones entre Jenara y Montguyón . . . . .	819
5.4. EL FACIL AVANCE DE <i>LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS</i> . . . . .	821
5.4.1. El previsor traslado de la Corte a Sevilla . . . . .	821
5.4.2. El paso francés de la frontera española . . . . .	828
5.4.3. Paso a los "enviados de Dios" . . . . .	833



5.4.4. La simbólica lucha de Jenara con Solita por Monsalud y el decaimiento de éste . . . . .	838
5.4.5. La reacción absolutista de Madrid y su simbólico atropello de Monsalud . . . . .	844
5.4.6. El simbólico traslado de Monsalud a Sevilla en compañía de Andrea y seguido por Jenara . . . . .	848
5.5. LA SEVILLA CORTESANA: FORMACION DE LA REGENCIA CONSTITUCIONAL Y HUIDA DE LA CORTE A CADIZ .	854
5.5.1. El ambiente de Sevilla . . . . .	855
5.5.2. La Regencia constitucional . . . . .	861
5.5.2.1. La actitud del Rey . . . . .	862
5.5.2.2. La respuesta de las Cortes al Rey y la simultánea interferencia del marqués de Falfán entre Jenara y Monsalud	864
5.5.2.3. La acción de la Iglesia . . . . .	876
5.5.2.4. Los celos entre las amantes de Monsalud como trasunto de los existentes entre las parcialidades liberales: su manifestación ante el viaje a Cádiz . . . . .	881
5.6. FASE FINAL DEL TRIENIO: CADIZ . . . . .	887
5.6.1. Breve imagen político-militar de la España del momento . . . . .	887
5.6.2. La conquista francesa del Trocadero . . . . .	892
5.6.3. Otros triunfos y presiones franceses ante la desesperada resistencia del gobierno constitucional español . . . . .	897
5.6.4. Rendición del Gobierno constitucional, liberación de Fernando VII y exilio liberal . . . . .	900
A MODO DE EPILOGO . . . . .	910
CONCLUSIONES . . . . .	917
BIBLIOGRAFIA . . . . .	934

## INTRODUCCION

### La elección del tema

Este trabajo responde al interés que en nosotros despertó la sinérgica asociación de los dos términos de su título: el Trienio Constitucional (1820-1823) y la obra de Pérez Galdós.

El Trienio tiene el atractivo de ser la primera etapa de la España contemporánea en que *intervienen todos los elementos de la Monarquía perfilada en la Constitución de 1812*. Como dice el profesor Comellas, "el Trienio Constitucional es, pese a su reducida extensión cronológica, un período rico en contenido, denso, vivo y vibrante, que tiene, además, la fuerza y la savia del brote reciente. Todos los elementos fundamentales que habrían de configurar el liberalismo español allí se encuentran; y se encuentran como fuerzas recién salidas a la historia, en sus formas más originarias, más puras, si es que esto puede escribirse: es decir, sin evolucionar, sin desgaste histórico"<sup>1</sup>. Su existencia

---

<sup>1</sup> COMELLAS GARCIA-LLERA, José Luis: "El Trienio Constitucional". Ed. Rialp, S.A., Madrid, 1963, p 9. "El interés histórico del Trienio Constitucional -dice el profesor Pabón- fue sentido por todos. Los actores: Argüelles y San Miguel. Los maestros de la creación literaria: Galdós y Baroja. Los historiadores liberales y no liberales: Villa-Urrutia, Gamba, Comellas. Los que obtienen actualmente los grados académicos y escriben sus tesis doctorales (...). Para nosotros, ahora, ofrece un interés de primer plano: el Trienio fue una encrucijada en que todos tuvieron que elegir camino. Y necesitamos percibir el juego político que obligó a la decisión". PABON, Jesús (con introducción, estructuración y publicación por el profesor Seco Serrano): "Narváz y su época". Espasa-Calpe, Madrid, 1983, p 148.

presupone algunos cambios en el conjunto social que en 1814 resultó privado de dicha Constitución y que ahora, en el breve espacio de seis años, consigue restablecerla. Además, este restablecimiento resulta aún más significativo si se tiene en cuenta que, a diferencia de lo ocurrido en la fase revolucionaria iniciada en 1808, no se logra en 1820 al socaire de la necesidad de un Poder que encabezase la voluntad de resistencia al invasor, ni de la ocasión propiciada por la ausencia del Rey, ni del deseo de arrebatarse a Napoleón la bandera reformista, sino, por el contrario, venciendo la represión absolutista interior y la negativa actitud de la Europa de la Santa Alianza, cuya primera resquebrajadura viene a representar la Revolución que nos ocupa<sup>2</sup>. Este último hecho, que dota a España del protagonismo internacional que entonces tiene -y que contribuye al interés de tal momento histórico-, resulta especialmente destacado por el profesor Artola, cuya opinión es que la importancia de la Revolución de 1820 no está en sus realizadores ni en su obra reformista, sino en que fue "el primer asalto victorioso a la fortaleza del legitimismo continental"<sup>3</sup>.

En cuanto al segundo término, está por medio la cada vez más reconocida importancia histórica de las fuentes literarias y la muy especial significación entre ellas de la obra de Galdós, cuyo estudio obviarnos aquí por ser objeto particular de nuestro primer capítulo<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Así está implícito en testimonios tan autorizados y conocidos como los de Miraflores, Quintana, Mesonero, Vayo (?), Presas, Argüelles, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Santillán, Van Halen, Fernández de Córdova, Chateaubriand, etc., y en estudios posteriores -Artola, Comellas, Gil Novales, Revuelta y tantos otros...-, cuya cita completa, que luego se hace en notas al texto y en la bibliografía, parece innecesaria aquí.

<sup>3</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Tomo XXVI de la "Historia de España" dirigida por R. Menéndez Pidal y continuada por el profesor J-M<sup>a</sup> Jover Zamora. Ed. Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1968, p 801.

<sup>4</sup> Dos ejemplos, muy significativos y próximos, de dicho reconocimiento son los de los profesores Seco Serrano y Jover Zamora, Director y Ponente, respectivamente, de esta tesis doctoral. El primero reúne en un libro titulado "Sociedad, Literatura y Política en la España del S. XIX" (Guadiana, Madrid, 1973) algunos de sus estudios históricos anteriores sobre fuentes literarias: "Larra: el liberalismo idealista"; "Mesonero Romanos: la pleamar burguesa"; "**Los Episodios Nacionales como fuente histórica**"; "Valle-Inclán y la España oficial"; y "Entre la acracia y el *Cirujano de Hierro*. Acotaciones a *Aurora Roja*". Y aún hay algún otro sobre la novela de Galdós, que luego citamos. Por otra parte, en la respuesta a su discurso de ingreso en la R.A.H., el profesor Angulo Iñiguez, representando el criterio de tan *docta institución*, le señala entre sus otros méritos haber "sabido descubrir en la obra literaria el gran valor que puede tener para el historiador como testimonio del sentir de su época, del sentir del hombre de su tiempo ante una situación determinada". Discurso Cit. R.A.H., Madrid p 138.

De los trabajos que el profesor Jover ha realizado sobre el valor de la literatura como fuente histórica cabe destacar su *estudio crítico* titulado "De la Literatura a la Historia: la Valencia de la Restauración en la retina (continúa...)

Hemos de señalar, sin embargo, -pues de ello resulta en parte la aludida sinergia- que la Historia, en cuanto raíz explicativa de su sociedad, es materia constante de la obra de Galdós<sup>5</sup>; y que, dentro de esta obra, el triunfo revolucionario del Trienio, y su pronta frustración, son objeto de atención prioritaria, detenida y recurrente, pues Galdós no sólo elige el ambiente de este período como tema de su primera novela publicada -"La Fontana de Oro" (1870)-, sino que, como luego veremos, remansa en él la visión que del fluir histórico del siglo XIX muestra en sus Episodios Nacionales y, entre los años 1875-1877, le dedica expresamente cuatro de ellos. Atención que todavía resurge en 1896, con su drama "La fiera", y en 1906, cuando escribe "Prim", según muestra la "Historia lógico-natural de los españoles de ambos mundos en el siglo XIX" que Galdós pone en boca de Santiuste-Confusio.

Se trata, pues, a nuestros ojos, de un período histórico que une a su atractivo intrínseco el de acaparar una significativa muestra de la obra de Galdós. Uno y otro aspecto nos

---

<sup>4</sup>(...continuación)

de Blasco Ibáñez" (En Rev. "Hispania". Año 1966, T 26, pp 559-605), sobre el libro "Valencia en les novelles de Blasco Ibáñez. Proletariat i burguesía", de Enrique Sebas iá (Valencia, L'Estel, 1966) -que viene a ser otro ejemplo en esta línea-; los relativos a la obra de Ramón J. Sender -de los que es fruto su "Edición, introducción y notas" a "Mister Witt en el Cantón", Castalia, Madrid, 1987 y su anunciada "Historia y novela en R. J. Sender", Madrid, Castalia (en prensa)-; la reciente conferencia expresamente titulada "De la Literatura como fuente histórica". Publicada en "Boletín de la Real Academia de la Historia", Madrid, enero-abril de 1992, T CLXXXIX, pp 23-42; y, especialmente en este caso, los relativos a la de Galdós:

- "El fusilamiento de los sargentos del cuartel de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós". En "El comentario de textos. 2. De Galdós a García Márquez". Ed. Castalia, Madrid, 1974, pp. 15-110; reeditado, en "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Turner, Madrid, 1976, pp. 365-430; y
- "La imagen de la Primera República en la España de la Restauración", discurso de ingreso en la R.A.H., que tiene como capítulo principal el dedicado a "La Primera República en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós". R.A.H., Madrid, 1982.

Es así mismo significativo el éxito de los numerosos congresos galdosianos, nacionales e internacionales, que en los últimos veinticinco años se van celebrando; los homenajes a Galdós, las tertulias que sobre él se mantienen, agrupaciones como la "Asociación Internacional de Galdosistas" y la "Asociación de Amigos de Pérez Galdós"; publicaciones como los "Anales Galdosianos" y el *Boletín*, del primero de estos grupos, el "Omnibus Galdosiano", vinculado al segundo, al *Hogar Canario* en Madrid y al *Centro de investigación: "Pérez Galdós"*, cuya fundación y patrocinio por el Departamento de Filología Española III de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, además de por el Cabildo Insular de Gran Canaria -natural promotor de muchas otras actividades sobre su insigne paisano-, son reflejo igualmente de este hecho.

<sup>5</sup> Así lo refleja claramente el estudio bibliográfico con que Peter Bly -actual autoridad de la "Asociación Internacional de Galdosistas"- introduce y completa su edición de un libro en el que, bajo el significativo título de "**Galdós y la historia**", se recogen, junto a una selección de 247 referencias sobre el tema, otros diez trabajos originales de sendos autores con esta orientación. BLY, P. (editor): "Galdós y la historia". Ottawa Hispanic Studies 1, Dovehouse Editions Canada, 1988.

indujeron, ya en el año 1973, a realizar sobre este período y fuente nuestra tesina y a que, más *enganchados* por ellos tras aquel trabajo, decidiéramos adoptarlos como objeto de esta tesis.

Queremos subrayar, por último, que nuestra investigación no se acaba ni centra propiamente en el Trienio como tal, aunque de ella resulten algunas aportaciones para el conocimiento del mismo; ni en Galdós o su obra, por más que uno y otra sean motivo suficiente para inagotables estudios. La imagen que del Trienio da Galdós nos interesa porque puede ser reflejo de la que, salvo matizaciones personales, tenían sus coetáneos, contrastable así con la actual y con la dada por los testigos de los hechos, aun cuando éstos sean, según veremos, fuentes habituales de Galdós para su obra sobre aquella época. Nos es también interesante en cuanto ha contribuido poderosamente, dentro y fuera de España, a formar la opinión de sus lectores, generando simpatías y antipatías que hubieron de condicionar los comportamientos atenedos a la conciencia histórica. Nos interesa, en fin, en cuanto Galdós llama la atención sobre aspectos, situaciones, procesos, etc. que resultan incitantes sugerencias para el historiador, empeñado en la tarea de explicar el devenir social. Pero el conocer en qué grado se hace todo esto exige ver previamente cuál es la imagen que Galdós da, y a ello nos hemos aplicado en primer lugar.

Se trata, pues, de ver, en una especie de caso práctico, qué imagen da Galdós del Trienio y si en esta imagen se plasman ciertos aspectos y valores históricos que a su obra se han atribuido, de modo más o menos abstracto o genérico, en diversas publicaciones sobre ella. Es decir, este trabajo no está en la línea de los realizados por J. Casaldueiro, H. Hinterhäuser o J-F. Montesinos -por referirnos, entre las ya innumerables, a unas obras galdosianas conocidas y clásicas<sup>6</sup>-, sino que, enlazando desde ellos, según luego veremos,

---

<sup>6</sup> Nos referimos a:

- CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós (1843-1920)". Buenos Aires, 1943. Reeditada en Gredos, Madrid, 1974.
- HINTERHÄUSER, H.: "Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós", cuyo original alemán (Hamburgo, 1961) fue traducido al español y reeditado en Gredos, Madrid, 1963; y
- MONTESINOS, J-F.: "Galdós". Ed. Castalia, Madrid, 1968.

con lo señalado por el profesor Seco Serrano sobre la obra de Galdós como fuente histórica<sup>7</sup>, nos estimamos situados en una orientación más próxima a la seguida por el profesor Jover Zamora en sus trabajos sobre "El fusilamiento de los sargentos del cuartel de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós" y sobre "La Primera República en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós"<sup>8</sup>. Ello anuncia ya el tipo de preguntas a que, según se indica a continuación, hemos procurado responder.

### Hipótesis

Nuestro inicial conocimiento de la obra de Galdós nos indujo a pensar que en ella había de haber una imagen del Trienio, que esta imagen había de ser *histórica* en cierto grado y que no lo sería totalmente en muchos casos por su carácter novelesco, por sus fines y carga utopista o por otros motivos. Partiendo de esta idea, y sin más *apriorismos*, nuestro objetivo fue investigar y mostrar cuál es esa imagen, en qué medida es histórica y qué condicionamientos aparecen tras ella. Preguntas que, naturalmente, se han ido desdoblado en nuestra búsqueda de respuestas a sus diversos matices, dando lugar a otras sobre, por ejemplo, los principales factores de la coyuntura revolucionaria de 1820 o los procesos de cambio de estructuras y hechos relevantes que Galdós destaca en el origen e imagen del Trienio.

En este mismo proceso, pero mirando hacia Galdós como autor, han ido surgiendo preguntas sobre su extracción y *status* social, cultura, orientación política y demás circunstancias personales, junto a otras como: ¿qué fuentes utilizó Galdós para su reconstrucción del Trienio?; ¿se manifiesta en esta reconstrucción la finalidad político-educativa que se suele atribuir a su obra?; y entonces, ¿en qué pasajes o en qué aspectos?;

---

<sup>7</sup> SECO SERRANO, C.:

- "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Cuadernos Hispanoamericanos". Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, octubre 1970-enero 1971, N° 250-252, pp 256-284. Reeditado luego en su libro misceláneo sobre "Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX". Guadiana, Madrid, 1973; y
- "La dimensión histórica en las novelas de Galdós", conferencia pronunciada en el Congreso Galdosiano organizado en noviembre de 1897 por el Atereo de Madrid en colaboración con la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>8</sup> Cuyas publicaciones aparecen referenciadas en nuestra NOTA N° 4 .

¿en qué sentido?; ¿a qué ideas y procesos parece prestar apoyos con sus referencias al Trienio?. ¿Qué circunstancias vitales del autor parecen condicionar estas referencias?. Por otra parte, ¿se corresponde esta imagen con el concepto de Historia que Galdós suele mostrar?. ¿Se advierten en ella los tipismos, simbolismos y demás modos expresivos que se le estiman propios -y que deben tenerse en cuenta, aun desde una estricta perspectiva histórica, para captar más plenamente sus mensajes-?. ¿En qué modos y momentos se manifiestan esos recursos y cuál parece su finalidad?. En fin, preguntas que a veces hemos hallado medio contestadas en anteriores investigaciones, que siempre tienen aspectos implicados en otras y cuyas respuestas hemos procurado integrar en un conjunto coherente al final de las diversas fases u operaciones intelectuales en que, según pasamos a indicar, hemos venido a organizar nuestro trabajo.

### Metodología y fuentes

Si hubiéramos de señalar breve y esquemáticamente una sucesión de los momentos distinguidos en el proceso -aunque de hecho se hayan solapado y estuvieran en parte concebidos simultáneamente, como partes interrelacionadas de un mismo todo- podríamos decir que hemos procurado:

- extraer la imagen que del Trienio da Galdós;
- señalar sus afinidades y diferencias con la historiografía;
- explicar éstas
  - en función de las fuentes que Galdós utilizó y
  - en función de sus fines y circunstancias histórico-biográficas.

De ello se deduce que hemos tenido que utilizar como *fuentes*, además de la obra de Galdós, diversas otras sobre la misma, sobre el Trienio y sobre la época en que Galdós escribe. Entre ellas numerosas memorias y otros testimonios de coetáneos del Trienio, algo de Prensa, cartas y otros documentos -empleando este término en sentido amplio<sup>9</sup>- que hemos conjugado con lo dicho por la historiografía.

---

<sup>9</sup> El mismo en que lo emplea el profesor y académico José-Antonio Maravall Casesnoves en su contestación al discurso de ingreso del profesor Jover Zamora en la Real Academia de la Historia, cuando dice que con los estudios de éste "incluso se produce una conversión de cierta bibliografía en documento". En "La imagen de la Primera República..." (Discursos Cits.), p 141.

Es decir, para recoger, sistematizar, resumir e interpretar lo que Galdós opina sobre el Trienio nos hemos atendido estrictamente a sus textos, que en esta fase inicial han sido nuestros principales *documentos* demostrativos<sup>10</sup>. Pero, naturalmente, a ello se une el estudio de diversas publicaciones sobre la obra de Galdós -aun cuando hayamos procurado no dejarnos influir por las opiniones recogidas en ellas-, sobre la historia del Trienio y sobre la época del autor, cuyas alusiones perderían si no gran parte de su sentido.

El contraste de esta imagen galdosiana con la realidad histórica a que se refiere ha exigido la utilización de testimonios recogidos en diversos documentos, memorias y fuentes historiográficas, especialmente las que existían en la época del autor y, de acuerdo con los indicios -a veces certezas- señalados en nuestro capítulo primero, fueron empleadas por él. Estos son los *documentos* probatorios del valor histórico de lo dicho por Galdós y, en los casos indicados, de cuáles fueron algunas de sus fuentes principales.

Para explicar y mostrar ciertas llamadas de atención del autor hacia su propia época, ciertas matizaciones, y hasta disconformidades puntuales contenidas en la imagen que de los hechos del Trienio da Galdós, nos hemos ayudado, cuando no está implícito en su texto o señalado por él mismo, con estudios galdosianos, en lo que al sentido de estos hechos se refiere, y con textos historiográficos u otras fuentes, en cuanto al contexto vital que presentamos como condicionante del análisis del propio Galdós y de la imagen que revive para sus lectores. Todo ello, obviamente, sin perder de vista las licencias y exigencias propias del género novelesco, según se indica en muchos casos.

Por último -y precisamente en relación con el carácter novelesco de la imagen que Galdós utiliza para revivir la historia-, parece conveniente aclarar que, salvo alguna anticipación sobre tipismos o simbolismos hecha al presentar a ciertos personajes, los modos de expresión galdosianos se han señalado al hilo de las situaciones en que se

---

<sup>10</sup> *Documentos* cuya autenticidad está avalada por sus manuscritos originales, que se conservan en su mayoría en la Biblioteca Nacional (Madrid). Sus referencias particularizadas pueden verse, además de en el correspondiente catálogo de dicha Biblioteca, en NUEZ, Sebastián de la: "Biblioteca y Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós". Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de G. C., 1990, especialmente pp 277-287, donde se indica también la existencia de copias en otros lugares. Ver también sobre ello BRAVO VILLASANTE, Carmen: "Los manuscritos de Galdós en la Biblioteca Nacional". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 250-252, ya citado, pp 703-705; (Parte de su "Polémicas en torno a Galdós en la Prensa de Santander...". Ibídem, pp 694-711; y SMITH, Alan E.: "Catálogo de los manuscritos de Benito Pérez Galdós en la Biblioteca Nacional de España". En *Anales Galdosianos*, XX, N° 2, 1985, pp 143-156.



producen y apoyándonos en los propios textos del autor<sup>11</sup>.

En suma, hemos procurado que nuestras afirmaciones queden verificadas en la medida posible y con los documentos que les son propios. De ello resulta el carácter científico que, en el sentido lato con que este término se aplica a las ciencias humanas, tiene lo dicho, ya que, si bien se mira, en el desarrollo de esta investigación se han cumplido las exigencias del llamado, en singular, método científico, que, según dice el profesor Yela, "consiste en observar, inducir hipótesis, deducir conclusiones y verificarlas empíricamente"<sup>12</sup>.

Naturalmente que el historiador no puede *observar* la desaparecida realidad histórica a que se refiere; pero sí sus huellas. Ello nos afecta en cuanto al Trienio -del que, afortunadamente, existen abundantes *documentos* y estudios-; pero, además, la obra de Galdós, y las publicaciones sobre ella, son una realidad presente, en cuya lectura y estudio se puede entender cubierta, sin reparos, esta fase del método.

De esa lectura u *observación* hemos inducido nuestras hipótesis. Es decir, nuestras respuestas a las preguntas que, según decíamos antes, nos hemos planteado en los diversos planos: preguntas *factográficas*, para establecer los hechos y sus circunstancias: en cuanto, por ejemplo, a lo que Galdós dice, sus modos de decir, su relación con las fuentes utilizadas, con su perspectiva y fines, etc.; *explicativas*, para señalar el porqué de los mismos; *generalizadoras*, para apuntar ejemplos prácticos de las tendencias que -siempre

---

<sup>11</sup> Después de redactada nuestra tesis hemos tenido ocasión de ver que algunos de estos simbolismos han sido ya señalados en la realizada por el profesor Avila Arellano -*El personaje femenino del teatro de Galdós (una aproximación al simbolismo histórico del escritor)*-, que, amablemente, y a raíz de una conversación sobre este hecho, me ha prestado uno de los ejemplares publicados por la Universidad Complutense de Madrid. Ello es muy satisfactorio, pues tales coincidencias indican que los simbolismos señalados en común, y sin previa relación, son probablemente ciertos. Pero, de igual modo, las diferencias, que también las hay, avisan del sumo cuidado que al señalar dichos simbolismos debemos tener cuantos osemos hacerlo, pues *a posteriori* podemos ver coincidencias o relaciones que, aunque lo parezca, acaso no se deban a la intención del autor. Hemos asumido este riesgo, sin embargo, porque entendimos que sin él quedaría incompleto el mensaje de Galdós sobre el Trienio y, por tanto, nuestra tesis; pero los numerosos ejemplos y variantes que de estos simbolismos mostramos se orientan al obtento de información histórica, aunque, a la vez, puedan servir de casos prácticos en que Galdós se manifiesta como "creador de lenguajes universales", según indica el profesor Avila Arellano en su recién citada tesis, desde un punto de vista más filológico-literario. (Véase especialmente su Vol. I, p XII.) En todo caso, tanto lo relativo a lo expresado por Galdós como a sus modos de expresión se ha procurado señalar, según decíamos, a partir de sus propios textos.

<sup>12</sup> YELA GRANIZO, Mariano: "La Psicología y su horizonte". Revista de Psicología General y Aplicada, N° 66-67, Vol. 18, enero-junio 1973, pp 263-279, especialmente p 268. Cit. por BUCETA FACORRO, Luis: "Introducción histórica a la Psicología Social". Vicens-Vives, Barcelona, 1979, p 172.

en los términos probabilísticos exigidos por la contingencia de lo humano- se han atribuido a la obra de Galdós, bien, por ejemplo, sobre sus habituales modos de expresión, bien sobre el valor histórico de sus imágenes, el sentido de sus mensajes o cualquier otro aspecto previsible en otras obras suyas a la vista de lo que suele hacer en las estudiadas<sup>13</sup>.

Tales presunciones, en cuanto se consideran implícitas en la, necesariamente cautelosa, generalización -o especie de *ley*- enunciada en este último tipo de hipótesis, son ya propias de la *deducción*, tercera fase del método científico que, según decíamos, se completa con la *verificación* del hecho o fenómeno previsto en los casos a que se aplica<sup>14</sup>. En definitiva, de acuerdo con el *modus ponendo ponens* de inferencia deductiva<sup>15</sup>, esto quiere decir que de lo visto al analizar una muestra relevante de las obras de Galdós puede deducirse el sentido que cabe esperar de lo que diga en otras sobre, por ejemplo, la Historia, la Revolución, el reformismo, el liberalismo, el absolutismo, las guerras civiles u otras cuestiones de las que -precisamente atendiendo a esa regularidad que permite predecir tendencias y considerar que *la Historia es maestra de la vida*- trata él, según veremos luego, de extraer ciertas enseñanzas y advertencias para sus lectores<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> Esta clasificación de las preguntas en factográficas, explicativas y teóricas o generalizadoras, junto a su matización con otros criterios por los que se clasifican en *abiertas y cerradas, de decisión y de complementación, directas e indirectas* y en *completas y parciales*, puede verse, con un amplio desarrollo, en TOPOLSKY, Jerzy: "Metodología de la Historia". Ed. Cátedra, Madrid, 1985, pp 279-297, especialmente pp 280-284.

<sup>14</sup> Sobre las distintas fases del método científico y el significado que en las ciencias sociales les atribuyen numerosos investigadores de las mismas, véase BUCETA FACORRO, Luis: "Introducción histórica a la Psicología Social", Cit., pp 186-201.

<sup>15</sup> La inferencia deductiva, según indica Jerzy Topolsky ("Metodología...". Cit., p 294), puede plantearse

- en el *modus ponendo ponens*: si p, entonces q; se cumple p; por tanto q;
- en el *modus tollendo tollens*: si p, entonces q; no se cumple q; por tanto no p.

Donde p puede ser información de Galdós y q la fidelidad a la Historia, el sentido de sus mensajes, etc.

<sup>16</sup> Ocupándose Bouvier-Ajam de diversos tipos de regularidades o "lecciones de la Historia" opina -con idea similar a la que aquí atribuimos a Galdós- que "las *leyes de repetición* -cada vez que se da tal situación, se produce tal otra consecuencia- son, de hecho, leyes más o menos simples o complejas de causalidad.... Son -añade- relativas, como todas las de las ciencias humanas". BOUVIER-AJAM, Maurice: "Essai de Methodologie historique". París, 1970. En TUÑON DE LARA, M.: "Metodología de la historia social de España". Siglo XXI, Madrid, 1974, pp 190 y 191.

Ha de tenerse en cuenta, lógicamente, que Galdós puede cambiar de opinión<sup>17</sup>. Esa es, según se ha indicado, una de las limitaciones que reducen estas probabilidades en lo humano y que exigen la investigación de lo dicho en cada caso concreto para adquirir *seguridades*. Pero la investigación sobre distintos momentos de la obra galdosiana va proporcionando a la vez una más firme fundamentación de este tipo de hipótesis sobre cuestiones en las que se vaya verificando la persistencia de los planteamientos de Galdós.

De ahí el interés de que las opiniones vertidas por Galdós sobre el Trienio se produzcan en momentos distintos (en 1868-1870, cuando el joven Galdós empezaba, en 1875-1877, en 1896 y en 1906) y de que puedan compararse, como hacemos en algún caso, los mensajes dados por Galdós en su imagen del Trienio y los que el profesor Jover Zamora le atribuye al ocuparse de "El fusilamiento de los sargentos..." o de "La imagen de la Primera República", sobre los que Galdós escribe entre 1906 y 1911<sup>18</sup>.

*En cuanto a la fase expositiva*, que conlleva la previa clasificación y ordenación de nuestras consideraciones y explicaciones, se estructura en cinco capítulos, seguidos de otro con nuestras conclusiones<sup>19</sup>. El primero de dichos capítulos versa, según se ha dicho, sobre los textos de Galdós. Los otros cuatro se dedican, sucesivamente, a la Revolución

---

<sup>17</sup> Así, por ejemplo, Hinterhäuser ("Los Episodios Nacionales...", Cit., p 212) considera que "desde la cuarta serie" Galdós muestra una orientación "anarquista"; lo cual, sin embargo, podría deberse más bien, como indica certeramente el profesor Jover ("La imagen de la Primera República...", Cit., pp 81 y Sgts.), a una acomodación del supuesto narrador, Tito, al "clima psicológico-colectivo del 73 entre las clases populares".

<sup>18</sup> Esto cobra aún mayor interés si se tienen en cuenta las semejanzas y continuidades que, como hemos de ver en este trabajo, señala Galdós entre los procesos abiertos en 1820 y en 1868. Con ello -dicho sea de paso-, Galdós parece aplicar al estudio de los procesos revolucionarios ideas metodológicas análogas a las señaladas por G. Lefebvre, cuando -refiriéndose a la utilidad de estos tipos de comparaciones- dice: "Yo he estudiado el Gran Miedo de 1789; lo mismo podría hacerse con fenómenos análogos de los que hay ejemplos, y comparando las conclusiones de los diversos estudios se llegaría sin duda a una teoría general de los estados de miedo colectivo". LEFEBVRE, Georges: "La naissance de l'historiographie moderne", curso 1945-1946, editado en 1971. En TUÑÓN DE LARA, M.: "Metodología de la historia social de España". Cit., pp 187-189, especialmente p 188.

<sup>19</sup> La importancia de esta 'fase' es destacada por el profesor Suárez Fernández al decir que la investigación histórica "no concluye, como sucede con algunas ciencias, con la obtención de datos, depurados y exactos, ni con la inserción de éstos en series coherentes y significativas. Casi -añade- podríamos afirmar más bien lo contrario; que con la adquisición de los datos comienza la auténtica tarea del historiador, la cual no concluye hasta que expone los resultados o las explicaciones que extrae de tales datos". SUAREZ FERNANDEZ, Luis: "La exposición en el campo de la Historia. Nuevos temas y nuevas técnicas." En "Once ensayos sobre la Historia". Fundación Juan March, Madrid, 1976, pp 13-28, especialmente p 15.

de 1820, a su desarrollo y deterioro interno, a la acción absolutista española y a la intervención extranjera. En cada capítulo se atiende al análisis de lo dicho por Galdós sobre diversos aspectos o factores del hecho histórico central a que se refiere y al curso cronológico del proceso en que se produce, procurando así conjugar sus observaciones sobre la dimensión sincrónica y diacrónica de los hechos y mostrar las relaciones que en cada una y entre ambas se han visto aludidas o implícitas.

Esta distinción es más notable en el capítulo dedicado a la Revolución de 1820, porque, siendo allí donde se abre la exposición histórica y representando esta Revolución la quiebra de la continuidad, es en dicho capítulo donde se hacía más necesario destacar la imagen que Galdós da de la realidad de partida y los factores conyunturales con que explica la crisis estructural y el cambio de situación que durante aquel año se produce.

Se intenta así mostrar la respuesta que Galdós da ante sus lectores a preguntas que, de acuerdo con la clasificación antes aludida, son *factográficas* en cuanto establecen la existencia de estos factores como hechos en sí mismos; son *explicativas* en cuanto, ya como factores, contribuyen a explicar la Revolución y sus caracteres; y son generalizadoras (o *teóricas*) en cuanto con ellas parece indicar Galdós a sus lectores que siempre que se den tales circunstancias tiende a producirse una revolución semejante.

Este análisis se refleja menos en la estructura de los otros capítulos, pero siempre se nos ha hecho preciso mostrar la combinación de elementos que Galdós parece señalar como característica de cada nueva situación histórica, y como explicación de los hechos centrales de cada *Episodio*, a la vez que el proceso que enlaza la acción de cada uno de estos Episodios con el siguiente. En el último capítulo, por exigencias de la realidad, el criterio *territorial* se incorpora más significativamente en la agrupación de cuestiones a la combinación de los criterios *objetivo* y *cronológico*, aunque éstos se mantienen en todo momento<sup>20</sup>.

Se produce así una especie de periodización del Trienio según el carácter dominante destacado por Galdós en sus diversos momentos y, a la vez, un progreso cronológico que

---

<sup>20</sup> Esta clasificación de criterios y su aplicación a la construcción del texto en TOPOLSKY, J.: "Metodología de la Historia". Cit., p 453 y Sgts.

lo recorre y lo sitúa en la revolución liberal española<sup>21</sup>.

Queremos señalar, por último, que en esta exposición hemos procurado respetar la puntuación y la ortografía de los textos entrecomillados de Galdós u otros autores -aclarando con un "(Sic)" los desacuerdos existentes con las normas actuales-, de modo que sólo hemos corregido los acentos propios de normas antiguas, las mayúsculas que iban después de punto en el texto incorporado y quedan enlazadas, sin esta condición, en el nuestro o cosas semejantes.

### Agradecimientos

Quiero aquí dejar expresada mi gratitud a todas aquellas personas que han hecho posible esta tesis. En particular a los profesores D. Carlos Seco Serrano, mi Director en ella, cuya confianza y paciencia han durado más que mi demora en terminarla, con ser esta mucha; a D. José María Jover Zamora, que, como Ponente, ha mantenido también esa confianza en las sucesivas prórrogas que he solicitado; a D. Luis Buceta Facorro, cuyo amistoso aliento ha sido constante durante todos estos años; a Jaime Barroso García, cuyo empuje en las comunes preocupaciones doctorales conllevó algo más que un estimulante contagio; y a José M<sup>a</sup> del Moral, antiguo compañero de Departamento a cuya atención debo algunas interesantes notas de esta tesis. Muchas otras personas tendrían que nombrar; pero confío en que, sin hacerlo, todas ellas cuenten con mi reconocimiento y mis deseos de corresponder.

Madrid, mayo de 1994.

---

<sup>21</sup> Sobre los tipos de *periodización* y sus implicaciones -que nosotros no nos planteamos aquí-, es de gran interés lo dicho por CARRERAS ARES, Juan-José: "Categorías historiográficas y periodización histórica". En "Once ensayos sobre la Historia". Cit., pp 49-66. Jerzy Topolsky las clasifica en *convencionales* y en *objetivas*; y éstas, que son las más conflictivas, en *cíclicas*, *direccionales* e *irregulares*. En "Metodología de la Historia". Cit., pp 457-460.

## **1. LOS TEXTOS DE GALDOS**

Se trata en este capítulo de procurar un acercamiento al significado que, desde un punto de vista histórico, tiene actualmente la obra de Galdós, de señalar el contexto histórico-biográfico en que este produce la parte relativa a la época del Trienio Constitucional y de dar a conocer las fuentes, argumentos, personajes, etc., de las obras dedicadas especialmente a dicho Trienio.

Yendo, pues, de lo más establecido y general a lo problemático y particular, empezaremos por ocuparnos de algunos aspectos atribuidos al conjunto de dicha obra, que luego hemos de verificar, para irnos después centrando en los elementos particulares de lo que atañe a nuestro caso práctico.

### **1.1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CUESTION DE LAS FUENTES HISTORICAS DE GALDOS Y DE SU OBRA COMO FUENTE HISTORICA**

#### **1.1.1. La inevitable implicación de las fuentes**

Es un hecho generalmente reconocido que Galdós orienta su obra al conocimiento y

mejora de la sociedad de su tiempo. Ello no obstante, de su lectura resulta evidente que sólo una parte de esa obra tiene su acción situada en dicha sociedad y que la otra se sitúa en épocas anteriores. Las dos son producto y reflejo de la época e intereses de su autor, pero mientras una se refiere directamente a su presente la otra, según suele decirse, estudia sus raíces<sup>1</sup>. Parte de ésta, relativa a épocas no vividas por Galdós, es objeto fundamental de nuestro trabajo. Ello suscita inicialmente la cuestión -importante aunque no la única- de si Galdós apoya o no esta parte de su obra en fuentes suficientes y adecuadas o, mejor -en orden a explicar la génesis, naturaleza, y reconocida calidad del producto-, de cuáles fueron éstas.

Es precisamente esta relación entre las fuentes históricas de su obra y el valor referencial de sus imágenes la que explica esa pugna entre quienes han descalificado la producción de Galdós negando su preocupación por documentarse, o afirmando que su información se reducía a la hallada en los libros de Historia, y quienes -con un éxito que hace innecesario plantearse de nuevo la cuestión- han dedicado su esfuerzo a demostrar que eso no es cierto, sino que, como resulta lógico suponer ante la riqueza de contenido que se observa al leerla, y como señala Galdós mismo muchas veces<sup>2</sup>, su obra se apoya en numerosas, ricas y muy diversas fuentes<sup>3</sup>. Entre ellas cabe destacar, por el aporte de viveza y cotidianeidad que

---

<sup>1</sup> Este interés de Galdós por "las raíces vivas" para "conocer mejor el funcionamiento de la sociedad española contemporánea" puede verse destacado por ALONSO, Amado: "Lo español y lo universal en la obra de Galdós". En "Materia y forma en poesía". Gredos, Madrid, 1955, pp 230-256, especialmente pp 245 y 246; y, entre otros, por el profesor Seco Serrano, que, al citar esta obra, destaca el especial interés histórico de lo que, según acertó a mostrar Galdós, continúa vivo, de lo que, aun siendo pretérito, no está *pasado* ni *definitivamente caducado* (SECO SERRANO, C.: "Los Episodios Nacionales como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política en la España del S. XIX", Cit., p 280.). La complementariedad del estudio directo del presente y el de sus raíces, y la consiguiente alternancia de uno y otro en las obras de Galdós, son especialmente destacadas por C. Blanco Aguinaga en su "Silencios y cambios de rumbo: sobre la determinación histórica de las ficciones de Galdós" (En BLY, P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 187-206). Son, resumiendo, los objetos respectivos de su obra propiamente *contemporánea* y de la *histórica*.

<sup>2</sup> Véase especialmente las indicadas en su *Epílogo* a la edición ilustrada de las dos primeras series de Episodios Nacionales. La Guirnalda, Madrid, 1885, T X, pp III-V.

<sup>3</sup> Hinterhäuser, en su modelico estudio sobre "Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós" distingue entre fuentes *escritas* -que demuestra muy variadas-, *orales*, *lo autobiográfico*, la *inspiración pictórica* y la *documentación geográfica*. Ed. Cit., pp 55-92. En este mismo estudio, además de mostrar el estado de la cuestión al ocuparse de la "Situación de los estudios galdosianos" y de "La génesis de los Episodios Nacionales" -apartados en que indica ya numerosos probables modelos inspiradores y fuentes de información de Galdós-, Hinterhäuser viene a establecer tácitamente la misma relación interna a que nos  
(continúa...)

conlleva, el testimonio oral de testigos de los hechos que, según recuerda nuestro autor en sus *Memorias de un desmemoriado*, se remonta al primero de sus *Episodios*, *Trafalgar*, para el que obtuvo información *pormenorizada* de un "superviviente" de aquel combate que "se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navío Santísima Trinidad"<sup>4</sup>.

Estos testimonios dan pie para que J-F. Montesinos, a la vez que destaca la trabazón entre los sucesivos *Episodios* de la primera serie -la más lejana en el tiempo-, les reconozca ese valor propio de las referencias a hechos coetáneos, ya que, en su opinión, estos *Episodios* son "capítulos arrancados a un larguísimo libro de **Memorias**" -negrilla nuestra-<sup>5</sup>. Les da así, en esta serie, más importancia que Hinterhäuser, pues éste, sin que entendamos muy bien por qué tras lo dicho por Galdós, atribuye un carácter más bien

### <sup>3</sup>(...continuación)

estamos refiriendo, ya que estructura su capítulo sobre "Los *Episodios Nacionales* como historia" en dos grandes apartados: "Las fuentes" y "La visión histórica". Allí pueden verse, por otra parte, numerosas referencias a los estudios que sobre las fuentes de Galdós -y frente a las negativas opiniones de P. Baroja, E. Bobadilla y G. Gómez de la Serna- realizaron Warshow, Berkowitz, Ricardo Rojas, M. Bataillon, J. Sarrailh, G. Boussagol, R. Ricard, W. Shoemaker, E. Varela Hervías, P.P. Rogers,..., entre los que cabe destacar el de Berkowitz sobre la biblioteca de Pérez Galdós, del que se desprende que "Galdós poseía más de trescientas obras sobre historia del siglo XIX español y veintiséis libros de memorias", en cuyos márgenes podrían verse numerosas anotaciones de su utilización. BERKOWITZ, Chonon H.: "La Biblioteca de Pérez Galdós". Las Palmas de Gran Canaria, 1951, p. 15. Cfr. HINTERHÄUSER, H.: "Los *Episodios*...". Cit., especialmente p. 58. Especial interés tiene también para una visión de conjunto el estudio que de las *fuentes históricas* galdosianas hace Pilar Faus Sevilla en su "La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós" (Imprenta NACHER, Valencia, 1972), cuyas referencias, como en el caso de Hinterhäuser, destacan la variada gama de las mismas.

<sup>4</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Memorias de un desmemoriado". En O. C. Aguilar, Madrid, 1977, T 3 de "Novelas y Miscelánea", p. 1435. "Los pormenores de la vida marinera, en paz y en guerra, que", según dice Galdós en el mismo lugar y página, le "contó aquel buen señor", le serían agradecidos años más tarde -como señala Hinterhäuser ("Los *Episodios Nacionales*...". Cit., p. 63) y el profesor Seco ("Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Sociedad, literatura...". Cit., p. 281)- evocándolo cariñosamente en el personaje Juan Elcano de los *Episodios* titulados "La primera República" y "De Cartago a Sagunto", cuya acción corresponde a la época histórica de la citada entrevista, asociándolo así, a la vez, al combate de Trafalgar y al cantón de Cartagena, que, en expresión del profesor Seco (Ibidem, misma p.) eran vistos por Galdós como dos *cotas* de una *energía nacional* ya decadente. Esta forma de agradecer tales testimonios parece ser muy frecuente en Galdós. De ella señala Hinterhäuser algunos ejemplos en Ibidem, p. 65; y aún mostraremos algún otro descubierto en este trabajo. Por otra parte, es claro el carácter especial de la referencia directa que el agradecido Galdós hace a Mesonero en "Los Apostólicos", Ed. Cit., T II de Ep. N., p. 657; y, así mismo, su asociación con Plácido Estupiñá (de Fortunata y Jacinta) nacido el mismo día y conecedor, de la historia de su siglo. Véase sobre esto PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero (una vez más: costumbrismos y novela)". En "Galdós, Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas", Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp. 217-238, especialmente pp. 227 y 228, en que se cita la aquiescencia de otros autores como Ribbans, Gilman y Ortiz Armengol sobre este hecho.

<sup>5</sup> MONTESINOS, J-F.: "Galdós". Castalia, Madrid, 1968, T I, p. 86.



*simbólico* al caso del grumete Galán, dado, según dice, que "habían pasado sesenta y siete años" y sus facultades podían estar deterioradas; además, ponderando quizá la mayor proximidad de los hechos y las más fehacientes pruebas de la utilización de estos testimonios -a las que nos referimos luego en particular por su especial interés para este trabajo- Hinterhäuser afirma que, "estrictamente, la información oral no se utiliza de manera positiva más que a partir de la segunda serie"<sup>6</sup>.

El profesor Seco Serrano, tras insistir en la significación de estos testimonios y añadir a los ya documentados por Hinterhäuser<sup>7</sup> el del "general San Román" y el de "Pérez del Alamo, el célebre animador de la sublevación campesina de Loja," señala su valor de "referencias directas de que se sirvió Galdós para dar **auténtico carácter de memorias** a sus episodios" -negrilla nuestra-; y esto debe entenderse referido incluso a los de las primeras series, pues, señalando en los posteriores cierta acentuación de este aspecto, añade que, "a partir de un cierto momento, el propio don Benito es el que evoca en ellos acontecimientos *vividos*"<sup>8</sup>.

Así, las dos primeras series de Episodios, -y en especial la segunda, que en este trabajo nos interesa más- participan de esa condición de "verdadera fuente directa de valor inestimable" que el profesor Seco atribuye a "los Episodios mismos -sobre todo a partir de la tercera serie-"<sup>9</sup>. Aparecen ya como un *gran puzzle* o cuadro en el que Galdós fue situando, casi como si fueran propios -aunque desde el espíritu e intereses de su época-, los retazos de vida que sus informadores le proporcionaron, actuando en este sentido, según él mismo parece gustar de llamarse a menudo, como *copista* de ellos, como coordinador y ordenador de sus experiencias<sup>10</sup>.

---

<sup>6</sup> HINTERHÄUSER, H.; "Los Episodios Nacionales..." Cit., p 63

<sup>7</sup> "Los Episodios Nacionales..." Cit., pp 62-71

<sup>8</sup> SECO SERRANO, C.: "Los Episodios Nacionales como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política..." Cit., pp 281-281, especialmente esta última.

<sup>9</sup> *Introducción* a "Sociedad, literatura y política...", Cit., p 18.

<sup>10</sup> Estas autodenominaciones, que Galdós sigue utilizando a veces al referirse a supuestas fuentes de épocas vividas personalmente, vienen a abundar en favor de quienes, atendiendo sobre todo a la técnica de  
(continúa...)

La satisfacción que, como dice Hinterhäuser, debió encontrar Galdós en su "actividad de reportero histórico"<sup>11</sup> parece resultar en parte de la fruición con que *entrevista* a diversos *vejestorios* que, según veremos luego con detalle en el caso de Mesonero, le proporcionan algo semejante a ese "encantador murmullo de la Historia viva; fresca, brotando de su nativo manantial", a que alude el mismo Galdós al referirse a su posterior conversación con la reina Isabel II<sup>12</sup>. Es esta una emoción que -quizá por haberla sentido en el conversar con su octogenario padre- evoca la de la vivencia directa, a la que Galdós alude, como deseando captarla y expresarla, ya en su segunda serie de Episodios, al decir en "*Los Apostólicos*": "Si cuando se lee la Historia sentimos emociones tan hondas y queremos ser actores en sus sucesos pintados, ¿qué será cuando vemos la historia viva, antes de ser libro, y asistimos a los hechos antes de que sean páginas?"<sup>13</sup>.

Pero no debe entenderse que Galdós aceptara estas informaciones de manera indiscriminada, sino que, por su probable contraste con otras fuentes, hemos observado ciertos desacuerdos -que en parte hacemos notar al referirnos a las cuestiones en que se producen- entre Galdós y Mesonero; y la cautela con que Galdós escuchaba a Isabel II en su citada entrevista quedó expresada por él mismo al decir que en algunos casos aquella le pareció "más generosa que sincera" y que "de los asuntos que iban saliendo, ella escogía

---

<sup>10</sup>(...continuación)

reaparición de personajes, le han considerado *el Balzac español*, ya que evocan ciertas connotaciones de las palabras que este autor francés escribe en su prólogo a "La comedia humana": "La sociedad francesa iba a ser el historiador (,) no resultando yo -dice- sino el secretario." (Texto citado por OLLERO, Carlos: "Con Galdós en El Retiro". En "ABC" del día 4-5-1986, p 35.) Sobre la considerable influencia recibida de Balzac nos informa el mismo Galdós en sus *Memorias de un desmemoriado* (Ed. y T. Cits., pp 1431 y 1432.), donde asegura que, en sus viajes a París de los años 1867 y 1868, tras leer "Eugenia Grandet", "Completé -dice- la colección de ochenta tomos, que aún conservó con religiosa veneración. (...) *Estaba escrito* -insiste al comentar su viaje de 1868- que yo completase, rondando los *quais*, mi colección de Balzac (...), y que me la echase al coleteo, obra tras obra, hasta llegar al completo dominio de la inmensa labor que Balzac encerró dentro del título de *La comedia humana*." Sobre esta influencia puede verse, además, Casaldueño, J.: "Vida y obra de Galdós". Cit., pp 77 y 182; HINTERHÄUSER, H.: "*Los Episodios Nacionales...*". Cit., pp 278-282; y, especialmente, LEY, Charles David: "Galdós comparado con Balzac y Dickens, como novelista nacional". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Editora Nacional, Madrid, 1977, pp 291-295.

<sup>11</sup> "Los Episodios Nacionales...". Cit., p 63 y Sgts.

<sup>12</sup> PEREZ GALDOS, B.: "La Reina Isabel". En O.C. Aguilar, Madrid, 1977, T III de "Novelas y Miscelánea", pp 1190-1196, especialmente pp 1199.

<sup>13</sup> Ed. Cit., T II de Episodios Nacionales, p 669.

los de su conveniencia y mayor agrado, desechando" otros<sup>14</sup>.

La actitud crítica que encierran estas palabras de Galdós es indicio del filtro personal a que somete los testimonios con que construye sus *Episodios*<sup>15</sup>. Pero estimamos que ello acrece la fiabilidad de su obra, cuya deuda con otras fuentes -que luego demostraremos en lo relativo al Trienio- parece hacer posible que, según indica Eamonn Rodgers, el "cuidado" puesto por Galdós "en construir un cuadro detallado de los acontecimientos y la atmósfera política y social que prevalecía en España en la primera mitad del siglo" sea notable "sobre todo en las dos primeras series"<sup>16</sup>.

Prescindiendo de comparaciones con otras series, el logro de ese *cuadro* en estas dos resulta comprensible si se atiende al afán con que Galdós dice entregarse a la búsqueda de datos sobre *costumbres, trajes*, y todo lo que constituía el "vivir (...) sentir y hasta el respirar de la gente", que era, como veremos enseguida, el objetivo que el mismo Galdós dice haberse fijado: "En los tipos presentados en las dos series y que pasan de quinientos, traté -escribe- de buscar la configuración, los rasgos y aun los mohínes de la fisonomía nacional"; y, señalando que la proximidad de la época a que dichas dos series se referían le permitieron muchas otras fuentes que los ya aludidos testigos, añade que lo hizo

---

<sup>14</sup> "La Reina Isabel", Cit., pp 1191 y 1193.

<sup>15</sup> Es curioso como Vicente Halconero, protagonista de "España trágica" -en quien se advierte tanta carga autobiográfica de Galdós-, recuerda también esta actitud crítica al señalar la necesidad de completar con otras las informaciones obtenidas de los interesados: Segismundo, presumiendo ante él de atenerse a la información de la calle, de los talleres y de las logias, le dice: "Yo fui *libresco*; pero hace tiempo que me volví *humanesco*; he pulsado la vida, y mis libros son el pueblo". Pero a ello, según indica el narrador, "replicó Vicente que no gustaba de tales templos" -las logias y talleres-; y aun reconociendo al pueblo "su poder anímico", muestra su temor a los errores de la acción movida por "la idea pasional" y defiende la necesidad de "un maestro, (...) un pastor inteligente", que es lo que le "dice el sentido común... y la Literatura." ("España trágica". Ed. Cit., T IV de Ep. Nacls., p 44?). Hinterhäuser, que cita las primeras palabras de este texto para señalar la evolución de Galdós desde lo *libresco* a lo *humanesco* -y desde la perspectiva burguesa a la del *cuarto estado*- ("Los Episodios Nacionales...", Cit., p 194), parece equivocarse respecto al personaje que las dice, que es Segismundo, y respecto al sentido en que las escribe Galdós, pues lo que éste -a través de la respuesta de Halconero- señala aquí, aparte de otras cosas sobre la falta de criterio popular, es que la información verbal y la observación, siempre tan valoradas por él, son, sin embargo, incompletas si les falta el concurso de esos otros modos de conocimiento representados por "el sentido común... -que implica actitud crítica- y la Literatura", las voces reflexivas y autorizadas, por más que aquí veamos a la vez, en el sentido apuntado por Hinterhäuser, un guiño irónico de Galdós sobre la desmedida afición atribuida al joven Halconero -que recuerda la del joven Galdós- a la *Literatura*.

<sup>16</sup> RODGERS, E.: "Teoría literaria y filosofía de la historia en el primer Galdós". En BLY, P. Ed.: "Galdós y la historia", Cit., pp 35-47, especialmente, p 35. Sin negrilla en el original.

"mirando mucho los semblantes de hoy para aprender en ellos la verdad de los pasados". Esto se hace aún más posible por esa tendencia a la *Historia total* con que Galdós se anticipa a la actualidad, pues en ella se incluyen aspectos cuya lentitud de cambio permitió a Galdós observarlos todavía en su propia época, según señala él mismo al concluir: "Si en el orden material las trasformaciones de nuestro país han sido tan grandes y rápidas que apenas se conoce ya lo que fue, en el orden espiritual la raza defiende del tiempo sus acentuados caracteres con la tenacidad que pone siempre en sus defensas (...) No es difícil, pues, -afirma- encontrar el español de ayer a poco que se observe el que tenemos delante"<sup>17</sup>.

Galdós distingue, pues, entre tiempos históricos cortos y largos y parece servirse de la ocasión de observar ciertas estructuras que, como las mentales, dada su lentitud de cambio, le proporcionaba su presente, para complementar lo que otras fuentes decían sobre su pasado próximo y procurar con todo ello su propugnada *Historia total*.

Es esta última una tendencia que el mismo Galdós manifiesta expresamente muchas veces, según vamos a ver, y para cuyo logro -en la medida en que la, siempre utópica, *Historia total* le era posible- Galdós parece conjugar, por una parte, un gran conocimiento -basado en sus observaciones y en sus fuentes- de los infinitos detalles implicados en cada una de las situaciones revividas y, por otra, el recurso de *ficcionar* parte de la realidad histórica. Esto último le permite incluir en sus entramados esos tipos, ambientes, situaciones, actitudes, etc., que, siendo imaginados, representan deducciones, o implicaciones de unas realidades establecidas cuyo significado histórico, sin perjuicio de otras posibles finalidades -como la pedagógica y la estética-, es cada vez más reconocido<sup>18</sup>.

Así, la cuestión de las fuentes históricas de Galdós, cuya suficiencia damos aquí por verificada -aunque volveremos sobre ellas, según se ha dicho, para mostrar algunas nuevas

---

<sup>17</sup> PEREZ GALDOS, B.: *Epílogo* a la edición ilustrada de las dos primeras series de los *Episodios Nacionales*, lugar y Ed. Cits., T X, pp III y V.

<sup>18</sup> Cfr. los estudios de V. Lloréns (*Historia y novela en Galdós*). En *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 250-252, pp 73-82; J. Casaldueño (*Historia y novela*). En *Ibidem*, pp 135-142 y C. Seco ("Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica"), ya citado.

concreciones descubiertas en lo relativo a las obras que analizamos especialmente-, se proyecta, junto con las circunstancias del autor y el género de expresión utilizado, sobre el valor histórico de la obra resultante, cuyos aspectos centrales se tratan acto seguido.

### 1.1.2. El concepto de Historia galdosiano y algunas de sus implicaciones

#### 1.1.2.1. *Lo que Galdós mismo dice sobre él*

Dejando para luego lo que sobre este concepto sugiere, menos precisamente, el texto de "La Fontana de Oro", tenemos que, ya en el *episodio* "Trafalgar" -el primero de todos ellos-, anuncia Galdós claramente su intención de presentar las cosas *como aparecen en la vida; como en la Naturaleza*, dirá luego. Esta idea aparece en el primer párrafo, al explicar que "los azares de la vida" llevaron a Gabriel Araceli al combate de Trafalgar; su alcance, y el de su expresión, se aclara, todavía en el primer capítulo, cuando Araceli dice recordar el conjunto de "los principales hechos" de su mocedad, la relación con sus *amigos*, "las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías, así como las grandes penas, **asociadas en los recuerdos como lo están en la vida**"<sup>19</sup>.

Idea y palabras con las que Galdós parece manifestar, desde este primer Episodio, el deseo de superar el desacierto que, en un jugoso y expresivo artículo publicado en 1870, había atribuido a los novelistas españoles de la época, cuyas obras no ponían "en contacto y en relación íntima, **como están en la vida** -negrilla nuestra-, todas las clases sociales"<sup>20</sup>.

Palabras, también, que evocan las que Galdós diría, tras años de maduración, en su discurso de ingreso en la Real Academia: "**Imagen de la vida es la novela**", y "la

---

<sup>19</sup> "Trafalgar". En O.C. Aguilar, Madrid, 1970, T I, pp 183 y 186. Sin negrilla en el original. En adelante, siempre que no se indique otra cosa, las citas relativas a los Episodios Nacionales de la 1ª y 2ª series hasta, incluso, "El terror de 1824" se hacen por esta edición. Los demás se citan según la edición realizada, también por Aguilar, en los años 1976-1977.

<sup>20</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Noticias Literarias. Observaciones sobre la novela contemporánea en España. *Proverbios ejemplares y Proverbios cómicos*, por Ventura Ruiz Aguilera". En *Revista de España*, XV (13 de julio de 1870), 162-172. Citamos por el texto reproducido en ZAVALA, Iris Mª: "Ideología y política en la novela española del siglo XIX". Anaya, S.A., Salamanca y Madrid, 1971, pp 317-331, especialmente p 322.

sociedad es la primera materia del arte novelesco"<sup>21</sup>.

En ellas parece confirmarse ese deseo de que su novela histórica sea *imagen de la vida* histórica, según había manifestado claramente Galdós mismo, también en su primera serie de Episodios, cuando dice aspirar a que en su obra, "**como en la Naturaleza**, -negrilla nuestra- las pequeñas cosas vayan al lado de las grandes, enlazadas y confundidas, encubriendo el misterioso lazo que une la gota de agua con la montaña, y el fugaz segundo con el siglo, lleno de historia"<sup>22</sup>. Hinterhäuser -que se refiere a la aparición, con Voltaire, de la tendencia democratizadora de la Historia que esto implica, a su desarrollo y apoyos posteriores, entre otros por nuestro Jovellanos, y a las diversas influencias ("metodología historiográfica", "costumbrismo" literario, personal preocupación por "enseñar historia"... ) que parecen contribuir a que, "desde el principio", intentase Galdós "exponer la historia oficial y privada, la grande y la pequeña historia en su paralelismo, en sus interferencias y en sus mutuas relaciones dialécticas"-, parece ignorar, sin embargo, este significativo texto cuando afirma, acto seguido, que Galdós "**teóricamente** -negrilla nuestra-, hasta el *episodio XI* no se enfrenta con esta cuestión"<sup>23</sup>.

Parece indudable que Galdós se plantea *teóricamente* la cuestión en el texto recién citado, que es de la primera serie de Episodios, aunque en "El equipaje del rey José" -en el que Hinterhäuser sitúa su primer planteamiento *teórico*- el mayor desarrollo del mismo y la insistencia en la idea de que este Episodio es el *prefacio* en que se planifica la segunda, hacen quizá más notable la presencia de esos conceptos, sobre los que vuelve, sin modificarlos substancialmente, al contraponer a la importancia del viaje o huida del rey José hacia Vitoria la de otros hechos de historia *interna*: "Apretó Bonaparte el paso, juntando a los suyos para que, desperdigados aquí y allí, no fueran batidos al por menor, y el 19 de junio llegó a la Puebla de Arganzón, donde es fuerza que quitemos la vista del

---

<sup>21</sup> Cfr. OLLERO, Carlos: "Con Galdós en El Retiro". En "ABC", día 4-I-86, p 35. Sin negrilla en el original.

<sup>22</sup> "Juan Martín el Empecinado". T I, p 1007. Las palabras *naturaleza* y *vida* pueden verse utilizadas casi indistintamente, como aquí, en el citado artículo de 1870 sobre *la novela contemporánea*. Cfr. sobre todo, pp 319, 322 y 326 de su reproducción por Iris M<sup>a</sup> Zavala, "Ideología y política...". Cit.

<sup>23</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...". Cit., pp 104-108, especialmente ésta última.

Rey y de su ejército para fijarla en una sola persona que, por ahora y mientras vengan sucesos estupendos en la esfera histórica, ha de llevar en estas líneas la preferencia.

"¿Y por qué no? ¿Por qué hemos de ver la Historia en los bárbaros fusilazos de algunos millares de hombres que se mueven como máquinas a impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro?. Si en la Historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, ¡cuán pequeña sería!. Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la *Naturaleza* -negrilla nuestra, para destacar la identidad de esta expresión con la del texto antes citado sobre esta misma idea,- no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la inconmensurable arquitectura de los mundos.

"Los libros que forman la capa papirácea de este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas o empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas o con sus casamientos, y, entretanto, *la vida interna* -negrilla nuestra- permanece obscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero la posteridad quiere registrarlo todo: excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer revivir ante si a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama Fulano y Mengano"<sup>24</sup>.

Se trata, pues, de revivir en esta serie la Historia íntegra; no sólo la "del Rey y de su ejército", sino también de cosas *más pequeñas*, más privadas, que parecen afectar a "una sola persona" y que, mientras llegan otros "sucesos estupendos en la esfera histórica", cosa que también interesa al autor, "ha de llevar en estas líneas la preferencia". Resulta claro

---

<sup>24</sup> "El equipaje..." Ed., Cit., p. 1207.

que con este trato preferente se marca el carácter protagonista de Monsalud; pero, al mismo tiempo, se señala que, junto a esos "bárbaros fusilazos", junto a las "personas célebres, (...) reyes y dinastías", de cuyos actos suelen ocuparse los libros, hay que ver la Historia "en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro", que si fuera realmente oscuro, y no el protagonista de la novela, sería también, igual que ellos, actor "del drama de la vida", tendría su vida y particular historia dentro del grupo social, participaría de sus hechos externos de conjunto y formaría parte de "la vida interna" del mismo. Vida interna e Historia interna que es igualmente importante para su Historia total que la externa, la pública, la que se venía haciendo en exclusiva y consideraba únicos representantes de cada grupo, de cada sociedad, a sus grandes hombres, a sus reyes, y únicos objetos de estudio las "acciones culminantes", que siempre eran "batallas, carnicerías horribles o empalagosos cuentos de reyes y dinastías", cuando la verdadera Historia "está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos, y en lo que hace cada uno".

Se trata de un concepto de Historia sobre el que Galdós vuelve decidida y claramente al escribir su Epílogo a la edición ilustrada de estas dos primeras series de Episodios: "Lo que comunmente se llama *Historia* -indica allí-, es decir, los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de Reyes y Príncipes, de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos, no bastaba -afirma, apuntando su exigencia de mayor amplitud,- para fundamento de estas relaciones, que o no son nada, o son -asegura, describiendo así su intención- el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente"<sup>25</sup>.

Esta tendencia a la *Historia total*, a reproducir situaciones *naturales*, se mantiene en Galdós desde el principio hasta el final de su obra. Al igual que la hemos visto proyectada en su primera y segunda serie de Episodios la encontramos clara y expresamente recordada, sin perjuicio de otras muchas alusiones dentro del texto, al comienzo de cada una de sus otras tres series como un anuncio de lo que quiere hacer en ellas.

Así, en la primera página de "Zumalacárregui", primer Episodio de la tercera serie,

---

<sup>25</sup> Epílogo.... Lugar y Ed. Cits, p III.



Galdós se manifiesta "**gustoso de referir las cosas pequeñas antes que las grandes**", asegurando que por ello *anticipa* un "incidente que la Historia apenas cree digno de una breve mención"; y en el que él viene a mostrar, acto seguido, el carácter *natural*, "**como diligencia usual en los órdenes vulgares de la vida**", que llega a adquirir la ejecución de un enemigo en la guerra, aunque su siempre doloroso carácter lo sea más entonces por tratarse de una guerra civil<sup>26</sup>.

En el primer párrafo de "Las tormentas del 48", Episodio con que empieza la cuarta serie, Galdós/José García Fajardo se dice acosado por "la idea de conservar empapelados, con los fáciles ingredientes de tinta y pluma, **los públicos acaecimientos y los privados casos** -negrilla nuestra- que me interesen, toda impresión -añade- de lo que veo y oigo, y hasta las propias melancolías o las fugaces dulzuras que en la soledad balancean mi alma". Y unas páginas después hace las siguientes reflexiones sobre el concepto, la universalidad del objeto y el sentido de la Historia:

"Cosas y personas mueren, y la Historia es encadenamiento de vidas y sucesos, **imagen de la Naturaleza** -negrilla nuestra,...- que de los despojos de una existencia hace otras y se alimenta de la propia muerte. El continuo engendrar de unos hechos en el vientre de otros es la Historia, hija del Ayer, hermana del Hoy y madre del Mañana. Todos los hombres hacen historia inédita; todo el que vive va creando ideales volúmenes que ni se estampan ni aun se escriben (...) Respondo que todo ejemplo de vida contiene enseñanza para los que vienen detrás, ya sea por fas, ya por nefas, y útil es toda noticia del vivir de un hombre, ya ofrezca en sus relatos la diafanidad de los hechos virtuosos, ya la negrura de los feos y abominables, porque los primeros son imagen consoladora que enseñe a los malos el rostro de la perfección para imitarlo, los otros imagen terrorífica que señale a los buenos las muecas y visajes del pecado para que huyan de parecersele<sup>27</sup>.

En el primer párrafo de "España sin rey", primer Episodio de la quinta y última serie, Galdós indica que se va a ocupar en "adobar (...) historias particulares anotadas en la

---

<sup>26</sup> "Zumalacárregui". En O. C., Aguilar, Madrid, 1976, T II de Episodios Nacionales, p 789 y Sgts. Sin negrilla en el original.

<sup>27</sup> "Las tormentas del 48". Ed. Cit., T III de Ep. Nacls., pp 515 y 530-531.

cuenta de los años 1869 y siguientes, las cuales, a mi entender -dice- no deben perderse en el sumidero del olvido, adonde paran muchas historias públicas pregonadas y trompeteadas por esa gran voceadora que llamamos la *Gaceta*. Los íntimos enredos y lances entre personas que no aspiraron al juicio de la posteridad son **ramas del mismo árbol** que da la madera histórica con que armamos el aparato de la vida externa de los pueblos, de sus príncipes, alteraciones, estatutos, guerras y paces. **Con una y otra madera**, acopladas lo mejor que se pueda, levantamos el alto andamiaje -en el que entendemos que Galdós evoca el concepto de *Historia total*- desde donde vemos, en luminosa perspectiva, el alma, cuerpo y humores de una nación... Por lo expuesto, y algo más que callo, (...) voy a referir hechos particulares o comunes que llevaron en sus entrañas el **mismo embrión** de los hechos colectivos<sup>28</sup>.

De modo análogo a los casos anteriores, Galdós distingue aquí las "historias particulares" o "íntimos enredos y lances entre personas que no aspiraron al juicio de la posteridad", -lo que por entonces se empezaba a llamar *petite histoire*- contraponiéndolas a las "historias públicas pregonadas y trompeteadas por (...) la *Gaceta*", más propias de "la vida externa de los pueblos"; y considera que ambas "son ramas del mismo árbol" y "llevaron en sus entrañas el mismo embrión". Parece como si, tras observar que los hechos ocurridos en el seno de una sociedad acaban caracterizándola -por la mayor frecuencia con que un tipo de hechos se da en ella-, se preguntase por los motivos de que esos y no otros sean lo hechos y carácter de la sociedad considerada, encontrando acaso que el "árbol", el "embrión", viene a ser "el alma, cuerpo y humores de una nación", la *naturaleza* -entendida como principio del obrar- de esa sociedad, cuyos hechos privados, los de la *Historia pequeña*, generalmente interna, serían sólo, y sólo en parte, una de sus manifestaciones, quizá la más substancial e importante, pero incompleta e inexplicable sin tener en cuenta las estudiadas por la llamada *historia pública*, que con ella se interpenetra en un todo inseparable para

---

<sup>28</sup> "España sin Rey". En O. C. Aguilar, Madrid 1976. T IV Episodios Nacionales, p 251. Sin negrilla en el original.

ir conociendo el conjunto cambiante a que se aplican<sup>29</sup>.

Pero Galdós no sólo manifiesta *teóricamente* esta aspiración, sino que, según diversas autoridades en la materia, logra plasmarla en la estructura y contenido de su obra.

#### 1.1.2.2. *Lo dicho en algunos estudios sobre Galdós*

El profesor Seco Serrano, a la vez que señala el modo en que se estructuran los diversos elementos de un Episodio Nacional, afirma: "En la compleja armazón de cada una de estas novelas -casi medio centenar- que integran las cinco series de los *Episodios* se distinguen con claridad tres elementos o estratos constitutivos: a) El esquema de los sucesos políticos, que va condicionando cronológicamente el relato; b) la anécdota novelesca, insoslayablemente pautada por aquél; c) la pintura del 'cuadro social' en que se enmarca todo el conjunto. De estos tres elementos, el menos consistente es el segundo, aunque sirva de hilo a cada serie -porque en realidad, como ha sabido ver Montesinos, cada serie es una sola novela en varios tomos-; los otros dos constituyen, en sentido amplio, la doble faceta, externa e interna, de eso que llamamos hoy *historia íntegra*"<sup>30</sup>.

La existencia de estos tres planos y la tendencia a la *historia íntegra* o *total*, son así mismo *suscritas* por el profesor Jover Zamora, si bien éste subraya por su parte la usual conexión simbólica del plano "b)" -llamado por él "plano narrativo *novelesco*"- con los "acontecimientos históricos"<sup>31</sup>. Conexión de la que hemos de ver continuados ejemplos en este trabajo.

La idea de *Historia íntegra* y sus dos componentes principales son también señalados por el profesor Vicente Lloréns, que, rebatiendo, por una parte, las ya aludidas opiniones de Baroja -sobre que Galdós se había limitado a tomar "la historia hecha en los libros"-, y tras

---

<sup>29</sup> La metáfora del árbol es así mismo aplicada por Galdós para referirse al conjunto de la sociedad española -donde se producen los hechos y *ramas* históricos- y a la necesidad de cuidarla para su regeneración: "cuidemos el árbol -aconseja al fin-, cuidemos el aire que le envuelve; cuidemos el suelo donde estuvo, está y estará plantado." Texto fechado el 20-X-01 (1901) y publicando el 17-XI-01. Cfr. SHOEMAKER, W-H.: "Las cartas desconocidas de Galdós en *La Prensa*, de Buenos Aires". Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1973, p 537.

<sup>30</sup> SECO SERRANO, C.: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política...". Cit., p 288.

<sup>31</sup> JOVER ZAMORA, J-M.: "La imagen de la Primera República...". Cit., pp 55-56.

recordar, por otra, la clara precedencia y relación del concepto de *historia interna* galdosiano respecto al de *intrahistoria* unamuniana, señala: "Lo importante es que Galdós, aun cuando mantiene la historia hecha, esto es, la *externa*, quiere completarla con la *interna*, llegando en su ambición a una *historia integral* de la nación española que incluya tanto al personaje ilustre como al desconocido Fulano (...). Galdós -añade Lloréns- quiere abarcarlo todo. El hecho histórico conocido y el incidente ignorado; las acciones militares y las intrigas políticas; hasta el cambio de modas y costumbres, de la vida literaria, de cuanto contribuye a dar el perfil y tono de una época"<sup>32</sup>.

Los ejemplos de opiniones en este sentido son numerosos, pero no parece necesario insistir. Por otra parte, muchas de las cuestiones desarrolladas a continuación con apoyo en otras autoridades, o en textos del mismo Galdós, conllevan ésta, aunque su alusión sea menos frontal.

Ocurre que, según exige la coherencia interna del autor, -y como vamos a ver enseguida- los conceptos que sobre la Historia muestra en sus Episodios se implican e interrelacionan con muchos otros de toda su obra<sup>33</sup>. Ya en "La Fontana de Oro", la primera novela publicada por Galdós<sup>34</sup>, hay algunos textos en los que puede señalarse lo substancial de dichos conceptos respecto a la Historia: "...un hombre -dice Lázaro/Galdós esperando

---

<sup>32</sup> LLORENS, Vicente: "Historia y novela en Galdós". En el ya citado volumen especial de *Cuadernos hispanoamericanos*, núms. 250-252, pp 73-82, especialmente, pp 73, 75 y 76. Sin negrilla en el original. Idea que puede verse también expresada ya en FAUS SEVILLA, P.: "La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós", Cit., pp 9-26.

<sup>33</sup> Esta interrelación entre unos y otros conceptos de Galdós es recordada por J. Artiles al referirse a "sus ideas -de Galdós- sobre Patria y Patriotismo, que están -señala- en la misma base de la pirámide de la idea de Historia". Así lo muestra, por otra parte, con un texto que tiene el doble interés de pertenecer al, temprano, *episodio Trafalgar* y de contraponer un ejemplo de las ideas de "Patria y de Historia" que Galdós (Araceli) rechaza y otro de las que acepta y defiende. Cfr. ARTILES, J.: "La intrahistoria: de Galdós a Unamuno". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos", Cit., pp 201-219, especialmente pp 213 y 214. Los textos de Galdós, en "Trafalgar", Cit., pp 220-221. En relación con este tema opina James Whiston ("Two Versions of Trafalgar: Galdós's *Trafalgar* (1873) and Manuel Marliani's *Combate de Trafalgar* (1850)", Forum for Modern Language Studies, 20 (1984), 154-64), que "*Trafalgar* no es un himno al patriotismo español sino una crítica de sus móviles equivocados y una apología en favor de la confraternidad universal". Cfr. BLY, Peter A.: "Introducción" a su edición de "Galdós y la historia", Cit., pp 19 y 218.

<sup>34</sup> Parece que, según indicó Montesinos ("Galdós", Cit., T I, p 52.), "La sombra" fue escrita antes, aunque fuera publicada después. Ver también NUEZ, Sebastián de la: "La sombra, primera novela de Galdós". Letras de Deusto. Vol. 14, N° 8, Jul-Dic de 1974, e INDURAIN, F.: "La sombra: una interpretación". En "Galdós. Centenario de F. J.". Cit., pp 409-420, especialmente, p 415.

merecer, por alguna acción gloriosa, la gratitud de la Humanidad- puede ser ingrato; pero un pueblo, en la serie de la Historia, jamás. En una vida cabe el error; pero en las cien generaciones de un pueblo, que se analizan unas a otras, no cabe el error"<sup>35</sup>. Como observa con acierto Jenaro Artiles, "*un hombre*", resulta ser aquí esa historia que algunos ven en *lo efímero de la vida*, mientras que las "*cien generaciones*" se corresponden con "el sedimento que queda del acontecer diario"<sup>36</sup>. Es decir, Galdós contrapone lo que Pérez Ayala llama "acontecimientos huidizos" a lo que continúa, "lo que no deja de pasar"<sup>37</sup>. La idea expresada por Galdós aquí -y lo mismo podríamos decir de su contraposición del "fugaz segundo con el siglo, lleno de historia", antes citada- parece antecedente claro, según destaca J. Artiles, de lo que, años después, expresaría Unamuno al decir: "Los hombres van haciendo su historia cotidiana, pasajera y cortical, sobre un légamo de intrahistoria o humanidad permanente, cada vez más denso y rico. La historia -añade Unamuno- se convertiría así en tradición eterna, en intrahistoria"<sup>38</sup>. Pero esta precedencia no quiere decir identidad; la *historia interna* de Galdós, viene a decir G. Torrente Ballester, se apoya en las "vidas privadas", mientras que Unamuno prescindiría en una *novela intrahistórica* "de la referencia a los hechos concretos que definen la historia de un país. Lo de Galdós -concluye- no es intrahistoria, sino historia interior"<sup>39</sup>.

Parece, pues, en definitiva, que Galdós es menos abstracto que Unamuno en su intento de presentar *la vida* y devenir de los españoles de su siglo *como se dio en la Naturaleza*; pero también que busca siempre el latir de lo interno, substancial, humano y permanente,

<sup>35</sup> "La Fontana de Oro". Alianza Edit., Madrid, 1973, pp 76-77.

<sup>36</sup> ARTILES, J.: "La intrahistoria...". Cit., p 206.

<sup>37</sup> PEREZ DE AYALA, Ramón: "Política y toros". *Obras selectas*, Barcelona, 1957, p 789.

<sup>38</sup> UNAMUNO, Miguel de: *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1964, T I, p 44. Esta precedencia galdosiana puede verse igualmente señalada en LOPEZ-MORILLAS, Juan: "Historia y novela en el Galdós primerizo: *La Fontana de Oro*". En *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, 1965, pp 273-285, especialmente p 275; y en CLAVERIA, Luis: Conferencia publicada en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, XIX, 1957, pp 170-177. Todos ellos citados Cfr. ARTILES, J.: "La intrahistoria: de Galdós a Unamuno". Cit., pp 204-206, 216 y 217.

<sup>39</sup> TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: "Lectura del primer capítulo de *Fortunata*". En "Galdós. Centenario de *Fortunata* y *Jacinta* (1887-1987). Actas". F. de CC. LL. de la Univ. Compl. de Madrid, 1989, pp 621-628, especialmente pp 627-628.

bajo -y junto a- lo externo, accidental, personal y fugaz, aunque se interese también por esto como carácter o expresión de un momento o complejo circunstancial; y que, en ese intento, refleja a veces, y a veces clarifica, ciertos conceptos fundamentales por cuyo desarrollo se convierte en maestro, o antecedente, de quienes insistieron en ellos y los utilizaron o matizaron con fortuna. Esto es lo que parece pasar con su *historia interna* y la referida *intrahistoria* unamuniana; y algo parecido podría decirse respecto a la *constitución interna*, de Cánovas, o al *yo y mis circunstancias* de Ortega. "El yo y la circunstancia orteguiano -escribe C. Bravo Villasante- se anticipa en Galdós, cuando ofrece el panorama del individuo y de su época, del hombre y del mundo en que tiene que vivir, o que tiene que modificar, en este caso España, porque sus individuos viven en la sociedad española"<sup>40</sup>. Sus novelas plantean siempre, añade esta escritora, "el proceso de las vidas individuales inmerso en el proceso histórico del país", pues "Galdós emplea la misma técnica en sus restantes novelas que no llevan el título de *Episodios Nacionales*. Toda la trama argumental íntima va relacionada con sucesos históricos, lo que nos permite considerar a todos sus libros como *Episodios Nacionales*"<sup>41</sup>.

No es necesario, pues, de acuerdo con Bravo Villasante, -y así lo indican también el profesor Jover<sup>42</sup> y Casaldueiro<sup>43</sup>- hacer distinguos, a estos efectos, entre las obras de Galdós<sup>44</sup>. En todas se ve esa "misma técnica", por la que la novela se pone en relación con la Historia para dar a conocer a su público lector "la sociedad española" de su tiempo, el "mundo en que tiene que vivir, o que -según dice, señalando así el sentido de la obra de Galdós,- tiene que modificar". Pero éste mismo *modificar* implica, además de al objeto de modificación -del cual nos ocupamos luego a la vista de los textos-, a los agentes que

<sup>40</sup> "Galdós visto por sí mismo". Ed. Magisterio Español, S.A., Madrid, 1976, p 70.

<sup>41</sup> BRAVO VILLASANTE, C.: "Galdós visto por sí mismo". Cit., pp 70 y 71.

<sup>42</sup> En su citado discurso de ingreso en la R.A.H., "La imagen de la Primera República...", Cit., p 56.

<sup>43</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 43 y 46.

<sup>44</sup> Según Gaspar Gómez de la Serna "La Fontana de Oro" no es tan *historica* como los *Episodios*, sino mas bien "*históricocostumbrista*", por el *predominio* del "propósito sociológico". GOMEZ DE LA SERNA, G.: "España en sus *Episodios Nacionales*". Ed. del Movimiento, Madrid, 1954, p 38.

tiendan a ello. Es decir a otro aspecto, también fundamental, de este concepto: el de *las fuerzas de la Historia*.

En relación con él viene a decir Hinterhäuser que el Krausista Galdós parece concebir el devenir histórico como una marcha perfecta que tiende a la libertad y cumple designios divinos. Marcha, por otra parte, en la que Hinterhäuser dice no ver reflejada *la fórmula dialéctica* defendida por Hegel<sup>45</sup>, pese a las constantes prédicas que Galdós hace a *las dos fuerzas dialécticas* en favor de la tolerancia que había de facilitar una síntesis<sup>46</sup>.

Marcha, también, cuyos complejos condicionamientos se desprenden de los anteriores textos de Galdós sobre las infinitas variables que, *como en la vida, como en la Naturaleza*, están presentes en ella. Su difícil -y en muchos aspectos imposible- control humano, parece sugerido por la importancia que, como indica también Hinterhäuser, concede Galdós a la *Providencia* o a la *Fatalidad* para explicar su curso. Pero entendemos que estas palabras son expresión de una dificultad que en parte resulta, precisamente, de la libertad humana y que no implican la "versión determinista" de que habla Hinterhäuser<sup>47</sup>, pues ello estaría en contradicción con la esperanza de Galdós en que lo sólo *difícil* llegue hasta donde es deseable; esperanza que, además, da sentido a esas otras fuerzas de la historia que el mismo Hinterhäuser ve reflejadas en sus textos: las ideas, los grandes hombres, las minorías (nobleza, clero, masonería u otras sociedades), la mujer y, especialmente, *el pueblo*, cuya influencia se muestra creciente a medida que surte efectos esa acción educativa -que también sería contradictoria con una visión determinista- a que el mismo Galdós, como buen krausista, se entrega con tanto ahínco, en uso de su libertad, para rectificar el futuro<sup>48</sup>.

---

<sup>45</sup> Como apuntaron Angel del Río ("Estudios galdosianos"), Eoft ("The novels of P.G.") y Clavaría ("El pensamiento histórico de G."), a quienes cita Hinterhäuser en "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 116-117.

<sup>46</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...". Cit., pp 115-117.

<sup>47</sup> Op. Cit., p 122.

<sup>48</sup> La descripción y ejemplos sobre dichas fuerzas pueden verse en HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...". Cit., pp 115-129. En cuanto al "término *pueblo* -dice inicialmente Hinterhäuser, tras contraponerlo a *populacho*- no significa en Galdós el cuarto estado, sino la nación toda (,) de la que éste, (continúa...)

Las implicaciones de este afán educador de Galdós nos conducen a otro de los aspectos que deseábamos destacar respecto a su obra como fuente histórica.

### 1.1.3. Subordinación de la novela a la historia y servicio de ambas a la educación

Hinterhäuser, tras una Introducción en que analiza la "situación de los estudios galdosianos" y un primer capítulo relativo a "La génesis de los *Episodios Nacionales*", estructura, genialmente, su tan citado estudio en tres capítulos que indican, a la vez, tres enfoques o dimensiones de dichos Episodios y sendas finalidades atribuidas a su autor: "Los *Episodios Nacionales* como historia", "Los *Ep. N.* como medio de educación política" y "Los *Ep. N.* como novela". A través de ellos llega, en este sentido, a la *conclusión* siguiente: "a pesar de que en la concepción fundamental del autor predomine un juicio crítico-histórico determinado y una doctrina política, no cabe duda de que -los Episodios Nacionales- pueden aspirar al rango de obra de arte"<sup>49</sup>. Esta conclusión, debidamente apoyada en el desarrollo de los citados capítulos, reconoce, pues, a los Episodios Nacionales de Galdós el triple valor aludido; pero indica también que la finalidad *estético* novelesca se subordina "en la concepción fundamental del autor", a las *Predominantes*,

---

<sup>48</sup>(...continuación)

naturalmente, forma parte, pero que está constituida sobre todo por la clase media y sólo muy marginalmente por la capa superior de la sociedad" (Hinterhäuser, *Ibidem.*, p 126). En claro desacuerdo con esta idea, el profesor Jover señala que esta acepción "tiene un mero valor retórico y generalizador en amplias reflexiones históricas; pero no resiste la aplicación a cada página galdosiana en que la *gente del pueblo* es inconfundible con las gentes de clases medias en cualquiera de sus grupos". Gente del *pueblo* cuya presencia hace notar Galdós, según indica el mismo profesor Jover, en "la historia externa que se padece", contra la que a veces se rebela, y, sobre todo, en "la historia profunda que se va gestando, día tras día, en el trabajo, en el sufrimiento, en la esperanza, en la progresiva toma de conciencia". (JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós". En "Política, diplomacia y humanismo popular...", *Cit.*, p 398 y 399). En realidad Hinterhäuser parece mostrarse de acuerdo con esto, salvo para la primera época de Galdós, ya que, dos páginas después del texto citado, alude a una, imprecisa, evolución del significado de dicho término: "En años posteriores -dice ahora, tras un texto relativo al motín de Aranjuez,- Galdós se inclina cada vez más a quitarle esta función -la de "hacer política, y al mismo tiempo, historia"- a la clase media y a transferirla al cuarto estado, al *pueblo*, en un sentido restringido". (Hinterhäuser, H.: *Ibidem*, p 128). En todo caso, esta distinción viene a ser confirmada por Galdós mismo, que aunque a veces utilice la voz *pueblo* como conjunto nacional contrapuesto al rey o a otros *pueblos*, lo contraponen expresamente a dichas otras clases en la vida cotidiana cuando, en "Fortunata y Jacinta", se refiere a la decadencia del gusto por los colorines vivos de las capas y de "los pañuelos de Manila": "La aristocracia los cedía con desdén a la *clase media*, y ésta, que también quería ser aristócrata, entregábalos al *pueblo*, último y fiel adepto de los matices vivos". *Fortunata y Jacinta*. En O. C. Aguilar, Madrid, 1975, T II de Novelas, p 463. Sin negrilla en el original.

<sup>49</sup> HINTERHÄUSER, H.: *Op. Cit.*, p 371.



*histórica y política*. Esto, que en parte se halla implícito en lo antes dicho, habrá de tenerse en cuenta para una mejor comprensión de los textos que luego hemos de analizar, pues repercute en su estructura general y en otros aspectos de su contenido y tratamiento.

#### **1.1.3.1. La subordinación de la novela a la historia**

En cuanto a la estructura básica, pero implicando siempre a los demás elementos, dice el mismo Galdós, en sus declaraciones al *Bachiller Corchuelo*, refiriéndose al episodio "Amadeo I": "Ahora estoy preparando el cañamazo, es decir el tinglado histórico... Una vez abocetado el fondo histórico y político de la novela, inventaré la intriga"<sup>50</sup>. Es lo que J. Casaldueiro parece encontrar hecho cuando señala que en la combinación de "historia y novela" que Galdós presenta en cada *Episodio*, "la parte histórica obedece" al intento de reunir lo más *importante y significativo* de un período, cuyos años se *aparcelan* alrededor de *un hecho, figura o situación*, de modo que "la Historia le da una pauta" y "la novela le permite mayor libertad de movimiento"<sup>51</sup>.

Pero la subordinación de la novela a esa *pauta* es tal que, según dice Hinterhäuser, en lugar de "la fuerza determinante del autor" de los Episodios "entra en juego la (...) de la Historia, por lo que la acción novelesca se impregna de un profundo determinismo, a veces avasallador"<sup>52</sup>.

Refiriéndose a este mismo hecho afirma V. Lloréns que, en su afán de "darnos una imagen viva, plástica y fuertemente integrada en su visión histórica", a Galdós "no le basta que el personaje ficticio, la trama novelesca estén ya cargados de significación histórica; la composición, el ritmo y el estilo, todos los elementos de la obra adquieren la misma

---

<sup>50</sup> PEREZ GALDOS, B.: Confesiones de su vida y obra. "Por esos mundos", julio de 1910. Cfr. HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nac.". Cit., p 223. De ahí que, según decía el profesor Seco Serrano, esta intriga está "insoslayablemente pautada" por los "sucesos políticos"; y que, con expresión de C. Bravo Villasante: "Toda la trama argumental íntima va relacionada con sucesos históricos"; y ello en "todos sus libros" ("Galdós visto por sí mismo", p 71.).

<sup>51</sup> CASALDUERO, J.: "Historia y novela". En el ya citado volumen especial de *Cuadernos Hispanoamericanos* (Nº 250-252), p 136.

<sup>52</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., p 280, NOTA Nº 47.

función expresiva"<sup>53</sup>. Ya Casaldueiro resumió genialmente los recursos que Galdós emplea para lograr este efecto -al mismo tiempo que lo señala como algo propio de la obra de Galdós en general, no sólo de sus *Episodios*, cuando dice que "en *la Fontana de Oro* se encuentran las líneas generales del mundo galdosiano" e incluye entre ellas, además del "estudio del medio" y de los "hechos, medios y personajes históricos", el "simbolismo de la acción y de los personajes" y el "sentido convencional de objetos, calidades, facultades y figuras." Allí aparecen, según dice, "el Madrid de la clase media", "Fernando VII" con su *camarilla*, "Alcalá Galiano en La Fontana" y, con ellos, una acción -que nosotros resumimos luego- en que "las luchas de personas consanguíneas representan las luchas entre españoles; el amor de Lázaro por Clara -los protagonistas-, el de los liberales por España, la cual está aherrojada por la educación, los reaccionarios, errores, hipocresía, fanatismo -las tres Porreño-. El reloj de las Porreño no anda; al cuadro del santo que tienen en su casa le falta la cabeza, que la humedad ha destruido. El mundo galdosiano -concluye Casaldueiro- tiene una serie de signos, cuyo sentido es fácil de comprender, pues aparecen siempre con el mismo significado"<sup>54</sup>.

Esto es algo que, en cuanto dicha acción novelesca se desarrolla en el Trienio, será objeto de nuestro posterior análisis; pero, además, Galdós mismo se refiere explícita y frecuentemente a la función tipificadora o simbólica de los diversos elementos aludidos. Así, al finalizar sus dos primeras series de *Episodios*, indica que sus "personajes novelescos" son "casta de tipos contemporáneos"<sup>55</sup>; y -por citar sólo algunos de los ejemplos relativos a personajes que luego veremos en acción- Galdós señala expresamente que *doña Perpetua* y don Fernando *Garrote*, son *tipos sociales*<sup>56</sup>; que la hacendosa y sufrida Solita es un "tipo social" frecuente en España<sup>57</sup>; que don Benigno Cordero, a quien conoceremos en el "7 de Julio", "era acabado tipo del burgués español, que se

<sup>53</sup> LLORENS, Vicente: "Historia y novela en Galdós". Cit., p 79.

<sup>54</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 46.

<sup>55</sup> "Un faccioso y algunos frailes menos". Cit., T II, p 786.

<sup>56</sup> "El equipaje del rey José". T I, pp 1210 y 1254

<sup>57</sup> "Los Apostólicos". Ed. Cit., T II, p 569

formaba del antiguo pechero fundido con el hijodalgo<sup>58</sup>. El papel *tipificador* de estos y otros personajes se sugiere ya en el *episodio* "Cádiz", al mismo tiempo que se tiende un hilo de unión con la época del autor: "Por no aburrir (...) presentándoles uno tras otro a estos tipos (...) -dice allí Galdós- he hecho con las personas lo que hacen los partidos; es decir, una fusión, y me he permitido recoger las extravagancias de los tres y engalanar con tales atributos a uno sólo de ellos"<sup>59</sup>. Técnica que no sólo aplica a los personajes, sino también a los escenarios y ambientes, -observados, como en gran parte aquellos, en su entorno- según indica el mismo Galdós, veraneante en Santander, en carta a su amigo Pereda, al decirle: "El pueblo en que pasa la acción -se refiere a la de "Gloria"- es al mismo tiempo Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente, sin ser ninguno de ellos en particular"<sup>60</sup>.

Se van introduciendo así en los ambientes y situaciones una serie de elementos característicos vinculados, sobre todo, a la historia interna, la menos conocida, y representados por personajes *secundarios*, que, según destaca Juan Ignacio Ferreras<sup>61</sup>, son más versátiles que los *protagonistas*, cuyo mayor compromiso con la acción novelesca, que ya hemos dicho pautada por la Historia, los hace -cabe añadir- más aptos para simbolizar en aquella alguna de las realidades de ésta. Podría decirse, en este sentido, que Galdós no crea o imagina su novela sino que hace en ella un trasunto de la realidad histórica; que la vida de Monsalud, protagonista de la segunda serie, no se inventa, sino que a éste le va ocurriendo lo mismo que a la Revolución. Así, cuando Montesinos señala en Monsalud la expresión del espíritu romántico<sup>62</sup>, añadiríamos que, siendo esto cierto, lo es, a la vez, porque era romántica la Revolución a que, como hemos de ver, simboliza. Estos

---

<sup>58</sup> "Los Apostólicos". Cit., T II, p 575

<sup>59</sup> "Cádiz", Cit., T I, p 858.

<sup>60</sup> Carta del día 27 de Dic. de 1876, recogida por BRAVO VILLASANTE, C.: "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Volumen citado (núms. 250-252), pp 9-51, especialmente, pp 27-28.

<sup>61</sup> "Una estructura Galdosiana de la novela histórica". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979, T I, pp 119-127.

<sup>62</sup> "Galdós", Cit., TI, pp 135-136.

simbolismos son constantemente insinuados por Galdós, que, por otra parte, los muestra explícitamente aplicados por algunos de los personajes a quienes él convierte en *autores*. Así, por ejemplo, en un escrito supuestamente elaborado por un alumno de los frailes del Madrid de 1834, "se veía claramente -escribe Galdós- la idea de representar en el pobre toro aburrido y pinchado por todas partes al partido cristino, de quien daban cuenta al fin, rematándolo, los apostólicos, representados en el simbólico circo por espadas, picadores y puntillas"<sup>63</sup>. Igualmente se indica que el levantarse Pipaón servía "para expresar emblemáticamente" la idea de levantarse la nación<sup>64</sup>.

A ello se une, además, toda otra rica gama de recursos expresivos propios de Galdós, desde los nombres transparentes a las condiciones meteorológicas asociadas a los hechos o a los estados de ánimo de personajes representativos -"neblinas" como presagio de hechos desgraciados; sol o Naturaleza *endomingada* para lo contrario, por ejemplo,-<sup>65</sup>; desde sus alusiones simultáneas a hechos históricos y novelescos que así quedan asociados, a su adjetivación, tan cuidada en el grado como en la cualidad señalados<sup>66</sup>, o a sus preguntas, que suelen reclamar atención especial y que a veces se suman a ciertas alusiones a *misterios* para indicar la presencia de valores simbólicos, que deben interpretarse siempre en función de la cuestión histórica correspondiente.

Es decir, el tratamiento puntual que se da al contenido, lo mismo que veíamos respecto a la estructura, parece ponerse siempre al servicio del objetivo histórico-educativo.

Respecto a esta subordinación es también significativo el texto en que Galdós/José García Fajardo, al comienzo de "Las tormentas del 48", destaca su propósito de "poner cuidado

---

<sup>63</sup> "Un faccioso más y algunos frailes menos". Ed. Cit., T II, p 725. El simbolismo del toro, noble, bravo y asociado, como aquí, con los liberales españoles y contrapuesto al carlismo, reaparece en "La Primera República", según destaca el profesor Jover Zamora en su citado discurso de ingreso en la R. A. H., pp 100-103.

<sup>64</sup> "Los Apostólicos". Cit., T II, p 589.

<sup>65</sup> Como veremos que ocurre en la batalla de Vitoria de 1813 o en algún fusilamiento de Cataluña y en la Sevilla y la mente de Jenara en 1823.

<sup>66</sup> A veces matizados por la acumulación de adjetivos *cuasi* sinónimos, como ocurre en su descripción de la *capilla* en que don Patricio Sarmiento espera ser ejecutado ("El terror de 1824". Ed. Cit., T I, pp 1803-1804.) o al señalar el carácter crónico, incurable, de siempre, propio del simbólico mal que sufría Carlos Garrote ("Un faccioso más...". Ed. Cit., T II, p 726.)

en que no se me escape -dice- cosa de interés, en alumbrarme y guiarme con la luz de la verdad y en dar amenidad gustosa y picante a lo que refiera". Enumeración de intenciones que -sin contar con la posible prioridad asociada a lo dicho en primer lugar- presenta como substancial y previa la selección de lo *interesante* y *veraz*, que sería la base o *cañamazo* de la estructura, y que parece coincidir con ese "fondo histórico y político", antes aludido, cuya intención pedagógica se sugiere ahora al manifestar el deseo de darle "amenidad gustosa y picante" y al añadir : "que sin un buen condimento son estos manjares tan indigestos como desabridos"<sup>67</sup>.

Parece, pues, que también aquí se distingue entre el producto -que es lo que se quiere referir, los "manjares"-, y los complementos para hacerlo más atractivo. Pero no debe entenderse que estos componentes se presentan siempre en textos separados. Su distinción es, como vamos a ver, principalmente intelectual, posible resultado del análisis de los diversos aspectos o significados de un mismo texto. Lo que pasa es que, como dice Montesinos -refiriéndose precisamente a la complejidad que "el estudio histórico, la intención simbólica, la creación propiamente novelesca" introducen en "la segunda serie"-, "al analizar estos episodios se hace necesario deshacer el montaje para apreciar la calidad y cuantía de los componentes"<sup>68</sup>.

Ha de tenerse presente que ese *amenizar* de que hablaba Galdós no es el único, ni principal, papel de su novela, sino que ésta le sirve también, entre otras cosas, para presentar en ella, como decíamos antes, la historia *no hecha* entonces en los libros: "Galdós -escribe Lloréns- quiere completar con la novela la insuficiencia de la historia usual, ajena a lo privado y afectivo." Para ello "Galdós no tiene más remedio que inventar -deducir de lo conocido, diríamos nosotros,- a esos españoles sin historia conocida. Ellos -concluye- son lo ficticio, más también lo histórico." El valor *representativo* y *simbólico* de esta "ficción literaria" -que Lloréns cita señalado ya en críticos como Casaldueiro y Hinterhäuser, y que nosotros hemos de verificar luego en casos concretos,- resulta, en su opinión, "tan destacado que, en realidad, la historia inventada por Galdós -dentro de los

---

<sup>67</sup> "Las tormentas del 48". Cit., p 515.

<sup>68</sup> MONTESINOS, J-F.: "Galdós". Cit., p 119.

límites que, según el mismo Lloréns, le marca la historia conocida- llega a ser más significativa que la historia hecha"; y, "así como en la épica la fábula contenía la verdad poética o moral, en los *Episodios Nacionales* lo novelesco nos da el sentido de la historia", que "es (,) o quiere ser, (...) una **historia total**"<sup>69</sup>.

Es lo que también Montesinos viene a destacar -refiriéndose a lo hecho en "El Grande Oriente"- cuando dice que Galdós logra así "urdir una trama de primer orden en la que el detalle histórico no se pierde de vista nunca, apurado en su más estricta verdad, al menos en su **verdad moral**"<sup>70</sup>.

De esa conjunción entre historia y novela, y de la importancia que Galdós atribuye a lo que ésta aporta al contenido, es buen ejemplo, como algunos de sus antes citados textos sobre el concepto de Historia, la referencia hecha en el *episodio* "Montes de Oca" a una escena amorosa entre "Ibero y Rafaela": "...escena -dice Galdós- que, sin ser histórica, merece ser puntualmente relatada." Y añade, confirmando lo que antes hemos dicho sobre el significado de lo *veraz*: "¿Y por qué no había de ser histórica, siendo verdad?. No hay acontecimiento privado en el cual no encontremos, buscándolo bien, una fibra, un cabo que tenga enlace más o menos remoto con las cosas que llamamos públicas. No hay suceso histórico -abunda, además, Galdós, señalando su criterio de selección- que interese profundamente si no aparece en él un hilo que vaya a parar a la vida afectiva"<sup>71</sup>.

Con ello se apunta otro aspecto del servicio prestado por la novela a la historia, la presentación de "la vida afectiva", cuyas emociones, según veremos, son largamente utilizadas por él para completar la visión de las cuestiones históricas uniendo el sentimiento a la razón como vías de conocimiento, y potenciando así las simpatías y antipatías a que, como educador, desea orientar a sus lectores<sup>72</sup>.

Este valor de la novela, incluso el del aporte emocional, es así mismo señalado por

<sup>69</sup> LLORENS, Vicente: "Historia y novela en Galdós". Cit., pp 77 y 78. Sin negrilla en el original.

<sup>70</sup> MONTESINOS, J-F.: "Galdós". Cit., T I, p 131. Sin negrilla en el original.

<sup>71</sup> "Montes de Oca". Ed. Cit., p 259.

<sup>72</sup> "Para Galdós -escribe Casaldueiro-, la novela es la tercera dimensión de la Historia. La novela nos entrega al hombre y la sociedad vivos, mientras la historia relata hechos y acontecimientos." ("Vida y obra de Galdós...". Cit., p 44.)

Galdós en "El terror de 1824", el que sigue a nuestro Trienio, al asegurar que aunque el historiador omita ciertas "páginas honrosas" para el *liberalismo* y la *Patria*, "el novelador las nombrará; y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada puede ser, en ciertos casos, más histórica y, seguramente, es más patriótica que la Historia misma"<sup>73</sup>.

Los textos en que Galdós muestra esta intención de utilizar la novela para expresar cosas omitidas en la Historia usual, para llamar la atención sobre esa *vida afectiva* a que antes aludía, con sus ansias y emociones, sean éstas amorosas, patrióticas o de cualquier otro tipo, son inagotables, pues sus aspectos pueden ser tan variados como los de esa vida cuya imagen es la novela, según le veíamos decir en su discurso de ingreso en la Real Academia. Un ejemplo más en que Galdós alude al carácter histórico de su novela, en cuanto es ficción veraz, puede verse en "Un voluntario realista" -también de la segunda serie- cuando el autor, contraponiendo la materia *histórica* más propia de su *novela* a la manifestada en la crónica de historia externa, se refiere al "concertado desarrollo" de su "narración, que es menos novela -advierte- de lo que creerán muchos", y en el que deja aquellos hechos, no tan *novelescos* como pueden parecer, porque "otros personajes nos llaman -dice- (...) allá donde suena la bronca trompeta de la Historia anunciando sucesos que se escriben en páginas muy graves, y que también han de tener su hueco importante en éstas, que lo son de entretenimiento". Pero este deseo de *entretenimiento* aparece de nuevo subordinado a la verdad, pues sólo unas líneas después se indican sus límites en lo "que la escrupulosidad histórica nos obliga a decir"<sup>74</sup>. Obligación por la que, según explicará significativamente Galdós ante algunas quejas, los franceses no deben molestarse porque en alguna de sus "novelas aparezcan pintados los sentimientos de los españoles de 1808 con la vehemencia que exige la propiedad histórica"<sup>75</sup>.

Hay que pensar, pues, que la constante subordinación de la novela a la estructura y

---

<sup>73</sup> "El terror de 1824". Ed. Cit., T I, p 1740.

<sup>74</sup> "Un voluntario realista". Ed. Cit., T II, pp 538 y 539.

<sup>75</sup> Epílogo a la edición ilustrada de las dos primeras series de Episodios Nacionales. Lugar y Ed. Cits., p III.

temática históricas pone límites -voluntarios, puesto que él **quiere** representar la Historia,- a la imaginación de Galdós, cuyas creaciones novelescas suelen ser homologables -como hemos de ver- con las situaciones históricas que tratan de revivir. Galdós no se conforma con ser verosímil, sino que, en este sentido, procura ser veraz; no puede, pues, imaginar cualquier situación, sino que se atiende a las que son aplicables a la realidad histórica<sup>76</sup>. Esto no obsta para que, según aseguraba Hinterhäuser, se logre el valor de obra de arte. Nosotros, sin ánimo de entrar en esta cuestión, entendemos que es precisamente ese *arte* lo que, en una feliz aplicación, proporciona la "amenidad gustosa y picante" que decía procurar Galdós, deseoso de lograr con ella el atractivo y vida de la realidad histórica representada<sup>77</sup>. Es el suyo, según viene a decir Hinterhäuser, un intento de proyectar o descargar la propia emoción en los hechos históricos, de vivirlos como propios y de conseguir que su vivencia sea igualmente sentida por el lector. Esto es lo que hace posible la poesía en este tipo de novela, pese a la presencia objetiva y buscada de una realidad histórica<sup>78</sup>.

Suele decirse -ya lo apuntábamos antes- que esta aplicación de la novela tiene, sobre todo, su lugar en lo relativo a la historia interna, a la *no hecha*, que decía Lloréns, en la que "el *esfumato* obligado del universo histórico" de que habla J.I. Ferreras es más fácil,

---

<sup>76</sup> Cosa que ocurre tanto en los simbolismos relativos a la historia externa como en los tipos y casos de la historia interna. "Es -dice J. Casaldüero- un problema que se le planteará al escritor constantemente. De un lado tiene que ser fiel al acontecer histórico (...); de otro tiene que penetrar hondamente en la vida". La solución procurada en la segunda serie es "que los personajes sean fuerzas y sentimientos en un conflicto histórico". CASALDUERO, J.: "Historia y novela". Cit., p 137.

<sup>77</sup> Es el arte y valor destacados, como propios de una buena *novela histórica*, por el también académico de la Lengua M. Alvar cuando señala que Antonio Prieto, en "El embajador", no sólo recoge información erudita sino que "**ha dado vida** a su personaje y **lo ha hecho vivir** en su tiempo y en sus ciudades, con sus zozobras también". A lo cual se añade, mostrando así que además de ser novela es *histórica*, que si en dicha obra hay "ficción, lo es por cuanto unos elementos pudieron ser y otros cabrían en relatos folklóricos, pero, entendámonos, -aclara el mismo Alvar- **no es falsa la realidad en que se mueve aquella vida** de carne y hueso". Así, junto a "la Historia grande" hay, "subyacente, una historia menuda cargada de sentido transcendente". (ALVAR, Manuel: "De novela histórica", (II). En "Blanco y Negro", 12-III-89. Año XCVII, Nº 3637, p 14. Sin negrilla en el original.) La afinidad entre historia y novela, en cuanto intentos de construir "un orden convincente, un mundo organizado e inteligible", "un sistema armónico" y controlable, que tiende a liberar al hombre de la angustia producida por *el caos* que en el mundo real introduce la contingencia humana, puede verse defendida en VARGAS LLOSA, Mario: "Historia y novela". En "El País", 1 de abril de 1990, p 11.

<sup>78</sup> Ver HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...". Cit., pp 225-226.



por ser menos conocida<sup>79</sup>.

"Todo el mundo está de acuerdo -escribe Hinterhäuser- en que las posibilidades artísticas de la novela histórica son incomparablemente mayores cuando lo predominante no es la gran Historia, la Historia pública, situada en primer plano, sino las colisiones humanas (en su condicionamiento histórico)"<sup>80</sup>. En ella, decía Lloréns, *lo ficticio es también lo histórico*, y la historia *inventada* por Galdós llega a ser más significativa que la historia *hecha*. Es aquí donde el profesor Seco Serrano decía antes lograda por Galdós "la pintura del *cuadro social* en que se enmarca todo el conjunto".

Pero ni esa feliz conjunción entre historia y novela se limita a la *historia interna* ni ésta o la *externa* pueden ser desgajadas en ningún momento del común *andamiaje* en que, como decía Galdós, se han de acoplar para formar la *historia íntegra*. Así lo indica también, implícitamente, el profesor Seco Serrano, al señalar la participación de ambas en ciertos aspectos del significado y contenido de los Episodios de Galdós, cuyo "*testimonio vivo* del pasado nos llega -escribe- o en la evocación, *más o menos directa*, de los protagonistas históricos de primer plano, o en el de las figuras de ficción cuando éstas encarnan singularmente una ideología, o un sector social, o un impulso colectivo; o en la descripción de un escenario urbano, o de un medio ambiental; o en la pintura de una escena que resume un trozo de vida histórica; o en el simple 'hallazgo' de una determinada 'situación', a medias entre la *historia interna* y la *historia externa*"<sup>81</sup>.

Por otra parte, la *historia externa* recibe también su particular servidumbre de la novela, pues ésta, en una especie de réplica -que procuraremos mostrar en este trabajo-, no sólo se subordina insoslayablemente a su pauta, sino que suele simbolizar en su argumento el acontecer histórico. Casaldueiro, tras indicar lo antes dicho sobre La Fontana de Oro, afirma, certera y taxativamente, que "en la segunda serie, -de Episodios- la novela es el

---

<sup>79</sup> FERRERAS, Juan Ignacio: "Una estructura galdosiana de la novela histórica". Lugar y Ed. Cits., p 121.

<sup>80</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los *Episodios Nacionales*...", Cit., p 230.

<sup>81</sup> SECO SERRANO, C.: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política...", Cit., p 291.

plano simbólico de los hechos históricos"<sup>82</sup>. Así, este argumento novelesco cumple su papel complementario aportando, junto a su valor estético, una imagen correlativa de la histórica y una emoción que tiende a reforzar la propia de ésta en el sentido deseado. Además, el plano novelesco se funde aquí con el histórico, pues unos mismos hechos, de un o unos mismos personajes, inciden en la acción novelesca y en la histórica. Es decir, los hechos novelescos se sienten, a la vez, símbolos y, por tanto, parte integrante, al menos emocionalmente, de los correspondientes hechos históricos. Esto es lo que, según veremos, resulta de nuestra investigación y lo que viene a concluir el profesor Jover cuando habla, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, de "la convergencia y fusión" de los tres planos narrativos de los Episodios -el "*crónico*", integrado por acontecimientos de la 'gran historia'; el "*histórico*", o "complejo de referencias sociales, económicas, psicológico-colectivas, ideológicas o culturales"; y el "*novelesco*"-, y destaca la relación de este último, de "la trama novelesca", "con unos acontecimientos históricos que frecuentemente está llamada a simbolizar, a traducir en términos de historia personal e individual buscando una más perfecta exposición global del ritmo y la cadencia de la historia humana"<sup>83</sup>.

Parece, pues, resumiendo, que, al menos en los Episodios, hay una parte de la novela de Galdós que se sitúa en la historia interna, cuyo menor conocimiento la facilitaba y hacía más útil; y otra, la argumental, que corre pareja con la historia externa y que, por el contrario, exige cierto conocimiento de ésta -facilitado por la proximidad de la época a que se refiere- para que sean más notables sus valores simbólicos complementarios. Se trata, en definitiva, como dice el profesor Jover, de un género que no es "ese híbrido de 'historia' y 'novela' que alguien entendería destinado a conjugar la aridez de la primera con la escasa fiabilidad objetiva de la segunda; sino un **género historiográfico** formalmente heterodoxo -por cuanto utiliza recursos expresivos ajenos a la categorización histórica-, pero de enorme valor heurístico por la intención de veracidad -que nosotros vamos viendo

---

<sup>82</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós (1843-1920)", Cit., pp 46 y 53.

<sup>83</sup> JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "La imagen de la Primera República en la España de la Restauración", Cit., pp 55 y 56.

tan manifestada por Galdós- con que ha sido construido a partir de unas fuentes escritas, de unas fuentes orales, de una observación aguda e incansable sobre aspectos de la realidad histórica que no solía recoger a la sazón la historiografía 'científica' o profesional"<sup>84</sup>.

Pero, como ya indicó Casaldueño<sup>85</sup>, y según destaca el mismo profesor Jover en dicho discurso -por ejemplo con su epígrafe "Entre la historia imperfecta y la utopía. La propuesta pedagógica de Marichío"<sup>86</sup>- el sentido de la obra de Galdós no se agota en el logro de dicho *género historiográfico*, sino que, como vamos a ver, éste representa, más bien, el punto de enlace entre la investigación y la divulgación, entre la referencia emotiva a la realidad histórica, a lo que es, y su aplicación educativa para lograr lo que se estima que debe ser.

### 1.1.3.2. *La proyección educativa de la obra de Galdós*

Se produce, por una parte, a través del acicate e información que proporciona al historiador y, por otra, mediante la divulgación directa de imágenes referenciales que contribuyen, sin duda, a modelar la mentalidad y actitudes de sus lectores. En el primer caso, su aportación a las *lecciones de la Historia* consiste, entre otras cosas, en que va "descubriendo y trayendo a luz -según recomendaba R. Menéndez Pidal a los historiadores- aquellas zonas de la vida pretérita que están (estaban) olvidadas por no caer bajo el ángulo visual de los intereses historiográficos despiertos en otros tiempos y por otros autores; zonas -añadía Menéndez Pidal, con palabras también aplicables al caso del Galdós,- cuya iluminación proyecta reflejos del pasado sobre el presente"<sup>87</sup>.

A ello se añade que, según reconocía Vicens Vives -defensor y difusor en España del método estadístico-, los poetas y novelistas "pueden esclarecer en un instante repliegues

---

<sup>84</sup> JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "La imagen de la Primera República...", Cit., p 56. Sin negrilla en el original.

<sup>85</sup> Véase, por ejemplo, su "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 45-46 y 181-190.

<sup>86</sup> "La imagen de la Primera República...", Cit., p 96.

<sup>87</sup> Cfr. MARAVALL CASESNOVES, José-Antonio: "Discurso de contestación del Excmo. Sr. D..." al de ingreso del profesor Jover Zamora en la R.A.H.. En "La imagen de la Primera República...", Cit., p 140.

íntimos donde jamás podrá llegar el microscopio documental mejor montado"<sup>88</sup>.

Pero, además, como encarece el profesor Jover -tras atribuir a Galdós "un puesto absolutamente impar en lo que se refiere a la capacidad de captación y de expresión de las formas de vida del pueblo español a lo largo del siglo XIX", en la seguridad de que "nadie se escandalizará" por ello,- lo dicho por Vicens Vives en el citado texto sobre poetas y novelistas en general "no basta a darnos la medida exacta de lo que la historiografía española relativa al siglo XIX puede extraer de la gran cantera galdosiana, y muy en especial de los *Episodios nacionales*, verdadero trabajo de historiador por más que Galdós inyectara en ellos su genial factura de novelista, enriqueciendo a través de ella la viveza de su reconstrucción. (...) Cuando la historiografía española haya logrado establecer con exactitud la evolución demográfica del pueblo español en el siglo XIX; cuando conozca sus actividades económicas y su estratificación social referidas a marcos regionales bien diferenciados; cuando lo sepa todo -es un decir- acerca de la estructura y funcionamiento del Estado y de la Administración, acerca de la cultura en sus diversas formas y manifestaciones, todavía será momento de acudir a Galdós en busca de un imponderable que escapó al análisis de nuestros métodos establecidos: una sutil relación entre paisaje e historia, el entresijo de una reacción popular atípica, la hondura de una determinada forma de vivir el presente, que Galdós acertó a captar mediante un esfuerzo de aproximación incesante, de amor y comprensión hacia su propio pueblo"<sup>89</sup>.

Esta especial utilidad de la obra de Galdós es quizá más notable por estar referida sobre todo a esos enfrentamientos civiles españoles, que, como él mismo dice al señalar el tema de la segunda serie de *Episodios*, dieron continuidad al "furor de los guerreros de 1808 (...) en el campo de las conciencias y de las ideas"<sup>90</sup>. Enfrentamientos y campo que dan

---

<sup>88</sup> VICENS VIVES, J.: "Noticia de Cataluña". Barcelona, 1954, pp 12-13. Cfr. JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)". En "El siglo XIX en España: doce estudios", dirigido por el mismo profesor Jover; Ed. Planeta, Barcelona, 1974, pp 9-151, especialmente p 14.

<sup>89</sup> JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)". Lugar y Ed. Cits., pp 14-15. Sobre el "encuentro de los historiadores con la literatura", y la necesidad de superar unos obstáculos metodológicos que desaniman a "más de un historiador ante una fuente histórica que sabe valiosa y aun indispensable", véase *Ibíd.*, pp 116-117.

<sup>90</sup> Epílogo a la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales*, Cit., T X, p II.

ocasión a ese "drama interior" que, según dice V. Lloréns, "no siempre se manifiesta en actos, ni siquiera se expresa en palabras, sino en sufrimientos silenciosos", y que "el historiador (...) pasará por alto, más no el novelista, que es en todo caso el único que podrá captarlo"<sup>91</sup>.

La aportación de Galdós a las tareas del historiador se halla, además, puntualmente concretada en sus principales logros por el profesor Seco Serrano, que, tras su anterior alusión al interés de su obra como creación del espíritu de la época en que se produce, va señalando el carácter *insustituible* que, por su acierto y hondura, tienen para el historiador las imágenes de personajes históricos *-vividos desde dentro-* que Galdós presenta. Tal es el caso de su retrato de Isabel II; o el de Narváez, en el que "diríamos -escribe el profesor Seco- que se resume no sólo la personalidad del hombre y del gobernante, sino la clave de una situación política y social"; tanto que "los capítulos XIII a XV de *Narváez* (...) son verdaderamente insustituibles para el historiador y valen por todo un archivo de información documental". Este acierto se extiende, así mismo, a otros elementos, pues "en ocasiones -continúa el profesor Seco- no es un personaje, sino un *paisaje* o un *ambiente* lo que nos sitúa de lleno dentro de la *circunstancia* evocada". "Con la pintura de *ambientes* -añade luego- está relacionada la habilidad de don Benito para *sorprender* una determinada situación que ha escapado al examen de la historia grande, pero que resulta un extraordinario hallazgo del novelista". Sin embargo, concluye, "lo que constituye la 'materia histórica' básica para el historiador no está (...) en la galería de retratos 'auténticos' ni en los personajes de ficción seleccionados como clave o símbolo, ni en la pintura de ambientes y escenarios, ni en las *situaciones-hallazgo*, ni en los numerosos cuadros que constituyen un *reportaje en directo*, sino en el mismo entramado humano volcado ampliamente a través de un vastísimo censo de personas que resumen una *evolución* de clases y mentalidades (...) perfectamente captada"<sup>92</sup>.

Parece, pues, que la obra de Galdós proporciona al historiador materiales e ideas

---

<sup>91</sup> LLORENS, V.: "Historia y novela en Galdós", Cit., p 81.

<sup>92</sup> SECO SERRANO, C.: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Sociedad, Literatura y Política...", Cit., pp 291, 299, 302, 303, 307, 309 y 310.

incitantes para investigar y reconstruir, no sólo la época de su autor, sino las situaciones y procesos pretéritos de que éste se ocupa.

Pero al historiador le interesa también conocer las imágenes históricas que Galdós difunde directamente entre sus numerosos lectores, porque ellas son, en muchos casos, la referencia a que en parte responden las actitudes y mentalidad de éstos: "Si la verdad histórica se averigua mediante el trabajo paciente de laboratorios, seminarios, bibliotecas y archivos, y es absolutamente preciso que por ahí empiece la investigación y se forme el conocimiento científico, al fin y al cabo -escribe Rafael Altamira, refiriéndose a la dimensión social de la historiografía,- la historia que nos interesa socialmente no es la que saben los catedráticos, sino la que sabe el español que pasa por la calle, quien, en virtud de su conocimiento del pasado, interviene muchas veces en la historia actual como actor y como colaborador"<sup>93</sup>.

Es decir, junto a la investigación y elaboración interesa la difusión. Y, en relación con ello, resulta indudable que la abundante y sugestiva información histórica proporcionada por Galdós hubo de contribuir a ese operativo "conocimiento del pasado". Toda información, viene a decir el profesor Buceta Facorro desde la Psicología Social, es un *estímulo* que, en mayor o menor medida según ciertas variables -y ya hemos visto la riqueza atribuída a la que da Galdós-, genera "procesos interiores previos a posibles conductas individuales y colectivas"<sup>94</sup>.

Es precisamente esta idea la que parece animar a Galdós cuando afronta confiado su aleccionadora obra. En su ya citado artículo del año 1870 sobre la *novela española contemporánea*, Galdós, que entonces publica *La Fontana de Oro* -quizá pensando en esta posibilidad-, encarece el importante progreso que representa "la participación de todos en la vida pública, la seguridad que tiene el individuo de influir personalmente en la suerte de la sociedad, (...) -lo cual,- que es la mayor de las conquistas", anima a buscar

---

<sup>93</sup> Cfr. ALTAMIRA, Rafael: Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX; Boletín de la Institución Libre de Enseñanza XLVII (Madrid 1923) p 178-185, 218-222, 247-256, 286-288. Cit. por JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "Corrientes historiográficas en la España contemporánea". En "Once ensayos sobre la Historia". F. Juan March, Madrid, 1976, p 219.

<sup>94</sup> BUCETA FACORRO, Luis: "Fundamentos Psicosociales de la Información". Ed. Centro de Estudios Ramón Areces, S.A., Madrid, 1992, especialmente p 16.

"la fama" y a *intervenir* para "hacer prevalecer nuestra opinión"<sup>95</sup>. Al iniciar "Las tormentas del 48", se aduce como motivación que "todo ejemplo de vida contiene **enseñanza** para los que vienen detrás": cuando se presentan "hechos virtuosos" para *imitarlos*, y si "feos y abominables" para *rehuirlos*. De ahí que J. García Fajardo/Galdós, seguro de que habrá "**enseñanza** para diferentes gustos, no me arrepiento -dice- del propósito de mis *Memorias* o confesiones", y se dispone a marchar "por el anchuroso campo de **la vida española**"<sup>96</sup>.

Por otra parte, aunque Galdós nunca fue pródigo -quizás por modestia- al hablar de sus propios proyectos, cuando escribe el Epílogo a la edición ilustrada de sus Episodios Nacionales manifiesta que su intención era "presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del período más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa) a los aficionados a esta clase de lecturas"<sup>97</sup>. Pero aquí hay que destacar, además, que Galdós no habla de crear, sino de *recrear y enseñar* basándose en los hechos. Sólo que en la formación del referente histórico, al que esta acción tiende, Galdós atribuye especial valor a las imágenes literarias, según él mismo había indicado al final de su agradecida descripción de la obra de Mesonero: "¡Asombroso poder del ingenio! Aquellos revueltos tiempos en que se decidió la suerte de la nación española han quedado más impresos en nuestra mente por su literatura que por su historia; y antes que la Pragmática Sanción, y el Carlismo y la Amnistía, antes que el Auto acordado y la Corte de Oñate y el Estatuto, viven en nuestra memoria don Plácido Cascabelillo, don Pascual Bailón Corredera, don Solícito Ganzúa, don Homobono Quiñones y otras dignas personas nacidas de la realidad y lanzadas al mundo con el perdurable sello del arte"<sup>98</sup>.

Pero advirtamos que, también aquí, si estas imágenes llevan, en cuanto literarias, el "perdurable sello del arte", se dicen, a la vez, "nacidas de la realidad". Es decir, Galdós

<sup>95</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Noticias Literarias...". Lugar Cit., pp 327-328.

<sup>96</sup> "Las tormentas del 48", Ed. y T Cit., pp 530 y 531. Sin negrilla en el original.

<sup>97</sup> Ed. y lugar Cits., p III.

<sup>98</sup> "Los Apostólicos". Ed. Cit., T II de Ep. Nacls., p 657.

señala, como haría luego Montesinos ante las suyas, que responden a la *verdad moral*. Entendemos que esto, como ya hemos visto antes, era para Galdós una cuestión fundamental. Era condición *sine qua non* para que pudiera lograrse la finalidad instructivo-pedagógica que se le suele atribuir y que, según hemos de ver, refleja su obra. El mismo lo manifiesta así a su amigo Pereda, fuera de toda *ficción*, cuando, tratado de "apóstata", precisamente por el *trato* que él dio "a los liberales en el 7 de Julio", le dice: "Pero no hay quien me quite la imparcialidad en tratándose de poner la política en parches"<sup>99</sup>. El no podía tergiversar conscientemente la realidad histórica de que emergía su presente, no podía partir de bases falsas, si con su imagen quería inducir conclusiones acertadas para rectificar el futuro. Su empleo de las fuentes a que nos hemos referido, y las que luego hemos de ver para casos concretos, son indicio de que, lo consiguiera o no, Galdós intentaba hallar una explicación veraz de su presente; todo indica que con su titánico esfuerzo, impropio de móviles mezquinos, deseaba mostrar las causas reales del *mal* que sufría su sociedad para poderlo evitar en el futuro. Así parece entenderlo Casaldueiro cuando, entre otras cosas, dice, respecto a la primera novela publicada por Galdós: "Pensando en 1868, se escribe *La Fontana de Oro*. Se va a entronizar, por fin, la Libertad, pues hay que indicar a gobernantes y gobernados cuál es la lección que nos ofrecen otras experiencias acaecidas en suelo español y por voluntad española"<sup>100</sup>. Y ese mismo valor de experiencias reales, positivas o negativas, es señalado por Varela Hervías cuando dice que "son los Episodios Nacionales manual maravilloso de nuestra historia contemporánea. Escaparate de toda su grandeza y mezquindad"<sup>101</sup>.

Es decir, Galdós -ya lo hemos de ver- revive las situaciones y procesos históricos fielmente; éstos tienen un valor *inductivo*; son la *casuística* que el autor presenta a sus coetáneos para que ellos mismos se convenzan de la enseñanza o generalización que

---

<sup>99</sup> Carta del 27 de Dic. de 1876. En BRAVO VILLASANTE, C.: "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda", Cit., p 13.

<sup>100</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 45. Luego veremos que Galdós mismo lo insinúa así en el prólogo a dicha novela.

<sup>101</sup> VARELA HERVIAS, Eulogio: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 1943, p 8.



sugieren; pero esto no quiere decir que Galdós, aun destacando de cada momento lo que se estima más característico y procurando dar de él, como antes se dijo, una visión completa, se presente neutral ante el acontecer histórico, sino que su interpretación del mismo, bien implícita en la acción, bien sugerida explícitamente en oportunas *digresiones*, parece reflejar lo que él ve inevitablemente en los hechos, el punto de vista liberal, el que honradamente podía dar un progresista que, conociendo ya lo ocurrido como consecuencia de las conductas a que se refiere, encuentra en esa experiencia -en la experiencia real, no tergiversada,- una lección para sí y para sus lectores, a los que quiere incorporar a la opción que desde la óptica de su época, le parece más conveniente para el futuro<sup>102</sup>.

Como indica Hinterhäuser, "Galdós intentaba familiarizar a un amplio sector de lectores" con una "visión histórica del siglo XIX español", la suya, que estaba impregnada de su "concepción liberal-progresista". Su "anhelo de persuasión" contribuye decisivamente a que del conjunto resulte "una visión política del mundo expuesta con apasionamiento pedagógico"<sup>103</sup>.

Pero no olvidemos que ciertos críticos, en la línea de Baroja, le achacan, precisamente,

<sup>102</sup> Así parecen indicarlo las imágenes que, según veremos, proporciona Galdós del Trienio y ese mismo afán que se manifiesta en cuanto llevamos dicho. Este es también el corolario a que conduce Amado Alonso al decir que la obra de Galdós responde a "una necesidad de conocer mejor el funcionamiento de la sociedad española contemporánea" y que lejos de mirar hacia el pasado *caducado*, "lo que hace es mostrar las raíces vivas de la sociedad actual". ALONSO, Amado: "Lo español y lo universal en la obra de Galdós". En "Materia y forma de poesía". Gredos, Madrid, 1955, pp 245 y 246.

<sup>103</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., p 132. No queremos entrar aquí en las carencias que respecto a *la cuestión social* se atribuyen a la visión galdosiana del mundo. Al analizar sus tempranos textos sobre el Trienio, centrados en las luchas por la Libertad, veremos alguna preocupación por ella, si bien, como indican claramente sus, posteriores, artículos periodísticos de 17 de febrero ("La cuestión social") y de 15 de abril de 1885 ("El 1º de Mayo"), en los que encara frontalmente dicha cuestión, su perspectiva es burguesa (Parte de estos artículos -publicados con otros muchos en 11 tomos por Alberto Ghiraldo como *Obras inéditas* de Pérez Galdós, Madrid, 1923-1933, y complementados por W.H. Shoemaker con "Las cartas desconocidas de Galdós en *La Prensa* de Buenos Aires", ya citadas,- pueden verse en HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 142 y Sgts., y en BRAVO VILLASANTE, C.: "Galdós visto por sí mismo", Cit., pp 174-175.) Luego, en su artículo de "abril de 1904" sobre Isabel II, señala ya el desplazamiento de los viejos problemas por "el problema nuevo, (...) el problema de vivir, de la distribución equitativa del bienestar humano", y pondera el valor de la *equidad* y la *justicia*, soñadas, como algo lejano, para un reino "de la nivelación social, donde todos los humanos disfruten por igual de los dones del cielo y de la tierra" ("La reina Isabel". Lugar Cit., pp 1195 y 1196.). Y esta misma orientación presentan otra serie de artículos de esta última época aludidos por Hinterhäuser (Ibidem, mismas pp) y obras diversas, como el drama *Celia en los infiernos*, cuya apelación a la *Justicia* de la Administración -frente a la *caridad*- destaca C. Bravo Villasante en "Galdós visto por sí mismo", Cit., p 255. Parece, pues, que Galdós expuso con apasionamiento lo que su visión del mundo le enseñaba en cada momento.

el tomar "la historia hecha en los libros", lo cual, aunque no sea cierto, indica que, como antes decíamos, esta visión se expone sin menoscabo de la veracidad histórica. Veracidad implícita, así mismo, en la opinión de quienes, como Valbuena Prat, explican esa supuesta limitación de Galdós a lo dicho en los libros de Historia señalando que, como éste "se interesa por el lector popular" y trata de hacerle asequible "la síntesis histórica de cada tema", "ha de tratar de los hechos convertidos en esencial histórico o en leyenda aceptada, no de investigaciones sobre facetas desconocidas"<sup>104</sup>.

Es decir, si prescindimos de la ya superada cuestión de las fuentes de Galdós, se destaca, como un aspecto más de su proyecto pedagógico, esa intención divulgadora y esa especial incidencia en lo más característico o central de cada tema. Con ello consigue un muestrario de la historia española del siglo XIX, cuya proximidad -y consiguiente conocimiento básico- permite al autor referirse a los hechos como a cosa familiar, acercándolos así a la conciencia histórica de sus coetáneos al mismo tiempo que proporciona una idea de aquellos hechos a quienes no los conocieran.

Acercamiento afectivo-referencial que se acentúa porque esa misma proximidad temporal conlleva la pervivencia, a veces con mayor desarrollo, de algunos de los factores presentados en anteriores procesos inacabados y/o una mayor viveza de las analogías entre sus componentes, facilitando así la proyección educativa del *esencial histórico* o *leyenda aceptada* sobre el entorno del lector. El mismo Galdós destaca esa proximidad al referirse, en relación con el objeto de la segunda serie de Episodios, a lo que parece preocupación central de su obra, "las luchas entre la tradición y la libertad, soldado veterano la primera, soldado bisoño la segunda; pero ambos tan frenéticos y encarnizados, que aún en nuestros días -dice-, y cuando los dos van para viejos, no se nota en sus acometidas síntoma alguno de cansancio"<sup>105</sup>.

Pervivencias y analogías que se combinan en diversa proporción en las distintas obras y etapas de Galdós para mejor transmitir unas enseñanzas a las que nunca renuncia. Así viene a sugerirlo Casaldueiro al referirse a la complementariedad de los *Episodios*

<sup>104</sup> VALBUENA PRAT, A.: "Historia de la literatura española". Barcelona, 1953, T III, p 322.

<sup>105</sup> Epílogo a la edición ilustrada de las dos primeras series de Episodios. Ed. y T Cits., p II.

*Nacionales* y las *novelas contemporáneas de la primera época* y al señalar el enlace entre los períodos galdosianos que identifica como de "Historia y abstracción" y "El naturalismo": "En estas obras naturalistas -escribe- se propone Galdós el mismo objetivo didáctico que al escribir *La Fontana*. Antes escribió para enseñar a los españoles su historia; ahora para explicarles su carácter, y ahora como antes saca la consecuencia de su lección: no hay que pensar que la imaginación alcance el triunfo social, sino la laboriosidad y el esfuerzo. No cree en la revolución, -continúa Casaldueiro, señalando algunas concretas enseñanzas de Galdós que nosotros verificamos luego,- porque lo que hay que transformar es el carácter; por eso dedica su obra a los maestros, para que ellos inculquen en la juventud el horror a la vanagloria y a las apariencias, y el deseo a enfrentarse con la realidad, viviendo no de ilusiones, sino con la voluntad"<sup>106</sup>. Enseñanza que Galdós matizará en fases posteriores del desarrollo de su obra aclarando, como indica el mismo Casaldueiro, que, gracias a su imaginación "el hombre hace de su creer un ser" y que, conocida y atendida la realidad, la imaginación puede contribuir a modificarla y perfeccionarla soñando y proyectando utopías tendentes a lograr, en un progreso indefinido, el Paraíso en la Tierra<sup>107</sup>.

## 1.2. OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO CONSTITUCIONAL:

### CONTEXTO HISTORICO-BIOGRAFICO EN QUE SE GENERAN

#### 1.2.1. Acotamiento de las obras que principalmente nos atañen

La extraordinaria extensión de la obra de Pérez Galdós y la misma concreción de nuestro

---

<sup>106</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 74 y 182, especialmente la primera. La presencia y papel de los maestros en la obra de Galdós, parecen efectivamente claros en personajes como don Patricio Sarmiento -al que luego conoceremos- el *amigo Manso* y el don Pedro Polo de *El doctor Centeno* -citados por Casaldueiro en *Ibíd*em p 74- y *Floriana*, dedicada en los últimos Episodios a la instrucción de los pueblos ("La Primera República". Ed. Cit., T IV de Ep. Nacls., Cap. XVI (p 187), cuyo enlace con la obra de Pilar Pascual de Sanjuan, *Flora o la educación de una niña* (publicado en 1885), y cuya "simbolización de una utopía pedagógica convertida en ideal nacional" señala el profesor Jover en su citado discurso de ingreso en la R.A.H. ("La imagen de la Primera República...", Cit., pp 99-100).

<sup>107</sup> Cfr. CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 189.

objeto de estudio aconsejan un acotamiento de los textos que hemos de analizar.

Para ello, además de a su referencia al Trienio Constitucional, podría atenderse a preferencias o exclusiones de un género u otro, al momento en que las obras fueron escritas, etc.. Pero, cualquiera que haya de ser el criterio adoptado, parece conveniente un breve repaso previo de los caracteres o condiciones que a cada grupo de obras se atribuyen para razonar tal decisión. Empezaremos, pues, recordando algunas indicaciones en este sentido.

Las más difundidas clasificaciones de las obras de Pérez Galdós suelen partir de la hecha por Galdós mismo, que, combinando como criterios el momento histórico a que las obras se refieren, el momento en que se escriben -que parece encerrar una tácita implicación de sucesivos intereses o tendencias literarias-, el ámbito geográfico en que su acción se desarrolla y el género formal en que se presentan, distinguía en sus folletos publicitarios, con ligeras variaciones según los casos, entre:

- Novelas de la primera época.
- Episodios Nacionales.
- Novelas españolas contemporáneas y
- Obras dramáticas<sup>108</sup>.
- A ellas habría que añadir sus artículos periodísticos, cuentos, discursos, cartas, prólogos, Memorias, etc.

Sobre los términos de esta clasificación de las obras de Galdós -que pueden verse enumeradas en el primer apartado de nuestra Bibliografía- aclara Casaldueiro que Galdós contrapone las novelas llamadas *españolas* a las *regionales*; que las *contemporáneas* se llaman así para indicar que "la época novelada" en ellas es la del autor; que "la primera época" comprende hasta incluso "La familia de León Roch", según viene a señalar Galdós mismo al comunicar a don Francisco Giner que con "La desheredada" (Enero-junio de 1881), que es la siguiente, "comenzaba el segundo o tercer período en su labor"; y, por

---

<sup>108</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós". Cit., p 43. Sobre ésta y algunas otras clasificaciones más o menos polémicas de las obras de Galdós, puede verse SAINZ DE ROBLES, Federico: "Don Benito Pérez Galdós. Su vida. Su obra". En O.C. Aguilar, 1970, T I, pp 9-180, especialmente pp 142-144. Ver también AVILA ARELLANO, J.: "El personaje femenino del teatro de Galdós...", Cit., T I, p 193 y Sgts., sobre la presencia de esta clasificación en las hojas que separan "Las tormentas del 48" de "Narváz" en la edición de *Obras de Pérez Galdós*, Madrid, 1902.

último, que, según se desprende de esta ambigua expresión, Galdós no pensaba en sólo dos momentos, sino en "una evolución que no tenía interés en precisar"<sup>109</sup>.

Pero, hecha esta clasificación general, habría que matizar. El carácter y momento *histórico* de "La Fontana de Oro" y de "El audaz", por ejemplo, con una temática que las acerca a los *episodios* de las dos primeras series, es difícilmente conciliable con el de las llamadas -también con discutible propiedad- *contemporáneas de la primera época*. El mismo Casaldueiro lo indica así al señalar luego que "las dos -primeras- series de Episodios deben considerarse como dos novelas que comprenden también *La Fontana* y *El audaz*"<sup>110</sup>.

Por otra parte, y aun respetando en su Bibliografía la anterior clasificación de Galdós, Casaldueiro afirma en su texto que "*Episodios nacionales* es el título con que -Galdós- agrupaba en colección una serie de obras que **fundamentalmente en nada se diferenciaban del resto de sus novelas**". Dice también que, "de no hacer un estudio particular de la forma dramática galdosiana, conviene considerar su obra en conjunto, tanto más cuanto que toda ella ofrece una unidad esencial, como ocurre, por otra parte, con todo verdadero escritor". Y añade: "En esta unidad sí es posible distinguir, y deben distinguirse, los diferentes períodos de su desarrollo, lo cual permitirá organizar las etapas de la creación de Galdós en un orden verdadero". De ello le resulta una clasificación propia en la que, sin previa distinción de géneros formales, divide la obra de Galdós en tantos tramos cronológicos como tendencias ideológico literarias se van sucediendo en el desarrollo de dicha obra. De acuerdo con ella, los 51 años de trabajo que Galdós sostuvo entre el comienzo de *La Fontana de Oro* (1867) y el año 1918, en que fecha el final de *Santa Juana de Castilla*, su última obra, quedan segmentados, según "el desarrollo interior de la obra galdosiana y la sensibilidad e ideas que rigen su creación, en cuatro grupos", cuya subdivisión, en dos períodos cada uno, da "la agrupación orgánica siguiente:

1. Período 1867-79. Período histórico, 1867-74. Subperíodo abstracto, 1875-79.

---

<sup>109</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 43.

<sup>110</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 77.

2. Período 1881-92. Período naturalista, 1881-85. Subperíodo del conflicto entre la materia y el espíritu, 1886-92.
3. Período 1892-1907. Período espiritualista, 1892-97. Tercera serie de *Episodios*, 1898-1900. Subperíodo de la libertad, 1901-1907.
4. Período 1908-1918. Período mitológico, 1908-1912. Subperíodo extratemporal, 1913-18"<sup>111</sup>.

Se prescinde, pues, de los aspectos formales para atender, sobre todo, a la orientación del contenido. Esta idea de unidad, importante en nuestro caso, es también aceptada por Hinterhäuser, aunque éste adopta una *parcelación metodológica* al referirse a la actividad y circunstancias que acompañan a "La génesis de los Episodios Nacionales"<sup>112</sup>. Quienes defienden la diferencia entre *episodios* y *novelas* parecen atender a *criterios narratológicos*, al tratamiento del mensaje, más que al mensaje mismo<sup>113</sup>. C. Bravo Villasante señala que: "Comúnmente suelen clasificarse las novelas de Galdós como novelas de la primera época, luego *Episodios Nacionales*, novelas naturalistas y novelas espiritualistas". Pero, tras señalar así las mismas fases que Casaldueiro, viene a sumarse a su aludida idea de unidad al añadir: "Todas ellas, sin embargo, tienen algo común y característico de la técnica novelesca galdosiana: todas ellas son episodios nacionales. Desde *El audaz*, una de sus primeras novelas que lleva por subtítulo *Memorias de un radical de antaño*, los cuarenta y seis *Episodios Nacionales*, desde *Doña Perfecta* y *Gloria* hasta *Nazarín* y *Halma*, pasando por *La desheredada*, *Miau* y *La de Bringas*, Galdós emplea la técnica del episodio nacional, es decir: el proceso de las vidas individuales inmerso en el proceso histórico del país"<sup>114</sup>.

Por otra parte, Gonzalo Torrente Ballester aconseja no olvidar que "Galdós se comporta

---

<sup>111</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós". Cit., pp 43, 44 y 45. Sin negrilla en el original.

<sup>112</sup> "Los Ep. Nacls.". Cit., pp 49 y Sgts., en que cita a RICARD, Robert: "La classification des romans de Galdós". En *Les Lettres Romanes*, II, 1960.

<sup>113</sup> Véase RIBBANS, Geoffrey: "¿Historia novelada o novela histórica?. Las diversas estrategias en el tratamiento de la historia de las *Novelas contemporáneas* y los *Episodios nacionales*". En BLY, P. (Ed.): "Galdós y la historia", Cit., pp 167-186, en el que se citan trabajos de Alfred Rodríguez y Madelline de Gogorza Fletcher que, como él, son favorables a esta diferenciación.

<sup>114</sup> BRAVO VILLASANTE, C.: "Galdós visto por sí mismo". Cit., pp 70-71.

en todo momento como un historiador". Afirma, además, que "la obra de Galdós en su conjunto -negrilla nuestra- es como ese plano de Madrid llamado de Teixeira, que se nos regala en pedazos y que luego tenemos que recomponer. Galdós -añade- escribió **una sola novela**, el inmenso friso de la Historia de España del siglo XIX"; y, según se ha dicho "muchas veces", "si una parte es visiblemente histórica, como los Episodios, la otra (...) **nos quiere dar la misma visión**"<sup>115</sup>.

Afinidad entre *episodios* y *novelas* que, ya desde el campo de la Historia, se advierte también por los profesores Jover, que considera común a éstas la conexión simbólica entre "trama novelesca" y "acontecimientos históricos" señalada en los *episodios*<sup>116</sup>, y Seco Serrano, cuya citada conferencia sobre "La dimensión histórica de las novelas de Galdós" parece contraponer su título, complementándolo en este sentido, al de su anterior estudio, también citado, sobre "Los Episodios Nacionales como fuente histórica".

Entendemos, pues, que, aun manteniendo la distinción entre estos grupos de obras afines, no hay problema en reunir *episodios* y *novelas* para componer y analizar la imagen que Galdós da del Trienio. El *verismo*, que siempre procuramos comprobar, parece animar a las unas como a los otros y, según veremos, hay cierta complementariedad entre ellas. Nuestro propósito es, pues, utilizar cualquier obra -novela, *episodio*, drama, artículo periodístico, discurso, carta, etc.- en que Galdós se refiera a él. Y esto, cualquiera que sea el momento en que fue escrita, pues tanto lo dicho por C. Bravo Villasante y G. Torrente Ballester en sus recién citados textos como lo que hemos visto en nuestro anterior apartado indica que Galdós mantiene una substancial continuidad en relación con el concepto de Historia y con otros aquí fundamentales.

Pero con ello surge, en cambio, el problema de la extraordinaria extensión de los textos que analizar. De ahí que, aunque utilicemos ocasionalmente diversas alusiones que al Trienio hace Galdós desde lugares tan distantes como "Prim" o "Fortunata y Jacinta",

---

<sup>115</sup> TORRENTE BALLESTER, G.: "Lectura del primer capítulo de 'Fortunata'". Lugar Cit., pp 621, 626 y 627. Sin negrilla en el original.

<sup>116</sup> JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "La imagen de la Primera República...", Cit., p 56. Véase también su "El siglo XIX en la historiografía española...", Cit., pp 14-15 sobre otras afinidades y complementaciones expresivas.

hemos de centrar nuestro análisis en las obras dedicadas expresamente a dicho período y a sus inmediatos antecedentes. Esto es, en *La Fontana de Oro*, *El equipaje del rey José*, *Memorias de un cortesano de 1815*, *La segunda casaca*, *El Grande Oriente*, *7 de Julio*, *Los Cien mil Hijos de San Luis* y el drama *La fiera*, tratado con mucho menos detenimiento por su escaso aporte de nuevas informaciones. Sin embargo, en cuanto son complemento de estas obras nucleares, nos ocuparemos también especialmente de todas las relativas a la época (1804-1834) en que el Trienio se inscribe -caso de *El audaz*, los *Episodios Nacionales* de la primera serie y los cuatro últimos de la segunda<sup>117</sup>-. Junto a ellas, en cuanto a relaciones de contexto, se trata también de aquellas otras obras -las demás novelas de la primera época y algunos cuentos- que, aun no versando sobre dicho momento histórico, fueron escritas simultáneamente con las que sí y forman con ellas un conjunto sometido a comunes condicionamientos del autor, su lugar y su tiempo, que pueden contribuir a esclarecer<sup>118</sup>.

Es decir, aunque utilizaremos alusiones hechas al Trienio desde diversas obras escritas en otros momentos, y aunque hemos de referirnos al drama "La fiera" (del año 1896), en el que Galdós toma de nuevo como referente expreso la Regencia de Urgel, centramos nuestro análisis en las dos primeras series de *Episodios Nacionales* y, con más desigual atención, en las novelas de la *primera época*, donde queda ya definitivamente perfilada, según veremos, su imagen del Trienio y los principales condicionamientos a que responde.

### 1.2.2. Contexto histórico-biográfico en que Galdós escribe estas obras

#### 1.2.2.1. Consideraciones previas

De igual modo que las creaciones literarias pueden contribuir al conocimiento de la

---

<sup>117</sup> A este grupo pertenecen también obras como los dramas *Gerona*, y *Zaragoza*, pero en ellas viene a repetirse, con variaciones irrelevantes para nuestro caso, lo dicho en los *Episodios* homónimos de que proceden.

<sup>118</sup> Esta parece también una idea central de la propuesta de clasificación que hemos visto desarrollada en la ya citada tesis del profesor Avila Arellano, que, prescindiendo de géneros y partiendo de la hecha por Casaldueño, viene a destacar la correlación que existe entre los sucesivos presentes vividos por el autor y los diversos aspectos de las obras que en ellos produce, cuyos momentos históricos se entienden integrados en el presente de Galdós por una especie de cruce o visión *pancrónica* de presente y pasado. AVILA ARELLANO, J.: "El personaje femenino del teatro de Galdós...", *Cit.*, T I, pp 191-231.



época en que se producen, el conocimiento de esta época puede contribuir al de cada una de dichas creaciones. Quiere esto decir que los elementos socioculturales propios de cada tiempo y lugar, junto a la personal naturaleza, familia y peripecia vital de un autor, son variables que se deben tener en cuenta en el estudio de sus creaciones literarias o no.

La Historia misma no escapa a estos condicionamientos por más que, como indica el profesor Suárez Fernández, le sea especialmente propio el intento de paliarlos. Es cierto que, como dice este autor, "Cada hombre, cada época, tiene derecho a ser entendido desde su propio interior y de acuerdo con su orden de valores; éste -añade- es el que debe ser captado ante todo por el historiador"<sup>119</sup>. Pero ocurre que, según señala Edward H. Carr en su "¿Qué es la historia?", junto a la dimensión diacrónica ha de tenerse en cuenta la sincrónica. *El historiador, como los hombres cuyos actos estudia*, se ve sometido a un *contexto*, además de al *impulso de una sociedad pretérita*. Cabe preguntarse, pues, hasta qué punto es individuo y hasta cuál un "producto de su sociedad y de su época". Porque "el historiador (...) es un ser humano individual", pero, "lo mismo que los demás individuos, es también un fenómeno social, producto a la vez que portavoz consciente o inconsciente de la sociedad a que pertenece; en concepto de tal, se enfrenta con los hechos del pasado histórico. Hablamos a veces -añade E. H. Carr- del curso histórico diciendo que es *un desfile en marcha*". Ello -viene a concluir- es metáfora válida si se tiene en cuenta que el historiador marcha en un punto de ese desfile y que éste es *constantemente cambiante*. Es decir: "El historiador es parte de la historia. Su posición en el desfile determina su punto de vista sobre el pasado"; y esto, aunque sea una *perogrullada*, puede influir a su juicio de tal modo que, según dirá cien páginas después, "es más probable que **el punto de vista** del escritor refleje el periodo en que vive que aquél acerca del cuál escribe"<sup>120</sup>.

Esta natural semejanza entre el autor, su época y sus coetáneos resulta, además, reforzada por la exigencia de éstos en cuanto público lector, según observa el propio

---

<sup>119</sup> SUAREZ FERNANDEZ, Luis: "La exposición en el campo de la Historia. Nuevos temas y nuevas técnicas". En "Once ensayos sobre la Historia". Cit., p 28.

<sup>120</sup> CARR, E. H.: "¿Qué es la historia?" (1º, Ed. Londres, 1961) Planeta-Agostini, Barcelona, 1985, pp 46-47 y 150. Sin negrilla en el original.

Galdós, en su conocido artículo del año 1870 sobre la *novela contemporánea en España*, cuando asegura -con cierta amarga ironía contra el sacrificio del personal *mensaje* en aras del *éxito* comercial- que "el pedido de este lector especialísimo es lo que determina la índole de la novela. El la pide a su gusto, la ensaya, da el patrón y la medida; y es preciso servirle (...) El escritor no se molesta en hacer otra cosa mejor, porque sabe que no se la han de pagar; y esta es la causa única de que no tengamos novela"<sup>121</sup>. Idea que, sin acritud, aparece así mismo en la expresión "Amigo y dueño" con que Galdós se dirige *al lector* en su *Prólogo* a la edición ilustrada de las dos primeras series de Episodios Nacionales; que se recalca al insistir líneas después en llamarle "señor y amigo" y que reaparece en el *Epílogo* a esta misma edición al agradecer el favor del *público*, "el único poderoso de la tierra, (...) el único que sabe y puede ser Mecenas en los tiempos que corren"<sup>122</sup>.

Unos y otros condicionamientos son señalados por el profesor Jover al defender la necesidad de que el historiador considere *la obra literaria* "como algo *que se da en la sociedad*" y de que atienda, "por tanto, simultáneamente, al contenido intrínseco de la obra literaria, a la personalidad del autor -en sus condicionamientos psicológicos y sociales-, al público lector que la recibe y, en última instancia, al contexto social e ideológico en el cual se gesta"<sup>123</sup>.

Idea que aflora de nuevo, años después, tras sus citados estudios sobre Galdós, en su "Edición, introducción y notas" a "Mister Witt en el Cantón" -de R. J. Sender-, cuando aclara que por *lectura histórica* de una novela entiende "una lectura encaminada a relacionar cada uno de los principales temas que componen el conjunto de la narración, tanto con la situación histórica real en que se gesta y se redacta la novela como con la

---

<sup>121</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Observaciones sobre la novela contemporánea en España...", Lugar y Ed. Cits. pp 319 y 320.

<sup>122</sup> PEREZ GALDOS, B.: *Prólogo y Epílogo* citados, T I, p I, y T X, p VII.

<sup>123</sup> JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)". Lugar y Ed. Cits., p 117.

misma experiencia biográfica del autor"<sup>124</sup>.

Ello nunca puede lograrse plenamente. Como indica poco después el mismo profesor Jover, siempre existe "la insuperable limitación -tan sabida por "los historiadores"- de todo intento de reconstruir -en todos sus factores y motivaciones personales y sociales- cualquier segmento de biografía humana, cualquier situación histórica." Con todo, parece necesario intentar *un esquema de conjunto* que, en la medida posible, descubra esas conexiones. "Creo -concluye- que esta consideración de la novela como un conjunto vivo, radicalmente implicado en una biografía y en una situación histórica, es indispensable para entender la novela misma, desde una perspectiva rigurosamente complementaria de los análisis del texto *en sí* que con tanta razón reivindican como indispensable los críticos literarios"<sup>125</sup>.

Todo ello confirma, en suma, que, al concretarnos a Galdós, hemos de tener en cuenta que, según escribiera en 1970 el profesor Seco Serrano, "los *Episodios* -esa especie de *introspección social retrospectiva*- no pueden ser entendidos derechamente (...) sino partiendo de las *situaciones* desde las que don Benito los concibe"<sup>126</sup>.

*Situaciones* cuya perspectiva hubo de estar matizada, obviamente, por la subjetividad personal de don Benito, resultado en parte, a su vez, de su *experiencia biográfica*, del camino recorrido en el *desfile* histórico y de lo visto y vivido desde los diversos puntos del mismo en que se fue hallando. Parece, pues, necesario atender a esta relación entre su vida y su obra. Son muchas las biografías hechas ya para explicar esta relación<sup>127</sup>. Biografías tanto más necesarias, a la vez que incompletas, por el pertinaz silencio y

<sup>124</sup> JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>.: "Edición, introducción y notas" a *Mister Witt en el Cantón*. Cit., p 47. Véase también, en este sentido, su "De la Literatura como fuente histórica", especialmente pp 33 y Sgts. de la Ed. citada.

<sup>125</sup> "Edición, introducción y notas" a *Mister Witt...*. Cit., pp 49 y 50.

<sup>126</sup> SECO SERRANO, Carlos: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". Lugar y Ed. Cits., p 285.

<sup>127</sup> Véanse, por ejemplo, las relacionadas por J. Casaldueño en la sección correspondiente de la Bibliografía, incluida en "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 292-293; o por H. Hinterhäuser, en "Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós", Cit., pp 376-379. La preocupación por el tema se mantiene, sin embargo, según refleja la sección de *biografía* que contienen las Actas del primero y tercer Congresos internacionales de estudios galdosianos, o los estudios publicados por, entre otros, J. Pérez Vidal, F. Rodríguez Batllori, C. Bravo Villasante, Jacques Beyrie y el, recientísimo (1993), de Verónica Dean-Thacher sobre "Galdós Político".

evasivas de don Benito sobre su propio pasado. Pérez Galdós parece estimar que, como dijera Ramón J. Sender, años después -ante el afán que por entrevistarle mostraba su biógrafo Charles L. King<sup>128</sup>-, la gestación del esencial biográfico de un hombre sólo se cierra con su muerte y que lo fundamental de su vida se halla en su obra.

Pero, precisamente por esto, y sin intentar aquí una biografía más, hemos de resumir algunos hechos definidores de su lugar, tiempo y ambiente, en cuanto son aplicables a este trabajo.

Empezaremos para ello desde su edad primera, pues, como escribe Galdós/Araceli, "...acontece con frecuencia que los hechos muy remotos, correspondientes a nuestra infancia, permanecen grabados en la imaginación con mayor fijeza que los presenciados en edad madura y cuando predomina sobre todas las facultades la razón"<sup>129</sup>.

Y esta mayor plasticidad infantil y juvenil -muy comúnmente aceptada, por otra parte,- es así mismo ponderada por J. Pérez Vidal -uno de los que más luz han echado sobre esta primera fase de la vida de Galdós<sup>130</sup>- al referirse a las "estúpidas leyendas" sobre el supuesto desarraigo de éste, cuya madrileñización habría dado lugar a que, según se dice errónea o maliciosamente, "no existe en sus obras el menor recuerdo de Canarias". Pero, "¿Cuándo en un hombre -increpa Pérez Vidal- se han podido borrar las impresiones y experiencias de los primeros veinte años, los más fundamentales y formativos de su vida?"<sup>131</sup>.

Este absurdo le induce a verificar en su investigación la obvia respuesta, y de ahí que Pérez Vidal contrapona a su título *Galdós en Canarias (1843-1862)* -estudio del entorno e influencias a que se ve sometido el Galdós niño y joven- el de *Canarias en Galdós*, donde estudia la proyección de aquella influencia en las obras del influido. Esta misma idea

---

<sup>128</sup> Charles L. King: "*Ramón J. Sender*". Nueva York, Twayne Publishers, 1974, p 13. Cfr JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "Edición, introducción y notas" a *Mister Witt en el Cantón*", Cit., pp 7-8.

<sup>129</sup> "Trafalgar". Ed. Cit., T I, p 195. Sobre la vigencia de esas imágenes, véase también Ibídem, pp 186 y 219.

<sup>130</sup> Véase, por ejemplo, PEREZ VIDAL, José: "Galdós en Canarias (1843-1862)". El museo Canario, Las Palmas, 1952. Y "Canarias en Galdós". Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1979.

<sup>131</sup> PEREZ VIDAL, José: "Canarias en Galdós". Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de G. C., 1979, p 7.

aconseja dejar aquí señalados algunos hechos y aspectos biográficos cuya proyección sobre la imagen que Galdós da del Trienio Constitucional puede verse luego.

### 1.2.2.2. *Lo familiar en Pérez Galdós*

Galdós, según se sabe, nació en Las Palmas de Gran Canaria, el día 10 de mayo de 1843, en una familia de militares, y algún eclesiástico, de clase media que lo bautizaron como católico, en la iglesia de San Francisco<sup>132</sup>.

Ello tiene gran importancia en orden a la información y actitudes que sus ascendientes pudieron transmitirle. Importancia mayor en nuestro caso por tratarse de una época que Galdós reconstruye sin haberla vivido. Las vibraciones que de los aún próximos fragores y vivires anteriores se saben inextingidas en el aire respirado por Galdós hubieron de ser mucho más intensas por la resonancia que en ellas introducen, según vamos a ver, el protagonismo y continuidad de esos que Pérez Vidal llama *episodios familiares*: "La participación de su padre y de sus tíos en la guerra de la Independencia -escribe este autor- y sobre todo los mil trabajos y andanzas, hasta ahora apenas conocidos, de su tío Benito -guerra contra las tropas de Napoleón (1809-1810) y las del duque de Angulema (1823), doble exilio en Francia e Inglaterra (1810-1820 y 1820-1832), guerra carlista hasta 1838- constituyeron en su familia tema de frecuentes y duraderos comentarios"<sup>133</sup>.

Esta información y vivencia familiar, que también ha sido objeto de diversas valoraciones, en más y en menos, por otros autores<sup>134</sup>, se encuentra por Pérez Vidal *suficiente*, no sólo "para que -como veremos decir a Hinterhäuser- la historia española del

---

<sup>132</sup> Cfr. Partida de nacimiento de Benito Pérez Galdós, En MESA, Rafael de: "Don Benito Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud". Madrid, Pueyo, 1920, p 19; y "Acta del matrimonio de los padres de Benito Pérez Galdós". En PEREZ VIDAL, José: "Galdós en Canarias...", Cit., p 41, que recoge, edición facsímil de su texto; en *ibidem*, p 42, se recoge, también en facsímil, el acta de bautismo, que aparece transcrita, citando a Rafael de Mesa como fuente, en nota nº 19, p 141.

<sup>133</sup> PEREZ VIDAL, José: "Canarias en Galdós", Cit., pp 10-11. Sobre la citada expresión véase *Ibidem*, pp 186 y Sgts.

<sup>134</sup> Entre ellos MESA, Rafael de: "La génesis de los Episodios. Un documento curioso". *Rev. de libros*, dic. de 1919; MARAÑÓN, G.: "Galdós íntimo", *La Lectura* I, Madrid, 1920, pp 71-73; BERKOWITZ, Chonon H.: "Pérez Galdós, Spanish liberal crusader". Madison, University of Wisconsin Press, 1948; CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 14, y HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales..." Cit., pp 48-49.

primer tercio del siglo tuviese para él -para Galdós- un íntimo contenido familiar", sino también "para que pronto pudiese percibir aquella historia y la historia viva a que él asitía entonces como una misma historia"<sup>135</sup>. *Suficiencia* que se deduce, como algo necesario, de los hechos ya reconstruidos sobre este aspecto de la vida de Galdós y sobre otros relacionados con él, como, por ejemplo, su vinculación familiar con América -dos hermanos, una hermana y un tío casados allí- y con Madrid, tan presentes luego en su obra<sup>136</sup>.

De acuerdo con J. Pérez Vidal, a quien seguimos especialmente en este punto, tenemos que, las cuatro grandes figuras destacadas por los biógrafos en la familia de Pérez Galdós son el abuelo materno, don Domingo de Galdós y de Alcorta; la madre, doña Dolores de Galdós y Medina; el padre, don Sebastián Pérez Macías; y el hermano de éste, don Domingo<sup>137</sup>. Pero a ellos ha de unirse, según encarece este mismo autor, su tío Benito Galdós, un hermano, diez años mayor, de doña Dolores.

El abuelo materno, Domingo de Galdós, era natural de Azcoitia, pero, huérfano a los diez años, fue recogido en Madrid por su hermano José María, ya mayor, con quien vivió hasta que en 1776, cumplidos los veinte, se fue "a Canarias como paje o familiar de su paisano don Francisco Javier Fermín de Iturriaga y Espeleta", que había sido designado "Procurador fiscal de S. M. y Promotor de su Justicia en la Real Audiencia de las Islas." Tras servir a éste, "el 20 de febrero de 1779 fue nombrado oficial de la contaduría de la Santa Iglesia Catedral y, el 9 de marzo de 1785, receptor interino del Santo Oficio", cargo en que trabajaba cuando, "en 1792, el receptor fue solicitado para ayudar en la secretaría del mismo tribunal"<sup>138</sup>. Se demuestra así que Domingo de Galdós no fue a Canarias para

<sup>135</sup> "Canarias en Galdós", Cit., p 11.

<sup>136</sup> Ver en este sentido "Canarias en Galdós", Cit., pp 10 y 147-190. Véase también las abundantes relaciones, directas o simbólicas, que con la situación de la América hispana señala el profesor Avila Arellano en su citada tesis doctoral sobre "El personaje femenino del teatro de Galdós".

<sup>137</sup> Véase, por ejemplo, CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós". Cit., p 11, y BERKOWITZ, Chonon, H.: "Pérez Galdós, Spanish liberal Crusader", ya citado.

<sup>138</sup> PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 173-174, que cita a ARTILES, Joaquín: "Don Domingo Galdós de Alcorta y doña María de la Concepción Medina, abuelos de Pérez Galdós", En AEA (continúa...)

cubrir un destino de "secretario de la Inquisición", según se había pensado hasta hace poco<sup>139</sup> a la vista de lo escrito por el mismo Pérez Galdós<sup>140</sup>. Es ese cargo de *receptor* y ese funcional *ayudar en la secretaría* lo que parece explicar que vulgarmente se le conociera como *Secretario* y que el liberal Pérez Galdós, complaciéndose en este contraste, encareciese al "Bachiller Corchuelo" destacar en su referencia biográfica que su "abuelo materno era secretario del Tribunal de la Santa Inquisición", que "llevo -le dice- sangre de inquisidores"<sup>141</sup>.

En esta misma línea de estrecha religiosidad y fondo tradicionalista suele situarse a la madre de Pérez Galdós, doña Dolores, nacida el año 1800, cauce de dicha sangre, cuyo carácter autoritario y rigidez ha dado lugar a que se le considere modelo inspirador de *Doña Perfecta*, de doña María, la condesa de Rumblar, y, en general, de toda la galería Galdosiana de señoras capitanas de su hogar<sup>142</sup>. Estas mujeres, escribe Hinterhäuser, "no sólo reflejan una tradición de la literatura española (...), sino que fueron originadas por impresiones de la infancia del autor." No olvidemos que "su madre le había destruido su amor juvenil con *Sisita*"<sup>143</sup>.

---

<sup>138</sup>(...continuación)

(Anuario de Estudios Atlánticos), 13 (1967), p 165; y a RUIZ DE LA SERNA, Enrique y CRUZ QUINTANA, Sebastián: "Prehistoria y Protohistoria de Benito Pérez Galdós". Las Palmas, 1973, Cap. II, respecto a la posible compatibilización de su actividad en la Catedral con la de *receptor del Santo Oficio*.

<sup>139</sup> Véase, por ejemplo, CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 11 y HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., p 133.

<sup>140</sup> En "*Memorias de un desmemoriado*", Cit., p 1470, puede leerse que su abuelo "Domingo Galdós y Alcorta", -sin los hidalgos de ante sus apellidos, como ha señalado Pérez Vidal,- "fue destinado (...) a Las Palmas con el cargo de secretario de la Inquisición". Se dice, además, que este "abuelo" nació en "Azpeitia", y éste parece ser la fuente de quienes han repetido este error, que les corrige también PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 173-174.

<sup>141</sup> "El Bachiller Corchuelo" (Seud. de GONZALEZ FIOL, Enrique): "Nuestros grandes prestigios, Benito Pérez Galdós". En "Por esos mundos". Madrid, 1910, T XXI, N° 186. Cfr. PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., p 13 y 173.

<sup>142</sup> BERKOWITZ, Chonon H.: "Pérez Galdós, Spanish liberal crusader", Cit., y BROWN, Donald F.: "More light on the mother of Galdós". Hispania (1956), Cfr. HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., p 320.

<sup>143</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 319-320.

Sin rechazar esta *inspiración autobiográfica* que, según expresión de Hinterhäuser<sup>144</sup>, considera indudable Berkowitz, Pérez Vidal estima que *mamá Dolores* aparece "sobrecargada de dureza e intransigencia. El mando de un batallón de hijos -escribe- exigía, en verdad, una mano firme;" pero hay *pruebas*, añade, de que, según resulta lógico en "quien era tantas veces madre" -recordemos que Benito era su décimo, y último, hijo-, se comportó a veces "del modo más comprensivo y generoso"; y hasta parece mostrar preferencia hacia su hermano Benito, el más descarriado "del fondo tradicional de la familia"<sup>145</sup>.

En todo caso, parece que, según dice Hinterhäuser citando a Berkowitz, "la atmósfera política de su casa paterna, en Las Palmas, era severamente tradicionalista" y que ello se debía al talante de su madre, cuyo predominio *asignaba a papá Sebastián* "una callada y decorativa existencia al margen de los sucesos familiares"<sup>146</sup>.

De ello se desprende que don Sebastián Pérez Macías, el padre, era menos duro de carácter. El efecto del "predominio que doña María de los Dolores ejerció en su hogar" será, según dice Pérez Vidal, que "Don Sebastián tuvo el sino de tantos militares de mandar en el cuartel y obedecer en casa"<sup>147</sup>. Pero, lo que de él nos interesa destacar más es que, convertido de "estudiante" en "subteniente" del Ejército por concesión del Cabildo, ante la emergencia de la guerra de la Independencia, formó parte del "batallón de Granaderos de Canarias que el 5 de abril de 1809 salió de Las Palmas a luchar contra los franceses". Destaquemos así mismo que este militar vivía aún, "con ochenta y dos años", cuando Galdós viajó de Madrid a Las Palmas, entre otras veces, en 1866, y que le pudo contar hasta entonces lo que cabe suponer de toda la parte del siglo XIX -y aun antes- no vivida por Pérez Galdós<sup>148</sup>.

---

<sup>144</sup> Ibídem, p 320

<sup>145</sup> PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 174-175.

<sup>146</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 133 y 320.

<sup>147</sup> "Galdós en Canarias (1843-1862)", Cit., pp 57-58.

<sup>148</sup> PEREZ VIDAL, J.: "Galdós en Canarias", Cit., p 17; y "Canarias en Galdós", Cit., pp 175 y 187-188.



Es destacable también que con él estuvo, como capellán del citado batallón de Granaderos, su hermano Domingo, cuyo *Diario* o "Memorias, en su mayor parte perdidas", de dicha expedición valora así don Gregorio Marañón: "... en los trozos que se conservan, llenos de alegre y perspicaz observación de los detalles y de los tipos que pasaban ante sus ojos, se descubre con seguridad el germen de lo que luego fueron los *Episodios Nacionales*. De estos relatos -añade- (...) se alimentó la curiosidad infantil del niño Galdós"<sup>149</sup>.

Pero tanto esta opinión como la, similar, de Rafael de Mesa -al publicar parte del *Diario* en el lugar antes citado- resultan un tanto *fantásticas* a juicio de H. Hinterhäuser, aun cuando en el complejo "proceso de inspiración, -concede éste, con cierta displicencia, -también pueda tener su importancia este motivo; nada nos impide pensar -añade en el mismo tono- que debido a esos recuerdos de la infancia, la visión que Galdós tenía de la guerra de la Independencia, estuviera matizada de rasgos familiares e íntimos"<sup>150</sup>.

Resulta comprensible que, después de haber señalado tantas fuentes inspiradoras e informadoras de la obra de Galdós, Hinterhäuser se manifieste en este sentido; a ellas hemos de añadir nosotros algunas otras en lo que a las obras sobre el Trienio se refiere; sin embargo, parece que estas circunstancias familiares no sólo *no impiden pensar*, sino que *inducen a pensar*; que sugieren relevantes posibilidades de información y de motivación; y no sólo son "recuerdos de la infancia", sino que, como destaca J. Pérez Vidal -sin aceptar la *exageración* de considerar al "*Diario*, curioso, gracioso, del capellán, como origen de los *Episodios*"- la situación se mantiene ininterrumpida hasta que Pérez Galdós se va a Madrid, ya con diecinueve años; y aun después, en sus varios viajes cuando, ya con 23, trabajaba en Madrid como redactor de periódicos y había vivido graves acontecimientos prerrevolucionarios que desembocarían en *La Gloriosa* <sup>151</sup>. Añadamos a ello que ya para entonces había escrito, muy probablemente, "La sombra" y se disponía

---

<sup>149</sup> MARAÑÓN, G.: "Galdós íntimo", *La Lectura*, Madrid, 1920, pp 71-73, especialmente pp 72-73.

<sup>150</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los *Episodios Nacionales*...", Cit., p 49.

<sup>151</sup> "Canarias en Galdós", Cit., pp 175 y 187.

a escribir "La Fontana de Oro".

Parece pues, que hay razones para preguntarse, con Pérez Vidal, ¿qué no contaría de sus años jóvenes el anciano militar a su hijo!, y ¿qué no preguntaría el curioso, y ya interesado en aquellos temas, B. Pérez Galdós a su padre!. Pero, además, no es sólo que éste viviera todavía el año 1867 y que, junto con *mamá Dolores*, -que todavía tenía entonces "fuerzas para llevar la casa", y que viviría hasta el año 1887<sup>152</sup>,- pudieran informar a su hijo Pérez Galdós como unos especiales *vejestorios* de los antes aludidos en relación con el superviviente del combate de Trafalgar o con Mesonero, sino que a la continuidad y confianza se une en este caso la especial emotividad aportada por el caso del tío Benito Galdós. Ambos hubieron de hablarle de este tío, patriota liberal, nacido "el 22 de julio de 1790", que, de acuerdo con los "numerosos documentos de su expediente, conservado en el Archivo General Militar, en Segovia", "entró a servir como cadete en el regimiento provincial de Las Palmas" el día "7 de octubre de 1807" y, ya "al año siguiente, (...) pasó a la Península" para "luchar contra los franceses"<sup>153</sup>. Este fue el comienzo de una larga serie de campañas y *aventuras*, en España, Francia, Inglaterra y América, cuyas referencias en dicho expediente proporcionan información no sólo sobre su peripecia personal, sino también sobre, entre otras cosas, la existencia en Madrid de algunos otros familiares dedicados al comercio de paños -a los que Galdós hubo de conocer antes de sus magníficas descripciones de tipos semejantes-; aventuras y campañas que se prolongan en las luchas contra los *realistas* del Trienio y contra los carlistas hasta que, el 21 de diciembre de 1838, Benito Galdós falleció en Lárrega (Navarra), "de muerte natural"<sup>154</sup>. Su nombre sería heredado, apenas cuatro años después, por el hijo varón nacido de su hermana Dolores el

---

<sup>152</sup> Cfr. PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 188 y 189; y BRAVO VILLASANTE, C.: "Galdós visto por sí mismo", Cit., p 265.

<sup>153</sup> Cfr. "Canarias en Galdós", Cit., pp 175 y 176.

<sup>154</sup> PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 175-185, especialmente pp 175, 176 y 185. De Benito Galdós se han ocupado también, entre otros, BERKOWITZ, Chonon H.: "Pérez Galdós, spanish liberal Crusader", Cit.; ORTIZ ARMENGOL, P.: "Preámbulo de Galdós en París". En "La Estafeta Literaria", nº 373, 1º de julio de 1967; pero, según Pérez Vidal, "Berkowitz desconoce la condición militar de Benito y lo considera un joven aventurero" (Ibíd., p 178); y Ortiz Armengol, "no conoce el expediente" citado, lo que ha podido contribuir, opina, a alguno de sus juicios sobre la "carrera poco brillante de Benito Galdós (Cfr. Ibíd., p 185).

día 10 de mayo de 1843: era éste Benito Pérez Galdós. Sus novelas habían de revivir muchos de los hechos -guerras, discordias políticas, exilios, falta de pagas militares,...- en que, según parece presumible que le contaran sus padres, había participado su tío<sup>155</sup>.

Pero esta acción del entorno familiar se halla matizada por otras. En el proceso informativo y motivacional del joven Pérez Galdós han de tenerse en cuenta también, según vamos a ver, sus personales estudios y lecturas.

### 1.2.2.3. Línea académico-cultural

Apenas nos detendremos en ella, pero conviene dejar claro que, en contra de esa perniciosa imagen de mal estudiante que a veces se le asocia, sus juveniles éxitos literarios, pictóricos, etc., y, sobre todo, su expediente de bachillerato, reflejan un elevado nivel de conocimientos y de capacidad para aplicarlos que sólo suele lograrse con mucha inteligencia y mucho esfuerzo; es decir, siendo, como el propio Galdós recuerda modestamente en sus *Memorias*, uno de esos "bachilleres aplicaditos"<sup>156</sup>.

Refiriéndose a este hecho, y a fin de rebatir "la hipótesis gratuita de presuntos fracasos escolares", F. Rodríguez Batllori reproduce el siguiente resumen del "expediente académico" que Pérez Galdós había obtenido en el Colegio de San Agustín, quizá el más prestigioso que entonces había en Las Palmas, cuando llegó el momento de revalidar sus estudios en el Instituto Provincial de Canarias para obtener el título de Bachiller:

"Don Benito Pérez Galdós, natural de Las Palmas, en la isla de Gran Canaria, ha ganado y aprobado en el colegio de la expresada ciudad de Las Palmas... los estudios de 2ª enseñanza que a continuación se expresan: En el curso académico 1857 a 1858, el primer año del primer período que comprende las asignaturas de Latín y Castellano y ejercicios de 1ª enseñanza, habiendo obtenido la nota de *sobresaliente*. En 1858 a 1859, *con igual puntuación*, las asignaturas de 2º años de Latín y Castellano, primero de Francés y

<sup>155</sup> PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 185-190.

<sup>156</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1430. Sobre este hecho y sobre la influencia que sus muchas lecturas tuvieron en la formación de Galdós en esta y posteriores épocas, puede verse también lo dicho por H. Chonon Berkowitz en su Introducción a "La biblioteca de Benito Pérez Galdós". Ed. El Museo Canario, 1951, pp 7-17.

Geografía. En 1859 a 1860, *con igual nota*, las asignaturas de 1º curso de Latín y Griego, primero de Matemáticas y 2º de Francés; la Historia Natural con la de *notablemente aprovechado* y el 2º curso de Matemáticas con la de *sobresaliente*... Por último, en 1861 a 1862, las asignaturas de Psicología, Lógica y Filosofía Moral y Física y Química, ambas con nota de *sobresaliente*<sup>157</sup> Según puede verse, su calificación es de "*sobresaliente*" en todo salvo en "Historia Natural", saldada con un "*notablemente aprovechado*"<sup>158</sup>. Otra cosa es que su licenciatura en Derecho, iniciada el curso 1862-1863 en la madrileña Universidad Central, se realizase con menos brillantez. Pero, sin excluir en ello la influencia de una posible distracción por los encantos de la Capital y por las preocupaciones políticas, ha de recordarse que su personal y apasionada orientación hacia la actividad literaria hubo de exigirle una complementaria formación autodidacta en la que cabe destacar, junto a su asidua asistencia al Ateneo y sus relaciones con los dirigentes de la Institución Libre de Enseñanza, esa "lectura desordenada y voraz" de que habla Casaldueiro<sup>159</sup>, y que el mismo Galdós atribuye a alguno de los personajes novelescos en quienes luego encarna<sup>160</sup>. Es cierto que Galdós habla en sus *Memorias* de su *gandulear* por las calles y de su *hacer novillos* en la Universidad, dando de sí mismo cierta imagen de vagancia y desaplicación<sup>161</sup>, pero ha de tenerse en cuenta lo que de subjetivas tienen estas expresiones y su relativo significado en hombre tan probadamente trabajador, y tan decidido defensor del esfuerzo continuado, como es él. No olvidemos, además, que, casi a seguido de lo dicho, indica que buscaba "alivio a mi pena -escribe- en mis amados

---

<sup>157</sup> Cfr. RODRIGUEZ BATLLORI, Francisco: "Galdós en su tiempo". Copión, Madrid, 1969, p 44.

<sup>158</sup> Desconocemos por qué no se incluye el año 1860 a 1861. Lo dicho confirma, en todo caso, que, como señala J. Pérez Vidal, las llamadas *distracciones* del joven Pérez Galdós en este colegio debieron ser más bien *abstracciones*, y que "no debió de tener muy abandonados durante el curso los libros de texto", ya que "obtiene nota de sobresaliente en todas las asignaturas del último año" y aún le queda tiempo para escribir en mayo, mes de exámenes, "La Emilianada". PEREZ VIDAL, J.: "Galdós en Canarias", Cit., p 125.

<sup>159</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 17

<sup>160</sup> Piénsese, por ejemplo, en lo dicho sobre Vicente Halconero. Ver también en este sentido BEYRIE, J.: "Galdós et son milieu", Cit., T I, pp 145 y sgts.

<sup>161</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1430.

libros"; y sólo una página después, al referirse a la reanudación de su "trabajo literario" entre su primer y segundo viaje a París (años 1867-1868), afirma que lo hizo "sin descuidar mis (sus) estudios en la Universidad"<sup>162</sup>. Todo ello induce a pensar que, dentro o fuera de la Universidad, Galdós *estudiaba* o leía afanosamente y que su posición ante los problemas era la de una persona culta y defensora de la cultura como instrumento de progreso. Baste recordar en este sentido su constante contraposición de los libros al obscurantismo y a la Inquisición en toda "La segunda Casaca".

#### 1.2.2.4. Las vivencias amorosas

En la experiencia biográfica modeladora de las actitudes de Pérez Galdós se ha señalado también, junto a las indicadas líneas familiar y académico-cultural, la acción, más o menos subconsciente, de vivencias vinculadas al conflicto entre su amor juvenil con Sisita y el autoritarismo materno que había de frustrarlo<sup>163</sup>. Así, el modelo de rebeldía liberal que pudo ver en su *descarriado* tío Benito y las ideas liberales, que se le suelen considerar inculcadas en el colegio San Agustín por su profesor don Graciliano Alonso, -antes exiliado por dichas ideas<sup>164</sup>-, debieron hallar resonancia en la personal rebeldía que esta prohibición materna parece haberle producido. "La reacción de Galdós, cuando se ve abandonado a sí mismo en la capital -escribe Hinterhäuser-, debió ser (Sic, por *debió de ser*, ?) un sentimiento de libertad e instintiva rebeldía contra el ambiente familiar. Por otra

---

<sup>162</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., pp 1431 y 1432.

<sup>163</sup> Además de lo dicho en este sentido por H. Hinterhäuser, "los Episodios Nacionales...", Cit., p 320, puede verse BEYRIE, J.: "Galdós et son milieu", Cit., T I, pp 97-116; por otra parte, en *Ibidem*, T II, p 345, este mismo autor concluye diciendo: "Une constatation brutale s'impose au terme de cette étude. Durant vingt années, depuis *Quien mal hace, bien no espere* jusqu'à *Marianela*, tout au long de plus de trente volumes, Galdós ne cessa en dépit des apparences de poursuivre la rédaction d'un seul et même livre. Livre consacré au récit sans cesse magnifié et idéalisé d'un amour de jeunesse, d'une enfance meurtrie, et centré autour d'un archétype féminin immédiatement reconnaissable". Véase también, del mismo autor: "Trasfondo psicológico y fuentes íntimas de la novelística galdosiana: El caso de la segunda serie de Episodios". En "Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo". Santander. Año LXIII. Enero-Diciembre 1987, pp 213-232, especialmente p 226.

<sup>164</sup> Según indica J. Pérez Vidal, "Galdós en Canarias (1843-1862)", Cit., pp 19 y 76, señalando la condición de ex diputado de este profesor y citando a A. Armas Ayala. Véase también BEYRIE, J.: "Galdós et son Milieu". Cit., T I, pp 51-64; Y ARBO, S. J.: "Pérez Galdós, Benito". En "Diccionario Bompiani de autores literarios". Planeta-Agostini, Barcelona, 1988, T IV, pp 2119 y Sgts.

parte, -añade, señalando una repercusión de *lo familiar* que podría aplicarse igualmente a sus colegios, lecturas, etc., - a esta rebelión pondría ciertos límites no sólo su carácter, sino también su pensamiento y los sentimientos burgueses que había traído consigo del ambiente familiar y provinciano. De modo -explica- que el movimiento progresista, que era a la vez de oposición, antitradicionalista y burgués, debió de parecerle la concreción ideal de sus imprecisas aspiraciones"<sup>165</sup>.

Esta actitud liberal-progresista, comúnmente atribuida a Pérez Galdós, parece irse consolidando con la percepción -condicionada desde el principio por ella- de las realidades sociales vividas o conocidas en Madrid y de la historia con que procurará ayudarse a explicarlas.

#### 1.2.2.5. *El impacto de lo político y madrileño en la actitud de Galdós*

La intensidad y carácter que en la vida madrileña de entonces percibe el joven Galdós -tan hecha notar después en diversos estudios<sup>166</sup>-. Será expresada por él mismo en sus Memorias al hablar de "aquella época fecunda de graves sucesos políticos -negrilla nuestra-, precursores de la Revolución"; el impacto que en él produjeron algunos de esos llamados *graves sucesos*, implícito en esta forma de referirse a ellos, se expresa al recordarlos en concreto y en una primera persona cuyo verbo y tono conlleva cierta carga de connotaciones testimoniales: "...presencié -dice Galdós-, confundido con la turba estudiantil, el escandaloso motín de la noche de San Daniel -10 de abril del 65-, y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos linternazos de la Guardia Veterana, y en el año siguiente, -continúa Galdós, enlazando sin solución de continuidad estos dos significativos hechos-, el 22 de junio, memorable por la sublevación de los Sargentos en el cuartel de San Gil, desde la casa de huéspedes calle del Olivo, en que yo moraba con otros amigos, pude apreciar los tremendos lances de aquella luctuosa jornada." A "los cañonazos (que)

<sup>165</sup> HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 133-134.

<sup>166</sup> Véase, por ejemplo, PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero (una vez más: costumbrismos y novela". En "Galdós. Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas". Cit., pp 217-238; y los ya citados de CASALDUERO, J.: "Vida o obra de Galdós"; HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales..." y JOVER ZAMORA, J-M.: "El fusilamiento de los Sargentos...".

atronaban el aire" se unen entonces en la imagen de Galdós los "gemidos de víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio...", de modo que "Madrid era un infierno..."; pero, con ser grave "el rastro sangriento de la revolución vencida" que Galdós dice haber visto en las calles aquel mismo día, su centro de atención parece hallarse en lo que viene a ser una prolongación de este mismo rastro: "Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida -escribe el ya anciano Galdós-, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros.

"Transido de dolor, les vi pasar en compañía de otros amigos. No tuve valor para seguir la fúnebre trailla hasta el lugar del suplicio, y corrí a mi casa, tratando de buscar alivio a mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios, que nos embelesan más que los reales"<sup>167</sup>.

La huella quedó indeleble, sin embargo, pues "estos sucesos -declara Galdós años después- dejaron en mí alma vivísimo recuerdo y han influido considerablemente en mi labor literaria"<sup>168</sup>. Así lo refleja, por otra parte, su "Angel Guerra" -que se dirá marcado por ellos como otros por la viruela- y "La de los tristes destinos", según indica Casaldueño<sup>169</sup> y, muy especialmente, el profesor Jover Zamora en su ya citado estudio sobre "El fusilamiento de los sargentos del cuartel de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós", que viene a mostrar la sensibilidad de Galdós ante tales hechos a la vez que sitúa éstos en el proceso de formación de una voluntad revolucionaria popular con la que personalmente sintonizaba<sup>170</sup>.

El mismo Galdós, a la vez que insiste en sus Memorias sobre "la densa atmósfera revolucionaria de aquellos turbados tiempos", recuerda su personal actitud y su modo o proyecto de participar en ella, pues, *respirándola*, "creía yo -dice- que mis ensayos

<sup>167</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., pp 1430 y 1431.

<sup>168</sup> Cfr. ANTON DEL OLMET, Luis y GARCIA GARRAFA, Arturo: "Galdós", Madrid, Pueyo, 1912, p 30.

<sup>169</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 19.

<sup>170</sup> Véanse especialmente las pp 375-389 de este último estudio en el lugar Cit.

dramáticos traerían otra revolución más honda en la esfera literaria<sup>171</sup>. Recordemos, además, que ya al escribir "El audaz" (1871) opinaba Galdós que "toda irrupción literaria lleva en sí el germen de una irrupción filosófica"<sup>172</sup>. Es esta una ilusión juvenil que Galdós dice estar ya cultivando al *enjaetar*, "con vertiginosa rapidez", "dramas y comedias", que luego "guardaba cuidadosamente"; ilusión, también, que se reorienta decisivamente tras el viaje que, "al aproximarse el verano del 67", recuerda haber hecho "a París, la metrópoli del mundo civilizado", para "ver la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año", en compañía de "una persona de mi familia - escribe- con un hijo suyo, mi sobrino"<sup>173</sup>.

Ya entre este viaje -en el que Galdós tiene ocasión de conocer, además de las obras de Balzac, la tragedia de los exiliados españoles y el triste *papel* jugado por España en la citada exposición<sup>174</sup> y el realizado el año 1868, "me lancé -recuerda- a escribir *La Fontana de Oro*, novela histórica, que me resultaba fácil y amena." Y, señalando su grado de motivación, pero con la parquedad de explicaciones que en lo privado le es habitual, añade: "Un impulso maquinal, que brotaba de lo más hondo de mi ser, me movió a este trabajo"<sup>175</sup>.

Después, su segundo viaje a París, en el que dice proseguir "*La Fontana de Oro*, sin llegar a terminarla"; su encuentro, al regresar a Barcelona, "de manos a boca con la revolución" de 1868; su retorno desde Alicante a la capital, ardiendo de "curiosidad por ver en Madrid los aspectos trágicos de la Revolución", en cuyo desarrollo participa -al son del Himno de Riego- mientras su familia marchaba temerosa hacia Canarias; su vuelta al cultivo del "huerto literario", en el que simultanea la continuación de *La Fontana de Oro*

---

<sup>171</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1431.

<sup>172</sup> "El audaz", Ed. Cit., T I de Novelas, p 238.

<sup>173</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1431. El familiar a que Galdós alude era su cuñado "José Hermenegildo Hurtado de Mendoza", casado con "Carmen" Pérez Galdós. Cfr. PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., pp 10 y 189.

<sup>174</sup> Según indica él mismo en su artículo "La pintura española en la Exposición Universal de París". En "La Nación", 10-II-1868, Cfr. PEREZ VIDAL, J.: "Canarias en Galdós", Cit., p 190.

<sup>175</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1432.



con "otros trabajillos, en periódicos y revistas", especialmente "artículojeos de política en la *Revista de España*"; la publicación en esta revista de su "segunda novela, *El audaz*", a la vez que "en la imprenta de Nogueras" se publicaba *La Fontana*; y, rota y recuperada la inquieta normalidad con el asesinato de Prim y la llegada de Amadeo I, su preparación "a mediados del 72 (...), sin saber por qué sí ni por qué no" -de nuevo elude Galdós las explicaciones personales-, de "una serie de novelas históricas, breves y amenas", que, según le sugirió su "amigo Albareda", llamó *Episodios Nacionales*, y que comenzó con el señalado por una palabra que "brotó de mis labios, -dice, sin explicar por qué,- como una obsesión del pensamiento": *Trafalgar*<sup>176</sup>.

Llegamos con ello a una fase de plena producción literaria de Galdós en que éste, tan sólo en siete años (1873-1879), publica los veinte *episodios* de sus dos primeras series y las cuatro *novelas* de la primera época que suelen llamarse *contemporáneas*: "Doña Perfecta", "Gloria" (2 tomos), "Marianela" y "La familia de León Roch" (3 tomos). Tan alta fecundidad presupone, según destaca C. Blanco Aguinaga<sup>177</sup>, cierta seguridad y energía creadora que sólo parece posible con la previa superación de las dudas que reflejan sus iniciales tanteos.

Hay que contar, pues, con que a su experiencia biográfica de estos años se incorporan no sólo las vivencias de unos hechos públicos, comunes a su sociedad y externos al autor -de cuyo continuado estímulo nos ocupamos enseguida-, sino también las propias de un personal *aprendizaje literario* -cuyos diversos antecedentes ha señalado en parte H. Hinterhäuser<sup>178</sup>- que contribuye poderosamente a perfilar los diversos aspectos -contenido, estructura, orden de atención a los diversos temas, etc.,- de su obra<sup>179</sup>.

---

<sup>176</sup> "Memorias de un desmemoriado", Cit., pp 1432, 1433, 1434 y 1435.

<sup>177</sup> "Silencios y cambios de rumbo: sobre la determinación histórica de las ficciones de Galdós". En BLY, P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 187-206, especialmente pp 188-190.

<sup>178</sup> "Los *Episodios Nacionales*...", Cit., pp 23-54; el problema de los posibles modelos y fuentes inspiradoras de Galdós podría extenderse en estudios de literatura comparada que estimamos impropios de este trabajo. Sobre ello puede verse, entre otros, SCHEMELING, Mandred: "Teoría y praxis de la Literatura Comparada". Barcelona, Alfa, 1984.

<sup>179</sup> Del contexto literario en que Galdós escribe podría dar una idea el "Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX" publicado por Juan Ignacio Ferreras en Cádiz, Madrid, 1979.

Numerosos estudios<sup>180</sup> sobre las primeras obras de Galdós vienen a confirmar que, enfrentado éste a la tarea de explicar la sociedad de su tiempo, se le plantean ciertas dudas sobre si convenía representarla en su estado presente, mostrar sus raíces y proceso de formación o combinar ambas cosas, que será la fórmula adoptada. Tomada esta opción, se le suele señalar también, como hiciera J. Casaldüero<sup>181</sup>, alguna vacilación en cuanto a la fecha en que debía situar el comienzo de la España Contemporánea (¿años 1820-1823, 1804, 1805,...?) y, según luego veremos, en cuanto a la distinción de su presente y los períodos o estructuras anteriores, para poderlos contraponer, en el juego de sincronía y diacronía, como unidades específicas y, a la vez, mostrar su enlace por procesos históricos más durables.

El primer intento de Galdós para lograr dicha explicación parece producirse, como antes se ha indicado, con "La sombra", cuya pertenencia al "género fantástico" y cuyo desarrollo "en Madrid, en la época del autor", fueron señalados por J. Casaldüero al mismo tiempo que una serie de simbolismos y otros aspectos que reflejan "la riqueza intencional del novelista" y anuncian muchos de los elementos contenidos en su obra posterior<sup>182</sup>.

En cuanto esta novela pretende ser *contemporánea* -puesto que su acción se desarrolla en el presente del autor-, parece indicar que Galdós intentó primero la representación directa de su sociedad, pero es notable también cómo, junto a ciertos elementos intemporales, hay figuras simbólicas que se buscan en la Historia: "Elena -escribe

---

<sup>180</sup> Véase, por ejemplo, los señalados por C. Blanco Aguinaga en su citado "Silencios y cambios de rumbo...".

<sup>181</sup> "Vida y obra de Galdós", Cit., p 43.

<sup>182</sup> CASALDUERO, J.: "La sombra". En *Anales Galdosianos*, Vol. I, N° I, 1966. University of Pittsburgh. Reproducido como *apéndice* N° I, en "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 193-200, que es por donde citamos. Ver especialmente pp 193, 194 y 199. Sobre las posibles fuentes y modelos de esta novela (en la que Galdós dice haber hecho sus "primeros pinitos" -"Nota preliminar" a "La sombra". Ed. Cit., T I de "Novelas", p 193.-) sobre su repetida calificación de *fantástica*, su tratamiento psicológico del problema de los celos y del conflicto entre individuo y sociedad, del estilo y de otros aspectos, puede verse YNDURAIN, Francisco: "La sombra: una interpretación". En "Galdós. Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987)", Ed. Cit., pp 409-421, especialmente p 411. Según su argumento, Anselmo, esposo de Elena, tiene celos de su amigo Alejandro, un *don Juan* que muestra inclinación hacia ella y con el que Anselmo, obsesionado, acaba identificando el retrato de Paris, el héroe troyano enamorado de la también casada Helena griega, al que habla y combate cuando, alucinado, piensa que Paris sale del retrato para estar con su mujer. ("La sombra". Ed. Cit., T I de novelas, pp 193-231.

Casaldüero- será el pueblo español, feliz y satisfecha con Paris-Alejandro, desgraciada al casarse con Anselmo", el marido celoso cuyo encierro y abstracción en su abigarrado cuarto, con alguna alusión a la Inquisición, evocan "la figura de Felipe II en el Escorial", de modo que, personificando -quizá en exceso- los espíritus de apertura y clausura, opina que "Paris representaría el espíritu de Carlos V, sombra que persigue a Anselmo-Felipe II y que continúa seduciendo al pueblo español"<sup>183</sup>.

Parece como si Galdós, aun situando la acción de esta novela en el Madrid de su época, quisiera señalar en la antigua Grecia los orígenes de la cultura occidental, cuya concreción española sufriría el señalado quiebro entre Carlos I y Felipe II, origen, a su vez, de la España Moderna. En "La sombra" propugna ya Galdós un revolucionario cambio en favor de la autenticidad. Una autenticidad que hubiera librado a Anselmo de sus terrores, y con ellos del Paris a que estos dan existencia, al quitar importancia al "honor en la opinión de las gentes" y atenerse al que Anselmo le contrapone como "mi honor en mi conciencia", que "va siempre conmigo -dice a Paris- y no me lo puedes quitar con tus malas artes"<sup>184</sup>. *La sombra* contiene una llamada de atención sobre los convencionalismos propios de la cultura occidental -cuya cuna es la Grecia de ese Paris y Helena que, ya en su época, los postpusieron al amor-. La *inmoral* figura de Paris, en su desprecio a ellos, en su comportamiento frívolo, en su duelo con Anselmo, en su *inmortalidad*,... tendrá su homólogo en el Lord Gray del *episodio* "Cádiz", cuyo desprecio y ofensa se proyectan, de modo análogo, sobre convencionalismos especialmente españoles.

Pero Galdós no debió quedar satisfecho de esta primera concepción, puesto que, dejándola sin publicar, pasa a escribir *La Fontana de Oro*. En esta sustituye el presente por sus raíces y no sólo critica, según veremos, a quienes, como hiciera él, continúan la inercia de buscar figuras en el distante y *frío* *clasicismo*, sino que, cambiando su estrategia, sitúa la acción en lo que parece ver como el origen próximo de su sociedad y, al acercar ese origen hasta el comienzo de la España Contemporánea, muestra procesos todavía vivos y emotivos, a la vez que, según él mismo indica en su "Preámbulo", situaciones y hechos

---

<sup>183</sup> CASALDUERO, J.: "La sombra", Lugar Cit., pp 195 y 196.

<sup>184</sup> "La sombra". Ed. y T Cits., p 220.

aleccionadores por su *semejanza*.

Esta semejanza, que Galdós señala expresamente en el caso del Trienio, parece contribuir decisivamente a que en él centrarse su primera novela publicada -"La Fontana de Oro"-, aun cuando viera también en este período ciertos gérmenes o raíces de su época como la *fundación* de ese "moderno criterio político (...) que en cincuenta años -según escribe hacia 1870, y tras referirse al año "1821",- se ha ido difícilmente elaborando"; pero, ya al decir esto indica que este *moderno criterio* lo "fundaba" "una democracia nacida en los trastornos de la revolución y alzamiento nacional", lo que enlaza dicha fundación con el período 1808-1814, al que aludirá expresamente en su "Preámbulo" ("Diciembre de 1870") para indicar, en este mismo sentido, que "La Fontana de Oro" se refiere a **"uno de los períodos" de "la gran época de reorganización que principió en 1812"**; a lo cual añade, informándonos así de otro interesante aspecto de su visión del proceso, que esa época "no parece próxima a terminar todavía"<sup>185</sup>.

Dudas, pues, de Galdós sobre el comienzo de esa "gran época" que es la suya, puesto que *todavía* "no parece próxima a terminar"; dudas que parecen derivar de la dificultad propia de toda periodización histórica, aunque viera claro que el Trienio era *"uno de los períodos de turbación política y social más graves e interesantes" de dicha época*<sup>186</sup>. En él -además de producirse diversos hechos que, según hemos de ver, parecían un anticipo de los vividos por Galdós- podría decirse que el referido criterio político se inaugura por el Rey presente; pero tal criterio político se había establecido ya en la Constitución de 1812; y "los trastornos de la revolución y alzamiento nacional", en los que *nace* la *democracia* que tendía a él, se habían iniciado en 1808. Es decir, el joven Galdós debió encontrarse con que los momentos y períodos cambiaban o se solapaban según la categoría historiográfica a que atendiera. Si quería mostrar el origen próximo de aquellas ideas, ¿no tendría que conectarlas con la Revolución francesa y con el reinado de Carlos IV?. Esto

---

<sup>185</sup> "La Fontana de Oro". Alianza, Madrid, 1973, pp 7 y 16. Sin negrilla en el original. Como el Trienio -"útil" para mostrar otras cosas- era "un eslabón únicamente" -razona Casaldueiro- y "no presentaba la formación de la sociedad actual ni sus problemas", Galdós "escribe *El audaz*, que sitúa en 1804", en los orígenes próximos de aquella sociedad. CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós". Cit., p 47.

<sup>186</sup> "Preámbulo" citado.

es lo que, tras publicar *La Fontana de Oro* y *La sombra*, parece hacer, como decía Casaldueiro, con *el audaz*, situado en el año 1804<sup>187</sup>. Y en esta misma línea, si quería explicar el debilitamiento y reducción de España a pequeña potencia, ¿no tendría que destacar junto a ello la pérdida de su escuadra, vital para la defensa de América y de su comercio?. Pues esto es lo que parece hacer en *Trafalgar*.

Pero Galdós no sólo aplica estas raíces históricas a la explicación de su presente, sino que, tras intercalar la publicación de *La sombra* entre las de *La Fontana* y *El audaz*, pasa de éste a "Rosalía", novela contemporánea que, en sus dudas, deja inédita para escribir los Episodios, pero cuyo tema religioso, muy de actualidad entonces -por el Concilio Vaticano I- desarrollaría en "Gloria". La elaboración de Rosalía (1872) podría contribuir a explicar que durante más de un año (octubre 1871 - febrero 1873) estuviera Galdós sin publicar más obras de ficción que algunos cuentos<sup>188</sup>, aunque ello se deba también a la preparación de sus *Episodios* y a esas mismas dudas que hemos señalado.

El hecho de que, superada su pausa del año 1872, el periodista Galdós se centrara en escribir su primera serie de *episodios* en los dos años que median entre "enero-febrero de 1873" y "febrero-marzo de 1875" -en medio del "desbarajuste histórico" implicado por la dimisión de Amadeo I, la llegada de la Primera República, la *cantonada*, las guerras carlista y cubana, la entrada de Pavía en las Cortes, el pronunciamiento de Martínez Campos y la coronación de Alfonso XII- indica a las claras la confianza de Galdós en su

---

<sup>187</sup> El protagonista, Martín Martínez Muriel, es un ejemplo del contagio de dicha Revolución, a la que tiende también impulsado por la simbólica opresión de que, en España, es objeto su familia. Aparece así como "la personificación de aquellas ideas que tan pocos profesaban entonces", de modo que, aun cuando "Muriel no se parecía en nada a la Sociedad de su tiempo, (...) en él estaba como en depósito la idea que más tarde había de expresarse en hechos". (*El audaz* (Historia de un radical de antaño); Ed. Cit., T I de Novelas, p 239.) De él se sirve Galdós para explicar las ideas revolucionarias. Su actitud hace de él un anticipo de Monsalud hasta que, enloquecido por el fracaso que le produce la traición de los antigodoyistas fernandinos, a los que coyunturalmente se alía, Muriel acaba en la cárcel autoidentificado con Robespierre, cuya traumática violencia estimaba rechazable cuando estaba cuerdo. Sobre diversos aspectos de esta novela puede verse: CUESTA, L.-A. de la: "*El audaz*: análisis integral". Montevideo, I.E.S., 1973; MONTES HUIDOBRO, Matías: "*El audaz*: desdoblamiento de un ritual sexo-revolucionario". Rev. "Hispania", nº63, año 1980, pp 487-497; y ZLOTCHÉW, Clark M.: "The genial inquisitor of *El audaz*". *Anales Galdosianos*, 20, Nº1, 1985, pp 29-34.

<sup>188</sup> De este periodo son "La novela en el tranvía" (Noviembre de 1871); "El artículo de fondo" (Abril de 1872); "La pluma en el viento o El viaje de la vida" (Abril de 1872); y "Un tribunal literario" (Septiembre de 1872).

capacidad de novelar, por lo menos, *una* de las vertientes de su gran tema, la que significa una exploración de las primeras *raíces de su época*<sup>189</sup>. Lo indica también el que, sin solución de continuidad, con dos de aquellas guerras en pie -que pudieron, en realidad, hacerle más urgente su mensaje-, prosiguiera esa tarea con su segunda serie, escrita entre junio-julio de 1875 ("El equipaje del rey José") y noviembre-diciembre de 1879 ("Un faccioso más y algunos frailes menos"). Pero, junto a esta *exploración* y muestra de las *raíces*, se produce la representación directa de lo contemporáneo, a lo que parecen tender esas cuatro novelas *contemporáneas* que se intercalan entre los *episodios* de esta segunda serie: "Doña Perfecta" (1876), "Gloria" (1876-1877), "Marianela" (1878) y "La familia de León Roch" (1878).

Es decir, como indica C. Blanco Aguinaga -citando a Casaldueiro-, parece lógico suponer que Galdós ha encontrado al fin "el sentido y forma de su obra: de un lado, la exploración de los orígenes primeros (y decisivos, por supuesto) de su tiempo; de otro, (...) la representación de la sociedad contemporánea, (...) de la Restauración que se estrena precisamente un año antes de *Doña Perfecta*. Diacronía, pues, por un lado, sincronía por el otro, perfectamente separadas entre sí.

"El esquema -añade- es nítido, coherente y racional; ferozmente mecánico". Pero una nueva, e inusitada, pausa -la única de su vida que se prolonga por algo más de dos años-, parece delatar que, al margen del cansancio, llegada de su hermano de Cuba u otras causas, "algo en el esquema no le funciona al novelista"<sup>190</sup>. A no ser por esta "insatisfacción" resulta difícil explicar que, interrumpidos los *episodios* al final de la 2ª serie, por considerar, según dice Galdós, que "los años que siguen al 34 están demasiado cerca", que en ellos hay algo que duele todavía al ser *tocado*<sup>191</sup>, se interrumpan también sus *novelas*. Es, viene a concluir Blanco Aguinaga, que Galdós se da cuenta al final de los años setenta

<sup>189</sup> BLANCO AGUINAGA, Carlos: "Silencios y cambio de rumbo...", lugar y Ed. Cit., p 189.

<sup>190</sup> BLANCO AGUINAGA, C.: "Silencios y cambio de rumbo", Cit., pp 189 y 190.

<sup>191</sup> "Un faccioso más...", Ed. Cit., T 2 de Ep., p 786. Observación probablemente tomada, como luego veremos, de la "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España" (Madrid, 1842) atribuida a Vayo (T II, p 163) en que se dice: "Tocamos el escollo casi insuperable de esta historia: vivos los hombres, vivas aun más las pasiones, y frescas y manando sangre las llagas, ¿quién pone la mano en ellas sin encrudecerlas?".

de que su sociedad es ya otra, con otros problemas característicos, y de que, por ser nueva, no bastaban para explicarla ni la referencia a sus *raíces lejanas* -por otra parte eludida al interrumpir los *episodios*-, ni las, por lo mismo, *parcas y elusivas* alusiones "a ciertos hechos históricos relativamente contemporáneos que caracteriza las novelas de la *segunda manera*". Se hacía preciso "reenfocar su producción", aplicar una *tercera manera* de novelar que se adecuase a la nueva estructura social, y esto -que nos interesa menos aquí- es lo que hará en 1881 con *La Desheredada*<sup>192</sup>.

Es decir, Galdós, que siempre se manifiesta hijo espiritual de la Revolución de 1868<sup>193</sup> -cosa en la que, según indica el profesor Jover, coincide con "toda la *intelligentsia* de la Restauración"<sup>194</sup> y cuya "repentina aficción a la novela histórica nació de experiencias y meditaciones suscitadas por las Zaragatas de la Gloriosa"<sup>195</sup> no parece haber advertido inicialmente, sin embargo -ni era perceptible hasta finales de los años 1870<sup>196</sup>- el profundo y significativo cambio que, según ha hecho notar el profesor Seco Serrano conlleva esta Revolución: "la culminación de un ciclo revolucionario -el ciclo revolucionario liberal, protagonizado por la burguesía-", y la *insospechada apertura* de "un ciclo nuevo con la movilización del cuarto estado, gracias al margen de iniciativas ofrecido por las libertades democráticas, en torno al credo internacionalista inspirado por Bakunin".

---

<sup>192</sup> BLANCO AGUINAGA, C.: "Silencios y cambio de rumbo...", Cit., pp 191-195. Es una pausa en la que Galdós -bien ocupado quizá en planificar- parece no haber reparado, pues, tras enumerar sus anteriores obras, escribe: "Después de *La familia de León Roch*, y sin *respiro*, -negrilla nuestra- *La desheredada*". ("Memorias de un desmemoriado", Cit., p 1435.) Sin embargo son muchos los autores que encuentran extraño su *respiro*, de más de 2 años, y, junto a las ya indicadas explicaciones de C. Blanco Aguinaga, hay quienes, como J. Beyrie, la atribuyen a una "crise de la maturité" que, según diversas investigaciones, es "traversée par la plupart des grands esprits créateurs entre l'âge de trente-cinq et de quarante ans". BEYRIE, Jacques: "Galdós et son Mithe". Cit., T II, p 350.

<sup>193</sup> Ver en este sentido lo que Galdós dice sobre Vicente Halconero -casi su doble- en "España trágica", Ed. y T Cits., p 366, y, así mismo, lo dicho por H. Hinterhäuser, "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 28 y Sgts., en que se ocupa de ésta y otras manifestaciones de nuestro autor sobre dicha filiación, como su Discurso ante la R.A.E. en la recepción de J-M<sup>a</sup> de Pereda.

<sup>194</sup> JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>: "El fusilamiento de los sargentos de San Gil...", Cit., p 389 y Sgts.

<sup>195</sup> Cfr. MONTESINOS, J-F: "Galdós", Cit., T I, p 75.

<sup>196</sup> Conforme a lo dicho por C. Blanco Aguinaga ("Silencios y cambio de rumbo...", Cits., pp 194-195) sobre el efecto consolidador que en la Restauración produce la Constitución de 1876, el comportamiento del Rey, las paces carlista (1876) y cubana (1878), el desarrollo económico y otros factores.

Cambio que se refleja en la burguesa síntesis canovista, a cuyo "fallo esencial", la marginación del *cuarto estado*, contribuyen la propia "canalización anarquista de buena parte del *proletariado militante*" y la escandalosa "farsa electoral"<sup>197</sup>. Es una situación que, según había indicado el mismo profesor Seco en su estudio preliminar a las "Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)" de la A.I.T., se iría definiendo "en cuanto las masas obreras que habían dado fuerza y calor excepcionales al pronunciamiento -al que abre la Revolución de 1868-, se fuesen desplazando hacia un frente propio, decepcionadas por el reajuste que los caudillos de aquél se apresuraron a imprimirle, apenas conseguido el triunfo"<sup>198</sup>.

Es este un *reajuste* y *fallo* al que Galdós alude claramente años más tarde: al margen de la incipiente percepción que del nuevo momento histórico señala C. Blanco Aguinaga en "La familia de León Roch" y, ya plenamente, en "La desheredada"<sup>199</sup>, es notable en este sentido su conocido artículo sobre el 1º de Mayo del año 1885: "Precauciones más importantes que las que (...) 50 años ha tomaban los gobiernos absolutistas contra los revolucionarios -escribe en él Galdós-, se toman hoy contra el colectivismo (...) ¡Cómo han cambiado los tiempos! Entonces una logia masónica, un club de carbonarios o comuneros... ponía en conmoción a los Gobiernos y hacía danzar a la policía. Hoy todo eso ha pasado... El movimiento político ha hecho un alto que parece definitivo... La extinción de la raza de tiranos ha traído el acabamiento de la raza de libertadores. Hablo del tirano en el concepto antiguo, pues ahora resulta que la tiranía subsiste, sólo que los tiranos somos ahora nosotros, los que antes éramos *víctimas* y *mártires*, la clase media, la burguesía, que antaño luchó con el clero y la aristocracia hasta destruir el uno y a la otra

---

<sup>197</sup> SECO SERRANO, C.: "Los Episodios Nacionales como fuente histórica", Cit., p 284.

<sup>198</sup> SECO SERRANO, C.: "Introducción" a las "Actas..." Citadas, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, 1969, T I, p XXIX. Actas que vienen a confirmar este hecho, y cuya publicación sirve para conmemorar, en 1970, el "primer centenario de la fundación de la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores", "acontecimiento histórico -se escribe en la *solapa* del T I-, que marca el paso de la Alta a la Baja Edad Contemporánea" en España. Con estas Actas se abre una "Colección de Documentos para el estudio de los movimientos obreros en España en la época Contemporánea" a las que se unen las *Comunicaciones* recibidas en la Sección Española de la A.I.T. -con otro estudio preliminar del mismo profesor Seco- y varias otras publicaciones.

<sup>199</sup> "Silencios...", Cit., pp 194-195.



con la desamortización y la desvinculación. ¡Evolución misteriosa de las cosas humanas! El pueblo se apodera de las riquezas acumuladas durante siglos por las clases privilegiadas. Con estas riquezas se crean los capitales burgueses, las industrias, las grandes empresas ferroviarias y de navegación. Y resulta que los desheredados de entonces se truecan en privilegiados. Renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo en esencia la misma"<sup>200</sup>. Pero, de momento, según señala Gilman, sus ya aludidas *novelas contemporáneas de la 1ª época* -años 1870-, también llamadas *abstractas y de tesis*, "representan todavía las angustiadas preocupaciones de la década precedente"<sup>201</sup>. Atienden, pues, a los problemas propios del *ciclo revolucionario liberal*, y participan de esa intención que el profesor Seco atribuye a "las dos primeras series" -escritas por los mismos años- cuando indica que éstas, relativas a los años 1805-1834, "se proponen reflejar el momento en que hace crisis la vieja España -la España absolutista y estamental-, como un prólogo, glorioso y trágico, de la situación de *plenitud en la libertad* -una plenitud amenazada entre dos extremos inconciliables-, que el joven Galdós vive desde la monarquía de Amadeo a la monarquía de Alfonso XII"<sup>202</sup>.

Es, pues, esta *amenaza*, mantenida hasta que, al final de la década, se produce la *pacificación y conciliación* canovista, la que parece preocupar a Galdós mientras escribe las obras que más nos interesan aquí. Tanto en las relativas al Trienio -objeto particularizado de nuestro siguiente apartado- como en las *contemporáneas*, se advierte, junto a su rechazo de "la España absolutista y estamental", ese temor al otro *extremismo*, que, llegados a la Restauración, se explica, según dice C. Blanco Aguinaga, porque, a las iniciales dudas respecto a la continuidad y conveniencia del sistema, se sobreponían "el cansancio de siete difícilísimos años y la sensación de fracaso de toda tendencia revolucionaria que buscase sus fuentes en las Cortes de Cádiz en el trienio liberal, o en las

---

<sup>200</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Obras sueltas". (publicadas por A. Ghirardo), Cit., T II de "Política española", p 267 y Sgts. Cfr. HINTERHÄUSER, H.: "Los Ep. Nacls....", Cit., pp 142-143.

<sup>201</sup> GILMAN, Stephen: "Galdós and the Art of the European Novel: 1867-1887". Princeton: Princeton University Press, 1981, p 87. Cfr. BLANCO AGUINAGA, C.: "Silencios...", Ed. y Lugar Cits., pp 192 y 211.

<sup>202</sup> SECO SERRANO, C.: "Los Episodios Nacionales como fuente histórica", Cit., pp 285 y 286.

revoluciones del 54 y 68"<sup>203</sup>.

De ahí que, señalado "el peligro de todo radicalismo" en "La Fontana de Oro" y en "El audaz"<sup>204</sup> -cual si con ellas tratase de atemperar el momento de efervescencia revolucionaria en que las escribe-, revividos, durante los años 1873-1875, el ambiente, ilusiones y traumas de las guerras y revolución de principios del siglo XIX en su primera serie de *episodios*, Galdós, a la vez que completa esto, muestra en "El equipaje del rey José" y en las "Memorias de un cortesano de 1815" -aparecidas al producirse la Restauración- los peligros de una vuelta a la *vieja España*, atiende a uno y otro peligro en "la segunda casaca" (enero de 1876) y, continuando en esta línea, parece contraponer las radicales denuncias que contra el fanatismo religioso y tradicionalista hace en "Doña Perfecta" (abril de 1876) y en "Gloria" (1876 y 1877) a las hechas en "El Grande Oriente" (junio de 1876) contra el fanatismo revolucionario y anticlerical<sup>205</sup>; mantiene así una especie de equilibrio y complementariedad que podría señalarse igualmente respecto a otras obras -como el "7 de Julio" (Oct.-Nov. de 1876) o "Los Cien mil Hijos de San Luis" (febrero de 1877), por citar las relativas al Trienio,- y que parece apoyar, en aras de una eficaz moderación, el ecléctico justo medio canovista-sagastino que entonces se anunciaba<sup>206</sup>.

Esta inicial situación canovista -mantenida hasta el año 1881, con o sin Cánovas en el Gobierno,- presenta, naturalmente, diversos momentos marcados por las vicisitudes de las

<sup>203</sup> "Silencios y cambio de rumbo...", Cit., p 194.

<sup>204</sup> CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., p 47.

<sup>205</sup> "Doña Perfecta" es, según H. Hinterhäuser, una "clara reacción" contra los debates parlamentarios que por entonces se desarrollaban sobre la cuestión religiosa y, por ello, "una de las obras más radicales de Galdós". "Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 209 y 210. Este sentido "*político-religioso*", y su relación con los hechos y situación coetáneos, es destacado así mismo por Purificación García Sánchez en un artículo que, significativamente, titula "Influencias del concilio Vaticano I en las novelas *Gloria* y *La familia de León Roch*" y que viene a mostrar cómo estas novelas contestan al ultramontanismo defendido y difundido por dicho concilio, celebrado los años 1869-1870. (En "Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987). Actas. Congreso Internacional, 23-28 de noviembre)". Facultad de CC. de la Información. Univ. Complutense de Madrid, 1989, pp 165-177, especialmente p 165-. Pero no olvidemos que estas denuncias de Galdós contra la intransigencia son sólo uno de los términos de su aludida contraposición.

<sup>206</sup> Sobre la filosofía de este *justo medio* puede verse SECO SEFRANO, C.: "La Restauración y sus aperturas". Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977. (Conferencia pronunciada en dicha F.U.E. el día 2 de junio de 1975, en el Centenario de la Restauración).

ya aludidas guerras y paces carlista y cubana, los enfrentamientos entre neocatólicos y liberales, las negociaciones y reajustes partidistas propios de estos primeros años, el desarrollo e intereses económicos, las interferencias y tensiones internacionales, etc., cuyos detalles preferimos postponer hasta el momento en que vayan apareciendo aludidos o evocados en nuestro análisis de los textos de Galdós sobre el Trienio. Téngase en cuenta, además, que "Los Cien mil Hijos de San Luis" está fechado en febrero de 1877, con lo que dichos detalles del contexto tienen a partir de entonces, un interés más bien puntual, que confiamos satisfacer con nuestra alusión a cada caso particular.

Caso especial, por su contexto y por su reiteración del tema, es el del drama "La fiera", cuya representación de las violencias fraticidas españolas y del intervencionismo francés buscado por la Regencia de Urgel en el año 1822 aparece en 1896, cuando España sufría en Cuba violencias equivalentes y se veía amenazada por el intervencionismo de los Estados Unidos.

Cabría recordar, por último, que entre los elementos o estímulos ambientales se encuentran las fuentes a que el autor tiene acceso, pero lo antes apuntado en general y lo que se dice en el próximo apartado sobre cada obra nos exime aquí de más consideraciones sobre ello.

### **1.3. PRINCIPALES FUENTES, PERSONAJES Y LINEAS ARGUMENTALES DE LAS OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO**

Con este apartado entramos más propiamente en el terreno particular de nuestra tesis. Se trata todavía de preparar la comprensión de los textos de Galdós, pero ello se hace ya, en mucha mayor medida, mediante el estudio directo de dichos textos; lo señalado aquí sobre sus fuentes, sus personajes o las claves y contextos argumentales en que éstos se desenvuelven tiende sobre todo a proporcionar la información indispensable para captar el sentido de los hechos, situaciones, etc. en que dichos personajes participan -y que se han de analizar en los siguientes capítulos-, pero ello mismo implica ya un anticipo de aquel análisis.

Tratamos cada obra como unidad y siguiendo la secuencia cronológica de su publicación, de modo que las fuentes de cada una se entienden conocidas para la siguiente -aunque en cada caso se indiquen las que se estiman realmente utilizadas- y los personajes que van reapareciendo se dan por presentados, aunque en ciertos casos señalemos su evolución. Ello, además de servir de acercamiento al tema, nos evitará las distracciones que la presentación y explicación de cada personaje desconocido exigiría si no cuando queramos aportar textos de diversas obras o situaciones en relación con un mismo asunto.

El cambio de tratamiento resulta especialmente notable en el ritmo de la exposición, cuya particularizada referencia a cada obra galdosiana sobre el Trienio introduce una mayor lentitud, a pesar de que postponemos posibles notas sobre los diversos asuntos que se tocan para cuando se haga su análisis sistemático. Sin embargo, esto parece necesario para ir mostrando los materiales con que luego hemos de perfilar la imagen que Galdós da de dicho período, única forma de verificar si responde a las hipótesis previstas o implícitas en apartados anteriores y de ver cuáles otras se pueden plantear.

Conocido, pues, cuáles son estas obras y que "La Fontana de Oro" fue la primera de sus publicaciones, por ella vamos a empezar, aun cuando luego hayamos de ocuparnos de *Episodios* relativos a épocas anteriores, y aunque en la estructura de nuestro análisis temático lo dicho en esta novela se inserte en la secuencia, más completa, de lo dicho en aquellos.

### 1.3.1. "La Fontana de Oro"

Esta novela contiene muchas de las ideas que sobre el papel perturbador de las sociedades patrióticas y secretas había de desarrollar Galdós en sus *Episodios Nacionales*. Los lugares, ambientes, problemas y muchos de los personajes presentados en ella reaparecen constantemente en dichos *Episodios*. Se tiene muchas veces la impresión de que el gran proyecto educador desarrollado allí -y enriquecido con nuevos contenidos y técnicas expresivas- tiene aquí muchos de sus gérmenes substanciales.

Por otra parte, Vayo<sup>207</sup>, fuente básica, según veremos, de las dos primeras series de

---

<sup>207</sup> "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España", Madrid, 1842.

Episodios Nacionales, parece serlo ya también de esta novela, cuyos textos lo recuerdan a veces. Fuentes claras son, según luego se indica, Alcalá Galiano y Dunhan, a los que cita en ella el mismo Galdós<sup>208</sup>. Entre estos *informadores* aparece también uno de esos personajes novelescos de la misma obra, que, bien como recurso literario bien representando a una fuente real, será tan frecuente en sus obras posteriores. En este caso se trata del llamado **Bozmediano**, a cuya significación nos referimos al presentarlo.

Entre sus fuentes *inspiradoras* aparecen algunas de influencia tan durable como Balzac y Dickens<sup>209</sup>. Cabe destacar entre ellas la *Eugénie Grandet*, de H. Balzac, que el mismo Galdós dice haber comprado y leído con fruición durante su primer viaje a París (1867) -coincidiendo con su preparación de esta novela-, y que, en opinión de Azorín, "le sirvió de estímulo y modelo para La Fontana"<sup>210</sup>. En el mismo sentido dice J. Jejelaty que "les points de comparaison sont innombrables entre l'oeuvre de Balzac et celle de Galdós": que hay una "influence immédiate et directe" y que el lector de ambas obras "est frappé par des coïncidences étranges des ressemblances de détail, une certaine analogie de procédés", que hacen pensar en una relación "de maître à élève entre Balzac et Galdós"<sup>211</sup>.

Parece, además, que esta influencia de Balzac era aun más temprana que lo indicado por Galdós en su referencia a la compra y lectura de *Eugenia Grandet* (en 1867), pues, según hace notar Rodolfo Cardona, "Galdós había leído -o adquirido- por lo menos quince obras de Balzac entre noviembre de 1865 y agosto de 1866"; a lo cual se une que en "La sombra", compuesta "hacia 1865", "Galdós menciona un personaje de Balzac"<sup>212</sup>.

En cuanto a la temprana influencia de Dickens baste recordar que, según indica R.

<sup>208</sup> Véase "La Fontana de Oro". Alianza Editorial, Madrid, 1973, pp 27-28.

<sup>209</sup> Véase en este sentido LEY, Charles David: "Galdós comparado con Balzac y Dickens, como novelista nacional". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos", Cit., pp 291-295, donde se alude también a posibles relaciones con otros novelistas como Zola, Walter Scott y Tolstoi.

<sup>210</sup> AZORIN (Seud. de J. Martínez Ruiz): "La Generación del 98". *Estética y política literaria, 1810-1846*. En O. C. Aguilar, Madrid, 1962, T IX, p 1143.

<sup>211</sup> JEJELATY, Joseph: "La Fontana de Oro et Eugénie Grandet". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Cits., pp 357-366, especialmente p 357.

<sup>212</sup> CARDONA, R.: "Nuevos enfoques críticos con referencia a la obra de Galdós". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Vol. N<sup>os</sup> 250-252. Cit., pp 58-72, especialmente p 67.

Gullón -citando a Arturo Ramoneda-, Galdós publicó su traducción de las "Aventuras de Pickwick" "en 1868 (9 de marzo - 8 de julio)" -"en el folletín del diario progresista *La Nación*"-. Además, el mismo Gullón se complace en "subrayar su importancia -de los PICKWICK- en la formación del gran novelista que Galdós llegaría a ser", y que "estaba entonces escribiendo *La Fontana de Oro*" con sus *conocidas vacilaciones* <sup>213</sup>.

Blanquat, estudiando "los títulos de libros comprados -y no comprados- por Galdós en los años 1865-1866", destaca entre "las posibles fuentes literarias y filosóficas" de esta novela a "Manzoni, Sir Walter Scott, Goethe, Schiller, Michelet y Vico"<sup>214</sup>.

Fuente especial de la misma, tanto en la dimensión informadora como inspiradora, parece ser R. de Mesonero Romanos. Luego hemos de referirnos puntualmente a la extraordinaria información, oral y no oral, que Galdós obtiene de él para sus Episodios, pero, según destaca la profesora Palomo, "el *trasvase* de elementos literarios de Mesonero en la obra periodística primero y novelesca después del joven Galdós había comenzado antes"<sup>215</sup>.

El mismo Galdós dice a Mesonero que las *Escenas matritenses* <sup>216</sup> le eran *conocidas desde su niñez* y habían despertado en él "la afición a las pícaras letras"<sup>217</sup>. Le dice también, en esta misma carta, que había leído "con verdadera devoción" *El Antiguo Madrid*, utilizado como guía para estudiar "sobre el terreno" la Capital, que le había de servir de escenario histórico. Si se tiene en cuenta que, según señala dicha profesora, tanto

---

<sup>213</sup> GULLÓN, Ricardo: "Traductores". En "ABC" del 20 de enero de 1990, *Tercera* página. Sobre algunas de estas *vacilaciones* y sobre otras probables influencias -como Erckmann Chatrian- puede verse LEMARTINEL, Jean: "Unas notas acerca de *La Fontana de Oro*". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Cit., pp 367-375; y, para un punto de vista más general, PETIT, Marie-Claire: "Galdós et *La Fontana de Oro*. Genèse de l'œuvre d'un romancier". Ediciones Hispanoamericanas, París, 1972.

<sup>214</sup> BLANQUAT, Josette: "De Lázaro (*La Fontana de Oro*) a José Campos". *Les Langues Neo-Latines*, 71, Núm. 4 (1977), 33-74. Cfr. BLY, P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 27 y 208.

<sup>215</sup> PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero (una vez más: costumbrismos y novela)". Lugar y Ed. Cits., pp 220-221.

<sup>216</sup> Cuyos avatares editoriales y *fijación*, (precisamente en 1862, año en que Galdós llega a Madrid), destaca la misma Pilar Palomo en su *Introducción* a la edición de las mismas por Planeta, Barcelona, 1987.

<sup>217</sup> Carta del día "18 de Mayo de 1875". En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez-Galdós a Mesonero Romanos", Cit., pp 13-14.

esta obra como "la primera edición de las *Obras Jocosas y Satíricas del Curioso Parlante*" eran novedades editoriales cuando Galdós llegó a Madrid y que éste publicó dos semblanzas de Mesonero -una el año 1866 y otra en 1868- antes que *La Fontana de Oro* <sup>218</sup>, parece indudable que al escribir esta novela conocía gran parte de esas obras, por las que el *Curioso* -según le reconoce Galdós en la misma citada carta- aparece "como verdadero creador de la literatura de costumbres y cimentador de la novela española contemporánea, a la cual ha dado los tipos, las costumbres y las localidades". Añadamos que, como subraya la misma profesora Palomo, Mesonero, en un resumen de su Discurso de ingreso en la Real Academia (17-III-1838) que publicó en el *Semanario Pintoresco* de 11 de agosto de 1839 -y en algunos otros escritos-, había teorizado sobre la conveniencia de que en la novela se *fusionasen costumbrismo e historia* y se procurase un *contraste* entre el *antes* y el *ahora*, cosas que luego dirá logradas en la obra de Pérez Galdós<sup>219</sup>.

La influencia de estos escritos de Mesonero ha sido destacada también por Lee Fontanella, que encuentra una clara proyección del citado artículo sobre *La Fontana de Oro* y los *Episodios*, y por Stephen Miller, que pondera la indudable importancia de que Galdós poseyera, con anotaciones que implican su lectura, los diecisiete primeros volúmenes del *Semanario Pintoresco* <sup>220</sup>.

Todo viene a confirmar la temprana existencia de esa relación de *alumno aventajado* que, salvando las distancias impuestas por la genialidad de Galdós, señaló entre ellos el profesor Seco Serrano en su *Estudio Preliminar a Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos* <sup>221</sup>. Sin embargo, esta relación alcanza nuevo sentido, como luego veremos, en los años siguientes al 1874.

<sup>218</sup> PALOMO VAZQUEZ, P.: "Galdós y Mesonero...", Cit., pp 219 y 221.

<sup>219</sup> PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero...", Cit., pp 221-225 y 236.

<sup>220</sup> FONTANELLA, L.: "La imprenta y las letras en la España romántica". Barcelona, 1982; y MILLER, S.: "Mesonero Romanos y la novela moderna en España". *Insula*, Núm. 407, octubre de 1980. Cfr. PALOMO VAZQUEZ, P.: "Galdós y Mesonero...". Cit., pp 222 y 236.

<sup>221</sup> T I, Madrid, Atlas, (BAE), 1967. Estudio reproducido, con algunos *someros retoques*, bajo el título, ya citado, "Mesonero Romanos: la pleamar burguesa", en "Sociedad, literatura y política...", Cit., pp 137-274. Sobre ese papel de "maestro", que "será la suprema gloria de Mesonero", véase especialmente p 269 y Sgts. de esta última edición.

Son varias otras las fuentes que, desde Cervantes a la Prensa -con la que Pérez Galdós estaba tan relacionado-, podrían rastrearse en esta novela<sup>222</sup>, pero las señaladas parecen ser las más reconocidas e importantes<sup>223</sup>.

\* \* \*

El "preámbulo" de "La Fontana de Oro" resulta significativo, como antes se ha indicado, en cuanto a su momento y motivación. La edición que utilizamos -la más difundida- tiene fecha de "Diciembre de 1870", pero en él afirma Galdós que sólo las "últimas páginas" de esta obra "son posteriores a la Revolución de Septiembre"<sup>224</sup>. Precisamente "la relación que pudiera encontrarse entre" lo dicho aquí sobre los sucesos "de 1820-23" y los de 1868 "es -dice el Galdós pedagogo- la principal de las razones que me han inducido a publicarlo"<sup>225</sup>.

La acción se sitúa en el Madrid del Trienio, cuyo ambiente político se ejemplariza especialmente en la llamada *batalla de las Platerías*. En esta *batalla* se refleja la acción *exaltada* frente al Gobierno de los *moderados* y, a la vez, la culminación del protagonismo de La Fontana, que languidece a partir de entonces. Al recordar su fecha, 18 de septiembre de 1821, se evoca tácitamente el día y mes en que, el año 1868, se acababa de producir *La Gloriosa*.

---

<sup>222</sup> La influencia de Cervantes -que luego nos sale al paso varias veces- es generalmente reconocida. Véase, por ejemplo, OBAID, Antonio: "La Mancha en los Episodios Nacionales de Galdós", *Hispania*, 41 (1958) pp 42-47, y "Sancho Panza en los Episodios nacionales de Galdós". *Hispania*, 42 (1959), pp 199-204; o, con un título más directo, PEDRAD GARCIA, Margarita: "La influencia del Quijote en la obra de Pérez Galdós". Santiago, Imprenta Veloz, 1971.

<sup>223</sup> Recordamos, en todo caso, que la citada *Introducción* de Peter Bly a su "Galdós y la historia" contiene una selección bibliográfica relativa a este y otros aspectos de *La Fontana*, en los que resultaría desmesurado detenernos más aquí. Véase también AVILA ARELLANO, Julián: "El personaje femenino del teatro de Galdós...", *Cit.*, T I, pp 268-290, sobre algunos otros trabajos relativos a esta obra y sobre el contexto en que se inspira y actúa.

<sup>224</sup> PEREZ GALDOS, B.: "La Fontana de Oro". Alianza Edit., Madrid, 1973, p 7. Por otra parte, en "Memorias de un desmemoriado", Galdós asegura, según vimos, que la estaba escribiendo durante los años 1867 y 1868... Véase también, al final de éste resumen, nuestra nota sobre las distintas ediciones, desenlaces y fechas de los primeros años de esta novela.

<sup>225</sup> "La Fontana de Oro". *Cit.*, p 7.



Pero dicha batalla, hecho central de esta novela, no aparece como un caso aislado sino como algo típico de los años "20 al 23", cuando "el pueblo -que había sido "un convidado más" y un sumiso "espectador" de los "festejos oficiales" celebrados "entre 1814 y 1820"- se manifestaba **diariamente** sin previa designación de puestos impresa en la Gaceta"<sup>226</sup>.

El hecho y ambiente típicos se asocian desde el título del primer capítulo, a un lugar y momento: "La Carrera de San Jerónimo en 1821": "allí estaba -dice Galdós- el club más conocido, el más agitado, el más popular de los clubs: La Fontana de Oro"<sup>227</sup>.

El momento y ambiente históricos van adquiriendo sus perfiles mediante la acumulación de éstos elementos típicos, -para los que tanto pudieron servirle las citadas obras de Mesonero-, pues a la rica descripción de dicha *Carrera* y de las disputas e ilusiones oratorias que aparecen en ella -a veces tan vanas como las del ignorante barbero Gaspar Calleja- sigue la del local y disputas del club, del que se siente no menos típica la sesión que Galdós refiere como propia de "septiembre de 1821".

Además, en esta misma línea, Galdós señala como principal orador de esta sesión a Alcalá Galiano, que "cortado y colérico" hubo de "interrumpir su discurso" porque, pese a su condición de orador favorito allí, el auditorio se le fue al oírse en la calle "una de aquellas asonadas tan frecuentes entonces"<sup>228</sup>. Con ello Galdós parece reflejar dos hechos

<sup>226</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 8. Sin negrilla en el original.

<sup>227</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 9. Ello no obsta para que, saliendo de este núcleo -y guiado quizá por *El Antiguo Madrid* de Mesonero-, Galdós trate a la Capital en su conjunto como escenario de la historia de España y, según indica Miranda Cruz, vaya describiendo o citando en esta novela hasta "32 calles", "14 plazas", "5 barrios", "4 parajes", "3 paseos", "2 cuestas", "1 arco" y numerosos monumentos, palacios, casas, cafés, fondas, iglesias, etc., "de comprobada existencia", junto a otros muchos "de difícil comprobación"; todo lo cual convierte, además, a la ciudad en cauce de actualidad, dada "la transformación urbana" producida en 1868. MIRANDA CRUZ, José-Luis: "Toponimia callejera en *La Fontana de Oro*". En "Galdós. Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas", ya Cits., pp 345-363, especialmente pp 345 y 348-349. Para esto pudo servirle también Galdós de "Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid", publicado en Madrid, el año 1863, por Antonio Capmani y Montalpán.

<sup>228</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 27-28. En nota al pie de esta página indica Galdós, -señalando así estas fuentes- que "el mismo Alcalá Galiano refiere con mucha franqueza este suceso en sus anotaciones a la *Historia de España*, por Dunham". Cabe añadir que lo refiere también en sus "Recuerdos de un anciano" y en sus "Memorias". Ambos en Ed. Atlas, Madrid, 1955 (BAE). T I, p 155 y T II, pp 95-96 respectivamente. Estos *Recuerdos* pudieron ser consultados por Galdós para esta obra, puesto que se empezaron a publicar el año 1862 en el periódico *La América*, si bien, según indica Pilar Faus Sevilla, de la biblioteca de Galdós sólo se desprende con seguridad que utilizó la edición que de las "Memorias de don Antonio Alcalá Galiano" hizo el hijo de éste el año 1886, un ejemplar de las cuales "se encuentra -en dicha (continúa...)

que el mismo Alcalá Galiano destaca en sus "Recuerdos de un anciano": que el "nombre" de este orador -el suyo- "suele ir unido con" el de *La Fontana de Oro*, y que "si eran gratas mis declamaciones -añade luego-, era hartó más agradable el tumulto"<sup>229</sup>.

La función ambientadora de estos dos hechos tan característicos podría explicar que Galdós los incluyera en una sesión celebrada por la Fontana en esos "primeros días de septiembre de 1821"; pero, si esto no fuera una licencia literaria, sería un error, porque, según cuenta Alcalá Galiano, tal abandono se produjo el "6 de septiembre" de 1820, no de 1821. En una y otra fecha hay protagonismo de La Fontana en las protestas contra el Gobierno por el trato dado a Riego -lo cual tanto explicaría el error como la traslación intencionada del hecho-. Pero Alcalá Galiano afirma que en septiembre de 1821 él no se hallaba en Madrid, sino en "Córdoba", cuya "intendencia" provincial había ido a servir en "enero", y que no pudo haber influido en esta "borrascosa" fase de La Fontana. "De sus excesos -dice- me hacen responsable no pocos escritores de hoy, completamente ignorantes de lo pasado en los días de que voy hablando"<sup>230</sup>.

Por otra parte, y apuntando otras notas características de este café, Galdós destaca la expulsión de los *moderados* y la presencia, junto a *exaltados* honrados y cultos, de "la ignorancia", representada por la alborotadora "cuadrilla" de Calleja, y "la perfidia", personificada en los agentes secretos de Fernando VII<sup>231</sup>.

Con ello se inicia la presentación de una serie de personajes cuyo tipismo o connotaciones simbólicas conviene conocer para la buena comprensión de esta novela, y, en nuestro caso, porque vienen a ser un anticipo de los presentados en los Episodios. Así, frustrado aquella noche el discurso del supuesto Alcalá Galiano, quedaron a solas en el local "el dueño del café" y una persona que "salía de la sombra" y se fue acercando al

---

<sup>228</sup>(...continuación)

biblioteca- llena de acotaciones y subrayados". FAUS SEVILLA, P.: "La sociedad española...", Cit., p 27 y nota N° 4.

<sup>229</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un Anciano". Atlas, Madrid, 1955, (BAE). t. I, pp 149 y 155.

<sup>230</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Atlas, Madrid, 1955 (BAE). t I, pp 155 y 160-161; y "Memorias". Id. Id., t II, pp 95-96.

<sup>231</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 23-27 y 80.

mostrador. "Era un hombre de edad avanzada, pero en vez de la decrepitud propia de sus años mostraba entereza, vigor y energía. Su cara era huesosa, irregular, sumamente abultada en la parte superior; la frente tenía una exagerada convexidad, mientras la boca y los carrillos quedaban reducidos a muy mezquinas proporciones", por efecto, en parte, de "la falta absoluta de dientes" y de su delgadez. "Los ojos eran grandes y revelaban haber sido hermosos (...) Su nariz corva y fina", antes "hermosa", era como el "pico de un ave de rapiña". Su aspecto era "más singular" por sus "enormes orejas extendidas, colgantes y transparentes", que se correspondían con su gran capacidad auditiva. Su vista y su oído parecen, pues, propios de la función de espía Real, y hasta de la de inductor a desmanes, que, según vamos a ver, se le atribuye en la novela, pues tenía "dos pupilas muy claras" que, al proyectar su "mirada (...) intensa, luminosa y (...) siniestra", "además de ver mucho, parecía que iluminaban lo que veían". Su "mirada anunciaba la vitalidad de su espíritu, sostenido a pesar del deterioro del cuerpo, el cual era inclinado hacia adelante, delgado y de poca talla. Sus manos (...) parecían (...) garras de pájaro rapaz". Su "piel de la frente era amarilla y arrugada (...) formando una serie de círculos concéntricos alrededor de los ojos, que remataban en semejanza con un lechuzo. Vestía de negro y en la cabeza llevaba una gorriila de terciopelo"<sup>232</sup>.

Este personaje novelesco era Elías Orejón, nacido en Anteca (Zaragoza), "el año de 1762", de padres labradores. Inteligente y estudioso, pero orgulloso y seco de trato, carecía de afectos desde niño.

Elías "marchó a la Corte" cuando "tenía treinta años". Trabajó amistad con los padres "Trinitarios" y con la familia "ilustre de los Porreño y Venegas", a la cual sirvió como "mayordomo aun después de la ruina de la casa, acontecida al fin de la guerra". En ésta militó "en las filas de Echévarri y el Empecinado". Cuando concluyó la guerra, "aquel hombre, que (...) no vivió sino con la inteligencia, ni en su juventud experimentó los

---

<sup>232</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 28-30. La vitalidad y fanatismo absolutista de este personaje evoca a la "sociedad decrepita" que, "conservando aun esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos", luchaba "con una sociedad lozana y vigorosa llamada a la posesión del porvenir", según había dicho Galdós unas páginas antes anunciando que "en este libro asistiremos a algunos de sus encuentros". Con alguna matización, estos caracteres reaparecerán, al escribir la segunda serie de Episodios, en don Miguel de Baraona, si bien éste queda libre, según veremos, de esa función de espía y manipulador, que en los Episodios Nacionales se asocia especialmente al histórico Regato.

naturales sentimientos de amistad y afecto, estaba a los cuarenta años enardecido con una fuerte y violentísima pasión": "el amor al despotismo, el odio a toda tolerancia, a toda libertad: era un realista furibundo, atroz, y su fanatismo llegaba hasta hacerle capaz de la mayor abnegación, del sacrificio del martirio". Al hundirse "el sistema constitucional, en 1814, Elías fue feliz". Tuvo "amistad con el duque de Alagón, individuo de la odiosa camarilla" y "se honró con la amistad de aquél príncipe que deshonoró a su Patria".

Pero, desde los cambios del "año 20", entró en un "período de rabia crónica, de desorden moral y frenética tenacidad (...), y conspiraba con una constancia de que no se ha visto ejemplo. En relaciones secretas con la Corte, procuraba organizar una reacción" por "todos los medios": "Iba a los clubs, atizaba alborotos. frecuentaba las reuniones de realistas y aun de los liberales. Todo lo averiguaba y lo aprovechaba todo". Pero en 1821 era ya *acusado* y hasta "amenazado" por ello. "En los círculos patrióticos le llamaban *Coletilla*", según le apodaron "en la barbería de Calleja algunos días después del famoso aditamento que puso el Rey al discurso de la Corona", asociando una y otra desagradable imagen en "la idea de que Elías era amigo del Rey"<sup>233</sup>.

Su papel queda claro al señalar que aquella noche "contó diez medias onzas y se las dio al del café", como cosa habitual, para captación o pago de oradores extremistas.

En las reiteradas razones del cafetero para que le diera más deja claro Galdós -evitando manchar sin razón nombres históricos- que su acusación no alcanzaba a diputados y oradores *exaltados* como "Alcalá Galiano" y "Moreno Guerra", a los que sería un despropósito "ofrecer dinero". Según el cafetero hasta da risa imaginar que "llegaran a saber estos manejos Alcalá Galiano y Flórez Estrada..."; pero, en opinión de Elías, conviene "que griten; eso precisamente -dice- es lo que se busca". "El motín de esta noche

---

<sup>233</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 52-58. La importancia que Galdós concede a este personaje, y a su acción manipuladora de los exaltados, no sólo se refleja en la extensión con que lo trata -mucho mayor que lo aquí recogido-, sino, así mismo, en que, al presentar a los protagonistas de esta novela -Clara y Lázaro-, titula los correspondientes capítulos "La Compañera de *Coletilla*" y "El sobrino de *Coletilla*", en lugar de con sus personales nombre propios. Por otra parte, el hecho de que se llame *Coletilla* y de que disponga de dinero para la contrarrevolución le relaciona estrechamente con el general don Francisco Eguía, en el que concurrían estas dos circunstancias cuando se hallaba en Bayona, según indicará Galdós en el "7 de Julio" (Ed. Cit., p 1586), y al que atribuye este apodo Vayo (Op. Cit. T II, pp 32- 33). La relación entre ambos es también hecha notar por Albert Derozier en "El pueblo de Pérez Galdós en *La Fontana de Oro*", Cit., p 287.

(...) -añade- a ellos se debe. Con muchos así, pronto estallará la cuerda. Eso es lo que quiere el Rey"<sup>234</sup>.

El regreso de Elías a su casa es ocasión para mostrar el rechazable proceder de gentes como Calleja y su soez pandilla, en la que iban matuteros, chalanes y matones como "*Chaleco*" y "*Tres Pesetas*" que, medio borrachos, le detuvieron en la calle y, maltratándolo, querían obligarle a cantar el *Trágala* y gritar viva la Constitución cuando, en claro contraste con ellos, llegó "un militar alto, joven, bien parecido y persona de noble casa sin duda, porque, a pesar de su juventud -explica Galdós-, llevaba charreteras de una alta graduación". Este lo rescató y, tratando de animarlo con diversas razones en favor del probable triunfo de un liberalismo templado y superador de aquellos abusos, lo acompañó a su casa, situada en la calle "Válgame Dios"<sup>235</sup>.

Este joven militar, al que sólo se conoce por estos significativos datos hasta muy avanzada la novela, "se llamaba -dice entonces Galdós- don Claudio Bozmediano y Coello. (...) Tenía treinta y dos años, y servía en el Ejército con el grado de comandante. Su padre fue uno de los venerables legisladores de Cádiz. Hombre de talento, de notoria probidad, elevada cuna y de agradable presencia, había sido siempre muy amado de sus compatriotas". Exiliado en 1814, "el viejo Bozmediano volvió a España" en 1820 "y ocupó uno de los más elevados puestos en la política"<sup>236</sup>.

Apenas llamaron a casa de *Coletilla*, "abrió al momento" una joven que "esperaba con

<sup>234</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 30-34, especialmente 31 y 32.

<sup>235</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 34-42.

<sup>236</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 182. Este nombre parece formarse con el del pintor Claudio Coello - de actualidad en el Madrid literario de 1870 por haberse producido el 22 de Diciembre en la calle a que da nombre este pintor, la muerte de G. A. Bécquer, (33 años) precedida, el 23 de Septiembre, por la de "su hermano Valeriano, famoso pintor de costumbres", e igualmente joven. (Cfr. SANCHEZ DE PALACIOS, Mariano: "Mesonero Romanos". Cía. Bibl. Española, Madrid, 1963, p 35.- y el, sustancial, apellido Bozmediano, que parece evocar la idea de moderación, de *Voz-mediana*, y mediadora, que en todo momento representa su portador. Según explica Galdós al darlo, "con el nombre de Bozmediano conoceremos en esta historia al hijo de aquel varón ilustre, cuyo verdadero nombre no puede nos usar en nuestro relato por ser un personaje contemporáneo de memoria muy reciente." (Ibídem, misma p. Sin cursiva en el original.) Este personaje tiene, además, el interés de que Galdós lo señala repetidamente como fuente de su obra: "Claudio Bozmediano (...) es la persona -dice- a quien debemos los datos de que se ha formado este libro". (Ibídem, pp 354, 389 y 390.) Podría muy bien ser que Galdós le agradeciera así -como a otros- el servicio de haberle pintado con su *voz-mediana* aquellos sucesos.

impaciencia" y que, al ver el "aspecto abatido" de Elías, lo atendió solícita hasta ver que no estaba herido y escuchar de Bozmediano una tranquilizadora explicación de lo ocurrido.

Aquella joven era Clara, protagonista femenina de la novela. Bozmediano la examinó mientras Clara les contaba el miedo que ella y Pascuala, su criada, habían pasado al oír el tumulto de aquellas noche. "Clara (...) representaba más de dieciocho años", pero "no tenía -dice Galdós- más que diecisiete. (...) Era más bien alta que baja, y su talle, su busto, su cuerpo todo tenían las formas gallardas y las bellas proporciones (...) de las hijas de las dos Castillas. (...) En los ojos negros y grandes había puesto todos sus signos de expresión la tristeza". Pese a ello, sus muchos encantos hacían "de su semblante uno de los más encantadores palmos de cara que se había ofrecido a las miradas del militar desconocido, el cual -digámoslo de paso- era hombre corrido en asuntos femeninos".

Las iracundas expresiones de Elías Orejón, ya casi repuesto, hicieron comprender a Bozmediano su carácter fanático y áspero. "Atónito y algo corrido", trató de acercarse a Clara, saber más de su relación con aquel hombre enloquecido. Preguntaba sin cesar mientras ella le curaba una leve herida de su mano, pero, pese a que Clara contestaba con toda ingenuidad a sus preguntas, hubo de marcharse profundamente intrigado, sin saber qué relación la unía al viejo, cuando éste le despidió. Interesado por Clara, deseoso de saber si era "hija", "mujer", "sobrina" o "protegida" de Orejón, recordando su "cara de sufrir mucho", quizá -piensa- por vivir "en compañía de esa fiera, sin ver a nadie ni hablar con nadie...", volvió hasta la puerta, pero, oyendo sorprendido cantar a Clara, optó por no llamar y se fue<sup>237</sup>.

Elías se había hecho cargo de Clara en "diciembre de 1808", cuando, con sólo "cinco años", quedó sola simbólicamente al morir su padre en acción de guerra. En 1812 la llevó consigo a Madrid y la puso en un internado de monjas de su barrio, en el que la tristeza ambiental se unía al temor a la "madre Angustias", cuya "caña" y cuyo "camaranchón" de castigo hubo de soportar Clara durante "cuatro años". Después Elías la llevó a su casa y, tras algunas dudas, "resolvió conservarla a su lado". Desde entonces Clara, en situación que evoca la de la sociedad española en el Antiguo Régimen, vivió con él "sin juegos, sin

---

<sup>237</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 41-51.

amables compañeras, sin alegrías"...; sin malos tratos, pero también sin cariño. "Este encierro perpetuo hubiera agriado y pervertido, tal vez, otro carácter menos dulce y bondadoso que el de Clara, la cual llegó a creer que aquella vida era cosa muy natural y que no debía aspirar a otra cosa; así es que vivía tranquila, melancólicamente feliz, y a veces alegre. Y, sin embargo, semanas enteras pasaban sin que una persona extraña penetrara en la casa del fanático. Parecía que toda la sociedad quería huir de aquella jaula en que estaba encerrado su mayor enemigo". Sólo "de tarde en tarde" les visitaban las señoras de Porreño, únicas personas que iban a aquella casa. Pero estas señoras, ruinosos restos de su familia aristocrática "tenían un trato seco; eran intolerantes, rígidas, orgullosas" y siempre que iban dejaban en Clara "una sombra de tristeza".

El crónico estado de "cólera" que produjo en *Coletilla* su "frenesí político" endureció su trato y produjo infundadas reprensiones a Clara, que "se puso mala" y, por consejo médico, fue enviada al pueblo de Ateca, donde vivía la hermana del fanático, para que con el aire y el sol del campo se restableciera<sup>238</sup>.

Su estancia en casa de "Marta, la hermana de Elías", coincidió con el regreso de Lázaro, hijo de ésta que venía expulsado de la universidad de Zaragoza por verse envuelto en los "tumultos y manifestaciones" producidos al ser "destituido Riego del mando de capitán general de Aragón"<sup>239</sup>.

Lázaro, "el sobrino de *Coletilla*", "después de estudiar Humanidades en Tudela, pasó a la Universidad de Zaragoza. Era éste un mozo como de veintitrés a veinticinco años, de agradable presencia, de ingenio muy precoz, de imaginación viva, de palabra fácil y difusa, muy impresionable y vehemente y de recto y noble corazón. Las nuevas ideas -sigue diciendo Galdós-, que entonces conmovían profundamente el corazón de la juventud,

<sup>238</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 58-69, especialmente 63, 65, 66, 67 y 68.

<sup>239</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 69. Si se tiene en cuenta que Riego fue destituido el 4 de septiembre de 1821 y la *batalla de Platerías* se produjo el día 18 del mismo mes y año, con Clara y Lázaro ya en Madrid, resulta evidente que Galdós usa de la licencia literaria para alargar esos días intermedios hasta "seis meses", cuyo transcurso señala él mismo, destacándolo, además, con las expresiones: "pasaron tres meses (...) un mes después", y algunas otras, entre la llegada de Lázaro a Ateca y su salida hacia Madrid. Se trata, al parecer, como en otros casos de introducir en la acción algunos hechos representativos que, por ser más conocidos de sus lectores, podrían dar una imagen más viva y comprensiva de aquel período, aunque a veces haya, como aquí, una ambigüedad de fecha o se produzca una sustitución de los hechos reales por otros equivalentes, incluidos los ficticios. "La Fontana de Oro". Cit., pp 80 y 95.

habían hallado en el joven Lázaro un creyente decidido. Era uno de los que, brotados en el tumulto de un aula de Filosofía, militaban con pasión generosa en las filas de los propagadores políticos, entonces tan necesarios". Al producirse su expulsión, Lázaro, que estaba a punto de concluir la carrera, conoció la gravedad de la situación y el disgusto que tendría su madre -ya viuda- y su abuelo, a quienes amaba mucho. Quiso reclamar, pero fue inútil, y tuvo que retirarse a su pueblo, triste, avergonzado y lleno de dudas y temores". Pero, al llegar, encontró a Clara, que al instante "le produjo una secreta impresión de alegría, imponiéndole, sin saber por qué, consuelo y esperanza". Ella le defendió, con solo "su claro y natural sentido", ante su madre y abuelo, a la vez que consolaba a éstos.

Pronto uno y otra, juntos siempre que podían durante aquellos veinte o "treinta días", estaban tan profundamente enamorados que el regreso de Clara, a Madrid les resultó extraordinariamente doloroso<sup>240</sup>.

Al marcharse Clara, la soledad se hizo insoportable a Lázaro. "Aquel muchacho -dice Galdós, en una imagen de la Revolución que anticipa la de Muriel en "El audaz" y la de Monsalud en la segunda serie de Episodios,- era sumamente impresionable, nervioso, de temperamento ideal, dispuesto a vivir siempre de lo imaginario. Nadie le igualaba en forjar incidentes venideros, enlazándolos para hacer con ellos una vida muy dramática y muy interesante". Lázaro veía desde entonces vinculado su futuro al de "una figura" que "iba perpetuamente unida a la suya". Era la de Clara, probable personificación de la sociedad española de la época en la mente del todavía joven Galdós, que, según decíamos, parece introducir en esta novela ese lenguaje simbólico tan empleado luego en sus Episodios<sup>241</sup>.

La afinidad revolucionaria de Lázaro se reitera al destacar, junto a lo dicho, la "fuerza conceptiva" de "su fantasía": "Con este carácter, fácil era que brotaran en él todas las grandes pasiones expansivas, y que crecieran hasta llevarle a la exaltación". Poseído de "la pasión política", que en las "revoluciones" genera a veces "venalidad (...) traición, (...)

---

<sup>240</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 69-75, especialmente 69, 70 y 73.

<sup>241</sup> Sobre el simbolismo de los personajes de esta novela es de interés, además de lo dicho respecto a Casaldueño, LEMARTINEL, Jean: "Unas notas acerca de *La Fontana de Oro*". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cit., pp 367-375.



sanguinaria crueldad y (...) encono", Lázaro "sintió en sí el ardor del patriotismo; creyóse llamado a ser el apóstol de las nuevas ideas, y con ardiente fe y noble sentimiento las abrazó".

La "mezcla de egoísmo" que suele acompañar a estas resoluciones se orientaba en su caso "al enaltecimiento moral", a "la gratitud de la Humanidad o de un pueblo". "Lázaro aspiraba a la gloria" de una "empresa gigantesca", sin saber todavía cual, aunque al fin venía a "concretar" su aspiración, según el reformista Galdós, "a un retiro pacífico, a un matrimonio feliz" con Clara.

Dispuesto a luchar, decidió "ir (a) Madrid, hacerse oír, buscar un nombre, un puesto". El se decía: "yo valgo"; y seguro de su "talento", de su "elocuencia", lo habló con su abuelo. Este escribió a *Coletilla* pidiéndole, protección para aquel sobrino y, pasados unos meses, Lázaro pudo al fin ir a Madrid, contando con que su tío, siendo tan sabio, "había de ser un gran liberal".

Así, según dice Galdós, "poco después (...) de la entrada del militar en casa de Clara, ocurrió el viaje de Lázaro a Madrid". Y añade: "Ahora podemos seguir naturalmente el curso de los sucesos de esta puntual historia"<sup>242</sup>.

Con esto Galdós sitúa el comienzo de la acción en los días anteriores al 18 de septiembre de 1821, cuya víspera coincide con la llegada de Lázaro a Madrid. Ahora, al "seguir naturalmente el curso de los sucesos"..., se tiene la impresión de que Galdós habla, a la vez que de la novela, de esa que, ambigualmente, llama "puntual historia", aunque en un plano simbólico: Clara -la sociedad española-, que ya conoce y quiere a Lázaro -la Revolución-, se halla bajo la tutela del fanático absolutista *Coletilla* -como la sociedad española entre 1814 y 1820, y aun después de modo menos claro-. Pero un militar liberal, Bozmediano, intriga para liberarla -como a la sociedad-; y un espíritu revolucionario -Lázaro-, tiende a este mismo fin y se acabará uniendo al militar para lograrlo. Además, Lázaro, hijo de "Marta", evoca con estos nombres el del Lázaro bíblico y de su hermana,

---

<sup>242</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 76, 77, 78, 79 y 80.

y parece resucitar en la Revolución de 1820 y 1834<sup>243</sup>.

Es notable, también, que Clara, en sus miedos a las regañinas de que, por cosas tan naturales e inocentes como el acicalarse para gustar a Lázaro, la hace objeto su absolutista tutor, asociaba con ese mismo Lázaro la idea de su liberación: "Sin saber como, se unió en su entendimiento y confusión (Sic, por *con fusión*) indisoluble la idea de la llegada de Lázaro y la idea de emanciparse un poco de la fastidiosa -no la calificaba de otra manera- tutela de don Elías". Aunque tuvo "la idea del matrimonio", era ésta "una percepción confusa" -cuyos términos hacen pensar en el simbolismo indicado-: Clara se veía con Lázaro, ya su marido, "en una casa que no era aquella, en otros sitios, en otra tierra. Y en otro mundo, ¿por qué no?". Y manteniendo su ambigüedad sobre cual era ese "otro mundo", que podría ser el simbólico, concluye Galdós: "Esto hubiera sido lo más acertado"<sup>244</sup>.

Es así mismo significativo que cuando Clara pensaba en este Lázaro -o Revolución- que la liberaría llegó su criada, Pascuala, diciendo que el "*melitarito* del otro día", Bozmediano, le había dicho que "quería entrar" a verla y hablarle. Se negaba Clara a consentir aquella entrevista cuando, con ese sabor de sobresalto que Galdós suele poner en estas contraposiciones, sonó "un campanillazo": era *Coletilla*, de cuyo "encierro perpetuo" aspiraba ya a librarse Clara con un comportamiento cada vez más parecido al señalado antes en los demás al decir, recalcando la falta de visitas: "parecía que **toda la sociedad** quería huir de aquella jaula en que estaba encerrado su mayor enemigo".

Además, mientras Clara esperaba a Lázaro, en la calle se veía -con significativa simultaneidad- "otra asonada" de quienes preparaban la *procesión cívica* del día

---

<sup>243</sup> Este sentido del nombre de Lázaro es además claramente aludido por Galdós al referirse a las aparentes muertes de la cataléptica doña Paulita Porreño. En cuanto a Bozmediano, son varios los autores que, según indica P. Bly, le ven como encarnación de la esperanza en el *necesario triunfo del liberalismo y la moderación*. Véase BLY, P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 26, 210 y 212, en que cita a GULLON, Germán: "Tanteos en el arte de novelar. *La Fontana de Oro*". CHA, Núm. 317 (1976), 374-383, y Flint, Norma y Weston: "More on Galdós's *La Fontana de Oro*". RomN, 17 (1976), 146-151.

<sup>244</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 81-86, especialmente p 81, 84 y 86.

siguiente<sup>245</sup>.

La simbólica llegada de Lázaro desde el agitado Aragón, representado, además, por los aragoneses que lo esperan y tema de los discursos de aquella noche en *La Fontana*, -donde Lázaro sufre un fracaso oratorio cuyo simultáneo análisis por la silenciosa voz interior del orador parece contener profundas, y geniales, reflexiones autobiográficas de Galdós- las significativas referencias a los modelos presentes en la Literatura que cultivaban sus amigos, con los que Lázaro pasa aquella noche -tras ser perseguidos por los "bárbaros" de la cuadrilla de Calleja-; la identificación de Lázaro con "el verbo revelador" del sentir de la multitud que se manifestó el siguiente día 18 en Platerías, su integración en aquel "torbellino", la febril agitación con que arengaba a los manifestantes en la Plaza Mayor cuando fue detenido y conducido a la "Cárcel de la Villa", mantienen siempre asociadas la suerte de Lázaro y la de la Revolución<sup>246</sup>.

De igual modo, mientras Lázaro arengaba a la multitud, "el militar" -Bozmediano- se ofrecía entre galansterías a liberar a Clara de su situación; y cuando ya se iba, a repetidos ruegos de ésta, llega *Coletilla*, que, al sorprenderlo en su casa, lo trata, por una parte, de torpe espía del Gobierno y, por otra, considera la posibilidad de que sea "algún mozalbete" que hace la corte a Clara, empleando expresiones ambivalentes aplicables al trasfondo simbólico apuntado. Además, sin hacer caso de las protestas de inocencia con que Clara se defendía, Coletilla toma entonces la determinación de llevarla a vivir con las señoras de Porreño, cuya casa y personas -repetidamente aludidas luego en los Episodios- parecen una clara imagen del ambiente en que el absolutista quería mantener a esa sociedad española representada por Clara.

Destaca Galdós, entre constantes ironías -que anuncian también las de los Episodios- que aquella vieja casa, situada en la "calle de Belén", estaba llena de "muebles seculares",

---

<sup>245</sup> Cuál si Galdós quisiera llamar la atención sobre el simbolismo de los hechos y sobre su propio juego expresivo, indica que en aquellas situaciones siempre hay un "enterado" que se supone conocedor de lo que inquieta a los grupos callejeros, con lo que la gente le rodea: "el *enterado* se hace de rogar, principia a hablar en lenguaje simbólico para aumentar la curiosidad" y, cuando le han jurado secreto, "empieza a contar la cosa con mucha obscuridad"... Galdós conocía, pues, la técnica y, aunque con otro fin, parecía según se ha dicho, estar aplicándola. "La Fontana de Oro". Cit., p 88-90.

<sup>246</sup> Cfr. "La Fontana de Oro". Cit., pp 86-126.

"retratos" de familia, antiguos "arcones", etc., "cubiertos con ese polvo clásico que tanto aman los anticuarios. (...) No dejaba de ser significativo en semejante casa", señala Galdós, un "reloj" parado en "las doce de la noche del 31 de diciembre de 1800" porque, "como sus amas, no quiso entrar en este siglo"<sup>247</sup>. Entre todo aquel "recuerdo de pasadas glorias", "las reliquias, las ruinas que más impresión producían, eran las tres damas nobles y deterioradas que allí vivían", y a las cuáles se veía aquella tarde sentadas "en fila". "Las tres, (...) ensimismadas en su oración o su trabajo, ofrecían un cuadro sombrío, glacial, lúgubre."

Se trataba de una hermana, una hija y una sobrina del último marqués de Porreño - apellido que evoca la violencia de la *porra*, de modo parecido al caso de los *Garrote* de los Episodios Nacionales-, arruinado por un pleito y por su amistad con Godoy. "La hermana del marqués, llamada doña María de la Paz Jesús, pasaba un poquito más allá de los cincuenta, aunque se conservaba muy bien (...) Era alta, gruesa y robusta, de cara redonda y pecho abultado, que se hacía más ostensible por el singular empeño de ceñirse a la altura usada en tiempo de María Luisa".

La hija del Marqués, Salomé, ansiaba pasar por de cuarenta años. Al contrario que Paz, "era de esas que la rutina o la moda califican, cuando son bellas, de aristocráticas. Era alta y flaca, flaca como un espectro. Su rostro amarillo había sido en tiempos de Carlos IV un óvalo muy bello; después era un cosa oblonga (...) No se sabe cuantos años habían firmado sobre aquel rostro (...). Sus grandes ojos" eran especialmente eficaces para expresar "desdén, que era cosa muy común". Tenía nariz "afilada" y "un bigotillo barbiponiente". "El despecho crónico había dado a este rostro un mchín repulsivo y una siniestra contracción que se avenía muy bien con las formas de la figura y su atavío".

"Doña Paulita", sobrina del Marqués, "tenía treinta y dos" años; dedicada al rezo constante, "era una santa, una santita. Sus ademanes estaban en armonía con su carácter, de tal modo, que verla y sentir ganas de rezar un Padrenuestro era una misma cosa". Su voz "nasal", como la de recitar "las letanías y los gozos", y su "expresión mística", la

---

<sup>247</sup> Sobre la asociación simbólica de este y otros relojes a la acción representada por Galdós en sus obras puede verse, entre otros trabajos, el de ORTIZ ARMENGOL, Pedro: "Relojes y tiempo en *Fortunata y Jacinta*". Exc. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de G.C., 1978, especialmente p 6.

"inalterable fijeza" y "expresión glacial" de sus ojos, comparables por ello con los de "un santo de palo", parecían resultado de "un hábito" más que de "natural y congénita forma", aunque ella no fuera hipócrita, sino "una verdadera santa (...) por convicción y por fervor". "Su vestido (...) recatado y monjil" ocultaba su "hermosa cabellera y, en su estatura "mediana", un "mundano topógrafo, llamado a medir las formas de aquella santa, no se hubiera encontrado con tanta falta de datos como en presencia de su ilustre prima (,) la acartonada María Salomé."

Poseídas de toda la soberbia derivada de su antigua grandeza y de su presunción de belleza o santidad, amargadas y resentidas por sus amores frustrados, "estos tres ángeles caídos -las llama Galdós- llevaban una vida monótona y triste. Su casa era la casa del fastidio" y, en misteriosa "trinidad", "parecía que las tres se fastidiaban de las tres, y cada una de las demás". **"Las tres no eran más que una: lo antiguo (...)** el hastío representado en tres modos distintos, pero uno en esencia."<sup>248</sup>

La indefensión de Clara ante estas "tres harpías", a cuya casa se traslada también *Coletilla* pocos días después, se muestra agravada por la prisión de Lázaro. Pero esta indefensión es superada por la simbólica intervención del "militar" (Bozmediano), que saca de la cárcel a Lázaro para ganarse la gratitud, y tras ella el amor, de Clara -lo cual no deja de evocar la idea de que el apoyo de los militares a la Revolución había de propiciarles el reconocimiento de la sociedad y contribuir a explicar *el Régimen de los Generales*<sup>249</sup>. Además, si ésta operación produce inicialmente cierta desconfianza a Lázaro, en el que "el orgullo y los celos" luchaban con su gratitud hacia el militar, estas diferencias se superan cuando éste, viendo a Clara enamorada del revolucionario civil, acaba sublimando su pasión -cuyo simbolismo señala Galdós aludiendo al "misterio" de la vida de Clara y al deseo de "descifrar el misterio de aquella casa" como componentes añadidos a ella en Bozmediano- y convence a Lázaro de su sincero altruismo en el empeño de ayudarle. Esto es algo que hace, al fin, cuando Clara es cruelmente puesta en la calle, de noche, por las

<sup>248</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 126-152. Sin negrilla en el original.

<sup>249</sup> Expresión consagrada por el profesor J. Pabón con la conferencia a que dio este título, publicada, entre otros lugares, en el ya citado "Narváez y su época".

señoras de Porreño.

En justa correspondencia, Lázaro -que impulsado por su estado de necesidad había hecho "apostasía" de su fe liberal, según exigía su tío, para que se le admitiera a vivir en casa de las Porreño-, evita el asesinato de Bozmediano y de los *moderados* que con él se reunían avisándoles del criminal atentado preparado por Coletilla y sus agentes absolutistas mediante la manipulación de fanáticos *exaltados* e inconscientes grupos populares.

Por fin, Lázaro, desengañado de la Revolución tras varias y desgraciadas experiencias, amenazado -como la Revolución- por los exaltados y por los agentes absolutistas cuyo golpe frustró, "renunció por completo (...) a los ruidosos éxitos de Madrid y a las lides políticas" y se retiró con Clara a su aldea. Esta es la conducta que -según destaca Albert Derozier en "*El pueblo de Pérez Galdós en La Fontana de Oro*", ya citado,- parece proponerse a quienes participaban de la efervescencia política de 1868-1870. De ahí la valoración que de dicha conducta se hace al añadir que Lázaro "tuvo el raro talento de sofocar su naciente ambición y confinarse en su pueblo, buscando en una vida oscura, pacífica, laboriosa y honrada la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre". Esta actitud, un tanto aburguesada, parece mostrarse a Galdós una necesidad para el progreso del país; reaparece en los protagonistas de sus Episodios Nacionales y se presenta, desde ahora, como un acierto comprobado para alcanzar la felicidad individual, pues se asegura que "ni él -Lázaro- ni su intachable esposa se arrepintieron de esto en el transcurso de su larga vida"<sup>250</sup>.

---

<sup>250</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 384-391. Los consejos de moderación implícitos en este desenlace, correspondiente a la edición *vulgata* -fechada en diciembre de 1870 y hecha en Imprenta *La Guirnalda*-, parecen también conformes con el desenlace trágico del manuscrito fechado en 1868 y de su edición de 1871 en la Imprenta de José Noguera, -reproducido por Jean Lemartinel en su ya citado estudio titulado "Unas notas acerca de *La Fontana de Oro*"-, pues la muerte de Lázaro y de Clara que en aquel desenlace se produce, a manos de Coletilla y de sus sicarios, vendría a mostrar, frente a la felicidad que se obtenía con la moderación, los desgraciados resultados del procedimiento revolucionario. Este mensaje parece, pues, a salvo de la polémica que, tras hacerse notar la existencia de estos dos desenlaces por J. Gimeno Casaldueño ("*La Fontana de Oro*, de Pérez Galdós". Ateneo, Madrid, 1955, Núm. 88), se mantuvo entre él, Smieja, Pattison y otros respecto a si el cambio se debió o no a la muerte de Prim. Cfr. BLY. P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 26-27. Véase también sobre estos desenlaces, ediciones y fechas AVILA ARELLANO, Julián: "El personaje femenino del teatro de Galdós...", Cit., T I, pp 268 y Sgts.; y ORTIZ ARMENGOL, P.: "Entrando en *La Fontana de Oro*" (Estudio preliminar a su edición conjunta del manuscrito en que Galdós optó por el desenlace trágico y de la edición preparada para *La Guirnalda* en 1870). Ed. Hernando, Madrid, 1990.

\* \* \*

Si prescindimos de "La sombra" y de "Rosalía" -por su menos clara relación con nuestro tema-, correspondería hacer aquí un resumen de "El audaz", que, como "La Fontana de Oro", parece responder a una *búsqueda de los orígenes*. Sin embargo, dada su relativa lejanía del Trienio y teniendo en cuenta que su argumento y personajes -salvo las ya conocidas señoras de Porreño- no son indispensables para la comprensión de lo luego dicho sobre este período, respecto al que carecen de continuidad, preferimos obviarla, sin perjuicio de que, remitiéndonos a su anterior presentación o con las aclaraciones precisas en cada caso, extraigamos de dicha novela algunas citas alusivas a ciertas ideas aplicables al Trienio.

Parece, en cambio, necesario hacer una breve referencia a la primera serie de *episodios*, pues ocurre que, aun siendo en la segunda donde se hallan los relativos al Trienio, muchos de los personajes de ésta proceden de aquella y ambas forman en realidad un todo. Además, muchos de los procesos presentes en 1820 emergen de la primera fase de la revolución liberal española (1808-1814) y Galdós, consecuente con ello, los trató ya en dicha primera serie, a la que en muchos casos se remite en la segunda para evitar repeticiones.

Señalaremos, pues, una brevísima pauta argumental para dar una sucinta idea de algunos personajes, situaciones y contextos a los que, por su carácter de antecedentes, nos hemos de referir luego.

### 1.3.2. La primera serie de Episodios Nacionales<sup>251</sup>

Esta serie se supone relatada por su protagonista, Gabriel Araceli, que, ya octogenario va recordando, en 1873-1875, los hechos y ambientes vividos durante los años finales del siglo XVIII y los primeros doce del siglo XIX, desde sus juegos infantiles en el Cádiz anterior a 1805 -donde vivía con su madre, viuda y pobre- hasta la batalla de los Arapiles.

Huérfano desde niño, Gabriel Araceli se puso al servicio de un viejo marino con el que en 1805 participó, a la edad de 14 años, en la batalla naval de **Trafalgar** que da título al primer *Episodio*.

Trasladado a Madrid después de aquella derrota, Araceli conoce a Inés, la protagonista femenina de esta serie, que vive con una costurera creyéndose hija suya, aunque, según dijo ésta al morir, lo era de una gran señora, cuyo nombre no le llega a revelar.

Araceli supo entre tanto, accidentalmente, que la condesa Amaranta -a cuyo servicio estaba y con cuya relación tuvo ocasión de conocer las interioridades de *la conspiración del Escorial* y, en general, de *La Corte de Carlos IV*, título del nuevo Episodio,- tenía una hija natural, que el lector sospecha ya que era Inés. Cuando ésta se va a Aranjuez con su tío Celestino, hermano de su supuesta madre, son allí visitados por Araceli, ya cajista del *Diario de Madrid*, que vivirá con ellos los hechos relatados en *El 19 de Marzo y el 2 de Mayo* al mismo tiempo que, simbólicamente, se produce su particular lucha en

---

<sup>251</sup> Dada la finalidad de este resumen, y a fin de abreviarlo y agilizarlo, prescindimos en él de posibles referencias a las fuentes particulares de estos Episodios, respecto a las que, además de lo antes dicho, pueden verse, entre otros, los estudios de H. HINTERHAÜSER, ya citado, sobre "Los Episodios Nacionales...", en general; SARRAILH, Jean: "Quelques sources du Cádiz de Galdós". Bulletin Hispanique, N° 23, año 1924, pp 33-48; ALONSO CORTES, Narciso: "Precursores de Galdós". En su *Quevedo en el teatro y otras cosas*. Valladolid: El Colegio Santiago, 1930, pp 121-128, donde, según indica P. Bly, (Introducción a su "Galdós y la historia", Cit., p 21) sugiere que "Fernando el deseado (*Memorias de un liberal*)" de Diego López Montenegro y Víctor Balaguer "es una fuente literaria de la primera serie"; VAZQUEZ ARJONA, Carlos: "Introducción al estudio de la primera serie de los Episodios Nacionales de Pérez Galdós". PMLA (Publications of the Modern Language Association of America), Baltimore, 1933, pp 895-907; ROJAS FERRER, Pedro: "Valoración histórica de los Episodios Nacionales de B. Pérez Galdós". Cartagena, Baladre, 1965; FAUS SEVILLA, Pilar: "La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós". Valencia, 1972; HOAR, Leo: "Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870, por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus Episodios nacionales". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, ya citado, pp 312-339; y varios otros cuya orientación señala P. Bly en su tan citada *Introducción a "Galdós y la historia"*. Véase también lo dicho al referirnos a "El equipaje del rey José".



defensa de Inés<sup>252</sup>.

Fusilado Gabriel Araceli con otros patriotas madrileños por los franceses, es recogido vivo y cariñosamente cuidado de sus heridas por el *Gran Capitán* y su esposa *doña Gregoria*, en cuya casa conoce al aventurero y francmasón *don Luis de Santorcaz*.

Este hombre, en cuyo apellido parece aludir Galdós a la bondad propia del *santo* y de la salvaje paloma *torcaz*, resultará ser el padre natural de Inés, a la que, según sabrá luego Araceli, quería legitimar previo matrimonio con Amaranta, cuya maternidad se confirmará al mismo tiempo.

Al saber Araceli que Inés había sido entregada a su verdadera madre y que con ella se había trasladado a Córdoba, aprovecha para ir hacia esta ciudad en compañía de Santorcaz, aunque sin conocer todavía las intenciones de éste ni su parentesco con Inés.

Llegados a Bailén, fueron a parar en la casa de "doña María Castro de Oro de Afán de Ribera, condesa de Rumblar"<sup>253</sup>, dueña de las tierras aragonesas en que nació Andresillo Marijuán, un joven que se les unió por el camino y que venía a servirla como mozo de mulas. Agasajados por ella, permanecieron en su casa varios días y conocieron a su hijo Diego, especie de niño de veinte años y mayorazgo de la familia, a las hermanas de éste, Asunción y Presentación, y al ayo o educador, *don Paco*, sometido como éstos a la férrea autoridad de *doña María*.

Conviviendo con ellos en la preparación, desarrollo y consecuencias de la que sería batalla de **Bailén**, que da título al Episodio y se produce precisamente junto al río Rumblar, Gabriel conoció más a fondo la situación y proyectos de aquella familia, cuya "mansión y (...) esclarecidos habitantes" son ampliamente descritos porque están, explica Galdós, "destinados a figurar bastante en la historia que voy refiriendo"<sup>254</sup>. Supo entonces Araceli que *doña María* esperaba ampliar su poder por herencia del mayorazgo de unos parientes carentes de sucesión directa, pero que, recientemente, había aparecido una hija

---

<sup>252</sup> Sobre la orientación simbólica que Galdós da a estos y otros hechos relatados en esta serie véase AVILA ARELLANO, Julián: "Fortunata Izquierdo. Signo, símbolo y mito en la obra de Galdós". En "Galdós. Centenario de *Fortunata* y *Jacinta* (1887-1987). Actas". Cit., pp 435-442.

<sup>253</sup> "Bailén". Ed. Cit., p 479.

<sup>254</sup> "Bailén". Cit., pp 480 y Sgts.

de éstos a la que se atribuía mejor derecho, y que resulta ser Inés.

Para salvar tal escollo proyectó entonces el matrimonio de su hijo Diego con ésta, que previamente, y en defensa del honor familiar, había sido reconocida como hija por un hermano de la *marquesa de Leiva*, que decía haberla tenido con una dama extranjera, aunque, de acuerdo con unas cartas halladas casualmente por Gabriel Araceli en las alforjas de Santorcaz, desmontado de su caballo durante la aludida batalla, los verdaderos padres eran éste y Amaranta, sobrina de los *Leiva*.

Producida la victoria de Bailén, la familia de Inés regresa a Madrid escoltada por un grupo de soldados entre los que se hallaba Araceli, testigo así del "sitio de Madrid", cuyos sucesos, en "feliz consorcio con los no menos dramáticos de mi vida", dice él mismo, ha de relatar en el Episodio titulado "**Napoleón en Chamartín**"<sup>255</sup>.

Los diversos tipos y actitudes sociales, los dichos, ambientes, tertulias, teatros, etc., del Madrid del momento son señalados en este Episodio al referir, por una parte, la disipada vida que en la capital -adonde fue enviado por su madre en pos de la mayorazga con quien había de casarse- llevaba el condesito de Rumblar, entre cuyas "escandalosas aventuras", siempre acompañado de *don Juan de Mañara* y a veces de *Santorcaz*, destacan su inconsciente asistencia a diversas logias masónicas y, especialmente, sus visitas a, entre otras, la hermosa *Zaina*, "hija del tío Rejoncillos, alias *Mano de Mortero*", un matutero del Rastro que, según veremos, reaparece largamente en estos Episodios<sup>256</sup>.

El fluir de la vida madrileña se refleja también en las tertulias, tan humildes como patrióticas, que Galdós sitúa en la honrada casa del *Gran Capitán*, donde Araceli había sido cuidado tras su fusilamiento del Dos de Mayo y donde volvió a encontrarse con *don Roque*, *doña Melchora* y demás personas atraídas por las noticias que el anciano y querido *Gran Capitán* obtenía como portero de una oficina del ejército. A esta tertulia asistía a veces el padre Salmón, mercedario cuya extraordinaria popularidad destaca especialmente Araceli/Galdós antes de recordar que, por contraste, ese mismo pueblo que entonces lo

---

<sup>255</sup> "Bailén". Cit., p 546.

<sup>256</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 549 y Sgts.

adoraba lo "había de coser a puñaladas veinte años después"<sup>257</sup>.

Encargado este fraile por Amaranta de comprobar los rumores sobre la vida de Diego de Rumblar y sabiendo que Araceli lo conocía, acaba pidiendo a éste que lo acompañe a casa de la Condesa, a lo cual accede Araceli con la esperanza de ver a Inés.

En su conversación se entera Araceli de que Inés no quiere a *don Diego*, de que se dice enamorada de un "desconocido zascandil" -el mismo Araceli- y de que su familia anda vigilante porque se opone rotundamente a que se vea y se case con él.

Cuando llegaron, Amaranta se hallaba con el *ilustrado y tolerante padre Castillo* revisando "los libros y papeles que han (habían) salido en los tres últimos meses"<sup>258</sup>, lo que sirve a Galdós para mostrar las diferencias de criterio entre Castillo y el conservador *padre Salmón* y para destacar el contenido y orientación política de las, numerosas, obras cuyos transparentes títulos enumera.

A solas al fin Amaranta y Araceli, éste confirma lo que se decía de Diego Rumblar y, sublimando sus propios sentimientos, promete a Amaranta encubrir su secreta maternidad y salir de Madrid para desaparecer de la vida de Inés, pero, ante el cerco que Napoleón pone a la ciudad, ha de quedarse y participar en la defensa de ésta. Conoce así los detalles e incidencias de dicha defensa, las diversas motivaciones que para la guerra manifiestan unos y otros, el asesinato del supuesto regidor *don Juan de Mañara*, acusado por la despechada *Zaina* de traición y de cargar los cartuchos con arena, y las polémicas suscitadas en torno a los Decretos dados el 4 de Diciembre por Napoleón.

Perseguido Araceli por Santorcaz, cuyo resentido revolucionarismo le llevó a la jefatura de la policía afrancesada en Madrid, intenta huir haciéndose pasar por "el duque de Arión", primo de Amaranta<sup>259</sup>; pero, al saber por Diego Rumblar que éste y Santorcaz intentaban raptar a Inés, decide avisar a éstas y ello da lugar a que, tras hablar con Inés, sea prendido en el Pardo y conducido hacia Francia con otros muchos, entre ellos *don Roque*, que junto

---

<sup>257</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 562. Lo cual podría indicar cierta planificación de la obra, pues anuncia lo que habría de mostrarse en el último Episodio de la segunda serie: "Un Faccioso más y algunos frailes menos".

<sup>258</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., pp 564 y 567.

<sup>259</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 637.

con él logra escapar y llegar a **Zaragoza**<sup>260</sup>.

Tanto en el Episodio dedicado a esta ciudad, cuyo segundo sitio se revive en él, como en "**Gerona**", cuya imagen se supone construida por Araceli con las referencias proporcionadas por *Andrés Marijuán*, las relaciones de Araceli con Inés y demás personajes centrales de la primera serie quedan relegadas, pasando a primer plano las de los generosos *Montoria* con el avaro *Candiola* y su hija, en el caso de "**Zaragoza**", y las de Marijuán con la huérfana *Siseta*, sus hermanos y sus vecinos, en el de "**Gerona**"<sup>261</sup>.

Continuando su relato, Araceli cuenta que, tras salir de Zaragoza con la guarnición -según lo estipulado con los franceses- y participar en algunas otras acciones militares del año 1809, se encontró con Marijuán en Almadén del Azogue, y juntos se fueron replegando con el ejército desde Sierra Morena por Bailén, Córdoba y Sevilla hasta Cádiz, adonde, según les dijeron en Bailén, se había retirado también doña María con sus hijas y sus primas de Madrid.

Tras los sitios militares reflejados en "**Zaragoza**" y "**Gerona**", el de "**Cádiz**" tiene, más aún que el de Madrid, una especial significación política derivada de que, según dice Galdós, "toda España afluyó a aquel pedazo de país, y se juntaban allí ejército, nobleza, clero, pueblo, fuerza e inteligencia, toda la vida nacional, en suma". Además de ser su "cuna" personal y la "de la moderna civilización española (...) -cosa que le enorgullece- a las puertas de Cádiz -afirma Araceli- comienzan los acontecimientos de mi vida que más vivamente anhelo contar"<sup>262</sup>.

Allí se desarrollan, por una parte, los hechos políticos propios del Cádiz de las Cortes, con las discusiones producidas en éstas, en tertulias como la de doña Flora Cisniega y la de doña María de Rumblar, en la prensa, en las tabernas y en la calle; allí también las significativas intrigas entra la familia de los Leiva y los Rumblar por conseguir el control de Inés y de su mayorazgo y, así mismo, los ocultos amores entre ésta y Gabriel, la

---

<sup>260</sup> "**Zaragoza**". Cit., p 659.

<sup>261</sup> El nombre de *Siseta* evoca el de *Sisita*, la prima con que Galdós mantuvo el juvenil idilio frustrado por la prohibición familiar.

<sup>262</sup> "**Gerona**". Cit., pp 759 y 837.

ambigua relación, de amistad y celos, que éste mantiene con lord Gray, al que supone, primero, cortejando a Inés y al que acaba matando en duelo -en defensa del honor y las tradiciones españolas, expresamente despreciadas y ultrajadas por aquél- cuando lord Gray veja y abandona de modo indigno a la hija mayor de doña María, Asunción -que era su realmente cortejada a escondidas-, al mostrarse ésta arrepentida de haber huido con él y decidir regresar a su casa<sup>263</sup>.

Concluido así el Episodio "Cádiz", Araceli/Galdós indica al comenzar su **"Juan Martín el Empecinado"** que, tras hablar sobre "las hazañas de los ejércitos, las luchas de los políticos, la heroica conducta del pueblo dentro de las ciudades",... se dispone a hacerlo sobre "las guerrillas, que son -afirma- la verdadera guerra nacional"<sup>264</sup>. Su cara negativa está en que, por ellas, "la guerra de la Independencia fue la gran academia del desorden"<sup>265</sup>.

Entre tanto, libre Inés del compromiso de boda con Diego de Rúmbiar al conocerse su verdadero origen -que Amaranta descubre para hacer valer sus derechos de madre-, se instala con ésta en Madrid y, luego, en su castillo familiar de Cifuentes (Guadalajara) hasta que es raptada aquí por el afrancesado Santorcaz, su padre, sin que pudieran evitarlo los heroicos intentos de Araceli, que se entera de aquel proyecto por el mismo Santorcaz al caer prisionero de éste y de los franceses en una derrota de las fuerzas del Empecinado, a cuya guerrilla se había unido. Sin embargo, la rectitud y arrojo demostrados por Araceli le van encumbrando a los ojos de Amaranta, quien le reconoce entonces el derecho a casarse con Inés por pertenecer a la "aristocracia de las almas"<sup>266</sup>.

En su intento de recuperar a Inés, Araceli pasa de la guerrilla al ejército regular de Extremadura, desde el que se produce su protagonismo en el episodio titulado **"La batalla**

---

<sup>263</sup> Sobre la posible relación de lord Gray con lord Byron véase, DEVOTO, Daniel: "Novela, historia y alegoría en *Cádiz*". *Revue de Literature Comparée*, N° 45, año 1971, pp 145-158; y RODRIGUEZ, Alfred: "Cervantes, Lord Byron y Galdós". En su "Estudios sobre la novela de Galdós". Madrid, José Porrúa Turanzas, 1979.

<sup>264</sup> "Juan Martín el Empecinado". Ed. Cit., p 959.

<sup>265</sup> *Ibidem*, pp 976 y Sgts.

<sup>266</sup> "Juan Martín el Empecinado", Cit., p 1406.

de los Arapiles". Allí conoce a *miss Fly*, una hispanista inglesa a quien salva la vida -y que resulta ser hermana de otra joven ultrajada por lord Gray- cuyos enamoradas atenciones y extraordinarios encantos carecen de fuerza, significativamente, ante el amor que une a Araceli con la española, aunque menos brillante, Inés. Esta, a quien Araceli encuentra en Salamanca, le asegura que desea quedarse a cuidar a su padre, gravemente enfermo, que, tras el rapto, le ha contado, entre muestras de profundo cariño, sus apasionados y prohibidos amores juveniles con Amaranta, la implacable persecución de que la familia de ésta le hizo objeto al descubrirlos, su huída a Francia, sin conocer la existencia de Inés, su participación en las luchas revolucionarias desde 1793 y su afán por aplicarlas a destruir en España las barreras estamentales que habían imposibilitado su felicidad amorosa.

En su febril lucha por ello, Santorcaz se había rodeado de un grupo de masones revolucionarios -disfrazados de titiriteros ambulantes- entre los que se hallaba Monsalud, cuyas relaciones con Araceli parecen servir para que tome de sus manos el relevo en el protagonismo, que él había de ejercer en la segunda serie<sup>267</sup>.

Al fin, puestos de acuerdo Inés y Araceli, consiguen con sus cartas que Amaranta venga a reconciliarse con su antiguo amante, y aunque se frustran varios intentos antes de que Santorcaz acepte sin violencia la presencia de la Condesa, su antiguo amor emerge al fin sobre el resentimiento y "aquellos tres individuos, tan unidos por la Naturaleza y tan separados por las tempestades del mundo", se fundieron en un feliz abrazo<sup>268</sup>.

Araceli, varias veces herido en valientes acciones a lo largo de la Guerra, siempre esclavo de su deber y de su honor, realiza en ella una brillante aunque gradual carrera militar que le convierte en Teniente Coronel tras la victoria de los Arapiles y que -cual si ejemplarizase el histórico ascenso social logrado por tantos militares triunfantes en esta guerra- parece justificar su aceptación como esposo de la hija de la *Condesa*<sup>269</sup>;

---

<sup>267</sup> Ejemplos de algunos encuentros y mutua protección entre ambos protagonistas, pese a estar en bandos contrarios, pueden verse en "La batalla de los Arapiles", Ed. y T Cits., pp 1121, 1123 y 1135.

<sup>268</sup> "La batalla de los Arapiles". Cit., p 1185.

<sup>269</sup> Sobre la significación de este triunfo de Araceli y sobre la "redención del pícaro" que en él muestra Galdós a través de su "cumplimiento del deber, su rectitud de conciencia y el amor", puede verse CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós (1843-1920)". Cit., pp 50-51; y ARNAIZ AMIGO, Palmira: (continúa...)

en ello se contraponen a Santorcaz, que se dejó "vencer por la desgracia",... y por ese diferente signo de los tiempos a que el mismo Santorcaz alude poco antes de morir señalando una *justicia providencial* en aquel matrimonio<sup>270</sup>.

Al fin, el Episodio -y la serie- termina con la indicación de que Araceli, tras acceder con su esfuerzo continuado y su rectitud a esa *aristocracia de las almas*, se casó con Inés y se retiró a disfrutar de la vida doméstica, cosa que, según iremos viendo, suelen hacer los protagonistas de estas obras de Galdós, y que en este caso parece concordar con el ambiente *restaurador* propio de la España del mes de marzo de 1875, en la que se fecha este desenlace.

\* \* \*

El carácter de antecedente atribuido a esta primera serie se podría predicar también de los dos primeros *episodios* de la segunda, pero a éstos se les da ya tratamiento de textos principales de nuestra tesis en cuanto "El equipaje del rey José" es, según dice el mismo Galdós, el *prefacio* -con lo que esto conlleva de presentación de personajes y planteamientos- y las "Memorias de un cortesano de 1815" son, como veremos enseguida, la *primera parte* de una supuesta obra que se continúa en "La segunda casaca".

En el caso de "El equipaje del rey José" nuestra atención resulta especialmente detenida, según refleja su relativamente extenso resumen, para aprovechar el magnífico estudio que en él hace Galdós de los primeros protagonistas y para señalar desde aquí unas posiciones y comportamientos sociales de partida sobre los que apenas hemos de volver en nuestro ulterior análisis del contenido histórico de estas obras.

---

<sup>269</sup>(...continuación)

"En torno a la I serie de los Episodios Nacionales de Galdós y *La guerra y la paz* de Tolstoy". En "Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Las Palmas de Gran Canaria, 1980, T II, pp 113-133, especialmente pp 127-128.

<sup>270</sup> "La batalla de los Arapiles". Cit., p 1185.

### 1.3.3. "El equipaje del rey José"

Fue fechado por Galdós en "Madrid, junio-julio de 1875,"<sup>271</sup> y publicado ese mismo año<sup>272</sup>.

Si hasta aquí utilizó Galdós la "Historia del alzamiento, guerra y revolución de España", del conde de Toreno, que Hans Hinterhäuser considera fuente guía de Galdós para su primera serie de Episodios Nacionales, parece claro que ahora utiliza la "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España" (Madrid, 1842) atribuída en la Biblioteca Nacional española a Estanislao de Cosca Vayo -con esta grafía-, que, según indica también Hinterhäuser -y quizá con más razón-, lo fue sin duda de la segunda. Decimos con más razón porque es en realidad esta última obra la que, en contra de lo afirmado por H. Hinterhäuser<sup>273</sup>, señala, rotundamente, el propio Galdós como *guía* de sus dos primeras series de Episodios: "Encuéntrome aquí -dice Galdós a Mesonero, pidiéndole información para "Un faccioso más...", último Episodio de su segunda serie,- sin otros materiales que **la Historia de Fernando VII que me ha servido de guía durante los 20 tomos -negrilla nuestra- y la Historia de la Masonería por D. Vicente Lafuente**"<sup>274</sup>.

En ello insiste Galdós en su Epílogo a la edición ilustrada de estas dos primeras series de Episodios cuando dice, tras referirse a varias otras de sus diversas fuentes: "Para la

<sup>271</sup> Cfr. Ed. y T Cit., p 1280.

<sup>272</sup> Cfr. la introducción hecha a las "obras de Pérez Galdós" en la Cit. Ed. de las O.C., Aguilar, 1970, T I, p 174.

<sup>273</sup> "Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós". Cit., p 59.

<sup>274</sup> Carta fechada en "Santander, 14 Oct. 79". En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero..." Cit., p 53. No deja de ser extraño que cuando H. Hinterhäuser cita esta carta omite, sin indicarlo, la frase principal de Galdós, es decir, la que hemos puesto en negrilla. Este *lapsus*, si tomó el texto del original, podría explicar su restrictiva apreciación sobre el valor de Vayo como fuente de Galdós, que así se le queda, además, sin apoyo documental. Véase HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios...", Cit., p 69.

En cuanto a la llamada "Historia de la Masonería por D. Vicente Lafuente", parece evidente que Galdós se refiere a la "Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la franc-masonería, por don Vicente de la Fuente", editada en Lugo, años 1870 y 1871, y, corregida y aumentada, en Madrid, 1874. Parece claro también que la utilizó desde sus primeros *Episodios* y que la edición utilizada fue la primera; y esto no sólo por los datos recogidos ya en *Episodios* galdosianos publicados antes de 1874 sino porque, como luego indicaremos, hay textos publicados por Galdós en 1876 que coinciden con los de la edición de 1870 y difieren de la de 1874. Parece, pues, formar doblete desde la primera serie de *Episodios* con la obra que se cita junto a ella, la atribuída a Vayo, si bien ésta reviste una importancia especial en muchos sentidos.



ensambladura histórica tuvo siempre a la vista la historia anónima de Fernando VII, que se atribuye a D. Estanislao de Koska Bayo (Sic)"<sup>275</sup>.

La gran importancia de esta fuente de Galdós -que tendremos ocasión de comprobar- es aún mayor por la extraordinaria influencia que, según indica el profesor Comellas, tuvo esta obra en la historiografía posterior, especialmente hasta el año 1880<sup>276</sup>.

Pero, como siempre, hay otras fuentes de este concreto Episodio. Entre ellas cabe destacar a Mesonero Romanos, no sólo por sus *Escenas matritenses* y su *Antiguo Madrid* - que Galdós decía con ponderación haber leído<sup>277</sup>- sino por la información verbal y las *notas* que parece haberle proporcionado desde que, "el día 7 de marzo de 1874", celebraron su primera entrevista<sup>278</sup>. Así lo recuerda el mismo Galdós, que, además de referirse a los elementos allegados de, entre muchas otras, "las obras de este insigne fundador de la literatura de costumbres en España", señala también expresamente: "...al acometer la segunda serie, pude obtener ventajas de la conversación con personas de tanto ingenio, sagacidad y feliz memoria como el Sr. Mesonero Romanos y algún otro"<sup>279</sup>.

Esta información verbal, indispensable -junto al "arrinno del libro"<sup>280</sup>- para lograr la viveza, verismo y concordancia de los innumerables detalles que Galdós incluye en las

<sup>275</sup> Lugar y T Cits., p IV.

<sup>276</sup> "En 1840 -escribe dicho profesor- se publican (...) las **Memorias de Fernando VII**, de Miguel José Quin, (...) y la **Historia política de la España Moderna**, de Manuel Marliani (...). Ambas -la segunda sobre todo- son utilizadas con profusión por el autor de una (...) **Historia de la vida y reinado de Fernando VII**, publicada en 1842 y que Menéndez y Pelayo atribuye a don Estanislao de Kotska Bayo", cuya "influencia posterior reviste una importancia decisiva dentro de la corriente general a que aludimos". Influencia que, según indica el mismo profesor Comellas, resulta de que Modesto Lafuente la sigue en ciertos períodos (1814-1820) "en toda su integridad, hasta los extremos del más asombroso servilismo" y "Bayo y Lafuente son los dos pilares sobre los que se asienta la historiografía de la época". COMELLAS, José Luis: "Los primeros pronunciamientos en España (1814- 1820)." Ed. C.S.I.C., Madrid, 1958, pp 12-13.

<sup>277</sup> En la ya citada carta de "18 de Mayo de 1875" que recoge VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero". Cit., pp 13-14.

<sup>278</sup> Cfr. VARELA HERVIAS, Eulogio: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 5. Esta es la fecha que viene a señalar el mismo Galdós -con las palabras que ponemos en negrilla- al recordar que Mesonero tenía "sobre la mesa" el "*Napoleón en Chamartín*, publicado el día anterior." Cfr. Ibídem, p 6, en que se cita a BERKOWITZ: "Galdós and Mesonero Romanos", *Romanic Review*, 1933, XXIII, p 203.

<sup>279</sup> Epílogo a la edición ilustrada.... Ed. y T Cits., p IV.

<sup>280</sup> VARELA HERVIAS, E.: Ibídem, p 8.

situaciones que describe o dramatiza, necesariamente sometidos a la exigente coherencia interna de todo sistema, se ve ya planeada, por otra parte, en carta que el día "18 de Mayo de 1875" -cuando Galdós parece estar preparando "El equipaje del rey José", que él mismo fecha como escrito en "Madrid, junio-julio de 1875",- dirige a Mesonero diciéndole que, "aprovechando sus generosos ofrecimientos, **me tomaré la libertad de ir a apropiarme algo de lo mucho que V. sabe y que me servirá de base para la segunda serie de novelas nacionales**"<sup>281</sup>.

Pero, además, en la "Contestación" que, con fecha "23 de mayo 1875", le da Mesonero, se lee: "Ya le tengo dicho que cuando quiera consultar algún punto referente a las épocas que abraza su nueva serie puede hacerlo con franqueza, y aun acaso le podré dar nuevas notas respecto a la primera Corte de Fernando, del 14 al 20"<sup>282</sup>.

Es decir, tras más de un año de relación amistosa, que coincide con el de preparación por Galdós de su segunda serie de Episodios, y en especial de "El equipaje del rey José" -*prefacio* de la misma-, Mesonero, gustoso de hablar, no sólo se muestra abierto a darle información, sino que, al ofrecerle "**nuevas** notas", parece indicar que hubo otras anteriores. Es cierto que estas se refieren a "la primera Corte de Fernando, del 14 al 20", pero, aun sin contar con otras consultas de Galdós, resulta evidente que lo relativo a personas, tipos, mentalidades, actitudes y muchos otros elementos ambientales servían también para este Episodio. Basta leer las *Memorias de un setentón* que años después - desde 1878- iría publicando Mesonero por entregas en *La Ilustración Española y Americana*<sup>283</sup>, para hacerse cargo de que sus recuerdos pudieron ser a Galdós de gran utilidad.

Hay que destacar también lo que Galdós mismo dice en su tan citado Epílogo sobre el empleo de "literatura anecdótica y personal, como Memorias y colecciones epistolares"; de "la prensa periódica", especialmente del *Diario de Avisos*; de "las *Memorias* de algunos

---

<sup>281</sup> "Carta recogida en VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., pp 13-14. Sin negrilla en el original.

<sup>282</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., p 14.

<sup>283</sup> Cfr. Cartas de fecha "7 de Mayo 78", "28 de Septiembre 78", "Diciembre 13/78" y "1º de Julio 80", en que Galdós alude a los sucesivos *números* que van apareciendo y al conjunto. En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., pp 33, 35-36, 37 y 55.

generales del Imperio y otras historias menos conocidas" -cuya utilización señala desde su primera serie junto a obras monográficas como "los *Sitios* de Alcalde Ibica", ésta "para *Zaragoza*",- y las obras "de Larra, Miñano, Gallardo, Quintana, etc., y aun (...) comedias, sainetes o articulillos de escritores oscuros, así como (...) diferentes periódicos no políticos, sin excluir los de modas"<sup>284</sup>.

Parece también muy probable que Galdós se sirviera para este episodio de las Memorias de J. Van Halen, cuyo valor inspirador e informador se indica ya en ciertos aspectos del resumen que sigue, aunque se documenta con más claridad en el de "La segunda casaca"<sup>285</sup>.

Por último, y a ello nos remitimos, hay que recordar lo dicho por Hinterhäuser sobre el empleo de otras fuentes como la *Guía de forasteros*, observación directa en viajes, cuadros de pintura, etc., a los que luego aludimos en algunos casos concretos.

\* \* \*

En cuanto a la acción de este Episodio, se inicia "el 17 de marzo de 1813" -precisamente con estas palabras que destacan esa fecha, en la que José I traslada su corte a Valladolid,- y termina el 22-23 de Junio, tras la famosa batalla de Vitoria.

Su asunto central es la derrota sufrida por José I en dicha batalla, el 21 de junio de 1813, cuando marchaba hacia Francia con su famoso equipaje, y los latentes indicios de la guerra civil que entre los españoles se abre al quedar libres las manos de unos y otros por la extinción de la Guerra de la Independencia.

La cuantía y riqueza de dicho equipaje, así como el espíritu de rapiña con que se

---

<sup>284</sup> Edición y T Cits., pp IV y V.

<sup>285</sup> Estas "Memorias", publicadas inicialmente en un sólo tomo con el título de "Memorias de D. Juan Van Halen, Jefe de Estado Mayor de una de las Divisiones del Ejército de Mina en los años 1822 y 1823", "PARTE PRIMERA, en que se refiere su cautiverio en los calabozos de la Inquisición de España, en los años 1817 y 1818, y su evasión, con documentos justificativos". París, Angulo, Editor, 1827, lo fueron luego en dos tomos, con alguna modificación del texto y con el título de "Narración de D. Juan Van Halen, Mariscal de Campo de los Ejércitos nacionales y teniente general del Ejército belga (,) escrita por él mismo, su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión y su espatriación (Sic)". Madrid, 1842. Este título de la portada es sustituido, tras el prólogo, por "Memorias de don Juan Van Halen," tanto en el tomo I como en el II, pero nosotros le llamaremos "Narración" para distinguirlo más fácilmente.

acumula en Madrid para trasladarlo luego a Francia en un gran convoy, se describe, dice Galdós, según "lo cuenta un testigo ocular" de su embalaje, con lo que, como tantas otras veces, llama la atención sobre su empleo de fuentes orales, cual si quisiera reforzar con este aval la credibilidad de unos datos que, de otro modo, podrían parecer exagerados<sup>286</sup>.

Este expolio se proyecta sobre las actitudes españolas acentuando, aún más, la hostilidad que ya mostraban, según se refleja en el vecindario de Madrid, que esperaba impaciente perder de vista a los franceses y que, aludiendo a las idas y venidas de José, hace todo tipo de observaciones donosas, bien para señalar maliciosamente su atracción por las *cepas* y por las *bellotas*, bien para estimar aplicables a su ir y venir las notas puestas en las obras de teatro indicando: "hace que se va y se queda"<sup>287</sup>.

Aquella vez, "el 17 de marzo", José Bonaparte salía hacia Valladolid, "obedeciendo a su amo y hermano" Napoleón, para "ponerse al frente del ejército" en España, mientras él iba a Alemania para luchar "contra la sexta coalición"<sup>288</sup>.

Las gentes de Madrid, al verle salir de Palacio con tanto aparato de coches y escolta, se preguntan si irá al Pardo, al Escorial, o si tendrán la suerte de que se vaya a Francia, con lo que Galdós, a la vez que revive el ambiente con expresiones como las antes aludidas, va nombrando una serie de personajes menores -presentados ya en su primera serie de Episodios- en cuya boca las pone, como "don Lino Paniagua", "Mauro Requejo" - que era un "hombre forzudo y ordinario"-, "el señor licenciado Lobo", del que Galdós dice "que se distinguía de los demás del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a visajes de cuadrumano que a muecas de racional", "el reverendo Salmón, (...) fraile de la Merced" que "gusta de cucharetear con todo el mundo, y (...) que todo lo sabe", "don Bartolomé Canencia", que es acusado

---

<sup>286</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p. 1206. Además de lo que dice Vayo (Op. Cit., T I, pp 305-306) el mismo Mesonero pudo darle información de estos hechos. Su referencia a "un testigo ocular" puede estar aludiendo al afrancesado Sebastián Miñano y Bedoya, cuyas obras dice haber utilizado Galdós y que, según el profesor Gil Novales, es "probablemente" quien firmaba como "*un témoin oculaire*" las notas informativas enviadas al Ministerio francés de Asuntos exteriores sobre algunas sociedades patrióticas. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Ed. Tecnos, Madrid, 1975, T I, pp 576-577.

<sup>287</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p. 1191.

<sup>288</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p. 1193.

de afrancesado y masón, y algunos otros.

Estando en las aludidas conjeturas, vieron venir hacia ellos a alguien que los había de "sacar de dudas". Se trataba de "un joven bien parecido, de rostro alegre y franco" que "vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809" y que resulta ser Salvador Monsalud.

Este joven, que efectivamente les informa de que José iba hacia Valladolid, y de que en Palacio estaban "empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas" para llevárselos, es, según se dijo, el protagonista de toda la segunda serie, como la Revolución a quien representa lo es del periodo a que esta serie se refiere. De ahí que, tras una especie de ambientación o calentamiento, se le haga objeto de la primera presentación detenida y detallada.

Salvador Monsalud parece, además, objeto especial de las simpatías de Galdós, según refleja ya su mismo nombre *-el Salvador, mi salud-* cuyas connotaciones favorables son evidentes. Tiene también un reflejo de afrancesamiento, si se atiende al adjetivo que parece aglutinarse como parte inicial de su apellido (Mon-salud = mi salud).

Según la descripción de Galdós, "Salvadorcillo Monsalud era un joven de veintiún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible. Su rostro moreno semejábase un poco al semblante convencional con que los pintores representan la interesante persona de San Juan Evangelista, barbilampiño y un poco calenturiento, con singular expresión de ansiedad inmensa o de aspiración insaciable en los grandes ojos negros. Grave seriedad sentimental se desprendía de su persona, de su voz y de su porte; cautivaba a todos por su cortesía, y a las muchachas por su agraciada delicadeza, no adquirida con la educación, pues había nacido en cuna muy humilde. Era, como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no resultaba útil en este siglo ni aun cuando principiaba. Con su traje de guardia española, Monsalud estaba muy gallardo, pero sin aquel espantable continente marcial que caracteriza a los militares de afición; era su figura la de un soldado en yema o campeón verde, que aún no se había endurecido al sol, de los combates, ni acorazado con la fanfarrona soberbia de una larga vida de cuarteles"<sup>289</sup>.

Como el Evangelista, Salvador sería el portador del evangelio de la Revolución, a la que

---

<sup>289</sup> "El Equipaje...". Ed. Cit., p. 1194.

parece predispuesto por su "singular expresión de ansiedad inmensa o de aspiración insaciable en los grandes ojos negros".

Salvador Monsalud, como la Revolución, presenta junto al componente de ilegitimidad -el de hijo natural- el ya aludido componente francés, pues no sintiéndose atraído por el comercio, la curia, ni la Iglesia, y habiendo gastado ya el escaso dinero que su pobre madre soltera le había dado cuando emigró de La Puebla de Arganzón para evitar enfrentamientos con los Garrote, se hizo afrancesado y, siguiendo los consejos de su tío Andrés Monsalud, con quien vivía en Madrid, entró "en uno de los regimientos españoles que servían malamente a José, y (...). Bien pronto le dieron las charreteras de sargento". Esto parece disculparse apuntando que no lo hizo "por entusiasmo" ni "por bélico ardor, sino **por necesidad**" -negrilla nuestra-, y diciendo además: "Aunque el joven tenía ideas, y no pocas, si bien revueltas, confusas y desordenadas, aún no poseía las que comúnmente se llama ideas políticas, es decir, no había llegado, a pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor o peor que la extranjera. No faltaba, ciertamente, en su corazón el sentimiento de la Patria, pero estaba ahogado por el precoz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple: el amor"<sup>290</sup>. Galdós muestra, pues, en Monsalud a un joven con ideas e inquietudes, pero cuya inmadurez hace de él una imagen todavía próxima a lo que el profesor Artola llama un *juramentado*<sup>291</sup>. En Monsalud cuenta poderosamente todavía, más que las ideas políticas, el sentido de la honradez y la justicia, que enseguida se manifiesta, y ese valor de lo natural, sencillo y próximo que Galdós le señala al añadir: "Está escrito que en ciertos casos, tal vez siempre,

---

<sup>290</sup> "El equipaje...", Cit., p 1194.

<sup>291</sup> Dentro del "afrancesamiento (...) político o colaboracionismo" producido ante la guerra de la Independencia -que se contrapone al "afrancesamiento ideológico" propio de diversas épocas y entonces manifiesto en su forma de "liberalismo"- dicho profesor distingue: los que "más que afrancesados merecen el nombre de juramentados", en los que, basándose en numerosos y diversos testimonios escritos, destaca la carencia de una clara actitud crítica, a la que se une a veces cierto *estado de necesidad*; y los "afrancesados por íntima y libre determinación, (...) que se unieron voluntariamente a José para apoyarlo en sus proyectos reformistas y seguirle en su política" y que suelen decirse convencidos, no sin razones, de que así servían mejor a la Patria. Es decir, distingue "entre juramentados sin convicciones y afrancesados por propia convicción" (ARTOLA, M.: "Los afrancesados". Alianza, Madrid, 1989, pp 11-57, especialmente pp 12, 39 y 40). Entre ambos extremos cabe imaginar una realidad con infinidad de variantes y de grados.

el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la Patria. Por esta causa, por este aparente absurdo, Fernando y José Bonaparte eran, a los ojos de Monsalud, dos figuras lejanas y pequeñas, que apenas se parecían en las nieblas del cerrado horizonte"<sup>292</sup>.

Cobra así importancia decisiva la vida individual y "por este **aparente** absurdo" los Reyes y personas y hechos públicos relevantes podrían ser, como entonces Fernando VII y José Bonaparte, postergados en las motivaciones del comportamiento humano, sin que el "absurdo" sea tal en muchos casos, y debiendo atenderse para explicar la Historia.

Lo absurdo, parece decir Galdós, sería que este joven estuviera más preocupado por si mandaba un Rey u otro, por la disputa de una soberanía que no era la suya, según dice Galdós al referirse a quienes participan en la guerra carlista -dejando asomar, a la vez su veta republicana<sup>293</sup>-, que por el amor de su novia, Jenara, quién, por otra parte, y según veremos, representa a la sociedad española, a la que Monsalud, como símbolo de la Revolución, había de atender más que a los Reyes. Con ello, ese aparente egoísmo de Monsalud, se convertiría en un altruísmo más conforme a su perfil, que viene a corresponderse con el de un Quijote moderno, según se desprende de su contraste con el de su amigo, y moderno pícaro, que lleva el significativo nombre de "Juan Bragas".

Juan Bragas de Pipaón, "covachuelista" que parece tipificar la figura del oportunista político, tendrá importante relación con los hechos históricos a que luego hemos de aludir, lo que sería por sí mismo motivo para presentarlo si no bastase esa función de contraste con Monsalud, que se cumple simultáneamente en los textos siguientes: "Hemos dicho que -Monsalud- tenía un amigo, sí: Juan Bragas, joven nacido, como Monsalud, en el lugar de Pipaón, y que, poseedor de mayores recursos y valimiento, había resistido a las primeras escaseces de la vida cortesana, pescando al fin, por lo muy pedigüeño y sumiso, una pluma de ganso en las covachuelas. Juan Bragas era, pues, covachuelista, es decir, palote árido y enteco, en el cual debía injertarse después la vigorosa rama del funcionario público (...).

"Juan Bragas carecía por completo de imaginación y de sensibilidad fina; pero sabía

---

<sup>292</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1194-1195.

<sup>293</sup> "Un faccioso mas y..." En O.C. Aguilar, Madrid, 1976, T II de Ep. Nac., p 765.

poner las cosas en su sitio, y tenía el mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real (...). Bragas no se equivocaba nunca: tenía en sus juicios la infalibilidad de las matemáticas. Monsalud era un equivocación perpetua: llevaba infiltrado en su naturaleza el error constante y todas las deslumbradoras mentiras de la poesía.

"A pesar de esto, no reñían nunca y se querían de veras. Quizás ha dispuesto Dios que el mundo se componga de un Monsalud y de un Bragas. ¡Oh admirable armonía y concordia sublime! Las cuerdas del arpa no exhalarían, no, su armoniosa voz si no existiera una caja vacía y seca, una especie de ataúd oscuro que retumbase bajo ellas y vibrase, agrandando los sonos en su desnuda concavidad que podría servir de despensa"<sup>294</sup>.

El quijotismo de Monsalud y el pancismo de Juan Bragas resultan destacados en el diálogo que, tras esta presentación del narrador, mantienen entre ellos un día de los "últimos de mayo de 1813" que, como tantos otros, salieron juntos de paseo por el Retiro madrileño y Monsalud comunica a Bragas que va a irse hacia Francia, o hacia "el camino de Francia", con los franceses que se retiraban de Madrid y que estaba feliz porque, además de irse de aquel pueblo -que dice aborrecer-, podría pasar por La Puebla de Arganzón y ver a su madre y a su antigua novia Jenara.

Alaban entonces uno y otro los encantos de esta mujer, a la que llaman indistintamente Jenara o Generosa -quizá queriendo destacar ya esta cualidad en quien ha de representar a la sociedad española-; pero, mientras Monsalud se muestra seriamente enamorado y dispuesto a sacrificarse por ella, Juan Bragas, se ríe de estos anhelos amorosos y, como haría el pícaro oportunista a quien ha de representar respecto a esa sociedad, opina que, como ya ha "dicho varias veces", "las mujeres, para un rato y nada más (...) Eso de llorar y entristecerse, decir palabrotas y quererse morir por una de tantas, es propio de bobos". Monsalud, más idealista, replica: "tú no sabes lo que es el amor, Juan Bragas, (...) crees que viene a ser algo semejante a un plato de estofado"; y todavía Bragas responde: "Ni más ni menos. Un plato de estofado repugna después de haber comido...". Además, mostrando su disposición para orientar su vida ateniéndose a las valoraciones sociales vigentes, sin meterse en luchas ni conflictos de conciencia por superarlas o cambiarlas, le

---

<sup>294</sup> "El equipaje ..." Ed. Cit., p 1195.



aconseja olvidar a Generosa, pues, según le habían dicho, "se iba a casar con el hijo de don Fernando Garrote, el cual tiene más dinero que pesáis tú -le dice- y Generosa juntos"<sup>295</sup>.

Este conformismo pancista se repite en otras formas entre las airadas protestas de Monsalud, que acusa indignado a Bragas de falta de sensibilidad, de ser "una bestia", "un saco de carne" con ojos. Tratando de defender cada uno su actitud van perfilando vagamente sus respectivos proyectos de futuro, que Juan Bragas concreta en enriquecerse, elevarse en la escala social existente, en sacar "el pie del lodo", mientras que Monsalud, aspira a "la gloria, la honra y las bendiciones", que, con mayores alientos éticos, espera conquistar haciendo algo grande y altruista: "-Pues mira: a veces se me ha ocurrido, amigo Bragas, que yo sería mucho más feliz si fuese como tú, es decir, un saco con sentidos. Pienso muchas veces en mi porvenir y digo: 'Quién sabe, ¡vive Dios!, si esto que pienso será una mentira, un cosa vana y disparatada'. Todos los jóvenes hacemos nuestros cálculos para lo porvenir, Juan, y los míos son un poco extraños y fuera de lo común. A mí se me ha puesto en la cabeza que para levantarse todos los días, comer, dormir la siesta, pasear, cenar y meterse en la cama, no valía la pena de que hubiésemos nacido. Más vale ser un puñado de polvo que los vientos se llevan y desparraman por todas partes. O yo no he de valer nada, o he de vivir de otra manera. Soy un ignorante; sé poco de las cosas del mundo; más, por lo poco que sé, comprendo que hay muchos trabajos admirables en que el hombre se puede emplear. Digan lo que quieran, el mundo no marcha bien"<sup>296</sup>.

Aquí, aunque sin saber todavía muy bien como, es el "mundo" lo que Monsalud quiere arreglar, quizá porque no encuentra bien que no se le permita casarse con Jenara por no tener dinero, por ser "un triste pelón". Este deseo de cambio es ya una actitud revolucionaria en una sociedad inmovilista, cuyo orden se dice avalado por Dios, según señala Juan Bragas -tras opinar que el mundo "marcha admirablemente"- con el doble sentido de su pregunta: "¿También quieres enmendar la obra de Dios?".

Sin embargo, al responder esta pregunta, Monsalud parece restringirse o centrarse

---

<sup>295</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., pp 1195 y 1196.

<sup>296</sup> "El Equipaje....." Ed. Cit., pp 1196-1197.

nuevamente en su amor por Jenara, asociando el estar "enamorado" con ciertas "inquietudes" y "deseos" que parecen más aplicables al "mundo" aludido antes, cual si ese mundo que quiere arreglar y el objeto de su amor fueran una misma cosa: "-No digo tal; quiero decir que esto no va bien; no sé si me explico. Si tú tuvieras siquiera un pedazo de alma, tendrías las inquietudes y los deseos que yo tengo, y estarías enamorado como yo lo estoy. Es un padecimiento; pero no puedes formarte idea de que (no) se te quita este padecimiento sino haciéndote cargo de que estás muerto. Vivir curado del mal de amores es cosa que la mente no puede concebir, Braguitas"<sup>297</sup>.

Monsalud rechaza el fatalismo y se resiste a ver recortado su futuro por condicionamientos que parece encontrar más obra de los hombres que de Dios. Su ideal de vida, sea social o amoroso, o ambas cosas a la vez, es para él irrenunciable; renunciar al ideal es como dejar de ser, cambiar la propia esencia, ser otro; y, aunque se padezca para mantenerlo, sólo puedes imaginar que "se te quita" este padecimiento aceptando que "estás muerto", es algo "que la mente no puede concebir".

El idealismo de Monsalud, su elevada exigencia ética, se combinan con su talante disconformista, revolucionario en aquella sociedad, para ir haciendo de él un símbolo de la Revolución liberal. Esto es algo que parece insinuarse también, poco después, cuando Bragas se ríe de su falta de sentido práctico y Monsalud, tratando de concretar sus aspiraciones, le asegura que ha de ser "alguna cosa que meta ruido" -y no hay duda de que la revolución que ha de encarnar es ruidosa-. Pero sea o no intencionado este tratamiento por Galdós, que muchas veces está claro que lo es, su personal relación amorosa con Jenara viene a coincidir con la que le corresponde como Revolución con la sociedad, ya que en ambos casos necesita vitalmente de ese amor, sin el cual carecería de futuro.

Cuando los dos amigos regresaban de su paseo encuentran numerosos grupos de madrileños que, agitados y felices, comentan la situación adversa de las armas francesas que mandaba José junto al Ebro y la inminente y definitiva salida, al día siguiente, de los franceses que quedaban en Madrid.

La situación de peligro que aquel día (26 de mayo de 1813) se produce en Madrid para

---

<sup>297</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1197. Parece sobrar el "no" encerrado entre paréntesis por nosotros.

los afrancesados, entre los que se encuentran Monsalud y Juan Bragas -colocado éste tras mucho gimotear, en la administración del rey José por influencia de Cabarrús-, es ocasión en que se refleja la distinta personalidad de éstos, y, a la vez, la de un personaje colectivo que ha de tener también algún protagonismo en aquella época y al que Galdós, para distinguirlo del "pueblo", llama "populacho": "El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero fuera de estas ocasiones, muy raras en la Historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde. Todos los vencidos sufren poco más o menos la cólera de esta deidad harapienta, que por lo común no sale de sus madrigueras sino cuando el tirano ha caído. Si no le supo exterminar con su iniciativa y su fuerza, casi siempre se da el gustazo de rociarle con su fango, y a todas las instituciones o personas que caen por el esfuerzo de campeones de otra esfera más alta, el populacho les pone su ignominioso sello de inmundicia. La libertad y las *caenas*, a quienes alternativamente aduló, han visto sobre sí, en el momento terrible, a la furia inmunda que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos"<sup>298</sup>.

Cuando, ese mismo día, Bragas y Monsalud son atacados en el barrio de la "Cava Baja" por "un grupo de holgazanes", de "majos, chulillos y mozalbetes desvergonzados", con los que parece asociarse ese "populacho matritense" al que se dedica tan duro juicio -quizá el más duro que contra él escribiera Galdós-, Bragas reniega cobardemente de los franceses, a quienes había adulado antes, y de su amigo afrancesado, cuando el uniforme de Monsalud les compromete, mientras éste, por sentido del compromiso, gratitud y lealtad hacia quienes les habían dado de comer en momentos de difícil abandono, cuyas banderas había jurado, se siente obligado con ellos y, en consecuencia, hace frente a quienes así les atacaban y se niega a quitarse su uniforme, según exigían algunos del citado grupo<sup>299</sup>.

---

<sup>298</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1200-1201. Quizá no esté de más recordar, en cuanto puede contribuir a explicar esta actitud de Galdós hacia el *populacho*, que su padre, según indica J. Pérez Vidal, había sido destituido el año 1843 de su cargo de "gobernador del Castillo del Rey" en Las Palmas de Gran Canaria porque "la bestia" popular necesitaba una "víctima" en quien saciarse, tras un episodio local de su pugna autonomista frente a Tenerife. PEREZ VIDAL, José: "Galdós en Canarias", Cit., pp 42-43.

<sup>299</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1201-1202. Esta actitud de Monsalud, como otras circunstancias referidas antes por Galdós, evoca muy de cerca la figura de J. Van Halen, claro modelo, según veremos, de (continúa...)

Liberados con habilidad por su tío Andrés Monsalud y ya seguros en su casa, Salvador, indignado, herido en su "honor", sentido del "deber" y dignidad cuando su tío, su tía y otros vecinos de la casa le aconsejan acomodarse, como Bragas, a la nueva situación, que se quite el uniforme y se esconda, deja "para siempre" la casa de su tío, cuya conducta le avergüenza, y se va solo, afrontando el peligro de la calle, hacia su cuartel.

Al día siguiente, 27 de mayo, salió Monsalud con "los pocos franceses que quedaban en Madrid", que se llevaban consigo, en un "inmenso" convoy, "cuadros, estatuas, joyas de camarín y sacristía (...) dinero en buen oro y buena plata antigua", mandados traer a Madrid "de Toledo, de Valladolid y del Escorial" con "cuanto pudiese ser transportado". La ponderación con que Galdós se refiere a "tanto despojo" -ajustada a lo contado por "un testigo ocular"-, contribuye a explicar la indignación producida en España contra ellos y quienes les apoyaron, que son quienes sufren las consecuencias: "Con el ejército iban los muchos particulares comprometidos que quisieron seguirlos, (...) empleados altos y bajos. Ofrecían estos desgraciados individuos espectáculo lastimoso (...) y todos lloraban el hogar abandonado, la paz perdida, el honor en duda, lamentándose del gran compromiso en que se veían", debiendo afrontar el "molesto viaje, y después la emigración, el general desprecio y la pérdida de la hacienda"<sup>300</sup>.

---

<sup>299</sup>(...continuación)

algunas aventuras de Monsalud en "La segunda casaca" y, como él aquí, afrancesado *guardia del rey José*, "en clase de oficial ayudante", aunque muestra una mayor madurez política que Monsalud, pues sirvió a José creyendo -dice Van Halen- que éste haría "la felicidad de mi país (...) Fiel a mi palabra -añade-, seguí constantemente la causa que había abrazado, y cuando José se vio precisado a abandonar la España, por un efecto del sincero amor que le profesaba, miré como un deber no separarme de su persona". (VAN HALEN, J.: "Memorias de...". París, Angulo Editor, 1827, p 12.) A esta semejanza se une que tanto Van Halen como Monsalud, lucharon en Cataluña, en 1823, al lado de Mina, y, por otra parte, su frecuente uso en estas *Memorias* de expresiones y textos que recuerdan los de Galdós: Así, por ejemplo, Van Halen dice que va a escribir su "vida agitada y aventura" -expresión y motivo que resuenan en otros de Monsalud- "sin apartarme (apartarse) un punto de los principios de verdad" (Ibíd., pp 23-24); y Galdós escribe que las *Memorias* de Pipaón no "se diferenciaban un punto de la verdad" ("Memorias de un cortesano de 1815", Cit., p 1344); algo parecido ocurre con la palabra "populacho", a la cual nos acabamos de referir, y con las imágenes que parecen animizar la Naturaleza: "Amaneció una risueña mañana de mayo -escribe Van Halen-, digna de otro horizonte político menos opaco y de otros viajeros menos acosados" (VAN HALEN, J.: "Narración". Edición de Madrid, 1842, T II, pp 74-75). Estas y otras semejanzas inducen a pensar, según se dijo, que Galdós, -cuya utilización de estas *Memorias* en "La segunda casaca" resulta indudable- las empleó también ya en este episodio.

<sup>300</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1206. La piadosa comprensión que Galdós muestra en estas imágenes de cara a sus coetáneos, parece responder a la idea, plenamente confirmada por el profesor Artola, de que en los afrancesados no hubo *traición* sino *error*. Véase ARTOLA M.: "Los afrancesados", pp 42 y Sgts.

Galdós señala entonces escuetamente que el convoy, mandado por el general Hugo, sale por Guadarrama y, pasando por Cuéllar y Tudela de Duero, se une al ejército de José I en Valladolid, desde donde se dirigen a Francia por Burgos, Miranda y Vitoria; pero, en cambio, sus referencias a este camino incluyen una "importuna digresión" en la que aporta, cuál un elemento más de este prefacio, el concepto de Historia a que sin duda responde toda la segunda serie, y que nosotros hemos recogido al referirnos a dicho concepto.

En él no se excluyen, según vimos, los hechos de *historia externa* representados por el Rey y su Ejército, pero Galdós hace notar la necesidad de atender también a las motivaciones de los individuos particulares, que así aparecen como objeto de la Historia. De ahí -sin perjuicio de la dimensión simbólica de Monsalud- que la llegada del Ejército a la Puebla de Arganzón se relate atendiendo sobre todo a éste, y que, tras una breve alusión al revuelo que en aquella villa se produce con la llegada de tanta tropa, el autor se centre en la tensión que produce el paso del "joven sargento" afrancesado por las calles de su pueblo, y, sobre todo, en el emotivo y culminante encuentro con su madre. Era ésta "una mujer de edad madura" llamada Fermina Monsalud, que, al verle, corre hacia él "con expresión de frenético contento" hasta verle el uniforme, lo cual produce su caída sin sentido a la vez que el cambio radical de "esta frase, empezada con ardiente cariño y concluida con terror: -¡Hijo mío!..., ¡francés!"<sup>301</sup>.

Monsalud, sin comprender lo que había oído y atribuyendo el desmayo a la alegría, se arrodilla y abraza y besa a su madre, mientras la llama "con los nombres más tiernos y afectivos" para reanimarla, sin advertir la presencia en la casa de otra mujer. Era ésta doña Perpetua, "una vieja flaca y amarillenta, de ojos ardientes y vivos como ascuas, descarnadas y picudas manos, una de las cuales oprimía el puño de un bastón negro, mientras la otra se alzaba acompasadamente a la altura de la cara para servir de signo visible y movable a su extraño lenguaje"<sup>302</sup>.

Esta vieja, cuya dura imagen completa Galdós, en una larga presentación, con alusiones a su toca, manto y saya -propia de las "antiguas dueñas"- su "talle derecho (...) aquilino

---

<sup>301</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1207, 1208 y 1209.

<sup>302</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1209.

perfil. (...) energía majestuosa", su doncella, sus "cien años cabales", su experiencia en cosas morales y físicas y su "gran reputación en la villa" como consejera, acusa ásperamente a Monsalud de estar matando a su madre con su "infernál vestimenta francesa", con su "traición" e "infamia de pasarse al enemigo"; le manda "con Satanás" y le llama "hereje, judío"; y, marcando el grado máximo del insulto, añade: "más ¿qué digo?, ¡francés!"<sup>303</sup>.

Monsalud contesta desdeñoso a doña Perpetua diciéndole que "está loca" y acusándola de que, juntamente con "el cura", han trastornado el juicio de su madre "con eso de traiciones y afrentas", que él es "honrado" y que su madre no le "aborrecerá por el traje" que lleva.

Cuando su madre vuelve en sí, insiste esperanzado en esta idea: "Madre, soy yo; soy Salvador, el mismo de siempre, el hijo querido (...) el vestido no hace al hombre"; pero su madre, que cubre de "besos amorosos" su rostro, lo rechaza a seguido por su traje francés: "¡Ese traje! ... ¡Era verdad!". Y, ante la angustiada congoja de Monsalud, que se pregunta qué delito ha cometido, su madre le hace notar que el pasarse a los franceses conlleva el estar "maldito de Dios y de los hombres, tocado de herejía, perdida para siempre tu alma, -le dice- y contaminada yo también por haberte parido y criado"<sup>304</sup>.

Monsalud, apenado, confiesa haber conocido "que hacía mal", que resistió para no caer en la "falta de servir a los enemigos de mi (su) Patria", pero se justifica diciendo que se "moría de hambre" y que su tío le empujó<sup>305</sup>; ahora, como le ocurría a Van Halen, "el honor" le "prohíbe vender" a los que le favorecieron, y si por esto pierde el amor de su madre, insiste, "será porque algunos malintencionados habrán emponzoñado su alma con bajos sentimientos". Esta idea de que sólo por inducción ajena puede su madre negarle su cariño reaparece en las propias palabras de ella cuando, madre al fin, afirma que ella lo

---

<sup>303</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., p 1209.

<sup>304</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1210 y 1211.

<sup>305</sup> Nuevamente insiste aquí Galdós en el valor eximente, que él debió de conocer como estudiante de Derecho, de esa que el profesor Artola llama "inescusable necesidad de sobrevivir a la prueba" (ARTOLA, M.: "Los afrancesados", Cit., p 39) y que, según este mismo autor, es destacada por "el embajador francés" al decir que *los empleados* han "seguido simplemente el instinto de la necesidad". Cfr. M. Artola, *Ibíd.*, misma p.

quiere siempre, pero **"he hecho -le dice- juramento ante Dios** de no admitirte bajo este techo, ni darte mi bendición, ni llamarte hijo, si no abjuras tus errores y maldices tus banderas infernales, si no reniegas de ese vil Rey y tornas a la Patria y al deber... **Mi conciencia** me exigió ese juramento, y lo he prestado **por consejo de respetables personas**"<sup>306</sup>.

Salvador, acongojado, estalló de súbito en violenta indignación diciendo: "Mi honor (...) me impide desertar; pero si pierdo el amor de mi madre, y se me arroja de mi casa porque no quiero ser desleal y perjuro, no quiero vivir". Ante la amenaza de suicidio doña Fermína se arrojó en brazos de su hijo mientras "la mujer secular permanecía silenciosa, fría, clavada en su silla", observando.

Tras la descripción de la violencia producida en Madrid contra los afrancesados en la persona de Monsalud, tras su salida hacia el exilio, esta escena parece cargada de simbolismo. Monsalud vuelve a su casa y se encuentra con que, como la población de Madrid, su madre le rechaza, como la patria española rechazaba a los afrancesados en general, inducida quizá también por tan "respetables personas" como doña Perpetua y el cura de La Puebla de Arganzón, don Aparicio Respaldiza, que andaba preparándose para combatir como guerrillero contra los franceses y que, en ese momento, se incorpora a la escena y se suma, más humano y benévolo, a la postura de "la beata".

El cura asocia, además, el "sentimiento materno" y la "cruz de la Patria", a la que Monsalud tendría que abrazarse, como estaba abrazado a su madre por dicho sentimiento -podría pensarse-, si quiere "resucitar" o regenerarse. Y cuando Monsalud, enternecido por los ruegos de su madre para que torne a la Patria, promete pensarlo y buscar una solución que le permita cumplir con su deber y obedecer a sus superiores, Respaldiza responde: "No hay ningún superior que tenga sobre tí más autoridad que tu madre"; y concluye -cual si quisiera identificar madre (o Patria) y Patria-: **"tu madre, personificación viva de la Patria, que a todos sus hijos gobierna y dirige"**<sup>307</sup>.

Se va Monsalud y vaga por las calles del pueblo sin darse cuenta de que lo miraban,

<sup>306</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1211. Sin negrilla en el original.

<sup>307</sup> "El equipaje ..." Ed. Cit., pp 1211 y 1212. Sin negrilla en el original.

absorto como estaba en sus pensamientos, quebrantada su anterior firmeza afrancesada por "el grande amor que a su madre tenía, y el prestigio de las dos religiosísimas personas" cuyas razones había escuchado. "Es indudable -dijo para sí, evocando el conflicto moral en que hubieron de verse aquellos afrancesados,- que el deber que hacia mi Patria tengo anula todos los demás deberes..."; pese a ello le costaba aceptar "el abandono traidor" de quienes le favorecieron y así oscilaba "su voluntad de un lado al otro, pero inclinándose más del lado de la deserción"<sup>308</sup>.

Al fin sus pensamientos, como siempre, se orientaron hacia su amada Jenara, a la que, saliendo de su campamento, verá por la noche, tras llamarla con una piedrecilla y un silbido, como hacia antes de irse a Madrid.

El desde fuera de la empalizada de la huerta y ella desde dentro, mantienen un diálogo amoroso en el que ambos se muestran muy enamorados, pero en el que Jenara dice también que lo aborrecerá si es verdad que, como se decía en el pueblo, se ha pasado a los franceses. El parece buscar momento para confirmar y paliar este rumor, que en principio niega, "yerto y frío" ante el horror con que Jenara se refiere a esa sospecha, pero, al negarlo, Jenara habla aún con mayor dureza contra el "traidor cobarde, (...) despreciable y Judas" que hubiera sido. Si él fuera afrancesado, "no sólo te aborrecería, -le dice- sino que me mataría la vergüenza de haberte querido". Estas palabras, junto a la escena vivida "en la casa materna", hicieron comprender a Monsalud "la inmensidad del sentimiento patrio. (...) Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas a todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional". Viéndolo Monsalud se siente vencido y resignado, "comprendiendo su propia miseria y la magnitud aterradora de lo que tenía delante"<sup>309</sup>.

Jenara, implacable, encuentra motivo en sus caricias para preguntar a Monsalud si es guerrillero, si ha matado muchos franceses, si participó en esas campañas gloriosas de los guerrilleros que oye comentar a su abuelo en casa y al cura en el púlpito, y le promete que si lo es, si se baña en la sangre y machaca las cabeza de los franceses, le querrá "como a

---

<sup>308</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., p 1213.

<sup>309</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., pp 1214-1216.



Dios...", porque -añade- "los españoles somos Dios, y ellos el Demonio, (...). Así lo dicen el cura y mi abuelo".

Monsalud, arrastrado por Jenara, ve entonces aquella "religión de la Patria", que se asemeja a "la fe en Dios" y jura a Jenara que hará todo lo posible para elevarse como ella "hasta el último grado en la fe de la madre España", llamándose "soldado de la Patria" y diciéndole al fin: "morir por ella y morir por tu amor me parece lo mismo"<sup>310</sup>.

Como pasaba en el encuentro de Monsalud con su madre, llamada "personificación viva de la Patria", pasa ahora con Jenara, cuyo simbolismo de la sociedad española parece señalarse en esa equivalencia entre morir por la patria o por su amor.

Monsalud, queriendo evitar aquella "farsa (...) que repugnaba a la dignidad y lealtad de su alma generosa, más sin deseos de ponerle fin alejándose de la dulce criatura amada", cambia de conversación preguntando a Jenara sobre el rumor de sus amores con Carlos Garrote. Mientras ella contestaba diciéndole que no hiciera "caso de eso", pero reconociendo que Garrote le hacía la corte, que se quería casar con ella, que tenía muchas virtudes y que era la admiración de aquella "villa y el honor de todo el país de Alava", despertando en Monsalud "un volcán de celos", llega Carlos Garrote, que se acerca hasta ellos sin ser visto por el acalorado Monsalud.

Se produce entonces entre ellos una violenta discusión que amenaza pelea, pero Navarro (Garrote) se niega a aceptar el desafío de Monsalud, por ser éste, según dice, "un miserable traidor (...) vendido a los franceses". Ante éstos y otros insultos, Monsalud le ataca sable en mano, llamándole a su vez "¡miserable, cobarde, salteador de caminos!" y, cuando Garrote alargaba la mano "sin otra arma que una linterna", cedió la empalizada por los empujones de Jenara y ésta pudo ver el uniforme de Monsalud, de modo que, aun fijándose en primer lugar "en la gallarda persona del renegado", el rechazo a ese uniforme da la victoria sobre su amor a Carlos Garrote, cuya linterna era, sin duda, el arma más eficaz para ello, y al que Jenara pide: "Navarro, mátale (...) mátale por embustero y traidor"<sup>311</sup>. En este grito, afirma Casaldueiro, se advierte que "Galdós ha encontrado el

<sup>310</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., p 1.216.

<sup>311</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1217-1219.

alma de *Doña Perfecta*". El desarrollo de la idea que encierra dará lugar a la novela que lleva ese título, publicada unos meses después<sup>312</sup>.

Este grito, repetido varias veces por "la voz divina y furiosa de Jenara" mientras ésta se alejaba, deja a Monsalud sin fuerza, como queda la Revolución que simboliza cuando la sociedad española (Jenara) se manifiesta en favor del absolutismo representado por Carlos Garrote; y estos simbolismos se destacan por Galdós, como hará usualmente, envolviéndolos con alusiones al misterio, con preguntas que detengan allí la atención o señalando esa personificación. En este caso se dice: "Un hecho es éste cuyo tenebroso misterio no penetrará jamás con exactitud el observador; pero es indudable que la pasión amorosa, confundida con el arrebatado sentimiento patriótico, (...) está sujeta a veleidades casi increíbles. El fanatismo de Jenara (...) La pavorosa figura bella y terrible que pedía la muerte de un hombre, pocos minutos antes amado, encaja muy bien dentro del tétrico cuadro de la época, en la cual las pasiones humanas exacerbadas conducían a los hechos heroicos y a los mayores delirios. Había en Jenara una entereza romana que de ningún modo podía ser completamente odiosa; en sus odios, lo mismo que en sus amores, no se quedaba nunca a medias"<sup>313</sup>.

Más que a mostrar un ejemplo de vida particular afectada por aquel drama, más que a un tipo representativo, parece orientarse este párrafo a señalar en Jenara un valor simbólico del conjunto social. La presencia de un valor simbólico destacable y asociado a Jenara se anuncia claramente al indicar que su comportamiento tiene implicaciones, segunda intención o "tenebroso misterio". Su relación con la sociedad española se insinúa en la confusión entre su "pasión amorosa" en cuanto mujer y el "sentimiento patrio", que se corresponde con aquella y puede serle también aplicado en cuanto sociedad; y, por otra parte, en su fanatismo y "pavorosa figura", que, según se dice expresamente, "encaja muy bien" con el "cuadro -que podría leerse comportamiento colectivo- de la época".

Ante esta actitud de Jenara -de la sociedad española- Monsalud tira el sable y dice: "Yo

---

<sup>312</sup> En "Vida y obra de Galdós", Cit., p 53.

<sup>313</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., pp 1212-1220.

soy el que debe morir. ¡Navarro, ahí tienes mi sable! Da gusto a Jenara"<sup>314</sup>.

Navarro le devuelve el sable y entre ambos se intercambian acciones caballerescas, salvándose la vida mutuamente, mientras el "aullido" de Jenara se repite a lo lejos, cual si fuera la voz de "un ángel de exterminio", sin que el duelo entre ellos llegue a celebrarse. Primero porque Navarro se niega con aires de superioridad: "Soy guerrillero. Dijo ésto como si dijera: 'Soy Dios'"; y, luego, cuando al fin se van a batir a navaja, porque un grupo de franceses borrachos los interrumpen.

Salvador, que, tras aplazar el duelo al lugar y día de su reencuentro, se ha de quedar con los franceses para evitar que ataquen a Navarro, se muestra enajenado, olvidados sus anteriores propósitos de tornar a la Patria o morir por Jenara, cosa que implicaba ser como su enemigo Garrote, y repite incoherentemente frases indicativas de que sólo aspira a ser lo contrario que éste: "¡El guerrillero, yo francés!... ¡Yo francés, el guerrillero!... ¡El blanco, yo negro!... ¡El cielo, yo tierra! ¡Si ese hombre fuera Dios, yo quisiera ser el Demonio!"<sup>315</sup>.

Es necesario tener en cuenta esto para comprender el alcance de la reacción que se avecinaba y los motivos de algunos revolucionarios del sexenio 1814-1820. Monsalud, herido en lo más íntimo por el rechazo de su madre y de su novia, lleno de rabia contra quienes les habían inducido a ello, regresa a su casa en "lastimoso estado moral y físico, con la razón delirante", lo que parece explicar su aspereza al acusar al cura y a doña Perpetua de embaucadores, prometer a su madre que le escribirá y volverá para rescatarla "de las garras del demonio" -que parecen ser esos inductores- y, con una risa de loco que produce nuevo dolor y desmayo a su madre, marchar al campamento proclamándose francés, o no importa que, con tal de ser lo contrario de los guerrilleros representados por Carlos Garrote, cuya valoración ha producido el desamor de sus seres más queridos.

Monsalud, rechazado por "francés" -no por revolucionario- tanto por su madre como por Jenara, volverá, según dice a la primera. Efectivamente volverá, según se sabe, con valores españolizados, patrióticos, pero contrarios a los de Garrote, la otra visión de España que,

---

<sup>314</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1220.

<sup>315</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1220-1222.

de momento, descalifica sus ideales por su componente francés, aunque la lucha, según veremos enseguida, sea, en mucha medida, contra valores como el constitucionalismo o liberalismo. Tanto que, cuando estos valores se presentan solos y españolizados, la otra España buscará para combatirlos apoyo, francés precisamente, en los Cien Mil Hijos de San Luis.

La contraposición dialéctica entre las dos Españas representadas por Monsalud y Garrote, insinuada en ese repetir la frase "¡el guerrillero, yo francés!", desencadenada por el deseo de contradicción y condena mutua que, descalificando al contrario, quiere asegurarse el amor de Jenara o el apoyo social, se destaca nuevamente por Galdós contraponiendo a Monsalud y Garrote cuando se dispone a presentar a este último: "El buen orden de esta historia pide que ahora dejemos a Monsalud, el cual irá, sólo o acompañado a donde mejor le plazca y su triste destino le lleve, y que volvamos los ojos y dirijamos nuestros pasos hacia Carlos Navarro, quien, por lo que hasta ahora de él vimos, parece ha de ser personaje de historia y digno de ser conocido más de cerca"<sup>316</sup>.

Carlos Navarro es el brazo armado de la España tradicional. Don Miguel de Baraona, abuelo de Jenara, le considera un *instrumento* "de la bondad divina, (...) la imagen humana de su brazo omnipotente"<sup>317</sup>, y Galdós le presenta como miembro típico de una dinastía cuyos valores y caracteres pueden definirse en función de los de "su padre", don Fernando Navarro, y "sus mayores" en general, "desde las generaciones más remotas": "Singular era este hombre -escribe Galdós-, y más singular aún su padre, don Fernando Navarro, vulgarmente conocido en La Puebla con el remoquete de don Fernando Garrote, que de sus mayores pasó a él, sin que se pueda saber por qué. Aseguraban los ancianos de la villa que siendo todos los Navarro, desde las generaciones más remotas, hombres muy fuertes, y a más de fuertes, algo pegones y amigos de dominar a los débiles y de machacar sobre los humildes, debieron recibir, por estas cualidades, el sobrenombre citado, que a maravilla les caía. Los últimos vástagos de esta dinastía garrotil son los que presentaremos ahora, eligiendo para ello el momento en que, desocupada momentáneamente La Puebla por los

---

<sup>316</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1223-1224.

<sup>317</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., p 1268.

franceses, quiso don Fernando poner en ejecución su pensamiento de ir a las partidas con Respaldiza, apretándole a ello la falta que él pensaba hacía en el ejército su tardanza, según eran los agravios que pensaba vengar, proezas que acometer y cabezas que descalabrar. (...) Era don Fernando Navarro o, si se quiere, don Fernando Garrote, un hombre de más de sesenta años, de elevada estatura y bien proporcionadas carnes, (...) arrogante en su madura edad (...) Uníase a su belleza varonil y majestuosa cierta expresioncilla insolente y de perdonavidas, y parecía satisfecho de la superioridad que Dios le había dado sobre el resto de los mortales. Observando su vanaglorioso ademán y porte guerrero, viéndole tan convencido de que la Humanidad existía para qué el probara sobre ella la fuerza de sus puños, se comprendía bien el apodo de Garrote que recibiera del vulgo. Lleváronlo sin ofenderse sus antepasados, que también fueron tremebundos, y el don Fernando respondía al mote y a veces firmaba con él".

Completan la figura de don Fernando Garrote su afición militar, para cuyo desahogo se le atribuían algunos "amagos y vislumbres de bandolerismo en tiempo de paz", y, con más certeza, se le conocían actividades de contrabandista, más por placer que por lucro. Por último, "luego que heredó el mayorazguillo (...) retiróse a La Puebla y allí se hizo un don Juan Tenorio". De modo que su arrogancia, sus posibilidades y su dedicación le abrieron "casi todos los caminos, y bien pronto todo el condado de Treviño, toda Alava y aún parte de la Rioja, llenáronse de víctimas en distintas edades y estados", sin sufrir reveses graves por ello gracias a su influencia local y a que los villanos parecen perdonar a los bandidos y tenorios aunque sean rigurosos con los cobardes o avaros.

"Lo que no puede pasarse en silencio es que hacia el fin de su carrera don Fernando se casó, animándole a ello su propio interés y el de una familia de Navarra que con la suya estaba genealógicamente entroncada. Antes, mucho antes del matrimonio, había nacido un varón, que fue reconocido con solemnidad. Saco Carlitos, con el cariz y la figura de su padre, muchas de las prendas de su alma, y singularmente el valor y la generosidad, y creció el niño en la holganza, dedicándose a ejercicios de fuerza, con descuido de la inteligencia, aunque la tenía privilegiada. No mostró, como el progenitor, afición al galanteo frívolo, y durante algunos años huía de las faldas como del Demonio; tanto, que creyeron iba derecho por el camino de la Iglesia; más de pronto resultó muy apasionado

y tierno, y verificóse radical transformación en sus hábitos, y más que todo en su pensamiento. En el transcurso de esta fiel historia, irán saliendo muchas cosas que ahora no conviene anticipar, y que completarán el conocimiento de este benemérito joven, primero mojigato, guerrillero después y adornado siempre de estupendas cualidades.

"Ahora lo que importa referir es que en 1812 tomó el gusto Carlitos a las partidas, enamorándose de tal modo de aquella errante, gloriosa y popular vida, que a vuelta de pocos meses era uno de los más bravos e inteligentes soldados del bravísimo Longa, siendo tantas sus hazañas, que en La Puebla de Arganzón gozaba de más fama que en Macedonia el Grande Alejandro. No está de más decir que entre las causas que determinaron a don Fernando a meter su cucharada en el negocio de la guerra no fue la menor cierta comezoncilla, o por ponerlo más claro, cierta envidia, del gran renombre de su hijo, y tenía la certidumbre de que con sólo echarse al campo eclipsaría con un solo arranque las proezas de todos los fusileros de Longa, Mina y Pastor".

Aunque Galdós parece dar por terminada esta presentación, todavía, a través de doña Perpetua, matizará esta imagen de los Garrote con algunas pinceladas o sombras clarificadoras, así es que añade: "Conocidas así las personas, refiramos ahora lo que hablaron doña Perpetua y el señor Garrote, mientras éste, esperando a su hijo, al cura Respaldiza y demás personas que debían acompañarle, se ocupaba en limpiar el moho a varios trebejos, restos de su alborotada mocedad"<sup>318</sup>.

Galdós, que había señalado en el idealista Monsalud el pecado de afrancesamiento, hace notar ahora que también los Garrote tienen los suyos. No sólo es que sean "pegones" y tengan otros defectos; es que, si Monsalud era hijo ilegítimo, también Carlos Garrote había nacido "antes, mucho antes del matrimonio". La diferencia estaba en que éste fue luego "reconocido con solemnidad" y Monsalud quedó abandonado, junto con su madre, con lo que se le sigue considerando "nacido del pecado y de unión nefanda"<sup>319</sup>, según diría el boticario de La Puebla de Arganzón al verle llegar a la villa, con una supuesta maldad natural que explica, según él, su afrancesamiento.

---

<sup>318</sup> "El equipaje..." Ed. Cit., pp 1124-1226.

<sup>319</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., p 1208

Pero esa mala imagen, el abandono y la indigencia que realmente ocasionó el afrancesamiento de Monsalud se vuelven contra los Garrote cuando doña Perpetua, a solas con don Fernando Navarro, trata de disuadirle de ir a la guerrilla y le dice que un hombre como él "lleno de pecados, que ha sido el escándalo de un siglo y el Satanás de esta (aquella) honrada villa", debiera ocuparse de limpiar su conciencia y reparar los males que había hecho, entre los que cita como ejemplo y caso más grave el engaño y posterior abandono de doña Fermina y su hijo, Salvador Monsalud. Quedan así conocidas por sus obras las personas que ya lo eran por su aspecto y caracteres y, al aclarar estas anteriores relaciones, los Garrote aparecen culpables de la desgracia de los Monsalud y del comportamiento que esto conlleva, y pierde sentido que los condenen, por más que don Fernando Garrote, al enterarse de que Monsalud es hijo suyo y afrancesado, proteste y diga que esto no puede serlo alguien de su sangre.

Esa discusión se interrumpe de súbito por la llegada de su hijo Carlos, y es entonces cuando se completa su presentación personal diciendo: "Carlitos era bastante parecido a su padre, salvo algunas diferencias: se le asemejaba en la tez morena, en los cabellos asimismo negros, en la arrogancia del cuerpo y talle y en cierta expresión de nobleza que en toda su persona gallardamente se mostraba. Diferenciábase en la estructura de las cejas, que en el mozo eran juntas, y en la seriedad invariable y algo torva que tenía en sus grandes ojos"<sup>320</sup>.

Mientras padre e hijo se preparaban para ir a la guerra "entró el cura hecho un arsenal ambulante", dispuesto "a matar franceses y afrancesados, para gloria de la Nación y triunfo de la Fe"<sup>321</sup>.

Don Fernando Garrote, se dice dispuesto a luchar por el Rey, la Patria y la Religión, y, ante las recriminaciones y acusadoras miradas de doña Perpetua, dice confiar en que se le perdonen su pecados de juventud por sus méritos en esta guerra hecha "en servicio de Dios" y que, en todo caso, confesará ante el cura que va con él.

Por otra parte, aclara los motivos de esta guerra y, a la vez, los del enfrentamiento entre

---

<sup>320</sup> "El equipaje...", Ed. Cit., pp 1227-1228.

<sup>321</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., p 1228.

la España de los Garrote y la de los Monsalud, a que antes hemos aludido, asegurando que no sólo hay que luchar contra franceses y afrancesados sino también contra otra "canalla peor que la canalla afrancesada", constituía por "hipócritas infames (...), los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución". De ahí que si primero va a combatir contra los franceses y afrancesados, que son muy malos, irá "después contra los llamados liberales, que son pésimos"<sup>322</sup>.

Salieron de casa entre aclamaciones, junto con otros guerrilleros, y, mientras se dirigían hacia Treviño, don Fernando Navarro y Respaldiza se fueron rezagando y, distraídos con la conversación sobre las cuestiones de conciencia que, tras su conversación con doña Perpetua, preocupaban a Navarro, se acaban perdiendo, son hechos prisioneros por un grupo de soldados franceses y conducidos al campamento del general Gazán en Ariñez.

La valentía de Navarro, su "admirable entereza" y "dignidad" como prisionero, contrastan con la poquedad y "femeniles quejas" del cura Respaldiza, que a todo se plegaba en el campamento, donde se encuentra con Monsalud, que será, casualmente, quién vigilará a los prisioneros<sup>323</sup>.

Al encerrarlos, por separado, Monsalud, que ya había hablado con Respaldiza, llama a don Fernando Navarro por su nombre y, al preguntarle éste de qué le conoce, le dice que él es Salvador Monsalud, de Pipaón, con lo que Navarro se entera de que aquel joven afrancesado es su propio hijo, que, sin saberlo, le custodiará como enemigo en su última noche, puesto que ya le había dicho que serían arcabuceados al amanecer.

La contraposición entre lo representado por los Garrote y los Monsalud es algo que se va a mantener hasta el final de esta segunda serie y, dada su importancia, Galdós no sólo describe especialmente la personalidad de unos y otros sino que la va reflejando en sus biografías y en sus comportamientos ante diversas situaciones<sup>324</sup>.

---

<sup>322</sup> "El equipaje.....". Ed. Cit., pp 1228 y 1229.

<sup>323</sup> "El equipaje...." Ed. Cit., pp 1233-1235.

<sup>324</sup> El esmero con que Galdós va realizando estos retratos puede servir como ejemplo algo que, por otra parte, le es habitual. Según destaca H. Hinterhäuser, Galdós suele practicar la técnica propia del caricaturista -aprendida en sus recortes y dibujos de juventud-, insistiendo en los rasgos característicos de sus personajes. Como ya vamos viendo, su atención se extiende desde los nombres y lo físico, en especial lo fisonómico, (continúa...)



Fernando Navarro, ya a solas en su calabozo, ve en aquel joven representada la gravedad de sus muchas culpas, se arrepiente y pide perdón a Dios a la vez que las va rememorando en una especie de examen de conciencia, centrado especialmente en el caso Monsalud, hasta que es interrumpido de nuevo por éste, que volvía con vino para que el condenado aliviase sus últimas horas. Venía ligeramente ebrio, porque había bebido algo y no tenía costumbre, con lo que, además de tratar a don Fernando Garrote con cierta displicencia, cuando éste trata de convencerle para que dejase a los franceses y pasase a luchar por Dios, Patria, Rey y Religión, le contesta con dureza, risa y desprecio, defendiendo su servicio y aun estima a los franceses porque ellos le "ampararon cuando de todos era abandonado"<sup>325</sup>, con lo que el atribulado Garrote se siente aún más culpable. Ha de escuchar, además, "con inmensa angustia", ideas revolucionarias contra los guerrilleros, frailes y ciertas cuestiones políticas y religiosas, entre ellas la desconfianza de que Dios se metiera en sus asuntos. Salvador se acaba poniendo borracho, al beberse el vino que había traído y no quiso beber don Fernando Garrote, con lo cual, aunque por distinto motivo, se volvió a nublar su mente y apareció "el repugnante cinismo de que había dado ya algunas pruebas en la conferencia con su madre", y Monsalud atormentó con sus burlas a Navarro sin advertir, hasta después de marcharse, que "había estado inconveniente, cruel y ... grosero"<sup>326</sup>.

Al quedarse nuevamente solo, Fernando Garrote llama al cura Respaldiza a través del tabique de tablas que los separaba, confiesa arrepentido sus pecados, que nuevamente se centran en su engaño y "deshonra de una doncella de Pipaón" y en que posteriormente,

---

<sup>324</sup>(...continuación)

a lo psicológico y moral, señalado a veces en sus rasgos, idea del mundo, comportamiento, educación, carrera profesional, etc.; en lo habitual, sobre todo los tics o gestos personales, pero también en su modo de hablar, comer, beber, amar, sufrir, envidiar, desear,... y en tantas otras cosas que enlazan con lo factual: sus hechos y militancias, a veces juzgados por el autor o por otros personajes para ir completando en su proceso vital el perfil definitivo del juzgado, y a veces de sus jueces, al mismo tiempo que los rasgos de unos y otros se proyectan sobre su ambiente y grupos de pertenencia históricos, que son, como se ha dicho tantas veces, la principal razón de estos caracteres. Véase sobre ello HINTERHÄUSER, H.: "Los Episodios Nacionales...", Cits., pp 248-250, 278-279, 284-286, 292 y 295-298.

<sup>325</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1240.

<sup>326</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1240-1244.

"sabiendo que la madre y el hijo estaban en la miseria, no me cuidé -dice-, de socorrerles"<sup>327</sup>.

Le dice también que Monsalud es su hijo, lo cual le produce vergüenza y horror a la vez que sentimiento de culpabilidad, porque "es un monstruo, es como el crimen que lo engendró"<sup>328</sup>; y le consulta sobre si debió decir o no a Monsalud que él era su padre, a lo que el cura, más atento a su peligro que a otra cosa, respondió "con cansancio": ese "infame mozuelo (...) no tiene derecho a ser hijo de alguien".

Don Fernando Garrote enumera razones de todo tipo para silenciar su paternidad y evitar que Monsalud "asocie su infamia" a su apellido, hasta convencerse de que "Dios (...) aprobaba sus sentimientos y su rigurosa intolerancia". Sus reiteradas razones, su estado emotivo y el mismo planteamiento de conjunto, hacen de él una imagen de la España antigua, que se niega a reconocer a la Revolución representada por Monsalud como hija propia, porque quiénes les llaman "serviles, (...) insultan a los valientes guerrilleros, (...) hacen befa de las cosas santas (...) y parodian a los franceses, (...) no pueden ser -dice- nuestros hijos, ni nuestros hermanos, ni nuestros primos, ni nada que con nosotros se roce o enlace". Y, generalizando, concluye: "no pueden de ningún modo nacer de nosotros... Esa gente no es gente, esos españoles, no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna". Y esta lucha, dice Respaldiza como respuesta, habrán de continuarla los guerrilleros "después de acabar con los vándalos de fuera"<sup>329</sup>.

Es posible que, en opinión de Galdós, esa misma España antigua debiera sentirse culpable de los hechos que condena y decir, como don Fernando Garrote dice a Dios: "Me has puesto delante el monstruo engendrado por mis errores". Y quizá, también como él, tendría que estar intranquila al repudiarla por el "bochorno" del "parentesco con tal monstruo". Ello es lo que acaba dignificando a don Fernando Garrote, cuya intolerancia maniquea no impide que comprenda su pecados y que sinceramente quiera arrepentirse y acertar, dispuesto a morir con resignación mientras, aterrado, oye romperse la puerta de

---

<sup>327</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1245 y 1246.

<sup>328</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1246.

<sup>329</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1247 y 1248.

Respaldiza entre los gritos de un grupo de soldados que la asaltaban y los lamentos de Respaldiza, que luego se sienten cada vez más lejanos<sup>330</sup>.

Mientras tanto, Monsalud, cuya borrachera se iba disipando con el fresco de la noche, vio horrorizado como el centinela que le había relevado permitió a aquella turba sacar al cura de su prisión para martirizarlo y, tras discutir como español contra los permisivos franceses, entra de nuevo al calabozo de don Fernando Garrote -pese a la resistencia de los guardianes- y, creyéndole enajenado por el terror o interesado en que le salvase, no hace caso de las emocionadas palabras con que al fin le dice éste que es su padre, y le entrega una pistola con la que Garrote se suicida, al ver entrar de nuevo al grupo de asesinos, para evitar la suerte de Respaldiza<sup>331</sup>.

Parece evidente, por otra parte, que Galdós quiso destacar el carácter de guerra civil haciendo que los protagonistas centrales de la serie fueran vecinos del mismo lugar y, en algunos casos, familiares, con lo que el patetismo del choque se acentúa por ser, como en este caso, entre padre e hijo o entre hermanos, amigos de la infancia, etc.

Estas escenas ocasionan una digresión de Galdós sobre "la terrible pugna que en ellas aparece -como ocurría en el citado caso de Santorcaz- entre los lazos de la Naturaleza y las especiales condiciones en que los sucesos históricos y las ideas políticas ponen a los hombres"; asegura, además, que cuanto ha "contado es ciertísimo", que lo dicho sobre don Fernando Garrote responde a la "rigurosa verdad", que este personaje novelesco vivió "en los mismos años" que le presenta y "fueron su carácter, sus costumbres y sus ideas tales" como las ha pintado, "salvo la diferencia que entre el artificio de la narración y la verdad

---

<sup>330</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1248-1249.

<sup>331</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1249-1253. Por triste que sea su desenlace, Galdós refleja en estos sucesos la existencia en Monsalud de ese españolismo que, según defendieron los afrancesados, les convierte a veces en *mediadores* ante el francés, más que en *colaboradores* de éste. Tanto Francisco Amorós (en su "*Representación (...) a Fernando VII, (...) acompañada de documentos*". París, 1814, 4º, 40 págs.") como Felise-José Reinoso ("*Examen de los delitos de infidelidad a la patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*". Auch., 1816, 8º, 439 págs.") defienden, escribe el profesor Artola, "la ventaja que se obtenía de poseer una administración española"; y el general Suchet afirma, con palabras que evocan el gesto de Monsalud, que aquellos españoles "aceptaron la honrosa misión de interponer la moderación y la justicia entre los habitantes y los soldados, y protegieron los intereses de sus compatriotas con una perseverancia jamás desmentida". SUCHET: "*Memoires du maréchal..., duc d'Albufera, sur ses campagnes en Espagne depuis 1808 jusqu'à 1814, écrits par lui-même*". París, 1834, 2 vols. in 4º. Todo ello Cfr. a ARTOLA, M.: "Los afrancesados". Cit., pp 52, 55, 56, 264, 266 y 267.

misma existe y existirá siempre mientras haya letras en el mundo"<sup>332</sup>.

Así, pues, no por tratarse de hechos y personajes novelescos deja de reflejarse la verdad histórica. Su expresión novelada, según le vimos afirmar en otros casos, puede ayudarse con tipos como don Fernando Garrote, al que, por otra parte, "no le cupo peor suerte que a otros muchos" que, como él, fueron entonces víctimas "del furor de las desenfrenadas pasiones". Estos personajes y hechos pueden contribuir a la comprensión de las tensiones, crueldades y alternativas exclusiones que luego se suceden, pero, además, viene a decir Galdós a sus coetáneos, tampoco sorprenderán a la "gente de estos días, la cual, viviendo como vive en el fragor de la guerra civil, ha presenciado" en ella "todos los desvaríos del odio humano entre seres de una misma sangre y de una misma familia", rotos igualmente sus vínculos por el "fanatismo y los rencores políticos".

En definitiva, lo que Galdós está contando es "el primer lance de este gran drama español, que todavía se está representando a tiros" (en 1875), y "El equipaje del rey José" en que lo cuenta, "más que libro, es el prefacio de un libro". Es el gran drama de la "guerra civil", cuyos primeros vagidos se producen "al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional".

De momento, su primera manifestación es la gran tragedia de los afrancesados; de aquellas familias y soldados que, al ponerse en marcha el largo convoy, "veían que España se iba quedando atrás" y tenían la sensación de que políticos y generales y reyes obtenían triunfos y cruces y reinos a costa de unos humildes *pueblos* que la Historia solía ignorar en "sus palabrotas retumbantes"<sup>333</sup>.

Al continuar este camino parece comenzar una nueva fase en la vida de Monsalud, al que reclama la llamada y zalamerías de doña Pepita Sanahuja, esposa del Oidor don Urbano Gil de la Cuadra, que, asomándose una y otra vez por la ventanilla de su coche, "tan garbosa, con su grueso lunar velludo en la barba, sus buenas carnes, sus ojos negros, su cara un tanto arrebolada y sus quirotecas amarillas", se empeña, apoyada por el confiado Oidor, en que Monsalud vaya cerca de ella, que le diga cosas para distraerla de

---

<sup>332</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1253-1254.

<sup>333</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1254-1255.

la batalla -que se oía cada vez más cerca-, y delata al final su segunda intención al terminar diciendo: "No tema usted alzar la voz. Mi marido no oirá nada: es un poco sordo". (Lo cual -dicho sea de paso- no deja de tener gracia si se tiene en cuenta que el *sordo* es un *Oidor*).

Esta nueva relación y sus provocaciones, que habían de tener considerable transcendencia en la vida de Monsalud, se presentan acompañadas de un delicioso amanecer, que parece asociarse a su renacer, tras el hundimiento que le produce el rechazo de Jenara y, a la vez, al triunfo español de aquel día, y que baña "todo con las dulces y frescas tintas de la mañana", impregnándolo de una "placentera atmósfera" que llega al "corazón", "inundándolo de felicidad", aromatizándolo con "balsámicas esencias".

El convoy seguía huyendo durante la batalla, cuyo interés estaba "en la impedimenta", hasta que ésta se pierde. Entonces, mientras cada cual procura huir como puede, doña Pepita, que parece tratar de suplir el desamor de Jenara, cual si representase los afectos que la Revolución, como Monsalud, encuentra entonces entre parte de la sociedad afrancesada, se promete un futuro feliz al lado de éste.

Superando la crueldad y egoísmos que el terror ocasiona, ambos se ayudan, y doña Pepita, viendo a Monsalud perdido ante la llegada de los vencedores, de los que éste no había huido por protegerla, sustituye rápidamente, y ayudada por él, su uniforme de **jurado** por otras ropas que no comprometieran tanto su vida, de modo que "el renegado desapareció"<sup>334</sup>.

Haciéndose pasar por "españoles rancios", evitan los ataques de los vencedores, que ya llegaban: de "los ingleses (...) despiadados, horribles, hambrientos de matanza y botín", y de los guerrilleros, presos como ellos de una "apasionada codicia, (...) brutal concupiscencia" y "vengativo ardor" que dieron lugar a "todo linaje de excesos".

En el saqueo de dinero y objetos preciosos "distingúfanse principalmente los aldeanos" y gentes de Vitoria y sus alrededores, donde muchas familias "se enriquecieron con la rapiña de aquella noche". El comercio con los más diversos despojos convirtió "el lugar donde pereció el convoy (...) en un campo de feria". Había también quiénes llegaban "para

---

<sup>334</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1255-1264.

contemplar el odioso imperio derrotado", gozarse "en el mísero castigo de los malos patriotas y escupir los avergonzados semblantes de los traidores"<sup>335</sup>.

Entre estos curiosos, que en muchos casos traían comida para celebrar la victoria con un día de fiesta, llegaron don Miguel de Baraona y su nieta Jenara, que van recorriendo el campo entre las expresiones de regocijo del abuelo por el triunfo de "la causa de Dios" y entre sus anatemas contra los "traidores" afrancesados y los liberales, "traidores y renegados en el campo de la Ley", "los que por favorecer hipócritamente a Bonaparte, introducen en España caprichosas leyes a estilo jacobino, y constituciones que son lazos tendidos a los pueblos por la herejía, por la licencia, por el democratismo, por la soberbia de los pequeños que quieren parecerse a los grandes"<sup>336</sup>.

Pero Baraona cuenta con Dios, que "es español", con su "bondad divina y la espada del Arcángel guerrero", que harán posible eliminar el "mal" y enterrar a los "perversos hijos" de España en "muchos hoyos" como el que, delante de ellos, se tragaba a algunos *jurados* que estaban sepultando, ante los que Jenara se muestra extrañamente asustada, cual si recordase o viese a Monsalud. Tanto que, al apartarse de allí, seguía mirando hacia atrás con fijeza sin atender a su abuelo, que le preguntaba en vano si era Carlos Navarro el que venía hacia ellos.

Reunidos los tres, Galdós insiste en los aspectos representativos de este personaje diciendo: "Vestía Navarro un traje que no era completamente militar, ni tampoco de paisano. Componíase de una blusa en cuyas mangas, a falta de charreteras, mostraban la arbitraria graduación del guerrillero galones diversos de plata y oro, puestos con arte y aún con cierta elegancia. Botas y espuelas muy finas eran distintivo de que guerreaba a caballo, y cubría la cabeza no con los empinados morriones de la época, sino con una sencilla gorra verde de cuartel, primorosamente bordada de oro. La sofocación del día anterior y la pesadumbre recientemente recibida habían dado a su rostro un tinte violáceo y como enfermizo, que parecía aumentar el negror de sus fieros ojos, afilarle la nariz y hacerle más grande la frente. Había en su cuerpo la indolencia de la victoria un poco enfatuada; pero

---

<sup>335</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1264-1266.

<sup>336</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1266-1268.

aún así, por su alta estatura, airoso porte y grave semblante, era una de las figuras de más atractivo que podían verse"<sup>337</sup>.

Por otra parte, a través de don Miguel de Baraona, parece reiterar el simbolismo que corresponde a Garrote cuando el absolutista don Miguel le dice: "Abrazándote, creo abrazar a toda la España valerosa y cristiana (...) Dios te conserve. Tú y los tuyos sois instrumentos de su bondad divina, sois la imagen humana de su brazo omnipotente"<sup>338</sup>. Y, tras augurarle un Paraíso especial para su padre, don Fernando Navarro, le recuerda el "dulce proyecto", que ya el difunto y ambas familias tenían, de que él (Carlos) se casase con Jenara, con lo que "Jenara se puso como una amapola". Parece apuntarse así una mediación para este matrimonio -que puede corresponderse con el del absolutismo representado por Garrote y la sociedad española encarnada por Jenara- pero, al contestar Garrote, sin muestras de alegría, "Jenara no me quiere", queda en el aire la sensación de que tal matrimonio no duraría.

Regresaban los tres hacia el coche en que -según señala Galdós en un apunte sociológico- vinieron los Baraona con el "canónigo de la Colegiata, don Blas Arriaga; el capellán de las monjas de Santa Brígida y mi (su) primo el secretario de la Inquisición", pasando entre grupos que sobre la "verde yerba" tenían sus "meriendas", para tomar la que, a su vez, habían traído, cuando Jenara, al pasar por "el mismo paraje" en que antes mostrase miedo de los "insepultos jurados", volvió a mostrarse asustada mientras decía "he visto, he visto...". Y, aunque no se aclara qué, parece que su miedo no era a los muertos, según observa Garrote y confirma ella misma, pues acercándose a aquella fosa común y observando "a todos y cada uno" de aquellos cuerpos "con atención profunda", permanece allí "fija, inmóvil", siendo destacable que "ni lloraron sus ojos ni perdió su semblante aquel grave ceño estatuario que la asemejaba en tal escena a un diosa antigua recibiendo la ofrenda de sangre humana vertida en aras de su orgullo"<sup>339</sup>.

El elevado tono trágico asociado aquí a Jenara -cuya figura al borde de aquella fosa

---

<sup>337</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1268.

<sup>338</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1268.

<sup>339</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1269-1270.

parece evocar la de la sociedad española, cuyo orgullo se vería satisfecho con la muerte de quiénes entendía que la habían traicionado,- se muestra también, acto seguido, en Carlos Garrote, que -llevando más allá de la tumba su odio y afán de venganza- desea la condenación eterna de aquellos muertos si tuvieron parte en la muerte de su padre; pero esta gravedad se diluye con una nota de humor al indicar que junto al coche encontraron a los eclesiásticos antes citados revolviendo ya "la cesta de los fiambres"<sup>340</sup>.

Con ello se afronta más serenamente una presentación acorde con la importancia de Jenara, pues las pinceladas que a su figura se han dedicado parecen sólo apuntes de quien "ocupará lugar muy importante en las historias que van a leerse", según advierte Galdós a la vez que anuncia la complejidad de este personaje: "Aquella a quien oímos primero junto a la empalizada de una huerta de La Puebla de Arganzón, y acabamos de ver y oír ahora mismo al borde de una sepultura, era una muchachuela bonita, de apariencia delicada y casi infantil. Recordaba normalmente su fisonomía la de aquellas vírgenes a quiénes figuran los pintores tocando el laúd y a veces el violín en los místicos conciertos del Cielo, entre aperladas nubes que hacen resaltar el oro de sus cabellos y la beatífica seriedad de sus labios sin sonrisa, pues el arrobamiento y el canto las ponen graves como doctores. Jenarita o Generosa, a pesar de su belleza virginal, tenía en ocasiones un ceño algo sombrío y un modo de mirar que no indicaba la diafanidad o, mejor, el perfecto equilibrio de espíritu de un ángel celeste. Gravemente meditaba, y aunque su semblante era de esos que en otros caracteres y en la misma edad están siempre mirando a todos lados, aunque no vean más que el vuelo de las moscas, ella parecía estar dispuesta a no ocuparse nunca de cosas pequeñas. Las moscas que ella miraba no las veían los demás.

"La fisonomía engaña casi siempre, y bajo aquel semblante, que recordaba a la espigadora Ruth o a la organista Cecilia, se escondía una culebrita graciosa que halagaba enroscándose, un carácter vehemente que a la edad de diecisiete años vivía atormentándose a sí mismo con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos o que variaban a cada hora. El reptil a sí propio se mordía por no haber encontrado todavía en quién cebarse, y con la cola se azotaba la cabeza. Impresionable hasta un

---

<sup>340</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1270.



extremo casi inverosímil, lo que a otras entristecía a ella la ponía furiosa; lo que a otras daba gozo, infundía en aquesta un fiebre de júbilo que necesitaba un pesar para calmarse. Sus sentimientos, siempre en lucha, se manifestaban de improviso y de un manera torrencial y borrascosa. Cualquier accidente externo, impresionándola como impresiona el rayo, podía hacerlos cambiar en un instante.

"Sus ideas eran, sin embargo, exclusivas y fijas; ideas asimismo obscuras y extravagantes sobre la vida y la sociedad, pero arraigadas tenazmente. Tenía la terquedad de su abuelo, hombre de granito, una especie de montaña humana, formada con los seculares yacimientos del ideal de la autoridad, y que no podía henderse, ni desmoronarse, ni dejar de ser montaña. Carecía Generosa de la fácil ternura que parece propia de una complexión delicada, y cuando este dulce sentimiento aparecía en ella, era enteramente superficial y simulado. Finalmente, no le faltaban dotes de inteligencia, siempre que no se tocara a las preocupaciones o a las ideas que en su consistencia geológica eran base de la familia.

"Todo esto lo veremos más adelante, porque esta hermosa bestiecita, esta mujer linda y profunda, este hermoso vaso lleno de tempestades y que, conteniendo el Océano, parece una redoma de peces, ocupará lugar muy importante en las historias que van a leerse, y a las cuales sirve de prefacio la siguiente"<sup>341</sup>.

Resulta evidente en esta descripción que Galdós atiende más que a los rasgos físicos a los espirituales, destacando entre éstos esa falta de diafanidad que produce comportamientos sorprendidos y vehementes, "con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos o que variaban a cada hora". Son aspectos que se asocian con los "diecisiete años", que se corresponden también con la juventud del cambio en la sociedad española, y en los que se insistirá repetidamente al hablar de una y otra. Estos variables "sentimientos, siempre en lucha", se contraponen a "sus ideas, (...) exclusivas y fijas", mantenidas con la terquedad de su abuelo. Pero esa reserva, ese no fijarse en "las moscas", ese "hermoso vaso lleno de tempestades", parece anunciar posibles cambios al compás de la evolución de ese "Océano" que, aunque no lo parezca, contiene. Por de pronto, según

---

<sup>341</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1270-1271.

vamos a ver en esa historia que Galdós anuncia como "prefacio" de otras, hay cosas en las que ya no están de acuerdo abuelo y nieta.

Durante la merienda todos recuerdan las virtudes de don Fernando Navarro, lamentando su muerte y tratando de consolar a su hijo Carlos, y el Sr. de Baraona contrapone el patriotismo cristiano, por el que Garrote murió, y el de esos "que se llaman **patriotas** en Cádiz y en Madrid", a los que él llama "negros". Haciéndose eco de esto, Jenara propone un brindis "a la salud de toda la gente blanca", acompañándose de una serie de gestos simpáticos que contrastan con esa reserva destacada por Galdós al indicar que su "sonrisa celestial (...) descubrió los blancos dientecitos de la víbora", que así se inclinaba hacia el bando absolutista.

Baraona se felicita del expresivo brindis de Jenara e identifica gente blanca y Patria sin franceses ni ideas francesas, con Religión y costumbres antiguas, con inmutabilidad de España, "sobre la cual pasan y pasarán los **negros** innovadores como hojas de otoño que se lleva el viento". Como antes Fernando Navarro, Baraona manifiesta repetidamente la aversión de la España absolutista, cuya idea parece representar, a esos "liberales" o "negros", que quieren imponer sus "ideas jacobinas" y deben ser combatidos por "los buenos españoles" con la adoración de "dos cruces", la "religiosa" y la del "sentimiento patrio", porque Religión y Patria son "dos nombres" pero "una sola idea, (...) inmutable, eterna (...) como Dios, del cual todo se deriva"<sup>342</sup>.

Al terminar Baraona la exposición de esta idea, mucho más largamente razonada en términos parecidos, hay una serie de felicitaciones que indican la coincidencia con ella. Si Baraona era la idea, Carlos Garrote, que es el primero en felicitar y bendecir al "insigne patriarca" por lo dicho, se muestra de nuevo como brazo armado, contando, a petición de Jenara, algunas de sus proezas en la batalla.

Concluida la narración todos duermen la siesta, a la sombra de los olmos, salvo Garrote y Jenara, cuyo "arrobamiento" al escuchar las acciones militares de Garrote se traduce ahora en "conversación muy íntima y cordial" entre ambos, con "todos los dulces

---

<sup>342</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1271-1273.

amargores de un amoroso diálogo"<sup>343</sup>.

Cuando, despiertos ya, recogían todo para irse, llegó hasta ellos doña Pepita Sanahuja y, diciendo con varias razones que ella, su marido y su hermano eran españolistas necesitados de ayuda por haber sido despojados injustamente, consiguió que accedieran a darle abundantes viandas que, por orden de Baraona, le fueron a llevar a su cobijo Jenara y Garrote.

Van ambos sin prisa y aprovechando el estar a solas para continuar su amorosa conversación; pero Jenara no se franquea con Garrote, sino que engañosamente le asegura de mil modos que confundió a Monsalud con él y que por eso bajó a la empalizada, donde dice, mintiendo de nuevo, que acababa de llegar cuando apareció Garrote. Se empeña, además, en que Garrote le diga que le cree, pero éste, no muy convencido al parecer, contesta: "aunque no fuera verdad, debería creerlo". Le pide en consecuencia que se case con él y Jenara contesta echándose en sus brazos, pero, "casi en el mismo instante", notaron, con "sorpresa y temor", que "alguien les miraba". Cuando el misterio con que se envuelve su "figura delgada y sombría" se desvela, se confirma que es Monsalud, ante el que Jenara "lanzó un grito de espanto" y pidió a Navarro que le defendiera de él, que la quería matar, aunque "el aparecido no había hecho movimiento alguno".

Llegado a él Garrote, discuten nuevamente y doña Pepita Sanahuja sale en defensa de Monsalud reconociendo que no es su hermano sino su "amigo", lo cual parece producir un ataque de celos en Jenara, que se acerca "clavando sus ojos con ansiedad profunda en el semblante de la desconocida señora" y, cuando ya se iban, comenta con Garrote, "apretando los puños y temblando de ira", la "insolencia" de aquella mujer, que llamaba su amigo, su cortejo, a Salvador, insistiendo en ello e indignada porque Garrote no abofeteó "a esa infame mujer".

Se acentúan así las dudas del lector sobre el amor de Jenara hacia Garrote, al que ya había engañado sobre Monsalud. Además, cuando llegan a donde estaba Baraona, seguidos de cerca por Monsalud -que había sido desdeñado de modo insultante por Garrote y espera un duelo con él-, Jenara monta en el coche para irse con su abuelo y sigue mirando "hacia

---

<sup>343</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1273.

afuera con estupor", sin contestar a Navarro, que repetidamente le dice "hasta mañana" y que acaba mostrándose "ofendido por la profunda abstracción de su futura esposa", que, al fin contesta: "¡Si Dios quiere!"<sup>344</sup>.

No estaba muy claro si Dios quería o no, porque tan pronto como partió el coche y quedaron solos Monsalud y Garrote se dispusieron a organizar su duelo.

Monsalud había enterrado sus armas junto a su uniforme, así es que pide a Navarro que le preste las que él quiera, dando lugar a que este le pregunte si quiere evadirse así de su compromiso. Monsalud, "conmovido y sin aliento", contesta que no le insulte, que lo delate, que lo mate o le de un arma para batirse donde quiera, pero al ir con Navarro en busca de arma se desmaya de hambre. Navarro, al advertirlo, "comprensivo y generoso", lo levanta, y sosteniéndolo con su brazo lo lleva para darle comida.

Galdós aprovecha esa imagen para apuntar el valor simbólico de este duelo entre aquellos hombres, que "parecían dos tiernos amigos, dos cariñosos hermanos, (...) Nadie al verlos hubiera dicho que **entre ellos** y **en torno a ellos**, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de **la guerra civil**"<sup>345</sup>.

Lo que hay "entre ellos" es, pues, una "guerra civil", aunque la lucha en el plano personal parece motivada por Jenara, como mujer que ambos se disputan, más que por rencores políticos; pero, además, esta guerra civil flota también "en torno a ellos", expresión que parece atribuirles un carácter representativo, de núcleo o encarnación de algo, de esas visiones de España a las que ya se ha aludido, que se enfrentan por el amor de Jenara en cuanto esta representa a la sociedad española.

Son dos parcialidades que se descalifican mutuamente, atribuyéndose, quizá por inspiración de su odio, defectos que no tienen -como al decir Navarro a Jenara que Monsalud podía herirlos "por la espalda" o al interpretar su carencia de armas como intento cobarde de rehuir el duelo-, pero ambas sinceras en sus planteamientos, convencidas de la bondad de sus razones y caballerosas en su proceder. Esto siempre parece quererlo dejar claro Galdós, pese a su marcada parcialidad liberal. El mismo Garrote da comida a

<sup>344</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1274-1246.

<sup>345</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., p 1277. La negrilla es nuestra.

Monsalud para que se reponga, y lo protege de los guerrilleros, antes de batirse con él. Monsalud, mientras come, cuenta a Garrote cómo asistió a su padre cuando estaba prisionero, recordando así algo parecido por su parte. Intenta después eludir el duelo, porque, agradecido, no quiere matar a Garrote. Pero éste se muestra incompatible con Monsalud -como el absolutismo con la Revolución liberal-. Por eso dice haber jurado matarle: "mientras él viva me está robando con su aliento la existencia que Dios me dio para vivir y el aire para respirar"<sup>346</sup>.

El duelo se produce al fin entre palabras y gestos que dan la sensación de que don Quijote y otro caballero, con algunos cambios introducidos por la modernidad y su contemporáneo romanticismo, se disponen a luchar por la sin par Dulcinea. "Estaban en un sitio solitario, y la noche era obscurísima". Sonaron brevemente los aceros hasta que "Carlos dio un grito terrible" y cayó al suelo "inundado de sangre".

Termina así el duelo, pero su incertidumbre y carácter provisional se hace notar en el último párrafo del Episodio: "Monsalud hincó una rodilla en tierra y le miró el rostro, sin advertir que algunos hombres se acercaban"<sup>347</sup>.

Esta derrota de Navarro desentona con la victoria obtenida en la batalla de Vitoria a no ser que se tenga presente que Monsalud no lucha ya con uniforme ni armas de afrancesado, que la lucha entre ellos se sale de la guerra internacional y representa el primer lance de la guerra civil. Los choques espirituales sufridos por Monsalud en su pueblo parecen producir su evolución desde su impreciso afrancesamiento de *juramentado* a una posición que, tras inclinarse al españolismo, quiere ser la contraria de la de Carlos Garrote, lo cual se traduciría en liberalismo. Así, en su duelo, como ocurrirá en la guerra civil, no se dirime la independencia nacional, sino la selección de las propias instituciones, del propio sistema político. En este sentido, la España absolutista de Navarro queda, como él, herida por las ideas y actitudes de la España a que tiende Monsalud, que, desde 1808, ha ejercido influencia decisiva y cuenta todavía en algunos grupos sociales y en algunos rincones del alma de Jenara.

---

<sup>346</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1278 y 1279.

<sup>347</sup> "El equipaje...". Ed. Cit., pp 1279-1280.

#### 1.3.4. "Memorias de un cortesano de 1815"

Fechadas por Galdós en "Madrid, octubre de 1875", presentan un notable cambio respecto a "El equipaje del rey José", que había terminado tres meses antes. En "El equipaje del rey José" priman, según hemos visto, los personajes novelescos, sin que apenas aparezcan los históricos ni se indique su participación en los hechos, y es el mismo Galdós quien aparece como narrador ante sus lectores, presentando a dichos personajes, relatando y contextualizando los hechos de dicho Episodio y, al mismo tiempo, haciendo como tal narrador el "prefacio" en que se anuncian o diseñan las grandes líneas de la acción global de su segunda serie de Episodios. En las "Memorias de un cortesano de 1815", por el contrario, se presentan una multitud de personajes históricos y son éstos mismos quienes protagonizan la acción, sustancialmente histórica, a que se refiere el Episodio, salvo algunos hechos cuya indignidad, carácter típico, insuficiente certeza en cuanto a su autor, etc., pudieron ser motivo para que Galdós prefiriera atribuirlos a Pipaón u otros personajes novelescos.

Además, en este Episodio Galdós no se presenta como narrador, sino que tales Memorias se dicen escritas por el pícaro Pipaón, cuyo oportunismo y carácter adulator dan lugar a la exageración del punto de vista absolutista y a que, por esa vía, Galdós inunde su relato de ironías que, por su continuidad, dan al conjunto cierto tono satírico burlón.

En "El equipaje del rey José" era Galdós, narrador real, quien presentaba a los personajes novelescos, cuya participación en los hechos históricos contribuye a integrarlos en ellos y a hacerlos sentir como reales; en estas Memorias es uno de esos personajes quien, con la opinión que a su naturaleza atribuye Galdós, desempeña el papel de narrador y presenta a los personajes y hechos históricos, lo cual conlleva la necesidad de la aludida ironía y otros recursos para que la opinión real de Galdós sobre las cuestiones tratadas quede clara. Se logra así revivir "un cuadro acabado de aquella corte y de aquella época", según atestigua don Ramón de Mesonero Romanos<sup>348</sup>.

---

<sup>348</sup> En sus "Memorias de un setentón" (Ed. Tebas, Madrid, 1975, p 164.), incluye éste una nota de pie de página sobre estas "Memorias de un cortesano de 1815" (a las que él llama "Un cortesano de 1815"), en la que confiesa haber acariciado la idea de hacer algo parecido y en la que se manifiesta fuente importantísima de Galdós para estos Episodios: "Este mi propósito infantil -dice Mesonero-, al que resistí constantemente toda mi vida por no rozarme con la política en mis modestos escritos, le he visto realizado, (continúa...)"

Por otra parte, dado que en "El equipaje del rey José", por su carácter de "prefacio", hubo de dedicarse gran parte del espacio habitual al planteamiento de problemas y a la presentación de los personajes centrales de la serie, estas Memorias cumplen la función complementaria de presentación de los personajes históricos, que en dicho "prefacio" no se había hecho. Así, en estos dos iniciales Episodios, se presenta, junto a sus acciones propias, un complejo universo de personajes debidamente vinculados a la realidad histórica, que, con algunas incorporaciones específicas que se van produciendo en los sucesivos Episodios y situaciones, contribuyen a esa visión totalizadora que del acontecer histórico parece buscar Galdós.

La acción de "El equipaje del rey José" concluía con la celebración del triunfo español obtenido en Vitoria, batalla que, según se dijo, interpreta Galdós como decisiva en el término de la Guerra de la Independencia. En consecuencia, no se ocupa en aquel Episodio -ni lo hará en este- de las últimas operaciones militares de la misma<sup>349</sup>.

No se ocupa tampoco Galdós del armisticio de Toulouse, que pone fin a la guerra, pero si alude, en cambio, de modo retrospectivo, al anterior tratado de Valençay (18-XII-1813), firmado por Napoleón y Fernando sin consenso de las autoridades españolas y por el cual Fernando VII regresaría a España el 24 de marzo de 1814.

Este tratado y regreso de Fernando VII son, significativamente, el primer asunto de que trata el T II de la "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España" atribuida a Vayo, considerada, según se ha dicho, obra guía de Galdós para toda esta segunda serie de Episodios, cuya abundante utilización, que luego iremos señalando, se hace ya muy

---

<sup>348</sup>(...continuación)

sin celos, antes bien, con gran contentamiento mío, por mi joven amigo *don Benito Pérez Galdós*, en uno de sus preciosos *Episodios nacionales*, que titula **"Un cortesano de 1815"**. En él ha sabido trazar un **cuadro acabado de aquella corte y de aquella época**, en que no se sabe qué admirar más, si la misteriosa intuición del escritor, que por su edad no pudo conocerla, o la sagacidad y perspicacia con que, aprovechando cualquier conversación o indicaciones **que hubo de escuchar de mis labios**, ha acertado a crear una acción dramática con tipos verosímiles, casi históricos, y desenvolverla en situaciones interesantes, todo con un estilo lleno de amenidad y galanura".

<sup>349</sup> Nos referimos, resumiendo, a operaciones como la recuperación española de Pamplona, San Sebastián, Zaragoza, etc., la retirada del general Souchet desde Valencia a Cataluña y luego al sur de Francia y al avance de las fuerzas hispano-inglesas por territorio francés hasta forzar, en Toulouse, el armisticio firmado por Soult y Souchet el mismo día, 11 de abril de 1814, en que caía Napoleón. Ver en este sentido PRIEGO, Juan: "La Guerra de la Independencia", Madrid, 1947.

notable en estas *Memorias del cortesano* por la abundancia de material historiográfico que contienen.

No hay que pensar, sin embargo, que Galdós sigue incondicionalmente la obra de Vayo; junto a ella ha de tenerse en cuenta la información a que antes aludía Mesonero, cuya existencia e importancia se deduce de las ya aludidas cartas cruzadas entre ambos.

Así, tras los ofrecimientos que Mesonero hace a Galdós de darle "nuevas notas respecto a la primera Corte de Fernando, del 14 al 20"<sup>350</sup>, Galdós le dice, en carta del "27 Oct.", que se halla luchando, "a brazo partido, con las *Memorias de un cortesano de 1815*" y que, aprovechando "sus bondadosos ofrecimientos", se tomará "la libertad de importunarle (...) con algunas preguntas"; para lo cual anuncia que irá "de mañana a pasado" y, con el presumible fin de que le tenga información preparada, le envía adjunto el siguiente "Anexo: Fisonomía física del duque de Alagón.- Chamorro.- Ostolaza.- Lozano de Torres.- Ugarte.- el duque de San Carlos.- D. Pedro Ceballos.- D. Martín Garay.- Vida doméstica de D. Antonio Pascual y de D. Francisco y D. Carlos, infantes.- Dichos y agudezas de Fernando VII.- Anécdotas galantes.- Trato, modales, conversación del Rey.- ¿Chamorro era criado de librea?.- Noticias privadas y crónica escandalosa de la Camarilla"<sup>351</sup>.

*Anexo* que habla, por si mismo de la información que Galdós esperaba de Mesonero y que éste parece haberle proporcionado verbalmente, con notas propias y prestándole algún libro. Entre estos es destacable "la obra de Presas", que Mesonero debió proporcionarle en esta entrevista de finales de Octubre -por su información sobre el citado "Anexo"- y que Galdós dice retener porque "me suministra -explica a Mesonero, en carta de 23-Nov-1875,- diversas noticias para lo que ahora voy a emprender"<sup>352</sup>.

Entendemos que "la obra de Presas" a que Galdós se refiere es la titulada "Pintura de los males que ha causado a la España el Gobierno absoluto de los dos últimos reynados (Sic), y de la necesidad del restablecimiento de las antiguas cortes, o de una carta

---

<sup>350</sup> "Contestación" de Mesonero, fechada el "23 de Mayo 1875", a la Carta que Galdós le había escrito el día 18 anterior. En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 14.

<sup>351</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., pp 15 y 16.

<sup>352</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., p 17.



constitucional dada por el rey Fernando; por Don José Presas", publicada en "Burdeos" el año "1827", cuya abundante utilización por Galdós resulta indudable -en estas "Memorias..." y en "La segunda casaca"- por las numerosas y largas frases literales y el idéntico contenido de muchos de los retratos de cortesanos y *ministros* del sexenio 1814-1820, que Presas hace sistemáticamente uno por uno.

El hecho de ser un libro prestado por Mesonero podría explicar que quienes han rastreado la biblioteca de Galdós no hayan reparado en esta fuente, que no hemos visto citada hasta ahora y que, sin embargo, resulta fundamental para estos dos Episodios<sup>353</sup>.

A ello se unen las obras de autores como Lardizábal -a quien Galdós cita<sup>354</sup>-, Santillán, Alcalá Galiano, Toreno, etc., que en parte iremos señalando puntualmente, la Prensa y otras fuentes -especialmente tratadas por el ya citado Hans Hinterhäuser-; y en particular el *Diario de avisos*, al que el mismo Galdós se refiere con frecuencia como "mina inagotable" de datos para su obra<sup>355</sup>.

\* \* \*

La acción de las "Memorias de un cortesano de 1815" se sitúa entre "enero de 1814" y la noticia de "que Napoleón ha vuelto de la isla de Elba", cosa que ocurre el día 2 de MARZO de 1815.

Se inician con un capítulo en que Galdós marca ya el tono de la obra y señala con claridad, aunque tácitamente, algunos caracteres de la restauración del absolutismo en España, haciendo que Pipaón empiece sus Memorias con un teatral fervor religioso que, en cuanto es reflejo mimético del ambiente ocasionado por la alianza del Trono y el Altar, se muestra eficaz instrumento para su rápida y sorprendente carrera.

Cual si en Pipaón se ejemplarizasen los casos de otros cortesanos, a parte de los cuales

---

<sup>353</sup> Esta obra no figura en los catálogos publicados por Berkowit y S. de la Nuez en sus respectivas y ya citadas obras sobre la biblioteca de B. Pérez Galdós.

<sup>354</sup> "Memorias de un cortesano". Cit., p 1343.

<sup>355</sup> Cfr. Epílogo a la edición ilustrada de los Episodios Nacionales, Cit., por HINTERÄUSER, H.: "Los Ep. Nac. ...". Cit., pp 61 y 62.

también se alude, éste, como supuesto autor de sus *Memorias*, se autopresenta diciendo que en sus primeros años de administrativo "se llamaba Juan Bragas, nombre que (...) no se distingue por su música,(...) elegancia,(...) ni nobleza"; por lo que en cuanto comenzó "a sacar el pie del lodo" le añadió el nombre del lugar de su nacimiento y empezó a llamarse "don Juan Bragas de Pipaón", que le sonaba pomposo y lo engreía "con su grandiosidad", propia "de un Embajador, Consejero de Indias, Fiscal de la Rota o Asistente de Sevilla. Más adelante, como el Bragas no me pareciese -dice- del mejor gusto, lo suprimí completamente, quedándome para el mundo presente y para la posteridad en don Juan de Pipaón, nombre breve y rotundo, que va dejando ecos armoniosos doquiera que se pronuncia, y al cual no le vendría mal la conterilla del marquesado o condado que tengo entre ceja y ceja"<sup>356</sup>.

Dicho esto de sí mismo, reflejo a la vez de las aspiraciones de la época, agradece Pipaón a la Providencia que le prodigase "un buen amigo", un "sin par sujeto", que lo "llevó desde el Purgatorio de la obscuridad y miseria al Paraíso del favor, de la fama y de la hartura".

Ese amigo era "don Buenaventura", que, según veremos al analizar estos textos, oculta el nombre de Bernardo Mozo de Rosales y que, junto con el general Eguía, Ostolaza, el infante don Antonio Pascual, Antonio Ugarte, *Chamorro*, Artieda, y el duque de Alagón, son detenidamente tratados por Galdós como representantes de la reacción y represión absolutistas y, en general, de la Corte y gobierno establecidos por Fernando VII en mayo de 1814.

Sus imágenes, comportamientos y significativa amistad con el Rey y, a la vez, con el pícaro y corrompido Pipaón -que los va conociendo y tratando a medida que asciende en su carrera- se completan con un argumento novelesco en el que no sólo reaparecen ya los personajes de la primera serie de Episodios, sino también los de "La Fontana de Oro".

Precisamente en la tertulia de las señoras de Porreño, a la que acudía "la condesa de Rumblar, acompañada de un lindo femenino pimpollo nombrado Presentacioncita", se gestan las bases del argumento novelesco, cuyo contenido y significación son, como siempre,

---

<sup>356</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Ed. Cit., p 1282.

parejos a los hechos de Historia externa tratados en el Episodio<sup>357</sup>.

Ejemplo de ello son, por una parte, el encarcelamiento que, como reflejo de la represión política, sufre Gasparito Grijalba, novio de Presentacioncita, por haber dicho "en el café (...) que Su Majestad era narigudo"; por otra, la decadencia económica que en la pequeña nobleza refleja la Moratoria solicitada al Rey por las señoras Porreño y la inercia con que, para aplazar diez años el pago de sus viejas deudas al padre de Gasparito, apelan a la superioridad del "lustre" de su familia sobre el dinero de un "salido de la nada", al que, de todos modos, según explican muy dignas, pensaban pagar "algún día".

Junto a ello se muestra cómo unos y otros procuran mover en su favor la voluntad del omnipotente Rey absoluto, ante el que hacen llegar recomendaciones y se esfuerzan por comparecer en ocasiones como la suntuosa fiesta religiosa celebrada "en la Trinidad (...) con manifiesto y asistencia de Su Majestad". Esta dependencia se muestra, además, agravada, cuando, en esta fiesta, se descubren las lujuriosas inclinaciones que hacia Presentacioncita manifiesta el Rey -presentado ya como aficionado a correrías nocturnas con el tercerista duque de Alagón-, y especialmente cuando Pipaón aprovecha estas inclinaciones para conseguir en la Camarilla que el Rey, a quien prepara una "entrevista amistosa" con Presentacioncita, deniegue a las Porreño su Moratoria y mantenga en la cárcel a Gasparito, dando ocasión a que él -Pipaón- obtuviera del señor Grijalba los "créditos contra las señoras de Porreño por la mitad de su valor" y -según le acusa Presentación- por "la libertad de Gasparito". Logrado esto, Pipaón presionó a las señoras de Porreño para que pagasen y, al no hacerlo, les embargó las tierras, con las cuales andaba soñando en "establecer un mayorazgo".

El desenlace es sin embargo aleccionador: preparada la aludida entrevista por Pipaón con la complicidad del administrador de la Casa de Campo, llevó allí a Presentación y a su hermano Diego, de quien ya habían previsto zafarse, y se embarcaron inicialmente en un bote del Lago.

Estando en él, llegó el Rey con numerosos cortesanos y algunas damas y, como se quedase mirando a los del bote, Presentacioncita indicó a Pipaón que lo saludase. Se puso

---

<sup>357</sup> "Memorias de un cortesano...". Cit., pp 1302-1308, especialmente p 1302.

en pie Pipaón, "sombrero en mano", y, en ese instante, Presentacioncita, que había estado fingiendo desde el principio, lo echó al Lago de un empujón mientras decía: "¡Por tunante! ¡Por cobarde! ¡Por pillo! ¡Por traidor! ¡Por al...!". La última palabra debe de ser "alcahuete", pero dice Pipaón que no la copia por respeto a sí mismo<sup>358</sup>.

Resulta así que Pipaón, que había sido condenado como símbolo de aquella Corte por Gabriel Araceli, protagonista de la primera serie de Episodios que reaparece para ello cargado de solvencia moral y prestigio, lo es ahora por Presentacioncita, que no sólo lo califica, juzga y condena, con las citadas palabras, sino que le aplica el castigo de echarlo al Lago<sup>359</sup>.

Además, según cuenta Pipaón mismo, cuando le sacaron los guardas el "era una masa de fango pestilente" que inspiraba "asco"; y esta imagen suya, aunque parece referida a su vida privada, se asocia con la de la Corte que facilitó sus actos cuando él recuerda horrorizado la cruel ansia con que Presentación, "no contentándose con el martirio de la ridiculez", aspiraba "a daños mayores, a la muerte, quizás", porque, según ella, "un ser tan vil y despreciable (...) debía morir donde vivía, es decir, en el lodo".

La significación de justo castigo se refuerza cuando los guardas cuentan a Pipaón que al saber el Rey que el "tunante" de Pipaón seguía vivo, dijo sonriendo: "yerba ruin nunca muere"; y que yendo hacia los dos jóvenes, detenidos por los guardas, "reía de tan buena gana, que daba gusto verle". Llegó entonces la noticia de que Napoleón había "vuelto de la isla de Elba" y, preocupado, hubo de volver a Palacio, pero antes dispuso, riendo de nuevo, que nadie molestase a aquellos jóvenes "por su travesura"<sup>360</sup>.

Así, este Episodio, que había transcurrido entre el triunfo de los pícaros, cobra al final cierto tono moralizante y premonitorio en el que la condena de Pipaón y de la Corte parece anunciar la caída de lo que representaban.

<sup>358</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Ed. Cit., pp.1346-1357.

<sup>359</sup> En relación con la imagen de Presentacioncita conviene aclarar que su aludida *entrevista* con el Rey nunca parece consentida por ella ni llegó a celebrarse, y que, por tanto, no es cierto que, como dice F. C. Sáinz de Robles en su "Censo de los personajes galdosianos comprendidos en los *Episodios Nacionales*", fuera *protagonista* de "entrevistas amorosas con Fernando VII". Esto en O. C., Aguilar, Madrid, 1970, T IV de Eps. Nacls., p 885.

<sup>360</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Ed. Cit., pp.1357-1358.

### 1.3.5. "La segunda casaca"

Galdós fechó el final de este Episodio en "Madrid, enero de 1876"<sup>361</sup>; fecha que se confirma, por otra parte, en su carta de 17 de febrero de 1876, al comunicar a Mesonero Romanos, refiriéndose a este mismo Episodio, que ha concluido **"la continuación de las Memorias de un cortesano (...)"** colocando la acción entre los años 19 y 20 con muy pocos incidentes históricos<sup>362</sup>.

En cuanto a las fuentes empleadas para él por Galdós cabe señalar que la influencia de Mesonero Romanos, considerable en toda la segunda serie, y constantemente manifiesta en todo el Episodio anterior (*"Memorias de un cortesano de 1815"*), se anuncia menor en éste, ya que, en la citada carta, dice Galdós a Mesonero: "la razón de no haber pasado por su casa de V. fué que habiendo dado a **la continuación** -negrilla nuestra- de las *Memorias del cortesano* giro distinto del que en un principio pensé, no quería molestar a usted, reservándome sus complacientes ofrecimientos para mejor ocasión". Hay que añadir, sin embargo, que, aunque no fuera expresamente a recoger **"primeras materias"** para este Episodio, -según había anunciado a Mesonero en carta de 23 de Nov. de 1875-, parece haber aprovechado muchas de las ya recogidas, sobre la época y sobre las personas, en sus anteriores entrevistas para la elaboración de las *"Memorias de un cortesano de 1815"*, según se desprende del ya citado "anexo" a su carta de 27 de octubre de 1875. Basta leer estos Episodios para ver que la mayoría de aquellas cuestiones reaparecen en la acción de "La segunda casaca", y que, en algunos casos -como las relativas a "Lozano de Torres" o "D. Martín Garay"- se utilizan mucho más en este Episodio que en el anterior<sup>363</sup>.

Hay que destacar, además, que en su aludida carta de 23 de Nov. de 1875, cuando Galdós dice tener "concluidas las *memorias de un Cortesano*" y estar preparando "el tomo siguiente" -el que titulará "La segunda casaca"-, indica a Mesonero: **"Como la obra de Presas me suministra diversas noticias para lo que ahora voy a emprender, me tomo**

<sup>361</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1457.

<sup>362</sup> En VARELA HERVIAS, Eulogio: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 19.

<sup>363</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...", Cit., pp 15-16 y 17.

la libertad de disfrutarla algunos días más"<sup>364</sup>. Y en su carta de "17 Febr. 76" insiste: "Con la presente remito a V. **la obra de Presas que me ha sido de gran utilidad** -negrilla nuestra-. No se la había devuelto a V. antes -añade Galdós- porque hace pocos días me he valido de ella para mi trabajo. Sentiría en el alma haber retenido dicho libro en mi poder más tiempo del conveniente; pero si así ha sido, le ruego que me dispense el abuso, considerando el gran auxilio que Presas podía prestarme"<sup>365</sup>.

Parece indudable que, según dijimos, Galdós se refiere a "Pintura de los males que ha causado a la España el gobierno absoluto de los dos últimos reynados (Sic), (...) Por Don José Presas", publicada en "Burdeos" el año "1827", cuyos retratos de los sucesivos titulares de las diversas Secretarías del Despacho, son, según iremos indicando, puntualmente utilizados por Galdós, a juzgar por las numerosas coincidencias textuales.

Su información sobre el "anexo" a su citada carta de 27-Oct.-1875 se uniría así a la que Mesonero le diera verbalmente.

Es también fundamental la "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España" atribuida a Vayo, reconocida guía de Galdós para toda su segunda serie de Episodios; y, en lo que a "La segunda casaca" se refiere, lo son también -ya lo dijimos-, aunque tampoco las hemos visto aludidas por nadie como tales, las "Memorias" de Juan Van Halen, que, según hemos de indicar luego, sirve a Galdós -que en un caso lo cita y lo alude en otros<sup>366</sup>- de inspiración y modelo en ciertas aventuras del protagonista Monsalud.

Cabe señalar, así mismo, las obras de Larra y de Miñano<sup>367</sup>, las *Memorias* de Alcalá Galiano, las de Santillán, etc., y, en menor medida, algunas otras que iremos indicando puntualmente.

Su título, "La segunda casaca", alude al estratégico cambio de posición política que, al acercarse la revolución de 1820, manifiesta el oportunista cortesano Juan Bragas de Pipaón, quien, como supuesto autor del Episodio anterior y de casi todo éste, sirve a Galdós de

<sup>364</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...", Cit., p 17. Sin negrilla en el original.

<sup>365</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...", Cit., p 19.

<sup>366</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1389 y 1407.

<sup>367</sup> Aludidos por Galdós en su ya citado Epílogo a la Edición ilustrada de los Ep. Nacls..

eficaz puente de unión entre ambos y refleja, a la vez, en sí mismo, el cambio de situación producido entre 1814 y 1820.

Los primeros diez capítulos de este Episodio, salvo el primero, se dedican fundamentalmente a diversos aspectos, personas y actitudes de la España absolutista, desde cuyo punto de vista habla en todos ellos Pipaón, para pasar luego, a medida que cambia de casaca, a ocuparse de las ideas y protagonismos del grupo revolucionario, en el que se introduce a tiempo para vivir desde dentro la conspiración tendente al cambio político.

La acción se sitúa entre los días "últimos de octubre de 1819" y el 9 de marzo de 1820<sup>368</sup>. Pero la supuesta autoría de Pipaón, las referencias retrospectivas que en él se hacen y el hecho mismo de llamarlo indistintamente "La segunda casaca" y "la continuación de las Memorias del cortesano", reflejan la voluntad de establecer una continuidad con lo dicho anteriormente. Esto es algo que se destaca de nuevo en el primer párrafo de "La segunda casaca" -la 2ª parte- citando el Episodio anterior como "la primera parte de mis *Memorias*" y refiriéndose a una serie de hechos que parecen establecer un contraste entre esas dos partes o Episodios independientes en que se estructura el conjunto: en las "Memorias de un cortesano de 1815" se refleja la posición de fuerza que la Monarquía absoluta disfrutaba tras la valoración mesiánica con que el "Deseado" fue acogido a su regreso a España en 1814; al iniciar "La segunda casaca" se refleja, al otro extremo del sexenio 1814-1820, la debilidad a que había llegado el gobierno absolutista y el escepticismo con que se le miraba en 1819.

Además, esas referencias al sexenio absolutista intermedio, que se inician ya en las "Memorias de un cortesano de 1815" mediante las "observaciones" atribuidas a Gabriel Araceli y ocupan los primeros cinco capítulos de "La segunda casaca", parecen indicar que Galdós considera la revolución de 1820 como un estadio más, el coronado por el triunfo, de un proceso iniciado en 1814 y marcado, entre otras cosas, por la presencia de 14 conspiraciones, de las cuales, según se dice en las citadas "observaciones" de Araceli, "abortaron las 13, pero la decimocuarta parió...".

Son muchos otros los hilos que en esas referencias se tienden entre la reacción de 1814

---

<sup>368</sup> Aunque hay alguna alusión a hechos posteriores, 10 y 14 de marzo, estas se hacen con carácter prospectivo desde el día 9.

y la revolución de 1820, pero es quizá la tenacidad con que se suceden estas "revoluciones" lo que primero destaca Galdós en "La segunda casaca", cuyo primer párrafo se reproduce a continuación, como muestra de ello y del tono declamatorio y victimista que la ironía de Galdós pone constantemente en boca de Pipaón: "¡Qué infames eran los liberales de mi tiempo! En vez de conformarse a vivir pacífica y dulcemente gobernados por el paternal absolutismo que habíamos establecido, no cesaban en sus maquinaciones y viles proyectos para derrocar las sabias leyes con que diariamente se atendía al sosiego del Reino y a hundir a todos los hombres eminentes que describí en la primera parte de mis *Memorias*"<sup>369</sup>.

Destacadas luego estas catorce *conspiraciones* liberales con su enumeración, y justificadas en parte por el *mangoneo* gubernamental, Galdós pasa al segundo capítulo a la vez que, en rápida pirueta, salta del plano histórico al novelesco y de la España liberal, reflejada en las citadas conspiraciones, a una España absolutista que parece encarnada por "don Miguel de Baraona", con cuya descripción inicia directamente dicho capítulo diciendo:

"¡Qué hombre tan completo era el señor don Miguel de Baraona! Su gran patriotismo, su caballerosidad, su fervor religioso, su rectitud, su entereza, le hacían tan respetable, que era imposible oírle sin subordinarse con filial sumisión a su voluntad y a su pensamiento. Merecía muy bien el remoquete de *Patriarca del Zadorra*, y yo se lo daba con frecuencia -dice Pipaón-, para tenerle contento y parecer amable ante él. ¿Pues y aquella energía moral que desplegaba a los setenta y tanto años, cuando no podía ni empuñar la espada ni alzar la voz sin peligro de estar tosiendo tres horas? Su cuerpo caduco participaba también de aquel vigor nervioso, más semejante a los tempranos ardores de la juventud que a las voluntariedades caprichosas de los viejos, y siempre que se enfadaba o se le contradecía,

---

<sup>369</sup> Tono que, según señala el profesor Seco Serrano, evoca muy de cerca el de *Larra*, cuyas "inefables cartas de Andrés Niporesas" parecen antecedente del "asombroso cinismo" del Pipaón galdosiano, a cuyo lenguaje debieron contribuir no poco "lecturas muy atentas de *El Pobrecito Hablador*". SECO SERRANO, C.: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política...", Cit., p 304. El mismo Galdós, a través de G. Araceli y del propio Pipaón, atribuye a éste "las mismas mañas y estofa que Guzmán de Alfarache, don Gregorio de Guadaña o el Pobrecito Holgazán" ("Memorias de un cortesano...", Cit., p 1344); en opinión de H. Hinterhäuser, quizá influido por este texto de Galdós, el "estilo burlesco" de Pipaón estaría "inspirado en el *Pobrecito holgazán*, de Miñano". Cfr. "Los *Episodios Nacionales*...", Cit., pp 311 y 353.



daba con la trémula mano tan fuertes bastonazos, que la casa se estremecía.

"Otro más celoso por la causa del Rey y por la Monarquía absoluta no nació de madre. En su amor inmenso, en su fervor entusiasta y en su religiosa devoción por la Patria inmutable, no había sutilezas ni distingos, ni cabían transacción ni arreglo alguno. Para él la templanza era traición. Miraba al liberalismo como una especie de horrenda herejía, más digna aún del fuego que las de Lutero y Calvino. Juntaba la religión con la política, haciendo de todas las creencias una fe sola o un solo pecado, y había amalgamado dogmas y opiniones, haciendo un Evangelio en el cual Elío no era menos que un apóstol. *Comprendía que el sol se ennegreciera, pero no que sus principios pudieran variar.* Según él, la sociedad estaba perfectamente arreglada tal como entonces la conocíamos, y constituída por leyes tan inmutables como las del mundo físico. Discutiendo, no cedía ni una pulgada de su terreno.

"-Mis principios -decía-, estos principios que sustento, no son míos, son de Dios, y no se puede ceder ni un ápice de lo ajeno. La maldad de los hombres no puede nada contra mis principios. Me vencerá la violencia, pero no me convencerá el sofisma. La infame Revolución podrá triunfar un día por expreso consentimiento de Dios; pero aún triunfante, no dejará de ser alcázar de pecados fundados sobre la arena de la traición"<sup>370</sup>.

Introduce así Galdós, además, una dimensión privada del enfrentamiento presentado antes entre la Corte y los liberales como cosa pública u oficial. Es la lucha civil, que trasciende a todo el cuerpo social, entre las nuevas y las viejas ideas, entre el progreso y la inmutabilidad social, entre el Nuevo y el Antiguo Régimen, cuyos caracteres parecen corresponderse con los atribuidos a Baraona, según se vio ya en "El equipaje del rey José" y se recalca de nuevo ahora en esas opiniones políticas amalgamadas de religiosidad y en esa energía -"moral" y de "bastonazos"- con que, pese a su vejez y "cuerpo caduco", se oponía al "liberalismo" y a "la infame Revolución"<sup>371</sup>.

---

<sup>370</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1360-1361.

<sup>371</sup> Galdós parece estar repitiendo aquí la misma idea expresada años antes en "La Fontana de Oro" cuando afirmaba como narrador: "una sociedad decrepita, pero conservando aun esa tenacidad incontrastable que distingue a algunos viejos, sostenía encarnizada guerra con una sociedad lozana y vigorosa llamada a la posesión del porvenir". ("La Fontana de Oro" Cit., p 16). Sólo que en estos años Galdós va enriqueciendo  
(continúa...)

Es una lucha civil cuyo protagonismo no podía atribuirse a sólo unos cuantos nombres históricos, y de ahí que, como en otros casos, Galdós ponga en juego una serie de personajes novelescos que parecen destinados a proporcionar una imagen de la dinámica social en su conjunto, personificando distintas ideas, actitudes o tipos comportamentales que se dan en ella. Quizá por esto, según dice a Mesonero, introdujo en este Episodio "pocos incidentes históricos", aunque en la subjetiva estimación de si son pocos o muchos haya de tenerse en cuenta que algunos incidentes podrían considerarse históricos si fueran protagonizados por personas reales, pero quedan difuminados en lo irreal, aunque presentes en el ambiente y sentidos como propios del mismo, al ser atribuidos a personajes novelescos.

En todo caso, Galdós se ocupa en este segundo capítulo de poner a punto esos recursos expresivos, recuperando a la vez el hilo de la narración novelesca que, simbólicamente, seguirá, como la sombra sigue al cuerpo, la marcha de los hechos históricos. De ahí que tras la presentación de don Miguel de Baraona se ocupe sin solución de continuidad de todos los personajes centrales de la serie y de las relaciones entre ellos establecidas en "El equipaje del rey José".

Así, tras recordar el ambiente corrupto de la Corte, cuyos covachuelos se mueven por el oro de Baraona, informa de que acompañaba a éste en Madrid su nieta Jenara, de la que se hace una descripción similar a la de su presentación en "El equipaje del rey José", diciendo, entre otras muchas cosas, que esta "hermosa e interesante mujer (...) era rubia, callada, grave, pensativa, poco franca, de carácter velado. Su tranquilidad y calma eran como la tenue obscuridad de los días bochornosos. Ya se sabe que detrás de las nubes está el sol (...) Jenara era hermosa como una ideal figura, antes soñada que vista (...) Distinguíase además por una expresión magnífica, tan llena de elegancia como de soberbia.(...) Se envolvía en una capa de nieve (...) de indiferencia hacia la mayor parte de los asuntos y las personas"<sup>372</sup>.

---

<sup>371</sup>(...continuación)

sus recursos expresivos y en este Episodio deja ya que sea Baraona quien con sus caracteres y comportamiento refleje simbólicamente esa tendencia, a la vez que (Galdós) sustituye la descripción de la acción por la vivencia de la acción misma.

<sup>372</sup> "La segunda casaca" Cit., pp 1361-1362.

Según refiere Pipaón, "el señor de Baraona y su nieta" habían venido a Madrid "en 1815, -y añade otra vez, cual si Galdós quisiera reforzar estos enlaces, explicar su menor detenimiento por tratarse de personajes ya conocidos y quizá promocionar su Episodio anterior- como dije en la primera parte de mis *Memorias*". Jenara se casó "poco después (...) con un joven guerrillero, del cual -dice Pipaón/Galdós- no puedo menos de ocuparme para disipar las dudas que acerca de su persona pueden haber corrido".

Se recuerda entonces que Carlos Navarro fue herido gravemente en su duelo con Monsalud, "al día siguiente de la batalla de Vitoria", y se informa de que tras estar "largo tiempo (...) suspenso de un hilo sobre el negro abismo del morir", "el convalecer fue tan largo como la enfermedad, y un año después del suceso, Carlos Garrote, reconocido coronel del Ejército, apenas podía tener el sable en la mano.

"A principios de 1816 -se dice luego, mostrando un simbólico desarrollo de estos personajes que nos interesa especialmente,- vino a Madrid y se casó con Jenara. Vivieron algún tiempo, acompañados de Baraona, en la calle de Cosme de Médicis. Pero en septiembre del 18, Navarro tuvo precisión de ir a Treviño a asuntos de interés, y en los días a que me refiero -continúa Pipaón/Galdós- no había vuelto todavía, aunque se le esperaba todas las semanas. No podía haber ocurrido desavenencia en el matrimonio, porque ambos cónyuges se escribían con frecuencia. Repetidas veces oí a Carlos renegar de la Corte y de los cortesanos, asegurando que Madrid era para él destierro espantoso más bien que agradable residencia"<sup>373</sup>.

Se supone que Pipaón podía conocer estos detalles de aquel matrimonio porque, según cuenta, Baraona y Jenara se acabaron mudando a la "hermosa casa" en que él vivía, significativamente situada en "la calle de la Inquisición, esquina a la Flor Baja, cerca del edificio de la Inquisición de Corte y a poca distancia de los Premostratenses", de la cual se había envanecido Pipaón al enseñársela al "infanzón y ricacho alavés", cuya valoración de aquella casa destaca nuevamente su ubicación al decir: "aquí estamos muy bien guardados: por un lado, la Inquisición; por otro, el Santo Rosario". Acogidos en ella por el complaciente, y complacido, Pipaón, "cada cual tenía su servidumbre, y aunque

---

<sup>373</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1362.

comíamos juntos -dice éste-, contribuíamos separadamente al plato común".

La casa, como un personaje novelesco más, aparece cargada de connotaciones simbólicas que la convierten en una figura de la España absolutista extrapalaciega. Cuando Pipaón se refiere a las personas que en ella se reunían aporta, sin duda con intención, una especie de muestrario sociológico -que recuerda el de "El equipaje del Rey José"- de los alineados en aquella España junto a él, oportunista cortesano, y don Miguel de Baraona, "el *Patriarca del Zadorra*", que, como los Garrote, representa a los notables locales "vascongados":

"Por las noches, después de la cena, nos reuníamos -dice- todos en amena tertulia, a la cual solía concurrir algún amigo, tal como don Blas Arriaga, capellán de monjas, y don Pedro Retolaza, secretario de la Inquisición de Logroño, ambos personajes establecidos accidentalmente en Madrid por motivo de pretensiones y otras cosillas. También nos honraba alguna vez don Juan Esteban Lozano de Torres, que era entonces ministro de Gracia y Justicia, y mi antiguo protector don Buenaventura, que ya era Marqués"<sup>374</sup>.

La casa, según iremos viendo, viene a ser un lugar de conjunción entre lo rural y lo cortesano, entre la novela y la Historia y entre la Historia privada y la pública, merced a la relación que su dueño establece entre el "Patriarca del Zadorra", el "capellán de monjas", el "secretario de la Inquisición" -provincianos "establecidos accidentalmente en Madrid por motivo de pretensiones y otras cosillas"- y el Poder Central, bien a través del Gobierno, representado por el "ministro de Gracia y Justicia", bien de otros centros influyentes, cuya presencia parece reflejar su "protector don Buenaventura, que ya era Marqués", o el mismo Pipaón, por su condición de cortesano camarillero y miembro de la Administración central. Se tiene también la impresión de que Galdós conjuga en estos personajes lo que podría llamarse la historia personal, en la que figuran con su nombre propio, y su dimensión colectiva, de cuya acción participan sobre todo mediante el apelativo funcional y tipificador que se les asocia: Capellán de monjas, Secretario de la Inquisición, Ministro, Marqués, etc..

Conviene apuntar también que junto a todos ellos se encuentra de momento Jenara, acaso indicando que la sociedad española se hallaba todavía vinculada a esa legalidad como nieta

---

<sup>374</sup> "La segunda casaca" Cit., pp 1362-1363.

de Baraona y mediante su matrimonio con Carlos Garrote, el brazo armado del grupo, ausente de estas reuniones desde septiembre de 1818. En términos generales, la casa de Pipaón y Palacio vienen a ser los lugares de encuentro entre personajes absolutistas en los primeros capítulos de "La segunda casaca". El hecho aparece, además, destacado repetidamente por Galdós -a la vez que marca el paso del plano social al cortesano y gubernamental- señalando el cambio de un lugar a otro. Al comenzar el V capítulo indica: "salgamos ahora de mi casa y veamos cómo andaban las cosas públicas", ocupándose a seguido de las "grandes mudanzas" de "la Corte" en "Palacio"; hecho esto, se despide Pipaón de "Palacio" e inicia el Cap. VIII diciendo: "veamos lo que en mi casa ocurría"; en el X pasa de nuevo a Palacio....En el XI vuelve a casa y planea ya con Ugarte su cambio de casaca entrando en la Masonería. En el XII-XIV se descubre que su casa tiene pasadizos por los que Monsalud entra cuando quiere desde su logia pasando por los sótanos-calabozos de la Inquisición. A la vez se produce la llegada de Garrote a Madrid y su marcha de casa de Pipaón, que, coincidiendo con ello, no es ya la de un absolutista sino la de un conspirador en pro de la Revolución.

Cobijados inicialmente bajo el techo absolutista todos sienten la todavía difusa -aunque patente- amenaza revolucionaria y, según cuenta Pipaón, en aquellas tertulias sólo se hablaba de las conspiraciones que constantemente se fraguaban.

Esta presencia de la Revolución en el ambiente se viene a confundir intencionadamente con la de Monsalud. Así, las referencias a las conspiraciones citadas dan pie para contar que "una noche", después de que se fueron los contertulios, Baraona, que antes parecía ensimismado, prorrumpió en una serie de exclamaciones contra Monsalud: "¡Vive Dios, que si ahora se nos escapa, esos justicias de Madrid merecerían ser ahorcados al lado de los ladrones a quienes ayudan y protegen!"<sup>375</sup>.

Viene con ello a concretar el eco personal de lo tratado aquella noche, cuando, como otras, una vez "solos los de casa" y "más ocupados de asuntos domésticos que de la revuelta política", permanecían otro rato charlando, destacando así, al mismo tiempo, esa dimensión de odio fraternal, o de guerra civil, entre los Garrote y los Monsalud, en la que

---

<sup>375</sup> "La Segunda Casaca". Cit., p. 1363.

incidirá repetidamente. De ahí que la anterior expresión de Baraona tienda a producir cierto suspense mediante la misteriosa ambigüedad del objeto de sus iras, ya que se hablaba de la Revolución y de pronto se refiere a alguien en particular, y de ahí también que, con la probable intención de resaltar esto, se advierta la sorprendida actitud interrogante de Pipaón y la gravedad con que Baraona pasa a explicarle el sentido de sus anteriores palabras y estado de ánimo: "el infame asesino de mi hijo Carlos, del esposo de Jenara, está en España"<sup>376</sup>.

Se refuerza así, con una experiencia más, la idea de que Monsalud y la Revolución suelen aparecer juntos. Pero esta ocasión tiene además el agravante, para Baraona, de que, si el "primer lance", cuyo recuerdo le irrita y preocupa, pudo aparecer como una prolongación o eco español de la Revolución francesa cuando la Revolución tenía su centro en Francia y Monsalud era excluido por el sambenito de afrancesado, ahora, las motivaciones y carácter nacional van a desplazar lo que de pretexto hubiera para capitalizar aquella realidad, porque la "revuelta política" y los conflictos "domésticos" que con ella se confundían están "en España", según se destaca insistentemente en el juego de palabras del diálogo con Pipaón:

"¡Salvador Monsalud en España! -exclamé-. No lo creo. Por don Pedro Ceballos, con quien solía cartearse antes que éste fuera a Viena....(tratos de masonería, señor don Miguel), por don Pedro Ceballos, digo, que es un *hermanuco* de tomo y lomo, supe hace tiempo que Salvadorcillo seguía en París.

"-¡Hace tiempo!. No se trata de hace tiempo; se trata de ahora. Es indudable que ese vil trabaja dentro de España en las tenebrosas conspiraciones que Dios está permitiendo para fines sólo conocidos de la Sabiduría *infinita*.

"-Puede ser.

"-No puede ser, sino que es -dijo repentina y enérgicamente Jenara,(...)-. Yo lo he visto"<sup>377</sup>.

Es decir, Monsalud se encontraba en París cuando la Revolución tenía allí su centro,

---

<sup>376</sup> "La Segunda Casaca". Cit., p. 1363.

<sup>377</sup> "La Segunda Casaca". Cit., p. 1363.

antes de que fuera liquidada en el Congreso de Viena; cuando Monsalud se traslada a España se siente simultánea la presencia de la Revolución, señalando a aquél como símbolo de ésta y mostrando así el desplazamiento del epicentro revolucionario.

La idea de que Monsalud es el revolucionario por antonomasia parece explicar el derecho de Baraona a exigir que se le persiga y su tendencia a concitar en él signos revolucionarios que no le corresponderían en otro caso, asociándolo con los oficiales del Ejército sin serlo y juzgándolo "malo", como maniqueamente considera a los masones y revolucionarios<sup>378</sup>.

La presencia de Monsalud, sus sorpresivas y simbólicas entradas y salidas en casa de Pipaón -ayudado por doña Fe, una criada de Pipaón, y por el señor Mano de Mortero, que significativamente era ahora empleado de la vecina Inquisición- y la simultánea noticia de connivencias revolucionarias de algunos cortesanos, como el consejero don Ignacio Martínez Villela, van contribuyendo a crear una densa atmósfera revolucionaria. Atmósfera que Galdós parece explicar y legitimar ante el lector cuando se refieren las "grandes mudanzas" que "habían ocurrido en la Corte desde 1815 a 1819", con los cambios de reinas, ministros y camarilleros, el ambiente de adulación, personificado especialmente en Lozano de Torres, la ineptitud y corrupción de gran parte de estos cortesanos y la contaminante integración entre ellos de Pipaón, cuya aspiración por entonces a una plaza en el Real Consejo, da pie para mostrar el nepotismo y oscuros motivos que determinaban la provisión de este y otros destinos<sup>379</sup>.

A la justificación y desarrollo de la vía revolucionaria parece contribuir también la violenta prisión y tormento de que los Garrote hacen objeto a la madre de Monsalud para procurarse información sobre éste, cosa que produce un profundo rechazo de la simbólica Jenara, que se muestra decepcionada por su marido y con el corazón vacío.

Por otra parte, se tiene la sensación de que la conducta de Jenara, capaz de perseguir a Monsalud como si una tendencia íntima, casi subconsciente, le impulsase a encontrarse con él, dudosa luego en delatarlo e incapaz de presenciar las penas que se le puedan aplicar -según dice- ni, en último término, dispuesta a que éstas se apliquen, oculta cierta atracción

---

<sup>378</sup> Maniqueísmo que viene a reflejar el que se advierte así mismo en los documentos carlistas y precarlistas posteriores. Cfr. SECO SERRANO, C.: "Tríptico carlista". Ariel, Barcelona, 1973.

<sup>379</sup> "La Segunda Casaca" Cit., pp. 1363-1371.

que quiere evocar la de la sociedad hacia los ideales que éste encarna, aunque una y otra -la sociedad española y Jenara- se hallan condicionadas por la imagen oficial negativa de sus objetos de atracción, además de sometidas a la autoridad que, en el caso de Jenara, representan su abuelo y marido<sup>380</sup>.

Estos diversos indicios de que la Revolución tendía a triunfar parecen intentarse sofocar con la elevación del inquisitorial Mataflorida al ministerio de Gracia y Justicia, pero el carácter ineficaz o contraproducente que de esta gestión se espera frente a la riqueza, la cultura y la milicia, que apoyan la Revolución en las sociedades secretas, queda reflejado en el hecho de que, al mismo tiempo, Pipaón, de acuerdo con el observador A. Ugarte, decide cambiar de casaca y unirse al prometedor grupo revolucionario. Presentado a éstos por Monsalud -con quien se pone de acuerdo una noche que éste entra en su casa para agradecerle la mediación ejercida en favor de la liberación de su madre-, Pipaón *conoce* el secreto desarrollo de la actividad revolucionaria, participa de sus peligros y, aunque sin sus ideales, contribuye, según veremos, movido por el egoísmo oportunista que le es propio, al cambio de instituciones y personas.

Esta supuesta ocasión de conocer tiende a proporcionar cierta solvencia a su relato, enfocado ya desde la perspectiva revolucionaria por efecto de su mimética naturaleza. Fiel a ésta, Pipaón se muestra incapaz de atender a otra cosa que a su propio medro cuando el triunfo se produce y deja que otro narrador, Galdós mismo, ponga fin al Episodio refiriendo el simbólico atropello de Baraona por la manifestación revolucionaria del día 8 de Marzo y la no menos simbólica liberación de Monsalud por Jenara en contra de la voluntad de su marido, Carlos Garrote.

Se entra con ello propiamente en el Trienio constitucional a cuyos diversos aspectos atenderá Galdós en "El Grande Oriente", en el "7 de Julio" y en "Los Cien mil Hijos de San Luis".

---

<sup>380</sup> Por si esto no había quedado claro para el lector, Galdós lo aclara en "Los Cien mil Hijos de San Luis" haciendo decir a Jenara en unas supuestas Memorias, cuando recuerda este amor por Monsalud: "estuve creyendo que le odiaba" Op. y Ed. Cit., T I, p 1639



### 1.3.6. "El Grande Oriente"

Está fechado por Galdós en "Madrid, junio de 1876"<sup>381</sup>. Para su elaboración siguen siendo fuentes principales, junto con Mesonero, las ya citadas obras de Vayo y Miraflores, pero a ellas se une de modo irrefutable la obra de M. J. Quintana, que tampoco hemos visto citado hasta ahora como fuente de Galdós aunque es aludido por él, según hemos de ver, como autor de las *Cartas a lord Holland*, al atribuirle ciertas ideas contenidas en algunos párrafos de éstas, que, además, copia Galdós<sup>382</sup>.

Alexandre Zviguilsky ha señalado la enigmática relación existente entre este Episodio y "Tierras Vírgenes", de Iván Turgueniev. Muerto éste, "don Benito dijo que le consideraba como su gran maestro y conocía todas sus obras", pero *Tierras vírgenes* apareció, en el otro extremo de Europa, un mes después que *El Grande Oriente* se publicase en Madrid, de modo que, a no ser por otra vía, resulta imposible que fuera Galdós quien bebió de dicha obra y más bien parece que, o hubo coincidencia o se produjo el flujo inverso, dado que "ambas novelas" están "llenas de elementos comunes"<sup>383</sup>.

Mención especial queremos hacer de la información que, como en casos anteriores, solicita Galdós de Mesonero Romanos, a quien indica, en carta de "17 de Febr. 76", que, terminada "La segunda casaca" va a empezar "la época del 20 al 23, para la cual -le dice-, si usted no se digna venir a mi auxilio, me veré muy apurado." Le anuncia que, a este fin, le hará una visita "dentro de algunos días, con la esperanza -insiste al despedirse- de que nuestra conferencia sea ahora, como siempre, altamente provechosa para su afectísimo amigo"<sup>384</sup>.

Pasados tres meses, en carta de "7 de Junio 76", Galdós anuncia de nuevo que visitará a Mesonero para consultarle algunas cosas sobre este Episodio: "Siento decir a V. -le

<sup>381</sup> En O.C., Aguilar, 1970, T I, p 1554

<sup>382</sup> En "El Grande Oriente". Cit., p 1540, copia Galdós unos párrafos pertenecientes a la 5ª de dichas *Cartas*.

<sup>383</sup> ZVIGUILSKY, A.: "*Tierras Vírgenes* de Iván Turgueniev (1877) y *El Grande Oriente* de Galdós: estudio comparativo". En "Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1990, pp 347-350, especialmente p 347.

<sup>384</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 19.

escribe- que me es indispensable abusar de su bondad unas cuantas horas en un día próximo; pero me hallo tan desorientado, tan lleno de confusiones al tratar de hacer el *Grande Oriente*, que no sé cómo voy a salir de este trance masónico. He escogido para asunto principal la conspiración y muerte desastrosa de Vinuesa. Mi mayor deseo es conocer algunos antecedentes anecdóticos y rasgos fisonómicos de varios personajes de aquella época, tales como Romero Alpuente, Golfín, Moreno Guerra, y sobre todo del célebre D. José Manuel Regato". Pero, según dice él mismo, se reserva sus "preguntas (...) para el día de la lección", a cuyo fin envía a Mesonero, como en otros casos, el siguiente

"Anexo:

Desearía tener todas las noticias posibles acerca de la persona y carácter y fisonomía de los personajes siguientes:

Romero Alpuente.

Félix Mejía.

Moreno Guerra.

D. José Manuel Regato.

El Ministro Feliú.

Copons y Navia.

San Martín.

Capaz.

Palarea.

San Miguel.

Varias obras escritas por masones aseguran que era *Gran Maestro* del orden masónico en 1821 y 22 D. José Campos, director general de Correos. De este hombre oscuro nada dice la Historia.

¿Dónde estaba la logia masónica? El *Antiguo Madrid* que indica la residencia de la Asamblea de los Comuneros, creo que no dice nada de las logias masónicas.

Las noticias de trajes para ambos sexos contenidas en el artículo Fisonomía de nuestra sociedad en 1825 ¿pueden aplicarse a 1821?.

Canciones del *Trágala* y el *Lairón*.

¿Dónde estaba *La Cruz de Malta*?

¿Cómo era el uniforme de milicianos en 1821 y 22?

El duque del Parque: ¿qué personaje era éste? ¿cómo era?"<sup>385</sup>.

Dadas las expresiones de gratitud y reconocimiento que Galdós dirige a Mesonero, antes y después de esta consulta, cabe, pues, pensar que, aunque aquél utilizase también otras fuentes, Mesonero contribuyó grandemente a las respuestas que a este anexo se dan en "El Grande Oriente", según tendremos ocasión de ver al analizar sus textos.

Las personalidades e instituciones objeto de consulta, sobre todo algunos como J. Campos, *Venerable* del Grande Oriente, Romero Alpuente, *Castellano* de los Comuneros, y Regato, agente secreto del Rey, participan muy activamente en la acción. Esta se desarrolla en Madrid, entre el 5 de febrero y el 4 de mayo de 1821. Su "asunto principal", como decía el mismo Galdós a Mesonero en su carta de "7 de Junio 76", es "la conspiración y muerte desastrosa de Vinuesa" En torno a este hecho se plantea, según sugiere su título, la gran influencia que ésta y otras sociedades secretas ejercían sobre el Gobierno y, en general, sobre la vida de entonces.

Su eje de continuidad son las repercusiones que en la vida de Monsalud tiene el proceso seguido contra "don Urbano Gil de la Cuadra", supuesto cómplice de Matías Vinuesa, por la conspiración absolutista descubierta a finales de "enero" de 1821, unos días antes de iniciarse propiamente la acción.

Pero esto conlleva la necesidad de una puesta al día de personajes y modos de expresión. De ahí que Galdós comienza dicha acción presentando la casa y vecinos de Monsalud, personajes todos ellos novelescos y de importante significación que también nos interesa presentar aquí.

El primero en aparecer es el "gran don Patricio Sarmiento", exaltado liberal y maestro de primeras letras que tiene su escuela en la planta baja de aquella misma casa, situada en la "calle de Coloreros", y probablemente en el mismo lugar en que "hoy" -dice Galdós en

---

<sup>385</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...". Cit., pp 21 y 22.

1876- se pueden admirar "pececillos de colores" y la industria de "jaulas de grillos"<sup>386</sup>.

Se evoca así, sin mucha ventaja, la ruidosa presencia de la Revolución en aquella casa y, a la vez, el bullicio de las clases de don Patricio, que, "corriendo el año 1821" -y con preocupaciones educativas propias del momento-, mezclaba en ellas los hechos de la historia romana de los Graco con los de la España contemporánea, llamando serviles a los antiguos senadores romanos y explicando, entre otras cosas, que, al verse atacados los partidarios de Graco, "tienen que marcharse (...) al otro lado del Manzanares, o sea el Tiber, que todo viene a ser lo mismo"<sup>387</sup>.

La clase del día "5 de febrero" se vio interrumpida por el ruido de una manifestación que pasaba hacia Palacio y ante la que, como otras veces, don Patricio deja salir a sus escolares para que la vean, participen de ella y se preparen para cuando "ejercen la soberanía". "La escuela quedó en un instante vacía, y don Patricio Sarmiento salió a la puerta de la calle. Sesenta años muy cumplidos -dice Galdós de este significativo personaje-; alta y no muy gallarda estatura; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez, de color puchero alcorconiano y con más dobleces que pellejo de fuelle; pelo blanco y fuerte, con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servía para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida a lo Voltaire, con más pliegues que dientes, y menos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda o peluda, según que era lunes o sábado; quijada tan huesosa y cortante, que habría servido para matar filisteos y que tenía por compañero y vecino a un corbatín negro, durísimo y rancio, donde se encajaba aquélla como la flor en el pedúnculo; un gorrete, de quien no se podía decir que fue encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de la cúspide capital del maestro; luenga casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban a recrear la vista en él, como en un ameno jardín; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras,

---

<sup>386</sup> Este gran personajes galdosiano, y en especial su contraposición a R. de Riego durante *el terror de 1824*, ha sido objeto de estudio de, entre otros, NAVASCUES, Miguel: "Patricio Sarmiento: trayectoria de un liberal exaltado en los *Episodios nacionales*". *Hispanic Journal*, 4. Núm. 2, año 1983, pp 135-144.

<sup>387</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1459, 1460 y 1484.

que se perdían en la lontananza obscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas, y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta; que unas veces nadaban en el bolsillo del chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buceaban en la faltriquera del pantalón para buscar dinero y no hallarlo...

"Tal era la personalidad física del buen Sarmiento"<sup>388</sup>.

Esta imagen de don Patricio se completa por vía de contraste cuando Monsalud, que regresaba a casa en aquel momento, se detiene a comentar con él la aludida manifestación, y don Patricio contrapone sus propias ideas y cualidades a las del "Maestro Naranjo", un "servilón (...) forrado en obscurantismo y encuadernado en intolerancia", en quien parece ver su antítesis<sup>389</sup>.

Don Patricio vivía en el tercer piso de la casa con su hijo Lucas, sastre de oficio y miliciano nacional. En otra habitación del mismo piso vivía "Pujitos, gran maestro de obra prima -zapatero de nuevo-, miliciano nacional, patriota, cuasi orador, cuasi héroe, y un si es no es redactor de diarios políticos, que para todo -ironiza Galdós- había en aquel desmesurado entendimiento"<sup>390</sup>. En el Principal vivía Salvador Monsalud con su madre, doña Fermina, a quienes ya conocemos; y en el segundo el citado don Urbano Gil de la Cuadra con su hija Soledad, a la que todos llamaban Solita "y más comúnmente doña Solita; que entonces las señoritas cargaban todavía con un *doña* no menos grande que el de cualquier quintañona"<sup>391</sup>.

Refiriéndose al señor Gil de la Cuadra dice Galdós que "el habitante del cuarto segundo

<sup>388</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1461 y 1462. Por otra parte, el nombre de Patricio Sarmiento parece evocar el del benedictino Pedro José Gosende de Balboa, más conocido por Fray Martín Sarmiento (1695-1772), que era entonces uno de los pedagogos de más prestigio -quizá el que más- por sus escritos sobre metodología para la educación infantil y juvenil, y cuya orientación historicista pudo interesar especialmente a Galdós. La personalidad y obra de este pedagogo en GALINO, M. A.: "Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna". C.S.I.C., Madrid, 1953). Los dos Sarmiento -el real y el de Galdós- presentan sus preocupaciones pedagógicas como solución a los problemas sociales de su época, aunque el uno era un *fraile* y el otro un *patricio*.

<sup>389</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1462.

<sup>390</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1465.

<sup>391</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1466.

era un hombre decente, con indicios en toda su persona de pobreza decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenía más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y fríos, escasísima propensión comunicativa y costumbres tan tranquilas como metódicas. Jamás anochecía sin que estuviese dentro de su casa. A horas fijas salía, y a horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste como vivienda de cartujos"<sup>392</sup>.

La ignorancia de sus ideas políticas "traía en gran inquietud a los vecinos, y principalmente a don Patricio", cuya desazón era aún mayor porque sabía que Monsalud las conocía hacía tiempo y no se las revelaba. El señor Gil de la Cuadra y, especialmente, su segunda esposa, "doña Pepita Sanahuja" (fallecida en 1818), fueron quienes, siendo compañeros de huida, rescataron a Monsalud de manos de los guerrilleros de Carlos Garrote, tras el duelo que sostuvo con éste el año 1813, cuando se retiraban a Francia con José Bonaparte y se produjo la batalla de Vitoria.

Solita, que era hija del primer matrimonio de Gil de la Cuadra, compensaba con su simpatía en la casa el carácter antipático de su padre y pasaba muchos ratos charlando con doña Fermina Monsalud. De su figura dice Galdós: "Como cronistas, sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que aunque chicos eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que hermoseaban la incorrecta boca finísimos dientes; mas la nariz, redonda y pequeña, desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne; pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz deliciosa, apacible, que no podía oírse sin sentir dulce simpatía, completaban su insignificante persona. Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba; pero así la encontramos y así sale, tal como Dios la crió y tal como la conocieron los

---

<sup>392</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, p 1465.

españoles del año 21"<sup>393</sup>.

Los perfiles de estos personajes se completan con las implicaciones de su relación de vecindad, reflejo, a la vez, de la efervescencia política ambiental. Ya al anochecer del mismo día 5 de Febrero, don Patricio y su hijo Lucas, que regresaba entonces de la manifestación, suben con su vecino Monsalud a casa de éste para tomar chocolate, comentar los sucesos del día y hablar de otras cosas públicas. Con ello se continúa la conversación iniciada en la escuela y Galdós tiene ocasión de seguir informando sobre los principales hechos ocurridos en España desde que el 9 de marzo de 1820 se restableció el régimen constitucional y terminó la acción de su anterior Episodio, "La segunda casaca".

El ambiente se redondea y enlaza con el hecho de actualidad al producirse aquella noche la detención de Gil de la Cuadra, con cierta maligna complacencia del fanático liberal don Patricio y profunda pesadumbre de Monsalud, que, agradecido a Gil por la ayuda que tras la batalla de Vitoria recibió de él, le promete entonces sacarle de la cárcel y cuidar mientras tanto de Solita como de una hermana.

Esta promesa lleva primero a Monsalud, masón del grado 18 con el nombre de *Aristogitón*, a solicitar la ayuda del *Grande Oriente* de Madrid, -lo cual es ocasión para que Galdós haga una prolija descripción del carácter, símbolos, ritos y otras circunstancias de aquella sociedad masónica- y, fracasado allí, a su ingreso en la sociedad de Los Comuneros, de la que Galdós hace también, según hemos de ver, la correspondiente descripción<sup>394</sup>.

Al mismo tiempo, la búsqueda de ayuda para esta empresa contribuye a separarlo de su novia Andrea, acercándolo, todavía a título de hermano, a Solita, que había pasado a vivir con doña Fermina y con él desde que llevaron preso a su padre y que, agradecida y atraída por aquel joven, "aguzaba su ingenio para introducir en el cuarto de Salvador refinadas

---

<sup>393</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1466.

<sup>394</sup> El nombre de *Aristogitón* había sido tomado así mismo por otro masón famoso, el general Torrijos, según puede verse en Archivo General del Palacio Real, Papeles Reservados de Fernando VII, T 67, "Lista de los Masones hallados que componen varias Logias de Madrid y otros puntos; extendida por el orden Alfabético" (Sic), folios 158-205, especialmente fol. 175, en que figura "D. José María Torrijos, Aristogitón, Brigadier de Caballería". Asociación, pues, con Torrijos que, como la antes aludida con Van Halen, viene a acumular en Monsalud destellos de revolucionarios típicos.

comodidades, previendo cuanto el buen muchacho necesitar pudiera"<sup>395</sup>.

El valor de *lo cotidiano*, sazonado y representado por la discreta y dulce Solita -cargada de futuro-, contrasta con las fuertes emociones que Monsalud experimenta en casa de Campos, con quien vivía -además de "su hermana doña Romualda-, "su sobrina Andrea", cuyos encantos y apasionados amores con Monsalud muestra Galdós tan acto seguido que parecen una tácita comparación con el valor de Solita<sup>396</sup>.

La íntima relación de Andrea con Monsalud y el simbólico papel que ambos juegan hasta el final del Trienio nos induce a recoger parte importante de lo que Galdós dice en el extenso retrato que le dedica: Andrea era "hija de Mauricio Campos, que volvía de Indias el año 12 con una regular fortuna de que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte. Huérfana de padre y madre a los once años de edad, la hermosa niña quedó bajo la tutela de su tío (...). Andrea, cuya crianza en América no había sido ejemplar, a causa de la temprana muerte de su madre, tuvo una escuela lamentable en la peligrosa edad del cambio de juguetes; es decir, cuando se decreta la jubilación definitiva de las muñecas y el planteamiento de los novios. Mal atendida por su tío y peor tratada por doña Romualda, a quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. Contrajo amistades que una madre prudente hubiera prohibido; intimó excesivamente con las criadas; paseaba en compañía de éstas más de lo conveniente, y, en cambio del cariño y agasajo que le negaron dentro de casa, disfrutaba de una libertad que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez -dice Galdós en 1876- las de ésta. Por esto Andrea se parecía tan poco a la niñas españolas de su tiempo. Era una criolla voluntariosa, una extranjera intrusa que habrían repudiado Moratín y Cruz. Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba a sufrir la transformación de la edad paleolítica de los amores a la edad neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia. El buen Campos también era hombre ocupadísimo por aquellos días: estaba conspirando.

---

<sup>395</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1494.

<sup>396</sup> Comparación que evoca la establecida en "La batalla de los Arapiles" entre Inés y miss Fly, comparadas a su vez, irónica y respectivamente, con la *útil* gallina y la *majestuosa* águila.



"Era la indiana buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad, por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ansia de afectos ardientes, y miraba sin cesar a todos lados, buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse, sola y sin ayuda de nadie, el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios a las criaturas; pero que suplen, en el admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo. Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición potente, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corola; pero el viento soplabla con demasiada fuerza, y se dobló.

"Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) resultaba cada vez más lógica. Habría sido conveniente que ignorara durante algún tiempo la riqueza de seducciones que atesoraba en sus ojos, en su boca, en todas las partes de su cara morena y alegre, llena de inexplicables gracejos y atractivos; era su cuerpo, delgado y flexible, de estos que no tienen clasificación fácil en el cuadro ginecológico, y son tales, que, para buscarles semejantes, necesita el observador descender en busca de un ser antipático y que se arrastra: la culebra"<sup>397</sup>.

La libertad en que se desarrolló Andrea, el abandono en que la tenían sus mayores, sus atractivos, su naturaleza indiana, sus clandestinas relaciones con el revolucionario Monsalud, sus peligrosas amistades y algunas otras coincidencias parecen evocar a la entonces turbulenta, descuidada y atractiva América española; pero casi todas estas circunstancias resultan polivalentes y, según vamos a ver, Andrea evoca también a la sociedad revolucionaria, en la que se integra una burguesía enriquecida, como ella, en América y ya sin aquel mercado. Es como el soporte o hueco social en que Monsalud

---

<sup>397</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1496-1497. "La culebra" -demonio del Paraíso- es también utilizada por Galdós como imagen de flexibilidad femenina al referirse a Jenara; pero su "ser antipático" parece aludir a la vez a cierto "germen maléfico" que parece atribuirse a estas dos mujeres; ello explica que sea el apodo de Pipaón y que se asocie a la imagen del gentío callejero que penetra en la cárcel y asesina a Vinuesa; o a la de Fernando VII, que el 30 de Junio de 1822 estaba en la ventana de Palacio rodeado de cortesanas, "como la serpiente entre las flores." ("7 de Julio". Cit., T II, p 1596.)

encaja. Si la comparamos con Solita y con Jenara, podría decirse que Solita evoca a la sociedad española en su conjunto; sufrida, modesta, gris, pero auténtica, fiel y futura esposa de Monsalud; Jenara -que fue novia de Monsalud en la época *doceañista*- a la sociedad participativa, con tendencias encontradas; Andrea a la sociedad revolucionaria, en la que Monsalud encuentra momentaneamente más encantos, mayor realización vital, en cuanto él representa a la Revolución<sup>398</sup>.

Pero Andrea, más regida por su criterio o "su conciencia" que por sus mayores, con más espejos que consejos, adulada por "las criadas", "fomentó su vanidad y la adoración de sí misma". Campos la halagaba, además, para lograr que accediera a "un proyecto nupcial que entre manos traía después de la revolución". Procurando, como tantos otros burgueses, ennoblecerse, Campos quería casarla con el "marqués de Falfán de los Godos", representante, a juzgar por la época a que alude su título, de la más rancia nobleza.

Este Marqués, de importante presencia también hasta el final del Trienio, dice Galdós que "era un medio siglo bien conservado, gracias a reparaciones hábiles y a un cuidado continuo. Había sido exento de Guardias, compañero de Palafox y de Godoy, (...) en aquellos tiempos en que los mozos guapos desempeñaban grandes papeles en la Corte (...) En 1821 era general; tenía fama no solo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia, formada en la escuela enciclopedista del siglo pasado.

"Hacia 1820 comenzó a pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso; es decir, los hijos que debía tener y no tenía; la esposa, que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida."

Como tantos otros de su clase, dice Galdós, siendo "maestro en el arte de vivir, perdió el tino" y, en lugar de buscar "una madura belleza asegurada de peligros", incurrió en el "maldito antojo de la niña fresca y tiernecita que apenas ha empezado a vivir, y tiene un

---

<sup>398</sup> Ya Casaldueiro, aunque no se refiere a Andrea, señala este tipo de simbolismo cuando dice que "Jenara -bella, apasionada, fanática, intransigente, estéril-, (representa) la España tradicional. Soledad -dulce, callada, atenta, activa, caritativa- es el símbolo de la España futura". CASALDUERO, J.: "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 52-53. Ver también sobre ello el ya citado trabajo de Julián Avila Arellano sobre "Fortunata Izquierdo. Signo, símbolo y mito en la obra de Galdós".

porvenir ignoto delante de sus ojos chispeantes"<sup>399</sup>.

Ocurría que "Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos porque amaba a otro", a Monsalud, pero éste hubo de renunciar a ella para que Campos accediera a ayudarlo en la liberación de Gil de la Cuadra.

Esta dolorosa renuncia permite a Monsalud acceder a un puesto de la cárcel de la Corona y facilitar desde allí, ya al final del Episodio, la huída de Gil de la Cuadra, aprovechando precisamente el tumulto producido por el asalto de las turbas a dicha cárcel para asesinar a Vinuesa. Pero, en una cadena de simbolismos a que hemos de referirnos al analizar el texto de Galdós, que se detiene morosamente en ellos, este deteriorante sacrificio de los propios ideales -simultáneo con el deterioro del gobierno revolucionario- no conlleva una compensación para Monsalud, sino que, en el momento mismo de lograr aquella liberación, éste resulta rechazado por Gil de la Cuadra, que conoce entonces por el insidioso Regato los amores de Monsalud con su segunda esposa y huye cargado de odio contra él.

### 1.3.7. El "7 de Julio"

Escrito, según indica Galdós, entre "octubre-noviembre de 1876", parece atenerse a las mismas fuentes que el Episodio anterior, especialmente, como veremos en su análisis, a Vayo y a Mesonero.

Es notable en este sentido el traslado o prolongación a él de cuestiones consultadas a Mesonero para la elaboración de "El Grande Oriente". Hay casos como el de "San Martín" y "Palarea" que ni siquiera aparecen en "El Grande Oriente"; y el duque del Parque, que si es aludido allí, será presentado realmente como nuevo personaje en el "7 de Julio".

Pero, además, Mesonero es consultado expresamente para este Episodio en carta del "25 de Octubre 76": "estoy en el 7 de Julio -le dice ahora Galdós-, más desorientado, más ignorante, más confuso que nunca. No pasaré, pues, del jueves o viernes sin permitirme ir a su casa para que su amena conversación de V. me sugiera alguna idea feliz.

"¿Cómo era Morillo?

"¿Y San Martín?

---

<sup>399</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1497-1498.

"¿Y D. Víctor Sáez, que si bien no figuró hasta el 23 me conviene presentarlo desde ahora?

"Dispénseme V. tantas molestias y hasta mañana o pasado"<sup>400</sup>.

No deja de ser curioso que "San Martín", ignorado por Galdós en "La Fontana de Oro" pese a su protagonismo en la *batalla de Platerías*, que centra aquella novela, es de nuevo objeto de consulta en esta carta a pesar de figurar en el anexo de la anterior. Parece como si Galdós hubiera advertido su error por omisión y se mostrase ahora interesado en que no se repitiera.

Por otra parte, tanto San Martín como Morillo y don Víctor Sáez, son, según veremos, detalladamente tratados en este Episodio.

Es probable que entre las demás obras historiográficas utilizadas por Galdós para el "7 de Julio" se cuenten las de protagonistas como Martínez de la Rosa, especialmente *El espíritu del siglo*, y las *Memorias* de Fernando Fernández de Córdoba -en cuanto hermano de Luis-, pero, careciendo de testimonios expresos sobre ello, nos parece preferible aplazar nuestras referencias para el momento de analizar los textos y ver sus similitudes.

En cuanto a la acción, culmina en la histórica jornada madrileña a que alude su título, pero desarrolla asimismo, como una explicación de ella, la situación española propia de "la primavera del 22", desde la sesión de Cortes en que, el 16 de Marzo, rinden éstas su insólito homenaje al "2º batallón de *Asturias*", al carácter y juego de las diversas instituciones públicas, la proliferación de *partidas*, los agentes del Rey, la actitud de *las Potencias*, los choques entre milicianos y guardias Reales, los difíciles intentos moderadores de Martínez de la Rosa, y algunas otras cosas, hasta que, con la clausura de las Cortes ordinarias -30 de Junio-, se producen los hechos que, según describe detalladamente Galdós, conducen al enfrentamiento del 7 de Julio y, tras el triunfo popular, al nombramiento del Gobierno San Miguel (5 de Agosto), a cuyos integrantes y primeras disposiciones se alude ya al final de este Episodio.

Esta acción se acompaña en el plano novelesco con algunas iniciales referencias de enlace a la anárquica situación reflejada en "El Grande Oriente", cuya continuidad se

---

<sup>400</sup> En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas...", Cit., p 23.

destaca afirmando que "todo está lo mismo" y abriendo el Episodio, como entonces, con la clase de don Patricio.

La continuidad se refuerza, además, con la inmediata reaparición de varios otros personajes. Se muestra así que Monsalud sigue ayudando a Solita y a su padre -sin que Gil de la Cuadra lo sepa-, desde que los localizó en un pueblo del camino de Francia, adonde el absolutista había huido con su hija al escapar de la cárcel. Gracias a ello, Solita y su padre pudieron volver a Madrid y subsistir, contando con cierta tolerancia policial, en la parte que de su casa -en la C/ de las Veneras, 83- les cedió el maestro Naranjo.

Las diferencias políticas y esta convivencia con Naranjo explican que el *exaltado* don Patricio vigile sin tregua a Gil de la Cuadra, a quien, pese a su indigente inanición, supone conspirando de nuevo y desearía reintegrar a la cárcel.

De igual modo que Baraona en "La segunda casaca" y Vinuesa en "El Grande Oriente", Gil de la Cuadra representa en éste Episodio al absolutismo; y, lo mismo que pasaba con aquellos en casos análogos, morirá en el desenlace de la acción a la vez que se frustra el intento absolutista del 7 de Julio.

Esta representatividad se acentúa por la aludida inanición en que Gil de la Cuadra vive en Madrid hasta la llegada de su sobrino Anatolio Gordón, que, simbólicamente, le llena de felicidad y vida porque, por una parte, viene a casarse con su Solita y les sacará de la miseria, y, por otra, ingresa en la Guardia Real, que por entonces está preparando el golpe *realista* que podría revivir el absolutismo.

Pero la frustración de uno y otro proyecto se presagia desde que Galdós presenta al recién llegado novio: "Anatolio Gordón -escribe Galdós- era un muchachote corpulento, tan rubio que el pelo y la cara casi parecían del mismo color, siendo sus cejas casi blancas y las pestañas como las de un albino. Su cara pecosa y arrebolada estaba siempre risueña, cualidad que se avenía bien con la redondez de la misma y con sus facciones agraciadas y poco varoniles. Bigote amarillo, como madejilla de hilos de oro pálido, ornaba su boca, no menos encarnada que una cereza, y sin aquel ligero emblema de su condición masculina, la cara del primo Anatolio habríase confundido con la de una asturianaza guapetona o mofletuda pasiega. El musculoso cuerpo representaba hercúlea fuerza, y sus manazas parecían más propias para romper los objetos que para cogerlos. En todo él

revelábase poco hábito de las formas sociales y una franqueza campesina que, por cierto, no era desagradable. Finalmente, el conjunto de la persona de Anatolio Gordón predisponía en su favor, y nadie, al verle, podría negarle un puesto horroso, quizás el primero, entre los excelentes muchachos"<sup>401</sup>.

Esta imagen "del primo Anatolio", como dice Galdós poniéndose en el lugar de Solita, se completa con otras apreciaciones que parecen negarle travesura y encanto: hablaba "con torpeza", "era algo corto de genio", se puso "como la grana" al hablar del prometido matrimonio con su prima y su conversación "no era, por lo común, muy interesante". Al despedirse, después de esta entrevista -la primera desde su niñez-, dejó "en el anciano impresión felicísima y en la joven una especie de estupor frío que no podía explicarse". Y esta primera impresión -con la que Galdós va marcando, a la vez que a Anatolio, a la Guardia absolutista que éste va a representar- se confirma y matiza al día siguiente, cuando Anatolio vino de uniforme y se dice que, sin estar mal, no era un modelo de "apostura guerrera". Además, él no quería seguir esa carrera, sino irse a cuidar su hacienda, con la que, dada su cuantía -viene a decir- "no nos irá mal". Ese *nos* hace feliz a Gil, encandilado ante las posesiones descritas por su sobrino mientras Solita no hacía ni caso hasta que Anatolio se refirió a un empréstito que tenía que cobrar al duque del Parque y, asociando este nombre con Monsalud, "el corazón de Solita -en significativo contraste- le saltó en el pecho como un loco en su jaula"<sup>402</sup>.

El desapego de Solita hacia Anatolio, al que, además, considera incapaz de dar el golpe absolutista de que habla su padre, se contrapone clara y repetidamente a la callada atracción que muestra hacia Monsalud, con quien se le ve feliz en casa del duque del Parque -a cuyo servicio se halla, significativamente, Monsalud como secretario-.

Pero Monsalud no advierte los encantos e insinuaciones de Solita porque, al parecer, se halla poseído por "una persona" -que el lector ha de suponer que es la simbólica Jenara- con la cual se había reencontrado, entre complacido y temeroso, en la sesión de Cortes del 16 de Marzo; y a la que Solita ve, por una parte, esperando a Monsalud y, por

---

<sup>401</sup> "7 de Julio". Cit., p 1577.

<sup>402</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1577-1579.

otra, entrando a reunirse en casa de Naranjo con quienes preparaban la sublevación de los Guardias.

Derrotados éstos por el pueblo de Madrid -en el que Galdós destaca, según veremos, la imagen de pequeños y pacíficos comerciantes milicianos significativamente apellidados Cordero- y muerto Gil de la Cuadra, Solita vuelve a vivir con Monsalud y su madre, lo cual acaba originando la rotura del compromiso de boda con Anatolio.

Pero la simbólica competición de Solita y Jenara se mantiene hasta que, poniendo fin a este Episodio y dejando abierta esta pugna para los siguientes, Monsalud -siguiendo el curso que le corresponde como Revolución- se va, tras mucho dudar, con Jenara a un extraño y simbólico viaje cuyo destino y resultados mantiene oculto Galdós hasta su siguiente Episodio.

De momento resulta que Soledad se ha quedado sola. En pocos días había perdido a su padre, luego a su prometido, Anatolio, y ahora a su protector, Salvador Monsalud. Se ha quedado "huérfana", como esa sociedad cuya representación le atribuimos, que ya no cuenta con la seguridad-estabilidad que antes veía en el sistema absolutista, cuyos principios y autoridad van desapareciendo, y todavía no tenía asegurada, no se había consolidado su relación, su integración, en las instituciones revolucionarias, que se hallan dominadas por las élites.

### 1.3.8. "Los Cien mil Hijos de San Luis"

Galdós fecha esta obra en "Madrid, febrero de 1877"<sup>403</sup>. En una especie de presentación, dice que contó para su elaboración "con materiales muy preciosos", pues, "además de las **noticias verbales** que casi son" su "principal fundamento" dispuso de "un manuscrito", doblemente interesante por ser "hechura de una señora"<sup>404</sup>.

Esta señora resulta ser Jenara, que, como hiciera Pipaón en sus "Memorias de un

---

<sup>403</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". En O.C. Aguilar, Madrid, 1970, T I, p 1718. Por otra parte, en carta de 11-II-1877 dice a su amigo Pereda que estaba "dando la última mano a los Cien mil hijos de San Luis"; y en la del 10 de Marzo: "Acabé los cien mil hijos hace unos quince días". En BRAVO VILLASANTE, C.: "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda". Lugar y Ed. citado, pp 15 y 16.

<sup>404</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1635. Sin negrilla en el original.

cortesano de 1815", escribe sobre los hechos y personajes históricos con los que convive, contribuyendo así a una mayor interrelación entre historia y novela. Pero, ya que no este ficticio manuscrito, resulta indudable, porque así lo asegura el mismo Galdós, según vimos, y porque así se deduce de sus semejanzas, que Galdós utilizó la obra de Vayo, cuya última parte del "libro décimo", el "undécimo" y el comienzo del "duodécimo" parece seguir, más de cerca si cabe que en otros *episodios*, en lo que a hechos históricos se refiere. Junto a él, pero en mucha menor medida, parece utilizar, como en casos anteriores, otros textos históricos de autores como Miraflores, Alcalá Galiano, Quintana, Mesonero, etc., que se citarán en su momento. A ellos se une, según veremos, Chateaubriand, de cuya utilización por Galdós se ha ocupado Letemendia<sup>405</sup>.

En cuanto a esas "noticias verbales" de que habla Galdós, hay que insistir en las fundamentalísimas de Mesonero Romanos, a quién ya hemos visto que se dirige en carta de "25 de Octubre 76", cuando preparaba el "7 de Julio", anunciando que le visitará para obtener información que, en parte, le sirve para este Episodio. Tal es, según indica el mismo Galdós, el caso de "D. Víctor Sáez, que si bien no figuró hasta el 23 me conviene -explicaba- presentarlo desde ahora"<sup>406</sup>. E. Varela no recoge más cartas hasta la fechada el 19 de abril de 1877, en la que Galdós se disculpa ya por no haber entregado todavía a Mesonero "el tomo de los *Cien mil hijos*", recién publicado; pero este mismo hecho indica que mantenían su relación; y Mesonero, en su "contestación", felicita a Galdós por su acierto en este Episodio, destacando "la inmensa fuerza de intuición" con que Galdós "se hace dueño de situaciones, caracteres y períodos históricos que sólo ha podido escuchar -le dice- **de mi boca** -negrilla nuestra- o leer en tal o cual libro o periódico"<sup>407</sup>.

Continuando Galdós su ficción, asegura que del manuscrito original se había perdido una parte intermedia que él se vio obligado a completar directamente, con lo cual se procura

---

<sup>405</sup> LETEMENDIA, Emily: "Galdós and Chateaubriand: *Los cien mil hijos de San Luis*". *Bulletin of spanish studies*, Num. 57, año 1980, pp 309-319.

<sup>406</sup> Carta recogida en VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 23.

<sup>407</sup> En VARELA HERVIAS, E.: *Ibidem*, p 26.



la ocasión de referirse a hechos simultáneos ocurridos en diversos lugares -y no *vistos* por Jenara-, de dar como autor una información que quizá no cuadraba en el relato de ésta y de dotar de mayor dinamismo y verosimilitud a su obra.

La primera parte del supuesto manuscrito se titula "De Madrid a Urgel" y se remonta en su información, con rápida ojeada, hasta el año 1820, cuando se produce el triunfo de la Revolución y Jenara rompe sus ya frías relaciones matrimoniales con Carlos Garrote y busca refugio en Bayona, de donde saldrá, como mensajera de los agentes que Fernando VII tenía allí, para participar en la preparación de los hechos del 7 de Julio y luego en la constitución de la Regencia de Urgel (14 de agosto de 1822).

El segundo fragmento se titula "De París a Cádiz" y comprende desde la caída de la Regencia de Urgel, cuyo asalto y toma por las tropas de Mina se supone que trata Galdós directamente, hasta que, tras negociar con Chateaubriand la intervención francesa y regresar con aquel ejército a Madrid, Sevilla y Cádiz, Jenara es hecha presa, el día 3 de octubre de 1823, "de orden del Excelentísimo señor don Víctor Sáez, ministro universal de Su Majestad"<sup>408</sup>.

De todo ello se desprende que la acción de este Episodio no se desarrolla en Madrid, como ocurría en las "Memorias de un cortesano de 1815", "La segunda casaca", "El Grande Oriente" o el "7 de Julio", sino que, tanto en estos textos como en los que Galdós dice elaborar como autor, se desplaza hacia los lugares en que se prepara y produce la intervención europea o, más propiamente, francesa.

La presencia de Jenara en estos lugares avala su descripción de la personalidad y actividades de los agentes de Fernando VII en Bayona y otras ciudades de Francia, las interrelaciones de la conspiración del 7 de Julio, la responsabilidad de Fernando VII en la Regencia de Urgel y en la intervención militar francesa, etc.

Pero, además, en la acción se entretajan una serie de importantes connotaciones simbólicas. Ejemplos de ello son la felicidad con que, según se anunciaba en el "7 de Julio", viaja Jenara con Monsalud hasta que éste es apresado en Benabarre por los guerrilleros, azuzados por Regato; la repugnancia con que ve los actos fundacionales de

---

<sup>408</sup> Los Cien mil...." En O.C. Aguilar, de 1970, Tomo I, Pág. 1717.

la Regencia de Urgel, adonde continúa sola aquel viaje; su desagrado ante las motivaciones nacional-revanchistas que advierte en la intervención francesa; y -ya en el más estricto plano novelesco- la sorda lucha que por la posesión de Monsalud -liberado, simbólicamente, de los guerrilleros por las tropas de Mina- mantiene la misma Jenara, desde su regreso a Madrid, con Solita y Andrea; pugna que, según se verá en los textos que hemos de analizar, refleja la evolución de Jenara hacia posiciones liberales y, a la vez, su egoísmo, similares a los que Galdós parece atribuir a la élite social simbolizada por ella.

Egoísmo de Jenara y de la élite que contribuye, respectivamente, a la común pérdida de Monsalud y al final del Trienio Constitucional; y evolución que anuncia la tercera y definitiva fase liberal española, que se abriría, siempre condicionada por aquel egoísmo, en 1834, según muestra el mismo Galdós en el último de los cuatro restantes *episodios* de esta segunda serie.

\* \* \*

Dichos cuatro *episodios* son, según se sabe, "El terror de 1824", cuyo asunto parece claro; "Un voluntario realista", que revive el ambiente propio de la *guerra de los agraviados*"; "Los apostólicos", relativo a la crisis planteada por los futuros *carlistas* en torno a la cuestión sucesoria, culminante en los sucesos producidos en La Granja en septiembre de 1832; y "Un faccioso más y algunos frailes menos", que toma título de la incorporación de *don Carlos* a la guerra de que se acompaña la citada tercera fase de la revolución liberal española y de la matanza de frailes producida en el Madrid de 1834, pero que muestra a la vez, en el plano novelesco, la locura y muerte de Carlos Garrote, asistido por su hermano Monsalud, y el matrimonio de éste con Solita, que triunfa así sobre Jenara y Andrea en la simbólica lucha que las tres venían manteniendo por él.

De ellos recogemos, según se dijo, algunos textos que complementan los de las obras relativas al Trienio, pero estimamos que en estos casos, dada su discontinuidad, es preferible aclarar su contexto y sentido de modo particularizado cuando llegue la ocasión, como haremos con cualquier otra obra utilizada, en lugar de resumirlos aquí.

### 1.3.9. El drama "La fiera"

Una excepción hemos de hacer con el drama "La fiera" -estrenado "en el Teatro de la Comedia, de Madrid, la noche del 23 de diciembre de 1896"<sup>409</sup>-, cuya llamada a la reconciliación y a la paz -en la víspera de Navidad- se apoya en una acción situada en 1822, y en el ambiente de la Regencia de Urgel.

Su argumento, aunque basado en la situación descrita ya por Galdós en "Los Cien mil Hijos de San Luis", evoca sobre todo el de "El audaz". En él se introduce la ficción de que unos exaltados comuneros -con una especie de Martín Muriel que aquí se llama Berenguer de Claramunt- se infiltran, con ánimo criminal y vengativo, entre los absolutistas de La Seo de Urgel, como supuestos enviados del Gobierno francés en favor de la Regencia allí establecida. Ello, por una parte, refleja la relación de dichos Gobierno y Regencia, y, por otra, da ocasión de que se manifiesten los mutuos odios existentes entre absolutistas y liberales exaltados.

Descubierta la trama y la relación amorosa surgida en aquellos días entre Berenguer y la sobrina del *Marqués de Tremp* -uno de los Regentes-, que se llama Susana en clara asociación con la protagonista de "El audaz" y que es, como ella, hija de los asesinos de la familia de Berenguer/Muriel, se advierte la mediatización extranjera, pues las "relaciones con las potencias nos obligan -dice el Marqués Regente- a proceder con pulso en la aplicación de castigos"<sup>410</sup>; y, a la vez, los aludidos odios, que provocan el sucesivo duelo de Berenguer -redimido ya moralmente por su amor y reconciliación con Susana- con el exaltado comunero *San Valerio* -antes aliado en la conjura- y con Juan, -hijo éste del Marqués de Tremp y primo enamorado de Susana, además de feroz caudillo militar absolutista- que representan a las *dos cabezas de la fiera*. Es decir, a "la idea exaltada y el orgullo despótico (que) la engendraron"<sup>411</sup>.

Dos cabezas cuya tenaz pervivencia y enfrentamiento en guerra fratricida son destacados por Galdós con este diálogo temeroso que pone fin a la obra tras dicho doble duelo:

<sup>409</sup> Cfr. Ed. de O. C. Aguilar, Madrid, T de Cuentos, Teatro y Censo, 1977, p 435.

<sup>410</sup> "La fiera", Cit., p 463.

<sup>411</sup> "La fiera", Cit., pp 439 y 466.

"BERENGUER.-(*Delirante, mirando a uno y otro cadaver.*) Si; he matado a la fiera.  
¡Muertos los dos!

"SUSANA.- Huyamos a regiones de paz.

"BERENGUER.-(*Con desvarío*) Huyamos, sí; que éstos..., éstos resucitan..."<sup>412</sup>.

Ejemplos de ello había, y a ello parece aludir Galdós, en la guerra civil mantenida entonces (1896) en Cuba.

Es, en definitiva, obra que insiste, aprovechando su triste actualidad, en esa condena de fanatismos y violencias que muestran las más tempranas obras de Galdós sobre el Trienio, cuya imagen pasamos inmediatamente a analizar, empezando por la Revolución que lo introduce.

---

<sup>412</sup> "La fiera", Cit., p 467.

## 2. LA REVOLUCION DE 1820

### 2.1. MOTIVACIONES PRINCIPALES

En 1820 se abre, según se sabe, la segunda de las tres fases en que se produce la Revolución liberal española. Frustrada la que, a impulsos de la necesidad y la ocasión, se desarrolla entre los años 1808-1814, los nuevos intentos revolucionarios reaparecen de inmediato. A los anteriores ideales se une entonces, según vamos a ver que indica Galdós, el deseo de redimirse y vengarse que se suscita en los represaliados. De todo ello resulta un doble aspecto, positivo y negativo, de esta motivación que, en términos generales, se concreta en la promesa exigida a los conspiradores revolucionarios de **"hacer todos los esfuerzos imaginables para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitución de Cádiz"**<sup>1</sup>.

El intento de organizar, en la forma más lógica y clara, lo que Galdós dice sobre estas atracciones y rechazos plantea, como siempre, distintas posibilidades según los criterios que se apliquen.

Nosotros, teniendo en cuenta que los anteriores desarrollo e institucionalización del ideal

---

<sup>1</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1409. Sin negrilla en el original.

liberal debieron de hacer más sensibles los inconvenientes del absolutismo a que se vuelve en 1814, que la represión política de que éste se acompañó se produce lógica y necesariamente después del protagonismo liberal represaliado, que la naturaleza del régimen establecido entonces y el ejercicio de su poder parecen particularizados, respecto al absolutismo de antes de la Guerra de la Independencia, por su carácter contrarrevolucionario y, por otra parte, deseando tratar en secuencia continúa estos motivos de rechazo, hemos optado por analizar en primer lugar lo que Galdós dice respecto a la atracción que los valores liberales ejercían sobre los revolucionarios españoles de entonces.

Somos conscientes de que esta atracción podría entenderse como una preferencia del liberalismo sobre el absolutismo y señalarse al ocuparnos de cada uno de los motivos de comparación y de rechazo hacia éste, pero nos ha parecido que -sin dejar de tener esto en cuenta- la atracción del régimen liberal merecía particularizarse, según parece entender Galdós, como un factor más de la Revolución, al margen, en cierta medida, del régimen a que hubiera de sustituir y como uno de los posibles para sustituirlo.

De todo ello resulta el siguiente esquema de **motivaciones de la revolución de 1820**:

-La atracción del liberalismo.

-El rechazo al absolutismo

- . por la violencia con que se restableció y se mantuvo;
- . por el ejercicio ineficaz y corrupto de su poder;
- . por su incompatibilidad natural con la dignidad humana;
- . por su incompatibilidad con las necesidades socioeconómicas y financieras.

La acción combinada de esas atracciones y rechazos irá potenciando el desarrollo del grupo revolucionario y produciendo el paso del mesianismo con que parte de la población recibió a Fernando VII en 1814 al excepticismo con que, en su gran mayoría, lo abandonó ante los revolucionarios en 1820.

### **2.1.1. La atracción del liberalismo**

#### **2.1.1.1. Antecedentes y desarrollo**

El liberalismo, según destaca el profesor Artola, venía a ser la culminación lógica de las

doctrinas racionalistas que, tras negar -por necesidades prácticas de la Reforma protestante- la univocidad de los conceptos de Estado y Rey, transmitían al pueblo el antes divino origen del Poder y pasaban luego a señalar la forma de dividir y organizar éste para que el individuo no tuviera que sufrir sus abusos. En España, puntualiza dicho profesor, aquellas doctrinas no tuvieron implantación inicial -dada la carencia de la Reforma religiosa que las desencadena-, pero fueron copiadas en su fase de Despotismo Ilustrado y, producida la Revolución francesa, continuaron su silencioso desarrollo -reforzado por nuevos contagios- hacia el liberalismo, en coexistencia con el absolutismo a que regresan algunos -como Floridablanca- aterrados ante dicha Revolución y con el enciclopedismo en que permanecen otros. De ello resulta, viene a concluir -confirmando algo que luego veremos dicho por Galdós-, que "el reinado de Carlos IV, exteriormente tranquilo, oculta en su interior los brotes de las luchas de partidos que ensangrentarían España durante el siglo siguiente"<sup>2</sup>.

Producido el triunfo del liberalismo durante la guerra de la Independencia y reprimidos sus principios y líderes al regresar Fernando VII en 1814, el señalado curso lógico de las ideas, en pos de la felicidad y perfeccionamiento humanos, se refuerza por cierta añoranza romántica y afán reivindicativo de aquel régimen, en cuyo reciente establecimiento habían participado, con el cual se habían gobernado y obtenido la victoria sobre Napoleón y por el que se estimaban injustamente perseguidos.

Algunos de estos componentes parecen hallarse en la visión de conjunto que sobre el período 1808-1823 atribuye Galdós al ponderado Araceli cuando éste, en sus ya aludidas "observaciones" a las supuestas Memorias de Pipaón, condena el sexenio absolutista 1814-1820 y justifica los errores cometidos en la primera etapa constitucional española por la carga idealista que destaca en su acción gubernativa diciendo: "Los junteros de 1808, los regentes de 1810, los constitucionalistas de 1812, cometieron grandes errores. Iban de equivocación en equivocación, cayendo y levantándose, acometiendo lo imposible,

---

<sup>2</sup> ARTOLA, M.: "Los afrancesados". Cit., pp 11-29, especialmente pp 12, y 28. Véase también, entre las numerosas publicaciones de este autor sobre el origen del liberalismo español, "Textos fundamentales para la Historia" (Alianza, Madrid, 1979), en que se recogen numerosos escritos representativos de las diversas fases del recién aludido proceso de cambio ideológico; y, especialmente, "Los orígenes de la España Contemporánea", Madrid, Inst. de Estud. Políticos, 1959.

deslumbrados por un ideal, ciegos, sí, pero ciegos de tanto mirar al sol. Cometieron errores, fueron apasionados, intemperantes, imprudentes, desatentados; pero les movía una idea; llevaban en su bandera la creación; fueron valientes al afrontar la empresa de reconstruir una desmoronada sociedad entre el fragor de cien batallas; y rodeados de escombros, soñaron la grandeza y hermosura del más acabado edificio"<sup>3</sup>.

Se indica, pues, que, en opinión de los contemporáneos representados por Araceli, estos *junteros, regentes y constitucionalistas* -entre los que en este juicio global no se establece distinción- buscaban la organización política ideal; una organización soñada entre escombros y batallas pero que no parece orientarse sólo a ganar la guerra sino también a ordenar la sociedad para la paz futura. Otra cuestión es que acertasen o no y que aquella ordenación social se estimase la más adecuada al momento.

El mismo Araceli se muestra dispuesto a admitir que "se equivocaron en todo lo que era procedimiento, porque lo que discurrían como sabios lo hacían como niños"; e, incluso, que "la especie de tutela a que quisieron sujetar en 1814 al Rey, viajero desde Valencey a Madrid, y el pueril formulismo ideado para hacerle jurar a él, vástago postrero del absolutismo, la precoz, Constitución de Cádiz, fueron yerros que debían producir el golpe de Estado del 10 de mayo".

Pero, admitido esto, Araceli afirma rotundamente que "no existe nada más fuera de razón, más inútil, más absurdo, que la reacción de 1814", cuya "ceguera", "crueldad" y "gárrula ignorancia" cargaron contra un sistema y unos gobernantes a los que no cabía condenar por "ningún desenfreno demagógico, (...) guillotina, (...) irreligión, (...) ni (...) persecución de la nobleza", con lo que esta primera etapa revolucionaria, que en todas las comparaciones parece mejor que el absolutismo, se carga de prestigios éticos. El intento de "tutela" y jura con que se quiso sujetar al Rey en 1814, parece estimarse "pueril" por lo ineficaz, pero también inocente de cualquier otra responsabilidad política que la de atenerse a un ordenamiento jurídico al que aquellos gobernantes estaban legítima y voluntariamente vinculados.

---

<sup>3</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1345.



Por lo demás, el mismo Araceli señala a continuación que a los liberales "les impulsaba en 1812 (...) la ley", mientras que, truncadas sus ilusiones y perseguidos desde 1814, "en 1820" les impulsaba "la venganza"<sup>4</sup>. Es decir, la primera época constitucional respondía sobre todo al deseo de ir hacia el ideal; en la segunda se les ha incorporado un componente que conlleva también el *ir contra*. Lo primero es lo que se quiere subrayar especialmente en este apartado al hablar de "atracción"; lo segundo, junto a otras motivaciones, se asocia más con el rechazo del absolutismo a que se refieren los siguientes.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que la atracción de los ideales revolucionarios desapareciera tras la reacción de 1814, sino que, con esta reacción, se introduce un talante violento y excluyente que hace sentir más urgentemente la necesidad del sistema constitucional, cuya atracción, por otra parte, parece seguir aumentando en la medida en que sus valores se iban conociendo y se estimaba posible su aplicación.

Sin embargo, las referencias de Galdós a dichos valores en esta segunda época son mucho más genéricas. Se refieren más a la pugna por la Libertad, la Nación, la Revolución, etc., que a medidas concretas de aplicación de las mismas, porque ya entonces se sabía cuáles se pretendía que fueran. El seguimiento analítico de éstas y de las simpatías y antipatías que produjeron lo había hecho Galdós al ocuparse de la primera fase revolucionaria -que viene a coincidir con su primera serie de Episodios Nacionales-, con lo que en la segunda, dando por sabido lo ya publicado y evitando repetirse -según el mismo apunta alguna vez-, pasa a centrarse en otros aspectos, como el enfrentamiento civil que, en torno de esos valores y con distintas formas y grados, se había manifestado en España desde 1814 hasta su época, y cuya persistencia trataba él de evitar precisamente con su obra.

Este enfrentamiento era, por otra parte, lo característico del momento y lo que resultaba lógico suponer que preocupaba a los coetáneos, cuyas vivencias y conocimiento de la etapa 1808-1814 estaban sin duda en la base de sus comportamientos de 1814-1820 pero cuyo análisis no tenía sentido repetir en un momento que ya las había superado.

---

<sup>4</sup> "Memorias de un cortesano...", Cit., p 1345.

Cabría pensar entonces que nosotros podríamos hacer lo mismo sin mucha pérdida para este trabajo, puesto que no nos proponemos analizar en él lo que Galdós dice sobre la primera etapa constitucional, sino sobre la segunda; pero atendiendo precisamente a que el Trienio 1820-1823 es, en muchos aspectos, una nueva puesta en vigor de valores y preceptos ya debatidos entre 1808-1814, que aquí no están dichos, y con el fin de aclarar las actitudes que Galdós asocia al comienzo del proceso revolucionario, hemos optado por una solución intermedia, de modo que, sin detenernos mucho y con cierto carácter de muestra, hemos seleccionado algunos textos en los que Galdós se refiere significativamente a ciertos aspectos de la atracción que nos ocupa.

Queremos destacar en primer lugar cómo Galdós sitúa el proceso en el contexto histórico que lo particulariza señalando, en el caso de España, los condicionamientos introducidos por nuestra relación con la Francia revolucionaria, que en algunos aspectos se manifiesta en el Episodio "Trafalgar" -y que ya Galdós había mostrado en "El audaz"-; las tensiones cortesanas derivadas del rechazo contra Godoy y su política, especialmente canalizadas a través del grupo fernandino y revividas por Galdós en "El audaz", en "La corte de Carlos IV" y en "El 19 de Marzo y el 2 de Mayo"; y el efecto catalizador de la Guerra y de la ausencia del Rey sobre unas tendencias y planteamientos teóricos que ya se habían manifestado en ciertas minorías, especialmente a partir de la Revolución Francesa.

Un resumen de todo este proceso viene a dárnoslo el mismo Galdós, por boca del avezado revolucionario Luis Santorcaz, cuando éste, procurando difundir las ideas revolucionarias entre un grupo de jóvenes soldados españoles reunidos en torno suyo, en vísperas de la batalla de Bailén, les explica algunas cosas sobre la "Enciclopedia", con lo que la palabra "Cincopedia", que "adquirió fortuna aquella noche, fue pasando de boca en boca" al mismo tiempo que se despertaba una ávida curiosidad entre aquellos jóvenes, a los que Santorcaz sorprende diciéndoles que es el pueblo, y no el Rey, quien puede y debe decidir sobre las cuestiones políticas y les termina aclarando el alcance de los hechos que ellos mismos estaban protagonizando: "-Gaznápiros, animales, si estáis probando lo que digo -añadió con energía don Luis-. Lo que pasa en España, ¿qué es? Es que el Reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del Rey y del

Emperador. Hace tres meses había en Aranjuez un mal Ministro, sostenido por un Rey bobo, y dijisteis: 'No queremos ese Ministro ni ese Rey', y Godoy se fué, y Carlos abdicó. Después Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades todas, así como lo generales y los jefes de la guarnición, recibieron orden de doblar la cabeza ante Joaquín Murat; pero los madrileños dijeron: 'No nos da la gana de obedecer al Rey, ni a los infantes, ni al Consejo, ni a la Junta, ni a Murat', y acuchillaron a los franceses en el Parque y en las calles. ¿Qué pasa después? El nuevo y el viejo Rey van a Bayona, donde les aguarda el tirano del mundo. Fernando le dice: 'La corona de España me pertenece a mi; pero yo se la regalo a usted, señor Bonaparte.' Y Carlos dice: 'La coronita no es de mi hijo, sino mía; pero para acabar disputas, yo se la regalo a usted, señor Napoleón, porque aquello está muy revuelto, y usted solo lo podrá arreglar.' Y Napoleón coge la corona y se la da a su hermano, mientras, volviéndose a ustedes, les dice: 'Españoles, conozco vuestros males y voy a remediarlos.' Pero ustedes se encabritan con aquello, y contestan: 'No, camarada; aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos; no hay más Rey de España que Fernando VII.' Fernando se dirige entonces a los españoles y les dice que obedezcan a Napoleón; pero entretanto, muchachos, un señor que se titula alcalde de un pueblo de 200 vecinos escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses; este papelucho va de pueblo en pueblo, y como si fuera una mecha que prende fuego a varias minas esparcidas aquí y allí, a su paso se va levantando la Nación desde Madrid hasta Cádiz. Por el Norte pasa lo propio, y los pueblos grandes, lo mismo que los pequeños, forman sus Juntas, que dicen: 'No, si aquí no manda nadie más que nosotros. Si no reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de Rey a ese don José, ni nos da la gana de obedecer al Emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernarnos, a nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos lleven y no traigan como si fuéramos manadas de carneros...' ¿Estamos? ¿Lo comprendéis? Pues esto, ni más ni menos, es lo que está pasando aquí. Y ahora contéstenme los alcornoques que me oyen: ¿quién manda, quien dispone las cosas, quien hace y deshace, el Rey o el Reino?

"El estupor que produjeron estas palabras reveladoras en el atento concurso, compuesto

de muchachos rudos e ignorantes, pero de gran viveza de imaginación, fué tan extraordinario -concluye Galdós-, que por un corto rato no se oyó la más insignificante voz, señal cierta de que las ideas vertidas por Santorcaz, entrando de improviso en los oscuros cacúmenes de sus oyentes, habían armado allí gran zipizape y polvareda, dejándoles aturridos, confusos y sin palabra"<sup>5</sup>.

Salta a la vista, en primer lugar, el diferente grado de consciencia revolucionaria que Galdós señala entre quienes, como Santorcaz, habían leído o conocían los hechos revolucionarios de Francia y quienes, como esos soldados, ni siquiera se habían planteado en 1808 tales implicaciones. Situación y diferencias que Galdós había señalado expresamente en "El audaz" cuando dice que, hacia 1804, "...aunque algunas ideas vagas cundieron por toda la Sociedad, la idea revolucionaria no salió de círculos muy reducidos"<sup>6</sup>. Pero, según muestra también el texto de Galdós, la falta de una cabeza pública con voluntad de resistir al invasor originó, en quienes rechazaban el afrancesamiento y la sumisión, la necesidad de autoorganizarse, y esta necesidad de hacerlo por sí mismos, a la vez que dificultaba inicialmente la organización, conllevaba la participación o protagonismo popular. Esta participación, más consciente en unos casos que en otros, según el carácter urbano o rural, estudios, etc., es un hecho revolucionario, dado que, como dice F. Martínez de la Rosa, las Juntas recibieron "su investidura soberana de manos del pueblo"; y aunque éste aceptase la dirección y control de los "cuerpos y personas a quienes tenía costumbre de obedecer y reverenciar"<sup>7</sup>, la vivencia de estos hechos, los razonamientos de sus líderes y la propia reflexión personal, hubieron de contribuir a que esa alternativa a los mandatos del Rey se fuera conociendo y asumiendo<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> "Bailén". Cit., pp 508 y 509-510.

<sup>6</sup> "El audaz". Ed. y T Cits., p 238.

<sup>7</sup> MARTINEZ DE LA ROSA, Fr.: "El Espíritu del Siglo". En O. C., Atlas, Madrid, 1962 (BAE), T VI, p 373.

<sup>8</sup> El significado revolucionario de estas Juntas, su limitación y la referencia a ellas de Martínez de la Rosa puede verse también en SECO SERRANO, C.: "Estudio preliminar" a las "Obras de D. Francisco Martínez de la Rosa". Cit., pp XVIII-XIX; y en su "Prólogo" a "La España de Fernando VII" de M. Artola, ya Cit., especialmente p XII.

Esto es algo que Galdós hace extensivo al motín de Aranjuez, que, según se ha visto, abre en el texto anterior la enumeración de actos de soberanía en los que, más o menos conscientemente según los casos, hay participación popular<sup>9</sup>.

Cuando Galdós, en "El 19 de Marzo y el 2 de Mayo", se refiere a dicho motín, destaca repetidamente la presencia de los "confeccionadores de la conspiración" y afirma rotundamente que "los principales conspiradores eran, como todo el mundo sabe, el Príncipe de Asturias, su tío, su hermano, sus amigos y adláteres, muchos gentileshombres, altos funcionarios de la casa del Rey y algunos Ministros"<sup>10</sup>. Pero, al mismo tiempo, parece reconocer en el pueblo algunas motivaciones que le predisponen al engaño contra ese "mal ministro" y ese "Rey bobo", cuyo viaje a Andalucía se estimaba -no importa que por error- un "enjuague de Napoleón con Godoy para luego repartirse España entre los dos" y cuyo gobierno da pie -se dice- a que mientras Godoy "se guarda el dinero de la nación el *pueblo* no come"<sup>11</sup>.

De ello resulta que, aunque el Motín tiene móviles reaccionarios, el *pueblo* no siempre actuó por ellos. Además, la participación del pueblo en este motín, aunque fuera engañado, hubo de potenciar aquella predisposición o instinto revolucionario a que, como Martínez de la Rosa, alude Galdós, cuando explica el asalto a la madrileña casa de "Mañara"

---

<sup>9</sup> También Martínez de la Rosa señala en este motín al mismo tiempo que el "mal agüero" de la violencia hecha por Fernando VII "para la revolución **que así principiaba**" -sin negrilla en el original-, la apelación de este mismo Príncipe al "*consentimiento unánime y la voluntad de la nación*" ("El espíritu del siglo", Libro VIII, capítulo XVI); de modo que, según ha destacado el profesor Seco Serrano citando estos textos, sitúa en los hechos de Aranjuez "la raíz definidora del posterior proceso liberal"; aunque no vea implícito en ellos, como Quintana, "el principio de la soberanía nacional", parece encontrar explicable que otros lo entendieran así. Véase SECO SERRANO, C.: "Estudio preliminar", Cit., pp XVII-XVIII.

<sup>10</sup> "El 19 de Marzo y el 2 de Mayo". Cit., pp 383 y 386. Esta manipulación había sido, además, expresamente aludida por Galdós en "El audaz", insinuando algunas de sus presumibles motivaciones, al decir que: "Por mucho rencor que la posteridad guarde al Gobierno de Godoy, no puede menos de conceder que fue tolerante en materias de libertad intelectual, y que siempre le hallaron poco dispuesto a secundar las bárbaras aspiraciones a la teocracia". "El audaz". Ed. y T. Cits., p 238.

<sup>11</sup> "El 19 de Marzo y el 2 de Mayo". Cit., pp 382-386. La preparación de este motín por el "clan fernandino", el interés que en eliminar al advertido y ya resistente Godoy tenía Napoleón -cuyo "embajador Beauharnais" fue "uno de los *caudillos* de la algarada"- y la manipulación que encierra la aludida interpretación del viaje de Godoy a Andalucía, proyectado para "salvaguardar a los reyes de un golpe de mano francés", puede verse en SECO SERRANO, Carlos: "Godoy: el hombre y el político", *Estudio preliminar* a "Príncipe de la Paz, Memorias". Atlas, Madrid, 1965, T. I, especialmente pp CV, CX y CXII.

diciendo que "el pueblo, que había pisoteado en Aranjuez la Real Corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble"<sup>12</sup>.

Parece, pues, que Galdós refleja acertadamente ciertos cambios populares de actitud cuyo inicio se sitúa antes de la Guerra de la Independencia. Esta anterioridad se apunta mucho más decididamente, en aspectos y grupos más teóricos y conscientes, al señalar que, con la actitud del obispo de Orense, en la inauguración de las Cortes de Cádiz se manifestaron "dos bandos, **que -como veíamos confirmado por el profesor Artola- habían nacido años antes**" y que, aún siendo "todavía débiles", notaban ya "que les nacían los dientes"<sup>13</sup>

Un indicio claro de que el deseo de reformas era ya en 1808, "años antes" de 1810, algo muy extendido y con apoyos importantes -aunque no todos deseasen la soberanía nacional, división de poderes, etc. que se aprobó en dicho acto inaugural-, es el hecho de que Napoleón se presentase, según indicaba Galdós en el texto antes citado, como reformador necesario: "Españoles, conozco vuestros males y voy a remediarlos".

Esta idea de que ciertas reformas o cambios revolucionarios eran ya deseados y daban prestigio y apoyo entre los españoles no sólo parece tenerla Napoleón. Galdós la atribuye también al "padre Castillo", un eclesiástico de gran cultura y afición a la Historia que, en contra de otros eclesiásticos que le comentan escandalizados los Decretos dados por Napoleón, en Madrid, el 4 de diciembre de 1808, no sólo da razones en favor de ellos sino que, tras la lectura del que disponía la abolición del "derecho feudal" y la "extensión libre" de la "industria" opina: "Eso no es nuevo (...) y es lástima que nuestros gobernantes, con su indolencia, hayan permitido a los franceses el jactarse de promulgar una ley tan buena"<sup>14</sup>. La idea se repite en la referencia a la supresión de "aduanas y registros de provincia", que "tampoco (...) tiene pero (...), y la Junta Central, ya que pensó decretarlo, no debió esperar a que lo hicieran los franceses"<sup>15</sup>

---

<sup>12</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 604.

<sup>13</sup> "Cádiz", Cit., p 873. La negrilla es nuestra.

<sup>14</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 630.

<sup>15</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., 631.

Es notable también la asociación de algunas de estas medidas con situaciones históricas españolas muy anteriores, y quizá más prestigiosas, pues el mismo padre Castillo, comentando la posible reducción de los conventos religiosos a la "tercera parte", advierte que el Memorial presentado a Felipe III por "fray Luis de Miranda" y el "Discurso del doctor don Gutiérrez, marqués de Careaga, (...) impreso en 1620", contienen razones en este sentido, y concluye: "De modo, hermanos míos (...) que hace doscientos años hubo quien ya dio en la flor de decir que éramos muchos"<sup>16</sup>. Algo que hace también al referirse a ciertos Decretos de 4 de Diciembre antes citados, asegurando que sólo le merecen alabanzas, que responde a las mismas ideas del "Gran Jovellanos" y que el mismo "Carlos III" se pasó con ganas de aplicarlas<sup>17</sup>.

La representatividad de Jovellanos, y la probable influencia de su prestigio en el inicial desarrollo de la voluntad reformista -a la vez que españolista- se destacan, entre otros casos, en el siguiente diálogo, desarrollado en el Madrid de diciembre de 1808:

"-Los españoles guerrear porque no quieren que les manden los franceses -dijo la mayor de las hijas de doña Melchora-, y también para defender los usos y *pláticas* del reino contra las novelerías que quiere poner aquí Napoleón. Así me lo dice todos los días Paco, el plumista, que es sargento de voluntarios.

"-Pues a mi me dijo Simplicio Panduro, ese saladísimo paje de don Gaspar Melchor de Jovellanos -añadió la otra-, que **los españoles guerrear por echar a los franceses y por mejorar la mala condición de los reinos, quitando las muchas cosas malas que hay**, al modo de lo que dice don Roque por las noches, cuando predica a solas y a obscuras en su cuarto.

"Estas dos opiniones -dice Galdós- dieron pie a una acalorada disputa, que no copio

---

<sup>16</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 626.

<sup>17</sup> Este prestigio del "Gran Jovellanos" parece igualmente reconocido en su nombramiento como ministro del Interior del primer Gobierno de José I, y presumiblemente aumentó por su renuncia a tal cargo y por su continuada militancia reformista. La comunicación de este nombramiento, firmada por Mariano Luis de Urquijo con fecha 7 de julio de 1808, y la renuncia que a dicho cargo hace Jovellanos, en su carta del día 16 del mismo mes a José I, pueden verse en: "Obras completas" de don Gaspar Melchor de Jovellanos (Con Ed., Introd y notas de José-Miguel Caso González). Univ. de Oviedo, 1988, T IV, pp 556 y 556-558, respectivamente.

porque nada sacarían de ella en limpio mis lectores, toda vez que es público y notorio que, en lo que va de siglo, la Historia, la grave y cachazuda Historia, no ha podido dilucidar la cuestión planteada por aquellas dos niñas, y aún hoy andan a la greña eminentes escritores por averiguar si decía verdad la mayor o la menor de las hijas de doña Melchora"<sup>18</sup>.

No entra Galdós en la polémica aludida en el texto sobre los fines de la guerra, que, según se desprende del mismo texto, parece atribuir a la diversidad de testimonios dejados por los partidarios de las distintas posturas y utilizados después por los historiadores -así les pasa a las hijas de doña **Melchora**- puesto que, coincidiendo, los no afrancesados, en su deseo de "echar a los franceses" disientían entre sí respecto a los otros objetivos<sup>19</sup>. Una y otra postura, junto a la cuestión de grado, han sido recientemente señaladas también por Luis Rouira Aulinas, de la Universidad Autónoma de Barcelona, en cuya opinión "las proclamas que las juntas provinciales publicaron a partir de la declaración de guerra a Francia (24 de mayo de 1808) recogen los motivos más reiterados de la sublevación: la defensa de la independencia de España, la lucha contra el francés y por la 'liberación' y retorno del monarca, y la defensa de la religión y de las leyes de la monarquía. Pero esta insistencia -añade-, propia del peso que en las juntas tuvieron las élites de la sociedad, no menoscaba la importancia de otras motivaciones menos tranquilizadoras para el orden establecido"; y, tras apuntar el significado revolucionario de ciertos hechos que acompañaron al levantamiento, como "las liberaciones de presos, los amotinamientos, la

---

<sup>18</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 561. Sin negrilla en el texto original.

<sup>19</sup> La postura histórica de don Gaspar **Melchor** de Jovellanos -cuyo nombre se reproduce, curiosamente, en el de doña **Melchora**, "bordadora en fino" de la que son hijas las dos jóvenes que discuten sobre los fines de la Guerra- la concreta el mismo Jovellanos, en una carta al afrancesado Cabarrús, cuando, tras contraponer a Francia la entidad independiente de España diciéndole que España no lidia tanto por su Rey cautivo como "por sus propios derechos (...) originales, sagrados, imprescriptibles, superiores y independientes de toda familia o dinastía"; que "lidia por su religión, por su Constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos, en una palabra, por su libertad", incluye en esta "libertad" el derecho y la capacidad de esa España para "**mejorar y acomodar sus leyes al estado presente de la nación**". Es decir, la "libertad" de España comprende la independencia del propio ser, pero también la de la propia transformación, con lo que, en cierto modo, se concilian los dos aspectos, aunque el 2º sea rechazado por la postura inmovilista. En "Obras completas" de D. Gaspar Melchor de Jovellanos", Cit., T IV, pp 560-566, especialmente p 563.



violencia contra los representantes del viejo orden y gobierno" y otros, concluye afirmando que "algunos de los más significativos textos emitidos por las juntas proclamaron, al mismo tiempo, la **necesidad de reformas**; aunque no con la fuerza con que se formulaba la defensa de la religión y el orden." Para esta diferencia ha de tenerse en cuenta que "la sombra de la Revolución francesa, además, facilitaría las cosas a la reacción ante los **atrevimientos reformistas**, especialmente en cuanto lo francés aparece más claramente que nunca como encarnación del mal"<sup>20</sup>.

Fuera o no un fin de la guerra, lo que sí parece señalar Galdós es que el deseo jovellanista de "mejorar la mala condición de los reinos, quitando las **muchas cosas malas que hay**", era, entre gran parte de la gente culta, anterior a la guerra, aunque ésta, con la ausencia del Rey, facilitase una buena ocasión para ello. En opinión de Quintana, sería absurdo pensar que *los españoles*, "por ignorantes y atrasados" que estuviesen, eran *tan estúpidos* como para no intentar "remediar los abusos por donde habían venido a tamañas calamidades" a la vez que procuraban "asegurar su independencia y rescatar a su rey"<sup>21</sup>. Es significativa en este sentido la alusión a la temprana intención de la "Junta Suprema de Sevilla" de ponerse "de compinche con las otras Juntas para ver de quitar muchas cosas

---

<sup>20</sup> ROURA AULINAS, Lluís: "La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874)". En el T IX, p 148, de la "Historia de España" dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, Planeta Barcelona, 1988. Sin negrilla en el original. Respecto a la posible "inducción" y control de este movimiento popular por las élites sociales, de otras motivaciones de la guerra -diferentes según los lugares- y de la transición del Antiguo al Nuevo Régimen, es de gran interés el trabajo del profesor JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>: "España en la transición del siglo XVIII al XIX". En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Ed. Turner, Madrid, 1976, pp 139-228.

<sup>21</sup> QUINTANA, M-J.: "Cartas a lord Holland", Cit., p 534. Según señala el profesor Palacio Atard, "los historiadores discuten si la Revolución de Cádiz fue sólo fruto de **una improvisación** por las circunstancias de la Guerra, como en el siglo pasado explicaron Alcalá Galiano o Rico y Amat, y como opina en nuestro tiempo el prof. Díez del Corral; o si fue **la cristalización de un proceso evolutivo previo** de maduración ideológica, como propone el prof. Comellas. En verdad -añade el profesor Palacio Atard-, no hay contradicción entre estas dos afirmaciones, que se concilian. Por supuesto, entre los tratadistas españoles eruditos anteriores a las Cortes de Cádiz hubo una **previa elaboración doctrinal**" en la que se advierten fuentes españolas y extranjeras diversas. Reconocido esto, la conciliación estaría en que "esta elaboración doctrinal tiene un soporte social reducido" y "se beneficia de las circunstancias excepcionales de 1808, cristalizando en posturas reformistas disímiles, como son las que en Cádiz personifican Jovellanos por un lado, Martínez Marina por otro". PALACIO ATARD, Vicente: "La España del siglo XIX, 1808-1898" Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1978, pp 57 y 58. En términos generales esta parece ser también la interpretación que en sus Episodios refleja Galdós.

malas que hay en el gobierno de España, lo cual podemos hacer nosotros -se dice-, sin **necesidad de que vengan los franceses a enseñárnoslo**"<sup>22</sup>.

Esta información, que dice haber oído por Sevilla uno de los jóvenes soldados reunidos, según se ha dicho, en torno a Santorcaz, antes de la batalla de Bailén, viene a coincidir literalmente con el texto anterior en cuanto a la intención de quitar "**muchas cosas malas que hay**", e insiste en hacerlo sin los franceses, recordando a la vez, con desenfado andaluz, la idea de privar a Napoleón del carisma de reformador necesario a que antes aludía el "padre Castillo".

Por otra parte, aunque ya se ha visto que estas cuestiones provocaban actitudes contrapuestas, Galdós parece mostrar que, salvada la influencia de otros condicionamientos más interesados, la inclinación hacia los nuevos valores solía estar en función de su conocimiento y de que su aplicación se estimase posible.

Así, por ejemplo, cuando los jóvenes soldados de Bailén reaccionaron de la impresión que les había producido el significado revolucionario de los hechos populares de Aranjuez, Juntas, etc., y Santorcaz les hizo notar que, si los españoles estaban haciendo todo aquello, igual podían decidir "el día de mañana" lo que quisieran sobre la "Inquisición, (...) vinculaciones (...), conventos, (...) diezmos" u otras cosas, parecen ilusionarse y, cual si dejaran de sentirse atados por la fatalidad, "aquellas juveniles inteligencias desplegaban sus alas".

Al ir viendo nuevas posibilidades "aquella fantasía" superaba los efectos de "una educación mezquina" y trataba de salir de "su encierro, porque había vislumbrado fuera alguna cosa que tenía la fascinación de lo nuevo". El rechazo hacia el "encierro" y la atracción hacia "lo nuevo" se suman para la acción -tal como queríamos señalar en este apartado- en la explicación que Galdós da de la naciente voluntad revolucionaria. Esto se destaca especialmente al insistir en ello, con diversas figuras, añadiendo que "aquel germen (...) se reconocía con vida, se reconocía con fuerza, y empezaba a dar picotazos en su cárcel, anhelando respirar fuera de ella otros aires, y calentarse con calores más enérgicos.

---

<sup>22</sup> "Bailén" Cit., p 508. La negrilla está con bastardilla en el original para indicar, en una nota de pie de página, que son "palabras textuales" de la citada Junta.

Así, aquella ceguera abría sus párpados, gozándose en la desconocida luz"<sup>23</sup>.

La difusión de los valores revolucionarios se ve favorecida por aquella trágica situación de guerra "nacional", de intensa comunicación en la calle, de decisiones graves y necesarias, en las que no faltan quienes, como Santorcaz, pueden explicarlas en las Juntas, tertulias, campañas electorales, Cortes -sobre todo en el caso de Cádiz- periódicos, etc.

Esto es algo que Galdós destaca especialmente al ocuparse del ambiente propio del Cádiz de las Cortes, en cuyas tertulias se refleja, desde "febrero de 1810", la efervescencia producida en torno al proceso de reunión de Cortes, que lo son al fin en sólo "un estamento".

En una de estas tertulias, que es de signo liberal y se reúne en casa de "doña Flora", se dice desear la presencia de "literatos (...) currutacos (...) diaristas (...) generales" y otras personas que critiquen "la cosa pública", y se alude a la asistencia habitual de, entre otros, Xérica, Arriaza, Martínez de la Rosa y, especialmente, Quintana, que "era entusiasta de la causa española y liberal ardiente", y cuya defensa de estas ideas las "enaltecía con todas las galas del estilo y todos los recursos de un talento superior y valiente cual ninguno"<sup>24</sup>.

Galdós le atribuye varias intervenciones en dicha tertulia para defender la soberanía nacional y la reunión de Cortes frente a quienes, por ser contrarios a ello o por temor a que ocurriera como en Francia, confían en que lo impida la Regencia, que, según dicen, "está decidida a echar la tropa a la calle para hacer polvo a los vocingleros que ahora no pueden pasarse sin Cortes". En opinión atribuída a Quintana "la Regencia (...) hará lo que le manden. Callará y aguantará". No cree, dice, que se reproduzcan en España la "guillotina" y "atrocidades" de la Revolución Francesa, ni que, por otra parte, en "trescientos años de soberanía de la nación (...) se cometan tantos excesos, arbitrariedades y desafueros como en trescientos años que no la ha habido", ni que haya "Revolución que contenga tantas iniquidades e injusticias como en el sólo período de la privanza de don Manuel Godoy". Además de que, en su opinión, el Nuevo Régimen encerraba menos

---

<sup>23</sup> "Bailén". Cit., pp 510-511.

<sup>24</sup> "Cádiz" Cit., pp 857 y 858.

peligro de "terror" y "escándalo" que lo que se iba viendo en el Antiguo, "el Rey -dice- existe para la nación, y no la nación para el Rey"<sup>25</sup>.

La significación que para Quintana tenían estos cambios quedó expresada por él mismo, en un manifiesto preparado en 1809 para la Junta Central, al dar a entender que, gracias a ellos, la terrible Guerra que los propiciaba era hermosa para el pueblo español, incluso en la derrota, afirmando que "el español se ha de decir a sí mismo en el justo orgullo que su situación debe inspirarle: 'Mis padres me dexaron (Sic) por herencia la esclavitud y la miseria; yo dexo (Sic) a mis descendientes la libertad y la gloria'"<sup>26</sup>. Esta valoración de la libertad y la idea de legar a los que vienen detrás un mundo mejor se repite al final del "Discurso..." que, como Director General de Estudios, pronunció Quintana, el año 1822, en la inauguración de la Universidad Central: "...y ya que los españoles de ahora no tengamos -dice- la fortuna de dejar a los que nos suceden la riqueza, la abundancia y el poder, a costa de contínuos peligros, de trabajos sin término y de inmensos sacrificios (,) les vincularemos a lo menos los dos mayores bienes del hombre civilizado, LA INSTRUCCION, LA LIBERTAD" -con mayúsculas en el original-<sup>27</sup>.

A estas ideas se contraponen las de Ostolaza, Tenreiro y otros asiduos asistentes a la tertulia reunida en casa de "doña María", condesa de Rumblar, símbolo del autoritarismo absoluto, pero es significativo que sus hijas y sobrina tengan que estar constantemente fingiendo para no chocar con ella y su ambiente, del que acaban huyendo como pueden, y que su hijo, "don Diego, conde de Rumblar y de Peña Hocradada", además de utilizar su mayor libertad para incorporarse a escondidas a la tertulia liberal antes aludida, diga allí a su amigo Araceli: "Aquí se respira, chico. Vengo huyendo de las tertulias de mi casa,

<sup>25</sup> "Cádiz". Cit., pp 860 y 861.

<sup>26</sup> En Antillón: "Colección de Documentos inéditos". Citado por ROURA AULINAS, Lluís: Ibídem, p 138.

<sup>27</sup> QUINTANA, Manuel José: "Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación" -"7 Noviembre de 1822"- En O. C. de M. J. Quintana, Atlas, Madrid, 1946, BAE, T XIX, pp 193-198, especialmente, p 197.

que más que tertulias son un cónclave de clérigos, frailucos y enemigos de la libertad"<sup>28</sup>.

Queda así en el ambiente la idea de que la juventud y la cultura estaban a favor de los nuevos valores y, entre algunas alusiones de Galdós a otros hechos que confirman esto, se llega al "24 de septiembre" de 1810, día de la inauguración de las Cortes.

Según cuenta Galdós por boca de Araceli, supuesto testigo de los hechos, "una gran novedad, una hermosa fiesta había aquel día en la Isla". Los edificios adornados, la gente "endomingada", la tropa de gala y, simbólicamente, "de gala la Naturaleza a causa de la hermosura de la mañana y esplendente claridad del sol, todo era alegría".

Pero no sólo era el ambiente. "En los rostros había tanta alegría, que la muchedumbre toda era una sonrisa"; y, mientras todos se dirigían hacia el mismo punto -aclarando así el porqué de esa alegría-, "un zumbido perenne decía sin cesar: '¡A las Cortes, a las Cortes!'".

La descripción que de este acontecimiento hace Galdós refleja en el ambiente de Cádiz algo semejante a esa satisfacción y ese orgullo que, según Quintana, habían de producir el logro de la libertad y la gloria de haberla logrado, porque había "orgullo y júbilo en los semblantes. Abrazábanse paisanos y militares, congratulándose de aquel día, que todos creían el primero de nuestro bienestar"<sup>29</sup>.

Esta esperanza, que "todos" asociaban a los valores liberales, se manifiesta en distintos ámbitos, siendo notable que los más conscientes, "los hombres graves, los escritores y periodistas, rebosaban satisfacción, dando y admitiendo plácemes por la aparición de aquella gran aurora, de aquella luz nueva, de aquella felicidad desconocida que todos nombraban con el grito placentero de: '¡Las Cortes, las Cortes!'" . En las tabernas se evitaban las peleas "para que la majestad de tan gran día no se turbara" y los mendigos pedían por "aquella otra deidad nueva y santa y sublime, diciendo: '¡Por las Cortes, por las Cortes!'"<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> "Cádiz" Cit., p 864.

<sup>29</sup> "Cádiz". Cit., pp 867-868.

<sup>30</sup> "Cádiz". Cit., p 868.

La presencia de todos los sectores y estratos sociales se destaca todavía más añadiendo: "Nobleza, pueblo, comercio, milicia, hombres, mujeres, talento, riqueza, juventud, hermosura, todo, con contadas excepciones, concurrió al gran acto"; y añade -puntualizando- que "los más por entusiasmo verdadero", aunque apunta también que "algunos por curiosidad" y "otros porque habían oído hablar de las Cortes y querían saber lo que eran"<sup>31</sup>.

Así, pues, Galdós destaca en la mayoría de aquellas gentes de Cádiz la atracción de los valores revolucionarios a que se refiere este apartado, aunque en lo dicho se insinúa también la escasa consciencia y la alegría indiscriminada de algunos de los participantes en la fiesta. Esta adhesión indiscriminada a la fiesta parece apuntarse también por Galdós en una serie de alusiones a ciertos hechos de aquel día que, a la vez, pueden servir para mostrar el ascenso de las nuevas instituciones hasta el nivel de expectación popular que antes ocupaba el Rey: "la general alegría" recordó a Araceli "la entrada de Fernando VII en Madrid en abril de 1808, después de los sucesos de Aranjuez"; la gente se agolpaba para ver "el sencillo desfile de un centenar de hombres vestidos de negro", los Diputados, lo que parece explicarse porque "aquella procesión no era una procesión de santas imágenes, ni de reyes y príncipes, cosa en verdad muy vista en España para que así llamara la atención"; y con ellos iban, además de "los individuos de la Regencia" y muchos "generales", **"cortesianos antaño de la Corona y hoy del Pueblo**, altos empleados, consejeros de Castilla, próceres y gentileshombres, muchos de los cuales ignoraban qué era aquello". Elevación de nuevas instituciones y falta de consciencia que puede también ser aludida al decir que, ante aquella "procesión", "el pueblo no cesaba de gritar: ¡Viva la Nación!'", como pudiera gritar ¡Viva el Rey!", ya que estos gritos y los cantos a la libertad que los acompañan se atribuyen a "la inocente y espontánea alegría popular"; y si al llamarla "inocente" puede aludirse a su inconsciencia puede también indicarse, como al llamarla "espontánea", que no respondía a ninguna manipulación, sino a una valoración y aprecio sinceros que equiparaba los nuevos valores al antes manifestado por el Rey.

---

<sup>31</sup> "Cádiz". Cit., p 868.

Las alusiones de Galdós al acto de apertura destacan, según se ha dicho, la actitud del obispo de Orense, y, especialmente, el discurso de Muñoz Torrero, con cuya "última palabra", y con "los aplausos" que la siguieron, "el siglo decimoctavo había concluido".

Mientras se escuchan algunos discursos se hace notar la ventaja de aquella "novedad" porque "así, todas las picardías que cometan en el Gobierno se harán públicas, y el número de tunantes tendrá que ser menor"<sup>32</sup>. Además, al margen de su posible utilidad, los asistentes gozaban allí "de un espectáculo que hoy a pocos cautiva, por ser muy común, pero que entonces se presentaba a la imaginación con los mayores atractivos".

La receptividad de quienes escuchaban y el atractivo del acto hicieron que los oyentes permanecieran allí y "los discursos de aquel día memorable dejaron indeleble impresión en el ánimo de cuantos los escucharon". La emotividad y el cariño que despertaron daría lugar a que, pasados muchos años y muchos discursos más, estimase Araceli que "los de aquel día fueron los más elocuentes, los más sublimes, los más severos, los más superiores entre todos"<sup>33</sup>.

El hecho mismo de la reunión de aquellas Cortes y de que estos discursos se produjeran y aplaudieran tenía importancia y significación revolucionaria grande, según se destaca al subrayar que el de Muñoz Torrero fue "el primer discurso que se pronunció en asambleas españolas en el siglo XIX" y que "jamás voz alguna fue oída con más respeto". Pero es que, además, con su discurso, "Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno y la esencia de las nuevas ideas"<sup>34</sup>.

#### ***2.1.1.2. Algunas concreciones de esta atracción***

Ese "programa", recogido en el Decreto de 24 de Septiembre, se concreta por Galdós al decir "que en las Cortes reside la **Soberanía de la nación**", "que reconocen, proclaman y juran por Rey a Fernando VII..." -lo que implicaba la nulidad de las abdicaciones de

---

<sup>32</sup> "Cádiz". Cit., pp 868, 869, 871 y 872.

<sup>33</sup> "Cádiz". Cit., p 872.

<sup>34</sup> "Cádiz". Cit., p 871.

Bayona-, "que quedan separadas las tres potestades", "que la Regencia que representa al Rey, o sea Poder ejecutivo, preste juramento" y "que todos deben mirar por el bien del Estado"<sup>35</sup>. En estas cuestiones fundamentales, aprobadas por las Cortes en primer lugar, se hallaba la "esencia" de otros cambios, igualmente atractivos, que Galdós va señalando como temas de discusión en las Cortes y en la calle, y cuya aprobación es signo evidente de su atracción superior a las demás opciones posibles.

Entre ellas destaca Galdós la libertad de Imprenta, cuya discusión en las Cortes se extiende a las tertulias y da pie a que en la de "doña María", la "condesa de Rumblar", se manifieste temor por su probable aprobación, opinando que "la **Soberanía de la nación** por un lado y la **libertad de la Imprenta** por otro son dos obuses cargados de horribles proyectiles"; mientras que su aprobación da lugar a que en la taberna del "señor Poenco", se beba "en celebración del santo del día, que es la santísima **libertad de la Imprenta**"<sup>36</sup>.

Al aprobarse esta ley se produce una extraordinaria proliferación de periódicos -a la que Galdós se refiere con cierto detalle-, que viene a ser reflejo de su deseo y buena acogida y que, junto a otros "impresos y manuscritos con que entonces se apacentaba la opinión", contribuían a animar "la calle Ancha" de Cádiz, que, según Araceli (Galdós), era entonces "el corazón de España". Estos periódicos, "mariposas nacidas al tibio calor de la **libertad de la Imprenta** en su crepúsculo matutino", eran "algunos absolutistas y enemigos de las reformas", pero "los más, liberales y defensores de las nuevas leyes"<sup>37</sup>.

Entre estos periódicos y entre las gentes que poblaban la "calle Ancha", donde se concentraba "todo el patriotismo con todo el fanatismo de los tiempos" y el "bullicioso deseo de novedades" propio de la época, se trabaron las primeras disputas, que después, y como un abuso de la libertad de Imprenta, darían lugar a "los dos célebres libros **Diccionario manual** y **Diccionario crítico burlesco**", reflejo de "los dos fanatismos que

---

<sup>35</sup> "Cádiz". Cit., p 871.

<sup>36</sup> "Cádiz". Cit., pp 875 y 891.

<sup>37</sup> "Cádiz". Cit., pp 896 y 897.



ha tiempo vienen luchando y lucharán -dice Galdós en 1874- por largo espacio todavía"<sup>38</sup>.

En relación con estos fanatismos señala Galdós la existencia de una tertulia de jóvenes que disfrutaban escuchando al "insigne Gallardo" (Bartolomé José Gallardo), autor del último de dichos diccionarios, que, pese a su saber, "fue la primera musa de esa gárrula poesía progresista que durante muchos años atontó a la juventud, persuadiéndola de que la libertad consiste en matar curas"<sup>39</sup>. Más que el radicalismo parece lamentar Galdós aquí la desorientación que ello pudo producir en esos jóvenes que, pese a todo, buscaban "la libertad". Aquella responsabilidad se reparte, además, entre ambos libros, ya que el segundo se dice escrito "en contestación" al primero y esta es la idea con que parecen leerse y escucharse algunos de los artículos que Galdós reproduce.

Otro de los temas de discusión aludidos por Galdós es el de **la Inquisición**, cuya defensa en las Cortes atribuye al diputado Tenreyro, mientras que es motivo de burlas en esta radical tertulia juvenil y resulta rechazada por "El Conciso" en su defensa de la "luz de la razón " frente a "la de las hogueras inquisitoriales", que se dicen defendidas por "los matacandelas" de "El Diario Mercantil"<sup>40</sup>. Sin embargo, quizá en atención al aplazamiento del tema por las Cortes hasta casi 1813, año en que se suprime, Galdós apenas se limita en "Cádiz" a insinuar esta polémica en la Prensa, reservándole una atención más sistemática en su segunda serie.

Por otra parte, y pese al extendido rechazo que hacia la Inquisición refleja Galdós cuando se ocupa de ella, no parece considerar que, dados su anacronismo e impopularidad, tuviera entonces mucha fuerza contra otras reformas. Así, cuando en 1808 fue suprimida por Napoleón, el antes citado "padre Castillo" dice: "Poco significa esto (...), porque el Santo Tribunal casi no existe ya de hecho, abolido por la suavidad de las costumbres"<sup>41</sup>.

En cuanto al problema de **los mayorazgos**, podría decirse que Galdós lo incluye como

---

<sup>38</sup> "Cádiz". Cit., p 897.

<sup>39</sup> "Cádiz". Cit., pp 921 y 922.

<sup>40</sup> "Cádiz". Cit., pp 898, 907 y 921.

<sup>41</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 630.

un importante hilo de la trama, que, representado en "don Diego", mayorazgo de Rumblar, recorre la primera serie de Episodios y se prolonga en la segunda. La amistad de dicho mayorazgo con Araceli, protagonista y supuesto narrador de la primera serie, facilita numerosas ocasiones para que éste vaya refiriéndose en su relato a diversos aspectos y problemas asociados a la condición de mayorazgo.

Ambos están presentes -como cabeza y subordinado, respectivamente, del grupo armado por los Rumblar- entre los tan citados jóvenes soldados que, antes de la batalla de Bailén -producida precisamente junto al río Rumblar-, rodeaban a Santorcaz, el cual les asegura en aquella conversación que "los mayorazgos" desaparecerán para "que cada cual sea hijo de sus obras"<sup>42</sup>.

La idea de igualdad de oportunidades y de justicia parece abrirse camino entre aquellos jóvenes, que con diversas expresiones se muestran partidarios de que los mayorazgos se supriman y "que todos los hermanos varones y hembras entren a heredar por partes iguales", aun cuando hay quien objeta que "entonces no habría las grandes casas que dan lustre al reino" y que el Rey no los querrá quitar<sup>43</sup>. El mismo "don Diego", siempre ansioso de lo nuevo aunque sin mucho discernimiento, repite esas ideas ante la callada ira de su madre, "doña María", animando a sus compañeros de armas a que entren en su casa y se cubran porque "aquí -dice- todos **somos iguales**", además de que "las Juntas quitarán todas esas antiguallas, y entonces **cada cual valdrá según lo que tenga y lo que sepa**"<sup>44</sup>.

Esta idea de igualdad parece ser atractiva y puede ser un deseo egoísta especialmente atribuible a quienes no son mayorazgos; pero es que los mismos mayorazgos pueden sentir un altruísta afán de igualdad y, además, la egoísta necesidad o deseo de disponer libremente de los bienes familiares que sólo usufructuaban y de sus propias personas, pues el mismo "don Diego" se ve presionado por su madre para que se case con Inés, heredera

---

<sup>42</sup> "Bailén" Cit., p 508.

<sup>43</sup> "Bailén" Cit., pp 508 y 509.

<sup>44</sup> "Bailén". Cit., p 514. Sin negrilla en el original.

de otro mayorazgo que "hace tiempo" quiere incorporar a su casa, especialmente cuando su propia "fortuna está por los suelos a causa de la Guerra" y, según cuenta él mismo, le dice: "como no te cases hijo, (...) ¡no sé cómo podremos vivir!". Así, pese a su mayorazgo, no recibe "ni un real" para sus gastos y se ve en la necesidad de pedir a Araceli que le preste "cuatro duros"<sup>45</sup>.

La limitación de las vinculaciones se apunta también en el caso de la "Condesa Amaranta", que estaba tratando "de vender las alhajas, los encajes, los tapices y otras prendas no vinculadas", lo cual le resulta difícil porque la pobreza de otros era mucho mayor, ya que "en Madrid no hay una peseta" -según dice ella misma como explicación-, pero también era cierto que sólo podía vender las cosas "no vinculadas" y que esto suponía una limitación, que, en otros casos, podía ser más agobiante<sup>46</sup>.

La atracción del liberalismo económico, ya extendido en el siglo anterior, el individualismo y el afán de igualdad ante la ley, que hallarán el apoyo de las Cortes, van produciendo a los mayorazgos la impopularidad que Galdós refleja en sus referencias a estas instituciones, al mismo tiempo que sirven de fundamento a otras formas de organización social con más futuro. Así, en la radical tertulia de jóvenes liberales antes aludida, un "mozalbate" da respuesta al torcido artículo del "Diccionario manual..." sobre la "democracia" diciendo que "la democracia (...) es aquella forma de 'gobierno en que el Pueblo, en uso de su soberanía, se rige por sí mismo, siendo todos los ciudadanos tan **iguales ante la ley** que ellos mismos se imponen, como lo somos los desterrados hijos de Eva a los ojos de Dios'"<sup>47</sup>.

La atracción de estas ideas de libertad, igualdad ante la ley y soberanía nacional combinadas, parece actuar especialmente en la supresión de los **señoríos jurisdiccionales**, a cuya discusión en las Cortes se refiere repetidamente Galdós destacando su incompatibilidad con aquellas ideas.

---

<sup>45</sup> "Napoleón en Chamartín" Cit., pp 641-642 y "Cádiz", mismo lugar, p 920.

<sup>46</sup> "La batalla de los Arapiles". Cit., p 1053.

<sup>47</sup> "Cádiz". Cit., p 923. Sin negrilla en el original.

Las intervenciones de "el señor García Herreros, diputado por Soria", "combatiendo las servidumbres", y de "el señor Argüelles", en favor también de abolir las "jurisdicciones" y otra serie de derechos atribuidos a los señores, son combatidos, según muestra Galdós, por los señores Ostolaza y Tenreiro, con lo que se producen, en las Cortes y en la calle, burlas y grandes tumultos que reflejan la intensidad de estas disensiones y que, en opinión de Araceli-Galdós, "afearon la primera época constitucional".

Es quizá en el planteamiento atribuido a García Herreros donde se halla más clara y rotundamente expresada la incompatibilidad entre los señoríos o "servidumbres" y la aspiración a la libertad, igualdad y soberanía nacional, cuando, diciéndose obligado a sacrificar "todo al ídolo de la libertad", como hiciera ante el intento de dominación romana el pueblo numantino a quien él representaba, afirma que no ha de reconocer "más señorío que el de la nación". Es decir, dice sí al de la nación -en que todos participan de la función de mandar y obedecer-, pero no al de otros, en lo cual se incluye el del Rey. De ahí la implicación de la soberanía nacional.

La última frase que de su intervención cita Galdós es todo un compendio de lo que pretendemos resaltar en este punto sobre una parte del pueblo español de entonces, al que él parece referirse a través del numantino: se trata de un pueblo -dice- que "quiere ser libre y sabe el camino de serlo"<sup>48</sup>.

De acuerdo con esto, una motivación revolucionaria fue el deseo de "ser libre", la atracción del liberalismo a que nos referíamos antes; lo que pasa es que "el camino de serlo" implica la desaparición del despotismo porque no se puede "ser libre" y siervo al mismo tiempo, ni puede haber simultáneamente régimen liberal y absolutista en un mismo Estado.

Al conocer ese "camino" se hacen operativos aquellos deseos, y también los rechazos al absolutismo, que quizá antes se estimaba necesario aguantar por falta de alternativa. De ahí que quienes querían ser libres, quienes se sentían atraídos por ese ideal humano a que nos referíamos al principio, iniciasen aquel camino poniendo algún freno al poder estatal,

---

<sup>48</sup> "Cádiz". Cit., pp 903 y 904-909.

en aquel caso del Rey, mediante una Constitución, y de ahí también que fueran eliminando instituciones que, como los señoríos o la Inquisición, obstaculizasen el camino hacia la libertad.

Parece claro que, en opinión de Galdós, esto se vio facilitado por la ausencia de Fernando VII y Carlos IV, que, como diría Marx, significó para los revolucionarios españoles la rotura de sus "cadenas"<sup>49</sup>; pero también que los deseos de reforma existían ya antes de la Guerra, aunque ésta contribuyera a que se manifestasen y realizasen.

Hay que hacer notar, además, que el ordenamiento jurídico previsto en la Constitución y demás textos aprobados, fue así porque así se prefería que fuera y no porque fuera una necesidad de la resistencia contra los franceses. La resistencia popular parece conllevar la autoorganización revolucionaria de elementos populares -hecho en sí revolucionario-, pero no la forma; no el contenido de unos textos, una institucionalización, que parece pensada para después de la Guerra.

El mismo Galdós se refiere a esta voluntad revolucionaria cuando Pipaón y don Buenaventura, ya después de la reacción de 1814, acusan de ella a una serie de líderes liberales citando sus palabras en las Cortes. Así, por ejemplo, recuerdan que "el danzante de Martínez de la Rosa (...) decía que 'los pueblos deben darse ellos mismos las leyes fundamentales'"; y -cual si Galdós quisiera señalar en él ese ideal ilusionado de Quintana, antes aludido- recuerdan también que su discurso "concluyó así: 'se acabaron nuestras desgracias. Ya reinan las leyes'". Entre otros muchos se cita también a "García Herreros", en cuya opinión "los Reyes están sujetos a las leyes que les dicta la nación". El valor dignificante asociado a este principio lo destaca Galdós recordando en este mismo diálogo que al poeta "Sánchez Barbero" se le consideraba culpable por los siguientes versos: "Aquí nosotros los sagrados dones/ de independencia y libertad gozamos,/ y monarca, no déspota, juramos"<sup>50</sup>.

Ya hemos visto que no todos estaban de acuerdo, pero también que aquellas leyes habían

---

<sup>49</sup> "MARX, K.: "Escritos sobre España". En ROURA AULINAS, Lluís: Op. y Vol. Cit., p 146.

<sup>50</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1289 y 1290.

sido aprobadas por la Nación representada en las Cortes. Además, según se recuerda en esa misma conversación, el Gobierno vigente intentó hacer valer aquel ordenamiento aplicando "el decreto de 2 Febrero" de 1814, que "casi todos ellos firmaron", y "Gutiérrez de Terán firmó como secretario el manifiesto de 19 de febrero", que era la segunda parte del decreto<sup>51</sup>. Estos textos, que establecían el itinerario y la jura constitucional de Fernando para ser Rey a su regreso de Francia, no pudieron hacerse valer por la reacción absolutista que, tras una campaña sobre la opinión, se manifestó en el comportamiento del general Elío, de Eguía y del mismo Fernando, pero su aprobación, cuando ya había pasado el peligro de la guerra, refleja la voluntad de mantener el ordenamiento jurídico liberal en situación de paz<sup>52</sup>.

Restablecido el absolutismo en 1814, el ideal liberal se muestra después repetidamente como un factor de la "endemoniada tenacidad" con que, entre 1814 y 1820, se producían las *revoluciones*. Refiriéndose a ello escribe la condesa de Espoz y Mina que, "a pesar de la extremada vigilancia del Gobierno y del espionaje que ponía en juego, en diversos puntos de la nación se manifestaban síntomas inequívocos del deseo unánime de un cambio"<sup>53</sup>. Así lo indica Galdós al señalar que en la "Camarilla" de Fernando VII, se consideraba necesario mantener la represión porque "Andalucía" y "Madrid" están -decían- infestados de "jacobinismo" y si se abre un poco la mano "las revoluciones brotarán por todas partes como pinos en almáciga"<sup>54</sup>.

La finalidad de estas contenidas "revoluciones" -susceptible de alguna matización, según veremos- se expresa por boca de Monsalud cuando éste, sorprendido de que Pipaón quiera unirse a los revolucionarios, le dice que "se conspira para restablecer el Gobierno liberal

---

<sup>51</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1290.

<sup>52</sup> En el "Decreto de las Cortes de 2 de Febrero de 1814", recogido por el M. de Miraflores como Doc. "Nº V" ("Documentos...", Cit., T I, pp 21-23), se manifiesta entre otras cosas de parecido tenor, el deseo de "dar en la actual crisis de Europa un testimonio público y solemne de **perseverancia inalterable**". Sin negrilla en el original.

<sup>53</sup> "Memorias". Tebas, Madrid, 1977, p 27.

<sup>54</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1342.

y la Constitución"; Pipaón mismo recuerda que -como hemos dicho- al ingresar en aquella sociedad secreta tuvo que prometer que se esforzaría "para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitución de Cádiz"<sup>55</sup>.

La revolucionaria tendencia al liberalismo se manifiesta así mismo en el hundimiento o crisis que en 1819 se atribuye al principio de "autoridad", cuyo descrédito achacaban los absolutistas, según dice Galdós, al estado de "los pueblos, atontados y embrutecidos por el democratismo y la Revolución"<sup>56</sup>. Se dice opinión común que los valores o "ideas liberales" impregnan e ilusionan a los "oficiales" del ejército concentrado en Cádiz en 1819; se saben también queridos por los revolucionarios de Madrid, a cuya clandestina asamblea trata de conquistar el pícaro Pipaón procurando ensalzarlos y terminando el discurso que les dirige con un emotivo saludo a aquella "joven Libertad"; y se presentan especialmente cargados de contenido ético en las referencias de Monsalud, que desea aplicarlos, aunque parezca traumático, para lograr una dignificación semejante a la que

---

<sup>55</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1401 y 1409. Galdós parece, pues, dar por supuesto que este restablecimiento era una meta fundamental de los revolucionarios de 1820, aun cuando hubiera diferencias ideológicas que pronto darían lugar a la escisión de los liberales, según el mismo Galdós destacará luego.

El hecho, señalado por el profesor Artola, de que aquel "movimiento" no tuviera "un programa definido hasta la víspera de producirse" y de que "los primeros" manifiestos, al "reivindicar la Constitución", no señalasen de qué Constitución se trataba, puede atribuirse a que no todos estaban de acuerdo, pero queda claro que querían una Constitución, y se sobreentiende que la querían liberal. También podría deberse, según interpreta Galdós, a que la Constitución de 1812 era, para la gran mayoría de los liberales, la única conocida en España, la única en que pensaban, tal como indica Vayo cuando dice que en 1819 esta Constitución era deseada por "los pueblos", pese a su incultura, porque, "como Fernando a su vuelta había derrocado el sistema establecido en Cádiz, parecían que el reverso de los males actuales era aquella Constitución" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 145). Esta fue, desde luego, como el mismo Profesor Artola indica, la proclamada por Riego al día siguiente, aunque su Proclama sólo especificase que abogaba por "una Constitución que asegurase los derechos de todos los ciudadanos"; derechos, se puede añadir, que no cabía suponer aludidos en ninguna hipotética Constitución española anterior. Ese afán por asegurar tales "derechos" parece, por otra parte, reflejo de los valores liberales a que nos venimos refiriendo, que están también presentes en otras proclamas y en "la representación que se elevó a Fernando VII", según la cual el "resucitar la Constitución de España, (...) decidir qué es la nación legítimamente representada, quién tiene sólo el derecho de darse las leyes a sí misma", es "lo que les inspira el ardor más puro y los acentos del entusiasmo más sublime". Textos en ARTOLA, M.: "Partidos y programas políticos 1808-1936", Aguilar, Madrid, Edc. de 1977. T. I, pp 207 y 208.

<sup>56</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1384. Ello implica -dicho sea de paso- que, como señala Martínez de la Rosa refiriéndose al problema que esto conllevaba, "las antiguas leyes habían perdido su autoridad sin que la hubieran adquirido las nuevas". "El espíritu del siglo". Atlas, Madrid, 1962, BAE, T VII, p 359.

resulta de "andar en dos pies" en lugar de "a gatas" como hasta entonces<sup>57</sup>.

Con todo ello -no lo olvidemos- parece tender Galdós, por una parte, a explicar ante sus lectores el difícil arraigo de estos valores liberales y la ilusoria lucha sostenida por ellos; y por otra, a su justificación y consiguiente difusión entre esos mismos lectores, a quienes procura precaver al mismo tiempo contra los peligros *neoabsolutistas* a que podría conducir su frustración. Sin embargo, esto se entiende como enseñanzas de la Historia, y de ahí que, como hasta aquí, las imágenes que Galdós presenta son substancialmente históricas.

### 2.1.2. El rechazo al absolutismo

El rechazo manifestado entre 1814-1820 contra el absolutismo parece resultado, según muestra Galdós, de un complejo causal en el que puede distinguirse lo que atañe a la naturaleza de su poder y lo relativo a su ejercicio<sup>58</sup>.

Es quizá el ejercicio lo que primero se manifiesta y genera rechazo por la violencia con que el absolutismo se reinstala en 1814, anuncio ya del tipo de régimen que iba a establecerse. Además, muchos de los gobernados incapaces de analizar las filosofías políticas pudieron resultar sensibles a la ineficacia y corrupción de sus gobernantes e, igualmente, al talante y violencia represora con que se protegían a sí mismos y al sistema.

Estas vivencias parecen inducir a que cada cual se pregunte por las causas de las carencias y abusos sufridos, encontrando en ello argumentos contra la naturaleza misma de un sistema que tales cosas hacía posibles y que, al ser analizado, se encuentra incompatible con la dignidad de la persona humana y con las necesidades socioeconómicas sentidas entonces.

Se generan así unas actitudes contrarias al absolutismo que lo debilitan, le restan apoyos frente al liberalismo que emergía. A esto nos referimos sobre todo al hablar de rechazos

---

<sup>57</sup> "La segunda casaca". Cit., pp. 1384, 1391, 1411 y 1415.

<sup>58</sup> Distinción que se recoge ya por Vayo como propia de la época del Trienio al señalar -no importa si respecto al régimen liberal o al absolutismo- el deseo de que se examinase si había "vicio y defecto en el sistema, o vicio accidental en su ejecución". Vayo, E. de C.: Op. Cit., T III, p 19. Sin negrilla en el original.



y a ello se destina fundamentalmente este epígrafe.

Pero, junto a esas atracciones y rechazos, junto a lo que podría llamarse motivaciones personales que impulsan la acción voluntaria de unos y otros -cuyo eco, rectificado, parece buscar Galdós en su época-, se señala un proceso de debilitamiento interno de las estructuras de la Monarquía absoluta, una *quiebra* -según expresión de Josep Fontana-, que parece facilitar considerablemente su caída ante la acción revolucionaria y que es, por tanto, una causa de la Revolución, aunque no sea voluntaria ni se le pueda llamar propiamente motivación.

La motivación y la acción voluntaria se producen en parte al advertir este proceso y estimar que, para superar las disfunciones que producía, se hacía indispensable sustituir aquel ordenamiento, incompatible con las necesarias reformas, por otro que permitiera realizarlas, según veremos en el desarrollo de los apartados de este epígrafe.

### ***2.1.2.1. Rechazo a la violencia con que el absolutismo se reinstala y se mantiene***

#### ***2.1.2.1.1. El "golpe de Estado del 10 de mayo" de 1814***

El absolutismo se restablece en España, y así lo indica Galdós, mediante el "golpe de Estado del 10 de mayo" de 1814. En la noche de ese día se produce la ocupación de Madrid por el general Eguía y el apresamiento de gran parte de los representantes del gobierno liberal, pasando el día 11 a publicarse "el decreto del 4 de mayo" que declaraba nulo el ordenamiento jurídico de Cádiz<sup>59</sup>.

Estos escuetos hechos, marcados ya con la violencia propia del "golpe de Estado", prendimientos, etc., son referidos por Galdós con una serie de informaciones y juicios sobre sus protagonistas y sobre el cómo se realizaron que parecen orientarse a explicar el rechazo que habían de producir y a aprovecharlos para justificar y potenciar este rechazo en situaciones análogas de su tiempo.

Como acercamiento al tema, antes de entrar en el análisis de sus diversos aspectos, recogemos a continuación el juicio de conjunto que sobre el mismo atribuye Galdós a

---

<sup>59</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., pp 1283-1293, y, especialmente, 1288 y 1345.

Gabriel Araceli, protagonista, según se sabe, de la primera serie de Episodios Nacionales y presentado por el mismo Galdós como un *hombre bueno*, imparcial y poco metido en las luchas políticas, aunque, por ser además "persona de aquellos tiempos", sea fidedigno testigo de los hechos: "la Monarquía del 14 (...) fue la ceguera de las cegueras. (...) La crueldad, la gárrula ignorancia de aquella política, no tiene ejemplo en Europa (...) No existe nada más fuera de razón, más inútil, más absurdo, que la reacción de 1814; no sucedió a ningún desenfreno demagógico, no sucedió a la guillotina, porque los doceañistas no la establecieron; ni a la irreligión, porque los doceañistas proclamaron la unidad católica; ni a la persecución de la nobleza, porque los nobles no fueron perseguidos. Fue, pues, una brutalidad semejante a los golpes del hado antiguo, sin lógica, sin sentido común. Nada de aquello venía al caso".

Además, en lugar de perseguir así a los liberales, Fernando VII podría haberlos intentado atender y atraer, haber cumplido "la promesa hecha en el manifiesto del 4 de mayo" y "admitir el principio liberal, inaugurando un Gobierno templado y pacífico para la Nación y por la Nación". Pero en lugar de hacer esto se encerró en el absolutismo represor que Pipaón describe y "aquellos seis años fueron nido de revoluciones. El desorden germinó en ellos como los gusanos en el cuerpo insepulto", y cuando, en 1820, triunfó la Revolución, "los liberales se presentaron con la rabia del vencedor y la hiel criada en el destierro". Esta "hiel", producida por la violencia a que se refiere este apartado, sería más amarga en quienes sufrieron "el destierro", pero en los textos de Galdós se percibe extendida a quienes, como Araceli y otros muchos que se citan, encontraban injusta aquella persecución<sup>60</sup>.

Esta "hiel", que actúa como un factor más para hacer la Revolución, se va agriando por el proceso dialéctico represión-rebelión que conllevan las "13 conspiraciones" frustradas antes del triunfo de 1820. Parece contar, además, con la comprensión y simpatía de su contemporáneo Araceli, que la presenta como consecuencia lógica, aunque lamentable, de la conducta de Fernando VII, puesto que concluye el razonamiento anterior dando por

---

<sup>60</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1344 y 1345.

conocidas y naturales las respuestas a estas preguntas sobre los liberales: "¿qué les impulsaba en 1812?. La ley; ¿y en 1820?. La venganza"<sup>61</sup>.

Entrando ya en la crónica y análisis de los hechos y circunstancias que reflejan la violencia contra los liberales y parecen agudizar sus deseos de cambio, conviene recordar que Galdós señala la existencia -vivida todavía por él- de "dos bandos", uno favorable y otro contrario al mismo, desde "años antes" de 1810.

Al bando absolutista le atribuye alguna resistencia, según se ha visto, en el Cádiz de las Cortes y, de modo más amenazante y radical, entre los notables locales vascongados, a quienes representan los Baraona y los Garrote. En "El equipaje del rey José" hemos visto cómo don Fernando Garrote anunciaba en Junio de 1813 su intención de luchar contra los liberales en cuanto acabase la Guerra contra los franceses y afrancesados, con lo cual podría atribuirse a los absolutistas más radicales cierta predisposición a la guerra civil, que no parece, sin embargo, entenderse generalizada, sino propia de sólo algunos especialmente fanáticos como los "Garrote", cuya personalidad *pegona* resulta destacada al atribuirles tales intenciones.

Llegado "enero de 1814", según recuerda Galdós en las supuestas *Memorias* de Pipaón, ya existía una acción absolutista organizada, en la que Pipaón dice haber colaborado al servicio de su *protector* "don Buenaventura", nombre con que Galdós encubre el de Bernardo Mozo de Rosales<sup>62</sup>. Esta acción se destaca por Galdós en varios frentes y

---

<sup>61</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1345. Viene a ser el "apetito de venganza vituperable, pero natural", a que se refiere, así mismo, A. ALCALA GALIANO, en "Recuerdos de un anciano", O. E., Atlas (BAE), Madrid, 1955, T I, p 92.

<sup>62</sup> Resulta evidente que este "don Buenaventura", bautizado así porque "(algún nombre he de dar a mi protector -explica Pipaón- para que se le distinga entre los individuos de que haré mención)", es don Bernardo Mozo de Rosales, primer firmante del llamado "manifiesto de los *Persas*" y principal autor del mismo. (Esta autoría, antes discutida, parece claramente confirmada por la Profesora DIEZ-LOIS, M.C.: "El manifiesto de 1814". Universidad de Navarra, 1968). Además, según explicará Galdós en "La segunda casaca", obtuvo por ello el favor de Fernando VII y después compró el título de Marqués, (Ed.Cit. Tomo I, pp. 1363 y 1373); y, según se aclara en "Los Cien mil Hijos de San Luis" (misma Ed. y Tomo, p. 1636), era "Marqués de Mataflorida" y "conocido por don Buenaventura en las *Memorias de un cortesano* y en *La segunda casaca*". Estas pistas, en sí decisivas, se completan a lo largo de los citados Episodios al señalar que en 1819 fue "ministro" de Gracia y Justicia ("La segunda casaca". Lugar citado, p. 1387 y Sigts.) y, entre otras muchas cosas, y definitivamente, al decir que el 14 de agosto de 1822 formó la Regencia de Urgel (continúa...)

operaciones.

En primer lugar se alude a los manejos y campañas de opinión contra los liberales. Campañas en cuyo centro sitúa Galdós a "don Buenaventura" (Mozo de Rosales), que "acaudilló con singular tino a los que poco después se llamaron *Persas*, y fue uno de los que prepararon el paso dado por Fernando (...) *el suspirado*) contra la Constitución"<sup>63</sup> En estas campañas, "don Buenaventura" se ayudaba de Pipaón, cuya "buena letra y singularísima habilidad para remedar la ajena" le servía para realizar "inverosímiles imitaciones".

Recordando una representativa aplicación concreta de estas habilidades dice Pipaón: "el primer asunto importante en que Su Merced me ocupara fue aquel que la Historia llama *el asunto Oudinot*". El protagonismo de Mozo de Rosales en este asunto se reitera por Galdós cuando Pipaón, al explicar en qué consistió, dice: "con su poderosa inventiva fantaseó mi protector una conspiración que se suponía fraguada por los liberales, de acuerdo con Napoleón, para establecer en España la república Iberiana". Esta operación se hizo a base de "inventar cartas, (...) remedar tipos de letra" y otras argucias de una "trama, en la cual don Agustín Argüelles aparecía carteándose con un pinche francés, a quien nosotros -dice Pipaón- por ensalmo, hicimos *general Oudinot*, con otras muchas

---

<sup>62</sup>(...continuación)

con el barón de Eroles y don Jaime Creux ("Los Cien mil Hijos de San Luis". Lugar citado, p. 1644), datos que la historiografía confirma también para Mozo de Rosales. Teniendo en cuenta esto, nos ha sorprendido ver que, en el "Censo de los personajes galdosianos comprendidos en los 'Episodios Nacionales'" (En O.C. Aguilar, Madrid, 1976 Tomo IV, p.1086), de don Federico-Carlos Sáinz de Robles, se recoge entre ellos a un "IMAZ, Don Buenaventura. Protector de Braguítas..." y se le atribuye la condición de Consejero, "Marqués de Mataflorida", Corregente en 1822 y un texto de Galdós alusivo a "don Buenaventura" (Mozo de Rosales), cuyo nombre, por otra parte, no figura en dicho censo.

Tratando de explicarnos este extraño error, hemos observado que en la página 1371 del Tomo I de la Ed. de Aguilar, 1970, antes citado, hay una enumeración de nombres en la que falta una coma, de modo que se lee "Alagón, Ugarte, don Buenaventura Imaz, Villela,"... cuando debiera ser "don Buenaventura, Imaz,"; porque en realidad se alude a dos: a "don Buenaventura" o Mozo de Rosales y al "ministro" de Hacienda "Imaz", que sucedió a don Martín Garay. Esto, no obstante, puede estar en el origen de la invención de un personaje inexistente en los Episodios y de su inclusión en el citado censo, pero sigue siendo extrañísimo que se le haya aceptado, además, como personaje histórico participante en la acción -según se indica con asterisco y texto-, que a este supuesto personaje se le hayan atribuido hechos biográficos importantes de don Bernardo Mozo de Rosales y que éste haya quedado sin siquiera identificar, ni incluir, pese a ser uno de los más tratados por Galdós en este Episodio y en los cuatro siguientes.

<sup>63</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1282.

imaginarias picardías". Citando a otros personajes históricos implicados se dice también que "la torpeza del necio Berteau, criado de la duquesa de Osuna, y de cierto cura de Granada (a quien después hicieron arzobispo), echó por tierra" aquella "invención"<sup>64</sup>.

Esta campaña sobre la opinión se apoya también en la Prensa, según apunta Galdós a la vez que recuerda que "el reverendo padre Castro", en el periódico "Atalaya de la Mancha", llamaba a los liberales "mamones, caparrotas, cuácaros, lameplatos y ceposquedos", además de "otros graciosos nombres"<sup>65</sup>.

"Los enemigos de la reforma -escribe A. de Argüelles- se habían valido antes de 1814 de la imprenta libre para corromper la opinión del pueblo ignorante y sencillo, presentándole las instituciones constitucionales como contrarias a su religión y verdaderos intereses. Clérigos, cortesanos, frailes, empleados reformados o suspensos, con otros descontentos de aquella época, se habían reunido para inundar a la nación, como lo hicieron, de libelos famosos e incendiarios contra lo más digno y respetable en el partido consitucional" protegidos por "la Junta suprema de censura"<sup>66</sup>.

Junto a este tipo de acciones, destinadas a desacreditar a los liberales ante la opinión popular, destaca Galdós la realizada ante el Rey por "los Persas", también con el especial protagonismo de Mozo de Rosales ("don Buenaventura"), al que se refiere Pipaón cuando dice: "Sí, señores; delante de mí, en una sala del convento de Atocha, mi buen amigo, asistido de algunos padres graves de dicha casa, redactó el famoso manifiesto de los *Persas*, que quedó perfilado y puesto en limpio por mí en 12 de abril. Firmáronlo 69 individuos de lo más aprovechado que había en el Reino y en las Cortes, hombres **estimadísimos del Soberano**, -negrilla nuestra- que entre ellos repartió mitras y togas,

---

<sup>64</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1282 y 1283. Todo ello es conforme con lo indicado por Vayo en Op. Cit., T II, pp 11-12 y 26 de quien probablemente lo tomó Galdós.

<sup>65</sup> El tono y "sangrientas doctrinas" que en este periódico "redactaba el padre fray Agustín de Castro", "fraile terrorista", son señaladas en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 36.

<sup>66</sup> ARGÜELLES, Agustín de: "De 1820 a 1824. Reseña histórica". Ed. Cit., p 67.

para que no quedara sin premio su lealtad"<sup>67</sup>.

Según puede verse, Galdós destaca en la acción de esos "69 individuos" no sólo la posible influencia en el paso dado luego por Fernando sino también los premios obtenidos por ello; se sugiere así, por una parte, que luchaban por estos premios, y no sólo por ideales; y, por otra, que aquella era la opción considerada más grata al Rey<sup>68</sup>.

Por último, tras referirse a la gran "ansiedad", "trasudores y congojas" que pasaron durante el mes de abril quienes se habían comprometido en el manifiesto, se alude a la actuación de la fuerza militar, pues "la aproximación de las tropas de Wittingham -dice Pipaón- nos dió aliento, y la llegada del general Eguía, completa tranquilidad acerca del buen resultado de lo que entre manos traían los *Persas*"<sup>69</sup>.

El rechazo al empleo de esta fuerza se combina, en el satírico relato de la acción llevada a cabo en Madrid por Eguía, con un retrato que de éste hace a la vez Galdós en ese mismo tono: don Francisco Eguía -ironiza Galdós a través del interesado Pipaón- "era de los pocos"; habría merecido por "su destreza y heroísmo (...) una estatua ecuestre, representándole con su peluca de coleta, su gran joroba y aquel aire chusco y altanero que le hacía tan temible". Acusado de no querer combatir y "apremiado por la Regencia (...) contestó que *él sólo anhelaba sucesos grandes que salvaran a la nación*, dando a entender

---

<sup>67</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1283. V. también VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 26 y 79.

<sup>68</sup> Galdós destaca repetidamente los favores Reales obtenidos por B. Mozo de Rosales como premio por esto: ya el nombre con que lo encubre, "don Buenaventura", -que es de un banquero en "Gloria"- parece aludir a su *éxito*; éxito que se manifiesta aquí en que empezó en 1814 por "**ponerse en primer lugar**" y proporcionarse con "prontitud (...) **tres o cuatro sueldos**", fue nombrado Consejero de Hacienda e hizo Grandes negocios, comprando luego, gracias a las riquezas obtenidas, el título de marqués de Mataflorida, y disfrutando, en fin, la confianza del Rey, que le nombró Consejero de Hacienda, ministro de Gracia y Justicia y le dió instrucciones reservadas para formar la Regencia de Urgel. Ver, por ejemplo, en la Ed. Cit., "Memorias de un cortesano de 1815", p 1282; "La segunda casaca", p 1373; y "Los Cien mil Hijos de San Luis", p 1644. Ver sobre él PRESAS, J.: "Pintura...", Cit., pp 61-62. Respecto al reparto de "mitras" puede verse REVUELTA GONZALEZ, M.: "Política religiosa de los liberales en el siglo XIX". C.S.I.C., Madrid, 1973, p 18, que cita, junto al ya obispo de Salamanca, otros tres eclesiásticos firmantes de este Manifiesto "que recibirían importantes obispados".

<sup>69</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1283.

el noble deseo de no gastar su ingenio estratégico en batallas de tres por un cuarto"<sup>70</sup>. Su "heroísmo y militar ciencia en 1814" se dicen probados porque "él sólo, ayudado de una división del ejército del Centro, dio al traste con la inmensa balumba de las Cortes, poniendo en vergonzosa fuga a más de 100 diputados liberales, que se escondieron en sus casas sin atreverse a asomar las narices...". Y todavía añade Galdós, remachando su ironía en el lenguaje de Pipaón:

"¿Que tal? Hombres como aquel bravísimo Eguía son el mayor galardón que Dios Omnipotente puede dar a las atribuladas y huérfanas naciones. Admirablemente lo hizo, y allí era de ver cómo se presentó con su tropa en casa del Presidente de las Cortes, notificándole, con serenidad sublime, la ruina de la Constitución, y cómo ocupó después resueltamente y sin asomos de miedo, casi sin pestañear, el palacio de las Sesiones, declarando con voz entera y firme que todo estaba por los suelos"<sup>71</sup>.

Señalada así la violencia hecha a las Cortes -institución que representaba la soberanía de la Nación frente a la del Rey-, en sus Diputados, en su Presidente y en su Palacio, se revive a continuación, en el mismo tono irónico, la carga que contra las personas de los liberales se realizó aquella misma noche, cuyo recuerdo hace exclamar a Pipaón: "¡Que noche la del 10 de mayo de 1814! ¡Oh sin igual ventura! ¡Oh inolvidable regocijo del alma después de tan larga opresión!". Así, con una especie de canto -que parece corresponderse con un lamento de Galdós-, Pipaón relata ufano que "aquella felicísima noche", -a la que Vayo se refiere junto al título: "Noche del 10 de Mayo"<sup>72</sup>- llevado de su amor a Fernando y de su enojo contra los liberales, se unió "a los esbirros y jueces que iban de calle en calle prendiendo en sus casas a los famosos corifeos de las Cortes". Informa, además, de que

<sup>70</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1284.

<sup>71</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1284. Galdós no alude al hecho de que el entonces Presidente de las Cortes, don Joaquín Pérez, había firmado el *Manifiesto de los Persas*, aunque así lo indica VAYO (en Op. Cit., T II, p 33) junto a una descripción de Eguía y de toda esta acción que sí parece seguida por nuestro autor: "Era Eguía -escribe Vayo, por ejemplo,- conocido por su ignorancia y rancias ideas, llegando su apego a la rutina y a las antiguas usanzas a tal punto, que llevaba el cabello recogido y atado por detrás como en tiempos de Carlos III, por lo que le daban el nombre -luego señalado también por Galdós- de *Coletilla*". Ibídem, pp 32-35.

<sup>72</sup> Op. Cit., T II, p 33.

"la pesquería no fue mala, y si bien -dice Pipaón- se nos escaparon Toreno, Antillón, Gallego y otros, cogimos a Argüelles, (...) Gallardo, (...) Canga Argüelles, (...) Page, (...) Cepero, (...) Martínez de la Rosa, (...) Larrazábal, (...) García Herreros, (...) Quintana el seminarista, (...) Feliú, Villanueva, Muñoz Torrero, Cano Manuel, Alvarez Guerra, O'Donoghú, Capaz, Cuartero; a los cómicos Máiquez y Bernardo Gil, sin omitir al célebre *Cojo de Málaga* <sup>73</sup>.

Esta relación de nombres históricos -mucho más larga en Vayo <sup>74</sup>- resulta significativa por la reconocida calidad personal de los relacionados y por su número. En el relato que, orgulloso de su participación, hace Juan Bragas, queda claro que, aunque habla de "malas artes y (...) planes diabólicos", se les prende por ser liberales y manifestarlo, por hablar en defensa de sus ideas contrarias al absolutismo. El hablar, hacer discursos, el peligro de que convenzan a otros, parece un obscurantista motivo implícito -y constantemente repetido- en el supuesto relato de Pipaón. De ahí que, recordándolos, les llame "vil caterva de charlatanes" y les diga: "ni que falta hacían en el mundo vuestros heréticos discursos, ni a cuenta de qué venía esa endiablada Constitución...¡Ay! Aquella noche las almas se desbordaban de gozo viendo destruída la infame facción, muerta la herejía, enaltecido el sacrosanto culto, restaurado el Trono, confundidos volterianos y masones"<sup>75</sup>.

La condena de todos ellos *a priori*, y la ficción que suponía el pretender juzgarlos por sus opiniones, se destaca por Galdós indicando que "no hubo papel que no se guardase para dar luz sobre los procesos que se les iban a formar", a fin de que se pudieran comprobar "las picardías de tanto malsín (...) para que a nadie quedara duda de sus maldades", y explicando: "Pues digo..., si no se hubiera tenido mucho cuidado de cogerles los papeles, la Justicia habría tenido que romperse los cascos para inventarlos después"<sup>76</sup>.

La dignidad y la sensación de inocencia de estos liberales se recalca con el menosprecio

---

<sup>73</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1284 y 1285.

<sup>74</sup> Op. Cit., T II, p 34.

<sup>75</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1285.

<sup>76</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1285.



que de ellos hace Pipaón cuando dice : "Siempre me acordaré de la insolencia de los diputadillos, que en vez de echarse a llorar y pedirnos perdón (...) nos miraban con altaneros ojos", de modo que "quien les viera, -añade, en tono cervantino,- creyérales a ellos jueces y a nosotros ladrones en cuadrilla, trocados los papeles y convertidos los ajusticiadores en ajusticiados"<sup>77</sup>.

El significativo tamaño de este hecho por el número de los apresados se hace notar en las ansias de lucirse de Pipaón, que "les veía pasar de sus casas a las cárceles, y siempre -dice- me parecían pocos. Hubiera deseado que aquellos bergantes se multiplicaran para que fuese más grande el esplendor de la fazaña (Sic) que estábamos consumando". Parece delatarse, además, que no importaba que fueran muchos los que disientían y sufrían. Había que apresar a todos. Se trataba de excluir, de eliminar, a todos los liberales, a todo el que pudiera criticar al absolutismo, según insinúa el mismo Pipaón al añadir: "¡Oh! ¡Ver Madrid limpio de liberales, de gaceteros, de discursistas, de preopinantes, de soberanistas, de republicanos, de volterianos, de masones!... ¡Esto era para enloquecer el menos entusiasta!"<sup>78</sup>.

Esta "fazaña", realizada en la noche, sin avisar, antes de darse a conocer el Decreto preparado por Fernando VII en Valencia desde el día 4 pero sin publicar hasta el día 11, -hasta cuando, según dice Vayo, "había permanecido reservado con el mayor sigilo"<sup>79</sup>- y ensombrecida por ello con tintes alevosos de nocturnidad y traición, se completa el día 11 con una movilización popular que parece pretender la legitimación de aquel *golpe* dándole un baño de multitud y que Galdós denuncia en las palabras de Pipaón: "Llegaste al fin, ¡oh día 11 de mayo!, y tus primeras luces vieron al devoto pueblo de Madrid corriendo por las calles como impetuoso río, sin que ningún dique bastase a contener las desbordadas olas de su gozo". Este pueblo, dice Pipaón, celebraba "el acabamiento de la tiranía", invocando con amor "al Dios Todopoderoso y a su Santísima Madre, llevando en

---

<sup>77</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1285.

<sup>78</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1285.

<sup>79</sup> Op. Cit., T.II, p 36.

triunfo a los benditos frailes, y arrastrando por las enlodadas calles las sacrílegas imágenes de la Libertad, que exornaban el palacio del charlatanismo; arrancando la lápida de la Constitución y cuantos letreros, signos y figuras recordasen la conjurada borrasca", y dando gritos de amenaza hacia los "orgullosos caídos", que lo hubieran pasado mal si llega a echarles "la zarpa el discreto y sapientísimo vulgo".

Pero toda esta imagen multitudinaria pierde su pretendido valor legitimador y se convierte en agravante cuando Pipaón, haciendo valer sus méritos en ella, presume de haber trabajado "aquel día más que en otro alguno" de su vida para, con otros "compañeros encargados de iguales trapisondas", preparar aquel tumulto -de acuerdo con la voluntad de su "patrono" (Mozo de Rosales) y "otros personajes de viso"- "arengando (...), recomendando (...) disponiendo y ordenando", repartiendo "dinero en los barrios bajos", yendo "de taberna en taberna y de garito en garito contratando gente", avisando a "los padres franciscanos y agustinos (...) para que salieran a arengar a la muchedumbre"; propalando "noticias falsas de conspiraciones" revolucionarias, etc., etc.<sup>80</sup>.

Quede claro, pues, que, en opinión de Galdós, gran parte de las gentes con que se pretendía dar sabor popular a aquella manifestación estaban pagados y que tras ellas no se encontraba propiamente el pueblo<sup>81</sup>.

---

<sup>80</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1285 y 1286.

<sup>81</sup> Mesonero Romanos, que, según las cartas cruzadas entre ambos, sirvió de fuente a Galdós para sus referencias a estos hechos, hace en sus "Memorias de un setentón" un relato en el que se pueden observar numerosas coincidencias: "Sabido es -dice Mesonero- que en la noche del 10 de mayo de aquel año, y cuando las Cortes, aunque convencidas de la resistencia que ofrecía el Rey a jurar la Constitución, habían celebrado su sesión ordinaria, y retirándose a sus casas los diputados, bien ajenos por cierto de que el desenlace de esta situación había de ser tan violento y fatal, el capitán general de Castilla la Nueva, don Francisco Eguía, nombrado previa y secretamente por el Rey para este encargo, y auxiliado de los alcaldes de Casa y Corte, se presentó en la morada de las (sic) Regentes -que la tenían en las habitaciones bajas del Real Palacio- y sucesivamente en las de los diputados conocidos por sus ideas políticas en sentido constitucional, las de los periodistas, literatos y otras personas de diversas categorías, desde la de Grande de España hasta la de insignes comediantes; todos los cuales, conducidos a las diversas cárceles y cuarteles de la capital, quedaron reducidos a la más rigurosa prisión. A la mañana siguiente apareció el célebre decreto, firmado por el Rey en Valencia el 4 del mismo mes, en que, a vuelta de algunas frases consoladoras (...) concluía por anular las llamadas Cortes, la Constitución y todos sus decretos y disposiciones, mandando que todo volviese al ser y estado que tenía en 1808.

"Al aparecer en *La Gaceta* el día 11 este real decreto, la población de Madrid quedó suspensa y vacilante entre las más opuestas apreciaciones y dudosas esperanzas; pero muy luego hubo de salir de su error al saber  
(continúa...)

En lugar del pueblo señala acertadamente Galdós el respaldo de otras fuerzas sociales, ya que, al decir de Pipaón, él y sus compañeros habían vencido a aquel "centenar de charlatanes, (...) sin más auxilio que un ejército y la autoridad del Rey, acompañada de la grandeza, del clero, de las clases poderosas"<sup>82</sup>.

Aunque todas estas instituciones y grupos quedan aludidas en el texto, son el Ejército y el Clero quienes acaparan especialmente la atención de Galdós y aparecen como especiales protagonistas de estos hechos.

Ya hemos visto que el Ejército, cuya fuerza resulta decisiva para caracterizar y garantizar el éxito, está en parte representado por el general Eguía, cuya presencia en Madrid, con el apoyo de las tropas del general Elío -al que Galdós no cita aquí- respaldaba toda la operación, pero también por el general inglés Santiago Wittingham, citado

---

<sup>81</sup>(...continuación)

las prisiones verificadas en la noche anterior y el terrible aparato con que se había cuidado de revestir el golpe de Estado. Faltábala aún conocer la segunda parte del *programa* elaborado, acaso sin su conocimiento -quiero hacerle esta justicia-, por los pérfidos consejeros de Fernando, y esta segunda parte era el movimiento y manifestación *popular* preparada con dos o tres centenares de personas, de la ínfima plebe, reclutadas al efecto en las tabernas y mataderos, para salir por las calles ultrajando todos los objetos relacionados con el Gobierno constitucional, atacando a todas las personas que les cuadrara señalar con los epítetos de *flamasones, herejes y judíos*".

Mientras proferían gritos absolutistas, sigue contando Mesonero, arrancaron "la lápida de la Constitución" de la casa Panadería (...), la hicieron mil pedazos, que, metidos luego en un serón, arrastraron por todo Madrid"; en el "palacio de las Cortes (...) apedrearon y mutilaron las estatuas", "letreros" y "todos los efectos" que cayeron en sus manos; detenían en la calle a los transeúntes que les parecían contrarios y les arrebatában el "sombrero blanco o la corbata negra" como "señales de *flamason*", cortaban "las borlas de las botas" a los hombres y "las galgas" -"cintas con que sujetaban el zapato"- a las mujeres, y lo echaban todo al serón para arrastrarlo, comportándose de modo tan soez que Mesonero juzga este acto "el más grosero, repugnante y antipático" que había presenciado en su "larga vida". MESONERO ROMANOS, R.: *Obra y lugar citados*, pp 130, 131 y 132. Vayo explica estas violencias señalando el mal ejemplo de "los escogidos del pueblo" y diciendo: "**Hinchadas en Madrid las olas populares por el conde de Montijo, y por el oro** que el monarca había enviado desde el camino a los curas de las parroquias para que lo repartiesen entre los pobres, reventó la tormenta en la mañana del día 11"; indicando también luego esos destrozos, amenazas e insultos de "la arremolinada plebe". VAYO, E. de C.: *Op. Cit.*, T II, pp 35-36. Sin negrilla en el original. Pese a estos hechos, la profesora Pintos Vieites afirma que "No existió el supuesto golpe de Estado en 1814" (PINTOS VIEITES, María del Carmen: "La política de Fernando VII entre 1814 y 1820". Pamplona, 1958, p 359). La sustitución violenta del Régimen político existente parece innegable; y la "aplastante mayoría realista" que da por cierta no parece reflejarse en los resultados electorales ni en los hechos a que nos referimos acto seguido.

<sup>82</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". *Cit.*, pp 1285 y 1286. Sin negrilla en el original. Estas clases, sus respectivas prerrogativas, su inútil resistencia a sacrificarlas y la decisiva "concurriencia de la autoridad suprema" del Rey a su regreso, pueden verse apuntadas en QUINTANA, M-J.: "Cartas a lord Holland", *Cit.*, p 536.

significativamente -aunque sólo de pasada- al decir Pipaón que "la aproximación de las tropas de Wittingham" dio a los absolutistas "aliento" sobre el "buen resultado de lo que entre manos traían los *Persas*". Según se sabe, este general vino escoltando a Fernando con 4000 hombres desde Valencia y quedó con él en Aranjuez, a la espera de acontecimientos, hasta que el día 13 acompañó y protegió -con "una verdadera división de ejército"- su entrada como Rey en Madrid, hecho en el que tampoco se para Galdós, quizá por estimar que para entonces el golpe estaba dado<sup>83</sup>.

El clero aparece representado entre quienes prepararon la manifestación en esos "benditos frailes" llevados en triunfo y en "los padres franciscanos y agustinos" llamados para "arengar a la muchedumbre", pero está especialmente presente en la figura del "padre Castro", que, "en su inolvidable Atalaya", venía a sacralizar aquellos hechos con el respaldo eclesiástico al decir: "¡Noche del 10 de Mayo! (...) ¡Ah, tú serás contada entre los días más solemnes que vio el mundo!... . Españoles, alabemos y ensalcemos al Señor; que nuestra lengua no cese de cantar sus misericordias".

Así, pues, estos hechos parecen resultado de las "misericordias" de Dios y -según sigue diciendo el padre Agustín Castro- de "la sabiduría de nuestro idolatrado FERNANDO"; tanta que "es menester confesar que el Señor está en él". De esta unión resulta, necesariamente, la bondad y legitimidad de tales hechos, y, a la vez, la habilidad (o doblez) y eficacia con que se realizaron, puesto que "en un mismo día y en una misma hora han sido sorprendidos todos estos verdugos de nuestra Patria, -dice el padre Castro- y su ejemplar castigo será la garantía más segura de nuestra perfecta felicidad".

Todo esto es tabú: no puede ser criticado, no puede ser malo, porque es producto de una voluntad movida por Dios, de una "autoridad real" a la que la reacción había devuelto "el emblema de su origen divino". De ahí la ironía que Galdós pone en la frase final de Pipaón en este capítulo: "¡Sí, ya reinan Dios y Fernando!"<sup>84</sup>.

---

<sup>83</sup> Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 32-33 y 42; y MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 135.

<sup>84</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1286. Comparaciones parecidas pueden verse en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 102.

El tamaño de estos hechos se muestra, además, en la sorpresa de los liberales, que aun temiendo que Fernando se resistiría a jurar la Constitución de 1812 y conociendo, por las disensiones políticas anteriores, el difícil entendimiento entre unos y otros, no esperaban -como indicaban Mesonero y Vayo- que se produjera aquella violencia, puesto que, según se dice, fueron **"sorprendidos"** y apresados<sup>85</sup>. La actitud absolutista excluye todo posible entendimiento o convivencia y busca un **"ejemplar castigo"** de quienes representaban otras opiniones y tendencias políticas, aunque éstas, según destaca Galdós ante sus lectores de 1875, resultaban más atractivas y legítimas entre los españoles más cultos<sup>86</sup>.

La violencia resulta, además, de la evidente mayoría de la opinión liberal, aun en las Cortes ordinarias, -aunque Galdós no lo diga expresamente- si se tiene en cuenta que se aprobó el Decreto del 2 de Febrero, al que sí hace referencia Galdós; que el *Manifiesto de los Persas* no se tradujo en un acuerdo equivalente de las Cortes o que, todavía el día 6 de Mayo, se aprobó una propuesta de Martínez de la Rosa para castigar con la pena de muerte a quien intentase "adicción o reforma en la Constitución de Cádiz"<sup>87</sup>.

Un significado parecido, junto a la falta de respeto a las personas e instituciones sociopolíticas, parecen tener los diversos tipos de violencia absolutista que, sin llamarla así, hemos visto aludidos por Galdós en esta acción reaccionaria:

- Violencia a la verdad y a la opinión, manipulados con mentiras como la del caso *Oudinot*.
- Violencia a la legalidad jurada, practicada por los 69 Diputados firmantes del Manifiesto de los Persas en contra de lo acordado por las Cortes.

---

<sup>85</sup> A. de Argüelles dice, así mismo, que **"los españoles fueron sorprendidos con un atentado** que no les dejó otra alternativa que la de someterse por el momento, ó entrar nuevamente en una contienda todavía más cruel como lo es siempre toda guerra civil. (ARGÜELLES, A. de: "De 1820 a 1824. Reseña Histórica", Madrid, 1864, p 36.)

<sup>86</sup> Según expresión de Mesonero Romanos, Fernando VII "vení. fulminando proscripciones contra los mismos que habían contribuido a salvar su trono". MESONERO ROMANOS, R.: Op. Cit., p 133. "Cuando debieron prometerse agradecimiento y consideración -escribe la condes de Espoz y Mina-, sólo hallaron persecución e ingratitud" ("Memorias". Tebas, Madrid, 1977, p 23.) Ver en este mismo sentido Vayo, Op. Cit., T II, p 42.

<sup>87</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1289 y 1290.

- Violencia física, forzando militarmente la reacción, apresando a las autoridades y líderes liberales, arrastrando sus símbolos, etc..
- Violencia social, mediante el pago a los manifestantes por "personajes de viso".
- Violencia religiosa contra las conciencias, utilizando la autoridad de la Iglesia para condenar a los liberales y para atribuir origen divino al poder del Rey.

Además, consumada la reacción, la violencia se mantiene en forma de una represión que, por una parte, trata de proteger al absolutismo sembrando el miedo con castigos ejemplares, y, por otra, se trata de justificar buscando, y no hallando, pruebas de la justicia de estos castigos.

#### 2.1.2.1.2. *La represión política: procesos judiciales y desenlace político*

Ambos aspectos se hacen notar por Galdós cuando "don Buenaventura" (Mozo de Rosales), que había sido "nombrado fiscal de la Comisión de Estado que **ha de sentenciar** a los presos de la noche del 10", pide ayuda para ello a Pipaón y, como este, más atento al hecho de "sentenciar" que a un juicio ajustado a procedimiento, le sugiriera el envío de aquellos a "Melilla, Ceuta y el Peñón", le contesta que es "excesivamente ejecutivo" y que "no puede hacerse la distribución sin fundar en algo los castigos", pasando a enumerar una serie de pasos que debían darse en los procesos para mostrar "las necesarias maldades de esos hombres".

Se da pie con ello a un diálogo entre ambos, en el que, junto a sugerencias de Pipaón sobre posibles invenciones, similares a la de la *república Iberiana*, "para hacer las más lindas causas", se destacan las famosas declaraciones del "conde del Montijo..." y de Ostolaza, sobre "pensamientos" o hechos difícilmente demostrables, y frases dichas en las Cortes o en la Prensa por diversos liberales, de las que, según dice Pipaón, "don Buenaventura tomaba apuntes, demostrando a cada nueva adquisición cierta alegría pueril" y "con ansiedad de avariento los iba guardando". Y el afán de "sentenciar", se delata de manera contundente y decisiva al añadir Pipaón: "el buen señor se veía precisado a sentenciar a muerte o a presidio a unos cuantos malvados, y no pudiendo hacerse esto rectamente sin pruebas, las buscaba para que aquellos infelices no fueran al patíbulo sin

saber por qué"<sup>88</sup>.

Pero, pese al cuidado puesto en "cogerles los papeles" al prenderlos por sorpresa, a la "ansiedad de avariento" con que se guardaban los datos y se buscaban pruebas, resultó que la Comisión de Estado de "don Buenaventura" no halló en "las causas (...) nada positivo ni terminante, por lo cual" aquellos "tontainas (...) no acertaban a condenar a muerte a ningún diputadillo" <sup>89</sup>. De ahí que, "lleno de ansiedad el Rey (...), -según sigue diciendo Pipaón/Galdós- nombró" una "segunda" y "tercera" Comisión, y que, ante su carencia de resultados, acabase resolviendo él mismo con su Gobierno sobre los distintos destierros, presidios y otras penas, sacando así "a los infelices diputados" de "las fétidas mazmorras de Madrid" y enviándolos -"si se quiere, por humanidad",- a "tomar los salutíferos aires de Melilla y el Peñón por ocho o diez años."

La ironía de Galdós se prolonga al referirse a cierto regusto del Rey en esta operación, pues no "se dormía en las pajas" sino que "él mismo extendió de su real puño una orden disponiendo que el señor Argüelles no se moviese de Ceuta durante ocho años, sin duda porque así convenía a la quebrantada salud del Divino asturiano"<sup>90</sup>.

El gran alcance de esta operación represiva se destaca, a la vez que se insiste en su carácter profiláctico, al decir que "este decreto contra los diputados -debe de referirse al que se había de dar el 15 de diciembre de 1815- y el que en 30 de mayo de 1814 se dio contra los afrancesados que estaban en la emigración -y contra los que estaban en España,

---

<sup>88</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1288,1289 y 1290. En el mismo sentido dice taxativamente la condesa de Espoz y Mina que "aquellos jueces ya de antemano estaban dispuestos a condenar". "Memorias", Tebas, Madrid, 1977, p 24.

<sup>89</sup> Cuando Vayo se refiere a estas "Causas de los diputados" señala, como hace tras él Galdós, que habían sido encarcelados "sin espresar (Sic) el delito, que **era preciso buscar** ahora después de encerrados, para que sirviese de fundamento al proceso"; que Macanaz quiso fundar éste "en los hechos que arrojasen de sí los papeles encontrados en las casas de los reos" y que "la ocupación de los papeles habíase verificado con un rigor y escrupulosa exactitud (...) digna del exaltado celo de los jueces", pero que, pese a todo, no hallaron "donde hincar los jueces el diente" Op. Cit., T II, pp 46 y 47. Sin negrilla en el original.

<sup>90</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1292. Lo dicho sobre este y otros casos, así como sobre la formación de tres comisiones, es conforme con VAYO: Op. Cit., T II, pp 48-58, especialmente p 52.

cabría añadir,<sup>91</sup>-, además de sus ventajas como **contraveneno del constitucionalismo** -negrilla nuestra-, ofrecían el inestimable beneficio de librarnos -dice Pipaón- de toda la plaga de literatos, poetas y prosadores que desde años atrás habían empezado a infestar al país", y que quizá habrían hecho "ruido para que los españoles despertaran del plácido letargo sabroso en que por fortuna vivían entonces"<sup>92</sup>.

Ambos aspectos -alcance y carácter preventivo de estos **ejemplares castigos**- se vienen a completar por Galdós en el mismo tono irónico diciendo que "a fin de establecer en todo el país aquella **calma perfecta y absoluta** (...), fue preciso encausar a muchos que no habían sido diputados, ni literatos, ni siquiera poetas, sino **simples particulares oscuros**"<sup>93</sup>.

Estos particulares eran encarcelados o enviados "a Ceuta", según dice Pipaón entre exclamaciones cargadas de tanta ironía como rabia parece atribuirse a los coetáneos, por "crímenes nefandos" tales como "hablar mal del despotismo", "conversando en los cafés" entre amigos, "haber escrito en los papeles públicos en tiempo de la Constitución, o (...) haber sido partidarios de ella, a pesar de que nunca dijeron 'esta boca es mía'"; cosas que se acababan sabiendo porque los ya de por sí celosos "señores de la Comisión de Estado" contaban con el "auxilio" de "multitud de **patricios vehementes que delataban**" incluso "el pensamiento", dándose el caso de que, reconociendo "tan grandes virtudes (...) aquel sabio Gobierno premió largamente a los delatores"<sup>94</sup>.

---

<sup>91</sup> Este decreto, cuyo texto recoge el profesor Artola en "los afrancesados" (Cit., pp 247-248), afectaba también a los que no hubieran emigrado.

<sup>92</sup> Un ejemplo entre muchos de la represión sufrida por los afrancesados no emigrados es el cese (20-Dic-1817) de Don Anastasio García Castillo como Oidor de la Chancillería de Granada por su colaboración con el gobierno *intruso*, si bien, reconociéndole ese papel a que antes hemos aludido, se le dejó medio sueldo por su comportamiento *mediador* y su piedad en favor de quienes sufrieron antes causas por no ser afrancesados. AHN, Consejos, legajo 6081, cuaderno n° 236. Hay, además, otra forma de represión negativa pues quienes piden favores suelen alegar como mérito que lucharon por la "justa causa", la del bando españolista. Ejemplos de ello pueden verse en AHN, Consejos, Leg. 6080, cuaderno n° 158.

<sup>93</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1292. Sin negrilla en el original.

<sup>94</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1292-1293. Entre estos delatores cita Modesto Lafuente a Mozo de Rosales, a Ostolaza, al padre Castro y al conde de Montijo. "Historia General de España". Madrid. Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1865, T XXVII, p 17.



Caso especial entre los particulares se muestra el del **"Cojo de Málaga"** ("Pablo Rodríguez"), condenado a la horca por "haber alborotado y aplaudido en las tribunas públicas de las Cortes", pero que no "llegó a bailar en la cuerda" porque intervino "el embajador de Inglaterra", y el "Rey, no queriendo malquitarse con la Gran Bretaña por un cojo de más o de menos, le conmutó la pena capital por la de presidio indefinido", dejando "a media miel" a quienes esperaban ya junto al patíbulo para contemplar su ejecución.

Asímismo se cita a "doña María Villalba", que "cometió la felonía de escribir en confianza a cierta amiga contándole algunos lances amorosos del Rey" y cuyo caso demuestra -dice Pipaón- "las ventajas de una estafeta celosa del bien público" y de un gobierno capaz de "meter la cabeza hasta dentro de las faltriqueras de los gobernados". Por esta causa "doña María Villalba fue puesta a la sombra, y si conservó la vida fue porque se movieron en su pro muchas personas de influencia y todo Madrid se puso sobre un pie"<sup>95</sup>.

Fuera voluntad del Gobierno, influencia extranjera como la aludida o respeto a esta parte de la población, "lo más notable -observa Galdós- es que no se vio en aquellos días ninguna ejecución de pena capital"<sup>96</sup>. Sin embargo, como si quisiera destacar la dureza y despropósito que, aun así, revestía aquella represión, Galdós termina el capítulo con esta significativa frase en que Pipaón alude, a la vez que a estas "blanduras", a otro elemento que la hacía aun más terrible y odiosa: "Pero no todo había de ser blanduras, porque en aquellos días restablecimos la Inquisición"<sup>97</sup>.

Con esto parece darse por liquidada la inicial operación de restablecimiento y afirmación del absolutismo y, a la vez, se anuncia que el talante represor gubernamental no va a cambiar, sino que se va a reincorporar la colaboración y modos inquisitoriales para lograr una mayor eficacia.

---

<sup>95</sup> Tanto los "premios a los delatores" como los casos del "Cojo de Málaga" y de "doña María Villalba" están descritos, con todos estos datos recogidos por Galdós, en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 55-58.

<sup>96</sup> Vayo señala que el Rey había prometido en Valencia no castigar a nadie "con pena capital por opiniones políticas anteriores a su vuelta". Op. Cit., T II, p 55.

<sup>97</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1292 y 1293.

### 2.1.2.1.3. *La contrarrevolución preventiva*

Llegados ya a lo que, desde el punto de vista absolutista, se presenta como situación normal, se mantiene una especie de **contrarrevolución preventiva** en la que las cosas más insignificantes se ven castigadas con gran dureza. Las "Memorias de un cortesano de 1815" contienen en este sentido numerosas alusiones que, para evitar un análisis excesivamente largo y repetitivo, se recogen sólo en parte, como ejemplo de ello.

Ya en el conjunto argumental de dichas Memorias se introduce, como uno de los hilos del relato, la prisión y amenaza de horca de "Gasparito Grijalba (...) porque en el café dijo que Su Majestad era narigudo" y que "escribía cartas a Napoleón desde Valençay felicitándole y pidiéndole una princesa para casarse". Su persecución y prisión dan pie a Galdós para señalar que "una aprehensión en aquellos tiempos no era gran novedad"<sup>98</sup>.

Al hacer la presentación de don Blas Ostolaza, persona influyente en 1815, se dice que "habría suprimido por innecesaria la mitad de los españoles para que pudiera vivir en paz (...) la otra mitad", que en sus sermones "la emprendía con las Cortes, con los diputados, con las ideas liberales", etc., y que entre él y Pipaón hacían "en la tertulia del Infante don Antonio" un expurgo de los "buenos", de los "tibios o filiflés" y de "los sospechosos a quienes (se) precisaba quitar de en medio lo más pronto posible", cosa en la que se lucía Pipaón por sus "invenciones tan peregrinas para echar por tierra a cualquier señorón de los más trompeteados"<sup>99</sup>.

También en la tertulia o "camarilla" de Fernando VII se muestran algunas posturas parecidas, pero es al Rey a quien se atribuye especial y claramente la principal responsabilidad de esta acción represiva.

Galdós parece insinuar que, a ruegos de Ceballos y Villarnil, accedió a suprimir "el coco de las Comisiones de Estado", prohibió "las denominaciones de *liberales* y *serviles*" y mandó "que en el término de seis meses queden (quedasen) fallados todas las causas por opiniones políticas", pero deja claro que esto, en contra de lo que suele decir parte de la

<sup>98</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1304 y 1319.

<sup>99</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1294 y 1297.

historiografía, no supuso el fin de la represión y que el Rey seguía alimentándola a espaldas de estos Ministros, que, por otra parte, son acusados ante él de tibieza absolutista, lo cual sólo resulta lógico conociendo que esa "tibieza" era contraria a las preferencias del Rey<sup>100</sup>.

<sup>100</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1309, 1313, 1338 y 1342. Galdós no parece creer en la voluntad conciliadora que, también con ciertas cautelas e indicando que "nos faltan los datos", se inclina a reconocer el Prof. R. Carr en ciertos "intentos intermitentes" como éste y el que, según dice, "parece ser" que se "contemplaba" como posible "en vísperas de la revolución de 1820". (CARR, R.: "España 1808-1939". Ariel, Barcelona, 1970, p 129). Cuando Galdós alude a esta relativa blandura del Gobierno, en vísperas de la revolución de 1820, opina por boca de Monsalud: "esto no es tolerancia, Pipaón, esto es cobardía..." ("La segunda casaca". Cit., p 1416.) No alude tampoco Galdós a la negativa interferencia de la "conspiración del Triángulo" "en la adopción de una política más suave en relación a los liberales" ni al "efecto de distensión" producido por el matrimonio de Fernando VII con Isabel de Braganza, señalados por el Prof. Palacio Atard (en "La España del siglo XIX, 1808-1398". Cit., p 110), aunque destaca repetidamente la influencia de esta Reina en la selección de colaboradores más preparados y en la dignificación de la Corte. La cuestión no parece del todo clara, pues, por una parte, se señalan unos atisbos de conciliación situados uno antes de la conspiración masónica de 1816 y otro a fines de 1819; es decir, antes del matrimonio de Isabel de Braganza y después de su muerte, y, por otra, se destaca el benéfico influjo, la "distensión", producido mientras vivió esta Reina, en la que varios testimonios indican que pusieron sus esperanzas de reconciliación los liberales, pero que, según sugiere Galdós, no se vieron cumplidas, como parece pasar con las anteriores **intenciones** de Fernando VII. En realidad siempre se habla de esperanzas, de intenciones, pero nunca de realizaciones claras en tal sentido. Mesonero Romanos afirma que "el matrimonio de Fernando con Isabel de Braganza vino a modificar **en algún modo** -negrilla nuestra- la situación de la Corte, y **hacía concebir esperanzas** de alguna templanza en el sistema de gobierno". Asegura que el Rey le fue fiel y "cesó de dar pábulo a la chismografía"; y, tras aludir a diversos aspectos en que se insinuaban mejoras, recuerda el "sentimiento (...) verdaderamente general" que produjo su muerte, a la que, entre otros, dedicó Nicasio Gallego **una elegía fúnebre cuya publicación no permitió "la intolerancia, o más bien la insensatez"**, pero cuyos versos -que Mesonero dice tener "escritos de la mano del mismo señor Gallego"- se reproducen a continuación como ejemplo alusivo a esa esperanza de conciliación que, efectivamente, parece haber despertado:

" De ti esperaba el fin de los prolijos  
acerbos males que discordia impura  
sembró con larga mano entre tus hijos.

No pocos hay; no pocos en oscura  
mansión, al deudo y amistad cerrada,  
redoblan hoy su llanto y amargura.

Otros, ausentes de la patria amada,  
el agua beben de extranjeros ríos,  
mil veces con sus lágrimas mezclada"

(MESONERO ROMANOS, R.: "Memorias de un setentón". Cit., pp 165, 170 y 171. Sin negrilla en el original.) El marqués de Villa-Urrutia estima a Mesonero engañado en cuanto a una fidelidad conyugal de Fernando VII que, a su juicio, sólo fue aparente; pero coincide con él respecto a la bondad de la Reina, en cuyos "azules ojos, de mirar dulcísimo, (...) creyeron ver el iris de la paz su nuevos súbditos", y cuya muerte fue "por todos muy sentida, y hasta por el Rey, a quien se vió, dicen que por única vez en su vida, enternecido y angustiado". (VILLA-URRUTIA, M. de O. Cit., pp 98 y 99.). Vayo, a quién probablemente sigue Villaurrutia aquí, señala también que la "dulzura y amabilidad" de "la virtuosa Isabel (...) hacían retoñar secas esperanzas"; que ante su muerte fue "la vez única en que -a Fernando VII- le observó -un

(continúa...)

Fernando VII aparece como principal responsable de aquella violencia represora. Ceballos, "ministro de Estado", le plantea la urgente necesidad de poner mano en "la irregularidad del Gobierno de las provincias de Andalucía", porque "hay en Sevilla -le explica- un hombre llamado Negrete" que actúa "sin documento que acredite su autoridad, diciéndose emisario del Gobierno y atropellando a todo el mundo del modo más inicuo", de manera que "las provincias de Andalucía están aterradas" porque "llena ese vil los calabozos sin más ley que su capricho, y socolor de perseguir y exterminar a los liberales, comete los más infames atropellos"; y al fin le pregunta: '¿puede esto tolerarse...?. ¿Es posible gobernar a una nación de esta manera?. Vuestra Majestad no ha dado poderes a ese hombre"; y Fernando VII niega, fingiendo que no recuerda bien -"¡Oh no; seguramente no!-", "con aplomo imperturbable". Y como Ceballos le ponderase los perjuicios de "esta sangrienta intriga, que perturba el Reino todo, y hace odioso el paternal Gobierno establecido a costa de tantos sacrificios", "el Soberano meditaba" hasta acabar prometiendo que encargaría a Echávarri, que "era el ministro de Seguridad Pública", que se ocupase "con empeño en descubrir a los autores de tales atentados y en ponerles remedio"<sup>101</sup>.

Pero cuando Ceballos y Villamil se han ido y quedan solos la camarilla de confianza, Fernando reconsidera la cuestión con A. Ugarte y acaba confesando: **"Negrete tiene órdenes más"**<sup>102</sup>.

---

<sup>100</sup>(...continuación)

palacio- enternecido y angustiado"; y, curiosamente, en su "Retrato de Isabel", atribuye a ésta -como tras el Villaurrutia- "ojos hermosos y azules" (Op. Cit., T II, pp 132 y 133), cuando Vicente López la retrató con ojos marrones en su óleo conservado en el Casón del Buen Retiro de Madrid.

<sup>101</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1338. Según indica la profesora Ana María Berazaluze en NOTA nº 13 de su edición de los "Recuerdos (1778-1837)" de don Pedro Agustín Girón, M. de las Amarillas, (EUNSA, Pamplona, 1979, T II, p30.), el Ministerio de Seguridad Pública sólo "funcionó desde el día 15 de marzo al 8 de octubre de 1815; es decir, después de terminada la acción de "Memorias de un cortesano de 1815", de modo que esta referencia de Galdós a él parece responder, como en otros casos, a una relación interna con un hecho que se quiere reflejar más vivamente usando de las licencias propias de la novela. En este caso el ambiente represor, que cuenta con Comisarios y Ministros especiales directamente dependientes del Rey. Por otra parte, Galdós destaca el carácter evasivo de esta respuesta Real haciendo decir a la Camarilla que eran "cosas de la masonería", y que Pipaón explicase: "En aquel tiempo, la culpa de todo se echaba al gato, es decir, a los masones". Ibídem, misma p.

<sup>102</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1342. El M. de las Amarillas, trasladado a Sevilla desde el 15 de octubre de 1814, viene a confirmar estos hechos cuando dice: "Aparecióse el día primero de enero de 1815 un personaje, llamado don Santiago Negrete, con plenos poderes de nuestro buen Rey, para (continúa...)

Es más, aunque Ugarte opina que "Ceballos tiene razón" y que "están tan irritados los andaluces, que son capaces de volverse todos liberales si ese verdugo sigue haciendo de las suyas", el Rey mantiene su criterio de que "nada se pierde con que Negrete continúe sentando la mano algunos días más"<sup>103</sup>.

Resulta, pues, que, mientras Ceballos y Ugarte consideran la represión motivo de rebeldía para los liberales, Fernando VII la considera eficaz para evitarla, y se muestra más inclinado a machacar a sus oponentes que a captarlos; y esto, pese a los consejos de algunos de sus hombres, que, según apunta Galdós, recomiendan cierta templanza de su gobierno, quizás con esa idea de captación.

En aquella misma conversación se insiste en la acción de contrarrevolución preventiva y en la personal responsabilidad que en ella tuvo Fernando VII, en cuya opinión "nada se pierde" con la acción de Negrete porque "Andalucía está infestada de jacobinismo", lo cual apoyan algunos, como el duque de Alagón, diciendo que "Madrid también", que "las sociedades secretas rebullen por todos lados" y, reiterando la acusación de "tibieza" antes aludida, que "los principales personajes del Gobierno están inficionados de liberalismo", ya que "Ceballos es masón; Villamil y Moyano no ocultan sus ideas favorables a un sistema templado como el de Macanaz; Escóiquiz augura desastres; Ballesteros quiere que se dé una especie de amnistía". Además, "en toda España se conspira. Abrase un poco la mano, y las revoluciones brotarán por todas partes como pinos en almáciga". Fernando VII

---

<sup>102</sup>(...continuación)

prender y hasta ahorcar a todo fiel viviente que le placiera"; y, tras citar algunos ejemplos de personas de viso a quienes puso en la cárcel, añade: "en una palabra, llenó de terror y desconfianza toda la ciudad. Más adelante se supo lo inaudito de su terrible misión, las facultades y firmas en blanco del Rey que traía". GIRON, Pedro Agustín, M. de las Amarillas: "Recuerdos (1778-1837)". Cit., t II, pp 27 y 28. Toda esta acción de S. Negrete parece tomada por Galdós de VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 76-77.

<sup>103</sup> Galdós parece atribuir efectivamente cierta moderación a Ugarte, pues al presentarlo Pipaón dice de él que, aunque "era religioso y cuchicheaba con frailes y monjas (...) nunca le vi abogar celosamente por la Inquisición, ni dió al fuego sus libros filosóficos y enciclopedistas, pues los tenía buenos"; y de nuevo se vuelve a dar esta imagen cuando Ugarte, ya en "La segunda casaca", aconseja a Pipaón que pase al bando revolucionario y afirma: "Yo no soy amigo del absolutismo puro; yo he aconsejado la templanza". En todo caso queda la duda, porque Pipaón le contesta, mintiendo: "Y yo también". Con lo cual se delata un intento de adaptarse a la nueva circunstancia. "La segunda casaca". Cit., p 1393.

se muestra bien dispuesto a asumir estas razones -que encubren en quienes las dan el deseo de eliminar a los ministros *tibios* para que no estorbasen su corrupción-, y, confirmándose en su anterior postura, asegura que "se cerrará la mano" y ordena al duque de Alagón que ponga "algunas líneas mandando a Negrete que siga aplastando el jacobinismo"<sup>104</sup>. Esta es la postura que Galdós parece estimar más conforme con la voluntad de Fernando VII y la que le atribuye, con escasas variaciones, en todo el sexenio.

Cuando Araceli se pronuncie con las "observaciones" que antes hemos visto sobre estas cuestiones se unirá a la postura que defendía aperturismo y templanza en el Gobierno, porque, en su opinión -que encierra un futurible, y un consejo, de Galdós hacia sus coetáneos- "Si Fernando hubiera cumplido la promesa hecha en el manifiesto del 4 de mayo; (...) ¡cuán distinta sería hoy nuestra suerte!. Sin necesidad de aceptar la Constitución de Cádiz, que era un traje demasiado ancho para nuestra flaqueza, Fernando hubiera podido admitir el principio liberal, inaugurando un gobierno templado y pacífico para la Nación y por la Nación". En otras palabras, un "Gobierno templado", quizá similar al que cabría esperar de las promesas de Fernando VII, habría sido suficiente para conseguir que el gobierno hubiera sido, además de "templado", "pacífico", interpretando sin duda -como hace Vayo<sup>105</sup> y Martínez de la Rosa<sup>106</sup>- que a él se habrían acogido los liberales menos exaltados y los menos furibundos absolutistas con la gran mayoría del país. "Pero nada de esto hizo, sino lo que usted ha descrito, -dice Araceli a Pipaón- y aquellos seis años fueron nido de revoluciones". No es ya que, según comenta Araceli, no se diera una Carta como la de Luis XVIII ni se estableciera un "Gobierno templado", aunque no tan liberal, es que lo "descrito" por Pipaón, además de absolutismo cerrado y oscuro es represión violenta<sup>107</sup>.

La relación causa-efecto entre lo "descrito" y las "revoluciones" resulta clara en cuanto

---

<sup>104</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1342.

<sup>105</sup> Op. Cit., T II, pp 40-41.

<sup>106</sup> "El espíritu del siglo", Ed. Cit., T VII, p 340.

<sup>107</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1345.

al motivo atribuido a estas "revoluciones" y la posible forma de haberlas evitado.

Diríamos que se encuentra tanta lógica en la respuesta de los liberales como extrañeza se atribuye a Pipaón, precisamente para destacarla, cuando éste inicia "La segunda casaca" lamentándose de lo "infames" que "eran los liberales" de su tiempo, que "en vez de conformarse a vivir pacífica y dulcemente gobernados por el paternal absolutismo", no dejaban de "aullar en los presidios", se habían conjurado ya "trece veces" "con descontentos militares y paisanos inquietos para cambiar el Gobierno" y "al pie de los cadalsos donde expiraba una conjuración comenzaba a tender los hilos de otra"<sup>108</sup>. Es una actitud similar a la expresada por Martínez de la Rosa cuando dice que "las sociedades secretas (...) colocadas entre el patíbulo y el triunfo, habían declarado guerra a muerte al Gobierno"<sup>109</sup>.

Aunque en las palabras de Pipaón, como en las de Araceli, se advierten también otros motivos de estos repetidos intentos revolucionarios "para cambiar el Gobierno", el efecto de la violencia a que se refiere este punto se encuentra claramente aludida al indicar que los liberales aullaban en los "presidios" y que sus conspiraciones renacían al pie de los "cadalsos" en que expiraba la anterior. La violencia se muestra, además, agravada por el efecto dialéctico del proceso represión-rebelión, que se remarca repitiendo varias veces su número y enumerando luego una por una las conspiraciones<sup>110</sup>. Se hace notar, también,

---

<sup>108</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1359.

<sup>109</sup> "El espíritu del siglo". Ed. Cit., T VII, p 342.

<sup>110</sup> Enumeración que contiene, además, una puntual información histórica sobre cada una:

"1ª. Conspiración para asesinar a Elío y a La Bisbal (1814).- Fue una intriga misteriosa, que unos atribuyeron a los masones y otros a la Corte.

2ª. Conspiración de Cádiz (1814).-Tenía por objeto proclamar la Constitución del 12 y restablecer en el Trono a Carlos IV, que en sus buenos tiempos había dado pruebas de muy entendido en aquello de *reinar y no gobernar*.

3ª. Sublevación de Mina en Navarra (1814).-Abortó a los pocos días.

4ª. Conspiración del *Café de Levante*, en Madrid (1815).-Andaban en esto varios afrancesados. Dejéronse coger tontamente, y casi todos fueron condenados a presidio.

5ª. Conspiración de Porlier en La Coruña (1815).- Esto ya fue un poco más formal. Frustróse el plan y ahorcaron al *Marquesito*.

6ª. Conspiración de Richard en Madrid (1815).- Fue misteriosa, grave, atrevida, y la condujeron con destreza sus autores, que eran lo más perdido de todo el Reino: un comisario de Guerra y un sargento de (continúa...)

que ahora sí hay ejecuciones de la pena capital, según anunciaba al hablar de cadalsos y se acredita en esta enumeración con datos concretos a partir de la quinta, la de Porlier, que

<sup>110</sup>(...continuación)

Marina, un soldado y un fraile, diversa gente animada de brutales deseos. Los angelitos querían asesinar al mejor de todos los Reyes durante su paseo a las Ventas del Espíritu Santo, o en casa de Juana la Naranjera. La cabeza de Richard estuvo mucho tiempo clavada en un palo en la carretera de Aragón. Funcionó la horca, y algunos sufrieron un tormento muy simpático y persuasivo, que se llamaba *los grillos a salto de trucha*.

7ª. Conspiración del conde de Montillo (Sic) en Granada (1816).-*El tío Pedro* del 19 de marzo en Aranjuez había sido después afrancesado en Bayona, agitador en Cádiz más tarde, y luego absolutista acérrimo en la Junta de Daroca. Hallándose de capitán general en Granada, dicen que preparó, ayudado del *Grande Oriente*, las sublevaciones militares que estallaron más tarde.

8ª. Gran conspiración de Lacy en Cataluña (1817).-Compañías sublevadas, gritos, entusiasmo, soborno, audacia, traición, y, por fin, mucha sangre y un bravo general arcabuceado en Mallorca.

9ª. Conspiración de Torrijos en Alicante (1817).-Proyecto de alzamiento militar en varias plazas de Levante. La Inquisición se encargó de castigar a los culpables; pero lo hizo tan mal, que desde entonces se dijo: *Inquisidores y masones, todos son unos*.

10. Conspiración de Polo en Madrid (1818).-Se dijo que Polo y sus amigos deseaban poner en el Trono al venerable Carlos IV. Envióse un emisario a Roma, y como el solitario Rey no tenía qué comer, no le pareció mal el proyecto. Militares muy altos anduvieron en estos enredos; pero descubierto todo, hubo muchas prisiones...

11. Conspiración de Vidal en Valencia (1819).-Trama espantosa contra el tirano Elío. Dios amparó a éste, y Valencia presenció una horrible tragedia. La horca y los fusiles la desenlazaron entre lágrimas y crujidos de dientes. En las cárceles no cabían los presos. Para desahogarlas, fusilaban. La tierra, sedienta, pedía sangre que beber. Cruzaba los aires pavoroso hálito de odio. Oíanse pasos de gigante. Algo muy terrible se acercaba.

12. Conspiración del conde de La Bisbal en El Palmar (1819).-Durante su vida política y militar, el Conde encendió siempre una vela al santo y otra al demonio. En 1814, cuando se dirigía a felicitar al Rey por su vuelta, llevaba dos discursos escritos, uno en sentido liberal y otro en sentido absolutista, para espetarle aquel que mejor cuadrara a las circunstancias. En 1819, después de merendar con los conspiradores de Cádiz y los oficiales del ejército expedicionario de América, les arrestó de súbito, haciendo una escena de farsa y bulla, que le valió la gran Cruz de Carlos III. El ejército estaba furioso. Padecía la fiebre devoradora de la insurrección. Desde Madrid oíamos su resoplido calenturiento, y temblábamos. En las logias no había más que militares, infinitas hechuras de aquellos cinco años de guerra, los cuales habían de emplear en algo su bravura y sus sables. Todo indicaba tormenta. Cruzaban el negro cielo relámpagos de amenaza. Nos sentíamos en el cráter de la revolución, y nuestros pies se quemaban. A cada bufido de la subterránea lava, creíamos ver la erupción.

13. Conspiración de los provinciales en Galicia (1819).-Ordenes falsificadas pusieron sobre las armas a las milicias gallegas. ¡Qué escándalo!... ¡Hasta las milicias gallegas!... Unos echaron la culpa a los empleados de la Inspección; otros, a la Capitanía General de Galicia. Ello es que hasta los escribientes se creían autorizados para hacer revoluciones. Cada oficina era un infierno, y un ordenanza habilidoso, falsificando un sello, ponía con el alma en un hilo al Trono y al Gobierno. ¡Qué país!

La 14 se verá más adelante". "La segunda casaca". Cit., pp 1359-1360.

Esta enumeración coincide en sus trece títulos casi literalmente con la hecha por Vicente de la Fuente en la primera edición (1870) de su citada "Historia de las sociedades secretas..." (T I, pp 230-283); los datos recogidos por Galdós en cada una se hallan, mucho más desarrollados y junto a otros, en las 53 páginas que V. de la Fuente les dedica. Por otra parte, si Galdós termina diciendo: "La 14 se verá más adelante", V. de la Fuente, tras anunciarla, dice: "Vamos a ver su triunfo y resultados en el capítulo siguiente".

Esta total coincidencia y el hecho de que Galdós no aluda para nada a otra conspiración que V. de la Fuente añade -entre la de Vidal y la de La Bisbal- en su edición de 1874 abunda en nuestra idea de que, según dijimos, Galdós utilizó la edición de 1870.



se frustró y "ahorcaron al Marquesito"; la de Richard, cuya cabeza "estuvo mucho tiempo clavada en un palo en la carretera de Aragón" además de que "funcionó la horca" y el "tormento"; la "de Lacy", en la que hubo "muchacha sangre" y él fue "arcabuceado en Mallorca"; la de Vidal en Valencia, contra Elío, en la que se llenaron las cárceles y "para desahogarlas, fusilaban"<sup>111</sup>.

La imagen de esta histórica y violenta represión política se refuerza, además, con la persecución sufrida, en el plano novelesco, por Monsalud, símbolo de la Revolución, y por su madre, presa y atormentada por la Inquisición, en su calidad de "madre del delincuente", "para arrancarle declaraciones en la causa que se sigue contra" su hijo, aunque "a nadie se le ha ocurrido tacharla de herejía" y todo el mundo sabe que "no ha cometido otra falta que haberle parido"<sup>112</sup>.

Se refleja con ello, además, la incorporación práctica de la Inquisición a las tareas represoras del Gobierno, en las que se muestra colaborando con el ministro de Gracia y Justicia Lozano de Torres, junto al "Ministerio de Seguridad Pública" -cuya creación *ad hoc* parece aludirse para destacar esta intensidad represora- y junto a "los corregidores y las salas de Alcaldes", que, según dice Lozano de Torres, "han suministrado algunos datos" de los recogidos en el "curioso expediente" formado a Monsalud<sup>113</sup>.

El talante inquisitorial de esta represión, sobre el cual hemos de volver al referirnos a la naturaleza del Gobierno que la práctica, cobra especial relieve, según refleja Galdós, al ser nombrado ministro de Gracia y Justicia don Buenaventura (Mozo de Rosales), que se dice "familiar de la Santa Inquisición" hasta siete veces en menos de dos páginas, para explicar su derecho-obligación de perseguir a Monsalud, y es presentado, de acuerdo con un texto que Galdós dice recoger de las "Memorias" de "Van-Halen", como "uno de los esbirros más celosos y más diligentes que por entonces tenía el absolutismo", y como

<sup>111</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1359 y 1360.

<sup>112</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1380, 1364 y 1376.

<sup>113</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1378. Curioso expediente que evoca el de J. Van Halen por los hechos referidos y por los lugares en que se producen. Ver Van Halen, J.: "Memorias", Cit., pp 49 y 113.

"hombre fanático por la Inquisición y oficioso por ella con delirio"<sup>114</sup>.

De ello resulta una imagen de enfrentamiento polarizado en dos ideas contrapuestas: Inquisición y Revolución. En un polo, asociados a la Inquisición y al Gobierno, están también los Garrote y los Baraona, que se enfrentan en el plano privado a los Monsalud, símbolo de la Revolución -a la que se asocian el Ejército y, casi como sinónimo de ella, *la Masonería*-, de modo que las simpatías y antipatías generadas en el plano novelesco se proyectan luego sobre las personas e instituciones históricas del mismo polo, produciendo en el lector una imagen más completa -al incorporar lo emocional a lo racional- y, a la vez, unas actitudes condicionadas por esta misma imagen, de modo similar a lo que debió ocurrir a los contemporáneos con los hechos reales.

Van Halen, significativo representante histórico del polo perseguido, destaca este aspecto de la represión al señalar, como hemos visto hacer a Galdós y a otros autores, la ingratitud del Rey que la desencadena: "metió en calabozos -escribe- a los fieles representantes de la patria, sus más celosos defensores, y puso -señala- en manos del Santo Oficio la suerte de una nación generosa cuyos sacrificios fueron recompensados con el destierro, las cadenas y el cadalso". Frente a ello -viene a razonar- los perseguidos: "se ligaron con un juramento sagrado y se formaron las sociedades secretas", de modo que "existen en España desde entonces dos naciones enemigas": el "Santo Oficio" y la "Asociación patriótica"<sup>115</sup>.

El carácter aleccionador de esta antinatural y forzada división social -cuya principal responsabilidad se atribuye a la excluyente reacción absolutista que la desencadena- se irá mostrando por Galdós en la respuesta que los abusos de cada parcialidad directiva suele generar en el conjunto. Más que por la filosofía de cada una, que, según veremos en otro apartado, parece un motivo importante de la minoría culta, estas parcialidades suscitan

<sup>114</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1377-1379 y 1389. El texto se halla, efectivamente, en VAN HALEN, Juan: "Narración", T I., p 51.

<sup>115</sup> VAN HALEN, J.: "Memorias", Cit., pp 18, 19 y 20. En la edición revisada, bajo el título de "Narración", ya citada (T I, p 16), Van Halen señala, al expresar esta misma idea: "Desde entonces existen **dos Españas** -negrilla nuestra- que sólo un gobierno equitativo podía reconciliar". Es esta una expresión que, tácitamente, viene a imputar a aquella reacción absolutista la responsabilidad de tal enfrentamiento, y ante la cual, como el profesor Comellas al citarla en "Los pronunciamientos en España" (C.S.I.C., Madrid, 1958, p 17) nos preguntamos: "Habrá sido Van Halen el creador del mito de las *dos Españas*".

simpatías o antipatías por sus hechos.

Es notable en este sentido el rechazo que Jenara, símbolo de la sociedad española, manifiesta hacia la crueldad e injusticia con que se persigue a la madre de Monsalud: "jamás perdonaré a mi esposo y a mi abuelo -dice a Pipaón- la crueldad con que han tratado a esa pobre inocente". Ha estado aguantando la crueldad ambiental porque, aun sintiendo mucha "pena", "tenía vergüenza de manifestarlo. ¡Parece mentira! -añade, con una frase cargada de significación,- que cause bochorno la piedad!". Su deseo de regenerarse está todavía frenado por el miedo a la represión, pero, aun con miedo, pide a Pipaón que intente liberar a la madre de Monsalud: "No diga usted que es cosa mía -le previene-. ¡Si Carlos lo supiera!..."<sup>116</sup>.

Es el reflejo de un fenómeno semejante al señalado por Martínez de la Rosa cuando afirma que "...la injusta persecución que sufrían muchos de los diputados, llevada a cabo con menosprecio de las leyes y escándalo de la moral, los convirtió a los ojos de la nación en otros tantos mártires, santificando la causa por que padecían tantos inocentes y manteniendo viva la fe en el corazón de sus discípulos y adeptos"<sup>117</sup>.

De ello parece resultar que, como en *la Nación*, esta actitud cobra cada vez más fuerza en el alma de Jenara, cuyo verdadero sentir, incluso respecto a Monsalud -no ya respecto a su madre-, parece manifestarse en el nerviosismo que le produce la noticia de que éste puede ser ejecutado, en las "horcas y muertos" que, en consecuencia, *le salen* por todas partes y en la estrofa que, como una imagen de sus pensamientos, halla en el libro que intentaba leer:

"Donde antes rosas y placer, ahora  
cadáveres y horror huella la planta,  
y en olor de sepulcro, en vez de rosas,

<sup>116</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1385, 1386 y 1387. Muestra así Galdós que, como dice J. Van Halen, la favorable actitud popular hacia la Revolución se explica en parte "por los abusos inauditos de los reyes o por las arbitrariedades y barbarie de sus inquisidores". "Narración...", Cit., T I, p 19.

<sup>117</sup> MARTINEZ DE LA ROSA, F.: "El espíritu del siglo", Cit. T VII, p 340.

el aire tiñe sus funestas alas"<sup>118</sup>.

El implícito rechazo a la desoladora violencia aquí denunciada, y la desventajosa comparación que a la vez se hace contra la reacción absolutista de 1814, se siente extendido a la sociedad simbolizada por Jenara. Como Martínez de la Rosa, Galdós muestra aquí un importante motivo para desear el cambio. Pero éste no era el único. El cambio urgía igualmente porque el Poder que así se manifestaba se sabía detentado, como veremos a continuación, por personas ineptas y corruptas en quienes el Rey, buscando fidelidades, lo había depositado.

#### **2.1.2.2. Rechazo a la ineptitud y corrupción de los gobernantes fernandinos**

La ineptitud y corrupción que la historiografía señala entre las características de la Corte establecida en 1814 son claramente reflejadas por Galdós. Una y otra, asociadas a gran parte de sus representantes, lo son también al ambiente que las hace posibles y, en último término, al Rey que la preside.

Los intereses del Rey, la prioridad concedida a la conservación del absolutismo y la búsqueda de colaboradores sumisos, parecen dar lugar a que, presos o excluidos los liberales, fuera preferido el fiel inepto al capacitado crítico<sup>119</sup>.

De ello resulta en parte, según vamos a ver, esa ineficacia gubernamental que la ironía de Galdós delata en los que Pipaón llama "personajes eminentes de aquella era feliz", cuyas torpezas históricas -claramente aludidas por Galdós al efecto- no parecen indicio de que, según dice su corrupto amigo Pipaón, tuvieran "las cabezas podridas de talento"<sup>120</sup>. Sus imágenes habían de servir de *vacuna* a los lectores de Galdós. Veámoslo en los casos concretos.

<sup>118</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1394 y 1395.

<sup>119</sup> Según J. Presas, Fernando echó mano de los que le acompañaron en Valençay y de los que tenía más cerca, pero "todos eran gente sin conocimientos, y de ninguna instrucción". "Pintura de los males...", Cit., p 33.

<sup>120</sup> "Memorias de un cortesano de 1815", Cit., p 1290. Conviene recordar, de todos modos, que, como ya se dijo, la intencionalidad atribuida a Galdós no está reñida con la verdad histórica. Así, la inmensa mayoría de los datos que se recogen en los siguientes perfiles personales se hallan en la obra de Vayo y en la de J. Presas, especialmente en éste, cuyos retratos de los diversos *ministros* del sexenio 1814-1820 parecen, según se indica en varios casos, especialmente utilizados por Galdós.

### 2.1.2.2.1. *La ineptitud*

2.1.2.2.1.1. *Algunos restauradores significados.* Si empezamos por *Pipaón*, máximo representante novelesco de aquella Corte, tenemos que, "en los primeros años de su vida administrativa se llamaba Juan Bragas", su mérito residía en su buena letra y en su habilidad para imitar firmas ajenas, pero se autoincluye entre "la gente lega y romancista"<sup>121</sup>.

En cuanto a los personajes históricos aludidos, encontramos que Mozo de Rosales ("don Buenaventura") "era la gran cabeza de aquellos tiempos" por su "talentazo" para "la suprema intriga", según la apreciación de su amigo *Pipaón*, si bien es cierto, dice éste mismo, que tenía "fama de hombre ignorantísimo"<sup>122</sup>.

El general Eguía, según "los historiadores, que todo lo enredan" -dice *Pipaón*-, "no hizo más que majaderías y desaciertos cuando mandó el ejército del Centro en la Mancha, antes de la batalla de Ocaña"; y el mismo sentido tienen las alusiones de Galdós a su ya analizada acción del 10 de mayo de 1814 y a las "ridículas ordenanzas" dadas luego al Ejército como ministro de la Guerra<sup>123</sup>.

De "don Blas Ostolaza, confesor del infante don Carlos y predicador de Palacio", dice *Pipaón* que era "hombre de los más eminentes que han vivido en España", pero el tono zumbón con que Galdós escribe esto se manifiesta en las referencias a sus halagos al Rey, a su denuncia de los "pensamientos de sus compañeros de Congreso" y, asimismo, diciendo que en las Cortes "hacía reír a la gente de las tribunas" -ya en el Episodio "Cádiz" se dice que "todos se ríen de él" y que era "el gracioso"- y ridiculizando el tronante fanatismo que le atribuye y que, en una irónica hipérbole, lleva a *Pipaón* a llamar a sus sucesores "generación de enanos", comparados con aquel "gigante"<sup>124</sup>.

<sup>121</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1282 y "La segunda casaca". Misma Ed., p 1374.

<sup>122</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1282.

<sup>123</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1283 y 1326-1328.

<sup>124</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1294 y 1295; y "Cádiz", p 905. Don Blas Ostolaza, que era "confesor del infante don Carlos y predicador de Palacio", resulta ridiculizado a través de la  
(continúa...)

2.1.2.2.1.2. *El infante don Antonio Pascual y su tertulia.* El "infante don Antonio" era famoso por la "bufonada" de su "despedida *al señor Gil* en 2 de mayo de 1808" y "hacía gala de ignorancia"; su padre, Carlos III, harto de las quejas de sus ayos, había dicho: "Si el Infante no quiere estudiar, que no estudie", "y el chico lo hizo al pie de la letra". Primero se dedicó a encuadernar, hacer "jaulas" y tocar la "zampoña", pero "en su edad madura aprendió a conspirar", y fue nombrado por el Rey "Gran Almirante de sus escuadras, (...) aunque nunca había visto el mar". Desde su tertulia influyó en la represión y en el restablecimiento de "la Inquisición", en el "decreto contra los afrancesados" y en "la devolución a los frailes de los bienes vendidos", junto con "hombres tan eminentes", con "astros tan brillantes (,) como don Pedro Gravina, el célebre Nuncio a quien dio los pasaportes la Regencia de Cádiz; el duque del Infantado, general que tenía la mejor mano del mundo para perder todas las batallas en que se encontraba; el famoso canónigo Escóiquiz, a quien Napoleón tiraba de las orejas, y mi buen Ostolaza -cuenta Pipaón- del cual ya he dicho todo cuanto hay que decir"<sup>125</sup>.

---

<sup>124</sup>(...continuación)

ponderación que Pipaón hace de sus afanes inquisitoriales, de la "frescura olímpica" con que "escandalizó en las Cortes de Cádiz", de su revelación de los "**pensamientos**" ajenos, de sus escritos, donde "aparecían charlando barba con barba Dios y Fernando VII" y de sus sermones políticos desde el púlpito. Sus frustradas pretensiones de una "mitra", por la que "bebió vientos y tempestades", y la concesión de ella al "señor Creux", dieron lugar a que hablase, intrigase y, en castigo, fuese alejado "de la Corte, nombrándole Director de la Casa de niñas huérfanas de Murcia". Acusado allí de deshonestidad, se le formó causa y estuvo preso "en la Cartuja de Sevilla, y después confinado en las Batuecas". Su imagen se completa recordando la devota religiosidad que inculcó al infante don Carlos, a quien, como "director espiritual", dejaba en la cama, tras rezar juntos y rociarlo "con agua bendita", antes de irse él a no se sabe donde, aunque "es indudable -señala Galdós- que no pasaba la noche al raso".

De su físico dice Pipaón que tenía "cara redonda y arrebolada; gestos muy vivos y un modo de mirar que daba a conocer a tiro de ballesta su superioridad; cuerpo sólido; voz campanuda y gruesa". ("Memorias de un cortesano..." Ed. Cit., Págs. 1293-1295.) Los sahumeros al infante y las posteriores salidas nocturnas de Ostolaza "a buscar aventuras amorosas" se hallan descritos en casi iguales términos por Vayo (Op. Cit., T II, p 62), al ocuparse de la "Tertulia del infante don Antonio Pascual", como indicio de "sus costumbres inmorales". En otros lugares (Ibídem, pp 47, 101-102 y 104-105), Vayo destaca también, entre otras cosas, los sermones, la delación de los **pensamientos** y el proceso que se le formó por seducir a "varias jóvenes" de "la casa de niñas huérfanas" de Murcia; a lo cual alude también Van Halen diciendo que Ostolaza transformó "en un serrallo aquella institución de piedad". VAN HALLEN, J.: "Narración de..." Cit., T I, p 42.

<sup>125</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1296-1297. Estos contertulios, talante y papel represivo le son también atribuidos por VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 62. Sobre la anécdota relativa al resultado de las quejas de sus ayos a Carlos III, véase Ibídem, pp 129 y 391, en que emplean frases literalmente iguales.

2.1.2.2.1.3. *El Real Consejo y Cámara de Castilla.* Viene a ser un ejemplo de que la ineptitud tendía a extenderse a las más altas instituciones, según denuncia Galdós al señalar, primero, que "Antonio Moreno" pasó de "ayuda de peluquero" a "Consejero de Hacienda" y destacar, después, que las vacantes del "**Real Consejo y Cámara de Castilla**" se cubrían -según expresión de Pipaón- sin "los ridículos escrúpulos y reparos de antaño. Ya no se buscaban con candil, como en los días de Jovellanos y Campomanes, un vejete sabihondo para endilgarle la cédula de nombramiento, sin más méritos que haber escrito mil indigestos informes. Godoy echó por tierra estos abusos, llevando a la Cámara a quien le dió la gana, sin distinción de talentos reales o postizos; y en mi época -continúa Pipaón- esta tolerancia había llegado a su colmo, siendo evidente que desde la entrada de don Antonio Moreno en el Consejo de Hacienda, todos los peluqueros de Madrid se vieron ya con un pie dentro de la Sala"<sup>126</sup>.

Estas consideraciones dan esperanzas al todavía joven Pipaón, porque, en definitiva, su amigo "don Buenaventura" era Consejero por su papel en el Manifiesto de los Persas, y Antonio Moreno, por haber sido "amanuense" en el "decreto del 4".

De momento, Pipaón busca acomodo e influencia en reuniones menos institucionalizadas y formales, pues a "comienzos de 1815", al crecer su favor, pudo "pasar del cuarto del Príncipe al del Rey, que era el Olimpo de la cortesanía".

2.1.2.2.1.4. *La camarilla Real y la benéfica influencia de Isabel de Braganza sobre ella.* Allí se reunió Pipaón con personajes que, "al decir de las gentes, -ésta es, pues, la opinión de entonces, según Galdós- traían en los cinco dedos de su mano toda la grandeza del Reino, del cual eran árbitros, sin dar de ello cuenta al diablo ni a Dios". Esta reunión era, pues, de influencia decisiva; era la famosa "**camarilla**" de Fernando VII, y Galdós llama la atención sobre la escasa preparación de quienes parecen estar más cerca del Rey en esta

---

<sup>126</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1287 y 1299.

especie de "tertulia" o consejo oficioso<sup>127</sup>.

Tras indicar que Pipaón fue introducido en él por "don Antonio Ugarte", Galdós va refiriéndose a sus principales integrantes, empezando por sorprenderse del extraordinario contraste entre la escasa preparación de éste, que empezó como "mozo de sportilla", y su gran poder, según destaca al decir: "¿ Y quién era ese Ugarte ? ¿ Quién era ese hombre poderoso que por algún tiempo dispuso del Tesoro de la nación, y tuvo a sus pies a todas las eminencias civiles y militares, y dió que hablar dentro y fuera de España casi tanto como Godoy en el reinado de Carlos IV ? Pues era, simplemente, un maestro de baile"<sup>128</sup>.

<sup>127</sup> "Memorias de un cortesano de 1815", Cit., p 1299. "...la *Camarilla*, así llamada porque tenía este nombre la antesala de la cámara real, donde (...) descansaban los criados de la baja servidumbre", era, según Vayo, otro poder que "destruyó a todos cuando apareció". Op. Cit., pp 62-63.

<sup>128</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1283, 1287, 1299. La importancia que Galdós atribuye a este personaje histórico se refleja ya en que Pipaón (Galdós) le dedica un "capítulo aparte" para hacer una presentación más detenida. De él se dice, entre otras cosas, que "había venido de Vizcaya" a Madrid, a fines del siglo XVIII y con "quince años de su edad"; que, sin muchos recursos, sirvió de "mozo de sportilla en casa del señor consejero de Hacienda don Juan José Eulate y Santa, donde (...) logró ser amanuense de la casa" hasta que hubo de irse por "una aventurilla doméstica" y se hizo "maestro de baile". "Era Ugarte de hermosa presencia, agraciado, vivaracho, ingeniosísimo en las frases, saludos y cumplidos, y extremadamente listo, con el más claro ojo del mundo para conocer a las personas y captarse su simpatía y buena voluntad. Vestía con toda la elegancia que sus mermados emolumentos le permitían", sabía "ponerse el sombrero" y "andar" con elegancia. Sin embargo, no adelantaba en su carrera hasta que se enamoró de él "una dama burgalesa", con cuyo apoyo "se hizo agente de negocios de Indias, de los Cinco Gremios y de la Dirección de Renta". Su "genio" y su suerte le permitieron obtener grandes beneficios en su agencia, a través de la cual entró en relaciones con el "barón Strogonoff, embajador de Rusia", y sirvió durante la Guerra de la Independencia "a españoles y franceses", manteniendo "con todo el mundo (...) buenas relaciones", pues, aunque había muchos semejantes, él era "el maestro, el patriarca, el Adán de estos bienaventurados camaleones".

Cuando llegó "el célebre Tattischief", conocedor ya de Ugarte a través de Strogonoff, se hicieron muy amigos y lo llevó "a la tertulia de Fernando", con lo que su agencia de negocios se extendió, con "una mano en el corazón de la Monarquía" y la otra en "los últimos confines de ella en Europa y en América". Por entonces, dice Pipaón, "nos hicimos amigos(...) encajamos el uno en el otro como el pie en el zapato". Podría añadirse que Ugarte y Pipaón se parecen en muchos aspectos (carrera rápida, relaciones con unos y otros, agentes de negocios, adaptación camaleónica), cual si Galdós se hubiera inspirado en uno para crear al otro. No debe olvidarse, sin embargo, que "don Buenaventura", don Blas Ostolaza y otros, contribuyeron también al encumbramiento de Pipaón, y aparecen unidos a él cual si llevaran asociada alguna parte de lo que este representa. Pero Ugarte parece contar siempre con el respeto, la simpatía y la adhesión de la voluntad y la persona de Pipaón en el relato de Galdós, que le presenta como personaje central de la Corte en aquella época, haciendo decir a Pipaón: "Cuando yo conocí a don Antonio, empezaba el gran poder de aquel hombre, arbitrista, asentista, factotum; de aquel agente universal, que resolvió, en connivencia secreta con el Rey, graves negocios de Estado; que tramó revoluciones y mudanzas, celebró tratados y manejó la Hacienda pública sin responsabilidad; organizó ejércitos y compró buques; todo esto sin intervención ninguna de los vanos ministros y obrando casi siempre a espaldas del llamado gobierno". Por lo demás, Pipaón destaca que ya la figura de Ugarte no tenía la "ligereza" que exigía "su antiguo oficio de maestro danzante",

(continúa...)



Otro personaje influyente era Pedro Collado (Chamorro), ayuda de cámara del Rey, que participaba en aquella camarilla y se repartía destinos con el duque de Alagón. De la imagen que ambos ofrecían en estos repartos, se dice que "dos duques no se hubieran hablado de otro modo..., ni tampoco dos lacayos". Su incapacidad de consejo se insinúa al citarle en varias ocasiones por su condición de "antiguo aguador de la fuente del Berro"<sup>129</sup>.

El duque de Alagón, Francisco Fernández de Córdoba, queda caracterizado, en cuanto a sus dotes y escasa preparación para cuestiones de Estado, como "espejo de los libertinos de buena cepa", tercerista, "buena presencia", "trato" y "modales" "finos", conocedor "profundo de todas las suertes del toreo", "en cuestión de caballos, un centauro", pero de "conversación (...) poco agradable en lo que no fuese del dominio de la intriga, porque no eran muchas sus humanidades"<sup>130</sup>.

---

<sup>128</sup>(...continuación)

sino que "era bastante obeso y de procerosa estatura, rostro de satisfacción, doble barba con mucha enjundia, ojos muy movibles y una sonrisa más bien esculpida que pintada en su rostro"; dice asimismo, que era afectuoso con todos, acertado en sus palabras, hábil adulador del Rey y de "todos los hombres de viso" y siempre moderado en todas sus expresiones. "Memorias de un cortesano...". Ed. Cit., pp. 1299-1302. Dada su extraordinaria semejanza -en lo datos, en los hechos, orden de exposición, etc.,- parece evidente que esta presentación está tomada en su casi totalidad de lo dicho por PRESAS, J. en "Pintura de los males...", Cit., pp 118-126.

<sup>129</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1308 y 1309

<sup>130</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1311. Por lo demás, Galdós le muestra, en su habitual tono irónico, como un ejemplo de las carreras que facilitaba la amistad con Fernando VII: "¡El Duque!...¡Oh!(...) uno de los personajes más extraordinarios de aquella eminente y nunca bien ponderada Corte. (...)En cuatro años pasó de la nada, de *Paquito Córdoba* al ducado de Alagón, con grandeza de España, toisón de oro, grandes cruces y el mando de la Guardia de la Real persona." (Estos datos, y algunos de los que a continuación se indican, coinciden casi literalmente con lo dicho por PRESAS, J. en "Pintura de los males...", Cit., pp 35-36.) Militar sin afición a la guerra ni al ruido, pero con su "pecho (...) lleno de cuanto Dios crió en materia de cruces, galones y cintas..."; hasta los nueve años no tuvo mi niño -dice Pipaón- su real despacho, merced a los *méritos contraídos por su madre como dama de honor* -con *bastardilla en el original*-. "A los once (...) dos charreteras" y su "sueldo (...). A los veinte pescó una encomienda de Santiago y luego fueron cayéndole los grados (...) en solemnidades nacionales, como besamanos, el parto de la Reina, los días del Rey y otras fiestas (...). Nombróle Fernando capitán de su guardia en 1814," cargo en que la mimaba, gastando "sumas colosales" sin rendir cuentas, al mismo tiempo que disfrutaba escandalosas concesiones en América. Tenía "íntima amistad" con su Soberano y se decía que era un "hombre *asiático* (...) porque gustaba -dice Pipaón- de servir dignamente a su amigo". (Según el marqués de Villa-Urrutia, "supo granjearse la voluntad del Monarca, como maestro en tercerías". "Las mujeres de Fernando VII". Francisco Beltrán, Madrid, 1925, pág. 86). A fin de guardar las formas, en las recepciones públicas -continúa Pipaón- utilizaban "un sistema de señales: mímicas" para comunicarse "respecto (continúa...)

De "Artieda, hombre de gran poder en la provisión de piezas eclesiásticas", se hace notar que era el "guardarropa" de Fernando VII y que antes había sido "criado de la casa de Porreño", lo cual parece un modo de señalar su presumible desconocimiento de las grandes cuestiones de gobierno<sup>131</sup>.

Así, pues, la ineptitud antes atribuída a Mozo de Rosales y a Eguña -protagonistas de la reacción de 1814-, a los integrantes de la tertulia del Infante don Antonio e, incluso, a muchos miembros del Real Consejo, se asocia especialmente, en el "Olimpo de la cortesanía", a los consejeros íntimos de Fernando VII, cuya influencia da lugar, según se indicará luego, a que muchos incompetentes sean nombrados ministros, consejeros, etc., de modo que la ineptitud parece extenderse hasta convertirse en nota característica de "aquella eminente y nunca bien ponderada Corte".

La falta de preparación de Ugarte, Chamorro, Alagón y Artieda se explica por su condición de *criados*, y aunque Fernando VII tuviera confianza con ellos, no hubiera tenido tan graves repercusiones si el Rey no se hubiera aconsejado y gobernado con ellos en la "camarilla" en lugar de hacerlo con las instituciones. En haciendo esto el nivel de preparación del *Gobierno* de hecho resultaba ser el de dichos criados, que eran quienes de hecho aconsejaban las decisiones como si fueran consejeros o ministros. Esto es algo claramente advertido por los coetáneos, porque, según indica Galdós, Ceballos lamentaba la influencia de aquella "detestable servidumbre -a la que él tenía fama de llamar "*vil chusma*"-, autora de la bárbara política -dice Ceballos- que se hace hoy"<sup>132</sup>.

Además, según un texto atribuído por Galdós a "Lardizábal, ministro de Indias (absolutista)" y contemporáneo de estos hechos, de la actuación de esta camarilla "resulta, que, dando crédito a tales sujetos, Su Majestad, sin más consejo, pone de su propio puño

---

<sup>130</sup>(...continuación)

a las damas postulantes", pero "por las noches" salían juntos del regio alcázar para -es un decir- "visitar a los pobres (...), y daban muy buenas limosnas (...). Me lo contó -asegura Pipaón- Juana la Naranjera" ("Memorias de un cortesano...". Ed. Cit., pp. 1311-1312.)

<sup>131</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1310.

<sup>132</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1328 y 1329

decretos y toma providencias no sólo sin contar con los Ministros, sino contra lo que ellos le informan... Esto me sucedió a mí muchas veces -dice Lardizábal- y a los demás ministros de mi tiempo"<sup>133</sup>.

Esta tendencia de Fernando VII a gobernar asesorado por *los criados* con quienes tenía confianza y se divertía, es así mismo reflejada por Galdós al poner en relación unas y otras situaciones. El retrato de Fernando VII no se hace en Palacio y entre sus gobernantes oficiales, sino en una de sus amorosas aventuras nocturnas, por los *barrios bajos* de Madrid y en compañía del duque de Alagón<sup>134</sup>; pero, además, la pasión amorosa en él suscitada por Presentacioncita en esta aventura, y esa tendencia de Fernando VII a la *majería*, se muestra decisiva en los actos de gobierno que, también con la participación del Duque y

---

<sup>133</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1311 y 1344. Este texto es también atribuido a Lardizábal por Modesto Lafuente en su "Historia General de España" (Madrid, Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1865, T XXVII, pp 11-12), señalando, como hace Galdós, el carácter "nada sospechoso" de la opinión de este absolutista. Ello, además de ser otro aval de la autenticidad de esta cita, da pie para pensar que -aunque el texto de Lafuente es más largo y no hay total coincidencia de su literalidad- Galdós pudo tomarlo de esta prestigiosa fuente -recién publicada por entonces- y no directamente del original de Miguel Lardizábal y Uribe, que fue el Ministro a que Galdós se refiere. En uno y otro caso se confirman las inclinaciones a la *plebeyez* que, según indica Galdós, se suelen atribuir a Fernando VII.

<sup>134</sup> Pipaón, que coincidió con ellos por aquellos lugares, tuvo ocasión de observarlo en casa de una mujer de "acabada hermosura" y vio que aquel "generoso galán", cuyo nombre se calla, "era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaría de los treinta y dos años, hallándose, según la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el apogeo de la vida. Vestía sencillo y elegante traje negro y ancha capa, que, habiéndosele caído en los primeros momentos del lance, fue recogida por el Duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intención terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes a pequeñas alas de cuervo, centelleaba, deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desaforadamente grande, corva y caída; una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne, superabundante, había crecido, representando con fértil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El labio inferior, que avanzaba hacia afuera, parecía indicar no sé qué insaciabilidad mortificante. La personificación de la sed habría tenido una boca así. Una línea más de desarrollo, y aquel belfo hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veía en la tal fisonomía peregrina mezcla de majestad y de in nobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenía de todo, y era difícil deslindar en aquel rostro híbrido las líneas pertenecientes a las grandes razas de las que pertenecían a la degeneración propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Carlos V; mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas se iba derecho a la majería. El cráneo era bien conformado; el pelo, negro y corto, con mechoncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma: el perfil de aquel hombre solía verse en las onzas de oro". "Memorias de un cortesano..." Ed. Cit., p. 1321.

de Pipaón, se disponen luego en la Camarilla<sup>135</sup>.

La importancia que esta "camarilla" tiene en la imagen de la Corte se destaca nuevamente, y se completa en algunos aspectos y en su evolución, al comienzo de "La segunda casaca". Una serie de referencias retrospectivas muestran aquí, según dice Pipaón, "cómo andaban las cosas públicas en aquellos días, que eran los últimos de octubre de 1819", e informan sobre los hechos, personas y ambientes del periodo transcurrido desde 1815, señalando así los caracteres que los contemporáneos debieron asociar a esta Corte en ese tiempo intermedio y reflejando, al hacerlo, la visión que de ello se tenía en la época de Galdós.

Pipaón se ocupa en primer lugar del Rey, sus bodas y sus relaciones con tan perturbadora "camarilla":

"Grandes mudanzas habían ocurrido en la Corte desde 1815 a 1819. En tan breve tiempo -recuerda-, Fernando se había casado dos veces: la primera, con Isabel de Braganza (cuyas bodas concertó en el Brasil fray Cirilo de Alameda y Brea, enviado secreto de Su Majestad Católica); la segunda, con María Amalia de Sajonia, hermosa y desabrida, humilde y bondadosísima, devota y también algo poetisa. Mientras reinó Isabel, la influencia política de los criados mermó mucho en Palacio, y éste fué lo que debía ser, una vivienda de Reyes; pero desde diciembre del 18, en que Dios se llevó de la tierra a la insigne Princesa, las culebras de la camarilla empezaron a recobrar su imperio. Sin embargo, ni Alagón ni Chamorro fueron tan poderosos. Ramírez de Arellano y un tal Villar Frontín, antiguo escribano del Resguardo, eran los que se comían el Reino crudo"<sup>136</sup>.

---

<sup>135</sup> Véase "Memorias de un cortesano de 1815", Cit., pp 1333-1343. Ello coincide nuevamente con lo dicho por Modesto Lafuente, que, tras aludir al sistema de "señales convenidas" empleado por el Rey y el duque de Alagón para referirse a "las damas" asistentes a reuniones -como luego hará Galdós-, indica, en la misma p 12 del texto citado de Lardizábal, que los nombramientos decididos por el Rey eran "fruto y producto de tales consultores y consejeros".

<sup>136</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1369. J. Presas, fuente principal de Galdós en toda esta parte, afirma que en esta época (1819) **"disfrutaba del favor de Fernando el oficial de secretaría de Hacienda Villar Frontín, que de escribano del resguardo de La Coruña había sido promovido a este destino por influxo (Sic) del ayuda de cámara Ramires (Sic) Arellano"**. "Pintura de los males...", Cit., p 61. Muestra de ello parece también, a la vez que de anteriores prebendas propias de su preparación, la renuncia de José Ramírez de Arellano -se supone que por cosa mejor- al "Beneficio servidero, titulado de Compañía" de "la Iglesia Catedral de Plasencia", según Decreto de 13-Dic-1818. A.H.N., Consejos, Leg.15510, cuaderno N°25.

Dejando para luego el comentario de las alusiones a la corrupción contenidas en el texto y el significado corrupto que la mera existencia de estas reuniones en la "camarilla" pueda tener, parece destacable la influencia atribuída a Isabel de Braganza, ya que, según se dice, "mientras reinó" ella "la influencia política de *los criados* mermó mucho en Palacio, y éste fue lo que debía ser"<sup>137</sup>.

La relación de causa-efecto entre el reinado de Isabel y ese interregno de "los criados", que tanto influían antes, parece de nuevo señalada por Galdós al indicar que "desde diciembre del 18", con la muerte de esta Reina, "las culebras de la camarilla empezaron a recobrar su imperio", de modo que en 1819 se muestra de nuevo vigente, aunque por entonces fueran otros los que la integraban y "se comían el Reino crudo", dejando fuera -según parece lamentar Pipaón- a quienes consigo mismo lo habían hecho antes.

Ello no parece implicar, sin embargo, que la camarilla dejase de funcionar durante aquel matrimonio del Rey, sino, más bien, que durante este periodo "los criados" quedaron oscurecidos o fuera de ella, en un intento de dignificar la Corte y de dotar a la administración con personas más capaces. Así parece reflejarlo el hecho de que, según reconoce el perjudicado Pipaón, don Ignacio Martínez Villela fuera encumbrado "porque desde 1816 y desde la venida de la Reina (que coincidió -dice Pipaón- con el eclipse de nuestra camarilla), comenzaron a estar en alza los llamados sabios, los jovellanistas y los de la escuela de Garay, verificándose un descenso rápido en el influjo de toda la gente lega y romancista"<sup>138</sup>.

El "alza" de unos y el "descenso" de los otros se entienden producidos sin perjuicio de que el sistema de camarilla se mantuviera con personas de más alto rango social, ya que Pipaón habla del "eclipse" de la que llama "**nuestra** camarilla" -no de la camarilla en general-, y el mismo don Ignacio Martínez Villela, citado expresamente entre los

---

<sup>137</sup> El contrato matrimonial se firmó en Madrid, el 22 de febrero de 1816, la Reina llegó de Río de Janeiro -tras casarse por poderes en Cádiz a fines de Agosto- el día 29 de Septiembre del mismo año y murió el día 26 de diciembre de 1818. VILLA-URRUTIA, Marqués de: "Las mujeres de Fernando VII". Cit., pp 95, 96 y 97; y MESONERO ROMANOS, R.: Op. Cit., p 170.

<sup>138</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1374.

encumbrados en 1816, aparece como miembro principal de la camarilla en 1819 ya que, según recuerda Pipaón, precisamente "El (Villela), Lozano de Torres y otros que no menciono -lo ha hecho ya respecto a Ramírez de Arellano, Villar Frontín y Mataflorida- formaban **a la sazón** la pequeña corte del Monarca"; cuya continuidad con la anterior parece sobrentenderse al explicar: "**sustituyendo** a la antigua, que con gran trabajo **desbancaron** y de la cual -dice Pipaón- tuve la gloria de formar parte"<sup>139</sup>. No se dice, pues, que el grupo desapareciera sino que sus integrantes fueron sustituidos, desbancados, por otros nuevos, según parece señalar también ese "a la sazón", que insinúa cierta continuidad entre los que se van sucediendo.

Por otra parte, cuando Pipaón se refiere a los "criados" dice primero que su influencia política "**mermó** mucho", pero no que desapareciera<sup>140</sup>.

Más bien parece que la influencia de los primeros criados -tan mermada en la época de Isabel de Braganza- fue al fin sustituida por la de otros que hubieron de compartirla con personas que, no siempre por su valía, ocupaban puestos oficiales de relieve, como es el caso del Ministro Lozano de Torres o los Consejeros Martínez Villela y Mataflorida.

Así parece interpretarlo el mismo Galdós en la discusión que plantea entre Mataflorida y Pipaón cuando aquél, presumiendo de la mayor dignidad de su momento de Poder, dice a Pipaón que "ya los caprichos de una bella no conmueven la Monarquía; ya no caen y se levantan los ministros al compás de la escoba de los mozos de retrete: estamos en tiempos mejores", y Pipaón le contesta que "las personas han variado, (...) pero las cosas, no", acabando por afirmar que es otro grupo parecido quien "gobierna", "aconseja a Su Majestad" y "empuña el timón de la nave", ya que "todos sabemos -continúa Pipaón- que si Artieda no tiene el poder de antaño, lo tienen Ramírez de Arellano y Villar Frontín, pues los ayudas de cámara también caen y se levantan, como los ministros, aunque sin

---

<sup>139</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1374. Sin negrilla en el original.

<sup>140</sup> El marqués de Villa-Urrutia estima a "la Reina (...) convencida de la imposibilidad de alejar de Palacio a Alagón y a Chamorro", según parece haber intentado para evitar que siguieran fomentando las correrías amorosas del Rey. Op. Cit., p 99.

canastillos de cerezas ni mazos de cigarros"<sup>141</sup>.

Lo cierto es que, si se tiene en cuenta lo dicho sobre Mataflorida y lo que, en las alusiones a los Ministros, se recoge luego sobre Lozano de Torres, no parecen muy grandes las diferencias, aunque se insinúa un nivel cultural algo más alto, especialmente representado por el ministro don Martín Garay, no incluido en la camarilla, y por el Consejero de la Sala de Justicia del C. Real don Ignacio Martínez Villela, que venía a contrapesar, dentro de esta nueva camarilla, el fanático influjo de Mataflorida. Según recuerda Pipaón, "Era Villela, además de corpulento como un elefante, hombre muy vividor, y en la apariencia grave y respetable, con grandes humos de probo y justiciero. Oyéndole, parecía que por su boca hablaba el derecho público y privado. Poseía bastantes conocimientos jurídicos, lo cual le daba respetabilidad, poniéndole en situación muy favorable"<sup>142</sup>.

Sin embargo, no estará de más recordar que, según dice el mismo Pipaón, "la mayor notoriedad del Magistrado en cuestión, no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa (...) cuya intervención en los negocios públicos" se explica porque se había captado "la voluntad de su dueño" y cuya significación se destaca al decir Pipaón, para subrayar la equivalencia de equipos antes aludida, que "entre las ruinas de la antigua camarilla, eleva su majestuosa frente la *negra* del señor Villela"<sup>143</sup>.

No era, pues, sólo el Rey quien tenía "criados" actuando en los negocios públicos, sino que el fenómeno se repetía en distintos niveles y modalidades, según denuncia Galdós en éste y otros casos que se irán viendo.

**2.1.2.2.1.5. Los secretarios del Despacho.** La incompetencia de los colaboradores directos de Fernando VII se observa también en muchos de sus ministros, o secretarios de

---

<sup>141</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1373 y 1374

<sup>142</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1374.

<sup>143</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1374.

**despacho**, cuya carencia de preparación se destaca al mismo tiempo que ciertos comportamientos corruptos, que hemos de comentar luego, y la gran rapidez con que los "ministros variaban" en aquellos "seis años", tanta "que casi se pierde la cuenta de ellos"<sup>144</sup>.

Si agrupamos por Secretarías las referencias que Galdós hace a los "ministros" al ocuparse, en "La segunda casaca", de "las cosas públicas" ocurridas desde 1815, resulta que:

"**En Estado**", "Ceballos se hundió en octubre de 1816", "el célebre León Pizarro, amigo y compinche de don Antonio Ugarte, no duró mucho tiempo, ni tampoco Irujo, que empezó su carrera por paje de Bolsa de un consejero y la acabó marqués y millonario. El duque de San Fernando, su sucesor, no fue menos afortunado, porque al principio de la guerra era soldado raso, y en 1818 teniente general, duque, grande de España y no sé qué más"<sup>145</sup>.

-**En Guerra**, se cita irónicamente que "don Francisco Eguía (...) dejó (...) al Ejército huérfano de su protección", mientras le sucedieron "Ballesteros" y "el marqués de Campo Sagrado", pero, en "un divertido minueto", a éste le sucedió "otra vez el señor Eguía, sin cuya coleta creyérase que no podía existir la atribulada nación"<sup>146</sup>.

---

<sup>144</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1369. Mesonero Romanos destaca también este extraordinario "consumo de ministros", "que pasaron de treinta en los seis años de aquel periodo", e incluye una nota de pie de página con la siguiente relación de ellos, clasificados por "Ministerios": "Fuerónlo de *Estado* en dicho período, el Duque de San Carlos, don Pedro Ceballos, don José León y Pizarro, el Marqués de Casa-Irujo y el Duque de San Fernando. En *Gracia y Justicia*, don Pedro Macanaz, don Tomás Muñoz (debe de ser don Tomás Moyano; se ha omitido al "obispo de Mechoacán"), don Juan Esteban Lozano de Torres, don Manuel Abad y Queipo, el Marqués de Mataflorida y don José García de la Torre. En *Hacienda*, don Luis Salazar, don Cristóbal de Góngora, don Juan Pérez Villaamil, don Felipe Vallejo (Debe de ser Felipe González Vallejo), don José Ibarra, don Manuel (López) Araújo, don Martín Caray, don José Imaz y don Antonio González Salmón. En *Guerra* los generales Freyre, Eguía, Ballesteros, Campo Sagrado y Alos, y en *Marina*, Salazar, Hidalgo de Cisneros y Vázquez Figueroa." (MESONERO ROMANOS, R.: "Memorias de un setentón". Cit., p 162. La relación de estos ministros puede verse también en PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., documento justificativo N°9.

<sup>145</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1369 y 1370. Todos estos datos se corresponden con lo escrito en PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., pp 43-53, de donde parecen extraerse, casi literalmente, las frases sobre Irujo y el duque de S. Fernando.

<sup>146</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1369. Orden que puede verse en PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., pp 64-69.



- "La Marina había perdido a Cisneros y era gobernada por Figueroa. Desgraciada andaba la Marina en aquellos tiempos, pues para que su orfandad fuera completa, también perdió en abril de 1817 aquel imponderable terror de los mares, el Infante don Antonio Pascual, de quien dijo el poeta:

'¡Neptuno, Tetis, Céfito y Favonio,  
eterno mostrarán llanto abundante,  
pues falleció el infante don Antonio' "<sup>147</sup>.

Podría pensarse que Galdós hace partícipe a *Figueroa* de la incompetencia atribuida al Infante don Antonio, pero, dado el prestigio de dicho marino y otras alusiones de Galdós a la falta de dotación económica que sufría, más bien parece que, a su juicio, la Marina andaba "desgraciada" porque -según indica Presas, su fuente habitual<sup>148</sup>,- ni Vázquez Figueroa ni nadie contaba con medios económicos para reunir barcos o reparar las pérdidas sufridas en Trafalgar y en la Guerra de la Independencia, por más que se hicieran algunos intentos y se recurriese a la operación de compra de barcos rusos que, según señala el mismo Galdós, estaba gestionando secretamente Ugarte por entonces<sup>149</sup>.

---

<sup>147</sup> "La segunda casaca. Cit., p 1369. Sin negrilla en el original. La ironía se hace extensiva al autor de los versos, "don Diego de Rabadán", que parece situado por Galdós al mismo bajo nivel que las cosas públicas de la época.

<sup>148</sup> "Pintura de los males...", Cit., pp 71-80.

<sup>149</sup> Respecto a las carencias económicas que la Marina sufría por entonces son significativas algunas alusiones de Galdós a la falta de barcos y débito de "**setenta** pagas" ("Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1312 y 1339. Estas carencias son confirmadas en el escrito que, el 17 de febrero de 1816, leyó el marqués de Campo Sagrado, como ministro de la Guerra, para hacer notar a sus compañeros de Gobierno la necesidad de medios para evitar el peligro de insurrección que implicaban las "**insoportables privaciones**" que sufrían "el ejército y la marina" (A.H.N., Secc. de Estado, legajo 3043. ff. 136 v. y 137 v. Sin negrilla en el original.). En este mismo sentido se manifiesta el propio Vázquez Figueroa cuando dice: "Nadie ignoraba que en España ni había Marina en aquel tiempo, ni trazas de que la hubiese jamás, según correspondía el Gobierno a mis millones de millones de reclamaciones de medios para formarla y mantener lo poquísimo de lo material y lo personal que había, y va referido, todo en muy mal estado". ("Apuntes concernientes al segundo ministerio del Excmo. (Sic) Sr. D. José Vázquez Figueroa (...), del Consejo de Estado y del Despacho universal de Marina de España e Indias" (En Museo Naval, Madrid, Manuscritos, Sign. 432), T 3º, folios 190-191; expresiones equivalentes pueden verse en copia del oficio que dirige, con fecha "11 de junio de 1818", al Secretario del Despacho de Hacienda (recogido como documento N°20 en *Ibidem*, fol.585) comunicándole que no se puede reparar la fragata *Perla* por carencia de medios ("las existencias de numerario son ningunas", le escribe) y pidiéndole de parte de Su Majestad que *se continúen los libramientos*. Razones parecidas y un más amplio desarrollo del tema puede verse en su *Memoria sobre* (continúa...)

En relación con Hacienda, se enlaza con lo dicho en las "Memorias de un cortesano de 1815" al recordar Pipaón: "don Felipe González Vallejo, a quien pusimos en Hacienda, salió como había entrado". Y el "pusimos", y el "como había entrado", se habían explicado en sus Memorias como una maniobra interesada de la camarilla, que promovió este nombramiento de Vallejo -aunque tenía fama de haber "derrochado su fortuna y la de su mujer", de haber administrado "detestablemente la fábrica de paños de Guadalajara" y de ser "un ignorante aturdido"- porque, según señala entonces Pipaón al duque de Alagón, "no será tan reglamentario como" "don Juan Pérez Villamil", -al que había de sustituir- que, "con su nimiedad escrupulosa", podría estorbar sus manejos corruptos en la "Caja de Amortización"<sup>150</sup>.

Ya en "La segunda casaca" se añade a lo dicho que Vallejo cayó por una intriga cortesana y que "el pobrecito, con ser **tan inocentón y tan para poco**, no se libró del destierro"<sup>151</sup>.

Dicho esto, Galdos continua analizando la personalidad de los ministros de Hacienda que se van sucediendo y señala, con su silencio y con sus palabras, la asepsia, ignorancia, capacidad o candidez que, en su opinión, caracterizan a cada uno de ellos, según se puede apreciar en el texto, escueto y contundente, que sigue a su referencia al destierro, entonces tan habitual, de Vallejo: "Sucedióle Ibarra; luego, López Araújo, que **apenas sabía leer y escribir** -Presas dice que "no tenía otros principios que los de leer y escribir"<sup>152</sup>-, y al fin entró el célebre don Martín Garay, que más que hombre era una escuela, pues trajo al Ministerio todo un plan e idea completa para reformar la Hacienda pública, tarea

---

<sup>149</sup>(...continuación)

*el estado de la Marina, su importancia y necesidad de fomentarla*, incluida en el anexo documental. *Ibíd.*, T 4º. Museo Naval, Madrid, Manuscritos, 433.

<sup>150</sup> "La segunda casaca". *Cit.*, p 1369 y "Memorias de un cortesano de 1815". *Cit.*, pp 1313 y 1328. Lo dicho aquí por Galdós sobre Felipe González Vallejo parece tomado de PRESAS, J.: "Pintura de los males...", *Cit.*, p 84.

<sup>151</sup> Ed. y T. *Cit.*, p 1369. Tanto su "nulidad" como las disposiciones de su cese y destierro están señalados en PRESAS, J.: "Pintura...", *Cit.*, pp 84-85.

<sup>152</sup> "Pintura...", *Cit.*, p 86.

equivalente a beberse el mar, o a ponerse por montera el Moncayo. Gozaba el señor de mucha fama, que aún conserva su nombre; pero todos los hombres de mi tiempo, desde el Rey y los ministros y el clero hasta el último zascandil, se pusieron en contra suya, y tuvo que salir del Ministerio y marcharse con la música y el sistema a otra parte. Por fortuna, no tuvo tiempo de hacer nada de provecho, que si le dejáramos, capaz hubiera sido de volver la Hacienda del revés, elevando los ingresos y mermando los gastos. Su sucesor, Imaz, era **un bendito**"<sup>153</sup>.

---

<sup>153</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1370, Sin negrilla en el original. Vayo (Op. Cit., T II, p 114-132) se refiere también, literalmente, al "célebre don Martín Garay", y razona como Galdós la frustración de su plan. Esta imagen de Garay es así mismo conforme con lo dicho por J. Presas ("Pintura...", Cit., pp 87-89.), que, como tras él Galdós, dice también que J. Imáz se caracterizaba por "no oponerse a nada" y por su carácter dulce y sobremanera condescendiente" (Sic). Ibídem, p 90. Cuando, Josep Fontana, en su documentado estudio sobre "La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820", se cuestiona la capacidad de estos ministros para resolver los problemas, de la Hacienda, viene a concluir que aquellos problemas no tenían solución compatible con el absolutismo, pero dice, además, que estos hombres carecían de preparación adecuada: atribuye el cese de González Vallejo a "su bien probada incompetencia" -aunque también se refiere a la intriga que le enfrentó con Ceballos-; salva a Ibarra, cuyo cese atribuye a falta de salud para tanto esfuerzo; de López Araújo dice, citando a Canga Argüelles y a García y a León y Pizarro, que se limitaba a "Gemir y suspirar" y que en las discusiones del "consejo de Estado (...) López Araújo daría sobradas muestras de su incapacidad para regir el ministerio de Hacienda"; en cuanto a Garay, que "es innegable que era un hombre instruido (...) muy trabajador, honrado y simpático", aunque "sin ninguna especialización", tal como señala la imagen que de él recoge en sus citados "Apuntes..." (T 3º, pp 46-49 y 118-120) Vázquez Figueroa, que fue quien, con Pizarro, lo recomendó. En opinión de Fontana, Garay "se benefició de un trabajo que realizaron sus subordinados y asesores", lo cual parece conforme con esa idea de "escuela" a que se refiere Galdós, si bien Garay pudo ser más coordinador que autor o maestro. Según J. Fontana, aunque García de León y Pizarro -como Galdós- dijera en sus Memorias ( Cit., T I, p 280) que la salida de Garay no era la "de un individuo, sino de un sistema", y que "la razón verdadera fue el sistema"; aunque el mismo Fontana reconoce que "es evidente que Garay se había ganado la hostilidad de los privilegiados", que "Fernando VII sería el primero en sabotear el plan", y las razones que da para ello son contra el sistema; aunque "la tradición afirma unánime -dice este mismo autor- que el encono y la oposición de los poderosos han derribado al ministro que, con su sistema de hacienda, trataba de poner orden en los asuntos del estado, (...) hay en esta interpretación -sigue diciendo Fontana- un fallo garrafal". porque "lo que cayó fue el ministro, no el sistema de hacienda, que permaneció en pie hasta bien entrado 1820. Garay fue suplido, al igual que sus numerosos predecesores, porque no tuvo éxito en su gestión", quizá por "enfermo y cansado". De ahí, viene a decir, que fuera relevado por sus colaboradores, entre los que estaba Imaz. (FONTANA, J.: "La quiebra de la monarquía absolutista 1814-1820". Ariel, Barcelona, 1974. Especialmente las pp 108, 117, 118, 161, 154, 156, 167, 283, 284, 309, 170, 310, 312, 313, 306 y 333) Ante esta contraposición de opiniones y ante estos hechos, en cierto modo contradictorios, de que el sistema despertase "hostilidad" en los poderosos, y que el Rey lo saboteara y luego lo mantuviera, cabe preguntarse si no se tomaría primero la decisión de cesar a Garay por rechazo a su sistema, aunque luego se viesen en la necesidad de mantener éste, mientras no hubiera otro mejor, y con él a quienes lo conocían. Además habría que ver si su aplicación fue la defendida por Garay o se procuró amañar. Según R. de Santillán, el plan de Garay dio lugar a que el Clero -grupo señalado especialmente también por Vayo y Presas en los lugares citados-, "prepotente entonces, se declarara encarnizadamente contra el Ministro que con tanto atrevimiento atacaba sus inmunidades, y que acabara con hacerle pasar de la silla ministerial al destierro". A lo que añade, en el sentido que indicábamos:

(continúa...)

En Gracia y Justicia, "don Tomás Moyano había desaparecido (...) del escenario, (...) quedando tan sólo, cual muestra de su paternal administración, los mil y un parientes que en su breve poltronazgo sacó de la miseria y soledad del campo". Sin entrar en el nepotismo de este proceder, cabe suponer que no sería mucha la preparación que para las tareas de la Secretaría de Gracia y Justicia tendrían estos campesinos, que, según se dice en alguna de las repetidas alusiones de Galdós a este hecho -que luego veremos confirmado por Presas-, habían dejado "el arado" para pasar a dicha secretaría. Sustituyó a Moyano el "obispo de Mechoacán, que fué ministro veinticuatro horas (*¡tanto se emprende en el término de un día!*)"; y, tras él, "entró, y duraba aún en la época de mi relación, -dice Pipaón- don Juan Estaban Lozano de Torres, la gran figura de aquellos tiempos, y no porque la tuviera gallarda, ni aun digna de ser vista, sino porque con su hermosura moral a todos cautivaba, empezando por el Rey". Y añade: "Había sido Lozano de Torres en su mocedad relojero. No había hecho estudios de ninguna clase, siendo el primero y el único ministro de Gracia y Justicia lego en jurisprudencia. Ni siquiera sabía latín, cosa rara y chocante en aquellos tiempos"<sup>154</sup>.

Galdós se detiene especialmente en esta "gran figura", cual si viera en ella un prototipo de cortesano sin instrucción, adulador y corrupto. Insistiendo en la primera de esas cualidades, y al mismo tiempo que completa su perfil psico-físico de entonces, dice que

---

<sup>153</sup>(...continuación)

"No fue, sin embargo, completo este triunfo, porque apremiando cada día más las necesidades del Estado, y hallándose los pueblos imposibilitados de llevar ni aun la carga que se les había impuesto, preciso era continuar exigiendo del Clero, si no todo, la mayor parte del sacrificio que se le había señalado". SANTILLAN, R. de: "Memorias..." Cit., T I, p 31. Sobre ello parece también de gran interés el estudio de los documentos que sobre "Martín Garay y la Reforma de la Hacienda (1817)" se publicaron -con "Estudio preliminar" y notas por Federico Suárez- en la colección de "Documentos del reinado de Fernando VII". E.U.N.S.A., Pamplona, 1967. En ellos se manifiestan con toda claridad las formidables resistencias que este sistema suscitó. Véanse, por ejemplo, los ataques que recibe en la sesión del Consejo de Estado de 3 de Dic. de 1817, la primera después de que en su "Memoria final" rebatiese Martín Garay las objeciones hechas en otras a su proyecto inicial. Cfr. "Documentos..." Cits., T IV, Vol. segundo, pp 304-311.

<sup>154</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" y "La segunda casaca". Cit., pp 1326 y 1369-1370 respectivamente. Presas -tan utilizado por Galdós- afirma que este ministro "era hombre sin principios ni conocimientos de clase alguna", que "en su juventud se había dedicado a la compostura de reloes"(Sic) y, entre otras muchas cosas recogidas aquí por Galdós, que *no había salido* "ni la gramática". PRESAS, J.: "Pintura..." Cit., pp 58 y 61. El cese de "Abad y Queypo", obispo de Mechoacan, "antes de las veinticuatro horas -negrilla nuestra- de haberle nombrado", también en J. Presas. *Ibidem*, pp 57-58, y VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 119.

"Lozano de Torres era pequeño y carifruncido, con un aireso moñito de pelo rudio (Sic) sobre la frente, graciosamente arremolinado. Iba ya para viejo: sus movimientos eran tardos, sus pasos meditados, y al andar colocaba en el suelo, con una especie de estudio, el blando pie, calzado con zapato de paño. Poníase ordinariamente muy serio, queriendo de este modo tomar la máscara de los hombres de saber; pero con los amigos de confianza, y cuando no se trataban asuntos graves del ramo, era francote y risueño, mostrando a las claras su alma sencilla y su rústico entendimiento. Tan declaradamente manifestaba su índole al hablar, que sólo le faltaba decir: "¡Dios mío, cuán bobo soy!"<sup>155</sup>.

El carácter adulator de Lozano de Torres queda reflejado en las irónicas hipérboles con que Galdós dice que:

"La causa de su elevación a la silla de Gracia y Justicia fué el desmedido y loco amor que a Fernando tenía, el cual era de tal naturaleza, que raras veces se presentaba ante Su Majestad sin derramar lágrimas de ternura, y para besarle la Real mano hincaba la rodilla en tierra. Había en el alma de Lozano un sentimiento parecido a la dulce fibra del misticismo, que le llevaba a la identificación con el objeto amado, haciéndole partícipe no sólo de las impresiones morales de éste, sino también de sus sensaciones físicas. Cuando Fernando estaba enfermo, Lozano de Torres se quejaba de la misma dolencia, y si a Su Majestad le dolía un pie, al punto cojeaba el amigo: tal era la fuerza de simpatía entre los dos."<sup>156</sup>.

"Pero cuando el ministro de Gracia y Justicia desplegaba toda la vehemencia de su alma

---

<sup>155</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1371-1372. Esta imagen de Lozano se viene a corresponder con la que le atribuye su contemporáneo, y también ministro -de Marina-, Vázquez Figueroa, que, además de confirmar parte de las cosas que ya hemos indicado, lo califica de "ignorante, (...) intrigante y desacreditadísimo" ("Apuntes concernientes al segundo ministerio del Exmo. Sr. D. José Vázquez Figueroa" T 3º, pp 54-55. En Museo Naval, Madrid, Manuscritos, Signatura 432); Mesonero, aludiendo a su "adulación e hipocresía", lo califica de "imbécil, ministro de zarzuela" ("Memorias de un setentón". Cit., p 169); Vayo le llama "el hombre de la adulación, de la ignorancia y de la vileza" (Op. Cit., T II, p 120); Moreno Morrison destaca también esa carencia de instrucción, su oficio de relojero y su carácter adulator y corrupto. MORENO MORRISON, R.: "Un ministro fernandino: D. Juan Esteban Lozano de Torres". En "Rev. de Historia y de Genealogía española". 2ª época, Año I, Núm. 1 Enero-febrero 1927. pp 72-76.

<sup>156</sup> Esta pretendida identidad física es también señalada por R. Moreno Morrison, que, refiriéndose a tan exagerada adulación, indica que Lozano "llevaba su retrato -el de Fernando VII- pendiente del cuello". *Un ministro fernandino...*. Lugar Cit., p 73.

fervorosa -continúa Pipaón/Galdós-, era cuando la reina Isabel estaba embarazada. En cierta ocasión, mi hombre celebró en San Isidro, por su cuenta, solemne función religiosa y Manifiesto, que había de durar hasta que Su Majestad saliese de cuidado; y queriendo dar pública muestra de su amor a la Monarquía, hizo en medio de la iglesia tales aspavientos de devoción, golpeándose el pecho y desollándose las rodillas ante el Altar, que los fieles no pudieron contener la risa. No quedó sin premio lealtad tan ardiente..., ¡pues no faltaba más! Según puede verse en la *Gaceta*, Fernando VII dió a Lozano de Torres la gran cruz de Carlos III *por haber publicado el embarazo de la Reina*"<sup>157</sup>.

Estos aspavientos de Lozano de Torres y las burlas que suscitó su exposición y velatorio del "Santísimo" por el buen parto de la reina Isabel de Braganza, vienen a reflejar otras notas del ambiente de aquella Corte -la adulación, la bajeza- que Galdós suele mostrar simbólicamente en personajes novelescos como Pipaón, pero que, en el caso de Lozano, informan a la vez de una verdad histórica, a la que también se refiere Mesonero en sus "Memorias de un setentón"<sup>158</sup>.

Sin embargo, no hemos visto citado por Mesonero el hecho, aun más importante y significativo, de que este comportamiento fuese premiado oficialmente según refleja esa concesión de "la Gran Cruz de Carlos III por haber publicado el embarazo de la Reina". Pero esto no es un chiste de Galdós, sino que, efectivamente, lo hemos visto en la "Gaceta de Madrid"<sup>159</sup>.

---

<sup>157</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1370.

<sup>158</sup> MESONERO ROMANOS, R.: "Memorias...", especialmente pp 169-170. Dado el parecido entre ambos relatos parece muy probable que Mesonero informase a Galdós sobre la "función religiosa" organizada por Lozano, ya que en el repertorio de preguntas que sobre personas de la época plantea Galdós a Mesonero en carta de 27 de octubre de 1875, figura una general sobre "Lozano de Torres". En VARELA HERVIAS, E.: Op. Cit., p 16.

<sup>159</sup> En el A.H.N., Secc. de Estado, Exped. N° 1947, se hallan las Pruebas de Nobleza en que se indica que Lozano de Torres fue "nombrado por S.M. Caballero Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos 3° en Decreto de 19 de Junio de 1817"; y en la "Gaceta de Madrid", del "Martes, 24 de junio de 1817", "N° 75", se publica el "Real decreto" en que Fernando VII dice: "En atención a los méritos de mi secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia D. Juan Lozano de Torres, y en premio de **haber publicado el embarazo de la REINA** mi augusta ESPOSA, he venido en concederle la Gran cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos III", etc. etc. Sin negrilla en el original.

Las anteriores apreciaciones de Galdós sobre estos cortesanos parecen, pues, respaldadas por documentos y testimonios de la época que, en muchos casos, debió consultar el mismo Galdós. Son muchas más las alusiones a la ineptitud, adulación, etc. que podrían recogerse, pero estas parecen suficientes para la comprensión del rechazo que luego se muestra. Además, el afán de exhaustividad podría dar lugar a una extensión desmesurada de este trabajo y a repeticiones que, a nuestro juicio, no enriquecerán significativamente lo ya dicho.

Conviene hacer notar, sin embargo, que esa ineptitud aparece substancialmente confirmada en nuestros días por la documentada opinión de Josep Fontana, que viene a demostrar "la cortedad mental de este equipo de hombres -se refiere al del consejo de Estado- llamados a las más altas funciones" y que, en sentido parecido al destacado por Galdós ante sus lectores, señala que el hecho de "que los consejeros resulten poco inteligentes no es obra del azar, sino de un proceso de selección negativa", porque "los miembros intelectualmente más valiosos de la aristocracia y del clero han tomado generalmente partido por fórmulas políticas renovadoras" y "entre los fieles a machamartillo no quedan más que los hombres de menor valía"<sup>160</sup>.

Pero, el hecho mismo de esta selección trasciende el concepto de ineptitud de los gobernantes y enlaza con el otro aspecto a que nos referimos en este apartado: la corrupción.

\* \* \*

#### 2.1.2.2.2. *La corrupción*

Entendida como acción de corromper la institución que se representa, alterando y

---

<sup>160</sup> FONTANA, J.: "La quiebra..." Cit., pp 92 y 93. Los nombres de quienes integraron este Consejo al ser restablecido el absolutismo en 1814, y algunas de sus variaciones hasta 1820, pueden verse relacionados en las pp 36-41 del "Estudio preliminar" con que el profesor Federico Suárez introduce el tomo VII, "El Consejo de Estado (1792-1834)", de la colección de "*Documentos del reinado de Fernando VII*", publicados por el Seminario de Historia Moderna de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1971.

dañando la función que a dicha institución corresponde para obtener beneficio personal, se ve constantemente denunciada por Galdós, que, en sus referencias al intrigante y ambicioso bullir de aquellos cortesanos proporciona todo un muestrario de las diversas formas en que ésta se manifestaba.

*2.1.2.2.2.1. El Rey: su selección de colaboradores.* El primer y principal acusado de Galdós parece ser Fernando VII, a cuya persona y matrimonios se refiere antes que a nada Pipaón al ocuparse de "las cosas públicas", destacando así la especial capacidad decisoria de los Reyes en aquella situación absolutista y, a la vez, su especial responsabilidad, que alcanza, entre otras cosas, a la selección de sus colaboradores. Responsabilidad que Galdós hace notar reconociendo a Isabel de Braganza el mérito de haber influido para que Palacio fuera "lo que debía ser" y para el ascenso de los "sabios", pero que, por contraste, proyecta contra Fernando VII el demérito de no haber actuado siempre en este mismo sentido.

En una situación tan personalista y discrecional como la de Fernando VII en aquel sexenio, la selección de los más fieles conlleva la exclusión de quienes, siéndolo menos, podrían haber proporcionado un gobierno más eficaz y beneficioso para el país, a no ser que Fernando VII creyese realmente que lo mejor para los españoles era salvaguardar su poder absoluto.

Esa discrecionalidad le permitía formar y dirigir por igual los órganos oficiales de gobierno y la "camarilla", por lo que los ascensos y caídas se explican en unos y otra, según dice Pipaón, por las "voluntades recónditas y jamás adivinadas de un monarca que debiera haberse llamado *Disimulo I*"<sup>161</sup>.

En ocasiones esos cambios parecen responder a la necesidad de resolver incompatibilidades personales, que, según asegura Pipaón, se debían a que el Rey "jugaba con todos, suscitando entre ellos hábilmente rivalidades y salutífera emulación, con lo cual

---

<sup>161</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1343.



estaba mejor servido, y los destinos y prebendas más equitativamente repartidos"<sup>162</sup>.

#### 2.1.2.2.2.2. *El sistema de camarilla: su utilización por el Rey y por sus demás miembros.*

Junto a la interesada selección de colaboradores fieles y junto a esta siembra de rivalidades, denuncia Galdós en Fernando VII la utilización de la "camarilla" en lugar de las instituciones. En ella se repiten parecidos manejos, y buen ejemplo de rivalidad es en 1819 la del inquisitorial Mataflorida y el tolerante Villela; pero la principal acusación de Galdós apunta al carácter perturbador que conlleva su mera existencia. Lo que Galdós parece condenar especialmente no es ya su carácter absolutista sino su condición extrainstitucional. De ahí que asocie y equipare esta "camarilla de Palacio" con "las camarillas populares", a las que, en su momento, calificará también de "poderes **igualmente** misteriosos y perturbadores"<sup>163</sup>.

Quienes actuaban en ella lo hacían secretamente, sin atribuciones ni responsabilidad oficial ante la opinión de los gobernados, en una especie de mangoneo que, según señala repetidamente Galdós -incluso apoyándose en textos del, "absolutista", ministro Lardizábal-, interfería la acción gubernamental de quienes tenían encomendadas las diversas competencias.

Galdós parece dejar en la obscuridad de las "voluntades recónditas y jamás adivinadas" de Fernando VII si éste, heredero al fin y al cabo de Reyes absolutos, podía sentirse moralmente obligado a conservar dicha herencia y, así mismo, si estimaba o no que lo

---

<sup>162</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1343. "Escoiquiz le había enseñado -escribe Palacio Atard-, que mientras los partidos y los ministros chocaran unos contra otros el poder del Monarca se mantendría por encima de todos". PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX". Cit., p 103. Esta viene a ser también la intención que Mesonero le señala cuando opina que si "la manera que Fernando tenía de ejercer la suprema autoridad (...) no se distinguía por lo conducente al buen orden y gobernación del reino, era muy propia para no verse molestado (...) ni dominado" y que desbarataba aquellas "intrigas y manejos (...) oponiéndoles unos contra otros" y cesando a los que se descarriaban en unos casos, "por cortos de vista", por "largos de manos", por "inepto" o por "demasiado entendido". MESONERO ROMANOS, R.: "Memorias de un setentón". Cit., pp 161 y 162. Josep Fontana opina que estos ceses podían producirse porque los afectados habían fracasado a los ojos del Rey, pero dice también que el fracaso era inevitable, dado que el Rey exigía de ellos prioritariamente que mantuvieran intacto el orden absolutista y, a la vez, cosas incompatibles con dicho orden. "La quiebra de la monarquía..." citada, por ejemplo en pp 137 y 314.

<sup>163</sup> "El Grande Oriente"). Cit., p 1534. Sin negrilla en el original.

mejor para su reino era el absolutismo que se empeñaba en conservar y que, por otra parte, era la condición principal para conservar su poder y su acceso discrecional a otros bienes, pero resulta evidente que le hace el principal responsable de este sistema. En cambio, la responsabilidad de las decisiones tomadas en él es muchas veces compartida por los cortesanos que, desde aquella impunidad, protagonizan en la obra de Galdós los más variados abusos.

Aunque la influencia sobre Fernando VII no se muestra fácil, puesto que era él quien "jugaba con todos", estos cortesanos se ayudaban con su conocimiento del humor del Monarca, de sus debilidades amorosas, de sus miedos, de sus necesidades financieras -con las que Ugarte le presiona para que cese a Villamil- y de otros recursos como los aludidos por Pipaón al recordar que él ayudaba a Lozano de Torres "desempeñando ante Su Majestad un papel entre Lozano y yo convenido" -dice Pipaón- o "llevándole secretitos y noticias sabiamente pescados al vuelo detrás de una cortina"<sup>164</sup>.

Entre la variada gama de modalidades de corrupción que Galdós atribuye especialmente a los miembros de la camarilla, cabe recordar en primer lugar, como enlace y como un aspecto más de lo dicho antes, el hecho de aconsejar interesadamente al Rey para que seleccionase ministros manejables, según se ha indicado en la sustitución del escrupuloso Villamil por el no "tan reglamentario" Vallejo<sup>165</sup>. Esta influencia parece ejemplarizada en dicho caso, pero se siente en algún grado prolongada, aunque Galdós no alude a ella, en el inmediato texto con que, tras citar a Ibarra, se refiere al nombramiento de "López Araújo, que apenas sabía leer y escribir" y en el cese de "don Martín Garay", sin darle "tiempo de hacer nada de provecho", para poner en su lugar a "Imaz", cuya mayor docilidad parece insinuarse al decir que "era un bendito".

#### 2.1.2.2.3. *El nepotismo y amiguismo en el reparto de destinos:*

*-El especial caso del Consejo Real.* Sin salir de esta selección interesada de los

---

<sup>164</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1371.

<sup>165</sup> Recuérdese lo dicho por "Lardizabal" y ver así mismo, PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., p 34.

colaboradores directos del Rey, pero entrando ya en lo que podría llamarse más propiamente favoritismo, porque su motivación es sobre todo favorecer al pariente o amigo con el sueldo que percibirá, resulta especialmente destacable la corrupción que Galdós denuncia en la provisión -casi distribución- de las plazas del Consejo Real, sometidas, como todas las concedidas por el Rey, a la influencia de quienes componían en cada momento aquella "pequeña corte del Monarca".

A lo ya dicho sobre las escasas exigencias culturales que para seleccionar a estos consejeros se tenían en cuenta por entonces, añade Galdós algunas consideraciones que hacen aún más notable la corrupción en ellos mismos y en quienes los apoyaban. Unos y otros se muestran ejemplo de lo que no debe hacerse ni consentirse. Son el reflejo de una lamentable, aunque estricta, verdad histórica:

Las poltronas del Consejo tenían un atractivo especial. Pipaón recuerda en sus Memorias que "don Buenaventura" (Mozo de Rosales) "tenía antojos" por ellas "desde su mocedad, o casi desde el vientre materno"; y el mismo Pipaón veía en ellas "la ambición y el dorado sueño" de su vida, porque, en su opinión, "ningún arrimo se puede comparar al arrimo del Real Consejo y Cámara". Esta búsqueda de "arrimo", en lugar de ocasión de aconsejar en algún gran proyecto, es destacada/denunciada ante sus coetáneos repetidamente por Galdós, y reaparece como motivación de los aspirantes cuando Pipaón señala los caracteres y atractivos de esta institución: "Daba gana de dormir en aquellos sillones, bajo aquellos techos eminentes, en medio de aquella paz, de aquel reposo; de aquella estabilidad inalterable, de aquella majestuosa petrificación de los siglos (...) Era una tumba para el mundo y un paraíso para los que estaban dentro. Para el Reino, la muerte; para los privilegiados, dulce y reposada vida". Se asocian en él la misión de mantener dormido al país, que "ni toser" podía sin su permiso, y el perezoso regalo en que vivían sus miembros, según viene a expresarse cuando "don Buenaventura" "concluía de comer" y, levantándose, decía: "Adiós, Pipaón; me voy al Consejo a dormir la siesta"; con lo cual reverdecía en Pipaón sus tempranos deseos de pertenecer a aquella "institución narcótico-nacional", que

era, a su modo de ver, "la mejor almohada del mundo"<sup>166</sup>

La corrupta cobertura de estas plazas viene a ser el primer asunto de que se ocupa Pipaón, en "La segunda casaca", tras sus referencias retrospectivas a "las cosas públicas" ocurridas entre 1815 y octubre de 1819. Pipaón, que ya iba haciendo carrera para entonces, introduce el tema diciendo que había tenido que ceder su anterior puesto de trabajo "a un sobrino del ministro de Estado", y que, a cambio, esperaba con "viva ansiedad" ocupar la primera de estas plazas que vacase. Llegados a este punto, según suele hacer Galdós para detener la atención sobre las cosas importantes, cambia su forma de expresión, introduciendo en este caso la siguiente irónica exclamación: "¡Crítico y solemne momento!. A fines de octubre estaba vacante una de las canonjías del Consejo"<sup>167</sup>.

Producida esta vacante, Pipaón se dice con derecho a ella por sus "méritos personales" y "porque repetidas veces, por mediaciones de ambos sexos, -añade- me había prometido la plaza Su Majestad". Pese a esas mediaciones, que dado su tipo de méritos, inducen a pensar en premios de este tipo a terceristas, Pipaón dice tener sus dudas porque "las promesas de Fernando eran como los *cient pájaros volando* del viejo refrán" y porque, aún contando con la ayuda de sus muchos amigos, se hallaba por entonces "en situación bastante equívoca, ni elevado ni caído, lejos de Palacio, a pesar de que Su Majestad" le "enviaba hipócritas recadillos". Se encuentra por ello "angustiado, inquieto y caviloso"; y, consciente de que, "como groseramente dice el refrán, (...) *el que no llora no mama*", monta una estrategia que parece degradar el ambiente en que se considera eficaz, pues consiste sustancialmente en visitar, llorar y pedir a todos, "exponiendo mis méritos -dice Pipaón-, como se exponían entonces: desacreditando a todo el que estuviese en olor de candidato; trabajando a lo topo y a lo castor, en la obscuridad y a la luz del día; armando muchos enredillos, y ganando voluntades, y levantando polvaredas de intriga y humaredas

---

<sup>166</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1298-1299 y "La segunda casaca", Cit., p 1371.

<sup>167</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1371. La insistencia de Galdós en el término "canonjía" para ponderar el valor de estas plazas parece reflejar -dicho sea de paso- que en la opinión de los coetáneos resultaba arquetípica la privilegiada situación de los canónigos. Es el mismo sentido en que Presas habla de las "canongías y prebendas" que se concedían a los militares, "Pintura de los males...", Cit., p 66.

de adulación". Y añade, cual si Galdós remitiera a cada lector a su propia época en busca de casos parecidos: "en fin, practicando todo lo que un hombre listo practicaba entonces y practica hoy en circunstancias análogas, que estas viejas mañas son de hoy como de ayer, y primero faltarán garbanzos que Pipaones en España"<sup>168</sup>.

Aunque estas marrullerías de Pipaón serán ineficaces, el ambiente de la Corte no resulta redimido, porque tal frustración no se debe a que Pipaón parezca "indigno de formar parte de una corporación en la cual han entrado peluqueros, boticarios y mozos de caballerizas", según su enojada protesta ante Lozano de Torres, sino a que, según le dice éste como ministro de Gracia y Justicia, la vacante estaba "ya provista" en favor -se sobreentiende- de alguien que contaba con mayor influencia: "el sobrino del marqués de M\*\*\*\*"<sup>169</sup>.

El nepotismo, que facilitaría apoyos familiares mutuos en la administración corrupta de otros bienes públicos, parece especialmente destacado por Galdós en la provisión de estas plazas, ya que, tras esta alusión al marqués de Mataflorida, acumula otro caso mediante la inmediata entrada en escena de don Ignacio Martínez Villela con la noticia de que "el señor Requena" acaba de morir y que había, por tanto, "otra vacante en el Consejo". Porque, entonces, Pipaón se dispone a caer sobre esta nueva plaza, apoyado por Lozano y Mataflorida, pero Villela les advierte: "No me toquen a esa vacante, que es para mi primo"<sup>170</sup>.

Las discusiones que Pipaón mantiene por este motivo, primero con Lozano y Mataflorida y luego con Villela, reflejan nuevamente los móviles y los méritos con que se pedían y concedían estas plazas, a la vez que la responsabilidad que en ello correspondía al Rey. Villela se consideraba con derecho a disponer de ella porque tenía "promesa de Su Majestad para la primera vacante", al igual que la tenía Pipaón y, como diría Lozano de Torres, apenado porque no sabe "cómo contentar a todos", resulta que "pasan ya de media

---

<sup>168</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1371.

<sup>169</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1372 y 1373.

<sup>170</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1375.

docena las personas a quienes Su Majestad ha prometido la primera vacante"<sup>171</sup>. Es decir, además de señalar repetidamente que Fernando VII no podía presumir de *palabra de Rey*, Galdós deja claro que la concesión de estas plazas era resultado de un reparto de destinos hecho en función del favor del Rey y de su camarilla y no de una preparación para desempeñar el cargo, puesto que éste se concedió antes a "peluqueros, boticarios y mozos de caballerizas" y recae ahora en familiares de los poderosos de turno. No es que estos familiares tuvieran cualidades o méritos especiales, porque el irritado Pipaón, refiriéndose al sobrino del marqués de Mataflorida, se desahoga criticándolo como ejemplo de "cuáles son las prendas, cuáles los antecedentes que se necesitan aquí para escalar los puestos del Consejo," indicando a seguido: "En primer lugar, ser jugador, borracho, calavera, no pagar las deudas contraídas, deber más de 3.000 reales en Canosa; y en segundo lugar, no saber más que un poco de latín, echársela de traductor de Horacio, decir mil pedanterías a propósito de leyes antiguas, defender malamente un pleito de tenuta, criticar en todo, fantasear en la Sala de Alcaldes, hablar mal de los funcionarios honrados y respetables como usted, y también tener de brevas a higos algún tratadillo con los masones de Granada y de Madrid"<sup>172</sup>.

Puede que este candidato no fuera tan lego como Pipaón, puesto que se alude a pretendidos conocimientos de "latín" y "leyes antiguas", pero esta razón ni siquiera se cita en favor de dichos nombramientos. La razón dada es ser "sobrino" o "primo" de quienes tienen poder, y ello se insinúa de nuevo -haciendo notar la necesidad de controles- cuando Mataflorida presume de que los tiempos son mejores que aquellos en que "el señor Chamorro y Paquito Córdoba disponían de **los destinos y los sueldos del Reino**" y Pipaón le contesta con malicia que "las personas han variado (...) pero las cosas, no", dando a entender que Mataflorida y Villela hacen ahora lo mismo que aquellos entonces<sup>173</sup>.

La corrupta influencia de la camarilla en los nombramientos hechos para el Consejo Real

---

<sup>171</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1375.

<sup>172</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1373.

<sup>173</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1373 y 1374. Sin negrilla en el original.

no se extingue en dichos actos, sino que, dadas las amplias competencias de este Consejo, repercute en muchos otros ámbitos, y de modo tanto más eficaz cuando, como en el caso de Villela, los consejeros eran a la vez miembros de la camarilla.

-*El nombramiento de obispos.* Esa repercusión y circunstancia resulta especialmente reflejada por Galdós en lo relativo al nombramiento de los Obispos, cuya extraordinaria capacidad directiva en la sociedad de entonces hace aun más destacables las anomalías en su designación. Además, en este caso, se muestra una especie de resonancia de tal influencia de la camarilla en otros niveles, ya que el influyente señor Villela estaba, a su vez, influído por "su *negra*, una tal doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa", que se había "captado de tal modo la voluntad de su dueño, que, teniendo éste la clave de muchos nombramientos, túvola ella también". Y "Especialmente las mitras, que se concedían siempre a propuesta del Consejo, fueron de tal modo monopolizadas por doña Inés, que ésta no abría la mano sin que saliera de ella un obispo. Había previo convenio y eclesiástico arreglo antes que una mitra fuese provista. y era cosa sabida: ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo si antes no se ponía a bien con la tal *negra*, impetrando y consiguiendo su soberana gracia"<sup>174</sup>.

Esta influencia decisiva se recalca además por Galdós refiriendo un "suceso curioso" a que dió lugar y que -dice Pipaón- "no quiero callar": "Vacó la diócesis de Astorga y, siguiendo los trámites ordinarios, fue presentado para la silla un sujeto cuyo nombre no hace al caso"; y, al ver Fernando VII el decreto que se le llevó a firmar, no hizo referencia a Martínez Villela como presentador, sino que "sonriendo con la socarronería que le era habitual", "cargado" por "aquella ambición desmedida de la *negra* de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar sus facultades con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma, y al margen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: "Será obispo de Astorga don

---

<sup>174</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1374.

X...X..., y perdone por esta vez doña Inés"<sup>175</sup>.

Por otra parte, ni la camarilla se limitaba a este tipo de influencias ni la corrupción, en sus diversas formas, a la acción de la camarilla. Levantada la veda por el Rey y sus más inmediatos servidores, ese talante corrupto se manifiesta igualmente, según señala Galdós, en los más diversos sectores, aspectos y niveles de aquella Corte.

2.1.2.2.2.4. *La generalización de esta tendencia y la venta de destinos.* La instrumentalización de los destinos parece responder a muy variadas motivaciones. Galdós afirma -siguiendo probablemente a Presas<sup>176</sup>- que el Rey "repartió mitras y togas" entre los firmantes del "manifiesto de los *Persas* (...) para que no quedara sin premio su lealtad", y son numerosas las alusiones a esta forma de pagar fidelidades<sup>177</sup>. No se trata

---

<sup>175</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1374-1375. Es probable que el nombrado fuera el "tinerfeño Santiago Bencomo, confesor y capellán de Fernando VII, muy allegado a su persona y correspondido por el Soberano", según indica Soledad Miranda García en su "Pluma y Altar en el siglo XIX. De Galdós al cura Santa Cruz" (Pegaso, Madrid, 1983, pp 18-19), citando -sin aludir a su posible apoyo documental- a "RODRIGUEZ LOPEZ, P.: *Episcopologio asturicense*. Astorga, 1908, IV, 146-49." Por nuestra parte hemos intentado verificar esta significativa anécdota y resulta que, con fecha 11 de septiembre de 1816, se elevó al Rey una propuesta de provisión del obispado de Astorga, vacante "por promoción de don Manuel Vicente Martínez y Ximénez -que lo ocupó el 13 de octubre de 1805- al Arzobispado de Zaragoza"; en el margen del borrador que, sin firmas ni sellos, se conserva en el Archivo Histórico Nacional, se lee: "Resolución de S. M.: Nombro a D. Santiago Bencomo, Canónigo de la Iglesia de Canarias". Desgraciadamente el original, presente en otros casos, había desaparecido en éste, quizá por un acto vandálico incitado por su rareza, y no pudimos ver si en él se empleó la expresión señalada por Galdós (A.H.N., Consejos, Legajo 16.891.) Este obispado vuelve a quedar vacante, según puede leerse en el borrador de una nueva propuesta conservada en el mismo legajo, "por haber fallecido antes de tomar posesión D. Santiago Bencomo"; y por escrito de 13 de diciembre de 1818 resulta nombrado para el cargo "D. Guillermo Martínez, Magistral de la Iglesia Catedral de Palencia," que sirve dicho obispado hasta el día 24 de octubre de 1824, en que fallece. Dada la fecha, también éste podría ser el nombrado entonces por Fernando VII, pues en la propuesta (15-Dic-1817) aprobada "para la formación de Salas del Consejo (...) en el año próximo de 1818", "don Ignacio Martínez de Villela" (Sic) se halla incluido en la "Sala de Justicia" (A.H.N., Consejos, Legajo 6.081). Tampoco hemos podido saber con seguridad quienes fueron "los sugetos" (Sic) propuestos al Rey porque *las listas* han desaparecido. En el caso de Bencomo se dice que "se incluyen en la -"representación"- de la vacante del obispado de Ceuta", de la misma fecha, pero vista ésta (A.H.N., Consejos, Legajo 16.900), no las hemos hallado, lo cual da pie a pensar que desaparecieron en el mismo vandálico acto que el resto del expediente.

<sup>176</sup> "Pintura de...", Cit., p 37.

<sup>177</sup> El mismo Gral. Elío, al que Galdós no alude en este sentido, fue premiado por Fernando VII con "la Gran Cruz de la Real orden americana de Isabel la Católica", por disposición de 25 de julio de 1817 ("Gaceta de Madrid", 1817, p 833), "queriendo dar un testimonio de lo gratos que me han sido -dice Fernando VII- los distinguidos servicios" que le hizo *en América* y le hacía *en la Península*.



en muchos casos de garantizar la función directiva, sino de **premiar** con ella a los **leales**. Pero con ello no sólo se concede dicha función, sino también, y ahí está parte del premio, los sueldos, la dignidad social y el poder que permiten adquirir otros bienes.

Son notables las referencias de Galdós a personajes históricos como Mozo de Rosales ("don Buenaventura"), en cuya presentación destaca, entre otras cosas, "la prontitud con que se proporcionó tres o cuatro sueldos" importantes del Estado, su rápido enriquecimiento y su compra "en 20000 duros" del título de marqués de Mataflorida<sup>178</sup>.

Es destacable, así mismo, la imagen que, en "Memorias de un cortesano de 1815", ofrecen el duque de Alagón y Chamorro cuando aparecen regateando como dos chalanés en el intercambio de diversas plazas de la Guardia Real y otros destinos para repartirlos entre sus favorecidos<sup>179</sup>.

Por otra parte, aunque estos destinos e influencia tienden a acumularse en los fieles al poder absolutista, a veces aparece más claro y relevante el interés personal por el amigo o familiar, según se ha visto en la provisión de plazas del Consejo Real, se insinúa en las recomendaciones a Chamorro y al duque de Alagón y se refleja en el caso de don Tomás Moyano, del que se dice entre chistes que "tiene media nación por parentela" y que "ha despoblado a Castilla", de modo que "no hay en Valladolid quien tome el arado, porque los labradores todos han pasado a la Secretaría de Gracia y Justicia"<sup>180</sup>.

Pero estos y otros casos concretos sólo parecen apoyos, ejemplos, de algo que se muestra generalizado. Tanto que Galdós -tratando de evitar posibles ecos en su época- ridiculiza la existencia en Palacio de una "sala (...) en que acostumbraban reunirse los cortesanos para arreglar sus **cuentas de favoritismo unos con otros**, sopesar su respectiva influencia

---

<sup>178</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1282-1283 y "La segunda casaca" Cit., p 1373. Enriquecimiento, compra y precio confirmados, entre otras cosas, en PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., pp 61-62.

<sup>179</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., pp 1308-1311.

<sup>180</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., p 1326. "...en un sólo día, que fue el 30 de mayo de 1815 -escribe J. Presas- colocó a más de treinta parientes, dejando muchos de ellos el arado con que surcaban las tierras de Rueda, la Seca y Medina". En "Pintura de los males...", Cit., p 57. Día y nombramientos señalados también por VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 100-101

y regodearse en común -ironiza Galdós- de ver la buena marcha de los asuntos del Gobierno"<sup>181</sup>.

En aquella sala van siendo citados diversos ministros y otros cortesanos cuyas conversaciones giran en torno de este hecho y proporcionan variadas imágenes de ello. Eguía, ministro de la Guerra, dice, por ejemplo, a Chamorro haber despachado ya "todos los nombramientos que" le "recomendó": "Las doce comandancias de provincias, seis plazas fuertes y no sé cuantas tenencias de resguardos"; de las cuales -aclara Chamorro- gran parte eran para el duque de Alagón. Chamorro, a su vez, asegura a Eguía que "se tendrá en cuenta" su deseo "de regalar un arciprestazgo al sobrino" de su "cuñada" -J. Presas dice que cuando Eguía fue cesado había "colocado a todos sus hijos y parientes"<sup>182</sup>-. El "obispo de Almería, Inquisidor general", también pide a Chamorro recomendación para sus amistades y para sus "primas", y dice haberla pedido a Artieda...<sup>183</sup>.

En fin, con la referencia a estos personajes históricos se da, junto a una información sobre su carácter, una imagen de conjunto que viene a corresponderse, reforzando su verosimilitud, con la ofrecida a través del novelesco Pipaón, que típica y simbólicamente, acumula en sí los vicios reunidos en aquella corte<sup>184</sup>.

---

<sup>181</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., p 1325. Sin negrilla en el original.

<sup>182</sup> "Pintura de los males...", Cit., p 65.

<sup>183</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1325, 1331, especialmente, 1326 y 1329. Galdós muestra así el efecto producido por el *régimen de Camarilla*, al que alude Presas diciendo que "se veía a los obispos, a los generales, a los togados y a otros varios funcionarios públicos, humillados ante la presencia del guardarropa Artieda, de los criados Moreno, Ramirez de Arellano, del mozo de retrete Chamorro, implorando su favor para satisfacer su vanidad o insaciable avaricia". PRESAS, J.: "Pintura...", Cit., p 34.

<sup>184</sup> La imagen de conjunto viene a suplir a los innumerables casos particulares, que Galdós no podía naturalmente conocer ni citar en su totalidad. Entre sus relativos silencios, en cuanto a corrupción se refiere, está el de la Secretaría de la Guerra, de la que, sin embargo, dice el marqués de las Amarillas: "La nulidad y embrollo de la -Secretaría- que encontré no es creíble: jamás ha existido tan viciosa institución; había expedientes atrasados de diez y más años; Reales Ordenes firmadas por el marqués de Campo Sagrado que salió en 1817 y no remitidas aún en 1820, como que cada uno era el árbitro y regulador de su trabajo, que hacía o no según le acomodaba: puesto allí el feliz mortal que lograba entrar en la Secretaría, **no pensaba más que en hacer prosperar a los suyos, todos sus hijos eran Oficiales en Filipinas aún cuando estuviesen en la cuna, todas sus hijas tenían pensiones y él mismo se agenciaba condecoraciones** (continúa...)

Es significativo, en relación con este reparto de destinos, o **regalos**, que Pipaón esperaba su "premio" por participar en la reacción de 1814 y es al fin obsequiado por su amigo y "protector" "don Buenaventura" (Mozo de Rosales) con una pregunta llena de connotaciones: "Dime, Braguitas, en cual oficina quieres colocarte, pues ya he dado tu nombre al ministro, y no falta más que saber tu deseo para satisfacerlo al punto"<sup>185</sup>.

Pipaón obtiene así, en el plano novelesco, un premio similar al atribuido a los *Persas* en el histórico, pero aquí se destaca aún más la utilitariedad del destino, pues "como vayan por delante los 20.000 reales que Vucencia me ha prometido, -dice Pipaón a "don Buenaventura"- lo demás es cuestión secundaria". Cosa que, por otra parte, se recalca haciendo notar que, pudiendo elegir, Pipaón prefería "la Real Hacienda", iba "a lo positivo". Tras este "premio" político, Pipaón resulta promocionado por intercambio de favores con su amigo Ostolaza, que, agradecido porque Pipaón se ocupó de emparejar cierto expediente "de un hermano suyo, teniente de resguardo", le procuró "una plaza de 40.000 reales en Tercias Reales"<sup>186</sup>.

El siguiente salto de Pipaón también implica favor mutuo, pero en este caso para servir, a su vez, otra modalidad de corrupción, pues entra a dirigir "la Real Caja de Amortización" para promover la revalorización de unos "juros de 1803" cuyos "únicos poseedores" eran Ugarte, Alagón y "otra persona", que se sobreentiende Fernando VII<sup>187</sup>.

---

<sup>184</sup>(...continuación)

**o ventajas que nadie sabía** -negrilla nuestra-, porque todo se hacía en silencio y sin que nadie lo sintiera. - De **empleos malamente vendidos en América** se había formado en la Secretaría de la Guerra un fondo de más de un millón de reales y de éstos, el Señor Alós, mi digno antecesor, -continúa el M. de las Amarillas-, había dispuesto se diese al ministro una gratificación mensual de mil reales y a los oficiales proporcionalmente". Cuando el Rey lo supo vino a arreglarlo, según el M. de las Amarillas, mandando a Alós entregar "a Ugarte un millón para la expedición", pero al ponderar Amarillas que el Rey arregló todo "con cuatro tan sencillas palabras", cabe entender que no hubo expediente, ni escándalo, ni castigo, con lo que la reacción Real parece reflejar que esto no era excepcional ni se estimaba grave. GIRON, P.A., M. de las Amarillas: "Recuerdos..." Cit., T II, p 92.

<sup>185</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1287.

<sup>186</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1287 y 1296.

<sup>187</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1312-1313. Sobre este y otros tipos de ingresos inconfesables de Fernando VII, su insultante opulencia, su colocación de dinero en el Banco de Londres, etc., (continúa...)

Es así como Pipaón, que al llegar a octubre de 1819 esperaba ya entrar en el Consejo Real, fue haciendo su "fabulosa carrera", que, como él mismo dice, no habrían igualado "más de cuatro" desde que existían "los empleos públicos" con sus "expedientes de Arbitrios, Propios, Tercias Reales, Noveno, Pósitos, Paja y Utensilios, Frutos Civiles, Mandas, Renta de la Abuela, Chapín de la Reina y demás yerbas que componían el placentero jardín de la Administración"<sup>188</sup>.

Esa visión de "los empleos públicos" como frutos de un "placentero jardín", y no como un puesto de servicio a la sociedad, es la que Galdós -a quien no faltaban ejemplos en su presente- parece denunciar en aquella corte, a través de Pipaón sobre todo: "las peticiones de destinos" que éste tenía desde que estaba en la tertulia del Infante don Antonio eran tantas que las cartas, a veces acompañadas de regalos, entraban en su casa "por almudes", y tanto tiempo y zapatos gastaba en atenderlas que acabó pidiendo a los interesados que le "indemnizarán módicamente de aquellas pérdidas" con una cantidad variable, "10.000, 12.000 ó 20.000 reales"; o mucho más según la importancia del destino, los "posibles" del pretendiente, si este "venía de provincias", etc.. Pero estas cosas no sólo se muestran en Pipaón, pues al recordarlas se dice: "Asunto era este delicadísimo y que exigía grandes precauciones. Por no tomarlas (...) cayó desde la altura de su poltrona a la ignominia de un calabozo un célebre ministro de Gracia y Justicia". Y con una llamada a pie de página se indica: "Macanaz"<sup>189</sup>.

---

<sup>187</sup>(...continuación)

aludidos por Galdós en *Ibíd.*, pp 1314 y 1323, véase VAYO, E. de C.: *Op. Cit.*, T II, p 115, que parece ser su fuente.

<sup>188</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". *Cit.*, p 1281.

<sup>189</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". *Cit.*, pp 1297 y 1298. Don Pedro Macanaz, primer ministro de Gracia y Justicia tras la reacción de 1814, "tenía en su casa -escribe Vayo, refiriendo este hecho,- una ama de gobierno llamada Luisa Robinet" que traficaba con "los destinos más lucrativos", de modo que "ajustaba la cantidad y depositada (ésta) en casa de don Jaime Dor, comerciante. y de otras personas, con anuencia de Macanaz, recaía la plaza en el generoso pretendiente." Divulgado el escándalo a fuerza de repetirse, el Rey quiso dar la imagen de corregirlo y, con cierto teatro, fue personalmente a casa de Macanaz y le recogió los papeles, entre ellos una carta en que se ofrecían "doce mil reales" e indicios de otra entrega de "veinte mil". "Pero lo que principalmente tenía irritado al monarca, y originó la verdadera desgracia del ministro, -continúa Vayo, que con ello aclara otra indicación de Galdós,- fue el haber insistido (...) para la reunión de Cortes por estamentos". (VAYO, E. de C.: *Op. Cit.*, T II pp 79-80.) Aun así, resulta difícil creer que,  
(continúa...)

Estas reclamaciones de propinas o, como diría Pipaón, "indemnizaciones", parecen haberse convertido entonces en algo habitual. Galdós, a la vez que recuerda este ruidoso y ejemplar caso, refleja, como siempre, una realidad histórica<sup>190</sup>. La situación era tal que, "por decreto especial de la Real Mano", el "21 de diciembre de 1817", hubo de mandarse "que ninguno de los empleados de su Real Casa cobre ninguna propina o paga, ni emolumento alguno; haciéndose entender a todos para que cuando haya bandas, coberturas, toisones y demás gracias, no reclamen nada, avisándose al público para que sepa cualquiera que sea agraciado con cualquier distinción, no tiene que dar ninguna propina"<sup>191</sup>.

2.1.2.2.5. *Las raudas carreras y enriquecimientos personales*. Tales ejemplos de reparto o comercio de destinos enlazan con otras formas de corrupción, igualmente rechazables y aleccionadoras, que suponen el ilícito empleo de la información e influencia propias del cargo para la "carrera" o enriquecimiento personal. Esta es una de las más duras denuncias de Galdós. Basta recordar algunas de las biografías recogidas para encontrar ejemplos claros de ello. En realidad, lo que se dice contar en las supuestas Memorias de Pipaón, aunque se cuentan muchas más cosas, es cómo éste pasó, "en poco tiempo, desde el más oscuro antro de las regias covachuelas a calentar un sillón en el Real Consejo y Cámara de Castilla". Lo que pasa es que, cuando Pipaón recuerda sus argucias de "varón allegador", asegura que no fue él "el inventor de tales alivios", sino que los aprendió "de

---

<sup>189</sup>(...continuación)

como indica Presas, Macanaz no conociese los manejos de su sirvienta y que toda su implicación se debiera a la "celada" que, con "onzas de oro" marcadas, le tendieron los *envidiosos* o *resentidos* porque Macanaz "agració con mercedes a los que no las merecían" o las merecían menos que ellos. PRESAS, José: "Pintura de los males...". Cit., pp 54-56. En relación con este caso puede verse también el estudio, de significativo título, realizado por MARTIN GAITE, Carmen: "El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento". Anagrama, Barcelona, 1988.

<sup>190</sup> El mismo Presas, que exculpa de ello a Macanaz, afirma que por otros sí "se ven reiteradas tales negociaciones en las secretarías de Estado de España". En el año 1826, dice, "se han visto complicados treinta y tantos individuos". *Ibidem*, p 56.

<sup>191</sup> El citado texto legal en MARTIN DE BALMESADA, Fermín: "Decretos del Rey don Fernando VII". Cit., Apéndice a los tt I, II, III y IV, pp 439-440.

maestros muy doctos, cargados de emolumentos, veneras, excelencias, y que pasaban por las más firmes columnas del Estado y de la Iglesia, de lo cual colijo -dice Pipaón, señalando el efecto de la corrupción en quienes deben dar ejemplo,- que las trazas antedichas no debían de ser pecaminosas"<sup>192</sup>.

De ello resulta que los cortesanos a quienes Pipaón cita como amigos suyos, y la Corte en general, parecen participar, aunque Galdós no lo atribuya a aquellos personalmente, de muchas de las corruptas artimañas que Pipaón desplegaba "cuando alguno de aquellos señorones" iba a su oficina o a las de al lado "a solicitar reservadamente que se hiciera perdidizo un miserable expedientillo" o que, por otros muchos procedimientos que Galdós enumera, "se escurrieran entre los papeles algunos **disimulados sapos y culebras**", cambiando "un par de números", consiguiendo una "moratoria (...) para tal o cual duque", el reparto de "los oficios" de un pueblo entre "dos o tres individuos de una familia" o multitud de otros negocios propios "del mangoneo subterráneo de las oficinas", que Pipaón controlaba, según dice, mediante "una red oculta" de "hilos de connivencia" que tenía establecida. No se trata de hechos aislados, sino que, "tanto iba creciendo" su "clientela", que Pipaón pensó poner "una agencia de negocios", era muy conocido, se sentía importante y nadaba en la abundancia"<sup>193</sup>.

Una parte de estos negocios -asociados a la imagen del absolutismo- parece atribuirse a los integrantes de la tertulia del Infante don Antonio (el nuncio Gravina, Infantado, Escofquíz, Ostolaza) donde "eran tantos los asuntos delicados, espinosos y resbaladizos que se me confiaban, -dice Pipaón- que me vi obligado a valerme de agentes"<sup>194</sup>.

Dentro del plano histórico son destacables, junto a lo dicho sobre Mataflorida, las referencias de Galdós a las grandes carreras de cortesanos como A. Ugarte, que "se hizo agente de negocios de Indias, de los Cinco Gremios y de la Dirección de Rentas. ¡Colosal mina! -comenta insinuante Pipaón- Antoñuelo tenía talento en la cabeza y dedos en las

<sup>192</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1281.

<sup>193</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1291 y 1292. Sin negrilla en el original.

<sup>194</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1297.

manos". Combinado esto con su poder, por el que era llamado Antonio I, en su agencia de negocios "puso una mano en el corazón de la Monarquía y extendió la otra a los últimos confines de ella en Europa y en América"; y Ugarte, "en connivencia secreta con el Rey, (...) manejó la Hacienda pública sin responsabilidad (...) organizó ejércitos y compró buques (...) a espaldas del llamado Gobierno"<sup>195</sup>. Se destaca también la de "Paquito Córdoba", que "en cuatro años pasó de la nada (...) al ducado de Alagón, con grandeza de España, toisón de oro, grandes cruces y el mando de la Guardia de la Real persona", en la que gastaba sin control "sumas colosales"; y, sin más razones -según ironiza Galdós- que evitar "denigrantes escaseces" a hombre tan amigo del Rey y en "posición tal alta", "Su Majestad le hizo cesión" de tierras y privilegios en América<sup>196</sup>.

No parece necesario insistir en la responsabilidad que en estas carreras corresponde también a Fernando VII, que resulta aludido además, junto a Alagón y a Ugarte, en lo dicho sobre los "juros de 1803", y con Ugarte, según luego veremos, en posibles acciones corruptas al comprar los barcos rusos<sup>197</sup>.

En esta misma línea cabe recordar los antes citados casos de "Irujo, que empezó su carrera por paje de Bolsa de un consejero y la acabó marqués y millonario", o "el duque de San Fernando, su sucesor" como ministro de Estado, que "al principio de la guerra era soldado raso, y en 1818 teniente general, duque, grande de España, y -dice Pipaón- no sé que más".

Las referencias de Galdós a Lozano de Torres introducen una variante dentro de estas reprobadas carreras y enriquecimientos:

"La carrera de este benemérito español había sido el comisariato del Ejército. ¡Y qué herejías dijeron de él a propósito de la administración del hospital militar de la Isla! Con ser tan fuertes, sin embargo, las especies que acerca del Comisario dijo el vulgo, no llegaban, ni con mucho, a lo que decían los enfermos, unos tunantes que ponían el grito

---

<sup>195</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1300 y 1301.

<sup>196</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". pp 1311, 1312 y 1327.

<sup>197</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1391.

en el cielo desde que les faltaba caldo. ¡Qué tal fama de abastecedor y despensero tendría el niño, cuando, destinado a la Intendencia de Castilla la Vieja, no quiso darle posesión el gran Wellington, jefe del Ejército aliado!"<sup>198</sup>.

Estos datos, aunque relativos a una época anterior a 1814, reflejan cuáles eran la personalidad y mañas de Lozano de Torres, miembro después de la camarilla, ministro de Estado del 24 al 26 de enero de 1816 y de Gracia y Justicia desde enero de 1817 a noviembre de 1819<sup>199</sup>.

La continuidad del comportamiento corrupto aludido en el texto anterior, que cabe suponer de difícil curación, se insinúa, además, por Galdós vinculándolo a los manejos, habitualmente corruptos, de Pipaón, que, según dice, "no dejaba de prestarle servicios menudos, a más de los grandes", y, ya en 1819, asegura: "Desde 1815 éramos muy amigos don Juan Esteban y yo. El pobrecito no recibía recomendación mía sin que al punto la despachase, y en la camarilla partíamos un confite, según éramos de tolerantes y condescendientes el uno con el otro, sin estorbarnos ni quitarnos de la boca el hueso, como hacían algunos, más semejantes a perros hambrientos que a cortesanos hartos"<sup>200</sup>.

Resulta, pues, que también las decisiones cotidianas sobre los diversos expedientes del "jardín de la Administración" parecen verse afectadas, más que por nadie, por la conducta de esos "cortesanos hartos", tanto si estaban entre sí **a partir "un confite"**, "tolerantes y condescendientes", como si parecían "perros hambrientos". El resultado parece ser que, cada unos cuando podían, "se comían el Reino crudo", según decía gráficamente Pipaón para indicar el poder, y subsiguiente comportamiento, que "Ramírez de Arellano y un tal Villar Frontín" tenían en 1819. Pero la corrupción de lo menudo y cotidiano se muestra también extendido a otros niveles de la administración, según señala Galdós al recordar la

---

<sup>198</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1370. Estos diversos *excesos* y la negativa de Lord Wellington a admitirlo en esta intendencia son destacados por PRESAS, J.: "Pintura..." Cit., pp 58-59.

<sup>199</sup> Todo ello está confirmado en la biografía que le hizo MORENO MORRISON, R., Op. y lugar citados, y en Diccionario Larousse de Hª Universal. Planeta-Agostin., Barcelona, 1988, T IV, p 2222.

<sup>200</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1371. La relación que Galdós establece entre Pipaón y Lozano parece manifestarse también al atribuir a Pipaón la dirección de la "Real Caja de Amortización", cargo que en 1830 se encomendaría a Lozano de Torres. Ver MORENO MORRISON, R.: Op. y lugar citados.



eficacia del soborno facilitado por "un bolsón de cuero lleno de onzas de oro", traído a Madrid por el señor de Baraona, con cuyo "unto milagroso (...) -recuerda Pipaón, que le acompañaba en sus gestiones,- se abrían de par en par las puertas de las oficinas y con ellas el corazón de los más cerrados covachuelos"<sup>201</sup>.

La inagotable gama de modos de corrupción que Galdós refleja en estos Episodios comprende, asimismo, la apropiación indebida de bienes públicos, que se insinúa al referirse a la "hermosa casa", "grande" y muy "suntuosa", que Pipaón había adquirido mediante ciertos "servicios a determinado prócer" y "sin otro gravamen que algunos censillos y costas de poco precio". En ello se insiste, como de paso, al decir Jenara que Monsalud, tenía habitación arrendada en una "casa (...) **perteneciente a bienes mostrencos y habitada por un administrador de éstos**"<sup>202</sup>.

Se tiene la sensación de que estos afanes corruptos lo invaden todo. Cual si fuera una especie de símbolo, el mismo argumento novelesco de "Memorias de un cortesano de 1815" refleja una especie de corrupción en cadena de su protagonista y supuesto autor, Pipaón, que consigue retener en la cárcel a Gasparito Grijalba hasta lograr que su padre le vendiera (a Pipaón) los "créditos contra las señoras de Porreño por la mitad de su valor" y, conseguido esto, exige a dichas señoras el pago de tales deudas, cuya moratoria había logrado también que se denegase para hacerles imposible dicho pago y pasar al embargo de sus tierras, que, tras ello, pasaron a ser propiedad de Pipaón<sup>203</sup>. Esta compleja operación se combina con la tercería de Pipaón entre el Rey, que corrompe así la Justicia, y Presentación, que -en tácita y moralizante sugerencia a los coetáneos de Galdós- evitará tal encuentro con el Rey y se vengará de Pipaón -por sí, por su novio y por las Porreño- echándolo al lago de la Casa de Campo madrileña<sup>204</sup>.

<sup>201</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1361.

<sup>202</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1362 y 1383-1384. Sin negrilla en el original.

<sup>203</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., especialmente pp 1346 y 1352.

<sup>204</sup> La concreción de este paraje como lugar de tal tipo de *tercerías* puede no carecer de fundamento. "Don Saturnino Segovia, Administrador de la Real Casa de Campo", obtuvo, por Resolución de 19-VII-1815, (continúa...)

### 2.1.2.2.3. *Manifestaciones de rechazo*

El rechazo a lo representado por Pipaón se manifiesta así de modo claro y contundente. La corte representada en esta operación, simbolizada en la "masa de fango pestilente" que era Pipaón al ser sacado del Lago, se corresponde bastante con cuanto llevamos dicho sobre casos puntuales aludidos por Galdós y con la imagen de conjunto que aportan las "observaciones" de Gabriel Araceli, supuesta "persona de aquellos tiempos", cuando opina que "la comparsa" en que figuró Pipaón "fue de las más abominables y (...) grotescas" que habían existido en España y que "cuanto puede denigrar a los hombres: la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que **ni siquiera supo hacer el mal con talento**. El alma se abate, el corazón se oprime al considerar aquel vacío inmenso, aquella ruín y enfermiza vida que no tuvo más síntomas visibles en la exterioridad de la nación que los execrables vicios y las mezquinas pasiones de una Corte corrompida". Esta ineptitud, hasta para "el mal", y este carácter corrupto de la Corte, acompañados de todas esas otras contravirtudes citadas, parecen conducir a la idea de ineficacia con que Araceli concluye: "no hay ejemplo de una esterilidad más espantosa, ni jamás ha sido el genio español tan eunuco"<sup>205</sup>.

"Esterilidad" o ineficacia gubernamental -parece decir Galdós a sus lectores- que resultan siempre rechazables, pero que lo son más cuando no se deben a ineptitud sino a la corrupta postergación de los fines propios del cargo para obtener beneficio personal, sea éste económico o influencia derivada de colocar en ciertos puestos a quienes puedan proporcionar apoyos futuros.

Las condenas que de este proceder se producen en Presentación y en Araceli vienen a ser un avance de la contestación que, a la vez que se recuerda el talante gubernamental,

---

<sup>204</sup>(...continuación)

una asignación de "mil reales de vellón anuales sobre piezas eclesiásticas de las Iglesias del Reyno para el culto y dotaciones de los dependientes de la Parroquia de San Antonio de la Florida"; y en 7 de marzo de 1818 alcanza un total de rentas de 40.890 reales de vellón al año. A.H.N., Consejos, Legajo 15510, Doc. N°14.

<sup>205</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., pp 1344 y 1345. Sin negrilla en el original.

se muestra en "La segunda casaca" como un factor de los intentos liberales para acabar con la acción de aquella "oligarquía poderosa" que, según dice Pipaón, mangoneaba "en lo pequeño y en lo grande, con el Reino en un puño y el Trono en el otro"<sup>206</sup>.

Entre las razones que Monsalud, representante de los revolucionarios, manifiesta a Pipaón cuando éste, cambiando de casaca, se une a ellos, se encuentra la de "dar al traste con la infame polilla de España que mina el Trono y el país, y al mismo tiempo se los está comiendo"<sup>207</sup>.

La "esterilidad" y el mangoneo cortesanos se denuncian también desde el lado de los absolutistas radicales, según señala Baraona cuando dice a Pipaón: "os ocupáis de tonterías, de crear cruces, de mudar los ministros todos los meses, de dictar leyes que no se cumplen. Esto es hacer pajaritas de papel, (...). Vendrá la revolución y os encontrará disputando sobre el color de una venera o sobre si la Reina está o no está embarazada..." Lo que Baraona propugna, sobre todo, es una mayor eficacia contrarrevolucionaria -lo cual invita a pensar en lo difícil que lo tenía Fernando VII, para atender a los revolucionarios y a quienes, como el integrista Baraona, desean en él, sin hallarlo, según dice a continuación, el "Gobierno de Cristo, de la verdadera política cristiana, que tiene por base la justicia"-, pero ello no resta significación a la denuncia de ineficacia y de corrupta poltronería que hay en la larga protesta a que pertenecen sus anteriores palabras y en las que dice también: "los magnates se ocupan de convites y cenas, mientras los masones proyectan comerse a la Nación"<sup>208</sup>.

Unos y otros sentían, pues, en octubre de 1819, ese rechazo y la necesidad de hacer algo. En opinión de Monsalud -que puede entenderse atribuida por Galdós a los revolucionarios sinceros-, la situación era "un conjunto horrible de **ignorancia**, de mala fe, de **corrupción**, de debilidad", que debía intentarse remediar, aunque cabía temer que -según él sabía ya- estuviera "el mal demasiado hondo" para que pudieran curarlo los

---

<sup>206</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1359.

<sup>207</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1401.

<sup>208</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1364 y 1365.

revolucionarios<sup>209</sup>.

Pero Monsalud (Galdós) no se limita a esta calificación y motivación global, sino que señala puntualmente una serie de aspectos o motivaciones de la Revolución entre los que presentan gran importancia la ineptitud y corrupción a que se refiere este apartado. Los revolucionarios luchan, viene a decir Monsalud a Pipaón, porque no quieren "que sigan gobernando a la nación el capricho de un Rey o la ambición infame de media docena de lacayos; (...) que todo el manejo de la fortuna del Reino esté al arbitrio de una mujerzuela o de un palaciego adulador; (...) que la parte principal de la riqueza del país sea chupada por un enjambre de holgazanes corrompidos, sin ley de Dios ni de los hombres; (...) que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga; (...) que un capellán de monjas, más estúpido, aunque menos gracioso, que fray Gerundio ponga su veto a las obras del entendimiento más sublime; (...) que siga este envilecimiento en que tantos seres viven, gobernados como carneros, sin saber pedir cuenta de su conducta a los que gobernar; (...) que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y de dolor en los calabozos o en los presidios de Africa, y que los mejores títulos para escalar las altas posiciones sean aquí la adulación, la bajeza, la nulidad, la ignorancia, la intriga"<sup>210</sup>.

La contundencia y claridad con que Galdós señala aquí el rechazo de los revolucionarios de 1820 a la ineptitud y corrupción de los gobernantes del sexenio anterior parecen definitivos. Cuanto llevamos dicho en este apartado se completa con sus alusiones al deseo de evitar que los "lacayos", mujerzuelas, "palaciegos aduladores", "holgazanes corrompidos", etc. movidos por "ambición infame", "sigan gobernando la nación", manejando su fortuna y chupando sus riquezas, al lado de un Rey que parece acusado de guiarse por su "capricho" y no por afán de justicia y felicidad para su pueblo. En esta larga relación de cargos contra el Gobierno de aquel sexenio se alude también a muchos otros aspectos que sólo en parte son propios de este apartado, pero que se han recogido para

---

<sup>209</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1414. La negrilla es nuestra.

<sup>210</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1414-1415.

salvar el contexto, señalar algunas ramificaciones asociadas por Galdós a la ineptitud y corrupción de aquellos gobernantes y, a la vez, mostrar su enlace con el carácter del régimen absolutista, que se plantea en el próximo apartado.

Resulta en este sentido especialmente destacable la alusión a la práctica del obscurantismo, que hace "que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado" y cuya proscripción o veto de libros obstaculizaba la culturización y contribuía -con intención o sin ella- a mantener la sumisión y el "envilecimiento" de quienes vivían "gobernados como carneros" y, a la vez, a evitar protestas y problemas de quienes, al adquirir cultura y capacidad, podrían aspirar al control y evitación de los abusos y torpezas de sus gobernantes.

Esta parece ser la intención de Galdós cuando Mataflorida, sospechando que Pipaón le había traicionado, dice a éste: "¡Conque te me has pasado a la masonería y a la Revolución! (...) ¿Conque después de haber explotado el obscurantismo, después de haberle chupado la sangre al Reino, y al Rey, y a chicos y grandes, reniegas de la generosa cabrita cuyas ubres has puesto, a fuerza de *mamancia*, como zurrón vacío?"<sup>211</sup>. La acusación de haber "explotado el obscurantismo" viene a equivaler, por una parte, a la de haberlo instrumentalizado, a la de haberlo aprovechado para *chupar* a su sombra protectora, y, por otra, insinúa una contraposición entre ese obscurantismo y "la masonería y (...) la Revolución", a las que Pipaón se había "pasado" desde el absolutismo<sup>212</sup>. En este último sentido, la práctica del obscurantismo sería la aplicación de un recurso previsto en el sistema absolutista para proteger con la ignorancia o desinformación de los gobernados no sólo a los gobernantes sino también al sistema mismo.

Se enlaza así con la idea de que gran parte de los males de aquel sexenio eran consustanciales al régimen absolutista que los hacía posibles. Este régimen -que todavía tenía defensores cuando Galdós escribe- no sólo mantenía a los gobernados "sin saber pedir

---

<sup>211</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1426.

<sup>212</sup> La contraposición se hace clara, aunque tácitamente, años después, en el episodio "Luchana": "¡Ay de nosotros -dice allí la bilbaína Prudencia- en el caso de que venga la mala y se vaya la Libertad a paseo y triunfe el obscurantismo!". Ed. Cit., T II de Ep. Nac., p 1196.

cuenta de su conducta a los que gobiernan"; es que, aunque hubieran sabido, no habrían podido hacerlo, porque el absolutismo era incompatible con la creación de los necesarios cauces de participación y control. Esto iba unido a la lucha por liberarse del soberano "capricho" del Rey y por el logro de un grado de libertad más conforme a las exigencias de la naturaleza humana. Este es, como vamos a ver, un nuevo aspecto de la lección y mensaje históricos que Galdós extrae y presenta ante sus coetáneos.

### ***2.1.2.3. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad natural con la dignidad humana***

#### ***2.1.2.3.1. La alianza del Trono y el Altar***

El absolutismo no sólo se manifestaba rechazable por sus modos de ejercer el poder, sino también por su naturaleza misma. Esta presentaba unos caracteres y conllevaba unas condiciones sociales que gran parte de los españoles estimaban ya inaceptables, especialmente al agravarse dichos caracteres por su contraposición a los del régimen liberal vivido entre 1808 y 1814. Su imagen del sexenio 1814-1820, factor importante de la Revolución producida en este último año, era todavía reconocible en muchos carlistas de 1872-1876.

El rasgo primero y fundamental que Galdós le señala es el pretendido origen divino de su poder, base de la soberanía Real y de la alianza entre el Trono y el Altar en que se asentaba principalmente tal sistema<sup>213</sup>. A ello se une la defensa de privilegios y servidumbres feudalizantes y ya anacrónicos que le permiten inicialmente obtener el apoyo de quienes, sin embargo, y según veremos luego, quizá esperasen otra cosa. Este inicial entendimiento reúne en apoyo de la reacción de 1814, según señala Galdós, "un ejército y la autoridad del Rey, acompañada de la Grandeza, del clero, de las clases poderosas"<sup>214</sup>.

---

<sup>213</sup> Era, en expresión de Quintana, un "despotismo monárquico y sacerdotal". QUINTANA, M.J.: "Cartas a Lord Holland", Cit., p 576.

<sup>214</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1286. Queremos hacer notar que Galdós dice "un ejército", no el Ejército. Es decir, su afirmación, según se verá luego, parece orientarse en el sentido de lo que el profesor Seco dice en nuestros días: "La oficialidad superviviente del antiguo Régimen servirá de (continúa...)"

Ese poder, cuyo origen, alianza y apoyos contrastan con las doctrinas pactistas, el regalismo y los apoyos burgueses propios de los déspotas ilustrados anteriores a 1808, se apresta a luchar contra el liberalismo. A este fin, se dota de un aparato contrarrevolucionario en el que se integra la imagen y acción inquisitorial, con lo que el régimen, se reviste de una especial dureza y parece contraponer la citada imagen inquisitorial a las libertades de pensamiento y expresión, cual si se quisieran apagar con obscurantismo las luces racionalistas defendidas por los filósofos desde el siglo anterior y cualquier otra que pudiera aparecer.

Estos rasgos se anuncian ya en la acción de "El equipaje del rey José" cuando los fanáticos Garrote y Baraona, en representación de otros notables vascongados, se manifiestan dispuestos a luchar contra lo que Baraona llama "el insolente jacobinismo de los *negros*" y en favor de un "patriotismo cristiano" que fundiera en una "la cruz religiosa" y la "del sentimiento patrio". El significado y presencia de estos ideales integristas representados por Baraona, que entusiasman también a Garrote y a los miembros del Clero y de la Inquisición que celebran en su compañía el triunfo obtenido en la batalla de Vitoria (junio de 1813), se expresan claramente en sus siguientes palabras: "¡Religión! ¡Patria! (...) ¡Sois dos nombres y, sin embargo, no sois más que una sola idea, una idea inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios, del cual todo se deriva (...) ¡Una y otra fe tenéis dogmas eminentes, que la arrogante ciencia del hombre no puede variar; una y otra fe tenéis la inmutable condición del pensamiento divino que os ha creado!"<sup>215</sup>.

La sincera solemnidad que aquí se atribuye a Baraona -en el que Galdós parece mostrar la honradez de la postura a que representa y, a la vez, la necesidad y la dificultad del cambio que conlleva tal fanatismo,- contrasta con la frívola utilización del pretexto

---

<sup>214</sup>(...continuación)

respaldo a la restauración del absolutismo en 1814; la nueva oficialidad aparecerá pronto como valedora de la legitimidad revolucionaria rubricada por la Constitución de 1812". SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1984, p 17.

<sup>215</sup> "El equipaje del rey José". Cit., pp 1271 y 1272-1273.

religioso delatada en otros que, como Pipaón, sólo pretenden con él establecer un poder absoluto y obscurantista. Sin embargo, utilizados y utilizadores, unen a ultranza sus fuerzas y, aunque por distintos motivos, apoyan un régimen que, más o menos suavizado, parece no estar lejos de dichos planteamientos. Así lo manifiesta el mimético Pipaón, reflejo fiel del ambiente cortesano subsiguiente a la reacción de 1814, al empezar sus Memorias "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" y repetir, hiperbólicamente, otra serie de invocaciones religiosas en las que la ironía de Galdós señala posibles falacias en esa religiosidad de la Corte. De ahí que, mostrando *la de arena* junto a *la de cal*, intercale una serie de alusiones de Pipaón a otros intereses enmascarados tras la religiosidad: "¡Bendito sea Dios, digo -repite Pipaón-, que me ha conservado mis sueldos, gajes, pensiones, viáticos, emolumentos y obviaciones, para que desahogadamente y sin importunos cuidados, pueda contar todos los pasos de mi fabulosa carrera"<sup>216</sup>.

Por unos u otros motivos, la opinión oficial es que con la reacción de 1814 se había restablecido "la Monarquía absoluta, tal como la gozaron con pletórica felicidad -dice Pipaón- nuestros bienaventurados padres"; se había "pisoteado la hidra asquerosa del *democratismo extranjero, de la inmundia filosofía, devolviendo al Trono su esplendor primero, y a la autoridad Real el emblema de su origen divino*; habíamos -añade Pipaón para terminar- derrotado a la impiedad, sacando a la Religión sacrosanta de la sombra y abatimiento en que yacía; (...) habíamos sido los soldados de Cristo"<sup>217</sup>.

En este intento de retorno a situaciones pasadas, ignorando los cambios sociales de todo tipo que, por desarrollo natural o por la específica influencia de esa "filosofía" y "democratismo" rechazados, se habían producido, se destacan nuevamente la unión de religión y política. Así lo refleja el proclamado "origen divino" del poder Real, la condición de "soldados de Cristo" de quienes lo apoyan y la exaltación de "la Religión sacrosanta".

Hay que hacer notar, sin embargo, que el anterior "abatimiento" de ésta sólo puede

---

<sup>216</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1281.

<sup>217</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1286. La negrilla es nuestra.



entenderse en términos relativos -menor influencia, reducción del número de conventos, atisbos desamortizadores, supresión de la Inquisición, etc.-, puesto que la Constitución de 1812 se inicia y decreta "En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la sociedad". Es decir, como las Memorias de Pipaón, pero en serio. Además, en su artículo 12 se decía que "la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera". A lo cual se añade que "La nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra"<sup>218</sup>.

Parece, pues, que quienes, como Pipaón, acusaban de "impiedad" a los liberales y hablaban de "abatimiento" de la "Religión", trataban con ello de capitalizar en beneficio propio el sincero fervor religioso de los españoles, ante los que, según ironiza Galdós, se presentaba a Fernando como inspirado por Dios y reinando en colaboración con El<sup>219</sup>.

Este venía a ser el corolario lógico de que, sincera o interesadamente, el origen divino del poder de Fernando VII fuera defendido por la autorizada voz de la Iglesia, cuyo conocimiento de las cuestiones divinas se suponía entre las gentes superior al de cualquier otra instancia y cuyo origen parecía Hermanarla con aquel tipo de Monarquía.

Ello resulta especialmente destacado por Galdós en sus referencias a la suntuosa fiesta organizada en los Trinitarios de Madrid, "con Manifiesto y asistencia de Su Majestad", en la que era tanta la "pompa y aparato" desplegada por "la Real persona" que Pipaón dice sentirse "orgulloso de ser español y llamarse vasallo de quien (...) con tanta grandeza representaba en la Tierra la autoridad emanada de Dios"; y, tras repetidas alusiones al "esplendor y armonía celestes" con que se honraba a Fernando entre gritos de "¡Viva el Rey absoluto!", acaba exclamando, en una especie de apoteosis: "¡Oh feliz consorcio de la Monarquía absoluta y la Religión santísima! ¡Quiera el Cielo que existas luengos

---

<sup>218</sup> "Constitución política de la Monarquía española (19 de marzo de 1812)". En TIerno GALVAN, Enrique (Recopilador): "Leyes políticas Españolas Fundamentales (1808-1936)". Tecnos, Madrid, 1975, pp 22 y 24.

<sup>219</sup> Así venían a indicarlo sermones como el que el Revd. José del Salvador dirige a Fernando VII: "Dios está por medio; puso a V. M. en el Trono; y perfeccionará la obra". En PRESAS, J.: "Pintura de los males...". documento justificativo nº 8.

siglos y que **ambas instituciones, hijas de Dios, vayan siempre de la mano y partiendo un piñón, para que** los fieles cristianos, súbditos del encantador Fernando, **vivamos** pacíficamente en la tierra, **libres de revoluciones impías y locas mudanzas!**"<sup>220</sup>.

El texto de Galdós no difiere mucho, en este caso, del de el mismo Fernando VII en su *Manifiesto de 4 de Mayo*, que dice anular la obra de Cádiz y restaurar el ordenamiento anterior para que sus "vasallos vivan prósperos y felices, en una religión y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo: en lo cual, y en sólo esto, consiste la felicidad temporal de un Rey y un reino que tienen por excelencia el título de Católicos"<sup>221</sup>.

Expresiones e ideas parecidas pueden verse en multitud de documentos de la época que no sólo condenan o mandan "a los M. RR. Arzobispos y RR. Obispos" que condenen las "juntas, ligas", etc., por los males que traen en común a "la Religión y el Estado" sino que recomiendan y regulan la "armoniosa unión y mutua ayuda" de la "Iglesia y el Estado", considerando que esta es una condición indispensable para "la felicidad del reino"<sup>222</sup>.

El origen divino hacía a "ambas instituciones" superiores a cualquier otra y explicaba que, como buenas hermanas, fueran "siempre de la mano y partiendo un piñón", y que, como "hijas de Dios" merecieran la confianza de los gobernados. Tal parece ser la clave teórica central que Galdós atribuye a los defensores de aquella alianza del Trono y el Altar, especialmente estrechada en 1814 -y reivindicada de nuevo, no lo olvidemos, por muchos españoles de su época-.

Pero en esa previsión de apoyo mutuo se advertía a veces cierto egoísmo de estas instituciones, que podrían defender su interés particular, frente al de muchos de sus "súbditos", pretextando librar a éstos de supuestas "revoluciones impías y locas mudanzas" que se saben peligrosas para la Iglesia por lo "impías" y para la Monarquía absoluta por

---

<sup>220</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". En O. C., Aguilar, 1970, T I, p 1322 y 1323. La negrilla es nuestra.

<sup>221</sup> Manifiesto del Rey (...) Dado en Valencia a 4 de Mayo de 1814". En MARTIN BALMASEDA, Fermín: "Decretos del Rey don Fernando VII". Cit., T I, pp 1-9, especialmente, p 6.

<sup>222</sup> "Real Decreto de S.M. a los Arzobispos y Obispos, Madrid, 24 de Mayo de 1814". En MARTIN BALMASEDA, Fermín: "Decreto del Rey don Fernando VII". T I, pp 26, 27 y 28.

lo **revolucionarias**. Es este un aspecto que expresa con toda claridad el Profesor Revuelta al señalar que, aunque estas recomendaciones de colaboración no habrían extrañado a nadie antes de 1808, "en 1814 podrían interpretarse como la petición de una colaboración no simplemente a favor del Estado, sino a favor del partido político triunfante"<sup>223</sup>.

Además, en esta simbiosis cada uno de los asociados obtiene sus beneficios. Los del Rey son destacados por Galdós a través de las reiteradas alusiones que Pipaón hace a la fastuosidad de aquella ceremonia -que le transportaba "a uno al Oriente, o a las pomposas fiestas de la India"-, ponderando irónicamente lo "rumbosos y magníficos" que eran "nuestros Reyes", la "grandeza", "tesoros" y "poderío" reflejados en ella, y señalando a la vez, el despilfarro que se hacía, pese a estar el país arruinado, para exaltar esa unión y la figura del Rey. De ahí que éste, cual si fuera realmente un Leviatán, sea revestido de esa "magnificencia", recibido bajo palio, adornado con escapularios y reliquias, tras rezar devotamente, y resulte objeto de una serie de adjetivaciones que implican esa especie de sacralización teocrática que le supone unido con el Cielo: se citan en este sentido el "esplendor y armonía celestes" de la regia comitiva; "la **celestial** hermosura de aquel varón"; los "**angelicales** reposteros" empleados para obsequiarlo; su "lujosísima mesa" que era propia de "los altos comedores del **Paraíso**"; y el símil de la visión beatífica de Dios en los asistentes, que deseaban "saciar sus ojos en la **contemplación** del rostro" de su Soberano<sup>224</sup>.

Esta sacralización proporcionaba a las decisiones Reales el respaldo de Dios para ordenarlo todo y para castigar en este mundo -al menos...- cualquier rebeldía o impugnación. Además, ésta sería siempre herética, por entenderse hecha a la obra de Dios en su representante, o equivocada, porque la "sabiduría" de Fernando VII se atribuye por el "padre Castro" a que "el Señor está en él", de modo que, como dice Pipaón, "reinan

---

<sup>223</sup> REVUELTA GONZALEZ, M.: "Política religiosa de los liberales en el S. XIX", C.S.I.C., Madrid, 1973, p 9.

<sup>224</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1323 y 1324. Sin negrilla en el original.

Dios y Fernando"<sup>225</sup>.

Con ello no sólo se justificaba el poder del Rey, sino también el inmovilismo y obscurantismo, puesto que el orden establecido, como obra de Dios, había de ser necesariamente perfecto y no permitía cambio ni revisión<sup>226</sup>. Este monarca era absoluto -de **solutus** = suelto, no sujeto a ley,- y tenía un poder no limitado teóricamente por nadie ni para nada<sup>227</sup>.

La discrecionalidad propia del monarca absoluto permite a Fernando VII, además de gobernar, legislar y actuar como juez -cosa que a veces hace en la Corte con su camarilla y en provincias con sus comisarios especiales- pudiendo decidir en **todos los asuntos según su Real Voluntad**.

Este segundo aspecto de la ilimitación del poder se refleja especialmente por Galdós -más sensible a estos matices por sus estudios de Derecho- al referir Pipaón el entusiasmo con que "don Buenaventura" (Mozo de Rosales) razonaba la conveniencia de aquella **concentración** de funciones en el Consejo Real:

"Eso de que no pueda moverse un dedo en todo el Reino sin que nosotros entendamos en ello, es admirable para el buen concierto de las Españas y sus Indias. Nuestra Sala de Alcaldes vale un imperio. Con ser tan pequeña, todo lo abraza: sin que ella lo autorice, no puede el español sacar un pececillo de las aguas de un río, ni vender una libra de uvas, ni echar la sal al puchero. **Todo lo pequeño está en nuestras manos, lo mismo que lo grande**; sin nuestro permiso, el Reino no puede sublevarse ni tampoco rascarse. No puede hacer revoluciones, ni cambiar de dinastía ni reunir Cortes, ni establecer formas de gobierno, ni tampoco ir a los toros, ni cazar con hurón, ni tener un desahoguillo mujeril,

---

<sup>225</sup> "Memorias de un cortesano de 1815" Cit., pp 1286, 1294-1295 y 1337-1338.

<sup>226</sup> De ahí que Baraona, al rechazar a los revolucionarios que lo atropellan el 8 de marzo de 1820, les dice: "hacéis revoluciones, y quitáis al Rey sus derechos, y enmendáis la obra de Dios". "La segunda casaca". Cit., p 1448.

<sup>227</sup> Según diría J. Bodino, la **ilimitación** del poder absoluto conlleva en sí la indivisibilidad o **concentración** -señalada por otros como cualidad distinta- porque lo contrario implicaría la existencia de otro soberano con idéntico poder, lo que se contradice con la idea de soberano absoluto. BODINO, J.: "Los seis libros de la República", 1576, T II, p 2. Citado en Dicc. de CC. Sociales de la UNESCO. Planeta Agostini, Barcelona, 1987, T I, p 29.

ni escupir, ni toser"<sup>228</sup>.

Su poder se extendía, pues, teóricamente a todas las piezas del sistema y, según se añade luego, tendía a mantener la anterior "estabilidad secular", de modo que "si alguna cabeza hueca concibe proyectos de **aparente** utilidad -dice "don Buenaventura"- para desviar el suave curso de la española vida, bien alterando las leyes del comercio, bien las de la fabricación, ora los impuestos, ora la agricultura, nosotros acudimos solícitos allí donde prendió el incendio de la reforma y procuramos apagarlo", acallarlo y enterrarlo "por los siglos de los siglos", manteniendo luego a todos en su actual "estado de sabrosísimo sueño"<sup>229</sup>.

Dada esta ilimitación para decidir sobre todas las cosas tratadas en su Real Consejo -y sobre las demás- resulta verdaderamente clave, como pieza que condiciona todo el sistema, la personalidad -repetible en diversos aspectos y grados- del Monarca. De ahí, probablemente, la especial atención que, según seguiremos viendo, le dedica Galdós, cuyos juicios -conformes con la mayor parte de la historiografía- no suelen dejarlo muy bien parado<sup>230</sup>.

Aunque son muchas las contravirtudes que Galdós suele señalar en Fernando VII (disimulado, egoísta, vengativo, perjuero, cobarde, sátiro, etc.), resulta especialmente destacada la falta de respeto a su propia palabra. En la misma fiesta de los Trinitarios antes aludida, al mismo tiempo que irónicamente se le muestra endiosado y "atendiendo con paternal solicitud al socorro de sus hijos", con una aparente "generosidad regia" que no excluye el mirar con apetencia lujuriosa a Presentacioncita mientras prometía la "bandolera" para su hermano, se hace notar el escaso valor de tales promesas, que, si otras

---

<sup>228</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, p 1298. Sin negrilla en el original.

<sup>229</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1298. La negrilla es nuestra.

<sup>230</sup> Entre los más duros retratos que Galdós, siguiendo a Vayo, hace de Fernando VII, cabe destacar el de "La Fontana de Oro". Aparece allí asociado a su *camarilla*, "recinto de perfidias y adulación"; se destaca su "rostro execrable, que, para mayor desventura nuestra -escribe Galdós- reprodujeron infinidad de artistas", de modo que "España está infestada de efigies de Fernando VII"; se alude a su "doblez", *cobardía*,... y, entre otras muchas condenas, se resume así su carácter: "Como hombre, reunía todo lo malo que cabe en nuestra naturaleza; como rey, resumió en sí cuanto de flaco y torpe pueda caber en la potestad real". "La Fontana de Oro", Cit., pp 359-362.

veces se comparaban con *los cien pájaros volando*, se aluden ahora diciendo que "a todos prometía villas y castillos"<sup>231</sup>.

Su descompromiso, que resulta, por otra parte, confirmado como cosa proverbial en las referencias historiográficas a hechos como el decreto de 4 de Mayo de 1814, la jura de la Constitución de 1812 en 1820 o la promesa de perdón hecha en septiembre de 1823, agrava aún más la arbitrariedad propia del sistema, pues el Monarca absoluto, ya desligado de cumplir sus propias leyes -dadas para los demás-, se desentiende también de cumplir las promesas con que, en principio, se obligaba a sí mismo. Esto, aparte del desdoro que pudiera conllevar, acentuaba la inseguridad de sus súbditos, nunca conocedores de cual sería en el futuro próximo esa **recóndita** e inestable voluntad Real que, en último término, era, sin embargo, la norma a que debían atenerse.

Ahora bien, si en la justificación teórica de todo este sistema personalista -o asistema- resultaba importante el respaldo de la Iglesia para hacer valer, junto al legitimismo dinástico, el origen divino del poder del Rey, ese respaldo resultaba vital para lograr la fuerza coactiva con que hacerlo acatar a quienes no aceptaran tal discrecionalidad personal ni tales fuentes de legitimación. La acción pastoral que de los eclesiásticos se preveía en las funciones religiosas, en la educación, en sus escritos, en el púlpito y en el confesonario, habían de contribuir, según indica Galdós, a hacer creer a muchos de sus "fieles cristianos" la justicia de que siguieran siendo "**súbditos del encantador Fernando**", que no se metieran en "revoluciones impías y locas mudanzas" para convertirse en **ciudadanos** y que luchasen contra quienes tal cosa intentaren.

De ahí que, persuadido por valoraciones éticas o por el propio interés, Fernando VII procurase conseguir tal apoyo dando a cambio a la Iglesia el respaldo del Estado, y convirtiendo la unión teórica entre religión y absolutismo en alianza práctica entre el Trono y el Altar. Las condiciones políticas de convivencia tienden entonces a ser bendecidas por

---

<sup>231</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1324. La falta de palabra parece innegable, aunque, como señala el profesor Comellas, Fernando VII "no encuentra defensor" y en el cúmulo de contravirtudes que le atribuye "toda la historiografía del siglo XIX" -incluso "los *realistas*"- habría que descontar las resultantes de "falacias intencionadas". COMELLAS, J.L.: "Los primeros pronunciamientos en España". C.S.I.C., Madrid, 1958, pp 77-82.

la Iglesia, que, lógicamente, se muestra de acuerdo con un Rey que procura favorecer a las instituciones, y a las personas, eclesiásticas.

Según destaca Galdós, Fernando VII dispone, "en minuta escrita de su puño y letra", varias medidas para corregir "la perturbación en que el Reino quedó después de las Cortes" de Cádiz y que, junto a las de prohibición de "las máscaras" y "los periódicos", se concretan en: "decreto encargando la educación de los niños y niñas a los frailes y a las monjas; decreto recomendando que se respete y venere a los ministros del altar; circular mandando a los españoles que guarden la mayor compostura dentro de la Iglesia; circular disponiendo que las señoras se vistan con modestia para asistir a las funciones religiosas..."<sup>232</sup>.

Este mismo sentido parecen tener las alusiones de Galdós al restablecimiento de la Inquisición, a "la devolución a los frailes de los bienes vendidos" y a otros muchos favores o preferencias prodigadas a título privado a los eclesiásticos y a sus familiares u oficialmente a las instituciones eclesiásticas.

En el reparto de destinos que, según se dijo, realizan el duque de Alagón y Chamorro, se hace ya objeto de chacota tal abuso : "muchos puestos hay -afirmó Chamorro con enfáticas pretensiones de gracejo- pero hoy han venido tres obispos con 300 solicitudes de Guerra o Marina"<sup>233</sup>.

En la fiesta de los Trinitarios a que antes nos hemos referido, "el prior Ximénez de Azofra le presentó -al Rey- un memorial solicitando no sé que mercedes para dos sobrinos suyos y dos cuñaditos de su hermana", cumpliendo así con "su venerable parentela" antes

---

<sup>232</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I pp 1337-1338. Todas estas disposiciones se hallan igualmente aludidas en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 92. La actitud Real que con ella refleja Galdós se ve plenamente confirmada, por otra parte, en el texto de numerosas medidas de la época. Véanse, por ejemplo, la Real Orden de 22 de febrero de 1815, sobre el respeto debido a los sacerdotes, y la Circular de 3 de enero de 1815, sobre la compostura en el templo y la necesidad de evitar la desnudez con que algunas mujeres asistían a la Iglesia. En MARTIN DE BALMASEDA, F.: "Decretos del Rey don Fernando VII". Cit., T II, pp 11, 12 y 133.

<sup>233</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, pp 1296 y 1309. Refleja así Galdós la dimensión privada de la factura que el Altar pasaba al Trono por su pública alianza; pero el abuso es también señalado por J. Presas: "No fueron en esta parte de mirar por su interés particular -escribe éste- más moderados los eclesiásticos" PRESAS, J.: "Pintura de los males...". Cit., p 36.

de presentar al Rey "a todos los demás postulantes". Así, junto al papel privado, "el prior" representa también a los Trinitarios y a la Iglesia en su conjunto, que aparece, a los ojos del pueblo, oficialmente asociada al poder político absolutista y protegida por él<sup>234</sup>.

De ahí que Pipaón, siempre tan atento a la opinión oficial, procurase arrimarse a la Iglesia para lograr a su sombra el favor político, según parece insinuarse cuando dice: "¿Cómo había yo de faltar a la función de los Trinitarios, si era hombre que a ninguno cedía en religiosidad, ni perdonaba medio de **que se me tuviese por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia?**"<sup>235</sup>.

La Iglesia aparece así como una vía de oportunismos políticos, mimada por Fernando VII y enraizada en la sociedad por el egoísmo de unos y otros, y no sólo por religiosidad<sup>236</sup>. Con su imagen parece prevenir Galdós contra los integristas de su época, pero ello se hace presentando una verdad característica del sexenio 1814-1820 en la que coinciden todo tipo de fuentes.

Pipaón está, pues, reflejando el ambiente histórico de este sexenio. Así lo hace también

---

<sup>234</sup> Las expectativas creadas por Fernando VII en este sentido dieron lugar a que, según "Circular del Ministerio de Gracia y Justicia" de 26 de Septiembre de 1814, se viera "la Corte llena de personas provistas en semejantes destinos -se refiere a "Dignidades, Prebendas y Beneficios eclesiásticos"-, que desentendiéndose del cumplimiento de sus sagradas obligaciones, se ocupan exclusivamente en promover importunas solicitudes a las Prebendas más pingües de la Iglesia de España, sin los requisitos indispensables para aspirar a ellas"; y esto en tal grado que "Nunca ha debido ser mayor el escándalo de este abuso que en la época presente". Se da el caso de que "eclesiásticos de todas clases" se hallan "en la Corte" y frecuentan "diariamente, (...) las secretarías del Despacho, molestando aun a la misma Real Persona de S.M.", por lo que, para "poner un eficaz remedio a tan escandaloso abuso", se les ordena "trasladarse a la mayor brevedad posible a sus respectivas residencias", advirtiéndoles que no se les admitirán "ninguna representación, instancia o recurso (...) mientras no hicieren constar hallarse en su residencia". En MARTÍN DE BALMADEA, F.: "Decretos del Rey don Fernando VII". Cit., T I, pp 283, 284, 286, 287 y 288.

<sup>235</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, pp 1296, 1322 y 1324. Sin negrilla en el original. La constante denuncia galdosiana de este tipo de práctica religiosa y su contraposición a la religiosidad auténtica y profunda se halla destacada con ejemplos varios, y alusivos, sobre todo, a la coetánea época de la Restauración, en SOPEÑA IBÁÑEZ, Federico; "La religión mundana según Galdós". Ed. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de G. C., 1978.

<sup>236</sup> Van Halen, cuenta en sus Memorias que "la **adulación a las ideas dominantes del gobierno** era tal en muchos, que frecuentemente se veían por las calles militares y gentes condecoradas, ceñidos de espada y armados de campanilla y linterna", que entre canciones y exhortaciones, pedían para misas por "los que habían muerto en pecado mortal". Eran los "*hermanos*" vulgarmente llamados del *Pecado mortal*, que tenían entrada abierta en el gabinete del ministro de la guerra" (VAN-HALEN, J.: "Memorias...." Cit., t. II, pp 46-47. La negrilla es nuestra.



al añadir que su asistencia a aquella fiesta era aún más obligada por ser "prioste de la archicofradía de Luz y Vela" y tener que "acudir al pórtico del templo, donde habíamos puesto -dice- el mostradorcito con varios objetos devotos y otros profanos que, al son de trompeta y tamboril, se vendían o rifaban para atender a los gastos de la corporación"<sup>237</sup>.

Galdós, conocedor de cosas parecidas en la llamada *Corte de los Milagros*, se hace eco así de una costumbre que refleja, a la vez que la infiltración de lo eclesiástico en la vida político-social, el grado de favor de Fernando VII hacia las instituciones religiosas. Probablemente supo que tales rifas y ventas habían sido cuestionadas y que aquella costumbre pervivió gracias al apoyo personal del Rey, que, ante las reticencias que le manifiesta su Consejo en escrito de 30 de octubre de 1817, le contesta lo siguiente en nota al margen del folio final: "Sé que por Leyes del Reino y otras Soberanas Resoluciones de mis Augustos Predecesores, que tengo sancionadas, está mandado no se consienta ninguna especie de rifa de comestibles, alhajas, y cualquiera otros efectos aun a título de piedad, y con destino a objetos de devoción religiosa; y tampoco ignoro las facultades que me competen como Soberano, de derogar estas mismas Leyes, cuando viese, que la necesidad o utilidad de mis vasallos así lo exijan: Por tanto es mi Real Voluntad, que el Consejo lleve a debido (Sic) cumplimiento las quince órdenes que le he mandado comunicar por mi Secretario del Despacho de Gracia y Justicia desde trece de mayo hasta veinte y uno de octubre último concediendo igual número de rifas"<sup>238</sup>.

Este documento no sólo confirma la veracidad del guiño burlón con que Galdós se ayuda para reflejar el grado de entendimiento del Trono y el Altar, sino que muestra, una vez más, la personalista actitud con que Fernando VII tomaba decisiones según su "Real voluntad". Se llega en este sentido más allá de lo acostumbrado, puesto que se ejerce la personal soberanía en contra de las sugerencias del Consejo y de las "mismas Leyes" con que él y sus "Predecesores" habían puesto límites anteriormente.

Pero este grado de apoyo personalista no sólo se manifestaba en cuestiones livianas, sino

---

<sup>237</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1322-1323.

<sup>238</sup> A.H.N. Consejos. Legajo 6081, Cuad. 209, fol. último.

también en las transcendentales. Buen ejemplo de ello, en cuanto a la actitud de Fernando VII se refiere, es el restablecimiento, no aludido por Galdós, de la Compañía de Jesús, ya que, como dice el P. Revuelta, "esta restauración tiene especiales características respecto a las demás", pues "no se trataba ya de reorganizar una institución vigente en 1808, sino de revocar la pragmática sanción de Carlos III de 2 de abril de 1767, contradiciendo por tanto una de las expresiones más claras del absolutismo del Antiguo Régimen"<sup>239</sup>. Además, según señala el P. Lesmes Frías, es destacable el contraste de "la iniciativa fervorosa del Rey a favor de la Compañía con las reticencias del Consejo Real, que en este punto seguía la línea regalista de inspiración carlotercista"<sup>240</sup>.

Al trato recibido de monarcas absolutistas como el español Carlos III se unía la actitud de la propia Compañía para hacer más difícil su vinculación al absolutismo, pues como dice el P. Batllori, "en el aspecto político, las penas sufridas por parte del absolutismo borbónico, y la tradición suarista del origen populista del poder, les acercaba también a las nuevas ideas de la ilustración en este punto"<sup>241</sup>.

Por otra parte, la mano tendida a los jesuitas por la Junta Central en 1808, permitiéndoles regresar individualmente, y los testimonios de gratitud y simpatía de algunos de ellos hacia el régimen constitucional, ponía de actualidad tales dificultades.

Sin embargo, Fernando VII procuró con estas medidas y con "cálidos elogios", que pudieran ser sinceros, borrar malos recuerdos y "ganar para la causa realista" a los jesuitas; al aceptar este apoyo, quizá impelidos por las circunstancias, los jesuitas, pese a su potencial aperturismo, quedaron "fatalmente uncidos al carro del absolutismo" en aquella "época crucial" de su restablecimiento<sup>242</sup>. Dada su importancia, cabe pensar que Galdós

---

<sup>239</sup> REVUELTA GONZALEZ, Manuel: "Política religiosa de los liberales en el siglo XIX". C.S.I.C., Madrid, 1973. p 6.

<sup>240</sup> FRIAS, Lesmes: "Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia Moderna de España". Madrid, 1919. pp 23-38. Cfr. Revuelta, M.: Op. Cit., p 7.

<sup>241</sup> BATLLORI MIGUEL, S.J.: "La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814". Madrid, 1966, p 86. Cfr. REVUELTA, M.: Op. Cit., p 6.

<sup>242</sup> REVUELTA GONZALEZ, M.: Op. Cit., pp 6-8.

guardó silencio sobre tal restablecimiento por entender que esta compañía no representaba la filosofía del momento. Justo lo contrario ocurre con otras instituciones.

#### 2.1.2.3.2. *La Inquisición: restablecimiento y funciones*

Es la institución que, según muestra Galdós, parece sellar y simbolizar esa alianza del Trono y el Altar, reuniendo en sí los aspectos más rechazables de aquél régimen. Su restablecimiento parece, a la vez que otra contrapartida dada por Fernando VII a la Iglesia, un intento de reforzar su propio poder, y refleja la sentida necesidad de allegar cuantos medios se pudiera para reprimir un desarrollo revolucionario que, pese a todo este aparato, -completado con la internacional Santa Alianza-, acabaría mostrando su predominio hasta la decisiva intervención de ésta.

La Inquisición se incorpora a la defensa del monarca de derecho divino, y de la consiguiente perfección de su ordenamiento social, frente a quienes no creían tal cosa y pretendían enmendar aquella "obra de Dios" con su limitada mente humana. Esto dota al régimen de ese carácter combativo que refleja Pipaón al referirse a tal restablecimiento diciendo que "todo no había de ser blanduras"<sup>243</sup>.

Su función política quedaba más o menos enmascarada por la defensa de la pureza religiosa, pero, según muestra Galdós, ya entonces se sabía que la Inquisición había caído con el absolutismo en el periodo revolucionario anterior y resurgido en 1814 con la alianza del Trono y el Altar. Se sabía, como dice Villela a Lozano de Torres, que "el Supremo Consejo" de la Inquisición "no hace sino lo que le manda el Ministro de Gracia y Justicia"<sup>244</sup>.

La Inquisición era realmente, y así lo indica esa expresión, un peón del Rey absoluto que representaba muy bien el sistema de alianza del Trono y el Altar por la mixtura que de

---

<sup>243</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1293.

<sup>244</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1376.

ambas instituciones se daba en sus miembros, en sus funciones y su dependencia<sup>245</sup>.

En el decreto de 21-JUL-1814 es Fernando VII quien, en uso de la discrecionalidad que le confiere el sistema, toma la decisión de restablecerla: "El glorioso título de Católicos con que los Reyes de España se distinguen entre los otros príncipes cristianos por no tolerar en el reino a ninguno que profese otra religión que la católica, apostólica, romana ha movido -dice- poderosamente mi corazón" y, atendiendo a las "opiniones perniciosas" introducidas en España por las "tropas extranjeras" llegadas con "las turbulencias pasadas, y la fuerza", **"he decidido -negrilla nuestra-** que sería muy conveniente en las actuales circunstancias volviese al egercicio (Sic) de su jurisdicción el tribunal del Santo Oficio". El alcance político de esta medida, tomada por decisión del Rey, parece claro si se tiene en cuenta que la Inquisición recupera todo el "ejercicio de su jurisdicción, así de la eclesiástica, que a ruego de mis augustos predecesores le dieron los Pontífices -dice Fernando VII-, juntamente con la que por su Ministerio los Prelados locales tienen, como la Real que los Reyes le otorgaron", que se aplicará conforme a las ordenanzas vigentes en 1808<sup>246</sup>.

Esto se traduce en su citada incorporación al aparato contrarrevolucionario, cuyas ramificaciones sociales muestra Galdós en "familiares" como los Garrote y Mataflorida y en aplicaciones a cuestiones personales como la tipificada en la madre de Monsalud.

Contribuye con su imagen histórica a hacer este aparato más terrible, según señala

---

<sup>245</sup> Aunque la Inquisición surge el año 1233 como iniciativa del Papado contra la herejía albigense, ésta forma de Inquisición pontificia, controlada por el Papa -a través de los dominicos-, sólo penetra en el Aragón medieval y sin apenas fuerza. En su forma propiamente española se establece a petición de los Reyes Católicos, que, por bula del 1 de noviembre de 1478, obtienen del Papa Sixto IV permiso para nombrar inquisidores con jurisdicción en asuntos de herejía, y adoptó la forma de un Consejo de Estado, el Consejo de la Suprema y General Inquisición (la "Suprema"), con jurisdicción en todo asunto de herejía. Su Presidente, y jefe de toda la Inquisición, era el Inquisidor General, cuyo nombramiento se reservó exclusivamente la Corona, que así evitaba a la vez el peligro de que la Inquisición llegara a ser independiente y el de la intervención Papal. La Corona nombraba además los seis miembros de la Suprema (entre representantes de la Orden dominica y del Consejo de Castilla) y si, "desde un punto de vista canónico, la Inquisición era un tribunal eclesiástico y el papa su jefe", "en la práctica se excluía a rajatabla toda jurisdicción papal" ( LYNCH, J.: "España bajo los Austrias" Hª/Ciencia/Sociedad 56. Barcelona 1970. t I, pp 31-42 y B. Llorca, "La Inquisición en España". Barcelona- Madrid 1936. y H.C. LEA: "A History of the Inquisition of Spain" New York-Londres, 1922.

<sup>246</sup> En MARTIN BALMASEDA, Fermín: COLECCION DE RD de Fernando VII, Madrid, 1818, T I, pp 132-134.

Pipaón al recordar que el calabozo era más "pavoroso (...) desde que la fantasía lo asociaba a la tremenda Inquisición". Esa función se destaca de nuevo cuando Mataflorida recuerda en actitud amenazante, su derecho-obligación de perseguir a Monsalud diciendo hasta 7 veces casi seguidas: "Soy familiar de la Santa Inquisición". E igualmente cuando supone a Pipaón en connivencia con los revolucionarios y le amenaza diciendo: "los entregaremos a la Inquisición para que dé buena cuenta de ellos (...) empezando por tí"<sup>247</sup>.

La Inquisición no es sólo, pues, un medio más del sistema para hacer valer su fuerza, sino también para suplir ésta con el miedo. Un miedo cuyos motivos no son sólo la cárcel y el tormento, sino también la excomunión y un indefinido temor a la condenación espiritual. Algo similar a lo que Montesquieu señala cuando dice: "el principio del Gobierno despótico es el temor, su fin es la tranquilidad; pero no es ésta la paz, sino el silencio"; en relación con lo que poco después afirma que en los Estados de Gobierno despótico "la religión tiene más influencia que en ningún otro: es un temor que viene a sumarse al otro"<sup>248</sup>.

La Inquisición, con su terrorífica imagen, viene a mostrarse, acertadamente, el coco invocado ante actitudes sociales contrarias al orden establecido, que permanecerán acalladas mientras dure ese anonadamiento que dice sentir Pipaón al suponerse amenazado por ella: "No bastaba que la razón dijera 'estoy libre'; el corazón se sentía comprimido por una mano de bronce, y el cuerpo se reconocía cobarde hasta para huir"<sup>249</sup>.

Su eficacia en este sentido se debía sobre todo a la ignorancia que de su realidad interior sufrían las gentes. Si la conocieran su "temor" se transformaría, como el de Pipaón, en "un vivo sentimiento de lo cómico". Si vieran "la disparidad que resultaba entre el terrible tribunal como la mente lo concebía y la grotesca realidad de sus calabozos", comparables en su estado de entonces al aspecto del "señor *Mano de Mortero*", su "terrorífica

---

<sup>247</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, pp 1377, 1405-1406 y 1427.

<sup>248</sup> MONTESQUIEU, Charles Louis de Secondat, barón de La Brède y de: "Del espíritu de las leyes". SARPE, Madrid, 1984, T I, pp 85 y 86.

<sup>249</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1406.

excitación" se enfriaría, como ocurre "de súbito" a Pipaón ante "la voz, el gesto, la figura del miserable viejecillo, cuya persona en aquellas obscuridades inofensivas se asociaba al siniestro *exurge dómíne*"<sup>250</sup>.

Pese a esta gran decadencia, la Inquisición infundía todavía terror, y el mismo Monsalud se considera más amenazado por su policía que por la del Gobierno, ya que -según aclara a Pipaón, explicando el sentido de sus anteriores palabras,- en realidad la Inquisición resulta "una burla y un fantasma porque no es lo que era, es decir, porque no quema, ni

---

<sup>250</sup> La leyenda "*Exurge Dómíne et judica Causam tuam*" orlaba la cruz, con la palma y la espada, en el estandarte de la Inquisición (estandarte que puede verse en KAMEN, Henry: "La Inquisición española" Barcelona 1971, Lámina intercalada entre pp 96 y 97). Según recuerda Van Halen en su "Narración..." (Cit., T I, p 157), "al frente de la mesa -del tribunal que había de juzgarle- se elevaba una cruz con la palma y la espada que formaban el escudo distintivo del Santo Oficio, con el *Exurge Dómíne*, etc.". Galdós, que utilizó largamente estas Memorias, parece reproducir esta expresión para señalar de nuevo la asociación de la Inquisición y *Mano de Mortero*, cuyo probable simbolismo parece destacarse -además de con ese nombre de algo que sirve para machacar- llamando insistentemente la atención del lector, bien sobre la "coincidencia singular" de que en su vejez le acogiera la Inquisición, bien sobre la curiosidad que despierta en Pipaón, con expresiones como la siguiente: "Mi mayor confusión consistía en no poder asociar estas dos ideas: la Inquisición y el señor *Mano de Mortero*"; y al terminar la descripción de la Inquisición: "Pero ¿usted quién es? ¿qué hace usted aquí? -pregunté a *Mortero* sin poder refrenar mi curiosidad" ("La segunda casaca". Cit., p 1407). Además, (como la Fe da trabajo y comida a la Inquisición) "doña Fe" es quien lleva "un cazuelo de comida" al señor *Mano de Mortero*; y este recoge "esa bendición de Dios" y se interna en una habitación que deja "estupefacto" a Pipaón por "tanto trebejo roto y sucio" como se había acumulado en aquel lugar, cuyo abigarramiento podría reflejar las múltiples ocupaciones de la Inquisición (empleada contra las herejías albigense y protestante por el Papado; aplicada en su forma española contra judíos conversos, moriscos, o herejes de otro tipo y, así mismo, contra cosas tan variadas como ciertos pecados -bigamia, sodomía, blasfemia-, funciones aduaneras, pruebas de limpieza de sangre, lucha contra las "luces" y contra el liberalismo, etc.; ocupaciones tan variadas como las del señor "Mortero", dedicado en sus ratos libres a fabricar "juguetes de niños" en "una especie de banco de taller" que fue -dice Pipaón- "lo que más llamó mi atención"; y, aunque "el centro de la habitación" estaba ocupado por una "mesilla de zapatero" en que -señalando la decadencia de quien no se compra zapatos nuevos- Mortero estaba "echándole medias suelas al señor *Definidor*," esta ocupación central, según "repuso con desdén" Mortero, es "poca cosa" y "si no fuera por lo que cae...". Y lo que cae son "los innumerables chirimbolos" a los que al hablar "dirigió una mirada orgullosa y magistral"; de igual modo que para la Inquisición había entonces cosas más absorbentes que la atención a las Definiciones estrictamente religiosas. La asociación se suscita igualmente cuando Monsalud, explicando a Pipaón el estado de "decrepitud lela" en que se halla la Inquisición "de Corte", le dice: "El tunante de *Mortero*, convirtiendo en juguetes para la industria los instrumentos de suplicio, te dirá más que todos los razonamientos". Esto se hace notar, además, empleando la misma expresión ("**picardías**") para referirse a los trabajos de la Inquisición no relacionados con la Fe religiosa y para los trabajos extra de *Mano de Mortero* e identificando a veces unos y otros. Así, por ejemplo, en vísperas de la revolución de 1820 se supone que los señores inquisidores expurgan los archivos porque "temen que el pueblo penetre en la casa y descubra más de cuatro picardías"; cuando el "Pueblo soberano" asalta y saquea este edificio (8 de marzo de 1820) aparece en la puerta un hombre "cargado de extrañas cosas", que resultan ser los "soldaditos", "muñecos" y demás juguetes hechos por *Mano de Mortero*, y las arroja al suelo diciendo: "Ahí están las picardías". Se daba a entender así que eran las "picardías" hechas por la Inquisición y se muestran las de *Mortero*, produciendo con este doble sentido "carcajadas generales". ("La segunda casaca". Cit., pp 1406-1408, 1436 y 1449.).

descuartiza, ni descoyunta; pero aún tiene presos, y alguna vez se da el gustazo de atormentar"<sup>251</sup>. Las gentes siguen viendo en la Inquisición al encargado de controlar la conciencia y el pensamiento, que no sólo ha vigilado la expresión activa de quienes, más osados, escriben o hablan sino también la lectura clandestina de libros por ella prohibidos o relaciones con personas y otras fuentes tachadas de herejía.

Pero esto no se asocia sólo a la conservación de la pureza religiosa, generalmente indiscutida, sino a la **privación de cultura** resultante de su histórica obstaculización de la difusión de ideas que impliquen una revisión de supuestas **verdades** respaldadas por la Iglesia Católica, aunque esa revisión parezca traer consigo un progreso. Se convierte así en representante típico de un **obscurantismo utilitario** que, junto a los procedimientos de búsqueda y tormento de herejes y masones, destaca Galdós como algo esencial en su imagen aludiendo a la lóbreguez del recinto y al carácter "**oscuro y subterráneo**" del señor Mano de Mortero e invitando al lector a seguirle por entre aquellas "**tinieblas**". Tinieblas cuyo simbolismo se corrobora cuando, a la salida, -cuenta Pipaón- "nos abandonó el señor *Mano*" y "un hombre de aspecto común", abrió una puerta que daba paso a "una verdadera casa, como todas las que habitamos los hombres"; y, ya tranquilo, se refiere a la Inquisición, sin nombrarla, por esos dos caracteres apuntados en que podría sintetizarse: "Mentira me parecía verme ya fuera de la región de **obscuridad y miedo**"<sup>252</sup>.

La función obscurantista de la Inquisición resulta todavía más destacada por Galdós cuando Pipaón, al cruzar esa casa, en la que "se respira" y "se vive", observa en una de sus piezas la presencia de "varios estantes con libros, mapas, planos, esferas geográficas y otros objetos que convidaban al estudio" y, sorprendido, aclara y remacha sus expresiones anteriores: "Pero ¿estamos en una academia? (...) Hemos pasado de la **Inquisición a los libros...** ¡Cuán cerca están el **gato y el ratón!**"<sup>253</sup>.

Este obscurantismo inquisitorial ensombrece a la vez todo el sistema absolutista en que

---

<sup>251</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1416.

<sup>252</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1407 y 1408. La negrilla es nuestra.

<sup>253</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1408. La negrilla es nuestra.

se integra.

Galdós refleja constantemente, sin citarlo, el alcance que en este sentido tiene el "Edicto de la Suprema y general Inquisición" de 22 de julio de 1815. En este Edicto se condenan "como contrarios a la religión y **al Estado** las obras o folletos que en estos últimos tiempos se han impreso", incluídos los que "con el nombre de periódicos han circulado por toda la nación". Según este edicto, "refrendado -se dice al final- del infrascrito Secretario de S.M. y del Consejo," se sabe, y "es bien notorio, que **entre los males** que nos atrajo la invasión enemiga en 1808, (...) no ha sido el menor **la libertad de pensar** -negrilla nuestra- y escribir con tal desafuero que por espacio de cinco años se vio nuestra piadosa y católica nación inundada de folletos, periódicos, papeles volantes y escritos perversos que andaban en manos de todos con ruina de sus almas. Abolido el Santo Oficio", y pese al celo con que se aplicaron "los RR. Obispos a contener tan grave mal -se añade-, no hubo ya dique que **represara a los ingenios libres y amantes de novedades**". De ahí que, restablecido el Santo Oficio en sus funciones "por la bondad de nuestro católico y piadoso monarca", venían trabajando por atajar dichos "males", pero "urgiendo (...) arrancar cuanto antes de las manos de los fieles todo libro, papel ó folleto de **ideas ó peligrosas ó aventuradas**, ó de cualquier modo **contrarias a la doctrina** de la Santa religión que profesamos, y a la **fidelidad debida al Soberano** que hemos jurado", además de renovar las prohibiciones anteriores, se incluye una lista de 17 escritos condenados y "prohibidos aun para los que tienen licencia", otra de 172 nombres de periódicos o títulos de diversos escritos "mandados recoger con conocimiento y aprobación de S.M." y se declaran igualmente "incluidos en esta lista cualquier otro libro ú (Sic) papel impreso ú manuscrito que esté comprendido por cualquier capítulo en las reglas del índice, como son", entre otros, "los que de cualquier modo fomenten **ideas republicanas, sediciosas y capaces de perturbar el orden público y establecido**". En consecuencia no se permite "vender, leer, ni retener" tales obras, y se establece la obligación de recogerlas y entregarlas en un plazo de seis días, además de manifestar las "que otras personas tuvieron y ocultaren", bajo pena de "excomuni6n mayor *latae sententiae*, y de doscientos ducados para gastos del



Santo Oficio y demás establecidas por derecho"<sup>254</sup>.

Este talante prohibicionista, obscurantista, que trata de evitar "la libertad de pensar y escribir", las "novedades", las "ideas ó peligrosas ó aventuradas, ó de cualquier modo contrarias (...) a la fidelidad debida al Soberano", y las "republicanas, sediciosas y capaces de perturbar el orden público y establecido", tiene un alcance claramente político y, según señala constantemente Galdós, resulta característico de aquel régimen, que es, en definitiva, quien hace posible, como dice Monsalud, "que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga (...) que un capellán de monjas, más estúpido, aunque menos gracioso, que fray Gerundio ponga su veto a las obras del entendimiento más sublime; (...) que siga este envilecimiento en que tantos seres viven, gobernados como carneros, sin saber pedir cuenta de su conducta a los que gobiernan; (...) que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y dolor en los calabozos o en los presidios de Africa"<sup>255</sup>.

Esa "ley del Estado", con fines moralizantes o no, tendía a perpetuar una situación rechazada por la opinión existente, pero ella misma era un motivo más de rechazo. La acción contrarrevolucionaria que propiciaba acaba siendo ineficaz o contraproducente. Quintana, una de las fuentes de Galdós, destaca en este sentido el vano intento de quienes, entre 1814 y 1820, querían "comprimir" la "indignación que excita a cada momento el espectáculo de la opresión y de la iniquidad" y "la repugnancia invencible que tiene todo ser inteligente a que le mande la injusticia y lo gobierne la estupidez"<sup>256</sup>.

La sociedad española había evolucionado desde 1808. Había conocido otra legalidad y otras opiniones en sus directivos. Se había hecho un poco más mayor y ni las medidas ni el estilo de una parte importante de sus componentes permitían ya que se le pusiera aquel

---

<sup>254</sup> MARTIN BALMASEDA, F. (Recop): "Decretos del Rey don Fernando VII". Madrid, Imprenta Real, año 1818, T 2 (=año 1815), pp 503-517. Especialmente, 503, 504, 505 y 516. Sin negrilla en el original.

<sup>255</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1415.

<sup>256</sup> QUINTANA, M. J.: "Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación" -"7 de Noviembre de 1822"- En O. C. de M. J. Q., Atlas, Madrid, 1946, BAE, T XIX, pp 193-194.

traje. Esta es la idea que Pipaón atribuye a los revolucionarios cuando, para congraciarse con ellos, les dice que quiere luchar para derribar al absolutismo y dar paso al liberalismo porque España no debe seguir "siendo una excepción en Europa" y porque "es lógico; los tiempos lo reclaman, el país lo pide a grito herido"<sup>257</sup>.

El mismo Fernando VII, en su Manifiesto de 4 de Mayo, viene a reconocer cierta maduración social cuando dice: "Aborrezco y detesto al despotismo: ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya,..." Esto no era sólo una expresión. En la Circular del Ministerio de Gracia y Justicia, dada en Valencia el mismo día 4 de mayo de 1814 para establecer la censura de todo "cartel", "anuncio" o "escrito", parece reconocerse igualmente que tal medida no se estimaba del agrado popular, pues se dice, en una especie de disculpa, que "el Rey está persuadido de las grandes ventajas que debe producir la libertad de la imprenta", aunque establece ese control previo porque desea evitar "los graves males que produciría el abuso de ella"<sup>258</sup>.

Si eso decía el Rey en 1814, no parece extraño que, agravadas las cosas en abril de 1815 con la prohibición de los periódicos, y transcurridos seis años, según señala Galdós, con sólo el "*Diario*" y "su único compañero de publicidad, la *Gaceta*"<sup>259</sup>, los revolucionarios dijeran lo dicho por Monsalud<sup>260</sup>.

Esta privación de libertad, condenada en sí misma hasta por el Rey que la establecía, conllevaba para los revolucionarios una grave dificultad añadida al intentar otros cambios implicados en la sustitución del Antiguo Régimen por el Nuevo. Pero, precisamente ese valor instrumental produce un conflicto que, en función de la actitud ante esos otros cambios, puede llevar a que el Rey establezca la impopular censura, en defensa de antiguas instituciones, y a que dentro de ciertos grupos se produzcan actitudes diferentes según los

---

<sup>257</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1411.

<sup>258</sup> En MARTIN DE BALMASEDA, F.: "Decretos del Rey don Fernando VII" Cit., T I, pp 6 y 11.

<sup>259</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1395. Sin negrilla en el original.

<sup>260</sup> "Las tinieblas que empañaban la atmósfera política no parecían aun bastante espesas al bando dominante -escribe Vayo-, y en 25 de Abril vedóse la publicación de todo periódico, exceptuando (Sic) únicamente la *Gaceta*". Op. Cit., T II, p 92.

casos como resultado del particular conflicto entre intereses e ideales encontrados. Sus imágenes históricas, como las anteriores, podían resultar sugerentes respecto al régimen que convenía a los coetáneos de Galdós. Veamos algunas referencias de éste en tal sentido.

### 2.1.2.3.3. *Servidumbres y privilegios estamentales*

Mientras burguesía y clases medias se muestran decididamente favorables a la sustitución de la sociedad estamental por la clasista, en el estamento nobiliario se plantea cierto conflicto entre el deseo de unos cambios y el rechazo de otros<sup>261</sup>.

La aparente provisionalidad de la privación de libertades, las promesas sobre su limitado alcance y el deseo de recuperar los privilegios estamentales que había suprimido la Revolución de Cádiz parecen explicar el apoyo que, según indica Galdós, obtuvo inicialmente la reacción de 1814 en parte del "ejército", la "grandeza" y, en general, las "clases poderosas". El ataque revolucionario a tales privilegios parece frenar en quienes los disfrutaban sus propios rechazos al Antiguo Régimen, aunque desearan, como las clases medias, las libertades públicas de que éste les privaba.

Galdós, que ya se había ocupado de la derogación de los estatutos privilegiados y, especialmente, de la supresión de los señoríos jurisdiccionales al referirse a la primera época constitucional, parece dar por supuesto que, con el restablecimiento de las antiguas instituciones en 1814, tal problema continuaba en la Revolución de 1820, pero, quizá por no repetirse, apenas alude a ello.

Sin embargo, atendiendo a que esto parece un condicionamiento importante del comportamiento de la influyente Nobleza, a la vez que produce en otros un conflictivo rechazo al sistema que sostiene tales servidumbres, nos inclinamos a utilizar una significativa alusión de Galdós al régimen señorial en la que, muy brevemente, viene a reflejar su perfil y connotaciones negativas. Es el momento en que el tradicionalista "don

---

<sup>261</sup> Galdós no se ocupa de ello al hablar de estas motivaciones, pero, ya en el Trienio, lo muestra con claridad, según veremos, al referirse en el "7 de Julio" a la oposición del **duque del Parque**, situado en el grupo liberal exaltado, a "que se devuelva al Rey la ley de Señoríos que no ha querido sancionar", porque "no todas las reformas son buenas"; y haciendo que Monsalud aclare: "Mayormente las que atacan a la Nobleza". "7 de Julio". Cit., T I, p 1563.

Paco", amigo de la condesa de Rumblar, oye escandalizado en las Cortes de Cádiz el discurso en que Argüelles abogaba por la supresión de los "señoríos jurisdiccionales" y, exclama: "¡Tratar de abolir las jurisdicciones, los señoríos, los fueros, el tormento, y el derecho de poner la horca a la entrada del pueblo, y de nombrar jueces! Quieren quitar las prestaciones y demás sabias prácticas en que consiste la grandeza de estos reinos. (...) Ahora, la señora doña María no podrá nombrar el alcalde de Peña Horadada, ni cobrará tanto de fanega en el molino de Herrumblar, ni las doce gallinas de Baeza, ni podrá prohibir la pesca en el arroyo, ni los asnos de casa podrán meterse en las heredades del vecino a comerse lo que se les antoje"<sup>262</sup>.

Prescindiendo de la zumba con que Galdós se refiere al cúmulo de abusos y atropellos que esta situación propiciaba hasta a "los asnos de casa", cabe señalar entre los beneficios que los señores obtenían: por una parte, el derecho a administrar justicia y a nombrar autoridades ("jueces" y "alcalde"); por otra, los de percibir ciertas rentas o frutos ("gallinas", trigo, vino, etc.), ciertos monopolios ("molino", horno, lagar,...) y ciertos aprovechamientos exclusivos ("pesca", caza, pastos). Aunque los primeros son los más propios de este apartado, unos y otros dan una idea más ajustada de esta realidad histórica y de los abusos que conllevaba. Porque unos privilegios aseguraban y potenciaban, con riesgo de abuso, el disfrute de los otros.

Este régimen se suprime en 1811, según indica Galdós, no sólo por el rechazo que produce en los campesinos y demás personas que viven bajo él, sino también por la repugnancia ideológica liberal a todo señorío que no fuera el de la Nación.

Desde el punto de vista de los señores, cabe pensar que, si esto habían perdido en 1811, esto era lo que esperaban recuperar en 1814. Pero Fernando VII, siguiendo su tendencia a concentrar poder, y continuando en este caso el proceso de restricción de jurisdicciones señoriales que, ante el anacronismo y descomposición de tal régimen, se venía produciendo ya en el siglo XVIII, introdujo algunos cambios.

El decreto dado el día 15-XII-1814 marcaba al régimen señorial con cierto carácter de

---

<sup>262</sup> "Cádiz" Cit., pp 906 y 907.

provisionalidad, ya que se restauraba -según dice Fernando VII- "por ahora, y sin perjuicio de lo que Yo resuelva, a consulta de mi Consejo, acerca de la nulidad, subsistencia o revocación del decreto de las cortes generales y extraordinarias de 6 de agosto de 1811 sobre la abolición de señoríos". Se manda entonces provisionalmente, "que los llamados señores jurisdiccionales sean reintegrados inmediatamente en la percepción de todas sus rentas, frutos, emolumentos, prestaciones y derechos de su señorío territorial y solariego, y en todas las demás que hubiesen disfrutado antes del 6 de agosto de 1811 y no traigan notoriamente su origen de la jurisdicción y privilegios exclusivos". Pero, al año siguiente, en decreto de 30 de noviembre de 1815, el Rey volvió sobre esto y resolvió quitar a los señores su jurisdicción, disponiendo "que los oficios de justicia y cabildo de los pueblos de señorío" no fueran nombrados en adelante por ellos, sino "por las audiencias y chancillerías respectivas" entre una terna propuesta "por el correspondiente ayuntamiento". Por último, confirmándose en su tendencia personalista, Fernando VII dispuso, en su decreto de 25 de noviembre de 1819, que "competía al rey el nombramiento de los oficios reservados antes a nombramiento señorial"<sup>263</sup>.

Según puede verse, con la primera de estas disposiciones se retorna, cautelosamente, a la situación anterior a 1811, satisfactoria para los señores. Con la segunda parece quererse evitar el rechazo que en los campesinos producía tal jurisdicción, desacreditada ya desde el siglo anterior. Con la tercera se daba satisfacción al centralismo Real. En los tres casos se permitía a los señores conservar sus rentas prácticamente intactas, pues resultaba muy difícil demostrar cuáles de éstas traían "notoriamente su origen de la jurisdicción y privilegios exclusivos" y, mientras los campesinos no lo demostrasen, se daba por supuesto que provenían de "señorío territorial y solariego".

Pero dichas reformas, completadas poco antes del levantamiento de 1820, no parecen haber surtido los efectos deseados: los campesinos hubieron de volver a pagar todas las rentas, sometidos a la coacción, que -primero de derecho y luego de hecho- se siguió

---

<sup>263</sup> Cfr. BALDÓ LACOMBA, M.: Op. y lugar Cit., p 248.

permitiendo a los señores para ello, y a los consiguientes atropellos<sup>264</sup>. Por otra parte, los señores, que en muchos casos pudieron comprender la ventaja de asegurar con aquella fórmula unas rentas ya muy discutidas y en peligro, pudieron, en otros, creerse en situación de conservar rentas y jurisdicción, y quedar disgustados por el deterioro de su lustre social, aunque este descuido de su corazón supusiera una garantía para su bolsillo.

La distinta apreciación de estas opciones hubo de matizar las diversas posturas ideológico-políticas de los nobles, que, abocados a aquella situación, parecen a veces ir buscando en la revolución liberal ocasión de obtener como ricos la participación en las decisiones, dignidad y beneficios propios de los gobernantes que el Rey les negaba como nobles y, a la vez, la consolidación de aquellas mismas rentas, cosa que lograrían al fin en 1837<sup>265</sup>.

Es probable que Fernando VII tratase con dichas matizaciones de salvar lo posible del Antiguo Régimen dando lo inevitable al Nuevo y compatibilizando esto con el refuerzo de su poder personal, pero, a la vez, su actuación viene a reconocer y a catalizar el deterioro y descalificación del orden social estamental, tocado ya por la acción de sus predecesores y por el natural desarrollo de la sociedad. Esto es algo que Galdós refleja al situar esta acción política en el contexto de unos cambios que, aunque menos perceptibles -por ser más lentos-, pueden dar idea de aquel proceso de maduración social y de las actitudes a que darían lugar los intentos de frenarlo.

Buenos ejemplos de ello son las innovaciones en el vestir y en otros usos cotidianos que,

---

<sup>264</sup> Atropellos que venían ocasionando conflictos como el suscitado en la audiencia de Galicia entre el *Marqués de Camarosa* y quienes habían fijado *pasquines* insultantes contra él, por "la sinrazón con que el Marqués cobraba varios derechos y otras prestaciones señoriales en aquella jurisdicción". A.H.N., Consejos, Legajo n° 6081, Cuaderno 206.

<sup>265</sup> Según se sabe, las cortes del Trienio atribuyeron a los señores la *carga de la prueba* del derecho a percibir estas rentas, pero esta ley fue resistida por el Rey -con la complacencia de la nobleza- hasta después de la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis en España; y, desechadas estas exigencias probatorias tras la Década Ominosa, la ley de supresión de señoríos de 26-Agosto-1837 permitió que, en multitud de casos, pasase por propiedad lo que era jurisdicción. Ver PEREZ GALDOS, B.: "7 de Julio". Cit., T I, p 1563; MOXO, Salvador de: "La disolución del régimen señorial en España" C.S.I.C., Madrid, 1965, pp 155, 157 y 262-264 y FONTANA, J.: "Transformaciones agrarias y crecimiento económico en la España Contemporánea". En "Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX". Ariel, Barcelona, 1973, pp 147-196, especialmente p 163.

haciéndose eco al parecer de testimonios coetáneos, destaca Galdós al referirse a las rarezas del ya citado tradicionalista "don Paco", en el Cádiz de las Cortes; pero lo es especialmente -quizá por el indirecto apoyo que conlleva a los prohibidos y frustrados amores de Galdós con su prima Sisita- la tendencia a la libre elección de cónyuge, cuya pugna con la anterior clausura estamental es un importante hilo conductor en la trama de las dos primeras series de Episodios Nacionales, que evocan así una cuestión destacada además en la literatura y preocupaciones románticas de la época a que se refieren<sup>266</sup>.

El hermetismo endogámico estamental es un problema crucial para los personajes de la primera serie de Episodios: hace imposible el matrimonio de Santorcaz con la Condesa Amaranta, perdidamente enamorados, y da lugar a que ésta haya de ser, y ocultar que es, la madre soltera de Inés, coprotagonista de dicha serie que, a su vez, encuentra obstaculizados sus amores y matrimonio con Gabriel Araceli, el protagonista masculino de la misma. El cambio de actitud social en este aspecto se refleja con claridad por Galdós en la acción de estos Episodios, ya que Inés y Gabriel Araceli acaban superando el obstáculo y se casan. Pero además se indica expresamente en el reproche que el moribundo Santorcaz, dirige con motivo de ese matrimonio, a su antigua amada : "Señora Condesa, hoy mismo ha consentido usted que su hija única y noble heredera se case con un chico de las playas de la Caleta. ¡Bravo abolengo, por cierto!.

"-Mejor sería -repuso la Condesa- decir con un joven honrado, digno, generoso, de mérito verdadero y de porvenir.

"-¡Oh señora mía!, eso mismo era yo hace veinte años -afirmó Santorcaz con tristeza"<sup>267</sup>.

Sin embargo, como bien destaca Galdós, estos lentos cambios de mentalidad necesitan un tiempo largo, y muchos nobles se resistían todavía a esta corriente. Sus referencias a

---

<sup>266</sup> La Condesa de Espoz y Mina agradece en sus *Memorias* (Tebas, Madrid, 1977, pp 36-37) la libertad que, en este sentido le reconocieron hacia 1820 sus padres, pero sus mismas manifestaciones de gratitud indican que esto no era todavía general entonces.

<sup>267</sup> "La batalla de los Arapiles". En O.C. Aguilar, 1970. T I, p 1185. El problema, por otra parte, reaparece en la segunda serie de Episodios con Solita y Anatolio, cuya rotura del compromiso de boda hecho por sus padres indica nuevamente la tendencia a superar tal esquema.

representantes de la pequeña nobleza como la condesa de Rumbler, las señoras de Porreño y, sobre todo, don Miguel de Baraona, el *Patriarca del Zadorra*, muestran en éstos la añoranza de unos valores aristocráticos que, aun en decadencia, convivirán largo tiempo con la sociedad clasista, especialmente en el medio rural. El orgullo de las Porreño por el "lustre" de su familia, los lamentos de Baraona al ver "olvidados" a "los buenos patricios" en el Gobierno del sexenio 1814-1820 y el desprecio de este mismo "infanzón" hacia los "sastres, zapateros, pinches y albéitares", que se le acercaban, siendo él "un caballero", vienen a ser una muestra de ello<sup>268</sup>.

Tanto Baraona como las Porreño o la Rumbler resultan ridiculizados porque su rígida intransigencia estamental -tan lesiva para la dignidad humana- parece algo trasnochada y tiende a convertirse en una actitud residual en aquella sociedad cambiante. Pero esto parece ser una cuestión de grado y, en aquel sexenio sin posibles términos medios, venían a estar en el mismo bando de otros nobles que, huyendo como ellos de ciertos aspectos de la Revolución, parecen menos aferrados a lo feudal y, a la vez, menos transigentes con la anulación a que los sometía un absolutismo Real que quizá no esperaban. Naturalmente, todos tenían interés en salvar, sin demostrarla, su propiedad de tierras en que podían no tener más que jurisdicción. Pero esto, junto a los privilegios que pudieran conservar, tratarán de lograrlo unos desde el absolutismo y otros moderando y bastardeando la Revolución. Lo primero parece darse especialmente en la pequeña nobleza rural, más religiosa y apegada a su influencia local; lo segundo en la alta, más librepensadora y cortesana. Entre los Baraona y los nobles revolucionarios como el conde de Toreno o el duque del Parque hay una gama muy variada de comportamientos nobiliarios.

Quizá por eso, Galdós no se manifiesta con claridad sobre la actitud de la nobleza como grupo. Al incluirla -junto al Clero y al Rey- entre los apoyos a la reacción de 1814, podría pensarse, dada la ambigüedad posterior y lo dicho de Baraona, que Galdós se acerca a la línea de quienes estiman que la nobleza buscaba un régimen similar al proyectado en el "Manifiesto de los Persas", en el que, "frente al *Estado de los funcionarios* a que se

---

<sup>268</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, p 1306 y "La segunda casaca", mismo T pp 1364 y 1448.



encaminaba el 'despotismo ministerial' de la Monarquía ilustrada, y frente al *Estado liberal* de Cádiz, proponen ellos la revalidación aristocrática junto a la Corona, tanto en el plano político como en su función social"<sup>269</sup>.

Pero Galdós señala que los *Persas* son premiados con "mitras y togas" por su Soberano, que se acomodan a la nueva situación, y no les atribuye, como tal grupo, deseo de reunir Cortes estamentales ni de ningún tipo. Por el contrario, Galdós hace mucho hincapié en mostrar que quien los "acaudilló", aunque en lugar de Mozo de Rosales lo llame "don Buenaventura", no quiere, ni cree que el Rey piense realizar las reformas que, en la misma línea del citado Manifiesto, se prometían en el Decreto de 4 de Mayo. De ahí que cuando Pipaón le plantea sus temores porque el Rey "ha dicho que aborrece el despotismo, que convocará Cortes, que establecerá la seguridad individual, con otras zarandajas" que podrían llevar "a las andadas", Mataflorida le contesta: "Pero ven acá, majadero impenitente. ¿Cuándo has visto que tales fórmulas sean otra cosa que una satisfacción dada a esas entrometidas naciones de Europa, que quieren ver las cosas de España marchando al compás y medida de lo que pasa más allá de los Pirineos?. Ríete de fórmulas. No se pueden hacer, ni menos decir, las cosas tan en crudo que los afeminados cortesanos de Francia, Inglaterra y Prusia se escandalicen. ¡Reunir Cortes! Primero se hundirá el cielo que verse tal plaga en España, mientras alumbre el sol... ¡Seguridad individual! ¡Bonito andaría el Reino si se diesen leyes para que los vasallos obraran libremente dentro de ellas, y se dieron reglas para enjuiciar, y se concedieran garantías a la nación de gente tan ingobernable, díscola y revoltosa! El Rey, sus ministros y esos sapientísimos y útiles Consejos y Salas (...) bastan para consolidar el más admirable Gobierno que han visto humanos ojos. Así es y será por los siglos de los siglos". Y todavía sigue rechazando esta idea, asegurando a Pipaón que sería "tonto" si creyera tales "manifiestos", que "bajo las fugaces palabras están las inmóviles ideas", que las palabras del absolutismo "podrán ser bonitas, rosadas, luminosas y móviles; pero sus ideas son fijas, inmutables, pesadas", y que no debe mirar "lo de fuera, (...) que siempre ha de pagar tributo a las conveniencias, a la

---

<sup>269</sup> PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX, 1808-1898". Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1978, p 101.

moda, a las preocupaciones...", sino "lo de dentro", el "corazón de los hombres"<sup>270</sup>.

Es decir, Galdós señala que, el caudillo de los *Persas*, el que redactó y firmó en primer lugar su famoso Manifiesto, era partidario del puro absolutismo Real y consideraba que las manifestaciones del Rey en otro sentido -quizás también las suyas- eran circunstanciales, hijas de la "moda" y las "conveniencias". Su temprana instalación en el absolutismo y su rápida carrera (Consejero de Hacienda en 1814, Marqués de Mataflorida, Ministro de Gracia y Justicia en 1819 y Regente absolutista en 1822) no reflejan, ciertamente, las inquietudes *renovadoras* que a su grupo atribuye el profesor Suárez basándose en el aludido Manifiesto<sup>271</sup>. Si se atiende a este caudillo, más bien parece que, como indica Galdós, ambos manifiestos -el de los *Persas* y el del Rey- fueron estratégicas y "fugaces palabras" y que, según defiende en nuestros días el profesor Baldo, el objetivo de los *Persas* "era darle argumentos al rey y a los conspiradores para que rechazasen el nuevo orden político" con el solo fin de "que triunfara la contrarrevolución"<sup>272</sup>. Cabe pensar que otros *Persas* firmaron más sinceramente su *Manifiesto* y que tenían motivos para esperar una respuesta favorable en territorios forales y en los estamentos a quienes ofrecían devolver prestigio y privilegios; pero, de igual modo, resulta improbable que el pueblo se identificase con la restauración de unos privilegios que le vejaban. La "*compenetración* del pueblo con la corriente *realista*", que algunos autores defienden<sup>273</sup>, parece ser en muchos casos una obligada sumisión de ese *pueblo* a la nobleza y clero locales o, en último término, a "la fuerza y el prestigio mítico de la realeza", que, como dice el profesor Seco Serrano, "eran tales, que bastaron las promesas contenidas en el Manifiesto de 1814 -mucho más explícito

---

<sup>270</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1288.

<sup>271</sup> SUAREZ, F.: "La crisis política del Antiguo Régimen en España", Rialp, Madrid, 1950 (3ª Ed. en 1988) y "Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del Antiguo Régimen". Publicaciones del Estudio General de Navarra, Pamplona, 1955

<sup>272</sup> BALDO LACOMBA, Marc: "Fernando VII". En "Historia de España" dirigida por A. Domínguez Ortiz. Planeta, 1988, T 9, p 204.

<sup>273</sup> SUAREZ, F.: "La crisis del Antiguo Régimen en España", Cit., Ed. de 1988, p 36; y COMELLAS, J-L.: "Los realistas en el Trienio Constitucional". Pamplona, 1958, p 15.

y *jovellanista* que la famosa exposición de los *Persas*-, para mantener la ilusión de que iba a abrirse una nueva era, tan alejada de Carlos IV y el 'despotismo ministerial' como de la 'revolución exótica' operada en Cádiz"<sup>274</sup>.

Pero quienes se ilusionaron con aquellas promesas se vieron bien pronto frustrados. Si "el clero, una gran parte de la nobleza, varios generales (...) y muchos miembros de las mismas Cortes, (...) *no pudieron impedir que su debilidad* -de Fernando VII- *se comprometiese al Decreto de Valencia*" -según se sobreentendió que le echaban en cara los *realistas puros* en 1826<sup>275</sup>,- sí parecen lograr sin esfuerzo que dicho Decreto quedara incumplido<sup>276</sup>. Se mantiene así un personalismo del Rey -apoyado, según se ha visto, en el Altar y en ciertos resabios feudales- con demasiadas expectativas insatisfechas.

Galdós señala que en 1814-1815 había algunos cortesanos (Ceballos, Villamil, Moyano, Ballesteros) que eran *acusados* ante el Rey de tibieza absolutista, o de ser partidarios de un "sistema templado como el de Macanaz", de quien se dice -como un eco de lo antes dicho por Vayo- que *soñaba* "con resucitar las Cortes, aunque vestidas a la antigua". Pero Galdós, además de indicar que el reunir Cortes era sólo un *sueño* de Macanaz, indica que esa acusación era interesada, y no dice que los acusados sean *Persas* ni nobles, ni les atribuye una influencia significativa<sup>277</sup>.

El anacrónico intento nobiliario de recuperar sus antiguas funciones políticas y sociales no es objeto aquí de la atención de Galdós. Por el contrario, -atendiendo probablemente

<sup>274</sup> SECO SERRANO, Carlos: "El reinado de Fernando VII en el primer ciclo de la revolución contemporánea". En Prólogo a ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p XVIII.

<sup>275</sup> Cfr. SECO SERRANO, C.: "Tríptico carlista", Ariel, Barcelona, 1973, p 43.

<sup>276</sup> En opinión de Quintana, el *célebre decreto* de 4 de Mayo fue una "oferta hecha como tantas otras en un tiempo de crisis **para fascinar a simples** -negrilla nuestra- y facilitar la entera destrucción de cuanto habían hecho las cortes de Cádiz", y "jamás en los seis años se trató seriamente de cumplirla". *Cartas a lord Holland*, Cit., p 539.

<sup>277</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, p 1297 y 1342 -El profesor Baldó indica que, tras quedar sepultados en el polvo del archivo del Consejo de Castilla los informes solicitados sobre el asunto por Macanaz, "en enero de 1816", Ceballos y Perez Villamil "se opusieron" en el Consejo de Estado a la propuesta de convocatoria de Cortes, y que "a partir de entonces, el interés sobre el particular desaparece". BALDO LACOMBA, M.: Op.y Ed. Cit., p 247. En este mismo sentido se manifestó J. Fontana en "La quiebra de la Monarquía absoluta", Cit., p 129.

a su importancia futura y al interés de sus lectores- se centra en el conflicto que entonces se mantenía entre el Rey, más o menos apoyado a ultranza por parte de esos mismos nobles, y los revolucionarios liberales, que le disputaban la soberanía al uno, pero trataban también de anular los deprimentes privilegios estamentales de los otros<sup>278</sup>.

Es cierto que, según vimos, Galdós da a entender que muchos liberales moderados -entre los que la historiografía suele situar principalmente a los revolucionarios procedentes de la Nobleza- sin ser partidarios de la Constitución de 1812, rechazaban en 1819 el cerril absolutismo en que habían quedado la reacción y promesas de 1814<sup>279</sup>. Pero Galdós no dice que esta fuera la posición de la Nobleza ni habla de cortes estamentales, sino de las esperanzas frustradas de quienes -nobles o no- habían creído próximo un "gobierno templado y pacífico" basado en la aplicación del "principio liberal". Estos querían derribar un régimen que hacía posibles tales estafas, y que, en lugar de la participación política con que esperaban dignificarse, los mantenía en incondicional sumisión al ilimitado poder del Rey, y a veces de su camarilla y comisarios<sup>280</sup>.

Esta sumisión era sin duda menor en la Nobleza, pero más sentida que la de otros grupos. Así parece insinuarlo Mesonero al señalar el "absoluto desvío, cuando no (...) enemiga voluntad", que Fernando VII fue produciendo durante este sexenio en todas las clases de la sociedad y explicar que "la aristocracia nobiliaria, por ejemplo, reducida a la nulidad política, estaba limitada a figurar sólo en la servidumbre palaciana"<sup>281</sup>.

La parte que ellos sufrían de despotismo, los iba empujando al liberalismo. Pero Galdós,

---

<sup>278</sup> De ahí que, como dice Quintana destacando dicho anacronismo, cuando se estimó posible el triunfo revolucionario, a primeros de marzo de 1820, no se aceptaron las promesas de cortes estamentales porque "la Constitución del año 12 (...) ofrecía, en el concepto común, una garantía mejor a las libertades públicas, que no un orden desusado por tres siglos y creído ya inaplicable a la situación y circunstancias presentes del Estado". QUINTANA, M-J.: "Cartas a lord Holland", Ed. Cit., p 541. Sin negrilla en el original.

<sup>279</sup> Véase "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., T I, p 1345.

<sup>280</sup> El marqués de las Amarillas, lamentando los poderes y abusos de Santiago G. Negrete, se muestra sensible a esta especie de humillación cuando dice que no quiso ir a visitarlo en Sevilla, con la sumisa adulación de otros, y que, por ello, Negrete le presentó al "Rey como persona de no mucha confianza". GIRON, R. A., M. de las Amarillas: "Recuerdos (1778-1837)" Cit., T II, p 27.

<sup>281</sup> MESONERO ROMANOS, R.: "Memorias de un setentón". Cit., p 171.

cual si quisiera dejar claro que la iniciativa y espíritu de esta revolución no corresponde a la Nobleza sino a la burguesía y clases medias, parece evitar intencionadamente las alusiones al nombre de este estamento, evitando así que sus lectores lo asociasen al protagonismo revolucionario. Incluso cuando parece dar a entender que en 1819 participaba en la conspiración, se refiere a los "altos personajes", a los "señorones graves", etc.<sup>282</sup>.

Lo hiciera o no intencionadamente, Galdós da a entender que quienes apoyasen aquella revolución no podían hacerlo como nobles, sino como individuos sociales a los que repugnaba el absolutismo. La lucha entre éste y la libertad se presenta a veces en abstracto, como un hecho intemporal que afecta a toda persona humana. Dentro del grupo revolucionario se muestran gran diversidad de intereses y opiniones, pero todos parecen coincidir en el rechazo, manifestado especialmente a través de Monsalud, hacia un régimen que los oprime y no los deja ser.

Representan la respuesta que en buena lógica opinaba Montesquieu en 1748 que había de producirse cuando, extrañado de lo contrario, decía: **"parece que la naturaleza humana tendría que sublevarse indefectiblemente contra el Gobierno despótico; pero a pesar del amor de los hombres por la libertad, a pesar de su odio contra la violencia, la mayor parte de los pueblos están sometidos a él"**. Lo cual -viene a concluir- se explica porque el gobierno despótico es fácil de establecer, mientras que en el moderado resulta muy difícil lograr un adecuado contrapeso de poderes<sup>283</sup>.

Desde 1748 a 1819 las cosas habían cambiado. En consonancia con esta idea de Montesquieu se habían producido la revolución americana, la francesa y la española. Se creía saber cómo organizar otro tipo de gobierno más digno y ello hacía mentalmente operativo ese rechazo de la "naturaleza humana" hacia "el Gobierno despótico". Se había establecido una comparación y una preferencia por el liberalismo.

---

<sup>282</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1392, 1394.

<sup>283</sup> MONTESQUIEU, Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de: "Del espíritu de las leyes", Cit., T I, pp 88-89. Sin negrilla en el original.

#### 2.1.2.3.4. Una actitud consecuente

La opinión que Galdós atribuye en este sentido a los revolucionarios españoles de 1819, representados por Monsalud, se manifiesta en la violenta repulsa con que éste, explicando a Pipaón el sentido de la conspiración a que acababa de unirse, le dice:

"Si esto ha de seguir llevando el nombre de nación, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba y lo de arriba abajo; que el sentido común ultrajado se vengue, arrastrando y despedazando tanto ídolo ridículo, tanta necedad y barbarie erigidas en instituciones vivas; es preciso que haya una renovación tal de la Patria, que nada de lo antiguo subsista, y se hunda todo con estrépito, aplastando a los estúpidos que se obstinan en sostener sobre sus hombros una fábrica caduca. Y esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque no siendo así, no se hará nunca. Ya sabemos lo que son las promesas hechas en un manifiesto durante los días de miedo. Aquí se han de romper a hachazos las puertas de la tiranía para destruirlas, porque, si las abrimos con ganzúa o con su propia llave, quedarán en pie y volverán a cerrarse"<sup>284</sup>.

El absolutismo se les mostraba, pues, un régimen absurdo, contrario a la razón humana. Era -y esta idea de 1820 se proyecta hacia 1875- un ultraje al "sentido común" y envilecía a la persona que lo aceptaba. No se trataba de unos hechos de Gobierno, sino del sistema, de "instituciones vivas" -como el poder real de derecho divino, la Inquisición, señoríos, etc.-, de "una fábrica caduca" que algunos "se obstinan en sostener".

Por eso las reformas eran insuficientes; el cambio debía hacerse "de repente, con violencia". Para levantar un edificio de nueva planta con subversión política total de lo de arriba y abajo. Había que acabar con los ídolos, "necedad y barbarie" en que el Antiguo Régimen se escudaba, de modo "que **nada** de lo antiguo subsista, que **"se hunda todo"**. Había que acabar con aquel sistema, que venía a equivaler a "las puertas de la tiranía", para que, destruidas éstas, no pudieran -como Galdós sabía ocurrido- volver a cerrarse"<sup>285</sup>.

---

<sup>284</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1414.

<sup>285</sup> Estas expresiones de Monsalud evocan el **mesianismo del caos** que Galdós debió observar en la revolución de 1868 y cuya fórmula, **abajo lo existente**, resuena también cuando Monsalud dice, poco (continúa...)

Desde la óptica idealista atribuida por Galdós a Monsalud, esta revolución había de hacerse para evitar la indignidad que suponía el estar gobernados por "el capricho de un Rey", expuestos a la corrupción y al obscurantismo, y sometidos al "envilecimiento" de vivir "gobernados como carneros". Es consciente de que la violencia necesaria para acabar con esta situación resultaría traumática, pero estima -en contra de la habitual opinión reformista de Galdós- que la Revolución era un mal menor, un mal necesario: "todas las cosas tienen su principio doloroso. El hombre, antes de andar en dos pies, ha andado a gatas. Supongo -dice Monsalud a Pipaón- que, por evitarte los tropezones que acompañan a los primeros pasos, no desearás tú que el género humano ande siempre a cuatro pies. (...) Yo le digo a la sociedad española: 'Levántate', y me responde: 'No sé andar derecha'. Los frailes y los palaciegos le aconsejan que no se meta en la peligrosísima aventura de marchar con la gente. Al fin, tanto la azuzamos, que se levanta.

"-Y a los pocos pasos, ¡al suelo!

"-Pero la estimulamos de nuevo con ruegos, o a latigazos, si es preciso. Afligida, repite ella: 'Si no sé, si me caigo, ¿qué debo hacer para aprender a andar?' Y le contestamos: 'Andar, andar siempre'"<sup>286</sup>.

Este indigno y envilecedor andar "a cuatro pies" que los revolucionarios ven en el absolutismo parece tener cada vez menos defensores. Galdós, cual si se hiciera eco de la opinión de Mesonero sobre la actitud de parte del Clero y, especialmente, de la Nobleza, no cita ya -tampoco en este sentido- a estos estamentos en general, sino, a "los frailes y los palaciegos".

Entre unos y otros se muestra una "sociedad española" en gran parte aletargada, con sus facultades cívicas atrofiadas, que, presa -más aún que en 1875- de un acostumbamiento secular, no se atreve a ejercitarlas, ni podría hacerlo fácilmente dentro de aquel régimen.

Sin embargo, no es que no quiera, sino que no sabe andar en dos pies. El deseo, más

---

<sup>285</sup>(...continuación)

después, que el Gobierno de 1819, pese a su debilidad, seguía persiguiendo con dureza a quienes, como él, no son nada "y se atreven, sin embargo, a atentar **contra lo existente**". "La segunda casaca". Cit., p 1416. Sin negrilla en el original.

<sup>286</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1415.

o menos consciente, de "aprender a andar" había de contribuir a que fueran cada vez más quienes sintiesen la necesidad de esta revolución política<sup>287</sup>.

Pero el régimen absolutista no sólo suscitaba rechazos de carácter político, aunque ellos fueran una cuestión central en la revolución de 1820, sino que, según vamos a ver en el siguiente apartado, dicho régimen conllevaba la persistencia de una crisis económica y financiera que, además de debilitarlo mientras se mantenía, lo hacían igualmente rechazable.

#### ***2.1.2.4. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad con las necesidades económicas y financieras***

Aunque no puede decirse que Galdós se ocupe con atención preferente de estos problemas, sus referencias a hechos relacionados con ellos permiten esbozar lo que parece su punto de vista sobre varios de sus aspectos. Vamos a intentarlo.

##### ***2.1.2.4.1. Aumento de los gastos y merma de los ingresos: la pérdida de las Américas y el difícil intento de recuperarlas***

Señalemos en primer lugar que las dificultades económicas se muestran problema fundamental de aquellos años. Así, en 1815, ante la solicitud de una superintendencia de Arbitrios que parece aludida como uno de los muchos "destinos" de favor que entonces se concedían, Galdós desvía la atención hacia este tipo de problemas haciendo decir "humorísticamente" al Monarca: "-Pero ¿hay todavía superintendencias de Arbitrios? (...) Mejor dicho, ¿hay arbitrios todavía?. Yo pensé que todo eso pertenecía a la Historia, según

---

<sup>287</sup> El aspecto político es señalado por Galdós en diversas obras y momentos como principal preocupación de aquella época: en "La Fontana de Oro" indica que por estos años -1820-1823- "una democracia nacida en los trastornos de la revolución y alzamiento nacional fundaba el **moderno criterio político** que en cincuenta años se ha ido difícilmente elaborando (Op. Cit., Alianza Ed., Madrid, 1973, p 16). En "El Grande Oriente" (Cit., T I, p 1508) dice, refiriéndose a 1820,: "cuanto respiraba, respiraba entonces con los pulmones de la política"; en el ya citado Epílogo a la edición ilustrada de las dos primeras series de Ep. Nac. (Madrid, 1885, T X, p II.) dice que, ante el éxito de la primera serie, se decidió a escribir "otras diez narraciones, **consagradas a la política**, a los partidos y a las luchas entre la tradición y la libertad". Años después, en las "Memorias de un desmemoriado", señala categóricamente que "**lo político**" es el "**signo característico** de aquellos turbados tiempos" a que se refiere la segunda serie. En O.C. Aguilar, Madrid, 1977, T de novelas III -Miscelánea, p 1435. Sin negrilla en los originales.



están las cajas del Tesoro de lisas y mondas". Y el ministro de Hacienda, Juan Pérez Villamil, le contesta:

"-Señor (...), el estado del Erario no se oculta a Vuestra Majestad. El escaso producto de los impuestos no basta ni con mucho a cubrir los enormes gastos, aumentados cada día con la creación de nuevos destinos. El Reino no tiene recursos para costearse su Ejército ni su Marina, ni para dotar dignamente la Casa Real, ni su regia Guardia; España es pobre, postrísima. Necesita los caudales de América para vivir con algún decoro entre las naciones de Europa"<sup>288</sup>.

Con estas breves palabras, atribuidas a quienes podían conocer la situación, introduce Galdós los que, según vamos a ver, se estiman hoy principales aspectos del problema financiero planteado entonces al Monarca. España, ya empobrecida por la Guerra de la Independencia, se hallaba con su capacidad productiva disminuída por los destrozos de la misma -cuyo efecto sobre los campos, industrias, comunicaciones, hombres, etc., persistía aunque sus gastos extraordinarios hubieran cesado-; pero la solución al "escaso producto de los impuestos" no se dice buscar en la reconstrucción económica del país, cuya repercusión en la capacidad contributiva -a la vez que en el bienestar general- hubiera paliado aquella penuria del Estado, sino en la recuperación de "los caudales de América"; y esto, pensando más en la necesidad gubernamental de dotar fuerzas sostenedoras del Régimen (*destinos*, en general, -cuya nueva creación más parece atribuirse al favoritismo que a la creciente complejidad de la Administración- *Ejército, Marina, regia Guardia, Casa Real*) y en *vivir con decoro* que en dicha reconstrucción del país.

En ello insiste Juan Pérez Villamil diciendo que "fácil sería gobernar la Hacienda si América nos enviase los tesoros que aquí nos hacen falta", pero "esta gran canonjía de nuestra nación no ha durado todo lo que debiera"<sup>289</sup>. Hecho que dice deberse a que "la América está toda sublevada, y las Juntas rebeldes funcionan en Buenos Aires, en Caracas, en Valparaíso, en Bogotá, en Montevideo"; y cuya explicación y remedio son más

---

<sup>288</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1339.

<sup>289</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1339.

complejas, pues "si Méjico está aun libre del contagio, los americanos de Washington se encargarán de trastornar también aquel país, del mismo modo que el Brasil nos trastorna el Uruguay e Inglaterra nos revuelve Chile"<sup>290</sup>.

Los intereses de otras naciones -tan presentes cuando escribía Galdós- se introducen así como agentes disgregadores de los territorios y poder españoles, haciéndose notar por Galdós en el Congreso de Viena y luego en el de Verona. Ahora habrán de tenerse en cuenta junto al intento inmediato de control y dominio nacional que la misma crisis hace difícil: "La insurrección americana exige un gran esfuerzo, un colosal esfuerzo. Es preciso mandar allá un ejército, pero para esto, Señor, -dice Villamil- se necesitan tres cosas: hombres, dinero y barcos.

"-¡Hombres, dinero, barcos!.

"-Lo primero no falta; pero ¿cómo los equiparemos, y, sobre todo, en qué buques les lanzaremos al mar? Vuestra majestad no tiene en su Marina un solo navío que valga dos cuartos, y los arsenales carecen de elementos para la construcción"<sup>291</sup>.

El problema estaba, pues, en que para preparar una expedición con que recobrar los caudales americanos se consideraban necesarios precisamente estos caudales, ya que sin ellos la capacidad financiera del Estado resultaba insuficiente, incluso para los gastos ordinarios<sup>292</sup>.

La difícil solución va a intentarse, sin embargo, durante todo el período 1814-1820 a través de una ansiosa búsqueda de medios que refleja el carácter vital que -como en la época de Galdós a Cuba- se le atribuía. De ahí que inmediatamente encargue el Rey a Villamil y a Ceballos el estudio de "un plan vasto que nos proporcione -dice- los recursos

---

<sup>290</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1339.

<sup>291</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1339.

<sup>292</sup> Ello es una realidad que la historiografía advierte incluso en los gastos antes aludidos como de primera necesidad: "Mi sueldo -escribe el marqués de las Amarillas- se cobraba con suma dificultad y sumo atraso" ("Recuerdos..." Cit., T II, p 53); y, en el mismo sentido, dice R. Santillán: "...desde 1815 hasta septiembre de 1817, las tropas de Aragón estuvieron entregadas a las más crueles privaciones: un tercio, algunos meses un quinto de la paga, era todo lo que la Tesorería facilitaba para los oficiales". "Memorias...", Cit., T I, p 7.

necesarios para sofocar la insurrección americana, bien sea creando impuestos, bien pidiendo dinero a los holandeses o a los judíos de Francfort, bien logrando los buenos oficios de alguna nación poderosa..."<sup>293</sup>.

En ello será animado además por la postura triunfalista de algunos miembros de su camarilla, especialmente de Antonio Ugarte, que de paso aprovecha para censurar el apocamiento del ministro Villamil, a fin de obtener su relevo. Así, cuando Villamil y Ceballos se van y Fernando dice con cierta desesperanza "despidámonos de las Américas", empieza Ugarte por asegurar que "se exagera mucho", que, según le ha dicho un recién llegado de allí, "toda la insurrección americana se reduce a cuatro perdidos que gritan en las plazuelas" y que se arreglaría en "cuatro meses" si se mandase "un verdadero ejército, con una escuadra, en vez de medias compañías dentro de una goleta, como se ha hecho hasta aquí"<sup>294</sup>.

Con ello se insinúa, por una parte, la carencia de cauces de información del Rey respecto al verdadero carácter y desarrollo de la insurrección americana y, por otra, se hace notar que hasta entonces no se habían enviado contingentes militares serios y que los insurgentes casi no tuvieron otras fuerzas enfrente que los americanos proespañoles.

Continuando en su papel de lisonjero optimista, recuerda Ugarte -ya lo había indicado Ceballos- que la "negociación con Inglaterra sobre la trata de negros" proporcionará "una indemnización de muchos miles de libras" que podrían aplicarse a este fin, aunque se recibieran "para resarcir los perjuicios de los tratantes de esclavos" al suprimirse ese comercio; y, con su presencia de ánimo, acaba consiguiendo que el Rey pusiera en sus manos tal empresa. En opinión de Pipaón "la naturalidad admirable con que Ugarte hacía frente a los mayores obstáculos; la frescura, digámoslo así, con que todo lo resolvía y allanaba, no podían menos de cautivar el ánimo del Soberano, agobiado por el continuo clamoreo de sus ministros"<sup>295</sup>.

---

<sup>293</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1339.

<sup>294</sup> "Memorias de un Cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1340.

<sup>295</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1341.

Según Ugarte, sería ilógico "pagar a los negreros y que se pierdan las Américas. ¿No vale más -dice- dejarles sin indemnización y conservarles los esclavos y las tierras?"<sup>296</sup>.

El Rey, "cediendo por completo a la seductora sugestión de aquel brujo que prometía los imposibles", acabará dándole "autorización para hacer el alistamiento, para tomar de la Real Hacienda los fondos necesarios, para tratar de la compra de buques, vestuario y demás". De ello derivaría el "poder oculto que don Antonio Ugarte tuvo durante algún tiempo"<sup>297</sup>.

El "ex bailarín" Ugarte, presentado como muy avisado e inteligente, parece emplearse por Galdós para mostrar los puntos capitales del problema a la vez que tacha de incompetencia a los "Ministros". En perspectiva ya un posible paliativo a la carencia de "dinero" y "barcos" -pues "hombres" no faltan- quedaban en pie las complicaciones que encerraban los intereses de otros países en las tierras españolas de América, ya antes aludidas.

Galdós enlaza con este hecho, e insiste en él, indicando que precisamente entonces está reunido el Congreso de Viena, donde "entre Labrador y Ceballos, como si dijéramos, entre Herodes y Pilatos, España está haciendo un papel ridículo"; pero no parece atribuirse todo a la ineptitud de estos representantes, sino que, orientando la atención al problema americano, se insinúa que algunos de los países reunidos pueden eludir la aplicación de los acuerdos del Congreso a la "Revolución" en tierras hispanoamericanas, pues aunque esto no lo diga de modo claro Galdós, sí señala que tienen intereses favorecidos con ella, ya que nuestra "desastrosa" "política exterior" presenta como "¡Rutina incurable!" -según Ugarte- el que "nuestra nación, Señor, ha de vivir siempre bajo la vigilancia interesada, mejor dicho, bajo la tutela de Inglaterra o de Francia. La primera trabaja porque perdamos las Américas y porque se arruine nuestro comercio; la segunda no nos perdonará nunca el haber vencido a sus soldados, aunque fueran mandados por el general Bonaparte"<sup>298</sup>.

<sup>296</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O. C. 1970, T I, p 1341.

<sup>297</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, T I, p 1341.

<sup>298</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O.C. Aguilar, 1970, t. I, pp 1341-1342.

De ahí que, reconocido este hecho por el Rey, se atreva Ugarte a señalar como posible solución: ¿Por qué no se intenta estrechar las "relaciones con un poderoso imperio, bastante fuerte para ser buen aliado, bastante remoto para no disputarnos nuestro territorio?"<sup>299</sup>.

La conservación de "las Américas" se considera, pues, de importancia suficiente para condicionar la política exterior española, cuya orientación filorrusa por este motivo parece sobreentenderse en la respuesta de Fernando VII ("soy muy amigo de Alejandro") como si diera por supuesto que a él se refiere Ugarte, cuyo "atrevimiento" -dice Galdós- le impulsa a recomendar que Fernando "se enlazara con una princesa rusa", de modo que "esa amistad sería unión indestructible"<sup>300</sup>.

Un silencio violento sigue a esta osada propuesta, que aún sin ser osada habría carecido de acogida favorable a juzgar por las circunstancias, cuya explicación se deja en ciernes por Galdós cuando, al día siguiente, la camarilla habitual ha de resignarse a desconocer el significado de las visitas de "un fraile franciscano" que resulta ser "fray Cirilo de Alameda y Brea" y que, según se descubrirá luego, estaba encargado entonces de concertar las bodas de Fernando VII con Isabel de Braganza, a las cuales hemos aludido ya con ocasión del simultáneo "eclipse" de esta camarilla, y cuya participación en este asunto hará decir a Pipaón que "no hay función sin fraile"<sup>301</sup>. No se produce, pues, ese enlace con una princesa rusa, pero sí un mayor acercamiento que conducirá a la compra de barcos rusos -de la que luego nos ocupamos- para procurar el sometimiento de Hispanoamérica.

Planteadas así las cosas podría creerse que el problema estaba en vías de solución; pero la recuperación de los recursos americano exigiría cierto tiempo y, en tanto no fuera un hecho, había de topar con otra serie de dificultades para ir viviendo que en parte parecen

---

<sup>299</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1342.

<sup>300</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O. C. Aguilar, 1970, T I, p 1342.

<sup>301</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." En O. C. Aguilar, 1970, T I, p 1344. El retrato que Galdós hace de Fray Cirilo de Alameda está calcado del de PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., pp 47-48. Añadamos por nuestra parte, como confirmación de esta relación, que este franciscano fue premiado con "quince mil reales de pensión anual" por el celo con que "ha desempeñado -dice Fernando VII- diferentes comisiones que puse a su cuidado". A.H.N., Consejos, Legajo 15509, números 24 y 75.

atribuírse por Galdós a la gravitación de la crisis económica misma en distintos ámbitos de la vida nacional y en parte a la interrelación que con ella presenta el régimen absolutista, especialmente al promover diferencias irritantes para ciertos grupos que habían de sufrirla más duramente en beneficio de otros<sup>302</sup>.

En principio no estará de más tomar nota de que la recuperación de "las Américas" mediante la acción armada que propugnaba el gobierno absolutista exigía "un colosal esfuerzo" y podría considerarse no sólo abrumadoramente costosa sino, acaso, vinculada a los intereses privados de ciertos personajes del absolutismo que habían sido objeto de favoritismo en aquella Monarquía *patrimonial*. Esta habría de ser desmontada previamente para que dicha conservación o recuperación, como la de Cuba en su época, se hiciera en beneficio de todo el país, y no de aquellos pocos cuyas "canonjías" alcanzaban a los bienes americanos. Ejemplo de éstos es el duque de Alagón, antes "Paquito Córdoba", pues, según recuerda Galdós a sus coetáneos, "Su Majestad le hizo cesión, a él y a otros individuos, de una parte del territorio de las Floridas, que no era ningún erial. No bastando esto -se añade-, concediósele también el privilegio de introducir harinas en la isla de Cuba con bandera extranjera, el cual derecho valía por una minita de oro. Para explotarla, Alagón tenía por socio a un barón de Colly, de quien no se sabía si era irlandés o francés; aventurero, arbitrista, proyectista, hombre incalificable que años atrás había intentado sacar de Valençay al príncipe cautivo y traerle a España.

"Murmuraban muchos del privilegio de las harinas..., -hace notar Galdós- que es muy

---

<sup>302</sup> Las ideas de Galdós respecto a problemas relacionados con la insurrección americana pudieron verse condicionadas por los hechos de la guerra cubana (1868-1878), que se está desarrollando mientras escribe sobre los hechos objeto de este apartado y en la que pudo encontrar vivas referencias para interpretarlos.

En los dos casos la crisis ultramarina se interfiere en los procesos revolucionarios peninsulares y, aunque Galdós no entre en el análisis de estos motivos de la insurrección durante 1814-1820, indirectamente alude a los intereses comerciales al referirse a la intervención en el proceso de otros países, que de nuevo influirían en la guerra cubana. El movimiento independentista de 1815 se presenta además con un carácter limitado que cobra el carácter de guerra civil al poderse suponer combatido por otros hispanoamericanos, ya que no se habían enviado apenas tropas peninsulares, caso similar también al de Cuba en 1868. Y, por otra parte, la oposición armada a los insurrectos cubanos parece sostenida por grupos con intereses económicos, unidos a otros de carácter patriótico, que pueden encontrar parangón en las primeras guerras independentistas de América, en cuyo momento se apunta ya la existencia, precisamente en "la isla de Cuba", de ciertos intereses particulares. Sobre algunas otras relaciones y semejanzas entre estos hechos del Trienio y las luchas independentistas cubanas coetáneas de su relato por Galdós puede verse AVILA ARELLANO, Julián: "El personaje femenino del teatro de Galdós...", Cit., pp 948 y Sgts.

común eso de no ver con buenos ojos al prójimo que saca el pie de la miseria. ¡Válgame Dios! -ironiza- ¿Por qué no se había de permitir al Duque que se redondeara? Pues qué, ¿no es muy conveniente para la república que abunden en ellas los hombres ricos? ¿Y por qué no había de serlo el Duque, cuando con ello no perjudicaba más que a los tunantes labradores de toda Castilla, hombres ambiciosos, tan comidos de envidia como de miseria, y que todo lo quieren para sí?"<sup>303</sup>.

Hay que tener en cuenta, además, que este desigual disfrute de "las Américas" presupone también posible perjuicio a la economía del país, a través de los "labradores de toda Castilla", por lo que "murmuraban muchos", y que Galdós lo señala junto al agravio por comparación que se daba entre la mimada Guardia Real -cuyo capitán era, precisamente, Alagón, el beneficiario de tales privilegios en Cuba y Florida- y otras unidades del Ejército. Con ello Galdós parece asociar, y mostrar acumulados, unos abusos propios del poder absolutista que habrían de dificultar la aceptación de un sacrificio de alcance nacional, mucho más el del Ejército, que tiene sus propios motivos de descontento y había de ser el protagonista obligado de ese sacrificio.

Son abusos, discriminaciones y arbitrariedades que inciden en diversos ámbitos haciendo más insufribles las privaciones impuestas por la crisis financiera, de modo que más aún que dicha crisis parece importar el diferente grado en que se sufre, según señala Galdós al explicar, mediante los recuerdos de Pipaón, la situación del Ejército y la Marina en 1815: "Acontecía que muchas veces los oficiales del ejército de línea no veían una paga en diez meses; pero, ¡qué demonio!, no se podía atender a todos, y eso de que cualquier oficialite en activo servicio dé en la manía de estar siempre piando, piando por dinero, es cosa que aburre y mortifica a los más sabios gobernantes.

"No sé cómo los aguantaban. Especialmente los marinos, a quienes se debía la bicoca de *setenta* pagas, no dejaban pasar un año sin importunar al Gobierno con ridículos memoriales que destilaban lágrimas. Harto hizo Su Majestad permitiéndoles consagrarse a la pesca, oficio denigrante para tan noble instituto, y no lo tolerara ciertamente el sabio

---

<sup>303</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1312.

poder absoluto si no aconteciera que un oficial que había estado en Trafalgar muriese de hambre en El Ferrol, y que otros cometieran la villanía de ponerse a servir de criados para poder subsistir.

"De seguro que los guardias de la Real persona y su capitán, el duque de Alagón, no se quejaban de falta de pagas, pues éste las recibía puntualmente, con la añadidura de mil valiosos regalillos que el Rey, por cualquier motivo, le hacía. Los hombres que logran subir a posición tan alta no deben sufrir denigrantes escaseces; que eso sería deslustrar el brillo del absolutismo y rebajar la dignidad de todo el Reino"<sup>304</sup>.

No vamos a subrayar la denuncia, suficientemente clara, de que Ejército y Marina cobran mal mientras la "Guardia Real" -como un símbolo "del absolutismo"- rebosa de todo, aunque Galdós insiste en ello repetidamente. Parece conveniente, sin embargo, señalar el sentido de continuidad que de esta situación se advierte en expresiones como "estar siempre piando, piando" o en que, "muchas veces", "no veían una paga en diez meses"; y en el caso de los marinos se les deben nada menos que "*setenta pagas*" y "no dejaban pasar un año", lo cual parece indicar que pasaban muchos así, de modo que hasta se da tiempo a que la mentalidad evolucione superando ciertos prejuicios para dedicarse a oficios antes denigrantes con que poder subsistir. Todo ello parece dar pie a suponer que la situación se considera prolongada hasta 1820, puesto que el problema económico permanecía sin resolver en esa fecha<sup>305</sup>.

La penuria militar es también destacada, a la vez que su contraste con otras situaciones, en la ya referida fiesta dada en Madrid por los "Trinitarios" en honor de Fernando VII, cuyo boato y abundancia "diríase que le transportaban a uno al Oriente, o a las pomposas fiestas de la India"<sup>306</sup>. Además, la *falta de pagas* parece agravarse allí con una falta de

---

<sup>304</sup> "Memorias de un cortesano de 1815." Cit., p 1312.

<sup>305</sup> Así lo encontramos confirmado, además de por los anteriores testimonios de Santillán y del marqués de las Amarillas, o cuando éste recuerda que, en el momento de ser él nombrado por S.M. "Ministro de la Guerra" (24-III-1820), "el Erario estaba vacío, el crédito arruinado, el Ejército mal pagado, todos los ramos desatendidos y sin recursos para mejorar de pronto esta situación". GIRON, Pedro Agustín, Marqués de las Amarillas: "Recuerdos (1778-1837)". Pamplona, EUNSA, 1979, T II, p 99.

<sup>306</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1323.



sensibilidad y sentido común que la hacen más insufrible. Destaca Galdós en este sentido como algo inherente al sistema la interesada y gazmoña beatería de las ordenanzas dadas al Ejército por Eguía, ministro de la Guerra, según el cual, "ha sido preciso dictar disposiciones nuevas, que no figuraban en nuestros antiguos códigos militares", para "prohibir a los soldados que cantasen las estrofas que les guiaron al combate durante la guerra (...) orden de rezar el Rosario en cuerpo todos los días (...) serie de minuciosas instrucciones sobre el modo de tomar agua bendita, al entrar formados en la iglesia"<sup>307</sup>. A ello se añade, según cuenta ufano este Ministro, la creación de una serie de "cruces" (*de Lealtad de Valençey* (Sic), de los *Persas*, de *El Escorial*,...) que parecen querer sacralizar ciertos hechos. Y, por otra parte, "a falta de pagas -añadió Eguía con juvenil complacencia- preparo una disposición en virtud de la cual cada año de campaña se cuenta como dos de servicio, lo cual tiene la ventaja de que muchos militares noveles, y que ahora empiezan su carrera, pueden retirarse a sus casas con una pingüe cesantía... vamos, no se quejarán"<sup>308</sup>. Son una serie de medidas con las que Galdós viene a reflejar, por una parte, esa *marcha atrás* con que, según expresión del profesor Seco Serrano, el *involucionista* general Eguía hizo "tabla rasa de cuantas novedades habían afectado al Ejército durante la *guerra y revolución*"<sup>309</sup>; y, por otra, "los retrasos en el pago de los correspondientes haberes", que Casado Burbano destaca junto a una "política discriminatoria en detrimento de los oficiales no *aristócratas*, o sospechosos de tendencias liberales"<sup>310</sup>.

Así, la "falta de pagas", atribuible a la incapacidad financiera del absolutismo, amenazaba la vida profesional de aquellos "militares noveles", cuyo *retiro a sus casas* resulta absurdo, según sugiere Galdós, precisamente cuando "empiezan su carrera". Ellos

<sup>307</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., p 1326.

<sup>308</sup> "Memorias de un cortesano de 1815". Cit., pp 1326-1327.

<sup>309</sup> SECO SERRANO, Carlos: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea", Cit., p 39.

<sup>310</sup> CASADO BURBANO, Pablo: "Las fuerzas armadas en el inicio del constitucionalismo español". Ed. Revista de Derecho Privado, Madrid, 1982, p 91. Cfr. SECO SERRANO, C.: *Ibidem*, misma p.

no podían considerarse beneficiarios, sino en todo caso víctimas, de las *cesantías* establecidas en este que Presas llama "injusto e imprudente decreto de 20 de Abril de 1815" -aludiendo sobre todo al premio indiscriminado y al inoportuno aumento del gasto que conllevaba<sup>311</sup>. La repercusión de esa mayor antigüedad en el sueldo de los jóvenes no paliaría su descontento si luego no cobraban o sufrían discriminaciones respecto a militares de más poderoso arraigo, según sugiere Galdós con esas expresiones. Ellos parecían los más vulnerables ante la sentida necesidad de reducir el coste del Ejército, cuyos oficiales eran, según Presas, "un cuádruplo superior al número que necesitaban"<sup>312</sup>. Añadamos que ésta y otras medidas inspiradas por dicha necesidad se planteaban, según indica Galdós, injusta y torpemente<sup>313</sup>.

De todo ello resulta que esos militares de quienes se reclamaba el principal esfuerzo para la recuperación de *las Américas* se iban cargando de descontento contra el Régimen. Pero este descontento, y su resultado final, tiene, según vamos a ver, otra serie de razones específicas en el Cuerpo Expedicionario preparado expresamente para dicha recuperación.

#### 2.1.2.4.2. *La malhadada compra de los barcos rusos.*

En este famoso *affaire* detiene Galdós su atención, empezando por cuestionar si fue o no, como dice Ugarte, "un servicio eminente prestado a nuestro país", aunque nadie "lo ha agradecido". Su inicial proyecto, según comenta en confianza a Pipaón, pudo contribuir a la recuperación de América si no hubieran intervenido factores ajenos a él, entre los que el mismo Ugarte plantea, hiperbólicamente, que "los barcos no valían ni para leña. Hablando aquí en confianza, amigo Pipaón, -le dice- yo no creí que fueran tan malos. El

<sup>311</sup> Cfr. PRESAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., pp 66-67.

<sup>312</sup> "Pintura de los males...", Cit., p 64.

<sup>313</sup> Torpeza señalada también por el marqués de la Amarillas, en cuya opinión Egüía dio "una **disparatada** -negrilla nuestra- Real orden declarando que todos los soldados que no hubiesen sido filiados con las formalidades de ordenanza, no debían ser considerados como tales soldados", cosa por la que se estimó afectada "toda la División que había sido de Espoz y Mina". "Recuerdos...", Cit., T II, p 20.

señor Bailío me aseguró que podían hacer un viaje"<sup>314</sup>. Se trata, pues, de una forma de decir cuyo contenido resulta exagerado, pues no parece que Galdós (ni Ugarte) esté muy convencido de que los barcos fueran totalmente inservibles, aunque fueran mucho peores que lo previsto y esta operación se hiciera famosa en perjuicio de sus protagonistas, quizá al servicio de otros intereses.

Aunque los barcos estuvieran en mal estado, Galdós parece advertir la posibilidad de que, como ocurría en tantas cosas de su propia época, la opinión popular en este sentido fuera resultado del intencionado pábulo dado al hecho para provocar rechazo no sólo a los barcos sino a la clandestina operación de su compra, y, a ultranza, al régimen en que esto era posible, ya que cuando Pipaón opina que no era "posible un negocio peor (...) con referencia al país", cargando las tintas en el desacierto, añade también: "si las 500.000 libras que nos dieron los ingleses para indemnizar a los perjudicados por la abolición de la trata, se hubieran repartido equitativamente entre los españoles pobres...". Y junto a la carga demagógica que esta idea podría encerrar al tocar fibras sensibles al pueblo, parece destacarse en ella una desviación de la crítica, que ya no se carga sobre el estado de los barcos sino sobre el empleo del dinero, restando prioridad a la compra de unos barcos que eran necesarios para la conservación de América si había de emplearse la acción armada. De ahí la respuesta de Ugarte: "No te hagas eco tú también de las vulgaridades que corren a propósito de los cinco navíos y la fragata que compramos al emperador de Rusia -dijo con cierto enfado- Si ha resultado que esos buques están podridos, la culpa no es mía. ¿Entiendo yo de barcos? Además, aquí no quieren sino gangas. Pues qué, con 500.000 libras, o sean 50 millones de reales, ¿se podían comprar seis buques acabaditos de salir del astillero?"<sup>315</sup>.

La confianza con que parecen hablarse Ugarte y Pipaón da pie a creer que efectivamente se consideran "vulgaridades" esas ideas de reparto del dinero frente a la posibilidad -aunque fuera errónea- de resolver problemas de conjunto. Pero las "vulgaridades" parecen fundarse

---

<sup>314</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1390-1391.

<sup>315</sup> "La segunda casaca", Cit., p 1391.

también en la idea de que los móviles de la operación no estaban exentos de afanes corruptos, aun cuando Ugarte da a entender que el precio hubiera sido bueno -restando, por tanto, lugar a ello,- si los buques se hubieran hallado en buen estado. Galdós parece interpretar que los "cinco navíos y la fragata" quedaban pagados con las citadas "quinientas mil libras" -o parte de ellas- que considera recibidas de los ingleses, pero en estos datos se incurre sin duda en algunas inexactitudes que conviene aclarar, aunque no alteren el significado que parece destacarse en la operación.

El Profesor Miguel Artola, -citando a Manuel de Saralegui<sup>316</sup>- describe así el acuerdo de compraventa: "El convenio de 11 de agosto de 1817 cedía a España una escuadra de cinco navíos de línea de 74 cañones y tres fragatas, por el precio de 13.600.000 rublos, que Fernando VII empezaba a pagar con la entrega de las 400.000 libras esterlinas que correspondieron a España como indemnización al abolir el tráfico de negros. El resto del precio sería entregado en la forma que el Rey estimase oportuno, dentro de un plazo de siete meses"<sup>317</sup>. Según esto, no fueron, pues, "500.000 libras" sino 400.000, las recibidas de Inglaterra y entregadas a Rusia, pero con ellas se atendió sólo a la entrega inicial, quedando otra cantidad (hasta el total de 13.600.000 rublos) aplazada a siete meses, siendo, por otro lado, tres fragatas (y no una) las que, según Artola, se compraron.

Sus datos coinciden en eso con los dados por don Pío Zabala, según el cual se adquirieron "cinco navíos y tres fragatas (...) obligándose el Monarca a pagar por ellos 13.600.000 rublos", si bien éste añade que, ante las denuncias surgidas y "convencido el Emperador Alejandro del escandaloso abuso que suponía aquel negocio, quiso paliar los riesgos del comentario regalando a España tres fragatas de cuarenta cañones, tan averiadas y desprovistas como las vendidas", concluyendo sobre estas embarcaciones que entre 1817 y 1823 "ocho de ellas fueron desmontadas, una apresada por los insurgentes americanos

---

<sup>316</sup> SARALEGUI Y MEDINA, M. de: "Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII". Madrid, 1904, p 121.

<sup>317</sup> "La España de Fernando VII". Cit., p 634.

y dos idas a pique"<sup>318</sup>.

Este afán de corregir el escándalo se cita también por el profesor Gil Novales, según el cual, "Alejandro I envió tres fragatas más, que llegaron a Cádiz en octubre de 1818, y que efectivamente prestaron servicio en las colonias"<sup>319</sup>.

Josep Fontana da también la cifra de "400.000 libras", indicando además que se adelantaron antes de firmarse el tratado "en concepto de primer pago por los cinco barcos", pero no cita fragata alguna. Si Galdós no manejó el texto final del tratado pudo caer en el error de considerar concedidas por Inglaterra las 500.000 libras -y quizá otras partidas- que, según datos de Fontana, se pedían en las negociaciones al objeto indicado, aunque se hubiera denegado el 1 000 000 de libras que, según este mismo autor, se pedía también por llevar campesinos libres de Canarias<sup>320</sup>.

En ello han venido a poner luz los estudios de Ana María Chop Soler, que, tras varias publicaciones sobre las relaciones hispano-rusas de la época, establece, a la vista de documentos concluyentes y de los hallazgos de Mirosevskij y de Kommissarov, que ésta operación se "ha de enmarcar (...) -como aquí hemos visto que hace Galdós- dentro de la problemática general hispano-americana de los años 1815-1817 y dentro de la crisis interna del régimen de Fernando VII"; que al deseo e iniciativa de compra de estos barcos por el Rey de España correspondían, por parte de Alejandro I de Rusia, el deseo de "expansión -territorial o comercial- en América"; que, tras varias propuestas españolas para la construcción o compra de barcos, se acordó en Rusia "entregar a Fernando VII 5 barcos de línea y 3 fragatas (...) *contra una satisfacción pecuniaria*", deseando que se viese en Europa -Inglaterra- como una simple compraventa y no como un *tratado* contra los rebeldes hispanoamericanos; que, de acuerdo con la "*convención secreta*, negociada en Madrid el 30 de julio/11 de agosto de 1817 entre Tatischev y Eguía", España se

---

<sup>318</sup> ZABALA, Pío: "Historia de España y de la civilización española" T V -"Edad contemporánea"-, Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1930, Vol. I, pp 196 y 197.

<sup>319</sup> "El Trienio Liberal". Siglo XXI, Madrid, 1980, p 2

<sup>320</sup> Véase "La quiebra de la Monarquía absoluta 1814-1820". Ariel, Barcelona (2ª edición) 1974, pp 130 y 131.

comprometió a pagar por las citadas embarcaciones "13.600.000 rublos en asignaciones (art.5) y a cubrir los gastos de regreso a la patria de los marineros rusos que viajasen con la escuadra a Cádiz (arts.3, 4 y 8)", a que la "primera entrega" fueran las ya aludidas "400.000 libras" (art.6) y a que el resto se pagase "no más tarde del 1 de marzo de 1818 (arts. 7 y 8)"; que, llegados los buques a Cádiz el "9/21 de febrero de 1818" se nombró "una comisión, formada por los mejores expertos navales españoles", cuyo dictamen fue que "tres" de los 5 "barcos de línea" reconocidos "y dos fragatas (...), se hallaban en excelente estado", que un barco necesitaba ser reparado y que un barco y una fragata estaban "inservibles"; que, ante ello, el gobierno ruso envió *gratis*, a petición de Fernando VII, "tres fragatas más", que el día "29 de septiembre/11 de octubre -de 1818- arribaron a Cádiz en perfecto estado"; que "todos" estos "barcos de línea" tenían sólo entre "cinco" y "ocho años", y "las fragatas (...) dos o tres años"; que su estado es atribuible a los efectos de una tormenta sufrida por el camino, cuyos desperfectos se dicen reparados en Suecia, y, quizá, según informó Pizarro a Zea -al saberla detenida- a que "los buques son (eran) malos"; pero que, dado el resultado de su aludida inspección al llegar a Cádiz, el escándalo que en torno de ellos se produjo parece exagerado y sólo explicable por otros motivos: entre ellos la desinformación *alimentada* por quienes, como "Pizarro o Vázquez de Figueroa" -*ministros* de Estado y Marina-, se sintieron postergados en aquella operación, hecha a sus espaldas<sup>321</sup>. Dado dicho procedimiento y secreto, Eguía y Ugarte, favoritos de Fernando VII que, según señala Cantillo, firmaron, respectivamente, el aludido tratado y un convenio complementario del mismo (27-Sept-1819), fueron objeto de algunos cargos, lo cual, junto a la desaparición de los comprobantes y escritos que debiera haber habido en los archivos españoles correspondientes, inducen a pensar que como apunta este autor, "en estos negocios no parece que hubo la limpieza necesaria"<sup>322</sup>.

---

<sup>321</sup> SCHOP SOLER, Ana María: "Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia (1733-1833)". Ministerio de Asuntos Exteriores (Dir. Gral. de Relaciones Culturales), Madrid, 1984, pp 206, 209, 210, 214, 216, 217, 218 y 219.

<sup>322</sup> CANTILLO, Alejandro del: "Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año 1700 hasta el día", Madrid, 1843. Cfr. SCHOP SOLER, A-M<sup>a</sup>: Op. Cit., pp 205 y 479.

También Galdós insinúa, según se ha visto, que la corrupción parece que existió. Además, en su texto, Ugarte reconoce que él percibió algo, aunque fuera sólo un "bocado indigno" de sí; y se le ve deseoso de descargar la responsabilidad de esta operación en Fernando VII con expresiones que encierran una velada acusación contra éste de falsear los datos del "tratado secreto" para quedarse con parte del precio oficial:

"El tratado secreto que se celebró para comprarlos, firmélo yo como *secretario íntimo*; pero fue el Rey quien lo hizo. Era tal su impaciencia por cerrar el trato de una vez, que estaba el hombre desasosegado y fuera de sí. Yo quise ir con tiento, yo quise establecer alguna garantía; pero, amigo Pipaón, si vieras cómo estaba, cómo se puso ese hombre... Parecía sediento, ávido, parecíale que si no se compraban pronto los barcos, se iban a convertir en humo las 500 000 libras de los ingleses. ¿Qué dices a esto?

"-Parece mentira que tal haga y de tal modo se apure un hombre que tiene a su disposición más de 100 millones del Tesoro Público y otras gangas...

"-Si es un saco roto"<sup>323</sup>.

Así, pues, aunque el móvil fundamental de la operación se sitúa en recobrar los caudales americanos, Galdós señala también que la secreta compra de estos barcos se ensombrece con posibles afanes de lucro personal por Ugarte y Fernando VII; pero en la acusación a éstos no excluye la posibilidad de que la operación y el estado de los buques, aunque malos, se exagerasen en sentido negativo por quienes difundiendo las citadas "vulgaridades" acaso quisieran retrasar o impedir la expedición, ya que Ugarte, desdiciéndose de su anterior opinión, afirma poco después que "los revolucionarios se valen de todos los medios. Ni los barcos son tan malos como dicen, ni es absolutamente imposible que se den a la vela"<sup>324</sup>.

---

<sup>323</sup> "La segunda casaca" En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1391.

<sup>324</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1391. Lo cierto es que esta opinión de Antonio Ugarte se ve corroborada por los hechos, puesto que algunos de los barcos se utilizaron. Ana María Schop Soler considera que en octubre de 1818 estaban utilizables, aunque luego "se les desatendiese de tal forma que fuesen pronto completamente inservibles" (Op. Cit., p 220); y Gil Novales indica (citando a Russel H. Bartely, *Imperial Russia and the Struggle for Latin American Independence, 1808-1828*. The University of Texas at Austin, 1978, pp 122-127.) que el mal estado de estos barcos "parece haber sido debido a la inacción de la  
(continúa...)

Este interés por desprestigiar los barcos se atribuye igualmente por Ugarte a quienes se negaban a embarcarse "en ellos" y al "capitán de navío don Roque Gruzeta", que fue "puesto preso por" su "informe desfavorable a los cinco buques", pues todo se debe a que (los marinos) "todos están vendidos a la masonería"<sup>325</sup>. Frente a la opción absolutista, más ceñida a la recuperación de *las Américas*, se va desarrollando así una tendencia liberal que permitiera sustituirlas.

#### 2.1.2.4.3. *La opción de sustituir a las Américas sustituyendo al absolutismo*

2.1.2.4.3.1. *Su acogida en el Ejército*. El mal estado de los barcos, aun siendo real, parece utilizarse como pretexto, pues lo que ocurre "es que no quieren embarcarse, (...) es que nadie quiere ir a América"; y esto por dos motivos fundamentales que Galdós expone a continuación por boca del generalmente bien informado Ugarte:

"-Exactamente: ése es el mal primero y más grave, y ayer se lo he dicho claramente a Su Majestad. Ni militares ni marinos quieren correr los riesgos de una navegación larga, ni exponerse a las epidemias de América, ni menos entrar en campaña con los rebeldes en un país tan vasto como aquél. Los que vuelven, escuálidos y moribundos, quitan a los expedicionarios las pocas ganas que tienen de embarcarse. Con esta cobardía general, toda guerra ultramarina es imposible, y las Américas se perderán, amigo Pipaón"<sup>326</sup>.

Pero este rechazo a una expedición peligrosa siempre, que debía serlo más por el estado de los barcos, no es sino "el mal primero y más grave". El otro motivo podríamos decir que consiste en que el ejército expedicionario considera que tiene cosas más urgentes, o más importantes, que hacer; y de ahí que Ugarte haya buscado esta entrevista con Pipaón, a quien asegura que no hay visos de que el esfuerzo necesario para recuperar América se

---

<sup>324</sup>(...continuación)

Administración española, que no pensó en calafatearlos, etc". "Y esta incapacidad de la Administración absolutista -añade- es la que sella el destino de la expedición, y la que, presente en otras esferas, contribuye al descontento de las tropas congregadas". (GIL NOVALES, Alberto: "El Trienio liberal" Cit., p 2.)

<sup>325</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1391.

<sup>326</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1391. Esta imagen de quienes vuelven de América y su efecto disuasor se corresponde puntualmente con lo dicho por VAYO en Op. Cit., T II, pp 140-141.



realice:

"¿Qué esfuerzo ni que niño muerto?. Pero ¿tú crees que las tropas del ejército expedicionario que yo dispuse llegarán a embarcarse? ¡Necedad! Fuí a Cádiz hace poco, y pude ver por mí mismo cómo está aquella gente. Hay que oírles, amigo. Con decirte que no hay un sólo oficial que no esté afiliado en alguna sociedad secreta, está dicho todo". Sus "chascarrillos" y "desparpajo" hablando en pro de ideas liberales y en contra del "despotismo" y del "Rey absoluto y contra todas las personas que le rodean" se vincula con otros afanes al menos más apremiantes: "Hay allí una atmósfera que marea; al llegar a la Isla se respira revolución, como al acercarse a un incendio se respira humo"<sup>327</sup>.

Resultaría, pues, que el rechazo a los peligros del viaje a América, por una parte, y el afán revolucionario, por otra, pudieron conjuntarse para que los "hombres" con que se contaba en 1815 como único elemento disponible de los tres ("hombres, dinero, barcos") que se consideraban indispensables para la recuperación de "las Américas" desaparecieran del haber en la cuenta de recursos<sup>328</sup>.

Los dos motivos parecen realimentarse mutuamente, pues si el espíritu liberal desarrollado en parte del Ejército fue sin duda un factor más para obstaculizar la expedición a América, el rechazo a embarcarse en esta empresa pudo contribuir a una mayor acomodación del Ejército ante unas ideas revolucionarias cuya manifestación se da en 1820 precisamente en este cuerpo expedicionario, que pudo ser objeto especial de los revolucionarios en su labor de captación de militares aprovechando que en él existía este

---

<sup>327</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1391.

<sup>328</sup> El marqués de las Amarillas además de referirse a "buques ir festados" como una de las "voces que se habían hecho correr", y no como una insalvable realidad, presenta la Revolución como otro pretexto, afirmando que "el capitán Balaza" le informó de que "todo el Cuerpo Expedicionario se había alzado por no embarcarse para América y estaban dispuestos a hacer una revolución que de largo tenían preparada"; y, más categóricamente, al decir que "sus Jefes, (...) en la revolución que habían intentado y logrado hacer, nunca vieron más que el eximirse por este medio de ir a Ultramar conservando los empleos que con esta condición habían obtenido, y su ulterior engrandecimiento". Pero, según se ve, elude a la vez, con cierto menosprecio, a una finalidad secundaria y egoísta, que pudo no serlo tanto, y que parece más destacada cuando el mismo capitán Balaza le asegura que aquella sublevación era "consecuencia de una conspiración tramada muy de antemano, con el doble objeto de evitar el embarco para América y hacer una revolución beneficiosa a sus autores". GIRON, P.A., M. de las Amarillas: "Recuerdos". Cit, T II, pp 72, 73 y 99. Sin negrilla en el original.

motivo más de descontento, resultado de un reclutamiento casi forzoso para una operación peligrosa<sup>329</sup>.

En cualquier caso, por pretexto, convicción liberal o ambas cosas -que eso dependería de los casos- éste Ejército se encontraba a finales del año 1819, según muestra Galdós, dispuesto a apoyar una revolución que cambiara el estado de cosas en lugar de embarcarse hacia América para mantenerlas.

Puede que esto se debiera también a la creencia de que bastaría el restablecimiento de la Constitución para que la rebelión se extinguiera en Hispanoamérica<sup>330</sup>. A difundir tal error parece contribuir el interés de los liberales (que, si lo sufrían realmente, saldrían de él durante el periodo constitucional 1820-1823) y el de los rebeldes americanos, cuyos agentes y dinero se dice que intervinieron para producir esta actitud del ejército expedicionario; y con los cuales señala Galdós contactos, ya durante el Trienio, acaso por haber notado su omisión al hablar de estos hechos<sup>331</sup>.

---

<sup>329</sup> Ramón de Santillán también informa en sus Memorias de la resistencia a embarcarse para América en esta empresa: "Las condiciones morales de estas tropas, ya malas por sí mismas, habían empeorado con las maniobras secretas y ostensibles que para viciarlas se emplearon con extraordinario esfuerzo.

"Por de pronto, apenas se hallaba alguno que otro individuo que no fuera allí destinado de una manera violenta o poco menos.

"Casi todos (...) habían cumplido el tiempo de servicio".

El sorteo para señalar los Cuerpos se sabía más influido por "la parcialidad que la suerte. En la Infantería había bastante número de Jefes y Oficiales a quienes se concedió ascenso, a condición de quedar nulo si no se embarcaban; pero la Caballería pareció haber sido elegida para concluir con todos los Oficiales sobrantes de esta arma". Obligados a "marchar o pedir su retiro", tantos solicitaron éste "que los Jefes y Oficiales de los tres regimientos se renovaron cuatro o cinco veces". SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1850)" Pamplona. 1960. T I, pp 9 y 10.

<sup>330</sup> En la *proclama* que Riego dirige a las tropas el día 1 de enero de 1820 asegura que aquella "guerra (...) podría fácilmente terminarse con sólo reintegrar en sus derechos a la Nación española". Cfr. los escritos recogidos en RIEGO, Rafael del: "La Revolución de 1820, día a día", Cit., p 35. En el discurso preparado a Fernando VII para la apertura de las Cortes de 9 de julio de 1820 se manifiesta la confianza en que "el restablecimiento del Sistema Constitucional (...) quitando los pretextos (Sic) de que pudiera abusar la malignidad con las Provincias Ultramarinas, allanen (allane) el camino para la pacificación" (En MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., T I, p 103.) Hay que pensar, sin embargo, que esto se debía a esa desinformación del verdadero carácter de la rebelión americana, que, según hemos visto, señala Galdós para 1815 y que R. Carr destaca, asimismo, al indicar que en América no se pretendía "una Constitución unitaria, por liberal que fuese ella, sino el libre comercio y el control absoluto de sus propios asuntos". CARR, R.: "España 1808-1939". Ariel, Barcelona, 1970, p 149.

<sup>331</sup> Ramón de Santillán opina que en la tarea de disuadir a los soldados de su embarque en empresa tan peligrosa "no tendrían pequeña parte los insurgentes americanos o sus partidarios, que no eran pocos en (continúa...)

Ocurría de todos modos, que la dudosa recuperación y ulterior conservación de América por la vía de las armas había de sufrirla aquel Ejército, que pudo incluso preferir perderla si fallaba el intento de conseguirlo por la vía liberal, la Federación de Monarquías borbónicas u otra forma de entendimiento, a sacrificarse por salvar de la caída a un régimen que ni con "las Américas" habría satisfecho algunas aspiraciones de muchos de sus miembros. Era que, al irse politizando, muchos de éstos habían tomado conciencia de que las penurias y discriminaciones que sufrían sólo se resolverían mediante un cambio en los criterios fundamentales de organización del Estado.

Es la idea que tan magistralmente desarrolla el profesor Artola, y que puede explicar la simbiosis que en 1820 se produce entre revolucionarios civiles y militares, cuando afirma: "El hecho de recurrir al Ejército para resolver una divergencia política no es, en definitiva, sino el reflejo de la crisis social que sufría el país, crisis que en las fuerzas armadas alcanzaba su máxima tensión de resultados del choque entre los representantes del orden estamental y los que habiendo ganado sus galones en la guerra, trataban de hacer saltar la rígida estructura anterior del Ejército. La existencia de una alta oficialidad de extracción nobiliaria aparecía como un obstáculo a las nuevas promociones de militares jóvenes, muchos de los cuales habían alcanzado los más altos empleos. El descontento interno no podía encontrar una solución limitada al Ejército. Unicamente la sustitución de todo el sistema social podía devolver a los militares sin linaje sus posibilidades de ocupar puestos de primera importancia. De aquí la extraordinaria permeabilidad del Ejército a las ideas liberales"<sup>332</sup>.

Así, pues, "las nuevas promociones de militares jóvenes" o, como decía Galdós,

---

<sup>331</sup>(...continuación)

Cádiz y sus inmediaciones". SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)". Pamplona, 1960, T I, p 10. Según el profesor Pío Zabala, "en el alzamiento de 1820 influyó no poco el dinero americano". En este mismo sentido cita este autor la obra de "Santiago Arcos ("La Plata", pp 359-360)" y el testimonio de Pueyrredón y del "general Quiroga, el jefe más caracterizado del alzamiento de 1820". ZABALA, Pío: "Historia de España. Edad Contemporánea 1808-1923". Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1930, T V (Vol.1), p 108, Nota de pie de página N°1. Véase también en este sentido los testimonios recogidos por el profesor Comellas en "El Trienio Constitucional", Cit., p 19, nota N° 15.

<sup>332</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII" Cit., p 617.

"muchos militares noveles, y que ahora empiezan su carrera", habían cobrado conciencia de la necesidad del cambio social propugnado por el liberalismo para poder solucionar SU propio problema. Es decir, estaban convencidos de que "únicamente la **sustitución de todo el sistema social**" haría posible la **sustitución del sistema militar** de ascensos o distribución de bienes. Es decir, se hacía necesario un previo cambio político que estableciera una nueva legalidad, con nuevos principios y formas de control. Su revolución era un procedimiento para evitar discriminaciones entre oficiales de "extracción nobiliaria" y "militares sin linaje" facilitando una mayor igualdad de oportunidades<sup>333</sup>.

Pero, si estos militares parecen tener como objetivo inmediato el cambio político y social, las "ideas liberales" a que se adhieren, y que sin duda tienen valor propio para muchos de ellos, presentan también una dimensión económica tendente a resolver el propio problema mediante un nuevo criterio en el reparto de los bienes producidos y, a la vez, a un nuevo modo de organizar la producción que facilitase recursos financieros al Estado mediante un crecimiento económico. Este último, sin embargo, parece motivación más clara del otro gran protagonista de la Revolución.

---

<sup>333</sup> Ha de tenerse en cuenta, por otra parte, que en el cambio de actitud del Ejército hacia posiciones liberales parecen operar factores diversos y que junto al descontento parcial derivado del agravio comparativo existen elementos que afectan en mayor o menor grado al conjunto. El profesor Palacio Atard señala que "la desmovilización de 1814 y los ascensos por méritos de guerra habían ocasionado rivalidades entre militares del Ejército regular y guerrilleros, aunque la R.O. de 26 de julio de 1814, que disolvía las guerrillas y disminuía los efectivos regulares, conservaba toda la oficialidad, hasta que en 1818 causaron baja varios miles de oficiales". ("La España del Siglo XIX, 1808-1898". Cit., p 116). La supresión de los guerrilleros parece encerrar, pues, cierto deseo de evitar su competencia, cuando se estima que ni siquiera hay lugar para "los efectivos regulares" y acaban causando "baja varios miles de oficiales". El problema es de alcance general, puesto que, según añade el mismo autor, "después de la guerra de la Independencia se había producido, en efecto, una plétora de oficialidad", pero adquiere otras tintas al determinarse quiénes han de cesar y quienes no. Por de pronto se indica que "las tres cuartas partes de esta oficialidad carecían de empleo efectivo y eran, **naturalmente, gente joven**, impetusa, ociosa, y sin estímulo de ascenso profesional por el taponamiento de escalas, dando lugar a frecuentes actos de indisciplina" (PALACIO ATARD, V.: O.C. p 116 ). Parece, pues, tener razón Galdós al apuntar que los más perjudicados eran los "militares noveles". Además, "los sueldos se pagaban con retraso" -afirma también Palacio Atard- y "todo ello incrementa la división y el descontento entre los militares". Cabe, pues, entender que existe **división**, por competición o criterios diferentes entre grupos diversos; y **descontento**, porque a todos afecta la situación. A ello se une el disgusto con que el Ejército asume el encargo de la "persecución del bandidaje", mediante servicios que, no siendo "de cuartel ni de campaña, relajan la disciplina militar".

Por otra parte, en muchos militares existe una ideología liberal que puede explicarse por la "consciente captación del Ejército por los liberales" y por la acción difusora que "los cuatro mil oficiales prisioneros de guerra en Francia, donde habían asimilado las ideas políticas del liberalismo", llevan a cabo ayudándose eficazmente con reuniones "masónicas". (PALACIO ATARD, V.: Op. Cit., p 116 y 117).

2.1.2.4.3.2. *La opción sustitutoria en la burguesía.* El deseo de reforma económica se encuentra escasamente tratado por Galdós al ocuparse de las motivaciones revolucionarias de 1819 y, aunque parece considerarlo implícito entre los fines de los cambios políticos y sociales preconizados por los revolucionarios, resulta difícil precisar la relevancia que le concede como motor de esos cambios. Sus afirmaciones no desdicen, sin embargo, la importancia que historiadores actuales como Josep Fontana le atribuyen en la motivación liberal de ciertos grupos burgueses que contribuyen decisivamente, según destaca el mismo Galdós, a promover la Revolución de 1820.

El problema presenta un doble aspecto que podría concretarse en la ya aludida crisis financiera del Estado y en la crisis económica del país, que, más amplia, comprende a la primera.

Si intentamos resumir el planteamiento del profesor Fontana, podría decirse que la crisis financiera se produce cuando el Estado, que había atendido antes sus gastos crecientes "gracias a los ingresos obtenidos de las colonias americanas y a la creación de un enorme volumen de deuda nacional", se ve privado entre 1814-1820 de "estas fuentes de ingresos extraordinarios", "con un país deshecho por la guerra de la Independencia y en medio de una recesión general europea" que hace más difícil la sustitución de dichos ingresos mediante una mayor presión tributaria. Así, la crisis económica del país agrava la crisis financiera que la privación de los recursos americanos produce en el Estado.

Pero, por otra parte, la pérdida de América repercute no sólo en la Hacienda sino también en los contribuyentes, dada "la progresiva pérdida de los mercados coloniales, que redujo drásticamente los ingresos por aduanas y produjo un grave desequilibrio en los sectores más avanzados de la economía española. La incipiente industria y la agricultura comercializada, articuladas en gran parte sobre la demanda americana, sufrieron un colapso, al tiempo que proseguían las importaciones de productos agrarios e industriales extranjeros" y se producía un drenaje de "la circulación monetaria española" que, no compensada por el dinero americano, daría lugar a "fenómenos de deflación que vinieron

a sumarse a todas las restantes causas de recesión económica y de malestar"<sup>334</sup>.

Sin los recursos americanos, la situación española sólo podía encontrar salida válida, según el profesor Fontana, en "transformaciones revolucionarias" por las que se "hiciese posible remover los obstáculos que el latifundismo y la persistencia de formas de explotación señoriales oponían al crecimiento de la producción agraria. Pero esta salida estaba descartada por definición para el equipo gobernante" que representa unas fuerzas "interesadas ante todo en impedir tal género de transformaciones"<sup>335</sup>.

De ahí el estancamiento económico del país, y de ahí también el fracaso financiero de los "ministros" de Hacienda entre 1814-1820, que no sólo veían vetadas ciertas reformas sino que ni siquiera habían comprendido que, en esas circunstancias "lo que había que vencer era el estancamiento económico en que se encontraba el país, y que eso no podría lograrse con reformas administrativas"<sup>336</sup>.

Además, "quienes lo habían comprendido correctamente eran los liberales españoles, que sabían que el camino del crecimiento económico pasaba por una serie de condiciones previas tales como la eliminación del latifundismo eclesiástico y del régimen señorial"<sup>337</sup>. El corolario sería la actitud de ciertos grupos que, no ya para salvar la crisis del Estado sino para solucionar la crisis económica del país, por considerarla inseparable de la suya propia, adoptarían posturas contrarias al régimen: "La burguesía, finalmente abocada a una crisis todavía más grave por la pérdida de los mercados coloniales y la imposibilidad de compensarla con la expansión del mercado nacional, frenados su crecimiento y su articulación por las causas que impedían el progreso de la producción agraria, cobraría conciencia de la necesidad de derribar el Antiguo Régimen para conseguir el progreso general del país; así se convertiría en elemento inspirador de los sucesivos intentos

---

<sup>334</sup> FONTANA, J.: "La Quiebra ..., Cit., pp 378 y 379.

<sup>335</sup> "La Quiebra..., Cit., p 379.

<sup>336</sup> "La Quiebra..., Cit., p 386.

<sup>337</sup> "La Quiebra..., Cit., p 386.

revolucionarios que tendrían lugar entre 1814 y 1820"<sup>338</sup>.

La solución al problema económico se ve, pues, condicionada a un previo cambio político y, de modo análogo a lo que ocurría en el caso de los militares para cambiar el "sistema social", el interés grupal parece contribuir a la toma de conciencia respecto a una revolución de alcance nacional.

Es un hecho que el mismo Josep Fontana había destacado ya el año 1962 en lo que a la burguesía catalana se refiere, que pasaría "de aliada a enemiga del Antiguo Régimen" porque "Cuando perdieron los mercados coloniales y volvieron la mirada España adentro, para ver las posibilidades de desarrollo que les ofrecía el mercado nacional, los fabricantes hubieron de percatarse de que aquel en que vivían era un país atrasado, sometido a la explotación de unas oligarquías de carácter feudal"<sup>339</sup>. Y convencidos de que esto se debía al despotismo, que "de poder tutelar se había convertido en freno que obstaculizaba el progreso", se comprende que, "rompiendo una larga tradición de colaboración con la monarquía, los burgueses catalanes participan ahora en tentativas insurreccionales para derribar el absolutismo y restablecer la constitución"<sup>340</sup>.

El perfil de esta motivación se completa señalando que "no sólo habían aprendido que les era necesario luchar contra el absolutismo" sino también "que el crecimiento económico de los nuevos tiempos era un fenómeno global: que una industria próspera sólo podía basarse en un mercado interior adecuadamente desarrollado, donde hubiese (...) una masa de compradores con capacidad y recursos para adquirir mercancías". Para contribuir a ello, además de los medios revolucionarios que se vienen señalando, apuntan, ya en 1822, la necesidad de un mutuo apoyo entre los distintos sectores y regiones: "Cataluña (...) vende a los consumidores, y los consumidores son los mismos cosecheros y propietarios de los granos. ¿Quién duda que si no pudieran venderlos, no podrían vestirse? (...) Cataluña no

---

<sup>338</sup> "La Quiebra...", Cit., p 360.

<sup>339</sup> FONTANA, J.: "Formación del Mercado nacional y toma de conciencia de la burguesía". En "Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX". Ariel, Barcelona, 1973, p 49.

<sup>340</sup> FONTANA, J.: "Formación del mercado...", Cit., p 49.

puede contar por ahora con el consumo de América, sino para un corto número de sus manufacturas, y por lo mismo los restos de su industria hubieran perecido, si la Península misma no les hubiera proporcionado salida (...) ¿No es razón que comamos los granos de nuestros hermanos, para que ellos nos retribuyan con el consumo de nuestros frutos y el de nuestra industria?"<sup>341</sup>.

Como Josep Fontana, Galdós encuentra, según hemos visto, el origen del problema en la pérdida de "las Américas", y apunta también, al ocuparse de los frustrados intentos de reforma fiscal de don Martín Garay, que la crisis carecía de solución dentro del Antiguo Régimen. Alude así mismo a los intereses de los labradores castellanos en la línea que Josep Fontana recoge de las inquietudes barcelonesas -aunque referidas en Galdós al perjuicio que se les hacía al introducir harinas extranjeras en la, todavía española, isla de Cuba- y asegura, a través del ministro de Hacienda Villamil, que "España es pobre, pobrísima". Pero de estos indicios de ineficacia, crisis financiera y debilidad del Estado, de estos motivos de descontento y predisposición al cambio, no se pasa a un análisis o referencias claras a la consciencia de la necesidad de reformas como la planteada por J. Fontana.

Esto, aparte de los motivos literarios, podría deberse a que, según se dijo, Galdós había señalado ya en su primera serie de Episodios la repercusión que las vinculaciones y demás reminiscencias feudales tenían en la situación económica, y, a la vez, la ya secular preocupación que ello producía entre los gobernantes y personas cultas. No se trata ahora de cuestiones espirituales como la desigualdad o la servidumbre, que se denuncian con profusión en "Bailén" y "Cádiz"<sup>342</sup>. Aquí nos referimos a la valoración económica que de la supresión de aquel orden social atribuye Galdós a algunos coetáneos como el padre Castillo. Al conocer que, de acuerdo con los decretos dados por Napoleón en Madrid el

---

<sup>341</sup> Representación hecha a S.E. la Diputación Provincial de Barcelona para que se observe la ley sobre prohibición de granos extranjeros, Barcelona, 1822. pp 19-20. En FONTANA, J.: "Formación del mercado...", Cit., p 50.

<sup>342</sup> Por ejemplo, cuando Santorcz dice que los mayorazgos han de desaparecer para "que cada cual sea hijo de sus obras" ("Bailén". Cit., pp 508-510 ), o cuando, en las Cortes de Cádiz, se suprimen los señorios jurisdiccionales y con ellos los abusos hasta de "los asnos de casa" ("Cádiz. Cit., pp 906-907).



día 4 de diciembre de 1808, "el derecho feudal queda abolido en España", que "toda carga personal, todos los derechos exclusivos de pesca, de almadras u otros derechos de la misma naturaleza, en ríos grandes y pequeños; todos los derechos sobre hornos, molinos y posadas quedan suprimidos, y se permite a todos, conformándose a las leyes, dar una extensión libre a su industria", el padre Castillo contesta que "eso no es nuevo" y que, además, "en lo relativo a ese decreto (...) mi conciencia -dice- no me dicta sino alabanzas, y alabanzas le daré, aunque lo haya escrito el gran Tamerlán. ¿Por ventura no son éstas las mismas ideas que han hecho célebre en toda la redondez de la Tierra a nuestro gran Jovellanos? El mismo conde de Floridablanca, ¿no intentó algo en este asunto? Y los sabios consejeros de Carlos III, ¿no se dieron de cabezadas por **quitar esas trabas a la industria**? -negrilla nuestra-. Todos sabemos que a aquel eminente Rey se le pasaron ganas de promulgar este decreto"<sup>343</sup>.

Se apunta así, por una parte, el españolismo del espíritu de aquel tipo de medidas -pese a que al darlas los liberales de Cádiz fueran acusados de copiar a los revolucionarios franceses-, puesto que eran la doctrina de Jovellanos, defendida por Floridablanca y Carlos III; y por otra, su significación económica, más que política, ya que se habían propugnado en situaciones políticas tan diversas como la Monarquía absoluta y la constitucional.

No parece, pues, que Galdós ignore la importancia que a la organización de los medios de producción se daba en la acción revolucionaria, puesto que, según se ve, plantea la cuestión en los primeros encuentros entre absolutismo y liberalismo. Pero al deseo de no repetirse y agilizar su relato pudo unirse, según se ha dicho, el de aislar lo característico de aquel movimiento revolucionario, que, de acuerdo con su planteamiento, no parece residir en este tipo de cuestiones, por muy importantes que estas sean. Ni las medidas contra el régimen señorial ni la limitación de los mayorazgos y otras vinculaciones eran cosa nueva, según decía el P. Castillo, y algo similar ocurría en lo relativo a la desamortización eclesiástica:

"-No disputaré sobre si es conveniente o no reducir el número de conventos -dijo

---

<sup>343</sup> "Napoleón en Chamartín" Cit., T I, p 631.

Castillo-. Cuestión es ésta delicada y sobre la que se podría hablar mucho. Lo que sí afirmo es que la reducción del número de regulares y las ideas de poner coto a tantas fundaciones son bastante antiguas, y se han ocupado de ello mil eminentes repúblicos. Ya saben todos que en el siglo pasado se ha clamorado bastante sobre esto. ¿Y qué más? A principios del décimo séptimo siglo, cuando aún no se soñaba en enciclopedias, ni en revoluciones, ni en logias, ni en filosofías, personajes respetables, y entre ellos algunos españoles sapientísimos, se expresaron en igual sentido. Como me dedico a buscar papeles viejos, ¡vean mis caros hermanos la casualidad!, en estos días he encontrado dos que vienen como de molde a terciar en esta contienda.

"Y al punto fué a su celda, que muy cerca estaba, y volviendo con dos libros viejos, los mostró a sus hermanos.

"-Aquí están -dijo-. Uno es el *Memorial que al rey don Felipe III dió en su Consejo de Estado fray Luis de Miranda, lector jubilado de la Orden de San Francisco, acerca de la ruyna y destrucción que amenazaba a la república y monarquía de España si con presteza no se acude al remedio*. Las causas y razones que expone son: PRIMERA, *la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica*. SEGUNDA, *las innumerables personas que, por sus particulares fines, de seglares se hacen religiosos, sin aver (Sic) de ello necesidad, antes con daño de las mismas religiones*. Esto se escribía en los primeros años del siglo decimoséptimo, y si el mal era cierto, juzguen Vuestras Paternidades si habrá aumentado, no habiendo nadie acudido al remedio. El otro libro se titula: *Discurso del doctor don Gutiérrez, marqués de Careaga, en que intenta persuadir que la monarquía de España se va acabando y destruyendo a causa del estado eclesiástico, fundación de Religiones, Capellanías, Aniversarios y Mayorazgos*. Esto está impreso en 1620. De modo, hermanos míos -añadió con zunga el buen Castillo-, que hace doscientos años hubo quien ya dió en la flor de decir que éramos muchos"<sup>344</sup>.

Sería, pues, erróneo pensar que las ideas sobre supresión -por motivos económicos- del régimen señorial y sobre la movilización de tierras, por desvinculación o desamortización,

---

<sup>344</sup> "Napoleón en Chamartín" Cit., p 626.

son características y consecuencia de la revolución liberal, puesto que se propugnan mucho antes de que dicha revolución aparezca y tienen acogida en una Monarquía absolutista que, sin pensar en dicha Revolución..., ya había iniciado alguna acción en este sentido<sup>345</sup>.

La incompatibilidad política del Rey absoluto y la Revolución liberal no quiere decir que, ante problemas parecidos, no se vieran por ambos soluciones afines en ciertos aspectos. Así, los antiguos ataques de la Corona a las competencias y fundamentos económicos de diversas formas o islotes de autoridad señorial, interpuestos entre el Rey y sus súbditos, aparte de tender a un mayor control de éstos y aquella por la autoridad superior de la Corona, implican un afán centralizador que es afín al revolucionario, y, a la vez, al logro de un crecimiento económico que a principios del siglo XIX parece no sentirse menos preciso y que los revolucionarios consideran, como antes el Rey, estorbado por las vinculaciones, al margen de que éstas deban eludirse cuando son eclesiásticas para evitar el "daño de la mismas religiones", según señalan los antiguos informes leídos por el P. Castillo.

Los liberales cuentan en este aspecto con el antecedente doctrinal de "los sabios consejeros de Carlos III", de "nuestro gran Jovellanos", y de otros anteriores "españoles sapientísimos", como aval legitimador -prolongado hasta la época de Galdós- de sus posturas desvinculadoras. No las inventaron ellos, aunque las fuerzas reaccionarias de 1814 se las atribuyesen para acusarles por ello de error y maldad sin antecedentes. Otra cosa es que dichas posturas liberalizadoras en la explotación de la tierra concordasen más con el individualismo y liberalismo preconizados por su Revolución que con la antigua Monarquía.

Resulta que estas ideas, aunque viejas en cierto casos, no sólo concuerdan con la Revolución liberal sino que le resultan favorables en cuanto tendían a producir mutaciones sociales que habían de reducir el Poder de antiguas formas de autoridad, rechazadas en sí mismas y en cuanto podrían seguir apoyando, como a ultranza habían hecho, al Rey frente

---

<sup>345</sup> Véase, por ejemplo, HERR, R.: "España y la Revolución del Siglo XVIII". Aguilar. Madrid, 1971; y, del mismo autor, "Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen, crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV". En Rev. "Moneda y Crédito" n° 118, Madrid, 1971, pp 37-100.

a la Revolución, prefiriendo hasta entonces someterse a él que a la Nación, en la que el tercer estado buscaba sitio para codearse con ellos en pie de igualdad legal.

Lo que ocurría, en definitiva, era que el régimen absolutista montado en 1814 perdería los apoyos nobiliarios, sobre todo eclesiásticos, si, dada su penuria financiera, los grabase fiscalmente demasiado, y, tanto en este caso como por falta de recursos, carecería de fuerza para mantener su carácter absolutista frente a quienes habían optado ya por la Revolución. La asociación del Trono con el Altar, considerada básica para el sistema, se rompería y perdería su carácter sagrado si el Altar se viese atacado por aquél y se manifestase en consecuencia contrario, según era presumible.

Es así como la Monarquía absoluta de derecho divino se encuentra presa de sus propios planteamientos de 1814 cuando resulta incapaz de superar desde ellos la crisis económica y queda inerme frente a una Revolución que, sustancialmente, preconiza el derecho de la Nación a decidir, en lugar del Monarca; una Revolución a cuyo triunfo contribuyen estas cuestiones económicas en cuanto debilitan la Monarquía absoluta y en cuanto suponen un caso en que resultaba de apremiante aplicación esa nueva soberanía.

## **2.2. EL DESARROLLO DE LOS HECHOS**

Los sucesivos intentos revolucionarios producidos con el complejo motivacional que se acaba de analizar, alcanzan, por fin, el triunfo en el número catorce.

En él detiene Galdós su atención y parece distinguir, por vía histórica y simbólica, los siguientes tres momentos o fases del proceso revolucionario:

- Conspiración elitista.
- Pronunciamiento militar.
- Amenaza revolucionaria y Jura Real.

En torno a ellos construye Galdós una serie de imágenes que, como siempre, contienen una serie de tácitas -y en algún caso expresadas- relaciones de raíz o semejanza con el contexto en que escribe, pero que, como siempre también, son, según vamos a ver, reflejo

fiel, además de vivo, de lo que dicen las fuentes sobre la realidad histórica a que se refieren.

### 2.2.1. La conspiración "decimocuarta"

#### 2.2.1.1. *Su presencia ambiental*

Esta *conspiración* se sitúa al final de un proceso que, como Galdós destaca, va produciendo una debilidad del Gobierno y un deterioro tal del ambiente "que, en medio de la privanza y regalo en que vivíamos -dice gráficamente Pipaón- se nos podía ahorcar con un cabello, y al despertar cada mañana nos preguntábamos si había llegado ya la hora de bajar del machito"<sup>346</sup>. La sensación de inminencia revolucionaria se les mostraba, además, en los comentarios "de las conspiraciones descubiertas (...) y de las que por todas partes descaradamente se fraguaban", lo cual "era entonces -señala Galdós- la comidilla habitual de las gentes en todo Madrid". Elemento decisivo es, según dijimos, la simbólica presencia de Monsalud, que "hace tiempo" estaba "en París", pero que "ahora (...) es indudable que (...) trabaja dentro de España en las tenebrosas conspiraciones que -dice Baraona- Dios está permitiendo para fines sólo conocidos de la Sabiduría infinita".

Monsalud, a quien Jenara asegura haber visto, y con él la conspiración revolucionaria, se halla "¡en Madrid, en la Corte, en donde está el Trono, el Gobierno, el Rey, los Consejos, la suprema Justicia!", según señala Baraona escandalizado de aquella osadía y de la ineficacia represora gubernamental<sup>347</sup>. En su opinión, los gobernantes se dedican a *tonterías* "mientras el suelo se estremece, mientras la tempestad se prepara y el volcán ruge (...) Todo es debilidad; las leyes no se cumplen; cada cual hace lo que más le agrada; son presos los pequeñuelos, mientras los grandes conspiran; alrededor del Trono alzan su cabeza enmascarada de sonrisas la traición y la sedición; todos los militares trabajan sordamente en la masonería"<sup>348</sup>.

---

<sup>346</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1359.

<sup>347</sup> "La segunda casaca." Cit., p 1363.

<sup>348</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1364.

La sensación de que la conspiración impregna el ambiente -vivido también por Galdós y sus coetáneos mientras se gestaba la de 1868, y aun después,- se destaca todavía más con el relato que Jenara hace de su encuentro con Monsalud. Se produce éste en una iglesia que "era toda oscuridad", donde siente, más que ve, "la proximidad de un bulto, de una figura, de un hombre", y nota a la vez, "una corriente de aire frío", un "aire glacial" que parece acompañar a un saludo de Monsalud con el que -dice Jenara- "me estremecí toda".

La proximidad entonces existente entre la sociedad española y la Revolución se ve claramente reflejada en la profunda, aunque latente y prchibida, pasión amorosa que se muestra entre Jenara y Monsalud : al estremecerse, tropezar, caer y ser levantada por éste, Jenara vio junto a sí "una cara muy morena, la misma cara. ¡Jesús!" Evocándolo, "daba Jenara a su relación un interés inmenso. La patética emoción del drama se pintaba en su semblante". Y ella misma dice al referir sus emociones sucesivas: "Nunca he tenido (...) tan fuerte impresión (...). Temblé como si sintiera la mano del Demonio agarrando la mía..., creí que iba a ser asesinada en aquel mismo instante..., -pero- me pareció que aquel hombre no era un diablo ni un asesino, sino un pobre que me pedía limosna..." Vio primero "los crímenes de Monsalud", pero luego sólo "desgracia, mendicidad, hambre.... ¡y que cara, santo Dios!". Las encontradas emociones y la simbólica atracción de Jenara por Monsalud -expresión de las simpatías de Galdós hacia los ideales de aquella Revolución- se reflejan en la prolijidad de sus observaciones: "Está más moreno, mucho más moreno que antes. Sus ojos queman; su boca, al sonreír con ironía, no se si hambrienta o sanguinaria, muestra unos dientes más blancos que el marfil; su aspecto infunde miedo y dolor. Viste de un modo extraño, anda de prisa, pasa y mira"<sup>349</sup>.

La impresión que Monsalud produce en Jenara, que tiene la sensación de verlo repetidamente con o *sin causa real...*, se siente homólogoable con la que la Revolución -trece veces entrevista en aquellos años- produce entonces en la sociedad española; y esa sensación de sobresalto se materializa en la absolutista casa de Pipaón, asociada a un régimen cuyo acabamiento e inseguridad, entre medrosa y culpable, se destacan genial y

<sup>349</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1365.

simbólicamente en el relato de la escena inmediata: "Callamos todos -cuenta Pipaón-, contemplando las menudas ascuas de la copa de bronce que, mezclándose con la blanca ceniza, lanzaban su último brillo; existencias que, próximas a expirar, dirigían a los vivos su postrer mirada. Baraona, Jenara y yo mirábamos en silencio la moribunda lumbre. Todo callaba en derredor nuestro. Era la hora en que los espíritus pusilánimes y los niños suelen tener miedo, y para ahuyentarlo, al ir a acostarse, atraviesan corriendo y cantando los largos pasillos y las obscuras piezas. Era la hora en que las puertas de algún ventanejo alto y lejano suelen dar porrazos, estremeciendo la casa y el corazón de sus habitantes. Era la hora en que el gato trasnochador suele lanzar lastimeros ayes, que parecen llanto de criaturas, o algazara de voladoras brujas que van por los aires a sus repugnantes asambleas. Era la hora en que el viento suele ponerse en la boca del tubo de la chimenea, como un gigante que sopla su bocina, y cantar, decir o refunfuñar alguna horripilante estrofa, que hiela la sangre en las venas del inquieto durmiente... Los tres nos hallábamos profundamente pensativos, cuando sonó de improviso, en lo interior de la casa, inusitado estrépito, una puerta que se cerró, un mueble que vino al suelo, un golpe, un tiro, qué sé yo...; una nada, una tontería, un fútil accidente; pero que sin duda, a causa de la hora y de cierta predisposición de espíritu, nos estremeció a todo;"<sup>350</sup>.

Cuando Pipaón va a acostarse y encuentra sobre su cama una nota de Monsalud, pidiéndole que intercediera por la libertad de su madre y amenazándole si no, la presencia de la conspiración revolucionaria se hace ya palpable. Es como si tomase cuerpo en el ambiente. La casa del absolutista Pipaón se ve invadida por la Revolución, representada en Monsalud, produciendo en él ese "miedo horroroso", evocación de anécdotas sobre las misteriosas connivencias logradas por los masones, sospechas de sus sirvientes y vacilaciones representativas de las que sufría la sociedad absolutista.

#### **2.2.1.2. Desarrollo y apoyos sociales de esta conspiración**

Perfilado así el ambiente, Galdós sitúa esta conspiración "decimocuarta" más

---

<sup>350</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1365 y 1366.

puntualmente en el tiempo diciendo que "aquellos días (...) eran los últimos de octubre de 1819"; pero de nuevo insiste en la idea de proceso continuo enlazándola en términos relativos con las anteriores al añadir: "a los once meses de la sangrienta conspiración de Vidal en Valencia y a los cuatro de los sucesos del Palmar"<sup>351</sup>.

Aunque se le dé un tratamiento propio, nunca se pierde de vista su encadenamiento con las anteriores. Esto es importante porque refleja que, junto al deseo de evitar el embarque hacia América atribuido a ésta, se impone la continuidad de esas otras motivaciones a que, según se ha visto, hace referencia Galdós. El deseo de librarse de la expedición a América, parece influir considerablemente, según señala el mismo Galdós, en la preparación del alzamiento de Las Cabezas de San Juan y en los anteriores hechos del Palmar, cuya continuidad se muestra apenas interrumpida por la "escena de farsa y bulla" en que La Bisbal arrestó a algunos oficiales comprometidos<sup>352</sup>. Pero ello no permite ignorar que ya entre 1808-1814 hubo una fase liberal y que, según se ve en su anterior enumeración, para entonces se habían producido, en muy diversos lugares, otras muchas sublevaciones que no presentan esa motivación sino las antes expuestas, que, por otra parte, aunque relativamente obscurecidas en Cádiz, parecen potenciarse entre los conspiradores de finales de 1819. No hay que olvidar que Galdós sitúa la sede principal de esta conspiración en Madrid, entre gentes ajenas al Ejército Expedicionario, aunque en relación con él, y que el segundo tiempo de esta Revolución se produjo en La Coruña, Zaragoza, Barcelona,

---

<sup>351</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1369. los sucesos del Palmar tuvieron lugar el "8 de Julio de 1819", según SANTILLAN, R. de: "Memorias...." Cit., T I, p 12.

<sup>352</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1360. La "farsa y bulla" a que alude Galdós parece conforme con la idea de que, según indica Santillán, La Bisbal se vio obligado a realizar este arresto. Ocurrió, cuenta Santillán, que algunos de los implicados pidieron al General D. Pedro Sarsfield que reemplazase a La Bisbal en la dirección, pero Sarsfield, tras enterarse, expuso a La Bisbal "la necesidad perentoria de desbaratar la conspiración, amenazándole con hacerlo él si el mismo Conde no lo verificaba". La Bisbal, "llamando a los Jefes que Sarsfield le había designado, los reprendió con afectación sus maquinaciones y les ordenó que todos fueran arrestados a la Guardia del Principal," en cuya formación -pues "no existía"- colaboraron "los mismos arrestados". El Conde "tranquilizó con señas o con algunas palabras significativas" a algunos de ellos y les procuró "tiempo para ocultarse y huir", e incluso puso "de su bolsillo diez mil reales" para que se preparase "la fuga" de 3 de ellos. En cuanto a la continuidad de una y otra, se dice que "las prisiones del 8 de Julio no habían privado a la conspiración más que de cuatro a seis miembros activos; quedaban otros muchos en los Cuerpos y en el Estado Mayor" y la Conspiración "continuó extendiéndose". SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, pp 11, 12 y 13. Sin negrilla en el original.



Pamplona, etc.

La historiografía pone de relieve que no habían desaparecido los motivos antes señalados y el mismo Santillán reconoce que "la Revolución de 1820, si es cierto que empezó por la rebelión de unos Cuerpos militares con todas las muestras de una insubordinación para evadirse de un servicio peligroso, **hubiera venido más tarde con cualquier otro motivo**, porque los directores del partido realista la provocaban, sumiendo a la nación en un estado de abatimiento y de abyección"<sup>353</sup>.

Resulta, pues, que, según señala Galdós, dicho *embarque* fue más bien una ocasión desencadenante y que esta conspiración se desarrolla en un contexto matizado, respecto al de las anteriores, no sólo por la actitud del Ejército de la Isla, sino también por la extensión progresiva de las ideas liberales y por el agravamiento de los problemas y debilidad del Gobierno, al que unos atacaban y otros escarnoteaban su apoyo. Tiene lugar cuando, según dice Monsalud, "al Gobierno le ha entrado ya el mareo de la perdición", de modo que "el absolutismo mismo, esa fiera indócil, incapaz de benignidad, parece como que quiere congraciarse con la Revolución". Pero, aclara, "esto no es tolerancia (...); esto es cobardía"<sup>354</sup>.

En opinión de R. de Santillán, que se resistió a las invitaciones de los conjurados para que participase y fue ayudante de Campo de D. Manuel Freyre, encargado de combatirlos, entonces "las ideas liberales se extendían de modo que ya era rara la persona instruida o bien educada que no se avergonzase de verse confundida en el bando llamado servil. En el Ejército sobre todo, -añade- era donde resaltaba más la diferencia de número y calidad de uno a otro partido, pues que si bien fueron relativamente pocos los Jefes y Oficiales que tomaron parte activa en las conspiraciones, los que deseaban, ya que no el triunfo de éstas, al menos el de las ideas, eran los más y lo más florido de aquellas clases." De ahí que, según dice, "a graves errores se expone el que pretenda juzgar las operaciones del Ejército

---

<sup>353</sup> SANTILLAN, R de: "Memorias (1815-1856)". Cit., T I, pp 74-75. Sin negrilla en original.

<sup>354</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1416.

reunido en Andalucía sin tomar en cuenta el estado moral y político del país"<sup>355</sup>.

Pero esto no sólo ocurría en el Ejército. El rechazo al absolutismo y los consiguientes apoyos a los conspiradores se extendían incluso a la Corte. El caso más claro e insistentemente aludido por Galdós es el de don Ignacio Martínez de Villela, conocido como "el Elefante", que fue "uno de los que más trabajaron en 1814 cuando la persecución de los diputados" y del que se decía en 1819 "que era masón"<sup>356</sup>.

La figura de Villela, constantemente aludido por su masonismo y por sus intercesiones en favor de la madre de Monsalud, parece delatar en Galdós cierta intención tipificadora. Además, Mataflorida, que como "familiar de la Inquisición" viene a representar lo contrario, señala que no era sólo Villela, sino que "se viene diciendo que muchos elevados personajes de la Corte están en connivencia con la masonería". Cosa en la que insiste diciendo que así no se puede castigar a nadie y que "todos los criminales se escabullen, protegidos por estos señores, que, afectando servir al Trono y a las buenas ideas, son los más firmes auxiliares de la Revolución". Ha de tenerse en cuenta que la opinión atribuída a Mataflorida parece tratar de mostrar su maniquea tendencia al absolutismo más radical y la oposición existente entre ambos cortesanos, pero también Lozano dice que para él "no es un secreto el francmasonismo de Villela" y que todas las semanas le venía "con pretensiones de indulto, de sobreseimiento o de evasión en favor de algún agitador o revolucionario"<sup>357</sup>.

Monsalud, que, como revolucionario, se supone conocedor de la verdad y parece representar la opinión de Galdós, viene a coincidir con éstos, salvo matices, cuando aclara

<sup>355</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)". Cit., T I, pp 31-32.

<sup>356</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1368 y 1374. La colaboración de "don Ignacio Martínez de Villela", junto con otros "jueces de policía" en el encarcelamiento de estos diputados es indicada por Vayo en Op. Cit., T II, p 33. Villela debió de pasar por absolutista, pues, según cuenta el general Copons, en 1824 era "Gobernador del Consejo de Castilla"; pero, según refleja Galdós, debió de ser, sobre todo, hombre recto y contemporizador, pues, en gesto humanitario similar al que se le atribuye con la madre de Monsalud, favoreció a Copons en su desgracia haciendo que éste "saliera de la cárcel, y que bajo mi palabra de honor - escribe Copons- permaneciera en mi casa". COPONS Y NAVIA, Francisco de: "Memorias de los años de 1814 y 1820 al 24" (publicadas por su hijo). Madrid, 1858, p 221.

<sup>357</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1377.

a Pipaón que, aun siendo "amigo del señor Villela" y aunque éste "conspira, conspira a lo cortesano, y es esclavo de las conveniencias. Es mi amigo -dice-; pero sólo hasta cierto punto y en tanto cuanto no se comprometa por mí"<sup>358</sup>.

Estos cambios de actitud -comparables a los que pudo conocer Galdós en torno a *la Gloriosa*- producían el doble efecto de reforzar la conspiración y debilitar al Gobierno, cuya ineficacia se extiende también a lo policial. Sin dar nombres ni limitarlos a los cortesanos, R. de Santillán alude también a ellos cuando comenta "la impotencia del Gobierno para acabar, por los medios hasta entonces empleados, con el germen de una revolución que se desarrollaba con más fuerza cuanto más se intentaba reprimirla con la violencia. Los que sólo en los recursos de esta especie confiaban, se encontraron aislados en corto número en el momento del último peligro, porque habían creado **una situación que, si no condenaban abiertamente, no defendían al menos muchos de los que más eficazmente contribuyeron a derrocar la Constitución en 1814**"<sup>359</sup>.

Por otra parte, el análisis que Lozano, Mataflorida y Pipaón hacen del expediente policial de Monsalud da ocasión a Galdós para señalar que parte de los apoyos revolucionarios son resultado de una eficaz labor de captación. Así se explican las fugas de Monsalud cuando, frustradas las sucesivas conspiraciones, se le intentaba represaliar: "Desapareció. Ya sabemos lo que son esas desapariciones -afirmó colérico el familiar de la Inquisición-. Los hermanos del Grande Oriente han tenido buen ojo en la elección de sus venerables. Son éstos algunos señores de la Grandeza, generales y consejeros, como Villela"<sup>360</sup>.

La situación es tal que, según dice Pipaón, "El Gobierno, (...), sabiendo que se conspira a más y mejor, es completamente incapaz de descubrir, y más aún de castigar, las conspiraciones"<sup>361</sup>.

---

<sup>358</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1416.

<sup>359</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, p 74. Sin negrilla en el original.

<sup>360</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1378.

<sup>361</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1379, 1380 y 1382.

Todavía Jenara, vinculada familiarmente al absolutismo, dice haber perseguido a Monsalud para suplir esta deficiencia, y hasta revela al policial Pipaón el domicilio de Monsalud. Pero, a la vez, se muestra horrorizada por la supuesta prisión y tormento de éste, y entre actitudes y palabras de misteriosa significación se acaba insinuando que su persecución respondía más al casi instintivo y simbólico deseo de estar cerca de él que al de eliminarlo.

Coincidiendo con estas actitudes de Jenara, Lozano de Torres, al saber que se le iba a sustituir por Mataflorida en Gracia y Justicia<sup>362</sup>, ordena "a rajatabla" la puesta en libertad de la madre de Monsalud y parece pasar a las filas de Villela, con quien, entre bromas y veras, dice quedarse a hablar "de masonería"<sup>363</sup>.

La ideología, el resentimiento y la propia conveniencia parecen ir extendiendo así la red de tolerancias y apoyos a los revolucionarios. Ello contribuye a acentuar la ineficacia policial de Mataflorida, cuyos iracundos "palos de ciego" y cuyas ridículas y febriles andanzas inquisitoriales con "el señor Alguacil mayor", "saltando de tejado en tejado", y sin coger a ningún conspirador "por fin de fiesta", se muestran inducidos además por un eficaz contraespionaje y falsas delaciones de los conspiradores que Galdós ejemplariza especialmente -y con evidente simpatía- en las actividades de "un tal Núñez", asociado estrechamente a Monsalud en la novela al igual que, según los datos históricos, lo estuvo a los conspiradores, en especial a Van Halen<sup>364</sup>.

<sup>362</sup> Cosa que se decreta el día 1º de noviembre de 1819. Cfr. PRIETAS, J.: "Pintura de los males...", Cit., p 61.

<sup>363</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1389.

<sup>364</sup> Según las referencias de Galdós, "un tal Núñez, algo misterioso," era compañero de conspiración de Monsalud y se encargaba de vigilar al marqués de Mataflorida, que, "aunque Marqués, vivía en una casa de huéspedes". Las hijas de la patrona de esta casa, de acuerdo con Núñez, abrieron un agujerito en el tabique que separaba su habitación de la del Marqués, se turnaban en él, y comunicaban a Núñez todo lo que Mataflorida hablase. Tanto este contraespionaje como los procedimientos, personas, etc., coinciden, casi literalmente, con lo que Van Halen relata en sus Memorias refiriéndose a la protección que le procuró en 1818 su amigo y compañero de conspiración, "Núñez Arenas", natural de Valencia -como se insinúa que lo era también el Núñez galdosiano-, contra la persecución que sufrió tras evadirse de la cárcel de la Inquisición de Corte. En dicha persecución, como pasa con Monsalud, destaca por su fanatismo inquisitorial Mataflorida: "Nadie osó ofrecer al Rey mi nueva captura -dice Van Halen- con la decisión que este digno caballero". Todo  
(continúa...)

Resulta así que aunque el afán represor representado por Mataflorida dificultase la difusión de las ideas liberales y la popularización de la Revolución entre las clases modestas y bajas, especialmente inermes ante tal amenaza y probablemente cohibidas por ella, refleja una debilidad que captan y rehuyen quienes, como Ugarte y Pipaón en el relato de Galdós, procuran conocer la situación para ponerse al lado del ganador. Precisamente con este motivo se da a conocer el autorizado punto de vista atribuido al observador Ugarte, cuyos consejos a Pipaón para que realice un previsor desplazamiento hacia los revolucionarios reflejan el desarrollo y posibilidades de éxito que la opinión consciente veía entonces en la Revolución, por la que estos atentos oportunistas apostaban en 1819 contra el absolutismo, contribuyendo así también a debilitar a éste y reforzar a aquella.

El inquisitorial Mataflorida -sentido por el lector como el enemigo- carecía de futuro, según destaca Ugarte, frente a la generalizada afiliación de los Oficiales del Ejército "a las sociedades secretas". Estas, llámense masonería, clubs, oriente o como quieras -dice a Pipaón-, ofrecen hoy una ramificación inmensa dentro de la sociedad. En ellas está comprometida toda clase de gente. ¿Crees -añade- que sólo los perdidos son masones? ¡Error, amigo mío, vulgaridad supina! Altos personajes...<sup>365</sup>.

La conspiración se considera, pues, muy extendida, y en esta fase clandestina del movimiento revolucionario, que podría ser obra de relativamente pocos, se atribuye el protagonismo a personajes de élite<sup>366</sup>, relacionándose así esta fase conspiratoria, planificadora, con un nivel sociológico alto y relativamente culto: "precisamente los (nombres) que mejor suenan en los oídos del absolutismo -llega a decir Ugarte- son los que más se pronuncian hoy en las logias. Ministros, tenientes generales y algún capitán general, vicealmirantes, infinidad de brigadieres, consejeros de Estado, Alcaldes de Casa y Corte,

---

<sup>364</sup>(...continuación)

indica que Galdós incorporó numerosos retazos de la vida del típico conspirador histórico Van Halen a la del novelesco Monsalud y que sus burlas contra Mataflorida reflejan un hecho histórico. "La segunda casaca". Cit., T I, pp 1382, 1383, 1389 y 1423; y VAN HALEN, Juan: "Memorias" Cit., T II, pp 50-55

<sup>365</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1392.

<sup>366</sup> *Elitismo* que viene a ser confirmado por FERRER BENIMELI, J.A.: "Masonería española contemporánea". Siglo XXI, Madrid, 1980, Vol. 1, p 136.

familiares de la Inquisición; hasta inquisidores, hasta canónigos, hasta frailes hay en la masonería. No me asombraré -asegura- de ver en ella a un señor obispo el mejor día..."; sin embargo, aclara, "el núcleo, la base (...) lo forman los oficiales de todos los cuerpos que guarnecen la Corte y las principales ciudades y plazas del Reino"<sup>367</sup>.

De tan elevadas y poderosas adhesiones resultaba, y eso era lo importante para estos oportunistas, que el intento gubernamental de resistirlas era "pura necesidad. No se lucha -viene a concluir, insistiendo en este significado de tan alta extracción social,- contra todas o casi todas las capacidades del Reino, en milicia, en dinero, en talento"<sup>368</sup>.

Ese carácter elitista de los conspiradores revolucionarios, cuyo superior saber les eleva así sobre los absolutistas, es machaconamente destacado por Galdós ante sus lectores a la vez que, dado su presumible éxito, insiste Ugarte en la conveniencia de estar a bien con ellos, asegurando a Pipaón que, siendo "agente de negocios" y no "hombre político", no dará "un céntimo para sediciones militares", pero tampoco reñirá ni se enemistará "con la flor y nata del Reino en talentos, armas y riquezas...", porque te lo repito, Pipaón, -le dice- lo más granado está hoy en las sociedades secretas"<sup>369</sup>.

Dispuesto Pipaón a *hacerse revolucionario*, su cambio de posición se manifiesta en la

---

<sup>367</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1392. Van Halen dice en este sentido que "muchas personas de distinción tanto en el estado eclesiástico, como en el civil y militar", contenidas antes por ambición o temor, abrazaron luego "la causa de la libertad", como un deber contra los errores del Monarca; pero destaca también la especial entrega de "la juventud militar". "Memorias", Ed. de 1827, p 21.

<sup>368</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1392.

<sup>369</sup> "La segunda casaca" En O.C. Aguilar, 1970, T I, p 1393. La insistencia de Galdós en destacar el protagonismo que en la conspiración correspondía a los oficiales del ejército, a los ricos, burgueses o no, y a los intelectuales, representantes de la **milicia, dinero y talento**, podría insinuar una motivación diferencial que atribuiría a los intelectuales el deseo de libertades políticas frente al despotismo, a los militares el de cobrar con regularidad, modificar sus ordenanzas, evitar ceses en plantilla, etc. y a los burgueses el de reanimar la deteriorada economía, pero ha de tenerse en cuenta la frecuente coincidencia en las mismas personas de "talento" -entendido como cultivo intelectual y saber- y "riquezas", que en el caso de muchos oficiales del ejército concurrían, además, con la "milicia", de modo que, a la vez que parecen excluirse los afanes de subversión económica, cobran importancia -junto a los intereses particulares de parte del ejército y de la burguesía, aludidos en apartados anteriores-, el común deseo de libertades, que resulta constantemente destacado por Galdós como un ejemplo a seguir por sus coetáneos, y que, en general, parece atribuirse a ese complejo estrato social conocido como *clases medias*, cuyo carácter principal es ser a la vez el de las clases cultas. Clases que, por otra parte, se sienten intencionadamente contrapuestas por Galdós al "clero y plebe", cuyo protagonismo suele asociar, como veremos luego, con las reacciones absolutistas.

novela cuando, aquella misma noche, encuentra en su dormitorio no una nota de Monsalud sino a "Monsalud en persona". Pasado el susto que esta simbólica entrada de la Revolución en su casa le produce y conocedor de que Monsalud viene a darle "las gracias" por haber mediado en favor de su madre, Pipaón aprovecha para recuperar su amistad, y desde entonces aparece unido a él como un símbolo de tantos otros oportunistas incorporados a la Revolución al verla en vías de triunfar. Ello le proporciona un supuesto conocimiento directo que sirve a Galdós como aval de sus mensajes sobre los hechos de esta conspiración y, en particular, sobre las sociedades en que se alberga. La imagen que de esta fase revolucionaria transmite Galdós a sus coetáneos parece en mucha medida condicionada por lo que aquí se dice en este sentido.

#### ***2.2.1.3. Las sociedades secretas como cauce de esta conspiración***

Tanto su carácter como el serio compromiso que adquiere quien ingresa en estas sociedades son claramente señalados en las advertencias que Monsalud hace a Pipaón: en ellas no se toleran traiciones, aunque, en contra de la creencia de Pipaón, no "hay pruebas rigurosas, palabras enigmáticas, juramentos que hielan la sangre en las venas..." ni otros ritos semejantes, porque "ahora -dice Monsalud, destacando así Galdós el carácter encomiable de esa entrega,- no se trata de eso. Cuando los pueblos padecen y luchan por su emancipación, obran seriamente y van a su objeto sin necesidades de teatro, (...) se trabaja por la libertad a toda prisa (...) fuera misterios y ritos anticuados y palabras vacías", propios de "épocas en que no hay nada que hacer". Por el contrario, "hoy veo -añade- a los hombres inteligentes y formales labrando en silencio y sin aparato las palancas poderosas con que pronto ha de moverse lo de arriba", sin perjuicio de que "en plena luz, y a la faz del mundo oficial y de la tiranía, se empleen ciertos signos para reconocerse y obrar de acuerdo; pero allá dentro, amigo, en nuestro reino escondido, en aquella vida de catacumbas donde se prepara la nueva vida libre y pública, todo es claridad y sencillez"<sup>370</sup>.

---

<sup>370</sup> "La segunda casaca" Cit., pp 1396 y 1401.

Este núcleo de la conspiración, en el que se encuentra el simbólico Monsalud, se dice situado en un "edificio de mostrencos", de "la calle de la Flor Baja", que resulta ser el reservado en 1814 a "una Comisión de oficiales del Ejército para que escribiese la Historia de la guerra de la Independencia"<sup>371</sup>.

En él destaca Galdós, por una parte, que estos "señores oficiales (...) en vez de dedicarse a escribir se dedican a conspirar", pues aunque "se disolvió la Comisión (...) ellos conservan las llaves del edificio y se reúnen aquí algunas veces"; y, por otra, según antes se apuntaba, que "esto no es logia masónica", sino "una junta de patriotas". En ella "la iniciación es sencillísima, y basta -añade Monsalud- ser presentado por cualquiera de nosotros"<sup>372</sup>.

Esta es una diferencia reiteradamente destacada por Galdós: "Ya te he dicho -repite Monsalud a Pipaón antes de entrar en la sala- que esto es una reunión de patriotas, pura y simple, no una logia masónica. No esperes nada simbólico ni terrorífico. Eso lo hay en otras partes; pero la revolución es tan urgente y tiene tanta prisa, que ha dejado a un lado los floretes para tomar las espadas"<sup>373</sup>.

Todavía, durante la reunión y al salir de ella, se repite varias veces la idea de que "la masonería, propiamente dicha, no es revolucionaria, aunque el vulgo y los absolutistas llaman masones a los que conspiran", y se indica que esta reunión es más bien "lo que en Francia llaman un club". Pero Galdós parece tener ya sus reservas respecto al carácter de la masonería española, puesto que, al referirse en este sentido a "la logia masónica de la calle de las Tres Cruces", se indica que "hay de todo" y que "por ahí se empieza", aunque no desarrolla todavía, como haría en "El Grande Oriente", la idea de que los masones españoles habían sustituido la filantropía propia de la genuina masonería por sus intereses

---

<sup>371</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1403-1408.

<sup>372</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1408.

<sup>373</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1409.



políticos<sup>374</sup>.

La pervivencia en Madrid del concreto grupo conspirador de la C/ Flor Baja se dice estimar debida a que, aun teniendo "noticia de ella", "el Gobierno está también minado, como está minada hasta la misma Inquisición". Y ese estar minados -reflejo de legitimadores apoyos a la Revolución- parece materializarse por la acción de este grupo cuando se añade que "a poco de frecuentar esta casa, descubrieron algunos que, haciendo una pequeña obra se podía pasar fácilmente por los sótanos del edificio al cercano de la Inquisición", lo cual se explica -cual si esta sociedad representase al conjunto del país- porque "el arquitecto de estas viejísimas casas previó la confusión que había de venir con los tiempos nuevos y el trabajo socavador de las ideas, que por todas partes se meten y toda histórica muralla horadan".

La analogía se cumple, además, en que sedujeron a algunos "empleaduchos" y al "conserje" del Tribunal y, por otra parte, "hasta se me figura -dice Monsalud- que algún inquisidor debe de tener noticia de que solemos pasar allí y revolverles un poco el archivo; pero no se atreven a decir nada porque nos tiene miedo (...) o simpatía..., también puede

---

<sup>374</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1412 y 1413, y "El Grande Oriente" Cit., p 1479. Junto a la diversidad y politización de estas sociedades, cuyo estudio más sistemático se recoge en nuestro próximo capítulo, destaca Galdós aquí los dos lugares de mayor tradición masónica madrileña: en "la calle de la Flor Baja", centro entonces de la conspiración revolucionaria, se fundó, en 1728, por el duque de Wharton y otros ingleses la primera logia española conocida -la *Logia de Madrid*-, primera también de las aceptadas y registradas por la Gran Logia de Londres (Cfr. FERRER BENIMELI, J-A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Siglo XXI, Madrid, 1974, pp 48-51); "...la logia masónica de la calle de las Tres Cruces" -a la que se dice que iba Lozano de Torres- venía a ser, según expresión de J.A. Ferrer Benimeli, "la sede oficial donde compartían los locales tanto la Gran Logia Nacional -de ascendencia bonapartista- como sus logias filiales", al menos entre los años 1810 y 1811 (Cfr. FERRER BENIMELI, J-A.: "Masonería española Contemporánea", Cit., Vol. 1, p 96.) Este último centro -cuyo moderantismo suele contraponerse al revolucionarismo, gaditano y posterior, de los que, tras politizarse, dieron continuidad a la relación con los masones británicos- es también destacado en la breve "Historia de la masonería", manuscrita, conservada en el Archivo General del Palacio Real de Madrid (*Papeles reservados de Fernando VII*, T 67, Doc. N° 8, folios 206-212), donde se indica que, al llegar José Bonaparte, "se formó un Gran Oriente en Madrid (.) en la casa (...) que hace esquina a la calle de las tres cruces (Sic) y a la plazuela del Carmen" (Ibidem, fol.207). Producida la reacción absolutista de 1814, "la masonería española -escribe Ferrer Benimeli, en imagen que confirma la de Galdós,- se identifica y confunde dentro del epígrafe de esas *sociedades secretas* donde militares y políticos conspiran" contra el absolutismo. "Masonería española contemporánea", Cit., Vol. 1, p 134.

ser"<sup>375</sup>.

Galdós vuelve también aquí sobre el quién de esta conspiración -que ya Pipaón *conoce* desde dentro- y, además de aludir al grupo de "oficiales del Ejército" -historiadores-, cita expresamente a "los señores López Pinto, Infante, Seudoquis y media docena de paisanos" que estaban ya allí para cuando llegaron él y Monsalud. Se insinúa así que los nombrados, además de no ser "paisanos", tenían en la reunión cierto protagonismo que luego se confirma.

Pero resulta que el más conocido López Pinto no podía estar allí a finales del año 1819 porque, según afirma Van Hallen, el día "7 de febrero" de 1818, en "la plaza de Cartagena", "fue preso y conducido (...) a la inquisición de Murcia", donde, entre interrogatorios y malos tratos permaneció hasta que en la noche del "28 de febrero 1820" fue liberado por los revolucionarios, participando luego junto a éstos en varias acciones hasta que, "saliendo de los montes a donde tuvo que refugiarse, proclamó el 8 de marzo en Cartagena, lugar de su cuna, la constitución por la cual tanto había sufrido"<sup>376</sup>. Nos parece extraño que Galdós desconociera este hecho, pero también que, conociéndolo, incluyera el nombre de López Pinto entre los dirigentes de esta conspiración en Madrid, porque sus datos de personajes históricos suelen ser fieles a la realidad histórica. Puede que Galdós lo incluyera como otro nombre cualquiera, pero, dada la gran importancia y muestras de amistad que a López Pinto da Van Hallen en sus Memorias, parece más

---

<sup>375</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1408. La *seducción* de este personal de la Inquisición parece evocar lo que Van Halen cuenta del de Murcia, que "se dejó corromper" ("Narración...", 1842, T II, p 133.) En cuanto a la función oficial de estos edificios, la posibilidad de paso de uno a otro y la retención de las llaves por los conspiradores, -lo que conlleva posibilidad de reunión-, son también aludidas por Juan Van Halen -en términos parecidos a los de Galdós-, cuando recuerda la preparación de su fuga (1817) de los calabozos de la Inquisición y dice: al lado del edificio de la Inquisición, en "la *manzana de casas* que hacen frente a la calle de la Inquisición y de San Bernardo (...) se halla la gran casa ocupada entonces por una sección de oficiales del estado mayor del ejército, escogidos por el gobierno para la redacción de la historia militar de la campaña de la independencia. Manzanares y Polo, que se hallaban en este número, tenían a su disposición las llaves de aquel edificio, lo habían reconocido, habían descubierto que lindaba con los muros internos de la cárcel, y que las bóvedas de él los encaminaba (sic) á una sencilla operación subterránea". VAN HALLEN, Juan: "Narración..." Cit., T II, p 19. En la edición de 1827, ("Memorias") p 193, Van Halen termina diciendo que sus amigos "habían descubierto un subterráneo por el cual esperaban penetrar hasta la prisión secreta haciendo un agujero en la pared maestra".

<sup>376</sup> VAN HALLEN, Juan: "Memorias de D. J. V. H. Cit., T II, pp 121-139, especialmente 124, 136 y 139.

probable que Galdós quisiera incluir su apellido como una presencia representativa de los conspiradores más esforzados junto con ese otro llamado "Seudoquis", que podría indicar con su nombre (del español Seudo= falso y del latín quis= alguien) que representa, con nombre falso, a esos alguien que, en Madrid y en otros lugares, procuraban mantener viva y operativa la conspiración; aunque este apellido existía realmente<sup>377</sup>.

El llamado "Infante" debe de ser otro gran amigo de Van Hallen del que éste espera ayuda para escapar de la cárcel de la Inquisición de Madrid, según indica una nota que, a través de una empleada de la limpieza llamada Ramona, envía a don "Jacobo Murphy", primo del padre de Van Halen, en la que le dice: "Avisa a Facundo **Infante**, un amigo de Heceta, a quién tu conoces, enséñale este papel y entiéndete con él". No parece nada extraño que Galdós deseara incluir entre estos nombres el de quien inspiraba tal confianza a Van Hallen, imagen como Monsalud de los conspiradores de entonces. Por otra parte, esta confianza y amistad se confirma al saber que cuando Van Hallen esperaba escondido en Madrid, cuidado por Polo, a restablecer su salud y poder exiliarse, "Belda, Núñez de Arenas, Zorraquin, Arco Agüero, Infantes (Sic) y Manzanares eran los que sabían el paraje, y alternativamente los únicos -dice Van Hallen- que en él me visitaron"<sup>378</sup>.

En cuanto a los grupos sociales allí representados, recuerda Pipaón -cual si aquí se verificase lo antes señalado por Ugarte- que pasaron "a una pieza grande (...) en la cual había hasta 10 personas. Algunas de ellas revelaban claramente su profesión militar, aunque no tenían uniforme. Hablaban en alta voz con gran algazara". Al llamado Seudoquis se le atribuye "cierta superioridad sobre los demás" que le permite superar la frialdad producida en ellos por el curriculum de Pipaón, al que se dirige "con benevolencia" insistiendo en "las adhesiones de personas importantes que cada día" se reciben allí y que "prueban que el absolutismo se desmorona". En el mismo sentido se manifiesta "el que nombraban López Pinto", según el cual "ya son contados los personajes importantes que no están dispuestos

---

<sup>377</sup> Así, por ejemplo, el del fiscal "de la sala de alcaldes de Casa y Corte don Mateo Seudoquis", aludido en VAYO, E. de C: Op. Cit., T II, p 48.

<sup>378</sup> VAN HALLEN, Juan: "Memorias" Cit., T I, pp 216, 217, 218 y T II, p 36. Sin negrilla en el original.

a ayudar a la Revolución"<sup>379</sup>.

El mismo López Pinto, actuando como autoridad allí, -quizá la tuviera moral aunque estuviera preso en otra parte- pregunta "cómo es la gracia" de Pipaón y "quién responde" por él, con lo que se pasa a mostrar un ejemplo de afiliación en el que, a la vez que su sencillez, se destaca de nuevo el control o coordinación que los militares ejercían en aquella sociedad, ya que el "acta" de la nueva afiliación la "firmaban cuatro además del presentado y del presentador, y aquella hoja se unía al cartapacio que uno de los militares llevaba siempre consigo"<sup>380</sup>.

Este protagonismo militar conlleva su identificación con los fines políticos de la conspiración, puesto que aquel "cartapacio" o "cuaderno" estaba encabezado por "una declaración importantísima, punto capital del programa revolucionario, y era que (...) desde tal momento, prometíamos -dice Pipaón- hacer todos los esfuerzos imaginables para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitución de Cádiz"<sup>381</sup>. Su imagen es la de una sociedad de elementos heterogéneos en la que la función directiva de los militares resulta, sobre todo, de la especial sensibilización del Ejército y de la decisiva utilidad que su fuerza había de prestar a la causa. Representa esa simbiosis señalada por el profesor Pabón cuando dice que entonces "los liberales -civiles o militares- conspiran en la masonería. Y la masonería -explica-, para ser eficaz en la vida pública, ha de recurrir al Ejército"<sup>382</sup>. Dada la clandestinidad y la persecución a que están sujetos los conspiradores, la limitación que esto supone para la difusión de sus planes y para la organización y manifestación generalizada de los adeptos, los militares -beneficiarios de la red masónica a que luego nos referimos- representaban para ésta la fuerza capaz de oponerse abiertamente a la fuerza represora absolutista. Su cualificación había de suplir el

---

<sup>379</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1408 y 1409.

<sup>380</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1409.

<sup>381</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1409.

<sup>382</sup> PABON Y SUAREZ DE URBINA, Jesús: "Narváez y su época", Cit., p 126.

efecto de la prohibida manifestación generalizada<sup>383</sup>.

Pero, además, aparte de los "paisanos" presentes en la sociedad de Madrid, ha de tenerse en cuenta, que, según dice Seudoquis, "no todos los personajes importantes que se abrazan a la Revolución tienen el valor de venir aquí. Muchos hay que trabajan desde sus casas, en el mismo Palacio y en los Ministerios"<sup>384</sup>.

Por otra parte, aunque se trataba, según se ha dicho, de "una pieza grande", "empezó a entrar gente, y bien pronto la sala estuvo tan llena que hacía allí un calor sofocante (...) Sorprendiáanse algunos de verme allí, -dice Pipaón- y por mi parte no volvía de mi asombro al ver en tal sitio a ciertas personas". Se apunta, pues, que había mucha gente y de motivación imprevisible, diversa, a no ser la política, que parece la destacada al añadir Pipaón: "Aquello tenía todo el aspecto de un club, y no parecía que nos reuniáramos para tratar una cuestión concreta, sino que nos congregaba el deseo de desahogar por la vía oratoria las pasiones políticas". Hay que entender que estas reuniones tenían a veces cierto carácter informal, puesto que "eran oídos los que más gritaban, y en ciertos momentos todos hablaban a la vez, resultando que ninguno podía ser escuchado"<sup>385</sup>.

La fácil entrada de Pipaón, y el aplauso que logra en su "acomodaticio" discurso, indicaban el descuido de aquellas sociedades en la selección de sus integrantes: "los buenos revolucionarios, al aplaudirme y admirarme irreflexivamente, sin indagar mi historia

---

<sup>383</sup> Esto explica que, según dice Vayo -tan utilizado por Galdós-, el Ejército, "reunido y minado por las sociedades secretas", fuera *trabajado* por otros grupos; si bien éstos grupos, -aludidos por Galdós en el *talento y riquezas*-, aportaban según Vayo sus propios recursos. Así, por ejemplo, en Cádiz, "el comercio gaditano y malagueño prodigaba también sus caudales para impulsar el cambio que deseaba". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 140.

<sup>384</sup> Entre éstos se acaba incluyendo, con ciertas dudas y hasta cierto punto, a Lozano de Torres, del que entonces mismo dice Seudoquis: "parece seguro (...) que el señor Lozano de Torres es nuestro"; poco después, otro asegura haberle "visto (...) en la logia masónica de la calle de las Tres Cruces"; es objeto de vivas en la reunión al llegar la noticia de su cese y el mismo Seudoquis, al cerrar la reunión para evitar peligros, asegura: "si el señor Lozano no nos protegía abiertamente, me consta que hacía la vista gorda (...) el Tigre no hará lo que el Zorro". "La segunda casaca" Cit., pp 1410, 1412 y 1413. También Moreno Morisson señala en su citada biografía que Lozano "...estuvo iniciado en una logia masónica de París en 1791 y (que) su casa de Cádiz luego sirvió de asilo a los masones durante la guerra de la Independencia". *Un ministro fernandino: D. Juan Esteban Lozano de Torres*. Lugar Cit., p 72.

<sup>385</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1410.

-señala el mismo Pipaón-, no hacían más que cumplir las condiciones inevitables de su carácter, que eran candor y generosidad. La mayor parte de ellos -valora y advierte Galdós- tenían una buena fe excesiva, y abrían los brazos a todo el mundo, viniera de donde viniera"<sup>386</sup>.

De ello resulta esa gran heterogeneidad que hubo de evocar en Galdós la existente en la Revolución de 1868<sup>387</sup> y que se destaca, de manera explícita, al decir: "Había gran número de personas muy notorias por su probidad, por su honrada vida en el comercio y en la industria; había altos empleados que sirvieron, o servían aún, con buena nota; liberales exaltados que llevaban en sus manos la señal de las esposas del presidio; revolucionarios frenéticos y templados, hombres de ideas nobles y hombres de acción ruda, personas sencillas las unas, inteligentes y astutas las otras, la violencia y la persuasión, la sencillez y la anarquía. Para que nada faltase, vi algunos que se habían distinguido en los seis años por su absolutismo furibundo. El pan que iba a salir de aquel amasijo, sólo Dios lo sabía"<sup>388</sup>.

Este carácter de "amasijo" que se observa en los reunidos parece presagiar -como en 1868- su ulterior desunión durante el Trienio 1820-1823, aunque, de momento, se mantengan unidos por su común oposición al absolutismo; pero hay que tener en cuenta, además, que esa heterogeneidad está referida a la asamblea y que ésta tiene una cabeza rectora. Así parece indicarse al decir que "últimamente, la reunión se dividió en grupos, y hablaban todos a un tiempo", mientras que "Monsalud, Seudoquis y otros habían desaparecido", resultando, según se informa a Pipaón, que estaban "en la sala inmediata",

---

<sup>386</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1412.

<sup>387</sup> "Ideologías e intereses dispares -escribe la profesora López Cordon, refiriéndose a la Revolución de 1868,- se pusieron de acuerdo ante la necesidad de terminar con un gobierno que se había enfrentado con todas las clases sociales, que cada vez se hacía más intransigente y a quien se responsabilizaba de la profunda crisis por la que el país estaba atravesando". Y añade, señalando en 1868 otro hecho al que también alude Galdós respecto a 1820: "Pero una vez conseguido el poder, las enormes contradicciones entre unos y otros y el cúmulo de problemas condicionaron el fracaso de la revolución, que será también el fracaso de la burguesía española". LOPEZ CORDON, Victoria: "De la crisis de la monarquía a la Primera república". En la ya citada "Historia de España" de Ed. Planeta, Barcelona, 1983, T 9, pp 433-562, especialmente p 434.

<sup>388</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1413.

donde "esas cabezas de la conspiración deliberan secretamente. Para pasar allí -se añade- es preciso haber trabajado mucho y servido bien a la causa". A ellos parecen subordinarse los de afuera mientras esperan que les den "noticias importantes" sobre la situación, que se supone condicionada por la de otros núcleos, especialmente por los de Andalucía<sup>389</sup>. Con ello se viene a involucrar otro aspecto de la cuestión.

#### 2.2.1.4. *Extensión y organización territorial de estas sociedades*

Sólo "esas cabezas" -evocadoras de las de otros intentos más recientes- parecen conocer la naturaleza y alcance de los contactos con otros núcleos conspiradores, aunque ya en la sala comentan que "se dice que va a salir al momento un comisionado para Andalucía", de donde se asegura que "esta vez" vendría "la cosa", y se espera que las tropas del Ejército Expedicionario sean las que "nos saquen de penas"<sup>390</sup>.

Los distintos grados de información -obligados en toda conspiración- se marcan cuando Pipaón, ya a solas con Monsalud después del acto, se queja de que hayan "tratado (...) secretamente lo más importante de la reunión", sin permitirle a él "cooperar", y Monsalud le replica: "¿Acabas se sentar plaza y ya pretendes ser general?". Además, al saber que Monsalud era el *comisionado para Andalucía*, Pipaón intenta enterarse de si llevará "dinero o instrucciones" o "de todo" y Monsalud vuelve a cortarle "mucho quieres saber en poco tiempo. Te advierto que nunca he sido indiscreto"<sup>391</sup>.

Es notable el papel directivo que, sin conocer la situación, parece atribuir Pipaón a este grupo de Madrid, al que supone en el caso de reunir "fondos" y dar "dinero o instrucciones" a los de Andalucía y al que, acto seguido, vuelve a atribuirse una función coordinadora cuando Monsalud explica a Pipaón que, sin tener "la fe ciega de otros", cree "que esta vez ha de resultar algo de provecho", porque "se ha trabajado tanto, se ha llevado el hilo de la conjuración a tantas partes, que, a poco que de él se tire habrá

<sup>389</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1412.

<sup>390</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1412.

<sup>391</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, pp 1413 y 1414.

**movimiento en diversos puntos**<sup>392</sup>.

La existencia de distintos grados de información y la función coordinadora de Madrid entre los distintos núcleos dispuestos a la acción se manifiestan hasta los días "últimos de 1819". Todavía entonces, aunque "la *cosa* iba a paso de carga, según opinión de los más metidos en harina (...), los adeptos a la comunidad secreta no sabíamos -dice Pipaón- nada fijo: sabíamos tan sólo que se trabajaba en el ejército". Pero, aún entonces, "del de la Isla corrían versiones muy distintas". En cuanto a la acción ccordinadora de Madrid se indica que "salían y entraban comisionados; pero Monsalud no regresó de Andalucía". Y combinando la alusión a esas diferencias de información, a los núcleos principales y al carácter del propio Pipaón, se hace añadir a éste: "Ultimamente logré internarme más en el corazón de la conjura; fuí dueño de importantes secretos. El golpe debía darse en La Coruña y en Zaragoza.- Llegó el 1º de enero de 1820; vino el día de Reyes", y con él llegó a Madrid la noticia de la sublevación de Riego. Es decir, aunque Galdós y sus lectores sabían donde ocurrió, se da a entender que "el golpe" se esperaba en otros lugares hasta el último momento. Esto parece significar que "el golpe" estaba también previsto en La Coruña y Zaragoza, y, a la vez, que hubo cierta falta de información y conjunción en las acciones, de modo que los distintos núcleos se sabían en actividad y se apoyaban, pero no llegaron a cerrar y consensuar un plan de acción conjunta. Plan que, aunque no se lograra, parece ser una temprana finalidad de los militares conspiradores, porque, según señala el profesor Seco Serrano citando al profesor Pabón, la *infraestructura masónica* representaba para ellos "el aparato que pretendía convertir el pronunciamiento heroico e inútil en un movimiento organizado y eficaz"<sup>393</sup>.

Van Halen, de quien probablemente toma Galdós esta idea, señala que esa red era un objetivo fundamental desde "junio de 1816", cuando él, al saber que se había levantado "un

---

<sup>392</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1414. Sin negrilla en el original. Según la condesa de Espoz y Mina, "...extendíanse las ramificaciones de aquella vasta conspiración no sólo por toda España, sino por fuera de ella, particularmente en Francia", donde trabajaban "Mina, el conde de Toreno y algunas otras personas muy notables". "Memorias". Tebas. Madrid, 1977, p 27.

<sup>393</sup> Cfr. SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea", Cit., p 42.



templo a las luces y al patriotismo perseguido", "volé -dice- a su aras", y se dedicó, en Andalucía, a **"enlazar en un centro común -negrilla nuestra- las reuniones de hombres decididos que se hallaban aislados y derramados por sus principales ciudades"**. Esta es una preocupación mantenida durante todo el sexenio 1814-1820, según se muestra en los siguientes textos que recogemos a lo largo de sus Memorias. Al recordar su traslado a Murcia, Van Halen valora la "unión" de los allí asociados y "los medios de contacto establecidos en otros puntos", especialmente porque "los preparativos de Cataluña exigían el unánime impulso de todos". El fracaso de Lacy se atribuye a que, aún estando preparados en Murcia, "faltaba la combinación general" para recibir instrucciones de "la autoridad secreta que todos habíamos reconocido -dice Van Halen- en la asamblea de Granada". El replanteamiento de la cuestión da lugar a que "ya en junio de 1817 una fracción de la autoridad patriótica hubo de **establecerse en Madrid como punto céntrico** más a propósito para acudir oportunamente a todos los demás". Precisamente este deseo de lograr que funcionase esa "ramificación nacional" dió lugar a que, en su viaje a Ronda, Van Halen se confiase a "un tal Antonio Calvo, comandante del resguardo de rentas" que luego lo delató a la Inquisición.

Llegado a Ronda, y luego a Cádiz, evitó en esta ciudad "un alzamiento parcial" en el que era de temer que pasara como en "Barcelona, por falta de un completo acuerdo general". Son constantes sus alusiones a los pasos dados en este sentido. Los logros parecen claros para la llamada conspiración de Vidal. "Vidal, -dice Van Halen- despierta en unas partes y renueva en otras relaciones amortiguadas". Preparándose, "conocieron los de Valencia que era preciso contar muy íntimamente con todos los buenos españoles de las demás provincias, **comenzando por la capital**". Allí trabajaba "don Eusebio Polo, desde su reciente vuelta de Londres" -a donde había ido acompañando a Van Halen en su huida- con Belda y otros. "Vidal se ofreció a sondearlo por sí mismo todo" y, con el acuerdo de sus compañeros, "se puso en marcha para Madrid en agosto de 1818", "dio su vuelta por la Castilla" y "a su llegada a Madrid, los compañeros de Polo", acordes con él, **"prepararon eficazmente a los de las provincias, disponiéndoles a un pronto golpe"**. Además, "Vidal alargó su viage (Sic) hasta Valladolid, donde a la sazón se encontraba don

Juan Martín, *el Empecinado*, que no menos decidido que él, había extendido por diversas provincias, las más importantes ramificaciones". De allí "Vidal (...) volvió a la capital" y, lo mismo que en Valladolid, fue "elegido (...) para ponerse a la **cabeza del pronunciamiento nacional**, que debía comenzar el 1º de enero de 1819 en Valencia", adonde "se restituyó" para realizarlo.

El mismo Van Halen valora la madurez de esta red diciendo que "una de las muchas circunstancias que demuestran la disposición uniforme de todas las provincias" es una "posdata de Quiroga y renglones de folio, recibidos en Londres poco tiempo después" de esa "segunda entrevista en Madrid de los amigos de éste con Vidal" e incluídos en la publicación de estas Memorias. En ellas, efectivamente, Quiroga le insinúa su posterior levantamiento "un día de gloria", con el "regimiento" cuyo mando acaba de tomar, diciéndole algo que, en ese sentido, podría interesar a unos exiliados: "anúncieselo usted así á nuestros amigos en esa". Polo, por su parte, le pide que envíe "cuantos ejemplares puedas de la representación de don Alvaro (Sic) (Florez de Estrada)", lo cual parece interpretarse como un deseo de difundir ese escrito en diversos lugares -según hace Galdós que Ugarte pida a Pipaón al entregarle varios ejemplares y según destaca éste para hacerse creer revolucionario por Monsalud<sup>394</sup>,-. Así, en lo que a la llamada conspiración de Vidal se refiere, Van Halen habla de "**el plan concertado en Madrid**", si bien, "las nuevas persecuciones de Madrid, empezadas por los arrestos de Belda y de Polo, sucesivamente descubiertos y cargados de hierros", debieron lesionar esta organización, aunque "no causaron mengua alguna en el ánimo de sus compañeros valencianos", cuyo fracaso se debió al trastorno que en sus planes produjo el cierre -por "la muerte de la reina doña María Isabel" (de Braganza)- del teatro en que tenían previsto sorprender al general Elío. Parece lógico que el fracaso de Valencia debilitase la coordinación de los conspiradores, y el mismo Van Halen se refiere a "la larga época de inacción que siguió a este importante suceso", describiendo luego la situación de los que, tras las numerosas ejecuciones producidas, estuvieron allí cautivos hasta que "el heroico grito de las *Cabezas de San Juan*

---

<sup>394</sup> "La segunda casaca", Cit., pp 1394 y 1400.

vino a poner un término" a su "agonía". Pero, por otra parte, resulta probable que de aquella red quedasen funcionando muchos hilos, tal como indica Galdós, aunque el protagonismo del Ejército Expedicionario en esa fase tienda a eclipsarlos<sup>395</sup>.

Alcalá Galiano ignora en sus *Recuerdos* cualquier proyecto de conexión general previa en estos últimos días, pero hace notar que "no podía ya perderse tiempo", cual si quisiera justificar las prisas con que él, Mendizábal y Riego decidieron, entre el día 27 y 28 de diciembre de 1819, la fecha y operaciones principales del levantamiento<sup>396</sup>; prisas que -tanto si se atribuyen al temor de que se malograra la empresa como a un afán de protagonismo- explicarían que en Madrid no se llegase a tener noticia de tal intención, aunque el mismo Alcalá Galiano dice en sus *Memorias* que en Cádiz "era indudable" que "existía en Madrid una logia o Soberano Capítulo" y parece acusarla de estar, tras el triunfo, más dispuesta "a constituirse en Gobierno supremo de la Sociedad" que lo estado antes a apoyar con entusiasmo -reconocido a "otras provincias"- "el movimiento que compelió al rey a jurar la Constitución"<sup>397</sup>.

La preexistencia de núcleos activos, aunque el funcionamiento de esta red no fuera muy eficaz, explicaría la sorprendente rapidez con que, según dice el profesor Artola, en febrero de 1820 se formó la "Junta provisional" en La Coruña y "lo elaborado del movimiento, por cuanto bastó que uno de los presentes leyese una lista de nombres para que recayesen en ellos la designación popular"<sup>398</sup>. En opinión de Santillán, la rápida extensión de la Revolución tras el rebrote de La Coruña se debió a que "la conspiración era general y tenía un centro directivo" que actuó<sup>399</sup>.

Además, aunque "estaba a medio formar", la "masonería" **estaba**, al menos a seguido

---

<sup>395</sup> VAN HALEN, Juan: "Memorias de don Juan V.H." Madrid, 1842, T I, pp 39, 40, 46, 47, 51 y 52, y T II, pp 142, 145, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 185 y 189. Sin negrilla en el original.

<sup>396</sup> "Recuerdos de un anciano", Cit., T I, pp 120 y Sgts.

<sup>397</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Memorias", Cit., T II, p 68.

<sup>398</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 649.

<sup>399</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias", Cit., p 41.

del triunfo, y el hecho de que -según señala el profesor Artola, citando a A. Alcalá Galiano<sup>400</sup>,- "el Gran Oriente que se estableció en la corte con objeto de coordinar la acción de las logias del país no era sino una réplica semisecreta de la fórmula política de la Junta Central de 1808, por cuanto estaba formada por los representantes de los **capítulos** provinciales", parece indicar que a todos se les considera acreedores de la victoria. Ello sin contar con que Antonio Alcalá Galiano pudo, aunque no lo pretendiera, restar significación a las ayudas recibidas, o previstas, de otros lugares, pues es raro que, como por ensalmo, apareciera esta red, encabezada por Toreno y por Gallardo **"en los meses anteriores a la reunión de Cortes"** -negrilla nuestra-, que el pertenecer a la *masonería* influyera en la elección de diputados y que dicha sociedad secreta se sintiera con derecho al "declarado intervencionismo político" que, pasada la provisionalidad el 9 de julio, se le atribuye<sup>401</sup>. Martínez de la Rosa afirma que esta revolución "habíase preparado largo tiempo antes en las sociedades secretas", si bien considera *una calamidad* que éstas "se vanagloriasen imprudentemente de haberle dado el ser" y más aún que pretendieran por esto ejercer "una especie de tutoría" sobre el Gobierno<sup>402</sup>. La condesa de Espoz y Mina, tras lo antes dicho, afirma que en La Coruña, donde estaba su padre, "aceleraron sus trabajos" para apoyar la apurada situación de Riego y que "también Mina" lo hizo en Navarra "de acuerdo con sus amigos de París y en combinación con los de la isla de León"<sup>403</sup>. El mismo Monsalud saliendo para Andalucía es, como símbolo de la Revolución, reflejo de que allí se encuentra el núcleo más fuerte del momento, pero, a la vez, él y otros *comisionados* que "salían y entraban" de Madrid, sugieren la existencia de

---

<sup>400</sup> "Memorias", Cit., T II, p 76, 77 y 82.

<sup>401</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 649, 674 y 675; MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...", Vol I, p 54.

<sup>402</sup> MARTINEZ DE LA ROSA, F.: "El espíritu del siglo", Cit., T VII, p 342. Este es también el sentido en que se manifiesta ALCALÁ GALIANO, A., en sus "Recuerdos de un anciano", Cit., pp 166-167.

<sup>403</sup> ESPOZ Y MINA, C. de: "Memorias", Cit., pp 28 y 29.

esa red y cierta función coordinadora de la capital<sup>404</sup>. Además, aquella noche, antes de irse a preparar su viaje, Monsalud tiene una larga conversación con Pipaón en la que, tras hablarle de la tiranía, ineptitud, corrupción, obscurantismo, etc., que, según se ha dicho, motivan su lucha por la Revolución, entra en una serie de consideraciones sobre sus riesgos y, dejando claro que "la impunidad que hoy -dice- disfrutan los revoltosos tiene sus límites", destaca nuevamente el desarrollo y ramificaciones que presenta su organización. No sólo se insiste en que "conspiran multitud de personajes que han ocupado altos puestos o los ocupan hoy", sino que, para evitar "las molestias" y "la falta de libertad" a que, pese a la "flojedad del Gobierno", se halla expuesto, "he organizado -dice Monsalud- una especie de policía a mi manera, que me permite conocer gran parte de lo que pasa en los Ministerios y en Palacio, **en la Corte y fuera de ella**"<sup>405</sup>.

Es decir, Galdós, como Van Halen, sugiere la existencia de cierto entramado revolucionario "en la Corte y fuera de ella", aunque no se llegase a concretar un levantamiento simultáneo de esos diversos núcleos que se dicen relacionados por *comisionados* u otros medios. Señala también, como Van Halen y Vicente de la Fuente, cierto carácter *central* o coordinador del núcleo de Madrid, que, a la vez, cobra en el relato de Galdós cierto carácter representativo de alcance nacional, tanto por las numerosas y elevadas adhesiones con que cuenta, como por la estratégica variación de local o las oportunistas *conversiones* de gentes como Pipaón, que facilitan los repetidos chascos a que -no sin gracia- se muestra sometida la especial furia policial de Mataflorida: imagínese, por ejemplo, el efecto producido cuando Pipaón, fingiendo seguir siendo amigo de este

---

<sup>404</sup> Don Vicente de la Fuente, cuya "Historia de las sociedades secretas..." hemos dicho utilizada por Galdós, indica que tras el fracaso de Vidal en Valencia "en Madrid fue preso también el Conde del Montijo (Sic); pero no por eso dejó de funcionar allí el **centro** masónico". Ed. de Lugo (1870), T I, p 278. Sin negrilla en el original.

<sup>405</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1416. La negrilla es nuestra. Esta policía particular de Monsalud evoca -probablemente porque Galdós se inspiró en ella- la que Van Halen cuenta en sus Memorias que, tras huir de la Inquisición de Madrid el 30 de enero de 1818, se formó para protegerse mientras se exiliaba a Londres: "se resolvió formar un espionaje (Sic) contra los mismos inquisidores, y Núñez fue desde entonces uno de los más eficaces en esta especie de contramina". Y poco después añade: "Núñez había organizado su contra inquisición; (...) con tan preciosas garantías, viví yo más tranquilo en el elevado rincón de una guardilla, que todos cuantos tramaban nuestra total ruina entre el ostentoso aparato de sus salones". VAN HALEN, Juan: "Memorias", Cit., T II, pp 29 y 36.

Ministro, daba "el soplo" del supuesto lugar de reunión de los conspiradores y, como Pipaón mismo dice, "mientras la logia estaba tranquila, descumunal nublado caía sobre una junta de cofradía o merienda de artesanos pacíficos"<sup>406</sup>.

#### **2.2.1.5. *El eco simbólico de esta conspiración***

Estas actividades en lo que podríamos llamar el ámbito público tienen sus correspondientes en el plano privado. La misma noche en que Monsalud se fue a Andalucía, Pipaón regresó a su casa y, pese a que ya "entraban las primeras luces del día", encontró a Jenara levantada e inquieta, como lo estaba la sociedad española. Con la conversación que entonces mantienen se entra en una fase simbólica del relato que, como siempre, presta su emotividad a los hechos históricos y facilita la vivencia de esta conspiración<sup>407</sup>.

Durante los días previos al pronunciamiento, el grupo conspirador, personificado en Monsalud, y la sociedad española, simbolizada por Jenara, se muestran, según se apuntaba antes, por una parte, atraídos, por otra enfrentados. Jenara, creyendo posible que ahorcasen a Monsalud, aparece indecisa, pasando de "generosidades humillantes" a expresar el deseo de "¡que muera!", pues aunque ella muestra cierta expresión enigmática en su rostro, "teñido súbitamente de apasionados fulgores", "la palabra de estos tiempos, el lema de mi familia -dice-, debe ser: ¡castigo!"; y aún lleno su semblante "de inexplicable imán de amores, se entenebreció con el ceño propio de una divinidad ofendida y vengadora"<sup>408</sup>.

La presión legal y la inercia que obran sobre Jenara, y sobre la sociedad española, inclinándolas al rechazo y a la dureza contra la Revolución, parece insinuarse aquella madrugada cuando Carlos Garrote, el esposo de Jenara, llama a la puerta y, sorprendida Jenara hablando de Monsalud, al mismo tiempo que, sobresaltada, grita: "mi marido", se muestra vinculada a él y obligada a querer el castigo de Monsalud.

<sup>406</sup> "La segunda casaca", Cit., T I, pp 1413 y 1423.

<sup>407</sup> "La segunda casaca", Cit., T I, p 1417.

<sup>408</sup> "La segunda casaca", Cit., T I, pp 1417-1418.

La oposición entre Monsalud y Garrote, entre el Nuevo y el Viejo Régimen, como opciones de Jenara en cuanto sociedad española, aparece destacada en las referencias a los problemas matrimoniales y falta de afecto entre Garrote y Jenara, que se presentan en plena virulencia, coincidiendo así con el estado de la sociedad española en vísperas del pronunciamiento: "Jenara y Carlos se hablaban poco y con frialdad" (...). "Noté en él -dice Pipaón- no sé qué desconfianza vigilante, y en ella cierta reserva ocultadora"; y añade: "Yo no sabía a qué atribuir tales fenómenos, que habían empezado a notarse desde que se verificó el matrimonio, aunque no tomaron carácter alarmante hasta la época a que me refiero". Un desentendimiento, pues, que viene a coincidir en su proceso y grado con el que en la Sociedad Española se manifiesta respecto al Antiguo Régimen. Eran ya notables -según dice Pipaón- desde el año 1816, cuando Carlos y Jenara se casaron, pero especialmente ahora. Resultan en este sentido significativas las cualidades que a uno y otra se atribuyen, tras plantearse si estas desavenencias podrían provenir de "una profunda disconformidad entre sus caracteres".

En opinión de Pipaón, "Carlos, hombre de corazón recto, era muy rudo y al mismo tiempo sencillo, sin delicadezas, enemigo acérrimo de novedades dentro y fuera de la casa, muy reservado, ardiente, profundo, áspero y de una constancia y perdurabilidad enorme en sus sentimientos y afecciones". Estas cualidades, atribuibles a los españoles imbuidos del Antiguo Régimen, contrastan con las atribuídas por Garrote a Jenara, y que muy bien pudiera haber aplicado, desde su punto de vista, a la parte de la sociedad española que entonces tendía a predominar: "Sin duda, mi carácter es muy opuesto al suyo. Sin duda, ella tiene la cabeza llena de proyectos fantásticos y su alma toda entregada a ilusiones locas. Yo vivo en la tierra, soy rutinario, pacífico, me gusta la vida ordinaria que se va deslizanda tranquila por la suave pendiente de los fáciles deberes fácilmente cumplidos; ella es un alma de dificultades..., no sé si me expreso bien..., quiero decir que Jenara no puede vivir sino donde hay tumulto y algún monstruo con quien luchar"<sup>409</sup>.

La sociedad española -en cuya imagen resuenan ecos del Quijote- se hallaba igual;

---

<sup>409</sup> "La segunda casaca", Cit., p 1419.

impulsada por su deseo de progreso, por esos "proyectos fantásticos", hacia un distanciamiento de los antiguos dirigentes, a los que, como a Garrote, se podría plantear el problema de "amor" a la tradición rechazado por el cuerpo social, por la Nación, a quien tratan de servir con su propio criterio: "El resumen de todo es que yo -dice Garrote- amo extraordinariamente a mi mujer, porque soy más pequeño que ella, y que mi mujer no me quiere a mí porque es más grande que yo. Lo grande desprecia siempre a lo pequeño; es ley eterna. ¡Oh Dios mío, cuán difícil es resolver la cuestión de tamaño en las almas!"<sup>410</sup>.

Por otra parte, no es "un simple asunto de amores" (...), "esto es también una cuestión de honor", de modo que el esposo, el dirigente de la sociedad española, puede sentirse deshonrado, traicionado por una sociedad que es la suya, en la cual ha de vivir, en cuya organización se siente con derecho a intervenir -un derecho que tradicionalmente se le viene reconociendo, además, con prioridad sobre otros-, y de ahí que pueda extenderse a muchos privilegiados -incluso de la época de Galdós- el sentimiento del honor, y de posesión, que Garrote expresa respecto a su mujer cuando considera el asunto como "de honor": "¡Sí, porque Jenara no es mi querida, es mi esposa! -exclamó sombríamente, clavando en mí [dice Pipaón] el rayo de sus negros ojos-. Es mi esposa, y si mi esposa (entienda usted bien que es mi esposa, unida a mí por lazo indisoluble) olvidase sus deberes y me fuese infiel...", y concluye luego, "la mataría"<sup>411</sup>.

Esto implicaría no sólo el deshonor del esposo en sí mismo, sino el envilecimiento de SU esposa, cuyas esencias deben salvaguardarse, según Garrote, aun a costa de poner fin a su existencia antes de que tal envilecimiento se produzca.

Los gobernantes españoles intuyen que la sociedad les es infiel, que los engaña, pero en opinión de Carlos Garrote, "Jenara, a quien adoro, -dice- amaré; ama, sin duda a un hombre superior, muy superior a mí"; pero no puede amar a Monsalud: éste, como la Revolución, es a sus ojos algo carente de valor, "y Jenara no se mide con los insectos que

<sup>410</sup> "La segunda casaca", Cit., pp 1419-1420.

<sup>411</sup> "La segunda casaca", Cit., p 1420.



andan escarbando en la tierra" y "no se arrojará a un charco inmundo, sino al mar inmenso..."<sup>412</sup>.

El cambio de objeto del amor, tanto de la esposa como de la sociedad, sólo se explica hacia algo superior; y tanto Monsalud como la Revolución se le muestran despreciables a Garrote, que, al sugerirle Pipaón el posible desvío de Jenara hacia Monsalud, opina: "mi mujer, señor de Pipaón podrá ser criminal, pero no degradada. En el corazón de Jenara cabrá la perversidad, pero no la bajeza" ; de ahí la imposibilidad de su amor hacia el "despreciable" Monsalud, porque "hay cosas que están fuera del orden natural"<sup>413</sup>.

Galdós parece poner de relieve las razones de la España absolutista a través del Sr. de Baraona y de Carlos Garrote, valiéndose en el caso de este último del simbolismo de su amor a Jenara, cuyo desamor explica y justifica al declararse "un bruto (...), un hombre adocenado, un ignorante, un palurdo, un soldadote (...), casado con una princesa, con una maga, con una sibila", cuyos proyectos le llevan lejos de él, convencido de que Jenara tiene para él "un sentimiento peor que el odio: la indiferencia". Es el mismo sentimiento que se atribuye a la gran mayoría de la sociedad española respecto al Antiguo Régimen, quizá porque en ambos casos "el corazón y los pensamientos (...) pertenecen a otro". Otro, cuya identidad se desconoce, que en opinión de Garrote no puede ser como Monsalud (hombre o Revolución), pero que, sin embargo -dice-, "tendrá todo lo que yo no tengo: cualidades eminentes, nobleza de ideas, aparato de sabiduría y de hermosura;" y añade, como explicando su postura y méritos: "pero no, no, ¡no tendrá un corazón como el mío!"<sup>414</sup>. Garrote -como los absolutistas de 1875- está convencido de que él quiere más que nadie a Jenara, y a España, y de que el rechazo de éstas puede deberse a que están deslumbradas por cualidades externas del "otro".

La crisis matrimonial se presenta al borde de la rotura, cuando, estando Garrote en tal estado de exaltación, regresa Jenara y, al verla, "más excitado, más inquieto, más

---

<sup>412</sup> Ibídem, p 1421.

<sup>413</sup> "La segunda casaca", Cit., p 1421.

<sup>414</sup> "La segunda casaca", Cit., p 1422.

violento", le dijo: "tengo que hablarte". Y aún, el oportunista Pipaón, a quien no preocupa ni la suerte de Jenara ni de España, sino su propio negocio, se dirá al salir: "Ahí me las den todas"<sup>415</sup>.

Posible rotura entre Jenara y Garrote que cierra capítulo para inmediatamente mostrar la que se produce entre la sociedad española y el Antiguo Régimen, empleándose además, cual si se quisiera destacar este simbolismo, el equívoco de Pipaón ante la furia de Carlos Garrote, al atribuir a la desavenencia matrimonial una actitud de Garrote debida al pronunciamiento: "Llegó el 1º de enero de 1820; vino el día de Reyes, y una noticia -Galdós no dice todavía cual- circuló por Madrid con la celeridad del rayo. Fue a despertarme Carlos Garrote, el cual me dijo que me vistiese con toda presteza para salir juntos. Estaba tétrico, y sus miradas y sus palabras eran hiel. '¿Apostamos a que este bruto ha hecho una atrocidad con su mujer?', dije para mí"<sup>416</sup>.

La actitud de Carlos Garrote, defensor del Antiguo Régimen, podía, pues, ser la misma ante ambas roturas; pero, si no fuera llevar las cosas demasiado lejos, aún podría pensarse que Galdós matiza más el simbolismo de Jenara, cuando Garrote explica a Pipaón que no se trata de su mujer sino de que "se han sublevado algunas tropas del ejército expedicionario", porque esto puede significar no sólo -como es evidente- que no es cuestión matrimonial, sino también que no es la sociedad española quien se ha sublevado, sino sólo el Ejército.

Es, además, notable el paralelismo entre el final de este capítulo y el anterior: "Ahí me las den todas", decía Pipaón antes, al observar la tensa violencia del matrimonio; ahora, cuando es conocida su complicidad revolucionaria, no se extraña de encontrar en Carlos Navarro más hostilidad que en ningún cortesano, pero parece significativo su modo de destacar el paralelismo al decir: "únicamente Jenara se mostró amable y cortés conmigo. Por eso, sin duda, al salir noté que su marido la reprendía ásperamente, lo cual me hizo

---

<sup>415</sup> Ibídem. p 1423.

<sup>416</sup> "La segunda casaca". Cit., 1424.

decir para mi capote, como en otra ocasión: 'Ahí me las den todas'"<sup>417</sup>.

Así, la equivalencia o ambigüedad entre la infidelidad amorosa y la política queda de nuevo resaltada al mismo tiempo que, en el ambiente, la callada tensión prerrevolucionaria empieza a manifestarse.

## 2.2.2. Pronunciamiento militar y pasividad civil

### 2.2.2.1. *El pronunciamiento y sus primeros protagonistas*

La distancia que media entre la idea y la acción, el peligroso salto desde la conspiración clandestina de unos pocos a la rebeldía abierta de muchos, se intenta cubrir con garantías de éxito mediante un pronunciamiento militar que, según refleja Galdós, podría haberse producido simultáneamente en otros lugares y contaba con apoyos civiles, pero que afloró en el Ejército Expedicionario porque en él había una especial motivación que, al parecer, utilizaron otros núcleos, peninsulares y americanos, interesados en la Revolución por muy diversos motivos<sup>418</sup>.

La noticia del alzamiento producido "el 1º de enero de 1820" se difundió por Madrid, todavía imprecisa, "el día de Reyes". Con esta noticia Galdós va introduciendo paulatinamente información histórica: el alzamiento tuvo lugar "en las Cabezas de San Juan", situadas "cerca de Jerez", con parte del "ejército expedicionario", que, "por librarse de la fiebre amarilla, se había acampado en las Cabezas de San Juan, en La Corredera, en Arcos de la Frontera, y otros puntos del interior"; mandaba "ese ejército el Conde de Calderón", y "el batallón de Asturias -se añade- ha sido el primero" en sublevarse, al mando de "Rafael del Riego"<sup>419</sup>.

Al informar de esta sublevación, Galdós alude brevemente a sus caudillos, reconociendo, según se ve, a Riego el mérito de esta iniciativa, aunque siempre lo marca luego con el signo de la vaciedad y la pequeñez. Esto es aún más destacable si se tiene en cuenta la

<sup>417</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1427.

<sup>418</sup> Véase en este sentido VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 139-141.

<sup>419</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1424.

ilusión con que, siete años antes, había visto producirse *la Gloriosa* al son del *Himno de Riego*.

Ya en su referencia a la reunión patriótica de Madrid, Galdós se había manifestado en este sentido a través de la opinión de un "militar" que dice conocer "a todos" los jefes que conspiran en aquel ejército y opina que de Riego "no puede esperarse gran cosa. Es -dice- un hombre que por milagro de Dios sabe leer y escribir". Y como Pipaón le repusiera: "Mucho corazón", le contesta: "Regular nada más. En la lengua si le ganan pocos. Es de los que más hablan y de los que menos hacen"<sup>420</sup>. Indudablemente el mismo Galdós desmiente esta opinión con el hecho evidente de que Riego no se limitó a hablar sino que se sublevó "el primero"; pero según veremos en este trabajo, y al margen de la desorientación que aquella opinión quiera reflejar en la junta patriótica de Madrid, nunca le atribuye preparación técnica adecuada ni la grandeza de ánimo que exigían las circunstancias. Esto es algo que, quizá por influencia de Vayo, se hará extensivo hasta al momento de su ejecución, cuando Galdós se refiere a la entrada en "capilla" de "don Rafael del Riego" (5-NOV-1824), y dice, entre otras cosas quizá más duras, sobre su abatimiento: "aquel hombre famoso, el más pequeño de los que aparecen ingeridos sin saber cómo en las filas de los grandes, mediano militar y pésimo político, prueba viva de las locuras de la fama y usurpador de una celebridad que había encuadrado (Sic) mejor a otros caracteres y nombres condenados hoy al olvido, acabó su breve carrera sin decoro ni grandeza"<sup>421</sup>.

Inicialmente, como información asociada al hecho de la sublevación, se apuntan algunos datos de su *curriculum* militar previo a 1820. Según dice Carlos Garrote a Pipaón, Riego "empezó sirviendo en la guardia de la Real Persona. Durante la guerra sirvió en el Ejército y en las partidas. Sé -dice- que estuvo en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Güeñes y Espinosa de los Monteros. Después le hicieron prisionero y al cabo de algún tiempo

---

<sup>420</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1413.

<sup>421</sup> "El terror de 1824" Cit., T I, p 1738. Ver especialmente VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 197, donde hay expresiones parecidas, y T III, pp 178-181, donde se describe y valora este final.

apareció en Galicia (...) Le vi en Vizcaya al principio de la guerra -añade luego-. Era valiente. Algunos traidores lo son"<sup>422</sup>. La valentía y el arrojo en los momentos de peligro le son reconocidos a Riego incluso en la opinión de quienes desde el bando contrario, como Carlos Garrote, le llaman *traidor*, pero es bien poco más que valentía lo que, desde el clima restaurador de 1875-1876, atribuye Galdós a éste y otros caudillos de aquella sublevación.

El mismo Carlos Garrote, a la vez que refleja la inseguridad de las noticias difundidas el día 6 de enero de 1820 por Madrid, donde "¡se dicen tantas cosas...!", informa a Pipaón de que "se habla también de otro batallón sublevado, el de *España*, que manda Antonio Quiroga". "Ese -contesta Pipaón- ha estado preso hace poco por conspirador liberal"; y Garrote, cual si Galdós quisiera señalar a través suyo que Quiroga, el Jefe Supremo de los sublevados, era poco conocido -lo que implica pocas proezas y méritos-, responde: "No sé más de él sino que debió el grado de coronel a la prontitud con que trajo a Madrid la noticia de la muerte de Porlier". Esa escasez de méritos que se resalta al contestar Pipaón

---

<sup>422</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1424. La imagen que Galdós da de Riego viene a corresponderse con la aportada por Alcalá Galiano, quien, además de a los hechos militares en que participó, se refiere en diversos pasajes de sus "Recuerdos..." y de sus "Memorias" a su perfil psicológico. En sus "Memorias" dice, entre otras cosas, que "tenía Riego alguna instrucción, aunque corta y superficial, no muy agudo ingenio ni sano discurso, si bien no dejaba de manifestar del primero algunos destellos; condición arrebatada, valor impetuoso en los peligros, a la par con escasa fortaleza en los reveses y con perenne inquietud, constante sed de gloria, la cual, consumiéndole, procuraba satisfacerse, ya en hechos de noble arrojo o de generoso desprendimiento, ya en puerilidades de una vanidad increíble. Sus modales, siendo bien nacido y no mal criado, eran algo toscos, contribuyendo a hacerlos tales su impaciencia". (ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 14-16, especialmente p 15.) Confirmando datos aportados en parte por Alcalá Galiano en estas mismas pp., Eugenia ASTUR, en su "Riego: La revolución del año veinte", p 70 (Citada por COMELLAS, J.L.: "Los primeros pronunciamientos en España" Cit., pp 324-325), señala que Rafael del Riego nació hacia el año 1784 en Tuñás (Asturias) y que su padre propició su ingreso en la "Universidad de Oviedo, donde comenzó estudios superiores; pero pronto -asegura- sus inclinaciones le llevaron a la milicia, entrando en 1807 en la agrupación de guardias de Corps". Al producirse la invasión francesa y presentarse a la Junta de Asturias "fue nombrado capitán", y "a las órdenes de Acevedo (...) participó en diversas acciones guerreras. En la retirada que siguió a la derrota de Espinosa de los Monteros, defendió valerosamente a su general moribundo, acosado por las tropas francesas, que finalmente le hicieron prisionero". Permaneció hasta el final de la guerra "en Francia, donde trabó posiblemente relaciones con la masonería. Se repatrió en 1814 a través de Inglaterra, y desembarcó en la Coruña, donde juró clandestinamente la Constitución de manos del general Lacy (...) Readmitido en el ejército" y como empleado de Estado Mayor, pasó a "formar parte del ejército expedicionario" y fue "nombrado comandante del batallón de Asturias, al frente del cual participó en el pronunciamiento de 1820". Una biografía más amplia y favorable en GIL NOVALES, A.: "Rafael del Riego. La revolución de 1820 día a día. Cartas, escritos y discursos". Tecnos. Madrid, 1976.

"¡Linda carrera!", se matiza, además, con cierta duda sobre la sinceridad revolucionaria de Antonio Quiroga, que no parece ser mucha en el intento de Porlier<sup>423</sup>.

Antonio Quiroga no sólo había estado preso sino que estaba todavía. Pero Galdós, en su leve alusión a él, parece eludir la equívoca impresión de dificultad que esto podría dar a sus lectores y que, dada la relajación de tal prisión, no era real, pues "Quiroga se paseaba por las calles (...), concurría a un juego de billar", ...y sus amigos podían conversar y aún pernoctar con él, según recuerda Alcalá Galiano<sup>424</sup>.

Ramón de Santillán, tras indicar la misión de "los batallones de España y la Corona", "encargados de apoderarse de la Isla de León y Cádiz bajo la dirección del Coronel D. Antonio Quiroga (,) a quien se había reconocido como Comandante General de las tropas que se sublevasen", señala en éste cierta ambigua actitud al decir: "Hallábase Quiroga arrestado en Alcalá de los Gazules por consecuencia de los sucesos del 8 de julio y allí estaba también el Batallón de España, con el cual **debió marchar en la tarde del día 1º de enero** -negrilla nuestra- a Medina Sidonia, recoger en este punto el de la Corona y entrar con los dos al amanecer o antes en la Isla. En la tarde del día 2, sin embargo -observa Santillán-, se hallaba Quiroga paseando con algunos oficiales en la plaza de Alcalá, cuando entró un oficial, despachado por Riego, para darles la noticia de la sorpresa del Cuartel General y asegurarse de que aquellos cumplían por su parte con el encargo que tenían". Se añade, además, confirmando la idea de que Quiroga no estaba preparado para ello, que "atropelladamente se reunió el Batallón de España y se puso en marcha"...<sup>425</sup>.

Comellas por su parte da a entender que no hubo tal retraso, pues afirma que "el 2 de enero, **tal como estaba previsto en el plan**, el batallón de España se sublevó en Alcalá de los Gazules y puso en libertad al coronel Quiroga, proclamado al momento generalísimo

---

<sup>423</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1425. Duda que insinúa también Vayo en su texto aquí literalmente igual al que, tras él, da Galdós. En VAYO, E. de C.: Cp. Cit., p 147.

<sup>424</sup> "Yo -escribe Alcalá Galiano- tuve por habitación la prisión de mis cómplices, y dormí en el cuarto mismo que Quiroga, llevando allí adelante la conjuración ajeno al temor, porque estaba en seguridad completa". En "Recuerdos de un anciano", Cit., T I, p 114.

<sup>425</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, pp 20-21.

de la empresa", y que, "**siguiendo el orden convenido**, se dirigió con las tropas a Medina Sidonia" ...<sup>426</sup>.

Junto a esa imagen de los Jefes sublevados, reflejo fiel aunque breve de la historiográfica, Galdós describe, en cuatro rápidas pinceladas, la efervescencia que en Madrid produjo la noticia de la sublevación, resultándole "digno de notarse que los semblantes alegres eran aquella mañana en mayor número que los tristes" entre los grupos que en la calle las comentaban, señalándose así la movilización de la opinión madrileña y su mayoritaria actitud favorable al fenómeno revolucionario.

Se destaca, por otra parte, el desarrollo en ese ambiente de la confusa balumba de rumores que invaden la calle hasta el mismo "Ministerio" de la Guerra, donde, según recuerda Pipaón, no pudieron -él y Garrote- sacar nada en limpio. Cosa natural, se viene a explicar de paso, si se tiene en cuenta que entonces era Ministro "el general Alós, hombre de quien un escritor coetáneo dice que era *más propio para capellán de un convento de monjas que para Ministro de la Guerra*"<sup>427</sup>.

Prescindiendo de recoger ese turbión de información confusa, que Galdós parece destacar más por la inquietud o esperanza que refleja que por su contenido, dada la mezcla de algunos hechos reales con otros que Galdós sabe contradictorios o falsos, parece destacable la precipitada mutación que -como ocurriría en su época- produce en muchos oportunistas, cuya fingida simpatía hacia el movimiento, despierta, como ya se indicó, las iras de

---

<sup>426</sup> COMELLAS, J.L.: "Los 1<sup>os</sup> pronunciamientos..." Cit., p 329. Sin negrilla en el original. Desconocemos por qué razón opina así el profesor Comellas, pues lo *convenido*, según la descripción que Alcalá Galiano hace del "plan del levantamiento", era que Quiroga se movilizase "al mismo tiempo" que Riego (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano", Cit., T I, p 122.) Además, este mismo autor afirma taxativamente en sus "Memorias" (Cit., T II, p 23) que "Quiroga debía, en el mismo día 1 de enero, moverse desde Alcalá". Y aunque, allí mismo, da por "certísimo" que ello se debió a que "los ríos interpuestos en el camino (...) no estaba vadeables", señala también que "esto se ha negado por sus contrarios" y admite que "Quiroga vaciló" el día 2 de Enero, primero porque temió que, "pasado el día señalado para el movimiento", se habría *malogrado* éste "en otros puntos" y si se movía él sólo "su perdición era segura"; y cuando tuvo "noticia de lo ocurrido en Arcos" porque temió que "tirasen a engañarle", costándole así vencer "su irresolución y dudas".

<sup>427</sup> "La segunda casaca". Cit., T I, p 1425. El escritor a quien Galdós se refiere parece ser José Presas, en cuya referencia al "general Alós" se lee: "A la verdad que este general era más a propósito para portero de un convento de monjas, que no para ocupar igual plaza en una secretaría de Estado" PRESAS, D. José: "Pintura de los males que ha causado a la España..." Burdeos, 1827, p 70.

Mataflorida, entonces ministro de Gracia y Justicia: "Ya van hoy doce, doce traiciones. Llega el simple anuncio de una insurreccioncilla con esperanzas de triunfo, y ved aquí a mi gente mudando de casaca". Esto se explica, según dice a Pipaón entre acusador y receloso de él, porque "creen que la infame facción triunfará. ¡Quieren congraciarse con los rebeldes por si llega la marimorena de los destinos!...", aunque le vayan razonando -dice- que "la verdad es que así no se puede seguir... la arbitrariedad no puede gobernar constantemente a los pueblos cultos... Es indispensable que el Rey dé una Carta a la Nación...; la Europa no puede consentir...", adoptando la actitud propia de hombres moderados y "de orden"<sup>428</sup>.

Sin embargo, esta sacudida inicial no presupone un apoyo abierto a la rebelión, sino una cautelosa toma de posiciones, lo menos comprometida posible. La cosa no estaba todavía muy clara.

#### 2.2.2.2. *La indecisa lentitud de los sublevados y su eco en Madrid*

La cautela, la carencia de manifestaciones a favor o en contra de los sublevados, es sin duda la nota más destacada por Galdós en esta fase. Así lo aconsejaba, por otra parte, ese perezoso e indeciso fluir de los hechos que tan genialmente se revive, a través de Pipaón, al recordar la angustiada impaciencia que la ambigua situación de aquellos días le produce:

"Desgraciadamente, los acontecimientos iban con mucha calma. La Revolución, como las carretas de aquellos tiempos, como la administración española, como toda la vida de antaño, iba despacio. Parecía una cosa oficial. No había en aquel movimiento el progreso instantáneo, el correr tempestuoso que indican la ira nacional. Yo me acordaba de cómo se alzaban los pueblos en la guerra de la Independencia, y al ver aquella pereza, aquella lentitud somnolienta de 1820, se me abrasaba la sangre de impaciencia. 'Si viene, que venga de una vez', decía yo. Más que revolución, aquello parecía una fiesta, una cabalgata suspendida por la lluvia, una procesión atascada en los baches del camino. No había en ella el incendio popular, sino una especie de lento deshielo, inseguro, dificultoso.

---

<sup>428</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1426.



"Durante bastantes días -continúa Pipaón- no vino noticia alguna de ventajas obtenidas por los insurrectos. Se supo con precisión la verdad de lo ocurrido al principio; pero escaseaba lo nuevo. Eran hechos incontrovertibles la sublevación del batallón de *Asturias* al grito de su segundo comandante, don Rafael del Riego; de los de *España* y la *Corona*, mandados por Quiroga, y la marcha de ambos jefes insurrectos hacia Cádiz. También era cierta la sorpresa y prisión del General en jefe, con tres generales más. Hasta aquí no había ocurrido ningún contratiempo, pero cuando los insurrectos, tomando el puente Suazo, trataron de penetrar en la Isla, tuvieron la mala suerte de tropezar con un don Luis Fernández de Córdova, que, acompañado de algunos urbanos, supo detenerles. Igualmente era cierto que si los insurrectos no habían podido vencer la obstinación de Córdova, tampoco fueron desbaratados por don Manuel Freire, que fué contra ellos.

"Estaban, pues, en situación que no podía llamarse ni próspera ni adversa. Si cualquiera de ellos hubiera tenido una chispa de genio militar en su entendimiento, fácilmente habrían adquirido ventaja, porque las tropas del Gobierno andaban azoradas, como buscando un pretexto para insurreccionarse también; pero ni Quiroga, ni Riego, ni Arco Agüero, ni O'Daly, valían todos juntos -escribe Galdós/Pipaón- para componer un mediano estratégico. Faltos de resolución, de verdadero instinto revolucionario y de iniciativa, los rebeldes decidieron..., esperar. Una sublevación que espera es una sandez. Es como un rayo que tomara aliento en mitad de su veloz camino.

"Dentro de Cádiz, un tal Rotalde quiso sublevar la guarnición; pero Córdova ahogó también el pronunciamiento"<sup>429</sup>.

Esa lentitud que asemeja la Revolución a "una cosa oficial", ese carácter tragicómico de este levantamiento, si se compara su frialdad con el ardoroso alzamiento en la "guerra de la Independencia", parecen indicio de un menor grado de motivación; pero la prolongación de esa situación indecisa no se atribuye a una voluntad contrarrevolucionaria superior, sino a la torpeza de los jefes sublevados, que, carentes de "genio militar", "de resolución, de verdadero instinto revolucionario y de iniciativa", cometen tras sublevarse la "sandez" de

---

<sup>429</sup> "La segunda casaca" Cit., pp 1427-1428.

"esperar". Esperaban quizá a que "las tropas del Gobierno" que "andaban azoradas, como buscando un pretexto decoroso para insurreccionarse también", se les sumasen, pero Galdós parece considerar que les debieron dar ese "pretexto" promoviendo inteligentemente una acción más decidida, que luego, según veremos, concreta en ciertos puntos<sup>430</sup>.

La ineficacia de aquella acción y, sobre todo, la falta de respuesta hacían temer, cada vez más, a los comprometidos que el levantamiento se fuera extinguendo: "en Madrid -dice Pipaón- nos moríamos de angustia. Era tristísimo (...) que los que nos habíamos embarcado en la Revolución, aceptando sus hechos y renegando *in pectore* de sus principios, viésemos frustrados nuestros honrados planes".

Esta indecisa situación se prolonga y los oportunistas se ven en la circunstancia de desear por necesidad la Revolución, según reflejan las irónicas referencias de Galdós a los constantes rezos de Pipaón a Dios y a la Virgen, que, "no me hacían caso" -dice éste- porque "sin duda protegían al Rey, como depositario en la tierra de la autoridad divina". El resultado era aquella "¡Horrible situación!", aquel "¡contratiempo funestísimo!". La Revolución, (...) Aquella semilla tan esmeradamente puesta en la tierra, y a la cual dieron riego abundante los liberales y abono fecundo los absolutistas convertidos, se malograba de día en día, se perdía, se secaba..." Y tras dejar caer esa contraposición entre "los liberales", que riegan la Revolución (con su sangre), y los "absolutistas convertidos" que hacen la función de estiércol, de "abono fecundo", se añade: "¡Oh desesperación! ¡Y el país consentía tal cosa! ¡Y el país, contemplando las marchas y contramarchas de aquellos soldados, no profería un grito, ni se levantaba en masa, ni hacía disparates, ni echaba el Reino por la ventana, sino que, indiferente, frío y mano sobre mano, esperaba que se lo dieran todo hecho!...¡Qué país, señores; pero qué país!"<sup>431</sup>.

Es notable que Galdós no dice que "el país" fuera contrario a la Revolución sino que,

---

<sup>430</sup> Todo ello, por otra parte, es sustancialmente conforme con lo dicho en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 147 y Sgts. En nuestros días, el profesor Comellas opina, así mismo, que este "levantamiento gaditano, aun con todo su generoso romanticismo, acumuló torpeza tras torpeza". COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 23.

<sup>431</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1428.

en lugar de participar, "esperaba que se lo dieran todo echo". Esto, aparte de la indiferencia, parece implicar una excéptica inclinación en favor del cambio, que al menos se les supone deseado, y viene a coincidir con la actitud que, refiriéndose a la marcha de Riego, señala Vayo al decir que "si no era recibido por los ciudadanos con arcos de triunfo (...), también es cierto que no encontraba en parte alguna enemigos deseosos de destruirle, y que militares y paisanos parecían (...) ansiar en silencio que venciese la causa de la libertad"<sup>432</sup>. El mismo marqués de las Amarillas, pese a su visión negativa de la Revolución, reconoce: "Cansado el pueblo español de verse siempre mal gobernado, dejó hacer a unos pocos conjurados este gran cambio político, y como el enfermo a quien atormentan graves dolores, mudó, por decirlo así, de postura, esperanzado de encontrar algún alivio a su padecer. ¡Cuán vana fue su ilusión! -dice Amarillas desde su punto de vista- ¡Cuán cerca tuvo el desengaño!"<sup>433</sup>.

Con aquella inhibición, según señala Galdós, "pasaba todo enero sin que tal situación variase. Cundía el desaliento entre los revolucionarios, y los absolutistas, reponiéndose de su susto, sonreían con vanagloriosa sonrisa del triunfo y la venganza". Y "llegó febrero. En febrero, como en enero, la Revolución moría... Era forzoso (...) -dice Pipaón- hacer pedazos la nueva casaca, cuidando de esconder éstos donde nadie los viese, y meter el cuerpo en la antigua..."<sup>434</sup>.

La situación parece fielmente reflejada en la humorística referencia a la visita que el oportunista Pipaón, tratando de reconciliarse con el absolutismo, hace al marqués de Mataflorida. "Su sonrisa -recuerda- pregonaba el fracaso de la insurrección". Hasta hacía bromas, y explicaba tal fracaso porque "este gran pueblo celtíbero, romano, gótico, musulmán, es muy sensato... Ama el sueño y aborrece a todos los que meten ruido".

Además, en una velada ironía de Galdós a la impotencia del Gobierno, Mataflorida

---

<sup>432</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 150.

<sup>433</sup> GIRON, P.A., Marqués de las Amarillas: "Recuerdos (1778-1837)" Cit., T II, p 82.

<sup>434</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, pp 1428 y 1429. "...la insurrección -escribe Vayo, en imagen que explica esto,- debía perecer en su misma cuna, como se apaga la llama en un árbol aislado cuando no puede comunicarse a los demás del bosque". Op. Cit., T II, p 148.

añade: "la Revolución se ha enredado con sus propios lazos. Ni siquiera ha esperado a que la aplastásemos; se ha muerto sola". Resulta, pues, que la pasividad, más o menos forzada, alcanza incluso al Gobierno, según se remacha chuscamente al explicar Mataflorida: "Aquí están tan bien dispuestas las cosas y tan bien equiponderadas las fuerzas sociales, que cuando estalla un pronunciamiento, el Gobierno no tiene que hacer más que cruzarse de brazos y dejar a los revolucionarios entregados a su tontería y frivolidad, que es su muerte y nuestra venganza"<sup>435</sup>.

Esta inacción parece en este caso ser un intento de hacer de la necesidad virtud, según insinúan las anteriores ironías de Galdós, pues resultaba difícil y arriesgado al Gobierno intentar otra cosa si se tiene en cuenta la antes apuntada ambigua actitud del Ejército, cuyo comportamiento, según muestra la historiografía, pudo alimentar esas dudas y temores<sup>436</sup>.

En el mismo sentido dice Quintana que nadie quería comprometerse por la desacreditada autoridad, que "servíanla con tibieza y, contentos con salvar las apariencias, estaban a ver venir"<sup>437</sup>.

Ramón de Santillán afirma varias veces que don Manuel Freyre, nombrado, a pesar de su fama de liberal, General en Jefe del Ejército "reunido de Andalucía" para sofocar la sublevación, dio a sus subordinados "orden de no hostilizar a los sublevados sino en el caso de ver comprometido el honor de sus armas", limitándose a seguirlos de cerca. Ante la reiteración de tal postura, "estaba ya visto -deduce Santillán- que el General en Jefe aspiraba a que la sublevación se disolviera por sí misma con la deserción de la tropa, excitada principalmente por el aislamiento en que se veía, y por la actitud de las numerosas fuerzas que engrosaban diariamente el ejército"<sup>438</sup>. Indica también Santillán que, pese a

---

<sup>435</sup> "La segunda casaca" Cit., pp 1428 y 1429.

<sup>436</sup> Vayo, al señalar la tendencia de aquella Revolución a extinguirse, "si no repetían las lejanas provincias el grito allí lanzado", indica también que, en lugar de combatir, "contentáronse los gefes (Sic) con observarse mutuamente, calcular su poder, y esperar quizás el eco que tendría en el reino el pronunciamiento de las Cabezas de San Juan". Op. Cit., T II, p 148.

<sup>437</sup> En *Cartas a lord Holland*, Cit., p 511.

<sup>438</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, pp 33 y 34.

ello, desde el "20 de enero " se produjeron algunas escaramuzas, y "las hostilidades que el General había querido aplazar, o cuando menos llevar sin encarnizamiento, presentaban ya un carácter serio" hacia los días 12-14 de febrero. Por entonces, dice, "empieza un periodo, al parecer de inacción, en las operaciones militares sobre la Isla, que ha dado lugar a comentarios, poco favorables algunos, a la reputación del General D. Manuel Freyre. Los realistas no pudieron perdonarle los miramientos que tuvo con los insurrectos, y sobre todo el que no hubiera sido inmediatamente sofocada la sublevación, pero, -añade Santillán- ¿era esto posible?". Santillán, tras proclamar la lealtad del General Freyre y analizar los medios de defensa, opina que la toma de la Isla hubiera conllevado "la pérdida de algunos buques, y de un número de hombres que acaso no bajase de 200", mientras que con "un estrecho bloqueo" y forzando la disgregación de la columna de Riego, según "el plan del General Freyre", se evitaba ese sacrificio y se hubiera obtenido el mismo triunfo, a no ser porque "otros acontecimientos vinieron en auxilio de la sublevación"<sup>439</sup>.

Pero si el Gobierno hubo de resignarse a la templanza -o tibieza- del Ejército, parece desarrollar en cambio una intensa acción policial, encabezada precisamente por la que Vayo llama "furibunda exaltación" de ese Mataflorida que bromeaba sobre su pasividad<sup>440</sup>. De ahí que Pipaón, a pesar de la ficticia cordialidad con que termina su entrevista con el Marqués, haya de escapar aquel mismo día de su casa para no ser prendido por los alguaciles de éste.

Es entonces cuando Pipaón, marcado ya como revolucionario, se refugia en los abandonados calabozos de la Inquisición y encuentra allí a Monsalud, que también dice haber estado a punto de caer en manos del Marqués de Mataflorida y cuyo reciente regreso de Andalucía sirve a Galdós para hacer fidedignas las opiniones que ha de dar sobre el estado de la Revolución en aquellos momentos.

A través del diálogo que sostienen Monsalud y Pipaón se insiste en la sensación de fracaso del movimiento revolucionario y en la difícil situación atravesada entonces por los

---

<sup>439</sup> SANTILLAN, R. de: *Ibidem*, pp 35-40.

<sup>440</sup> Véase VAYO, E. de C.: *Op. Cit.*, T II, p 151.

comprometidos en él. Por una parte, "el señor Marqués no se duerme ahora en las pajas"; y, por otra, "no se encuentra un amigo por ninguna parte. Los Villelas y comparsa, en vista del mal éxito, adulan al Gobierno (...). En este aciago día (...) se han hecho más de 200 prisiones" y "no hay compasión ni para los arrepentidos"<sup>441</sup>.

El peligro de la represión desaparecería si la Revolución se vigorizase, pero las noticias que Monsalud trae de Andalucía no permiten alimentar, según le pide angustiado Pipaón, "esperanza" alguna de triunfo: "No, no hay ninguna -le dice-. Los insurrectos vagan a estas horas por los llanos de Andalucía, medio muertos de hambre y de cansancio, sin encontrar apoyo en ninguna parte, viendo disminuir rápidamente su número en vez de aumentar, y gracias que los últimos consigan llegar vivos a la raya de Portugal. Ni Riego ni Quiroga valen más que para un momento de esos que sólo arrojo se necesita. Cuando el primero arengó a sus soldados en Las Cabezas y les dijo: 'Basta de sufrimientos, valientes camaradas; hemos cumplido con el honor; más larga paciencia sería vileza y cobardía', creímos que aquel hombre iba a imprimir a la insurrección impulso poderoso; pero después le hemos visto perplejo, vacilante, dejando pasar todas las buenas ocasiones y corriendo de aquí para allí como un recluta al cual de golpe y porrazo se le pusiera en la mano el bastón de general. Tuvieron la mejor coyuntura para batir uno a uno los batallones que no habían querido insurreccionarse, y la dejaron perder. Rechazados en La Cortadura, salió Riego de la Isla con 1.500 hombres y marchó hacia Algeciras, movimiento cuyo objeto a nadie se le alcanza. Cuando quiso regresar, supo que Freyre bloqueaba la Isla, donde estaba Quiroga, y corrió a Málaga. Perseguíale don José O'Donnell sin conseguir derrotarle ni tampoco ser derrotado por él. La insurrección hasta entonces no era más que un marchar continuo, sin aliento, sin entusiasmo, sin espíritu, porque en todos los pueblos del tránsito no había más que frialdad, indiferencia... De Málaga pasó Riego a Córdoba, donde entró con 500 hombres.

"-¿Y los otros 1.000?

"-Habían desertado, y aprovechándose de la revuelta, se iban tranquilos a sus casas.

---

<sup>441</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, pp 1431 y 1432.

"-¡Canallas!...Pero ¡qué falta de entusiasmo y de patriotismo; sí señor, de patriotismo!- dije yo, no comprendiendo cómo había quien desmayase tratándose de derribar al Gobierno absoluto.

"-En Córdoba no fueron hostilizados por la tropa; pero tampoco vitoreados ni agasajados por el pueblo. No he visto frialdad semejante. Parece que esto no es nación, sino un pueblo de sombras"<sup>442</sup>.

Esta puntual referencia a los hechos históricos no sólo muestra el acabamiento a que se acercaba la insurrección en Andalucía sino que vuelve sobre su interpretación. Con ello se insiste en la desacertada dirección del levantamiento, que se hubiera podido potenciar batiendo aisladamente a los batallones no insurrectos, permaneciendo unidos y arriesgando más en La Cortadura e intentando levantar el bloqueo de Freyre a Quiroga en la Isla<sup>443</sup>. Y, por otra parte, se destaca de nuevo esa "frialdad" o "indiferencia" populares que priva de "aliento" y "espíritu" a la insurrección y que dan pie a una serie de sugestivas reflexiones de Galdós sobre aquel comportamiento social, tan propio todavía de su España.

### 2.2.2.3. *La temerosa inhibición rural*

En primer lugar, Galdós señala la diferencia entre el fracaso de quienes, como Pipaón, se unieron al movimiento revolucionario para beneficiarse del "cambio de personas" que había de producirse y quienes, como Monsalud, desean la Revolución por los ideales que esperan hacer realidad con ella.

A los primeros les duele el fracaso por la privación de poder y bienes particulares; a los segundos les duele que el país no se enamore de los valores revolucionarios y luche por ellos. Unos y otros juntos, como el abono y el riego, contribuyen al desarrollo de la

<sup>442</sup> "La segunda casaca" Cit., p 1432-1433.

<sup>443</sup> Galdós repite aquí en parte a Vayo, cuya opinión es también que "habían cometido el error, tanto Riego como Quiroga, de no haber batido (...) uno a uno en los primeros momentos (...) los batallones que no concurrieron al movimiento" (Op. Cit., T II, p 149.). En sentido parecido señala Santillán que Quiroga se "entretuvo todo el día" en San Fernando en lugar de ir sobre la ciudad de Cádiz, "que muy probablemente hubiera podido ser también sorprendida marchando sin detención sobre ella". SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit, T I, p 22. "Quiroga perdió horas y horas", dice también Alcalá Galiano en sus "Memorias" (T II, p 25) al referirse a este hecho.

Revolución, bien sean atraídos a ella por el interés particular o por el ideal liberal, pero es la sensibilidad social a este último lo que Galdós -en plausible sugerencia a sus coetáneos- analiza como indicador de maduración y posibilidades revolucionarias: "Lo que me aflige más en este fracaso -dice Monsalud- no es la mala suerte de los militares sublevados, sino la apatía del país, su poltronería política, pues no merece otro nombre. Ve que se levantan unos cuantos hombres proclamando la Libertad para todos, los principios de justicia, el Gobierno ilustrado, y se cruza de brazos, no emprende nada, sonríe al ver pasar la insurrección, cual si fuera cabalgata de Carnaval. Esto hieló el corazón..."<sup>444</sup>.

Se muestra, pues, inicialmente, que la valoración rural de aquellos ideales era en 1820 casi nula. Pero queremos hacer notar que, como antes al referirse a esta cuestión, Galdós habla de "apatía", de "poltronería política", no de hostilidad o antipatía popular hacia los revolucionarios. Esa actitud, por otra parte, se manifiesta ante unos y otros, de modo que, como decía Vayo, puede pensarse que *ansiaban* "en silencio que venciese la causa de la libertad". Santillán, ayudante de M. Freyre, la señala igualmente respecto al ejército gubernamental que perseguía a los sublevados, pues, pese a opinar, contrariamente a Vayo, que "generalmente los paisanos reprobaban el alzamiento" -quizá sin pensar que a él no le podían decir otra cosa-, reconoce a continuación que "únicamente las autoridades concurrían con alguna decisión a auxiliar las operaciones de las tropas fieles, notándose en los demás habitantes cierta frialdad, que manifestaba en ellos poco apego al Gobierno establecido"<sup>445</sup>.

La inhibición rural, reconocida por unos y otros como nota característica en esta primera fase de la rebelión de 1820, era un fenómeno que se había prolongado, con tristes consecuencias, hasta la época en que Galdós escribía. Primero parece explicar la pervivencia del absolutismo; establecido al fin el liberalismo, según dice en nuestros días el profesor Varela Ortega, "el partido en el poder se aprovechaba de un electorado

---

<sup>444</sup> "La segunda casaca" Cit., T I, p 1433.

<sup>445</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, p 30.



desmovilizado, indiferente y sumiso, que obedecía con docilidad los deseos del ministro de Gobernación, para excluir a perpetuidad a sus oponentes de la posibilidad de alcanzar nunca el poder por medios constitucionales. Los políticos así excluidos intentaban entonces recuperar el poder a través de pronunciamientos. Se apoyaban en un ejército politizado -explica-, cuyo cuerpo de oficiales se hallaba muy abultado como consecuencia de las guerras carlistas (de manera que el pronunciamiento era la única forma de lograr ascensos). De este modo -añade-, el golpismo se convirtió en el instrumento de cambio político. El problema, pues, para los políticos de la época consistía en estabilizar el liberalismo". En definitiva, viene a concluir, "la estabilidad del régimen liberal fue el logro de la Restauración"; y el régimen de libertades básicas que esta sostuvo, sin gran represión y sin atenerse a la opinión pública, "fue posible por la respuesta práctica que se dieron entre sí -"organizando la desmovilización política existente"- una sociedad rural y una estructura política urbana"<sup>446</sup>.

No es extraño, pues, que Galdós, viendo en su propia sociedad rural esa *insultante indiferencia*, esa *anemia cívica* de que, con diversas expresiones, hablarán tras él muchos políticos de la Restauración<sup>447</sup>, la destaque al referirse a la Revolución de 1820 y, deteniendo expresamente la atención del lector en ella y en la sorpresa y desencanto que en los románticos conspiradores produce, acabe haciendo que Pipaón pregunte y pida a Monsalud la explicación que Galdós quería dar a sus lectores:

"-Pero ¿qué es esto, pues? Explícamelo.

"-Esto es un triste desengaño; esto significa que España no nos entiende. Conoce su gran pobreza y envilecimiento; quizás comprende que otros pueblos viven mejor; pero no se le ocurre -se dice, cual si Galdós sugiriese una movilización de la opinión,- que en sí misma tiene los medios para salir de tal estado. Tres siglos de absolutismo no podían

<sup>446</sup> VARELA ORTEGA, José: "Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)". Alianza Universidad, Madrid, 1977, pp 433 y 442-443.

<sup>447</sup> Cfr. VARELA ORTEGA, J.: "Los amigos políticos", Cit., pp 433-434. Refiriéndose también a ello indica el profesor Seco Serrano: "La incomprensión de la *revolución desde arriba* por parte de las grandes masas a las que había de beneficiar, es la gran tragedia del federalista español, encerrado siempre en un plano abstracto". SECO SERRANO, C.: "Alfonso XIII y la crisis de la Restauración". Rialp, Madrid, 1979, p 26.

menos de producir esta modorra intelectual en que el país vive. Duerme, sueña tal vez. Sufre un encantamiento parecido al de aquellos aventureros; a quienes un mago convertía en estatuas. Es verdad que este león encantado tiene una cabeza que piensa, la idea que bulle en la flor de la sociedad, en algunos centenares de hombres escogidos..., pero éstos pueden poco. La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos discurrir, creer. Tenemos fe, tenemos ideas; pero, ¡ay!, queremos tener acción, y entonces empieza el desengaño; queremos movernos... ¡Cómo se ha de mover una piedra!". Y como Pipaón repusiera:

"-Desconsolador cuadro me pintas, Salvador", remacha todavía éste, con un simbolismo muy reiterado luego por Galdós,:

"-¡Ojalá no fuese verdadero!. En mí notarás una transformación tan rápida como triste. Mi pensamiento tiñe de negro todo aquello en que se fija. Ayer estaba lleno de luz, y hoy no hay más que tinieblas dentro de mí. No tengo ya esperanzas; he perdido todas las ilusiones. Parece mentira que se pierda todo esto y siga uno viviendo. He visto por mí mismo la apatía nacional, una congelación lamentable, una incapacidad absoluta para apropiarse la idea política y los sentimientos que con ella se relacionan, fuera del de la Patria y del religioso, concebidos en bruto, a lo salvaje. Aquí el pueblo no entiende de ideas. Sólo los sentimientos enormes del amor al suelo y a Dios le pueden mover. Hablarles otro lenguaje es hablar a sordos... Nosotros somos muy torpes: confundimos deploradamente la conspiración con la Revolución; creemos que la connivencia de unos cuantos hombres de ideas es lo mismo que el levantamiento de un país, y que aquello puede producir esto. Vemos el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento, y creemos que con igual rapidez puede triunfar la acción nueva sobre las costumbres viejas. Las costumbres las hizo el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir. No se derriban los montes a bayonetazos"<sup>448</sup>.

---

<sup>448</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1433-1434.

Parece claro que, en opinión de Galdós, la "cabeza viva", la "flor de la sociedad", distingue y defiende en 1820 la que -al modo maximalista de la época- se llama "idea verdadera", y que el triunfo de ésta sobre "la falsa" corría riesgo de malograrse porque el "cuerpo inerte" del país -como pasaba todavía en su época- no participaba, con lo que se hacía imposible convertir la conspiración y rebelión en una verdadera Revolución.

Según una parte de la historiografía antiliberal eso se debía a que el pueblo era, y quería ser, realista; según Galdós, más conforme con los revolucionarios y con la historiografía liberal -aunque no siempre limitado a sus fuentes y posiciones, según vamos viendo-, el problema residía en la petrificación o "modorra intelectual" producida en ese pueblo por el no ser, por la anulación, a que lo tuvieron sometido durante "tres siglos de absolutismo". Esta explicación omite, sin embargo, aunque en ella se encuentre implícita, el porqué de tal anulación. Probablemente Galdós dio por supuesto que el lector de sus anteriores referencias a la imagen histórica de la Inquisición, al carácter sagrado del Rey de derecho divino, a la influencia de la Iglesia y de la Nobleza en sus respectivos ámbitos locales, etc., podría imaginar fácilmente la cantidad de experiencias negativas acumuladas durante siglos por los intentos de rebelarse contra lo establecido. Esa experiencia enseñaba que los rebeldes terminaban siempre malparados e inducía a renunciar a cualquier rebeldía, ocasionando el acostumbramiento a la sumisión y la interiorización de la idea de que era imposible salir de tal estado.

Así se produce el distanciamiento y la pérdida de interés por las cosas públicas, y se acaba cayendo en "esa incapacidad absoluta para apropiarse la idea política y los sentimientos que con ella se relacionan, fuera del de la Patria y del religioso", que habían sido, lógicamente, los únicos permitidos; pero aun éstos, sólo son "concebidos en bruto, a lo salvaje", porque a ese pueblo apenas había llegado la racionalización y espíritu críticos producidos durante el siglo XVIII en los niveles sociales superiores. Luego, los peligros que este espíritu había mostrado para el absolutismo en la llamada Revolución Francesa y sus resonancias, especialmente en las españolas, se procuraban evitar con una actividad represora que tendía a perpetuar aquella anulación.

El hábito y el temor parecen sumarse para que el "pueblo", en su mayoría, se

mantuviera en la ignorancia y alejado de la política, sin desarrollar, manifestar ni defender su opinión<sup>449</sup>.

Esta actitud es perfectamente comprensible si se tiene en cuenta la indefensión a que el pueblo estaba sometido. Pero lo es especialmente en los medios rurales, donde la nobleza -laica o eclesiástica- mantenía mayor discrecionalidad, y una presencia más sensible por la dependencia que de ella tenían la mayoría de los campesinos, a los que cabe imaginar aterrados ante la idea de levantarse contra la voluntad del señor local, propietario muchas veces de las tierras que le proporcionaban la subsistencia de su familia, autoridad municipal o amigo del alcalde y del juez, a veces nombrados por él o por su influencia...; y a ello habría que añadir la influencia del cura u otros eclesiásticos, familiares de la Inquisición, etc., que harían pesar sobre ellos su autoridad si fracasaba el intento. Había que tener madera de héroe para manifestarse liberal en esas circunstancias.

Los mismos notables locales, aunque en ciertos casos -menos frecuentes entre la pequeña nobleza rural- se fueron inclinando hacia las nuevas ideas, tenían motivos para no significarse como liberales ante Fernando VII, sus comisarios, familiares de la Inquisición u otros personajes absolutistas -como Negrete, o los Garrote y los Baraona presentados por Galdós,- que pudieran delatarlos. En este sentido parece muy verosímil la opinión de J. Presas, testigo presencial, cuando afirma que "agobiados los pueblos con tanta carga, cansados de tolerar tanto abuso, deseaban con ansia una crisis para mejorar de condición; estaban dispuestos a recibir cualquier sistema de Gobierno, con tal de no continuar bajo el absoluto: mas **intimidados con el riesgo** que se corre en cualquiera de estas variaciones, **nadie se atrevía** ni a representar al Soberano lo que deseaba ni a ejecutar lo mismo que apetecía"<sup>450</sup>. Los riesgos de manifestarse liberal son igualmente puestos de relieve por

<sup>449</sup> Sólo después de la revolución de 1820 "el pueblo, **aleccionado por primera vez** por una demagogia militante -dice el profesor Comellas-, comienza a preocuparse por la política y a participar, de una u otra forma en empresas de pública responsabilidad. Ya no es ahora el sentimiento espontáneo, informado por ideas y obligaciones sagradas el que mueve, como en la guerra de la Independencia, sino la **opinión personal**, el particularismo de un partido". COMELLAS, J.-L.: "Los primeros pronunciamientos en España" Cit., p 352. Sin negrilla en el original.

<sup>450</sup> PRESAS, J.: "Pintura de los males..." Cit., pp 104-105. Sin negrilla en el original.

Santillán cuando dice de sí mismo: "Desde el año de 1813 estaba yo animado de las ideas liberales, al principio con toda la vehemencia de mis pocos años, y con la **cautela** después **que recomendaban los riesgos que aquellas ideas hacían correr**"; si bien, decidió dejar esta ideas "a un lado (...) cuando no estuviesen conformes con la lealtad y subordinación que debía al Gobierno" por su condición de militar<sup>451</sup>.

Si esto se dice a título general, puede imaginarse lo que ocurría en el relativo aislamiento y consiguiente sensación de indefensión rurales. Se produce así una sumisión que a veces parece confundirse con *realismo*, sin reparar en que, como diría Galdós, era sólo un estado "inerte" de "envilecimiento", que había de superarse también para ser libre y conscientemente *realista*. Mientras se mantuviera aquella situación social, manifestarse realista en esos medios era generalmente hacer el juego a los notables que lo eran en el lugar, cuyos premios y castigos debieron influir más que los del lejano Madrid, incluso cuando en la Corte hubiera un Gobierno constitucional, si estaba éste, como estaba, encabezado por Fernando VII y se tenía la creencia de que se retornaría al absolutismo. Así lo muestran, según veremos, muchos comportamientos rurales durante el Trienio. El diagnóstico del estado social era, pues, distinto según quién lo hacía y, lógicamente, también había de serlo su tratamiento.

Para muchos realistas la crisis ni siquiera existía, o, en todo caso, no estaba en el *cuerpo*, sino en la *cabeza*, según apunta Pipaón, ante tal desengaño, al contestar a Monsalud: "Siempre creí que España era un pueblo de costumbres absolutistas (...) y que la Revolución y el liberalismo estaban sólo en las cabezas exaltadas de ciertos caballeretes, un tanto avispados por el alcohol de las lecturas.... Por eso, -añade- yo, al conspirar, no contaba con que se hiciera ninguna Revolución verdadera, sino (...) de mentirijillas (...) en la superficie"; que se contentase con verificar un "cambio de personas, que es, al fin y al postre, lo más conveniente"<sup>452</sup>. Este carácter *práctico* de Pipaón cuadraba mejor al

<sup>451</sup> SANTILLAN, R. de : "Memorias (1815-1856)" Cit., T I, p 11.

<sup>452</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434. "Cambio de personas" que podría evocar en la España de 1876 el que se derivaría de la filosofía del *turno* defendida ya por Cánovas, aunque su aplicación más acusada se produjera en 1885.

régimen de la Restauración -donde, como dice Varela Ortega, "no había que buscar núcleos políticos formados al amor de una idea, sino a la devoción de un personaje"<sup>453</sup>- que a aquella Revolución atendida al cambio implicado en el principio de la soberanía nacional.

Su prescindir de los ideales revolucionarios equivale a ignorar el valor de la "idea verdadera" y mantener la "falsa", pero Monsalud opina que así "piensan muchos, muchísimos de los que más han bullido en las logias, y ésta -dice- es una de las causas del fracaso"; más aún, el hábito está tan arraigado que "aquí -dice el desencantado Monsalud- no hay más que absolutismo puro, arriba y abajo y en todas partes. La mayoría de los liberales llevan la Revolución en la cabeza y en los latios; pero en su corazón, sin embargo, se desborda el despotismo"<sup>454</sup>.

#### 2.2.2.4. *La problemática legitimidad revolucionaria*

La decepción de los revolucionarios se supone tan profunda que Monsalud llega a manifestarse decidido a no hacer "nada" por establecer entonces la Revolución y a "renunciar a un papel que empieza a ser criminal y hasta ridículo desde el momento en que sólo puede servir para ayudar a vulgares ambiciones. Estoy convencido -dice- de que la Revolución tiene que ser vana por ahora. Lo he visto por mis propios ojos; lo he tocado con mis manos... Con su nombre pueden elevarse y luchar facciones miserables, y a facciones no sirvo yo"<sup>455</sup>.

La cuestión de posibilidad enlaza, pues, con la de legitimidad de la Revolución; y es notable cómo Galdós, en 1876, niega ésta en la medida en que la acción revolucionaria no tenga visos de lograr lo valores revolucionarios a que decía responder -cifrados antes en "la Libertad para todos, los principios de justicia, el Gobierno ilustrado"-, porque cuando la revolución no se estima posible puede servir de máscara a "facciones" con "vulgares

---

<sup>453</sup> "Los amigos políticos", Cit., p 435.

<sup>454</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434.

<sup>455</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434.

ambiciones"<sup>456</sup>.

La legitimidad de la Revolución, las condiciones de su justificación, se plantean a través de la de Monsalud, que, recordando su actividad de revolucionario, "He sido -dice- algún tiempo aventurero; pero en mis aventuras vislumbraba un hermoso ideal. Mientras duró el engaño, mi conducta no podía dejar de ser noble". Pero esa conducta, antes "noble", como la de Don Quijote -con la que a seguido se compara- y como algunas de 1875, dejaría de estar justificada en cuanto fuera conscientemente mantenida, y de ahí que, habiendo "visto que los que creía gigantes eran molinos de viento, (...) aquí concluye -dice Monsalud- mi caballería andante"<sup>457</sup>. Esta exigencia de posibilidad -dicho sea de paso- está muy en la línea de la idea defendida entonces por Cánovas al afirmar: "en política, todo lo que no es posible es falso"<sup>458</sup>. Idea que todavía se matiza más al añadir Monsalud: "Si pude un día aceptar lo que hay de generoso en el papel del gran caballero de la Mancha, renuncio ya a lo que en él hay de ridículo y arrojadas las inútiles armas, **me vuelvo a mi aldea**"<sup>459</sup>.

Es decir, en la medida en que la Revolución ha de ser "vana" o servir a "facciones miserables" se muestra aquí rechazada por Monsalud, como suele serlo por Galdós, que generalmente manifiesta clara preferencia por una evolución reformista que la haga innecesaria y evite sus traumas. La alternativa al intento de un salto rápido, ridículo por lo quimérico, puede ser el trabajo diario que, combinado con la acción del tiempo, vaya facilitando pacientemente una maduración social que posibilite la asimilación de otros avances hacia situaciones más dignas y felices, en lugar de pretender *mover las montañas a bayonetazos*.

---

<sup>456</sup> Quizás no esté demás recordar que los partidos dinásticos de la Restauración estaban integrados por *facciones* y que eran contrarios a los riesgos que conllevaba la movilización de la opinión, aunque desearan traer la democracia. Cfr. VARELA ORTEGA, J.: "Los amigos políticos", Cit., pp 436 y 458.

<sup>457</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434.

<sup>458</sup> CANOVAS DEL CASTILLO, A.: "Problemas contemporáneos" Vol. III, p 279. Citado por PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX". Cit., p 503.

<sup>459</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434.

De ahí ese primer sentido de volverse a su "aldea", que sorprende a Pipaón y que viene a coincidir con la postura que, según vimos, atribuye Galdós a "Lázaro" en "La Fontana de Oro"<sup>460</sup>.

Este retiro parece estimarse excesivo, sin embargo, para un personaje como Monsalud -y para los revolucionarios románticos a quienes representa- porque, al preguntarle, sorprendido, Pipaón, "¿a tu aldea?", le aclara: "Al extranjero, quiero decir; quizás a América, que sé yo..."; para acabar dando la sensación de que sus anteriores afirmaciones eran exageradas y quizá resultado del "horrible descorazonamiento" en que dice hallarse, pues acto seguido, cual si ya se hubiese desahogado, aceptado aquel fracaso y recobrado aliento, aconseja: "No hay que apurarse... Calma...Durmamos ahora tranquilamente y mañana se pensará lo que se ha de hacer"; y, mientras se va durmiendo, deja un lugar a la esperanza diciendo: "Estamos caídos (...) Algún día nos levantaremos. Dicen que no hay mal que cien años dure"<sup>461</sup>.

Dormido Monsalud, como parece estarlo aquellos días la Revolución representada por él, queda Pipaón sólo y desazonado, buscando soluciones favorables a su situación; y, al irse amodorrando entre meditaciones y delirios, creyó ver "un ejército poderoso que avanzaba en gallarda formación" y del que "salía sin cesar un grito majestuoso, que -dice Pipaón- penetraba en mi alma como un rayo de luz. El grito era: '¡Viva la Libertad!'" . Al despertarse y ver ante si el banco de taller, sobre el que Mortero "estaba haciendo un

---

<sup>460</sup> "La Fontana de Oro". Alianza Editorial, Madrid, 1973, p 339.

<sup>461</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434. Tanto su anterior vida aventurera, como el sentido del retiro a la aldea, el irse al extranjero y en especial a América, o el resurgir de sucesivas frustraciones, vienen a evocar lo hecho por Van Hallen, que, desde su exilio forzoso en Inglaterra se fue a Rusia hastiado de la lucha por los repetidos fracasos y traiciones -según dice en una nota e. editor de su "Narración" (Cit., T II, pp 152-153)-; y, tras regresar a España durante el Trienio Constitucional, se volvió a marchar, al término de dicho período. Fue primero a América, lugar en el que esperaba hallar "los goces pacíficos de la vida doméstica, tan desconocidos -dice- para mí", cuando una enfermedad y la persecución política le obligaron a abandonar Cuba, "país que miraba -asegura- como mi último y más delicioso asilo", e irse a E.E.U.U., de donde dos años después se fue "a los Países-Bajos". (VAN HALLÉN, Juan: "Memorias". Cit., pp 208 y 209. ) Pero ni estas coincidencias ni el hecho de que Van Hallen fuera una fuente importante de inspiración en las actitudes que Galdós atribuye a Monsalud -que en multitud de ocasiones difíciles manifestará en adelante su intención de irse al extranjero y en especial a América-, restan a estas expresiones de Monsalud (la Revolución) su posible simbolismo, pues tanto América (Hispanoamérica) como Rusia fueron lugares del "extranjero" en los que aquella Revolución estaría luego presente a través de la Constitución.



ejército", comprendió que su "visión extraña" estaba ocasionada por aquel "escuadrón de groseros muñecos mal tallados y peor pintados.... Sin embargo, siempre me parecía -asegura- que gritaban con sus bocas de palo: '¡Viva la Libertad!'"<sup>462</sup>.

Parece probable que, como Pipaón, muchos otros vieran el medio para lograr un cambio de situación y de personas en la fuerza militar, cuya intervención sabía Galdós tan repetida desde entonces, y ya tan desprestigiada, en la España de 1875-1876. Hasta cabía tener fe en que los militares tratarían -valga la paradoja- de imponer la libertad, puesto que, más o menos captados por los liberales civiles, no parecen ser meros "muñecos" de "palo" manejados por éstos, sino que, según vimos antes, los oficiales del ejército -como en 1868, 1874 y 1875- eran en su inmensa mayoría liberales convencidos y de los más activos conspiradores. Pudieron también, como los "paisanos", sentir su liberalismo potenciado por el carácter de la Corte y, en especial, de la Inquisición, cuyas "*picardías*" -por efecto contraproducente- debieron contribuir, como los trabajos extra de Mortero, a formar un ejército antiabsolutista.

Pero, ¿era suficiente el ejército?. En las condiciones de la España de 1820 el ejército parece estimarse necesario, decisivo para el triunfo de la Revolución. Tanto que, según diría Pipaón, todavía el 8 de Marzo, "si el Ejército había dado al país la libertad, el Ejército podía quitársela de la noche a la mañana"<sup>463</sup>. Pero, siendo necesario -y aun bastando- para hacer posible el triunfo, no era suficiente para hacer verdadera y legítima la Revolución. Para esto se precisaba también el respaldo popular<sup>464</sup>.

<sup>462</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1435.

<sup>463</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1445.

<sup>464</sup> Esta preocupación no sólo era propia de la época de Galdós, que parece mostrarla para aleccionar a sus lectores, sino que respondía a un juicio histórico sobre el nacimiento del Trienio, según refleja Agustín de Argüelles al señalar entre las "alegaciones calumniosas" dichas contra los liberales del Trienio, para justificar la intervención francesa, el "suponer que el restablecimiento de la Constitución en 1820 no tuvo otro fundamento que la rebelión militar de un pequeño número de tropas en un rincón de Andalucía". ARGÜELLES, A. de: "DE 1820 a 1824. Reseña histórica". Madrid, 1864, pp 34-35. Alcalá Galinao afirma, en sentido parecido, que el de 1820 fue "un levantamiento militar que vino a ser popular" ("Recuerdos...", Cit., T I, p 149.); y Martínez de la Rosa, al lamentar, por otras implicaciones, que "el cambio político" del año "1820" tuviera "por causa inmediata -negrilla nuestra- una insurrección militar", añade: "Verdad es que aquel grito fue bien acogido por la nación y sólo así puede explicarse la facilidad suma con que la revolución (continúa...)"

De ahí que, cuando Pipaón despierta y Mortero, que regresaba de la calle, les da la noticia de que "La Coruña ha proclamado la Constitución." y de que "El Ferrol y Vigo también se han sublevado", aquél se muestra entusiasmado por esa sublevación de "toda Galicia" y la perspectiva de que pronto arda "toda España", pero Monsalud, "friamente", le responde: "El Ejército nada más..."<sup>465</sup>. Se contraponen así claramente las expresiones "toda España" y "El Ejército nada más", haciendo resaltar la diferencia entre una auténtica revolución y un pronunciamiento sin respaldo civil<sup>466</sup>. Esto es algo que, por otra parte, se advierte luego en el empleo repetido de los términos pronunciamiento y revolución para referirse a la acción exclusivamente militar y a la que implicaba participación civil, respectivamente, y para mostrar, a la vez, los distintos niveles éticos de exigencia de Pipaón y de Monsalud.

Esa exigencia ética hacía que los revolucionarios puros, que habían apelado al Ejército para hacer posible la Revolución, no se sintieron legitimados cuando, al fin, se anuncia el probable triunfo del pronunciamiento si éste no se acompañaba de manifestaciones de esa adhesión civil cuya carencia los había sorprendido y desilusionado. Pero es precisamente esa actitud lo que los legitima, porque no sólo significa que consideraban su iniciativa beneficiosa para aquel pueblo que los desoía sino también que suponían a éste conforme con ella y dispuesto a apoyarla<sup>467</sup>.

---

<sup>464</sup>(...continuación)

se ostentó victoriosa" ("El espíritu del siglo", Cit., T VII, p 343.) Es, en definitiva, una preocupación por la justificación que, como iremos viendo, late en muchos otros protagonistas, que dio lugar a amplios debates en La Fontana de oro (Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas 1820-1823", Tecnos, Madrid, 1975, T I, pp 116-117.) y que está en la base de la legislación *civilista* que, paradójicamente y según indica el profesor Seco Serrano, se restablecía por este hecho militar y se desarrollaría en aquel Trienio. SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...". Cit., especialmente p 45 y sgts.

<sup>465</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1435.

<sup>466</sup> Es la diferencia que el Profesor Comellas destaca especialmente al decir que "los pronunciamientos carecen de las dos características esenciales de las grandes revoluciones: popularidad y espontaneidad". COMELLAS, J.L.: "Los primeros pronunciamientos en España". Cit., p 115.

<sup>467</sup> Refiriéndose a esta sorpresa dice el profesor Comellas que "el conspirador no se gana al pueblo, pero tampoco hace nada por ganárselo; prefiere (...) recluirse en el reducido círculo de la conjura y esperar el apoyo del pueblo (...) *a posteriori*". (COMELLAS, J.L.: "Los primeros pronunciamientos en España".

(continúa...)

Esta convicción no parece, por otra parte, montada en el vacío. Los conspiradores revolucionarios tenían indicios de que la Revolución contaba al menos con las preferencias de la opinión española, en la medida en que ésta existía. Así lo había demostrado su triunfo en las elecciones anteriores a la reacción de 1814 -y lo ratificarían las de 1820-. Durante el sexenio habían de guiarse, según sugiere Argüelles, por otros indicadores: "¿quién hacía la violencia?. ¿Una rebelión militar de algunos pocos soldados desde la isla de León?. ¿Y esa rebelión no se había manifestado del mismo modo en todas las provincias?. ¿Cuál es el criterio para conocer la opinión pública donde no hay libertad de hablar ni de escribir?"<sup>468</sup>.

El liberalismo que Galdós atribuye a esa "cabeza que piensa", respuesta lógica a aquella situación, se ve confirmado por muy diversos testimonios. Ramón de Santillán, aunque militó en el bando realista por "la lealtad y subordinación que debía al Gobierno", se dice de "ideas liberales", como casi toda "persona instruída o bien educada", aunque actuó con "la cautela (...) que recomendaban los riesgos que aquellas ideas hacían correr". Además, el descontento se manifestaba en que "cada año, cuando menos -asegura-, se descubría o abortaba una conspiración, sin que alcanzase el cadalso a reprimir este espíritu, que, por el contrario, aparecía cada día con más vigor"<sup>469</sup>. José Presas extiende, como hemos visto, este deseo a "los pueblos", aunque "nadie se atrevía" a pedir "ni a ejecutar lo mismo que apetecía"<sup>470</sup>. El M. de las Amarillas opina que, a su juicio por error, "el pueblo español" confiaba en que aquellos "pocos conjurados" le proporcionasen "algún alivio" con

---

<sup>467</sup>(...continuación)

Cit., p 115.) Aparte de la confianza que ello implica, hay que reconocer que el carácter necesariamente clandestino de aquella "conjura" resultaba difícilmente compatible con la divulgación implícita en su popularización.

<sup>468</sup> ARGÜELLES, Agustín de: "De 1820 a 1824. Reseña histórica". Imprenta de T. Fontanet, Madrid, 1864, p 73.

<sup>469</sup> "SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)". Cit., T I, pp 11, 31, 32 y 74-75. Expresiones estas que, según se ha visto, son evocadas por Galdós en el primer capítulo de "La segunda casaca", y abundan en nuestra idea de que Santillán es otra fuente de Galdós.

<sup>470</sup> PRESAS, J.: "Pintura de los males..." Cit., pp 104-105.

aquel "gran cambio político"<sup>471</sup>.

Es decir, parece que Galdós se muestra acertado al atribuir a los conspiradores -y estos al tenerla- la idea de que la opinión de la gente culta, y aún los sentimientos y necesidades populares, eran favorables a una revolución capaz de eliminar al absolutismo y sus abusos. Es natural que, según indica Presas, Santillán, Amarillas y otros autores, no todos desearan la misma Revolución. Esto es algo que Galdós destaca en repetidas ocasiones ante la diversidad de quienes la apoyaban: "El pan que iba a salir de aquel amasijo, sólo Dios lo sabía", dice al referirse a la sociedad patriótica de Madrid<sup>472</sup>. El mismo Argüelles viene a reconocerlo cuando afirma que el disgusto español por el "régimen que el Rey había establecido a su vuelta de Francia", y los "síntomas evidentes de una convulsión política y muy próxima" que "aparecían continuamente", eran un fenómeno "tanto más digno de atención cuanto" que, tras "una persecución sin límites (...), los revolucionarios habían desaparecido" y tales movimientos se debían a que "había otros, y en no pequeño número, que sin pertenecer a la infamada categoría" contribuían a ellos. "Eran aquellos -añade, confirmando algo de lo antes dicho aquí,- los mismos que en 1814 apoyaron incautamente el trastorno de la Constitución, confiados en la promesa de 4 de Mayo desde Valencia", entre ellos "el ejército nacional (...) regenerado a la sombra de las reformas constitucionales", porque dicha promesa "a lo menos contenía una declaración explícita en que se le ofrecía a él y a su desventurada patria un régimen que compensase a ambos sus inmensos sacrificios". Pero, "el funesto olvido" en que cayó ésta y otras promesas semejantes de los monarcas europeos "era forzoso que excitase en las naciones vivos deseos de precaverse contra los fatales efectos del abandono en que se hallaban sus intereses" y dió lugar a que dichas "naciones", a su vez, se sintieran unidas en una "inmensa y formidable liga (que) tiene por fundamento el orden moral de la sociedad humana"<sup>473</sup>.

---

<sup>471</sup> GIRON, P-A., Marqués de las Amarillas: "Recuerdos (1773-1837)". Cit., T II, p 82.

<sup>472</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1413.

<sup>473</sup> ARGÜELLES, A. de: "De 1820 a 1824. Reseña histórica". Madrid, 1864, pp 37-41. Sin negrilla en el original.

Pero esa diversidad no había de manifestarse en enfrentamiento hasta después del triunfo de la Revolución. Sólo en la libertad con ella introducida podía, por otra parte, debatirse e intentarse concertar. Antes del triunfo todos ellos parecen coincidir en la prioridad de sustituir al absolutismo por la Libertad. Sin embargo, no se producían manifestaciones en favor de los sublevados.

¿Qué pasaba?. Parece claro que si el "cuerpo inerte" estaba acostumbrado a callar, la "cabeza viva" no se atrevía a hablar. Así lo confirman Presas y Santillán, según hemos visto, y así parece lógico que ocurriera. A ello debieron contribuir las escasas perspectivas de éxito que, según señala Galdós, presentaba la sublevación, dado el escaso prestigio de sus jefes -a los que parecen resistirse a apoyar otros de mayor rango o mérito<sup>474</sup>-, su *marcaje* -vamos a llamarlo así- por el afamado general Freyre y esa febril actividad policial que, en lo relativo a Madrid, se pone de relieve aludiéndose a las "más de 200 prisiones" hechas y a la situación de conspiradores como Pipaón y Monsalud, que, tras estar a punto de caer prisioneros de Mataflorida, aparecen escondidos para capear el peligro<sup>475</sup>.

Es muy significativo en este mismo sentido lo que R. de Santillán, testigo de los hechos desde el bando realista, dice respecto a Cádiz: "Cádiz, considerado no sin razón como el pueblo más liberal de España, hubo de sufrir no poco por **varias medidas de rigor**, que sus Autoridades creyeron necesario adoptar **para prevenir allí un movimiento popular en favor de los sublevados**"<sup>476</sup>.

Si se tiene esto en cuenta no resulta ya tan extraña la tardanza de los apoyos, y hasta podría no ser casual que el eco de la sublevación de Riego y Quiroga se produjera en el

---

<sup>474</sup> Según insinúa M.-J. Quintana en la segunda de sus "Cartas a Lord Holland", Ed. y T Cit., p 540 y Sgts.

<sup>475</sup> Es el silencio obligado a que, refiriéndose a la influencia de las fuerzas armadas en "la libertad o esclavitud de los pueblos", alude Ramón Adán, partícipe de los antes aludidos debates mantenidos en la Fontana de Oro, cuando dice, en su discurso de 17 de junio de 1820 que "los pueblos" por los que pasó Riego tras sublevarse "en el fondo de su corazón querían lo mismo a que los convidaba; pero veían otra fuerza superior que no había explicado su voluntad todavía, y la respetaban sin atreverse a decidir". En "Publicista Observador", N<sup>os</sup> 23 y 24, de 21 y 24 de junio de 1820, pp 99-100 y 101-104. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., T I, p 117.

<sup>476</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)". Cit., T I, f 42. Sin negrilla en el original.

otro extremo de la Península, en La Coruña, donde la opinión no se hallaba tan coartada como en Cádiz. Aun así, mucha debió ser la necesidad sentida, y la esperanza en las ayudas, para levantarse cuando el ejército y el aparato policial estaban vigilantes.

Iniciado este rebrote de la insurrección en La Coruña por "un pequeño número de militares auxiliados de algunos paysanos (sic)", según dice Presas, "en el corto espacio de 12 días (...) ejecutaron lo mismo las capitales de provincia, Oviedo, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Granada, Málaga, y demás pueblos de Andalucía, ¿y esta rapidez con que se extendía (Sic) la revolución, -concluye- no prueba claramente el general descontento en que se hallaba el pueblo dominado por el gobierno absoluto?"<sup>477</sup>.

Santillán, sorprendido también al parecer por esta rapidez, da por cierto que a ella contribuyó alguna concertación entre los grupos revolucionarios preexistentes, explicando que "como la conspiración era general y tenía un centro directivo, no podía éste dejar de aprovechar el movimiento de La Coruña para promover de nuevo el que se había comprimido en el Ejército de Andalucía", si bien -reconoce- "lo hizo (...) por medios que no me es posible manifestar porque mi situación no me permitía conocerlos"<sup>478</sup>.

Parece probable que, según se dijo en el apartado anterior, los restos de la red tendida un año antes para la **conspiración de Vidal**, entre los que Galdós muestra alguna relación antes de la sublevación de Riego, hicieron algo en este sentido, pero Galdós no se ocupa de ello en esta fase del movimiento, quizá porque, como Santillán, no lo conocía con seguridad y quizá porque entendió, como Presas, Vayo, Martínez de la Rosa y tantos otros, que lo fundamental era la favorable disposición hacia tal movimiento.

Este rebrote trae además la esperada colaboración de elementos civiles, contribuyendo con ello a redimir un tanto a los revolucionarios de su aparente error y a reforzar la legitimidad de su acción, según parece anunciar Galdós, al confirmarse la noticia diciendo "que lo de Galicia es tremendo", como si fuera algo generalizado y no cosa del "Ejército

---

<sup>477</sup> PRESAS, J.: "Pintura de los males..." Cit., p 107.

<sup>478</sup> "SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)". Cit., T I, p 41.

nada más"<sup>479</sup>.

Con ello se entra en el segundo tiempo de la sublevación y se hace sentir la amenaza revolucionaria de que nos ocuparemos en el próximo apartado.

### 2.2.3. Amenaza revolucionaria y jura real

#### 2.2.3.1. *Resonancia madrileña de la nueva fase revolucionaria provincial*

La noticia de la sublevación de La Coruña, El Ferrol y Vigo, se da por Galdós como recién llegada a Madrid "en los primeros días de Marzo"<sup>480</sup>. Su relevancia aumenta, "al día siguiente", cuando se insiste en ella para matizar: "... lo de Galicia es tremendo... El Rey y la Corte, muy asustados... Toda la noche han estado los Ministros en Palacio... Quieren contemporizar... Les ha entrado el destemple... Desconfían de la guarnición..."<sup>481</sup>.

La gran importancia de esta noticia es, pues, reflejada fielmente por Galdós en esa actitud de diversos medios cortesanos y gubernamentales, cuyo "destemple" les inclina a "contemporizar" porque, además, no parecen contar con apoyos para resistir o sofocar este resurgir del impulso revolucionario, al que "la guarnición", de la que "desconfían", acaso se muestra más dispuesta a apoyar que a combatir. ¡Hasta "de la guardia de la Real persona!" se tienen dudas entonces; lo cual, dada la selección de sus miembros, parece citarse, con cierta ironía como indicador del grado de *contagio* liberal registrado aquellos días, aunque no por ello deje de ser cierto, según pudo ver Galdós que atestigua Vayo y Miraflores<sup>482</sup>. Por otra parte, dicha noticia no sólo había repercutido en la actitud de los medios palaciegos y militares, sino que aquella misma noche "el señor secretario y un

<sup>479</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1436.

<sup>480</sup> Es lógico que fuera antes del día 3, no sólo por el tiempo transcurrido sino porque hubo de influir en las vagas promesas de dicho día. Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 152-153; el paso del tiempo tras ella se indica en el relato de Galdós repitiendo la expresión "al día siguiente", antes de que sea "el 6 de marzo". "La segunda casaca", Cit., pp 1436 y 1441.

<sup>481</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1436.

<sup>482</sup> Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 157 y 164; y MIRAFLORES, M de: "Apuntes...", Cit., p 40 y 43.

señor inquisidor" habían estado "sacando los papeles del archivo" porque "ven la cosa negra" y "sin duda temen que el pueblo penetre en la casa y descubra más de cuatro picardías"<sup>483</sup>. Así, pues, la tensión alcanza a la población civil, ya que se teme la acción del "pueblo". Esta se orienta, especialmente, contra la Inquisición, símbolo de opresión según se ha indicado; pero ello no por su defensa de la pureza religiosa, sino por sus "picardías", ya que, al mismo tiempo, "en un sótano de la Santa Casa arden velas ante las imágenes cristianas para implorar de Dios el triunfo de la Revolución", lo cual viene a indicar que aquellos revolucionarios no combatían a la Religión<sup>484</sup>.

La temida intervención popular prevista por los inquisidores se anuncia en el ambiente de corrillos y "grupos" callejeros que comentan los hechos y dan la impresión de que "la Revolución palpitaba" en "la sensible villa". Pero todavía el Gobierno estaba en actitud de prender a los revolucionarios aislados, según destaca el pícaro y ruín Pipaón al discurrir "que las casas de donde más rápidamente debía huir eran las de aquellos -dice- que tenían algo que agradecerme"<sup>485</sup>. Precisamente para evitar este peligro, y tras ver que Garrote y Baraona estaban en la calle, decide ir a casa de Jenara, que al acogerlo como amigo bromea con una expresión ambivalente: "van a decir que soy encubridora de revolucionarios y el Marqués querrá prenderme también. Muestra, así, esa actitud, favorable pero temerosa, que puede atribuirse entonces a la mayor parte de la sociedad española y la preocupación ambiental por las prisiones que está efectuando el Marqués de Mataflorida, cuya febril actividad dice conocer Jenara porque "anoche estuvo aquí" (en su casa) "Triunfen o no los revolucionarios (...) -añade- lo cierto es que los conspiradores lo pasarán mal. Casi todos están presos ¿no es verdad?"; y a la respuesta de Pipaón, "Creo que sí", se interesa todavía: "sin embargo, no se oye decir que ajusticien a ninguna persona conocida"<sup>486</sup>. Aunque de momento no haya ejecuciones, Jenara parece temer que entre

---

<sup>483</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1436.

<sup>484</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1436.

<sup>485</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1437.

<sup>486</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1437-1438.



los presos esté Monsalud, su *odiado* amor, y que el Marqués no le dé la oportunidad de ser liberado por los revolucionarios en el presumible supuesto de que estos triunfen; por lo demás, su extrañeza al observar que no se ajusticia a los presos, contrariamente a ocasiones anteriores, viene a hacer notar, acertadamente, las vacilaciones y debilidad del Gobierno en éste.

La tensión en que la sociedad española se hallaba en estos momentos, entre las ataduras de sus antiguos dirigentes absolutistas y los tirones de los revolucionarios, si no se simboliza en Jenara se corresponde con su situación personal, en cuyas referencias se ve una ambivalencia demasiado frecuente para no ser intencionada.

Planteado el difícil entendimiento matrimonial con Carlos Garrote, Jenara dice a Pipaón, que es antiguo amigo además de revolucionario en apuros: "esto tiene que concluir de un modo o de otro. Es imposible vivir así. Cada día una cuestión; cada hora una disputa. ¿Y por qué? Por nada, por fantasmas. Sepa usted que el cerrar los ojos y el abrirlos es en mi un indicio de infidelidad según mi marido. Aprenda usted a tener perspicacia"<sup>487</sup>. Algo muy semejante a lo que le ocurre a la sociedad española, incluso en los modos inquisitoriales y "perspicacia" con que la infidelidad en un caso y la *herejía* o liberalismo en otro se detectan.

Además, "ahora, con estas cosas de la Revolución que viene, está insoportable -dijo la dama con ademán ponderativo-. No se le puede resistir...". Así, la simultaneidad de la supuesta infidelidad conyugal y social les hace sentir una, que se corresponde con la sentida por los absolutistas convencidos. Como resultado, Jenara se encuentra escéptica, sin afectos de (ni hacia) su esposo y con cualquier otra amistad prohibida, sintiendo lástima de sí misma, con "la cabeza hecha un volcán y el corazón vacío, enteramente vacío"<sup>488</sup>. ¿No se corresponde ese estado de ánimo con el de la sociedad española de entonces, tras la decepción que le ha producido su "Deseado", de quien, según se ha dicho, esperaba soluciones con actitud mesiánica?; y cuando se cita la posibilidad de entretener su vacío

---

<sup>487</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1439.

<sup>488</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1439.

corazón, de pronto, llega "¡Carlos!", su esposo, como ocurría otras veces al hablar de Monsalud, en quien hemos visto simbolizada la Revolución, produciendo el sobresalto de la esposa, en este caso motivado por una situación ambigua: Carlos, celoso como marido, es temido ahora por la presencia de un revolucionario -siquiera sea aparente- al que Jenara esconde primero en un armario y luego ayuda a huir por el balcón para salvarle de la ira absolutista, y no amorosa, de Carlos, que así quedarán sin aplicación por la infidelidad política y no conyugal de su esposa. Infidelidad cuya relación con otras situaciones, también ambivalentes, marca aún más Galdós -a la vez que se refleja la conducta del *pícaro*- al señalar que Pipaón, comprendiendo que Baraona había observado al llegar como le ayudaba Jenara, apretó "a correr, repitiendo lo de maras: 'Ahí me las den todas'", como hiciera en otras situaciones difíciles, ya citadas, para destacar que ni la suerte de Jenara le preocupa como amigo ni la de la sociedad española como ciudadano<sup>489</sup>.

En Madrid, la situación *histórica* se siente evolucionar, simultáneamente, a lo largo del día 5 de marzo, de modo que, al salir con Monsalud por la "noche", considera Pipaón "que no corría ya gran peligro nuestra (su) libertad. Tremendas eran -dice, señalando un difuso avance revolucionario,- las noticias para el absolutismo"<sup>490</sup>.

Por eso también, "según dijeron, se preparaba para el día siguiente un decreto haciendo concesiones y prometiendo reunir Cortes", resultando que "tanta cobardía inflamaba más a los revolucionarios", cuyas reuniones antes secretas y perseguidas por don Buenaventura (Mozo de Rosales) se convierten aquella noche en "tertulias", que Monsalud y Pipaón

<sup>489</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1440.

<sup>490</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1441. Además de los hechos de Oviedo, Murcia y Cartagena, ocurridos ya a fines de febrero, precisamente el día 5 de marzo tiene lugar la proclamación de la Constitución en Zaragoza, con participación de paisanaje, pero los levantamientos se habían iniciado ya en "Zaragoza, Barcelona, Pamplona y Cádiz", en "los primeros días de marzo", y podían, por tanto, ser conocidos ya el 5 aunque en esos otros lugares se demorase la proclamación de la Constitución hasta los días 10-12 del mismo mes, según ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 653-659. El profesor Palacio Atard, sin señalar fechas concretas de proclamación oficial de la Constitución, las expresa en cambio respecto al momento en que se inicia el hecho decisivo del movimiento en favor suyo: "El coronel Acevedo se subleva en la Coruña el 21 de febrero y el movimiento insurreccional se extiende a otras guarniciones de Galicia. El 1º de marzo Zaragoza, Barcelona y Pamplona, se suman a la sublevación. El golpe final corre a cargo del general Enrique O'Donnell, conde de la Bisbal, enviado al frente del ejército gubernamental para combatir la insurrección de Andalucía, que se suma a la revuelta en Ocaña, el 4 de marzo". PALACIO ATARD, V. "La España del siglo XIX, 1808-1898." Espasa-Calpe, Madrid, 1978, p 118.

visitan "con el mayor descaro"<sup>491</sup>.

Este ambiente madrileño -conforme con lo que Vayo dice, especialmente al referirse al "Terror de Palacio" y a la "Agitación de Madrid"<sup>492</sup>- se acaba de perfilar, indicando que, "Con la súbita esperanza de triunfo, la Revolución había arrojado la máscara y se burlaba del Gobierno. En éste -se explica- no había un solo ministro apto para hacer frente a suceso tan grave. Hombres todos de miserable espíritu, no servían más que para la adulación. Todo Madrid se reía de ellos. Los conspiradores que no estaban presos afectaban en las calles y en sitios públicos un desprecio a la autoridad que rayaba en la desvergüenza"<sup>493</sup>.

La ineptitud de los hombres del Gobierno absolutista -que se siente proyectada sobre los reaccionarios de la época de Galdós- contribuye, pues, a que la actitud revolucionaria se manifieste mezclada con un, más general, sentimiento de desprecio hacia esos ministros, cuyo "miserable espíritu" no merece el respeto de la población. Las manifestaciones contra ellos se hacen más patentes a medida que crece la esperanza del triunfo y desaparece el temor a su Poder: "Era el 6 de marzo cuando llegó la noticia de la sublevación de las tropas que estaban en Ocaña. El júbilo y osadía de los revolucionarios eran tan grandes, que por momentos se temía en Madrid un alzamiento popular"<sup>494</sup>. Parece significativo que se produzca "Júbilo y osadía" ante las noticias favorables a la Revolución, y que los absolutistas teman el "alzamiento popular"; pero aunque esa fuera la actitud del pueblo, su *levantamiento* implicaba un alto riesgo, y de ahí que "la atención de todos se fijaba en la guarnición de Madrid, formada de algunos regimientos de la Guardia y de otros de línea", con lo que se muestra, una vez más, la importancia del Ejército en la decisión local de esta pugna, si bien en este caso, por tratarse de la Capital, resuenan especialmente las posturas militares de alcance general, como la de Ocaña, citada inmediatamente antes.

Todavía no era clara la situación. Los cortesanos, temerosos de la Revolución, acaso

---

<sup>491</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1441.

<sup>492</sup> Op. Cit., T II, especialmente pp 152 y 156.

<sup>493</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1441.

<sup>494</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1441.

pensando en no conceder a ésta más de lo insoslayable, no saben que casaca ponerse. De ahí que, "En Palacio -cuenta Pipaón-, según me dijo el señor Villela, a quien encontré en un estado de indecisión extraordinaria, todo era tumulto y azoramiento. La reina Amalia lloraba, el Rey bufaba de ira, y los palaciegos iban y venían consternados, sin saber si pondrían la vela al santo o al demonio, o a entrambos a la vez, que era lo más seguro. Escondíase el duque de Alagón y los demás favoritos, y diversos personajes, oscurecidos y olvidados por la Corte, se presentaron, llamados por el Rey, o espolcados por su propia ambición"<sup>495</sup>. La ocasión que los madrileños tenían de conocer los primeros esta realidad produce un efecto inmediato.

#### **2.2.3.2. *El protagonismo revolucionario de la Capital***

"Desde que amaneció el día 7 -recuerda Pipaón/Galcós-, Madrid ofrecía el aspecto propio de los días en que va a pasar algo extraordinario". A ello van a contribuir quienes, con él, "desde muy temprano (...) iban sembrando la semilla del tumulto de barrio en barrio", mostrándose así contaminado el régimen que se anunciaba con personas movidas por intereses ajenos a los ideales políticos que pregonaban: "Recordaba yo -dice Pipaón- las escenas famosas del 1º (parece tratarse del 10) de mayo de 1814 y me parecía que nada había cambiado. Las caras eran las mismas; los gritos, parecidos. Ciertamente, la idea era distinta; pero como la idea no se vé, de aquí la ilusión". La presencia de oportunistas en la defensa callejera de una u otra idea se muestra inevitable: "No hay cosa más parecida a un motín absolutista que un motín revolucionario. Se asemejan como una calabaza a otra. No trabajar, cerrar las tiendas, salir chillando, derribar lápidas y letreros, injuriar a los caídos, proclamar nombres nuevos, levantar ídolos, mezclar tal o cual arranque generoso a salvajes actos: esto fue lo que vi en 1814 -asegura Pipaón- y lo que se repitió ante mis ojos en 1820. En una y otra época, por rara coincidencia, fui agente eficaz en el movimiento, y las dos veces mi astuto aguijón pinchó a la bestia feroz para que gruñese.

---

<sup>495</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1441. El ambiente e imágenes palaciegas pueden verse igualmente descritos en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 152, 156 y 158.

"Antes había gruñido en las Cortes; ahora, debía gruñir en Palacio"<sup>496</sup>.

Son procedimientos que no parecen muy del agrado de Galdós, cuyo reformismo preside los mensajes que lanza con esta obra a sus coetáneos de 1875. Sin embargo, celebra, destacándola así, la autenticidad de la mayoría de estos manifestados: "Debo advertir -continúa Pipaón- que en marzo de 1820 yo notaba en la población un movimiento mucho más espontáneo y general que en mayo de 1814. Todos los tenderos, todo el comercio alto y bajo de los barrios del Sur y del Centro se asociaba al impulso con una franca y natural alegría que me llenó de admiración. En los empleados, en todo el personal de la clase media, había un sentimiento de simpatía que más tarde llegó a manifestarse en hechos. Marcáronse, pues, en aquel día dos corrientes: la corriente natural de las personas de buena fe que se alegraban del cambio previsto, y la corriente del tumulto, que tenía encargo de vociferar y hacer demostraciones locas. Ambas se mezclaban y juntas invadían las calles, llenando los aires con sordo mugido, sin que se pudiese determinar dónde acababa el oro y empezaba el plomo. En la generalidad de la población resplandecía la más franca hombría de bien, una especie de candor revolucionario, si así puede decirse; un júbilo patriarcal que era del mejor augurio"<sup>497</sup>.

El movimiento madrileño reúne, pues, las condiciones que legitiman la Revolución, puesto que es "mucho más **espontáneo y general** que en mayo de 1814", lo cual -según confirma Vayo al hablar del "hervor de la multitud" y del "deseo general" de que el Rey jurase, manifiesto este día en Madrid<sup>498</sup>-, presupone una mayoritaria preferencia de la opinión por el gobierno constitucional. Es algo que Galdós parece querer dejar claro en la conciencia histórica de sus coetáneos, y de ahí que, aun citando la existencia de "la corriente del tumulto", se insista luego para destacar que "en la generalidad de la población resplandecía la más franca hombría de bien".

Por otra parte, se concreta que los asociados "al impulso con (...) franca y natural

---

<sup>496</sup> "La segunda casaca". Cit., pp 1441- 1442.

<sup>497</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1442.

<sup>498</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 156.

alegría", son "todos los tenderos, todo el comercio alto y bajo"; es decir, comerciantes (o "burgueses") en general; y además, "los empleados" y "todo el personal de la clase media", cuya "simpatía", quizá frenada por el temor de perder sus empleos, "llegó a manifestarse en hechos". Junto a ellos se dice "la generalidad de la población", en la que Galdós señalará especialmente al sector artesanal en un posterior capítulo referido a este mismo día, aunque no lo cite expresamente aquí.

El ambiente popular y festivo se destaca diciendo que, en la tarde del mismo día 7, "la muchedumbre formaba una apretada masa en los alrededores de Palacio" y que alegraba la zona con "escenas bulliciosas de animación, de risas, de plácemes", con gritos y comentarios de noticias, sobre si "el Rey juraba", sobre su bondad frente a los "tunantes" "palaciegos", la formación de "un nuevo Gobierno", el posible apoyo de "la guarnición de Madrid"... y, por fin, "que Ballesteros, recién llegado por mandato del Rey, había dicho que nada se podía hacer ya"; y, señalando una vez más su carácter perjuro, esta vez como idea que el pueblo tiene de ellos, "que los señorones de la Corte opinaban que no era cosa de trastornar al Reino y de pasar sustos por un juramento de más o de menos"<sup>499</sup>.

Ya "cayendo la tarde", sin abrirse "los balcones de Palacio" a pesar de los "desaforados gritos" de la "gente" que pedía "la Constitución", "algunos jinetes de la Guardia decían al pueblo que se retirase", pero en "actitud (...) tan conciliadora, que despertaba general simpatía. La Guardia que tanto dió que hacer después -insiste Galdós-, estaba aquel día como un guante"<sup>500</sup>.

En esa misma tarde del día 7, "diversas comisiones entraron en Palacio; pero el pueblo ignoraba todo", de modo que, según dice Galdós siguiendo a Vayo<sup>501</sup>, terminó el día sin que se conociera, más que por unos pocos, resultado alguno; quizá en atención a ello, a pesar de su alusión a esas "diversas comisiones", deja para el día 8 el consignar: "Ya era público el famoso decreto de 7 de marzo, y desde muy temprano no había ciudadano de

---

<sup>499</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1442.

<sup>500</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1442.

<sup>501</sup> Op. Cit., T II, p 158.

la improvisada nación constitucional que no repitiese el *me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes Generales y extraordinarias de 1.812. Tendréislo entendido... etcétera*"<sup>502</sup>.

Atiende Galdós probablemente a que el comportamiento del pueblo madrileño ha de explicarse por lo que realmente conocía, y el sentimiento de respeto a la monarquía es más notable teniendo en cuenta que se retira sin conseguir aparentemente nada; y si bien, "cuando corrieron las voces de que era inútil esperar nada positivo hasta la mañana siguiente, un bramido de despecho circuló de un cabo a otro", esto parece mostrársele a Galdós en el sentido de ese respeto, acaso excesivo, puesto que añade por boca de Pipaón: "Gracias a que nuestro pueblo es dócil, poco exigente, humilde y conserva sentimientos de profundo respeto al Trono, en medio de sus más soeces expansiones, que si no fuera así, algo grave habría ocurrido aquella noche"<sup>503</sup>.

El desconocimiento de este decreto, dado "en la noche del 7 de Marzo"<sup>504</sup>, hubo de contribuir a la "noche de ansiedad" de que habla Miraflores<sup>505</sup>; su noticia ocasiona la "frenética algazara" de "los regocijados madrileños", cuya fiesta de celebración, descrita por Vayo<sup>506</sup>, es puntualmente reproducida por Galdós. Destaca éste, con el mismo término que Vayo, la "algazara que armaron en la Plaza Mayor al poner una lapidilla provisional, que más tarde fue sustituida por otra de mármol", los "vivas a la Constitución" y los "grupos carnalescos" que, "entre lucientes antorchas, (...) llevaban (...) el libro de la Constitución, abierto e izado en un palo", haciendo que "todo transeúnte besase el libro, previa inclinación del palo hacia el suelo" y tras "ponerse de rodillas, siendo de notar que

---

<sup>502</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1443. Este texto se halla igualmente en Vayo, *Ibíd.*, misma página.

<sup>503</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1443.

<sup>504</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., p 42.

<sup>505</sup> *Ibíd.*, p 43.

<sup>506</sup> Op. Cit., T II, p 158-159.

la mayor parte lo hacían de muy buen grado"<sup>507</sup>.

Se refleja así ese ambiente festivo, de alegría casi pueril, que suele describir la historiografía, y en el que "todo era como un juego de chiquillos", que se generaliza cuando, a la mañana siguiente, se va conociendo la promesa de jurar la Constitución hecha por Fernando VII, de modo que "el 8 fue día de júbilo, de triunfo, de algazara, de expansión incomparable. El pueblo, más niño en las buenas que en las malas, parecía haber recibido un juguete por mucho tiempo deseado. Viendo entusiasmo tan sincero, ¿quien creería que bien pronto el muñeco había de ser hecho pedazos por las mismas manos que entonces lo recibían!".

Con el cambio político que la Constitución representa, parecía que "todo estaba consumado; triunfante la revolución; (...) la cabeza era pie, y el pie cabeza; la soberanía del pueblo (...) había subido al majestuoso cénit del Estado, echando de allí a la soberanía Real para ponerla debajo". Pero estos cambios políticos se engarzan en otros más lentos y menos estridentes, según explica Galdós al concluir: "la gran jugarreta que hacen los siglos a los siglos estaba consumada, y el hoy había triunfado sobre el ayer"<sup>508</sup>.

De este modo, el cambio prometido se extiende de lo político a otros aspectos, sociales fundamentalmente, cuyo tratamiento deja para un capítulo posterior, ocupándose por el momento de seguir el hilo de los hechos en Madrid, reviviendo ante sus lectores la pugna del "pueblo" por recuperar su soberanía frente al Rey.

Como si quisiera dejar clara su opinión sobre los motivos de Fernando VII para acceder a los deseos, más bien exigencias, del pueblo movilizado, indica ya que, con sus promesas, "el Monarca de derecho divino, (...) se había prosternado moralmente"; pero, sobre todo, inicia el capítulo siguiente con dos palabras significativas que explican este hecho: "**¡Cobardía y debilidad!...**"; y añade con expresión propia de Pipaón: "pero a mí no me importaba averiguar los sentimientos que dictaron aquella resolución"<sup>509</sup>.

---

<sup>507</sup> "La segunda casaca". Cit., p. 1443.

<sup>508</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1443.

<sup>509</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1443. La negrilla es nuestra.



Queda claro así que, en opinión de Galdós, la postura de Fernando VII viene forzada por la presión de la sublevación, que en Madrid se convierte con sus promesas en "una fiesta nacional, un desbordamiento de alegría", no menos significativo que la sublevación de los deseos de cambio<sup>510</sup>.

Es la misma alegría que Mesonero Romanos recuerda asociada en Madrid al decreto de 7 de marzo, y que debe corresponder a esta misma manifestación del día 8, aunque Mesonero la sitúa en el 7, puesto que el decreto citado se publicó en Gaceta extraordinaria de la noche entre el 7 y 8, con lo que sólo tras ella pudo su difusión dar lugar a que, según dice Mesonero, se lanzaran "a la calle con un alborozo, una satisfacción indescriptible, todas las personas que representaban la parte más culta y acomodada de la población: grandes y títulos de Castilla, oficiales generales y subalternos, opulentos propietarios, banqueros y todo el comercio en general, abogados, médicos y hombres de ilustración y de ciencia; todas las clases, en fin, superiores y medias, del vecindario confundíanse -dice- en armoniosos grupos, abrazándose y dándose mil parabienes, y sin lanzar gritos ni mucho menos denuestos contra lo pasado, confundíanse en un inmenso y profundo sentimiento de patriótica satisfacción (...); y si las clases más humildes de la población, los menestrales y artesanos, brillaban ahora por su ausencia -porque aún no habían comprendido la importancia de tamaño acontecimiento-, también por otro lado veíase libre la sensata y patriótica manifestación, de las turbas aviesas y desbordadas, que tampoco habían acudido, porque nadie las había llamado a ganar un jornal o echar un trago, y en realidad, porque ninguna falta hacían"<sup>511</sup>.

Es notable el grado de espontaneidad que Mesonero atribuye a esta manifestación de

---

<sup>510</sup> Esto es atestiguado por coetáneos de todo signo político. Junto a lo ya dicho por Miraflores, Vayo y otros, F. Martínez de la Rosa asegura que "La nueva de haber jurado el Rey la Constitución, difundida por todo el Reino, causó una alegría general y sincera" ("El espíritu del siglo", Cit., p 342); y el mismo Fernando Fernández de Córdova, tras manifestar que sus "opiniones políticas" eran "desde pequeño (...) muy realistas", afirma: "Forzoso es convenir, (...) que el restablecimiento del régimen constitucional en aquel año fue acogido en los primeros momentos con efusión y alegría por la mayoría de los españoles", "Mis memorias íntimas". (Con Ed. y estudio preliminar por Miguel Artola Gallego). Atlas, Madrid, 1966, T I, p 16.)

<sup>511</sup> MESONERO ROMANOS, R. de. "Memorias de un setentón". (Reedición de Tebas) Madrid, 1975, p 177/178.

alegría ante la promesa de jurar la Constitución por Fernando VII y, asimismo, su limitación a "la parte más culta y acomodada de la población" madrileña, que se le muestra concienciada por contraposición a "las clases más humildes (...) menestrales y artesanos", cuya ausencia se explica porque no comprendían la importancia del hecho. Mesonero parece lamentar la ausencia de estos "menestrales y artesanos", pero, a la vez, celebra que **"también"** se veía libre la manifestación "de las turbas aviesas y desbordadas", que no parece identificar totalmente con ellos a juzgar por ese **"tampoco habían acudido"**, que parece indicar distinción (no estaban ni unos ni otras), aunque ambos queden situados en las clases más humildes y coincidan en muchos casos.

Galdós señala, como Mesonero, que no se registran actos violentos, pero, generaliza la participación a todos los sectores de la población madrileña, incluso a la corriente del tumulto y a la población artesanal, aunque cuidándose de indicar que en aquella sociedad había muchos individuos sin una opinión política consciente: al unirse al jolgorio "¡la mayor parte no sabía por qué!. Se alegraban por el gozo extraño". En opinión de Galdós la fiesta estaba allí y su motivo central estaba claro, aunque del entusiasmo había que descontar esa adhesión popular a cierto carácter como oficial y de acontecimiento local que presenciar, que asemejaban el ambiente al de otras fiestas producidas por hechos de distinto signo: "En todos los balcones pendían cortinas, las famosas y eternas apolilladas guirindolas que habían festejado la primera entrada de Fernando en abril del año 8, la entrada de Wellington después de Arapiles, la proclamación de la Constitución en agosto del 12 y su caída en mayo del 13, [No sé porque motivo Galdós cambia por estas las fechas de marzo del año 8, marzo del 12 y mayo del 14] la segunda arrebatadora entrada del ídolo al volver de Valencey (Sic), la entrada de Isabel, que había pasado por el Trono como una sombra simpática y bienhechora, y la de Amalia, que, rosario en mano, sustituyó a Isabel. Las cortinas se iban ya poniendo algo viejas. ¿Qué dirían ellas de tantas y tan repetidas ventilaciones como recibían por distintos motivos?"<sup>512</sup>.

La fiesta tiene un aspecto externo indiscriminado, aunque con clara significación interna,

---

<sup>512</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1444.

que cada cual interpreta subjetivamente según sus propios intereses y valores, tal como expresa Galdós en una pirueta jocosa: "Lozano de Torres hubiera creído que la reina estaba de parto"<sup>513</sup>.

Es una fiesta a la que intentan acercarse todos los madrileños, según señala Galdós, con expresión aplicable a tantos otros momentos históricos de su época, cuando Pipaón refiere que ese día 8 "los absolutistas, buscando el modo más decoroso de elogiar la revolución, decían": "Es preciso confesar que se ha hecho muy bien; ni una gota de sangre, ni un atropello. En verdad que no me asusta la revolución. Yo pensé que era otra cosa"<sup>514</sup>.

De manera semejante a Lozano de Torres trataban de aprovechar el hecho, unos para conservar su situación, otros para medrar, según personal interpretación de Pipaón, a cuyo juicio, "todavía falta lo mejor (...) Se ha de nombrar una Junta, Ayuntamiento, autoridades, cualesquiera que ellas sean. Si no acudimos en el primer momento de la marejada, si no metemos ruido y nos ponemos en primer lugar, es fácil que nos quedemos fuera"; a lo cual responde Monsalud: "no quiero ser autoridad", representando así la postura de quienes luchan desinteresadamente desde *la base* por la Revolución, por considerarla un bien para la sociedad. Esto, tan importante en el mensaje de Galdós a sus lectores, no cabe en la cabeza de Pipaón, que acierta, sin embargo, dado el simbolismo de Jenara, al atribuirlo a que Monsalud es un "hombre enamorado, que no piensa más que en su dama", y que, por su parte, se muestra enmascarado bajo la noble bandera del quehacer político que aconseja: "Salvador, ten juicio, sé al fin un verdadero y grave hombre político, un hombre de orden, un padre de la Patria, un sostén del Estado...", provocando la risa de Monsalud, que cala su intención y se va sin hacer caso de sus consejos sobre

---

<sup>513</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1444. La preocupación por los embarazos y partos de las esposas de Fernando VII (que al final moriría sin sucesión masculina, dando ocasión a las guerras carlistas y a su proyección en la formación del Estado liberal), es motivo constante de mofa para Galdós, singularmente en lo que se refiere a Lozano de Torres, que con ello, según se ha indicado en textos de Galdós y de Mesonero, parece encontrar especial ocasión para su constante adulación al Monarca. MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón" Cit. p 169-170 y PEREZ GALDOS, B.: "La segunda casaca" Cit. p 1370.

<sup>514</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1444.

destinos y venganzas<sup>515</sup>.

Hay, pues, en el "pueblo" reunido distintos móviles, pero el efecto común es la presión ejercida para que el Rey sancionase la Revolución. Estas "demostraciones populares" se continúan por la tarde y parte de la noche del día 8, porque "el Rey había prometido jurar; pero no juraba, ni se nombraba nuevo Gobierno, ni siquiera Ayuntamiento nuevo. Estábamos -dice Pipaón- a merced de un golpe de mano, y si el Ejército había dado al país la libertad, el Ejército podía quitársela de la noche a la mañana"<sup>516</sup>.

En estas circunstancias cobra especial importancia la acción mantenida del pueblo madrileño. Su influencia en la decisión del Rey había de repercutir en provincias, algunas de cuyas ciudades veían combatida la inicial proclamación de la Constitución del 12; y en estas, como en las que aún no se habían manifestado, se encontraban pendientes de la postura del Monarca. De ahí la urgencia por forzar una decisión Real que dispusiera la sustitución de unas instituciones por otras, cosa que al fin se conseguiría el día nueve, acaso por la actitud impaciente y amenazante que Galdós presenta tan a lo vivo en su texto:

"Amaneció el día 9, el gran día. El pueblo, aguijoneado por quien sabía hacerlo (,) se reunió en los alrededores de Palacio, puso su planta en la puerta y dijo que quería entrar. La guardia callaba y dejaba hacer. El pueblo entró en el patio grande y se paseó de un extremo a otro, dando gritos y entonando las canciones de aquellos días. Por los vidrios de la galería alta asomaban las caras pálidas de medrosas damas y tímidos palaciegos que preveían un desastre. Cansado de esperar en el patio, el importuno visitante bramaba de impaciencia. Era aquélla una visita que no se hace todos los días, y como cosa nueva carecía de reglas de etiqueta. El pueblo, pues, anhelaba subir antes de que se lo mandasen, o antes de que le echaran a la calle. El amo de la casa, sintiendo desde su gabinete el resoplido del animal que tan descortésmente quería penetrar hasta él, se sentaba y se levantaba, reía y bufaba, y a ratos pálido, a ratos rojo, a todos dirigía preguntas. Hubiera deseado que su mirada fuese un rayo que desde arriba, traspasando las paredes, cayese

---

<sup>515</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1444-1445.

<sup>516</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1445.

sobre la bestia y la aniquilara.

"Al mismo tiempo, el amo de la casa forjaba proyectos de venganza y estudiaba un papel, papel difícil que rara vez se desempeña bien ante el peligro. No es lo mismo recibir al Cuerpo diplomático, entre sonrisas de oficio y estudiadas fórmulas, que recibir al pueblo entre rugidos.

"Fernando no se atrevía a formular el terrible *que pase adelante*. Pero el pueblo parecía dispuesto a colarse sin que se lo mandaran. Inquietos, pero decididos, los de abajo; inquieto y vacilante el de arriba, no era fácil prever en qué iba a parar aquello. ¡Si hubiera habido un batallón de la Guardia dispuesto a desafiar las navajas...! Pero los emperejilados guardadores de la Real persona se mantenían tiesos y hermosos, empuñando las armas como empuñaban sus palitos blancos las figuras del *tío Mano de Mortero*.

"Por último, todos tomaron una resolución: los de abajo y el de arriba. La visita quería posesionarse del estrado; el señor había dispuesto enviar un mensaje a los del patio, rogándoles y prometiendo. Estos habían nombrado una comisión. La comisión y los mensajeros del Rey se encontraron en la escalera. Allí hubo expresiones benévolas, un cambio feliz de sentimientos conciliadores, y el asunto empezó a tomar aspecto risueño. Subieron, al fin, los comisionados, que eran seis, y al poco rato bajaron con la noticia de que Su Majestad había mandado al marqués de Miraflores que estableciese el Ayuntamiento del año 14"<sup>517</sup>.

Queda claro, pues, que Fernando VII resistió hasta el último momento antes de dar paso claro al cambio, aunque ya lo hubiera prometido. Sólo aterrado ante la inminente subida del pueblo a Palacio, sin que la Guardia se mostrase dispuesta a impedirlo -acaso evocando la toma de las Tullerías, como tantos otros paralelismos que con el Capeto francés suele señalar Galdós,- ordenó que se constituyese dicho Ayuntamiento. Es notable que Galdós saca aquí de nuevo a colación "las figuras del *tío Mano de Mortero*", evocadas

---

<sup>517</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1445-1446. Tanto Miraflores ("Apuntes...". Cit., pp 43-44) como Vayo (Op. Cit., T II, pp 164-165) describen esta manifestación, con la ocupación de la parte baja de Palacio, la pasividad de la Guardia, el encuentro y negociación en la escalera y el encargo hecho a Miraflores, que lo fue también, según indican estos autores, al marqués de las Hormazas, luego rechazado por la multitud debido a su absolutismo y su parentesco con el general Elío.

por la Guardia Real, lo cual refuerza la idea del simbolismo que les hemos atribuido al aludir a ellas y la importancia que Galdós concede a la actitud del Ejército en la toma de aquella decisión, aunque deja claro que en Madrid los papeles se cambiaron: acción popular civil y pasividad militar<sup>518</sup>.

### 2.2.3.3. *El cambio de instituciones y personas*

Dada ya la orden, el "movimiento del pueblo tomó la dirección de la Casa de la Villa" inmediatamente entre la inevitable actividad de los *pipaones*, cuyo individuo representativo dice: "de buena gana me hubiera nombrado alcalde a mí mismo; pero yo no era del 14". Sin embargo, él -u otro de su especie- "inauguró los abrazos que entusiasmaron a la generosa muchedumbre", que también la había; él dirigía las gestiones haciéndose imprescindible con artimañas propias y se hacía notar más que nadie. Y ya allí, y preparada la lista, "Miraflores iba pronunciando los nombres de los individuos del Ayuntamiento. El pueblo aplaudía o denegaba, gritando: '¡Bien, bien!', o '¡Ese no, ése no, que es servil!' Concluido esto, dirigióse a Palacio el Ayuntamiento recién establecido, para recibir el juramento de Su Majestad, y por el tránsito todo fue bullicio, loca alegría, vivas

---

<sup>518</sup> Pensamos que, como dice R. Carr, el Rey "ya se había echado en brazos del ejército y las guarniciones de provincias"; prueba de ello son sus concesiones anteriores a estos actos; pero si, como dice R. Carr, "la muchedumbre (...) de ciudadanos respetables (...) no fue (...) grupo de presión organizado que obligó a la Corona a transformarse en liberal, a aceptar la Constitución de 1812, a nombrar un ayuntamiento liberal y una junta para supervisar la instauración de la Constitución" (R. Carr: "España 1808-1939". Ariel. Barcelona, 1970, p 136), puede que fuera presión que contribuyó a dar mayor alcance a las concesiones y a evitar con sus urgencias peligrosas dilaciones, presentando una imagen popular que pudo temerse reproducida en otros lugares de provincias. Quizá no esté de más recordar en este sentido que en Zaragoza, por ejemplo, se dice haber proclamado la Constitución "instados por **todo el pueblo** -negrilla nuestra- y la guarnición" (Cfr. la "Copia del acta original" levantada por los representantes de las principales instituciones locales, reunidos con este motivo, el día "5 de Marzo", y recogida, como Doc. N° XII, en MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., T I, pp 73-74; y que en Barcelona, según *certifica* "D. Francisco Javier de Castaños" -que era "Capitán general del Ejército y Principado de Cataluña" y dice haber *trabajado* "para evitar que el contagio revolucionario penetrase" allí-, se produjo un "**amotinamiento popular**" ante el que "convoqué -escribe- al Real Palacio en que habitaba a todas las Corporaciones y Autoridades, (...) más el **pueblo no permitió deliberásemos**; se apoderó de todas las habitaciones del Palacio y **dispuso cuanto consideró conveniente**, porque no se podía contar con la tropa para oponer resistencia". Certificado expedido "en Madrid a 28 de diciembre de 1824" y recogido en "Memorias de los años 1814 y 1820 al 24, escritos por el Teniente general Excmo. señor don Francisco de Copons y Navia", Cit., pp 120-122. Sin negrilla en el original. Parece, pues, que en Barcelona se reproduce esa acción popular y pasividad militar que destacábamos en Madrid.

roncos, embriaguez indescriptible. Poco después, Madrid entero sabía que Fernando VII había jurado la Constitución"<sup>519</sup>.

Galdós parece eludir aquí la cuestión de ante quién juró el Rey, aunque dando a entender que "el juramento de Su Majestad" se realizó ante el Ayuntamiento recién constituido, pues no cita la presencia de la "Junta provisional consultiva" que "el mismo día 9 nombró Su Majestad", según apunta poco después<sup>520</sup>. Sus dudas son comprensibles, porque, frente a lo dicho, Mesonero Romanos -adelantando de nuevo un día- afirma: "Durante todo el siguiente día 8, como la impaciencia del pueblo porque el Rey jurase inmediatamente la Constitución era grande, se publicó el nombramiento de una Junta provisional consultiva de Gobierno, compuesta del cardenal arzobispo de Toledo, presidente; el general Ballesteros, el obispo de Mechoacán, Abad y Queipo, los señores Lardizábal, Valdemoros, Tarrius, Crespo de Tejada, Conde de Taboada, Pezuela (don Ignacio) y don Vicente Sancho; se arregló provisionalmente también un Ministerio mientras que se elegía el definitivo y se nombró jefe político de Madrid al señor de Rubianes, grande de España, y a don Gaspar Vigodet capitán general de Castilla la Nueva. Señalóse, en fin, el siguiente día 9 para el acto solemne del juramento del Rey a la Constitución, que tuvo efecto a las seis de la tarde de aquel día en el salón de Embajadores del Real Palacio, jurando el Rey en manos del cardenal arzobispo de Toledo, presidente de la Junta Consultiva, y en presencia de ésta, del Ayuntamiento y demás autoridades"<sup>521</sup>.

Parece claro que en la memoria de Mesonero hay un error de fecha (entre 8 y 9), o confusión del anuncio con el nombramiento de la Junta, pues, además de los citados antes, el marqués de Miraflores, protagonista de estos hechos, sitúa -como Galdós- en "el 9 de Marzo" tanto la instalación del Ayuntamiento constitucional de 1814 como la formación

---

<sup>519</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1446.

<sup>520</sup> Ello es conforme con lo dicho por Quintana, en cuya segunda de las "Cartas a lord Holland" (Ed. Cit., p 542) -citadas por Galdós en otros lugares- se lee: "Al juramento constitucional del Rey se siguió la formación de la Junta Provisional". Lo es también con Vayo, que primero se refiere a la jura del Rey ante "el ayuntamiento en cuerpo y los comisionados del pueblo" y luego añade: "Nombró igualmente el rey, a instancia de los presentes, una junta provisional consultiva" (Op. Cit., T II, p 165.).

<sup>521</sup> "Memorias de un setentón" Cit. p 180-181.

de la llamada "Junta Provisional Consultiva" y ésta es, también, la fecha del documento "Nº XX" de los recogidos por Miraflores con sus "Apuntes...", en el que se decreta la formación de esta Junta<sup>522</sup>.

Pero Mesonero puede tener razón al indicar que el Rey juró "en manos del (...) presidente de la Junta Consultiva" además de en presencia "del Ayuntamiento", aunque a éste suele atribuirse el principal protagonismo. Este protagonismo es destacado por Miraflores al titular su referencia al hecho como "Juramento de la Constitución del Rey ante el Ayuntamiento" y al decir que vio al Rey prestar "juramento de la Constitución ante el Ayuntamiento," aunque añade: "y ante unos cuantos que se llamaban Diputados del pueblo". "Diputados" que son aludidos nuevamente por Miraflores cuando dice: "Nosotros presenciemos este acto (...): el Rey juró, debajo de su Trono, la Constitución en manos de personas sin carácter y sin representación, y delante de cinco o seis desconocidos, que se llamaban representantes del pueblo". Podría pensarse que éstos *representantes* eran miembros de la Junta, pero, como hemos visto, Vayo dice que con el Ayuntamiento había unos "comisionados del pueblo" antes de ser nombrada dicha Junta. Ello nos induce a pensar que tanto los *representantes* de que habla Miraflores como los *comisionados* aludidos por Vayo son los seis *ciudadanos* que, "como principales representantes de los revolucionarios, se presentaron en las Casas Consistoriales" y acompañaron al Ayuntamiento, tras su *instalación tumultuaria*, en su exigencia de la Jura constitucional y otras medidas del Rey<sup>523</sup>. Con todo, ha de tenerse en cuenta que en el decreto de formación de esta Junta -Doc. "Nº XX" de Miraflores- el Rey afirma que, habiendo decidido "jurar la Constitución", había "venido en hacer el juramento interino en una Junta Provisional, compuesta de personas de la confianza del pueblo, hasta que" se reunieran las

---

<sup>522</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., pp 45-46 y "Documentos...". Cit., T I, pp 93-94.

<sup>523</sup> Cfr. *Actas Extractadas del Ayuntamiento de Madrid*. A.H.N., Estado, Leg. 3141-2. (Acta de la sesión del 9 de marzo de 1820), en que se indica que dichos *ciudadanos* "fueron don José Quintanilla, don Rafael Piqueras, don Lorenzo Morenzo (Sic), don Miguel Irazoqui, don Juan Nepomuceno González y don Isidoro Pérez". Todo ello según cita de COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 28-29 y notas 25 y 26.



Cortes<sup>524</sup>. Ello y el citado testimonio de Mesonero parece indicar que hubo representantes de ambas instituciones, aunque la premura con que exigían la jura los que venían con el Ayuntamiento no dio tiempo a que la Junta se reuniera.

Se explica, pues, que Galdós, ateniéndose a lo más representativo, y de acuerdo una vez más con Vayo<sup>525</sup>, asociase la toma de esta jura al Ayuntamiento de Madrid e ignorase la dudosa presencia de la "Junta Provisional". Hecha esta jura, la referencia a aquel cambio político se completa con la, inevitable, alusión de Galdós a ciertas disposiciones: "El 10 apareció el Manifiesto en que están las célebres palabras: *Marchemos francamente y yo el primero, por la senda constitucional*. El 14 dió don Carlos su programa al Ejército, congratulándose del juramento de la Constitución. El mismo día 9 nombró Su Majestad la Junta provisional consultiva que debía suplir al Ministerio mientras este se formaba"<sup>526</sup>.

Realizados estos cambios en el Gobierno central y dispuesto el cambio de otras instituciones políticas, podría haber quienes, como Pipaón, considerasen que "ya todo estaba hecho". Cambiadas dichas instituciones, y sobre todo las personas, Pipaón, bien colocado gracias a su amistad con los miembros de la Junta, se siente, según dice, tan embargado de alegría que no puede continuar sus Memorias y se lanza a aprovechar la "nueva era (...), vasto campo a la actividad de los hombres listos", que, como él, sabrían encaramarse "dentro de la Revolución a puestos tan altos como (...) dentro del absolutismo".

Esta capacidad mimética le permitió, según hace notar Galdós, estar "largo tiempo (...) en gracia con la Libertad", consiguiendo de ella que fuera la "matrona más

---

<sup>524</sup> MIRAFLORES, M. de: Op. y lugar citados.

<sup>525</sup> Op. Cit., T II, p 165.

<sup>526</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1446-1447. Desconocemos por qué Galdós reduce la finalidad de esta Junta Provisional a "suplir al Ministerio mientras éste se formaba". Junta y Gobierno parecen compartir la dirección de la política hasta que el 9 de Julio se abrieron las Cortes; y en el Decreto del 9 de Marzo sobre su creación se disponía, además de lo relativo a la Jura, que "Todas las providencias que emanen del Gobierno, hasta la instalación Constitucional (Sic) de las Cortes, serán consultadas con esta Junta, y se publicarán con su acuerdo". Cfr. MIRAFLORES, M. de: "Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes...", Cit., T I, pp 93-94. No alude tampoco Galdós a la desconfiada tutela que para el Rey representaba esta Junta, según indican Miraflores ("Apuntes...", Cit., p 46) y Martínez de la Rosa ("El espíritu del siglo", Cit., T VII, p 357).

condescendiente" y haciendo "lo posible por ponerle una venda en los ojos para que nada viese y renunciase a la fatal manía de innovar, que era su flaco". De este modo, "en muchísimas cosas del Gobierno apenas se conocía su existencia" (de la Libertad), y la especie de Pipaón recuperó su influencia en Palacio, ya que, "Su Majestad -cuenta ufano- me mandó asistir a sus tertulias. El pobrecito -asegura- no podía pasarse sin mi"<sup>527</sup>.

#### ***2.2.3.4. Expresión simbólica de la dificultad implicada por la revolución pendiente***

Concluidas con las anteriores palabras las Memorias de Pipaón, Galdós añade otros tres capítulos, contados "por cuenta propia", y cargados de simbolismos, en los que, mediante el plano novelesco, señala otras facetas que conlleva el proceso y que se manifiestan ya "el 8 de marzo, uno de los tres días de bulliciosa huelga que sirvieron de introito a la Revolución"<sup>528</sup>.

Se refleja en ellos, por una parte, la difícil extensión de la revolución o cambio institucional realizado en Madrid a ciertos medios rurales, como los representados por los Baraona y los Garrote, en los que no sería aceptada su vigencia ni aplicación.

La dificultad se presenta como un choque de conjunto entre dos concepciones del orden social, entre lo viejo y lo nuevo, representados respectivamente por el anciano absolutista don Miguel de Baraona y la muchedumbre revolucionaria que se manifiesta en Madrid, el día ocho de marzo, cuando aquél encuentra la calle obstruida y no pudiendo abrirse paso, estalla indignado: "estas borricadas existen porque no hay un rey que tenga calzones". A partir de ahí, forcejeando con aquella "pared de carne", provoca a los revolucionarios con algunos insultos y expresiones que vienen a reflejar sus motivos para resistirse al cambio.

En primer lugar, y en relación básica con los demás, parece destacarse el aspecto religioso. De ahí que, cuando por sus insultos recibe algunos golpes, se resigna porque "de este modo -dice- abofetearon a Cristo"; dando por supuesto, maniqueamente, que los revolucionarios son herejes o ateos, aunque sean tan católicos como él. Es más, desprecia

---

<sup>527</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1446-1447.

<sup>528</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1447.

y rechaza incrédulo la "misericordia" de algunos manifestantes que intentaban ayudarle, porque, a su juicio, tal sentimiento no es propio de quienes, por ser revolucionarios, son los malos y los equivocados, según expresa al decirles: "Si no insultárais, si no escupiérais, si no deshonrárais, si no rebuznárais, no seríais lo que sois: masones, revolucionarios, ateos, jacobinos"; mostrando así que la fuerza de sus prejuicios es superior a la de su propia observación de la realidad.

Además, con la visión teocrática propia del absolutismo que representa, asocia, según se ha dicho, lo religioso con lo político y lo social. De ahí que, ante los intentos de ayudarle, "Aparta tus manos de mí -repuso con desprecio- y ve a coger las tijeras, sastre. No abras tu boca para hablarme, y ve a machacar la suela, zapatero. No me toques y ve a espumar los pucheros, pinche. Soy un caballero. Señores sastres, zapateros, pinches y albéitares, que hacéis revoluciones, y quitáis al Rey sus derechos, y enmendáis la obra de Dios, buscad para vuestra miserable obra un reino que no sea este Reino de España, esta tierra de caballeros, de santos, de soldados... ¡Cómo se reían al oírle!"<sup>529</sup>.

Ahí están las razones de fondo del absolutismo defendido por Baraona frente a la revolución: en lo social se refleja una resistencia de signo estamental, puesto que él se cree de superior rango y, anclado en su mentalidad, se muestra ofendido por la familiaridad de unas gentes que sigue considerando inferiores, dada su anteriormente "indigna" función social, por más que se proclamase la igualdad substancial de los hombres y la dignidad del trabajo manual.

Galdós refleja así que, pese a la revolución oficial, esta mentalidad persiste; y su lento cambio exige tiempo, además de las disposiciones legales que lo propician. Pero también se muestra que el proceso está iniciado, puesto que, en Madrid, los despreciados por él "se reían al oírle".

En lo político, Baraona les condena por quitar "al Rey sus derechos", según estima que se hacía en la Constitución de 1812 al recortar sus competencias y sustituir su soberanía por la de la Nación.

---

<sup>529</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1448.

Pero el fundamento de su rechazo en uno y otro caso es que con ello pretenden enmendar "la obra de Dios", que, según él, había dado su poder al Rey y ordenado la sociedad como estaba. Este es el fundamento de la inamovilidad de sus principios y, en parte, del respeto por sus mayores y por la tradición, que viene a servir a la vez de refuerzo al incorporar el valor de lo conocido y sentido desde siempre como parte substancial del propio ordenamiento y ser social. De ahí que España debería seguir siendo "tierra de caballeros, de santos, de soldados..." o resultaría degradada, manchada por quienes, "imbéciles", pretendían cambiarla con la revolución, que, a sus ojos, sería hacer "un estercolero con las banderas gloriosas, con los laureles, con las coronas de santos y reyes".

Quienes esto intentaban eran "imbéciles" y malos, porque con ello "el Demonio estará contento". De ahí que, como quien resume, les dice: "Poned la Historia toda bajo vuestras patas y bailad encima acompañados del Cabrón. El Infierno triunfa"<sup>530</sup>.

Esta andanada, rematada con "una carcajada siniestra" que sugiere cierto estado demencial, ocasiona la respuesta de algunos manifestantes que le identifican como "servil" y, compasivos o crueles, según los casos, aconsejan no hacerle daño o "colgarle de una reja de la Inquisición".

Se le asocia así, completando su imagen absolutista, a una institución homologable con tal actitud, y se introduce la referencia a ésta, porque "en aquel instante todas las miradas se fijaron en un edificio" que "era la Inquisición de Corte", situada en "el número 4 de la calle de Isabel la Católica"<sup>531</sup>. Los balcones -señala Galdós al ocuparse de este típico elemento del régimen caído- "estaban llenos de paisanos" y entre "el general bramido de triunfo e impaciencia", reflejo de los sentimientos que despertaba en el gentío reunido allí para liquidarla cuanto antes, uno de ellos "arrojó una gran masa de papeles" que flotando y "llevados por el viento iban y venían como pájaros que han recobrado la libertad. Eran

---

<sup>530</sup> "La segunda casaca". Cit. pp 1448-1449.

<sup>531</sup> Antes llamada de la Inquisición, según R. de Mesonero Romanos: "Memorias de un setentón". Cit. p 179. y según Galdós: "El Grande Oriente". Cit., p 1517.

las causas de la Inquisición. El pueblo soberano estaba inventariando a su modo el archivo"<sup>532</sup>.

Estos hechos se sitúan en el día 8 de marzo, antes de que la Inquisición fuera oficialmente suprimida el día 9<sup>533</sup>, con lo cual resulta más destacada la repulsa que los allí reunidos sentían por ella, a pesar de que, según se ha dicho, esto parece deberse a la imagen que, *de oídas*, tenían.

Aquel día, según cuenta Galdós, encontraron con sorpresa los calabozos vacíos, liberando a "tres personajes, nada flacos ni extenuados", que "eran los únicos presos", y que "se encontraban en el piso alto del edificio: uno de ellos, don Luis Ducós, rector de Hospitalarios". Llevándolos en hombros, entre "vivas a la Libertad", se dirigieron hacia el "edificio de la Suprema", en la calle "de Torija", con lo que se hace notar la existencia de dos edificios distintos, el de la "Inquisición de Corte" y el de "la Suprema", y, a la vez, el contraste de ambas con aquella "procesión" en que se daban vivas a la Libertad"<sup>534</sup>.

Al llegar a este punto, con el cambio institucional realizado, con el cambio de mentalidad iniciado, con la Inquisición suprimida, parecía haber posibilidad de que la revolución se extendiera y consolidase; pero Galdós muestra que -como bien se sabía en su época- no cabía hacerse demasiadas ilusiones, porque las resistencias eran formidables. No se trataba sólo de esa apatía y modorra rurales, que ni era favorable ni contraria y que habría de irse superando, sino de ese frente, también localizado en "los pueblos del campo y las pequeñas ciudades" fundamentalmente, representado por los Baraona y los Garrote, con los que se va a producir el personal y simbólico choque de Monsalud, como un eco novelesco de los sucesos históricos.

Así se muestra cuando Carlos Garrote encuentra en su casa, con la sorpresa de quien "ve

<sup>532</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1449.

<sup>533</sup> El correspondiente Decreto se halla reproducido en MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., T I, p 93.

<sup>534</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1449. La aclaración pudo ser sugerida a Galdós por Van Halen, que, al referirse a la "Inquisición de Corte", indica en una nota a pie de página: "Hay en Madrid además de la Inquisición de corte el consejo llamado de la Suprema presidido por el inquisidor mayor y cuya casa está en la calle de Torija, cerca de Palacio". VAN HALEN, J.: "Memorias", (Ed. 1827), Cit., p 81.

lo imposible", a Monsalud -que había ido a llevar al maltrecho Baraona- y, a petición de sus amigos, que dicen temer la denuncia de su actitud rebelde ante las autoridades liberales, permite a éstos que lo amordacen e inmovilicen con una gran sogá.

Al verlo atado y amordazado, Carlos Garrote lo zahiere de una forma extraña, que parece utilizada para mostrar su simbolismo y el contrasentido de que, como Revolución, esté así: Garrote se goza recordándole sus anteriores movimientos en favor de la Revolución, haciéndole notar su imposibilidad de hacerlo entonces, diciendo desear que la "masonería y el ateísmo" hubieran estado desde el principio como estaba Monsalud ahora, y con ciertas expresiones como "**¡bonita imagen de la revolución tenemos delante! (...)** ¡que emblema tan hermoso del sistema curativo de un país levantisco!"; o diciéndole que quisiera que "toda España fuera pasando (...) y viera a su revolucionario", que le gustaría exponerlo al público "como una cosa rara" y anunciándolo como "**la revolución en la sogá**". Estas alusiones al simbolismo revolucionario de Monsalud, más insistentes que en otros casos, quedan reforzadas y muy en relación con las alusiones a Jenara, de modo que, mientras Garrote se dirigía en los términos expuestos a Monsalud, haciendo planes sobre si ahorcarlo o no, sobre exponerlo o no, etc., se dice en breves intervalos, de forma reiterada y misteriosa, como suele hacer Galdós cuando quiere destacar la presencia de simbolismos, que "en aquel instante Jenara pasaba (...) Jenara volvió a pasar (...) pasó otra vez (...) pasaba otra vez", como si hubiera de contarse con ella, símbolo de la sociedad española, que esta vigilante, para los proyectos sobre Monsalud (la Revolución). Al final, después que Monsalud permaneció solo y amarrado "un plazo de difícil apreciación, distinguió **una claridad que parecía la aurora**" y vio que "alguien entraba", "más semejante a una sombra que a una persona", y que "unas manos blandas y frías tocaban su cuerpo"<sup>535</sup>.

Se trataba de que Jenara (la sociedad española), considerando injusto el trato dado a Monsalud, se decide a ayudarle cortando sus ligaduras, pero su identidad, no se manifiesta hasta que es sorprendida por su marido en el balcón diciendo a escondidas a Monsalud la

<sup>535</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1453 y 1454. Sin negrilla en el original.

forma de abrir las puertas y el camino hacia la calle. Estalla entonces la ira de Garrote, cuya violencia provoca al fin la rebeldía de Jenara: "¡Salvaje, haz de mí lo que quieras!... ¡Sabe que te aborrezco!"<sup>536</sup>.

De nuevo el comportamiento de Jenara podría ser imagen del de la sociedad española, ligada, casada con aquellos notables, cuya autoridad o dominio sólo a escondidas o con violencia había podido eludir hasta ese momento; y entonces la rotura con su marido viene a coincidir con el triunfo de la Revolución oficial y con su propio favor a Monsalud, antes perseguido, que representa a esa Revolución. Esta relación se estrecha y completa aún más, ya que, ante la acción de Jenara, Carlos soltó "una imprecación horrible" y, "en el mismo instante", la criada anuncia que "el señor se muere". Así, los símbolos del absolutismo acusan el cambio de actitud de Jenara "en el mismo instante" en que, como símbolo de la sociedad española apoya ella a la Revolución.

Sin embargo, Galdós deja bien claro, según se apuntaba antes, que esto es sólo una fase del drama, que la victoria efectiva del orden revolucionario queda condicionada desde su nacimiento por la postura de estos notables, representados por Carlos Garrote cuando, antes de decidir atarlo y retenerlo, dice a Monsalud, entre despectivo y desafiante: "vete y di a los revolucionarios que mañana salimos para Navarra a levantar partidas". Y, cuando al fin le retiene para que no pueda frustrar sus planes, atribuye la presencia de Monsalud en su casa al deseo de vigilarla: "sabías que aquí se conspiraba... sabías que aquí nos reuníamos en estos días algunos hombres del partido del Rey"<sup>537</sup>.

Resulta, pues, que la lucha sigue en pie; que, desde el momento mismo en que se anuncia la revolución, se estaban reuniendo en Madrid algunos cortesanos y "hombres del partido del Rey" -que no parece serlo de todos-, según ya había observado Pipaón refiriéndose a la entrada de Eguía, el Marqués de Mataflorida y Alagón "en casa de Garrote" y suponiendo que "traman algo". Además, "mañana" -el mismo día de la jura de la Constitución de 1812-, dice Garrote que irán a "Navarra a levantar partidas", con lo que

---

<sup>536</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1455 y 1456.

<sup>537</sup> "La segunda casaca" Cit. p 1454.

la acción contrarrevolucionaria se inicia ya, aunque Fernando VII no la apoyase todavía. Es notable, por otra parte, que también Monsalud había anunciado a Pipaón su deseo de recoger a su madre, a la que supone libre ya de la Inquisición de Logroño, e irse "mañana" a la Puebla de Arganzón (Alava), con lo que se tiene la impresión de que la lucha por la Revolución se traslada entonces a los pueblos del Norte, donde, según sabía Galdós, no llegarían fácilmente las decisiones del Gobierno central hasta que, después de 1844, la Guardia Civil y las carreteras los acercaran a Madrid.

Esta larga lucha está en el centro de la obra de Galdós, cuya posición, claramente liberal, no excluye cierta comprensión del otro bando. De ahí que, en el trágico ambiente creado en casa de Garrote con la presencia del moribundo Baraona, arrollado simbólicamente por los hechos de la Revolución el mismo día en que cae el Antiguo Régimen, se desarrolle esa escena, llena de dramatismo, que refleja la hondura y violencia del enfrentamiento y, a la vez, la honradez de los enfrentados.

En ese momento de sinceridad, el fanático Baraona aparece dignificado por su innegable autenticidad y por su deseo de ser justo cuando, entre otras cosas, dice: "muero en Dios, muero proclamando la justicia y la Ley. Sed buenos". Y Carlos Garrote, con sus compañeros Oricaín y Zugarramurdi, juran repetidamente, a petición del moribundo, ante él y ante el crucifijo, luchar hasta la muerte por la "defensa de los buenos principios de la justicia, de la ley de Dios"<sup>538</sup>.

Esta jura, por la que se comprometen a luchar "hasta la última gota" de su sangre o hasta "acabar con todos ellos" (con los revolucionarios), se contrapone claramente por su contenido, por su trágico tremendismo y quizá también por su sinceridad, con la que, ese mismo día, hace el Rey en acatamiento de la Constitución de 1812, según se recuerda al

---

<sup>538</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1456. Ello, no obstante, Galdós parece insinuar cierto desvarío en esa ancestral visión de la *ley de Dios*, a cuya particular interpretación asocia los significativos nombres del ya conocido absolutista y fanático Garrote y de Zugarramurdi, que, según destaca Pío Baroja en "La dama de Urtubi", lo es también del más conocido núcleo de brujería vasca. Núcleo cuya raigambre en la superstición local señala este autor diciendo que "lo más curioso es que muchos centros de brujería estaban en las iglesias. La iglesia de Urdax, la de San Juan de Luz, la capilla del Espíritu Santo, del monte Larrum, y otros establecimientos religiosos -añade-, eran focos de brujería". En BAROJA, Pío: "Cuentos". Madrid, Alianza, 1984, pp 193-234, especialmente p 195. Ver también sobre esta importancia y significado de Zugarramurdi CARO BAROJA, Julio: "Las Brujas y su Mundo". Madrid, Alianza, 1993.



oirse en la calle el grito de "¡Viva el pueblo! ¡Viva la Libertad!", mientras Jenara cierra los ojos de Baraona, que acaba de morir -como el absolutismo moría en la calle con esos gritos-; y, como respuesta, Garrote y sus dos amigos, juntando "espontánea e instintivamente sus manos, y alzando con insolente soberbia la cabeza gritaron: ¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión!"<sup>539</sup>.

El Episodio termina, pues, destacando, una vez más, lo difícil que se anunciaba la vida de la Constitución recién jurada y la conciliación bajo ella de unos y otros, cosa que tanto lamenta Galdós al escribirlo, en 1875-1876, durante la 3ª guerra carlista, cuyo germen, como el de las partidas realistas del Trienio, estaba en parte allí representado.

---

<sup>539</sup> "La segunda casaca" Cit. pp 1456 y 1457. Son una jura y escena en las que Galdós parece mostrar un fanatismo tan rechazable -y tan honrado-, (aunque de signo contrario) como el atribuido en otros casos a los revolucionarios, del cual pudo ver un ejemplo en el descrito por Alcalá Galiano al referirse a la "reunión solemne" en que, a petición suya, algunos conspiradores de Cádiz juraron, en junio de 1819, con fervor y gesto semejante, y en "escena tremenda, preñada de males futuros", luchar por la Revolución. "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 102-103 y "Memorias", Ibidem, p 466.

**ABRIR CAPÍTULO 3 VOL. I**





**ABRIR CAPÍTULO 2 VOL I**

### 3. LA PUTREFACCION DEL SISTEMA CONSTITUCIONAL

#### 3.0. CONSIDERACIONES PREVIAS

La legalidad constitucional establecida el día 9 de marzo de 1820 se mantiene sólo hasta el 1 de octubre de 1823, fecha en que, nuevamente, se vuelve al absolutismo. Es el mal llamado Trienio Constitucional, cuya brevedad y agitación parece asociar Galdós a tres elementos fundamentales:

- **las sociedades patrióticas** (secretas o públicas), cuya acción disolvente -a la par que *formadora*- muestra en "El Grande Oriente" y en "La Fontana de Oro";
- **el absolutismo del Rey**, de su guardia y de otros grupos españoles, reflejado especialmente en el "7 de Julio"; y que en el drama "La fiera" se conjuga con los otros dos elementos;
- **las potencias extranjeras**, cuya intervención se refleja a su vez, especialmente, en "Los Cien mil Hijos de San Luis".

Son los mismos tres factores, uno endógeno y dos exógenos, a que su amigo *Clarín* atribuirá la ruina del liberalismo en el Trienio cuando se refiere, en un discurso de 1886, a dichas sociedades: "...en cuanto a la España de aquel tiempo -dice-, no cabe duda que causaron graves males al país y que fueron una de las principales causas de la ruina del

sistema constitucional, puesto que fueron el principal motivo, primero del poco prestigio, de la poca fuerza en el poder, de la falta de iniciativa de los hombres de Estado en aquel tiempo; y, además, causa de las divisiones que van apareciendo ya en los mismos partidos constitucionales.

"Es decir, -continúa *Clarín*- causas de aquello que era la **podredumbre interior**, de aquello que no era influencia exterior, influencia del **absolutismo** y de las **potencias extranjeras**, enemigos que estaban acechando a la Constitución, sino causas de putrefacción del mismo sistema constitucional"<sup>1</sup>.

Son tres grandes problemas del Trienio cuyos desarrollos e implicaciones muestra Galdós entrelazados en la acción durante todo ese período, pero a los que va prestando sucesiva atención especial, según el orden de dichos Episodios, en su momento más significativo.

En relación con *la podredumbre interior*, objeto central de este capítulo, tenemos que, el período comprendido entre el día 9 de marzo de 1820, en que termina la acción de "La segunda casaca", y el 5 de febrero de 1821, en que empieza la de "El Grande Oriente", sólo es tratado por Galdós mediante referencias retrospectivas. De ello resulta una crónica incompleta del año 1820, cuyos hechos anteriores a la reunión de Cortes del 9 de Julio obvia nuestro autor<sup>2</sup>. Esto no obstante, dichas referencias proporcionan una clara imagen

---

<sup>1</sup> ALAS, Leopoldo: "Alcalá Galiano. El período constitucional de 1820 a 1823. Causas de la caída del sistema constitucional.- La emigración española hasta 1823". Conferencia pronunciada en el Ateneo en el Curso 1885-1886. En "La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas". Ed. San Martín, Madrid, 1886, T II, pp 469-520, especialmente p 505.

<sup>2</sup> En su lugar podríamos remitirnos a "El Trienio Constitucional" del profesor Comellas, que desarrolla ampliamente este período, o a cualquiera de las obras que se citan luego en esta nota; pero, siquiera como puesta en situación, cabe recordar algunos de aquellos hechos: la Junta Provisional Consultiva establecida el 9 de Marzo para supervisar la política Real hasta que se reunieran las Cortes, comenzó su labor presentando al Rey varios Decretos para convocar elecciones de Ayuntamientos constitucionales, abolir la Inquisición y restablecer los jefes políticos de 1814, la libertad de Imprenta, el ministerio de la Gobernación y otras instituciones propias del régimen liberal anterior al año 1814. Rechazados los intentos de algunas Juntas provinciales que pretendían incorporar a ella sus representantes para convertirla en una Junta Suprema Central semejante a la del año 1808, sus propuestas al Rey para que se formase nuevo Gobierno con *acreditados constitucionales* culminan en la hecha el día 21 de marzo, que daría lugar al constituido en abril con Evaristo Pérez de Castro (Estado), Agustín Argüelles (Gobernación de la Península), Manuel García Herreros (Gracia Y Justicia), José Canga Argüelles (Hacienda), Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas (Guerra), Juan Jabat (Marina) y Antonio Porcel (Gobernación de Ultramar). (Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 671-673; VAYO, E. de C.: Op., Cit., T II, pp 165-179; y GIL (continúa...)

del temprano desconcierto de los poderes revolucionarios, que ya para entonces -febrero de 1821- se había hecho notar en la vida política del Trienio. Imagen que Galdós parece encontrar evocadora de las recién vividas por él y sus coetáneos durante el sexenio 1868-1874 y que, al mismo tiempo que podía contribuir a explicarlas, permitía, por su mayor distancia, ciertas críticas que hubieran sido peor asumidas respecto a los hechos de sus días.

Imagen también a la que parecen contribuir de modo especial, en el caso del Trienio, las sociedades secretas y *patrióticas*, pero junto a ellas, y en estrecha interrelación, las discordias políticas con el Rey y entre liberales -que producen un atenazamiento del Gobierno entre *exaltados* y absolutistas homologable, *grosso modo*, con el sufrido en los días de Galdós entre cantonalistas y obreristas por una parte y carlistas por otra-, la ignorancia popular y la propia dinámica revolucionaria, con importantes ecos también en la España de Galdós.

Unos y otros factores, en cuanto contribuyen a la antes aludida *putrefacción del sistema constitucional*, son objeto de apartados propios en este capítulo, pero empezamos por

## <sup>2</sup>(...continuación)

NOVALES, A.: "El Trienio Liberal". Siglo XXI, Madrid, 1989, p 8.) Este Gobierno compartiría con la Junta la dirección política de la Monarquía hasta que, el 9 de julio de 1820, se abrieron las Cortes. Estas fueron convocadas por Decreto del día 22 de marzo, tras no pocas dudas, como cortes ordinarias, si bien, dadas las especiales circunstancias en que acabaron las anteriores, se permitía -en contra de lo señalado por la Constitución de 1812- la reelección de quienes fueron diputados en ellas. El número de representantes de los territorios ultramarinos se fijó nuevamente en 30 y se adoptó el sistema de elegir suplentes entre los naturales de dichos territorios residentes en España. (Esta convocatoria, hecha por Decreto del 22 de Marzo, puede verse en MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., T I, pp 94-97, Doc. N°XXI.)

Entre otras medidas de Gobierno tomadas antes de la reunión de Cortes, suelen destacarse también la exigencia de que los españoles jurasen la Constitución bajo pena de destierro, el confinamiento de los **Persas** en varios monasterios hasta que las Cortes los juzgasen, el permiso de regreso para los afrancesados, la promoción de los caudillos militares pronunciados y el restablecimiento de la Milicia Nacional (Cfr. ARTOLA, M.: *Ibidem*, p 674; VAYO, E. de C.: Op., Cit., T II, pp 179-180.)

También en estos meses previos a la reunión de las Cortes, el Gobierno liberal hubo de hacer frente a algunos intentos absolutistas como el de Domingo Baso y José Manuel Erroz o el de la Guardia Real. Según dice Vayo, el objetivo de los Guardias parece haber sido "ofrecer al rey sus espadas para que no abriese el congreso"; Baso y Erroz tenían "por objeto estorbar la reunión de las Cortes apoderándose de la persona de Fernando en el camino de Burgos". Op., Cit., T II, p 183.). Por otra parte, el Gobierno hubo de enfrentarse a lo que los profesores Artola y P. Zabala llaman, respectivamente, "excesos demagógicos" y "demasías del liberalismo exaltado", que, "improvisando su tribuna en las llamadas **sociedades patrióticas**, (...) intentó mediatizar la autoridad de los gobernantes". (ARTOLA, M.: *Ibidem*, p 676; ZABALA, Pío: "Historia de España". Sucesores de Juan Gili, Barcelona, 1930, T V, vol. I, p 112; y VAYO, E. de C.: *Ibidem*, pp 177 y 191.) Es a partir de estos hechos, agravados al disponerse la disolución del Ejército de la Isla, cuando, según veremos, hace Galdós su seguimiento del desarrollo revolucionario.

dichas sociedades en atención a que ellas se muestran, además de elemento especialmente caracterizador de este período, caldo de cultivo de los demás.

### 3.1. MEDIATIZACION DE LOS PODERES CONSTITUCIONALES:

#### SOCIEDADES Y "CUADRILLAS POLITICAS"

La cuestión central de "El Grande Oriente" es, según se dijo, la interferencia de las sociedades secretas en el juego de los poderes constitucionales. Interferencia atribuída también a las llamadas sociedades *patrióticas*, aunque su tratamiento, hecho ya monográficamente en "La Fontana de Oro", se limita a breves alusiones en dicho Episodio. Unas y otras sociedades combinadas forman una especie de *poder fáctico* que sirve de apoyo a lo que, aludiendo al grupo directivo de las secretas, llama Alcalá Galiano *gobierno oculto*, por contraposición al *gobierno legal*<sup>3</sup>.

Inicialmente, y según la nomenclatura usual, las sociedades a que, con muy diversa extensión, se suele referir Galdós en su obra sobre el Trienio podrían clasificarse en:

- **Secretas:**

- Masones (El Grande Oriente),
- Comuneros,
- Anilleros y
- Carbonarios.

- **Patrióticas:**

- Lorencini,
- San Sebastián,
- La Fontana de Oro,
- La Cruz de Malta y
- Sociedad Landaburiana.

---

<sup>3</sup> Uno de los muchos casos en que Alcalá Galiano utiliza expresiones equivalentes puede verse en sus "Recuerdos de un anciano". O. E. Cit., T I, p 167.

Esta contraposición entre sociedades secretas y *patrióticas* carece, en principio, de lógica interna y parece resultado de la casi identificación que, en la mente popular, se hacía entonces de lo **secreto** con lo **masónico**, al menos hasta la fundación de los Comuneros<sup>4</sup>. Asociados ambos conceptos, tal contraposición resulta explicable si se tiene en cuenta que lo propiamente masónico se asocia, a su vez, a lo humano y universal, que, en cuanto es transnacional, se contrapone naturalmente a las connotaciones nacionalistas de lo patriótico.

Sin embargo, resulta evidente que tan patriótica pretendía ser la sociedad secreta de Los Comuneros como, por ejemplo, *La Fontana de Oro*, con lo que tales términos introducen cierta ambigüedad. Además, la masonería española, desarrollada, desde 1809, al socaire de la invasión francesa y de la Revolución, respondía -según destaca Galdós- a motivaciones políticas, y no menos patrióticas, en principio, que las de las otras sociedades citadas. Esta parece ser la idea de Mesonero cuando habla de "sociedades patrióticas, públicas y secretas", repitiendo luego varias veces la expresión "sociedades públicas y secretas" para referirse al conjunto de las antes aludidas<sup>5</sup>.

También Vayo parece preferir la, más lógica, contraposición de lo público, lo conocido, a lo secreto, puesto que se refiere a las "sociedades públicas, llamadas patrióticas"<sup>6</sup>. Sin embargo, en esta misma expresión deja claro que estas sociedades eran "**llamadas patrióticas**". Alcalá Galiano indica así mismo que "tomaron el nombre de patrióticas", aunque a veces las llama "sociedades patrióticas o públicas" cual si viera cierta ambigüedad en el primer término<sup>7</sup>.

En atención a ello y al hecho de que, también en nuestros días, el profesor Gil Novales las llama "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)" en el título de la amplia obra que les

---

<sup>4</sup> El mismo Galdós refleja esta identificación, a la vez que señala la impropiedad con que se utilizaba el término *masónico*, al señalar que en 1819 se hablaba de "una especie de masonería absolutista que se llama *La Contramina*". "La Segunda Casaca". Cit., p 1392.

<sup>5</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 191, 193, 200 y 204.

<sup>6</sup> VAYO, E. de C.: Opr. Cit., T II, p 177.

<sup>7</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". En Otras Escogidas. Altas, Madrid, 1955, (BAE) T I, pp 150 y 161.



dedica, nos inclinamos a seguir utilizando este término que, pese a lo dicho, parece ser el más comúnmente usado.

Por otra parte, de los textos de Galdós se desprende que, aunque unas y otras se distinguen claramente, las sociedades secretas y su diversa orientación no eran ya grandes misterios en la España del Trienio; e igualmente se sabía que las sociedades *patrióticas* o "*públicas*" -y autorizadas en condiciones variables a lo largo de aquellos *tres años*- se movían a veces por manejos políticos secretos<sup>8</sup>.

La capa de *patriotismo* y los manejos secretos enmascarados con ella son frecuentemente atribuidos a unas y otras por Galdós, cuya preocupación por la acción perturbadora que con ello producen -de la que nos ocuparemos en próximos apartados- no excluye la atención al gesto *patriótico* que la acompaña y que, como dicha acción, parece a veces marcado por la naturaleza y caracteres de los sujetos o sociedades que la protagonizan. De ahí, precisamente, que estas sociedades se conviertan en unos elementos de la vida española del Trienio que resulta interesante conocer en sí mismos.

### 3.1.1. Sociedades secretas

Son en la obra de Galdós las herederas del prestigio obtenido por las reuniones clandestinas que, con más o menos razón, se autoatribuían en 1820 el triunfo de la Revolución frente al absolutismo. La reivindicación del mérito político que suponía el pertenecer a ellas y el hábito de la clandestinidad parecen haber contribuido a su continuidad y desarrollo tras establecerse el régimen constitucional.

Alcalá Galiano, medio disculpándose y medio presumiendo de su contribución a "la fatal y desvariada idea de que una sociedad, máquina usada para combatir y derribar un Gobierno, continuase en juego con la pretensión de dirigir en conciliábulos secretos la

---

<sup>8</sup> Así mismo, cuando Alcalá Galiano se refiere al "Gobierno Supremo oculto" -el de las sociedades secretas-, aclara en un paréntesis: "(si oculto puede llamarse uno cuya existencia es sabida y nadie trata de encubrir)". ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". C. t., T I, p 167; y refiriéndose Vayo a las "sociedades públicas, llamadas patrióticas", asegura que "los gabiretes extraños (Sic) y el mismo rey de España influían en ellas por medio del oro y de sus agentes para herir de muerte la revolución". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 177.

conducta del que había puesto en pie", sin reparar en que, según dice "Quintana (...) en sus cartas a lord Holand (...) es absurda, por demás, la idea de '*gobernar como se conspira*'", destaca la casi imposibilidad de que, aun siendo "una cosa justa", se autodisolviera "una sociedad ufana de su triunfo y llena del conocimiento de su poder". Estima, por otra parte, que no faltaban razones para mantener activa la sociedad, puesto que "Fernando VII había jurado la Constitución forzado a ello", los "muchos y poderosos" enemigos del "recién entronizado sistema político" eran una amenaza para aquella revolución, que muchos consideraban todavía inconclusa, y los "autores" de ésta, con interés de '*partido*', deseaban "ser fuertes, para afianzar la seguridad y lograr el aumento, o cuando menos la conservación, de lo que habían ganado". En suma, "la sociedad secreta determinó seguir unida y activa, siendo **gobierno oculto del Estado**, resuelta al principio a ser auxiliar del **gobierno legal**, pero llevada en breve por impulso inevitable a pretender dominarle, y a veces a serle contraria"<sup>9</sup>.

Abierta así la disensión en la familia liberal, cada una de las parcialidades que de ella se fueron formando quiso tener su propia sociedad secreta, dando lugar, según vamos a ver, a que del Grande Oriente masónico se desgajasen, por la izquierda, los Comuneros -que se acabaron escindiendo a su vez por la aproximación de su sector más radical a los Carbonarios- y, por la derecha, los Anilleros.

### **3.1.1.1. Los masones (El Grande Oriente)**

Antes de entrar propiamente en el análisis de su imagen en los textos de Galdós queremos recordar que su validez histórica está respaldada por el prestigioso historiador actual de la masonería José A. Ferrer Benimeli. Opina inicialmente este autor que "dada la penuria documental de la masonería española de principios del siglo XIX puede resultar de cierta utilidad el contrastar cómo ve Galdós desde su óptica de novelista histórico este tema tan discutido y polémico". Tras estudiarlo, dicho especialista asegura que Galdós se refiere a los orígenes de la masonería en España "de forma clara y en versión coincidente

---

<sup>9</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 166 y 167. Sin negrilla en el original.

con lo que la historia y la propia documentación masónica nos enseña". Continúa Ferrer Benimeli avalando lo dicho por Galdós sobre diversos aspectos de la masonería con expresiones como "en efecto", "Galdós tiene, pues, razón" y "descenderá Galdós a una detallada, irónica y acerba crítica de sus rituales y sesiones, demostrando conocer al dedillo la vida de las logias". Y, por fin, en afirmación rotunda y general, concluye: "Al criticarla y al describirla, Galdós demuestra poseer un profundo conocimiento de la masonería, tanto la pasada como la de su tiempo"<sup>10</sup>.

Si, con esta garantía, nos preguntamos, en primer lugar, qué dice entender Galdós por Masonería, nos encontramos con que este término se aplica según él a realidades muy distintas.

#### *3.1.1.1.1. Masonería regular y masonería española*

En opinión de Galdós, "no puede formarse juicio exacto de la masonería por lo que esta institución ha sido en España. Los masones de todos los países declaran que la Sociedad del compás y la escuadra existe tan sólo para fines filantrópicos, independientes en absoluto de toda intención y propaganda política. En España -asegura-, por más que digan los sectarios de esta Orden, cuyos misterios han pasado al dominio de las gacetillas, los masones han sido en las épocas de su mayor auge propagandistas y compadres políticos"<sup>11</sup>.

Esta contraposición entre lo que se estima propiamente masónico y lo que representa la masonería española es, según vamos a ver, largamente repetida y matizada en sus diversos aspectos por Galdós. Precisamente por ello, queremos antes hacer un breve apunte de lo que sobre el tema dice la corriente historiográfica que hoy parece más aceptable y que, a

---

<sup>10</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería en los Episodios Nacionales de Galdós". En Rev. "Historia 16" Año V, N° 50, junio 1980, pp 35-44, especialmente pp 35, 36, 38, 43 y 44. En el mismo sentido se había manifestado dicho autor en su estudio sobre "La masonería en las dos primeras series de los Episodios Nacionales de Galdós". En "Actas del segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de G. C., 1979. Vol. I, pp 60-118, especialmente pp 61, 62, 70, 90, 92 y 113.

<sup>11</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1479.

la vez que confirma esa diferencia, puede servir de pauta en que situar y contrastar lo dicho por Galdós.

Los trabajos de Robert Henri's, de Joseph de Maistre y, especialmente, del abate Grandidier parecen sentar las bases de una serie de estudios que, según indica Ferrer Benimeli, permiten concluir que la *masonería especulativa* -de la que son propios esos "fines filantrópicos" a que alude Galdós- procede directamente de la *masonería operativa*, constituida por las corporaciones de constructores medievales<sup>12</sup>.

Estos constructores -cuyo conocimiento ha de facilitar la comprensión de los masones especulativos- tenían su refugio, oficina administrativa, tribunal y lugar de trabajo en la logia que solían construir al lado de la catedral o edificio en que trabajaban, a veces durante muchos años.

Alojados en torno a ella, formaban una comunidad en la que sólo se dice admitir a hombres nacidos libres, honrados y diestros en el oficio de *albañil (masón)*, cuyo trabajo -pensamos en los arquitectos y escultores- era considerado casi un arte liberal y cuya consiguiente estimación social era elevada. A ello parecen contribuir los privilegios que a veces les concedieron los papas para estimular la dedicación a la construcción de *catedrales* y que, por otra parte, hacían de ellos una orden exenta de la jurisdicción del país en que trabajaban, sin fronteras territoriales, protegida por la Iglesia, y sólo dependiente del papa. Entre ellos distinguían los grados de aprendiz, compañero y maestro, cuyos conocimientos se transmitían, previo juramento de no difundirlos, mediante la enseñanza secreta de la arquitectura en un lenguaje simbólico que la hacía inasequible a los *profanos*.

Al decaer en el siglo XVI la construcción de catedrales, estos masones se ocuparon en la construcción de edificios civiles y, al mismo tiempo, se fue admitiendo el ingreso en las logias, como *masones aceptados*, de los altos personajes que donaban catedrales, encargaban edificios o de algún otro modo patrocinaban o ayudaban a estos gremios. En el siglo XVII se advierte ya la presencia en ciertas logias de "abogados, cirujanos y

---

<sup>12</sup> HENRI'S, R.: "History of Great Britain" (London, 1781); MAISTRE, J.: "La F.M. Mémoire inédit au duc de Brunswick", que Ferrer Benimeli data en 1782 con nueva edición, en (París, 1925); y GRANDIDIER, Ph.: "Essai historique et topographique sur l'Eglise cathédrale de Strasbourg" (Strasbourg, 1782). Cfr. FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 7, 8, y 9.

mercaderes" y se distingue entre "los constructores de edificios y los que se dedicaban a especulaciones acerca de la geometría". Al fin, según señala Ferrer Benimeli citando al alemán Findel, el proceso de transición se cerró el año "1717, cuando cuatro logias de Londres, cuyos miembros eran ya exclusivamente 'especulativos' o adoptados, formaron una Gran Logia y esbozaron una constitución a base de ceremonias y reglas tradicionales de las antiguas logias operativas"<sup>13</sup>.

Nacida así la masonería moderna, viene a decir Ferrer Benimeli, "abandonó el arte de la construcción a los trabajadores de oficio", pero conservó escrupulosamente el espíritu, principios, tradiciones, términos técnicos y signos usuales de la antigua cofradía, que en adelante tendrían un sentido simbólico. Se estableció que aquella Gran Logia era la única con soberanía para crear otras y se entendió que sólo éstas se hallaban dentro de la que se llamó *masonería regular*.

A partir de entonces, según el simbolismo introducido en las *Constituciones de Anderson* (1723), "ya no será la catedral un templo de piedra a construir, sino que el edificio que habrá que levantar en honor y gloria del Gran Arquitecto del Universo será la catedral del universo, es decir, la misma humanidad". En lugar de trabajar "sobre la piedra bruta destinada a convertirse en cúbica, es decir, perfecta y apta a las exigencias constructivas, será el hombre quien habrá de irse puliendo en contacto con sus semejantes. Cada útil o herramienta de los picapedreros recibirá un sentido simbólico: la *escuadra*, para regular las acciones; el *compás*, para mantenerse en los límites con todos los hombres, especialmente con los hermanos masones; el *delantal*, símbolo del trabajo, que con su blancura indica el candor de las costumbres y la igualdad; los *guantes* blancos, que recuerdan al francmasón que no debe jamás mancharse las manos con la iniquidad; finalmente, la *Biblia*, para regular o gobernar la fe"<sup>14</sup>.

Desaparecido el interés profesional de la masonería operativa, estos masones

---

<sup>13</sup> FINDEL, "Historia de la F.M. depuis son origine jusqu'à nos jours". París, 1886. Cfr. FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit. pp 12-25, especialmente, 12, 15-16 y 24-25.

<sup>14</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 27, 28 y 29.

especulativos parecen buscar en la orden, según señala el mismo Ferrer Benimeli -y en parte Galdós-, un ambiente culto, humanista, tolerante y fraternal, superador de los conflictos generados por la Reforma y Contrarreforma, pues, de acuerdo con las citadas *Constituciones*, la Masonería quiso ser desde sus orígenes "una reunión, por encima de las divisiones políticas y religiosas del momento, de hombres que creían en Dios, respetaban la moral natural y querían conocerse y trabajar juntos a pesar de la diversidad de sus opiniones religiosas y de su afiliación a confesiones o partidos más o menos opuestos"<sup>15</sup>.

Sólo que esta tolerancia religiosa, considerada por la Iglesia Católica sinónimo de herejía, y el secreto masónico, protegido por terrible juramento, se estimaron una oscura amenaza para los Estados confesionales y absolutistas del siglo XVIII, que, en consecuencia, -y aunque el juramento de obediencia total solía dejar a salvo las obligaciones del masón con su Rey, Ley, Patria y Religión-, prohibieron y persiguieron la Orden. Los fundamentos teóricos para ello se vieron reforzados por la aparición de divisiones de dudosa ortodoxia, tal como la Reforma escocesa, y numerosas sectas que, ya a fines del siglo XVIII, enturbiaban la imagen de la masonería regular y mantenían en ciertos casos discusiones sobre religión y política.

En lo que a España se refiere, aunque hay abundantes huellas propias de los masones operativos<sup>16</sup>, apenas se conocen más indicios de esta masonería especulativa que la logia *matritense*, fundada el año 1728, por el duque de Wharton y otros **ingleses residentes en España**, y cuya prolongada inactividad ocasionó su baja el año 1768<sup>17</sup>.

Se confirma así que Galdós tenía razón al señalar, en su "Napoleón en Chamartín", que la masonería carece de importancia en España hasta el establecimiento de la llamada

---

<sup>15</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit. pp 29 y 30.

<sup>16</sup> Cfr. FERRER BENIMELI, J.A.: "Signos lapidarios en el románico y gótico español". Zaragoza, 1974, y GONZALEZ BLANCO, P.: "Rectificaciones históricas". Revista *Latomia*, II, 1933.

<sup>17</sup> Cfr. FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII", donde se destaca así mismo la logia fundada en Brest (1801) por marinos españoles estacionados allí, las inglesas de Gibraltar y Menorca y alguna confusa actividad masónica en Lima, México y otros lugares. Sobre la logia de españoles en Brest, también, del mismo autor, "Masonería española contemporánea". Siglo XXI, Madrid, 1980, Vol. 1, pp 30-37.

*masonería bonapartista*: "Yo tengo para mí -dice Galdós- que antes de 1809, época en que los franceses establecieron formalmente la masonería, en España ser masón y no ser nada era una misma cosa. Y no me digan que Carlos III, el conde de Aranda, el de Campomanes y otros célebres personajes eran masones, pues como nunca los he tenido por tontos, presumo que esta afirmación es hija del celo excesivo de aquellos buscadores de prosélitos que, no hallándolos en torno a sí, llevan su banderín de recluta por los campos de la Historia, para echar mano del mismo padre Adán, si le cogen descuidado"<sup>18</sup>.

El mismo Galdós señala que en 1809, había "una reunión de masonería incipiente del género tonto (...) en la calle de las Tres Cruces" y "otra del género cómico fúnebre (...) en la calle de Atocha, número II antiguo, frente a San Sebastián", de las cuales, con la acción bonapartista, salió -entre varias otras que cita- "la *Gran Logia nacional*, que estuvo en el edificio ocupado antes por la Inquisición" y cuyo nuevo carácter refleja el hecho de que en ella se hablaba "mucho de política, de igualdad". Llegó entonces "a ser muy de moda la palabra *democratismo*" -que medio siglo después reapareció, quizá con otro matiz-, y de aquellas reuniones salieron "los clubs", que, años después, se convertirán en "comités"<sup>19</sup>.

Esta masonería mantiene los antiguos símbolos y ritos, pero responde ya a finalidades políticas, aunque, -en unos momentos más que otros- facilite también otros pequeños servicios o apoyos mutuos a los masones viajeros y a los necesitados. Este puede llegar a ser su único papel en épocas de menos pujanza que la del Trienio, según manifiesta el mismo Galdós a la vez que recalca la significativa influencia política alcanzada en este

---

<sup>18</sup> PEREZ GALDOS, B.: "Napoleón en Chamartín". Cit., p 550. En este mismo sentido destaca Ferrer Benimeli la existencia de multitud de fantásticas **leyendas** -no historias- que, creyendo con ello ennoblecer a la masonería, -y a veces para denostarla-, le atribuyen la más remota antigüedad, la dicen fundada, según los casos, por personajes tan diversos como Julio César, Jesucristo, Salomón, Moisés, Adán e infinidad de otros y sitúan "su origen en el templo de Salomón y la hermandad de obreros constructores", en las "Cruzadas" y la "Orden del Temple", en "los misterios de Egipto y de Persia" o en innumerables agrupaciones o sectas con cuyos rituales pueda haber cierta analogía. Muchas de estas teorías en FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII" Cit., pp 1-9. Es de gran interés en este sentido el análisis que de más de 6000 obras sobre la masonería realiza este mismo autor en "Bibliografía de la Masonería". Madrid, F.U.E., 1978 (2ª edición).

<sup>19</sup> "Napoleón en Chamartín". Cit., p 549 y 550.

período.

Precisamente por ello, la decaída masonería española de 1876, reducida, según dice Galdós, a "unas juntillas diseminadas e irregulares" que funcionaban "como una confabulación caritativa y para fines positivos o menudencias individuales y para protegerse en uno y otro continente" no servía tampoco para dar idea a sus lectores, porque no tenía "nada de común con la asociación de 1820": "Era ésta -afirma- una poderosa cuadrilla política, que iba derecha a su objeto: una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión (hecho que parcialmente subsiste en la desmayada y moribunda masonería moderna), y no se ocupaba más que de política a la menuda, de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernación del Reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movía tres cosas: Gobierno, Cortes y clubs, y, a su vez, dejábase mover a menudo por las influencias de Palacio; un noviciado de la vida pública, o más bien ensayo de ella, pues por las logias se entraba a *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de aprendices se hacían diputados, así como de *Venerables* los ministros. Era, en fin -concluye-, la corrupción de la masonería extranjera, que al entrar en España había de parecerse necesariamente a los españoles"<sup>20</sup>.

Este carácter político, tan clara y personalmente atribuído aquí por Galdós -como narrador- a la masonería española del Trienio, es así mismo destacado por Alcalá Galiano, en cuya opinión esta masonería "se diferenciaba notablemente" de la de "otros pueblos" por ser, en España, "una asociación puramente política y concentrarse en los negocios del país donde estaba establecida", y porque "al ritual y planta y arreglo de las de su clase en tierras extrañas había añadido algo peculiar de España y del oficio que (...) ejercía"<sup>21</sup>.

Es notable también cómo Galdós asocia a estas actividades políticas la corrupción y la

---

<sup>20</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1479.

<sup>21</sup> ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., p 171. También el anónimo autor de la *Historia de la Masonería* conservada manuscrita en A.G.P., *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, folios 206-212, dice en el fol. 208 v. que "Desde entonces -se refiere al sexenio 1814-1820- la masonería tubo (sic) un fin puramente político y sólo se trató de restablecer la Constitución".



búsqueda de "destinos". Insistiendo en ella, distingue "la época de persecución", en que la masonería española "conservó cierta pureza a estilo de catacumbas", y la del "triunfo", que "desató tempestades de ambición y codicia en el seno de la Hermandad". Con el triunfo "apareció formidable el compadrazgo, y desde la simonía, el cohecho, la desenfrenada concupiscencia de lucro y poder, asemejándose -dice Galdós extendiendo su crítica- a las asociaciones religiosas en estado de desprestigio (...). A medida que iba avanzando el triunfo, iba decayendo el ritual masónico, simplificándose los símbolos, relajándose la disciplina en lo relativo a juramentos, pruebas, iniciación", etc., porque, según explica irónicamente, "es propio de gente tocada del afán de codicia el no ocuparse de detalles tontos, y bien se sabe que hambre o ambición no tienen espera"<sup>22</sup>.

Esta misma caracterización, política y corrupta, hace Galdós refiriéndose expresamente al Grande Oriente de Madrid, en una de cuyas *tenidas* (reuniones) ordinarias se rechaza la filantrópica mediación pedida por Monsalud en favor de "don Matías Vinuesa y los demás infelices encarcelados" a pesar, asegura Monsalud a aquella Asamblea, de que dicha mediación sería "la expresión más leal y clara del espíritu y de las prácticas constantes de esta respetable Orden en todos los países del mundo". El rechazo resultaba previsible, sigue diciendo Monsalud, "porque este Grande Oriente y los individuos que en diversos grados dependen de él, han olvidado completamente los fines benéficos, desinteresados y filantrópicos de tan antiguo instituto, para desvirtuarlo y corromperlo, haciéndole instrumento de intereses políticos y de la codicia..."

Interrumpido por "el martillo del *Venerable*" (Presidente), que, paradójicamente, quería hacer valer ante el orador que "aquello era un templo y no un club", Monsalud continúa su discurso recalcando nuevamente el contraste de la masonería clásica con la española de entonces y, a la vez, los vicios de ésta: "Al proponer al Oriente que temple en lo posible el ardor de las luchas políticas, he querido protestar contra la tendencia a fomentarlas y exacerbarlas. El instituto masónico debe ser extraño a la política, debe ser puramente humanitario, debe proteger a los desvalidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aun sin

---

<sup>22</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1479-1480.

conocer sus nombres. Está fundado en la abnegación y en la filantropía. Lo dicen así su historia, sus antecedentes, sus símbolos, que o no representan nada o representan una asociación de caridad y protección mutua. Lejos de practicarse estos principios en España, el Orden se ha olvidado de los menesterosos, constituyéndose en agencia clandestina de ambiciones locas, en correduría de destinos y en...<sup>23</sup>.

Así, la cualificada opinión atribuida a Monsalud, supuesto coetáneo del Trienio y experto en cuestiones masónicas, parece respaldar ante el lector lo que el mismo Galdós había dicho antes como narrador. Son muchos, además, los que al salir dicen secretamente a Monsalud que piensan como él; y la misma asamblea, aun rechazando las acusaciones que se le hacen, viene a confirmarlas con su comportamiento. Pero, pese a los condicionamientos políticos y a la decadencia que el triunfo de 1820 produjo en el ritual masónico, el Grande Oriente sirve a Galdós de ejemplo en que mostrar, según vamos a ver, este ritual y muchos de sus elementos.

### 3.1.1.1.2. Terminología masónica, localización, dependencias, símbolos y decoración atribuidos a la logia del Grande Oriente de Madrid

Cual si Galdós quisiera sumergir al lector en lo masónico para, dándole un baño, *ponerlo al corriente* de los usos y términos propios de estas sociedades, entra de lleno en aquel ambiente diciendo: "Todavía no se había *descubierto* el templo. No era aún la hora de la *tenida*, y los *Hijos de la Viuda*, descansando de las fatigas políticas en sus casas o en los cafés, esperaban que la *luz astral* de la noche marcara la hora propia para los trabajos del *Arte-Real*. Los *Maestros Sublimes Perfectos*, los *Valientes Príncipes del Líbano* o de *Jerusalén*, los *Caballeros Kadossch*, los que antaño se llamaban *Gerográmatas*, los *Hierorices*, los *Epivames*, los *Dadouques*, los *Rosa-Cruz* de hogaño, los hermanos todos, desde el *Terrible* hasta el *Sirviente*; los aprendices, compañeros y maestros, desde los de malleto hasta los de cuchara, estaban ocupados en el *ágape* doméstico, o bien conversando con sus *mopsses*, jugando con sus *lovatones* o matando el tiempo en las reuniones profanas,

---

<sup>23</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1484 y 1485.

lejos de la *verdadera luz*. Las *estrellas* no se habían encendido todavía, ni el *mirto eleusíaco* exhalaba su aroma. Imperaba la rosa, emblema del silencio, y la imponente exclamación *Ossé* no había resonado aún bajo las *bóvedas orientales*. En una palabra (y hablando con claridad para inteligencia de los ignorantes), la sesión de la logia no había empezado todavía"<sup>24</sup>.

Según puede verse, Galdós refleja ya en esta presentación el complicado abigarramiento que la acumulación de símbolos y términos procedentes de las más diversas y fantásticas leyendas sobre su origen habían introducido en la imagen de la masonería.

Por otra parte, sin dejar su tono irónico, y al mismo tiempo que sigue introduciendo términos y símbolos masónicos, Galdós asigna a continuación un lugar a aquel "gran templo" en el Madrid del Trienio: "En la *Caverna del Mithra*, o sea el Universo, hay un punto que se llama *Mantua*, o Madrid, en cuyo punto es evidente la existencia de una calle llamada de las Tres Cruces. En esa calle cualquier curioso, aunque no tenga sus oídos abiertos a la *verdadera luz*, podrá ver una tienda de sastre; y si penetra en ella para que el supremo arquitecto de las levitas le tome medida de una; si durante esta fastidiosa operación alza los ojos a la *bóveda del firmamento*, vulgo cielo raso, verá, sin duda, que por aquellos descoloridos y descarados yesos se pasean soles, lunas, rayos que fueron de oro, cordones, triángulos, estrellas pitagóricas y otros signos. Al ver esto, sentirá en su alma profundísima emoción de respeto, y dirá: 'Aquí estuvo el gran templo masónico en los tres *llamados* años, del 20 al 23'"<sup>25</sup>.

Según puede verse, Galdós, que había consultado previamente sobre ello a Mesonero<sup>26</sup>, sitúa este Grande Oriente en la madrileña "calle llamada de las Tres Cruces". Desconocemos la respuesta de Mesonero, y esta ubicación puede no ser cierta para "los tres

---

<sup>24</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1476-1477.

<sup>25</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1477.

<sup>26</sup> En el "Anexo" a su carta de "7 de Junio 76", le pregunta: "¿Dónde estaba la logia masónica?". Y añade: "El *Antiguo Madrid* que indica la residencia de la Asamblea de los Comuneros, creo que no dice nada de las logias masónicas". En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Publicaciones de la Sección de Cultura e Información del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1943, pp 21 y 22.

llamados años, del 20 al 23", a que se alude aquí, pero, como casi siempre, la imagen aportada por Galdós responde al menos a una realidad histórica destacable, es un símbolo más, ya que, según indica Ferrer Benimeli en su documentado estudio sobre la "Masonería española contemporánea", "la logia de las Tres Cruces, como la llaman Llorente, La Fuente, Pérez Galdós y tantos otros, así como algunos papeles anónimos, queda identificada con la sede oficial donde compartían los locales tanto la Gran Logia Nacional como sus logias filiales", a partir de octubre-noviembre de 1810, durante el primer período revolucionario<sup>27</sup>.

En esta misma línea, es notable cómo Galdós, ambientando esta descripción del Grande Oriente, alude a la actividad política de varias sociedades patrióticas cuyos nombres se asocian a la vida del Trienio, aunque su actividad fuera muy desigual por los días en que se sitúa esta descripción, que eran "los últimos de febrero de 1821": "Es temprano: es la hora -dice Galdós- en que hierven los clubs; la hora en que *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *La Fontana* son otras tantas ollas donde burbujan con rumoroso y mareante zumbido la pasiones políticas, entre el chisporroteo de las envidias y el resoplido de las ambiciones. Todavía es temprano, porque los trabajos masónicos *se abren* (este tecnicismo obliga frecuentemente a no hablar en castellano) a hora más avanzada".

Así, riéndose siempre de tales *tecnicismos*, continúa empleando los relativos a algunas dependencias, personal y objetos de aquellas sociedades: "Aún está a oscuras el edificio de la calle de las Tres Cruces. Reconocemos el *vestíbulo*; la sala de *Pasos Perdidos*, donde campean los *Cuadros lógicos*, y no hallamos persona viva. Oyense tan sólo los pasos de un *hermano sirviente* que va y viene, poniendo en su sitio las lámparas de aceite que bien pronto se han de llamar *estrellas polares*, *astros* o *nebulosas*." Y, en un efecto de observador fantasma, fundiendo y avalando su personal conocimiento de la masonería con la experiencia atribuida a Monsalud, añade: "Por último, vemos que entra un hombre con ademán resuelto, como persona muy hecha a semejantes lugares, y observando que adelanta sin recelo alguno, nos apresuramos a seguirle, tomándole por guía en el laberinto de

---

<sup>27</sup> FERRER BENIMELI, José Antonio: "Masonería española contemporánea". Siglo XXI, Madrid, 1980, Vol. 1, pp 96 y 101. Sin negrilla en el original.

galerías y salas." Todavía se ve a Monsalud saludar al "sirviente" con unos "signos" y "pronunciando una especie de santo y seña" antes de que, informado por éste de que allí está "el señor Canencia", se dirija a la "*Cámara de Meditaciones*".

Con esta ocasión, Galdós describe entre ironías dicha *cámara* apoyándose nuevamente como narrador en la supuesta experiencia de Monsalud: "Le seguimos denodadamente, aunque el nombre de *Cámara de Meditaciones* nos da cierta comezoncilla de miedo, por haber oído que es un recinto pavoroso que hace enflaquecer el ánimo más esforzado. A pesar de esto, penetramos detrás del gallardo joven, y desde el mismo instante sentimos temblores y escalofríos al ver una habitación toda colgada de negro, no puede decirse que alumbrada, sino entristecida por macilenta luz. Damos diente con diente y el cabello se nos eriza, al observar que en diversas partes de la triste estancia cuelgan, cual objetos en testero de tienda, cantidad de huesos y calaveras, y que medio esqueleto se apoya contra la pared, mirando con desconsuelo al otro medio, o sea los fémures y tibias que fueron de su pertenencia y hora yacen en el suelo.

"En la sepulcral pieza hay una mesa, y junto a esta mesa se ocupa en *burilar una plancha*, o sea extender un acta (hablando a lo cristiano), un viejo de cabellos blancos. No atendemos a las demostraciones amistosas que hace a nuestro introductor, ni a las palabras de éste; por ahora, atentos sólo al conocimiento del local, fijamos los atónitos ojos en algunos letreros que entre hueco y hueco adornan las paredes, y leemos: 'Si vienes impulsado por una mera curiosidad o por otro móvil aún peor, retírate; no trates de descubrirla, porque penetraremos tus intenciones.' Volvemos la cabeza y nos sale al encuentro otro parrafillo: 'Si tu conciencia está tranquila, ¿por qué sientes disgusto ante estos despojos que te recuerdan el fin de tu vida?' Otro letrado dice: '¿Siente tu alma temor? Pues retírate, porque sólo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas a que has de ser sometido.' '¿Te hallas dispuesto a sacrificar tu vida en aras del progreso humano?'

"Poco a poco nos vamos familiarizando con el fúnebre y medroso espectáculo, y echamos de ver que la *Cámara*, lo mismo que su extraño mueblaje, tienen cierto sello de arrinconados cachivaches de teatro, dicho sea con perdón de las humanas calaveras. El polvo que los cubre, el desorden y abandono con que están colocados los huesos y las

inscripciones, indican que todo aquello está en lamentable desuso".

Destacada así la desatención a lo que de trascendente y humanista pudiera haber en los ritos y filosofía masónicos, Galdós parece insinuar que, sin embargo, hay cierta utilización del miedo que produce esta "sepulcral pieza", con su "fúnebre y medroso espectáculo", pues era el "recinto donde encerraban al catecúmeno para que preparara su ánimo antes de ser recibido como aprendiz por la congregación masónica"<sup>28</sup>.

Sus referencias a ese ritual de iniciación, según veremos ahora, completan en parte la ironía con que en esta descripción se denuncia la afectada ficción de sabio valor y consciente y esforzado servicio al "progreso humano", pero antes veamos cómo esta ficción se manifiesta expresamente en la conversación que, en esa misma cámara, mantienen Canencia -el viejo que *burilaba la plancha*- y Monsalud con la confianza propia de viejos compañeros masones<sup>29</sup>.

Monsalud acusa a Canencia de enriquecimiento y éste, adoptando el papel *oficial* de aquella sociedad, le contesta que ni eso es verdad ni lo necesita para estar contento: "Ya sabes -le dice en tono paternal- que no soy ambicioso, que me precio de filósofo en la verdadera acepción de la palabra... Hijo mío, un pedazo de pan, un vaso de agua clara, un buen libro, un tiesto de flores: he aquí mis tesoros, he aquí mis necesidades, he aquí mi sibaritismo. Recordarás lo que dice el gran Juan Jacobo acerca de..."; y como Monsalud le interrumpiera diciendo "-Yo no recuerdo nada", Canencia le hace todo un discurso ponderando el mérito y felicidad asociados *por "el Ginebrino"* a "la continuidad de pequeños deberes bien cumplidos" -superior a "las acciones heroicas"-, repitiendo una y otra vez la anterior expresión de sus limitadas necesidades para ser feliz y acabando por aconsejarle que se adapte a la comedia: "Pareces un chiquillo. El creer que esto es una casa de locos no es motivo para querer salir de ella, señorito *Aristogitón*. Quédate aquí, quédate sin perjuicio de que *in foro conscienciæ* te rías un poquillo de la parte externa, ¿entiendes?

---

<sup>28</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1477-1478.

<sup>29</sup> Canencia aparece ya como técnico en cuestiones masónicas entre los que, como Monsalud, se agrupaban en torno a Santorcaz al final de la primera serie de Episodios. Véase "La batalla de los Arapiles". Lugar y T Cits., pp 1123, 1126, 1135 y 1146.

Yo también, si he de decirte la verdad, me río algunas veces.

"-Pues si usted se ríe, amigo don Bartolo -"dijo Monsalud siguiendo el consejo del anciano"-, es un hipócrita; porque usted es el *hermano* secretario y orador de la Sociedad; usted es el erudito, el que explica las leyes de la masonería, el consultor general, el que lo sabe todo dentro de esta casa, el que ordena los ritos, el que explica lo que los demás no entienden; usted es el sacerdote, el mago, el patriarca, el senescal, el archimandrita, el santón, el hierofante o no sé qué nombre darle, porque no sé todavía qué especie de religión, secta y jerigonza es ésta. Usted es el que predica cosas enrevesadas y enigmáticas que no entendemos; usted es el que dibuja garabatos en los diplomas; usted, asistido de su ayudante, el señor Regato, fué quien puso aquí esos huesos y esas calaveras que están abriendo la boca para decir que las vuelvan a la tierra; usted escribió estos tarjetoncillos y puso las granadas abiertas, las columnas, los triángulos y la sogá, y lo que llaman el *Delta*, el sol, la luna, el dosel, la J y la B, el cirio y demás signos y majaderías. Si después de hacer esto se ríe usted de los masones..., vamos, se comprende en qué consiste ser sabio y filósofo."

Canencia, que "sonreía socarronamente" mientras escuchaba a Monsalud, explica entonces la función de los símbolos y ritos, dejando traslucir en sus palabras la opinión que del "pueblo" atribuye Galdós a aquellos dirigentes masones y el limitado alcance que el proceso revolucionario tendría bajo su iniciativa y dirección: "¿Tú no sabes -dice a Monsalud- que al pueblo, al vulgo, al común de las gentes, o como quiera llamarse a esta turbamulta ignorante e impresionable, es preciso meterle las ideas por los ojos? Ya es un gran adelanto que hayamos desterrado los símbolos y fórmulas absurdas de las religiones. Para inculcar en esas cabezas de estuco el culto y veneración del Ser Supremo hay que proceder con paciencia. ¿Hemos de decirles que lo mejor es adorar a Dios bajo la bóveda de los cielos? No, mil veces no; mientras haya hombres, es preciso que haya templos, y mientras haya templos, es preciso que haya simbolismo, y mientras haya simbolismo, es preciso que haya imágenes, o, a falta de imágenes, garabatos, cositas raras y de difícil inteligencia... Vaya, amiguito, no repitas la vulgaridad de que soy un farsante. Equivaldría esta calumniosa especie a llamar farsantes al Papa y demás gigantones del Catolicismo, y

no lo son; dentro de su esfera, desde su punto de vista, no lo son... Lo que yo siento es que la gente va perdiendo el respeto al ritual, y llegará día en que miren todo esto como miran los curas dentro de la sacristía los objetos de su oficio. ¡Pícara Humanidad! Verdaderamente, es una bestia. No se la puede tratar sino a palos"<sup>30</sup>.

La despiadada crítica que de aquella sociedad masónica -y, de paso, del Catolicismo- encierran las palabras de Galdós señala, pues, junto a la postergación de sus ideales propios -cuando había algo más que un juego-, cierta afectación de superioridad y clara intención de manipular al "pueblo", "al común de las gentes", con supuestos fines redentoristas que, frecuentemente, enmascaraban egoísmos políticos y personales.

Algunas de estas críticas de Galdós recuerdan lo dicho por F. Martínez de la Rosa al ocuparse, en 1839, "De los graves daños que causan las sociedades secretas, así respecto de la libertad como respecto del orden". Señala éste en primer lugar la utilización que "el poder sacerdotal", y a veces el de los reyes u otros, habían hecho del "velo del misterio" y "de los vaticinios y oráculos" para "cautivar más fácilmente la admiración y la obediencia de los pueblos". Lo cual, por otra parte -centrándose en el caso de las sociedades secretas que "intentan echar raíces y aclimatarse en una nación ya constituida, en la que tanto los derechos políticos como los derechos civiles tienen medios legales y legítimos defensores"- enlaza con la utilización que estas hacen de la "moral y la religión", con juramentos, seducciones y miedos, para conseguir la "obediencia ciega" a unos "jefes ocultos", en una organización que cobra así carácter "servil", evoca el efecto de los "votos monásticos", contra los que tanto "se ha declamado y escrito", y presenta semejanzas -dice sin nombrarla- con "una sociedad célebre (...) mirada como el ejército más disciplinado de la curia romana"<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1481.

<sup>31</sup> MARTINEZ DE LA ROSA, F.: "De los graves daños..." *Revista de Madrid*, 3, 1839. Texto publicado por I.M. Zavala como "Documento XXVI" en su "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 335-340. Además, Martínez de la Rosa manifiesta estas mismas opiniones, y con no menor contundencia, en un párrafo de su "El espíritu del siglo" que, en atención a su claridad e interés, reproducimos a continuación: "Cabalmente -escribe- semejantes sociedades, cuando se encaminan a un fin político, son de todo punto incompatibles con un régimen de libertad. Guarecidas en las tinieblas y sin responsabilidad que  
(continúa...)



Por otra parte, Galdós da a entender que los supuestos fines benéficos de la sociedad masónica podían lograrse sin necesidad de las *comedias* asociadas a sus ceremonias, algunas de las cuales se describen a continuación<sup>32</sup>.

### 3.1.1.1.3. El ritual de iniciación masónica

Comienza, según decíamos, en la *Cámara de Meditaciones*. "Lo primero que tenía que hacer el pobre profano, una vez que lo metían bonitamente allí -dice Galdós-, era otorgar su testamento y contestar por escrito a varias preguntas, con objeto de mostrar su manera de discurrir y los gramos de sal que tenía en la mollera. Formuladas las respuestas, un *hermano* entraba con el rostro cubierto en la *Cámara*, y recogiendo aquéllas, las entregaba al *Venerable*, que ya estaba presidiendo la sesión o *tenida*. Léanse las pruebas de talento del neófito, y si no resultaba alguna barbaridad estúpida, concedíanle el goce de la verdadera luz"<sup>33</sup>.

El tono burlón en que Galdós describe las sucesivas partes del ritual, se acentúa al

---

<sup>31</sup>(...continuación)

les sirva de freno, están condenadas por su propia índole y naturaleza a perturbar el buen régimen del Estado. Principian por el hogar doméstico, alejando la confianza entre esposos, entre hermanos, entre padres e hijos; socavan la disciplina (sic) del ejército, imponiendo nuevos deberes de obediencia y trastornando las jerarquías; destruyen la sagrada autoridad de las leyes, sobreponiendo a ellas los arbitrarios mandatos de un poder oculto; proclaman una (sic) extremada libertad y quitan a sus adeptos hasta el libre albedrío, obligándolos a obedecer sin contradicción ni examen; procuran con sus ocultos y repetidos ecos contrahacer la voz de la nación, para avasallarla; patrocinan el encumbramiento de oscuras medianías, intrigantes y osadas; reúnen a la ambición de un partido político la intolerancia y el fanatismo de toda secta; no consiente émulos ni rivales. Si están en el poder, abusan; si no mandan, conspiran; en suma: se afanan por establecer un Gobierno en frente del Gobierno y un Estado dentro del Estado". (Ed. Cit., T VII, p 343.) Argumentos y tono parecidos, con un más amplio desarrollo, aplica Quintana a la condena de estas sociedades en la séptima de sus "Cartas a lord Holland", que, según dijimos, fueron ampliamente utilizadas por Galdós. En O.C., Ed. y T Cits., especialmente pp 569-570.

<sup>32</sup> En ellas continúa Galdós introduciendo la terminología masónica propia de su ritual. Pero, además, salpica de cuando en cuando la conversación entre masones con los términos que aplicaban a cosas o actos propios de la vida común: llamaban, por ejemplo, "*pólvora fulminante*" al ron que empleaban para hacer una "*salva*" (brindis) y que echaban en el "*cañón*" (vaso) para beberlo a la voz de "¡Fuego!", conforme a las fórmulas usadas habitualmente para brindar en las fiestas masónicas. Así mismo se llama "*pólvora del Líbano*" a los "cigarros habanos" ofrecidos entre amigos, y para expresar deseo de reconciliación dirán "*pasemos la trulla*", dado que la "*trulla*" era la cuchara de albañil, y la idea de *pasarla* indicaba olvido y perdón de las injurias, idea -opina Galdós- que bien podría expresarse hablando como la gente" ("El Grande Oriente", Cit., T I, pp 1513-1514).

<sup>33</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1478.

intercalar entre ellas irónicos comentarios y valoraciones sobre el interesado recurso al misterio -del que, como antes, acusa así mismo a algunas "religiones"- en pasajes como el que sigue: "Aquí empezaba una serie de ceremonias de que la gente de todos tiempos se ha reído mucho; pero dicen los masones que hasta sus más insignificantes gestos y signos tienen un sentido no menos profundo que los ritos de las religiones india, judaica y cristiana. Digan lo que quieran, las ceremonias de estas religiones, aun consideradas tan sólo desde el punto de vista artístico, tienen un sello especial de grandeza e idealidad; las masónicas, que sólo vagamente responden a una idea filosófica, parecen, por lo general, un juego de chiquillos, dicho sea con perdón de los *Valerosos y Soberanos Príncipes*"<sup>34</sup>.

La grave imagen semieclesiástica, de sabiduría semirrevelada, se empequeñece y ridiculiza en las reiteradas referencias al escaso "talento" exigido para ingresar en ella y en la carga teatral que se descubría al acercarse y conocer aquella realidad tan inflada. La viva y detallada pintura que Galdós hace de la ceremonia subsiguiente a la superación de las ya citadas pruebas iniciales de aptitud es un buen ejemplo de ello, sin dejar de ser puntual información de los pasos que contenía: "Cuando se acordaba que el profano tenía bastante entendimiento para ser masón (y no debían de ser grandes las exigencias del tribunal), vendábanle a mi hombre los ojos para conducirlo a la logia, que estaba comúnmente a dos pasos de la *Cámara de Meditaciones*. Daba él un golpecito en la puerta, y un masón, a cuyo cargo corrían las funciones de *primer celador*, decía con la voz más campanuda posible: '*Venerable*, llaman profanamente a la puerta del templo.'

"El *Venerable*, aunque sabía bien quién llamaba y por qué llamaba, se hacía el sorprendido, diciendo con acento solemne: 'Ved quién es'.

"Intervenía entonces otro funcionario que se llamaba el *guarda interino*" -debe decir *guarda interno o interior*<sup>35</sup>-.

---

<sup>34</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1478.

<sup>35</sup> Ferrer Benimeli indica que, pese al conocimiento que de la masonería muestra Galdós, "hace agua" aquí al decir "guarda interino" en lugar de "guarda interior", así como al decir en otro lugar que la J y la B masónicas se utilizaban como iniciales de Juan Bautista, siéndolo de "Jackin y Boaz, imitación de las que Hiram colocó ante el vestíbulo del templo de Jerusalén (Jackin a la derecha, y Boaz a la izquierda) según (continúa...)

"Este -continúa Galdós- salía en averiguación del profano forastero que a deshora turbaba la tranquilidad augusta de la logia, y entonces el *hermano* que acompañaba al neófito decía: 'Es un profano que desea ser iniciado en nuestros secretos.'

"Por fin, después que habían mareado bastante al pobre lego, le dejaban entrar, no sin que dijera antes su nombre, edad, naturaleza, estado, religión, profesión y domicilio. El *hermano* que le presentaba ponía fin a su alta misión con estas palabras: 'Ahí os lo entrego; ya no respondo de él.'

"Sería molesto y ocioso -sigue diciendo Galdós- referir la serie de preguntas que el *Venerable*, desde la celeste luminosa altura del Oriente, dirigía al neófito. Después de las preguntas empezaban las pruebas, a fin de ver, según el código masónico, 'hasta qué punto la tortura física influye en la lucidez de las ideas del neófito, y conocer su energía, su carácter', etc. Aquí venían las figuradas copas de sangre; los homicidios de mentirijillas; los testarazos que no pasaban de broma; los *cálices de amargura*, cuyo licor ha sido siempre muy conocido en la Fuente del Berro; las abluciones en un pilón denominado *Mar de bronce*, y otros sainetes, algunos de los cuales -explica Galdós en un creciente tono de chacota- recibían el nombre de *viajes*, y lo eran en efecto, por los imaginarios países de Babia. Al *recién nacido* le asistían en tales actos un individuo a quién llamaban el *hermano terrible*, siendo común que desempeñara tal comisión y llevase el atroz mote algún bonachón tendero de la Plaza Mayor, o manso escribientillo de cualquier oficina.

"En seguida juraba el recipiendario, prometiendo realizar cosas muy buenas, para las cuales no es preciso seguramente hacer el payaso, pues multitud de personas socorren a sus hermanos en la *Caverna del Mithra*, vulgo Mundo, sin necesidad de que se lo mande un *Venerable*, ni de que le mareen con preguntas vanas, después de bailar el *minuetto* entre un *Caballero Kadossch* y un *Príncipe del Líbano*. El juramento no era la última ceremonia,

---

<sup>35</sup>(...continuación)

consta en la Biblia". (FERRER BENIMELI, J.A., en "La masonería en las dos primeras series de Ep. Nac...". Cit., pp 97-98). El último de estos errores pudo derivar de ser: San Juan Bautista, según señala el mismo Ferrer Benimeli, uno de los "patronos protectores" de los albañiles medievales, en que la mayoría ve el origen de la masonería (Cfr. FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". S. XXI, Madrid, 1974, p 18.) pero es muy probable que el primero no lo sea de concepto, sino sólo tipográfico, y que Galdós quiso decir *guarda interno* donde alguien intercaló la "i" que sobra en inter-i-no.

pues ningún profano podía dejar de serlo hasta que no le sobaban de lo lindo. Al golpe de los *malletes*, o sea martillo de palo, caía la venda de los ojos del neófito, y se encontraba rodeado de llamas y espadas.

"¡Tremendo, crítico instante -se ríe Galdós- para aquel que creyera que iba a ser mechado y asado culinariamente!... Pero las llamas eran pintadas, y las espadas, de hoja de lata. El *Venerable*, compadecido entonces, sin duda, de la situación de aquel pobre *hermano* metido dentro de una hoguera y entre punzantes aceros, procuraba tranquilizarle, diciéndole que las llamas y espadas no eran otra cosa que una imagen del remordimiento que *desgarraría el alma del recién nacido* si llegaba a vender los secretos de la Sociedad. Con esto quedaban terminadas las fórmulas, y respiraba con libertad el iniciado, viendo concluidas las pesadeces del rito. Pero, a lo mejor, tomaba la palabra el *Venerable*, que era por lo común un hombre, si no digno de veneración, muy convencido de la importancia de aquellas comedias, y le espetaba un discursazo, llamado entre ellos *pieza de arquitectura*, encareciendo la sublimidad de la masonería y revelándose algo de lo concerniente al grado primero o de aprendiz. Este dejaba de llamarse Juan o Pedro, y tomaba con singular modestia el nombre de Catón, Horacio, Cocles, Leibniz u otro cualquier personaje célebre"<sup>36</sup>.

No parece necesario insistir en la realidad masónica que Galdós refleja tras la abultada "importancia de aquellas comedias" o la distancia que muestra entre los interesados móviles de gran parte de los asociados y la pretendida "sublimidad de la masonería". Queremos recordar, en cambio, que este ritual de iniciación, con el juramento a que se alude, evocan, muy de cerca, los practicados, según ciertas descripciones, por los masones operativos, cuyos "usos y costumbres", según dice Ferrer Benimeli, "se han perpetuado con gran fidelidad hasta nuestros días en los ritos de iniciación masónica", de modo que "el juramento que en algunas logias se exige" es "casi textualmente (...) el mismo que

---

<sup>36</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1478-1479.

utilizaban los masones de la Edad Media<sup>37</sup>. Sólo que los masones operativos tenían realmente algo que ocultar, mientras que cada vez es más común la idea de que los especulativos escondían sólo la carencia de secreto o, como dice Ferrer Benimeli, éste "consistía solamente en la interpretación alegórica de las ceremonias rituales"<sup>38</sup>. De ahí quizá esas ironías de Galdós hacia tan solemne aparato, que, aparte de su espectacularidad y misterio para impresionar y captar adeptos, parecía no tener ningún sentido<sup>39</sup>.

Es también destacable cómo Galdós señala que el verdadero significado de la terrible amenaza contenida en el juramento, y representada en las espadas y llamas de que el neófito se veía rodeado en el ritual, era el "remordimiento que *desgarraría el alma del recién nacido* si llegaba a vender los secretos de la Sociedad". Es ésta la misma idea expresada entre otros varios masones por Anderson, en cuya opinión el juramento obligaba por sí mismo, sin necesidad de sanción; o por Ramsay, que en 1736 asegura no tener "otras leyes penales que el remordimiento de la conciencia y la expulsión de nuestra (su)

---

<sup>37</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 16 y 17. En esta última página se recoge "uno de éstos -de la Edad Media-, conservado en un manuscrito de Edimburgo de 1696", -"Edinburgh Register House" Ms. (1696)- cuyos términos, especialmente la aceptación de la "pena" de que si lo incumple le "sea arrancada la lengua a través del mentón, y de ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sabrá", vienen a ser los mismos que los empleados entre los masones de los siglos XVIII y XIX.

<sup>38</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 31-39, especialmente esta última.

<sup>39</sup> Entre los varios juramentos de este tipo que se conservan en el Archivo General del Palacio Real de Madrid puede servir de ejemplo el siguiente, que se dice empleado en Inglaterra para el grado de Aprendiz: "Yo F. de T. de mi propia y libre voluntad, en presencia de Dios y de esta venerable L. dedicada a San Juan, del modo más solemne y sincero Juro: Que guardaré y jamás revelaré parte, punto, seña, ni palabra de la M. que me será ahora en adelante confiada, no siendo aún M. conocido como tal, previo un examen. Que no hurtaré, ni permitiré hurtar ni dañar a ningún H.M.; al contrario le daré aviso de todo mal de que pueda ser amenazado; además juro de (Sic) que siempre seré un fiel súbdito del Rey, y de la constitución establecida en mi país, nunca permitiendo ni moviendo controversias, disputas ni cuestiones sobre asuntos políticos ni religiosos dentro de la Logia, pues desde ahora conozco que son muy ajenas (Sic) y contra el espíritu y esencia de la verdadera M. siendo su único fin establecer la sana moral, cultivar las ciencias, ser justo y benéfico y caritativo en cuanto permitan mis circunstancias y sobre todo sostener los sagrados derechos del Rey y ser obediente a los mandatos del Gobierno, y preceptos de mi Religión; además juro que atenderé a toda citación de cualquiera L. de A. establecida vajo (Sic) de este O. siendo dentro de los límites de mi calabrote, que son tres millas; y permitiéndolo mis ocupaciones. Todo es(to) juro cumplir vajo (Sic) la pena de ser cortada mi garganta, mi lengua arrancada de raíz y enterrada en la playa de la mar, en donde hay flujo y reflujo dos veces cada veinticuatro horas. Así Dios me ayude a guardar este solemne juramento de M. A.". A.G.P. Papeles reservados de Fernando VII, T 67, Doc. N° 22, fol.279.

sociedad"<sup>40</sup>.

Por último, hay que hacer notar que la alusión de Galdós a la *singularmente modesta* sustitución del nombre propio por el de un "personaje célebre" apunta, con intención o sin ella, una costumbre reciente exclusivamente española, pues cuando Ferrer Benimeli se ocupa de este rito asegura que la costumbre de que los masones adoptaran "un nombre simbólico", se institucionalizó "unos años más tarde" de 1801, "se ha mantenido hasta nuestros días en España y (...) no se encuentra en los otros países"<sup>41</sup>.

En general, la información que Galdós da sobre estas ceremonias parece indicar que si no fué masón, como muchos han supuesto, estaba muy bien asesorado y tenía probablemente a la vista descripciones o estatutos de alguna sociedad masónica<sup>42</sup>.

#### 3.1.1.1.4. *Tenidas ordinarias, tenidas de "Maestros Sublimes Perfectos" y reuniones en camarilla*

La existencia de distintos grados y tipos de reuniones masónicas se muestra, según vamos a ver, mediante ejemplos de algunas de ellas; pero, además, se apunta previamente, señalando a la vez la distinta influencia que conllevaban, cuando Canencia hace notar a Monsalud que aquella era una buena ocasión para pedir: "Esta noche, después de la *tenida* ordinaria, hay *tenida de príncipes del grado 31*."

Diferenciadas así estas dos reuniones, se indica luego que la "*tenida* ordinaria" sería presidida por "el mismo Campos", conocido ya por el lector como *Venerable* de aquel Gran Oriente, y, en una especie de introducción al tema, se va deslizando información sobre algunos otros de sus aspectos: al ser la hora, Canencia y Monsalud "se trasladaron

---

<sup>40</sup> Bibliothèque d'Eprenay. Eprenay., Ms. 124,8. Anónimo, *Lettres de M. de V. (Voltaire) avec plusieurs pièces de différents auteurs*. (La Haya, 1738), 57-58. La Tierce: *Histoire, obligations et status de la très Vénérable confraternité des Francs-maçons* (Francfort-sur-le-main, 1742), 134. Cits., por FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cits., p 35.

<sup>41</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "Masonería española contemporánea". Cit., Vol. 1, p 33.

<sup>42</sup> El mismo alude, por otra parte, al empleo para este Episodio de varias obras escritas por masones ("Anexo" de Carta a Mesonero fechada el "7 de Junio 76"); y cita concretamente "la *Historia de la Masonería* por D. Vicente Lafuente", aunque referida a "Un faccioso más..." (Carta de "14 Oct. 79"). En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 53.

a la sala de *Pasos Perdidos*", lugar de espera en el que conversaban con quienes ya iban llegando -algunos con nombre histórico notable- "hasta que el templo *fue descubierto*, mejor dicho -ironiza Galdós-, se abrió una puertecilla que daba entrada a la logia"<sup>43</sup>.

Al *verla*, Galdós señala -siempre en tono burlón- su estructura, elementos decorativos, símbolos, etc. y la disposición en que tanto éstos como las personas y jerarquías se colocaban para una *tenida* ordinaria: "La logia era un salón cuadrangular, muy mal alumbrado y peor ventilado, de techo plano y no muy alto, de paredes sucias y más parecido a cuadra o almacén que a templo de una religión que dicen tenía entonces en todo el mundo ocho o diez mil logias. En los cuatro testers, otras tantas palabras de doradas letras indicaban los puntos cardinales, correspondientes el *Oriente* a la presidencia, presbiterio, *sancta sanctorum*, altar mayor o como quiera llamársele, a cuyo sitio, más elevado que el resto del local, se subía por tres escalones. Para que todo se pareciera a un recinto religioso serio, había un doselete de terciopelo, en cuyo centro resplandecía un triangulillo al cual, para hablar con la mayor claridad posible, llamaban ellos *Delta*. Dentro de él se veían unos garabatos que indicaban el nombre de Dios puesto en hebreo, también para mayor claridad; pero ya es sabido que ningún signo masónico ha de estar al alcance de los tontos. Lo que sí se entendía perfectamente era el Sol y la Luna, dos caricaturas de aquellos astros pintadas a derecha e izquierda del *Delta*, o como si dijéramos, al lado del Evangelio y al de la Epístola.

"En igual disposición respecto al Presidente estaban los sitios del hermano Orador y del Secretario. Cierto es que las mesillas de que se servían fueran más útiles teniendo la forma cuadrada; mas era indispensable no abandonar el triangulillo siempre que se pudiera y por esto las mesas eran de tres picos. También tenían un poco más abajo bufetes típicos el Tesorero y el Hospitalario. En el remoto *Occidente*, es decir, junto a la puerta, se elevaban dos columnas rematando en granadas entreabiertas. Una columna tenía la J y otra la B,

---

<sup>43</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1482.

letras que al parecer querían decir *Juan Bautista* <sup>-44-</sup>, pues también al Precursor del Mesías le metieron de cabeza en la heterogénea liturgia masónica, donde los misterios egipcios y mil desabridas fábulas se mezclan gárrulamente con el mosaísmo, el paganismo, la religión cristiana, la revolución inglesa y la filosofía del siglo de Federico. Junto a las columnas se repetían las mesillas triangulares, una para el primer Vigilante y otra para el segundo.

"El techo -continúa Galdós- no carecía de interés. Por encima del doselete destinado a guarecer la calva del Presidente asomaban unas listas doradas representando los rayos del sol con dudosa fidelidad. En el friso había varios garabatos, obra de indocto pincel, a los cuales se atribuían intenciones de querer expresar los signos del Zodíaco; y por debajo de ellos corría, también pintada, una sogá, símbolo de unión y fuerza. La estrella pitagórica andaba también de paseo por aquellos altos cielos, testimonio de grandeza del *Supremo Demiurgos* (Dios), y en su centro llevaba la letra G, significando *gnos*, palabreja que hasta los niños entienden, sin necesidad de aprender, que significa *generación*. Completaban el sublime ajuar cuatro candelabros con sendas *estrellas*, que en el mundo ordinario llamamos velas, y, por último, la consabida batería de trastos, espada ondulante, compás, escuadra y el ejemplar de los estatutos. No había ventanas, ni más puertas que la de entrada, porque era de rito el ahogarse"<sup>45</sup>.

Aparte de las ironías de Galdós respecto al sinsentido que en 1820 encerraban, es notable la similitud de muchos de estos ritos y símbolos con los que Ferrer Benimeli señala al ocuparse del críptico lenguaje que había de dominarse para poder ingresar en la masonería operativa: el número 3 -constantemente empleado para llamar a la puerta con 3 golpes, moverse con 3 pasos, beber en 3 tiempos, etc.-, junto con el 5, 7 y 9, eran considerados -por una "reminiscencia pitagórica"- sagrados, al igual que ciertos colores. "El oro, el azul y el blanco" y la "cuerda con nudos" "eran los emblemas de la sociedad secreta", cuyos

---

<sup>44</sup> Según Ferrer Benimeli, Galdós se equivoca aquí, porque, como antes se ha dicho, la J y la B significan "Jackin y Boaz". Ver nota...anterior.

<sup>45</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1482-1483.



símbolos más propios eran "el compás, la escuadra, el nivel y la regla". En aquellas logias, "el maestro se colocaba a la izquierda, lo mismo que el sacerdote en el templo, y los dos presidentes, a la derecha, mirando hacia la izquierda, simbolizando estos jefes las tres columnas de la logia, o sea la sabiduría, la fuerza y la belleza"<sup>46</sup>.

Por otra parte, si a lo ya dicho se une la anterior descripción de Galdós, encontramos que, *burla burlando*, la imagen galdosiana del mundo masónico va reuniendo -con su actividad política, gesto religioso, supuesto cultivo intelectual, ayuda mutua y presencia de esa "soga, símbolo de unión y fuerza"- los diversos elementos que, según indica Ferrer Benimeli, se suelen atribuir a la masonería cuando se intenta definirla diciendo "que no es una religión, ni un partido político, ni un sindicato, ni una academia, si bien tiene un poco de cada"<sup>47</sup>. Sin embargo, junto a la actividad política, lo que Galdós destaca especialmente aquí es su pretendido carácter religioso, que, con sus misterios, actúa como refuerzo del poder aplicado a esa misma actividad, y del cual hace partícipe al "Venerable o Presidente", Campos, que, como la sociedad que preside, reunía "cierto aire de obispo, y también algo de hombre de mundo"<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 17-18. Respecto a la simbología masónica es de gran interés el programa que sobre la Masonería se emitió en el espacio nocturno de "La Tabla Redonda", por TVE, el día 23 de noviembre de 1991, moderado por el *editor* del mismo, Francisco de Oleza Le Senné.

<sup>47</sup> FERRER BENIMELI, J.A.: "Masonería española contemporánea". Cit., Vol. 1, p 19.

<sup>48</sup> Así se recalca en el siguiente retrato que Galdós hace de él: "El *Venerable* o Presidente era un hombre como de sesenta años, de agradable y aun hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa esculpida, más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el mundo era bueno, y si se quiere, de que el *Arte-Real* era óptimo. Vestía con elegancia, y los atributos y arreos de la masonería, que no tienen comúnmente nada de airoso, le sentaban a maravilla. Había en su bizarra apostura corpulenta cierto aire de obispo, y también algo de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos(...) se llamaba don José Campos. Este era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; más no le busquéis en la Historia, como no sea en algún olvidado y obscuro libro de masones; buscadlo en la *Guía de forasteros*, porque era director general de Correos.

"A pesar de la poca resonancia de su nombre y de no estar asociado éste a ningún mérito político ni oratorio, ni menos a batallas o sediciones, es indudable que el portador de él fue uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organización de la masonería en aquel pie de ejército poderoso. Lo que no se comprende fácilmente es la razón de su modestia. Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, aunque su familiaridad con ministros, generales y consejeros le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad, si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones (continúa...)

En la *tenida* ordinaria, cuyos actos rituales dirige éste, con el nombre masónico de *Cicerón*, cada uno se presenta vestido con los *arreos* propios de su grado, "siendo de notar que algunos tenían mandil y banda, y otros no". Así caracterizados, se procede al acto de apertura de la sesión, en el que "hubo no pocos pasos de baile francés, tocamientos y signos que no describimos -dice Galdós- por ser demasiado conocidos".

Tras ello, "el *Venerable*, usando las fórmulas rituales, mandó al primer Vigilante que se asegurase si el templo estaba a cubierto, y el primer Vigilante, después de hacer la pantomima de salir y volver a entrar, declaró que *no llovía*, es decir, que el templo estaba libre de entrometidos y que podían empezar los trabajos. Un martillazo presidencial abrió éstos en el grado convenido."

Abierta, pues, la sesión -que es ordinaria, "en el grado convenido"-, "el *Maestro de ceremonias* (...) recorrió los asientos presentando el *saco* de las proposiciones" y "algunos masones -dice socarronamente Galdós- depositaron un papelillo como los que se usan en las rifas domésticas. El *Venerable* extrajo todas las proposiciones, y escogiendo la que le parecía más grave, leyó lo siguiente: '*Proposición de Aristogitón*.- Gr.: 18: *Salvador Monsalud*.- Pido a este Grande Oriente de Madrid se sirva declarar que reprueba las

---

<sup>48</sup>(...continuación)

masónicas se desprende que el *Venerable* en cuestión era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual, si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando, y no están sujetos a la caídas y vaivenes de la gente muy visible y talluda. Más hábil vividor no le conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

"Los anales masónicos están conformes con asegurar que Campos tenía en las logias el nombre de *Cicerón*." ("El Grande Oriente". Cit., T I, pp 1483-1484.)

Este personaje histórico parece haber sido objeto de estudio detenido por Galdós, que, en el "anexo" a su carta de "7 de Junio 76", plantea así su consulta sobre él a Mesonero: "Varias obras escritas por masones aseguran que era *Gran Maestro* del orden masónico en 1821 y 22 D. José Campos, director general de Correos. De este hombre oscuro nada dice la Historia" (En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., pp 21-22.) Resulta, pues, que Galdós había consultado, al menos, "varias obras escritas por masones", además de a Mesonero, antes de hacer este retrato de Campos. Añadamos, de paso, que el cargo de director de Correos, en el que aquí no se detiene Galdós, es de una extraordinaria, y comprensible, presencia en las logias, según puede verse, por ejemplo, en los casos que -sin aludir a ello- registra J-A. Ferrer Benimeli en "Masonería española contemporánea". Cit., Vol. 1, pp 41, 48, 51, 56 y 68. Sin embargo, aunque en las listas de masones del Archivo General del Palacio Real (Papeles Reservados de Fernando VII, T 67, Fol. 195) figura un "Campo... 'Tesorero de Correos', que -dado el parecido de nombre y que de *Tesorero* pudo luego ser ascendido a *Director*- podría ser éste, no hemos podido verificar si era el llamado *Cicerón*, pues no constaba su nombre masónico. Había, sí, varios que tomaron el nombre de *Cicerón*, pero ninguno era José Campos.

prisiones ordenadas por el Gobierno con motivo de inofensivas conspiraciones absolutistas, y que se apresure a interponer su mediación benéfica para que don Matías Vinuesa y los demás infelices encarcelados por causa del ridículo plan descubierto el 21 de enero se libren, no sólo de ejecución capital, sino del largo cautiverio a que los condenará la pasión política"<sup>49</sup>.

Los "rumores de desaprobación" producidos por esta propuesta, que, según se informa, adopta la forma "reglamentaria", "para cumplir con los estatutos", fueron convirtiéndose en terrible tumulto con las acusaciones de que Monsalud hace objeto a aquella sociedad, dando ocasión a que "el *Venerable*", pidiendo moderación, recordase una y otra vez, que se hallaban "en un templo, en el santo templo abierto a las luces, a la honradez pura, a la filosofía pura, a los nobles sentimientos filantrópicos de la Humanidad toda, sin distinción de clases, iglesias, castas ni estados..."<sup>50</sup>. Pero la ficción que estas palabras de Campos encerrarían, si alguien se hubiera atrevido a decirlas en aquel lugar, aparece clara en el escaso efecto que producen y en la explicación que el mismo Galdós aporta como narrador ante el "escándalo inaudito" en que la discusión acaba: "Aunque lo normal en las *tenidas* era que se discutiera con tranquilidad, cuando la Congregación salomónica se alborotaba parecía un club de los más fogosos"<sup>51</sup>.

Junto a la pasión política y corrupta, característica de aquella sociedad, se indican a lo largo de la sesión diversas cuestiones y términos relativos al procedimiento. Así, por ejemplo, la asamblea desecha la propuesta de Monsalud votando "por esferas", que era el

---

<sup>49</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1483 y 1484.

<sup>50</sup> Esta forma de referirse a la logia evoca la empleada por Van Halen cuando -más sincero que Campos en cuanto a su finalidad política,- recuerda en sus Memorias que en 1817 "se levantó un templo a las luces y al patriotismo perseguido" y él *voló* "a sus aras". VAN HALEN, J.: *Narración...*, T I, p 39.

<sup>51</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1485 y 1486-1487. Los "ruidosos altercados" de que entonces "suelen ser teatro" "el Gran Oriente moderno, y sus logias", que reunían a "liberales de 1812 y de 1820", y la diferente orientación de esta masonería *moderna* y la de la *antigua* (afrancesada) son también señaladas en la breve *Historia de la Masonería*, manuscrita y anónima, que se conserva en A.G.P., *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, fols. 206-212, especialmente fols. 209-210. Véase también sobre ello COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 85-87, en que cita este Doc. y la *Noticia acerca de las sociedades secretas organizadas en España hasta el año 1823 y sobre las de Cataluña en particular*, conservadas también en A.G.P., *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, Doc. N° 9.

nombre dado "a las bolas", y pide airadamente que se formule "el acta de acusación" contra él y que se le *radie*, explicando luego que "*radiar* significaba dar de baja" y que conllevaba su inscripción "en el *Libro Rojo*".

Por otra parte, se advierte que los acuerdos de esta asamblea están supeditados a los de la *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*, cuyo resultado espera "Monsalud en la sala de *Pasos Perdidos*".

Al igual que la ordinaria, esta *tenida* parece representar un tipo. Es la correspondiente a cuestiones importantes y reservadas. La de aquella noche se explica porque "parece que en Palacio anda la cosa mal y que las Cortes nuevas no serán muy sumisas"; lo cual no sólo indica la relación con estos centros de poder sino que insinúa la *sumisión* a esta sociedad de las anteriores Cortes.

El rango masónico de los reunidos, señalado inicialmente con precisión por el técnico Canencia en el "grado 31", se identifica con el de "*Maestros Sublimes Perfectos*" o "*Valientes y Soberanos Príncipes*", pero no se dice que éste sea el grado máximo, sino que, con cierta cautela o ambigüedad, se emplea la expresión de que "la logia se iba a abrir en uno de sus grados superiores"<sup>52</sup>.

Señalando analogías y diferencias entre esta reunión y la anterior, dice Galdós, en su ya habitual tono: "Duró la reunión de los *padres graves* bastante tiempo, porque además de que en ella trataron diversos asuntos de política elevada, hubo admisión de un *hermano* que había recibido *aumento de salario*, es decir, ascenso en la escala masónica". Esta alusión al "*aumento de salario*" y el saber que dicho "*hermano*" era Pipaón proporcionan al lector una referencia sobre la *sublimidad* o elevación política de estas reuniones, pero ello se aclara, además, en otros sentidos al añadir: "La ceremonia de recepción en los grados superiores no era más seria que en el grado de aprendiz, y se hablaba mucho de la *Acacia*, de la *Sala de en medio*, de la *Luz opaca* y otras lindezas. Para explicarlas sería preciso entrar con brío en la leyenda del *Arte Real*; pero como ésta y cuanto a ella se refiere es

---

<sup>52</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1484, 1485, 1486, 1487 y 1488. La incertidumbre respecto al grado máximo existente en las logias masónicas españolas de aquella época parece mantenerse aun hoy día. Cfr FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española contemporánea". Cit., Vol. 1, pp 84 y 140-142.

fastidioso en grado sumo, nos limitamos a recomendar al lector se abstenga de perder el tiempo averiguando el significado de los millares de emblemas diversos usados por las 200 ó 300 disidencias o cismas del primitivo francmasonismo, entre los cuales el rito *escocés* y *aceptado*, que parece predominante en nuestros tiempos, tiene por liturgia un enredado berenjenal de alegorías, entre místicas y filosóficas, donde fracasa la más segura y sólida cabeza"<sup>53</sup>.

Las preocupaciones de estas *tenidas* de alto nivel se van concretando cuando el *Venerable* Campos, que había asistido a ella, conversa con Monsalud, el *secretario* Canencia y el ex secretario Regato en la *Cámara de Meditaciones* -comparada varias veces con una "sacristía" por la informalidad y distensión del ambiente<sup>54</sup>- y dice a Monsalud: "La *Cámara de Perfección* (...) no ha querido mostrarse severa contigo. Ha decidido que no seas *radiado* por ahora, y que, en vez de *dormir*, pidas una licencia ilimitada que se te dará". Se apunta así, en sus términos usuales, una función disciplinaria, influida, como el antes citado "ascenso", por cuestiones políticas y personales; pero, junto a ella -y a la vez que se informa de los problemas de entonces-, se destaca acto seguido el carácter político de sus debates cuando Monsalud insiste en preguntar si se han ocupado del caso Vinuesa y Campos contesta: "Nos ocupamos, si. El castigo de Vinuesa y sus cómplices es una de las cosas que más preocupan a la gente política. No han sido olvidados otros asuntos graves, como la disolución del cuerpo de Guardias, los insultos al Rey, las nuevas Cortes, que se abrirán dentro de unos días; la Sociedad de Los Comuneros, que está metiendo

---

<sup>53</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1488. También Ferrer Benimeli citando a Le Forestier, destaca en la "idiosincrasia de la Masonería escocesa" el estar "impregnada de misticismo y ocultismo" y el haber dado lugar a multitud de variantes dentro de esa misma orientación ocultista. Señala también que "La Reforma escocesa (...) se caracterizaba por la pretensión de ser descendiente de los templarios y por la afirmación de la existencia de los famosos y misteriosos Superiores Desconocidos". Lo primero significaba para algunos la obligación de vengar a los templarios contra "el Papado y la Monarquía Capeta"; lo segundo dio lugar a que se acusara a los Jesuitas de haber inventado este mito y fundado el escocismo para dominar a la masonería y, por este medio, gobernar el mundo. FERRER BENIMELI, J.A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Cit., pp 43-47, especialmente p 44, en que cita a Le Forestier: "*L'Occultisme et la F.M. écossaise*" (París, 1928), 199; "*La F.M. occultiste en XVIII<sup>e</sup> siècle et l'ordre des élus coëns*" (París, 1928), y "*La F.M. templière et occultiste aux XVIII<sup>e</sup> et XIX<sup>e</sup> siècles*". Louvain, 1970.

<sup>54</sup> El "ceremonial", según Alcalá Galiano, se había "omitido enteramente" "en el cuerpo gobernador", *Recuerdos de un anciano*. Cit., T I, p 186.

demasiado ruido, y las partidas de guerrilleros que comienzan a aparecer. Es un hormigueo de asuntos graves, que hacen de España un país de delicias". Se tiene la sensación de que tal reunión es uno de esos *Gobiernos ocultos* que, según hace Alcalá Galiano de forma más expresa y reiterada, contrapone Galdós al constitucional, señalando a la vez su común ineficacia, al responder Monsalud: "-Por supuesto, no habrán resuelto nada. **Los Maestros Sublimes Perfectos se parecen al Gobierno como una calabaza a otra.** Aquí como allí se procede de la misma manera. Habrán decidido -dice- que no conviene absolver a Vinuesa, ni tampoco condenarlo; que no conviene castigar a los insultadores del Rey, ni tampoco alentarlos; que el cuerpo de guardias está bien disuelto, pero que se debe crear otro; que la mejor manera de acallar el ruido que hacen los comuneros es alborotar mucho aquí -se refiere al Grande Oriente-; que las nuevas Cortes -las que se iban a abrir aquel uno de Marzo- no son buenas; pero tampoco malas, y que la política debe ser exaltada para contentar al populacho, a al mismo tiempo despótica para contentar a la Corte"<sup>55</sup>. Pero además, la presumible acción perturbadora del alto cuerpo masónico respecto del Gobierno oficial tiene una especie de réplica, dentro de la masonería, en reuniones no estatutarias que, a su vez, tendían a decidir lo que había de hacerse en estas sociedades secretas. A ellas nos referiremos luego para indicar las acciones que se les atribuyen y el deterioro que representan, pero se incluyen aquí como una modalidad de reuniones en que Galdós parece señalar una responsabilidad especial.

*Las reuniones en camarilla* se presentan por Galdós como un hecho que alcanza a diversas instituciones públicas y privadas de la España de entonces, y de ahí que su referencia, además de al Gobierno, se hace por igual a las dos principales sociedades secretas existentes en 1821, asegurando, como narrador, que tanto "la alta dirección (...)

---

<sup>55</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1488 y 1489. Sin negrilla en el original. La contraposición hecha por Alcalá Galiano entre "Gobierno legal" y "gobiernos ocultos", refiriéndose con estos últimos a los ejercidos por el Grande Oriente y por los Comuneros, se reitera constantemente con muy diversas expresiones, pero siempre apunta al mismo hecho: dice, por ejemplo, Galiano, que los masones habían introducido "en el Estado un gobierno al cual obedecía el gobierno público o legal" y que, en 1822, "las Cortes mismas, como el Ministerio, habían venido a ser poco más que ejecutores de lo que disponían las sociedades secretas, o digamos de lo que dictaba la más antigua de éstas". ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 178, 179, 180 y 181. Entre las numerosas expresiones equivalentes pueden verse algunos ejemplos en *Ibidem*, pp 167, 168, 176, 182, 185 y 188.

de los masones", como la "de la Comunería", "estaban (...) en un pequeño Consejo (...). Hemos presentado en otro libro -añade Galdós, refiriéndose a "Memorias de un cortesano de 1815",- la camarilla de Palacio (...), tócale ahora a su vez a las camarillas populares, poderes igualmente misteriosos y perturbadores; y la dificultad de nuestro trabajo aumenta -sigue diciendo-, porque las camarillas eran dos: la del populacho o de los patriotas, y la de los constitucionales o moderados"<sup>56</sup>.

Dejando para luego la primera de éstas, a la que Galdós se refiere en relación con los Comuneros, parece conveniente avanzar ya algo de lo dicho sobre la segunda: "*Camarilla constitucional*.- Reuníase casi siempre en el Grande Oriente, con asistencia de muchos hombres que se tenían por lumbreras, de otros que realmente lo eran, y de muchos que si carecían de orgullo o de mérito, cobraban buenos sueldos en las oficinas nacionales." Su carácter restringido se destaca al indicar que en la sesión vista por Galdós "la camarilla (...) estaba formada por seis individuos, nada más". Por otra parte, dando pistas sobre su identidad, su rango social y el carácter informal con que se reunían, añade Galdós: "Los de la camarilla reuníanse en la logia; pero familiarmente y sin ceremonia de rito, -y repitiendo la imagen antes aludida concluye:- como clérigos en la sacristía. De los seis -dice- cuatro eran diputados; y de éstos dos habían sido ministros y uno lo fué en aquellos días. De los dos restantes, uno casi no era masón, hallándose en la categoría de *durmiente*, y el otro era Campos"<sup>57</sup>.

Aunque Galdós sólo da los nombres propios de Campos y, luego, del entonces "ministro de la Gobernación", "don Mateo Valdemoro", del texto se desprende que los otros cuatro eran, muy probablemente, Alvaro Flórez Estrada, que entonces tenía 55 años y del que dice Galdós que era "un viejo alto y flaco, nervioso y lleno de vivacidad, que respondía

---

<sup>56</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1534.

<sup>57</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1538. Si se tiene en cuenta que la Constitución de 1812 prohibía ser ministro y diputado al mismo tiempo y que entre estos *cuatro* diputados incluye Galdós, según aclara luego, al *ministro* de la Gobernación don Mateo Valdemoro, resulta evidente que estos datos no pretenden ajustarse a la realidad y que tienden más bien a dar idea de la elevada categoría sociopolítica de los reunidos. No los tomaremos, pues, al pie de la letra, aunque aprovechamos, como vamos a ver, algunas de las pistas que contienen.

entre los masones al nombre de *Coriolano*, y era célebre por un folleto contra los absolutistas -cuya autoría le había atribuido Galdós en "La segunda casaca"- y varios escritos de Economía política<sup>58</sup>; el poeta Manuel José Quintana, cuya descripción evoca la hecha bajo este nombre en el Episodio Cádiz, y al que Galdós -eliminando toda duda- atribuye un párrafo de las "Cartas a lord Holland" -que efectivamente se halla en la "Carta quinta"<sup>59</sup>- e indica que "allí dentro le llamaban *Pelayo*", que, según se sabe, es el título de otra de sus obras<sup>60</sup>. Los dos restantes se dicen Anilleros y por sus descripciones parecen ser, uno F. Martínez de la Rosa, del que Galdós, dando como pistas su edad y otros caracteres, dice que era un "joven de treinta y tres años alto, elegante, fino, airoso. Sus modales y su vestido eran, como su estilo, la corrección misma. Su rostro morenísimo y su gran boca dábanle aspecto de fealdad; pero tenía la belleza de la expresión y un claro sello de hidalguía y caballerosidad que cautivaba. Sus ojos eran negros y vivísimos, llenos de esa luz particular que indica poderosa erección de la fantasía; sus cabellos, alborotados y fuertes, algo parecidos a los de Chateaubriand, rodeaban una espaciosa y limpia y celeste frente, emblema del privilegiado artista. Era su voz grave y persuasiva, y si su estilo carecía de arrebato, tenía en cambio la serenidad más simpática y un acento que subyugaba oídos y corazones"; y, el otro, el conde de Toreno, José M<sup>a</sup> Queipo de Llano, que sería

---

<sup>58</sup> "El Grande Oriente", Cit., p 1539. Hay que señalar, sin embargo, que en este caso hay cierta duda, ya que el nombre atribuido, acertadamente o no, al "Diputado a Cortes", "D. Alvaro Flores Estrada" -con esta grafía- en la "Lista de los Masones hallados..." existente en el Archivo General de Palacio (Papeles Reservados de Fernando VII, T 67, Doc. N° 7, fol. 159 v) es "Astur" -que evoca su condición de asturiano- y no *Coriolano*. Este nombre aparece atribuido en dicha lista a otros (Ibíd., fols. 159 v, 171 v, 172, 180 y 198), pero ninguno de ellos se llama Alvaro Flores Estrada ni figura como "Diputado a Cortes". Hemos pensado también en José Canga Argüelles, por sus escritos sobre economía y su condición de ex ministro, pero, además de parecer menos ajustado a otras condiciones, no figura en dicha relación de masones.

<sup>59</sup> Quintana, M.J.: O.C., Atlas, Madrid, 1946, T II, p 555.

<sup>60</sup> Ibíd., pp 58-73. Es indudable, pues, que Galdós se refiere aquí a Manuel José Quintana. Pero tampoco este nombre aparece en la citada lista conservada en el *Archivo de Palacio*, aunque son muchos los que adoptan como masones el nombre de Pelayo. Hay, si, un "D. José Manuel Quintana", "Secret<sup>o</sup> de la Interpret<sup>o</sup> de Lenguas", que, salvo el cambio de Manuel-José por José-Manuel, podría corresponderse con él, pero el de la lista toma el nombre de *Cenón*, y no *Pelayo* como el de Galdós.



el que, según dice Galdós, "casi no era masón, hallándose en la categoría de *durmiente*"<sup>61</sup>.

Resulta, pues, que entre esta *camarilla*, en la que parece situarse más propiamente lo que Alcalá Galiano llama el gobierno oculto, y los poderes constitucionales existía un oscuro entrelazamiento que, pese a su carácter extrainstitucional, y a veces por él, permitía a sus integrantes potenciar su influencia en el Gobierno y en la logia.

Por otra parte, se insinúa que en esta camarilla se hallaban los masones cuya extracción sociopolítica, tendente a consolidarse por este medio, era entonces más elevada. Ello nos conduce a algunas consideraciones en relación con este aspecto del tema.

### 3.1.1.1.5. Composición social, influencia y tendencias políticas

Cuando Galdós se refiere a los *hermanos* asistentes a la *tenida* ordinaria antes aludida, señala, por una parte, su diversidad, puesto que "los había de todas clases, edades y figuras", y, por otra, la presencia especial -por su abundancia o su rareza- de ciertos grupos sociales, puesto que añade: "muchos militares, aunque sin uniforme, y no pocos clérigos, aunque sin hábitos"<sup>62</sup>.

Aunque Galdós sitúa en esta sociedad masónica gentes "de todas clases, edades y figuras" -y así lo implica también la antes citada alusión de Canencia a una "turbamulta ignorante e impresionable" a la que él deseaba manejar con el misterio de sus ritos-, suele atribuirle un claro carácter elitista. Regato, que había sido "secretario de la masonería

---

<sup>61</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1538-1543, especialmente las pp 1538, 1539 y 1541. El conde de Toreno se hallaría en la categoría de *durmiente* desde que, tras los sucesos de sept. de 1820, según indica Alcalá Galiano, se le expulsó del Grande Oriente junto con otros varios, que luego se reincorporaron a excepción de Toreno y Yandiola. Cfr. ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 98 y 112.

<sup>62</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1482. La presencia predominante de militares supone cierta continuidad de su liberalismo anterior a 1820; la de "no pocos clérigos" parece explicarse también por la oculta adhesión de algunos de ellos a la causa liberal, pero Galdós deja a veces abierta la posibilidad de una inercia relacionada con una imagen de la masonería más propia de épocas anteriores. El profesor Comellas, citando datos recogidos de las listas de afiliados a sociedades secretas conservadas entre los *Papeles Reservados de Fernando VII* existentes en el Archivo General del Palacio Real, destaca que la "cifra máxima" de masones corresponde en dichas listas a "la milicia (...), con un total de 889 nombres"; pero señala también la presencia de "190 clérigos sectarios, de ellos 73 masones y 95 comuneros", cuya distribución explica la preferencia del "bajo clero" por la comunería. "El Trienio Constitucional", Cit., pp 75-76.

durante cinco meses" y debía, por tanto, conocerla, se sorprende en su citada liquidación de cuentas con Canencia de que hubiera tanta "calderilla" y, en el tono de verdad y confianza propio de excompañeros *en sacristía*, exclama: "Parece mentira que una **hermandad tan ilustre**, a la cual pertenece **tanta gente adinerada**, no ponga más que estos miserables huevecillos"<sup>63</sup>.

La presencia de artesanos en el Grande Oriente de 1821 se explica en parte por el deseo de "empleos públicos", pero sus preferencias parecen dar lugar a que, según dice Campos a Monsalud, tras colocar sucesivas *hornadas*, "al punto nos conquistan Los Comuneros el nuevo personal"<sup>64</sup>.

Por el contrario, "el atractivo del Orden masónico" entre las clases medias altas, sea por su filantropía, "misterio", ceremonias, ritos o utilidad, se manifiesta, de modo claro y concluyente, en el siguiente texto, que Galdós avala como narrador: "En la masonería había, según los datos más verosímiles, 52 diputados. De los ministros, la mitad por lo menos cargaban el mandil. Pocos eran entonces los hombres notables, por su talento oratorio o por su pluma, que no doblasen la cerviz ante el misterio eleusíaco y muchos, que después han figurado en los partidos reaccionarios, adoraron la *Acacia*. Tal fué el atractivo del Orden masónico, que aun se dice trataron con él clérigos no apóstatas y un general de franciscos que después fué arzobispo." Introduce aquí Galdós una nota indicando que "Fray Cirilo de Alameda desmintió de un modo categórico la aseveración de Galiano" -de quién, según esto, lo tomó él<sup>65</sup>- y continúa en la forma siguiente: "Para que nada faltase, los del *Arte-Real* vieron en las logias a un Infante, que recibió el nombre de *Dracón*, con la risible particularidad de que le llamaban *Bracón*. Un general muy célebre era designado *Bruto II*. Puede dudarse que el mismo Fernando VII *recibiese salario* masónico; pero no que los nombres más ilustres y respetables del presente siglo, los nombres de Argüelles, Calatrava, Quintana, San Miguel, Flores Estrada, Galiano y otros

---

<sup>63</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1492. Sin negrilla en el original.

<sup>64</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1515.

<sup>65</sup> La "aseveración" de Alcalá Galiano se halla, efectivamente, en sus "Memorias". Cit., T II, p 103.

figuraban en las listas de *Maestros*, siendo probable que todos fueran *Sublimes Perfectos*"<sup>66</sup>.

Junto a estos nombres, los "más ilustres y respetables", se asocian repetidamente a la masonería los de Feliú, Valdés, duque del Parque y otros, como Campos, cuya probable condición de *Maestros Sublimes Perfectos* se insinúa indicando varias veces que, tanto unos como otros, "entraban" al terminar la *tenida* ordinaria y dando a entender que iban a asistir a la *tenida* restringida al "grado 31" que estaba a punto de empezar<sup>67</sup>. Concluida la reunión, Campos alude constantemente -tres veces en seis líneas- a la presencia en ella del "Ministro" (Feliú), y el mismo Galdós indica que Campos, por su condición de *Venerable* del Grande Oriente, tenía "familiaridad con ministros, generales y consejeros"<sup>68</sup>.

De todo ello se desprende que la orientación política de esta sociedad coincidía sustancialmente con la del Gobierno moderado, algunos de cuyos ministros asistían a las *tenidas* y se hallaban presentes en la que Galdós llama "*Camarilla constitucional*", que se reunía "casi siempre en el Grande Oriente" y que, aunque contuviera diferentes tendencias o matices, se identifica como "de los constitucionales o moderados". Es significativa en este sentido la afirmación, antes citada, de que "en la masonería había, según los datos más verosímiles, 52 diputados" y que "de los ministros, la mitad por lo menos cargaban el mandil". Su signo moderado se manifiesta, además, expresamente a través de Monsalud, que, habiéndose producido ya la separación de Los Comuneros, se dirige a la asamblea del

---

<sup>66</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1538. Parece presumible que esa *célebre general* a que alude Galdós sea el que figura como "conde del Abisbal", "Inspector Gral. de Infantería", que toma, efectivamente, el nombre de "Bruto 2º" según la "Lista de los Masones hallados que componen varias Logias de Madrid y otros puntos; extendida por el orden Alfabético" (Sic), (A.G.P., *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, Doc. N° 7, folios 158-205, especialmente folio 163 vuelto); pero con el nombre de "Bruto 2º" figuran también en esas listas "D. José Soto", "Capitán del 2º de Guardias"; "D. Miguel Poyatos y Bilches", "Capitán de Mallorca"; y un apellidado "Castellar", "Subsecretº. del Ministº. de G. y J." (Ibíd., fols. 172, 181 y 194 v.); por otra parte, el nombre de *Bruto 1º*, *Bruto 3º*, o simplemente *Bruto* es adoptado por muchos otros (Véase, por ejemplo, Ibíd. fols. 162 v, 168, 169 v, 170, 171 v, 173, 176, 177, 180 v, 181, 196, 197 y 198.), entre ellos nombres tan célebres como los de "D. Antonio Quiroga", "Diputado a Cortes"; "D. Manuel Beltrán de Lis" (sin indicar profesión); y "D. Ramón Narváez", "Alférez del 2º de Guardias", que toman el de *Bruto* a secas (Cfr. Ibíd., fols. 160 v, 183 v y 188).

<sup>67</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1487-1488.

<sup>68</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1490 y 1483.

Grande Oriente diciendo: "Señores masones, o señores liberales templados, que ahora todo viene a ser lo mismo"... Es el mismo signo de que, desde un punto de vista *exaltado*, aunque fuera fingido, les acusa Regato, que asegura a Campos, Canencia y Monsalud -conocedores de la logia- haber fundado la sociedad de Los Comuneros para luchar contra la tibieza del Grande Oriente, cuyas manifestaciones enumera en la forma siguiente: "queremos separación eterna, irreconciliable, de los que desterraron a nuestro querido héroe, de los que contemporizan con la Corte y la Santa Alianza, de los que disuelven el ejército libertador de los que persiguen a las sociedades patrióticas de *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, de los que hacen la mamola a los obispos y al Papa, de los que ponen dificultades a la organización de la Milicia Nacional; la separación eterna de los que en una mano tienen el libro de la Constitución y en otra el cetro de hierro del *Rey neto*"<sup>69</sup>.

El mismo entrelazamiento de los poderes públicos constitucionales y los del Grande Oriente reflejan, además del signo, la intensidad de la influencia ejercida, que, por otra parte, veíamos antes destacada por Galdós al considerar a esta sociedad "una poderosa cuadrilla política (...) un centro colosal de intrigas (...); una máquina potente que movía tres cosas: Gobierno, Cortes y clubs", aunque, según dice, apuntando a oscuras manipulaciones, "dejábase mover a menudo por las influencias de Palacio".

La influencia de esta sociedad sobre el Gobierno oficial se muestra decisiva cuando Canencia, animando a Monsalud a hacer su citada petición en aquel "templo", le dice con intencionada expresión bíblica: "Ya sabes que lo que aquí se ata, atado será en el Gobierno, y lo que allá dentro desatemos, desatado será... allá arriba"<sup>70</sup>.

Pero en el bloque masónico, inicialmente apiñado contra el absolutismo, se habían ido produciendo disensiones respecto a problemas como los recién aludidos en las palabras de Regato, y, tras algunos enfrentamientos en las Cortes, en la calle y en las sociedades *patrióticas*, se fundó en enero de 1821 la sociedad de Los Comuneros y, poco después, -en forma menos notable-, la de los Anilleros.

---

<sup>69</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1486 y 1493.

<sup>70</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1482.

Prescindiendo de envidias y móviles interesados, a los que también alude Galdós, la razón ideológica de estas escisiones se plantea, en una contraposición que matiza lo ya dicho sobre el Grande Oriente y presenta las diversas fuerzas en juego, de la forma siguiente: "Los comuneros querían reformar la Constitución, porque no era bastante liberal todavía. Los ministeriales (nos referimos -dice Galdós- a la primera mitad de 1821) o doceañistas, o si se quiere, los masones, convencidos de que su Constitución era la mejor de las obras posibles y que la mente no concebía nada más perfecto, querían que se conservase intacta y sin corrección ni reforma, como la Naturaleza. De repente apareció un tercer partido, llamado de Los Anilleros, que quiso modificar la Constitución en sentido restrictivo, aspirando a una especie de transacción con la Corte y la Santa Alianza. Sobre estas tres voluntades giraba aquel torbellino, que empezó con una sedición militar y terminó con una intervención extranjera"<sup>71</sup>.

Según puede verse, aunque Galdós se refiere especialmente a las sociedades secretas no olvida la presencia, en el juego de fuerzas políticas, de la *Corte* absolutista y de la *Santa Alianza*, a cuya acción aluden, sucesivamente, los títulos de sus dos siguientes Episodios; ni tampoco de la decisiva fuerza *militar*, a cuya *sedición* se había referido en "La segunda casaca". Con esta fuerza "empezó" el Trienio que luego "terminó con una intervención extranjera", -también militar- y quizá más *francesa* que de la Santa Alianza. Sin embargo, lo esencial aquí son esas "tres voluntades" liberales: de los "masones", ya analizada, y de Los Comuneros y Anilleros, que se tratan a continuación<sup>72</sup>.

### 3.1.1.2. Los comuneros

En términos generales, aparecen como una respuesta de signo *exaltado* y españolista frente al moderantismo o "doceañismo fanático" que, según dice don Patricio, predomina

<sup>71</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1518.

<sup>72</sup> En lo que a los Comuneros se refiere, la anterior afirmación de Galdós evoca lo que Vayo dice de los exaltados: "... no pareciéndoles el código de 1812 bastante democrático pretendían reformarle en sentido republicano, despojando al trono de la prerogativa (Sic) de rehusar dos veces la sanción de las leyes". Op. Cit., T II, p 249.

en el, relativamente exótico, Grande Oriente masónico.

Así lo refleja la inicial e idealizada presentación que el bueno de don Patricio, comunero ya, hace de su sociedad, a la vez que invita a Monsalud a ingresar en ella, en la conversación que mantiene con éste en su escuela el día 5 de febrero de 1821: "...todos somos caballeros. Llámase nuestro jefe *El Gran Castellano*; la Confederación -dice, señalando con claridad la gradación de su estructura,- se divide en *Comunidades*, éstas en *Merindades*, éstas en *Torres*, y las *Torres* en *Casas-Fuertes*. Todo es caballeresco, romancesco, altisonante. Si la masonería tiene por objeto auxiliarse mutuamente en las pequeñeces de la vida, nosotros nos *reunimos* y nos *esparcimos*, asimismo se dice..., para *sostener a toda costa los derechos y libertades del pueblo español, según están consignados en la Constitución política, reconociendo por base inalterable su artículo 3º*. Nada de empeñitos; nada de lloriqueo de destinos, ni de asidero de faldones. El artículo 17 del capítulo 2º dice que ningún caballero *interesará el favor de la Confederación para pretender empleos del Gobierno*. ¿Qué tal? Esto se llama catonismo. ¡Hombres incorruptibles! ¡Pléyade ilustre! Tenemos Código Penal, alcaides, tesoreros, secretarios. Nuestras logias se llaman *Fortalezas*, a las cuales se entra por puente levadizo, nada menos. La admisión es peliaguda. Está mandado que al iniciar a alguno no se revele nada del objeto y modo de la Confederación; pero yo le digo a usted todo, todito, porque confío en su discreción y prudencia"<sup>73</sup>.

Su relativo radicalismo liberal, contrapuesto ya al moderantismo por Galdós y don Patricio, es reiterado nuevamente por Regato, que, fingiéndose *exaltado*, afirma, como conclusión de lo dicho en su reunión informal del Grande Oriente, que este radicalismo es lo propio y honroso del "Orden de Padilla, (...) la Confederación de Padilla, que hará en España la revolución verdadera, que establecerá el sistema constitucional en toda su pureza

---

<sup>73</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1464-1465. Todo ello es conforme con lo dicho en el ejemplar de los *Estatutos de la Confederación de CC. Comuneros españoles* que se conserva en el Archivo General del Palacio Real de Madrid, *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, Doc. Nº17, fols. 252-271. Lo puesto por Galdós en cursiva se corresponde literalmente con el texto de dichos Estatutos salvo que en éstos (Art. 3º) se dice "Constitución política de la Monarquía" donde Galdós dice sólo "Constitución política" y que el Art. 17, al prohibir que se pida el favor de la Confederación para pretender empleos, añade: "ni de ningún Comunero". (Ibidem, fols. 253 y 254 v.)

y pondrá fin al reinado de los pillos e hipócritas"<sup>74</sup>. Ya entonces insinúa Galdós la intención manipuladora de "don José Manuel Regato", al que presenta indicando que "hombre tan célebre merece algunas líneas", aunque sin decir todavía que esa celebridad se debía a su condición de agente secreto de su Majestad. "Era -dice Galdós- de mediana edad y fisonomía hartamente común: ni alto ni bajo, moreno y curtido el rostro, a excepción de la frente, que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cerdoso indicaban fortaleza. Había en sus ojos la vaguedad singular propia de los tontos o de los que aparentan serlo, y a menudo reía, como tributando de este modo complaciente lisonja a cuantos le dirigían la palabra. Vestía completamente de negro, asemejándose por esta circunstancia a una persona de estado eclesiástico; afectaba la más refinada compostura, y al mirar contraía los párpados a manera de los miopes. Si los abría en momentos de sorpresa, de miedo o de ira, distinguíanse los verdosos y dorados reflejos de su iris, muy parecido al de los gatos. Cuando quería hablar algo de interés, iba acercándose poco a poco al asiento de su interlocutor, y su manera de acercarse, su especialísima postura al sentarse, arrimando el codo o el hombro a la persona, eran fiel copia de los zalameros arrumacos del gato. Muchos habían observado esta semejanza, y hasta en el apellido de Re-gato, es decir, reiteración en las cualidades gatunas, hallaban motivo de burla los maliciosos"<sup>75</sup>.

---

<sup>74</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1493.

<sup>75</sup> "El Grande Oriente" Cit., T I, p 1491. Esta imagen se va completando luego en lo espiritual con una serie de observaciones que, según iremos viendo, se corresponde con lo dicho por Vayo (Véase, por ejemplo su Op. Cit., T II, p 231) y por Vicente de la Fuente. Este, citando a "los escritores liberales" -entre ellos a Vayo-, viene a indicar que Regato "era un realista encubierto que exageraba en sentido revolucionario para desacreditar la revolución" ("Historia de las Sociedades secretas...", Cit., T I, (1870), p 360; sin embargo, esta idea central adquiere un matiz distinto cuando V. de la Fuente asegura que J. M. Regato sirvió muy bien a los *realistas*, pues esto se acercaría más a la venalidad que al absolutismo, según parece insinuarse al añadir que Regato era un "tipo notable del espía doble y del revolucionario vendido al realismo"; pero V. de la Fuente da a entender que Regato, cualquiera que fuera su móvil, estaba ya vendido a Palacio "en los años anteriores al levantamiento de Cádiz", desaca su actuación de agente *realista* provocador -a quien "Fernando VII le pagaba muy bien"- durante el Trienio y señala que, al terminar este periodo, "cuando los comuneros y francmasones tuvieron que emigrar, Regato se quedó tranquilo en casa comiendo el premio de sus buenos servicios" (FUENTE, V. de la: Ibídem, pp 370 y 371). En nuestros días, el profesor Pegenaute atribuye a Regato el "liberalismo" que Galdós le niega; considera "que no es posible demostrar una indiscutible vinculación secreta entre él (Regato) y el Rey con el objeto de servir la causa realista"; y, aun reconociendo que el proceso seguido contra Regato en Sevilla a principios de 1824 fue interrumpido expresamente por Su Majestad con orden de ponerlo en libertad, afirma que esto se debió a una  
(continúa...)

Su importante presencia en las más oscuras y violentas acciones comuneras viene a reflejar el interés que a Palacio atribuye Galdós en este tipo de acciones, constantemente condenadas ante sus lectores al mismo tiempo que, según vamos a ver, se ocupa de este y otros aspectos de aquella sociedad.

### 3.1.1.2.1. La sede comunera en Madrid

Es lo primero que Galdós señala, en una mezcla de breve historia y connotaciones emotivas del lugar y del edificio, al ocuparse expresamente de la comunería: "En la calle que hoy se llama de Isabel la Católica, y antes de la Inquisición, pasando así bruscamente del nombre más horrible al más hermoso, hay una casa, que hoy lleva el número 25 y antes tenía el 2, edificio perteneciente en su juventud al conde de Revillagigedo y que después fué Conservatorio de Música y Declamación. Diversas oficinas se han sucedido en dicha casa, y hoy sirve de albergue, si no estamos equivocados, a una Dirección del ramo de Fomento. Pero lo más importante de este caserón, en su variada y larga historia, es que dentro de él estuvo la Asamblea de los Comuneros durante los tres *mal llamados*

---

#### <sup>75</sup>(...continuación)

oferta de información y futuros servicios hecha entonces por el reo -detenido en Sevilla el 31 de Dic. de 1823- y concluye que Regato fue un típico "conspirador profesional (...) al servicio de la facción que más y mejor le subvencionó". (PEGENAUTE GARDE, Pedro: "Trayectoria y testimonio de José Manuel del Regato". EUNSA, Pamplona, 1978, pp 279, 287 y 509-510). Queda la duda de si aquella prisión -tan tardía para tratarse de un comunero tan significado, que se hallaba por España, y por la Corte, en aquellos peligrosos meses solicitando y obteniendo licencias para trasladarse a Sevilla y percibir sus haberes de *Comisario ordenador* (Ibídem, pp 276 y 280)- no sería preparada para iniciar las "gestiones tendentes a averiguar las ramificaciones y actividad de *los revolucionarios*", que se le dicen encargadas por el Rey al ser puesto en libertad (Ibídem, p 288), pues estas gestiones se habían iniciado ya, "en virtud de una orden reservada", "en noviembre de 1823" (según Ibídem, p 24), cuando Regato se hallaba en Madrid, y tanto la *travesura* que a éste se atribuye (Ibídem, p 291) como la de Fernando VII -quizá *su mejor postor*- parecen hacerlo posible. Ello no es seguro; pero, según el mismo Pegenaute dice, "es fácil aventurar" que el viaje hecho, "la última semana" de Octubre, por Regato "a Madrid, donde residió aproximadamente un mes", se debió a los consejos de "Julián Larrea" para que se pusiera en relación con el Rey; y aunque en ello se apunte todavía la ocasión de hacerse perdonar, esto se lograría apelando a "sus últimos sevicios" (Ibídem, pp 276 y 279-280). Por otra parte, si había algo que perdonar -lo cual pudo pensar Larrea sin conocer la verdad- y, sin lograrlo, Regato fue preso e incautados *sus papeles*, el contenido de éstos no parece haberle perjudicado ante Fernando VII, que, tras conocerlos -y esta ocasión de conocerlos y verificar su fidelidad pudo ser un motivo de Fernando VII para prender por sorpresa a Regato-, le tuvo en adelante a su servicio, bien pagado, en calidad de confidente y policía secreto (Ibídem, pp 292-293). Muchas dudas, pues; pero todavía no cabe descartar que, según dijeron "los escritores liberales", y en especial Galdós, Regato fuera ya un *agente secreto del Rey* durante el Trienio.



años" <sup>76</sup>.

No deja de ser curiosa la proximidad de estas sociedades a su enemiga Inquisición: en una de esas simbólicas sustituciones que trae el cambio de los tiempos, los masones, según decía Galdós, se habían instalado en su antiguo edificio de la calle de las Tres Cruces, Los Comuneros en su antigua calle<sup>77</sup>.

Por otra parte, repitiendo el recurso de observador fantasma utilizado en el Grande Oriente, Galdós penetra en pos de Monsalud dentro de este edificio y, en breve descripción, indica poco después que "era el local grande y espacioso, consistente en una serie de salas abovedadas, a las cuales se descendía por media docena de escalones". Y, comparándolo con el ya descrito de los masones, añade: "Fobres farolillos, que aquí no cometían la fatuidad de llamarse *estrellas*, las alumbraban, y un sordo rumor de gente anunciaba desde el vestíbulo que la colmena se había llenado de zánganos"<sup>78</sup>.

### 3.1.1.2.2. *Naturaleza y organización caballeresca*

Galdós presenta siempre a esta sociedad como un grupo de oposición política organizado frente a los masones ministeriales de que se escinden, pero señala a veces en ella motivos menos altruistas que los citados por don Patricio: "Ya se habrá comprendido -dice- quiénes eran estos bravos hijos de Padilla. Cualquiera que haya vivido en España y prestado atención a sus cosas políticas comprenderá que en aquella época, como en todas, los descontentos y los cesantes, los atrevidos, los pretendientes y los envidiosos, que son siempre el mayor número, no podían tolerar que determinada pandilla gobernase siempre el país y las Cortes". Sin embargo, esto no es un cargo especial contra los comuneros sino contra las "cosas políticas" de España, pues pasaba "en aquella época, como en todas", y

---

<sup>76</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1517. Sobre esta localización puede verse la carta que el 7 de junio de 1876 dirige Galdós a Mesonero, ya citada respecto al Grande Oriente. (VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., pp 21-22.

<sup>77</sup> "Lo que asombrará más al mundo (...) -se dice, haciéndolo notar,- es saber que los masones tienen su logia en la casa misma de la Inquisición". "Memorias de un cortesano de 1815", Cit., p 1332.

<sup>78</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1518.

a la vez que sobre los comuneros, se siente intencionalmente proyectado sobre la España de 1876, cuando ya se iba difundiendo la doctrina canovista del **turno** pacífico de partidos, al añadir: "Esta afán de **renovación periódica** del personal político, que en otras partes se hace por razón de ideas y de aspiraciones elevadas, se suele hacer aquí, y más entonces que hoy, por el turno tumultuoso de las nóminas. Esto es -dice Galdós en 1876- una vulgaridad tan manoseada y ha trascendido de tal modo hasta llegar a las inteligencias más oscuras, que casi es de mal gusto ponerlo en un libro"<sup>79</sup>.

Esta sociedad sigue apareciendo como una clara contraposición al Grande Oriente cuando Galdós entra así en detalles: "Los comuneros, que nacieron del odio a los masones, como los hongos nacen del estiércol, creyendo que los ritos y prácticas de la masonería eran una antigualla desabrida, antiespañola, prosaica y árida, imaginaron que les convenía establecer un simbolismo caballeresco y nacional, propio para exaltar la imaginación del pueblo y aun de las mujeres, que por entonces tenían parte muy principal en estos lfos. Siendo la representación primaria de los masones un templo en fábrica, y los hermosos -(Sic) por *hermanos*-, arquitectos o albañiles, formaron los comuneros su partido de Comunidades, divididas en *Merindades*, *Torres* y *Casas-Fuertes*, y a sus logias llamaron *castillos* y a sus venerables *Castellanos*; *Alcaides* a sus vigilantes, y así sucesivamente. En los ritos y ceremonias modificaron todo lo que hay de teatral en la masonería, dándole forma caballeresca e ideando ilusorias fortalezas, puentes levadizos, barbacanas, recintos, salas de armas, cuerpos de guardias, almacenes de enseres y demás mojiganzas, todo creado por sus exaltadas fantasías, de tal modo, que más que militantes caballeros parecían rematados locos.

"Su color distintivo era el morado, así como los masones adoptaron el verde. La Asamblea general recibía el nombre de *Alcázar de la Libertad*, y el recinto donde se reunía, llamado *Plaza de Armas*, estaba adornado con embadurnados lienzos y telones, representando torreoncillos con banderolas patrioterías. El Presidente llamaba a los socios la *guarnición*, y a los neófitos *reclutas*. Abríanse y cerrábanse las sesiones con fórmulas

---

<sup>79</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1517 y 1518. Sin negrilla en el original.

que harían reír a la misma seriedad, siendo de notar principalmente el parrafillo con que se despedían después de discutir largamente sobre mil innobles temas sugeridos por el egoísmo, el hambre o la envidia: "Retirémonos, compañeros, a dar descanso a nuestro espíritu y a nuestros cuerpos, para restablecer las fuerzas y volver con nuevo vigor a la defensa de las libertades patrias"<sup>80</sup>.

En este mismo sentido se manifiesta clara y decisivamente, Alcalá Galiano, en cuyos "Recuerdos...", además de señalarse como "principio fundamental" el odio a la sociedad originaria, se refiere así la génesis de la nueva: "Dio nombre y correspondiente forma, o fórmulas, a la novel sociedad secreta (si es que de secreta merecía con exactitud el nombre) una idea de don Bartolomé Gallardo", miembro del Grande Oriente cuya "afición ardorosa a las cosas de su patria y lengua" le impulsaba a, sin salir del Grande Oriente, "españolizar más los nombres y símbolos de la que era propiamente una asociación de españoles constitucionales o liberales" y "había tomado de una antigua y extranjera nombres y ritos", aunque ya se hubiera añadido a éstos "algo peculiar de España". Pensó para ello Gallardo en "la guerra de las comunidades de Castilla, traída a la memoria de los españoles con ideas de amor y veneración (...) por la oda de Quintana a Juan de Padilla, y por la tragedia de Martínez de la Rosa, cuya heroína, que le da título, es la viuda del mismo famoso personaje". Comentó Gallardo "en conversaciones particulares" su idea de sustituir los "grados y dictados" del Grande Oriente "tomándolo todo de lo que habían sido los comuneros" y, conocida así esta idea, fue utilizada -con gran indignación de Gallardo, que los acusó de "que se apropiaban su invención", - por "quienes proyectaban una asociación entre secreta y pública, cuya índole y apariencia fuesen propias para captarse voluntades y encontrar secuaces, particularmente en el vulgo. Diéronse pues -continúa Alcalá Galiano-, los nuevos sectarios el nombre de comuneros, siendo en el uso común más corriente apellidarlos hijos de Padilla; y a sus sociedades particulares llamaron Torres. A esto

---

<sup>80</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1518. Sin negrilla en el original. La contraposición comunera de "orden contra orden y altar contra altar", su "imitación del orden masónico", aunque éste tomaba sus figuras y ritos "del girigay monacal y del ejercicio y profesión fabril" y los Comuneros de "ceremonias y formas caballerescas y militares"; su común *sigilo, sumisión a la jerarquía, egoísmo, intolerancia, ambición y sedición*, es destacada también por Quintana en la séptima de sus "Cartas a lord Holland", Cit., pp 569-570.

añadieron varios dictados de los cargos de la secta, insignias, ritos; todo ello -concluye- en parte remedo, pero asimismo variación, de los usos y formas del cuerpo de que se separaban"<sup>81</sup>.

Este "remedo" y "variación" puede seguirse igualmente, según vamos a ver, en otros aspectos.

### 3.1.1.2.3. *Ceremonial de alistamiento en Los Comuneros*

Viene a tener las mismas fases que el del Grande Oriente, cuya utilización como modelo se advierte bajo las nuevas imágenes y nombres.

Al referirse a él, Galdós sigue fielmente cada paso de los Estatutos, según puede verse comparando su texto y el de éstos, que, en lo que hace a este ritual, se halla recogido por Miraflores, como documento número XLV, bajo el siguiente epígrafe general: "Copia de varios artículos de la Constitución de la Confederación de Caballeros Comuneros y objeto de su Institución"<sup>82</sup>.

Sin embargo, Galdós sustituye aquí la descripción del acto en abstracto -empleada al

---

<sup>81</sup> ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 171, 179 y 189. La similitud que, en este y otros casos, existe entre ambos planteamientos viene a demostrar que -según hemos visto que indica él mismo- Galdós utilizó en 1876 como fuente los textos publicados por Alcalá Galiano en "*La América*" entre 1861-1864 y que después darían lugar, sin casi alteraciones, a los "*Recuerdos de un anciano*", editados en Biblioteca Clásica. Tomo VII, Madrid, 1878, según se indica en la edición de Atlas, 1955 (BAE). T I, pp XXVIII-XXXI, que utilizamos aquí. De modo parecido refiere Alcalá Galiano este mismo hecho en sus "Memorias", indicando que los masones descontentos del apoyo dado al Ministerio "pasaron a formar una asociación nueva, rival de la antigua, y con raras excepciones su accérrima (Sic) contraria", que "se apellidó de los Comuneros". En Obras escogidas. Cit., T II, pp 117-118. (Es indudable que Galdós leyó estas obras en su edición de 1886, que, según indicación de P. Faus Sevilla recogida en nuestras notas al resumen de *La Fontana de Oro*, se halla en su biblioteca "llena de acotaciones y subrayados", pero este empleo sólo se refiere, obviamente, a épocas posteriores).

<sup>82</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit. Tomo I de "Documentos a los que se hace referencia en los *Apuntes histórico-críticos* sobre la revolución de España", pp 313-321. La casi igualdad resalta especialmente en las pp 316-321, que tratan concretamente "*Del ceremonial para alistamientos*" y recogen, en secuencia continua, los artículos 51-70. Pero estos artículos se ven complementados por los 73, 74, 75 y 81, comprendidos en otro apartado que se titula "De los Alistamientos" y que también dan información recogida en parte por Galdós en su referencia a esta ceremonia. Ha de tenerse en cuenta, en todo caso, que estos estatutos son también reproducidos por Vicente de la Fuente en el Apéndice a su "Historia de las sociedades secretas...", que, según hemos indicado, utilizó Galdós. Se conservan también, impresos, según dijimos, en A.G.P., Papeles reservados de Fernando VII, T 67, Doc. N° 17, fols. 252-271.

referirse a la iniciación masónica- por el relato del concreto *alistamiento* de Monsalud, que sirve de ejemplo vivaz y claro de este ceremonial comunero a la vez que, según veremos, cubre otras necesidades expresivas de la acción.

Fracasado el intento realizado por Monsalud en el Grande Oriente para salvar de la cárcel a Gil de la Cuadra, padre de Solita, se puso de acuerdo con Regato para hacerse comunero y, unos días después de aquella borrascosa sesión, sobre "las diez de la noche, Salvador Monsalud, acompañado del señor Regato, penetró en el *Alcázar de la Libertad* de la calle de la Inquisición", al que ya nos hemos referido: "El ceremonial nos manda esperar aquí -dijo Regato a su recluta deteniéndose en la primera sala-. Voy a llamar al Alcaide". Galdós aprovecha "el breve rato de espera" o pausa psicológica que entonces se produce para señalar, junto a la amistad profesada a Monsalud por el exaltado don Patricio, cierto carácter especial en este ingreso, que, dado el simbolismo de Monsalud, parece implicar un acercamiento de la Revolución a los Comuneros. De ahí los aspavientos y "felicitaciones de don Patricio Sarmiento, que a la sazón entraba, y que atronó la estancia con sus gritos y encarecimientos por el feliz suceso de aquella iniciación". Pero, cual si Galdós quisiera mostrar a la vez la falta de sinceridad y entusiasmo de Monsalud, con lo que ello implica en el plano simbólico, añade: "Todo su porvenir caballeresco comunero diera el joven por sacudírsele de encima;" y, volviendo ya al ritual, continúa: "pero al fin sacóle de tan mal paso el Alcaide, apareciendo con Regato, y en seguida vendaron los ojos al recluta, mandándole que marchase apoyado en el brazo del comunero proponente.

"-¿Quién es?-preguntó una voz.

"-Un ciudadano -respondió Regato con toda la seriedad posible- que se ha presentado en las obras exteriores con bandera de parlamento a fin de ser alistado.

"La misma voz gritó:

"-¡Echad el puente levadizo!".

Permítasenos interrumpir el texto de Galdós para insistir en que todas estas operaciones y frases están descritas puntualmente en los Estatutos, si bien Galdós puede introducir algunos adornos literarios que, destacando o haciendo más comprensible la verdad histórica, animan también el relato. Por ejemplo, en el artículo 54 de los citados estatutos,

tras indicar que "se oirá una voz que mande echar el puente levadizo, y cerrar los rastrillos", se indica: "Esta operación se hará figurando ruido". Pues bien, Galdós describe así, entre aceradas ironías, lo sentido entonces por Monsalud: "Oyó entonces el neófito un espantable ruido que en derredor suyo sonaba, con tal estrépito, que no parecía sino que todos los alcázares y torres de España caían en ruinas; más no se turbó por esto su esforzado corazón, ni aun se le mudó la color del rostro, que para mayores trances tenía coraje y alientos el bravo recluta. Además, bien sabía él, como todos, que aquel rumor provenía de una plancha de hierro semejante a las que usan en los teatros para imitar los fragorosos ecos del trueno, y que el ruido de hierros y cadenas era producido por una sarta de cacharros que tras de la puerta agitaba bestial paleta, simulando de este modo con notoria perfección el acto de bajar el puente levadizo."

Por otra parte, recordando siempre el paralelismo de este ritual con el del Grande Oriente, sigue diciendo: "Quitáronle la venda; retiráronse Alcaide y proponente y quedó sólo con el centinela, que estaba enmascarado. Estaba en el *Cuerpo de guardia*, y allí, como en la *Cámara de Meditaciones*, debía el candidato reflexionar sobre su situación y contestar por escrito a varias preguntas referentes a las obligaciones y derechos del comunero. Monsalud observó el local, de cuyas paredes pendían varias armaduras mohosas y algunas espadas mojadas en sangre de cabrito, que para tan terrorífico uso suministraba un día sí y otro no el conserje de la Sociedad. Leyó los letreros conteniendo sentencias vulgares de la religión del honor, y se dispuso a tomar asiento junto a la mesa donde debía extender sus respuestas."

Llegado a este punto, Galdós introduce una nueva pausa que, con gran verismo, muestra la distancia existente entre la letra de los Estatutos y la realidad de aquella sociedad: "El centinela, que había permanecido tieso y grave, desempeñando su imponente papel, soltó de repente la risa y dijo al neófito: -¿También tenemos por aquí al señor Monsalud?"

Resulta que, según ocurriría muchas veces, el enmascarado y terrible centinela era su vecino, *Pujitos* en este caso, que, en conversación extraestatutaria, cuenta a Monsalud que ya va haciendo carrera allí, que es teniente de la Milicia nacional y que ya no hará más zapatos porque espera un buen destino. Monsalud, por su parte, critica la manipulación y

los osados afanes de medro, que el caso de Pujitos parece ejemplarizar, hasta que el curso del ceremonial le reclama de nuevo. El texto de Galdós, siempre cargado de significativas ironías, resume clara y fielmente el resto del rito: "Salvador escribió sus respuestas, que fueron llevadas a la *Plaza de Armas* para que las examinara la guarnición. No tardaron el Alcaide y el proponente en conducirlo, vendado otra vez, a la puerta de salón de sesiones, que estaba cerrada. Por dentro una voz gritó:

"-¿Quién es?

"'Esta voz, áspera y hueca como una campana rajada -dijo Monsalud para sí-, es la de Romero Alpuente.'

"Entretanto, el Alcaide respondía:

"-Soy el Alcaide de este castillo, que acompaño a un ciudadano que se ha presentado a las avanzadas pidiendo parlamento.

"-¡Por Dios, amigo Monsalud -indicó en voz baja Regato-, no se ría usted! Le suplico encarecidamente que sofoque toda manifestación de burlas. Usted no quiere creerme, y yo repito que esto es serio, pero muy serio.

"Abrieron la puerta de la *Plaza de Armas*, que más parecía bodega que plaza, con diversas series de asientos ocupados por los caballeros y un estradillo donde estaba el Presidente, teniendo detrás fementido torreón de lienzo embadurnado y un harapo que llamaban estandarte de Padilla, y una urna donde se debían colocar todas las cenizas de los comuneros que se pudieran haber.

"El Presidente le preguntó su nombre, edad, pueblo natal, empleo, profesión; luego le habló de las obligaciones que contraía y del valor y constancia que había de mostrar para desempeñarlas. Levantáronse en seguida los caballeros, y Monsalud vió que todos ellos tenían una banda morada en el pecho y una como espada o asador en la mano.

"-Ya estáis alistado -le dijo el Presidente-. Vuestra vida depende del cumplimiento de las obligaciones que habéis contraído, y vais a jurar. Acercaos y poned la mano sobre este escudo de nuestro jefe Padilla, y con todo el ardor patrio de que seáis capaz pronunciad conmigo el juramento que debe quedar grabado en vuestro corazón.

"Hecho lo que al neófito se le mandara, empezó éste la retahila del juramento, que

abrazaba diversos puntos y que concluía con la consabida conterilla que tanto ha hecho reír a la generación siguiente: 'Juro que si algún cab. com. faltase en todo o en parte a estos juramentos, le mataré luego que la Confederación le declare traidor; y si faltase yo, me declaro yo mismo traidor y merecedor de ser muerto con infamia por disposición de la Confederación de cab. com.; y para que ni memoria quede de mí después de muerto, se me queme, y las cenizas se arrojen a los vientos'".

Resumido así este, mucho más largo, juramento, cuyo final tanto se parece al de los masones -y cuyo texto completo puede verse en las citadas páginas de Miraflores-, Galdós continúa así su relato: "Cubríos -le dijo el Presidente- con el escudo de nuestro jefe Padilla.

"Tomó entonces el joven un mohoso broquel que le prestaron, y, cubierto pecho y cara con tal defensa, pusieron en él los demás comuneros la punta de sus espadas, mientras el Presidente dijo, entre otras majaderías:

"-Si no lo cumplís, todas estas espadas no sólo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que quedéis al descubierto, y os harán pedazos en justa venganza de tan horrendo crimen.

"Poseídos algunos caballeros, como gente candorosa, del papel que estaban desempeñando, hincaban con excesiva fuerza la punta de sus asadores o espadas en el escudo o sartén que resguardaba la cara y busto del joven. El señor Regato, temeroso de que por desmedido celo de los caballeros se agujerease el escudo y perdiera un ojo su ahijado, creyó necesario interrumpir por un momento la majestad del ceremonial diciendo:

-Cuidado señores, que es de hojalata -<sup>83</sup>-.

"La farándula -concluye Galdós- no había terminado aún, porque, tras la ceremonia del escudo, el Alcaide calzó la espuela al caballero, dándole espada y banda, con lo cual, y con acompañarle a recorrer las filas para que fuera dando la mano uno por uno a todos los

---

<sup>83</sup> Este hecho, que refleja nuevamente la distancia entre el ideal y la realidad y que, quizá para proporcionar a su relato el verismo propio de los testimonios personales directos, apoya Galdós con una nota que dice: "todavía vive un comunero que corrió igual peligro", es referido en todos sus detalles -salvo, naturalmente, el protagonismo atribuido a Monsalud y a Regato- por Vicente de la Fuente, que, recogiendo ese valor testimonial, empieza diciendo; "Hablándome de su recepción, un comunero arrepentido me contaba".... En "Historia de las Sociedades secretas...", Cit., T I (1870), p 369, nota nº 2.



confederados, el novel comunero descansó a la postre de tantas fatigas"<sup>84</sup>.

Acto seguido se produce una reunión en que Galdós parece mostrar quiénes eran los comuneros y cuál el desarrollo normal de una sesión ordinaria, que también aquí tendrá, como entre los masones, una especie de prolongación, aunque adaptada en este caso al talante comunero. Veamos en primer lugar quiénes eran, para facilitar la comprensión de los planteamientos políticos hechos en dichas reuniones.

#### 3.1.1.2.4. *Composición social*

Galdós, a través de Monsalud, describe así el heterogéneo conjunto de aquella asamblea: "Salvador observó la diversidad de fisonomías que presentaba en su innoble recinto la *Plaza de Armas*, y halló entre sus compañeros de caballería muchas caras conocidas. Algunos, pocos, eran diputados en el Congreso. Allí estaba también el célebre Mejía, que algunos meses después fundó *El Zurriago*. Aunque el elemento principal de la Sociedad era la juventud, había bastantes viejos, no todos tan inocentes como don Patricio Sarmiento. Milicianos nacionales los había por docenas; la gente de poca instrucción y de locos apetitos burocráticos imperaba y en todos los incidentes de la sesión salía a la superficie un espumarajo de patriotería gárrula, que era la fermentación de aquel elemento"<sup>85</sup>.

Parece claro que Galdós atribuye a los comuneros una extracción social más *baja* que a los masones. Mientras que entre éstos se destacaba la presencia de ministros, 52 diputados y, en general, altas y notables personalidades, en la asamblea comunera *predominaba* "la gente de poca instrucción", que se manifestaba con "patriotería gárrula". El apasionamiento irreflexivo asociado a la "juventud", la no siempre inocente presencia de que se acusa a algunos "viejos" y la contraposición de estos abundantes "milicianos nacionales" con los "muchos militares" citados en el Grande Oriente parecen apuntar en ese mismo sentido; pues, aunque en la Milicia hubiera gentes de elevado origen social,

---

<sup>84</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1518-1521.

<sup>85</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1521.

Galdós asocia a los milicianos comuneros con artesanos *reconvertidos* como *Pujitos* y otros semejantes. La presencia de artesanos en la asamblea comunera es destacada repetidamente por Galdós. Ya hemos visto antes que el masón Campos lamentaba que los artesanos colocados por ellos en diversos destinos públicos se les pasaban a Los Comuneros; cuando don Patricio interviene en la aludida reunión, destaca nuevamente ese hecho: "Vuelvo los ojos en torno mío, y veo zapateros, sastres, talabarteros, comerciantes, taberneros, colchoneros y otros artífices, gente toda muy honrada, muy patriota, muy digna, pero que no está versada en la historia romana".

No se excluye la pertenencia a esta sociedad de algunas personas notables del momento, e incluso se citan -para aclarar que no participaban en los turbios manejos atribuidos a Regato- "20 diputados comuneros", algunos "periodistas" y "cargos oficiales en la Asamblea de Padilla" que se suponen de extracción social y cultural relativamente altas, pero estas se muestran más bien excepcionales que características<sup>86</sup>.

La imagen que de Los Comuneros proporciona Galdós en este aspecto se ve plenamente confirmada en nuestros días por Iris M<sup>a</sup> Zavala, cuya opinión es que "no hubo homogeneidad social entre los comuneros; sus directores (...) -dice-, venían de las profesiones liberales, pero los militantes provenían de las filas de los artesanos, obreros y pequeños propietarios"<sup>87</sup>.

También Alcalá Galiano, una de las fuentes a que alude Galdós, se había manifestado en este sentido al conceder, displicente, en sus *Recuerdos*, que "uno u otro nombre de personaje distinguido contribuyó, desde luego, al lustre e importancia de los comuneros", asegurando -según destacará repetidamente Galdós por sus sombrías implicaciones- que "ocupaba entre ellos uno de los primeros puestos Regato", y añadiendo luego los de "don José María Torrijos", "el brigadier Palarea", "general Ballesteros", "el anciano Romero Alpuente", que "adquirió desde su entrada en el gremio de los de la misma comunión política cierto puesto, como de maestro y personaje venerado", "Moreno Guerra", que

---

<sup>86</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1522, 1534 y 1535.

<sup>87</sup> ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 121-122.

"parecía naturalmente llamado a tal milicia", y "el diputado a Cortes don Francisco Díaz Morales", al que estima "inclinado a mezclarse con la plebe", a "todo alboroto", y que "trasplantó a España vástagos de otra sociedad extranjera", los carbonarios, "que procuró enlazar con los comuneros"<sup>88</sup>. Estos dos últimos, estarían entre los "fundadores", que, según Iris M<sup>a</sup> Zavala, "fueron José Moreno de Guerra, Francisco Díaz Morales, diputado por Córdoba, Nicolás de Santiago Rotalde, Ramón Salvato y Antonio Gironella, de Cataluña"<sup>89</sup>.

### 3.1.1.2.5. Una sesión ordinaria: talante y posiciones políticas comuneras

Hablamos de sesión ordinaria porque ni en su modo de reunión ni en su desarrollo presenta Galdós motivos o procedimientos especiales y todo tiene el aire de lo cotidiano y habitual, por extraordinarios que, en muchos aspectos, puedan parecer sus debates. Podría decirse que Galdós muestra tácita pero intencionadamente la habitual exaltación de aquella asamblea, o, si se quiere, el comportamiento ordinario y previsible de los

<sup>88</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 171-172.

<sup>89</sup> Cfr. ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 73 y 74. Ello no parece claro, sin embargo. Esta autora cita como fuente la "Noticia acerca de las sociedades secretas organizadas en España hasta el año 1823 y sobre las de Cataluña en particular", cuyo texto, que incluye como "Documento X", dice, sin embargo, respecto a los "Comuneros": "Sus fundadores fueron Moreno Guerra, Díaz Morales, Regato, Rotalde y Jonama" (Sin duda por error, I.M. Zavala sitúa este Doc. en "Archivo General de Palacio, Papeles de Fernando VII, tomo XVIII", siendo el 67 el tomo en que se halla). Cita también una "Carta del prefecto de la Policía francesa, 1824" al "ministro del Interior" (ANP - Archive National de París-, F7 6684), "Documento XI" de I.M. Zavala, en que corrigiendo "algunos errores" de los periódicos franceses (el *Memorial Católico* y *El Cotidiano*) que dan como fundadores a estos mismos más Romero Alpuente, se asegura que los verdaderos fundadores son "Arrieta, (...) Corral, (...) Pinto, (...) don Antonio León, (...) y Regato". Y, por fin, sin que sepamos a que responde su conclusión, Iris M. Zavala termina su cita indicando: "El *Resumen histórico* de Regato ofrece otros detalles."

Pero este "Resumen histórico de las maquinaciones y tentativas revolucionarias de los españoles emigrados en Inglaterra, Francia y Gibraltar, sacado de noticias dadas en diferentes épocas por diversas personas desde principios de 1824 hasta fines de julio de 1830", que (en *Ibidem*, p 14) se dice "redactado por José Manuel Regato en 1830" -cosa probable según Doc. XVIII- y que, tomado del "Archivo General de Palacio, Sección Histórica, caja Azul, núm. 302", se incluye como "Documento XVII", no contiene alusión ninguna a esta cuestión.

Por último, en NOTA Núm. 40 de su página 74, dice I.M. Zavala: "Alcalá, en cambio, da como organizador a Bartolomé Gallardo, Cfr. *Recuerdos*, Op. Cit., 170-75'. Esto, según puede verse, no es así, sino que, por el contrario, Alcalá Galiano dice que Gallardo, que había hablado de cambiar los ritos del Grande Oriente, "se indignó sobre manera de ver como que se apropiaban su invención" y que estaba por ello "entre los más furiosos anticomuneros". Ver "Recuerdos...". Cit., T II, pp 171 y 173.

*exaltados*.

El tono lo da Galdós, aprovechando de nuevo las supuestas observaciones del recién *alistado* Monsalud, al señalar el *desenfreno* personal y la propuesta extremada del primer orador: "No habrían transcurrido veinte minutos después de la admisión del nuevo caballero comunero -se dice-, cuando un hombre desenfrenado que se ocupaba del asunto puesto a discusión, pronunció estas palabras:

-Yo propongo a nuestra Asamblea que cesen las contemplaciones con la Corte y que se dé el grito de ¡Viva la República!". Se plantea así desde el principio, junto a su carácter exaltado, el polémico tema del republicanismo comunero, que tantas veces se esgrimió por los *moderados* para descalificarlos<sup>90</sup>.

Galdós parece opinar que esta acusación carecía de fundamentos serios, puesto que atribuye sorpresa a la asamblea por tal propuesta: "Alborotóse la guarnición con tales palabras, que algunos -dice- calificaron de admirable ocurrencia; otros, de desatino mayúsculo; y si bien el Presidente trató de volver la discusión al terreno que marcaba el tema, no fue posible conseguirlo".

Resultaría, pues, que la asamblea comunera no se había planteado siquiera como objetivo propio el establecimiento de la República, si bien es cierto que aquella propuesta produce en ella diversidad de opiniones y una efervescencia de su talante exaltado, que, según se destaca de paso, su Presidente no podía controlar. Pero, además, Galdós deja claro que algo había de republicanismo, aunque no fuera tanto como interesadamente se iba diciendo<sup>91</sup>.

Así lo viene a reflejar el discurso en que, con "*gran estupor*" de la asamblea, empieza

---

<sup>90</sup> Vayo considera que "los planes de república soñados por unos cuantos mentecatos" se utilizaron en Sept. de 1821 como pretexto para excesos absolutistas. Op. Cit., T II, p 260. Algunos testimonios contrapuestos sobre ello pueden verse en COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 245-246 y 269, en que señala también la escasa relevancia y carácter minoritario de tales proyectos, aunque estos fueran "numerosos y variados".

<sup>91</sup> "Sabido es -afirma Nicolás Estévez- que el primer cuarto del siglo no había partido republicano, pero rendían culto al ideal los artilleros, los ingenieros, los marinos, los hombres de ciencia en su totalidad, que eran franc-masones cuando el pueblo era realista". Nicolás ESTEVANEZ: "Mis memorias". Establecimiento Tipográfico de los Hijos de E. Alvarez, Madrid, 1903, p 54.

Regato por declararse republicano y asegurar que lo fueron sus "maestros" Padilla y Lanuza, Muñoz Torrero, Mariana y Sempere, antecedentes, según él, de los oscuros -pero históricos- intentos republicanos de aquellos días que enumera acto seguido. En esta enumeración muestra Galdós una realidad histórica que sería desde entonces objeto polémico de diversas valoraciones; pero, a la vez, intercala como narrador una serie de irónicas explicaciones que delatan la intención perturbadora del absolutista Regato y la ascendencia que éste tenía en aquella asamblea: "Ahora, señores -cuenta Galdós que decía Regato-, volved los ojos a todos los ámbitos de la hispana Península (*El orador, excitado por la admiración general* -explica Galdós-, *se cree en el caso de tener estilo*); volved los ojos por doquiera. ¿Qué veis? (*Gran silencio, indicio cierto de que nadie veía nada.*) Pues veréis allá en las Andalucías, allá en la populosa ciudad de Málaga, bañada por las ondas del Mediterráneo, a Lucas Francisco Mendialdúa, que concibió el plan de establecer la República, como consta en la proclama que imprimió, encabezada con las mágicas palabras *República Española* y firmada por *Un Tribunal del pueblo*. Como acontece a los grandes genios innovadores, como aconteció a Colón, Galileo, Savonarola, etcétera, Mendialdúa fue preso (...) -"en enero del 21", aclara Galdós en una nota-. Pero así como de la noche sale el claro día, de las cárceles sale la Libertad. (*Atronadores aplausos.*)

'Volved ahora los ojos al llamado reino de Aragón, y veréis allí a nuestro insigne jefe -Galdós/Regato introduce aquí la polémica que meses después produciría el cese de Riego-, al valiente entre los valientes, al político entre los políticos, al altísimo Riego, que desempeña el cargo de Capitán General en aquella extensa y rica provincia. ¿Creéis que no hace nada? Indigno sería esto de su perspicua mirada, que, cual la del águila, penetra en lo más alto del cielo. No creáis que nuestro jefe está mano sobre mano, no; nuestro jefe trabaja por la República. (*Asombro General e innumerables bocas abiertas.*) En Zaragoza están a la sazón algunos beneméritos patriotas franceses, cuyos nombres no pronunciaré (...) -lo hace Galdós en una nota diciendo: "Llamábanse Uxón y Cugnot de Montarlot"- . Esos patriotas, pertenecientes a la gran Confederación francesa, están de acuerdo con nuestro jefe; no lo dudéis, están de acuerdo. Unidos todos, discurren cuál será el mejor medio de ponernos la República en España... ¡Guay de nosotros si no les ayudamos!...

¡Guay de nosotros si nos dormimos mientras ellos velan!... ¡Guay, guay!...".

La incitación de Regato se refuerza apelando al modelo de Francia, que se uniría "en seguida", a estos proyectos<sup>92</sup>; y, a la vez que Galdós se ríe del recurso estilístico del mirar aquí y allá, se concluye, entre bromas y veras, diciendo: "'Ahora volved los ojos a Galicia, donde está el general Mina; volvedlos luego a Barcelona, donde está el gran patriota Jorge Bessières, y veréis que estos campeones de la Libertad -Galdós ironiza sobre la posible condición absolutista y provocadora de Bessières<sup>93</sup>- tampoco están mano sobre mano. ¿Seremos menos aquí? ¿Nos espantaremos de la Libertad? No, señores. Adelante, siempre adelante. ¡Viva la Libertad! Yo, el más humilde de esta Asamblea, (...) os propongo, con el corazón henchido de patriotismo, que aceptéis desde luego la idea republicana"<sup>94</sup>.

Mostrando cierta natural tendencia al desorden en aquella asamblea, indica entonces Galdós, como algo habitual, que se produjo "una breve disputa sobre quién había de" usar la palabra y que mientras intentaba don Patricio aplicar a la discusión la idea de la República en Roma lo interrumpían algunos rechazando su intento docente, llegándose incluso a producir un altercado con el herrero Pelumbres, que, desafiante, dice a quienes pedían que se callase: "Y si a mi no me da la gana de callarme, a ver quién es el guapo que me cierra el pico... ¡A ver!"<sup>95</sup>.

Por fin, tras estos incidentes *ordinarios*, se produce la intervención del Presidente o *Castellano*, "don Juan Romero Alpuente", cuyo discurso parece recoger la que Galdós considera postura política oficial de aquel *partido* y, por otra parte, su talante y personal estilo oratorio.

Refiriéndose a él dice Galdós al presentarlo que "el célebre demagogo de *los tres años*

---

<sup>92</sup> Según dice Galdós entre ironías que evocan la idea atribuida a Riego por Vayo al describir estos intentos: "En la mente de Riego -dice Vayo- sólo se necesitaba que asornasen la cabeza los republicanos para llevarse tras sí a todos los franceses" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 252.)

<sup>93</sup> Ver VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 251 y 252.

<sup>94</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1521-1522.

<sup>95</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1522-1523.

no era un jovencuelo fogoso, como algunos creen, sino un vejete atrabiliario y furibundo, alto, flaco, descuadernado, anguloso, de gárrula elocuencia, de vulgares modos. Era tanta su fealdad, debida en primer término a la longitud de sus narices, que no es fácil se encontrara entonces ni se haya encontrado después su pareja. Alcalá Galiano, al lado suyo, se tenía por un Adonis.

"Había sido magistrado de la Audiencia de Madrid -continúa Galdós-, y en su vida privada era el hombre más inofensivo, más manso y para poco que imaginarse puede. El mismo que en público encarecía la necesidad de cortar no sé cuántos miles de cabezas era incapaz de matar un mosquito. ¡Pobre carnero viejo que, habiendo leído algo de Robespierre y de Marat, quería parecerse a ellos! Pero sólo los tontos confundían su cluenco balido con el rugir de leones y panteras. Sus discursos, que alborotaban las Cortes y los clubs, eran un conjunto de garrulidades terroríficas, de chascarrillos y vulgares idiotismos. Carecía de formas literarias, y su lenguaje familiar era a veces tan divertido como sus amenazas demagógicas, que aquella bendita generación no tomaba siempre en serio. Algunos le llamaban *el Guzmán* (el gracioso) de las Cortes. Tuvo, además, el pobre don Juan Romero Alpuente la desgracia de que en lo mejor de sus triunfos parlamentarios le saliera un enemigo folletinista, que, usando el nombre de *Don Pedro Tomillo Al-vado*, le puso de hoja de perejil"<sup>96</sup>.

Cual si así completase este retrato, Galdós se ríe descaradamente al atribuirle una simpleza y frugalidad expresiva acorde con quienes le aplaudían: "-Caballeros comuneros -dijo Alpuente con voz que no tenía nada de temeroso-: O hay confianza en los hombres del partido, o no hay confianza en los hombres del partido. Si hay confianza en los hombres del partido, no se planteen cuestiones prematuras. Si algo debe hacerse, se hará. No conviene precipitarse, no conviene comprometerse. Las cosas vendrán por sus propios pasos. El partido es el partido, y el que no crea que el partido es como debe ser, espere a ver en qué para el partido y se convencerá. (*Rumores. Asentimiento general.*)

---

<sup>96</sup> "El Grande Oriente" Cit., pp 1521-1524. También Vayo, importante fuente de Galdós en toda la segunda serie, dice al referirse a la intervención de Romero Alpuente en la sesión de las *páginas*, que éste "aspiraba a la funesta gloria de Marat" VAYO, E. de C.: Cit., T II, p 202.

'Por consiguiente -prosiguió satisfecho del éxito de su exordio-, esperemos llenos de patriotismo, y no hablemos por ahora de republicanismo"<sup>97</sup>.

La idea de *partido*, tan reiteradamente atribuída aquí por Galdós a Romero Alpuente, parece ser entonces todavía confusa y discutida. Quizá Galdós intente llamar la atención sobre el hecho de que tal término parecía aplicable a los grupos extraconstitucionales, pero -en cuanto podía aludir a un interés particular de asociación contrario al interés general- se rechazaba para referirse a quienes ejercían el poder gubernamental del Estado. Es significativa en este sentido la respuesta que el 16 de julio de 1820, dio Palarea a Moreno Guerra, luego caracterizado comunero, cuando éste se refirió en las Cortes al *partido liberal*: "Me he admirado mucho -dice Palarea- de oír al señor Moreno Guerra llamar partido a los liberales: los serviles son un partido; los afrancesados son un partido, pero los liberales es toda la Nación"<sup>98</sup>.

Por otra parte, entre las chanzas de Galdós queda claro que éste no atribuye a Romero Alpuente ni a su "partido" intenciones republicanas a corto plazo. Pero no es que se rechace el principio republicano, sino que "no conviene comprometerse" en "cuestiones prematuras". Y esto porque, según explica a continuación Romero Alpuente, "el partido es un partido que debe estar preparado para empuñar el timón de la nave del Estado, si se le llama con este fin. (*Muestras de regocijo* -apostilla socarronamente Galdós-.)"

Esta idea reaparece tras la crítica de Romero Alpuente a la "desatentada senda" que, en su opinión, seguía el Gobierno moderado y a los numerosos "trastornos" que lo

---

<sup>97</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1523 y 1524. Debemos señalar aquí que, frente a esta imagen de Romero Alpuente, que Galdós pudo tomar de Vayo y otros autores que iremos citando, está la aportada por Van Halen, ejemplo de esa devoción que Galdós atribuye a quienes le escuchaban: "La tiranía monacal -escribe Van Halen- no había tenido seguramente enemigo más implacable que Romero Alpuente. Este venerable anciano cuyo fuego y energía de alma crecen al parecer con los años, me dispensaba su confianza y sus profundas luces y la eficacia de sus discursos habían en alguna manera finalizado mi educación política principiada en las cárceles de Madrid" (VAN HALEN, Juan: "Memorias...", (1827), p 66.). Destacable resulta también en este sentido el "Estudio preliminar" con que el profesor Gil Novales introduce su edición de ROMERO ALPUENTE, Juan: "Historia de la Revolución española y otros escritos". Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989, T I, pp XIII-CIX.

<sup>98</sup> Diario de sesiones, 1820, 1, P 164. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 62, en que se alude a la resistencia de los *moderados* a la idea clasista de partido. Presas habla también de "un *partido* -cursiva nuestra- cuyo plan era establecer el gobierno republicano en España". En "Pintura de los males...", Cit., p 114.



debilitaban. La solución estaba, según dice, en "establecer la Libertad en toda su integridad. Esto es axiomático". El sentido de este extraño *axioma*, manifestado antes por Regato y repetido en este y otros casos como doctrina consolidada, se aclara al añadir: "Que los absolutistas vean una mano terrible dispuesta a caerles encima en cuanto chisten (...). Y no me hablen a mí de conspiraciones demagógicas y republicanas. Aquí no hay nada de eso, y si lo hay -Galdós deja en el aire la polémica- es amaño de los constitucionales masones, para desacreditar a nuestro partido"<sup>99</sup>.

En el supuesto de que, ante los muchos "trastornos" y dificultades del Gobierno, se decidiera llamar al partido *exaltado* -y Romero Alpuente asegura que "se le llamará"-, Galdós le atribuye, en el mismo discurso, el programa siguiente: "se encomendarán los destinos de la nación a los comprometidos por el sistema, no a los que no lo están. Se harán castigos ejemplares, se volverá todo del revés para que los pillos bajen y los patriotas suban. (*Muy bien.*) No se dará el caso de que de los 20 millones de españoles suden y trabajen los 18, y apenas puedan llevar a la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres. Entonces se permitirá que eso que llaman los infames *populacho* se reúna donde le dé la gana, y grite y diga todos los defectos del Ministerio. La suspirada Libertad será un hecho, y no llevarán albarda más que los que quieran llevarla"

Se interrumpe Galdós para indicar, en nota de pie de página, que "casi todos los párrafos de este discurso son auténticos" y, tras insinuar que lo dicho por Romero Alpuente era del agrado de la asamblea -diciendo entre paréntesis: "(Grandes aplausos)"-, hace que éste, en nombre del "partido", se declare decidido a plantear "el sistema en toda su pureza" -la antes supuesta solución axiomática-, y "si para esto es preciso la violencia -dice-, venga la violencia. Si es preciso la guerra civil, venga la guerra." Su radicalismo no se estima reñido con la religiosidad, porque Romero Alpuente asegura que "La Providencia salvará al partido" como, según su cita bíblica, salvó a "Matatías y sus hijos".

---

<sup>99</sup> "Aunque todavía no se ha podido precisar las implicaciones que el concepto república tenía para los comuneros -dice, aun en nuestros días, Iris Mª Zavala-, sí parece desprenderse de sus publicaciones y actitudes una conciencia política dirigida en esa dirección." ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 109.

Por otra parte, ratificándose en su rechazo, "por ahora", del republicanismo y mostrando las *galas de su estilo*, concluye: "Entretanto, desechemos la idea de República. La Constitución establece la Monarquía, y nosotros respetamos al Rey constitucional. No se diga que el partido ha sido el primero en alterar la augusta ley. Dejémosles que ellos se caigan solos; y si nos hicieran ascos y no quisieran nuestra ayuda para mantenerse derechos, ¿me entiende usted? si prefieren apoyarse en la Santa Alianza y en sus diplomáticos, enviados, farsantes, zascandiles, espías y soplones; en los que fueron pajes de escoba del *rey Pepillo*; en los serviles españoles de todas clases y ropajes, con bandas, cruces y calvarios; en los de mitra, bonete e hisopo; en los seráficos, angélicos; en los tostadores y sus familiares, plumistas, guardas, alfileres, corchetes y agarrantes; en los que dicen 'el Rey mi amo...', entonces nos retiraremos, dejándoles que vayan adonde quieran, pues, como dicen en mi tierra 'cuanto más se desvía el borrego, mayor topetazo pega'."

Los *exaltados* se muestran, pues, dispuestos a prestar a los *moderados* su "ayuda para mantenerse derechos" a cambio de ciertas condiciones que se suponen rechazadas por "la Santa Alianza" y toda esa gama de supuestos partidarios a los que Romero Alpuente se refiere con ese peculiar estilo, cuyo eco popular señala Galdós diciendo que "atronadoras exclamaciones de entusiasmo acogieron la frase final del discurso de Romero Alpuente, orador -añade, mirando hacia sus coetáneos- que, como se ha visto, no ha dejado de tener herederos en la política española." Por otra parte, el talante de aquella asociación se destaca al añadir: "Una voz, que parecía cien voces, gritó: ¡Viva Riego!. -Contestó un alarido, y desde entonces el *importantísimo debate* se convirtió en un importantísimo aquelarre. Romero Alpuente se fué, y en su lugar el señor Regato se dispuso a presidir (no hay otro verbo que pueda emplearse propiamente) el resto de lo que es forzoso llamar sesión"<sup>100</sup>.

Se indica también que, "con satisfactorio y general asentimiento" de los reunidos, se procedió entonces "al nombramiento de una comisión que se encargase de rociar con

---

<sup>100</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1523-1525. El tandem formado por Regato y Romero Alpuente, y hasta sus desacuerdos -en aquel caso sobre el deseo o no de colaborar con los masones en el Gobierno-, se muestra así mismo por Alcalá Galiano en sus "Recuerdos de un anciano", Cit., T I, pp 186-187.

peladillas los cristales de las casas donde vivían los embajadores de Austria y Rusia", y se describen los discursos de varios jóvenes, de muy diversa educación y porte "(pues en aquella Asamblea -dice Galdós- había locos de todas clases)", que vienen a coincidir en su tono violento y en sus acusaciones contra el Gobierno y los masones, a los que dicen saber en connivencia con Vinuesa para darle una mitra, y persiguiendo a su idolatrado Riego.

Significativamente, toda esta parte final está presidida por Regato, cuya oscura influencia en esta sociedad destaca nuevamente Galdós diciendo que el último de los jóvenes oradores "propuso a la Asamblea que se diese un voto de gracias a don José Manuel Regato por lo bien que había conducido los diversos asuntos de la Comunería desde su origen" y que éste, emocionado y agradecido -ironiza Galdós- "convidó a cenar a varios de los más granaditos"<sup>101</sup>.

Todo ello, incluso la parte de "importantísimo aquelarre", se desarrolla, como decíamos, con la naturalidad de lo ordinario, de lo que suele ser así; y, así mismo, "la sesión -dice Galdós- terminó alegremente entre las alegres endechas del himno, que sonaban bajo las bóvedas de la Fortaleza:

"Es en vano calumnies la envidia  
al caudillo que adora el ibero;  
hasta el borde del hondo sepulcro  
nuestro grito será: ¡Viva Riego!"<sup>102</sup>.

La ruidosa, y ciegamente firme, adoración de Riego aparece así en esta estrofa como broche de la sesión ordinaria y, a la vez, como punto importante de la posición política y de la imagen comunera ofrecida en ella.

Sin embargo, la sesión tiene una especie de epílogo o continuación natural en los cantos callejeros del "himno" (de Riego) y del "*lairón*", "que por aquellos días había sustituido

---

<sup>101</sup> Tanto la inducción de Regato a que se apedreasen "las casas de los embajadores de la Santa Alianza" como el hecho de que se le premiase con honores por su *liberalismo* -"hasta que (los Comuneros) hicieron que las Cortes le declararan *¡benemérito de la patria!*"-, es señalado, entre otros, por V. de la Fuente en su "Historia de las sociedades secretas...", Cit., T I (1870), p 371.

<sup>102</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1525-1526.

al feroz trágala", y en una reunión restringida de la partida de Regato que enlazan con las ideas de violencia, manipulación y camarilla.

De ellas nos ocuparemos en futuros apartados, pero ahora, como en el caso de los masones, hemos de señalar algunos aspectos característicos que Galdós atribuye a este tipo de reuniones comuneras<sup>103</sup>.

### 3.1.1.2.6. *La camarilla de Regato*

Se manifiesta inicialmente por la vía del hecho en esa reunión restringida que, como en el Grande Oriente, sigue a la general, aunque aquí no está formada por autoridades estatutarias como los *Maestros Sublimes Perfectos*, sino por un grupo que parece caracterizar a la sociedad comunera de modo equivalente a como los "lumbreras" reunidos en la "*Camarilla constitucional*" caracterizaban a la sociedad masónica.

El tratamiento que Galdós le da se corresponde con el de esta última reunión masónica. Comparándolas, dice, según vimos, que "la alta dirección de la Comunería estaba, como la de los masones, en un pequeño Consejo" y se refiere a ella expresamente a continuación en los siguiente términos: "*Camarilla del populacho*.- No tenía local fijo. Reuníanse algunas veces en un departamento reservado del Café de Lorencini; otras, en el mismo local de la Asamblea, o en casa de Regato. La reunión de ella que nosotros vamos a presenciar no fué celebrada en ninguno de estos parajes, sino en una taberna de la calle de la Estrella. De los 20 diputados comuneros no asitió ninguno; de los periodistas, sólo Mejía; de los que tenían cargos oficiales en la Asamblea de Padilla, sólo Regato; de los viejos, sólo don Patricio Sarmiento; pero no faltaba ni uno siquiera de los amigos de Timoteo Pelumbres, ni tampoco la pandilla de milicianos nacionales, en la cual alzaba el gallo con altanera superioridad *Pujitos*. Sumaban entre todos 11 personas y para poder discutir con más libertad, Regato mandó al tabernero que cerrase, luego que todos estuvieron dentro, y cuando el vino empezó a hacer su oficio para que las lenguas pudiesen

---

<sup>103</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1526-1527.

desempeñar mejor el suyo"<sup>104</sup>. La reunión es, pues, informal y sin más presencia de "cargos oficiales" de "la Asamblea de Padilla" que la de Regato. Dichos cargos parecen liberados así de la responsabilidad del acuerdo de *ejecutar* a Vinuesa, que Galdós atribuye a esta *camarilla*. En ella se muestran reunidos algunos locos honrados y otros que, no siendo una cosa ni otra, recibían dinero de Regato. Este, y no los demás directivos de la comunería, aparece como inductor directo de aquel asesinato, pero se tiene la sensación de que, aunque no se hallen recogidos en la *camarilla* que caricaturiza a su sociedad, se hallaban en la realidad caricaturizada. Sus doctrinas predisponían a hechos semejantes, y este asesinato resulta para el lector una dura imagen de la *exaltación* comunera.

Pero no son ellos los únicos responsables, precisamente la pasividad que ante la difusión de este acuerdo mostró el Grande Oriente ocasiona, en el relato de Galdós, la formación del "partido *anillero* o de los *Amigos de la Constitución*"<sup>105</sup>.

### 3.1.1.3. Los anilleros

Presentan en las breves, pero claras, referencias de Galdós una imagen fiel a la verdad histórica.

Ya hemos visto que, al describir como narrador las fuerzas políticas en juego durante el Trienio, decía Galdós que "de repente apareció un tercer partido, llamado de Los Anilleros, que quiso modificar la Constitución en sentido restrictivo, aspirando a una especie de transacción con la Corte y la Santa Alianza."

Abundando en ello, y matizándolo, muestra luego a dos de sus miembros -muy probablemente Martínez de la Rosa y el Conde de Toreno- que intentaban sin éxito lograr un acuerdo en la *Camarilla constitucional* para evitar que se consumara el anunciado asesinato de Vinuesa (4-V-1821). Esta amenaza, aun resultando especialmente escandalosa, viene a servir de ejemplo, como un caso más, de lo que combaten los anilleros cuando aseguran que, aun amando "la Libertad con delirio", aborrecen "los excesos del populacho

---

<sup>104</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1534-1535.

<sup>105</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1539.

y la ignominiosa licencia", que para poner freno a ésta era preciso reforzar las "instituciones vigentes" y que, si esto no se hacía, "la división -ya incipiente, según esto,- será completa, y si hoy permanece oculta por nuestra prudencia -dice el que parece F. Martínez de la Rosa-, mañana trascenderá a las Cortes, y de las Cortes a todo el país."

La situación entraba, pues, en crisis, a primeros de mayo de 1821, con motivo del caso Vinuesa, pero, según se desprende de lo anterior, se trata de atajar un deterioro de la situación que se viene arrastrando desde antes. "Hace tiempo -afirman, además, los anilleros- que deseamos la ruptura; hoy se nos presenta una ocasión, y la aprovechamos", aunque "en las Cortes -prometen- evitaremos todo lo posible la escisión"<sup>106</sup>.

Su motivo de fondo resulta expresado por uno de ellos -el que parece Toreno- en términos equivalentes a lo ya descrito antes directamente por Galdós: "La Sociedad de los *Amigos de la Constitución* (...) responde a la necesidad imperiosa de establecer un término medio entre las antiguas leyes, que viven encarnadas en el país, y los principios liberales. ¿Por qué no hemos de decirlo? Yo, por lo menos -afirma- tengo mi ideal en la *Carta francesa*, con las dos Cámaras y el voto (Sic) -por veto- absoluto"<sup>107</sup>.

Pero, según dice el que parece Martínez de la Rosa, condenan "igualmente (...) toda clase de reuniones como ésta, que o sirven para fomentar el jacobinismo y ofrecen un secreto peligroso a las intrigas y a las ambiciones, o no sirven para nada"<sup>108</sup>.

Se llama así la atención sobre el rechazo que muchos de los Anilleros, y especialmente

---

<sup>106</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1518, 1539 y 1542. Esta imprecisión, probablemente intencionada, respecto al momento en que se manifiesta abiertamente la escisión anillera, parece reflejo del proceso real y repite la de MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit., pp 118-119; y VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 280-281. En nuestros días, A. GIL NOVALES ("El Trienio liberal". Cit., p 47,) viene también a mantenerla diciendo que esta "sociedad secreta (...) aparece en 1821, y se difunde ampliamente en 1822". Tampoco es más precisa la "Noticia acerca de las sociedades secretas organizadas en España hasta el año 1823 y sobre las de Cataluña en particular" conservada en Palacio, pues aunque señala que los Anilleros "resistieron con ventaja" los ataques de "Comuneros y Masones" "hasta la época fatal del 7 de Julio de 1822, que fue la de su caída", no aclara desde cuando. Archivo Gral. de Palacio, *Papeles Reservados de Fernando VII*. T 67, fol. 218.

<sup>107</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1539. El *veto absoluto* se contraponía, según se sabe, al *veto suspensivo* que, por dos veces podía interponer el rey a la vigencia de las leyes aprobadas por las Cortes, según disponía el Art. 148 de la Constitución de 1812.

<sup>108</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1539.

Martínez de la Rosa, mostraron pronto hacia las sociedades secretas. Este, refiriéndose, en su ya citado artículo de 1839, al sin sentido de las sociedades secretas "en una nación ya constituida" y con garantías constitucionales, afirma, entre otras muchas cosas: "La índole de las sociedades secretas no es obedecer, sino mandar: aconsejan al Gobierno que les da órdenes; pero sus consejos son mandatos; y como no se ven los ocultos resortes, y sí se palpan los actos del Gobierno, sobre éste viene a recaer el descrédito". Además, en "toda sociedad bien ordenada" se "debe procurar a toda costa que el poder y el influjo político se depositen en las manos más dignas por su saber y merecimientos. ¿Y qué prenda y fianza podrá haber de que así suceda, cuando ejerzan influjo y mando los directores de reuniones tenebrosas", cuyos **desconocidos méritos** pueden ser su mayor astucia y audacia para sorprender la "ignorancia o credulidad" de quienes "les obedecen y acatan?"<sup>109</sup>.

Por otra parte, consecuentemente con el carácter de esta sociedad, Galdós no alude a su organización; apenas señala el anillo como supuesto elemento distintivo, frente al "triangulillo" de los masones. Esto se hace, además, sobre la marcha, en la discusión de la camarilla, cuando el masón nombrado *Pelayo* (el poeta Quintana) advierte apenado que, en lugar de centrarse en la "cuestión palpitante" -la amenaza comunera contra Vinuesa-, se hallan disputando sobre si se han de "dividir más todavía" poniéndose, según dice en tono despectivo, "un anillo en el dedo o un triangulillo en el ojal"<sup>110</sup>.

Todo ello, incluso la buena intención, la sensatez y la inteligencia que Galdós les atribuye, se corresponde en su casi totalidad con lo que el marqués de Miraflores dice en sus "Apuntes histórico-críticos...": "Los hombres de buena fe" estimaron "necesario oponerse al torrente revolucionario que amenazaba arrastrarlo todo, y he aquí la razón principal que dio existencia a la Sociedad llamada Constitucional, que vulgarmente se llamó del Anillo." Sobre el rechazo a las sociedades secretas dice Miraflores que "algunos de los que concibieron el proyecto, habían abandonado las Logias, apenas las vieron convertidas

---

<sup>109</sup> MARTINEZ DE LA ROSA, F.: "De los graves daños que causan las sociedades secretas, así respecto de la libertad como respecto del orden". Lugar Cit., pp 335-340. Véase también lo dicho en notas anteriores, punto 3.1.1.1.2.

<sup>110</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1539.

en teatros de intrigas y de intereses privados; y fijos en el principio, de que las Asociaciones secretas podían reducirse, anularse, o neutralizarse por otras mejor establecidas, conservaron todavía la idea de que se exigiesen formalidades para el ingreso en la que intentaban establecer; que usasen de un anillo sus individuos; y en fin, que conservase cierto carácter de Sociedad secreta; mas no prevaleció el proyecto, determinándose que no tubiese (Sic) nada de secreta, ni se imitase a éstas en signos, formalidades ni otra cosa alguna, antes bien dando conocimiento a la Autoridad Civil, tomar el carácter de literaria, sin abandonar por eso el objeto primario".

Señala también Miraflores que "su propia nulidad -la de esta sociedad-, debida a la debilidad de algunos individuos, o acaso a la no muy buena fe de otros", le produjo "más ridículo que el que le procuraban los Anarquistas". "Por error o temor", no se llegó a realizar "el proyecto de publicar un periódico" y casi se limitaron sus trabajos conocidos a "dos bellos discursos del Príncipe de Anglona su Presidente, que hacían honor -dice Miraflores- a sus opiniones y entereza". Quedó así a merced de "sus rivales, las Sociedades secretas", que "la atacaron cruelmente, concluyendo a poco con ella las esperanzas que produjo en los amantes de la Monarquía su establecimiento"<sup>111</sup>.

Galdós no se ocupa todavía de estos ataques, pero señala asimismo varias veces esa *debilidad* como origen del fracaso. Dice, por ejemplo, de Martínez de la Rosa -"el que había demostrado más seso" en la camarilla constitucional- que "la misma perplejidad que tanto combatía le contaminó cuando fue ministro. Amaba la carta -añade Galdós-; pero cuando pudo ocuparse de ella con éxito, pensaba demasiado en la de Horacio a los Pisones." Y, al ver marchar sin acuerdo a los dos anilleros, asegura sentencioso que tenían "talento" pero carecían de "voluntad" y que "los que salvarán, a pesar de su sensato hablar, eran tan niños como los que se quedaban en el Grande Oriente"<sup>112</sup>.

<sup>111</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit., pp 118-119.

<sup>112</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1541, 1542 y 1543. Esa carencia de la voluntad y "dotes del hombre de Estado" es así mismo atribuida por Vayo a Martínez de la Rosa, del que dice además: "Fácil, indeciso, y algunas veces flojo y desmayado el gefe (Sic) del nuevo gabinete -el que encabezaría en 1822-, careció de energía suficiente para tener las riendas al carro de la anarquía, y adorneciéronle las sirenas de palacio para (continúa...)



En cuanto a los fundadores de esta sociedad, cuyos nombres calla Galdós y no dice Miraflores, afirma rotundamente Vayo que "Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, el duque de Frías y Calatrava fundaron en Madrid una **reunión pública** con el título de *Sociedad de los amigos de la Constitución*, nombrando presidente al príncipe de Anglona"<sup>113</sup>.

Por lo demás, Vayo coincide también con Galdós al señalar la "natural elocuencia" con que "los socios" pintaban los "peligros de la **licencia**, tras la cual se levanta siempre la tiranía", y preparaban "la opinión de los hombres ilustrados para la **reforma necesaria de un código**, cuya práctica más claramente manifestaba la imposibilidad de gobernar con él en la mano". Señala, asimismo, Vayo que, "a causa de un anillo con que **al principio pensaron distinguirse**", se les llamó Anilleros en son de mofa y se presentó torcidamente a esta sociedad "como contraria a la libertad y fraguadora de cadenas", fascinando con esta idea "al vulgo" y excitando "el odio contra los oradores"<sup>114</sup>.

#### 3.1.1.4. Los carbonarios

Apenas son aludidos por Galdós; y esto ya en "Los Cien mil Hijos de San Luis". Sin embargo, teniendo en cuenta que su difusión en España se corresponde con la llegada de revolucionarios extranjeros, especialmente italianos derrotados en su país, en la primavera de 1821, se incluye aquí una breve referencia a ellos para dejar algo más completo el cuadro de este tipo de sociedades en España.

Según dice Iris María Zavala, con la llegada de refugiados "la Península se convirtió en

---

<sup>112</sup>(...continuación)

que no oyese el estruendo de las conspiraciones del Rey", que lo engañaba con la reforma del código de Cádiz. Op. Cit., T II, p 293.

<sup>113</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit. Tomo II, p 280. Sin negrilla en el original. Es notable la coincidencia de los dos anilleros señalados por Galdós -los más conocidos en los libros de Historia, por otra parte,- con los que aquí ocupan los primeros lugares, aunque hay quien atribuye -y quizá de aquí el silencio de Galdós- al "antiguo ministro Calatrava" la idea de esta fundación, apoyada por "muchos augustos personajes". "Noticia acerca de las sociedades secretas organizadas en España..." Cit., Archivo General de Palacio, *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 67, fol. 217 v.

<sup>114</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 280 y 281. Sin negrilla en el original.

un centro internacional, lleno de agentes de las diversas sociedades secretas". En concreto, "la carbonería italiana" se había iniciado "hacia 1814-15 con un centro en Salerno", era un "movimiento disidente de la masonería, al igual que el grupo de comuneros españoles" y "uno de sus fundadores fue el marqués Orazio de Atellis di San Angelo, masón de rito escocés, que se refugiaría en España en 1821, con los proscritos napolitanos", al igual que lo harían los de Piamonte y de otros lugares<sup>115</sup>.

Por otra parte, "las investigaciones policiales de la época afirman que el carbonarismo era casi desconocido en España hasta que llegaron a Barcelona los desterrados piamonteses, aunque algunos años antes los marinos ingleses habían difundido la secta en Menorca" y parece probable "que en 1817 viajara a España el carbonario napolitano Matteo Ferri, con la misión de crear ventas"<sup>116</sup>.

Galdós no llega a decir cuando aparecen, aunque en parte lo insinúa al señalar el motivo de su venida diciendo que ellos y sus compañeros eran los "tristes desechos de la ley demagógica de Italia, de Francia y de España", por donde "andaban" al abrigo de la Revolución cuando Angulema llegó a "la raya" en abril de 1823: "Los **carbonarios extranjeros**, que andaban por España, unidos a otros perdidos de nuestro país, habían formado una legión con objeto de hacer frente a las tropas francesas".

Es notable, así mismo, que Galdós habla de "carbonarios extranjeros", y aunque los muestra "unidos a otros perdidos de nuestro país" parece dar a entender que éstos podían no ser carbonarios. Este determinativo, *extranjeros*, se repite, además, a continuación, cual si Galdós evitase hablar de carbonarios españoles, al valorar el romántico y frustrado intento de aquellos "200 hombres" que, tratando de "seducir a los Cien mil Hijos de San Luis" para que se unieran a la Revolución, se presentaron "en la orilla española del Bidasoa" vestidos "a la usanza imperial, (...) ondeando la bandera tricolor" y gritando "¡Viva Napoleón II!": "Pasma -dice Galdós a través de Jenara- la inocente credulidad de

---

<sup>115</sup> Entre ellos cabe citar a los italianos Guglielmo Pepe y Giuseppe Pachiarotti, y a los franceses Cugnat de Montarlot y Vaundoncourt. ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 96, 97, 102, 103 y 104.

<sup>116</sup> ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 100-101.

los carbonarios **extranjeros** y de los masones españoles"<sup>117</sup>.

Sin negar que hubiera algunos españoles afiliados a la carbonería, que, según señala Galdós aludiendo a la "bandera tricolor" ondeada ante los franceses de Angulema, se asociaba entonces al republicanismo, tales expresiones parecen reflejar ciertas dudas de Galdós -en gran parte sin resolver todavía- sobre su alcance y significación, pues no parece haberse demostrado que hubiera entonces *ventas* carbonarias de españoles, aun cuando en las de extranjeros, según Iris María Zavala, hubiera iniciaciones tan importantes como la de Riego o las de "Fidalgo, Sobiniac, Eusebio Polo y Vaundoncourt". Parece que "en poco tiempo -dice esta autora- el carbonarismo logró muchos adeptos en Barcelona", pero advierte que "las noticias al respecto no son muy claras"<sup>118</sup>.

Las relaciones entre unas y otras sociedades difuminan sus contornos, de modo que, aun en nuestros días, hay casos como el de "*La Sociedad Europea*" y el de los "*Redempteurs de l'humanité*" en que la misma Iris M. Zavala afirma que "no es posible establecer con certeza si estas organizaciones son carbonarias", aunque "no cabe la menor duda que ambas son comuneras"<sup>119</sup>.

Parece indudable que, según se desprende de lo dicho por Galdós, entre los comuneros había indicios del republicanismo atribuido a los carbonarios, aunque oficialmente lo negaran ante las acusaciones de los moderados que trataban de capitalizarlo, pero la afinidad y colaboración no tiene por qué conllevar sustitución. En este punto se impone la duda. Algunos documentos generados por la escisión de los comuneros, en que se acusa

---

<sup>117</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1662. Sin negrilla en el original.

<sup>118</sup> ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 104 y 105.

<sup>119</sup> ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 102 y 103. Su atribución, en estas mismas pp, al "general Francisco Ballesteros" de la fundación de "*La Sociedad Europea*", junto con Guglielmo Pepe, no parece implicar contradicción con quienes consideran a Ballesteros comunero, e incluso fundador. Pero, en cambio, resulta difícil conciliar la idea de "un club revolucionario fundado por el erudito Bartolomé José Gallardo en septiembre-octubre de 1821 (Sin duda los comuneros)" -que se dice "une émanation d'un club de Madrid, appelé les *Redempteurs de l'humanité*"- con la generalizada opinión de que Los Comuneros se fundaron en enero de 1821 y de que B.J. Gallardo los acusó, sin salir del Grande Oriente, de haberle robado sus ideas sobre cambios en el ritual, situándose por ello "entre los más furiosos anticomuneros" según se ha dicho antes siguiendo a Alcalá Galiano. Puede que el hecho de que este ritual fuera ideado por Gallardo y el estilo procaz de que hacía gala condujeran al error de considerarlo comunero.

a un grupo de haber admitido a carbonarios, y ciertas cartas de algunos carbonarios italianos "permiten **suponer** -dice I.M. Zavala- la estrecha alianza entre carbonarios y comuneros (...) Es **difícil, sin embargo** -reconoce- **definir las facciones**. Su naturaleza secreta y la falta de documentación impiden un análisis exhaustivo. Hasta el momento, sólo podemos afirmar que comuneros y carbonarios hicieron causa común y que ambos estaban vinculados a otros grupos internacionalistas del resto de Europa"<sup>120</sup>.

La existencia de muy diversos grupos y la inclusión de carbonarios y comuneros frente a los mismos competidores, resulta implícita en la alusión de Galdós a las relaciones de estas sociedades en 1823: "los masones primitivos o *descalzos* estaban en gran pugna con los secundarios o *calzados*, y ambos con los carbonarios y comuneros"<sup>121</sup>.

Esta misma idea de colaboración con los comuneros y la escasa importancia que Galdós concede a los carbonarios, incluso el retrasar su alusión a ellos hasta abril de 1823, viene a coincidir con la imagen que de ellos había dado Alcalá Galiano en sus *Recuerdos*. Según éste, al "caer de súbito la Constitución española en Nápoles y Piamonte" y refugiarse en España "los carbonarios (o carboneros)" comprometidos en aquella revolución, encontraron el "terreno ocupado ya por producciones del suelo propio", con lo que "hubo (...) en España *ventas de carbonarios*, pero en corto número y con flaco poder", aunque el comunero "Díaz Morales" trató de "fomentarlas" y **enlazarlas** "con la de los comuneros". "Andando el tiempo -añade Alcalá Galiano-, y **ya al empezar 1823**, -cuando Galdós se ocupa de ellos, según hemos dicho,- aspiraron los carbonarios a salir de su oscuridad o insignificancia, como pegándose a los comuneros más violentos y obrando a la par con éstos". Pero sólo eran, asegura, "cierta cosa a modo de ramal de la de los carbonarios italianos". Y, según dice con irónico desenfado, "nunca llegaron a merecer mucha atención, y aun una u otra fechoría que discurrieron no alcanzó a darles siquiera un

<sup>120</sup> ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 115. Sin negrilla en el original.

<sup>121</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1684-1685. Precisamente esta relación con los Carbonarios y el *dominio* que algunos miembros de esta "sociedad secreta extranjera" iban logrando en la asamblea de los Comuneros fue el motivo alegado por parte de éstos para separarse en 1823 de quienes lo habían consentido. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades patrióticas...", Cit., T I, p 736.

grado mediano de mala fama"<sup>122</sup>.

\* \* \*

No son éstas las únicas sociedades secretas habidas por entonces en España, pues, según cuenta Vayo, "entretanto que el Papa Pío VII anatematizaba en 13 de Septiembre -de 1821- la sociedad de los carbonarios, y ordenaba la denuncia bajo pena de excomunión (Sic) mayor, nacían en España sin ser sentidas y trasplantadas de Roma las sociedades absolutistas del Angel exterminador (Sic), de la Concepción y otras muchas para eternizar la anarquía bajo formas distintas"<sup>123</sup>.

Pero estas sociedades absolutistas representan en el Trienio un problema muy distinto que el de las liberales y no son objeto de la atención de Galdós en este sentido, aunque alude a alguna de ellas, según veremos, en relación con la actividad absolutista.

### 3.1.2. Sociedades patrióticas

Son sólo en parte tratadas por Galdós. Sus alusiones a estas sociedades, ejemplarizadas especialmente en La Fontana de Oro, se refieren sobre todo a su naturaleza e integración ambiental, sus móviles, protagonismos y acción política resultante, pero carecen de una información comparable a la dada sobre el Grande Oriente o Los Comuneros respecto a su génesis, extensión y estructura organizativa.

En un intento de suplirla y de proporcionar una imagen de estas sociedades que permita una mejor comprensión de lo que luego se ha de decir sobre ellas, hacemos a continuación un breve resumen que, aun tratando de mostrar la opinión de Galdós en sus escasos textos, se nutre sobre todo de lo recogido -con nuestro personal criterio y responsabilidad- de otras fuentes, especialmente de la documentación y amplio estudio publicados por el profesor Gil Novales bajo el título "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)".

En cuanto a su origen, viene a decir este autor que surgen en muchos casos como una derivación de los cafés españoles del siglo XVIII y de las Sociedades Económicas de

---

<sup>122</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 172-173 y 187. Sin negrilla en el original.

<sup>123</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 259.

Amigos del País, que, ante las nuevas necesidades y circunstancias sociales, facilitan -por evolución propia o como base para nuevas fundaciones- la formación de Sociedades Patrióticas semejantes a los clubs de la Revolución Francesa<sup>124</sup>.

Alcalá Galiano, tras señalar algunos escarceos hechos en este sentido durante la primera época constitucional, dice que, restablecida la Constitución en 1820, "hubo de pensarse en celebrar reuniones que imitasen a los *meetings* ingleses o a los clubs franceses"<sup>125</sup>.

Pero estos "clubs abiertos a la discusión política" al modo francés -y a veces inspirados en ejemplos ingleses o estadounidenses- no fueron, dice Gil Novales, ni mucho menos, pura imitación, sino que, más bien, "las mismas causas produjeron los mismos efectos", y de ahí que, repetidos en circunstancias parecidas en otros lugares y momentos, se hicieron "planta típica de los esfuerzos revolucionarios del siglo XIX, a partir del 1789"<sup>126</sup>.

Su naturaleza es, pues, distinta que la de los cafés y las Sociedades Económicas del XVIII. Galdós las llama, significativamente, *clubs patrióticos*, evocando así las resonancias francesas y revolucionarias del término *club* y las connotaciones adheridas al adjetivo *patriótico* en el contexto romántico que, tras la Guerra de la Independencia, potencia el desarrollo del nacionalismo español: "Los clubs, que comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestra de la discusión científica -dice Galdós, resumiendo su naturaleza y su papel- salieron del círculo de sus funciones propias, aspirando a dirigir los negocios públicos, a amonestar a los gobiernos e imponerse a la nación"<sup>127</sup>.

Este intento de acompañar las funciones *científicas* e informadoras, que se les dicen "propias", con una función decisoria había sido igualmente señalado por Alcalá Galiano cuando asegura que en aquellas sociedades de gentes vehementes y no acostumbradas "al uso del examen y discusión libres, pronto asomó intención de que lo que en la reunión se

---

<sup>124</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Cit., T I, pp 5-12.

<sup>125</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 149.

<sup>126</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, p 5.

<sup>127</sup> PEREZ GALDOS, B.: "La Fontana de Oro". Cit., pp 9, 16 y 23.

resolviese no se quedase en vanas palabras". Idea que repite poco después diciendo que se tendía en ellas a usar "la discusión (...) sólo (...) como preliminar de actos dirigidos a ejercer el poder"<sup>128</sup>.

Función de *cátedras* y aspiración "a dirigir los negocios públicos" que son asimismo destacadas, aunque con distinta valoración, por el profesor Gil Novales cuando afirma: "...su misión principal es la creación de una opinión pública, sobre la que descansa el régimen liberal. Fundan periódicos, intervienen en la formación de la Milicia Nacional Voluntaria -y en la confección de sus uniformes- y, charangueras, celebran los fastos revolucionarios por medio de toda clase de actos públicos y rinden homenaje a las víctimas del pasado período absolutista. Se atribuyen la salvaguardia de la Constitución contra los serviles e inmediatamente contra los moderados, los afrancesados y todos los grupos reaccionarios; elevan peticiones colectivas al Gobierno y a las Cortes, con los que quieren cooperar ilustrándolos sobre los más diversos problemas, pero a los que atacarán -al Gobierno y a los miembros desafectos de las Cortes- en cuanto, a su juicio, se aparten del recto camino. Pretenden ejercer control sobre toda clase de funcionarios, investigando su pasado y su conducta, y movilizándolo contra los sospechosos a la opinión pública. Aunque no falta en ellas la sombra romántica del traidor -y las del aventurero, el medrador y el *mesturero*-, las Sociedades Patrióticas son el pulso de la Revolución: cualquier intento absolutista del rey o de los ministros se las encuentra en el camino"<sup>129</sup>.

Por otra parte, en el texto de Galdós se advierte que, al salirse de "sus funciones propias" y entrar en el terreno de los afanes políticos, "fue fácil que las personalidades sucedieran a los principios, que se despertaran las ambiciones y, lo que es peor, que la venalidad, cáncer de la política, corrompiera los caracteres. Los verdaderos patriotas lucharon mucho tiempo contra esta invasión. El absolutismo, disfrazado con la máscara de la más abominable demagogia, socavó los clubs, los dominó y vendiólos al fin. Es que la juventud de 1820, llena de fe y de valor, fue demasiado crédula o demasiado generosa. O

---

<sup>128</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 150 y 151.

<sup>129</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Cit., T I, p 14.

no conoció la falacia de sus supuestos amigos o, conociéndola, creyó posible vencerlos con armas nobles, con la persuasión y la propaganda"<sup>130</sup>.

Así, pues, esa pretendida ampliación de funciones conlleva, entre otras cosas, cierta tendencia a personalizar y cierta radicalización que, en la imagen que Galdós les atribuye, se debe en gran medida a la acción demagógica del "absolutismo", cuyos agentes aparecen constantemente infiltrados entre aquella "juventud" "crédula" y "generosa"<sup>131</sup>.

También estos dos caracteres, los "personalismos" -término que prefiere a "personalidades"- y la radicalización, son repetidamente destacados por el profesor Gil Novales como algo que reaparece constantemente en los escasos documentos que se han conservado de estas sociedades<sup>132</sup>.

Los *personalismos* aparecen en los debates, en las *listas negras* y en numerosas denuncias contra absolutistas. En cuanto al rebasamiento de funciones y radicalización, dice Gil Novales, por ejemplo, que "la realidad se saldrá con frecuencia de los moldes", que "los Estatutos parecen más moderados que las etapas iniciales de las mismas Sociedades", que los socios de *Lorencini* se "radicalizaron políticamente", que, "lo mismo que en *Lorencini*, la difusa amenaza absolutista encrespa a los oradores" de *San Sebastián de la Corte* y que, "como regla general para toda la duración del Trienio liberal", resulta que "a cada nueva encarnación, etapa o traslado de una Sociedad Patriótica corresponde una recaída en el espíritu de moderación, como si los socios quisieran hacerse perdonar la travesura de ser liberales", pero "ante el muro granítico de la realidad -el Gobierno, las Cortes, la estructura social y económica del país-, la indignación liberal lleva otra vez a

---

<sup>130</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 16.

<sup>131</sup> Alcalá Galiano confiesa haber defendido el derecho y conveniencia de personalizar en su discurso inaugural de La Fontana: "Yo, -escribe- en mi primer discurso en La Fontana, impugné la idea de que por la vía de la imprenta o en los discursos de las sociedades se debía hablar de las cosas en general y no de las personas, sosteniendo que en los actos de la vida pública, si bien respetando los de la privada, era en los que debían ocuparse quienes servían o de intérpretes o de despertadores de la opinión pública". "Recuerdos...". T I, pp 152-153.

<sup>132</sup> Esta carencia es repetidamente señalada por Gil Novales. Refiriéndose, por ejemplo, a la sociedad madrileña de "*Amantes del Orden Constitucional*", lamenta "la pérdida de sus archivos -como, en general, los de todas las Sociedades Patrióticas-". GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, p 138. Sin negrilla en el original.



subir el diapasón"<sup>133</sup>.

Cabe, pues, señalar, con Galdós, como característica de estas sociedades la tendencia a radicalizarse y salirse de "sus funciones propias", de "los moldes", de los estatutos. De ahí su doble imagen, real y legal.

Su **imagen legal** corresponde a una revolución *moderada* que se trataba de consolidar defendiéndose del absolutismo, pero también del *desbordamiento* popular que luego se promueve y canaliza por ellas. Así lo reflejan, según indica Gil Novales, los estatutos que se dieron "las más importantes Sociedades Patrióticas, en 1820," y que estuvieron vigentes hasta "la Ley de 21 de octubre" de ese mismo año y "después del 7 de julio de 1822."

Junto a la defensa de la ilustración y liberalismo se advierte que según indica este mismo autor, "todas ellas prohíben los ataques a la religión", las faltas de respeto al "rey", los personalismos y "las *sugestiones del odio*".

Disfrutan de cierta autonomía ante las instituciones públicas, pues ellas "nombran sus propias autoridades" y señalan si es obligatorio o voluntario el servicio de estos cargos. "En todas ellas se establecen los puestos de presidente, número variable de vicepresidentes, secretarios y vicesecretarios, censores, depositario o tesorero, contador, y en algunas un portero". Puede haber, como en Cádiz, "oradores", que son, "sobre todo, organizadores".

El número de socios es en unos casos indeterminado y en otros limitado "por razones de local o de orden"; pero suele permitirse a los no socios asistir, hablar y hacer proposiciones, aunque sólo los socios tengan voto. "En cuanto ciudadanos -dice Gil Novales- todos son iguales y se rechazan distintivos y tratamientos, recomendándose el uso del usted. Pero los socios pueden tener diferente categoría reglamentaria y a veces también, sobre todo de ciudad en ciudad, pagan diferente cuota". Las cuotas conocidas oscilan entre los "10 reales mensuales" pagados en Cáceres y los "40" que, además de "una entrada de 100 reales", se pagaban en "la Sociedad de *Amantes del Orden Constitucional*, de la calle Jardines, Madrid." Esta diversidad, lo mismo que la de tipos de socios o la facilidad con que suele poderse "alterar el Reglamento total o parcialmente", nos viene a confirmar su

---

<sup>133</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, pp 37-136; especialmente, pp 15, 66, 83 y 95.

autonomía<sup>134</sup>.

La diversidad resulta, además, de las diferencias ideológicas de individuos y grupos ante una realidad nueva y cambiante que afrontar, de los diversos *modos de vida* y consiguientes circunstancias regionales o locales y, así mismo, de los cambios introducidos "por la irrupción oficial en la vida de las Sociedades" a lo largo del tiempo.

Esta diversidad cronológica, resultado de los **cambios de su estatus legal**, permite distinguir las siguientes fases o períodos: "Primer periodo, desde los orígenes hasta la Ley de las Cortes de 21 de octubre de 1820, promulgada por el rey el 8 de noviembre. Segundo periodo, Tertulias Patrióticas, de 1821-1822, hasta el magno suceso del 7 de julio de 1822. Tercer periodo, Sociedades Patrióticas desde esta fecha hasta la caída del régimen constitucional"<sup>135</sup>.

No obstante, el comportamiento de estas reuniones cuando legalmente eran *Tertulias* nos induce a pensar que su tipo de actuación respondía más a la permisividad gubernamental que a razones de estricta legalidad. Piénsese, por ejemplo, en la acción política de La Fontana y de la Cruz de Malta durante noviembre y diciembre de 1820 o en la de La Fontana en varios momentos de 1821 hasta el 18 de Septiembre<sup>136</sup>.

Su acción era más de hecho que de derecho. Era, en este sentido al menos, revolucionaria, aunque el poder existente, formalmente jurídico, las sometiese a su control para evitar acciones que, tanto como aquellos Gobiernos *moderados*, suele considerar perjudiciales para la *revolución posible* la historiografía liberal posterior, y en concreto Galdós, pero que los *exaltados* entonces, y el profesor Gil Novales en nuestros días,

---

<sup>134</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, pp 15 y 16.

<sup>135</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., pp 12-13, especialmente ésta última.

<sup>136</sup> Alcalá Galiano se disculpa de la posible exaltación de sus discursos de 1820 en La Fontana, dando a entender que el radicalismo era entonces menor que después, en su periodo de Tertulia: "en 1821, ausente yo de ella -dice-, vino a ser un teatro donde se representaban escenas escandalosas" (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 153). El mismo Gil Novales señala que gracias a que en diciembre de 1820 La Fontana conservaba ante el Gobierno la imagen de "club moderado" con que nació, "siguió en 1821, y llegó a ser algo muy diferente de este prototipo gubernamental". (GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 593).

parecen considerar necesarias para que la Revolución se legitimase y consolidase<sup>137</sup>.

Con la actitud comprensiva de quien ve en ellas más error que mala fe, dice *Clarín* en una conferencia pronunciada en el Ateneo durante el Curso 1885-1886: "En estas sociedades patrióticas se llegó a toda clase de excesos oratorios; hablaban en ellas la ignorancia, la pasión y la envidia, y cuando los congregados pensaban y decían que estaban ventilando los altos intereses del Estado y estaban salvando la patria, no hacían más que gritar y alborotar; pero que los salve (...) la intención, porque era la primera vez que el pueblo podía entregarse a estos deliquios de patriotismo, la primera vez que tenía conciencia de sí mismo como pueblo que anhela ser libre a la moderna, y no debe extrañarnos que allí hubiera excesos que pocas veces pasaban de ridículos"<sup>138</sup>.

Alcalá Galiano, disculpándose por su protagonismo en ellas, dice: "Que las sociedades patrióticas causaron algún mal, aunque no al punto que suele suponerse, y ningún bien, es cosa que hoy -lo publica en 1864- apenas hay quien duda". Y añade, con un razonamiento cargado de lógica y verismo: "Así es que recién proclamada la Constitución de 1812 en 1836, de resultas de varias conmociones populares, y triunfante el partido más extremado de esta época, los ministros de él salidos, y que eran sus caudillos y representantes, se negaron a conceder licencia para el establecimiento de una sociedad patriótica al uso antiguo en Madrid, y si el haber habido quien esto solicitase prueba que aquellas reuniones aún contaban con uno u otro aprobante, el hecho de que no hubo un clamor pidiendo su resurrección, cuando todo quería reponerse según estaba en 1823, acreditó que aquellos cuerpos un tiempo tan famosos vivían en el recuerdo más para ser reprobados que aplaudidos"<sup>139</sup>.

---

<sup>137</sup> Entre los innumerables ejemplos de radical condena de las actividades a que estas sociedades tendían, pueden verse las opiniones -que luego recogemos- de Miraflores, que las llama "asquerosas reuniones" ("Apuntes...". Cit., T I, pp 49-50), Vayo, que las presenta manipuladas por el oro y los agentes absolutistas exteriores e interiores (Op. Cit., T II, p 177), y Galdós, que habla del *cáncer de la venalidad* ("La Fontana de Oro". Cit., p 231).

<sup>138</sup> ALAS, Leopoldo: "Alcalá Galiano. El periodo constitucional de 1820 a 1823.- Causas de la caída del sistema constitucional...". En "La España del Siglo XIX. Colección de conferencias históricas". Ed. San Martín, Madrid, 1886, T II, pp 469-520, especialmente p 493.

<sup>139</sup> ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 165.

Visto desde 1991 ese "partido más extremado" puede no parecerlo tanto, pero resulta evidente que lo era más que los liberales moderados de 1834 o los de 1845 y, por supuesto, mucho más que la España carlista que todos ellos tenían enfrente. Realmente parece que las sociedades patrióticas estaban entonces en descrédito.

Pero en 1820-1823, estas sociedades, vinculadas inicialmente al liberalismo, sólo poco a poco se habían ido identificando con su versión de los *exaltados*, pretendían ser un cauce de popularización revolucionaria y de oposición a unos Gobiernos elitistas, sin que todavía se les hubiese identificado con unos modos de hacer exaltados, poco respetuosos con las leyes y propicios a la manipulación. Lo que nació como órganos de ilustración y debate popular se convirtió en parcial instrumento político y, según dice Galdós en referencias ejemplarizadoras a que luego aludiremos, "los exaltados se encastillaron en La Fontana y expulsaron a los que no lo eran"<sup>140</sup>.

Esta actitud podría explicar el temor que, según dice el profesor Gil Novales, produjo a los que él llama "ultramoderados" la "red de Sociedades Patrióticas" que, primero desde *Lorencini* y después desde *La Fontana de Oro*, trataba de reunirse como "una fraternal alianza", aunque otras "muchas de estas Sociedades" no fueran, como él dice, "sino órganos de la moderación". El mismo Gil Novales señala la "formidable" potencialidad revolucionaria de dicha red e insinúa ciertas diferencias que se van agudizando, aunque inicialmente se disimulen: "...en los comienzos -dice-, todas las Sociedades Patrióticas **se habían preocupado por aparecer como moderadas**, ganar respetabilidad, no asustar y no seguir la ruta que habían seguido los clubs en la Revolución francesa. Pero su concepto de moderación, en esta época de términos todavía imprecisos, era muy diferente del de los moderados auténticos; excluía -explica Gil Novales, achacando a éstos cosas que muchos hubieran rechazado,- el pacto con las fuerzas del Antiguo Régimen, el falseamiento de las elecciones, el perdón a Elío, a los *persas* o a los asesinos de Cádiz del 10 de marzo"<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 23.

<sup>141</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, pp 18, 19 y 103. Sin negrilla en el original.

De la **extensión y desarrollo** de estas Sociedades por toda España puede dar idea la ya citada "red" y el hecho de que, tomando como base el Trienio constitucional, el profesor Gil Novales haya "podido comprobar la existencia de Sociedades Patrióticas en 164 poblaciones", que en algunos casos tenían varias.

Tal es el caso de Madrid, donde cita las de *Amigos de la Libertad* (Lorencini), *San Sebastián de la Corte*, *Amigos del Orden* (La Fontana), *Amigos de la Constitución* (La Cruz de Malta) y la *Sociedad Patriótica Landaburiana* -a las que nos vamos a referir especialmente por su particular protagonismo en la política del Trienio y en la obra de Galdós- y, con distinta significación entonces, la ya aludida de los *Amantes del Orden Constitucional*, la del *Ateneo Español* ("El primer Ateneo, fundado en abril de 1820"), que "tienen carácter cerrado" y "son *debating societies* sólo para socios", y la *Junta Patriótica de Señoras*<sup>142</sup>.

Es destacable también la importancia inicial de la Sociedad Patriótica fundada en San Fernando (Cádiz), que parece ser la primera de las de 1820 y, según dijera J. Moreno Guerra, quería "reunir al pueblo con el ejército libertador, para que llevase con paciencia la pesada carga de los alojamientos (...) suministros", etc.<sup>143</sup>; y la de La Coruña, cuya fundación va unida al levantamiento producido en dicha ciudad el 21 de febrero de 1820<sup>144</sup>.

Galdós, por su parte, al referirse en "La Fontana de Oro" a los hechos previos a la madrileña *procesión* del retrato de Riego (18-Sept-1821), recuerda la existencia en Zaragoza de un "club, llamado *democrático*" -con bastardilla en el original- que, según dice un "aragonés" al rechazar la acusación de "Alcalá Galiano" contra dicha ciudad "por no haber defendido a su general", "ha sido en dos años la más entusiástica y eficaz asamblea de la nación". De ella procedía Lázaro, el protagonista de la novela de Galdós

---

<sup>142</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., pp 11, 13 y 30-31.

<sup>143</sup> Diario de sesiones, 1820, II, pp 1936-37. Intervención de José Moreno Guerra en las Cortes el 14 de octubre de 1820. Cit. por GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, p 17.

<sup>144</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades...". Cit., T I, p 17.

sobre "La Fontana de Oro", y muchos otros activos y exaltados aragoneses que, en septiembre de 1821, se hallaban presentes, con clara significación simbólica, en esta sociedad madrileña<sup>145</sup>.

Pero, según dice chuscamente Alcalá Galiano, "con rara excepción, las sociedades patrióticas de provincias no pasaron de ser necias e insulsas, quedando reservado a las de la capital el ser en alto grado perjudiciales"<sup>146</sup>.

Veamos, pues, algo más sobre algunas de éstas, que son, además, casi las únicas a que Galdós alude concretamente en sus obras sobre el Trienio, aun cuando, según se ha visto, no ignore la existencia de otras.

### 3.1.2.1. *Los Amigos de la Libertad*

Fue fundada como sociedad *patriótica* en el *café de Lorencini* de Madrid, en marzo de 1820, aunque, según diversos testimonios, este café -del que toma su nombre más usual- era ya lugar de reunión de algunos conspiradores antes de que Fernando VII jurase la Constitución<sup>147</sup>.

Describiendo el ambiente y proceso de formación de ésta y otras sociedades dice Mesonero que, tras dicha jura, "los ciudadanos" se reunían en "los cafés y establecimientos públicos" para manifestar "su contento, comunicarse y robustecer sus ideas y sus esperanzas, y disponerse a defenderlas si por acaso las viesan atacadas o contradichas". En concreto, el café "llamado de Lorencini (...) era el más decente de los pocos que a la sazón había en Madrid", estaba "situado en la Puerta del Sol, frente a la fuente y en la casa que hoy -dice Mesonero- lleva el número 2", y "fue el preferido por lo más acentuado de la concurrencia". En él, "a los diálogos animados de los grupos sucedieron las arengas y discursos individuales, (...) cartas y papeles de las provincias levantadas, (...) versos y canciones patrióticas, (...) enderezando todos vehementes apóstrofes contra el despotismo

<sup>145</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 98 y 99 especialmente.

<sup>146</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 151.

<sup>147</sup> Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Cit., T I, p 37.

y en pro de la libertad; todo con el más amable desorden y alborozo universal, sin más excepción que el sobresalto (...) del propietario, *don Carlos Lorencini*, que veía convertidas sus mesas y mostradores en púlpitos y tribunas, y a sus mozos y camareros convertidos en estatuas decorativas (...). Por supuesto -continúa Mesonero- que unos y otros oradores se embarazaban y oscurecían por completo, y nadie podía hacerse entender de los demás en aquel unísono desconcierto hasta que el poeta Gorostiza (...) consiguió al fin hacerse escuchar, y en una sentida y vehemente declamación hízose intérprete fiel del público entusiasmo, obteniendo una ovación hiperbólica y aun el título *ad honorem* de presidente, *regulador* (...) de aquella agrupación, que de modesta y prosaica de concurrentes a un café pasó a tomar el título y rango de *Sociedad patriótica de los amigos de la libertad*"<sup>148</sup>.

Por otra parte, en breve síntesis de la acción política de esta sociedad, concluye Mesonero diciendo, no sin ironía, que "andando los días (o las noches), no sólo llegó a influir, y mucho, en descarriar la pública opinión, sino que hubo de llamar la atención del Gobierno con ciertas excentricidades y desvaríos, que acabaron a mano airada con su alegre celebridad"<sup>149</sup>.

Según se desprende de la documentación recogida por el profesor Gil Novales en "Las Sociedades Patrióticas...", la inicial moderación y el rechazo a los personalismos resultan pronto rebasados en Lorencini por una acción tendente a asegurar la Libertad frente a la amenaza contrarrevolucionaria que, con más o menos fundamento, los lleva a una especie de persecución de *personalidades* absolutistas, cuyos ceses en sus cargos, juicios, etc., solicitan/exigen del Rey, la Junta u otras instituciones previa elaboración de numerosas "listas negras". En este tipo de actividades -simultaneadas con muchas otras relativas a la

---

<sup>148</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 182-183. El profesor Gil Novales, citando los periódicos "Voz del Pueblo, Valencia, núm. 1, 14 de abril de 1820, pp 1-5, y Correo Constitucional de Mallorca, Palma, núm. 48, 18 de mayo de 1820, pp 279-282", señala que esta fundación se hizo "bajo los auspicios de los antiguos redactores de *El Tribuno del pueblo español*, los cuales se encargarían también más adelante de abrir la Sociedad de Valencia". GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades patrióticas...". Cit., p 37.

<sup>149</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias...". Cit., p 183.

formación de la Milicia Nacional, ayudas a necesitados, precio del pan, etc.- le resultó fatalmente decisiva la *representación* que, el día 16 de mayo de 1820, se envió al Rey para que separase al marqués de las Amarillas del Ministerio de la Guerra, lo cual dio lugar a la prisión -prolongada hasta diez meses- de varios de sus socios más activos<sup>150</sup>.

Aunque ya había otros indicios de crisis, como las dificultades en la formación de comisiones o los proyectos de traslado a otro local, "con esta causa -dice Gil Novales- termina prácticamente la historia de Lorencini, la primera Sociedad Patriótica de Madrid. No desaparece del todo, pues todavía -añade- oímos hablar de ella en 1821, pero queda como un café más, en el que las lenguas se desatan; más su dimensión nacional ha pasado a otras Sociedades"<sup>151</sup>.

La sociedad parece quedar prácticamente "desmembrada" y con escasa vida, al pasar la mayoría de sus componentes a integrarse en las nuevas sociedades formadas en La Cruz de Malta y en La Fontana de Oro<sup>152</sup>.

El profesor Gil Novales destaca sobre todo la continuidad de esta sociedad en *La Cruz de Malta*. Pero el hecho se advierte así mismo -quizá con más claridad- respecto a *La Fontana de Oro* si tenemos en cuenta que el intento de formar una segunda comisión conjunta de los Cafés de Lorencini y de San Sebastián, a los que se refiere dicho autor, van unidos al discurso pronunciado el 11 de mayo de 1820 en Lorencini por Juan Romero de Tejada, futuro Secretario de *La Fontana*, y que entre los nombres propuestos para dicha

---

<sup>150</sup> La imagen de esta comisión es evocada por el propio M. de las Amarillas cuando indica que llegaron, "una noche a las once y media (,) con la pretensión de que se despertase a S.M. porque tenían que hablarle en nombre del pueblo", y que, al negarse a ello Canga Argüelles, entregaron a éste "una representación contra mí -dice Amarillas- con una porción de firmas, todas de personas desconocidas, muchas de la misma mano". *Recuerdos*, Cit., T II, p 97.

<sup>151</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 37-80, especialmente pp 46, 49, 51, 71, 73 y 79. Cuando Alcalá Galiano se ocupa en sus *Recuerdos* de esta sociedad señala igualmente que el Gobierno "negó a los suplicantes su arrogante pretensión; alteróse con este motivo, aunque no gravemente, la paz pública", fueron "presos algunos (...) y la sociedad de Lorencini, si no fue disuelta, hubo de ser reducida a silencio, a lo menos por breve plazo". ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 151.

<sup>152</sup> Según escrito de una comisión de la Sociedad de Malta al Ayuntamiento de Madrid ("Archivo de la Villa, 2ª-353-49"), citado por GIL NOVALES, en "Las Soci. Patriót...". Cit., pp 100 y según este mismo autor en *Ibídem*, p 102.



comisión se recogen varios (Bittini, Garro, Yandiola, y el mismo Romero de Tejada) que pasaron luego a La Fontana<sup>153</sup>.

### 3.1.2.2. *San Sebastián de la Corte*

Es una sociedad de la que Galdós no se ocupa en "El Grande Oriente"<sup>154</sup>. Quizá siga en esto a Alcalá Galiano, que tampoco alude a ella en el capítulo dedicado a "Las sociedades patrióticas de 1820 a 1823" de sus ya citados "Recuerdos de un anciano". Sí la describe expresamente Mesonero, importante fuente de Galdós, pero apenas le concede relevancia política en el Trienio. Según Mesonero esta reunión era de las que, por ser "menos borrascosas que la de Lorencini, tuvieron la fortuna de sobrevivir sin contratiempo"; estaba "formada, por lo general, de gente de más modesta condición (...), de menos valía y empuje" y "era más bien una **reunión de buenas gentes**, que se entregaban **sin pretensión alguna** a sus desahogos políticos y a sus libaciones báquicas, alternando las peroratas tribunicias con grotescas manifestaciones de una barbarie de *buena fe*"<sup>155</sup>.

El marqués de Miraflores, por el contrario, la condena sin paliativos, y sin distinción alguna de las demás, al asegurar que, ya mientras actuaba la Junta Provisional, Madrid "veía con escándalo las asquerosas reuniones llamadas Sociedades Patrióticas, que en el Café de Lorencini y de San Sebastián, presentaban una copia servil de los Clubs del año 1789 en Francia". Coincide, en cambio, con Mesonero, en señalar el contraste de estas sociedades con la de La Fontana de Oro, en la que había "personas de otra influencia y otra categoría, aunque no de gran opinión pública"<sup>156</sup>.

También Vayo empareja como iguales las reuniones de "los cafés de Lorencini y de San

---

<sup>153</sup> Estos nombres en GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas". Cit., T I, p. 69.

<sup>154</sup> Lo cita como referencia conocida en "Napoleón en Chamartín". Cit., p 550.

<sup>155</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 183-184. Sin negrilla en el original.

<sup>156</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit., T I, pp 49-50.

Sebastián, en las que se ventilaban las cuestiones más arduas del Estado, y se hablaba de lo pasado y de lo futuro, de las personas y de las cosas con el agraz de la inesperienza (Sic)", influídos a veces por los "agentes" y el "oro" de los "gabinetes" extranjeros y del "mismo rey de España", que procuraban "herir de muerte la revolución". Afirma, además, -y esto ha de tenerse en cuenta al valorar los testimonios de la época- que **"allí las pasiones, cubriéndose con la máscara del patriotismo, escalaban el poder, agriaban los ánimos, y creaban los descontentos fulminando rayos contra los individuos más condecorados del país"**<sup>157</sup>.

Las conclusiones del profesor Gil Novales sobre esta sociedad confirman lo dicho por Mesonero en cuanto a la *modestia* de los reunidos en ella, lo cual pone en relación con su más acusado carácter docente, pero le atribuye también una importante actividad política que la acercaría a la imagen aportada por Vayo y Miraflores si no fuera por la diametral distancia que existe entre su positiva valoración de estas reuniones y la manifestada por estos dos autores. "La llamada Sociedad de San Sebastián de la Corte -dice Gil Novales- fué fundada el 6 de abril de 1820 en la fonda o café de su nombre, situado en la calle de Atocha y plaza del Angel. En otro tiempo se había reunido en él una famosa tertulia ilustrada, de carácter literario, no político (...). Lo primero que llama la atención en esta Sociedad es su carácter marcadamente doctrinal, y aun pedagógico, mayor que en otras, acaso por la abundancia de artesanos en ella"<sup>158</sup>.

Y aunque luego se advierte que su evolución la llevó a radicalizarse y desarrollar una actividad más propiamente política, muchas veces en colaboración estrecha con la sociedad de Lorencini, se reitera con expresiones diversas que "el gran tema de San Sebastián de la Corte es la instrucción pública" y se insiste en la "fndole filomoderada de esta Sociedad". Llegó a nombrarse en ella "una comisión de delaciones", pero Gil Novales dice no haber hallado indicios de su actividad. Firmó varias *representaciones* en común con la de Lorencini, aunque -por no esperársele un día, según se dice,- no firmó la dirigida por esta

<sup>157</sup> VAYO, E. de C.: "Historia de la vida y reinado...". Cit., T II, p 177. Sin negrilla en el original.

<sup>158</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., p 81.

sociedad contra Amarillas<sup>159</sup>. Pero el hecho de que, caída la sociedad de Lorencini, continuara ésta "sin contratiempo", según decía Mesonero, podría deberse a la imagen de relativa moderación que parece atribuírsele, y que pudo contribuir a que Galdós, aunque la conociera, no la hiciese, como a las otras, objeto de sus críticas.

### **3.1.2.3. Los Amigos de la Constitución**

Es el nombre oficial de la sociedad conocida como *La Cruz de Malta*, café-fonda situado por Mesonero en la calle "Caballero de Gracia, junto al Oratorio"<sup>160</sup>, y que, según se anuncia en el *Paladión Constitucional* del 29 de mayo de 1820, "se va a establecer" en dicho café "dentro de dos o tres días"<sup>161</sup>.

Se puede, "pues, fechar en junio de 1820 -dice el profesor Gil Novales- el nacimiento de esta nueva Sociedad Patriótica". Ya en este mes "los *Amigos de la Constitución* intervinieron en un ruidoso incidente" contra lo que parece un intento absolutista de la Guardia Real<sup>162</sup>.

Sin embargo, el mismo Gil Novales advierte que sólo ha "podido encontrar" "pocos datos (...) relativos a los primeros cinco meses de vida de esta Sociedad"<sup>163</sup>. Lo cual, unido a que Alcalá Galiano sitúa esta fundación en Noviembre -"cinco meses" después- nos induce a pensar que *La Cruz de Malta* se había hecho notar relativamente poco hasta esta última fecha<sup>164</sup>.

---

<sup>159</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 71, 83, 85 y 92.

<sup>160</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 184.

<sup>161</sup> Paladión Constitucional, núm. 19, 29 de mayo de 1820, 76. Cit por GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 94.

<sup>162</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 95 y 98.

<sup>163</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 94.

<sup>164</sup> Alcalá Galiano sitúa esta fundación tras la crisis de los días 16-21 de noviembre de 1820. Quienes en septiembre habían apoyado al Gobierno contra los *exaltados* y le veían ahora reconciliarse con ellos, viene a razonar, se sintieron estafados y, convertidos en oposición, fundaron la Sociedad de La Cruz de Malta, que "tuvo breve la vida y escasa la fortuna, aunque en ella -dice Alcalá Galiano en tácita alusión al gusto de la (continúa...)

Su actividad -su fundación- se recuerda igualmente posterior a la de *La Fontana de Oro* por el M. de las Amarillas, que, al indicar que se fundó un club en éste café, añade: "como **más adelante** -negrilla nuestra- en la Cruz de Malta"<sup>165</sup>.

Es sintomático en este mismo sentido que -quizá por su escasa difusión, aunque existieran,- el profesor Gil Novales no ha encontrado ni el escrito de "*La sociedad patriótica de amigos de la Constitución, en Malta, al excelentísimo señor marqués de Castelar, capitán de cuartel del real cuerpo de Guardias de la persona del Rey*" -motivado por el citado incidente de Junio- ni el "Reglamento" de dicha sociedad, pese a que ambos documentos se anunciaron en el "*Gacetín de anuncios diarios*" de los días 29 y 26 de julio de 1820 respectivamente<sup>166</sup>.

La falta de datos concluyentes se mantiene todavía en Septiembre de 1820, pues aunque "las *Actas del Ayuntamiento de Madrid (Actas Extractadas del Ayuntamiento de Madrid, conservadas en A.H.N., Estado, Leg. 3141-2)* **permiten adivinar** también -según expresión del profesor Comellas, que ponemos en negrilla por su significación para este caso,- la colaboración de *La Cruz de Malta*" en los actos organizados entonces por *La Fontana de Oro* en honor de Riego<sup>167</sup>, el tenerlo que *adivinar* es indicio de que no es mucho ni muy claro el protagonismo que se le atribuye en dichos hechos.

Es también notable, aunque se pueda atribuir a otros motivos, que "la primera sesión" de *La Cruz de Malta* que "el *temoin oculaire* -"probablemente Sebastián de Miñano", según

---

<sup>164</sup>(...continuación)

*muchedumbre por el tono de oposición violenta* que él señala varias veces- se habló con tanta violencia cuanto en donde más" (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., pp 158-159). Parece que la fecha de fundación fue Junio. Pero bien podría ser que la actividad política de esta sociedad fuera irrelevante hasta Noviembre, cuando, según dice Alcalá Galiano, *La Fontana* languideció durante dos meses porque, al reconciliarse los liberales escindidos en Septiembre, "el partido en ella dominante había venido a ser el del Gobierno o Ministerio, por lo cual no era posible hablar desde aquella tribuna dando gusto a la muchedumbre" (Ibíd., p 158). Esta idea de Alcalá Galiano -aunque sea errónea- indica también que hay *pocos datos* que encontrar de los "cinco meses" que median de Junio a Noviembre.

<sup>165</sup> AMARILLAS, M. de: "Recuerdos", Cit., T II, p 97.

<sup>166</sup> Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 98 y 94.

<sup>167</sup> COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 23-29 y 149.

Gil Novales- recoge en sus apuntes corresponde al 22 de noviembre" (de 1820)<sup>168</sup>.

Quizá esta sociedad se mantuvo hasta entonces un tanto empequeñecida por *La Fontana*, que parece ser la verdadera protagonista de los días 3-7 de Septiembre, aunque Malta colaborase con ella. La imagen que inicialmente da en el anuncio de su inauguración publicado en el *Paladión Constitucional* de 29 de mayo de 1820 es intencionalmente moderada: "Las personalidades odiosas -léase personalismos- serán desterradas y no tratarán los socios más que de instruir, de vigilar para que nuestra sagrada Carta no sea infringida, y de que las autoridades marchen por la senda constitucional, únicas cosas a que todos debemos aspirar"<sup>169</sup>. Se desconoce, por otra parte, el tono de su no aparecido escrito en el *incidente de Junio*, así como de su Reglamento; y su primera actividad documentalmente verificada consiste en unas "fúnebres exequias" por "las víctimas gaditanas del 10 de marzo", celebradas, el 24 de agosto de 1820, en armoniosa colaboración con el Ayuntamiento de Madrid. La organización de estos actos, según un escrito dirigido el 14 de agosto de 1820 al Ayuntamiento de Madrid por los de La Cruz de Malta, responden al compromiso que esta sociedad dice tener por "la incorporación a ella de la mayor parte de los Individuos que componían la conocida por Lorencini, al ser desmembrada -ésta- por eventos fortuitos"<sup>170</sup>. Ello quiere decir, por una parte, que *La Cruz de Malta* se considera, según dice Gil Novales, "heredera y continuadora de la Sociedad de Lorencini"<sup>171</sup>; pero cabe pensar también que, presos los socios más activos y "desmembrada" ésta, pudieron los de Malta tratar de *curarse en salud* para que su sociedad no corriera la misma suerte que aquella, aun suponiendo que estos líderes pensasen igual que los de Lorencini. Ha de tenerse en cuenta, además, que parte de los "socios de Lorencini se habían inscrito en La Fontana" -no en Malta-; entre ellos algunos

---

<sup>168</sup> *Ibíd.*, p 577.

<sup>169</sup> *Paladión Constitucional*, núm. 19, 29 de mayo de 1820, 76. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 94.

<sup>170</sup> Archivo de la Villa, 2ª.- 353-49. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 100.

<sup>171</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 100.

tan significativos como Gorostiza (al que cita Mesonero en Lorencini y en La Fontana y Gil Novales en la Landaburiana) Juan Romero de Tejada (Secretario de La Fontana), Eusebio López Polo (Firmante del Reglamento) y Juan Antonio Yandiola (1<sup>er</sup> presidente de La Fontana)<sup>172</sup>.

Su radicalismo de noviembre de 1820 -que Galdós destaca también, según veremos, refiriéndose a la representación dirigida "al rey contra el Ministerio" y tratando a esta sociedad de "manicomio"- parece desencadenado en interés del Gobierno, aunque luego se continuase contra él y diera ocasión a que éste procediera a clausurarla y a abrir a algunos de sus socios una causa que dura desde el 29-XII-1820 hasta el 23-III-1822<sup>173</sup>.

<sup>172</sup> Cfr. con datos aportados por GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 102, y T II, pp 933, 866 y 969.

<sup>173</sup> Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 590-591. En las pp 584-587 se recoge el texto de esta famosa representación (28-XII-1820), publicado en "Miscelánea", núm. 304, 29 de diciembre de 1820, 3-4." La versión de Alcalá Galiano, duramente criticada por Gil Novales, da ciertamente qué pensar sobre su sinceridad en el relato de este cierre y del, no menos criticado, carácter de los socios. Según este autor, los fundadores de *La Cruz de Malta* "contaban con el favor palaciego y con el del rey mismo". "Había además un crecido número de personas no palaciegas", disgustadas y desplazadas a la oposición por la reconciliación liberal de noviembre de 1820, de las que un "número corto" eran "amantes sinceros de la Constitución o de un Gobierno libre" y otra "lo general de los afrancesados". Sus discursos iniciales, ricos "en punto a doctrinas y a invectivas contra el Gobierno (...) fueron oídos con satisfacción". Pero pronto, salvo el "mero vulgo", "comenzaron a murmurar de esta sociedad y a sospechar "la intención que la movía, convirtiendo pronto en certidumbre la sospecha" y produciéndose en seguida su "completo descrédito". El mismo Alcalá Galiano dice haberse prestado -aunque con algunos reparos- a hablar en *La Fontana* para acabar con la acción perturbadora de *La Cruz de Malta*, cosa que se había logrado tras su discurso y el de su "amigo don Manuel Eduardo de Gorostiza": "Nuestros pobres rivales de la Cruz de Malta -dice- hubieron de callar, porque para seguir la guerra por ellos declarada habían menester fuerzas muy superiores a las suyas" (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 158, 159 y 160.). No alude en estos *Recuerdos* a la representación del 28-XII-1820 ni al cierre efectuado por la autoridad ni a la prisión de algunos socios ni a la causa que se les formó ni a la campaña de desprestigio que, según señala el profesor Gil Novales, buscaba el Gobierno con los "pasquines" contra los "afrancesados, a los que insinuaban se habría debido la representación contra los ministros". Así lo insinúa el afrancesado Lista, que en carta privada de "19 de enero de 1821" a Reinoso, asegura que ningún afrancesado firmó ni colaboró en aquella representación, aunque en el texto recogido por Gil Novales, no niega que hubiera afrancesados en *La Cruz de Malta*. Sin embargo, el "afrancesamiento de La Cruz de Malta" es, en opinión de Gil Novales, una "especie interesada (...), difundida sobre todo por Alcalá Galiano", de cuya "impudencia historiográfica" es, a su juicio, "admirable ejemplo" el "pasaje" dedicado a este tema en sus *Memorias...*. (GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 591.) Al margen de lo que Alcalá Galiano hiciera entonces, es cierto que, en contraste con lo dicho en sus *Recuerdos de un anciano*, sí se refiere a esta representación en sus *Memorias*, asegurando que hubo rumores de que "la representación salía de Palacio" y "que era obra de los afrancesados, unidos con los palaciegos", aunque "fue recibida con gusto" por algunos "de la parcialidad exaltada", que, además de ser los menos, se caracterizaban por disfrutar con todo lo que sonase a "vituperio" y desorden. Dice aquí Galiano que el Ministerio procedió "contra la (continúa...)

Con ello queda *La Cruz de Malta* cerrada, "definitivamente como club político", y cuando se reabre "parece ser -dice Gil Novales- un Café elegante, ya sin el frenesí de lo político", según la imagen que de él da el concierto musical anunciado en el *Diario de Madrid* de 8 de marzo de 1821<sup>174</sup>.

Tras sopesar unos y otros testimonios se puede, pues, concluir que esta sociedad presenta una imagen no muy clara hasta noviembre-diciembre de 1820, *exaltada*, al menos en la forma, durante estos dos meses y de "café cantante" el resto del Trienio. Desde Junio hasta el final de 1820, según indica el profesor Gil Novales, parece formar con La Fontana de Oro el doblete -quizá un poco desigual- que sustituyó al antes formado por Lorencini y San Sebastián de la Corte<sup>175</sup>.

### 3.1.2.4. Los Amigos del Orden

Esta sociedad, tras celebrar durante el mes de mayo de 1820 algunas reuniones en el local de La Cruz de Malta, anuncia el día 4 de Junio -mediante nota de su Secretario, Juan Romero de Tejada, "a todos los periodistas de la capital"- que "se traslada definitivamente el martes 6 del corriente al café de la Fontana de Oro", situado, según informa Mesonero,

---

<sup>173</sup>(...continuación)

Sociedad de la Cruz de Malta, procurando estorbar que en ella se hablase", pero no da más explicaciones. (ALCALA GALIANO, A.: "Memorias de...". En *Obras Escogidas de don A. A. G.* . Atlas, Madrid, 1955, T II, pp 112-114, especialmente 112 y 113).

<sup>174</sup> Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 590 y 591. Mesonero Romanos, olvidando quizá su fase política de noviembre y diciembre de 1820, o, quizá, porque tampoco ve en ella una actividad ni un grupo sinceramente *exaltados*, afirma que la reunión de "la *Gran Cruz de Malta*" -así la llama- "conservó más bien su primitivo carácter de café cantante". Y, sin distinguir ningún período, señala así, acto seguido, la novedad introducida con el Trienio: "sólo que en medio de los dúos y cavatinas de sus programas se improvisaban lecturas de versos patrióticos, se enderezaban arengas tribunicias, harto subidas de color, y entre los raptos y los brindis, votos y juramentos a toda orquesta de la animada concurrencia, concluía todo con entonar el *Himno de Riego*". (MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 184.) Así, pues, la imagen que Gil Novales atribuye a este café a partir del año 1821 viene a ser la única que recuerda Mesonero, cuyas referencias no aluden para nada a la ya citada representación al Rey ni a su enfrentamiento con el Gobierno.

<sup>175</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 94.

"en la carrera de San Jerónimo, esquina a la calle de la Victoria"<sup>176</sup>.

"El mismo día 4 de junio de 1820 -dice el profesor Gil Novales- aparecía fechado el Reglamento de la Sociedad, que firmaban Eusebio López Polo, Ramón Adán, Felipe de Arco-Agüero, Manuel Beltrán de Lis -llamado **Bertrán** de Lis, M. S. en su "prosopografía" del T II-, José María Torrijos, Juan Antonio Yandiola, Lorenzo Calvo de Rozas, Javier de Burgos, Evaristo San Miguel, Eduardo (Sic) O'Rian, Domingo de Torres y Juan Romero Alpuente, es decir -concluye-, que la Fontana era fundada por un arco iris político, que iba desde el afrancesamiento hasta la exaltación"<sup>177</sup>.

Junto a esa diversidad política cabe destacar la elevada extracción social que en sus socios señala Mesonero cuando asegura que esta sociedad "no fue ya atropelladamente y con indiscreta mezcla de toda clase de personas", sino que estaba compuesta por "hasta *un centenar* de sujetos de representación y muy conocidos por su ilustración y sus opiniones", "generalmente templadas"<sup>178</sup>.

El día 6 de Junio, según informa *Miscelánea*, se celebró, efectivamente, en *La Fontana*, la sesión inaugural<sup>179</sup>, en la que pronunciaron discursos Juan Antonio Yandiola, primer

---

<sup>176</sup> *Miscelánea*, núm. 98, 6 de junio de 1820, 3-4, Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 102; y MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 185. Dicha nota aclaraba, a la vez, "que la *Sociedad madrileña de los amigos del orden* es absolutamente distinta e independiente de la *patriótica de Lorencini*", aunque "uno u otro papel público" -entre ellos "el *Paladión constitucional* del miércoles 31 de mayo"-, hablaban como si ambas, y la de los *Amigos de la Constitución*, fueran la misma, debido quizá a la utilización del local de La Cruz de Malta para sus reuniones y a que parte de los socios de Lorencini habían pasado a serlo de *Los Amigos del Orden*. Queremos recordar en este sentido que el mismo Juan Romero de Tejada, que firmaba la nota como Secretario de *Los Amigos del Orden*, estaba en este caso. Quizá no esté demás añadir que, según se cuenta en el antes citado *Resumen histórico de las maquinaciones y tentativas revolucionarias* -atribuido a Regato-, Romero de Tejada parece acusado, con razón o sin ella, de colaborar con el Gobierno absolutista de 1828: "El comisionado de Mina, D. Pío Pita", decía -según Regato- en una circular dirigida a los entonces implicados en el movimiento revolucionario que tuviesen cuidado con los agentes secretos del Gobierno y que no "se diese confianza, crédito ni auxilio al que les perteneció llamado Vulcano (D. Juan Romero de Tejada), por haberse hecho indigno de su participación". "Resumen histórico de las maquinaciones...". Archivo General de Palacio, sección Histórica, Caja Azul, núm. 302. Texto publicado en ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., pp 290-291.

<sup>177</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 103.

<sup>178</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 184-185.

<sup>179</sup> *Miscelánea*, núm. 100, 8 de junio de 1820, 3. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 103.



Presidente de esta sociedad<sup>180</sup>, -que al igual que el ya citado secretario, Juan Romero de Tejada, había sido socio muy activo de la de *Lorencini*- y Alcalá Galiano, que, refiriéndose a la fundación de La Fontana, dice en sus *Recuerdos*: "me preparé para **estrenarme** en la capital como orador **estrenando la sociedad nueva**, sin que pueda ahora acordarme de cómo me fue concedido tal honor, aunque si confiese que le deseaba y que le había solicitado"<sup>181</sup>.

Tanto el título de *Amigos del orden*, como las primeras manifestaciones de sus socios, presentan a *La Fontana de Oro* como un intento moderado de ejercer *ordenadamente* la función liberal de las sociedades patrióticas sin caer en los *excesos* de *Lorencini*. El prestigio de estas sociedades, calificadas en tono de aprobación por el mismísimo Martínez de la Rosa como "*batidores de la ley*", llevó al convencimiento, según recuerda Alcalá Galiano, de que "si aquella sociedad había sido mala, era lo conveniente crear una buena que le hiciera frente"<sup>182</sup>.

"La Fontana parecía dar a entender -dice Gil Novales- que no cargaba con los errores cometidos por sus antecesores, aun sin juzgarlos, y, por otra parte, iba a desarrollar rápidamente -"contradicción inevitable", explica,- todos los elementos positivos que habían ido apareciendo en las mismas." Es decir, se producía inicialmente "el conocido fenómeno de retroceso en la intención revolucionaria, en aras de la unión, de no poner imprudentes trabas al Gobierno, etc.," pero poco a poco se había de "ir remontando (...) este retroceso, independientemente quizá de la voluntad particular de algunos de sus socios de la primera

---

<sup>180</sup> Cfr. GIL NOVALES, A.: mismo lugar y p. que cita a "El Mensajero", núm. 100, 8 de junio de 1820, 4, indicando que éste, a su vez, "cita al *Publicista Observador*".

<sup>181</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 152. Sin negrilla en el original.

<sup>182</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 151 y 152. La idea de *hacer "frente"* a *Lorencini* conlleva la de continuidad de esta sociedad, que, desmembrada según se ha dicho, acabó siendo muy escasa. Mesonero establece asimismo relación entre ambas, pero más bien parece pensar en la *sustitución*, pues dice que La Fontana "sucedio a la suspensa de Lorencini". Señala éste, además, la relativa *seriedad, importancia y moderación* de la nueva, implícitas en la selección de sus socios y aludida expresamente luego. MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 184 y 185.

hora"<sup>183</sup>.

Con muy distinta valoración, el proceso es asimismo descrito, en lo que a La Fontana se refiere, por Mesonero Romanos: "por algunos días -dice- se ostentó animada de un espíritu templado, aunque en sentido muy liberal; y los diversos oradores que subieron a la tribuna manifestaban su propósito de no atacar duramente al Gobierno. Los señores Gorostiza, Cortabarría, Adán hermanos, Núñez, Mac Crohon y otros siguieron algún tiempo aquel sistema; pero -fueron- dominados por la elocuente voz del joven don Antonio Alcalá Galiano", revolucionario *veinteno* que introdujo duros ataques contra "la presencia" del marqués de las Amarillas en el ministerio de la Guerra y, "de paso", contra los demás ministros, a quienes tachaba de "sujetos a la influencia palaciega y de ingratos" con los revolucionarios "que los habían sacado de las cárceles", sembrando así "los primeros gérmenes de la discordia"<sup>184</sup>.

Estas discordias -reflejadas y potenciadas por la acción absolutista, por la importuna radicalización de unos y por la egoísta *moderación* de otros-, así como el **bastardeo de la función educadora** atribuída a ésta y otras sociedades se reflejan especialmente, según veremos en próximos apartados, en la acción de "La Fontana de Oro" y de los Episodios dedicados al Trienio. Pero Galdós describe, además, en algunos pasajes de dicha novela, varios de estos aspectos que, como tales, no parece vincular expresamente a ningún hecho concreto, sino más bien a la imagen de unas sociedades patrióticas cuyo *tipo* más conocido era *La Fontana*.

Así, pues, aunque en el anterior resumen sobre el argumento, personajes y ambiente de "La Fontana de Oro" quedan en parte señalados los perfiles que a esta sociedad atribuye el autor y aunque hemos de volver sobre ellos al referirnos a su intervención en ciertos

---

<sup>183</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 103.

<sup>184</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 185. Alcalá Galiano recuerda esta misma desavenencia progresiva diciendo que "ninguno de los socios primeros de la Fontana se había separado de la sociedad, aunque desaprobasen el espíritu que le animaba" y señala que "la llegada de Riego a Madrid (...) con los sucesos que la acompañaron" convirtieron "en rompimiento escandaloso lo que era discordancia de opiniones, y más todavía de intereses". (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos...". Cit., T I, pp 153 y 154).

hechos concretos, se recogen a continuación algunas indicaciones de Galdós sobre esta sociedad en sí misma.

Tras describir brevemente el contexto histórico, el ambiente madrileño y, más concretamente, "La Carrera de San Jerónimo en 1821", localiza en ella Galdós a "la celebre Fontana de Oro, Café y Fonda, (...) centro de reunión de la juventud ardiente, bulliciosa, inquieta por la impaciencia y la inspiración, ansiosa de estimular las pasiones del pueblo y oír su aplauso irreflexivo. Allí -dice- se había constituido un club, el más célebre e influyente de aquella época." Y, como una muestra de su importancia añade: "Sus oradores, entonces neófitos exaltados de un nuevo culto, han dirigido en lo sucesivo la política del país;" y concluye -quizá haciéndose eco de Alcalá Galiano-, en un entre reproche y muestra de lo que enseña la experiencia: "muchos de ellos viven hoy y no son, por cierto, tan amantes del bello principio que entonces predicaban"<sup>185</sup>. Hace todavía algunas precisiones sobre la transformación de estas "cátedras" en tribunas políticas y pasa, en el "Capítulo II", a describir "El club patriótico": Se trataba de un local "estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo", con "gruesas vigas" disimétricas, profusamente pintado y decorado, según la amplia y prolija descripción de Galdós, iluminado por unos *quinquets*, con muy modesto mobiliario y con un ancho mostrador tras el que se hallaba su dueño y, saltando por entre él y las botellas, un gatazo enorme y bien alimentado que, significativamente, se llamaba *Robespierre*. "En La Fontana -escribe también Galdós- es preciso demarcar dos recintos, dos hemisferios: el correspondiente al café y el correspondiente a la política. En el primer recinto había unas cuantas mesas destinadas al servicio. Más al fondo, y formando un ángulo, estaba el local en que se celebraban las sesiones. Al principio, el orador se ponía en pie sobre una mesa, y hablaba; después, el dueño del café se vio en la necesidad de construir una tribuna. El gentío que allí concurría era tan considerable, que fue preciso arreglar el local, poniendo bancos *ad hoc*; después, a consecuencia de los altercados que este club tuvo con el Grande Oriente, se demarcaron las filiaciones políticas; los exaltados se encastillaron en La Fontana, y expulsaron a los

---

<sup>185</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 8 y 15.

que no lo eran. Por último, se determinó que las sesiones fueran secretas, y entonces se trasladó el club al piso principal <sup>-186-</sup>. Los que abajo hacían el gasto, tomando café o chocolate, -continúa Galdós- sentían en los momentos agitados de la polémica un estruendo espantoso en las regiones superiores, de tal modo, que algunos, temiendo que se les viniera encima el techo, con toda la mole patriótica que sustentaba -Galdós ironiza repetidamente sobre el abuso del término *patriótica*, aplicado a estas sociedades-, tomaron las de Villadiego, abandonando la costumbre inveterada de concurrir al café". Trató de evitarlo el dueño, pero sus *conciliadoras amonestaciones* para armonizar *patriotismo y negocio* fueron interpretadas -según parece tenderse a hacer entonces- "como un primer conato de servilismo, y aumentó el ruido, y se fueron los parroquianos"<sup>187</sup>.

El local queda, pues, como lugar en que "se reunía la ardiente juventud de 1820", sobre cuyo origen y actitudes reflexiona así Galdós: "¿De dónde habían salido aquellos jóvenes? Unos salieron de las Constituyentes del año 12, esfuerzo de pocos, que acabó iluminando a muchos. Otros se educaron en los seis años de opresión posteriores a la vuelta de Fernando. Algunos brotaron en el trastorno del año 20, más fecundo, tal vez, que el del 12"<sup>188</sup>.

Su diversidad de momentos y razones de incorporación al liberalismo sugieren diferencias en sus ideas políticas, tal como ya hemos visto que existían. Pero ellas son sólo un componente más de los que Galdós destaca en su siguiente imagen de la vida del club: "Al crearse, el club no tuvo más objeto que discutir en principio las cuestiones políticas; pero, poco a poco, aquel noble palenque, abierto para esclarecer la inteligencia del pueblo, se bastardeó. Quisieron los fontanistas tener influencia directa en el Gobierno. Pedían solemnemente la destitución de un ministro, el nombramiento de una autoridad.

---

<sup>186</sup> La descripción del local se corresponde con lo dicho por Alcalá Galiano, que alude, asimismo, a la rotura de *exaltados* y *moderados* -con expulsión de algunos de éstos del Grande Oriente- y a reuniones restringidas de los "principales socios" en otra "pieza de la casa". "Recuerdos...". Cit., T I, pp 152, 154, 156 y 157; y en sus "Memorias". Cit., T II, pp 88, 93, 98 y 112.

<sup>187</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 23-26.

<sup>188</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 24-26, en especial ésta última.

Demarcaron los dos partidos: *moderado* y *exaltado*, estableciendo una barrera entre ambos. Pero aún descendieron más. Como en La Fontana se agitaban las pasiones del pueblo, el Gobierno permitía sus excesos para amedrentar al Rey, que era su enemigo. El Rey, entretanto, fomentaba secretamente el ardor de La Fontana, porque veía en él un peligro para la Libertad. La tradición nos ha enseñado que Fernando corrompió a alguno de los oradores e introdujo allí ciertos malvados que fraguaban motines y disturbios con objeto de desacreditar el sistema constitucional. Pero los ministros, que descubrían esta astucia de Fernando, cerraban La Fontana, y entonces ésta se irritaba contra el Gobierno y trataba de derribarle. Fomentaba el Rey el escándalo por medio de agentes disfrazados; ayudaba el club a los ministros; éstos le herían; vengábase aquél, y giraban todos en un círculo de intrigas, sin que los crédulos patriotas que allí formaban la opinión conociesen la oculta trascendencia de sus disputas"<sup>189</sup>.

Entre los elementos implícitos en esta imagen parece destacar Galdós, por una parte, la **exaltación política** juvenil, especialmente atribuída, entre sus personajes históricos, al ya aludido Alcalá Galiano<sup>190</sup>; por otra, la **ignorancia**, representada sobre todo por el novelesco "barbero Calleja" y su "turba de aplaudidores", que impedían hablar al "orador que no era de su gusto" y que, desoyendo las peticiones de silencio de "personas entre las cuales había diputados, militares de alta graduación, oradores famosos (...) no callaron hasta que subió a la tribuna Alcalá Galiano"; y, por último, y especialmente, la **perfidia**, asociada, según se dijo, a *Coletilla*, como principal encarnación en "La Fontana de Oro" de los agentes secretos de Fernando VII<sup>191</sup>.

---

<sup>189</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 26-27.

<sup>190</sup> De ahí la popularidad que, según vamos a ver, le atribuye allí y el retrato que, en consecuencia, le hace: "Era éste un joven -escribe Galdós- de estatura más que regular, erguido, delgado, de cabeza grande y modales desenvueltos y francos. Tenía el rostro bastante grosero, y la cabeza poblada de encrespados cabellos. Su boca era grande y muy toscos los labios; pero en el conjunto de la fisonomía había una clara expresión de noble atrevimiento, y en su mirada, profunda, la penetración y el fuego de los ingenios de la antigua raza". "La Fontana de Oro", Cit., p 27.

<sup>191</sup> La acción de estos agentes, largamente reiterada, no parece tan difícil si se tiene en cuenta la estrecha colaboración que Alcalá Galiano, según el mismo recuerda, mantuvo con el luego famoso Regato. Ver, por ejemplo, "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, pp 169-170 y 136-187 y especialmente "Memorias",  
(continúa...)

La tendencia resultante de esta combinación se muestra al recordar que Alcalá Galiano, el orador preferido, se quedó sólo, "cuando con más robusta voz y elocuencia" les hablaba, porque todos se fueron a "una de aquellas asonadas tan frecuentes entonces" que se oyó pasar por la calle<sup>192</sup>.

Ya para entonces, según refleja Galdós, La Fontana había caído en manos de los *exaltados*, que anteponiendo, jacobinamente, sus principios particulares a las leyes, pretendían imponer las decisiones privadas a las instituciones públicas, aunque estas estuvieran respaldadas por la Constitución y por las urnas. No es tanto que los liberales moderados de estas sociedades o tertulias se radicalizasen, sino que, según dice Galdós, "los exaltados se encastillaron en La Fontana y expulsaron a los que no lo eran". Esta idea se refuerza y ratifica, además, indicando que Alcalá Galiano, situado entre los exaltados, se refirió en su discurso a los motivos de la división y de "que salieran de la Fontana Garelli, Toreno y Martínez de La Rosa"<sup>193</sup>.

Pero el jacobinismo de esta sociedad se muestra agravado porque, además, tras sus pretendidos actos populares, puede actuar o interferir una especie de *camarilla*, que, al ser denunciada por exaltados honrados, da ocasión a que se forme un grupo disidente que, con clara analogía, se llama en este caso *La Fontanilla* y que está dirigido por el equipo de *Coletilla*. En él se organizan actos violentos en que colaboran inocentes exaltados como

---

<sup>191</sup>(...continuación)

Cit., T II, pp 84, en que le reconoce "muy unido" con él. El fenómeno, según hacía Vayo, suele estimarse común a otras Sociedades. El mismo Gil Novales, matizando a Hubbard ("*Hre. contemporaine de l'Espagne*, 1er. Série, T II, p 124") en su taxativa afirmación de que "L'or des ambassades étrangères, les sourdes intrigues de Ferdinand jouèrent certainement un grand rôle dans les débordements de la sociedad landaburiana...", admite "la presencia de agentes provocadores", aunque indicando que *no todo* el movimiento se debió a ellos. "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., T I, o 714, nota n° 127.

<sup>192</sup> El mismo Alcalá Galiano señala esa tendencia a la acción callejera cuando explica este hecho: "Si eran gratas mis declamaciones -dice-, era harto más agradable el tumulto, pues sobre ser más animado que el discurso más vehemente, prometía tener efectos más inmediatos y de superior importancia". ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 155.

<sup>193</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 27. El posterior predominio de nombres de *exaltados* -aunque reaparece Garelli- se muestra también al ponderar la importancia de la sesión del 17 de septiembre de 1821, por la presencia de quienes Galdós parece estimar sus oradores más famosos o caracterizados. Esta noche -dicen sus amigos al recién llegado Lázaro- "habla Alcalá Galiano, Romero Alpuente, Flórez Estrada, Garelli y Moreno Guerra. No habrá otra sesión como ésta". "La Fontana de Oro". Cit., p 97.

Lázaro y algunos de sus amigos. Por eso, tras mostrar esta manipulación absolutista, reflexiona Galdós, como autor,: "La Fontana de Oro sirvió al Rey y a la Reacción más que los frailes y los facciosos, porque en ella había un cáncer que en vano trataban de cortar algunos hombres prudentes, expulsando a quien no era culpable. El cáncer de la venalidad continuó corrompiendo aquella asamblea, que no tenía un rival, sino una sucursal en La Fontanilla"<sup>194</sup>.

Los agentes secretos absolutistas utilizan *La Fontana* y *La Fontanilla* para provocar actos violentos de los exaltados contra los moderados, que son, según Coletilla, quienes "dan fuerza al liberalismo", para debilitarlos y desacreditar al sistema constitucional<sup>195</sup>.

La Fontana es al fin abandonada por "los últimos que quedaban del partido *tibio*" y este grupo de *La Fontanilla* es invitado a continuar allí "las sesiones", con lo que sus proyectos parecen en vías de triunfar. "La Fontana es nuestra", dicen eufóricos; y añaden, cual si Galdós quisiera señalar que este es el final propio de este tipo de Sociedades,: "Lo mismo ha pasado en Lorencini. Se han marchado esos señores con su *orden* y su *cordura*.

"El campo es nuestro. Convocad a la gente para esta noche"<sup>196</sup>.

Los antes considerados *exaltados* son ahora tachados de *tibios*. Estas apreciaciones siempre son relativas.

Es notable que Galdós sitúa este triunfo de los de *La Fontanilla*, junto con algunos proyectos violentos, unos días después de la *batalla de Platerías*, cuando La Fontana decae decisivamente; cosa que remarca sobre todo limitando sus referencias a ese momento, según advierte ambiguamente al principio de la novela: "Nuestra historia -dice- no pasa más acá de 1821"<sup>197</sup>.

Parece probable que Galdós conociera lo dicho por Alcalá Galiano refiriéndose al efecto derivado de la "batalla de las Platerías": "Alcanzó el golpe a la sociedad de la Fontana,

---

<sup>194</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 231.

<sup>195</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 277.

<sup>196</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 283.

<sup>197</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 16.

cuyas puertas quedaron entonces para siempre cerradas para otro fin que el servicio ordinario de un café"<sup>198</sup>.

Pero esto resulta demasiado categórico si se tienen en cuenta los testimonios documentales hallados por el profesor Gil Novales, quien, refiriéndose a las detenciones que siguen a los aludidos sucesos del 18 de septiembre de 1821 y a la denegación del "enterado" para hablar en aquella "Tertulia Patriótica", dice : "Así se extingue la vida de la Fontana, aunque la gente sigue acudiendo al Café, y aún se organizan actos"; entre los cuales cita fiestas de onomástica y cumpleaños de Riego -el 29 de septiembre y el 24 de octubre de 1821-, manifestaciones con pedradas a casa del Jefe Político, cantos del Trágala contra el Universal y algunos otros, indicando que "en 1822 (...), aparte de seguir siendo Café, aparece como gabinete de lectura" y lugar con "facilidades para las festividades patrióticas"<sup>199</sup>.

Después de los sucesos del 7 de julio de 1822, las Cortes extraordinarias abiertas en Octubre aprobaron una nueva ley sobre sociedades patrióticas que, según cuenta Alcalá Galiano, encargado de prepararla, era más propicia a ellas, pero "no sirvió ya la Fontana, sin que sepa yo la causa -dice-, para teatro de nuevos alborotos, como si fuera menester otro edificio cuya fama oscureciese la del antiguo, por excederle en lo malo"<sup>200</sup>.

A fin de completar esta breve imagen de las más significadas sociedades patrióticas madrileñas, y aunque sea adelantándonos en el tiempo, vamos a hacer un apunte del más conocido producto de dicha ley.

### **3.1.2.5. La Sociedad Patriótica Landaburiana**

Esta "sociedad, junta en un salón del convento de Santo Tomás -dice Alcalá Galiano- hubo de llamarse Landaburiana, tomando este nombre en obsequio a la memoria del oficial

---

<sup>198</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos...". Cit., T I, p 161.

<sup>199</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 659-661.

<sup>200</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos...". Cit., T I, pp 162 y 163. La ley a que Alcalá Galiano se refiere parece ser la de 27 de noviembre de 1822, que sólo permitía suspender las sesiones por tres días. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Soc. Patrióticas...". Cit., T I, p 731.



de la Guardia Real don Mamerto Landáburu (Sic), asesinado en la tarde del 30 de junio del año 1822 por los anticonstitucionales de la misma Guardia"<sup>201</sup>.

Su fecha de apertura, cual si quisieran ir formando su *Sentoral*, parece elegirse en honor de Rafael del Riego, ya que la todavía "Tertulia Patriótica Landaburiana", según la llama Gil Novales, se abrió el "24 de octubre de 1822", día del cumpleaños del citado caudillo de la Revolución<sup>202</sup>.

El nacimiento y avatares de la Sociedad Landaburiana parecen íntimamente asociados a la nueva situación política producida por el 7 de Julio, objeto del próximo capítulo, pero desde ahora cabe señalar que, según dice Alcalá Galiano, los antes llamados *exaltados* estaban ya divididos y enfrentados en dos bandos, el de los masones *veintenos*, que había ocupado el Gobierno tras el 7 de Julio, y el de los comuneros, que, desde la oposición, "le tachaban -como hicieron y hacían "ambos juntos (...) contra los moderados"- no sólo de torpe, sino de tibio, aplicándole el epíteto, común en aquellas horas, de *pastelero*". En la reunión Landaburiana, dice luego, predominaba "la sociedad de los comuneros", que "contaba por representantes de sus doctrinas e interés a la mayor parte de los oradores"<sup>203</sup>.

Refiriéndose al temprano enfrentamiento que aflora en la Landaburiana entre los que él llama "elementos dinámicos y el Gobierno seudorrevolucionario", Gil Novales habla de "grave escisión entre Gobierno y oposición, masones y comuneros, moderados y exaltados", de acuerdo con su tesis de que el Gobierno salido del 7 de Julio era moderado,

<sup>201</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 163.

<sup>202</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., pp 681-682. Este autor identifica aquí dicha fecha con "el día de San Rafael", Santo de Riego, pero además de que San Rafael es el día 29 de Septiembre y no el 24 de Octubre, él mismo indica (en *Ibíd.*, p 661,) que "el 24 de octubre de 1821 se celebraron en Madrid diversos banquetes (...) para celebrar el cumpleaños de Rafael de Riego". Señala también, por otra parte, que "el refectorio del antiguo convento de Santo Tomás", en el cual se abrió esta tertulia, era "capaz de albergar a unas cuatro mil personas, según dice Michael J. Quin, en una excelente descripción del local de la Sociedad", que Gil Novales reproduce en *Ibíd.*, p 682, citando: "Cfr. *Telégrafo*, núm. 107, 24 de octubre de 1822, 424; MICHAEL J. QUIN: *A visit to Spain*, 1824, 66-67".

<sup>203</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 163. También Vayo señala que al abrirse esta sociedad Landaburiana, el 24-Oct-1822, "fue nombrado presidente con el título de *Moderador del orden* el panegirista de la guerra civil Romero Alpuente". Op. Cit., T III, p 57.

"seudorrevolucionario", al igual que lo sería Alcalá Galiano, que "va a ocupar una posición central" en esta crisis y a adquirir fama de *pastelero* por su solidaridad con Evaristo San Miguel, blanco de las iras landaburianas por su actuación como primer fiscal de la causa abierta contra los implicados en el 7 de Julio y como cabeza o líder del Gobierno<sup>204</sup>.

El mismo Alcalá Galiano recuerda su fracaso en aquella tribuna, de la que dice haberse alejado por miedo a "muestras de desaprobación próximas a ser insultos", limitándose luego a ocupar un sitio entre "los nuevos oyentes, desde el cual -dice- oía llover denuestos sobre mis amigos políticos y sobre mi persona", a la que alcanzaban también alguno de "los *mueras*"<sup>205</sup>.

La referencia que Galdós hace a esta sociedad es muy breve, pero también muy significativa: liberado Monsalud el 15 de enero de 1823 del cautiverio en que los realistas *facciosos* lo tenían en San Llorens de Morunys, es puesto al corriente de la situación por su amigo "Rafael Seudoquis", que, entre las "grandes medidas salvadoras" del Gobierno a que se refiere irónicamente, cita la de "fomentar las sociedades patrióticas", de modo que no las "ha cerrado", según pregunta Monsalud, sino que "ha abierto la *Landaburiana*, para que los liberales tengan una buena plazuela donde insultarse"<sup>206</sup>.

Este talante, agravado con amenazas de apuñalamiento hacia los insultados como *pasteleros*, anilleros u otros que predicasen la *moderación*, porque en ella dicen ver la impunidad de los conspiradores, aparece reflejado en las referencias que de sus sesiones recoge el profesor Gil Novales, al margen de la interpretación y actitudes que sobre ellos se muestren; y esto sin contar con la opinión que *El Espectador*, periódico del Gobierno San Miguel, tiene de este "corto número de monstruos", de cuya *condena* y "tiros

---

<sup>204</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Cit., T I, p 704. Lo mismo que los *zurriaguistas*, Gil Novales señala una "posición fraudulenta" de Alcalá Galiano, destacando su "maniobra de distracción" en favor del Gobierno y su intento de "convertir la tribuna en un comadreo de porteras" para "sumirla en el total descrédito". Ibídem, pp 685, 687, 689 y 704.

<sup>205</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 163. Respondiendo a ciertas acusaciones sobre este alejamiento publicó unas "Reflexiones de Antonio Alcalá Galiano sobre *El Zurriago*, Núm. 79 y 80." Madrid, Imprenta del Espectador, R. Macías, 1822, que se difundieron entonces y se incluyen en la edición de "Obras Escogidas" que venimos citando, T II, pp 343-349.

<sup>206</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1646 y 1648.

mordaces", "nadie está libre"<sup>207</sup>.

En opinión de V. de la Fuente, "La tal Sociedad Landaburiana fue en breve un campo de agramante entre los francmasones y los comuneros que reclamaban destino con mucha necesidad. En la noche del 10 de Noviembre -añade-, los masones y comuneros vinieron allí a las manos, y hubo entre ellos una escandalosa y prosaica cachetina". Señala también la sinrazón de unos y otros y, ponderando la ya aludida responsabilidad de R. Alpuente, concluye: "Y por otra parte ¿qué había de suceder en la Sociedad Landaburiana, si estaba al frente de ella el ciudadano Romero Alpuente con el título de ¡moderador del orden!!?"<sup>208</sup>.

Estas circunstancias, unidas a la guerra interior y la amenaza de invasión extranjera, hacían deseable al Gobierno, según dice Alcalá Galiano, cerrar esta sociedad, pero la ley le obligaba a "consentir que de nuevo se abriese, corrido brevísimo plazo", por lo que "mandó reconocer la sala en que celebraba sus sesiones aquella reunión turbulenta, y cuidó de que se declarase el edificio en mal estado, a punto de amenazar ruina, por lo cual (...) prohibió congregarse en lugar tan poco seguro"<sup>209</sup>.

Este cierre se produjo, según indica Gil Novales, "el 4 de febrero de 1823". Fue en su opinión "un gran pastel, para que no se sacasen de nuevo los colores al señor Alcalá Galiano, u otro semejante"<sup>210</sup>.

Sobre ello volveremos en su momento, pero de lo ya dicho se desprende que la opinión de Galdós está más próxima a quienes destacan otros motivos.

---

<sup>207</sup> *El Espectador*, núm. 657, 31 de enero de 1823, 128 y núm. 662, 5 de febrero de 1823, 148. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 730 y 732. Ejemplos de referencias recogidas por este mismo autor en el sentido indicado pueden verse en pp 694, 695, 696, 714, 715, 718, 719, 721, 723, 725, 726, 729, 730, 731. Alcalá Galiano, en sus citadas *Reflexiones sobre El Zurriago*, da a entender que en esta sociedad se pintaba la libertad "rodeada de rejonos y puñales", y señala: "léanse las actas de sus sesiones". Y, efectivamente, los puñales y la necesidad de acabar con quienes no pensaban como ellos son aludidos con demasiada frecuencia en los mismos textos que sobre dichas sesiones recoge Gil Novales en las pp. citadas. El texto de Alcalá Galiano en "Reflexiones" O.E. Cit., T II, p 346.

<sup>208</sup> FUENTE, V. de la: "Historia de las sociedades secretas...", Cit., T I, (1870), p 374.

<sup>209</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano". Cit., T I, p 164.

<sup>210</sup> GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 734.

La actitud de los facciosos *realistas* y de los gobiernos europeos parecen mostrársele un indicio de que la revolución posible, la que había allegado las principales fuerzas que la apoyaron en 1820, había de ser necesariamente más limitada que la propugnada en la Soc. Landaburiana.

La diversidad de objetivos, agravada por el egoísmo de unos y la ceguera de otros, entorpeció la ya de por sí difícil constitucionalización del Monarca absoluto y de sus partidarios. Esto es quizá, junto a la dificultad añadida que para ello entrañaba la incultura de la sociedad española de entonces, lo primero que destaca Galdós en este Trienio.

### 3.2. DISCORDIAS EN LA FRANCA MARCHA "POR LA SENDA CONSTITUCIONAL"

Las referencias retrospectivas hechas por Galdós desde "El Grande Oriente" dan por supuesta, según dijimos, la restauración de las instituciones liberales -anunciada ya al terminar "La segunda casaca"-, la reunión de Cortes del 9 de Julio y los demás hechos de los primeros meses del Trienio, entre los que destaca, en acertada selección, dos problemas que la historiografía presenta como fundamentales en esta segunda fase de la revolución liberal española:

- el oscuro enfrentamiento de Fernando VII con el régimen constitucional, cuyo poder ejecutivo encabezaba, y
- la escisión de los liberales.

Sus alusiones a uno y otro problema vienen a mostrar el proceso que lleva desde la aparente armonía en que se inicia el Trienio Constitucional al estado de cosas propio del 5 de febrero de 1821. Llegados a esta fecha, ambos tipos de discordia confluyen, potenciándose, en el caso Vinuesa y, como antes y después, resultan favorecidos, según veremos, por las disfunciones propias de la Constitución a que los liberales habían de atenerse.

### 3.2.1. El enfrentamiento de Fernando VII con el régimen constitucional

Apenas empezado "El Grande Oriente", Galdós sumerge al lector en un ambiente marcado por la manifestación que el día 5 de febrero de 1821 se produce en Madrid contra los gestos y conspiraciones absolutistas de Fernando VII, sus palaciegos y su Guardia. Su elección como inicio de *El Grande Oriente* se comprende mejor si se tiene en cuenta que, como dice el profesor Seco Serrano, "esta (...) fecha significó (...) el primer choque formal -externo- de la Monarquía con la Constitución que había aceptado en el mes de marzo del año anterior"<sup>211</sup>. La manifestación en ella producida refleja un elevado nivel de participación y efervescencia popular, pues, según estimación del exaltado don Patricio Sarmiento, a ella iba "muchacha gente (...), muchísima"; se presenta además -de acuerdo con la verdad histórica- como algo frecuente, casi habitual en aquellos días, aunque el decir su fecha la marque especialmente<sup>212</sup>.

De ahí que tan pronto se oyó aquel "gran tumulto en la calle, y una voz gritó en la reja" del aula de don Patricio: "¡Hoy no hay escuela!", sus alumnos salieron gritando: "¡A Palacio! ¡A Palacio!", indicando así que sabían de qué se trataba. El mismo don Patricio viendo desde su puerta pasar toda aquella gente, comentó con su hijo Lucas: "Hoy tendremos otra gresca". Y Lucas, insistiendo en este mismo sentido, aclara: "Parece ser que *Narices* ha escrito un papel al Ayuntamiento quejándose de los insultos, y para que rabie más hoy le van a dar **más música**"<sup>213</sup>.

Don Patricio, en un gesto de prudente padre y maestro -que sirve a Galdós para destacar el hecho-, indica a su hijo que no le "gusta que se hable del Soberano con tan poco respeto", pero mostrando también su condición exaltada afirma que aquella actitud le

---

<sup>211</sup> SECO SERRANO, C.: "El diario lírico de una reina de España. El Trienio Liberal (1820-1823) en los versos de la reina Amalia". En *Rev. Historia y Vida*, Núm. 2, mayo de 1968, pp 54-72, especialmente p 60.

<sup>212</sup> Las manifestaciones, según veremos luego, se iban sucediendo con más frecuencia desde que, "el 30 de enero" de 1821, se había conocido el intento de golpe de Estado absolutista de Matías Vinuesa, "capellán de honor" de Fernando VII, con el cual se le supuso de acuerdo. MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., pp 84-87.

<sup>213</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1461. Sin negrilla en el original.

"parece muy bien. Pues que no quiere música, désele más música". Y, señalando cuáles eran los motivos, añade: "Si no, que cumpla sus deberes de Rey constitucional y marche francamente por la senda aquella de que nos habló el 10 de marzo del año pasado..."<sup>214</sup>.

Planteada, así, la situación de enfrentamiento con el Rey, Galdós parece lanzar en esa última frase un cable de enlace con el pasado, cuyas expectativas contrastan con estos resultados; y, tras aludir en varias formas -según luego veremos- a la escisión de los liberales, pasa a informar de los antecedentes que explican estas manifestaciones de discordia: "...yo -dice don Patricio, comentando con su vecino Monsalud la manifestación de aquella tarde,- me alegro de que a Su Majestad, de quien siempre hablaré con mucho respeto, le den estas lecciones de constitucionalismo. Los Reyes, amigo mío, no aprenden de otra manera. Les dice uno las cosas, y nada; se las repite, se las vuelve a repetir, y ni por esas; es preciso gritar y manotear para que fijen la atención (...) Vea usted, señor don Salvador, qué poco aprenden los Reyes. Como los chicos, no entienden sino a palos. Yo digo que la Constitución con sangre entra. En octubre del año pasado, cuando Su Majestad no quería sancionar la reforma de monacales, por instigación de don Víctor Sáez y del embajadorcillo de Su Santidad, el pueblo amenazó con un revolución, y Fernando no tuvo otro remedio que sancionar. Pero ¿sirvióle de enseñanza este suceso? No, señor, porque en El Escorial conspiraba contra el Gobierno, y el nombramiento de Carvajal en decreto autógrafo era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid..., ¡qué día, qué solemne día! ¡Qué 21 de noviembre! En vez de vítores y palmadas, galardón propio de sabios Monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dictérios; oyó ternos como puños y vio puños como ternos. No ha presenciado Madrid una escena tan imponente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestación; allí era de oír el *Trágala*, cantado por las elegantes mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando, y todas las bocas espumarajeban de rabia. Los que llevábamos en la mano el libro de la Constitución, lo besábamos en presencia del Rey. Un fraile pronunció varios discursos que

---

<sup>214</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1461.

encendían más los ánimos. De repente, por entre apiñadas cabezas, se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: '¡Es el vengador de su padre! ¡Es el hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitución!' El Rey oía todo, y su semblante echaba fuego... Pues bien: ¿cree usted que esta lección fue provechosa? Nada de eso. La camarilla sigue conspirando; la Corte desafía a la Nación, al mundo, al linaje humano, con la infame conspiración y plan de don Matías Vinuesa, que ha escandalizado a Madrid días pasados"<sup>215</sup>.

En esta secuencia de confrontaciones entre Fernando VII y los liberales parece destacable en primer lugar la selección del hecho y momento en que se inicia. Es el momento en que los moderados ministros doceañistas, viendo vetada por el Rey una reforma fundamental para el régimen, recurren por primera vez a los exaltados para ejercer una mayor presión sobre el Monarca.

Según dice Vayo, "aprobada por las Cortes la reforma de los conventos, el nuncio del Papa pasó una nota muy osada en contra del proyecto de ley". Fernando VII se negó a sancionarla "usando de la prerrogativa que le concedía el código reinante"; y resistió las primeras amenazas de "alteraciones y tumultos (...) estimulado por su confesor y por el referido nuncio". Pero, tras permitir y potenciar algunas "escandalosas asonadas", "el 25 de Octubre", cuando el Rey se iba a marchar al Escorial, "los secretarios del despacho" le anunciaron "un movimiento popular dirigido a retenerle en la villa hasta que sancionase el decreto de los frailes. (...) Violentado así el ánimo real, cedió Fernando lleno de despecho y de rabia (...) y partió el mismo día a las once (...) al Sitio de San Lorenzo". Allí, "adorado por unos mientras otros le humillaban y escarnecían, robustecíase en el pecho del rey el odio a la Constitución y el amor al cetro absoluto"<sup>216</sup>.

La historiografía suele coincidir con Galdós al destacar esta resistencia y presiones como frontera que marca un especial deterioro de las relaciones de Fernando VII con sus ministro y, en general, con el régimen constitucional. Según Miraflores, "la conducta del Gobierno"

---

<sup>215</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1462-1463.

<sup>216</sup> VAYO, E. de C.: "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España". Cit., t II, pp 206 y 207.

para lograr esta sanción "abrió verdaderamente la primera herida mortal al Sistema Constitucional". Y esto, por buscar "apoyo indiscreto" en los revolucionarios y romper "ya una lucha con el Trono" que predispuso al Rey en favor de los contrarios al "régimen Constitucional"<sup>217</sup>.

En opinión del profesor Artola, "las primeras muestras ciertas de actividad política anticonstitucional de Fernando VII parece fueron posteriores a su marcha a El Escorial. La fuerza moral ejercida sobre el monarca al tiempo de la sanción de la ley de regulares, le decidió a iniciar una política secreta con objeto de buscar ayudas interiores y exteriores, convirtiendo la situación en inviable con la esperanza de poder restablecer su personal autoridad a través de una intervención extranjera"<sup>218</sup>.

Parece, pues, que Galdós acertó al situar en esa que Vayo llama "violenta sanción" el arranque de las manifestaciones externas de discordia entre los ministros liberales y Fernando VII, sometiéndose así a los hechos ciertos aunque él no parece atribuir a éste una sincera aceptación del régimen constitucional en ningún momento<sup>219</sup>.

La sanción de la ley de Regulares conllevaba un ataque a la Iglesia Católica, cuya especial relación de apoyo mutuo con el Trono destaca tanto Galdós, y de ese ataque parece resurgir en parte -dentro del esquema galdosiano- la acción eclesiástica para devolver el poder absoluto a un Rey protector inclinado a él. Inclinação que podría resultar excesivo asociar a su, legal, resistencia a colaborar con las Cortes -por más que el retraso producido con este *veto suspensivo* fuera altamente perjudicial a los planes del Gobierno

<sup>217</sup> "MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 69 y 70.

<sup>218</sup> "ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., pp 688-689.

<sup>219</sup> Las insinuaciones de Galdós en este sentido se ven fuertemente reforzadas por los "Recuerdos" del marqués de las Amarillas, cuya relación de confianza con Fernando VII le dio ocasión de conocer sus actitudes mientras estuvo como ministro de la Guerra, cargo en el que "era bien repugnante -escribe- haber de hablarle siempre de sus amigos como de sus enemigos" y consultarle o darle a conocer "las medidas que se tomaban contra ellos y de que era natural que les hiciese avisar". Ver "Recuerdos". Cit., T II, pp 114, 115 y 125, especialmente ésta última. En opinión de la condesa de Espoz y Mina, Fernando VII "fingió acoger de buen grado y por convencimiento lo que desde aquel momento se proponía derribar a toda costa". "Memorias", Cit., p 28. Sin negrilla en el original. Hecho el juramento de la Constitución, "Ni él pensaba cumplirlo -dice Vicente de la Fuente-, ni los descontentos se lo hubieran permitido, ni la conducta de los liberales era tal que el Rey pudiera resignarse a estar quieto y aguantarla" *Historia de las sociedades secretas...*, Cit., T I (1870), p 336.



constitucional- pero que estaba clara para quienes, según indica Galdós, interpretaron su anticonstitucional nombramiento de Carvajal como "un proyecto de golpe de Estado".

Cuando Vayo se ocupa de estos mismos hechos dice que Fernando, "cercado en el Escorial por sus amigos, y devorando en secreto la afrenta que creía haber sufrido, negóse a cerrar en persona la legislatura, y pretestando un fuerte catarro" envió su discurso para que fuera leído en el acto del 9 de Noviembre. Por otra parte, sus "consejeros secretos" pensaron que, "disuelta la asamblea de los diputados, había desaparecido el poder, colosal (,) del pueblo, y que era la sazón de ensayar un golpe de Estado que hundiera en el polvo las nuevas leyes. El 16 de Noviembre se presentó en la Corte (...) don José Carvajal con una carta autógrafa en la que S. M. ordenaba al" comandante general don Gaspar Vigodet que "entregase a Carvajal el mando de Castilla la Nueva"; pero "Vigodet, no teniendo más documento de oficio que la carta, y careciendo esta de la firma del ministro de la Guerra, que debía ser su salvaguarda, rehusó cumplimentarla", pues la Constitución, (en su Artículo 225) "prohibía obedecer órdenes que no estuviesen firmadas por el secretario del despacho"<sup>220</sup>.

Lo dicho por Galdós coincide, pues, sustancialmente con la versión histórica. Pero cabe señalar su especial insistencia en la idea de que Fernando VII -como tantos absolutistas de la época de Galdós- sólo fue constitucional a la fuerza, que, como dice don Patricio, nunca aprendía, que no le servían de nada estas enseñanzas. Puede que Fernando se decidiera a ser constitucional en marzo de 1820 y que, resentido, volviera en Octubre a desear el poder absoluto, pero lo que Galdós muestra es que nunca dejó de querer este. Lo que Galdós parece indicar es que, en lugar de *aprender*, este deseo se hizo más acuciante con el efecto dialéctico de la confrontación que muestran estas referencias. Especialmente por el carácter exaltado y el afán dominador y humillante que la ironía de Galdós -viéndolo reproducido en los de sus días- parece señalar en los exaltados del Trienio bajo las expresiones de don

---

<sup>220</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 208 y 209. El citado artículo de la Constitución de 1812 dice textualmente: "Todas las órdenes del rey deberán ir firmadas por el secretario del despacho del ramo a que el asunto corresponda. - Ningún tribunal ni persona pública dará cumplimiento a la orden que carezca de este requisito". En TIerno GALVAN, Enrique: "Leyes políticas españolas fundamentales (1808-1936)". Ed. Tecnos, Madrid, 1975, p 54.

Patricio. Pero esto sólo agravaba las cosas. Vayo, a quien Galdós suele seguir especialmente, no dice que el mal naciese aquí, sino que "robustecíase -negrilla nuestra- en el pecho del rey el odio a la Constitución y el amor al cetro absoluto".

Por más que Fernando pensase alguna vez en ser un rey de su tiempo, cuyas luces, según él mismo decía, se mostraban incompatibles con el absolutismo, era también, según le llama Galdós, el "vástago postrero del absolutismo", y debía de resultarle difícil renunciar al poder que, desde su punto de vista, pudo considerar propio de su dinastía más que personal.

La movilización madrileña ante el nombramiento de Carvajal es indicio claro de la poca confianza que inspiraba el supuesto constitucionalismo de Fernando VII. Según Miraflores, "los recelos de los que habían sufrido en 1814" contribuyeron -"esta vez acaso prudentes", reconoce,- a que los ánimos se soliviantasen "considerando la orden de Carvajal como anuncio de otra semejante a la que autorizó a Egúa para llevarlos a los calabozos"<sup>221</sup>.

Según puede verse en el texto anterior, Galdós no describe las jornadas que, al conocerse dicho nombramiento, se produjeron en Madrid los días 16, 17 y 18 de Noviembre. Su vivad referencia a estos antecedentes habría devenido quizá en demasiado prolija para ser literaria, si hubiera incluido comentarios sobre las reuniones de ministros y Diputación permanente de las Cortes, las manifestaciones ante el Ayuntamiento, la insólita *sesión pública* de dicha Diputación con los manifestantes en el salón de sesiones del Congreso de los Diputados, las *representaciones* de uno y otra al Rey y las respuestas y contrarrespuestas de éste y aquella hasta que, claudicante, Fernando anuló aquel nombramiento, el 17, y prometió, el 18, reunir Cortes extraordinarias, alejar de su lado a su mayordomo y a su confesor, y regresar a Madrid en cuanto se restableciese la calma,

---

<sup>221</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., pp 72-73. El profesor Comellas señala la posibilidad de que un *proyecto de Constitución* titulado *Ley fundamental* y conservado en el A.G.P., *Papeles Reservados de Fernando VII*, T 72, como Doc. N° 29, fuese preparado para esta ocasión a Fernando VII por elementos afrancesados, cosa que abona lo dicho por Alcalá Galiano sobre la acción de éstos en *La Cruz de Malta* y apoya la idea de golpe de Estado frustrado. Véase COMELLAS, J-L. "El Trienio Constitucional", Cit., pp 185-186.

según se le había indicado en aquellas *representaciones*<sup>222</sup>.

En la cadena dialéctica que Galdós señala, el nombramiento de Carvajal produce una condena popular que marca don Patricio al exclamar: "¡Iniquidad funesta!"; y una reacción preventiva que se comprime en la expresión: "Pero el pueblo no se duerme"; para, inmediatamente, mostrar la continuidad y la culminación de las movilizaciones que encierra esa expresión en los sucesos del día 21: "Cuando Fernando entró en Madrid..., ¡qué día, qué solemne día! ¡Qué 21 de noviembre!. En vez de vítores y palmadas, (...) Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dicterios".

Por otra parte, ahí se acentúa la ironía de Galdós, cual si quisiera insinuar ese carácter de "escena escandalosa" -según la califica Vayo- a través del entusiasmo con que el exaltado don Patricio se refiere al "soberano atributo de amonestación", al *Trágala* que cantaban las "elegantes mozas del Rastro", a los "miles de brazos" amenazantes, a las bocas que "espumarajeaban de rabia", los besos al "libro de la Constitución", la elevación sobre las cabezas del "hijo de Lacy", "el vengador de su padre", etc., cuya semejanza con lo que dice Vayo induce a pensar que Galdós lo tomó de él<sup>223</sup>.

Esta violencia -o "lección"- tiene, en fin, su respuesta -o muestra de no haber aprendido- en la "conspiración y plan de don Matías Vinuesa", que, según se ha dicho, ocasiona las manifestaciones a que Galdós había aludido al empezar el Episodio, y sobre la cuál hemos de volver luego.

### 3.2.2. La escisión de los liberales

Es la otra cuestión destacada por Galdós en este periodo inicial. Esta escisión se presenta ya consumada al empezar "El Grande Oriente" en el hecho de que, según dice don Patricio

---

<sup>222</sup> Una descripción detallada de estas jornadas puede verse en MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 71-75; VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 209-211; y, más completa y ordenada, en ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 690-691. Son también de interés, dado el protagonismo de esta Corporación municipal, las ya citadas *Actas* del Ayuntamiento de Madrid (A.H.N., Estado, Leg. 3141-2), algunos de cuyos textos sobre esto se reproducen en COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 189-190.

<sup>223</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 211-212.

a su hijo Lucas aquella misma tarde del día 5 de febrero de 1821, "La Cruz de Malta" tenía el proyecto de dirigir una "exposición (...) al Rey **contra el Ministerio**"<sup>224</sup>. Cosa que "me parece admirable idea (...) -explica don Patricio- porque has de saber que **yo combato a Argüelles**"; a lo cual -apunta irónico Galdós- "replicó el sastre": "y yo también (...) O nos dan un Ministerio liberalísimo, que de una vez acabe con todos los tunantes, o el pueblo soberano decidirá en su sabiduría..."<sup>225</sup>.

Esta escisión se manifiesta, pues, en las sociedades patrióticas, en las secretas y, según iremos viendo, en las Cortes y en otros órdenes de la vida social. Algo semejante a lo vivido por Galdós y sus coetáneos, en los que podían resonar también los diversos motivos de desunión que Galdós refleja, fielmente sin embargo, en los liberales de 1820-1823. En principio, los liberales *exaltados* proclamaban, más o menos sinceramente, motivos de tipo ideológico: defensa de un progreso constante y de un mayor radicalismo en el desarrollo y aplicación de la Constitución; pero esto implicaba, y podía enmascarar, motivos interesados, ya que con la extensión de la Revolución los exaltados podrían acceder al protagonismo, destinos y demás beneficios que veían disfrutar a los moderados.

Ahora bien, para hacer esto posible, los *exaltados* o *veintenos* contaban con dos instrumentos fundamentales:

- el Ejército de la Isla, representado y defendido por el popular Riego, y
- las sociedades patrióticas.

De ahí que la discusión y la escisión se planteara, según muestra Galdós, en torno del mantenimiento o no de estos instrumentos, que los *exaltados* consideraban indispensables para lograr su revolución, mientras que los liberales *templados* o *doceañistas*, querían suprimirlos o controlarlos para conservar la suya. Su poder perturbador hacía de ellas, "a juicio de los ministros *doceañistas* (,) las dos cuestiones necesitadas de más urgente

---

<sup>224</sup> Esta exposición parece un eco de la realizada en diciembre de 1820. Aunque Galdós la evoque ahora como un elemento del ambiente, no parece propia de la fase que La Cruz de Malta inicia en 1821. Cfr GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...", ya citado.

<sup>225</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1461. Sin negrilla en el original.

resolución"<sup>226</sup>.

En cuanto a *la disolución del Ejército de la Isla*, prevista ya por la Junta Provisional y acordada por el Gobierno antes de ser ordenada por el M. de las Amarillas desde Guerra, "era -según explica el profesor Pabón y Suárez de Urbina- tan necesaria como absurda": era *absurda* porque "el régimen pretendía acabar con la fuerza que le dio la existencia"<sup>227</sup>; pero era *necesaria*, además de por las razones políticas y económicas que luego se atestiguan, por esa razón ética que destaca el profesor Seco Serrano al señalar que si el Ejército había resultado indispensable -como defendieron E. San Miguel y A. Alcalá Galiano- para proporcionar a la Nación "*los medios de expresar su voluntad*", "una vez reunida la representación Nacional -'legalmente constituido el Estado'; expresada ya la voluntad del pueblo-, debía desaparecer la presión política del Ejército que había hecho posible el cambio." Y ello se justificaba tanto más, y se hacía más necesario para el Gobierno moderado, "en cuanto pudo percibirse que los caudillos del 'Ejército de la Isla' tendían a rebasar, por su radicalismo, el programa político de los *doceañistas*"<sup>228</sup>.

Las implicaciones de esta disolución (4-agosto-1820) son planteadas por Galdós a la vez que el talante y comportamiento de Riego, que vienen a explicar en parte el resultado de su gestión de defensa de dicho Ejército en Madrid.

En la conversación que, el mismo día 5 de febrero de 1821, mantienen don Patricio y Monsalud, primero en la escuela de aquél y luego en casa de éste, Galdós va deslizándose

<sup>226</sup> Cfr. ZABALA, Pío: Op. y lugar Cits., p 112.

<sup>227</sup> "Narváez y su época", Cit., p 158.

<sup>228</sup> "SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Cit., p 46. El razonamiento de E. San Miguel y A. Alcalá Galiano, según cita recogida de J. Cepeda Gómez ("El ejército destinado a Ultramar y la sublevación de 1820 en Andalucía", En *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, Univ. de Granada. N° II, 1976) en esta misma página, en "Consideración sobre la legitimidad de nuestra insurrección". *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 25 de enero de 1820. Es el mismo sentido en que había dicho Quintana que si la inicial acción del Ejército se justificaba en 1820 porque "primero era ser libres; el cómo era negocio para después" (*Prólogo a sus Cartas a lord Holland*, Ed. y T Cits., p 532.), logrado esto, su disolución era necesaria "porque debía evitarse la apariencia de tener en tutela a las Cortes con la existencia de aquel ejército reunido"; y ello "convenía muy mucho (para) quitar a los extranjeros el pretexto de calumniar tan grande acontecimiento dándole el aspecto de una insurrección militar". *Cartas a lord Holland*, Cit., p 547.

expresiones que muestran la controvertida popularidad de Riego: don Patricio, que, como otros muchos exaltados, le rinde una especie de culto, dice tener en su escuela "un buen retrato de Riego", a quien él llama "el grande hombre", pero que en opinión de su vecino Gil de la Cuadra "es un majadero". Don Patricio achaca esta opinión a que Gil "es *despótico*", pero doña Fermina le asegura que Monsalud dice "lo mismo" que Gil y que Riego "es una cabeza llena de viento". Con estas "bromas" o veras de los Monsalud, don Patricio se lanza a la exaltación de los méritos de Riego, declarando que -pese, según él, a sus estudios de Plutarco y otras referencias- conoce "pocos varones de la antigüedad (...) que se igualen a este atrevido Comandante, que desafió al absolutismo, a toda Europa, señores, a la Santa Alianza, a los Borbones todos, a los serviles todos. Y tan gran fin realizó -pondera- sin derramamiento de sangre (...) nuestro hombre ha dicho: 'Sea la libertad', y la libertad ha sido. Su espada no ha necesitado herir para vencer. Con su vívido fulgor deslumbráronse los tiranos, y despavoridos huyeron cual asustadas liebres"<sup>229</sup>.

Señalado, así, el desproporcionado carácter mítico que Riego había alcanzado en las mentes exaltadas a que parece representar don Patricio, Galdós insinúa, entre las siguientes hipérboles del mismo don Patricio, el deseo que los exaltados parecen abrigar no sólo de Libertad para todos, sino también de *poder* y otros premios, para Riego y para si mismos, por haber proporcionado esa libertad: "¡Y a hombre tan insigne, a este campeón que le dijo a España, como el Angel a María: 'El Señor, o la libertad es contigo', a ese apóstol, señores, se le tiene alejado de la Corte, como si fuera una plaga, un pedrisco u otra calamidad aterradora! Se le desterró primero a Asturias; se le desterró después, porque destierro es, a la Capitanía General de Aragón... ¡Oh!, si yo llegase a regir los destinos de la España; si yo..., pongamos por caso que llegase a ser ministro..., mi primera disposición sería para recompensar dignamente a ese héroe inaudito..."<sup>230</sup>.

---

<sup>229</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1467.

<sup>230</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1467. La intención de Galdós en estas suposiciones de don Patricio se aclara cuando se repiten varias veces respecto a diversas cuestiones de gobierno criticadas, dando lugar (continúa...)

Este afán de premiar a los caudillos de la Revolución había sido tachado de partidista, según hace notar Galdós diciendo que Monsalud "indicó festivamente": "¿Más todavía?". Con ello se da pie a que, mientras Monsalud revisaba distraídamente unos papeles, don Patricio, dejando "con ciceroniano ademán" su taza vacía de chocolate, resalte más el hecho considerando los servicios de Riego a España superiores a los prestados a Inglaterra por "lord *Vellinton*" y afirmando: "Ni aun en la jerarquía militar ha tenido la elevación a que es acreedor. El era Comandante: le plantaron en Mariscal de Campo... Bueno; pues eso, digan lo que quieran, es bien poco, es poquísimo; y aún me parecían una bicoca los tres entorchados"<sup>231</sup>.

La polémica sobre los merecimientos militares de Riego queda de momento cerrada al dar doña Fermina, con cierta guasa, la razón a Sarmiento y decirle: "Si por lo de militar merece los tres entorchados, por lo que tiene de orador y de hombre discreto se le puede señalar una renta. Vaya, que la escena y los discursos aquellos del teatro fueron cosa bonita"<sup>232</sup>.

Se sitúa así la cuestión en el centro del problema planteado a los gobernantes moderados, temerosos de que el "*discreto*" Riego, por iniciativa propia o empujado por sus exaltados partidarios, intentase imponer su criterio con la acción de su ejército y de las sociedades patrióticas. Fuera o no cierto este peligro, de acuerdo con el principio de *así es si así os*

---

<sup>230</sup>(...continuación)

a que Monsalud acabe bromeando: "¡Y pensar que tantas cosas malas se remediarían con que el señor don Patricio fuese ministro media docena de días!..." "El Grande Oriente". Cit., p 1469. El destierro a Asturias de que habla don Patricio consistió, según se sabe, en que el Gobierno, en lugar de nombrar a Riego para la Capitanía General de Galicia, según tenía previsto para separarle de su ejército, lo envió en situación de cuartel a Oviedo como castigo de su comportamiento en Madrid y su participación en los hechos ocurridos en el teatro Príncipe, el día 3 de septiembre de 1820; el de Aragón, tal como se insinúa en el texto, se le dio como premio -se le nombró Capitán General de Aragón- por la colaboración de los exaltados en los hechos de noviembre de 1820 contra las maniobras del Rey, a las que antes nos hemos referido.

<sup>231</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1468. Los "tres entorchados" de oro corresponden, según se sabe, al grado de capitán general. Al referirse a esta medida de la Junta Provincial dice Vayo -a quien parece seguir Galdós con sus ironías- que "los gefes (sic) de la revolución de Andalucía (...) fueron elevados de comandantes a mariscales de campo, saltando los grados de la milicia, y fortaleciendo así la opinión de las Cortes extranjeras (sic), que suponían en el restablecimiento de las nuevas leyes el triunfo de un partido y no el de la nación". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 180.

<sup>232</sup> "El Grande Oriente" Cit., p 1468.

*parece* bastaba que los gobernantes lo sintieran para explicar por él sus decisiones<sup>233</sup>. La disolución del Ejército de la Isla se consideró una necesidad, aunque se sabía -según dice Vayo- que era una "copa (...) amarga" para Riego, y por eso se le "untó con miel el borde" nombrándole "capitán general de Galicia" e indicándole que "el rey, deseoso de conocerle, quería se presentase en la corte antes de sentarse en la silla de su mando".

"El 30 de Agosto -dice Vayo- entró don Rafael de Riego en la villa de Madrid en medio de vítores y aplausos, preparada la ovación por sus amigos, y secundada por los que no conociendo su carácter admiraban las pasadas proezas." Y añade: "Como el humo se disipó la ilusión" al ver su falta de "elocuencia", de "ingenio" y de "dignidad". Además, admitido por el Rey el día "31 por la mañana (...) a besar su mano y a una conferencia que prolongó después el general con los ministros", "Riego se quejó agria y desentonadamente de la orden de disolución del ejército de la isla", "aludió a las ventajas de una mudanza de ministerio" -según el profesor Comellas "hasta circuló por las sociedades patrióticas una lista, que se dijo redactada por el propio Riego, con los componentes del nuevo ministerio"<sup>234</sup>- e, "infiel al secreto que debe guardarse en los asuntos de estado -continúa Vayo-, divulgó las palabras del rey y de los ministros, atribuyó al miedo sus atenciones" y, entre varias otras cosas, difundió tales conversaciones. En este sentido acabaría dando "a luz una carta en que reproduciendo las mismas revelaciones ponía en ridículo a los altos personajes (Sic) que habían figurado en aquellas escenas". El Gobierno por su parte, consultó al Consejo de Estado sobre si revocar o no "el nombramiento de capitán general de Galicia". "Así encrespadas las pasiones, el 3 de septiembre, después de un suntuoso banquete dado al caudillo de Andalucía, trasladose éste al teatro", que, por la "algarazara y los vítores" se convirtió, según expresión de Vayo, "en una plaza de toros"<sup>235</sup>.

---

<sup>233</sup> Ya se ha dicho que Junta Provisional y Gobierno la decidieron antes de ser ordenada por el M. de las Amarillas, aunque, según indica Santillán, se quiso desacreditar a éste atribuyéndole oscuros fines con tal medida, pese a que, entre el celebrado "primer Ministerio", Amarillas "fue considerado como la mejor elección -para la Secretaría de Guerra-, hasta por los mismos de la Isla". SANTILLAN, R. de: "Memorias", T I, pp 80-81.

<sup>234</sup> COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 148-149.

<sup>235</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 195-198.



Miraflores, a quien Vayo parece seguir en este Trienio<sup>236</sup>, dice respecto a esta conducta de Riego: "Desde el momento de su entrada, un tegido (Sic) de extravagancias (Sic) hicieron perder la ilusión del héroe, ilusión que quería él aumentar, predicando desde las ventanas y por las calles; pero lo que acabó para siempre con su reputación entre las personas sensatas, fue el suceso de la noche del 3 en el Teatro"<sup>237</sup>.

Parece claro, pues, que estas escenas del teatro *Príncipe* se estimaron por los coetáneos la culminación de los hechos anteriores y una muestra representativa de la personalidad de Riego, según daba a entender Galdós seleccionando el momento cumbre, como en otros casos, y mediante la travesura con que doña Fermina *tira de la lengua* al fervoroso *rieguista* don Patricio cuando, como hemos visto, le comenta que estos actos del teatro "fueron cosa bonita".

El distanciamiento de las opiniones en este punto, junto con las diferencias que entre *moderados* y *exaltados* señala Galdós en los gustos, en el concepto del orden y en el estilo de vida, saltan a primer plano en la descripción que de dicho "suceso" contiene la respuesta de don Patricio: "Extraordinariamente bonita, aunque usted, señora mía, lo diga con cierto tonillo zumbón. Lucas, ¿te acuerdas?... Nosotros fuimos desde muy temprano a la *cazuela*. ¡Qué tumulto, qué palmadas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco, que en ocho días no pude dar lección a los chicos. Aún me parece que veo a nuestro querido General levantarse del asiento con aquella majestad que él solo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levantóse y dijo: 'La música del himno no es así, sino de esta otra manera.' Y se puso a cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás.

"-¡Estaría bonito!...

<sup>236</sup> Lo cita muy frecuentemente y reproduce algunos de sus documentos; y aunque indica que la *pluma* de Miraflores está "empapada en tinta de color", que comunica "a los sucesos que pinta", asegura que "no por eso los desfigura" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 61.). Ello y la frecuente cita de estos dos autores por don Vicente de la Fuente, cuya *Historia de la masonería* dice Galdós utilizar junto a la obra de Vayo, abundan en la idea de que también utilizó a Miraflores.

<sup>237</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 60.

"Después -continúa don Patricio-, uno de los ayudantes cantó el *Trágala*, *perro*, y aquí fue Troya. Yo creo que hasta las figuras pintadas en el techo cantaron en aquel instante. ¡Sublime momento, señora!... Pero los envidiosos no faltan en ninguna parte. Empéñase el Jefe político en decir que aquello era un desorden. Quiere hecernos callar; encrésparse el público como el Océano agitado por rabioso Noto; empiezan las puñadas, los dimes, los diretes, los ternos de pimentón, las cantáridas gramaticales. Riego mira con desdén al Jefe político. Algunos de sus ayudantes, mostrando una impavidez pasmosa, le insultan. Aporréanle dos o tres paisanos: Paco Rincón y Blas Cortada, si no me engaño; el teatro parecía una caldera hirviente; el General se retira al fin, y, ¡oh pavor!, las calles están llenas de gente, la tropa se encierra en los cuarteles, y todo es zozobra y miedo de trifulcas. Sin la imprudencia del Jefe político, nada habría pasado. Pero el despotismo es así: no le gusta oír el himno ni el *Trágala*; no quiere ver la faz del libertador del hesperio suelo, y aquí tienen ustedes el resultado: *guerras, asolamientos, fieros males*, como dijo el poeta. Nada, nada; según esa gente estólida, a la Libertad debe ponérsele bozal para que no muerda.

"-Bozal para que no muerda -repitió taciturnamente Monsalud"<sup>238</sup>.

Tanto Miraflores como Vayo vienen a coincidir con la información histórica y la valoración que de estos hechos parece deslizar la ironía de Galdós bajo las estimaciones del exaltado don Patricio. Como excepción cabe señalar que Miraflores afirma que Riego "no contento con arengar, se puso a cantar su famosa canción del *Trágala*, haciendo el maestro de capilla con los concurrentes", mientras que Galdós, rehuyendo quizá la polémica sobre si Riego cantó o no el *Trágala* refiere, según se ha visto, este gesto de "maestro de capilla" al canto del "himno"<sup>239</sup>. Por otra parte, Galdós pudo atenerse en este punto a la información de Mesonero Romanos -fuente habitual, como se sabe, para estos Episodios-, en cuyas Memorias, tras señalarse que el "Gobierno (...) veía en Riego un poderoso rival" y "un obstáculo material para el desenvolvimiento prudente del sistema", y que se decidió

<sup>238</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1468.

<sup>239</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 60.

a "disolver aquel ejército (...) por su espíritu y tendencias, y hasta por su coste material", se viene a coincidir con lo dicho sobre el comportamiento de Riego en Madrid, afirmando -como Galdós- que Riego llegó en su "desvanecimiento" "hasta el extremo de entonar él y sus ayudantes su propio *himno*"; y que aún "hizo más, y fue disponer que sus ayudantes pusieran en conocimiento del público la insultante y grosera canción del *Trágala*, que traían de Cádiz"<sup>240</sup>. Sin embargo, Galdós no dice -como Miraflores y Mesonero- *Trágala*, sino "*Trágala, perro*", de modo similar a lo dicho por Vayo: "un ayudante suyo, de cuyo nombre no queremos acordarnos -dice éste-, entonó por primera vez en Madrid el *Trágala perro* inventado en Cádiz: canción infernal propia para insultar al rey y a los mismos liberales, y para acrecentar los enemigos de la Constitución sin producir a su causa ventaja alguna". La expresión, "y aquí fue Troya", con que Galdós introduce lo ocurrido tras el canto del *Trágala, perro*, por "uno de los ayudantes", refleja un énfasis equivalente también a lo que añade Vayo: "La plebe, cantada la copla, repetía el coro con rabia y frenesí, y el desenfreno era tal que amenazaba una explosión"<sup>241</sup>.

En conjunto, tanto las ideas seleccionadas en este punto como el orden y la forma en que se expresan por Galdós, coinciden especialmente con Vayo, aunque Galdós utilizase también otros autores y fuentes como complemento y contraste. Tras censurar la pasividad de Riego ante el proceder de sus ayudantes y el peligro del jefe político, Vayo señala también -como Galdós- que, "aumentado el tumulto con el atropellamiento del jefe (Sic) político, cundió el bullicio por la corte: la tropa estuvo sobre las armas en los cuarteles, y pasóse la noche entre amenazas y gritos sediciosos"<sup>242</sup>.

Este comportamiento de los exaltados, que Vayo atribuye en mucha medida a la acción

---

<sup>240</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 190-193, especialmente 191 y 192.

<sup>241</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 198. Estos hechos pueden verse referidos en el oficio que J-M<sup>a</sup>. Torrijos -anfitrión de Riego- dirigió a D. Gaspar Vigodet, capitán general de Castilla la Nueva, para cumplir la promesa de denuncia que, a fin de salvar la vida del jefe político Sr. Rubianes, dice haber hecho a quienes, enfurecidos porque éste les había negado *caprichosamente permiso* para cantar el *Trágala*, pretendían matarlo. Su texto se halla reproducido en GIL NOVALES), A.: "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., T I, pp 126-127.

<sup>242</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 198.

de "los agentes secretos de Fernando, instigadores de los alborotos para desacreditar la libertad", hace más necesaria esa reglamentación que don Patricio parece ver como un inaceptable "bozal" y los gobernantes moderados como una necesidad insoslayable.

Convertido Riego en garantía de libertad -y quizá de otras cosas- para los exaltados, y en un peligro u obstáculo para los moderados, en torno de su suerte se produce el primer enfrentamiento entre unos y otros, el primer "motín (...) de aquella larga serie de ellos -dice Mesonero- que se sucedió en los tres años siguientes"<sup>243</sup>.

Según dice don Patricio recordando el *destierro* de Riego al cuartel de Oviedo, (5 de septiembre) y las manifestaciones organizadas el día 6 para impedirlo, "de nada vale el popular deseo. Se empeñan en que ha de salir de aquí, y le echan como se echa un perro que incómoda. Las sociedades patrióticas dejan oír su autorizada voz en contra de tal vilipendio; pero no son oídas. Manifiesta el pueblo su voluntad de mil maneras; fíjanse pasquines; gritamos, pedimos, suplicamos, amenazamos. Yo pongo a todos los niños de mi academia la cinta verde con el lema *Constitución o muerte*. Ni por esas. ¿Cómo contestan a nuestras honradas exhortaciones? Echando los cañones a la calle; lanzando de los cuarteles la caballería para que pisotee al pueblo; acuchillando sin piedad a gente indefensa"<sup>244</sup>.

Esta lucha en la calle tiene su correspondiente en las Cortes, según indica don Patricio al añadir: "En tanto (,) Argüelles habla en las Cortes de las célebres *páginas*, y Feliú habla de los *hilos*; se alborotan también los diputados, y cuando un gran patriota como Romero Alpuente se dispone a defender al pueblo, ahogan su generosa voz los chillidos de los

---

<sup>243</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 193.

<sup>244</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1468. Este párrafo parece reproducir, salvo que Galdós omite el asalto de la noche del 6 a la casa del jefe político y lo adapta a don Patricio, lo dicho por Vayo en su Op. Cit., T II, pp 200-201. La fecha del envío de Riego de cuartel a Oviedo, en MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., p 61. En cuanto a "las cintas y divisas verdes", no quisieron ser, según dice Alcalá Galiano, sino un *símbolo* "de la esperanza en el triunfo que los restablecedores de la Constitución habían tenido al acometer y sustentar su empresa", aunque "los poco entendidos" veían en ellas "un símbolo de la sociedad antigua", la masónica, y, avanzado el Trienio, quienes lo llevaban "eran objeto de insulto para la plebe liberal" ("Recuerdos de un anciano", Cit., T I, p 189.). Sobre esta confrontación final de colores dice V. de la Fuente: "Antojóseles a los liberales el verde y a los comuneros el morado; alegando la patraña de que el pendón de Castilla era morado, lo cual es falso". "Historia de las sociedades secretas", Cit., T I, (1870), p 370, nota 1.

serviles"<sup>245</sup>.

Es notable cómo Galdós resume y adapta a la personal estimación de don Patricio -de los exaltados- esta referencia a lo ocurrido en la fase parlamentaria de este conflicto y al protagonismo de Romero Alpuente y de Argüelles. De modo similar a cuando don Patricio mostraba su ciega admiración por Riego diciendo que su discurso del Teatro le "pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra", parece referirse ahora a la "generosa voz" de Romero Alpuente, que Monsalud compara mentalmente con "una campana rajada" y Galdós mismo, como narrador, con un "clueco balido" que "sólo los tontos confundían (...) con el rugir de leones y panteras"<sup>246</sup>.

Es notable también que Galdós alude como cosa de esta sesión, a los "*hilos*" de que habló Ramón "Feliú" en ocasión muy posterior -incluso después de acabar la acción de "El Grande Oriente"- al referirse a los desórdenes producidos durante el verano de 1821 en provincias, especialmente en las levantinas de la capitanía general de Riego, "diciendo -según señala Mesonero- que el Gobierno *era dueño de los hilos de aquella trama*". Pero esta frase de Ramón Feliú apareció unida a la de Agustín Argüelles -como hechos del mismo género- en las burlas de los zurriaguistas, de modo que Galdós, presumiblemente para hacerse eco de ello y no por error, pudo ponerlas juntas como hacían los zurriaguistas al decir:

"En una y otra sesión  
sonaron con retintín  
las páginas de Agustín  
y los hilos de Ramón"<sup>247</sup>.

Galdós muestra así la contraposición de *moderados* y *exaltados* en las Cortes, asociándola con su momento más conocido y característico.

Según recuerda Vayo -a quién parece percibirse más próxima la opinión de Galdós bajo

---

<sup>245</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1468.

<sup>246</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1520 y 1524.

<sup>247</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 208.

las apreciaciones del "vehemente preceptor"-, ya el día "4 de Septiembre" se tocó en las Cortes "la envenenada llaga de los sucesos del día"; "el 5": "con la lectura del oficio y del discurso de Riego" defendiendo la necesidad del Ejército de la Isla -cuya disolución, pese a lo antes dicho, se atribuye en dicho discurso a "una orden emanada de un Secretario del Despacho, que por motivos bien sabidos había perdido la confianza pública"<sup>248</sup>,-, "subieron de punto la energía y la vehemencia de los oradores (...). **Pero la sesión que más abiertamente fija las miradas de la historia es la del día 7, célebre en los anales parlamentarios**, y origen desgraciado de nuevas divisiones. En ella Romero Alpuente (...) reprodujo la más destacable de sus máximas, asegurando que el pueblo tenía derecho para hacerse justicia y vengarse a si propio". Esto dio lugar a un "murmullo de reprobación" y a la conocida intervención en que "el ministro Argüelles -cuya presentación, había pedido Romero Alpuente para que, como ministro de Gobernación, diera cuenta de los sucesos de la noche anterior- habló con una elocuencia varonil y robustísima contra los principios de la anarquía" y "amenazó con abrir las *famosas páginas* de aquella historia y revelar la verdad entera", tras lo que "pintó las faltas y la imprudencia de Riego con una exactitud, con un pincel tan valiente y enérgico, que hizo enmudecer a los enemigos del gabinete, y se cubrió de un lauro inmarcesible"<sup>249</sup>.

Derrotados los exaltados en la calle y en las Cortes, se produce el desenlace que don Patricio lamenta al concluir: "Riego es desterrado, ¡y qué ignominia!, disuelven el ejército de la Isla, que había proclamado la Constitución; y por este camino volveremos a la tiranía y obscurantismo del año 14, y al despotismo puro, el cual, después de todo, es mejor que el mixto, vergonzante, tibio o moderado que ahora tenemos"<sup>250</sup>.

---

<sup>248</sup> Cfr. Oficio y Discurso reproducidos en MIRAFLORÉS, M. de: "Documentos...", Cits., T I, pp 159-160 y 160-162, como Doc. XXIII, 1 y 2.

<sup>249</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 202-203. Sin negrilla en el original; y MIRAFLORÉS, M. de: "Apuntes...", Cit., T I, p 63. Las palabras textuales dichas por Romero Alpuente y por Argüelles sobre el derecho de *justicia* y *venganza* populares pueden verse en COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 154-155.

<sup>250</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1468-1469. El recto sentido de este *ostracismo*, en nada disconforme con el reflejado por las ironías de Galdós, parece claramente señalado en nuestros días por el profesor Seco (continúa...)

Desde el punto de vista exaltado, el *destierro* de Riego y la *ignominiosa* disolución del Ejército de la Isla no se orientan a la consolidación del liberalismo y del imperio de la ley, sino que se encadenan, en una relación de causa-efecto, con la vuelta "a la tiranía y obscurantismo del año 14", al "despotismo", del que se acusa antes varias veces a Argüelles y demás moderados con ese término o hablando de "los chillidos de los *serviles*" contra Romero Alpuente, aunque ahora se reconozca que todavía es "tíbio o moderado". Estas expresiones no son exclusivas de don Patricio. Galdós puede estar recordando con ellas que el mismo Alcalá Galiano, tras una descripción similar a la suya, y según él mismo lamenta años después, pintó "la situación en que se estaba como una tiranía absoluta"<sup>251</sup>.

Aunque esto produjera en las Cortes la división y enfrentamiento de los liberales, todavía parece captarse en ellos la voluntad de reunirse y marchar juntos, si bien cada cual trata de imponer el camino. Tras referirse al "triunfo completo y glorioso" obtenido entonces por el Gobierno, Vayo titula su siguiente epígrafe la "*División de los liberales*", pero muestra también esa mutua necesidad: "Sin embargo -del triunfo moderado- el bando exagerado no podía olvidar el destierro de Riego y su derrota. Divididos desde aquel día con mayor encono los hombres de 1812 y los de 1820, es decir, los autores de la Constitución y los que habían trabajado para restablecerla, fácil hubiera sido a los primeros reducir a la razón a los segundos, si no hubiesen temido la contra-revolución de los realistas. Las tramas de éstos -escribe Vayo, señalando un problema central de la situación reflejada luego por Galdós,- obligábanlos a transigir con los anarquistas, a no emplear medidas fuertes para no privarse de sus brazos en caso necesario; de suerte que el realismo era el sostén de la exageración; y como los excesos (Sic) de ésta aumentaban los partidarios

---

<sup>250</sup>(...continuación)

Serrano cuando dice que Riego se había convertido "-tal vez sin proponérselo- en estímulo de la agitación jacobina que venían alimentando las *Sociedades Patrióticas*" y que "estas medidas enojosas" -la suspensión del generalato de Galicia y el destierro- forman parte de la acción con que "Gobierno y Cortes se esforzaron en subrayar la supremacía del Poder civil -legitimado en los comicios- en la nueva situación liberal". SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...", Cit., p 47.

<sup>251</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 96-100, especialmente pp 96 y 98.

del poder absoluto, los moderados se veían encerrados en un círculo vicioso, del que no podían salir porque tenían que combatir con la resistencia de los vencidos y con las exigencias de los vencedores"<sup>252</sup>.

La tendencia a la escisión liberal se acentúa con las diferencias producidas en torno a las *sociedades patrióticas*, que, según decía don Patricio, ya habían dejado "oír su autorizada voz" contra el "vilipendio" de echar a Riego de Madrid<sup>253</sup>.

Galdós no cita la ley que el 21 de octubre de 1820 había prohibido las sociedades patrióticas cuyo efecto -al permitir las como *tertulias*, "con previo conocimiento de la autoridad superior local" y sin carácter de *corporación*<sup>254</sup>- resultó efímero por la permisividad -o aliento- a que dió lugar la ya referida acción conjunta, de *moderados* y *exaltados*, en favor de la sanción Real a la Ley de Reforma de Regulares y en contra de las implicaciones absolutistas asociadas al nombramiento de Carvajal. No cita tampoco el cierre que, el 30 de Diciembre, se produjo de dichas sociedades, pero señala claramente las encontradas opiniones que sobre su pervivencia existían en febrero de 1821.

Ya hemos visto que don Patricio se muestra asiduo de La Cruz de Malta y que Galdós, evocando el carácter exaltado de esta sociedad en diciembre de 1820 y la exposición que antes de su cierre había hecho al Rey contra el Gobierno, habla de proyectos en este mismo sentido. Esto, en términos rigurosamente históricos, puede resultar impropio de la nueva Cruz de Malta, pero cubre la función de destacar la efervescencia ambiental de la época y reflejar la existencia de unas y otras sociedades patrióticas -entre las que los nombres de La Cruz de Malta y La Fontana de Oro sonaban especialmente- que, pasando de cátedras a tribunas políticas, se erigían a veces en representantes del pueblo en detrimento de las Cortes, y pretendían que el Gobierno se plegase a las que, planteadas como peticiones,

---

<sup>252</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 204.

<sup>253</sup> Se había producido, además, tras la derrota de los exaltados, un clamor de éstos desde La Fontana de Oro, cuyas sesiones se suspendieron, según se ha indicado ya. Ver también ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 685.

<sup>254</sup> Cfr. texto reproducido por el M. de Miraflores en "Documentos...", Cits., T I, pp 167 y 204, como Docs. Nº XXVI y XXVII-6.



tendían a convertirse en sus exigencias por las manifestaciones de que se acompañaban<sup>255</sup>.

La división de los liberales respecto a ellas se trasluce en el siguiente diálogo , establecido entre don Patricio y Monsalud cuando aquél pregunta:

"Pero ¿estuvo usted anoche en Malta?

"-Yo no voy a ese manicomio.

"-¿Y en *La Fontana*? Dicen que van a cerrar los cafés patrióticos.

"-Harán bien.

"-Bien sé que usted, al hablar de este modo, lo hace por espíritu de oposición y que dice lo contrario de lo que piensa. Es particular que le parezcan a usted detestables esas sociedades tan propias de un pueblo libre, y que se le antojen majaderos y charlatanes los hombres eminentes que en ellas derraman el fructífero rocío de la palabra constitucional. Si no conociese el gran entendimiento de usted...

"El joven -apostilla Galdós cual si quisiera desautorizar lo dicho por don Patricio- siguió escribiendo sin atender a las palabras del dómine"<sup>256</sup>.

Por otra parte, cuando Lucas cuenta que en la manifestación de aquella tarde (5 de febrero de 1821) se decía que el Gobierno iba a "cerrar las sociedades patrióticas", don Patricio, firme en su postura exaltada, y honradamente docente, asegura que si él "fuera llamado a regir los destinos de la Nación", lejos de tal actitud, "abriría en cada calle dos por lo menos, dos cafés patrióticos, y los subvencionaría con fondos del Estado, para que se propagase la idea constitucional"<sup>257</sup>.

Pero si Galdós refleja en estas divergencias una tendencia a la división de los liberales, donde más claramente alude a ésta es en su repercusión, más definitiva, en las sociedades secretas. Ya lo vimos al referirnos a ellas. Pero, por otra parte, así se indica también en

---

<sup>255</sup> PEREZ GALDOS, B.: "La Fontana de Oro". Cit., pp 16 y 26. Ver también lo dicho en el epígrafe dedicado a las sociedades patrióticas.

<sup>256</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1464.

<sup>257</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1466. Es notable que Galdós emplea ya, tanto en este texto como en el anterior, la expresión "cafés patrióticos", que quizá correspondía con más justeza a las llamadas "sociedades" en su estado legal de *tertulias*.

el citado diálogo entre don Patricio y Monsalud cuando éste, rompiendo el pliego en que escribía una carta a El Grande Oriente, dice "en un arranque espontáneo":

"Antes me dejaré matar (...) que contribuir a este desorden y figurar en una sociedad que es un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupción e infames compadrazgos, una hermandad de pedigüños...

"-¡Ah! Ya veo, ya comprendo de quien habla usted! -exclamó Sarmiento soltando rápidamente la escoba y sentándose frente a su amigo-. Esos intrigantes, esos compadres, esos pedigüños, esos hermanos, son los masones. Bien, muy bien dicho; todas esas picardías las he dicho yo antes que usted y las repito a quien quiera oírlas. El Grande Oriente perderá a España, perderá a la Libertad por su poco democratismo, sus transacciones con la Corte, su repugnancia a las reformas violentas y prontas, su templanza ridícula, su orgullo, su justo medio, su doceañismo fanático, su estancamiento en las pestíferas lagunas de lo pasado, su repulsión a todo lo que sea marchar hacia adelante, siempre adelante, por la senda constitucional."

Si se cree en el "progreso", continúa don Patricio, se debe dar "un paso cada día", desbaratar "cada hora (...) una antigualla para construir una novedad", ser hoy "mas liberales que ayer, y mañana más que hoy...". Y, al fin, entre las sonrisas de Monsalud, concluye "con calor":

"Adelante, siempre adelante (...). En virtud de este criterio, yo y todos los verdaderos patriotas hemos dado de lado a la masonería para fundar la grande y altísima, por mil títulos eminente y siempre española sociedad de Los Comuneros"<sup>258</sup>.

Disuelto el Ejército de la Isla y neutralizadas en alguna medida las Sociedades patrióticas públicas, su acción política, según indica Iris M<sup>a</sup> Zavala, se refugia en las secretas<sup>259</sup>. Así, la sociedad de Los Comuneros será un cauce fundamental del liberalismo exaltado desde su fundación, en enero de 1821, hasta la fase final del Trienio, y esta escisión en el núcleo decisorio repercutirá en los mismos masones -obligados a veces a no ser menos que

---

<sup>258</sup> "El Grande Oriente". Cit., 1464.

<sup>259</sup> ZAVALA, I. M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 67.

los Comuneros-, en las Cortes, en los cafés patrióticos, en las acciones callejeras y en gran parte de la vida social.

Por otro lado, mediante esta referencia se enlaza ya, al llegar a enero de 1821, con la conspiración de Vinuesa, cuyo descubrimiento había sido el motivo inmediato de las manifestaciones a que se alude al comenzar el Episodio y destinada a ser centro en que ejemplarizar los más diversos tipos de discordia<sup>260</sup>. Veamos, pues, ahora lo que Galdós dice sobre ella en su inicial mirada retrospectiva.

### 3.2.3. La conspiración de Vinuesa

Galdós cede en esto la palabra al autorizado don Urbano Gil de la Cuadra, que, como colaborador, "confidente y amigo de don Matías Vinuesa", se siente herido en su amor propio al oír de Monsalud que la opinión la calificaba de *aberrante* y "descabellada conspiración" y, a la vez que defiende su validez, viene a resumirla así:

"La primera condición de nuestro plan era el secreto. Sólo debían tener noticia de él Su Majestad, el infante don Carlos, el duque del Infantado y el marqués de Castelar, como los únicos encargados de ponerlo en ejecución. Llegado el momento del golpe, Su Majestad debía llamar a los Ministros, al Capitán General y al Consejo de Estado, y una vez que los tuviera a todos bien agazapados en la Real Cámara, debía entrar una partida de Guardias de Corps, mandada por el Serenísimo señor Infante, y prenderlos a todos, (...) Inmediatamente después, el mismo señor infante don Carlos debía pasar al Cuartel de Guardias y mandar arrestar a todos los individuos poco afectos a Su Majestad y a nuestras ideas. (...) el señor Duque debía marchar en el mismo momento a Leganés a ponerse al frente del batallón de Guardias que hay allí.(...) A las doce en punto -de la noche- (...) debía ponerse en camino para Madrid el batallón de Leganés, entrando en esta Corte a las dos. A las tres en punto, el regimiento del *Príncipe*, con cuyo Coronel se contaba, debía ocupar todas las puertas de la Villa, y a las cinco y media (...) debían las tropas y el

---

<sup>260</sup> El mismo Galdós, en carta de "7 de Junio 76", dice a Mesonero, refiriéndose a "El Grande Oriente": "he escogido para asunto principal la conspiración y muerte desastrosa de Vinuesa". En VARELA HERVIAS, E.: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., p 21.

pueblo empezar a dar "vivas" a la Religión, al Rey, a la Patria, y "muera" a la Constitución y a los Ministros... Luego -apunta Galdós- el plan contenía una multitud de determinaciones, consecuencia natural del triunfo". Entre ellas la celebración de "un Concilio Nacional", cambios en la administración, "festejos", premios y castigos<sup>261</sup>.

Se trata, pues, de un intento absolutista que, junto con las *partidas* pagadas con los *ochentines* Reales, venía a reflejar el doble juego del Rey y su Corte, a los que, como diría don Patricio, no habían aprovechado las *lecciones* de constitucionalismo que se les había dado en Octubre y Noviembre.

El mismo absolutista don Urbano Gil de la Cuadra, tras tener ocasión de conocerla, da por cierta la intensa dedicación de aquella Corte a tales intentos a la vez que lamenta "la traición" a que atribuye el fracaso del suyo: "Presumo yo -dice- que **alrededor del Trono, donde tanto se trabaja por derrotar al Gobierno y a los liberales**, existen la venalidad y la corrupción más que en parte alguna, y que de los mismos que nos han incitado a conspirar partió la infame denuncia, fundada en móviles que no comprendo"<sup>262</sup>.

---

<sup>261</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1472-1473. MIRAFLORES, que recoge en su grupo de "Documentos" N° 30 una descripción completa de este "plan de contrarrevolución", lo califica como "el más ridículamente necio que pudo trazar la cabeza del conspirador más estúpido". MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 84. Los documentos en T I de Documentos, pp 207-212. Vayo dice que era "una trama muy descabellada, y que toda consistía en llamar el monarca a las autoridades una noche y encerrarlas en su alcázar; contando después con que la **sóla presencia del infante don Carlos empujaría a favor del partido absolutista a los regimientos de la guarnición, que nada sabían de antemano**". Op. Cit., T II, p 233. Sin negrilla en el original. Aunque los datos que da Galdós no los pudo obtener sólo de Vayo -y cabe pensar que utilizó los textos de Miraflores- es muy probable que tomara de Vayo esa velada alusión a la simpleza, o excesiva confianza en "la sola presencia del infante don Carlos", que Galdós aplica al "señor duque del Infantado... Bien le conoce usted -dice Gil de la Cuadra a Monsalud-: ¡qué imponente figura, qué aire marcial. **Sólo con presentarse inclina los ánimos a la obediencia...**" "El Grande Oriente". Cit., p 1472. Sin negrilla en el original. Mesonero no sólo estima éste "un plan desatinado de contrarrevolución, sino que asegura que Matías Vinuesa estaba muy próximo "a la demencia", cosa que "puede atestiguar" -dice- por haber tenido "ocasión de conocerle personalmente" MESONERO FOMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 206 y 207. En todo caso, según apunta Galdós a través de Gil de la Cuadra, "obra de muchos es el célebre plan"; y no se debió encontrar tan irrealizable cuando se intentó aplicar -bien que sin éxito- en el 7 de Julio. "El Grande Oriente". Cit., p 1472. Quizá lo más descabellado esté -como señala el profesor Comellas dudando de la autoría de Vinuesa- en "que su autor pensase imprimir, y llevarse a la imprenta, un plan que sólo debían conocer cuatro personas". COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 201.

<sup>262</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1472. Sin negrilla en el original. Aunque Vayo hace, como Galdós aquí, continuas referencias a los oscuros manejos de la "mano alta" y de los "espías" y "agentes secretos de Fernando", en este caso se limita a decir que "denunció este plan al tiempo de estamparse las proclamas (continúa...)

Sentado esto, hay que decir también que a través del mismo Gil de la Cuadra se indica el refuerzo que a la actitud cortesana pudo aportar, por su efecto negativo, el comportamiento dominador y humillante de algunos liberales, que empujaba a tales conspiraciones. Cuando Gil sabe descubierta su complicidad con Vinuesa y pide a Monsalud ayuda para huir, asegura a éste que él, recién regresado de su destierro como afrancesado, no quería conspirar, pero que los liberales de su pueblo -La Bañeza- le habían impulsado a ello con los malos tratos y las tres "palizas" que, por sus ideas absolutistas y pretextando que conspiraba, le habían dado en 1820.

"Ellos se empeñaron en que conspirara, -añade- y conspiré. Aquí tiene usted la sabiduría de los liberales. Con su imbécil sistema de apalear a los que no piensan como ellos, van poco a poco convirtiendo en enemigos a todos los españoles. Yo, que había hecho propósito firme de no mezclarme en la política activa, ni contribuir al levantamiento de partidas, ni conspirar, salí de mi casa decidido a todo, a todo absolutamente; vine a Madrid, y mi mala suerte deparóme aquí el encuentro con un amigo de mi juventud, don Matías Vinuesa, cura que fué de Tamajón, y a quién Su Majestad, en premio de los méritos que contrajo durante la guerra, hizo capellán de honor y arcediano de Tarazona"<sup>263</sup>. De ello, viene a decir, resultó el plan descubierto.

Junto a dicho efecto negativo -que Galdós repite una y otra vez como mirando a sus coetáneos-, se muestra aquí también la dimensión civil de la discordia, que, al sacar las cuestiones políticas de sus cauces, ensombrece la intensa, aunque restringida, participación social lícita que, por una y otra parte, se observa en dichas cuestiones.

La temperatura política, ya alta, se eleva, según señala Miraflores, al conocerse la conspiración de Vinuesa, cuya "prisión" sitúa en "el 29 de Enero". "Este suceso -dice- presentó ya a los liberales exagerados, no un vano pretexto (Sic), sino una realidad en que

---

<sup>262</sup>(...continuación)

un aprendiz de imprenta, y el juez encontró los moldes en el sitio que se le había designado". Algo insinúa al añadir que los actos de ciertos "jóvenes fanáticos" a que dio lugar la detención de Vinuesa pudieron contribuir a la sensación de desorden y a la "guerra civil" que los agentes de Fernando trataban de encender. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 190, 200, 211, 220, 231, 260 y, especialmente, 233.

<sup>263</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1471 y 1472.

fundar sus temores (...). El 30 de Enero circuló el plan de Vinuesa, y él fue el móvil de la asonada de este día, que empezó en el Café de la Fontana" y, reforzada "por la mano oculta de las Sociedades secretas", pidió "Justicia contra los conspiradores" ante el Ayuntamiento, que salió del paso "diciendo que representaría". Esta manifestación no satisfizo a "los exaltados", deseosos de continuar su acción contra el "Real Palacio", al "que consideraban (...) centro de todas las maquinaciones". Así las cosas, continúa Miraflores, "el Ayuntamiento recibió un recado del Rey, en que decía que al retirarse de paseo el 4 de Febrero, había oído espresiones (Sic) poco decorosas a su Real Persona. El Monarca -destaca Miraflores-, Cabeza del Poder egecutivo (Sic), recurría a un Ayuntamiento Quejándose. ¡Qué trastorno! ¿Cómo podía existir un Gobierno con signos tan positivos de disolución?"<sup>264</sup>.

Galdós, sin dar fecha de la prisión, parece seguir a Vayo al decir que este plan fue "descubierto el 21 de Enero", pero lo enlaza con el ambiente de Febrero al recordar el día 5 que esta conspiración había "escandalizado a Madrid días pasados"<sup>265</sup>.

Por lo demás, Vayo parece resonar de nuevo en el texto de Galdós cuando se dice que Lucas contó a su padre y a los Monsalud "los sucesos de aquella tarde -del día 5 de Febrero-, que consistían en dos piedras arrojadas al coche de Su Majestad, en diversos gritos patrióticos, en un miliciano herido por un guardia, y algunas contusiones y corridas de escasa importancia"<sup>266</sup>.

Galdós, tras seleccionar este día como fecha de comienzo de "El Grande Oriente", parece desdramatizar estos "sucesos", cual si quisiera con ello reflejar ese carácter habitual que, entre quienes hablaban de ello, iba cobrando la atrocidad de que se tirasen piedras al

---

<sup>264</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 84-85. Vayo dice que "preso Vinuesa el 21 de Enero, hubo a pocos días una asonada"; pero, sea por la mayor distancia que introduce este cambio de fecha -el 21 en lugar del 29- o por otros motivos, no establece relación expresa entre dicha prisión y estos hechos, sino que señala, como algo habitual, que "el vulgo", convencido de que el Rey "aborreceda el nuevo orden", lo saludaba "por despecho con el grito de 'viva el rey constitucional' cuantas veces salía a paseo". Y añade sin más: "En distintas ocasiones insultaron a S. M. con dieterios indecorosos, tirando también piedras que daban en el coche". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 233 y 219.

<sup>265</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1463 y 1484.

<sup>266</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1466.

coche del Rey, lo cual destaca aun más el deterioro del ambiente. Pero estos hechos tuvieron mayor alcance. Preparados los Guardias tras los sucesos del 4, el citado día 5 salieron con las espadas desenvainadas bajo sus capas y, al oír las voces, *acuchillaron* a los "gritadores", hiriendo, entre otros, a un miliciano. Ante ello, dice Miraflores, "la milicia y la guarnición tomaron inmediatamente las armas" y en medio de aquel "estado de efervescencia (...) popular (...) rodearon el cuartel de los Guardias de Corps" y, "después de 48 horas", consiguieron que su sección de caballería fuera desarmada y disuelta<sup>267</sup>. Galdós/Lucas da también como noticia de aquella tarde "que el Gobierno va a disolver la Guardia"; pero en el contexto se percibe más como un rumor o aspiración de los exaltados -deseosos de quitar a "la camarilla (...) ese apoyo" para que, según dice don Patricio, la "Libertad" pudiera echar "profundas raíces en el hispano suelo"- que como una realidad tan inminente, sobre todo porque no se dice nada de la reacción armada de la milicia y la guarnición<sup>268</sup>.

Hay que decir, en todo caso, que Galdós volverá, días después, sobre el tema, y que tal medida quedaba realmente pendiente de que las Cortes la confirmasen, según hicieron al fin en Abril<sup>269</sup>.

Prescindiendo de estos hechos puntuales, que, lógicamente, no son cuestión fundamental en la obra de Galdós, el ambiente de efervescencia y confrontación referidos en la historiografía queda viva y claramente reflejado -y condenado ante sus lectores- en las aludidas manifestaciones de discordia, cuya culminación en esta fase centra Galdós, según decíamos, en el caso Vinuesa, aun cuando muchos de los chispazos que se asocian a éste sean resultado de caracteres y tendencias presentes, antes y después, en aquellas luchas internas de la sociedad española. A ello se une, según dice Mesonero, que, "apoderadas de este incidente -del plan de Vinuesa- las sociedades, la prensa y la opinión artificial que

---

<sup>267</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 85-87. También VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 219-220.

<sup>268</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1466.

<sup>269</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 220 y GIL NOVALES, A.: "El Trienio...". Cit., p 27.

suelen crear los partidos exagerados y virulentos, armaron un *tolle tolle* contra el desdichado sacerdote"<sup>270</sup>.

El aumento de la tensión y violencia que este caso introduce en el ambiente es destacado por Galdós en la noche del mismo día 5 de Febrero: la detención de Gil de la Cuadra se acompaña de violentos golpes de llamada a su puerta -que parecen reflejo de cierta impaciencia o morbosa ansia extrainstitucional de venganza- hasta que "despedazada la puerta de la casa, entró en la estancia un hombre brutal y grosero, uno de estos que no creen representar bien a la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible". Llegan, además, atropellando, preguntando por "el bribón de Gil de la Cuadra" -negrilla nuestra- y faltando al respeto a su hija Solita. El mismo don Patricio, en el que no se da el factor de incultura que parece atribuirse a "los polizontes", al ver a su vecino Gil en el suelo de la calle, maltratado por "la soez cuadrilla", y oírle decir que tiene "sed", permanece ante él, "con las manos en la espalda, fijando en el reo una mirada maliciosa y nada compasiva", como recreándose en no darle agua y llegando evasivamente a negarla cuando Monsalud le indica que traiga la de su escuela y él lo elude diciendo que se le ha olvidado dónde ha puesto "la dichosa alcarraza"<sup>271</sup>.

Queda así el ambiente marcado por la discordia civil implícita en esa personal violencia de los agentes de la autoridad y en la crueldad mostrada entre vecinos. Violencia y crueldad que parecen explicarse en parte por el miedo a las conspiraciones absolutistas, según mostraba aquel mismo día don Patricio con su enfermizo deseo de conocer si Gil de la Cuadra era o no de *los suyos* y con la temerosa presunción que había comunicado a Lucas: "Insisto en que es servil, hijo; un infame *persa* que nos ahorcaría a todos si le dejáramos"<sup>272</sup>.

El deseo de evitar esto, el apetito de venganza y la idea entonces defendida por los *exaltados* de que "el pueblo tenía derecho para hacerse justicia y vengarse a sí propio"

---

<sup>270</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., pp 206-207.

<sup>271</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1475 y 1476.

<sup>272</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1469.



-según señala Vayo<sup>273</sup> y repite Galdós en varios casos por boca de Moreno Guerra, Mejía y otros<sup>274</sup>- parecen concurrir, con la falta de respeto a la ley, la ignorancia, la manipulación demagógica y otros fenómenos a que luego nos referimos, para, según refleja Galdós, ir deteriorando la situación hasta hacer posible el asesinato de Vinuesa. Pero este proceso -no muy distinto del que Galdós había vivido y deseaba evitar- se ve facilitado porque, según se hace decir al que parece Martínez de la Rosa, entonces "las instituciones vigentes no ofrecen condiciones, carecen de fuerza para contener en límites razonables la iniciativa popular y son incapaces de fundar nada sólido"<sup>275</sup>. Es decir, sus *condiciones* intrínsecas hacían difícil evitar o controlar las discordias y sus manifestaciones. Veamos como podía ser ello.

#### 3.2.4. Los escollos de la "senda constitucional" establecida en 1812

Es una cuestión manida, y Galdós lo señala repetidamente como opinión del sector liberal moderado de Martínez de la Rosa, que la Constitución de 1812 no era adecuada a un Estado monárquico, aunque, según dice el propio Martínez de la Rosa, esto se ignoraba en 1820 y la "persecución misma (...) había aumentado la veneración supersticiosa de sus adeptos". Años después, "apenas hay un español (...) que no conozca los vicios de que adolecía la Constitución de 1812 y que no la repunte impracticable"<sup>276</sup>. Pero, dicho esto, no suele explicarse por qué. Flórez Estrada, en discusión con los Anilleros sobre qué hacer en el caso Vinuesa, protesta contra las acusaciones que se hacían al "populacho cuando sus excesos no son -asegura- más que el rechazo, digámoslo así, de las osadías de los absolutistas"; y poco después añade en airada ironía: "La plebe es causa de todo. La Corte y el Rey no hacen más que rezar. Con tan admirable sistema de crítica, resulta

---

<sup>273</sup> Op. Cit., T II, p 202.

<sup>274</sup> En "El Grande Oriente", Cit., pp 1511-1512 y 1535-1537.

<sup>275</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1539 y 1542.

<sup>276</sup> "El espíritu del siglo", Cit., T VII, p 358. En el mismo sentido MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...", Cit., p 116.

infaliblemente que la Constitución es detestable y que debe convertirse en Carta<sup>277</sup>.

Parece, pues, que, según Galdós, a los Anilleros se les atribuía el deseo de que la Constitución, al "convertirse en Carta", fuera más *moderada*. Pero, a nuestro modo de ver, el problema era otro; no se precisaba que fuera más moderada sino diferente, y esto en un sentido que Galdós no llega a precisar.

La Constitución de 1812 establecía un régimen presidencial, en el que el jefe del Estado era a la vez jefe del poder ejecutivo. Este régimen no presenta problemas en las Repúblicas, como muestra E.E.U.U., donde se pueden resolver los desacuerdos entre el jefe del Ejecutivo, Presidente de la República, y las Cortes, mediante la dimisión de aquel o -dado que es tan representante como ellas de la soberanía del pueblo que lo ha elegido- disolviendo éstas y recurriendo a unas nuevas elecciones en que el pueblo dé con sus votos la razón a uno u otras.

Pero en el caso de una Monarquía hereditaria, como era la española de entonces, los desacuerdos de Fernando VII -jefe también del Estado y del poder Ejecutivo- con las Cortes, tenían muy difícil solución o, mejor, no la tenían. Es decir, aparte de que la marcha no fuera *franca*, la "senda constitucional" tampoco era adecuada para lograr la concordia. Tenía la dificultad de establecer una monarquía hereditaria y, a la vez, presidencial.

La Constitución de 1812 suponía un deseo de colaboración y entendimiento sinceramente liberal que no parece haber existido en Fernando VII. Vayo, aun reconociendo la necesidad de modificarla -que "algunos" defendían como único "camino de salvación"- afirma categóricamente: "La dificultad verdadera e insuperable de aclimatar la libertad en España estaba en el rey, que no la quería: ¿qué hubiera importado que unas Cortes ilustradas, podando las ramas inútiles de la Constitución, como deseaba la Francia, doblando unas e ingiriendo otras, hubiesen dado al árbol entero robustez y vida, si luego Fernando en la oscuridad de la noche, removiendo y cortando sus raíces, le hubiera

---

<sup>277</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1540. La opinión atribuida a Floréz Estrada sobre el "populacho", es la misma que Vayo da personalmente con diversas y repetidas expresiones: "Del atrevimiento de los realistas -escribe Vayo- originábanse las demasías de los exaltados". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 260.

destruido y secado?. El sepulcro le ha igualado ya con los demás hombres: digamos pues la verdad entera y no queramos disipar con el olor del incienso la fetidez de las miserias humanas"<sup>278</sup>.

También Quintana asegura en su "Carta tercera" a lord Holland que "la mayor de las dificultades" de los liberales españoles era "la de conciliar políticamente su constitución con su rey"<sup>279</sup>.

Pero ello no excluye los problemas que, además, -según este mismo autor insinúa en su "Carta quinta"- parece tener la Constitución de 1812.

Si, dentro de un juego sincero, se trataba de que el Rey sancionase una ley aprobada por las Cortes podía Fernando VII retrasarla con su veto suspensivo, como hizo con la de señoríos e intentó hacer con la de reforma de Regulares, pero al fin, después de entorpecer la acción política de la opinión mayoritaria, había de acatarla y seguir gobernando con ella, con el consiguiente desdoro y presumible desgana. Mientras que un presidente de república habría podido ser sustituido por otro conforme con la medida en cuestión.

Si se trataba de la libertad del Rey para elegir y cesar a sus secretarios del Despacho, o *ministros*, podía conducir a ceses como el del primer Gobierno (el llamado de Argüelles) y a desacuerdos tan notables como el del llamado ministerio de Martínez de la Rosa con las Cortes que, inicialmente, presidía Riego. Cabe pensar que un jefe de Estado elegido no habría formado un Gobierno de orientación tan dispar sin que se hubiera producido su cese o la disolución de las Cortes. En España hubo de producirse la violencia del 7 de Julio. Por no citar crisis y manifestaciones como las de febrero de 1823 y siguientes<sup>280</sup>.

<sup>278</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 176-177.

<sup>279</sup> QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". O. C. BAE, T XIX, p 546.

<sup>280</sup> Refiriéndose a la situación de *desobediencia civil* y a las exigencias de cambio de Gobierno que "cualquier provincia, ciudad o villorrio de España" parecía sentirse con derecho a plantear a finales de 1821, dice Quintana en la "quinta" de sus "Cartas a lord Holland" que "para este caso, y para el del año anterior cuando la mudanza del primer ministerio, hubiera sido infinitamente mejor que el Rey escogiera sus ministros de la mayoría de los diputados". Y, señalando uno de los problemas a que aludíamos, añade: "Esto a lo menos era más consecuente al juego y mecanismo de los gobiernos representativos. Pero desgraciadamente - concluye- **la ley constitucional no lo permitía, y este obstáculo produjo siempre gravísimos inconvenientes en nuestra marcha política**". QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". En O. C., Atlas, Madrid, 1946, BAE, T XIX, nota 1 al pie de p 558.

Si se trataba, en fin, de ejecutar las decisiones del Legislativo, podía Fernando VII estar promoviendo partidas realistas o ejércitos extranjeros que luchasen en contra y resistir él mismo hasta forzar actos victimistas, como la declaración en Sevilla de su "delirio momentáneo", única fórmula que la Cortes encontraron para librarse de aquel Rey, Jefe del Estado y del poder Ejecutivo, que, de otro modo, tenía carácter vitalicio y ejercía la parcela de poder propia de un Presidente electo sin necesidad de que el pueblo lo eligiera<sup>281</sup>.

Conocidas las inclinaciones políticas de Fernando VII, aquella constitución le dejaba demasiado poder para que las expectativas de libertad abiertas con su jura en 1820 no devinieran pronto en discordia. Cuando se sentía la necesidad del cese tabú o de las elecciones -que siempre habían dado resultados contrarios al Jefe del Ejecutivo, del Rey,- se suplían con asonadas y manifestaciones que irritaban a éste, pero no le obligaban a cesar. Sólo pretendían, en vano, cambiar su actitud.

La elección de esta Constitución, existiendo ya el régimen parlamentario en Inglaterra, parece indicio de que esta Revolución se planteaba una limitación del poder del Rey, más que la sustitución de su titular, y de que, o no conocían a Fernando VII o la necesidad de educación popular, a cuya atención dedicamos el próximo apartado, era común en alguna medida a sus líderes políticos.

### 3.3. LA CONFLICTIVA NECESIDAD DE EDUCACION

En la "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España", atribuída a Vayo, que, según vamos viendo, parece tan profusamente empleada por Galdós, se dice: "Para fundar sobre bases sólidas el gobierno representativo en nuestra patria preciso era no sólo haber modificado la Constitución, sino también haber colocado el cetro en otra diestra; y para que otra diestra empuñase el cetro, **necesitábase un pueblo más ilustrado que el pueblo**

---

<sup>281</sup> Sólo "el arma de un regicida" podía evitar esto, viene a decir Galdós en "La Fontana de Oro". Cit., p 371.

**español de aquella época.** Tal es la clave del secreto: no la perdamos jamás de vista, y seremos más justos con nuestros padres y con sus errores"<sup>282</sup>.

La ilustración era, pues, en opinión de Vayo, un condicionamiento fundamental de las cuestiones políticas. Pero ello no se entendió sólo en sentido cuantitativo, sino también cualitativo. Esta era una cuestión que, según indica María Angeles Galino, se había planteado ya en el siglo XVIII -siglo revisionista, discutidor y caracterizado por su "empresa crítica"-, en el que "...la educación fue el concepto más discutido de cuantos la época examinó. La causa de esto residía -añade esta autora- en que en él venían a confluír los tres grandes tópicos del tiempo: la ciencia, el progreso y el método"<sup>283</sup>.

Sustituída la vía reformista por la revolucionaria, la preocupación educativa no perdió actualidad, sino que durante el Trienio alcanzó, según vamos a ver, un considerable desarrollo<sup>284</sup>.

El hecho merecía, pues, atención en sí mismo, pero ha de tenerse en cuenta, además, que "El Grande Oriente" se publica en 1876, el año en que se funda la Institución Libre de Enseñanza, y que la preocupación educativa ambiental a que ésta responde encuentra, según dijimos, especial sensibilidad en Galdós, cuyo historicismo tiende, en definitiva, a orientar a sus coetáneos de modo semejante al que refleja en don Patricio Sarmiento.

### 3.3.1. La difusión de los nuevos valores legalizados

Cuando se lee la segunda serie de Episodios Nacionales en su conjunto y se pasa del final de "La segunda casaca", donde quedan amparados los cambios políticos por el nuevo ordenamiento jurídico, a las enseñanzas que sobre éste realiza don Patricio Sarmiento en su escuela al empezar "El Grande Oriente", parece tomar cuerpo literario la idea de que,

---

<sup>282</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 177. Sin negrilla en el original

<sup>283</sup> GALINO, M.A.: "Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna". C.S.I.C., Madrid, 1953, p 27.

<sup>284</sup> A ello se refiere el profesor Palacio Atard indicando, entre otras muchas cosas, que "desde 1821 (...proliferaron) los colegios privados que impartían estudios primarios" (PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX", Cit., p 329). Es decir, colegios como el de don Patricio.

a juicio de éste, el triunfo de los valores revolucionarios dependía de su difusión y valoración, y se tiene la impresión de que a esta idea responde la estructura del texto de Galdós<sup>285</sup>.

Amparados los principios revolucionarios por la legalidad, se hacía necesaria la educación para lograr que el orden y vida social se correspondiera realmente con ellos<sup>286</sup>. Esta es una idea muchas veces repetida por Galdós a lo largo de su obra. Ya en "La Fontana de Oro" aparece como núcleo del intento y relativo fracaso, de las sociedades patrióticas en este sentido.

En "La segunda casaca", según vimos, se atribuye a la carencia de educación la apatía o incapacidad que el pueblo español mostraba en los medios rurales para apropiarse la idea revolucionaria y entusiasmarse por ella. Era, decía Galdós, como una modorra o letargo intelectual producida por tres siglos de absolutismo que la hacía insensible al valor de la libertad, del "andar en dos pies" que exigía la dignidad de la persona humana. De ahí que, siendo esta dignidad irrenunciable, se hacía necesario cultivar las facultades que la potenciaban, al mismo tiempo que se procuraban las demás condiciones que la garantizasen.

---

<sup>285</sup> La profesión y el nombre de don Patricio Sarmiento evocan, además, las preocupaciones pedagógicas asociadas por entonces al prestigioso beneditino Pedro José Gosende de Balboa (1695-1772), más conocido por **Fray Martín Sarmiento**, cuyos varios escritos sobre la necesaria renovación del método en la educación de niños y jóvenes eran por entonces conocidos y admirados. Cfr. GALINO, M<sup>a</sup> Angeles: "Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna". C.S.I.C., Madrid, 1953, especialmente pp 123-187 y 279-398. En esta obra, pp 279-398, se publican por primera vez algunos textos manuscritos de Fray Martín Sarmiento -"La educación de los niños", (Biblioteca del Monasterio de Silos, Ms. 73 bis) y una selección de las "Notas al Privilegio de Ordoño II al Monasterio de Samos y Reflexiones previas" (B.N., Ms. 9892) que la autora titula "Fragmentos varios sobre educación"- que son sólo una muestra de lo escrito, aunque, como dice la misma M.A. Galino, Sarmiento es "un escritor que no publica", y sólo después de su muerte se fue dando a conocer parte de su obra en el *Semanario Erudito* de Valladares de Sotomayor. Madrid, Blas Román, Años 1787 (T V, pp 97-174; T VI, pp 111-188 y T XIX, pp 167-256) y, 1789 (T XXI, pp 99-273).

<sup>286</sup> Así lo había indicado expresamente Quintana, ya en 1813, al decir que, *restituída por la Constitución* "al pensamiento su libertad, a la verdad sus derechos", "debe (...) el Congreso nacional, que ha restituído a los españoles al ejercicio de su voluntad, completar su obra y procurarles todos los medios de que esta voluntad sea bien y convenientemente dirigida. Estos medios -explica- están evidentemente todos bajo el influjo inmediato de la instrucción", por lo que debe organizarse ésta como "cualquiera de los poderes que constituyen el equilibrio de nuestra asociación política". QUINTANA, M.J.: "Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública". En O.C., Atlas, Madrid, 1946, BAE, T XIX, pp 175-191. especialmente o 176.

En "El Grande Oriente" esta preocupación aflora, según vamos a ver, en la escuela, sociedades patrióticas y secretas, en la acción callejera y, en general, en toda la vida social<sup>287</sup>.

La preocupación educativa reflejada por Galdós en el Trienio cuenta, por otra parte, con testimonios documentales importantes que hacen de la primavera del año 1821 -en la que se sitúa la acción de "El Grande Oriente" de Galdós- un momento especial, ya que entonces se estaba debatiendo el "*Reglamento general de instrucción pública*" aprobado por las Cortes el 29 de junio de dicho año, cuyo texto refleja que, según se le llama en su artículo 122, se concebía como un "arreglo general de la enseñanza pública"<sup>288</sup>.

Aparte de las ideas de renovación metodológica aportadas por Fray Martín Sarmiento, este Reglamento tenía como antecedentes españoles las "Bases para la formación de un plan general de instrucción pública", que, tras algún otro trabajo pedagógico, había escrito Jovellanos en 1809, y, muy especialmente, el citado "Informe de la Junta creada por la Regencia", escrito por Quintana el año 1813<sup>289</sup>.

Su espíritu responde a la idea de que la educación es poder y que, por tanto, debía recogerse de las manos eclesiásticas y servir al Estado que la costeaba. Según dice

<sup>287</sup> A lo largo de este apartado se recogen además, algunos ejemplos de esta preocupación en otros Episodios, bien relativos al Trienio -como el "7 de Julio"- bien a épocas posteriores -"El terror de 1824", "Los Apostólicos", "Un faccioso más y algunos frailes menos"- que reflejan el permanente interés de Galdós por el tema y sirven para completar o matizar algunos de los aspectos apuntados en "El Grande Oriente".

<sup>288</sup> En "COLECCION DE LOS DECRETOS Y ORDENES GENERALES EXPEDIDOS POR LAS CORTES ORDINARIAS DE LOS AÑOS DE 1820 Y 1821". Madrid, Imprenta Nacional, 1821, T VII, pp 362-381, especialmente p 380. De acuerdo con lo previsto en los Arts. 25 y 366-371 de la Constitución de 1812, se establece en él la *uniformidad* y *gratuidad* de la enseñanza pública y se reorganiza toda la enseñanza, que "se divide en primera, segunda y tercera" (Art. 9º). Se reglamenta el establecimiento de escuelas de "primera enseñanza", cuya urgencia parece reflejar el artículo 20: "Las Diputaciones provinciales de toda la Monarquía cuidarán de establecer desde luego, bajo su más estrecha responsabilidad, estas escuelas, dando cuenta al Gobierno de haberlo verificado". Así mismo, aunque aplazando ciertas mejoras para "cuando haya recursos suficientes" (Arts. 34 y 35) se proyectan "universidades de provincias" y "escuelas especiales" para la segunda y tercera enseñanzas. Se fundan en Madrid la "universidad Central" y una "Academia nacional". Se prevé "la enseñanza de las mugeres (Sic)"; y se crea una "*Dirección general de estudios*", "a cuyo cargo esté bajo la autoridad del Gobierno la inspección y arreglo de toda enseñanza pública" (Art. 92), si bien "oyendo en todo lo perteneciente a la parte científica a la Academia nacional, antes de presentar los reglamentos al Gobierno para que los pase a la aprobación de las Cortes" (Art. 101).

<sup>289</sup> Informe inspirado, a su vez, según Pío Zabala, en el que Condorcet presentó a la Asamblea legislativa francesa en 1792. ZABALA, Pío: "Historia de España...". Ed. y Vol. Cit., p 228.

Quintana en dicho "Informe..." -al que el citado Reglamento sigue bastante fielmente en todas sus partes- quienes integren la "Academia Nacional" habrán de tener en cuenta la "influencia moral que la instrucción tiene sobre la opinión, contada por algunos entre los poderes políticos de un estado, y que más fuerte, más independiente que ellos, sirve maravillosamente a ilustrarlos, dirigirlos y sobre todo a contenerlos"<sup>290</sup>. Ello debió contribuir -junto a otras esperanzas puestas en la educación- a que -como dice el mismo Quintana, Director General de Estudios, en un discurso pronunciado el año 1822- al triunfar "la libertad" en 1820, en cuanto "el Estado se recompone, y los padres de la patria son restituidos a sus sillas", **"una de las primeras atenciones fue la instrucción pública"**<sup>291</sup>.

Pero, según se ha dicho, esta preocupación no era exclusiva del Gobierno. Tanto un supuesto "Plan de la Masonería" para el año 1814<sup>292</sup> como el Art. 1º de la "Constitución fundamental de Los Libertadores del Género Humano"<sup>293</sup> proclaman la idea de que es "la educación como otra segunda leche de todo hombre"<sup>294</sup>; y este mismo valor se le viene a atribuir, con fines bien distintos en el *Plan de Vinuesa*, cuyo "mayor interés" se manifiesta, según destaca el profesor Comellas, en las previsiones para "la formación e información de los españoles", a los que desea curar de la ilustración y liberalismo, estableciendo la censura y fijando las ideas "para evitar las equivocaciones del día y moderar la inclinación -reconocida así implícitamente- que por razón de los tiempos hay al sistema liberal"<sup>295</sup>.

---

<sup>290</sup> QUINTANA, M.J.: "Informe de la Junta creada por la Regencia...". Cit., p 189.

<sup>291</sup> QUINTANA, M.J.: "Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación" -"7 de noviembre de 1822"- En O.C. de M.J. Quintana, Atlas, Madrid, 1946, BAE, Tomo XIX, pp 193-198, especialmente p 194. Sin negrilla en el original.

<sup>292</sup> A.G.P., Papeles Reservados de Fernando VII, T 67, Doc. Nº 10, fols. 222-228.

<sup>293</sup> Conservada en Ibídem como Doc. Nº 11, manuscrita en fols. 229-234, e impresa en fols. 235-242.

<sup>294</sup> Frase repetida en fols. 223, 229 y 236.

<sup>295</sup> Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 199-200.



La cuestión preocupaba, pues, a unos y a otros. Ello le da importancia histórica suficiente para ser tratada, sin perjuicio de que refleje a la vez la intención educativa con que Galdós pudo aplicarla, como antes decíamos, a su propio ambiente. Tanto en su época como en el Trienio se mostraba una especial sensibilidad hacia el valor de la educación como instrumento de progreso.

### 3.3.2. Cambio de modelos

Lo primero que salta a la vista en las clases de don Patricio es su tendencia a sustituir los modelos absolutistas por otros más acordes con la idea de libertad y progreso. Incluso antes de que don Patricio hable, Galdós concita a personalidades significativas de la Grecia antigua y de la Francia revolucionaria diciendo que a través de la ventana de la escuela se oía "una voz sonora y grandilocuente, ante cuya majestad las de Demóstenes y Mirabeau serían un pregón desacorde". Era la de don Patricio, que -tendiendo otro enlace con ejemplos de lucha por la libertad- explicaba a sus alumnos la historia de la antigua Roma, en la que mostraba modelos y valores que imitar y defender: "Cayo Graco, hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, era liberal, señores; tan liberal que se rebeló contra el Senado. Decid, niño: ¿qué era el Senado en aquella época?

"Una voz infantil contesta:

"-El Senado era una camarilla de serviles y absolutistas, que no iban más que a su negocio.

"Y la voz grave prosigue así:

"-Muy bien... Porque habéis de saber que Cayo Graco fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato. Como que era un hombre que no vivía sino para el pueblo y por el pueblo. Luego les probó a los senadores que estaban robando el tesoro del Reino..., digo, de la República. Así es que aquellos tunantes no querían que Cayo Graco fuese elegido diputado... Decid, niño: ¿cómo llamaban entonces a los diputados de la nación?"<sup>296</sup>.

---

<sup>296</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1459.

Los errores de los alumnos, que en sus respuestas confundían a los diputados con las Tres Gracias y con los órdenes arquitectónicos griegos, además de animar el texto, son indicio claro de que la afición de don Patricio por el mundo clásico se extendía a muy diversos aspectos del mismo<sup>297</sup>.

El carácter aplicado de estas enseñanzas se muestra, por otra parte, en el doble sentido de sus siguientes explicaciones sobre los antiguos diputados de Roma y su enemistad con el Senado: "les llamaban *tribunos de la plebe*. El Senado, aquella pandilla de hombres ambiciosos, que acaparaban los destinos gordos, las superintendencias, las secretarías y, ¿por qué no decirlo?, los ministerios, no querían que Cayo Graco fuese tribuno, y estorbaban su elección por medio de intriguillas. ¿Qué habían de querer, si en todas las sesiones de Cortes les ponía de hoja de perejil? No se mordía la lengua el gran patriota, y en plazas y cafés, en el foro y en los pórticos de las iglesias, por doquiera, señores, convocaba al pueblo -como hará, cada vez más, don Patricio, deseoso de emularlo- para enseñarle las doctrinas constitucionales y condenar la tiranía y los tiranos..."<sup>298</sup>.

Los perfiles de éste símbolo -en el que el honrado don Patricio no deja de señalar su preocupación por "el pan barato" para los pobres- se completan mediante referencias a sus luchas con "el cónsul Opimio", que "era un pedante, un cobarde, un servilón, una especie de *persa*", cuya función de antagonista se corresponde con la de contramodelo a quién combatir. En los choques de Graco con Opimio se ven los de "pueblo y tropa, democracia y tiranía, patriotismo y servilismo". El cerco de Graco y los suyos se produce -en intencionado *error*- "al otro lado del Manzanares, o sea el Tiber, que todo viene a ser lo mismo". Cuando don Patricio concluye su exposición sobre Cayo Graco, dice: "Ahora... basta de historia romana y pasemos a la Retórica". Pero sigue igual, porque, en un como

---

<sup>297</sup> Esta búsqueda de modelos pudo encontrarla Galdós sugerida por Quintana, que en el *Prólogo* a su "Vida de los españoles célebres" destaca la importancia de las *vidas* escritas por Cornelio Nepote y por Plutarco como "lectura propia de los primeros años de la vida", cuando la tendencia a la imitación es más fuerte y podemos elegir "por amigos o testigos de nuestras acciones a Aristides, Cimón, Dión, Epaminondas"..., y "modélase uno (...) a su ejemplo". QUINTANA, M-J.: En O.C., Atlas, Madrid, 1946, BAE, T XIX, p 199.

<sup>298</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1459.

guiño de Galdós añade: "¡Ea!, niños, divídanse los dos bandos. Roma a la izquierda, Cartago a la derecha". Así, sin salir de Roma, introduce, además, referencias propias de aquella cultura aludiendo, entre otras cosas, al "lauro de la victoria" para el vencedor en el "pindárico certamen" que se establece entre los dos bandos de alumnos<sup>299</sup>.

Intencionadamente o no, Galdós -que lo está aplicando personalmente ante sus coetáneos- refleja en el método de don Patricio Sarmiento el historicismo defendido por su homónimo, Fray Martín Sarmiento, que, según dice M.A. Galino, "erige el método histórico en método científico universal". En opinión de Fray Martín, "toda la ciencia del hombre se reduce o podría reducirse a historia"; o, con otras palabras, "todas las facultades se reducen a referir históricamente qué es lo que acertó o disparató el entendimiento humano"<sup>300</sup>.

Pero don Patricio, reflejando ese gusto por lo clásico que Galdós atribuye a sus coetáneos, se centra especialmente en Grecia y Roma, en lo que, por estimarse lo más perfecto -y quizá el más adecuado instrumento para el caso- se quiere tomar por modelo.

Por otra parte, Galdós vuelve aquí sobre la vigencia literaria de unos modelos cultos cuya escasa y difícil implantación popular había señalado ya en el capítulo XI de "La Fontana de Oro", titulado "La tragedia de los Gracos". En él se indica que el joven "Ramón" eligió este tema como "asunto patriótico"; lo cual se explica porque, aun teniendo talento, se sometió a la moda: "el frío clasicismo agostaba en flor los ingenios que, educados en la retórica francesa, (...) no atinaban a utilizar los elementos poéticos que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecía". Ocurría que "el pueblo, alimentador de los teatros, no comprendía el alto ditirambo de griegos y romanos; y, al mismo tiempo, ningún poeta acertaba a poner héroes españoles en la escena". A los que Galdós -habría que añadir- pondría en sus Episodios Nacionales y parece tener ya *in mente* al decir esto. Pero

---

<sup>299</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1459-1460.

<sup>300</sup> Cfr, GALINO, M.A.: "Tres hombres y un problema...". Cit., pp 185-186, en que cita a SARMIENTO, Fray Martín: "Notas al Privilegio de Ordoño II al Monasterio de Samos y Reflexiones previas". B.N., Ms. 9892, fol. 89, y SARMIENTO, Fray Martín, según APENDICE que reproduce estas mismas "Notas..."; en GALINO, M.A., Ibídem, pp 325-398, especialmente p 355. Según dice esta misma autora, "empirismo, nominalismo y relativismo histórico" son las "tres notas que encuadran" el "pensamiento pedagógico" de Fray Martín Sarmiento. Ibídem, p 187.

entonces, continúa Galdós, no se concebía "el amor a la libertad sin *Bruto*, ni el odio al imperio sin *Cinna*", la "pasión sin *Fedra*", etc.; y de ahí que Ramón, aunque trató de abandonar el "trillado camino" de los *Alceste* y *Belerofonte*, e ideó un Subieski, Solimán, Arnoldo de Brescia "y, por último, un Padilla (...), retrocedió por miedo a la antigüedad, y se fijó en los *Gracos*"<sup>301</sup>.

Tiranía de la moda o gusto por la historia y mitología clásicas que don Patricio refleja en muy diversas circunstancias y que parece un eco del que, quizás por motivos parecidos, se había mostrado en la Revolución Francesa, culminación al fin de ciertos aspectos del humanismo renacentista.

Galdós, según se ha visto, atribuye en "La Fontana de Oro" esta moda a la influencia de "la retórica francesa", con la que, por otra parte, enlazaba la tarea y afición de don Patricio al comparar su voz con las de Demóstenes y Mirabeau. Ponía así juntos a Grecia y Francia, imágenes remota y próxima de la histórica defensa de la Libertad.

Uno y otro modelos aparecen también juntos cuando, por una parte, Regato incita a la asamblea de los Comuneros al republicanismo asegurando que "Francia" lo apoyaría porque "aquel país no se anda con chiquitas ni repara en niñerías"; y, por otra, don Patricio interviene a continuación para reflexionar sobre la adopción de "la idea republicana" a partir de "la República en Roma", si bien, la actitud docente de este último, y quizá el desarraigo popular de lo clásico a que Galdós se refería en "La Fontana de Oro", dan lugar a que, rechazado por la asamblea, haya de renunciar a ello<sup>302</sup>.

Pero, junto a estos modelos, aparecen pronto los de origen nacional, por los que don Patricio muestra un fervor similar, por no decir mayor, cuando informa a Monsalud de que él y los "verdaderos patriotas" han fundado "la grande y altísima, por mil títulos eminente y siempre española sociedad de Los Comuneros (...)" con el propósito de *imitar las virtudes*

---

<sup>301</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 111-117, especialmente 111, 114 y 115.

<sup>302</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1522.

*de los héroes que, como Padilla y Lanuza, perdieron sus vidas por las libertades patrias*"<sup>303</sup>.

En la época, lo clásico y lo comunero aparecen unidos en la lucha por la libertad, según muestra Quintana al empezar así su oda "A Juan de Padilla": "Todo a humillar la humanidad conspira:/ Faltó su fuerza a la sagrada lira,/ Su privilegio al canto,/ Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos/ Dó están, que resonaban/ Allí en los templos de la Grecia un día"<sup>304</sup>.

### 3.3.3. Politización *versus* culturización

En cuanto la selección y valoración de los modelos educativos es resultado de la ideología de los educadores, esto produce un conflicto social semejante al de la fijación del concepto, metas y medios de progreso, del cual participa.

Galdós refleja especialmente este conflicto de alcance general en el concreto, y característico, enfrentamiento entre dos profesionales de la educación, cuyos apellidos connotan raigambre **mediterránea**: Sarmiento y Naranjo. Estos, como los demás ciudadanos, forman parte del sistema. Están condicionados por él. Pero, cada uno, como el resto de los individuos en la dinámica social, interpreta personalmente su propio papel y proyecta en la educación sus propios ideales.

De lo dicho se desprende cuál es la postura de don Patricio Sarmiento; pero, además, Galdós se cuida de que él mismo la explique expresamente: cuando Monsalud, sorprendido

---

<sup>303</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1464. La cursiva es original y viene a reproducir el texto del Art. 1º de los ya citados Estatutos de la Conf. de Cabs. Comuneros españoles (A.G.P., Papeles Reservados de Fernando VII, T 67, fol. 253). Se muestra así un culto a los Comuneros de Castilla y a los defensores de las libertades de Aragón que pudo ver Galdós destacado en Vayo (Op. Cit., T II, p 303.) y que en nuestros días viene a ratificar Gil Novales cuando dice que "el nombre -de Los Comuneros- recogía el inmenso sentimiento de simpatía y solidaridad con los comuneros y agermanados del siglo XVI y con los aragoneses en conflicto con Felipe II, por razón de sus fueros. Constituía -añade- nuestra mitología histórica, como la República romana lo había sido de la Revolución francesa". GIL NOVALES, A.: "El Trienio liberal". Cit., pp 25-26.

<sup>304</sup> QUINTANA, M.J.: "Poesías". En O.C., BAE, T XIX, p 3. Es destacable también en este sentido el extraordinario éxito alcanzado a finales del año 1822 por el *Duque de Rivas* con su drama histórico "Lanuza", personaje convertido al efecto en un liberal del siglo XIX a la vez que su Felipe II evoca a Fernando VII. Véase LOPEZ DE ANGLADA, Luis: "El Duque de Rivas". EPESA, Madrid, 1971, p 46.

al verle en la escuela sin niños durante la manifestación del 5 de febrero de 1821, le pregunta si "no tiene (...) escuela" y don Patricio le responde: "He soltado al infantil rebaño. Si no lo hiciera, me alborotaría la escuela, y mis lecciones se perderían en la algarazara como semilla que se arroja al viento. Es preciso transigir un poco con la inquietud bulliciosa y la precocidad patriótica de estos chiquillos que han de ser ciudadanos. De esta manera les voy educando sin tiranías, y mansamente les inculco sus deberes y les preparo para que ejerzan la soberanía en los venideros años venturosos, en los cuales nuestra nación se ha de empingorotar por encima de todas las naciones". Señalados así sus ilusionados objetivos, don Patricio abunda en la relación de éstos con los procedimientos y la ideología del educador, planteando el conflicto en los siguientes términos: "No crea usted (...) que imitaré la conducta de ese pedante insoportable, émulo y antagonista mío, el maestro Naranjo, de la calle de las Veneras, el cual, cada vez que hay bullanga, revista de milicianos, otra cualquier función vistosa, encierra a los chicos y no les permite ver, ni que regocijen sus tiernas almas con las emociones de la cosa pública. Pero bien sabe usted que Naranjo es un poco y un mucho servilón, hombre forrado en obscurantismo y encuadrado en intolerancia, amigo de los enemigos de la Constitución, indiferente en efígie, pero absolutista en esencia, con vislumbres de *persa* vergonzante y amagos de realista monacal. ¿Qué ha de hacer con los pobres chicos un hombre de estas cualidades? Tiranizarles, ennegrecer su espíritu, imbuirles ideas despóticas, educarles en el desprecio de la Constitución y en el amor al servilismo. ¡Desgraciada nación la nuestra si prevalecieran en ella los alumnos de Naranjo!". Y tras ello, concluye, en una consecuencia lógica, que recuerda la limitación que para la libertad de cátedra conllevaba el someter la educación al servicio del poder gubernamental: "Vea usted, señor don Salvador, una cosa de que el Ministerio debiera ocuparse sin levantar la mano: extirpar esas infames cátedras, suprimiendo todos los maestros de escuela que con su conducta están sembrando la cizaña del servilismo, para que en lo venidero estorbe y ahogue la frondosa planta de la

Constitución"<sup>305</sup>.

La educación, naturalmente conflictiva, tendía, pues, a serlo más por su implicación en el maniqueo enfrentamiento político que afectaba al cuerpo social en que se desarrollaba. El difícil acercamiento a la asepsia en la acción educativa de instruir, crear hábitos de diálogo, formar el criterio, enseñar a pensar, a aprender, a ser, ni siquiera se intentaba. Esta acción se sobrecargaba de un sentido político dado. La educación tendía a convertirse en una catequización hasta por quienes, como don Patricio, deseaban la libertad. La vinculación de los educandos a sus propios valores lleva a don Patricio a comprometerlos en la lucha antes de formar su criterio y capacidad decisoria. Les imbuye, además, una actitud beligerante en lugar de conciliadora. Partidismo, compromiso precoz y beligerancia que Galdós parece señalar cuando don Patricio, comentando con Monsalud las manifestaciones rieguistas que los exaltados habían hecho contra el Gobierno moderado el 6 de septiembre de 1820, recuerda que no sólo participó personalmente en ellas sino que puso "a todos los niños de mi academia -dice- la cinta verde con el lema *Constitución o muerte*"<sup>306</sup>.

Convertida la educación en instrumento de las luchas políticas, la contraposición entre una y otra tendencia se manifiesta en los más diversos aspectos de la vida. Así lo refleja Galdós en las significativas palabras que don Patricio dirige a Naranjo en la primavera de 1822 y que, aun siendo del "7 de Julio", nos permitimos avanzar para completar este aspecto del tema a la vez que se muestra la resonancia y continuidad que en el siguiente Episodio tiene lo ya dicho<sup>307</sup>. El "maestro de escuela" don Patricio, vestido de miliciano, visita la casa de su colega Naranjo para entregar a su ex vecino Gil de la Cuadra, que

---

<sup>305</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1462. Ello, además de las preocupaciones propias de la época de Galdós -pensamos en la noche de San Daniel y en Institución libre de Enseñanza...-, refleja una realidad propia del Trienio, pues por Decreto de 14 de abril de 1821 las Cortes recomendaban al Gobierno la formación de una lista de libros "que no deben correr". Es decir, la práctica formación de un *Índice laico*.

<sup>306</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1468.

<sup>307</sup> Esta continuidad se marca, además, expresamente por Galdós al empezar este nuevo Episodio diciendo que don Patricio, "lo mismo que este año pasado, está explicando la desastrosa historia y trágica muerte de Cayo Graco". El "7 de Julio". Cit., p 1555.

ahora vivía allí, una carta llegada a su antiguo domicilio y, recibido por Naranjo, le dice, entre otras muchas expresiones sobre su hostilidad: "¡Cuanto se habrá sorprendido usted al verme entrar en su casa! ¡Ya se sabe...: enemigos encarrizados..., enemigos a muerte! ¡Usted, absolutista; yo, liberal; usted, servil; yo, gorro! (...) Y no sólo somos enemigos políticamente hablando, sino escolásticamente -"dijo Sarmiento recalcando bien los adverbios"- . Usted enseña por un sistema, yo por otro. Usted se inspira en el misticismo, yo en los grandes cuadros históricos; usted hace leer a sus alumnos el Antiguo Testamento, yo les lleno la cabeza de Historia romana; usted enseña la escritura por Torío, yo por Iturzaeta... ¡Enemigos a muerte!... Y ahora -añade don Patricio, cual si Galdós destacase un aspecto básico de su integral beligerancia- ha de saber usted que hoy estreno mi uniforme y que me lo he puesto expresamente para venir a esta casa"<sup>308</sup>.

La imagen del educador aparece así desvirtuada, según destaca Galdós acto seguido al adoptar el papel de combatiente: Vestía Sarmiento el uniforme y armas de miliciano nacional, y "con tales arreos, la enhiesta figura del maestro de escuela parecía agrandarse,

*"extenderse, crecer, tocar las nubes,*

*"y en el profundo abismo hundir la planta.*

"¡Tales eran su arrogancia y tiesura y el marcial continente severo con que los llevaba!"<sup>309</sup>.

El deterioro que esto produce a la docencia se apunta igualmente cuando un grupo de milicianos comentan, al ver acercarse a don Patricio, que "casi todos los chicos de la escuela se le van marchando", según "presumíamos" -dicer-, porque "no enseña más que tonterías... Se ha empeñado en que la Historia romana ha de ser antes que la escritura". "Era -dice otro- el mejor maestro de Madrid antes de meterse a patriota", pero ahora los niños "iban a casa cantando los versos de *El Zurriago* y no sabían ni palotada". "Yo no he quitado a mi chico (...) -dice un padre- pero mañana mismo lo saco de Roma y Cartago". Mas no es sólo que don Patricio se quede sin alumnos, "la gran pena de este pobre hombre

<sup>308</sup> "7 de Julio". Cit., p 1573.

<sup>309</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1572-1573.



-se añade- es que todos sus alumnos se los arrebatara un tal Naranjo, a quien no puede ver ni en pintura, porque es servil, porque enseña por Torío, y sobre todo, porque le quita la clientela"<sup>310</sup>.

Sea interesada o altruísta esa hostilidad del exaltado -y humano, parece insinuar Galdós,- don Patricio, resulta que hasta los milicianos, *los suyos*, rechazan la prioridad que fanáticamente concedía a la formación política de los niños con descuido de la formación integral. Buscando ésta los envían con Naranjo, que es "indiferente en efígie", aunque, según acusa don Patricio, se acabará demostrando que era "absolutista en esencia". Sin embargo, del mismo modo que don Patricio parece descuidar su función social al "meterse a patriota", ellos descuidan las suyas, arrastrados, como él, por la dinámica revolucionaria.

Por eso su rechazo encierra cierta inconsecuencia, si no era debido -como diría don Patricio- a la propia ignorancia del poder aleccionador de la Historia romana. El la usaba como un arma más en favor de la Revolución, aunque el fanatismo hiciera su empleo tan desproporcionado y contraproducente como el de muchas otras. Don Patricio venía a ser una encarnación de ese semifrustrado afán por extender los principios revolucionarios que Galdós refleja en ciertos grupos, organizaciones y ambientes del Trienio. Era como una enloquecida "lengua de la Libertad", según expresión que él mismo se aplicará en "El Terror de 1824"<sup>311</sup>.

---

<sup>310</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1581 y 1582.

<sup>311</sup> Ed. Cit., T I, p 1745. El deseo de facilitar desde ahora la comprensión de su papel y palabras nos induce a incluir a continuación algunas de las aclaraciones que, recordando estos hechos, hace Galdós en dicho Episodio:

No se sabe bien si medio loco por la derrota liberal, pero tremendamente consecuente con sus propias ideas, don Patricio proclamará en 1823-1824 ante Garrote y demás absolutistas su añoranza del liberalismo, de "la elocuencia que relampagueaba tronando en los cafés, con luz y estruendo sorprendentes", inundando de gozo sus corazones con "ideas de emancipación".

Conocida la muerte de su hijo Lucas, reducido a la condición de "un pobre maestro de escuela sin discípulos", y tratando quizá de emular a Cayo Graco, recorre "las calles divirtiéndolo a los chicos y sirviendo de entretenimiento, con sus discursos, a los desocupados de los cafés y de la Puerta del Sol".

Ansioso de "gloria", convencido de que él es un *elegido* que no puede "morir como otro cualquiera", decide dar su vida "por la Patria (...) y por la Libertad".

Recordando datos de su vida, Galdós hace notar que don Patricio se casó con su "hermosa (...) Refugio", su virgen, "el día de la Encarnación...", añadiendo: "Por Noche-Buena nació Lucas". La coincidencia de estas fechas con las de la Biblia parece evocar la gráfica frase con que San Juan alude a la Encarnación: *El* (continúa...)

Como él, las sociedades patrióticas asumen una función educadora que, según señala Galdós, resulta *bastardeada* por la tendencia a que las propias conclusiones políticas, que eran de grupos privados, sustituyeran a las públicas disposiciones gubernamentales<sup>312</sup>.

<sup>311</sup>(...continuación)

*Verbo se hizo carne.* Con ello cobran especial significado las palabras de don Patricio, retenido y cuidado en casa por Solita y empeñado en salir a morir con Riego, a cuyos "asesinos" grita en vano desde su encierro diciendo: "Soy Sarmiento, el digno compañero de Riego, el único digno de morir con él; soy aquel Sarmiento cuya tonante elocuencia os ha confundido tantas veces; el que no os ha ametrallado con balas, sino con razones; el que ha destruido todos vuestros sofismas con la artillería resonante de su palabra. Aquí estoy; matad la **lengua de la Libertad** -negrilla nuestra-, así como habéis matado el brazo. Vuestra obra no está completa mientras yo viva, porque mientras yo aliente se oirá mi voz, por todas partes diciendo lo que sois... Venid por mí. La horca está manca: falta en ella un cuerpo. No será efectivo el sacrificio sin mí. ¿No me conocéis, ciegos? Soy Sarmiento, el famoso Sarmiento, el dueño de esa lengua de acero que tanto os ha hecho rabiarse... ¿No darías algo por taparle la boca? Pues aquí le tenéis... Venid pronto... El hombre terrible, la voz destructora de tiranías, callará para siempre". ("El terror de 1824". Cit., pp 1720, 1729, 1730, 1732, 1733 y 1744-1745.) Esta idea de encarnar el verbo revolucionario había sido ya objeto de dos densas páginas de "La Fontana de Oro", en las que, entre otras cosas, se describe la tensión producida por ella en Lázaro, que, viendo a la multitud reunida en la Plaza Mayor de Madrid el 18 de septiembre de 1821, pensaba: "falta una voz (...) una voz que diga lo que todos sienten (...). ¿Sería él el verbo revelador de aquel cuerpo ciego e inconsciente?". ("La Fontana de Oro". Cit., p 122.)

La **encarnación** de "la lengua de la Libertad", de la "voz destructora de tiranías", es evocada también al prender a don Patricio, que era "el viejo Sarmiento que predicaba en las esquinas"; y se refuerza, entre otros casos, a la vez que se enlaza con su afán de gloria y de imitar a otros símbolos de la Libertad, cuando el mismo don Patricio espera en la cárcel que se le condene y ejecute porque él es "el apóstol y el agente secreto de la Libertad", y tiene, "además, la nota de Demóstenes constitucional". Y como Solita, presa por recibir y repartir cartas de los liberales exiliados, le dijera que no, que la condenada y muerta sería ella, don Patricio le contradice y asegura, entre varias expresiones, que, en tal caso, se siente empequeñecer, se queda sin gloria; "desfallezco -dice-, dejo de ser un Cayo Graco para no ser más que un Juan Lanús".

La autoidentificación de don Patricio con Demóstenes y con Graco resulta de que, como ellos, vive -según dice en confesión al prepararse para morir- "la época de la predicación, del martirio"; "ejecuto puntualmente -dice a Dios- la misión que me señalaste en el mundo. Sabes que la idea de la Libertad, enviada por Tí para que la difundiéramos, fue mi norte y mi guía". La sincera honradez con que don Patricio asume ante Dios esta "misión" de *predicar y difundir* la Libertad le redime al fin de su fanatismo y errores ante los hombres, que, incapaces de creer tanta consecuencia, no llegan a saber si está o se finge loco. Pero "aquella alma", en la que "se juntaban con aleación extraña la excelsitud y la trivialidad", parece encontrar, como el Trienio a que tanto se parece, la simpatía de Galdós, por muy enloquecida que fuera su búsqueda de una "página histórica" y de la "fama póstuma": "¿Cuántos tienen ésta con menos motivos -concluye Galdós-, y cuántos ocupan aquella habiendo sido tan locos como él, y menos, mucho menos sublimes!". "El terror de 1824". Ed. Cit., pp 1778, 1795, 1796, 1812, 1813 y 1818.

<sup>312</sup> Es notable, sin embargo, el inicial papel educativo que, como Galdós, les habían atribuido los coetáneos y les atribuye la historiografía posterior. Ya nos hemos referido antes a lo dicho sobre ellas por el profesor Gil Novales. Enlazando su función primera con su origen, dice Iris M. Zavala que "tanto la sociedad patriótica como la secreta, su contraparte clandestina, parecen ser herederas de aquellas sociedades económicas del siglo XVIII". Se vinculan así, por una parte, con la investigación y difusión de las *ciencias útiles* realizada por éstas en el siglo anterior; pero, por otra, se indica su nuevo matiz al añadir que, en el siglo XIX, se crearon otras nuevas cuyo carácter era casi siempre "acentuadamente político", y se concreta el signo de su militancia diciendo que "defendieron la soberanía popular, la libertad y la igualdad sobre todos los principios". ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 59.

Galdós había planteado claramente la cuestión en "La Fontana de Oro" cuando, según se ha visto, señala, por una parte, "los nobles esfuerzos de aquella juventud, que **tomó sobre sí la gran tarea de formar y educar la opinión** que hasta entonces no existía"; y, por otra, que, a consecuencia de los "grandes delirios" que "bastardearon un tanto" estos nobles esfuerzos, "los clubs, que **comenzaron siendo cátedras elocuentes y palestra de la discusión científica, salieron del círculo de sus funciones propias**, aspirando a dirigir los negocios públicos, a amonestar a los gobiernos e imponerse a la nación"<sup>313</sup>.

Cuando Galdós vuelve sobre este tema en "El Grande Oriente" ya no describe el problema, sino que lo revive directamente en acciones como el ya citado escrito de "La Cruz de Malta" al Rey u otras semejantes. Su atención a estas sociedades, ya tratadas en "La Fontana de Oro", resulta marginal y complementaria de la dedicada a las sociedades secretas; pero, aunque sea brevemente, reproduce ante el lector una imagen del mismo signo que la reflejada en dicha novela.

Don Patricio, mostrando el valor educativo en que se apoyaba la polémica mantenida sobre ellas contra el Gobierno por el grupo liberal *exaltado*, se manifestaba, según vimos, partidario de aquellas "sociedades tan propias de un pueblo libre", en las que "hombres eminentes" derramaban "el fructífero rocío de la palabra constitucional". Son a sus ojos un medio de formación, colaboradores -se diría hoy- en un *servicio público*, pues él "abriría en cada calle dos por lo menos" y las "subvencionaría con fondos del Estado, para que se propagase -insiste- la idea constitucional"<sup>314</sup>.

Esta es también la idea que la historiografía atribuye a muchos otros españoles de entonces. En el Reglamento de una sociedad patriótica fundada en Sevilla el año 1820 se decía que "conociendo los ciudadanos que serían efímeras nuestras satisfacciones reinando la ignorancia, se reunieron en varias sociedades a fin de hacer conocer al pueblo la

---

<sup>313</sup> "La Fontana de Oro". Alianza Editorial, Madrid, 1973, p 16. Sin negrilla en el original. Ver también apartados anteriores.

<sup>314</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1464 y 1466.

dignidad que posee con la Constitución política de la monarquía"<sup>315</sup>. Junto al deseo de formación política, más partidista, se insinúa el de formación general, de lucha contra la "ignorancia", cuya conveniencia se defiende expresamente en un periódico malagueño de la época diciendo que "la instrucción pública o cultura de las letras (...) hace aparecer inteligencias casi divinas"<sup>316</sup>.

Pero, según afirma Iris M. Zavala, "además de esta actividad educativa la sociedad patriótica del trienio difundió una ideología democrática" y "los dirigentes más conocidos del partido exaltado utilizaron estas organizaciones como tribuna política". El papel educativo, de interés más general, y el político, concebido en términos liberales, son aludidos por Flórez Estrada al propugnar la existencia de estas sociedades "como un medio de ilustrarse" y como defensa "contra la opresión de las autoridades"<sup>317</sup>.

De hecho, según vimos en el apartado anterior, el primero de estos papeles resultó arrollado por el segundo. Su acción formadora, y deformadora, se muestra estrechamente compartida con las sociedades secretas. Ya vimos que Monsalud acusaba a los masones de que, juntamente con los Comuneros, estaban *instruyendo* al "vil populacho (...) en el inicuo arte de hacerse justicia por sí mismo". Resultado en parte de ello era que "a principios de marzo" de 1821 "el pueblo, desbordado y sin reconocer ley ni freno alguno, expresaba su voluntad ruidosa y groseramente en los clubs. A fuerza de oír hablar de su soberanía, empezaban a creer que consistía ésta en el uso constante de la iniciativa revolucionaria y en el ejercicio atropellado de la sanción popular en asonadas, violencias y atrocidades sin cuento". Hacía lo que le habían enseñado, parece decir Galdós al añadir:

---

<sup>315</sup> Cfr. "Reglamento de la sociedad patriótica constitucional de Sevilla, 1820, 1". Citado por ZAVALA, Iris M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 61.

<sup>316</sup> "*El Martillo Malagueño*". Málaga, 22-VII-1822. Citado por ZAVALA, I.M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 62.

<sup>317</sup> Cfr. ZAVALA, Iris M.: "Masones, comuneros y carbonarios". Cit., p 63. La posición de Flórez Estrada contra "todo obstáculo al descubrimiento de la verdad, a la mayor ilustración de los pueblos"..., etc., etc., junto a la de otros varios oradores y al "Dictamen de la Comisión nombrada por las Cortes para presentar un proyecto de ley que asegure a los Ciudadanos la libertad de ilustrarse con discusiones políticas, evitando los abusos," puede verse en los discursos pronunciados en las Cortes entre los días 14 y 21 de octubre de 1820, reproducidos por M. de Miraflores en "Documentos..." Cit., T I, pp 168-204, como Doc. n° XXVII, 1-6.

"Romero Alpuente, (...) había dicho que la 'guerra civil era un don del Cielo'. Istúriz, joven y exaltado, había dicho que la palabra 'rey era anticonstitucional'. Moreno Guerra, que 'el pueblo tiene derecho a hacerse justicia y vengarse a sí propio'. Golfín, que 'la anarquía purgaba la tierra de tiranos'. Otro llamaba al Trono 'cadalso de la libertad'"<sup>318</sup>.

Por otra parte, "los cesantes, esos insignes patricios desairados -dice el masón Campos a Monsalud, refiriéndose al personal de "porterías" oficiales que se les iba con los Comuneros-, no quieren volver a las panaderías, carnicerías y molinos de chocolate de donde salieron. Encuentran más fácil encastillarse en las *Fortalezas* de Padilla, donde, haciendo comedias, se van adiestrando en la oratoria y en el arte de conspirar"<sup>319</sup>.

La "oratoria" y "el arte de conspirar" parecen muchas veces la única aspiración *cultural* de quienes abandonaban su anterior trabajo poseídos de una idea falsa de los propios derechos y obligaciones que da lugar a expectativas descabelladas y a disfunciones políticas, profesionales y administrativas de todo tipo. Un ejemplo entre muchos es el concreto caso del zapatero Pujitos, que, tras hacerse miliciano, espera -dice a Monsalud- que "el señor Regato" le dé "un destino en la Contaduría de Propios", cuyo presumible mal servicio señala Galdós al añadir Pujitos: "Don Patricio me enseña a echar la firma, que es lo que necesito y salga el sol por Antequera"<sup>320</sup>.

La función culturizadora de estas sociedades, relativamente representada por don

---

<sup>318</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1486 y 1511-1512. Las frases entrecomilladas en el texto anterior se hallan con el título de "Doctrinas anárquicas" y sin más atribución que a Romero Alpuente, en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 247; lo cual, además de ser una muestra más del empleo que Galdós hizo de esta obra, refleja su técnica de atribuir opiniones típicas a personas que, si no las dijeron, pudieron decirlas. De hecho, salvo Istúriz, todos los citados por Galdós lo habían sido antes por Vayo, que refiriéndose al asesinato de Vinuesa había dicho, en la p. 243: "Para oprobio de su memoria osaron santificar la matanza en el templo de las leyes Romero Alpuente, Golfín y Moreno Guerra, y llamaron injustamente patriotas a los que habían descargado el martillo sobre la cabeza de la víctima inmolada". Por otra parte, la responsabilidad de estas enseñanzas se indica también en "La Fontana de Oro" cuando *Coletilla* clama contra los, "¡Infames, perros!", que le habían humillado y maltratado en la calle para que diera vivas a la Constitución, y, aunque con opinión de absolutista, dice que "tienen la culpa los otros, los sabios, los declamadores, **los que les educan**, esos malvados charlatanes que profanan el don de la palabra en los infames conciliábulos de las Cortes". "La Fontana de Oro". Cit., p 44. Sin negrilla en el original.

<sup>319</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1515.

<sup>320</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1519. Sin negrilla en el original.

Patricio, parece claramente pospuesta a la utilidad material inmediata o interés político. Así, cuando don Patricio adopta cierta actitud profesoral para explicar a la Asamblea comunera la idea republicana resulta duramente rechazado y, aunque contesta a un "indocto grosero" que le manda "a la escuela" que él "es quien debe ir (...) a aprender lo que ignora", desiste de su intento, abatido por los brutales insultos de Pelumbres. Aquella asamblea, cuyas sesiones califica irónicamente Galdós de más "doctrinales (...) que ejecutivas", prefería escuchar a Romero Alpuente, cuyo discurso político suscitaba esperanzas de acceso al Poder, y al manipulador Regato o a sus contratados, cuyos violentos discursos inducían a la confrontación y a la venganza<sup>321</sup>.

La acción educativa, que tan necesaria se estimaba para sacar al país del letargo en que aparecía en "La segunda casaca", no sólo resulta así interferida por la politización liberal, sino que, a la sombra de ésta, se introducían injustificables *bastardías* que, prevaleciendo, precisamente, de la misma ignorancia que teóricamente se trataba de remediar, tendían a hacerla más cerril y gravosa.

A estos obstáculos, y muy en relación con ellos, se une otro problema fundamental: la falta de tiempo. Es decir, la incultura y los hábitos absolutistas urgían, por una parte, una acción educativa que divulgase rápidamente las ideas revolucionarias y que, haciendo más consciente y eficaz la participación popular que el nuevo ordenamiento facilitaba, fuera propiciando la resistencia al absolutismo y, a la vez, la positivación de la Libertad en todos los aspectos de la vida social<sup>322</sup>. Pero, por otra, la impaciencia propia del espíritu revolucionario se muestra incompatible con la serenidad y el tiempo largo que, más aún que la instrucción popular, necesitaba la formación de hábitos liberales en unos y otros.

### 3.3.4. Expresión simbólica del problema: evolución frente a revolución

El conflicto entre las prisas propias de la revolución y la necesidad de tiempo y

---

<sup>321</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1521-1526 y 1534.

<sup>322</sup> Vayo, a quien tanto sigue Galdós, señala en este sentido que algunas leyes, como la del "establecimiento del jurado en los delitos de imprenta, dignos de alabanza en todos los países, produjeron tristes resultados en el nuestro por las escasas luces del pueblo". Op. Cit., T II, p 205.

educación propia de los cambios perseguidos con ella viene a expresarlo Galdós por vía simbólica en unas preciosas, y al parecer pensadas, referencias a la infelicidad y falta de plenitud que las limitaciones educativas producían a Monsalud, cuyo ardiente e inquieto espíritu precisaba, como la Revolución a que Galdós parece aludir en él, un soporte adecuado y unas realizaciones en que plasmarse.

Monsalud, hombre y Revolución, parece sufrir la presión de una serie de esencias que siente necesidad e imposibilidad de existencializar. La dificultad estaba en "la desproporción inmensa entre sus condiciones sociales o de nacimiento y la superioridad ingénita de su inteligencia y de su fantasía". Los impulsos de ésta eran como intentos de "hacer correr a quien carece de pies", como "una inspiración ardiente, sin medios de manifestarse", como "la curiosidad óptica del ciego (...) fuego sin combustible, (...) agua sin vaso, (...) idea sin palabra". Se comprende con éstas imágenes "cómo pesa sobre un alma la fantasía cuando la falta de educación le ha privado de sus sentidos propios". Es como si Monsalud y la Revolución ideal a quien representa fueran irrealizables: lo suyo "es verbo inencarnado que lucha en las tinieblas con horrendo torbellino, queriendo ser forma y sin satisfacer jamás su anhelo doloroso"<sup>323</sup>.

La carencia de educación adecuada, las dificultades técnicas, la falta de tiempo y su mismo "displiciente espíritu crítico" impidieron a Monsalud satisfacer su pasión por "la música", "la poesía escrita" y "el periodismo". La Revolución liberal, la Libertad, no se podía positivar sin tiempo, no se podía disfrutar, aunque aspirase a realizarse, como Monsalud, en todos los aspectos de la vida. Se indica, además, que la misma "poderosa fuerza crítica" de Monsalud le mostraba "con claridad suma todas las abominaciones y fealdades de los hombres y de la vida, exagerándolas quizás", y le producía tan profundos desengaños que lo dejaba "como muerto". Es un radicalismo crítico que evoca el que luego se muestra propio de los procesos revolucionarios.

Es decir, la Revolución -incapaz de esperar y transigir- sería un procedimiento ineficaz en sí mismo, por su misma naturaleza, para lograr las condiciones en que realizarse y

---

<sup>323</sup> "El Grande Oriente" Cit., T I, p 1508.

satisfacerse. Estaba condenada a ser, como el alma de Monsalud, un "verbo inencarnado" que no llega a "satisfacer jamás su anhelo doloroso", una esencia que lucha por ser existencia sin lograrlo nunca, porque se suele *bastardear* o frustrar antes<sup>324</sup>.

### 3.3.5. Especial referencia a la lenta formación de hábitos

En el sentido educativo a que nos venimos refiriendo, podría decirse que Galdós muestra en el talante y *tempo* revolucionario cierta **incompatibilidad con la lenta y necesaria formación de hábitos**. Hay en las anteriores palabras de Monsalud una difusa imagen de su natural tendencia a un proceso, nunca acabado, de *revolución en la revolución* que, lógicamente, es contrario a que se adquieran hábitos que reflejen y consoliden alguna de sus fases. Esta idea, que parece contener un mensaje reformista para los lectores del año 1876, a la vez que se aplica a los grupos exaltados del Trienio, se difumina otras veces en la de simple inestabilidad de "aquel torbellino", según lo llama alguna vez Galdós. El cambio político del absolutismo al liberalismo implicaba -dada la relativa rapidez revolucionaria de los cambios institucionales- la falta de habituación y destreza de la reprimida sociedad española en que se generó, por más que en la entraña de ésta hubiera de haber habido antes, necesariamente, fuerzas tendentes a él. Los diferentes ritmos del cambio político revolucionario y el social conllevan siempre un desfase entre lo social y lo legal.

La lucha por el cambio institucional se había visto entorpecida, según decía Monsalud/Galdós, porque "el pueblo no entiende de ideas", lo cual implicaba una necesidad de instrucción; pero también porque no es lo mismo "el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento" que "la acción nueva sobre las costumbres viejas. Las costumbres las hizo el tiempo (...) y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir"<sup>325</sup>.

La acción misma de las dos primeras series de Episodios refleja, por otra parte, la

---

<sup>324</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1507-1509.

<sup>325</sup> "La segunda casaca". Cit., p 1434.



lentitud del cambio de mentalidad que había de conducir, por ejemplo, a la libre elección de cónyuge. De ahí que, creadas con el cambio institucional las condiciones básicas, la **instrucción**, con sus nuevas valoraciones, hubiera de complementarse con **tiempo** para la sustitución de unos **hábitos** por otros, lo cual exigía también **tolerancia** para soportar los inevitables errores iniciales.

Según había apuntado Galdós en *La Fontana de Oro*, cuyas ideas son tantas veces anticipo de las de los Episodios, el ponderado Bozmediano opinaba que "el mayor inconveniente es la impaciencia. Hay que tener perseverancia y fe -añadía-, esperar a que la Libertad dé sus frutos." Y, disculpando las torpezas y violencias populares, explica poco después: "el hábito de la libertad es uno de los más difíciles de adquirir, y tenemos que sufrir -en el sentido de tolerar- los desaciertos de los que por su natural rudeza tardan más en adquirir esta hábito"<sup>326</sup>.

Pero si la ignorancia, la "rudeza", dificulta la adquisición de nuevos hábitos, esa lentitud afectaba también a los hombres cultos, según se indica en "El Grande Oriente" al referirse a los "lumbreras" de la *camarilla constitucional*: "En aquellos hombres -dice Galdós- no había más que talento y honradez: el talento de pensar discretamente y la honradez que consiste en no engañar a nadie." Pero "faltábales esa inspiración vigorosa de la voluntad, que es la potente fuerza creadora de los grandes actos". Y concluye poco después como explicación: "¡Extraña ineptitud ocasionada por la servidumbre!"<sup>327</sup>.

La secular *servidumbre* a que tantas veces se refiere Galdós había privado a la voluntad del hábito de decidir, de asumir responsabilidades, que, evidentemente, sólo puede ejercitarse en Libertad. Pero, según opinión atribuida a Monsalud en "Los Apostólicos", aquella servidumbre había privado a los españoles de muchos otros hábitos y actitudes propias de la vida en libertad. Todavía entonces (1832) pondera Monsalud el gran arraigo de "las rutinas, la ignorancia y, sobre todo, la docilidad para dejarse gobernar", que hacían posible el absolutismo; estima que España "no es liberal, ni sabe lo que es libertad, ni tiene

---

<sup>326</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 39 y 40.

<sup>327</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1538-1543, especialmente ésta última.

de los nuevos modos de gobernar más que ideas vagas"; que "no se tiene idea de lo que es el respeto mutuo, ni se comprende que para establecer la libertad fecunda es preciso que los pueblos se acostumbren a dos esclavitudes: a la de las leyes y a la del trabajo"; que, excepto "tres docenas de personas", "cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo..."; que los "principios" liberales se acabarán convirtiendo en "hechos" incluso en España, pero "cien años me parecen pocos -continúa Monsalud- para tan grande obra". Y concluye: "España tiene hoy la controversia en los labios, una aspiración vaga en la mente, cierto instinto ciego de mudanza; pero el despotismo está en su corazón y en sus venas. Es su naturaleza, es su humor, es la herencia leprosa de los siglos, que no se cura sino con medicina de siglos. He visto hombres que han predicado con elocuencia las ideas liberales, que con ellas han hecho revoluciones y con ellas han gobernado. Pues bien: éstos han sido en todos sus actos déspotas insufribles. Aquí es déspota el ministro liberal, déspota el empleado, el portero y el miliciano nacional; es tiranuelo el periodista, el muñidor de elecciones, el juntero del pueblo y el que grita por las calles los himnos y bravatas patrióticas. La idea de libertad, entrando súbitamente aquí a principios del siglo, nos dió fórmulas, discursos, modificó algo las inteligencias; pero, ¡ay!, los corazones siguen perteneciendo al absolutismo que los crió. Mientras no se modifiquen los sentimientos, mientras la envidia, que aquí es como una segunda Naturaleza, no ceda su puesto al respeto mutuo, no habrá libertades. Mientras el amor al trabajo no venza los bajos apetitos y el prurito de vivir a costa ajena, no habrá libertades. No habrá libertades mientras no concluya lo que se llama sobriedad española, que es la holgazanería del cuerpo y del espíritu alimentada por la rutina; porque las pasiones sanguinarias, la envidia, la ociosidad, el vivir de limosna, el esperar todo del suelo fértil o de la piedad de los ricos, el anhelo de someter al prójimo, la ambición de sueldo y de destinos para tener alguien sobre quién machacar, no son más que las distintas caras que toma el absolutismo, el cual se manifiesta, según las edades, ya servil y rastrero, ya levantisco y alborotado." Sin embargo, el liberalismo se acabará imponiendo, porque España -dice- se verá obligada a marchar con "la civilización"; "seguramente andará a

trompicones, cayendo y levantándose a cada paso; pero andará"<sup>328</sup>.

Se insiste, pues, en la idea de que los hábitos de siglos sólo podían cambiarse con tiempo, con "medicina de siglos". Este era sin duda el conflicto central de un intento educativo que necesitaba un tiempo que no tenía; pretendía y necesitaba ser rápido para hacer durar su tiempo, el tiempo de la libertad, pero esa rapidez no era posible. Porque sólo en la práctica de la libertad, presumiblemente torpe al principio, podría generarse el hábito de vivir en ella, al igual que, según decía Monsalud en "La segunda casaca" y recuerda aquí, sólo andando, aunque haya "trompicones" iniciales, se aprende a andar de pie<sup>329</sup>.

Consciente -al parecer- de esa necesidad, el moderado Bozmediano tendía en "La Fontana de Oro" a disculpar los iniciales "trompicones" o torpezas liberales: "No maldigamos al sol, -dice a *Coletilla*- porque en los primeros momentos de la mañana produce molestia en nuestros ojos cuando salen bruscamente de la oscuridad y del sueño"<sup>330</sup>.

Pero en 1820-1823, como apunta así mismo Galdós, ni faltaron absolutistas dedicados a potenciar y capitalizar esa "molestia", ni liberales que con su egoísmo hicieron más grave su torpeza.

---

<sup>328</sup> "Los Apostólicos". En O.C. Aguilar, Madrid, 1976, Episodios Nacionales, T II, pp 643-644. En sentido parecido se manifiesta Monsalud en "Un faccioso más y algunos frailes menos". Misma Ed. y T, pp 704, 771 y 784-786. Pasados muchos años, y muchos libros, Galdós sigue diciendo cosas parecidas sobre esta necesidad de educación y tiempo para ella, según señala el profesor Jover al referirse al contenido de "La Primera República". En "La imagen de la Primera República...", Cit., p 107.

<sup>329</sup> Esta idea, tan querida y repetida por Galdós, se halla en parte insinuada por Quintana en su ya citado "Informe" para el arreglo de la "instrucción pública": "Al modo que con el ejercicio se enseña a andar a los niños -dice Quintana-, así con el hábito de discurrir exactamente adquiere el juicio toda la rectitud y firmeza de que es capaz". QUINTANA, M.J.: "Informe de la Junta creada por la Regencia...", lugar citado, p 181.

<sup>330</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 40.

### 3.4. DETERIORO DE LA REVOLUCION

El efecto de las sociedades, discordias y *bastardeos* educativos a que nos acabamos de referir, potenciado por la interrelación que entre estos elementos se produce, es un progresivo deterioro de la Revolución, cuyo inicial encanto, según muestra Galdós, se va rompiendo a medida que sus ideales se manifiestan irrealizables por la vía revolucionaria. Es, viene a sugerir Galdós -tras los fracasos de 1808-1814, 1820-1823 y 1868-1874-, que el modo propio de la Revolución es un factor, o un exponente, que contribuye a obstaculizar muchos de sus ideales más queridos<sup>331</sup>.

Ya en "El audaz", al mismo tiempo que se explican, y justifican, los intentos revolucionarios por su irrenunciable necesidad (de modo que quien "conozca la sociedad de entonces disculpará la exageración", pues "las circunstancias -asegura Muriel- me han reducido a la desesperación"<sup>332</sup>) señala Galdós que "la felicidad en las naciones, como en los pueblos, nunca es innovadora"; que "... la exageración acompaña siempre **fatalmente** -negrilla nuestra- a todo movimiento revolucionario" y que no se puede rebasar *sin peligro* "el grado de revolución" que cada época permite<sup>333</sup>.

Así viene a mostrarlo Galdós en "El Grande Oriente", según indican ya sus referencias a los hechos recién aludidos y, como luego veremos, en "La Fontana de Oro". Una y otra obra parecen seleccionar ejemplos representativos de este fatal deterioro.

---

<sup>331</sup> La defensa de estos ideales no obsta, sino todo lo contrario, para condenar los procedimientos revolucionarios a que Galdós atribuye su *bastardeo* y frustración; y ello desde sus primeras novelas, antes de que en el ambiente histórico-literario se impusiera la condena del sexenio 1868-1874 que se suele destacar en la España restauradora de los años 1870 (Cfr. CASALDUERO, J. "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 23; y JOVER ZAMORA, J-M: "La imagen de la Primera República..." Cit., p 29 y Sgts.). Es que, como dice Casaldueiro, Galdós "no cree en la revolución, porque lo que hay que transformar es el carácter; por eso -añade, apuntando en el sentido de nuestro anterior apartado- dedica su obra a los maestros" ("Vida y obra...", p 74.). Esta acción transformadora haría innecesaria una vía revolucionaria que, según vamos a ver, se le muestra traumática e ineficaz.

<sup>332</sup> Ed. y T Cits., pp 238 y 337.

<sup>333</sup> *Ibidem*, pp 238 y 351. En este mismo sentido pueden verse pp 305, 370, 372 y 373.

### 3.4.1. Su manifestación en el caso Vinuesa

#### 3.4.1.1. *La imagen de partida*

Los insultos y pedradas al Rey, las quejas de éste al Ayuntamiento, las riñas entre *pueblo* y Guardias, el fanatismo liberal representado por don Patricio Sarmiento, la violencia y crueldad presentes en la detención de don Urbano Gil de la Cuadra, las incontroladas "palizas" recibidas por éste en provincias a manos de los liberales y milicianos de su pueblo, el desamparo de su hija, Solita, al ser él detenido y la codiciosa o corrupta búsqueda de destinos a que se dice entregado el Grande Oriente parecen ser otras tantas muestras de hechos históricos, aunque a veces se representen con personajes novelescos, que reflejan un grave deterioro de la inicial armonía revolucionaria, la postergación o abandono de los cauces e instituciones constitucionales y la tendencia a sustituir la prevista integración social por un enfrentamiento entre parcialidades que, provocado a veces por los intentos absolutistas de los unos, acentúan también las *palizas* y demás violencias de los otros.

Es significativa la imagen de Monsalud enfrentándose a la asamblea del Grande Oriente, cuna inicial de la Revolución, y denunciando la sustitución de sus ideales filantrópicos por manejos corruptos y por una interesada permisón o promoción de anárquicos desórdenes. Aunque se persiga a los conspiradores absolutistas, viene a decir Monsalud ante aquella asamblea, se debe evitar que Vinuesa y sus cómplices sigan siendo "martirizados por una **populachería indigna**, que no sabe oponerse a las conspiraciones de la Corona sino insultando al Rey". Además, "el populacho a cuyo servicio se ha puesto este Orden -afirma Monsalud- **no ve los enemigos reales y poderosos que se unen astutamente al pueblo** y se meten aquí, minando el terreno en que la Libertad trata de fundar, sin poderlo conseguir, un edificio más o menos perfecto. La plebe -añade-, mientras deja trabajar en silencio a los que odian la Libertad, se entretiene en dar tormento a la gente menuda"<sup>334</sup>.

Los gobernantes legales, únicos legítimos y supuestamente los más capacitados, se muestran mediatizados por la opinión de este Grande Oriente y por una acción *populachera*

---

<sup>334</sup> "El Grande Oriente", Cit., pp 1459-1486, especialmente pp 1485 y 1486. Sin negrilla en el original.

e interesadamente inducida que no aciertan a controlar<sup>335</sup>. El mismo Grande Oriente está movido, según dice Monsalud, por pasiones y manipulaciones contrarias a la Revolución: "Mientras la Corte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros, **para que os devoréis los unos a los otros**, os entretenéis en menudencias ridículas, os debilitáis en rivalidades indignas y aduláis a la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan". Ejemplo de ello se muestra el caso Vinuesa, cuya "persecución (...), y mucho más la sañuda irritación del pueblo contra ese pobre infeliz, me parecen -declara Monsalud- una desgracia casi irreparable para la libertad, un mal gravísimo que este Orden debe evitar a toda costa, principiando por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura, y concluyendo por emplear toda su influencia en pro de los procesados"<sup>336</sup>.

Pero aquella asamblea no sólo rechaza tal propuesta sino también al mismo Monsalud, cuya *radiación* solicita. Se tiene la impresión de que los cirigentes revolucionarios, han perdido su norte y su timón: "Yo creo -dice uno a Monsalud al salir de la reunión- que esto se lo lleva la trampa. Estamos dentro de un torbellino que nos arrastra, nos hace dar mil vueltas, nos marea, que no para nunca, y nos llevará a donde quiera el Gran *Demiourgos*"<sup>337</sup>.

El propio egoísmo y la acción *exaltada* en pro de la *revolución permanente*, estimulada aviesamente por la Corte, obliga a constantes cambios de rumbo e impide la consolidación de los avances posibles. La inicialmente común motivación de los valores revolucionarios va perdiendo fuerza ante el avance del espíritu e interés de *partido*, agravados, a la vez, por el oportunismo y corrupción de muchos de sus individuos. Es simbólicamente revelador en estos sentidos que la misma noche en que la asamblea trata de expulsar a Monsalud del Grande Oriente obtiene Pipaón un "ascenso en la escala Masónica". Este hecho,

---

<sup>335</sup> Es el mismo sentido en que el M. de MIRAFLORES afirma: "Crítica era la situación del Gobierno, cuyos dependientes consideraban más sagradas sus obligaciones con las Sociedades Secretas que con él". *Apuntes*, Cit., p 111.

<sup>336</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1486.

<sup>337</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1487.

verdaderamente significativo en si mismo, se destaca, además, con el enfrentamiento dialéctico que ambos mantienen en dicha asamblea; y, por otra parte, el *alza* de la corrupción se manifiesta igualmente en las expresiones de quienes al salir de la reunión se mostraban solidarios con Monsalud por motivos personales: uno esperaba el apoyo de Monsalud para un destino; otro, felicitándole por su "apóstrofe a Pipaón", explica: "ese canalla va a ser presentado esta noche en un grado superior. No hay quien pueda con él. ¿Crearás que la plaza que estaba destinada para mí la pescó Pipaón para su criado?"<sup>338</sup>.

Galdós parece reflejar aquí, y luego en los Comuneros, algunos de los inconvenientes que el marqués de Miraflores atribuye a las sociedades secretas cuando dice: "A nadie se oculta que **semejantes Sociedades**, existentes en Europa de poco tiempo a esta parte, no pueden dejar de ser esencialmente contrarias a la estabilidad de los Gobiernos y aun a la buena administración de los Estados, pues **creando un interés de asociación, contrario por lo mismo al interés general**, fomenta las ambiciones particulares, y acaba por hacer la guerra a los que dirigen los negocios públicos, hasta lograr ponerlos en manos de sus individuos, y hacer en su provecho el más escandaloso monopolio. Así fue que en España crecieron a par de la revolución, y unos por obtener empleos, otros por conservar los suyos, y otros en fin por hallar un asilo a la petición, se apresuraron a filiarse en ellas, y desde luego en la que entonces se llamaba **Masonería Regular Española**"<sup>339</sup>.

Al carácter secreto, especialmente criticado por Quintana y por Martínez de la Rosa en sus ya citados textos<sup>340</sup>, se une, pues, el peligro de que el "interés de asociación" o las "ambiciones particulares" se antepusieran al "interés general". Ello indica que el nacimiento de las asociaciones o partidos políticos no se atribuía tanto a la diversidad de opiniones sobre el bien o "interés general" cuanto al deseo partidista de beneficiarse en

---

<sup>338</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1488.

<sup>339</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit., T I, p 54. Sin negrilla en el original.

<sup>340</sup> Ver nuestro apartado sobre las sociedades secretas.

particular por unos y otros medios<sup>341</sup>. Esta dinámica de confrontación partidista entre liberales, con sus egoísmos y divisiones -reflejada por Galdós, según vimos, en el discurso de Romero Alpuente a los Comuneros-, va produciendo el debilitamiento del cuerpo revolucionario, que parece perder así la ocasión de consolidarse frente al Antiguo Régimen<sup>342</sup>.

Sus procedimientos, amparados a veces en el secreto de las *logias* y *castillos*, tendían a agrandar su influencia extrainstitucional captando al pueblo por medios efectistas, destinos u otros modos de oculta manipulación, según veíamos antes y se desprende de las supuestas cuentas que Regato, ex secretario del Grande Oriente, presenta al irse con Los Comuneros, donde se le dice fundador, dirigente y promotor de cosas parecidas<sup>343</sup>.

En dichas cuentas, reflejo sobre todo de los mangoneos del Grande Oriente, hay partidas en que Galdós parece destacar con su ironía el aspecto teatral y engañoso de aquellos ritos: "Por dos Calaveras que mandé traer de la bóveda de San Ginés en 6 de noviembre -se escribe en la factura de Regato-, 42 reales... Por el bordado de cuatro mandiles, 268... Por echar una pieza al sol, 12 ... Por pintar las llamas, 30... Por una escuadra nueva y siete malletes, 58..."; pero hay otras en las que se apunta más claramente a la manipulación de la opinión y del orden, o desorden, en beneficio de sus más o menos secretas consignas: "Por aguardiente que se dió a los de Policía el 5 de enero, 14... Por lo que se repartió cuando tiraron la pedrada al coche de *Narices*, 410... Por papel de circulares, 60... Por

---

<sup>341</sup> Quintana, que en otros casos pondera la especial malignidad que las facciones o partidos presentaban en España por su carácter secreto, destaca también que, en sí mismo, "el espíritu de partido, con pasiones pueriles y con una ambición insensata", fue el origen de los *errores*, *pasiones* y *desdoro* entonces producidos, y -como hemos visto reflejar a Galdós- considera que "dióse la señal a la división de los ánimos con la disolución del ejército de la Isla", QUINTANA, M. J.: "Cartas a lord Holland", Cit., p 547. Sobre el agravante que a ello añadía el carácter secreto de masones y comuneros, véase *Ibidem*, p 569.

<sup>342</sup> Quintana, insistiendo en lo antes dicho, indica que en el desapego del pueblo al sistema constitucional influyó, junto a la carencia de "educación" y de "tiempo", su descontento por el "rumbo que las cosas siguieron desde el segundo año", que "tenía más el aire de interés de partido que de interés público y nacional". "Cartas a lord Holland". Cit., pp 584 y 585.

<sup>343</sup> Su condición de fundador parece dudosa, según se dijo, pero no la de promotor y dirigente entusiasta.



el saldo del piquillo que se debía a Grippini, el cafetero de *La Fontana*, 140..., "<sup>344</sup>. Se trata, en suma, de una serie de acciones que, aun sintiéndose a veces necesarias frente a las conspiraciones y resistencias del Rey y su Corte, implicaban una falta de respeto a la ley que podría volverse contra el Gobierno mismo que -al menos- las consentía.

En los planos típico y simbólico, la situación se asocia, por un lado, con el desamparo y soledad de Solita; por otro, con la pérdida que Monsalud sufre del amor de Andrea. Monsalud se siente obligado a remediar el desamparo de Solita en atención a obligaciones morales y de gratitud contraídas años antes con sus padres. De ahí que la acoja en su casa y que asuma el compromiso de sacar de la cárcel a Gil de la Cuadra: "No digas que soy generoso si saco a tu padre de este mal paso (...) -comenta a la agradecida Solita-. Di más bien que soy un malvado si no le salvo"<sup>345</sup>.

Esta sensación de obligación moral grave con el pasado parece, pues, anunciar que Monsalud, símbolo de la Revolución, se sacrificará por cumplirla; y acto seguido, el lector, que conoce sus ocultos y apasionados amores con Andrea, sobrina de Campos, va viendo cómo, para obtener el apoyo de éste en favor de Gil de la Cuadra, Monsalud ha de renunciar a aquellos amores -que eran su ideal de vida- al mismo tiempo que, otra serie de imágenes y símbolos reflejan el deterioro del ambiente revolucionario.

Inicialmente, el peligro de esta pérdida se presagia como algo consustancial a Monsalud, pues éste, intuyéndolo ya por ciertas palabras de Campos, trata, celoso, de sonsacar a Andrea y, tras algunas protestas amorosas de ella, le dice: "A mi se me está preparando una desgracia (...). Andrea, tengo desde hace muchos días el presentimiento de que esta preciosa cabeza me hará traición. ¿No recuerdas lo que te he dicho tantas veces? Desde que tengo uso de razón no he intentado cosa alguna que haya tenido un desenlace lisonjero para mí. Si alguna vez he conseguido el objeto por mucho tiempo deseado, mi dicha ha sido corta. Siempre que cavilo acerca del resultado de un asunto cualquiera que me intranquiliza, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de un éxito desgraciado, y

---

<sup>344</sup> "El Grande Oriente". Cit., 1492.

<sup>345</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1495.

siempre acierto... Tengo la desdicha de no haberme equivocado una sola vez. Yo no sé qué pensar de mí"<sup>346</sup>.

Pero el lector sabe ya que, junto a la naturaleza de Monsalud, operaban, matizándola, los deseos de Campos, poderoso *Venerable* del Grande Oriente y burgués ilusionado por ennoblecerse, que intentaba casar a su sobrina Andrea con el marqués de Falfán de los Godos. Andrea, aunque ocultando a Monsalud la ya concreta realidad que amenaza su unión, hace notar este hecho: "mi tío es ambicioso... -le dice-, tú no sabes quién es mi tío...; tiene la cabeza llena de vanidades, y yo no sé.... Se le figura que yo valgo mucho, que merezco la mano de reyes y emperadores... tonterías." Hay que tener en cuenta, además, que la misma Andrea, como esas clases medias con las que está emparentada, se halla muy apegada a la buena vida y, cual si mostrase en su imagen las limitaciones que el egoísmo *burgués* imprime a la Revolución, no lucha con fuerza en defensa de Monsalud hasta que siente la inminencia de perderlo. Así lo indica el mismo Monsalud al acusarla de no querer arriesgarse por él: "Siempre eres tímida -le dice- para todo lo que me favorece"<sup>347</sup>.

Pero, además, el curso de los hechos trae enredadas otras manifestaciones de deterioro.

### **3.4.1.2. El Discurso de la Coletilla y el cese del Ministerio Argüelles**

La ambivalencia del peligro sentido por Monsalud, y su aplicabilidad a la Revolución, se aclara al ser interrumpida aquella misma entrevista por la llegada de Campos y el marqués de Falfán de los Godos con dos noticias simultáneas y equivalentes, aunque de distinto plano: en el histórico, que aquel día, "en la apertura de las Cortes, Su Majestad ha añadido por cuenta propia un parrafillo al discurso de la Corona, en el cual con buenas

---

<sup>346</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1500.

<sup>347</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1500. Ello se inscribe, por una parte, en esa capacidad que, según indica el profesor Seco Serrano, tiene Galdós para revivir la "*evolución* de clases y mentalidades" propia del ciclo revolucionario liberal; y refleja, por otra parte, la tendencia burguesa a *fundirse* con la nobleza y "la consecuente desarticulación" del frente formado por las *clases medias*. (SECO SERRANO, C.: "Los Episodios Nacionales como fuente histórica". En "Sociedad, literatura y política...", Cit., pp 310 y 311.). En lo que a este apartado se refiere, dicha tendencia contribuye al bustardeo de los ideales revolucionarios y al debilitamiento de quienes los apoyan.

palabras pone cual no digan dueñas a sus ministros" y, ya en Palacio, "le ha faltado tiempo para exonerarles..."; en el simbólico -coincidiendo con el golpe que para la Revolución se estiman estas "singulares prácticas constitucionales de nuestro Soberano"- , que "el señor marqués -dice Campos- se nos casa (...) con mi sobrina", con Andrea. Monsalud -explica Galdós- se quedó blanco y frío. Punzada agudísima hizo estremecer de dolor su corazón", aunque la obscuridad de la sala le permitió disimular. Se siente traicionado, cumplido su temor, y se va dolido y furioso contra Andrea y Campos sin escuchar las ofertas de apoyo que éste le hace para sacar de la cárcel a Gil de la Cuadra a cambio de que él renuncie a Andrea<sup>348</sup>.

La significación que Galdós atribuye a estos hechos evoca muy de cerca lo dicho por Quintana en las cuarta y quinta de sus "Cartas a lord Holland". Cartas cuya utilización por Galdós resulta, según dijimos, indudable, porque, además de dicha similitud de ideas, son citadas después al recoger algunos párrafos, precisamente de la "Carta quinta"<sup>349</sup>.

Según dice Quintana en esta carta nada indica mejor el valor del "ministerio derribado (...) que los recelos concebidos por el partido liberal en el día mismo de su caída"; y añade: "Como si de repente se hubiera roto el escudo que protegía la libertad, todo se creyó perdido, y muchos atendieron a su seguridad individual, durmiendo aquella noche fuera de sus casas en asilos oscuros y desconocidos"<sup>350</sup>.

El impacto producido por el Rey con "el uso violento que había hecho de su prerrogativa", viene a decir Quintana, no se debía a la pérdida de los "individuos" del Gobierno, pese al "aprecio y respeto que se debe a sus virtudes y talentos eminentes" -reconocidos al ser "altamente honrados por la Asamblea, que les decretó además una asignación decorosa"- sino a "la desconfianza de que ya la cabeza del Estado pudiese estar nunca de buena fe ni en una conveniente armonía con el orden establecido. Si los ministros

---

<sup>348</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1504-1506, especialmente p 1504.

<sup>349</sup> PEREZ GALDOS,B: "El Grande Oriente". Cit., p 1540 y Quintana, M. J.: "Cartas a lord Holland". En O. C., BAE, T XIX, pp 554-556.

<sup>350</sup> QUINTANA, M. J: "Cartas a lord Holland". Cit., p 554.

le repugnaban, ¿por qué no los había cesado antes?". El Rey era, en efecto -según se indicó por nuestra parte al referirnos a la Constitución- el Jefe del Ejecutivo. Esto, además, quitaba sentido a su acusación. Y, si quería contar con las Cortes, ¿por qué no esperó el resultado del debate que éstas habrían de mantener sobre las memorias de actuación de los ministros?. Había que pensar -viene a concluir Quintana, tras razones parecidas,- "que ya en España no podría haber ministerio que subsistiese: si era de la confianza de la nación, el Rey no le sufriría mucho tiempo; si no lo era, la opinión popular le derribaría al instante". Y, señalando esa sensación de inestabilidad que pudo inspirar a Galdós la idea de *revolución permanente*, asociada a Monsalud y largamente manifestada en este momento de la acción de "El Grande Oriente", añade Quintana: "¿Qué orden, qué consistencia, qué progresos podían esperarse de estas mudanzas continuas e insensatas? Así, a pesar de tantas tristes experiencias y de una revolución emprendida y lograda con tanta fortuna, esta pobre nación veía siempre sobre sí la maldición irrevocable a que la Providencia parece que la ha condenado: a la triste suerte de no tener Gobierno jamás"<sup>351</sup>.

El simultáneo eco simbólico que este hecho tiene en la vida amorosa de Monsalud, la pérdida de Andrea, produce una sensación parecida. Reflexionando dolorido sobre esta pérdida, Monsalud atribuye, según dice Galdós, "todas las ocurrencias desdichadas de su vida a una ley fatal, que presidía sus tristes destinos, como las estrellas de la antigua nigromancia." Como la Revolución, Monsalud se siente abocado al fracaso: "Otra equivocación -decía-, otra caída, otro desengaño. Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro. Si mi corazón se apasiona por algo, persona o idea, la persona se corrompe, y la idea se envilece. Conspiro, y todo sale mal. Deseo la guerra y hay paz. Deseo la paz, y hay guerra. Trabajo por la libertad, y mis manos contribuyen a moldear este horrible monstruo. Quiero ser como los demás y no puedo. En todas partes soy una excepción. Otros viven y son amados; yo no vivo, ni soy amado, no hallo fuente alguna donde saciar la sed que me devora". Sus *buenas intenciones*, como los valores revolucionarios, se frustran siempre. La sensación de impotencia, pareja con la que entonces corresponde a la

---

<sup>351</sup> QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". En O. C., BAE, T XIX, p 554.

Revolución ante la actitud de Fernando VII, se reitera una y otra vez en sus largas reflexiones sobre la propia incapacidad para hallar satisfacción. Monsalud supone en ellas que existe para él un lugar, un "ser" que le espera tan ansioso como él lo busca; pero en todas partes ha recibido la misma descorazonadora respuesta: "Aquí no es, aquí no es, aquí no es", según siente que le "acaba de decir Andrea." A la vista de su angustiosa experiencia, duda ya: "No es en ninguna parte -dice-, y yo moriré de cansancio y fastidio en medio del camino"; y, buscando explicación en su propia naturaleza revolucionaria -que en la Revolución asociaban otros al Golpe de fuerza y que él asocia a su condición de hijo ilegítimo, añade: "Hijo soy del crimen, y la expiación de él tomó carne en mi persona miserable..."<sup>352</sup>.

Pero, a continuación, Galdós señala, como si contestase o interpretase el antes citado pensamiento de Quintana, que el romántico Monsalud "se equivocaba al echar la culpa de sus contrariedades al Destino, a las estrellas, a una crueldad sistemática de la Providencia, (...): las causas (...) tenías dentro de sí mismo"<sup>353</sup>. Estaban, podría pensarse, en su inestable naturaleza revolucionaria, que, tomando cuerpo en la sociedad española, se agravaba con las influencias del absolutismo del Rey, los egoísmos de la burguesía y el talante violento y carencias educativas de dicha sociedad.

Monsalud se había sentido hasta entonces realizado y satisfecho en su relación con Andrea, que aparece así como parte revolucionaria de la sociedad española, como ideal proyecto amoroso -y revolucionario-, como el ser en que se cobija o refleja el espíritu mismo de Monsalud. Este sentía su encanto y, mientras duró el proyecto, se satisfacía en el, "por los derrumbaderos de la pasión", como quien coge "abundantes frutos y flores en todas las ramas del gran árbol del espíritu", sin necesidad de la preparación, tiempo y esfuerzo que, según se dijo al referirnos a las carencias educativas, se necesitaban para hacer realidad la Revolución y echaba en falta el mismo Monsalud para poder *practicar* las artes que decía *sentir* en sí. "Andrea -dice Galdós- era la música, la poesía, la pintura, la

---

<sup>352</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1506-1509, especialmente p 1507.

<sup>353</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1507.

estatuaría, hasta la arquitectura y la danza; era también, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda, en fin (...) Andrea era para él la totalidad de las satisfacciones humanas y el ideal de la vida. La amaba en globo, con sus defectos, conociéndolos y aceptándolos como se acepta, sin la más leve protesta de los ojos, las manchas del sol." Esto era efecto del "ciego amor". "El egoísmo estupendo del amor ahogaba entonces en Monsalud la potencia crítica que en él hemos reconocido". Para separarlos era precisa "una gran violencia o una traición de ella." Cuando ésta llegó, Monsalud quedó "dolorido y desesperado por la conmoción de la caída", con imagen equivalente a la que, según Quintana, ofrecía la Revolución en aquella "noche que siguió al día del desengaño"<sup>354</sup>.

Todavía toca Galdós otro aspecto o fibra simbólica antes de volver a la crisis histórica simbolizada. Es cuando Monsalud, buscando alivio a su pena, llama a su madre y a Solita, que soñaban con la libertad de Gil de la Cuadra, y les cuenta haber soñado a su vez que él lo liberaba a cambio de arrancarse el corazón y arrojárselo al horrible perro que lo guardaba.

Resulta, así, que la inicial asociación del histórico cese del Gobierno Argüelles con la simbólica pérdida de Andrea tiene una resonancia en la consiguiente pérdida del corazón de Monsalud, que, según vamos a ver, se siente a la vez su esencia revolucionaria y el precio de la liberación de Gil de la Cuadra, de la atención a los ineludibles condicionamientos del pasado.

Sentado esto, Galdós refunde reiterativo en su siguiente capítulo estos elementos -con algunas otras implicaciones- como quien muestra y explica el deterioro de la Revolución a que se refiere este apartado. Deterioro que se muestra en primer lugar en los hechos históricos que habían de servir de pauta y centro al conjunto, si bien, al empezar su relato, llama la atención sobre su simultaneidad con las simbólicas preocupaciones de Salvador Monsalud:

"Salvador se inquietaba bien poco de un acontecimiento que por aquellos días, los primeros de marzo, agitaba hondamente el mar de la política, produciendo borrascas,

---

<sup>354</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1509.

zozobras y naufragios. ¿Necesitaremos recordarlo, a pesar de haber hablado de él, por cierto con mucha discreción, el marqués de Falfán de los Godos? Olvidando las prácticas constitucionales o haciéndose el tonto, que es la opinión más autorizada, añadió el Rey al discurso de la Corona un parrafillo de su invención, en el cual se quejaba de los insultos que diariamente recibía, y acusaba con este motivo a los Ministros y a las autoridades de Madrid <sup>-355-</sup>. Alborotóse el Congreso, alborotándose más los clubs, los Ministros estaban con medio palmo de boca abierta, sin saber lo que les pasaba, y mientras el Rey los destituía arrebatadamente, dábales el Congreso un voto de confianza y una pensióncita de 60.000 reales; admirable almohada para reclinar la gloriosa cabeza después de una caída.

"Su Majestad, firme en el propósito de hacerse el tonto (y quien crea otra cosa no sabe hasta dónde llegaba la malicia del astuto *Rey neto*), pidió consejo a las Cortes para la formación del nuevo Ministerio, inaudita aberración constitucional, pues el Gabinete caído tenía mayoría <sup>-356-</sup>. Los diputados -continúa Galdós- contestaron al mensaje del Rey con un refunfuño de desconfianza, achacaron a la *mano oculta* los insultos consabidos, y negáronse a proponer los nuevos ministros, dando a entender al Soberano que el Ministerio Argüelles era el mejor de los Ministerios posibles. Fernando consultó entonces al Consejo de Estado, y de esta consulta salió el Ministerio del 4 de marzo.

"Era natural -concluye- que el nuevo Gabinete no gustase a nadie. Los tibios lo tenían por exaltado, y los exaltados por tibio. Procedente, como el anterior, de la mayoría, el Gabinete Valdemoro-Feliú representaba las mismas ideas, la propia indecisión, idéntica dependencia de manejos secretos; representaba también la debilidad frente a los alborotadores, las pedradas al coche del Rey, la tolerancia de las grandes conspiraciones y la persecución sañuda de las pequeñas. De entonces data, si no estamos equivocados, la

---

<sup>355</sup> Este discurso se halla reproducido íntegramente en MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., T I, pp 225-228, como DOC. n°. XXXIV.

<sup>356</sup> Galdós parece hablar aquí como si la Constitución de 1812 estableciese un régimen parlamentario.

célebre frase de *los mismos perros con distintos collares*<sup>357</sup>.

Este relevo no conlleva, pues, un cambio de "la situación política", que, según dice Galdós, seguía presentando "en el Gobierno debilidad; en el Congreso, confusión; en Palacio, solapadas intrigas, cuyas resultas se verán más adelante. El pueblo, desbordado y sin reconocer ley ni freno alguno, expresaba su voluntad ruidosa y groseramente en los clubs. A fuerza de oír hablar de su soberanía, empezaba a creer que consistía ésta en el uso constante de la iniciativa revolucionaria, y en el ejercicio atropellado de la sanción popular en asonadas, violencias y atrocidades sin cuento." Era, en definitiva, según parece insinuar Galdós seguidamente, -y dijimos al hablar del *bastardeo* de la acción educativa- la aplicación popular de las enseñanzas de Romero Alpuente, Isturiz, Moreno Guerra, Golfín y otros.

Todavía Galdós completa este cuadro indicando que "el nuevo Ministerio" había salido "como el anterior", de las "sociedades secretas", si bien éstas se hallaban de momento un tanto "desconcertadas" porque "no había gran seguridad de **que se dejase gobernar** por los *Valerosos Príncipes*", según parece estimarse habitual<sup>358</sup>.

Su imagen coincide sustancialmente con la que Vayo ofrece al decir, entre otras cosas también análogas, que el nuevo Gobierno hubo de actuar entre "los martillazos de las logias y castillos (...) las oleadas populares y (el) torrente de los realistas, que dentro y fuera de España trabajaban en romper y desaquilatar su firmeza"<sup>359</sup>.

El comentario que de esta deteriorada situación hacen Campos y Monsalud mientras, forzosamente reconciliados, tomaban algo en *La Fontana de Oro*, permite a Galdós volver de nuevo sobre su expresión simbólica en la promesa que Monsalud hace de renunciar a

---

<sup>357</sup> "El Grande Oriente", Cit., p 1511. Este nuevo *Gobierno* se formó con Eusebio Bardaji (Estado), Mateo Valdemoro (Gobernación), Ramón Peliu (Ultramar), Vicente Cano Manuel (Gracia y Justicia), Antonio Barata (Hacienda), Tomás Moreno Daoíz (Guerra) y Francisco Escudero (Marina). Tras el asesinato de Vinuesa (4 de mayo de 1821) Valdemoro fue sustituido en Gobernación por Peliú (de ahí que Galdós le llame Gabinete Valdemoro-Feliú), y éste, en Ultramar, por Ramón López Pelegrín. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 229; ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 696 y GIL NOVALES, A.: "El Trienio..." Cit., pp 27-28.

<sup>358</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1511-1513. Sin negrilla en el original.

<sup>359</sup> VAYO, E. de.: Op. Cit., T II, p 230.



Andrea. Permítasenos reconstruir ésta para mostrar ese simbolismo. Recordando su borrascosa entrevista anterior, se quejaba Monsalud de que Campos había intentado comprarle "con viles ofertas de destinos y menudencias", y, cual si Galdós aclarase que la Revolución se suele envilecer al fin, sea por "menudencias" o por otros motivos, incluso altruístas, Campos le contesta: "Y ahora te compro por el precio que tu te has puesto: por la concesión de una gracia a que das suma importancia. La cosa en sí es la misma, **no varía más que el precio y la clase de moneda.**" Precio y moneda que se concretan a continuación en ponerle "en la calle" a Gil de la Cuadra a cambio de que Monsalud le deje "en paz" a su sobrina Andrea. Esta, "a fuerza de ruegos, de razones, de regalos, de mimos, de promesas, me prometió -dice Campos, recordando su ya aludido deseo de ennoblecerse,- ser Marquesa...¡Marquesa, ya ves qué pedrada!..." Sin embargo, Campos necesita garantías de que Monsalud la rechazará porque, según dice, "la muy tonta... (...) se arrepiente", quiere volver con Monsalud, "está loca", hubo que "encerrarla porque quería salir" a buscarlo y se muestra dispuesta a suicidarse. Esto hace mella en Monsalud, que renova entre suspiros su renuncia, como quien "dice adiós a la vida. (...) **En aquel momento -aclara Galdós- arrojaba su corazón al perro**"<sup>360</sup>.

Monsalud, y en él la Revolución, ha de renunciar a quien le hacía realidad ideales muy queridos, perdiendo así su corazón, para evitar la degradación, aún mayor, de la ingratitud, de no asumir las obligaciones heredadas por el conjunto social que le da existencia y carácter.

---

<sup>360</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1512, 1513 y 1514. Sin negrilla en el original. Es esta una imagen que ya Galdós había utilizado con Araceli: "Me metí la mano en el pecho -cuenta éste-, saqué el corazón, lo estrujé como una naranja y se lo arrojé a los perros". *Cádiz*, Cit., p 894. Por otra parte, este gesto de Monsalud viene a equivaler, con algunos nuevos giros y matices, al que Lázaro ofrece en "La Fontana de Oro" cuando, desvalido y a la vez obligado, por amor y moralmente, a salvar a Clara de las Porreño y de su tío *Coletilla*, se ve en el "angustioso trance" de pedir cobijo en la casa de este "fanático, en cuya puerta -según se le había exigido- había de dejar sus creencias, sus sentimientos"; o, más claramente, se somete por "necesidad" a "la **apostasía** que en casa del realista se le obligaba a hacer". "La Fontana de Oro". Cit., pp 194-205, especialmente, 195 y 200. Sin negrilla en el original.

### 3.4.1.3. *Del idealismo al posibilismo: nuevas dificultades y reducción de las aspiraciones revolucionarias*

El paralelismo entre las realizaciones y dificultades de Monsalud y las de la Revolución se mantiene cuando Galdós, volviendo inmediatamente a la realidad histórica, y a la vez que la revive, muestra la dependencia que de ella tiene el éxito en la liberación de Gil de la Cuadra: "No hay que pensar en que el Gobierno suelte la presa absolutista que tiene entre las garras. Es preciso -explica Campos a Monsalud- ofrecer un par de víctimas al pueblo, y como no se le puede dar un león, se le da un conejo." Y, mostrando que Galdós -como Vayo, como Quintana...- estima que gran parte de estas *demasías* y torpezas liberales son comprensibles ante la provocadora conducta de los absolutistas, con el Rey a la cabeza, continúa Campos así:

"Ya sabes que el cura Merino ha hecho la gracia de aparecer en Castilla; *el Abuelo* ha levantado también una partida cerca de Aranjuez, y Aizquibil recorre con su gente el país de Alava. *El Pastor* entra también en campaña, y a varios de su partida, que han sido cazados, se les encontraron muchos ochentines de los que acuñó el Gobierno hace poco. Estos ochentines se dieron todos a la Casa Real, de modo que no hay duda alguna respecto a la mano que está moviendo esa vil máquina de las partidas.

"-el Rey.

"-Sí; y cuando los Ministros le hicieron notar la coincidencia, respondió tranquilamente: 'Es muy extraño eso', y no dijo más. La Corte -continúa Campos- trabaja con desesperación por encender la guerra civil, y los curas y los guerrilleros, amparados por ella y por las Juntas extranjeras, harán un esfuerzo terrible para restablecer el absolutismo. Nos aguarda un porvenir de rosas. Ya sabes lo que significan en nuestro amado país estas dos fuerzas: *curas, guerrilleros*"<sup>361</sup>.

Rey, Corte, clero, partidas y "Juntas extranjeras" aceleran, según se ve, la *putrefacción* liberal; pero, en todo caso, Monsalud no exime de culpa a éstos al contestar: "-No tengo ilusiones en ese particular. La estupidez de los liberales, su corrupción y falta de sentido,

<sup>361</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1514.

anuncian a voces que volverá el absolutismo."

Campos insiste en que "cuando por todas partes no se ven más que peligros; cuando el **Gobierno se mira amenazado y provocado por los absolutistas**, (...) es natural que si logra poner la mano encima a alguno, apriete y apriete firme hasta ahogarle." Pero Monsalud, aun concediendo esa lógica, contesta reticente: "Es natural. Los pobres gazapos que se han dejado coger pagarán las culpas de los lobos y de la Corte, que los azuza."

Parece claro que éticamente resulta inaceptable la inhibición ante la posible condena "a muerte" de Vinuesa y sus cómplices. Mucho más cuando Campos explica: "El juez, señor Arias, confiesa privadamente que no halla motivo para tanto; pero la presión popular y la necesidad de hacer un escarmiento, la conveniencia de amedrentar a la Corte, levantará el cadalso."

Podría, pues, decirse que se prepara un crimen de Estado; un gran atropello de la libertad o seguridad jurídica que la Revolución trataba de establecer. La Revolución, según suele ocurrir, se degrada, se prostituye y bastardea para salvar una parte más recortada y menos ideal de sí. Así lo insinúa Galdós al concluir Campos: "Aquí tienes a **la señora Libertad** en tales trances que **no puede pasarse sin el verdugo**"<sup>362</sup>. Aunque este proceder se asocia a un momento y hecho determinados se tiene la impresión -y esto parece mostrar Galdós a sus coetáneos- de que se repetirá siempre que se den el miedo, deseo de autoafirmación o demás circunstancias a que se atribuye. Enlaza así con la idea expresada por Alcalá Galiano cuando dice que a las "puerilidades" y "serios desórdenes" producidos a principios del año 1823 acompañaron "actos de despotismo por parte de la autoridad, la cual, no obstante estar en manos de constitucionales y aun de exaltados, procedía -y aquí se expresa esa tendencia intemporal- con la **tiranía que en tiempos de revolución**, y sobre todo en España, **es regla de conducta** de los partidos políticos militantes"<sup>363</sup>.

<sup>362</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1515. Sin negrilla en el original.

<sup>363</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Recuerdos...". Cit., Vol. 1, p 189. Sin negrilla en el original. Este es el peligro que en octubre de 1822 había de motivar las discusiones de las Cortes sobre la conveniencia o no de suspender algunas garantías constitucionales, para facilitar al Gobierno "la detención de ciudadanos españoles"; discusiones que, según señala Gil Novales, tienen un preocupado eco en varias sesiones de la  
(continúa...)

La creencia, no decimos el pretexto, de que es necesario para salvar *lo posible*, puede ocasionar *el sacrificio de las propias doctrinas*. Es, podría decirse, una paradójica acción antirrevolucionaria de la Revolución; una tiranía de la Libertad; una pretendida acción autosalvadora que autodestruye.

Pero esta quiebra de la ética revolucionaria no sólo se advierte en cosas tan estridentes, sino también en las *pequeñas* y cotidianas que, enrareciendo el ambiente, hacen posibles, o necesarias, aquellas: los artesanos, según decía el masón Campos, no querían volver a trabajar en sus oficios cuando quedaban "cesantes", sino que preferían pasarse a los Comuneros y, "haciendo comedias", irse "adiestrando en la oratoria y en el arte de conspirar." Es un "misterio" cómo viven, añade, pero hay una "turbamulta de vagos que aúllan en los cafés, que alborotan en la plaza de Palacio, que apedrean las casas de los ministros, que van a cantar coplas indecentes junto a la reja de la prisión de Vinuesa" y que, quizá por un "milagro" de "los ochentines" de la Casa Real, "viven, y viven bien."

Por otra parte, el simbólico Monsalud parece degradarse, a la vez que la Revolución, cuando, en su afán de propiciar la fuga de Gil de la Cuadra, decide hacerse carcelero aun a riesgo de que "el duque del Parque" -de quien Monsalud es secretario- lo despida, porque "no querrá tener a su servicio a un sota-alcaide."

Por último, cual si Galdós insistiese en que las sociedades secretas son el cauce fundamental de estos manejos, atribuye a Campos, *Venerable* del Grande Oriente, cierto corrupto control de instituciones y personas que le permite asegurar que Copons, el Jefe Político, expedirá el nombramiento de Monsalud: "¡Ah! -exclamó Campos con gozo-. Le tengo cogido, le tengo preso en mis redes. Precisamente anda tras de mí para que le favorezca en ciertas pretensiones que trae en Gracia y Justicia. Una bicoca: tres primos que fueron beneficiados y ahora se les antoja ser deanes. Son de la pacotilla, de los que llaman

---

<sup>363</sup>(...continuación)

sociedad patriótica Landaburiana, donde "el diputado Adán", ante los temores de otros, como B. Morales y Mejía, se muestra partidario de conceder al Gobierno tal confianza, pero vigilada para evitar un mal uso "de esas medidas extraordinarias que la mayoría de las cortes, haciendo el sacrificio de sus propias doctrinas, y aun con exposición de su misma existencia, ha puesto a su disposición para el bien de la patria". Sesión del día 17 de noviembre de 1822 (*Indicador*, núm. 199, 19 de nov. de 1822, 936-8) Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades..." Cit., T. I, pp 684, 687 y 688.

modestos... ¡Pobrecitos! Copons es muy exaltado; el Gobierno, que le puso en lugar de Palarea, no está muy contento con él. Necesita todo el arrinno del Grande Oriente para no venir a tierra. Muy bien: esto va a pedir de boca. Tu padre, tu abuelo, o lo que sea, se ha salvado"<sup>364</sup>.

Todavía Galdós, mostrando que Campos -*Venerable* de los masones- se somete a otras voluntades y actúa también corruptamente como **director general de Correos**, indica que "se separaron" porque "Campos tenía que revisar unas **cartas detenidas por orden superior**." Pero esto, además de abundar en las ramificaciones y repercusiones de aquel oscuro poder, sirve de enlace con el plano simbólico, en el que, pese a ese control del correo, Monsalud recibe entonces la apasionada carta de Andrea diciéndole estar "arrepentida, arrepentida, arrepentida"..., que lo adora, que "ni Dios podrá hacer que (...) pertenezca a otro" y que lo espera "junto al Observatorio". Monsalud, puesto en la disyuntiva de elegir entre Andrea o la Liberación de Gil de la Cuadra, elige ésta y, aunque haciéndose gran violencia, elude todo encuentro con Andrea y se refugia en los abrazos -quizá no tan de "hermana" como el mismo parece creer- de Solita. También en este cambio de abrazos, en el paso de Andrea a Solita, parece representarse la tendencia de la Revolución a sacrificar sus ideales teóricos, inicialmente más atractivos, en aras de una más generalizada realidad social<sup>365</sup>.

Se produce, además, simultáneamente, el ingreso de Monsalud en la sociedad comunera, lo cuál da pie para mostrar que si se hallaba incómodo en el Grande Oriente lo estará más aquí. En lugar de la imagen que de sí mismo veía en Andrea, en lugar de la visión asociada a la libertad y demás valores del proyecto revolucionario, Monsalud ve entonces con desagrado la sórdida realidad ejemplarizada en las ya descritas escenas de la reunión de los Comuneros y en su prolongación en la calle hasta que, rehuyendo tal compañía, se retiró a su casa con la cabeza hecha "un volcán". Recordando desvelado "los discursos (...) las caras (...), la fisonomía astuta de Regato, la candidez estúpida de otros, el ramplón

---

<sup>364</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1515 y 1516.

<sup>365</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1516 y 1517.

jacobinismo de Romero Alpuente", etc, "al punto comprendió que era producto infame de candidez y de perversidad, **gárrula bastardía del entendimiento**, explotada por una diplomacia diabólica. Comprendió que se había metido entre hombres la mitad tontos, la mitad feroces".

Aquel no era, pues, su medio ambiente adecuado ni, por tanto, el de la Revolución que simbolizaba, según recalca Galdós al concluir: "Del esfuerzo que necesitaba hacer su espíritu para descender al trato con tales gentes, no hay que hablar, porque se comprenderá fácilmente"<sup>366</sup>.

Y sin cambiar de capítulo, sin transición ni solución de continuidad, se vuelve de nuevo, como refundiendo uno y otro, al equivalente deterioro sufrido por Monsalud en el campo del amor, indicando que, avanzada "la mañana (...) sin que el novel hijo de Padilla hubiera podido conciliar el sueño, (...) entró Campos lleno de zozobra y agitación" porque Andrea se había escapado de casa hacía dos días y no aparecía. Monsalud ha de comprometerse otra vez con Campos a "convencerla de que, por más que me busque -dice-, no me encontrará en ninguna parte".

Cuando Andrea llega se estrella contra el "muro frío" que a su vehemente desbordamiento amoroso consigue oponer Monsalud con su fingido desprecio y con la presencia de Solita, que, viendo a Monsalud arrojar de su lado a Andrea, y oyéndole luego decir angustiado que, sin embargo, la adoraba, "se echó a llorar"<sup>367</sup>.

Consumada esta pérdida, el ánimo del lector se va preparando para otras con la descripción que Galdós hace de la historia, leyenda, "tinte lúgubre" y "mala sombra" asociados a la calle de la Cabeza, en la que se hallaba el *antipático y feo* edificio de "la

---

<sup>366</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1527. Sin negrilla en el original. Esta incomodidad de Monsalud, que en cuanto Revolución debía estar, sin embargo, en aquella sociedad, evoca -mostrando la otra cara de la moneda- la sensación que dice haber sentido Alcalá Galiano cuando, rodeado de los exaltados que luego fueron Comuneros, y aplaudido por ellos, "solté -dice- la expresión de que **mi puesto natural entonces era estar entre los comuneros**", y como luego evitase este ingreso despertó la inquina de aquellos, que ya lo habían difundido y celebrado como cosa hecha. (ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos...". Cit., Vol. 1, p 179. Sin negrilla en el original.) Monsalud se ve obligado a ingresar, pero parece sentir que con ello su imagen se deteriora.

<sup>367</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1526-1530, especialmente 1527 y 1530.

Cárcel Eclesiástica o de la Corona".

El deterioro de la inicial imagen revolucionaria se anuncia en los "calabozos inmundos" y en el "repugnante aspecto de incuria, descuido y degradación" de las diversas "partes del edificio", pero, más propiamente que en estas inercias, en lo que parece resultado del espíritu de venganza y de la falta de respeto a la ley, instituciones y personas, tan contrarios a lo esperado de la Revolución:

"La ignominia de la cárcel empezaba desde la puerta. En la esquina del edificio se veían multitud de inscripciones terroríficas e indecentes. A conveniente altura, una de esas manos de artista que tanto abundan en España, había pintado una horca, de la cual pendía un cura, y debajo se leía: *Tamajón*. En la misma puerta, otro artista había trazado una especie de cuadro de ánimas, donde varios curas recibían tizonazos de los demonios, y más lejos, varios milicianos nacionales, caracterizados en la pintura tan sólo por el morrión, asaban un cerdo que llevaba el nombre de *Vinuesa*. En el portal repetíanse las horcas, y, además, otra ingeniosa pintura. Un grotesco y ventrudo muñeco, que tenía en la panza el consabido letrero, abría la boca. Como si ésta fuera la de un horno, varios milicianos o figurillas de morrioncete metían por ella, con sendas palas, un objeto en que se leía: *Constitución*. Por debajo, una escritura infernal rezaba el *Trágala, perro, ú, servilón*."

Estas manifestaciones de odio llegaban hasta el calabozo de Vinuesa, en cuya "puerta negra (se) había trazado con tiza la horca y el ahorcado; repetidas formulillas, como *Muera el traidor*, y una cuarteta que decía:

¡Considera, alma piadosa,  
en esta nona estación,  
el árbol de que colgaron  
al cura de Tamajón!"<sup>368</sup>.

Pero, además, Vinuesa sufría día y noche los insultos que la incontrolada ira *popular* le hacía llegar a través de un pequeño y "lúgubre ventanillo" que daba a la calle. "Por allí -dice Galdós- entraba la voz terrible del populacho cantando infames coplas, amenazando

---

<sup>368</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1531.

e insultando sin cesar al pobre reo. (...) la ira de la nación vengativa". Vinuesa veía en "aquel boquete horrible (...) el ojo y la boca de la inmunda canalla, que, sin cesar, le vigilaba y le escupía"<sup>369</sup>.

Esta amenaza populachera afectaba también, aunque en menor grado, a Gil de la Cuadra, cuya liberación intenta Monsalud movido por el deseo de "hacer bien a un semejante (...) dar forma al agradecimiento (...) y tranquilizar la conciencia..." borrando "las grandes faltas" con "buenas acciones", según dice el mismo Monsalud a Gil de la Cuadra cuando lo visita para anunciarle la proximidad de su fuga. La "santidad" de esta empresa, añade, "me hace creer que esta vez (...) mi trabajo no será estéril". Pero Monsalud no se lo acaba de creer. De ahí que haya de repetir, como queriendo afianzar su esperanza: "Todo me anuncia que esta vez mi afán no tendrá, como otras veces, un éxito desdichado"<sup>370</sup>.

#### 3.4.1.4. La polémica sentencia contra Vinuesa

La ansiosa esperanza de Monsalud y el sombrío augurio que resulta de sus referidas vivencias tienen sus homólogos históricos en esta sentencia y en la amenazante reacción que produce. Ambas acercan al lector a una sensación de situación límite que parece poner en juego el ya erosionado prestigio del Gobierno revolucionario:

"Mientras esto ocurría, -dice Galdós, señalando la simultaneidad de los componentes novelesco e histórico de aquella situación,- todo Madrid se alarmaba con una estupenda novedad. Por todos los barrios, por todos los clubs, por todos los círculos corría una noticia, que muchos suponían increíble por lo disparatada, y otros aceptaban con resignación como una nueva prueba de los desaciertos y traiciones del Ministerio. El fiscal

---

<sup>369</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1532. En imagen equivalente, el *Annuaire Historique Universel* - considerado por I. M. Zavala "una de las mejores fuentes para el estudio de la situación española durante el trienio"-, dice al referir el asesinato de Vinuesa que "la populace attendait la mort comme une vengeance nationale" ("Annuaire...", París, año 1821, pp 454-455. Cfr. ZAVALA, I.M.: "Masones, Comuneros y Carbonarios". Cit., pp 26 y 80.). Aquella campaña dio lugar a un *Manifiesto de D. Matías Vinuesa, Capellán de Honor de S.M., para vindicar su conducta moral de las calumnias con que públicamente ha sido infamado* (Folleto de 12 pp, Madrid, Imprenta de Burgos, 1821.), en que, según indica el profesor Comellas al citarlo, "eludió la exculpación del delito de conjura", que se hallaba *subjudice*. Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 195-196.

<sup>370</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1533.



de la causa formada contra Vinuesa no pedía para éste más que diez años de presidio. El irritado pueblo, a quien habían hecho creer que la muerte del arcediano no era bastante castigo para las culpas de éste, vio en los diez años de presidio una pena tan suave, que, más que pena, le parecía recompensa. De los demás conspiradores absolutistas nada se decía aún; mas era probable que recibirían en pago de sus infamias algunos años de encierro, es decir, confites.

"No es preciso indicar -continúa Galdós- que en todo Madrid, y principalmente en los barrios bajos, era un Evangelio la opinión de que *había corrido mucho dinero* para absolver a los malhechores; los más listos decían:

"-¿Pues qué? El Rey no podía dejar perecer a sus amigos".

Pero "en esto -dice- se equivocaban, porque Fernando se distinguía de todos los malvados por un funesto sistema de abandonar cobardemente a cuantos le habían servido, y aun gozarse de un modo incalificable en la desgracia de ellos. (...). La verdadera causa de la lenidad relativa del fiscal, y más tarde del juez -explica-, fue que el Ministerio y los masones habían llegado a comprender cuán bárbara y soez era la excitación vengativa del populacho, a pesar de haberla excitado ellos mismos en febrero y marzo, y quisieron rendir homenaje a la Humanidad y la Justicia, evitando un sacrificio inútil".

Por último, en una de esas acotaciones -dentro del texto- que Galdós suele hacer en su relato, manifiesta así su personal criterio, que trasluce -como tantas veces- sus estudios de Derecho: "Hemos llamado lenidad a la pena anunciada, porque, con respecto al furioso ardor de la canalla, lo parecía, pero, en rigor de justicia, era una atrocidad, que sólo tiene disculpa en las infames transacciones a que obligan los yerros políticos"<sup>371</sup>.

El Gobierno se veía, pues, amenazado por la misma fuerza que antes utilizó contra las maniobras absolutistas, encabezadas -ésta era la gran tragedia- por la propia cabeza del Ejecutivo que había de combatirlas, y cuya falta de voluntad, en difícil equilibrio, hubo de suplirse con aquella fuerza popular. Esta utilización, además de ilegítima, devenía en *yerro político* -y a ello parece referirse Galdós- en cuanto fomentaba, o permitía a otros,

---

<sup>371</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1533 y 1534.

la "excitación vengativa del populacho", que acabaría creyendo que podía saltarse las instituciones y ejercer una acción directa, obrando en su lugar, o presionando con amenazas, cuando las estimase ineficaces o injustas.

La especial responsabilidad que en la difusión y aplicación de estas ideas se atribuye a las sociedades secretas, se destaca, una vez más, al centrar principalmente la atención en la respuesta que dicha sentencia ocasiona en Los Comuneros y en el Grande Oriente: "En Comuneros -dice Galdós- la noticia fue chispa arrojada a la mina. La *Fortaleza* reventó, y una explosión de salvajismo, de barbarie, de odio y necedad atronó la *Plaza de Armas*. Los honrados y los inocentes, que no eran los menos bajo el estandarte de Padilla, hacían coro a los malvados, por la solidaridad que entre todos reinaba. Eran los primeros envueltos en el torbellino, y sin saberlo, estaban tan locos como los demás; mejor dicho, los honrados y los inocentes eran los verdaderos locos, porque los perversos conservaban, bajo la borrachera de venganza, su nefanda razón. Pero, en realidad, la noticia de la blandura del juez más les agradaba que les afligía. Servíales de pretexto para poner en ejercicio su ideal de barbaridades, desafueros, y de admirable tema para gritar contra los ministros, llenándoles de befa y escarnio."

Y, abundando en esta actitud violenta, describe así la reacción y papel propios de algunos de sus principales tipos:

"Romero Alpuente, a quien respetaban, no pudo presidir la sesión, porque le fue imposible sofocar el tumulto. Regato emitía con su habitual tono de importancia opiniones furibundas. Mejía sudaba gritando, y con el rostro encendido gesticulaba sin poder conseguir que le oyeran. Pelumbres daba golpes en los bancos con un bastón semejante a la clava de Hércules. Don Patricio, renunciando a ser oído por toda la Asamblea, pronunciaba, ora frases áticas, ora apóstrofes demostenianos en un pequeño grupo que se formó a su lado. En suma: la *Plaza de Armas*, más que guarnición regular parecía un ejército indisciplinado, un manicomio insurrecto, o un infierno en que fuese ley la libertad individual para hacer diabluras"<sup>372</sup>.

---

<sup>372</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1534.

Esta furiosa asamblea, cuyo descontrol viene a corresponderse con el desgobierno estatal, tiene su prolongación bastarda en la *Camarilla del populacho*, cuya acción, según se dijo, inspira o manipula Regato como agente secreto de Su Majestad.

En las referencias de Galdós a esta acción confluyen algunas de sus ideas más tempranas y persistentes sobre el deterioro revolucionario del Trienio. Ya en "La Fontana de Oro", reflexionando sobre los posibles factores del mismo, y apuntando especialmente a la camarilla Real, opina Galdós que "si hay algo más terrible que la **Anarquía**, son las **Camarillas**"<sup>373</sup>.

En "El Grande Oriente" tales doctrinas se plantean al proyectarse este asesinato en la camarilla de Regato, síntesis de las ideas de tal camarilla, tendencia a la anarquía, estímulo secreto del Rey en este mismo sentido y algunas otras cosas.

A su reunión de aquella noche no asistió ninguno de los diputados comuneros, ni más periodistas que Mejía, ni más cargos oficiales de aquella sociedad que Regato. Pero si al decirlos ausentes se evita su inculpación personal -y aun la oficial de la Asamblea comunera- en el acuerdo criminal que esta camarilla toma, Galdós no parece eximirlos de haber sembrado los vientos que produjeron aquella tempestad.

Regato actúa sobre terreno abonado. La idea comunera de que los moderados tendían a entenderse con la Corte y perseguían a los patriotas le sirve para introducir el miedo en aquella camarilla asegurando que el Gobierno "va a pegar, pero a pegar fuerte", y que "empezará su obra acogotando a los buenos patriotas, que *-no faltaba más*, parece decir Galdós, - somos nosotros". El rechazo a la moderación se extiende al de la "gente de lengua

---

<sup>373</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 371. La acción de *camarilla*, que en "El Grande Oriente" se extiende -como dijimos- a la del *populacho* y a la *constitucional*, se muestra entonces también fuera de palacio a través de *La Fontanilla*, de modo que se presenta como un estilo o modo de hacer política. Si la de Palacio afecta especialmente a las instituciones públicas, la de los masones, comuneros y sociedades patrióticas afectan también a las sociales. En *La Fontanilla* confluyen además -como en la de Regato- la manipulación absolutista de *Coletilla* y del *Doctrino*, que tratan de inculcar a los exaltados la idea -con algunos ecos aquí- de que "el verdadero sacerdocio de la Revolución (...) es destruir:". También allí hay quien defiende, como en "El Grande Oriente", que se debe "enseñar al pueblo a pedir justicia: y si no se la dan, a **hacerse justicia por sí mismo**". Pero, mostrando Galdós que piensa en el caso Vinuesa como aplicación típica de ese principio, se añade: "¡Cuánto han hablado esos hipócritas -se refiere a los moderados- del hecho del cura de Tamajón, acusando al Pueblo de que se hacía justicia por sí solo! ¿Pues qué había de hacer el Pueblo, si veía que el Gobierno permitía la conspiración constante del Palacio Real y encarcelaba a los buenos liberales porque cantaban el *Trágala*?". "La Fontana de Oro". Cit., pp 228 y 229.

y pluma", excluída despectiva y hábilmente por Regato de la "gente valerosa" y sincera, y, entre éstos, a "los caballeros comuneros de corbatín almidonado y palabrejas finas", que no deben conocer aquel acuerdo porque "dirán (...) -asegura Regato- que estamos locos".

Ello le sirve, además, para halagar y captar a quienes, como *Pelumbres*, opinan que los liberales cultos son unos *futraques* que dicen "cosas lelas y de mil flores" cuya conclusión es, afirma, que "nosotros trabajamos y ellos comen"<sup>374</sup>.

Presenta así Galdós una base real en la demagógica apelación de Regato a las injustas -y mantenidas por los moderados- diferencias socioeconómicas existentes; pero dicha apelación no pretende subsanarlas sino utilizar la irritación que producen en una acción violenta contra la sentencia *gubernamental* y, a ultranza, contra el sistema constitucional. Esta irritación y el pábulo dado antes interesadamente al delito de Vinuesa se muestran ahora instrumentos eficaces de Regato, que convence a los 11 comuneros presentes de que la sentencia contra Vinuesa es, además de una lenidad, un engaño que desembocará en la concesión escalonada de *indulto*, *canonjía* y *mitra*, con lo que todos opinan que había llegado el caso de que, según les habían enseñado, el pueblo soberano se hiciera justicia a sí propio. Pero, además, ello se intergra en la falta de respeto a la ley que anima a este grupo. En él se muestran deseos de sustituir al Gobierno mediante un *levantamiento en masa*, cosa para la que, según dice Regato -señalando así Galdós otro elemento interesado en aquella acción deteriorante- habrá de esperarse a que "se reciba el dinero que (...) han prometido de América". De momento se trata de dar una muestra de su *mucho poder* dando *porrazo*, *apelando "a la estaca"* y contraponiéndose al Gobierno: si el "dice blanco, pues

---

<sup>374</sup> "El Grande Oriente", Cit., p 1535. Esta motivación socioeconómica es varias veces atribuída por Galdós a la rebeldía de las bases *exaltadas* del Trienio, que denunciaban así el egoísmo de los moderados. Con sentido parecido al de Pelumbres aquí, don Patricio Sarmiento enaltecía en sus clases a Cayo Graco porque "fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato" (Ibíd., p 1459); Romero Alpuente prometía en su discurso a los Comuneros que cuando ellos gobernasen "No se dará el caso -dice- de que de los 20 millones de españoles suden y trabajen lo 18, y apenas puedan llevar a la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres". (Ibíd., pp 1524-1525.); y aún hay alguna otra expresión equivalente. En ellas parece insinuarse en alguna medida esa tendencia igualitaria de los *exaltados* -quizá limitándola a ciertos sectores de ellos- a que se refiere el profesor Comellas, en cuya opinión "El igualitarismo es, con la soberanía nacional, el principio fundamental de la sobrerrevolución de 1821". COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 283-286, especialmente 285.

nosotros -explica Regato- decimos negro"; si "coles, (...) lechugas"...; y, al fin: "El Gobierno perdona a los absolutistas, pues condenémosles nosotros"<sup>375</sup>.

La criminal decisión se muestra enmascarada por Regato con la idea de impedir "la impunidad de quien ha trabajado y trabaja aún en contra del pueblo"<sup>376</sup>. Se tiene así la impresión de que entre quienes apoyaban tal decisión los había más ignorantes que culpables, pues deciden ufanos reunirse y acabar con Vinuesa al día siguiente, "a las doce del día", sin ocultarse, porque -de acuerdo con la opinión que les habían enseñado y que, según apunta Galdós, "gritó el más decente de todos"- "no se trata de ninguna traición, sino de una obra de justicia"<sup>377</sup>. Pero la imagen de aquella "especie de carnívoros", que parecían ir ya "masticando el sangriento manjar", se muestra, sin embargo, repugnante. En ella no se ve la libertad y el progreso esperados de la Revolución. Con todo, la locura o perversidad de este reducido grupo -en el que, simbólicamente, se lanzan amenazas contra Monsalud- no resulta ser lo más grave: "Poco después de este suceso -señala Galdós-, las *Plazas Fuertes* y *Salas de armas* encerraban un partido en evolución". La responsabilidad de aquel asesinato se extiende entonces diciendo que "pasada la media noche" conocían el proyecto "la mayor parte de los comuneros" y que "a la madrugada sabíanlo también los masones". El comportamiento de unos y otros, decidido en *camarillas*, viene a dar una más completa imagen del ambiente<sup>378</sup>.

Si en la camarilla comunera se destacaba la tendencia a la acción extrainstitucional y violenta, en la *Constitucional* se insiste en la débil perplejidad o inhibición de los gobernantes. El anillero que, según dijimos, parece Martínez de la Rosa, sitúa tal amenaza en el contexto, más general, de los "excesos del populacho", la "ignominiosa licencia", el *vergonzoso* "desorden" y la ineficacia de las "instituciones vigentes". Su remedio, como

---

<sup>375</sup> "El Grande Oriente", Cit., pp 1535-1536.

<sup>376</sup> "El Grande Oriente", Cit., p 1536. También Vayo -de quien probablemente lo toma Galdós- afirma que "los individuos de la Fontana inflamaban el corazón del vulgo hablando de la impunidad de los conspiradores". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 250.

<sup>377</sup> "El Grande Oriente", Cit., p 1537.

<sup>378</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1538.

su diagnóstico, implica una acción de conjunto, además de la urgente y concreta de aquel día: "Que el Gobierno, sabedor de la inicua amenaza de los exaltados, evite que se consume un horrendo delito; haga entender a esa gente que su destino y misión no es todavía ni será en mucho tiempo dirigir la cosa pública; establezca el imperio de la razón, de la calma, del buen sentido, y entonces variaremos de opinión."

Acción que se termina de perfilar acto seguido, entre las protestas de Flórez Estrada y M. J. Quintana, al propugnar la adopción de "la *Carta francesa*" y condenar las sociedades secretas, "que o sirven para fomentar el jacobinismo y ofrecer un secreto peligroso a las intrigas y a las ambiciones, o no sirven para nada"<sup>379</sup>.

Centrados en "la cuestión" Vinuesa, es también Martínez de la Rosa quien puntualiza así su alcance: "Causa horror el ver que estas atrocidades se cometan; pero causa más horror aún que se anuncien." Esto es, efectivamente, un indicio claro de hasta qué punto llegaba el desgobierno. Porque no es sólo que "se anuncien", sino que, como sabía Galdós, se cometieron estando anunciadas<sup>380</sup>.

La explicación que Galdós da de cómo pudo ser esto se funda en la idea de que no se terminaba de creer. Atribuye a Flórez Estrada y a Quintana la defensa firme de la bondad natural del pueblo, irritado con razón pero incapaz de aquella villanía, y a "don Mateo Valdemoro, ministro de la Gobernación", la opinión de que "es ridículo que por una alarma necia llenemos -dice- las calles de artillería". Sin embargo, esta afirmación parece encubrir cierta debilidad, que aflora aun más al añadir éste: "Parecería una provocación, y lo que no es más que una alarma insignificante, podría trocarse en formidable motín"; y, sobre todo, cuando se manifiesta miedo a pasar "por serviles" ante el *pueblo* instigado por los "tunantes" y, a la vez, miedo a dar alas a la Corte: "Es más -añadió el Ministro-. Si acuchillamos al pueblo, daremos un gustazo a la Corte. Vinuesa estará libre dentro de dos meses, y las cárceles llenas de liberales".

---

<sup>379</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1539.

<sup>380</sup> El proceso seguido en 1824 contra los asesinos de Vinuesa dejó "claro que lo que iba a suceder se conocía hasta en la propia cárcel". Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 222, en que cita la *Causa instruída sobre el asesinato del cura de Tamajón*. A.H.N., Consejos, Leg. 8935, Doc. N° 68.

La respuesta de Martínez de la Rosa delimita claramente la cuestión: "Pues ahorquen ustedes a Vinuesa (...). Esto sería lógico. Lo absurdo es absolverle y permitir las horribles venganzas del populacho.

"-Siempre el populacho... es decir, el gato" -se hace decir a *Coriolano*, el que parece ser Flórez Estrada-.

"-Si ahorcamos a Vinuesa, exacerbaremos a los serviles y a la Corte -dijo el Ministro en tono de perspicacia-. Prudencia por un lado y por otro, es lo que conviene"<sup>381</sup>.

Debatiéndose entre estos miedos a unos y otros, el Ministro desecha también la idea de "quitar la guardia de milicianos que está en la Cárcel de la Corona y reemplazarla con tropa de línea", según le aconsejan todos los demás, porque "mudar la guardia -insiste en su idea- me parece una provocación".

Esta inacción gubernamental, además de ser ineficaz, facilitaba la intromisión privada en las cuestiones públicas, según parece señalar Galdós al plantear finalmente: "¿Cuál de las dos camarillas es más responsable ante la Historia: la del populacho o la de los hombres leídos? No es fácil contestar. La primera, en medio de su barbarie, había resuelto algo en el asunto del día; la segunda, con toda su ilustración no había resuelto nada"<sup>382</sup>.

### 3.4.1.5. *Un asesinato anunciado*

El deterioro de la situación progresa simultáneamente en el plano simbólico. Regato, vestido con el "uniforme de capitán de la Milicia", procura en la cárcel entablar con Monsalud, ya *sota-alcaide*, tratos análogos a los que mantenía en el plano histórico con la Revolución, cuya presencia en la cárcel es, asimismo, inminente. Sus intentos de soborno, amenazas, etc., se orientan en este caso a frustrar el acto revolucionario de linchar a Vinuesa. Monsalud finge acceder bajo el chantaje de que Regato pueda utilizar unas comprometedoras cartas de Amézaga y, de acuerdo con su plan, sorprende, introduce, desnuda y amarra al engañado Regato en el calabozo de Gil de la Cuadra, que, en

<sup>381</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1539 y 1541.

<sup>382</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1542 y 1543.

prometedor desenlace, procede a vestirse el traje de miliciano de Regato para salir de la cárcel.

Pero, en ese instante, se siente el ruido propio del anunciado asalto a la cárcel y Monsalud sale preocupado del calabozo<sup>383</sup>.

Fuera se estaba produciendo un hecho de historia externa que reflejaba, agravándolo a la vez en grado sumo, el quebranto que iba sufriendo la Revolución. Cuando Monsalud regrese al calabozo se encontrará con que, simultáneamente, se ha producido dentro su simbólico quebranto personal.

El primero, el del plano histórico, es así descrito por Galdós: "Casi al filo del medio día, una horda de caníbales se reunía en la Puerta del Sol, mejor dicho, se diseminaba, marchándose cada animal por su lado, después de acordar juntarse por la tarde en el mismo sitio. Así lo hicieron, y las autoridades miraban aquello como se mira una fiesta. Pasadas las cuatro, los grupos volvieron a invadir la Puerta del Sol. Había en ellos una frialdad solemne y lúgubre, como de quien no fía nada al acaso ni a la pasión, sino al cálculo y a la consigna. La autoridad seguía no viendo nada, o negligente, o cómplice, o imbécil, que las tres cosas pueden ser. Los grupos susurraban, y por un momento vacilaron; al cabo de cierto tiempo dirigiéronse, por la calles de Carretas y las de Barrionuevo y la Merced, a la Cárcel de la Corona. Llenóse la calle de la Cabeza en su mayor parte". Entre aquel gentío se destaca, como protagonista típico, al "ciudadano Pelumbres, arengando como una bestia que hubiese aprendido, durante corto tiempo y por arte milagroso, el lenguaje de los hombres. Casi todos llevaban armas, menos él.

"Considerando que su persona no estaba completa, pidió una navaja; mas como nadie se hallaba dispuesto a tal generosidad, dirigió su mirada de buitre a todas partes" hasta hallar, en unas obras de "la calle de San Pedro Mártir", "un gran martillo", que, como herrero, encontró muy propio de sí<sup>384</sup>.

"Cuando se dirigió, con su arma al hombro, a la esquina de la calle de Lavapiés

---

<sup>383</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1543-1550.

<sup>384</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1550.



-continúa Galdós, señalando a la vez con este verismo aquel escenario,- sus compañeros rompían a hachazos la puerta de la cárcel. Los milicianos, no queriendo sostener una lucha contraria al Progreso, según su criterio, ni tampoco entregarse sin resistencia, habían asegurado la puerta con un solo cerrojo, y en el zaguán se disponían, intrépidos, a descargar sus armas... al aire.

"La puerta no se resistió mucho. Lo que empezaron los hachazos, dos docenas de coces lo concluyeron." Destaca entonces Galdós la "rugiente y soez" irrupción de la "turba" en la cárcel y el inigualable "grado de ferocidad" con que el hombre, uniendo "a la barbarie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra", induce, en delirantes casos como aquél, a "considerar a la hiena como un noble animal"<sup>385</sup>.

La perversidad del hecho se acentúa, además, asociándola, como tantas veces, con la imagen de la serpiente -demonio del paraíso-, cuya cola, compuesta de "mujeres", "culebreaba en la plazoleta de Relatores" mientras el alargado cuerpo se arrastraba por varias calles, penetraba enroscándose en el patio de la cárcel y se iba estrechando y aguzando para meter su boca por la angosta "puertecilla" del calabozo de Vinuesa, cuyas vanas súplicas de perdón fueron interrumpidas por un "mortal golpe" de martillo en la cabeza. "Siguióle otro no menos fuerte, y después 10 navajas se cebaron en el cuerpo palpitante." Un martillo y "10 navajas" con que Galdós parece acusar tácitamente a los 11 comuneros de la camarilla de Regato.

Pero, señalando otros responsables del crimen, completa así, con biliosa ironía, su descripción del desenlace histórico de este suceso: "Lavaban los asesinos el martillo en la fuente de la calle de Relatores, cuando el Gobierno resolvió desplegar la mayor energía. ¡Qué sería de esta nación si la Providencia no le deparase en ocasiones críticas el tutelar beneficio de un Gobierno! La noticia del crimen corrió por Madrid, y la Villa, que es y ha sido siempre una villa honrada, se estremeció de espanto y piedad. El Gobierno se estremecía también, y declaraba con patriótico celo que no descansaría hasta castigar a los culpables. Para que nadie tuviera duda de su gran entendimiento y perspicacia política,

---

<sup>385</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1550.

mandó que inmediatamente se pusiera fuerza del Ejército en el edificio, y por si alguien tenía dudas todavía de su diligente y paternal actividad, ordenó que al instante y sin pérdida de momento *se instruyesen las oportunas diligencias*. Quejarse de un Gobierno así es quejarse de vicio"<sup>386</sup>.

El deterioro ambiental y la anarquía que implica esta violación de la seguridad de la cárcel, garantizada por el Estado, tiene su trasunto simbólico en las escenas novelescas con que, acto seguido, concluye el Episodio: cuando Monsalud regresa al calabozo de Gil de la Cuadra, pensando ilusionado en que por fin lo sacará de la cárcel, le dará la libertad, se encuentra con que éste, informado "con afán de perversidad" por Regato de los amores que Monsalud había tenido, en 1814, con su segunda esposa, la afrancesada Pepita Sanahuja, lo rechaza "con profunda ira": "De tí, de tu mano (...) no la quiero." Y, ante la reiterada actitud amistosa de su "estupefacto y espantado" libertador, insiste una y otra vez: "Miserable, apártate de mi (...). Me manchas, me ofendes, me repugnas". Cuando Gil, estimulado por el recuerdo de su hija, intenta salir de la cárcel y se desmaya en el patio, Monsalud lo toma en brazos y, sin hacer caso de sus protestas -: "¡Déjame, déjame maldito!"- le ayuda a llegar al coche en que le esperaba Solita; pero el éxito sólo es externo. Su "conciencia -indica Galdós- había dado un grito espantoso" al sospechar lo ocurrido, y su espíritu queda abatido.

Monsalud siente que, una vez más, se malograban sus afanes. El menoscabo sufrido, el supremo sacrificio de arrancarse el corazón al renunciar a Andrea, había sido casi en vano. Aunque había liberado físicamente a Gil de la Cuadra, podría decirse que, sin querer, le había producido un daño equiparable al que la parte más vil de la Revolución al matar a Vinuesa. Los condicionamientos del pasado, representados ahora en las cartas conservadas por Regato, interfieren de nuevo en sus objetivos a través del doble plano de las de Amézaga, más ligadas al histórico odio del Rey a quienes difundieron "sus chicoleos en

---

<sup>386</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1550 y 1551. Este relato de Galdós se corresponde fielmente en sus términos y tono con el de Vayo (Op. Cit., T II, pp 241-242. Presas, aunque no describe el hecho, destaca el escándalo que para la Europa de la Santa Alianza hubo de suponer *que los gobernantes hubieran consentido* aquello a "una Gabilla (Sic) de furibundos", estando Vinuesa "bajo la Salva Guardia (Sic) de la ley". "Pintura de los males...", Cit., p 114.

Valençay, (...) sus diabluras con los Bonapartes ...", y las de Pepita Sanahuja, cuya lectura produce el odio de Gil de la Cuadra a Monsalud. En uno y otro caso son "historia antigua", pero *de las que no se perdonan*.

Resulta, pues, que Monsalud, sacrificándose para lavar su falta y procurar, agradecido, el bien de Gil y su hija, les hacía sufrir más.

Esta nueva frustración se asocia, en un efecto acumulativo, con la antes sufrida respecto a Andrea, según se hace notar diciendo que, idos Solita y su padre, Monsalud, abrumado y aturdido por su dolor, estuvo a punto de ser atropellado por la carroza en que el marqués de Falfán de los Godos y Andrea venían de casarse<sup>387</sup>.

Se siente así, en una especie de síntesis final, que el deseo de ennoblecerse de Campos, la *timidez* o deseo de buena vida de Andrea y el brillo social del Marqués se combinan con las conspiraciones absolutistas, la exaltación comunera, compromisos históricos, etc., para privar a Monsalud del amor de Andrea y de los afectos y satisfacciones que podrían compensarlo, igual que factores semejantes debieron privar a la Revolución de los valores y atractivas realizaciones que, según se vio, representaba Andrea para Monsalud. Por otra parte, éste, como la Revolución, ve que su deseo de hacer el bien se frustra por la satanización a que lo someten agentes secretos como Regato, cuya conversación con Gil de la Cuadra le produce un desprestigio homologable con el que sufre la Revolución a causa del *entrismo* representado por el mismo Regato, infiltrado primero entre los masones y después entre los comuneros.

La acumulación de todos estos condicionamientos, del pasado y del presente, y los continuos temores y reflexiones de Monsalud, hacen sentir ahora con más fuerza el fatalismo que este decía sentir sobre sí, reforzando a la vez la idea de que la Revolución/Monsalud, carente de la acción educativa y el tiempo, propios de la evolución, no conseguirá los bienes representados por Andrea, que de momento disfruta un Marqués, ni siquiera otros más modestos.

Es como si Galdós reforzase emocionalmente la idea -reiterada sin tasa, y perfectamente

---

<sup>387</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1551-1554.

comprensible para sus lectores de 1876,- de que la revolución suele deteriorarse antes de hacerse realidad y que, pese a sus nobles y generosos principios, suele resultar manipulada por intereses bastardos y, lamentablemente, producir, como Monsalud, sufrimiento y frustración a quienes confían en ella. Es decir, aunque los objetivos revolucionarios sean inmediatamente deseables y vayan acompañados de honrados empeños, su inmediatez no suele ser posible. Muchos de ellos, aun sin contar con las actitudes egoístas o contrarias, sólo pueden conseguirse con el tiempo y el esfuerzo mantenido propios de la evolución.

### 3.4.2. Nueva fase e imágenes de este deterioro

Concluida la acción de "El Grande Oriente" el día 4 de mayo de 1821, hay en los Episodios una nueva elipsis que lleva hasta el 14 de "marzo de 1822", en que se inicia la del "7 de Julio". Pero en este caso existen algunos materiales que el mismo Galdós proporciona para establecer entre aquellas dos fechas un puente de unión. En realidad, la aludida elipsis parece responder a que, reconociendo precisamente la relevancia y representatividad de algunos hechos ocurridos en el periodo a que corresponde, -puesto que les dedicó su primera atención- Galdós había centrado en ellos la acción de "La Fontana de Oro" y, como él mismo dice a veces, evitaba repetirse aun para mejorar lo ya dicho.

"La Fontana de Oro" contiene, según se va viendo, numerosas imágenes orientadas a mostrar los factores de deterioro del ambiente y gobierno revolucionarios durante el Trienio, aun cuando su "historia -así se dice- no pasa más acá de 1821". La **ignorancia** de unos, la **venalidad** de otros, la inocente **exaltación** de Lázaro y algunos de sus amigos y la **perfidia manipuladora** con que *Coletilla* estimula las tendencias anarquizantes a que, en este mismo apartado, se ha hecho referencia conducen en "La Fontana de Oro" a esas *bastardías* de que ya hemos visto hablar a Galdós. El mismo título de esta novela evoca inmediatamente las interferencias producidas a través de las sociedades patrióticas y secretas en aquellos Gobiernos, cuya debilidad constitucional se veía agravada, además de

por todo lo dicho, por la abierta oposición absolutista española y extranjera<sup>388</sup>.

### 3.4.2.1. *La Batalla de Platerías*

El principal ejemplo seleccionado por Galdós para mostrar esta dinámica en su temprana novela es, como se indicó en el resumen argumental, la llamada *batalla de Platerías*, ocurrida -ya se dijo- el 18 de Septiembre; efemérides revitalizada por la Revolución de 1868 mientras Galdós escribía sobre los hechos de 1821.

En el ambiente propio de aquella división liberal, de "aquellas asonadas tan frecuentes entonces" a la sombra de ruidosos "vivas a la Constitución y a Riego", el día 17 de septiembre de 1821 se advierte en Madrid una especial inquietud *callejera* que, según explica con misterio el barbero Calleja -cuyo nombre evoca ese callejeo que suele encabezar- se debe a "que mañana -dice- habrá procesión cívica en honor de Riego, cuyo retrato será paseado por todas la calles de la Corte".

Se destaca inicialmente como motivación que había quienes no estaban dispuestos a "consentir que se maltratara al héroe de las Cabezas, al fundador de las libertades de España" -recientemente cesado como Capitán General de Aragón-, pero también que el acicate era mayor porque "el Gobierno está decidido a que no haya procesión." La desafiante respuesta a esta actitud gubernamental tiene un cauce y un nombre: "La Fontana lo ha resuelto y se hará"<sup>389</sup>.

Este anarquizante desafío se reitera y matiza, además, como un rasgo incorporado al carácter nacional, cuando uno pregunta si es verdad que "el Gobierno prohíbe la fiesta" y se le contesta: "Sí; no le gustan esas cosas. Pero habrá procesión o no somos españoles.

---

<sup>388</sup> La continuidad e intensificación que los hechos reflejados aquí por Galdós representan en el proceso abierto a principios del año 1821 hasta que, a finales del mismo, aquella *inquietud, manifestaciones y motines* acaban por "cuajar en corrientes colectivas de gran empuje", viene a ser confirmada por el profesor Comellas al ocuparse de *la revolución exaltada, sobre-revolución o revolución en la revolución* que dicho proceso representa. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 238 y Sgts.

<sup>389</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 28, 34 y 90. Hay que tener en cuenta que, según dice Vayo, "la Fontana de Oro, como igualmente las reuniones patrióticas de las provincias, eran el eco de las sociedades secretas, y revelaban los planes misteriosos de éstas, en los discursos con que arrastraban a las muchedumbres a su ejecución." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 249.

El Gobierno la prohíbe"<sup>390</sup>.

La tendencia a la confrontación, centrada y estimulada en *La Fontana*, se muestra agravada por un proceso dialéctico que Galdós sólo refiere en parte, de modo retrospectivo, y que, muy brevemente, vamos a esbozar con algunos apuntes tomados de Vayo para mostrar la substancial conformidad entre lo dicho por uno y otro y para hacer más transparentes las alusiones contenidas en los textos de Galdós.

Enlazando con lo antes dicho en este apartado, informa Vayo: "En la Fontana de Oro habían resonado alabanzas a la muerte de Vinuesa; y sus asesinos, fundadores de una orden llamada del martillo, osaron aparecer en aquel sitio adornado el pecho con el instrumento con que habían inmolado al clérigo infeliz. Allí Romero Alpuente persuadía al pueblo que la guerra civil era un don del cielo, y que la anarquía purgaba la tierra de tiranos; allí se igualaba la monarquía moderada con la esclavitud, y se llamaba al trono cadalso de la libertad; y allí, agitados siempre los oradores por el vértigo que los dominaba, enardecían los ánimos a favor de la república sin nombrarla"<sup>391</sup>.

Este texto, que Vayo titula al margen "Doctrinas anárquicas" y que, como tales, reproduce en parte Galdós en "El Grande Oriente"<sup>392</sup>, viene a asociar en ellas la defensa del asesinato de Vinuesa y las posibles inducciones a la República, relacionadas con el cese de Riego y la consiguiente *batalla de Platerías* en que se centra esta otra novela. Destaca, por otra parte, que *La Fontana* era en el verano de 1821 un "foco de insurrección"<sup>393</sup>.

Después, el clima electoral elevaría aun más la tensión. En él se inscribe el cese de

---

<sup>390</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 90.

<sup>391</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 247. La postura de Romero Alpuente puede verse en el Discurso que el 6 de Mayo -dos días después del asesinato de Vinuesa- pronunció ante las Cortes sobre la contestación de éstas al Mensaje que Su Majestad les envió con tal motivo. Discurso que se halla reproducido en MIRAFLORES, M. de: "Documentos...", Cit., pp 241-243, como Doc. N° XXXVIII-4, y en el que se dice que aquel asesinato "ha sido en el pueblo un esceso (Sic) de amor a la Constitución y a la justicia" (Ibíd., p 242), aunque no se emplean expresiones como las recogidas en el texto de Vayo.

<sup>392</sup> Edición Cit., pp 1511-1512. Galdós incluye como defensores de estas doctrinas los nombres de otros que cita así mismo VAYO, E. de C., Op. Cit., T II, p 243, según puede verse en nuestro apartado sobre *la conflictiva necesidad de educación*.

<sup>393</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 247.

Francisco Copons y Navia como Jefe Político de Madrid -tras difundir una "instrucción reservada" de Feliú en apoyo de la elección de diputados moderados- y el nombramiento para dicho cargo de "José Martínez de San Martín, de carácter resuelto y entero -según Vayo-, y enemigo de bullicios y de insultos"<sup>394</sup>.

Pero "la confianza que infundía la firmeza de San Martín y de Morillo" -éste había sido nombrado capitán general de Castilla la Nueva tras el asesinato de Vinuesa- tendían a disipar "el terror que *-los exaltados-* habían infundido con la muerte de Vinuesa" y a debilitar su posición. "Para recobrar pues el terreno perdido -dice Vayo- quisieron repetir la sangrienta escena de Mayo en un infeliz pintor sentenciado a diez años de presidio por haber conspirado contra el sistema representativo" -cosa que "anunciaron al pueblo"-; y, frustrado este intento por la autoridad, lo repitieron luego en los Guardias que "permanecían encerrados en un convento" hasta que se decidiera su pena por los sucesos del 5 de Febrero. Fracasaron también. En este caso por la resistencia del "piquete que custodiaba a los reos" y por el "arroyo de Morillo", que "tirando de la espada disipó los grupos"; pero, "rabiosos los alborotadores", le "acusaron de tirano" y de haber "infringido las leyes", dando pie a que Morillo pidiera "que le juzgase un consejo de guerra" y renunciase al mando hasta que dicho consejo lo "absolvió de todo cargo" y se le repuso en el, precisamente "en 18 de Septiembre, para terror de los perturbadores del sosiego público"<sup>395</sup>.

En este ambiente, cuya crispación aumentaba por la afluencia de revolucionarios italianos y franceses huídos de la Santa Alianza, se habían producido por entonces algunos intentos republicanos -descritos por Galdós en el ya referido discurso de Regato a Los Comuneros-, entre los que conviene destacar el de "dos oficiales franceses, llamados Uxón y Cugnet de Montarlot," que, "refugiados en España después de haber conspirado contra su patria -continúa Vayo-, (...) habían conseguido establecer relaciones en los pueblos guarnecidos de la frontera, y reunir algunos desertores." Riego, llevado de "su odio a la Francia",

---

<sup>394</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 247 y 248.

<sup>395</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 242, 249, 250 y 251.

estimaba, según este autor, "que el gobierno español debía auxiliar a los hombres turbulentos de aquella nación" y, convencido de que los franceses seguirían inmediatamente a la bandera republicana, "fundaba largas esperanzas en el proyecto y protegía los planes de Montarlot, ignorando quizás que estaban trabados y unidos con las alteraciones que también se proyectaban en la Península Hispana. Y como Riego, deseoso de influir en las elecciones de diputados, recorría los pueblos de la provincia predicando la exaltación, los liberales pensaban que sus palabras recomendaban las tramas urdidas, y con esta trocatina contribuía a facilitar el éxito de la empresa. El gefe (Sic) político de Zaragoza don Francisco Moreda, a quien constaban -asegura Vayo- los amañes de los revoltosos, participó al gobierno el estado de las cosas; y el rey ordenó despojar del mando al general Riego, y que éste pasara de cuartel a la plaza de Lérida." Cosa que, según añade Vayo, hubo de acatar ante las "acertadas medidas" que había tomado Moreda, aunque "la obediencia no fue el primer impulso de Riego"<sup>396</sup>.

Por último, señalando algunas otras circunstancias que Galdós implicaría en la acción de "La Fontana de Oro", indica Vayo: "Los ministros al despojar del mando de Aragón a Riego nombraron en su lugar al liberal sin tacha don Miguel de Alava -cuya casa muestra Galdós asaltada con intención asesina en "La Fontana de Oro"- para que la maledicencia de los partidos no tuviera donde aguzar los dientes. Inútil -añade Vayo- fue su previsión: apenas llegó la noticia a oídos de los oradores de la Fontana publicaron con su acostumbrada osadía que el ministerio obraba conforme al plan trazado por los cortesanos para derrocar el sistema constitucional, y agrupándose en la Puerta del Sol concitó la plebe a nuevos tumultos." En ellos se pedía, como en otras ocasiones, "que se obligase al rey a volver a Madrid" -se hallaba en San Ildefonso-, pero al no lograr el apoyo de "la diputación permanente" ni del "ayuntamiento", y pese a sus "gritos de muerte", "disipose el tumulto por sí mismo", pues "no llegaban a la centésima parte de los vecinos los

---

<sup>396</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 251 y 252. Este "impulso" y "medidas" se describen con bastante detalle y verosimilitud en la respuesta que a la Representación hecha por Riego desde Lérida el 7 de septiembre de 1821 publicó (*Universal*, núm. 262, del día 19 siguiente,) el teniente Manuel Calderón, encargado de entregarle, **por segunda vez**, la Real Orden con su cese. Este documento, junto a algunos otros que, siéndole contrarios, no desmienten lo substancial, pueden verse en GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas." Cit., T I, pp 231-233.



perturbadores de la paz y del orden"<sup>397</sup>.

Sin embargo, la actitud desafiante que antes destacaba Galdós encontraría motivos para los actos del día 18 de Septiembre. Según explica Vayo, "entre las voces propaladas por los oradores de la Fontana corría muy válida la opinión de que en todas las provincias serían separados del mando militar los generales que más pruebas habían dado de amor a las leyes vigentes." Tratando de atajar este rumor y señalando su efecto desestabilizador, "la gaceta del 14 de Septiembre desmintió el aserto (...). Más la Fontana de Oro era un poder formidable que ansiaba ya -afirma Vayo- medir sus fuerzas con el gabinete"<sup>398</sup>.

He aquí la imagen seleccionada por Galdós, según veíamos antes, para introducir al lector en el ambiente de los hechos: "La Fontana lo ha resuelto -hace decir Galdós a los fontanistas- y se hará." Hay que hacer la fiesta porque "el Gobierno la prohíbe". Es también la actitud atribuída, en circunstancias parecidas, a Regato y su camarilla en "El Grande Oriente": si el Gobierno dice blanco, nosotros negro; si coles, lechugas, si absuelve a Vinuesa,... lo condenamos. En ambos casos se trata de mostrar la propia fuerza en la capacidad de atropello jacobino de la legalidad.

Pero, señalando también la *firmeza* destacada por Vayo en el comportamiento entonces adoptado por "las autoridades", que manifestaron en un bando "fijado en las esquinas" su decisión de no ceder a "los tumultos", sino "combatirlos de frente"<sup>399</sup>, añade Galdós, continuando su relato sobre dicha prohibición gubernamental:

"En efecto, en aquel momento las esquinas recibían un emplasto oficial, en que se leía el bando prohibiendo la fiesta preparada por los clubs para el siguiente día. La tropa -advierde, como marcando la tensión del ambiente y la aludida firmeza,- estaba sobre las

---

<sup>397</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 253 y 254. Esta imagen de exigua minoría es, por otra parte, claramente señalada por Galdós al recordar, en su *Fortunata y Jacinta*, otras tertulias propias de este ambiente: "... aunque había sociedades secretas y clubs y cafés más o menos patrióticos, la gran mayoría de los ciudadanos pacíficos no iban a ellos, prefiriendo charlar en las tiendas". En Ed. y T. Cits., p 468.

<sup>398</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 254.

<sup>399</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 255.

armas"<sup>400</sup>.

Se muestra, pues, una actitud gubernamental distinta de la que, cuatro meses antes, había hecho posible con su pasividad el asesinato de Vinuesa.

Por otra parte, centrándose ya en el papel de principal protagonista que en aquellos preparativos de "los clubs" corresponde a *La Fontana*, indica que aquella noche habrá en ella una "gran sesión". Es aquella en que se prevé que hablen los más famosos oradores y a la cual se acaba incorporando también Lázaro<sup>401</sup>.

En ella, "un orador -que Galdós dice ser Alcalá Galiano, aunque ya se ha indicado que no podía serlo,- acusaba al Gobierno de la destitución de Riego. Contó -añade Galdós, como explicando el porqué de aquella *agitación*,- lo que había pasado en Zaragoza, y acusó a los habitantes de esta ciudad, por no haber defendido a su general. (...) Se ha dado el pretexto -continúa el orador- de que Riego fomentaba el desorden en todo Aragón. Esto no es cierto: es una mentira fraguada en esos oscuros conciliábulos de cierto palacio que no quiero nombrar. (*Rumores y risas* -indica Galdós-) Se le manda de cuartel a Lérida como un sospechoso, y se entrega el mando al jefe político. ¿Quién es ese jefe político? Siempre fue enemigo de la Libertad -<sup>402</sup>-. Todos le conocéis: es -se insiste- un enemigo encubierto de la Libertad: ¡Abajo los disfraces! (*Aplausos*.) Lo que se quiere bien lo conocéis: es ir apartando poco a poco de los cargos públicos a los buenos liberales -Galdós se hace eco de lo dicho por Vayo- para poner en ellos a esos hipócritas que se llaman nuestros amigos, y nos detestan en el fondo de sus corazones corrompidos. (...) ¡Ay de la libertad que hemos conquistado! Mucha atención, ciudadanos. No os descuidéis. Estad alerta, o si no, ¡ay de la libertad!"<sup>403</sup>.

Todavía insiste largamente el orador en acusar a los zaragozanos por no haberse alzado

---

<sup>400</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 90 y 91.

<sup>401</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 91 y 97.

<sup>402</sup> Se alude así a Moreda, que según dice Alcalá Galiano en sus *Memorias*, era "señalado por su firmeza," y que se mostró "celoso constitucional en 1814, cuando lo eran pocos militares". ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 123.

<sup>403</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 98.

contra la destitución de Riego como capitán General de Aragón, con lo que da lugar a que un aragonés se levanta a defender a su capital y, al hacerlo, recuerde la acusación gubernamental de que Zaragoza es "un foco de exaltación republicana", de que "allí se elabora una conspiración para sostener la República"<sup>404</sup>.

Dando, pues, por conocidos los intentos republicanos concretos -que sí describirá, adelantándolos, en "El Grande Oriente"-, o estimando suficientes estas alusiones, se deja en el aire la posible implicación -nunca demostrada claramente- de Riego en ellos, aun cuando los *exaltados* opinasen que incluso la acusación de fomentar "el desorden" era un "pretexto". No se reconocen los problemas que con Francia, siendo capitán general de una región limítrofe, podía generar su apoyo a Montarlot, ni los equívocos que su amistad pudiera producir entre los españoles, según apuntan Vayo y Quintana; ni que su campaña electoral por los pueblos de Aragón, siendo capitán general de esta región, conllevaba, como dice el profesor Seco Serrano, "estímulos extralegales"<sup>405</sup>.

Pero Galdós, al atribuir a los *exaltados* de La Fontana la defensa de Riego, muestra en ellos, además de parcialidad, una actitud jacobina, pues afirman que aunque aquel cese fuera "mandado en un decreto del Gobierno Constitucional" -y la inclusión del adjetivo **constitucional** parece intencionada- los zaragozanos debieron "desobedecerlo"<sup>406</sup>.

Se produce entonces el discurso de Lázaro para defender su "club, llamado *democrático*," de Zaragoza, cumpliendo así su función de enlace entre los hechos producidos en torno a aquella ciudad -de donde Lázaro llegaba aquella noche- y la madrileña *batalla de Platerías*, generada por aquella oleada revolucionaria venida, como Lázaro, de Aragón.

El discurso de Lázaro, su "primera batalla" en Madrid, es un fracaso oratorio ante la famosa *Fontana*, cuyas altas personalidades "le daban miedo". Su excelente descripción por

---

<sup>404</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 99.

<sup>405</sup> SECO SERRANO, Carlos: "Militarismo y civilismo...", Cit., p 55. Y QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". Cit., pp 554-560, especialmente p 557.

<sup>406</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 99.

Galdós es sobre todo un estudio psicológico de la estrecha relación entre la mente del orador y su palabra; entre el silencioso discurso interno, dirigido a sí mismo, y el que dirige a su auditorio; de la trabazón entre uno y otro; entre las toses y miradas del orador y las de los oyentes, que interactúan con el y, en una especie de función de espejo, devuelven al orador, las emociones contenidas en sus palabras. Pero, al margen de motivaciones personales de Galdós -orador frustrado quizá- la detenida atención a este discurso refleja, según se indicó más arriba, la real importancia que a la oratoria y a sus triunfos se concedía en aquel ambiente y, a la vez, el carácter emocional de los actos inducidos en él. Es, en suma, el reflejo de un factor más de aquel deterioro.

Tras aquel discurso, un nuevo orador "expuso la necesidad de la manifestación preparada para el siguiente día", a la que, "unánimes", "todos prometieron concurrir, y tres o cuatro, encargados del ceremonial, dieron cuenta del arreglo de la procesión; se fijó la hora, se designó el punto de reunión. Los *bravos* sucedieron a los aplausos, y los aplausos a los *bravos*, y, al fin, la sesión terminó."

Pero Galdós señala la existencia -que parece propia de estas sociedades- de una "fracción ignorante y turbulenta" que, queriendo "decir algo", invita, por boca de Calleja, a dar "serenata a Morillo", que "era -explica Galdós- el capitán general de Castilla la Nueva" y que, como "enemigo de asonadas tumultuosas, había tomado sus medidas para impedir la procesión" anunciada. Así, la propuesta de Calleja "fue acogida con estrépito" y "una parte del pueblo se agolpó junto a su casa -la de Morillo- en la noche del 17, atronando toda la calle con espantosa cencerrada"<sup>407</sup>.

A la mañana siguiente, entre expresiones de temor y disgusto por tanta "jarana", se observa temprano que "ya anda la gente por ahí alborotada"; y, enseguida, que "un gentío inmenso ocupaba la (...) plazuela de Santa Ana" y, entre "gran confusión", algunos hacían vanos esfuerzos "para poner en filas ordenadas al pueblo y dirigirle."

---

<sup>407</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 100-108, especialmente 107 y 108. Es notable que Galdós más atento al ambiente que a los hechos puntuales, hace caso omiso de si Morillo estaba o no vuelto a nombrar para su cargo el día 17 de Septiembre; Por lo demás, habla aquí de "una parte del pueblo", dando a entender que otra parte, popular también, no estaba. Vayo, mucho más crítico con los asistentes a estas asonadas, dice que "el **vulgo** correspondió al anuncio de la fiesta con estrepitosos aplausos" mientras que se mostraba "aterrado el **verdadero pueblo** madrileño". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 254. Sin negrilla en el original.

Se inicia así la construcción de una imagen de esta manifestación en la que las observaciones del narrador, más bien críticas, se combinan con la del *exaltado* Lázaro. Viendo a la multitud, pensaba éste que "allí faltaba algo.(...) Había llegado -dice Galdós- aquel momento supremo de las agitaciones populares en que las turbas se paran silenciosas, alterados los miles de corazones por un sólo y profundo temor, trastornadas las mil cabezas con una sola duda. Falta que una voz sola diga lo que todos sienten." Se manifiesta entonces el deseo de Lázaro de ser "el verbo revelador de aquel cuerpo ciego e inconsciente (...) Ya el retrato avanzaba llevado por cuatro socios de la Fontana -parece verle pensar Galdós-. Sonaba la música, el gentío rodeaba el lienzo, y todos se movían sin adelantar, oscilaban sin extenderse, se revolvían confundiéndose. Sin duda faltaba algo." Mezclado "en el torbellino" -ya en esta novela abunda esta palabra-, Lázaro sigue febril su itinerario, que Galdós señala así: desde las plazuelas de Santa Ana y "del Angel", "la comitiva, desordenada, siguió por la calle de Atocha y penetró en la plaza Mayor. Allí se difundió un poco. Pero después trató de atravesar el Arco de la calle de la Amargura para entrar en Platerías"<sup>408</sup>. Se planteó entonces -dice- un "problema de obstetricia" que no pudieron resolver los "codos" y empujones. "Delante el retrato. Dejen pasar el retrato -decían-".

Y cuando, al fin, "el retrato y sus corifeos desembocaron en la calle Mayor (...) una sorpresa sin igual detuvo la procesión. Dos filas de soldados formaban en las Platerías llegando más allá de la plazuela de la Villa. Las picas de un escuadrón de lanceros brillaban a lo lejos, y delante de esta tropa estaba el capitán general de Madrid, a caballo, esperando con grande aplomo y entereza. Este hombre -dice Galdós- avanzó seguido de dos o tres, y señalando con el sable, intimó la orden de retirada a los del retrato. Hubo una rápida consulta de miradas entre éstos. Una autoridad civil se acercó también, y con los mejores ademanes dijo que se fuera cada cual a su casa y renunciaran a aquella

---

<sup>408</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 120-123. Según el *Eco de Padilla* las gentes se reunieron en la Puerta del Sol "y llevando el retrato de Riego se encaminaron al Prado y pasaron por los cuarteles de Sagunto, Infante don Carlos, Príncipe y primer batallón del segundo regimiento de Guardias, dirigiéndose en seguida por la Carrera de San Gerónimo (Sic), Puerta del Sol y calle Mayor." *Eco de Padilla*, Núm. 50, 19 de septiembre de 1821, 400, Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, p 658. Pero aquí, siguiendo a Galdós, hemos de situarnos en la Plaza Mayor y en el intento de pasar por el Arco.

manifestación, porque el gobierno estaba resuelto a que no dieran un paso más. El aspecto de la tropa impresionó vivamente a los del retrato; además, éstos contaban con la ayuda del regimiento de *Sagunto* y el regimiento de *Sagunto* estaba encerrado y perfectamente custodiado en su cuartel."

Pese a esta decidida actitud, que Galdós parece estimar indispensable, los de la *procesión* trataron "de pasar adelante" diciendo que su "manifestación era puramente moral, que no trataban de producir ningún trastorno," que era sólo un "homenaje de admiración al héroe que había dado la libertad a su Patria",.... Pero fue inútil: "¡Cada uno a su casa! Atrás el retrato -dijo resueltamente Morillo".

Así las cosas, viene a concluir Galdós, cual si observase la escena, "la defensa era imposible. La procesión no tenía armas. La supuesta debilidad del Gobierno se había trocado en inquebrantable firmeza." Ante esta *firmeza*, que parece implicar una positiva valoración de Galdós -sin perjuicio de cierta sombra irónica, no muy clara-, "algunos empezaron a desertar" y, tras ver a sus dirigentes hablar en vano con las autoridades, "la gente empezó a retroceder, algunos a gritar, y hubo también quien quiso oponer resistencia a la tropa."

En la plaza Mayor se hallaba entretanto Lázaro arengando entre aplausos a la arremolinada multitud, hasta que, colmada la confusión por el empuje de los que retrocedían por el Arco y de la tropa que avanzaba tras ellos para despejar la plaza, fue detenido por ser uno de "los que gritan", por ser "el predicador".

Así, aunque hubo algunos "tan osados que delante de los caballos oponían resistencia y vociferaban a Morillo y a su gente", "el gentío se desbandaba a toda prisa. La procesión fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza; la tropa tomó todas las entradas"<sup>409</sup>.

Ese quedar "hecho trizas" el retrato parece un modo de enfatizar con cierta ironía la *firmeza y victoria* de la tropa gubernamental, pues Miraflores, tras indicar que "La Autoridad triunfó sobre los Anarquistas," añade: "y el retrato fue conducido por unos

---

<sup>409</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 120-125.

cuantos milicianos a las Casas Consistoriales, según mandó el Jefe Político<sup>410</sup>. Igual significación podría tener ese exclusivo protagonismo que Galdós concede al general Morillo y que la historiografía suele atribuir sobre todo al jefe político San Martín<sup>411</sup>.

La imagen que Galdós da de Morillo, cuyo sable parece sustituir al bastón de San Martín para dar la orden de cargar, concuerda en el fondo, sin embargo, con el decisivo respaldo que Vayo atribuye a dicho general. Señalando la gravedad de la situación, recuerda Vayo que San Martín se encontró con que el "alcalde constitucional Surra", a quien había ordenado "arrestar a don Antonio Grippini, dueño del café de la Fontana -cuyas sesiones había prohibido-, y a los oradores don Félix Mejía, Núñez y Machron" (Sic), regresó al ayuntamiento a participarle que, al llegar "al foro de los bulliciosos", estos le detuvieron "llenándole de improperios, y que habiendo pedido en vano auxilio a la guardia de la Casa de Correos estuvo su vida en inminente peligro". "El estado de las cosas", en contra de lo que a veces se muestra, parece encerrar así una gravedad, al menos subjetiva, que era necesario atajar, evitando riesgos de que se hiciera mayor; y de ahí que, "unido el general Morillo a San Martín, colocó las tropas en las plazas y puntos más importantes de la Corte, convertida en campo de batalla"; y, conociendo la "complicidad del regimiento de

---

<sup>410</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 108.

<sup>411</sup> Galdós, que en "7 de Julio" se ocupará largamente de *Tintín de Navarra*, según llamarían los exaltados a San Martín después de esta batalla, ni siquiera le cita en este caso, concediendo a Morillo, *Trabuco* para los exaltados en el "7 de Julio", el protagonismo que otros suelen atribuir exclusivamente al primero. MIRAFLORES, por ejemplo, dice: "Puesto San Martín a la cabeza de un batallón de la Milicia, le mandó cargar a la bayoneta, y cayó sobre el grupo que conducía el retrato. Al llegar a los amotinados, mandó hacer alto al batallón, y les dijo: Requiero a Ustedes (Sic) en nombre de la ley que se retiren. Uno más osado -continúa Miraflores- preguntó ¿de qué ley? y la contestación la hizo el Gefe (Sic) Político con el bastón, y mandando marchar sobre el grupo al Batallón de la Milicia, el retrato fue abandonado ridículamente, dejándose caer en tierra, y corriendo cobardemente los que le conducían." MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 107-108. En este mismo sentido puede verse GIL NOVALES, A.: "El Trienio liberal". Cit., p 43 y, especialmente, "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 655-658, donde se refieren estos hechos desde el punto de vista exaltado. El profesor Gil Novales, señalando los atropellos de que los exaltados acusaron a San Martín, hace notar que "Gippini (Sic) -el dueño del café La Fontana de Oro- pidió a las Cortes el 27 de marzo de 1822 que se formase causa a Martínez de San Martín por el atropello cometido en su persona el 18 de septiembre de 1821" y que "una Comisión" que se ocupó del caso lo "encontró culpable". Pero es muy significativo que aquellas Cortes, cuyo carácter exaltado refleja la elección de Riego como Presidente de su primer mes -mes en que se presentó la denuncia y se nombró dicha Comisión-, lo absolvieron, según se desprende de lo que el propio Gil Novales añade: "Puesto a discusión y votación este dictamen -el dado por la Comisión "el 13 de Mayo"-, las Cortes lo rechazaron el 10 de junio de 1822 por 71 votos contra 60." *Ibidem*, p 656, nota nº 238.

**Sagunto** -la negrilla es nuestra-, que debía unirse al tumulto y decidir la victoria a favor de los anarquistas", previno a los de dicho regimiento que "al primer paso que diesen serían aniquilados." Además, Vayo da también a Morillo papel de protagonista al añadir: "Y acompañado el intrépido general del gefe (Sic) político, corrió a la cabeza de la milicia nacional al encuentro de los amotinados, que se hallaban a la sazón en la calle de Platerías."

Es a partir de aquí cuando Vayo, como otros autores, atribuye a San Martín ese protagonismo que Galdós no cita siquiera: "Al descubrirlos -continúa Vayo- adelantándose San Martín, seguido de una compañía de granaderos de la milicia; y habiéndoles intimado en nombre de la ley que se disolviesen, y mandado atacar a la bayoneta a los granaderos, arrebató el cuadro de las manos de los hombres turbulentos, le arrojó al suelo, los dispersó con la mayor intrepidez y puso en desorden a la muchedumbre, restituyendo la calma a la alterada capital de la monarquía. De aquí tomaron pie los escritores del bando ardiente -dice Vayo, mostrando su radical disconformidad con ellos,- para dar el nombre de batalla de las Platerías al arrojó de una autoridad que supo por sí sola obligar a la fuga a centenares de alborotadores"<sup>412</sup>.

Si se tiene en cuenta el paso de la *procesión* por "los cuarteles de Sagunto, Infante don Carlos, Príncipe y primer batallón del segundo regimiento de Guardias" -conforme el *Eco de Padilla* citado-, la pasividad de "la guardia de la Casa de Correos" ante la situación del alcalde Surra, la conocida "complicidad del regimiento de Sagunto" y, entre otras cosas, las connivencias que cabía suponer en el respaldo de las sociedades secretas a la acción de *La Fontana*, se comprende la potencial gravedad, que la autoridad parece haber visto en la amenaza exaltada: "Pero sin que se hubiese podido probar -cosa difícil en opinión de Miraflores por los "juramentos inmorales" con que algunos hombres públicos se hallaban ligados a las sociedades secretas-, no faltaron indicios de que se intentaba aquel día hacer un ensayo para concluir con la Monarquía; que fue cuestión de establecer un Gobierno militar, a cuya cabeza debían colocarse dos Generales, Gefes (Sic) uno de la

---

<sup>412</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 255 y 256.



Masonería, y otro de los Comuneros, unidas entonces las dos Sociedades, acaso la primera y última vez". Y añade: "Pero fuera lo que quiera de estos proyectos, no hay duda de que sin la bizarra y decidida conducta de San Martín y de la Milicia, no es posible prever hasta donde hubiesen llegado los males públicos"<sup>413</sup>.

No es extraño, pues, que Vayo se tome muy en serio esa tan denostada *firmeza* gubernamental, cuyo verdadero sentido y cuya principal raíz de ineficacia -con los que suele coincidir Galdós- expresa claramente al concluir: "Fácil hubiera sido utilizando la ventaja conseguida haber cimentado sobre bases duraderas la paz pública; mas el monarca, débil, sin carácter, y amigo sólo de los absolutistas, no podía unirse de corazón a los liberales; y sin esta unión nada podían aquellos, contrariados por los dos partidos extremos (Sic), que halagando y vendiendo al vulgo en opuesto sentido lo arrastraban a sus banderas"<sup>414</sup>.

Galdós por su parte, tras mostrar en la *batalla de Platerías* el enfrentamiento entre liberales y la relativa derrota de los *exaltados*, inicia en "La Fontana de Oro" una nueva fase orientada a destacar especialmente ese pesado lastre Real a que se acaba de referir Vayo, y en particular la potenciación y utilización que de dicho enfrentamiento hacían el Rey y sus agentes.

#### 3.4.2.2. La manipulación absolutista de la "anarquía" exaltada

La estrategia atribuida por Galdós a los absolutistas parte de la idea, muchas veces repetida por Galdós mismo como narrador, de que el procedimiento *exaltado* de oposición al Gobierno, sostenido por grupos renovados y tendentes cada uno a una nueva revolución en la Revolución, producía, mientras tal tendencia se mantuviera, un indefendible desorden y, de momento, el debilitamiento del Gobierno de los *moderados*, cuyo grupo parecía ser, por su aceptación y apoyos dentro y fuera de España, el único capaz de consolidar la revolución liberal: "Por ellos -según explica *Coletilla* a sus cómplices- se entroniza el

<sup>413</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 108.

<sup>414</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 256.

sistema constitucional; ellos dan fuerza al liberalismo. Ya veis -les dice- cómo, para acabar con el liberalismo, hay que acabar con ellos." Además, añade, "toda la execración del atentado caerá sobre los liberales exaltados, que son los que lo perpetran; el golpe va a herir directamente al liberalismo. Se verá que el liberalismo se mata a sí mismo; que los más exaltados de sus secuaces devoran a los más prudentes. (...) La Patria, aterrada", renegará "del liberalismo, (...). El suicidio del liberalismo es inminente. Favorezcámoslo, impulsémoslo"<sup>415</sup>.

Antes, pues, de que "pueda verificarse una reconciliación" de los liberales -aunque esta parecía muy difícil en el "estado de intransigencia" a que habían llegado "los exaltados de La Fontana y de los otros clubs"-, *Coletilla*, oculto tras el *Doctrino* y algunos otros que se hacían pasar por furibundos exaltados, promueve y orienta la movilización *popular* para una acción irreversible<sup>416</sup>. Se trata -cual si Galdós quisiera destacar por vía esperpéntica el ambiente- de asesinar a nada menos que veinte o treinta políticos moderados, lo cual viene facilitado por las misteriosas -y por tanto susceptibles de ser presentadas como culpables- reuniones que les descubren en "la Casa de Alava", a las que, junto al mismo Alava y a los simbólicos Bozmediano, se dice que asistían Martínez de la Rosa, Toreno, Valdés, García Herreros, el poeta Quintana, Feliú, Argüelles, Calatrava... "y hasta Alcalá Galiano"<sup>417</sup>.

Puesta en marcha la máquina, sin comunicar el sangriento alcance del atentado más que a los más fanáticos, la movilización exaltada responde a la idea, desarrollada en su último discurso por el mismo Lázaro, de que aquella "gran revolución no ha llegado a su augusto apogeo, (...) al punto supremo de justicia"; que el Gobierno *moderado* es un "despotismo encubierto" en el que no deben pararse. Pero, mientras Lázaro daba por supuesto -según aclara cuando ya no había remedio- que "los derechos adquiridos" eran el "único medio

---

<sup>415</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 277-278. Esta idea parece verse sugerida en MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 117.

<sup>416</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 278-283, especialmente p 273.

<sup>417</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 278, 279, 280, 290, 291, 293 y 351.

de llegar a la libertad" y que él quería llegar "a ese fin por los medios legales", el fanático Pinilla opina que **"los medios legales son pamplinas"**<sup>418</sup>. Así parecían entenderlo también quienes, preparando el asalto a la casa de Alava, formaban grupos callejeros cuya significación hace notar Galdós diciendo que en uno gritaba una mujer **"que parecía la imagen misma de la Anarquía"**<sup>419</sup>. Grupos que, por otra parte, evocan la histórica fase anarquizante de desobediencia civil producida simultáneamente en varias provincias.

Esta tendencia a la anarquía es lo que en ese momento destaca más Galdós junto a la falsía y criminal manipulación del Rey, a quien los moderados, reunidos precisamente para buscar medios con que "impedir las frecuentes conspiraciones de Palacio", consideran "el verdadero autor de este atentado", y al que Galdós hace un detenido y durísimo retrato -construido con interpretaciones de su imagen y hechos históricos- que hacen verosímil su protagonismo en este o semejantes sucesos, mientras, efectivamente, se le ve esperar en su *camarilla*, acompañado de *Coletilla*, que aquella gran matanza se produzca para restablecer el absolutismo<sup>420</sup>.

<sup>418</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 295 y 350. Sin negrilla en el original.

<sup>419</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 352. Sin negrilla en el original.

<sup>420</sup> "Fernando (...) -escribe Galdós en dicho retrato- había inclinado la cabeza y parecía muy meditabundo. La luz de una lujosa lámpara le iluminaba completamente el rostro, aquel rostro execrable, que, para mayor desventura nuestra, reprodujeron infinidad de artistas, desde Goya hasta Madrazo. Es terrible la infinita abundancia de retratos de aquella cara repulsiva que nos legó su reinado. España está infestada de efigies de Fernando VII, ya en estampa, ya en lienzo. Esa cara no se parece a la de tirano alguno, como Fernando no se parece a ningún tirano. Es la suya la más antipática de las fisonomías, así como es su carácter el más vil que ha podido haber en un ser humano. Estupenda nariz, que, sin ser deforme, como la del conde-duque de Olivares; ni larga, como la de Cicerón; ni gruesa, como la de Quevedo; ni tosca, como la de Luis XI, era más fea que todas éstas, formaba el más importante rasgo de su rostro, bastante lleno, abultado en la parte inferior y colocado en un cuerpo de buenas proporciones. La vanidad austríaca no hubiera puesto su boca prominente debajo de la nariz borbónica, símbolo de doblez, con más acierto y simetría que como estaba en la cara de Fernando VII. Dos patillas muy negras y pequeñas le adornaban los carrillos, y sus pelos, erizados a un lado y otro, parecían puestos allí para darle la apariencia de un tigre en caso de que su carácter cobarde le permitiera dejar de ser chacal. Eran sus ojos grandes y muy negros, adornados con pobladísimas cejas que los sombreaban, dándoles una apariencia por demás siniestra y hosca.

"Respecto a su carácter, ¿qué diremos? Este hombre nos hirió demasiado, nos abofeteó demasiado para que podamos olvidarle. Fernando VII fue el monstruo más execrable que ha abortado el derecho divino. Como hombre, reunía todo lo malo que cabe en nuestra naturaleza; como rey, resumió en sí cuanto de flaco y torpe pueda haber en la potestad real. La Revolución de 1812, primera convulsión de esta lucha de cincuenta años, que aún dura y tal vez durará mucho más, trató de abatir la tiranía de aquel demonio, y en sus dos tentativas no lo consiguió. La Revolución hubiera abatido a Nerón, a Felipe II, y no abatió a

(continúa...)

Frustrado el atentado, y rabioso por ello, aquel Rey, hubo de escuchar las veladas acusaciones que "sólo en aquellos momentos de irritación y sobresalto" se atrevió a decirle Feliú, su secretario de Gobernación, lo cual parece reforzar la importancia del hecho, porque "Feliú -añade Galdós- era hombre tímido"<sup>421</sup>.

Este puntual triunfo *moderado*, como la momentánea energía de Feliú, se muestra insuficiente. No se podían afrontar aquellas circunstancias con aquel Rey. De ahí que Galdós, antes de terminar su novela, señale la persistencia de los factores de deterioro que -según indicaba antes Vayo- acabarán liquidando aquella fase revolucionaria: "Pueden burlarse -escribe Galdós- las cábalas de un partido, de dos; pero contra las del Soberano, símbolo de legalidad, ¿qué fuerza puede tener un Ministerio?". Y apuntando hacia esas dos

---

<sup>420</sup>(...continuación)

Fernando VII. Es porque este hombre no luchó nunca frente a frente con sus enemigos, ni les dio campo. No fue nuestro tirano descarado y descubiutamente abominable: fue un histrión que hubiera sido ridículo a no tratarse del engaño de un pueblo. Nos engañó desde niño, cuando fraguando una conspiración contra un favorito aborrecido, muy superior a Fernando por su inteligencia, adquirió una popularidad que pronto pagó España con la sangre de sus mejores hijos. Fernando fue mal hijo: conspiró contra su padre, Carlos IV, cuya imbecilidad no disminuía el valor de su benevolencia; conspiró contra el Trono que debía heredar más tarde, y aun amenazó la vida del que le dio el ser. Después se arastró a los pies de Napoleón como un pordiosero, mientras España entera sostenía por él una lucha que asombró al mundo. Al volver del destierro, pagó los esfuerzos de los que él llamaba sus vasallos con la más fría ingratitud, con la más necia arrogancia, con la anulación de todos los derechos proclamados por los constituyentes de Cádiz, con el destierro o la muerte de los españoles más esclarecidos; encendió de nuevo las hogueras de la Inquisición; se rodeó de hombres soeces, despreciables e ignorantes, que influían en los destinos públicos, como hubiera podido influir Aranda en la decisiones de Carlos III; persiguió la virtud, el saber, el valor; dio abrigo a la necedad, a la doblez, a la cobardía, las tres fases de su carácter. Restablecido, a pesar suyo, el Sistema constitucional, tascó el freno, disimuló como él sabía disimular, guardando el veneno de su rabia, devorando su propio despecho, encubriendo sus intentos con palabras que nunca pronunció antes sin risa o encono. Lo que es capaz de tramar un ser de éstos, tan hipócritas como cobardes, se comprende por lo que tramó Fernando en aquellos tres años, desde las mil facciones y complots realistas, alimentados por él, hasta el complot final de los Cien Mil Hijos de San Luis, que Francia mandó al Trocadero. Así recobró lo que en su jerga real llamaba él sus derechos, inaugurando los diez años de fusilamientos y persecuciones en que la figura de Tadeo Calomarde apareció al lado de Fernando, como Caifás al lado de Pilato. El pacto sangriento de estos dos monstruos terminó en 1823 (Sic, por 1833), en que Dios arrancó de la tierra el alma del Rey y entregó su cuerpo a los sótanos del Escorial, donde aún creemos que no ha acabado de pudrirse.

"Pero con este fin no acabaron nuestras desdichas. Fernando VII nos dejó una herencia peor que él mismo, si es posible: nos dejó a su hermano y a su hija, que encendieron espantosa guerra. Aquel Rey, que había engañado a su padre, a sus maestros, a sus amigos, a sus ministros, a sus partidarios, a sus enemigos, a sus cuatro esposas, a sus hermanos, a su Pueblo, a sus aliados, a todo el mundo, engañó también a la misma muerte, que creyó hacernos felices librándonos de semejante diablo. El rastro de miseria y escándalo no ha terminado aún entre nosotros". Y, añade, destacando la historicidad de este retrato: "Pero no hagamos historia, y sigamos con nuestro cuento". La Fontana de Oro". Cit., pp 356-371, especialmente pp 360-362.

<sup>421</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 361 y 369.

ideas centrales en la descrita operación de *Coletilla*, y luego tan desarrolladas en sus Episodios Nacionales sobre este periodo, añade: "Si hay algo más terrible que la **Anarquía**, son las **Camarillas** -negrilla nuestra-. Contra esto no hay arma eficaz, a no ser el arma de un regicida." Este es un problema mantenido hasta el final, según se indica diciendo que quizás entonces pensaron ya los moderados en hacer uso del arma incruenta aplicada "con gran escándalo de Europa (...) en las Cortes de Sevilla del año 23"; y que, sin duda, se habló, "con la aflicción y desaliento que era natural, de los rumores de intervención francesa, de las relaciones secretas de Fernando con Luis XVIII" y del "cordón sanitario" francés<sup>422</sup>. Se tiene la sensación de que al señalar esta amenaza francesa, anuncio del final del Trienio, no solo se tiende a redondear la novela sino, sobre todo, a destacar la responsabilidad que en este deterioro y final corresponde a Fernando VII, cuyo "rastros de miseria y escándalo -según dice Galdós en su retrato- no ha terminado aún entre nosotros"<sup>423</sup>.

#### 3.4.2.3. *Simbolismo y mensaje de "La Fontana de Oro" sobre esta cuestión*

Mientras en la vida pública del año 1821 se producen aquellos hechos *típicos*, Lázaro y Clara, -Revolución y Sociedad en "La Fontana de Oro"-, pasan en la privada y simbólica sus respectivos "viacrucis" por la acción de *Coletilla* y las Porreño, por una parte, y de los exaltados, por otra. Sólo la ayuda del militar moderado Bozmediano les salva de unos y otros -en la versión que utilizamos- y facilita su simbólica relación: "Comprendí -explica Bozmediano a Lázaro- que si ella le quería a usted verdaderamente, la mejor acción que en mí cabía era ponerle a usted en libertad, devolversele"<sup>424</sup>. Pero la amenaza, exaltada y absolutista, se agrava tras la denuncia de Lázaro. Este, que ya antes hubo de hacer "apostasía" de sus principios por amor a Clara, se retira al fin a su aldea. Su ineficacia revolucionaria, y su misma apostasía, serían recordadas en "El Grande Oriente", según

---

<sup>422</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 371.

<sup>423</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 362.

<sup>424</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 316.

dijimos, por las de Monsalud. Su nombre, Lázaro, simboliza, sin embargo, la futura resurrección de los valores revolucionarios, según se insinúa recordando las "palabras de Jesús: '¡Lázaro, despierta!'", que doña Paulita repetía durante sus ataques de catalepsia, hasta que, como le acaba ocurriendo al -también cataléptico- Antiguo Régimen en 1834, doña Paulita sufrió un ataque tan largo que "no volvió en sí"<sup>425</sup>.

Si prescindimos de este avance, asociado por Galdós a un final feliz de su novela y a unas épocas, ya conocidas por él, posteriores al Trienio, tenemos que "La Fontana de Oro", primera aproximación galdosiana a esta segunda fase de la revolución liberal española, se centra precisamente, en el deterioro que la Revolución sufre a su través<sup>426</sup>. Deterioro que Galdós, según insinúa en el "Preámbulo" de esta novela, deseaba evitar que se reprodujera en el sexenio 1868-1874, cuya inicial "semejanza (...) con el memorable periodo de 1820-23" dice ser "la principal de las razones" que le inducen a publicarla en "diciembre de 1870"<sup>427</sup>. Su atención primordial a la cuestión tratada en este apartado nos permite ver que, llegados a junio de 1876 -mes en que Galdós firma "El Grande Oriente"-, tras la experiencia del citado sexenio, sus planteamientos, en este sentido, siguen siendo substancialmente los mismos.

Aunque el deterioro se muestra en hechos distintos se explica por razones análogas. La debilidad gubernamental que en "El Grande Oriente" refleja el anunciado asesinato de Vinuesa parece resultado, igual que los desórdenes reprimidos en "La Fontana de Oro", de la división liberal, de la tendencia anárquica que contrapone las decisiones y poder de las sociedades secretas y patrióticas a las del Gobierno, del comportamiento absolutista del Rey, y de las mismas instituciones previstas en la Constitución, que permitían a este Rey, cabeza del Ejecutivo, mediatizar a sus ministros-secretarios, que, por otra parte, carecían del hábito de gobernar.

---

<sup>425</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 391.

<sup>426</sup> Recordamos, además, que este deterioro se muestra más definitivo en su otra versión, cuando Lázaro muere, según se indicó en nuestro resumen de esta novela.

<sup>427</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 7.

La debilidad e imprevisión gubernamental, en cuanto era responsabilidad de los propios ministros, parece más destacada en "El Grande Oriente" porque así lo implica el caso Vinuesa, pero ya en "la Fontana de Oro", pese a la firme represión que se muestra en los dos casos de mayor gravedad que trata, se apunta a este hecho diciendo que, ante la agitación madrileña de la noche del 17 de Septiembre, "es positivo que la autoridad, **ordinariamente descuidada y débil**, tomó algunas precauciones"<sup>428</sup>.

Se tiene la impresión de que, con expresiones como ésta, Galdós quería destacar ante sus lectores de 1870 la necesidad de un Gobierno fuerte y diligente para que el resultado del periodo revolucionario iniciado en 1868 fuera otro que el del fracasado Trienio. De ahí que en "La Fontana de Oro" señale ese descuido y debilidad aunque el descuido -ya que no la debilidad- fuera menos propio de la segunda mitad de 1821 que de otros momentos. Galdós llega a decir en dicha novela que "Feliú era hombre tímido" y que "a su indecisión se debieron muchos de los lamentables sucesos ocurridos en aquel trastornado periodo"<sup>429</sup>. Pero esta opinión, que contrasta con la *firmeza* escenificada en esa misma novela y con lo que Galdós dirá sobre Feliú en "El Grande Oriente", parece tener el mismo sentido general que la que en este Episodio atribuye una común carencia de energía política a todos los reunidos en la *Camarilla constitucional* y aun a todos los políticos de entonces<sup>430</sup>.

Cabe, sin embargo -y es muy probable-, que al señalar en particular esa *timidez* e "indecisión" de Feliú se quiera recordar -tomando en ella apoyo histórico- la que quizá mostró, no ya ante los "alborotadores", sino ante unas conspiraciones del Rey y de los

---

<sup>428</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 296. Sin negrilla en el original.

<sup>429</sup> "La Fontana de Oro". Cit., p 369.

<sup>430</sup> Esta intención de Galdós parece tener clara aplicación, pues cuando escribe "La Primera República" señala que -también entonces- "la media docena de hombres que simbolizan el nuevo sistema de gobierno, lucían como faros luminosos en la esfera del ideal; más en la acción se apagaban sus indecisas voluntades". Esto se repite, como otras muchas cosas, porque, según lamenta *Mari-Clío*, estos *grandes hombres* "*no me (le) han hecho caso*"; "ni siquiera supieron oír -dice a Tito- mis pasos formidables. (...) Creo -añade- que los directores poseen inteligencia y buena intención", pero esto "no basta". ("La Primera República". En O.C., Aguilar, Madrid, 1976, T IV de Episodios Nacionales, pp 593 y 640. Esta es, por otra parte, una aplicación que se repite respecto al año 1911, cuando escribe *La Primera República*, según indica el profesor Jover en su "La imagen de la Primera República...", Cit., pp 74 y 105.

absolutistas que, de diversos modos -según indica Galdós al decirlo- contribuían a producir y hacer relativamente disculpables las acciones *exaltadas*. Refiriéndose Vayo a estas repercusiones de la conducta del Rey -difícilmente evitable con aquella Constitución- reitera de mil modos distintos que "del atrevimiento de los realistas originábanse las demasías de los exaltados" y que "con semejante Rey ni era posible cimentar la tranquilidad ni contener a los anarquistas, cuyos motivos de desasosiego tenían tan fundada causa"<sup>431</sup>.

Pero, aunque fuera sin razón, Feliú se vio envuelto en la acusación de *timidez* o excesiva sumisión al Rey que insinúa Galdós. Es clarificador en este sentido lo que dice Quintana, en su "Carta quinta" a Lord Holland -de la que Galdós copia algunos párrafos en "El Grande Oriente"-, al referirse a la campaña de desobediencia civil y peticiones de cese sufridos por el Gobierno Feliú entre octubre y diciembre de 1821:

"Otra desventaja del Ministerio en esta contienda era -afirma Quintana- la poca energía que se le notaba en contener y castigar las tentativas de los conspiradores. Si al tiempo que se deponía a Riego y se circulaba la instrucción sobre elecciones se hubieran visto demostraciones de vigor y de justicia contra los enemigos de la libertad, no se habría dado ocasión a aquellas recriminaciones de servilismo que por todas partes se les hacían", aunque "yo -añade- las tuve entonces por injustas, y las tengo ahora también"<sup>432</sup>.

Esta acusación, que conecta asimismo con las opiniones defendidas por los exaltados de "La Fontana de Oro", acabará concitando los diversos factores que debilitaban al gobierno revolucionario y, más o menos capitalizada, producirá la desautorización y cese del Gobierno Feliú. De ahí que, aun siendo aludida por Galdós sólo en general, nos refiramos brevemente a ella para completar un poco esta fase del Trienio y, a la vez, el puente tendido hacia su nuevo Episodio.

---

<sup>431</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T. II, pp 249 y 260.

<sup>432</sup> QUINTANA, M. J.: "Cartas a Lord Holland". Cit., p 559.



#### 3.4.2.4. *El final de un "año de anarquía": caída del Gobierno Feliú ante las sociedades secretas*

Aun dando por cierto el sentido que hemos señalado como probable en las palabras de Galdós sobre la timidez e indecisión de Feliú, parece evidente que no están de acuerdo con las acusaciones de que, rechazándolas también, habla Quintana. De hecho, si al referirse a la represión de los exaltados en Platerías habla Galdós de la "inquebrantable firmeza" del Gobierno, atribuye, así mismo, a los reunidos en casa de Alava, entre ellos Feliú, la voluntad de dar "un escarmiento" al Rey, les muestra preparando tropa para tratar sin "contemplaciones" a sus agentes cuando llegasen con los exaltados al asalto de dicha casa, e informa de que entre los muertos se hallaba el *Doctrino*. En su conversación con el Rey, Feliú le dice en velada acusación: "es preciso buscar en su origen el remedio de este mal. Yo creo que el partido exaltado no es el único autor de estos desórdenes"; y a continuación le comunica su intención de perseguir a *Coletilla*, cosa en que, mostrando su carácter, dice apoyarlo Fernando VII mientras tiene a *Coletilla* escondido allí mismo<sup>433</sup>.

Es decir, aunque se atribuye a Feliú relativa dureza al reprimir los desórdenes de los exaltados -que, por otra parte, se dicen producidos contando con "la supuesta debilidad del Gobierno"-, su comportamiento no confirma las "recriminaciones de servilismo" de que, según decía Quintana, fue objeto. La "timidez" de que habla Galdós no llegaba a tanto, sino que manifiesta ante el Rey deseo de acabar con los agentes provocadores.

Por otra parte, Galdós no habla de dureza u otros términos peyorativos al referirse a la acción de Feliú contra los exaltados, sino de una "inquebrantable firmeza" que parece estimarse favorable al logro de los valores revolucionarios. En todo caso, cual si Galdós quisiera evitar posibles interpretaciones de su anterior opinión sobre Feliú, vuelve de nuevo sobre esta cuestión en "El Grande Oriente" -adelantándose para ello más acá del final de este Episodio- y, matizando el comportamiento del llamado segundo Gobierno constitucional a partir de la caída del indeciso y débil Valdemoro, afirma: "Más adelante, cuando Feliú pasó de Ultramar a Gobernación, el Gabinete se enderezó como una planta

---

<sup>433</sup> "La Fontana de Oro". Cit., pp 365-368, especialmente la 367.

cuya sabia se regenera, y supo desplegar contra los alborotadores y los clubs una energía que hasta entonces no se había visto en el Gobierno después de la revolución"<sup>434</sup>.

Parece, pues, que Galdós atribuye a Feliú una *firmeza y energía* saludables, regeneradoras del gobierno revolucionario amenazado por "los alborotadores". Sólo que esa firmeza y energía no resultaron eficaces porque, además de a éstos, tuvo también enfrente, como antes decía, las "cábalas (...) del Soberano, símbolo de legalidad"<sup>435</sup>.

No se ocupa Galdós de la caída de Feliú ni de sus razones inmediatas, pero su posición parece claramente favorable a la *firmeza* con que dicha caída suele relacionarse. Sin embargo, conviene aclarar, aun para mostrar en otras fuentes esta misma opinión final, que los intentos gubernamentales de acabar con la *desobediencia civil* producida en provincias ante los ceses de algunas autoridades que, en actitud desafiante, se unieron en Cádiz, Sevilla y algún otro lugar a *procesiones* semejantes a la reprimida por el Gobierno en Madrid, se encontraron con que incluso las Cortes, tras condenar tal desobediencia en un dictamen aprobado en sus sesiones del 9 al 13 de Diciembre, enviaron al Rey una segunda parte del mismo en que le decían que "el ministerio *había perdido la fuerza moral*" y le rogaban que "adoptase en su virtud las medidas que juzgase oportunas", lo cuál acabó ocasionando su cese y la desautorización de su *firmeza*<sup>436</sup>.

Quintana opina que el comportamiento del "partido faccioso y exaltado" tenía "un carácter de delirio tan grande, que no hay voces ni modo de explicarlo, a menos que se diga que los que esto movían estaban ganados para destruir la libertad." Y "tampoco se concibe -añade- la conducta de las Cortes." Su comportamiento refleja "cuánto dominaban

---

<sup>434</sup> "El Grande Oriente". Cit., T I, p 1511.

<sup>435</sup> Esta valoración final se ve plenamente confirmada en nuestros días por el profesor Pabón y Suárez de Urbina, en cuya opinión lo que ocurre es que el Fernando VII *de ahora*, el "aterrado" tras el asesinato de Vinuesa, era "el peor de los Fernando posibles. No es bueno siquiera -explica- con el honrado Feliú, el mejor y más leal de sus hombres de Gobierno, que hace frente a todos los problemas con habilidad y decisión". Narváez y su época, Cit., p 163.

<sup>436</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 272 y Sgts. Lamentando este hecho, cuenta Miraflores que, cuando el Ministerio se presentó en las Cortes para defenderse, "Feliú hizo ver a la par de la justicia de su causa, su talento, su saber y su fuerza, que hubiera podido ser de grande utilidad al Estado -dice, explicando por qué no lo fue,- en tiempos menos turbulentos, y sin las pasiones que arrollaban tan distinguidas calidades". MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 117.

ya en aquella asamblea los intereses y las pasiones de partido." Su declaración sobre la falta de fuerza moral del Gobierno "era quitársela del todo" y atender a unas "representaciones que en su uniformidad sustancial mostraban todas partir de un mismo centro" -las sociedades secretas, puestas de acuerdo para este ataque- cual si ignorasen "los secretos manejos y las manifestaciones violentas con que se habían procurado todas aquellas firmas". Esto equivalía a decir que "a cualquiera provincia, ciudad o villorrio de España le correspondía el derecho de negar la obediencia al Gobierno si éste no ponía y quitaba los ministros a su antojo"<sup>437</sup>.

"La disolución social -afirma Miraflores- debía ser forzosamente su precisa consecuencia." Pocos días después, "una nueva representación de Sevilla a las Cortes (...) hizo ver a éstas su error" y, tarde ya, -como Lázaro en 'La Fontana de Oro' de Galdós- trataron de corregirlo en lo posible. Pero parte de los efectos eran ya inevitables. La desobediencia al Gobierno, en parte disculpada por las Cortes, se extendía a las Cortes mismas, cuyo acuerdo tampoco se obedecía. Ocurría ahora que, según razona Miraflores, si "en Cádiz, en Sevilla, en Valencia y otros puntos se gritaba, viva la Constitución, y el desorden, la anarquía y el derecho de insurrección eran sancionados por la aquiescencia de la Autoridad (...) nada más sencillo que aprovechar y hacer aplicación del mismo derecho, a las voces de Viva el Rey absoluto"<sup>438</sup>.

La tardía reacción de las Cortes no evitó la caída del Ministerio, a cuatro de cuyos ministros (Feliú, Salvador, Bardejó y Vallejo) se aceptó la dimisión el día 9 de enero de 1822; ni el atropello que Toreno y Martínez de la Rosa sufrieron -incluso fue allanada la casa de aquel, con amenazas de muerte,- en represalia exaltada por sus ataques a las "doctrinas anárquicas" mientras defendían en las Cortes "las leyes propuestas para restringir

---

<sup>437</sup> QUINTANA, M. J.: "Cartas a lord Holland". Ed. Cit., p 558.

<sup>438</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 119 y 121-122. Los numerosos focos surgidos en este sentido fueron apaciguados "casi del todo" en el reino de Aragón, según dice Miraflores, por "la conducta firme y prudente del General Alava" -que había sido nombrado para aquella capitania al cesar a Riego- mientras en curiosa -al menos- coincidencia, Galdós le presenta reunido con los moderados en su misteriosa casa de la plazuela de Afligidos de Madrid, que, como ya se indicó, sería objeto de un asesino asalto -frustrado con la tropa traída al ser avisados por Lázaro- en el cual se combinaban fuerzas exaltadas y absolutistas. Ver *Ibidem*, misma página.

la libertad de Imprenta y el derecho de petición"<sup>439</sup>.

Esta anárquica violencia que pinta Miraflores y que, matizada por la acción absolutista encabezada por el Rey, destacan así mismo Vayo y Quintana<sup>440</sup>, se prolonga, pues, hasta que los ministros cesan y, en marzo de 1822, se abren las Cortes en que -con el efecto que luego veremos- los exaltados obtuvieron mayoría<sup>441</sup>.

De ahí que Galdós, destacando como característica ambiental esa *anarquía* atestiguada por fuentes tan importantes, y señalando la continuidad de la descrita por él mismo en su anterior Episodio, resume así, al comenzar el "7 de Julio", el año largo que media entre el comienzo de la acción de "El Grande Oriente" y la del nuevo Episodio: "Entonces estábamos en febrero de 1821 (...); ahora estamos en marzo de 1822. Durante este año de *anarquía*, en el trascurso de estos 365 motines, la calle de Coloreros -la del exaltado don Patricio- no ha sufrido variaciones importantes"<sup>442</sup>.

El deterioro continúa. Sólo que si hasta aquí se había centrado Galdós especialmente en la "anarquía" y los "motines" exaltados, que eran lo predominante, ahora se iba a ocupar, sobre todo, de la acción absolutista que, en sus modalidades española y extranjera, va pasando a primer plano.

La pauta para esta organización de la materia -"El Grande Oriente", "7 de Julio" y "Los Cien mil Hijos de San Luis"- pudo verla Galdós sugerida, como tantas otras cosas, en el resumen que Vayo hace del Trienio cuando empieza su capítulo sobre los hechos de la primavera y verano de 1822- y, mirando hacia lo dicho, y enlazándolo con el futuro en un

---

<sup>439</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 122-123.

<sup>440</sup> Ver VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 260-285. Y QUINTANA, M. J.: "Cartas a Lord Holland". Cit., pp 557-560.

<sup>441</sup> Los resultados puntuales -por profesiones- de estas "elecciones de 1822", con la indicación de que "dieron el triunfo al partido más exaltado", pueden verse en la Introducción a los "Recuerdos de un anciano" de A. Alcalá Galiano (Ed. y T citados, p XV.), donde se dicen recogidos de PRINCIPE, M.A.: "*Tirios y troyanos. Historia tragicómico política de la España del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros animales públicos*, escritos entre agridulce y jocoserio, por... Madrid, 1845".

<sup>442</sup> "7 de Julio". En O. C. Aguilar, Madrid, 1970, T I, p 1555. Sin negrilla en el original.

común sentido deteriorante, dice:

"Frente por frente del lienzo que acabamos de pintar, en el que se descubren **en primer término la imprudente turbulencia y ambición de los inquietos, y más allá las tramas que urde un rey ingrato y sediento de venganza**, vamos a desenvolver otro cuadro no menos digno de la pública admiración, y arrollado y oculto hasta el día. Los **agentes elegidos por Fernando para llevar a cabo las conspiraciones desde la vecina Francia** van a aparecer en la escena, divididos, trabajados por sus propias pasiones, llenos de debilidades, de miseria, de crueldad, y sin poder entenderse ni aun en medio de los peligros y de la desgracia. Y entre tan negras figuras congregadas y agrupadas con el hacha en la mano para destruir hasta los cimientos de las glorias antiguas de España, descollará la imagen del príncipe que los atiza, que sonrío con el estruendo de la patria destrucción, y que premia a los obreros que con más furor trabajan en aquel desplomamiento de la monarquía. ¡Enojosa tarea la de enseñar a los lectores **tras las fraguas de la anarquía el laboratorio de las conspiraciones del despotismo!**"<sup>443</sup>.

Sírvanos, pues, este texto para cerrar el capítulo dedicado especialmente al deterioro producido por la *podredumbre interior*, por la "turbulencia y ambición de los inquietos", por "las fraguas de la anarquía", y, siguiendo a Galdós -y con él a Vayo- enfoquemos ahora hacia el producido por "las conspiraciones del despotismo".

---

<sup>443</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 289. Sin negrilla en el original.

**ABRIR VOLUMEN II**





**ABRIR VOLUMEN I**

**Ricardo Martínez Cañas**

**EL TRIENIO CONSTITUCIONAL EN LA OBRA DE PEREZ GALDOS**

Tesis Doctoral dirigida por el

**Dr. D. Carlos Seco Serrano,**

Catedrático de Historia Contemporánea de España en la

Facultad de Ciencias de la Información de la

Universidad Complutense de Madrid.

**Vol. II**

Departamento de Historia Contemporánea,  
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA,  
Universidad Complutense de Madrid.  
Madrid, 1994





# **I N D I C E**

## **Vol. I**

### **INTRODUCCION**

La elección del tema . . . . .	XI
Hipótesis . . . . .	XV
Metodología y fuentes . . . . .	XVI
Agradecimientos . . . . .	XXII

### **1. LOS TEXTOS DE GALDOS**

#### **1.1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CUESTION DE LAS**

##### **FUENTES HISTORICAS DE GALDOS Y DE SU OBRA COMO**

##### **FUENTE HISTORICA . . . . . 1**

##### **1.1.1. La inevitable implicación de las fuentes . . . . . 1**

##### **1.1.2. El concepto de Historia galdosiano . . . . . 8**

##### **1.1.2.1. Lo que Galdós mismo dice sobre él . . . . . 8**

##### **1.1.2.2. Lo dicho en algunos estudios sobre Galdós . . . . . 14**

##### **1.1.3. Subordinación de la novela a la historia y servicio de ambas a la educación . . . . . 19**

##### **1.1.3.1. La subordinación de la novela a la historia . . . . . 20**

##### **1.1.3.2. La proyección educativa de la obra de Galdós . . . . . 30**

#### **1.2. OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO CONSTITUCIONAL:**

##### **CONTEXTO HISTORICO-BIOGRAFICO EN QUE SE GENERAN . . . . 38**

##### **1.2.1. Acotamiento de las obras que principalmente nos atañen . . . . . 38**

##### **1.2.2. Contexto histórico-biográfico en que Galdós escribe estas obras . . . 43**

##### **1.2.2.1. Consideraciones previas . . . . . 43**

##### **1.2.2.2. Lo familiar en Pérez Galdós . . . . . 48**

1.2.2.3. Línea académico-cultural . . . . .	54
1.2.2.4. Las vivencias amorosas . . . . .	56
1.2.2.5. El impacto de lo político y madrileño en la actitud de Galdós . . . . .	57
<b>1.3. PRINCIPALES FUENTES, PERSONAJES Y LINEAS ARGUMENTALES</b>	
<b>DE LAS OBRAS DE GALDOS SOBRE EL TRIENIO . . . . .</b>	<b>70</b>
1.3.1. "La Fontana de Oro" . . . . .	71
1.3.2. La primera serie de Episodios Nacionales . . . . .	91
1.3.3. "El equipaje del rey José" . . . . .	99
1.3.4. "Memorias de un cortesano de 1815" . . . . .	137
1.3.5. "La segunda casaca" . . . . .	144
1.3.6. "El Grande Oriente" . . . . .	156
1.3.7. El "7 de Julio" . . . . .	166
1.3.8. "Los Cien mil Hijos de San Luis" . . . . .	170
1.3.9. El drama "La fiera" . . . . .	174
 <b>2. LA REVOLUCION DE 1820</b>	
<b>2.1. MOTIVACIONES PRINCIPALES . . . . .</b>	<b>176</b>
2.1.1. La atracción del liberalismo . . . . .	177
2.1.1.1. Antecedentes y desarrollo . . . . .	177
2.1.1.2. Algunas concreciones de esta atracción . . . . .	194
2.1.2. El rechazo al absolutismo . . . . .	203
2.1.2.1. Rechazo a la violencia con que el absolutismo se reinstala y se mantiene . . . . .	204
2.1.2.1.1. El "golpe de Estado del 10 de mayo" de 1814 . . . . .	204
2.1.2.1.2. La represión política: procesos <i>judiciales</i> y desenlace <i>político</i> . . . . .	217
2.1.2.1.3. La contrarrevolución preventiva . . . . .	221

2.1.2.2. Rechazo a la ineptitud y corrupción de los gobernantes fernandinos . . . . .	231
2.1.2.2.1. La ineptitud . . . . .	232
2.1.2.2.1.1. Algunos restauradores significados . . . . .	232
2.1.2.2.1.2. El infante don Antonio Pascual y su tertulia . . . . .	233
2.1.2.2.1.3. El Real Consejo y Cámara de Castilla . . . . .	234
2.1.2.2.1.4. La <i>camarilla</i> Real y la benéfica influencia de Isabel de Braganza sobre ella . . . . .	234
2.1.2.2.1.5. Los secretarios del Despacho . . . . .	242
2.1.2.2.2. La corrupción . . . . .	250
2.1.2.2.2.1. El Rey: su selección de colaboradores . . . . .	251
2.1.2.2.2.2. El sistema de camarilla: su utilización por el Rey y por sus demás miembros . . . . .	252
2.1.2.2.2.3. El nepotismo y amiguismo en el reparto de destinos . . . . .	253
2.1.2.2.2.4. La generalización de esta tendencia y la venta de destinos . . . . .	259
2.1.2.2.2.5. Las raudas carreras y enriquecimientos personales . . . . .	264
2.1.2.2.3. Manifestaciones de rechazo . . . . .	269
2.1.2.3. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad natural con la dignidad humana . . . . .	273
2.1.2.3.1. La alianza del Trono y el Altar . . . . .	273
2.1.2.3.2. La Inquisición: restablecimiento y funciones . . . . .	286
2.1.2.3.3. Servidumbres y privilegios estamentales . . . . .	294
2.1.2.3.4. Una actitud consecuente . . . . .	305

2.1.2.4. Rechazo al absolutismo por su incompatibilidad con las necesidades económicas y financieras . . . . .	307
2.1.2.4.1. Aumento de los gastos y merma de los ingresos: la pérdida de <i>las Américas</i> y el difícil intento de recuperarlas . . . . .	307
2.1.2.4.2. La malhadada compra de barcos rusos . . . . .	317
2.1.2.4.3. La opción de sustituir las Américas sustituyendo al absolutismo . . . . .	323
2.1.2.4.3.1. Su acogida en el Ejército . . . . .	323
2.1.2.4.3.2. La opción sustitutoria en la burguesía . . . . .	328
2.2. EL DESARROLLO DE LOS HECHOS . . . . .	335
2.2.1. La conspiración "decimocuarta" . . . . .	336
2.2.1.1. Su presencia ambiental . . . . .	336
2.2.1.2. Desarrollo y apoyos sociales de esta conspiración . . . . .	338
2.2.1.3. Las sociedades secretas como cauce de esta conspiración . . . . .	346
2.2.1.4. Extensión y organización territorial de estas sociedades . . . . .	354
2.2.1.5. El eco simbólico de esta conspiración . . . . .	361
2.2.2. Pronunciamiento militar y pasividad civil . . . . .	366
2.2.2.1. El pronunciamiento y sus primeros protagonistas . . . . .	366
2.2.2.2. La indecisa lentitud de los sublevados y su eco en Madrid . . . . .	371
2.2.2.3. La temerosa inhibición rural . . . . .	378
2.2.2.4. La problemática legitimidad revolucionaria . . . . .	385
2.2.3. Amenaza revolucionaria y jura real . . . . .	394
2.2.3.1. Resonancia madrileña de la nueva fase revolucionaria provincial . . . . .	394
2.2.3.2. El protagonismo revolucionario de la Capital . . . . .	399
2.2.3.3. El cambio de instituciones y personas . . . . .	409
2.2.3.4. Expresión simbólica de la dificultad implicada por la revolución pendiente . . . . .	413

### 3. LA PUTREFACCION DEL SISTEMA CONSTITUCIONAL

3.0. CONSIDERACIONES PREVIAS . . . . .	421
3.1. MEDIATIZACION DE LOS PODERES CONSTITUCIONALES:	
SOCIEDADES Y "CUADRILLAS POLITICAS" . . . . .	424
3.1.1. Sociedades secretas . . . . .	426
3.1.1.1. Los masones (El Grande Oriente) . . . . .	427
3.1.1.1.1. Masonería regular y masonería española . . . . .	428
3.1.1.1.2. Terminología masónica, localización, dependencias, símbolos y decoración atribuidos a la logia del Grande Oriente de Madrid . . . . .	435
3.1.1.1.3. El ritual de iniciación masónica . . . . .	442
3.1.1.1.4. Tenidas ordinarias, tenidas de "Maestros Sublimes Perfectos" y reuniones en camarilla . . . . .	447
3.1.1.1.5. Composición social, influencia y tendencias políticas . . . . .	458
3.1.1.2. Los comuneros . . . . .	462
3.1.1.2.1. La sede comunera en Madrid . . . . .	465
3.1.1.2.2. Naturaleza y organización caballeresca . . . . .	466
3.1.1.2.3. Ceremonial de alistamiento en Los Comuneros . . . . .	469
3.1.1.2.4. Composición social . . . . .	474
3.1.1.2.5. Una sesión ordinaria: talante y posiciones políticas comuneras . . . . .	476
3.1.1.2.6. La camarilla de Regato . . . . .	485
3.1.1.3. Los anilleros . . . . .	486
3.1.1.4. Los carbonarios . . . . .	490
3.1.2. Sociedades patrióticas . . . . .	494
3.1.2.1. Los Amigos de la Libertad . . . . .	503
3.1.2.2. San Sebastián de la Corte . . . . .	506
3.1.2.3. Los Amigos de la Constitución . . . . .	508
3.1.2.4. Los Amigos del Orden . . . . .	512

3.1.2.5. La Sociedad Patriótica Landaburiana . . . . .	521
3.2. DISCORDIAS EN LA <i>FRANCA MARCHA "POR LA</i>	
<i>SENDA CONSTITUCIONAL</i> " . . . . .	525
3.2.1. El enfrentamiento de Fernando VII con el régimen constitucional . .	526
3.2.2. La escisión de los liberales . . . . .	532
3.2.3. La conspiración de Vinuesa . . . . .	548
3.2.4. Los escollos de la "senda constitucional" establecida en 1812 . . . .	554
3.3. LA CONFLICTIVA NECESIDAD DE EDUCACION . . . . .	557
3.3.1. La difusión de los nuevos valores legalizados . . . . .	558
3.3.2. Cambio de modelos . . . . .	562
3.3.3. Politización <i>versus</i> culturización . . . . .	566
3.3.4. Expresión simbólica del problema: evolución frente a revolución . .	575
3.3.5. Especial referencia a la lenta formación de hábitos . . . . .	577
3.4. DETERIORO DE LA REVOLUCION . . . . .	581
3.4.1. Su manifestación en el caso Vinuesa . . . . .	582
3.4.1.1. La imagen de partida . . . . .	582
3.4.1.2. El Discurso de la Coletilla y el cese del	
Ministerio Argüelles . . . . .	587
3.4.1.3. Del idealismo al posibilismo: nuevas dificultades y	
reducción de las aspiraciones revolucionarias . . . . .	595
3.4.1.4. La polémica sentencia contra Vinuesa . . . . .	601
3.4.1.5. Un asesinato anunciado . . . . .	608
3.4.2. Nueva fase e imágenes de este deterioro . . . . .	613
3.4.2.1. La <i>Batalla de Platerías</i> . . . . .	614
3.4.2.2. La manipulación absolutista de la "anarquía" exaltada . . .	626
3.4.2.3. Simbolismo y mensaje de "La Fontana de Oro" sobre	
esta cuestión . . . . .	630
3.4.2.4. El final de un "año de anarquía": caída del Gobierno	
Feliú ante las sociedades secretas . . . . .	634

Vol. II

4. ACCION REALISTA ESPAÑOLA: EL 7 DE JULIO

4.1. EL ESTADO DE COSAS ESPAÑOL EN LA PRIMAVERA DE 1822 . . . . .	639
4.1.1. <i>Crescendo</i> e institucionalización de la tendencia <i>exaltada</i> :	
Riego y su ejército en las Cortes . . . . .	639
4.1.1.1. La exaltación ambiental . . . . .	640
4.1.1.2. La personalidad del duque del Parque y las implicaciones de su militancia en el partido exaltado . . . . .	642
4.1.1.3. La entrada del ejército de Riego en las Cortes que éste presidía . . . . .	648
4.1.2. Carácter, comportamiento y actitudes de las principales instituciones y grupos . . . . .	658
4.1.3. La especial referencia de Galdós a la Milicia Nacional . . . . .	667
4.2. LA CLAUSURA DE LAS CORTES Y SUS INCIDENCIAS . . . . .	678
4.2.1. Los inmediatos antecedentes novelescos e históricos . . . . .	678
4.2.2. El día del cierre de la legislatura . . . . .	687
4.2.3. Rebeldía de la Guardia y negociación armada . . . . .	691
4.2.3.1. El reto y los contendientes . . . . .	691
4.2.3.2. Entre la negociación y la confrontación armada . . . . .	695
4.2.3.3. Eco simbólico de la situación en el plano novelesco . . . . .	707
4.3. EL TRIUNFO POPULAR DEL 7 DE JULIO . . . . .	710
4.3.1. El batallar <i>vivido</i> por Solita . . . . .	710
4.3.2. Ciudadanos frente a guerreros . . . . .	716
4.3.3. Rendición y huida de los Guardias rebeldes . . . . .	726
4.3.4. El simbólico acabamiento de Gil de la Cuadra . . . . .	733
4.4. LA SITUACION "EXALTADA" RESULTANTE . . . . .	737
4.4.1. La nueva casa de Solita . . . . .	737
4.4.2. Las celebraciones populares . . . . .	738
4.4.3. El primer "ministerio exaltado" . . . . .	741



4.4.4. El Rey: destierro de sus <i>pérfidos</i> palaciegos y <i>fraternal</i> entrevista con Riego . . . . .	744
4.4.5. La liberación de Solita, su incipiente idilio con Monsalud y la posesión de éste por Jenara . . . . .	748
 <b>5. LA INTERVENCION EXTRANJERA</b>	
5.1. INICIATIVAS ESPAÑOLAS EN PRO DE ESTA INTERVENCION . . . . .	753
5.1.1. Primeras actuaciones y logros de los agentes de Fernando VII en Francia: los núcleos de Bayona y París . . . . .	753
5.1.2. El núcleo de Madrid: sus integrantes y sus relaciones . . . . .	759
5.1.3. La Regencia de Urgel . . . . .	762
5.1.3.1. Su papel instrumental . . . . .	762
5.1.3.2. Su apoyo partisano . . . . .	765
5.1.3.3. Personalidad de los Regentes . . . . .	768
5.1.3.4. El acto de la proclamación y su significado . . . . .	770
5.2. LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL ANTE LA AMENAZA DE INTERVENCION EXTRANJERA . . . . .	773
5.2.1. La simbólica relación y circunstancias de Jenara y Monsalud . . . . .	773
5.2.2. La acción contraguerrillera: Espoz y Mina . . . . .	777
5.2.3. La "retumbante y guerrera" respuesta del Gobierno San Miguel a las "notas de las potencias" . . . . .	791
5.3. MOTIVACIONES DE LA INTERVENCION MILITAR <i>FRANCESA</i> . . . . .	799
5.3.1. El temor europeo al contagio revolucionario . . . . .	799
5.3.2. Efecto justificador e incitador de la actitud del Rey de España . . . . .	803
5.3.3. Los deseos franceses de seguridad, revancha y prestigio . . . . .	806
5.3.4. Simbolismo de las relaciones entre Jenara y Montguyón . . . . .	819
5.4. EL FACIL AVANCE DE <i>LOS CIENTO MIL HIJOS DE SAN LUIS</i> . . . . .	821
5.4.1. El previsor traslado de la Corte a Sevilla . . . . .	821
5.4.2. El paso francés de la frontera española . . . . .	828
5.4.3. Paso a los "enviados de Dios" . . . . .	833

5.4.4. La simbólica lucha de Jenara con Solita por Monsalud y el decaimiento de éste . . . . .	838
5.4.5. La reacción absolutista de Madrid y su simbólico atropello de Monsalud . . . . .	844
5.4.6. El simbólico traslado de Monsalud a Sevilla en compañía de Andrea y seguido por Jenara . . . . .	848
5.5. LA SEVILLA CORTESANA: FORMACION DE LA REGENCIA CONSTITUCIONAL Y HUIDA DE LA CORTE A CADIZ .	854
5.5.1. El ambiente de Sevilla . . . . .	855
5.5.2. La Regencia constitucional . . . . .	861
5.5.2.1. La actitud del Rey . . . . .	862
5.5.2.2. La respuesta de las Cortes al Rey y la simultánea interferencia del marqués de Falfán entre Jenara y Monsalud	864
5.5.2.3. La acción de la Iglesia . . . . .	876
5.5.2.4. Los celos entre las amantes de Monsalud como trasunto de los existentes entre las parcialidades liberales: su manifestación ante el viaje a Cádiz . . . . .	881
5.6. FASE FINAL DEL TRIENIO: CADIZ . . . . .	887
5.6.1. Breve imagen político-militar de la España del momento . . . . .	887
5.6.2. La conquista francesa del Trocadero . . . . .	892
5.6.3. Otros triunfos y presiones franceses ante la desesperada resistencia del gobierno constitucional español . . . . .	897
5.6.4. Rendición del Gobierno constitucional, liberación de Fernando VII y exilio liberal . . . . .	900
A MODO DE EPILOGO . . . . .	910
CONCLUSIONES . . . . .	917
BIBLIOGRAFIA . . . . .	934

## **4. ACCION REALISTA ESPAÑOLA: EL 7 DE JULIO**

La acción *realista* española es la cuestión central del "7 de Julio". Pero antes de referirse a su especial manifestación en aquella fecha Galdós muestra ciertas situaciones y comportamientos que, en cierta medida, la anuncian y contribuyen a explicarla. Este parece, según vamos a ver, el sentido de sus imágenes sobre la radicalización *exaltada*, los intentos absolutistas previos y los demás hechos y circunstancias que acabarían frustrando el afán conciliador del llamado gobierno de Martínez de la Rosa.

### **4.1. EL ESTADO DE COSAS ESPAÑOL EN LA PRIMAVERA DE 1822**

#### **4.1.1. *Crescendo* e institucionalización de la tendencia *exaltada*: Riego y su ejército en las Cortes**

Antes de ocuparse propiamente de "la primavera del 22", pero a través de hechos o procesos implicados en su imagen, Galdós indica que el precedente "año de anarquía", los "365 motines" que median entre "febrero de 1821" y "marzo de 1822", continúan, y aun se acentúan, en esta última fecha. Sucesivamente, según veremos a continuación, va

mostrando en este sentido la radicalización del ambiente, la extraña y matizada militancia del duque del Parque en el *partido exaltado* y el significativo homenaje hecho al *segundo batallón de Asturias* en la sesión de Cortes del 16 de marzo de 1822.

#### 4.1.1.1. *La exaltación ambiental*

Está implícita en su enlace con la *anarquía* precedente. "Parece que no ha pasado el tiempo", son las primeras palabras de Galdós en el "7 de Julio". Pero esa continuidad de la *anarquía*, significativa y deteriorante en sí misma, se va cargando de connotaciones indicadoras de una mayor tensión al comparar las clases y actitud de don Patricio con las del Episodio anterior: "Nada ha cambiado, y don Patricio Sarmiento, (...) lo mismo que el año pasado, está explicando la desastrosa historia y trágica muerte de Cayo Graco; pero su voz elocuente -observa Galdós- añade estas fatídicas palabras: 'Terribles días se preparan. Roma y la Libertad están en peligro'". Además, don Patricio parece "más inquieto, más exaltado, más vivaracho"... Suele cantar "entre dientes" alguna "patriótica cancioncilla" que refleja, por una parte, la vinculación *exaltada* a violencias como el asesinato de Vinuesa y, por otra, que, lejos de ser esto recordado con vergüenza, es ostentado con orgullo, como una prueba de fuerza y un servicio a la Patria:

"Para arreglar todito el mundo  
tengo un remedio singular,  
y es un martillo prodigioso  
que a un nigromante pude hurtar.

Cuando pretendan los malvados  
el despotismo entronizar,  
este martillo puede solo  
entronizar la Libertad"<sup>1</sup>.

La continuidad de estas anárquicas e inconstitucionales actitudes y, con ellas, del deterioro a que nos referimos en el capítulo anterior, son, asimismo, señalados por diversos

---

<sup>1</sup> "7 de Julio". Cit., p 1555. En este mismo sentido puede verse lo dicho por Vayo sobre la creación de la orden del martillo y su ostentación pública. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 247.

autores. El marqués de Miraflores indica que el descrédito en que iba cayendo Riego, especialmente tras su cese de septiembre de 1821, agravó el comportamiento de los exaltados, que, "tratando a todo trance de sostenerle y elevarle, le precipitaron, **desnaturalizando más cada día el carácter que la revolución de España presentó al principio**"<sup>2</sup>.

El profesor Seco Serrano, al destacar el doble extremismo que venía atenazando a los Gobiernos *moderados*, y, tras referirse a las intrigas absolutistas de Fernando VII -*desconfiado* siempre, *irritado* por la coacción liberal para la Reforma de Regulares, *humillado* en su intentona del Escorial y peligrosamente *aterrado* por el asesinato de Vinuesa-, señala también que "la situación política, cada vez más degradada, se prolongó hasta finales de año" (1821) y que las cosas vinieron a agravarse al producirse la "mayoría exaltada" de las Cortes de 1822, en las que -según veremos señalar también a Galdós- se manifiesta la contraposición entre Riego, desde la presidencia de estas Cortes, y Martínez de la Rosa, desde el Gobierno<sup>3</sup>. Los miedos mutuos, según indica Miraflores en el caso de los exaltados y el profesor Seco Serrano al explicar el comportamiento del *aterrado* Fernando VII, se hallan también -ya se dijo- en el de los personajes de Galdós.

El miedo a que renazca el absolutismo induce a don Patricio a predicar "el rigor y la crueldad, porque estamos -dice a Lucas- en días de exterminio, querido hijo, estamos en la alternativa de cortar cabezas o dejar que nos la corten..." Y, en una especie de *caza de brujas*, que, por otra parte, anuncia el significado simbólico de Gil de la Cuadra, asegura que éste, aunque parezca "arrinconado, miserable, enfermo y olvidado (...) está conspirando". Ello le impulsará a vigilarlo con odio implacable, para impedir su impunidad, porque, en su opinión, "el Ministerio del señor Martínez -de la Rosa- protege a todos los pillos absolutistas".... Por otra parte, también como en el Episodio y año anteriores, don Patricio descubre bajo su oposición exaltada el deseo de poder, pero sus

<sup>2</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos...". Cit., T I, p 106. Sin negrilla en el original.

<sup>3</sup> SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Cit., p 55. Sin negrilla en el original.

procedimientos para arreglar las cosas se muestran ahora más drásticos y violentos: "Si yo pudiera..., -asegura, dándole muchas más vueltas,- si yo pudiera decir un sólo día: '¡Hoy mando yo, y baje todo el mundo la cabeza!'... (...), y otras cosas más raras se han visto (...), arreglaría fácilmente este desconcertado país (...) cortando cabezas y más cabezas"<sup>4</sup>.

Y entre este febril enfrentamiento del exaltado don Patricio al absolutismo y a la moderación, entre el no menos enfermizo odio de Gil de la Cuadra -imagen del absolutismo- a Monsalud -que lo es de la Revolución-, Solita, como la parte más sufrida y general de la sociedad española, procura subsistir, ignorando el odio de su padre a Monsalud y recibiendo de éste recursos y ánimo con que sustentarse y afrontar su propia situación con aquél, quizá ilusionada por vencer un día aquellos odios, verse libre de aquellas obligaciones de hija... y unirse a Monsalud. Su entrevista con éste en casa del duque del Parque, está cuajada de imágenes sobre las "dos vidas" de Monsalud, más poseído por la élite social (Jenara) que por Solita, pero con una incipiente atención hacia ésta, que, simbólicamente, está ya llena de "curiosidad" por saber las razones del odio de su padre y deseosa de intervenir para evitarlo<sup>5</sup>.

La entrevista se celebra, además, en casa del duque del Parque, cuya relación con Monsalud se puede inscribir en la de esa élite social representada por una de las facetas de Jenara y enlaza, como vamos a ver, con otra de las cuestiones destacadas por Galdós.

#### ***4.1.1.2. La personalidad del duque del Parque y las implicaciones de su militancia en el partido exaltado***

El Duque, único *Grande de España* en las Cortes del año 1822, era también "presidente de la Fontana de Oro"<sup>6</sup> y miembro del "partido exaltado", al que, según dice Galdós -interesado al parecer por estas extrañas circunstancias-, le debieron de llevar "el trato de ciertas personas, o lecturas revolucionarias, o quizás desaires que no creía merecer". Su

<sup>4</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1555-1557.

<sup>5</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1555-1561.

<sup>6</sup> Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 290.

pertenencia a este partido no excluye, sin embargo, ciertos resabios aristocratizantes que, dándose aun en el caso de este *exaltado*, parece predicar Galdós de los nobles en general, pero que, en este caso concreto, parecen indicio, a la vez, de fisuras y fuga de votos en ése partido exaltado en alza.

"Grande de España -dice Galdós, destacando la rareza de esta filiación,- se sentó en la silla presidencial de *La Fontana de Oro*, desde la cual oyó apostrofar a los duques"<sup>7</sup>.

Galdós se detiene con cierta morosidad en el análisis de este *Grande* exaltado. "El duque del Parque -dice al presentarlo- fue uno de los generales españoles que mas descollaron en la guerra de la Independencia. (...) No fue igualmente afortunado (...) en la política, a la cual se dedicó con el afán propio de los ineptos para un escabroso arte. (...) Diputado en el Congreso de 1822, figuró en el grupo de Alcalá Galiano; de Rico, que había sido fraile y guerrillero; de Istúriz y otros. (...) poseía gran fortuna; era generoso, amable, ilustrado hasta donde podía serlo un duque y general y español por aquellos tiempos". Significativamente, su "mayordomo, secretario y confidente" es -lo era ya en "El Grande Oriente"- Salvador Monsalud, que el día 14 de marzo de 1822, cuando comienza el "7 de Julio", aparece preparándole el discurso que, como diputado, había de pronunciar en la sesión de Cortes del día 16. Este protagonismo y vinculación revolucionaria parecen asociarse con el carácter "generoso" y relativamente "ilustrado" del Duque, pero también con su "manía, tan común entonces como ahora -dice Galdós en 1876-, de figurar en política contra viento y marea" y con sus "pretensiones de orador"<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> "7 de Julio". Cit., p 1561. Su nombre, omitido por Galdós, era Diego de Cañas y Portocarrero, nació en Valladolid el año 1755, participó en el motín de Aranjuez y en la Asamblea de notables de Bayona (1808), además de en lo aquí indicado, y moriría en Madrid en 1832: Cfr. ALCALA GALIANO, A.: "Memorias", Cit., T II, p 152 y DICCIONARIO Larousse de Historia Universal.

<sup>8</sup> "7 de Julio". Cit., p 1562. Galdós podría estar recordando aquí, entre otras cosas, el empeño del duque del Parque por ser diputado, pues, según indica Alcalá Galiano, al Duque se le puso inicialmente el reparo de que era "gentilhombre de cámara con ejercicio" y la Constitución declaraba expresamente "incompatible el servir un empleo de casa real con el cargo de diputado", si bien, defendido por el mismo Galiano, el Duque fue admitido porque "no obstante estar empleado en la casa real no servía su empleo". Por otra parte, al igual que luego reflejará Galdós, Alcalá Galiano dice que este duque gustaba de hablar en las sociedades patrióticas, que era "hombre extraño en sus modos, pasaba por muy exaltado, y había hecho extremosa ostentación de serlo, si bien los que le conocían daban por poco sinceras sus demostraciones". ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 152.

Algunas de sus ilusiones, condicionamientos y miedos son así resumidos por Galdós: "Despertó aquella mañana, después de un sueño en que le atormentaron ansiedades políticas, le conmovieron ambiciones y le embelesaron oratorios triunfos. Dormido, había soñado lo que soñaba despierto, es decir, que hablaba en el Congreso, que le aplaudían, que entusiasmaba, que era Mirabeau. Luego que se despabilaron sus sentidos, -añade Galdós- tomó *El Universal* y *El Zurriago*, que, juntamente con el chocolate, le había presentado su ayuda de cámara, y leyó".

Las ilusiones políticas y oratorias se combinan, pues, con la tenencia de "ayuda de cámara" y con "el chocolate", observándose, además, que "a su alma turbada no satisfizo la desabrida lectura" -que parece ser la de *"El Zurriago"*-, aunque acto seguido se apunta la relativa llaneza de este Duque diciendo que "aquel grande hombre se afeitaba sólo"<sup>9</sup>.

Grande de España y miembro del partido exaltado, el Duque, según interpreta Monsalud, "quiere decir cuatro verdades al Ministerio; probar que Martínez de la Rosa, con todas sus letras, no sirve para el caso; (...) que se arme gran barullo en las Cortes", y que esto sea con su discurso, según parece insinuar Galdós al resumir su deseo de lucimiento en "un discurso que a lo violento de la intención una la severidad y firmeza de una frase cortés" y "que revele sólida erudición". Que se vea -dice el mismo Duque- "que mis discursos no son, como los de Romero Alpuente: un fárrago de vulgaridades ramplonas para trastornar a la muchedumbre"<sup>10</sup>.

El Duque muestra, pues, cierto menosprecio hacia algunos compañeros de partido y hacia sus *bases*. Las diferencias de gustos y de talante, asociadas a la de estatus social, se unen a los particulares intereses para que, en una imagen de la mayoría de los nobles, no apoye "todas, absolutamente todas las reformas que piden los exaltados". De ahí que haya de modificarse su discurso para que "conste claramente -dice a Monsalud- que no admito la ampliación de ley de Milicias, ni la supresión de escarapelas, ni estoy de acuerdo con que se devuelva al Rey la ley de Señoríos que no ha querido sancionar. Poquito a poco.

---

<sup>9</sup> "7 de Julio". Cit., p 1562.

<sup>10</sup> "7 de Julio". Cit., p 1562.



No todas las reformas son buenas"<sup>11</sup>.

La respuesta de Monsalud, recogiendo la idea de que pueden no ser buenas algunas reformas y señalando que "**mayormente las que atacan a la nobleza**" -negrilla nuestra-, aclara por sí sola el significado de la anterior posición del Duque, pero Galdós se recrea en la suerte, matizándola: "Parto del principio -dijo el del Parque poniendo una mano sobre las cuartillas y accionando gravemente con la otra- de que yo, al mismo tiempo que detesto ciertas reformas, no puedo decir nada contra ellas. Ten presente que si defiende otras es porque tengo la convicción de que no se han de plantear nunca. ¿Qué se han de plantear, si le sientan a nuestro país como a la burra las arracadas?"<sup>12</sup>.

Galdós indica, pues, que los nobles liberales, aunque se titulasen *exaltados* -y lo fueran en algunos aspectos-, procuraban limitar la Revolución en defensa de sus propios intereses. Actuaban como un freno interno que Galdós parece suponer aplicado en diversos campos, si bien, según se ha visto, destaca su manifestación expresa contra la "ley de señorios". Interés señorial que parece conectar con la demora del doble veto Real, suficiente para impedir su aplicación durante el Trienio y ocasionar la frustración campesina de que habla Ramón Escobedo en su Informe de 1821 al Gobierno<sup>13</sup>. Interés, así mismo, que parece explicar las exigencias planteadas a la *burguesía* -que no presionó para su sanción como

---

<sup>11</sup> "7 de Julio". Cit., p 1563. La enumeración de estos rechazos tan diversos hace pensar que Galdós tomó estas referencias de Vayo, que, en menos de media página, se refiere también, por una parte, a las propuestas exaltadas de "ampliación del reglamento de milicias" -en las que se hubiera podido ingresar con sólo "estar en el ejercicio de los derechos de ciudadano"- y de "que se quitasen la escarapela los criados de palacio" y, por otra, a la devolución del "decreto de señorios de 7 de Junio de 1821" al Rey "sin escuchar las reclamaciones del gabinete" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 293-294.); pero mientras Vayo parece lamentar esto, atribuyéndolo al "ansia de mudar y trastornar todas las cosas sin atender al tiempo, a la política, ni a los intereses antiguos" (Ibídem, misma p.), Galdós -cual si buscara influir en sus lectores- destaca en este caso la resistencia estamentalista del Duque y sus iguales.

<sup>12</sup> "7 de Julio". Cit., p 1563.

<sup>13</sup> Cfr. PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX", Cit., p 127. Según indica Vayo, este proyecto de ley, devuelto sin sanción por Fernando VII a las Cortes -que lo habían aprobado el 7 de junio de 1821-, volvió a ser aprobado por éstas el día 27 de abril de 1822 y remitido de nuevo al Rey, "quien en 7 de junio lo envió segunda vez al Congreso por conducto del ministro de Gracia y Justicia, también sin sancionar." Resultó así que, conforme al interés de los *señores*, no entró en vigor hasta abril de 1823, al ser aprobado por las Cortes su tercera vez, el día 26, cuando ya los Hijos de San Luis habían entrado en España y se hacía imposible aplicarlo. Ver VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 306-307 y T III, p 77.

en la ley de Regulares- cuyo distanciamiento del campesinado se produce en este periodo, según destaca el profesor Jover Zamora al mismo tiempo que califica de "irrefragable" la conclusión en que J. Fontana viene a confirmar, con muchas otras implicaciones, lo antes insinuado por Galdós: "el régimen constitucional no acertó a formular una política campesina adecuada, tal vez porque se veía obligado a respetar los intereses de los grandes propietarios señoriales que formaban en sus filas"<sup>14</sup>.

Las cuestiones estamentales y clasistas se cruzan, además, con las personales, y de ahí que todavía encuentra el Duque -y general español- otro punto del discurso "que debe ser variado por completo. ¿De dónde sacas -dice a Monsalud- que yo quiero llamar a Riego *héroe invicto*, y felicitarle por su elevación a la presidencia del Congreso?". Y como Monsalud razonase que tales "piropos al héroe de Las Cabezas" podían encajar dado que "Vuecencia pertenece al grupo exaltado", el del Parque aclara que una cosa es transigir o aplaudir cuando otros se lo llaman y otra muy distinta "darle (...) tales nombres" él mismo. "Harto le ensalza la plebe", dice. Y, aunque ya "se ha cacareado bastante su hazaña" -"demasiado", según Monsalud- "todos los días hemos de estar -continúa el Duque- con el *padre de la Libertad*, con el *adalid generoso*, con el *consuelo de los libres* y el insoportable ¡*Viva Riego!*, que es como un zumbido de mosquitos que nos aturde y enloquece!"<sup>15</sup>.

Galdós parece estimar que el Duque, según insinúa Monsalud, puede estar cansado del "incienso que se echa a los demás"; de "doblar la rodilla -recordemos que es de duque- ante un ídolo de barro"; pero también que dicho ídolo es realmente de barro y que el Duque se ve en el caso de reprimir sus deseos de "llamar necio (...) al jefe del partido a

---

<sup>14</sup> FONTANA LAZARO, Josep: "La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820". Barcelona, 1971, p 289. Cit. por JOVER ZAMORA, J.M<sup>a</sup>.: "España en la transición del siglo XVIII al XIX". En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Turner, Madrid, 1976, pp 139-227, especialmente pp 213-214.

<sup>15</sup> "7 de Julio", Cit., p 1563. Ejemplos de estas expresiones pueden verse en el oficio que *La Fontana de Oro* y *La Cruz de Malta* dirigieron al Ayuntamiento de Madrid en septiembre de 1820 con el fin de que se uniera a su homenaje a R. del Riego. En Archivo de la Villa. Minutas y apuntes. Recibimientos de Quiroga y Riego, 1<sup>a</sup>, 330-10. Cfr. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., T I, pp 124-125.

que (...) pertenece"; no lo hace, porque en política "es forzoso que adulemos y ensalcemos -explica a Monsalud- a más de un majadero que vale menos que nosotros"<sup>16</sup>.

Aunque Galdós opina que el duque del Parque tenía más afición que facultades para la política, aunque en algunas de sus opiniones sobre Riego se trate de reflejar posibles celos de militar y político, resulta clara la diferencia entre el menosprecio que Galdós pone en dichas opiniones y la admiración que al Duque atribuye por otras figuras de su partido con las que también compite. Cuando el del Parque indica a Monsalud su deseo de *sentar la mano al Ministerio* y de que resalte bien su "lema: *Libertades públicas antes que nada*", se le ve queriendo emular a dichas otras figuras: "Todo lo bueno que sale de nuestras filas, ¡canario!, no lo han de decir Alcalá Galiano, Javier Istúriz, Rivas y Beltrán de Lis. En todas partes hay tiranía, hijo. Hasta en el partido de la igualdad, de la democracia, de los hombres libres, ha de haber cuatro o cinco gallitos que quieren despuntar, imponer su voluntad, tratando a los demás como miserables polluelos"<sup>17</sup>. Así, a la vez que Galdós va perfilando la figura del Duque -y los reparos presumibles en otros nobles-, destaca también ante sus coetáneos la pertenencia de esas otras personalidades al grupo exaltado, sus cualidades y las diferencias entre unos y otros. Es notable en este sentido el deseo de subrayar la valía de los últimos citados, la ramplonería y aspiración a mover muchedumbres de Romero Alpuente y la fatuidad de Riego.

La infundada vanidad de este último sigue siendo especial objeto de crítica entre las incansables ironías con que Galdós ridiculiza los inútiles afanes del Duque por triunfar como orador, cualidad que, como siempre, muestra Galdós importante para brillar como político en una época revolucionaria y en que se hablaba sin papeles.

El Duque dice desconfiar de que su discurso le salga bien porque en cuanto se levanta y dice "Señores..." se le olvida todo, se marea, le parece ver en las tribunas "otras tantas bocas disformes que se ríen" de él... y Monsalud le aconseja: "Procure Vucencia tener serenidad, y aprenda del general Riego. Eso sí que es hablar sin ton ni son; eso sí que es

<sup>16</sup> "7 de Julio". Cit., p 1563.

<sup>17</sup> "7 de Julio". Cit., p 1564.

decir perogrulladas huecas con apariencia de cosas graves. Todo por efecto de la serenidad. Cuando no se tiene idea del disparate, cuando no existe el temor, cuando una presunción excesiva asegura el aplauso de uno mismo, está allanada la dificultad, y los apuros parlamentarios no existen." La clara intención de Galdós se remacha, además, cuando Monsalud aconseja seguidamente al del Parque: "Mire V. ecencia este jarrón vacío, imagine que es el general Riego".

Imagen, pues, de vana vaciedad, que se alterna con la del pueril empeño del Duque: apelando éste a su "buena memoria", se pone a estudiar su "lección" para ensayar luego con Monsalud y que éste le diga qué le "parecen la acción, el gesto, los cambios de tono. Me dirás -le indica- si en tal o cual pasaje conviene echar un par de toses o estirar el brazo, o quedarme parado o en silencio, mirando con altanero desdén a todos los lados". Y dejándolo a solas ya, mientras los criados comentaban con malicia los "atroces gritos que atronaron la casa", Galdós vuelve sobre aquella imagen de jarrón vacío -en el que se pondrían tantas flores a la Libertad- indicando que el Duque encontraba una "aquiescencia (...) perfecta. Ni la cama, que era la Presidencia; ni las sillas, que eran Galiano e Istúriz; ni las paredes, que eran las tribunas; ni el jarrón vacío, que era Riego, hicieron objeción alguna. El orador -se ríe Galdós- estaba inspirado"<sup>18</sup>.

El ensayo de este discurso proyecta inmediatamente la atención hacia la sesión de Cortes de 16 de marzo de 1822, para la cual se preparaba. En ella se producen algunos hechos con cuya referencia abunda Galdós en los perfiles que del partido exaltado parecía mostrar en estos representantes.

#### ***4.1.1.3. La entrada del ejército de Riego en las Cortes que éste presidía:***

"El 16 de marzo -escribe Galdós-, las tribunas del salón de Cortes en Doña María de Aragón rebosaban de gente. Decíase que el 2º batallón de *Asturias* iba a penetrar en la sala de sesiones, y esto era de ver. No siempre -indica Galdós a los coetáneos de Pavía- entra

---

<sup>18</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1564 y 1565.

la tropa en las asambleas para disolverlas"<sup>19</sup>.

Tal acontecimiento da pie a Galdós para ocuparse de algunos otros aspectos de interés en dicha sesión de Cortes. En primer lugar se refiere al **local**, en cuya descripción refleja la provisionalidad con que funcionaban las instituciones revolucionarias del momento: "La iglesia-Congreso -dice Galdós- ofrecía entonces al espectador escasísimo valor artístico. Por algunas pinturas sagradas en el techo se conocía el templo cristiano; por una estatua de la Libertad y una inscripción política se conocía la Asamblea popular. El presbiterio, sin altar, era Presidencia; la sacristía, sin roperos, salón de conferencias; el coro, sin órgano, tribuna. Bastaba quitar y poner algunos objetos para hacer de la cátedra política lugar santo, o viceversa; y así, cuando los frailes echaban a los diputados, o los diputados a los frailes, no era preciso clavar muchos clavos."

La imagen, breve pero expresiva, viene a ser, pues, la de una especie de escenario tan cambiante como los tiempos a que corresponde.

Su aspecto físico se corresponde con el del "Senado actual", según indica Galdós en 1876, salvo en la decoración luego añadida por "los arquitectos del Estado". "El Presidente ocupaba el mismo sitio, y los diputados se sentaban, cual los modernos senadores, en dos filas, frente a frente, contemplándose unos a otros. Había en lo alto -continúa Galdós- tribunas laterales tan oscuras, estrechas e incómodas como las de hoy, con ingreso por lóbregos pasillos" que comunicaban con la "subida al campanario" y que suponían un "arriesgado viaje" para los espectadores, que habían de recorrer aquellos "inverosímiles antros oscuros" para llegar a las tribunas<sup>20</sup>.

En cuanto a "los padres de la patria", Galdós destaca la división -evocadora de la francesa y habitual, por otra parte,- de los diputados en dos grupos: "los de la gran montaña democrática, que eran -dice con cierta zumba- los que daban interés a las sesiones, y (...) los templados, que con su moderación importuna procuraban quitárselo". Mirándolos, Monsalud "vio -continúa Galdós- a los grandes demagogos de aquellos días:

---

<sup>19</sup> "7 de Julio". Cit., p 1565.

<sup>20</sup> "7 de Julio". Cit., p 1565.

Alcalá Galiano, Escobedo, el duque de Rivas, Istúriz, Beltrán de Lis, Infante, Ruiz de la Vega; vió a los doceañistas Argüelles, Canga-Argüelles, Alava, Valdés; a los ministros Sierra Pambley, Balanzat, Clemencín, Romarate, Moscoso, Parely (Sic -por Garely/Gareli-) y Martínez de la Rosa, objeto de la atención general por parte del público de las tribunas".

Pero la importancia de todos ellos deviene secundaria en aquel acto al añadir Galdós: "Un hombre como de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, presencia simpática, rostro medianamente agradable, sin barba, de ojos azules y aspecto en general pacífico y bonachón, subió a la Presidencia. Era el hombre de la época, *el caudillo de la Libertad, el héroe de Las Cabezas, el ídolo de los hombres libres, el hijo más querido de la madre España, el padre de los descamisados*, don Rafael del Riego"<sup>21</sup>.

Señalado así el verdadero protagonista, y el incienso que aceptaba, Galdós pasa inmediatamente a subrayar el carácter substancial del acto, indicando, por una parte, el relativo desinterés, insignificancia y desgana con que, en un "verdadero bostezo de la Cámara", se suceden el previo "periodo de las preguntas" -evocador de la llamada por Alcalá Galiano "sesión de las preguntas" ("9 de Marzo"), que tanto este autor como Miraflores consideran un necio y ridículo intento de juicio de "residencia" a los recién nombrados ministros<sup>22</sup>, - y todas las demás fases de aquella sesión: palabras de "un ministro" y de "dos o tres diputados", "discursos", etc., porque "el interés de aquella sesión memorable no podía estar en los discursos".

<sup>21</sup> "7 de Julio". Cit., p 1565. Sin negrilla en el original.

<sup>22</sup> Recordando esta "sesión de las preguntas", Alcalá Galiano lamenta haber sido él mismo quien, "para trabar la lid, empecé -dice- haciendo una pregunta a los ministros"; pero, tras él, los demás diputados de su "parcialidad (...) comenzaron a porfía a pedir la palabra, queriendo cada uno hacer preguntas", con lo que "vino (...) la sesión a hacerse el espectáculo más cansado y ridículo que cabe imaginar", llegándose a hacer las "últimas averiguaciones entre bostezos, señales de enojo" y "burlas" al partido exaltado. (ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 157 y 158.) Miraflores califica el hecho como "una especie de residencia la más altamente necia e inútil (...) que ha presenciado ningún Cuerpo Legislativo del mundo"; y, señalando, como Alcalá Galiano, la intrascendencia de gran parte de las preguntas de aquel "ridículo interrogatorio", relaciona hasta siete de ellas. (MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 128.) Cabe, pues, pensar que Galdós introduce su alusión a este hecho en la sesión del día 16 para recordarlo de paso y, sin repetir sesión tras sesión, acumular otras muestras asociadas al carácter exaltado y partidista de aquellas cortes.

El interés, lo que Galdós parece hallar más definidor de aquellas Cortes, estaba en el vano acto del día: "Una ceremonia ideada por los amigos y aduladores de Riego, y consentida, ¡parece increíble!, -enfatisa Galdós- por Martínez de la Rosa, que no tuvo valor para oponerse a ella, debía verificarse dentro de pocos momentos"<sup>23</sup>. Galdós no parece disculpar la, más o menos explicable, debilidad de Martínez de la Rosa ante la popularidad y fuerza de Riego, pero tanto su alusión al *Héroe* como a esta "ceremonia" contienen, sobre todo, una dura crítica a la prepotencia, vanidad e ineficacia con que los *exaltados* y su líder usaban de su mayoría en esta institución. No se puede decir, sin embargo, que la crítica de Galdós sea más dura que la de los coetáneos de los hechos. Quintana, por ejemplo, se refiere a esta presidencia de Riego diciendo que el "lauro añadido entonces a su frente se marchitó bien pronto, como los otros que la fortuna le había puesto, por no saber hacer uso de él." Destaca "la algazara (...) francachelas (...) y locuacidad del vino" con que fue celebrada su obtención y señala que Riego, carente del "talento", "discreción y gravedad" precisos para "contener las inmoderadas pretensiones de los de su bando sin hacérseles sospechoso", "manifestó la parcialidad más funesta en el nombramiento de las comisiones, con lo cual dió por el pie a todos los trabajos de las Cortes"; señala también que "el tropel de proposiciones" que Riego "apadrinó" eran, "unas indiscretas, absurdas otras, impertinentes las más", y que su "manera de conceder o negar la palabra allanó el camino al artificio con que fueron eludidas todas las precauciones del reglamento para asegurar la libertad y el equilibrio de los debates"<sup>24</sup>. En este mismo sentido dice Miraflores que aquella presidencia dió a Riego ocasión de "nombrar para las comisiones más importantes a los más distinguidos Corifeos (Sic) de su partido"<sup>25</sup>.

La descripción que Galdós hace de la sesión de Cortes del 16 de Marzo contiene, según

<sup>23</sup> "7 de Julio", Cit., p 1565. Recordemos en descargo de Martínez de la Rosa que aquellas Cortes eran de mayoría *exaltada* y que, según él mismo dice, ciertas cosas habían de hacerse para no poner "más de manifiesto el desacuerdo que reinaba entre los poderes del Estado" ("El espíritu del siglo", Cit., T VII, pp 411-412.).

<sup>24</sup> QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". Cit., pp 560 y 561.

<sup>25</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 125.

puede verse a continuación, un cúmulo de ironías que, tomando como ejemplo la aludida "ceremonia" y a la vez que informan sobre ella, destacar la vana parcialidad a que parece responder: "Ya la anunciaba vivo y alegre rumor de bandas militares, cuyo lejano son entusiasmó a la gente de la tribuna pública. Agitáronse los diputados, agitóse el pueblo, y el Presidente, haciendo alarde de modestia y delicadeza, -dice Galdós, recalcando insistente la vanidad de Riego,- dejó su asiento. Al verle bajar y obscurecerse, perdiéndose en las filas de los diputados, un grito unánime sonó arriba y abajo: "¡Viva Riego!". El *héroe* (pues es preciso -dice Galdós- darle este nombre) <sup>-26-</sup> saludó con la perezosa cortesía de los ídolos populares, fatigados de hacer reverencias al pueblo al volver de cada esquina. Los ministros querían aparentar satisfacción; pero harto se conocía que la farsa próxima a representarse no les entusiasmaba. Algunos diputados estaban fríos, cejijuntos; otros reían, y la mayor parte aguardaban impacientes un espectáculo que, por lo nuevo en los fastos constitucionales, merecía ser visto para poderlo transmitir a las generaciones futuras.

"Llegó el momento. Las músicas militares cesaron en las inmediaciones de Doña María, y vieraís entrar en el salón -ironiza Galdós en el tono propio de un romance épico-, por la puerta principal, precedidos de cuatro maceros, los oficiales comisionados para representar al batallón en acto tan solemne. Pusiéronse en pie los diputados, como si la Real persona hubiera penetrado en el recinto, y un '¡Viva el batallón de Asturias!' zumbó en las altas regiones de las tribunas. Los oficiales avanzaron gravemente hasta encarar con la Presidencia, ocupada por el vicepresidente, señor Salvato, y allí detuvieron el animoso pie.

"Cualquier extraño que asistiera a recepción tan ceremoniosa y oyese los estentóreos vivas, y viera la seriedad y emoción de muchos diputados, habría creído -Galdós subraya la desproporción de aquel homenaje- que aquellos distinguidos tenientes y capitanes, tan

---

<sup>26</sup> El "uso y abuso" de que, según refleja Galdós aquí, fue objeto durante este Trienio "la palabra *héroe* y otras semejantes" es así mismo señalado en nuestros días por el profesor Gil Novales en "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., T I, p 111. Basta ver ciertos escritos del período, como el antes citado oficio de La Fontana y La Cruz de Malta sobre otro gran homenaje a Riego, el de septiembre de 1820, para hacerse una idea del grado en que ello es cierto; especialmente, como vemos indica repetidamente Galdós, en el caso de Riego.



bien peinados, venían de conquistar medio mundo; habría creído que cada uno era, cuando menos, un Bonaparte regresando de Italia con los eternos laureles de Arcola, Lodi y Montenotte". Y, matizando la idea de desproporción con la de despropósito, añade: "¡Pobre Representación nacional la que de este modo abría su puerta sagrada a media docena de oficiales, cuyo único mérito había sido lo que ellos llamaban el restablecimiento de la Libertad!... ¡Como si la Libertad pudiera ser verdaderamente establecida ni derrocada por un batallón!"

Hechas estas reflexiones -que encierran ya una valoración del acto-, Galdós continúa así su relato: "Pero el Comandante de *Asturias* no había ido allí a servir de objetivo a miradas curiosas. Era preciso -dice con una serie encadenada de profundas ironías- que hablara, que dirigiese cuatro palabrillas de consuelo a la Representación nacional, con algún consejo, si ésta lo había menester. El Comandante, cuyo nombre la Historia no ha creído digno de ser conservado a pesar de sus indudables hazañas -subraya zumbón Galdós- tomó la palabra, y mirando con bizarría al Presidente, dió las gracias por la distinción hecha al cuerpo; y después, mostrando generosidad a toda prueba y grandes propósitos de proteger y amparar a la desvalida madre España, prometió defender la Libertad hasta el último aliento. Tanta abnegación de parte de un comandante enterneció a los demagogos.

"Tocó la vez al señor Salvato, hombre de pocas palabras, algo ronquillo, y empezó su discurso, que parecía iba a ser largo, como esperanza de pobre. De las tribunas no se le oía jota, lo cual fué ocasión de desasosiego y tumulto; pero Salvato, al llegar al fin de su perorata, alzó la débil voz cuanto le fué posible, y se oyeron estas palabras: '¡Batallón de *Asturias*! ¡El genio tutelar de la Libertad acompañe tus filas, mientras que el aprecio general de los hombres libres te sigue a toda partes!'

"En medio de atronadores aplausos, -continúa Galdós- Salvato alargó al Comandante un ejemplar de la Constitución. Al ver la entrega del librito -ridiculiza-, cualquier espectador de cabeza despejada habría creído presenciar el acto de distribución de premios de escuela, y que el citado jefe había merecido llamar la atención del consejo profesional por sus correctas planas o sus adelantos en la Gramática. Pero aquí empezó la parte más chusca de aquella ceremonia, que oficialmente, y según lo acordado por el Gobierno, debía

concluir con la solemne entrega del libro.

"El Comandante, que sin duda era hombre de iniciativa -se burla Galdós-, no creyó suficientemente hecha la apoteosis del batallón de *Asturias* y sintiéndose inspirado, abrasado en sacrosanto fuego de gratitud y patriotismo, desciñó el corvo sable y lo ofreció al Congreso, diciendo con hueca frase y triunfador gesto que era el mismo que empuñara don Rafael del Riego al dar el grito de rebelión en Las Cabezas de San Juan. Esto produjo cierto estupor, y aunque no faltaron aplausos, sordo murmullo corrió por los bancos, como un vientecillo rastrero precursor de grandes tempestades."

Estupor, murmullo y vientecillo en que Galdós parece señalar la sensación de que, buscando -sin fundamento- lo sublime, se habían deslizado hacia lo ridículo, según destaca al añadir: "Vaciló el digno señor Salvato un momento, sin saber si admitir o rechazar la oferta, estando, por razón de su perplejidad, un buen rato con el acero levantado, como aparecen en las estatuas conmemorativas de heroicos hechos los grandes capitanes y conquistadores; pero al fin decidióse por la admisión, y poniendo el sable sobre la mesa, pronunció estas palabras: 'Las Cortes admiten con singular aprecio este acero, fasto vivo del pronunciamiento de la Libertad y trofeo del héroe predilecto de ella.'

"Más tarde, -concluye Galdós- el Congreso se avergonzó de su debilidad; comprendió la ridiculez de la escena que había consentido, y no sabiendo qué hacer del malhadado sable, devolviólo a su dueño *para que defendiese con él la amenazada Constitución*"<sup>27</sup>.

Galdós parece combinar en esta imagen lo dicho por Vayo y Alcalá Galiano. El primero, tras relatar los pasos seguidos hasta que la tropa llegó "a la plaza de doña María conforme al ceremonial convenido", describe también -en términos muy parecidos-, la "escena del sable de Riego", la "ridiculez" que se vio en "que se colocase en el salón" de sesiones -según pretendían "los amigos de Riego"-, "puesto que no había brillado en heroicos combates", y la decisión de "mandar que se devolviese a Riego para que con él defendiese la Constitución". Pero además, conectando tácitamente el espíritu de uno y otros actos, prolonga su referencia para decir que "en la sesión del 19 fueron declarados beneméritos

---

<sup>27</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1565, 1566 y 1567.

los héroes ensalzados por los comuneros (,) Padilla, Bravo y Maldonado (,) muertos en Villalar en defensa de las franquicias de Castilla, mandando inscribir sus nombres en el salón de las sesiones, y levantarles monumentos públicos", y que "con iguales distinciones honró la asamblea los nombres de Lanuza, Heredia y Luna, sacrificados por la tiranía de Aragón"<sup>28</sup>. Alcalá Galiano, describiendo los hechos del día 16, señala especialmente el deslucido papel de Riego, que, al honrar a su batallón -y por mucho que cediese para tal acto la presidencia de las Cortes a Salvato- parecía querer "honrarse a sí propio"<sup>29</sup>.

Es como si la tendencia a *gritar y alborotar* que Galdós atribuye a los *exaltados* y el más común deseo de figurar, se hubiera institucionalizado, como si hubiera cristalizado en las Cortes. De ahí que, destacando la ineficacia de esta política de gestos y gritos para alcanzar los objetivos de aquella revolución, y recordando a la vez la necesidad de cambiar los hábitos -según le vimos señalar al referirnos a las carencias educativas- exclama: "¡De esta manera querían establecer en España lo más serio, lo más imponente que existe: la Libertad! ¡De esta manera querían infundir la dignidad de los hombres libres a un pueblo que conservaba la forma del absolutismo, como conserva el amasado yeso la figura del molde de que acaba de salir!"<sup>30</sup>.

Galdós parece mostrarse aquí conforme con lo que dice Vayo: "Las grandes medidas que requería el estado especial del país quedaron en el olvido; y en vez de esta cuestión de vida o muerte, en vez de los asuntos arduos, vagó la asamblea por un espacio imaginario de ninguna utilidad para la despedazada patria"<sup>31</sup>. El mismo Gil Novales, aunque afirmando que "estas Cortes fueron continuistas y no revolucionarias" y haciendo la observación de que eran "acordes con la tendencia general de la época", reconoce que "acentuaron los

---

<sup>28</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 301, 302 y 303.

<sup>29</sup> "Memorias". Cit., T II, p 162. A. GIL NOVALES refiere también estos hechos, aunque dando como fecha de este homenaje el día 15 de Marzo y situando la declaración en favor de los comuneros en el 14 de Abril, después de que, el día 7, se hubiera declarado "marcha militar de ordenanza al Himno de Riego". ("El Trienio liberal". Cit., pp 48 y 49.).

<sup>30</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1565, 1566 y 1567.

<sup>31</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 293.

aspectos simbólicos de la vida nacional, como si con sólo símbolos se pudiese salvar el país"<sup>32</sup>.

La imagen que de estas cortes da Galdós -mirando siempre hacia sus coetáneos- viene a corresponderse con esa carencia de sentido práctico que suele atribuir a los revolucionarios, más inclinados a la búsqueda, entre pueril y sublime, del rápido acceso a la gloria, cuando no a otros intereses personales, que al oscuro servicio asociado al trabajo sistemático, continuado y sometido a los límites de lo posible. De ahí esa tendencia a magnificar hechos relativamente poco importantes y de ahí también que al advertir su exageración se sintiera vergüenza: "El Gobierno -al que Galdós extiende de nuevo parte de la responsabilidad por consentirlo-, concluido el acto, cayó en la cuenta de la ridiculez de éste. Era preciso -dice- borrarlo de la memoria de todos; era preciso echarle tierra encima, es decir, discursos, para que con las agitaciones de un debate fuese puesto en olvido." Así, a un ruido no se contrapone el silencio, sino, parece decirse, otro ruido.

Pero al echar tierra a la pueril vanidad de Riego aparece la del también exaltado duque del Parque, cuyo afanoso deseo de brillar como orador le produce terrible ansiedad al abrirse la discusión, si bien, procurando tranquilizarse con "todos los consejos y recetas que su secretario le había dado, y midiendo con atrevida mirada ese abismo inmenso e imponente que separa el mutismo de la palabra, el silencio del discurso -dice Galdós con subjetiva figura-, arrojóse resueltamente a la otra orilla"; navegó bien inicialmente "por el piélago inmenso de su discurso", hasta que "de pronto, ¡oh perversidad de los hados que protegen la oratoria, oh picardía de la maligna Palas!, el Duque tropezó" en una palabra y azorado, incapaz de improvisar, sintiendo "una inmensidad negra" en lugar de su mente, "tartamudeó excusas" y concluyó con un "He dicho"<sup>33</sup>.

Esta sesión de Cortes enlaza, por otra parte, con el **plano simbólico** mediante la

<sup>32</sup> GIL NOVALES, A.: "El Trienio liberal". Cit., p 48. Sin negrilla en el original.

<sup>33</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1567 y 1568. Tanto este fracaso oratorio como el sufrido por Lázaro en La Fontana de Oro -tan viva y magistralmente mostrados por Galdós- podrían ser ejemplos de esas "objetivaciones de complejos personales" a que, refiriéndose a las dificultades oratorias del propio Galdós, se refiere H. Hinterhäuser en su Op. Cit., p 141.

presencia en las tribunas de una misteriosa persona, que el lector identifica con Jenara y que, mientras el duque del Parque habla, se supone en compañía de Monsalud. Este, al cruzar sus miradas, se deja subyugar por ella con una mezcla de "secreto alborozo y una especie de terror instintivo", debidos, al parecer, a las encontradas pasiones que atribuye a Jenara -la élite social española-, de la que Monsalud -la Revolución- podía esperar amor, en casos como el del Duque, y odio, en el de los Garrote o Baraona.

Fuera de las Cortes el tiempo se dice transcurrido hasta "mayo de 1822", y la situación parece inicialmente mantenida. Monsalud cuenta con el cariño de Solita, a la que, según se ha dicho, presta auxilio para que subsista con su padre. Este, tras "arrastrar miserable vida durante todo el año 21 en un lugar del camino de Francia", era tolerado por el Gobierno en la Corte, donde permanece simbólicamente hundido y encerrado en casa de Naranjo, que, como supuesto amigo de "don Víctor Sáez, confesor de Su Majestad", dará igualmente cobijo a la conspiración absolutista, y que, como "maestro de primeras letras", despierta en don Patricio una terrible rivalidad, atizada por sus radicales diferencias políticas.

La agresiva imagen de don Patricio al visitar esta casa vestido y armado con su uniforme de miliciano, que, como ya se dijo, lleva, además, con la "arrogancia y tiesura" marcial de quien se ha militarizado, refleja en el maestro de escuela una deformación comparable a la de las Cortes del día 16 de Marzo, con militares y sables dentro.

Pero estas imágenes armadas de la escuela y de las Cortes tienen su contrapunto en las partidas con curas guerrilleros a que tanto alude Galdós. En esa misma visita se da el caso, por otra parte, de que la carta entregada por don Patricio a Gil de la Cuadra es de Anatolio Gordón, que, en cuanto viene a casarse con su prima Solita, devuelve la vida a su tío y, en cuanto viene a la Guardia Real, parece anuncio, especialmente propio de "mayo de 1822", de que la devolverá simultáneamente al absolutismo. Sólo que ni Solita parece entusiasmada por casarse con él, ni la sociedad madrileña permitiría que el absolutismo

reviviera por ese medio<sup>34</sup>.

Los estrechos condicionamientos que todavía existían en lo social para la elección de cónyuge se corresponden con los simultáneamente existentes para elegir en lo político a los propios gobernantes. Y es que la evolución de aquel condicionamiento -que ya se tiende a superar, según se dijo, en los casos de Gabriel Araceli e Inés y en este de Solita y Anatolio- puede considerarse, sin contar con su simbolismo, un relevante indicio de maduración social y del consiguiente comportamiento político previsible. Indica que aquella crisis de usos y valores alcanzaba a las clases populares, cuya incipiente tendencia a participar en las cuestiones políticas refleja igualmente Galdós acto seguido.

#### 4.1.2. Carácter, comportamiento y actitudes de las principales instituciones y grupos

Compone aquí Galdós, como narrador, una especie de panorámica políticsocial del estado del país entre marzo y junio de 1822 para irse luego centrando en los protagonistas de los sucesos que habían de tener lugar aquel verano en la Capital. Sus anteriores referencias a don Patricio, al duque del Parque, a Riego y a las Cortes parecen destellos anticipados para destacar su importancia especial, para captar con su estridencia la atención del lector y para enlazar con lo ya dicho. Ahora se trata de dar una visión de conjunto:

"¡Qué días aquellos de la primavera del 22! -empieza exclamando Galdós-. En otras épocas -dice- hemos visto anarquía; pero como aquella, ninguna". Y, conjugando en esta imagen inicial algunas de las ideas antes desarrolladas, continúa así: "Nos gobernaban una Constitución impracticable y un Rey conspirador, que tenía agentes en el Norte para levantar partidas, agentes en Francia para organizar la reacción, agentes en Madrid para engañar a todos. En nombre de la primera legislaba un Congreso de hombres exaltados. En representación constitucional del segundo gobernaba un Ministerio presidido por un

---

<sup>34</sup> El disgusto con que Solita afronta aquella unión, claro ya en anteriores entrevistas, se muestra igualmente cuando, pasados unos días, "Anatolio se atrevió a hablar a su prima de algo parecido a amores" y, superando la "violenta cortedad" que hasta entonces se lo había impedido, le dijo: "Soledad (...) mi madre y tu padre nos destinaron a casarnos. Yo estoy contento. ¿Y tú?"

"-Yo quiero todo lo que quiere mi padre -repuso Solita.

"Estaba pálida como una muerta -aclara Galdós- y sus palabras parecían suspiros". "7 de Julio". Cit., pp 1567-1579, especialmente pp 1567, 1568, 1569, 1573 y 1579.

poeta. El Congreso era un volcán de pasiones, y allí creían -señala Galdós, confirmándose en lo antes reflejado,- que las dificultades se resolvían con gritos, escándalos y bravatas; el Rey sacaba partido de las debilidades de unos y otros; el Ministerio se veía acosado por todo el mundo; pero su honradez y sus buenas letras no le servían de nada"<sup>35</sup>.

"El Ejército -sigue escribiendo Galdós en su veraz recorrido institucional- estaba indisciplinado: unos cuerpos querían ser *libres*, otros vitcreaban al *Rey neto*. Los artilleros se sublevaban en Valencia, los carabineros en Castro del Río, y la Guardia Real acuchillaba a los paisanos en Madrid. La Milicia Nacional bullía en todas partes inquieta y arisca; sublevábase la de Barcelona gritando: '¡Viva la Constitución!', mientras la de Pamplona, enfurecida porque los soldados aclamaban a Riego, les hizo fuego al grito de '¡Viva Dios!' En Cartagena las mujeres se batían en las calles confundidas con los milicianos.

"No había tierra ni llano -continúa Galdós, explanando ahora los perfiles de este contexto histórico fuera de las instituciones estatales,- donde no apareciesen partidas, fruto natural de la anarquía en nuestro suelo. En Cataluña dos célebres guerrilleros de estado eclesiástico, mosén Anton Coll y fray Antonio Marañón, *el Trapense*, arrastraban a los campesinos a la guerra santa. El segundo, con un crucifijo en la mano izquierda y un látigo en la derecha, conquistaba pueblo tras pueblo, y al apoderarse de la Seo de Urgel, -destaca Galdós, siguiendo a Vayo<sup>36</sup>,- asesinaba con ferocidad salvaje a los defensores prisioneros. En Cervera los capuchinos hacían fuego a la tropa. En Navarra imperaba Quesada, y no lejos de allí, don Santos Ladrón. Había aparecido en Castilla don Saturnino Albujín, el

---

<sup>35</sup> "7 de Julio". Cit., p 1579. El inicial carácter *exaltado* y prepotente del Congreso, junto con su composición, es señalado por Vayo diciendo: "La urna electoral no desmintió los vaticinios públicos: los hombres más ardientes, de buena fe, amantes de la patria, pero a quienes cegaba este mismo amor, sin experiencia (Sic), y juguete por lo mismo de la astucia palaciega, se sentaron en los escaños del congreso. Componíase éste de un sólo grande de España, el duque del Parque, presidente de la Fontana de Oro, de dos títulos, ningún obispo, veinte y seis curas y canónigos, treinta militares, veinte y siete empleados inferiores, diez y seis propietarios de la clase media, siete comerciantes, seis médicos, veinte y siete abogados y otros. Dos opiniones, la del orden y la de la revolución, se disputaban el triunfo como en la asamblea anterior, pero con fuerzas muy distintas (...) La asamblea -añade luego-, queriendo desde el primer día hacer profesión de fe política con franqueza y ostentación, nombró presidente a don Rafael de Riego, y admitió en su seno a Escobedo, autor de las turbulencias de Sevilla, a pesar de estar procesado por acuerdo de las Cortes anteriores". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 289-290.

<sup>36</sup> Op. Cit., T II, p 317-318.

célebre manco (...) y en Cataluña despuntó, como brillante aurora, un nuevo héroe, joven lleno de bríos, que empezaba con grande aprovechamiento la carrera. Era Jep dels Estanys. En Murcia empezaba a descollar otro gran caudillo legendario, Jaime *el Barbudo*, que iba de lugar en lugar destrozando lápidas de la Constitución<sup>37</sup>.

Es notable cómo Galdós, al mismo tiempo que destaca en dicha primavera la proliferación de *partidas*, señala a sus lectores, por una parte, que éstas son en España "fruto natural de la anarquía"; y, por otra, que en ellas tuvieron parte importante los "guerrilleros de estado eclesiástico", que "arrastraban a los campesinos a la guerra santa". Este segundo aspecto, sobre el que Galdós vuelve constantemente con ironías sobre estos *soldados o arcángeles de la Fe*, parece aludir a una pretendida imagen de guerra religiosa popular - "guerra santa", ironiza Galdós, - que, junto al fervor *realista*, quería asociarse a estas partidas, aunque, según aclara el profesor Artola, tal "aspecto de guerra religiosa" se debe a "una beligerancia eclesiástica cuyas razones fundamentales no son religiosas", sino de oposición a un *régimen desamortizador*<sup>38</sup>.

No suele entrar Galdós en otras razones para explicar estas partidas, pero en su imagen de ellas parece estar implícito el estado de irresistible sumisión que tenían asumido esos campesinos -arrastrados a la guerra- ante los intereses de unos eclesiásticos, y notables laicos, locales que controlaban la tierra que les daba sustento y las instituciones a que teóricamente podían recurrir en caso de abuso. Así, interesados dichos notables en recuperar sus anteriores privilegios, se comprende que los campesinos les obedeciesen, pero resulta absurdo pensar que éstos eran tan necios o masoquistas como para desear el restablecimiento de unos privilegios que habían de sufrir ellos.

Otra cosa es que los campesinos tuvieran que optar por un mal para evitar otro mayor. Atenidos a esta lógica se comprende fácilmente la diferente intensidad de la reacción campesina norteña, donde concurren los motivos foralistas de algunas zonas y la común existencia anterior de arrendamientos de larga duración, -con los que el campesinado

---

<sup>37</sup> "7 de Julio", Cit., pp 1579-1580.

<sup>38</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 795.



disfrutaba la posesión de la tierra con mayor estabilidad que la garantizada por la legislación liberal<sup>39</sup>, y la de aquellos lugares en que no existían estas motivaciones. A ello parece aludir vagamente Galdós cuando se pondera, señalando su contrasentido: "Hay facciones hasta en Andalucía, que es como decir que hasta las ranas han criado pelo"<sup>40</sup>.

Para explicar estas otras partidas ha de tenerse en cuenta, además del antes señalado dominio local eclesiástico y laico, "la crisis económica", que -aun debida en parte, según indica el profesor Artola, a la "tendencia general deflacionista de la conyuntura económica" y a las "desfavorables circunstancias meteorológicas del año 22"- facilitó la propaganda política anticonstitucional y predispuso a muchos a incorporarse a las partidas para evitar la indigencia que, pese a su política de obras públicas, no pudieron evitar los Gobiernos constitucionales<sup>41</sup>. Y habría que añadir, aunque Galdós no alude a ello, que, según R. de Santillán, en su reclutamiento se empleaba la coacción armada. Así, el "Cura Merino", tras reunir "alguna fuerza de la que antes tuvo (...) empezó a sacar de los pueblos todos los mozos solteros". De ahí que, apresados algunos de estos "mozos" por las tropas de Santillán, éste no los trató como "prisioneros", porque "no eran -dice- más que mozos sacados de sus casas por Merino, y que a ellas habían vuelto a las cuarenta y ocho horas el que más tardó"; y, aunque "hubieran estado en la facción de grado o por fuerza" -negrilla nuestra-, consideraba que en muchos casos no salieron de sus casas por gusto "ni eran culpables por haber sido arrancados de ellas"<sup>42</sup>.

---

<sup>39</sup> Véase sobre esto HERR, Richard: "España y la revolución del siglo XVIII". Aguilar, Madrid, 1971, pp 73-100 y 314-335.

<sup>40</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis", Cit., p 1647.

<sup>41</sup> Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 796-797.

<sup>42</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1856)", Cit., T I, pp 89-90. Y algo parecido dice Santillán de "los carlistas", que, en la primera guerra civil a que dan nombre, "de grado o por fuerza unían a sus batallones o a sus partidas a todos los mozos de los territorios que iban dominando". *Ibidem*, p 156. Es éste un hecho que, junto con los antes aludidos, desdice un tanto ese carácter *popular* del *realismo* rural, tan ponderado por algunos historiadores. Más bien parece realismo obligado o inconsciente, según sugiere Galdós, que voluntario y razonado. En relación con esa imagen popular habrá de tenerse en cuenta, además, el interés que en destacarla atribuye Argüelles a los realistas del Trienio, que **"dirigieron sus principales esfuerzos a organizar la guerra civil (...) y sobre todo a que la oposición al orden constitucional** (continúa...)

Por otra parte, enmarcando este interior en lo exterior y abriendo aun más este abanico de instituciones, poderes e influencias, señala así Galdós los recelos, y consiguientes amenazas, que en el extranjero ocasionaba esta situación nacional: "Las grandes potencias estaban ya extremadamente amostazadas viendo nuestro desconcierto. Francia sostenía en la frontera su célebre cordón sanitario; Roma se negaba a expedir las bulas a los obispos nombrados por las Cortes; iba a reunirse el Congreso de Verona con el fin que todos saben, y en él un literato no menos grande que el nuestro echaría pronto las bases de la intervención extranjera. Las Américas ya no eran nuestras, y en Méjico, Iturbide tenía medio forjada su corona"<sup>43</sup>.

Con esto concluye Galdós su inicial panorámica del conjunto. Pero su visión es mucho más prolija. Especial referencia le merece el que se llamaría *Cuarto Poder*, cuyo efecto destaca sobre todo en la Corte, al replegarse a ella para destacar algunos significativos detalles:

<sup>42</sup>(...continuación)

**apareciese popular** para que así se creyese en Europa que la nación lo aborrecía" (ARGÜELLES, A. de: "De 1820 a 1824. Reseña histórica". Cit., p 68). Sin negrilla en el original.

<sup>43</sup> "7 de Julio". Cit., p 1580. En toda esta contextualización, Galdós parece servirse abundantemente de Vayo, cuyas referencias a las Cortes y a la "escena del sable de Riego" -donde Galdós dejaba el plano histórico que retoma en esta panorámica- se continúan en otras cuyos títulos recogemos a continuación, hasta el cierre de las Cortes en 30 de Junio, para mostrar el estrecho parentesco -más notable en el desarrollo que en dichos títulos- que existe entre una y otra descripción de este ambiente, aunque Galdós le imprima siempre su sello propio y utilice también otras fuentes. Reproducimos íntegra la serie de títulos con que Vayo acota su texto, aunque entre ellos hay algunos no aludidos todavía por Galdós, porque, en mucha medida, lo son luego y porque así se aprecian mejor ciertas diferencias de estructuración de la materia entre Galdós, más atento a los perfiles de personas, instituciones y ambientes de aquella "primavera", y Vayo, más preocupado por los hechos puntuales y su orden cronológico. He aquí el orden y títulos de las acotaciones de Vayo: "Escena del sable de Riego", "Marzo de 1822", "Refriega de los artilleros en Valencia", "1822", "Discordia de Pamplona", "Anarquía en Cartagena", "Insubordinación de la milicia de Barcelona", "El Zurriago y El Gorro" -de los que recogemos referencias galdosianas a continuación-, "1822. Siguen las Cortes sus trabajos", "Mensaje (Sic) al rey contra el ministerio", "Progreso y número de las facciones", "Mosén Antón -El Trapense", "Mañías del Trapense", "Su retrato", "Capuchinos de Cervera", "1822. Representación de Mosén Antón a las Cortes", "Sucesos de Aranjuez el día de San Fernando", "Amenaza de un miliciano a don Carlos", "Sublevación de la ciudadela de Valencia", "Efecto que producen en las Cortes las anteriores revueltas", "1822", "Conducta del gabinete francés", "Discurso de Luis XVIII en Junio", "Quesada en Navarra", "Albuín", "Toma de la Seo de Urgel por el Trapense", "Su barbarie", "Contento de la Corte", "Reseña de las últimas medidas del Congreso", "Vuelta del rey a Madrid. 1822", "Ciérranse las Cortes",... y un largo etc. en el que se mantiene igualmente la similitud en la selección y descripción de los hechos de historia externa hasta el final del "7 de Julio", pero que son ya posteriores al objeto de este apartado. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 302-321.

"Poseíamos -dice- una Prensa insolente y desvergonzada, cual no se ha visto nunca. Todos los excesos de hoy -en 1876- son donaires y galanuras comparadas con las bestialidades groseras de *El Zurriago*, de Madrid, y *El Gorro*, de Cádiz. Los insultos del primero encanallaban a la plebe. Nadie se vió libre de la inmundicia con que rociaba a los ministros, a los diputados moderados, a las autoridades todas. El Gobierno, no teniendo ley para sofocar aquella algarabía indecente, la sufría con paciencia; pero los polizontes, que no entendían de leyes, imaginaron hacer callar a *El Zurriago* de una manera muy peregrina: se apoderaron de Mejía, su redactor, y después de esconderlo durante dos días, le metieron en una alcantarilla. Era, según ellos, el paraje donde debía estar. Pero Mejía salió, y después de limpiarse, enarbolaba de nuevo su asquerosa bandera con el lema:

No entendemos de razones,  
moderación y embelecos:  
a todo el que se deslice,  
zurriagazo y tente, perro"<sup>44</sup>.

En cuanto a las personas, Galdós coincide también aquí con la ya aludida opinión de Vayo y Miraflores: "En este desconcierto -dice-, dos hombres de acción y energía pugnaban por afirmar el principio de autoridad. Eran el jefe político, Martínez de San Martín, llamado por el populacho *Tintín de Navarra*, y el general Morillo, que ganó en

---

<sup>44</sup> "7 de Julio". Cit., p 1580. La anécdota sobre Mejía está referida en ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 222-224, donde se indica que en opinión de muchos -entre ellos el autor- el supuesto secuestro fue una "mal forjada patraña", es decir, consideraron "la ocultación de Mejía voluntaria, y encaminada a promover un alboroto" contra el Ministerio. Sin embargo, este mismo autor -que cuenta haber estado a punto de ser secuestrado a su vez por comuneros amigos de Mejía, en represalia contra los masones, acusados del supuesto secuestro y quizá muerte de éste,- dice en sus "Recuerdos de un anciano" (Cit., T I, p 187) que informaciones de "fecha moderna" le han "hecho vacilar" y que quizá tal secuestro se produjo aunque no fuera aprobado por la sociedad masónica, como los Comuneros pretendieron. Es decir, lo habrían hecho unos "polizontes", según dice Galdós. Refiriéndose a esta desaparición indica Gil Novales que el mismo Mejía había dicho el día 10 de enero de 1823 en la Sociedad Patriótica Landaburiana que "por espacio de cuatro días" se le había intentado asesinar y que lo habían evitado sus amigos. Desaparecido desde el día 12 al 17 de dicho mes y año, "confesaré francamente -dice Gil Novales- que me es imposible saber con certeza qué es lo que pasó", si bien "me inclino -concluye al fin- a creer verídico el relato de Mejía, y atribuir el rapto a anilleros, masones, etc., o acaso habrá que pensar en los comuneros disidentes", cuya escisión se explicó, precisamente, por su "oposición al Zurriago". (GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 720-728, especialmente 720, y 728). Prescindiendo de esta cuestión -dudosa, según se ve, aun hoy-, es destacable cómo Galdós redondea su imagen de la Prensa del Trienio con la de unos hechos que, aun siendo posteriores a la acción de este Episodio y "Primavera", no desdichan de la del período a que se aplican y completan la de Félix Mejía.

América la corona condal de Cartagena de Indias, militar denodado y buen caballero."

Por otra parte, "el cuadro que ofrecía esta Nación privilegiada en junio de 1822" -según lamenta irónico Galdós a la vez que señala el progreso de la acción en el tiempo- se completa con nuevos detalles respecto a los primeros protagonistas (Rey, Guardia Real, Milicia) de los hechos que se avecinaban en la villa y corte de Madrid: "Fijábase entonces la atención del país entero -escribe- en la Guardia Real, porque casi todos los individuos de ella -no dice todos-eran partidarios del *Rey neto*, profesando esta opinión con tanto desparpajo y franqueza que a cada momento la manifestaban a sablazos. En formación o sin ella, los guardias eran propagandistas muy celosos del absolutismo, y ya podía encomendarse a Dios quien delante de ellos osase pronunciar el '¡Viva Riego!' Aborrecían *El Zurriago*, que diariamente les ponía cual no digan dueñas, y despreciaban a los milicianos nacionales. El Rey no sólo les protegía, sino que les azuzaba, haciéndoles instrumentos de las obscuras tramas palaciegas: los ministros les tenían más miedo que si fueran el ejército de Atila, y Morillo aspiraba a amansarles, reconciliándoles, ¡oh inocencia!, con la Milicia Nacional.

"En su soberbia, -continúa Galdós, caracterizando y devaluando así a este bando absolutista antes sus coetáneos,- creían los arrogantes pretorianos que podían hacerlo todo, dar un puntapié a aquel desvencijado armatoste del constitucionalismo y devolver al Rey sus facultades *netas*, poniendo las cosas en estado semejante al que tuvieron en el venturoso 10 de mayo de 1814. Pero a pesar de la anarquía que podría el cuerpo social, esto era más fácil de decir que de hacer"<sup>45</sup>.

¿Qué se hizo ante tal problema?. "¿De qué manera -se plantea Galdós- trataba el Congreso de sojuzgar al espantable monstruo de la Guardia, que amenazaba tragarse Cortes y Libertad? ¡Ay! Los padres de la Patria -dice- oían sonar los primeros truenos de la tempestad, y decidían: 'Que se organizase mejor y con más desarrollo la Milicia Nacional. Que los jefes políticos despertasen el entusiasmo liberal por medio de himnos patrióticos,

---

<sup>45</sup> "7 de Julio". Cit., p 1580. Según puede verse, Galdós se refiere aquí a esa "anarquía que podría el cuerpo nacional" en figura muy similar a la que, como ya dijimos, emplearía *Clarín*, unos años más tarde (Curso 1885-1886), cuando atribuye a las Sociedades secretas y patrióticas la "podredumbre interior" del "sistema constitucional".

músicas, convites y representaciones teatrales de dramas heroicos para enaltecer a los héroes de la Libertad. Que los obispos escribiesen y publicasen pastorales poniendo por esas nubes la sagrada Constitución'. En cuanto a la Guardia, como molestaba tanto, decidieron que lo mejor era suprimirla por un decreto"<sup>46</sup>.

Y, volviendo los ojos hacia la otra gran fuerza armada, hacia la institución quizá más típica del momento y, como tal, gran protagonista de aquellos meses y de los hechos del 7 de Julio, se indica: "En esta situación política, la Milicia Nacional voluntaria (el Gobierno quería con razón hacerla forzosa) era la institución más feliz del mundo, y los milicianos los hombres más bienaventurados de Madrid. No trabajaban; concurrían diariamente a festejos cívicos en que se empezaba comiendo y se concluía bebiendo; eran estimados por el vecindario, por nadie temidos, y únicamente por los serviles guardias despreciados. Se daban buena vida, vestían lujosos uniformes, formaban gallardamente en las procesiones, tiraban al blanco y se tenían por el más firme sostén del Trono y del Sistema.

"Verdad es -recuerda zumbón Galdós, refiriéndose al deterioro social que los excesivos afanes y el oportunismo políticos producían, según había destacado ya en "El Grande Oriente", - que con tantas ocupaciones fuera de casa, más de un hogar estaba abandonado, muchas herramientas rodaban mohosas por el suelo, los chicos no iban a la escuela, y el orden y arreglo domésticos se resentían notoriamente. En regiones más altas -añade- advertíase que muchos libros habían sufrido la infamante pena de horca; en diversas oficinas bostezaban, cubiertos de polvo, los expedientes, y en no pocas casas de comercio los géneros y las cuentas se resentían de falta de uso. En cambio, -ironiza, destacando la responsabilidad específica de estas clases sociales,- bastantes jóvenes de elevadas familias habían moralizado sus costumbres, trocando las calaveradas dispendiosas por la

---

<sup>46</sup> "7 de Julio". Cit., p 1580. El texto entrecomillado se corresponde casi en su totalidad literal, con lo dicho por VAYO (Op. Cit., T II, p 320,) tras referirse, como Galdós, a la amenaza absolutista y en un apartado titulado "Reseña de las últimas medidas del congreso". Todo ello y el hecho de que, entre sus muchas otras semejanzas, también Vayo se refiera acto seguido a la irritación absolutista producida por el "decreto sobre la guardia real" para reducirla a casi nada, da pie a pensar que Galdós lo tomó de él; aunque, dadas esas leves diferencias, cabe que ambos tuvieran una fuente común, o que Galdós copiase el texto de alguien que, a su vez, había utilizado a Vayo.

holgazanería disciplinada de las formaciones y de las guardias, lo cual ciertamente era una ventaja. Se habrá comprendido por estas observaciones -concluye- que la Milicia Nacional de entonces no era, como alguien puede creer, un organismo militar formado con carne plebeya y artesana, sino que todas las clases sociales habían puesto en ella su magra y su tocino. Jóvenes de la clase media y de las familias más distinguidas se honraban con el uniforme de la M. y la N.<sup>47</sup>.

Esto es algo reflejado en muy diversos autores. Miraflores, refiriéndose a "esta clase de fuerza armada, que tanta parte tuvo en los sucesos de la época que recorreremos" -el trienio 1820 a 1823-, señala, desde su personal punto de vista, que la Milicia Nacional se deterioró al reducir las exigencias para ingresar en ella, pues esto equivalía a "dar entrada en sus filas a los que apenas tenían interés en la conservación del orden"; "muy pronto -dice luego- fue un título para obtener empleos el de Miliciano Nacional, al paso que lo era de persecución y sufrimiento no pertenecer a estos cuerpos. En breve -añade- los invadieron las Sociedades secretas, convirtiéndolos en instrumento de su ambición y manejos." Sin embargo, estima que "la milicia de Madrid, que contenía en su seno personas del primer rango, hizo eminentes servicios" y que "cuando las pasiones callen se hará justicia a las buenas acciones de estos cuerpos"<sup>48</sup>.

El profesor Seco Serrano, tras señalar en el Reglamento aprobado en 1822 la exigencia de "un cierto respaldo económico" para ingresar en ella, y su autonomía respecto de "la autoridad militar", destaca su carácter de "organización armada de un sector social eminentemente burgués (...) para la defensa del orden constitucional -de las libertades encarnadas en el Código político de Cádiz-", cuyo triunfo del 7 de Julio es una demostración de "la eficacia de las medidas tomadas por el Orden Nuevo para sobreponerse a la reacción del Orden Antiguo"<sup>49</sup>.

---

<sup>47</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1580-1581.

<sup>48</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, pp 108 y 109.

<sup>49</sup> SECO SERRANO, Carlos: "Militarismo y civilismo...". Cit., p 50. Este carácter *burgués* parece despertar, por otro lado, el rechazo de ciertos "grupos de alborotadores que agitaban las grandes ciudades" (continúa...)

Parece, pues, acertado el énfasis con que Galdós se detiene en la Milicia Nacional, claramente contrapuesta a la Guardia Real en los textos anteriores y, según vamos a ver, objeto principal de su atención hasta llegar el momento (30 de Junio) en que, con el cierre de aquella legislatura, se produce el enfrentamiento entre esos brazos armados de la Nación y del Rey.

#### 4.1.3. La especial referencia de Galdós a la Milicia Nacional

La particular importancia y protagonismo de la Milicia son expresamente señalados por Galdós, cual si explicase la insistencia de que la hará objeto, al resumir de esta forma el cuadro políticosocial que acaba de pintar: "No puede darse heterogeneidad más abrumadora que la de aquella sociedad política. El Rey era absolutista; el Gobierno, moderado; el Congreso, democrático; había nobles anarquistas y plebeyos serviles. El Ejército era en algunos cuerpos liberal; en otros, realista, y la Milicia abrazaba en su vasta muchedumbre todas las clases sociales. Sólo la Milicia era lo que debía ser. Ya se verá también que era lo que más valía"<sup>50</sup>.

Así, este resumen de lo dicho es, a la vez, punto de arranque para otra serie de consideraciones en las que Galdós parece escribir como si Milicia y pueblo madrileños fueran casi una misma cosa. El ambiente popular se viene a identificar con el ambiente, personajes y opiniones de un pequeño muestrario de milicianos, a los que Galdós se acerca diciendo: "Hacían guardia los milicianos en diferentes puntos. Visitémosles en uno de ellos, en la Casa-Panadería." Seleccionado este típico punto popular y miliciano, en cuyo balcón se ponía -y quitaba- la lápida de aquella *Plaza de la Constitución*, destaca Galdós el carácter *sui generis* de aquellos núcleos de fuerza armada: "En la gran sala baja estaba el Cuerpo de Guardia, el cual -dice- era dormitorio, comedor, garito, locutorio, cátedra,

---

<sup>49</sup>(...continuación)

y que, deseando, al parecer, una Milicia *democrática*, "quemaren", según cuenta Vayo, "en la Puerta del Sol y en Zaragoza (...) el proyecto de ley de milicia nacional presentado a la asamblea, juntamente con la estatua de Moscoso, ministro de la Gobernación, porque alterando la ley vigente cimentaba este instituto sobre las bases de la propiedad" VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 316.

<sup>50</sup> "7 de Julio". Cit., p 1581.

café, con algo de club y no poco de casino, y hasta de logia, apurando mucho"<sup>51</sup>.

Terminado así un capítulo, el lector ha de sentir deslizarse el tiempo en una imaginada sucesión de turnos de guardia que prolongan la situación descrita hasta las vísperas del hecho central, expresamente aludidas por Galdós, al comenzar su nuevo capítulo, antes de señalar algunos otros caracteres de la Milicia y del ambiente de aquellos días previos: "Era una noche de fines de junio -negrilla nuestra-, clara y tibia. Los milicianos, sentados en banquetas o en sillas, tenían su tertulia bajo los arcos. Había jóvenes y viejos de distintas clases sociales, divididos en grupos que formara la edad, simpatía o tal vez la posición, porque en medio de tanta fraternidad, el principio ecualitario no tenía una aplicación perfecta, como es de suponer, ni se olvidaban los nombres y las fortunas. Más que la jerarquía social era puesta en olvido la militar, porque soldados rasos y oficiales se trataban de tú, bebían en un mismo vaso y cambiaban, partiéndola entre uno y otro, una misma peseta"<sup>52</sup>.

Estos abigarrados grupos no sólo reflejan el olvido de la jerarquía militar o, en relativo menor grado, de la social, sino que, según se decía antes, implicaban también el abandono de los propios oficios y funciones sociales ordinarias. El trastorno social que en este sentido introduce la emergencia revolucionaria, descrito antes diciendo que "muchas herramientas rodaban mohosas por el suelo", que "los chicos no iban a la escuela", que "el orden y arreglo doméstico se resentían notoriamente", y que algo semejante pasaba con "los libros", "expedientes", "cuentas", etc., se muestra ahora especialmente en el caso del "gran don Patricio", que "era el mejor maestro de Madrid antes de meterse a patriota" y que se va quedando sin alumnos desde que, con afán revolucionario, antepone la "Historia romana" a "la escritura", desatiende su escuela por sus obligaciones en la Milicia y sus alumnos van "a casa cantando versos de *El Zurriago*" y no saben "ni palotada". Pero el descuido afecta

---

<sup>51</sup> "7 de Julio". Cit., p 1581.

<sup>52</sup> "7 de Julio". Cit., p 1581. Es una manifestación de esa crisis de jerarquías a que parece aludir el general Copons, movido en muchos actos por un concepto del honor que ve menospreciado, cuando señala que, en 1825, "no se conoce otra distinción que el que tiene dinero". COPONS Y NAVIA, Fr.: "Memorias...", Cit., p 230.



también a los demás: "Estas cosas de la Milicia -dice don Primitivo Cordero- le traen a uno tan distraído...".

Se tiene la sensación de que a esta situación excepcional -exigida por la amenaza absolutista que, como una segunda cara de la moneda, se mostraba en el Rey, sus *partidas* y su Guardia-, contribuye una especie de regusto que estos milicianos le han sacado a la revolución, en la que muchos de ellos se sienten socialmente reconocidos y a veces promocionados. Podría decirse -y ello parece ser la intención de Galdós- que, salvados los excesos, se sienten dignificados por su participación en la vida política.

Por otra parte, en las opiniones y descripción de los personajes que forman estos grupos, se viene a reflejar, confirmando lo antes dicho por el narrador, su diversidad social y, a la vez, la común convicción de que hay una conspiración absolutista conectada con las *partidas*, la común voluntad de combatirla y las mutuas críticas e inculpaciones que sobre tal situación y los procedimientos para superarla se cruzan los moderados, más gubernamentales, y los exaltados, aunque el mismo temor los mantenga unidos frente al absolutismo.

*La diversidad social de los integrantes de la Milicia*, tan repetidamente destacada por Galdós al señalar como narrador la presencia en ella de muy distintas clases sociales -de "todas" llega a decir, aunque, según se ha indicado, no todas son admitidas-, se recalca también ahora atribuyendo a los contertulios, además de su también diferente grado *militar* (hay en el mismo grupo, capitanes, tenientes, sargentos...) su condición profesional de comerciantes, artesanos o maestros, junto a otro llamado "el Marquesito por ser hijo de un marqués".

Pero, señalada esta diversidad, Galdós dedica especial atención a la condición miliciana, casi natural, de los comerciantes madrileños, cuya presencia en este cuerpo es más notable si cabe que la del artesano Pujitos o la del maestro Sarmiento.

Comerciantes representativos son los Cordero, tío y sobrino, cuya habitual condición bonachona, implícita en su apellido, no impedirá que evoquen a los leones, a Leónidas de Esparta, cuando llegue la hora de luchar por la revolución *burguesa*.

Las luces y sombras de su compromiso con la Revolución se reflejan inicialmente a

través de don Primitivo Cordero, capitán de la Milicia que conversaba en el principal de aquellos grupos y que, al oír decir que Naranjo, el gran enemigo profesional de don Patricio, "es servil", echa mano de su cartera para comprobar si está fichado y dice: "Sí, aquí lo tengo. Buen pájaro..., amigo de don Víctor Sáez, el confesor de Su Majestad, y del conde de Moy, Coronel de Guardias. Hay sospechas de que conspira"<sup>53</sup>.

Con ello, al mismo tiempo que se recuerda esa amenaza absolutista -sobre la que Galdós vuelve constantemente, según vamos a ver enseguida, para mostrar su inminencia- se marca a este tipo de miliciano con cierto tinte desagradable que, sin embargo, es muy propio del momento: la confección de *listas negras*<sup>54</sup>.

El mismo don Primitivo señala el carácter peyorativo de ese papel al rechazarlo repetidamente, aunque con dudosa sinceridad: "Más quiero tirar de un carro -dice "con muestras de fastidio"- que ser hurón de conspiraciones". Pero su personalidad burguesa y miliciana, en la que Galdós distingue *cinco rasgos* característicos, merece, por su protagonismo, un más detenido tratamiento: "Era el tal Capitán -dice con cierta ironía Galdós- figura demasiado grande y luminosa en el cuadro de los sucesos de 1822 para que le dejemos pasar con una simple mención. Fue su cuna la calle de Toledo y un comercio de hierro muy acreditado que heredó de su honradísimo padre, y que, beneficiado por él, pudo transmitir a sus honradísimos hijos y a sus honradísimos nietos, **que fueron, años adelante, tan milicianos nacionales como él**. Más que un hombre -recalca Galdós-, don Primitivo Cordero **era una especie**. Su morrión, como las flores que se reproducen de año en año, **ha brotado**, digámoslo así, **en períodos diversos**, siempre con igual lozanía"<sup>55</sup>.

<sup>53</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1581 y 1582.

<sup>54</sup> En nuestro apartado sobre las *sociedades patrióticas* pueden verse algunas referencias del profesor Gil Novales a la proliferación de estas listas, fundamento y resultado de las *personalidades*, o *personalismos*, que en dichas sociedades daban pie a la persecución de presuntos absolutistas. Refiriéndose a ello dice que "cundían en provincias las listas de proscripción". (En "Las Sociedades Patrióticas", Cit., T II, p 618.); y ejemplos de referencias a ellas pueden verse en Ibídem, pp 46, 47, 48, 49, 51 y, entre otras muchas, 617, 618 y 622.

<sup>55</sup> "7 de Julio". Cit., p 1582. Sin negrilla en el original.

Los rasgos principales que Galdós atribuye a este comerciante tipo -materia prima de milicianos- son **"la hombría de bien"**, que haría de él una "paloma torcaz" "si no odiara con toda su alma a los serviles"; **"la ignorancia"**, rasgo "menos simpático", según dice Galdós, por el que "don Primitivo ignora *todo lo ignorable*, (...) y así como el pájaro no sabe lo que canta, él jamás ha sabido ninguna cosa referente a sistemas políticos", aunque "tiene ideas confusas", o, "más que ideas, un sentimiento muy vivo de la bondad de las Constituciones liberales", y "no acierta a comprender que puedan existir opiniones distintas en política", considerando que quienes disienten de él "son unos pillos" a los que habría que obligar "a tener la única opinión posible, su opinión de él"; su tercer rasgo es la **"sumisión incondicional"** a otras personas de más seseras dentro del partido", de modo que, en aquella "primera encarnación, tenía por oráculo al jefe político *Tintín de Navarra*", al que "formaba, en unión de otros buenos comerciantes de la calle de Toledo -dice Galdós remarcando su representatividad de estos "comerciantes"-, una pequeña corte" o *comparsilla*; el cuarto rasgo es **"cierta templanza de hombre establecido y bien acomodado"** por la que "detesta las exageraciones y el derramamiento de sangre", considerando suficiente "algunos palos bien dados"; y "el quinto , (...) una **gran predilección por la forma**" que le lleva a valorar sobre todo los *uniformes, palabras, himnos*; "un viva dado a tiempo, un pendón bien tremolado, parécenle de más poder que todas las teorías". Esta superficialidad y afición a los gestos puede llevarle a entusiasmarse a destiempo o por cosas que no lo merecen, cuya esencia o causas profundas ignora. Así lo refleja don Primitivo en aquella "primera encarnación" según dice Galdós, recordando con su reiteración que a lo largo del siglo XIX habría otras.

Insistiendo en este formalismo, pero refundiendo también su natural condición de miliciano y algunos de sus otros rasgos, se observa que el uniforme le "encajaba (...) a maravilla", que tenía "mirada perspicua, no como de quien ve, sino de quien cree ver lo oculto de las cosas; semblante varonil, algo petulante, con bigotes largos (pues los de moco -dice Galdós, describiéndolo ya como a un miliciano tipo y comparándolo con otros futuros,- no los llevó hasta su segunda encarnación); andar precipitado, arrastrando con horribísimo repiqueteo marcial el sable, como quien va siempre de prisa a comunicar algo

importante; voz sonora y cierto sentimentalismo en su conversación, como quien está dispuesto a llorar dando un viva o a hacer pucheros cantando un himno; cierta disposición a la fraternidad, cierta generosidad aun con los enemigos; buena fe y lealtad, además de otras cualidades, completaban su persona en lo físico y en lo moral.

"Era, además, hombre que gustaba de hablar en las esquinas y en los cafés misteriosamente, cuando topaba con sus amigos; de dar noticias a medias para confundir a las gentes; de no reconocerse nunca ignorante de ningún suceso; de dar a entender siempre que iba a pasar algo funesto, sólo sabido por él y por *Tintín*; gustaba también de afectar el conocimiento de todas las tramas de los pillos, y siempre estaba de prisa, siempre comía a escape, siempre le apretaban las ocupaciones, siempre le estaban aguardando, siempre iba a casa del jefe político, al Ayuntamiento o a otra cualquier parte, donde debía de ser imprescindible su presencia"<sup>56</sup>.

Su decidida actitud en defensa del sistema constitucional, común a todos los milicianos que conversaban con él, culminará en el 7 de Julio, pero se manifiesta ya claramente aquella "noche de fines de junio".

*La sensación de amenaza absolutista* señalada en la presunción de que don Víctor Sáez y algunos Jefes de la Guardia Real conspiraban, se reitera ahora, junto a la voluntad de combatirla, al asegurar don Primitivo que él no sirve para andar tras los conspiradores ni esto es de su agrado, pero que se siente obligado a hacerlo por no desairar a San Martín y porque "es preciso que todos -dice- trabajemos por el Sistema", pues "el Sistema peligra". Este peligro, motivo natural de preocupación para una milicia que tenía como objeto principal la defensa de ese Sistema, era, además, el tema y el problema del momento. Así, pues, la discusión de los milicianos parece cubrir el triple objetivo de informar sobre este problema, mostrar su actualidad y apuntar la diversidad de opiniones existentes. Sirve, en último término, para revivir el ambiente.

Inicialmente es "el Marquesito" quien, abundando en lo dicho por don Primitivo -y señalando las relaciones de esta conspiración con el extranjero-, responde: "¡Vaya que si

---

<sup>56</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1582 y 1583.

peligra! (...): El Sultán -Fernando VII- conspira ayudado por el Tamerlán de Francia, y dicen que Bayona es una fragua de conspiradores". Se dice también, según apunta "un tercero que no era más que sargento", que "allá corre el oro que es un gusto" y que "Mataflorida, Eguía y Morejón son los agentes que manejan las partidas realistas del Norte. Esto -añade, en una valoración del contexto,- se va poniendo muy malcarado"<sup>57</sup>.

Don Primitivo se muestra confiado en el Gobierno porque "los *siete carbuncos* (...) -"los ministros", aclara Galdós,- son buenos sastres" y "tomarán medidas", pero el sargento afirma que no da "dos cuartos por lo que hagan", pues todo el mundo sabe "que Madrid mismo está lleno de agentes que entran y salen. El Rey -dice- manda sus soplones al Norte, y el Norte envía su correveidiles al Rey". A ello se une, según opinión atribuida al "Marquesito", un tercer elemento: que "los *zurriaguistas* y toda esa canalla exagerada, lo mismo que esos que han formado la *tertulia de los virtuosos descamisados* (...) reciben también dinero de Palacio". Ante las dudas de otros, incluso afirma que "Mejía está vendido a los realistas. Por cada insulto -asegura- le dan un duro."

Estas últimas opiniones del "Marquesito" se cuestionan y, en términos generales, parecen mostrarse improbables, mientras que los reunidos estiman cierto que "la Guardia Real se subleva", bien sea "por orden del Rey", según pregunta uno, o "de los agentes de Bayona, que son los que dan el dinero". Con ello, no sólo refleja Galdós la preparación y conexiones previas de aquel golpe de la Guardia con las *partidas* y el extranjero para intentar una acción conjuntada, sino que entrará en el análisis del efervescente estado de opinión ante sus indicios y el modo de atajarlos.

Frente a la gubernamental opinión de don Primitivo y del "Marquesito", don Patricio, invitado a una copita al incorporarse al grupo, brinda "a la salud del gran Riego y de los redactores de *El Zurriago*"; y, como don Primitivo dijera no querer "*Zurriagos*", responde: "Cada uno le reza a sus santos. Dicen que los *zurriaguistas* están vendidos al oro del Palacio; pero yo digo que quien se vende es el Gobierno"<sup>58</sup>.

<sup>57</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1583-1584.

<sup>58</sup> "7 de Julio". Cit., p 1584.

Queda claro, pues, que Galdós, tras opinar o describir antes como narrador, atribuye o reproduce aquí las opiniones que corresponden a cada personaje según su naturaleza, según "sus santos".

En esta misma línea, mientras que *el enterado* don Primitivo aseguraba conocer a todos los agentes existentes en Madrid "como a los dedos de mi (su) mano", y que ya habían llegado "catorce" en lo que iba de mes, don Patricio se burla afirmando que son "400", y casi a seguido le plantea: "¿A qué hablar de agentes venidos del Norte si los han visto como yo a los Reyes Magos?". Destaca así Galdós el confuso escándalo de que agentes absolutistas mantuvieran relación con el Rey constitucional, pues don Patricio no niega su existencia, sino que, acusando a don Primitivo de estar "con los ojos vendados", parece señalar el supuesto descuido con que el Gobierno, hablando de los agentes del Norte, ignoraba a los que preparaban el golpe en Madrid<sup>59</sup>.

Pero Galdós parece insinuar que, aunque esto fuera cierto, se prestaba a diversos abusos y errores. De ahí que el mismo don Patricio dé a don Primitivo para su lista el nombre de Anatolio Gordón y que, siguiendo su personal y simbólica caza de brujas, afirme que, sin haberla leído, sabía que en la carta de Anatolio a Gil de la Cuadra "se encerraba el monstruo hediondo del despotismo"<sup>60</sup>.

Este enlace con el plano simbólico resulta reforzado con otra serie de prejuicios de don Patricio sobre Gil de la Cuadra, que "fue compañero -recuerda- del cura de Tamajón"; pero, como el lector sabe que ni Gil de la Cuadra ni Anatolio estaban propiamente conspirando -aunque conocían y celebraban la conspiración existente-, sirve también, según decíamos, para mostrar la posible exageración exaltada y la atribución de culpabilidades irreales.

---

<sup>59</sup> Esta imagen de los agentes Reales yendo y viniendo parece evocar la aportada por Vayo, precisamente para ponderar su centralización por Fernando VII: "Cruzáronse los agentes de París a Bayona, de Bayona a Aranjuez, de Aranjuez a Madrid; y para probar cuán fértil era la imaginación del rey en estos manejos, bastará saber que no sólo atizaba varios conciliábulos en diferentes puntos, sino que encendía esta conspiración de su guardia con el doble objeto de hacerla servir, o para moderar la ley vigente, o para restablecer el cetro de hierro". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 299.

<sup>60</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1584 y 1585.

Por otra parte, la supuesta impunidad de Gil de la Cuadra, da ocasión para que don Patricio la explique, conforme a la idea exaltada del momento, porque aquellos "Gobiernos de mantequilla protegen a todos los tunantes, y basta ser realista para ser mimado y recibir confites". Pero estas acusaciones de don Patricio se difuminan, así mismo, ante el hecho de que Gil de la Cuadra vive en casa del maestro Naranjo, lo cual, según se destaca "con sorna" por "el Marquesito", puede implicar algún celo profesional -siquiera inconsciente- de don Patricio.

De todo ello resulta que don Primitivo, tras tomar nota de aquellos datos, considera necesario confirmarlos "con otros más positivos", por lo que don Patricio se muestra "amostazado" y, acusando de ceguera ante el peligro absolutista a don Primitivo y los suyos, se lamenta -reflejando así otro matiz del ambiente- en los términos propios de los *exaltados*: "Bien vamos, bien, en manos de *Rosita la Pastelera*... (...) -"Don Francisco Martínez de la Rosa", anota Galdós,-. Guerra y exterminio a los exaltados, gorros, descamisados y *zurriaguistas*, que quieren poner la República -ironiza don Patricio- y desacreditar el Sistema, eso es. En cambio -añade-, paz y protección a los *serviles*, a los criados de Palacio que están conspirando, a los cortesanos del 14 que aborrecen el Sistema".

Y, tras algunas otras protestas del mismo tenor, -queriendo, al parecer, Galdós recordar las aclamaciones absolutistas producidas en Aranjuez el día de San Fernando (30 de Mayo) con los demás hechos y amenaza que ello implicaba,- don Patricio pregunta misteriosamente a don Primitivo si sabe lo que ocurre allí y, como éste repusiera que no sabía que pasase "nada de particular", don Patricio suelta una larga retahila en que Galdós destaca la visión y temores exaltados, junto a algunos de los muchos dichos y apodos que por entonces circulaban: "-Ya..., nada de particular. ¿De modo que donde meten el rabo Infantado, Amarillas y Montijo no pasa nada de particular? Y donde hace sus guisados *Rosita la pastelera*, ¿no pasa nada de particular? Donde está bulle que bulle la cuadrilla de anilleros, afrancesados, *serviles*, ¿no pasa nada de particular? Sí, porque el emperador de la China *Tigrekan* (...) -"Fernando VII", aclara Galdós,- está mano sobre mano. Y sus hermanos el príncipe *Alfeñike* -"El Infante don Carlos"- y el príncipe *Pakorríto* -"Don

Francisco"-, tampoco hacen nada. No se conspira, no se tiene todo preparado de acuerdo con el infame Gabinete pastelero para acuchillarnos a los *libres* y proclamar al absolutismo. ¡No; si no ocurre nada; si estamos en una balsa de aceite; si marchamos, marchamos, ¡rechilindrones!, y *él el primero*, por la sendita constitucional; si los Guardias os quieren mucho; si el *Abuelo*, y don Santos, y *el Trapense*, y Jaime *el Barbudo*, son nuestros espoliques; si la clerieguería nos mimas y es capaz de jugar los *kiries* por obsequiarnos!..."<sup>61</sup>.

La discusión refleja, pues, las mutuas desconfianzas y acusaciones de aquellos días. Así, aunque don Primitivo admite que "se conspira" y que "hay mucha pillería en Madrid y en la Corte", opina que la culpa la tienen "los anarquistas con sus escándalos?", mientras que don Patricio teme posibles connivencias de los "señores templados" con la Corte.

Por otra parte, con la llegada del bondadoso don Benigno Cordero, tío de don Primitivo, y tan comerciante y miliciano como él, se informa de que "pasado mañana -aquel día estaban "a 26" de Junio- viene Su Majestad" (de Aranjuez); se recuerda que deben "prepararse" para la "gran formación" que habrá "dentro de cuatro días", porque "el día 30 es la ceremonia de cerrar la legislatura", y, señalando -de paso- otro problema que fue objeto de muchas discusiones, se muestra la preocupación, propia del cuidadoso don Benigno, por que no haya nadie "de la compañía a quien falte el uniforme"<sup>62</sup>.

Con aquella información de don Benigno, Galdós parece emplazar para dicha fecha y

---

<sup>61</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1585 y 1586.

<sup>62</sup> "7 de Julio". Cit., p 1586. Al ocuparse de los temas debatidos en las Sociedades Patrióticas, señala Gil Novales que la "cuestión del uniforme -una de las que fueron polémicas- aparentemente secundaria, no lo es en realidad, porque muchos ciudadanos, naturalmente los más humildes, se veían imposibilitados de ingresar en la Milicia Nacional por la necesidad de costeárselo". El problema, según indica este mismo autor, fue objeto de repetidos debates en las sociedades patrióticas y dio lugar a diversas donaciones, suscripciones y otros arbitrios tendentes a resolverlo. V. GIL NOVALES, A.: "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 61-64 y 90-91.

Precisamente en aquellos días finales de junio de 1822, el 29, sería aprobado el Reglamento definitivo de la Milicia Nacional Local, cuya exigencia de cierto respaldo económico "para ingresar en ella, ponía de actualidad dicho problema al excluir a quienes lo sufrían. La fecha y espíritu de este Reglamento en SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...". Cit., pp 49 y 50.



ceremonia a la sociedad política que acaba de pintar<sup>63</sup>. Perfilados los elementos más relevantes de la situación -los más característicos de la marcha histórica del momento- se marca el avance del proceso. Es como si Galdós, tras ocuparse de mostrar en la imagen de "la primavera del 22" aquel momento y estado del devenir de la sociedad española, anunciase ahora los hechos y momento en que aquel estado de cosas iba a proyectarse.

En dicha imagen tiene importancia especial la visión que de sí mismos y de su entorno se atribuye a unos y otros cuando cada cual "le reza a sus santos". Esta visión forma parte de la situación misma, porque cada uno se habrá de comportar de acuerdo con su percepción de la realidad, aunque esa percepción siempre subjetiva, sea equivocada, aunque no se corresponda con la descrita por el narrador.

En este sentido, y para completar sus anteriores opiniones, recogemos a continuación unos versos que, tras oír a don Benigno, recita don Patricio, entre un "coro" de "risas y agudezas" de sus compañeros, mientras se va a su puesto de guardia. En ellos parece tender Galdós, a revivir el carácter coplero del ambiente a la vez que refleja las críticas personalistas y el disgusto exaltado por el que estima excesivo moderantismo gubernamental:

"Tintín sigue tan ufano,  
y Trabuco tan contento...  
Grandes planes se susurran;  
hay varios pájaros presos.  
Don Coletilla -"Eguía"- en Bayona  
está manando en dinero;  
a fuerza de pesos duros  
a media España ha revuelto.

---

<sup>63</sup> Una pintura especialmente atenta a las actitudes políticas y que Galdós parece querer completar con el posterior estudio de estas raíces en novelas *contemporáneas* como "Fortunata y Jacinta", donde, el año 1837, se ve emparentar a estos Cordero con los Arnáiz y los Santa Cruz mediante la boda de *Isabel Cordero*, hija de *don Benigno*, con *Gumersindo Arnáiz*, de quienes nacería Jacinta; y en cuyas actividades comerciales, tan deliciosamente referidas, parece revivir Galdós los ambientes que tan de cerca pudo conocer en los comercios de tejidos de sus ya aludidos familiares establecidos en Madrid. Véase "Fortunata y Jacinta", Ed. y T Cits., pp 462 y Sgts..

Andan por los barrios bajos  
 de la Corte muchos cuervos.  
 Nos custodian las fronteras  
 veinticinco mil podencos.  
 El martillo se perdió;  
 los valientes se murieron;  
 los gorros ya no son gorros;  
 se van tornando en jumentos.  
*Tigrekan* salta de gusto,  
 esperando ser *Rey neto*...  
 Parece que estamos tontos...  
 La cosilla tiene pelos... "<sup>64</sup>.

Con esta especie de pincelada final, podemos dar por terminada la imagen galdosiana de la sociedad española en aquella primavera para entrar en una especie de prolegómenos que miran ya hacia los hechos iniciados el 30 de Junio.

## 4.2. LA CLAUSURA DE LAS CORTES Y SUS INCIDENCIAS

### 4.2.1. Los inmediatos antecedentes novelescos e históricos

La actividad absolutista referida en el apartado anterior, y en especial los chispazos de Aranjuez y Valencia, habían producido, según dice Vayo, la exasperación de las Cortes, donde los exaltados exigían al Ministerio "medidas violentas" contra los pueblos, conventos, etc., que diesen auxilios a los facciosos. "La tempestad rugía -escribe, con

---

<sup>64</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1586-1587. Galdós indica aquí, con nota a pie de página, que el apodado *Coletilla* era "Eguía". Este mismo apodo, -recogido, así mismo, por Vayo como alusivo a la anacrónica coleta de dicho general (Op. Cit., T II, pp 32-33)- es atribuido en "La Fontana de Oro", según se recordará, al personaje novelesco llamado Elías Orejón, supuesto agente de Fernando VII que *financiaba* en Madrid la contrarrevolución, igual que el general don F. Eguía hacía en Bayona. La acción propia de uno y otro, en estrecho parentesco y relación según se ve, parece representada en el gran intento absolutista que se avecina.

expresión evocada a veces por Galdós<sup>65</sup>, (...) más los partidos, en medio de su volcánico arrebató, no osaban aún provocar entre sí un rompimiento, porque todos presagiaban el próximo estallido, y esperaban el día de la lucha para salir a la arena." Por otra parte, esta crispación parece mantenerse hasta el día 27 de junio, pues Vayo señala también que al regresar el Rey a Madrid en esta fecha "entró muy de mañana, y algunas horas antes de la que había señalado, para de este modo burlar a los que pudieran aguardarle con siniestras intenciones después de los sucesos de Aranjuez." Crispación y carácter premonitorio del ambiente que el mismo Vayo recalca añadiendo: "Varios desafíos entre los soldados de la guardia y los milicianos ensangrentaron la vuelta de la familia real, y presagiaron los futuros acontecimientos"<sup>66</sup>.

Galdós, por su parte, parece señalar esta especie de temeroso compás de espera enlazando con el antecedente de Aranjuez y mostrando las expectativas producidas por el doble compromiso de la boda de Anatolio con Solita y de la conspiración de los Guardias. La conjunción de estos elementos se insinúa al señalar la entrada de Anatolio "en la Guardia", su consiguiente ida "a Aranjuez con la Corte" y, por otro lado, en el plano simbólico, la esperanzada ilusión con que "Gil de la Cuadra, durante la ausencia de su futuro yerno, a fines de junio, pasaba las horas" acariciando la idea de aquella boda y aconsejando a Solita sobre el mejor modo "de gobernar una casa de labor y de hacer manteca. (...) Suegro y yerno -puntualizaba Galdós- habían concertado la boda para los primeros días de julio"; y, dispuesta ya diligentemente la documentación por Gil de la Cuadra, todos los demás preparativos "podían hacerse en un día".

Pero aunque Solita afectase interés ante su padre, "por darle gusto y tenerle contento," no se ilusionaba, como él, con la idea de "hacer manteca" o gobernar y disfrutar aquella vasta hacienda con su primo, sino que, sintiendo la ineludible necesidad de tomar una determinación y tratando de zafarse de aquel compromiso de boda, busca a escondidas una entrevista con Monsalud y le asegura: "según lo que tú me digas, así haré." Solita deja

---

<sup>65</sup> Véase, por ejemplo, "La segunda Casaca". Cit., p 1364.

<sup>66</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 315 y 320-321.

claro a Monsalud que sólo se casará con su primo Anatolio por hacer feliz a su padre "y no por otra razón," y que si Monsalud le aconsejara "otra cosa, hasta sería capaz -le dice- de no hacer lo que mi padre desea"<sup>67</sup>.

Solita aparece así como una imagen de esa sociedad española que, aun siendo en gran parte ignorante de las nuevas ideas y sistemas políticos, empieza a no ser tan sumisa a los tradicionales usos y a la casi sagrada autoridad del monarca absoluto. La influencia de Monsalud sustituye a la del padre como la de la Revolución a la del Absolutismo. Pero Monsalud, ignorando el amor que le profesa Solita, e influído por otros valores ambientales, no sólo le aconseja que se case con Anatolio -en la esperanza de que pronto le querrá y será feliz con él- sino que, para evitar malos entendidos que pudieran frustrar aquella unión, le aconseja no volver a verle, con lo que su "querida hermana -escribe Galdós- sintió una puñalada en el corazón." Recalca, además, Monsalud las profundas diferencias que existían entre sí mismo y esa Solita o sociedad que, a su juicio, era capaz de adaptarse a la vida con su primo y hallar en ella "la plenitud", sentirse "satisfecha, saciada, que es, como si dijéramos, con todas tus ideas -le dice- realizadas, con tu vida llena hasta los bordes, sin ningún vacío"<sup>68</sup>.

Monsalud parece alejar de sí a Solita en la idea de que ésta, como gran parte de la sufrida sociedad española de entonces, podía conformarse con una vida más tranquila, menos traumática, aunque también menos digna y libre que la representada por él, imagen aquí, como en anteriores Episodios, de la Revolución misma:

"Por tu dicha -dice Monsalud a Solita-, es tu naturaleza muy distinta a la mía... ¡Qué feliz ser así! Tú tienes resignación para soportar las contrariedades; tú tienes una acendrada fe cristiana, que en mí, por mi desgracia, no existe; careces de pasiones exaltadas; tus sentimientos son tranquilos, fríos, dóciles, es decir, que haces de ellos lo que quieres; los míos son ardientes, furiosos, tiranos, es decir, que me esclavizan y juegan conmigo. Tus aspiraciones, en la esfera de los sentimientos, son razonables, proporcionadas a ti misma,

---

<sup>67</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1587 y 1588.

<sup>68</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1588 y 1589.

a tu estado, a tus circunstancias; las mías son absurdas casi siempre, contrarias al buen sentido y a las leyes del mundo. Tú amarás a quien debes amar; yo siento atracción tan fuerte hacia lo imposible, que me estrello, sí, querida mía, me estrello (no encuentro otra palabra) contra unas murallas altas y negras que me cierran el paso. Tú descansarás en el cumplimiento de tu deber, confiada, tranquila, con el corazón y las ideas dentro de lo que yo llamo la medida social; yo estoy siempre fuera de la ley; yo -dice al fin Monsalud, señalando el simbolismo que le atribuye Galdós,- siempre estoy en **revolución**; yo siempre vivo en un mundo, pienso en otro y en otro siento, sin poder jamás hacer de los tres uno solo."<sup>69</sup>

El lector tiene entonces la sensación -probablemente buscada por Galdós- de que Monsalud se realizaría si se uniera a Solita, si se fundiera con ésta refrenándose a si mismo y animándola a ella, en un proceso evocador de la difícil plasmación de las esencias revolucionarias en la realidad social representada por Solita. Pero Monsalud, según reflejan sus anteriores palabras, considera a éstas -Solita y sociedad- demasiado conformistas para poderse alojar en ellas. Conformistas e ignorantes: "No es fácil que lo comprendas", dice a Solita, al explicar su gran "vacío" personal frente a la pequeña y supuesta "plenitud" de ella. Pero Galdós señala como narrador que Monsalud se equivocaba en este caso: "Soledad -indica Galdós- habría podido decir mucho sobre aquel tema -el de plenitudes y vacíos-; pero, por lo mismo (...), no dijo nada"<sup>70</sup>.

Aunque Solita -como la sociedad española en su mayoría- estaba hecha a sufrir y callar, se sentía poderosamente atraída por Monsalud y sólo tras mostrarse éste inaccesible y partidario de que se casase con Anatolio podía consentir en tal sacrificio. Aun así, Solita no renuncia a Monsalud. Cuando éste le dice que él no puede "vivir en este país" porque es como "una sentina de envidias y miseria", y que cuando muera su madre se marchará a América "para no volver más", Solita reacciona con rabieta de enamorada despreciada diciendo que ella se va a casar "lo más pronto posible" con Anatolio; y Galdós, señalando

---

<sup>69</sup> "7 de Julio". Cit., p 1589. Sin negrilla en el original.

<sup>70</sup> "7 de Julio". Cit., p 1589.

la correspondencia entre una y otra actitud, explica: "Ella también quería poner su mar por en medio."<sup>71</sup> Se tiene la sensación de que esta faceta de Solita viene a representar a esas clases modestas españolas que, como ella, no son incorporadas, no son acogidas por la Revolución y corren entonces el riesgo de seguir siendo desposadas y dominadas, por los representantes del Antiguo Régimen, por los Anatolio y Gil de la Cuadra, ante quien las deja inermes, y aun predispuestas, el despecho que en ellas produce el tácito menosprecio de los Monsalud, de esa Revolución que no cuenta con ellas para realizarse.

Si Monsalud no hubiera estado tan distraído por Jenara -representante de la élite social-, si no hubiera estado tan pendiente de que era la hora de su cita con ésta, habría prestado más atención a Solita y "habría visto en ella, seguramente -escribe Galdós-, algo digno de llamar su atención." Pero esa sintonía no se produce y Solita hubo de irse, llena de tristeza, ante las impacientes indicaciones con que Monsalud la despedía. Al salir, miró hacia el interior de una berlina que había en la puerta de la casa y "vio una mujer hermosa" (Jenara) cuyos "ojos" y "actitud pensativa y expectante revelaron a Solita algo de lo que deseaba indagar". Comprendiendo entonces el motivo de la actitud y prisas de Monsalud, corrió hacia su casa sin querer saber más, pero consciente de "la populosa grandeza del mundo que dejaba" y del "árido desierto" hacia el que iba: "Las encantadoras esperanzas que pueblan la vida -dice Galdós- corrían hacia atrás, y a cada paso, el abandonado corazón se iba quedando más solo"<sup>72</sup>.

Solita no se había rendido, sin embargo. Todavía se aferra, según vamos a ver, a cualquier motivo de esperanza, a todo lo que pueda eximirle dignamente de su boda con Anatolio y dejarla libre para luchar por ese Monsalud que parecía ignorarla.

Inicialmente, al llegar a su casa, la amenazante imagen de su boda se asocia de nuevo con los antecedentes absolutistas de Aranjuez y con la conspiración de la Guardia Real. Ya don Patricio, siempre vigilante, le anuncia en la calle que había vuelto "de Aranjuez el joven guardia" y, aludiendo a la temida conspiración, añade: "Traerá buenas noticias.

---

<sup>71</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1589 y 1590.

<sup>72</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1590 y 1591.

Dígale usted que estamos preparados." Por otra parte, la radiante alegría con que Anatolio le abre la puerta, y el emocionado y feliz llanto con que Gil de la Cuadra celebra aquellos anuncios de inmediata boda, se asocian de nuevo con lo que simultáneamente ocurría en el plano histórico -motivo así mismo de júbilo para él-, al preguntar, inmediatamente, Gil a Anatolio qué había "habido de particular en el Real Sitio" y contestar éste: "Cosas estupendas (...). Muchos vivas al Rey absoluto, otros tantos al Rey constitucional, bastantes palos y algunos sablazos. El día de San Fernando, un miliciano insultó al infante don Carlos." Y, tras lamentar Gil de la Cuadra que no se castigase tal "iniquidad (...) tales desacatos" -con lo cual se recuerda su posición política-, enlaza así Anatolio los sucesos de Aranjuez y los que se avecinan: "Su Majestad ha venido esta mañana. Dicen por allá que, día más, día menos, va a haber aquí un cataclismo. Mis compañeros están furiosos y decididos a proclamar al *Rey neto*. Acabáramos de una vez. Lo que ha de venir, venga pronto"<sup>73</sup>.

Los desposorios de Solita y la prevista sublevación de la Guardia son celebrados a la vez por suegro y yerno, si bien ambos coinciden en que éste no debe meterse "en nada". Su alegría contrasta con la tristeza de Solita, cuya turbación atribuyó su padre "a una causa muy natural", pero que, siéndolo, era otra que la supuesta por él. El grupo que los tres formaban hubiera sido realmente interesante, apunta Galdós, "si los tres corazones latieran a compás", si no hubiera habido "interposición de imágenes extrañas y sombras proyectadas desde lejos por otras almas." Cuando Anatolio se quedó dormido, contrastaba, además, "la rústica beatitud del novio y la silenciosa meditación de la futura esposa." Su inquietud evoca la de aquella sociedad española, turbada también por encontrados *amores* y tendencias. Así lo refleja la imbricación de esta simbólica escena con el plano histórico, cuya irrupción se produce "a las doce y media" de aquella noche al oírse un "ruido de pasos en la parte de la casa habitada por Naranjo." Era, según vio Solita a través de *la puerta vidriera*, los conspiradores que preparaban la sublevación de los Guardias.

Al pensar Solita que aquella conspiración podría "trastornarlo todo" -y con ello,

---

<sup>73</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1591 y 1592. Este ambiente de Aranjuez y la "amenaza de un miliciano a don Carlos", pueden verse referidos en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T. II, p 311 y Sgtes.

paradójicamente, su hoda-, su semblante resplandeció. "Creeríase -explica Galdós- que un destello de esperanza lo iluminaba." Cuando su padre le explica que "la Guardia Real quiere dar al traste con la Constitución y los liberales", ella parece estimar que hombres como Anatolio no podrán hacer tal cosa, pero piensa que si lo intentan fracasarán y tendrán que huir,.... que algo puede pasar que la deje libre.

Anatolio se remueve y despierta, cual si se sintiera asustado por las despectivas miradas de su novia, y Gil de la Cuadra, aportando la información histórica que Galdós quería dar, le cuenta quienes eran los que, en la habitación de al lado, estaban tratando de su "levantamiento": Son, le dice, "el conde de Moy -jefe de Anatolio- (...) otro señor Comandante de guardias, que debe ser Herón; el confesor de Su Majestad, Don Víctor Sáez, y dos señores más que no conozco." La respuesta de Anatolio, indica a su vez, cuáles son las motivaciones y términos de que se hacían eco sus compañeros: "pues sí: dicen que nos levantaremos. La Guardia Real no puede consentir que el Rey esté sometido por esa canalla; que gobiernen las Cortes; que los gansos de la Milicia se paseen por las calles hechos un brazo de mar, y que *El Zurriago* y otros papeles indecentes insulten sin cesar a la gente honrada"<sup>74</sup>.

La posible complejidad de esta conspiración, en la que ya se había apuntado la presencia de "dos señores" desconocidos junto al "confesor de Su Majestad" y algunos jefes de su guardia, se destaca a continuación refiriendo la llegada de "una señora", la misma que Solita había visto aquel día dentro de un coche junto a la casa de Monsalud. Era, según dijo Naranjo -que había pasado para pedir discreción a sus vecinos-, una "comisionada por no sé qué Junta que hay no sé dónde...". Complejidad sobre la que se vuelve cuando Naranjo, temeroso de que fracase la ya producida sublevación, lamenta días después la implicación que le pueden atribuir porque en su casa "se han puesto de acuerdo el confesor del Rey y el Conde de Moy; aquí -dice, señalando otros hilos de la conjura,- han venido Infantado y Castroterreño; aquí se han recibido los despachos de Egüa y de la Junta de

---

<sup>74</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1592, 1593 y 1594.



Bayona, traídos por una señora desconocida"<sup>75</sup>.

El lector de Galdós tiene datos para suponer que esta señora es Jenara, pero, en todo caso, así lo aclara ella misma en unas supuestas Memorias, que Galdós dice utilizar, al principio de "Los Cien Mil Hijos de San Luis". Jenara, como la élite social española, está presente -ya se dijo- en las Cortes y en esta conspiración, tiene sus afectos divididos entre Monsalud -la Revolución-, al que buscaba aquella mañana, y el absolutismo, en cuya conspiración participaba por la noche. Su simbolismo es señalado por Galdós cuando, ido Anatolio, -deseoso de evitar que, según manifiesta temeroso su futuro suegro, le implicasen en aquella conspiración por la vinculación de su "uniforme" a "la buena causa"-, quedan Gil de la Cuadra y Solita preguntándose durante más de "media hora", con reiteración recalcada, "quién será" aquella mujer<sup>76</sup>.

El ambiente reflejado por Galdós está, pues, cargado de esos presagios a que antes se refería Vayo. Más o menos madurada, la conspiración de la Guardia se muestra indudable e integrada en una operación más amplia y compleja<sup>77</sup>. Puede que, como en la boda de

---

<sup>75</sup> "7 de Julio". Cit., p 1604. El lugar habitual de reunión parece que fue la morada de "Ramón Zuloaga, conde de Torrealta, (...) calle de la Montera nº 7". Cfr. nota Nº 84 de Ana María Berazaluze (que cita A.G.P., Papeles Reserv. de Fernando VII, T 22, fol. 365) en su edición de AMARILLAS, M. de: "Recuerdos", Cit., T II, p 209 (ver también COMELLAS, J-L: "El Trienio Constitucional", Cit., p 341 sobre dicho Doc.). En cuanto a los participantes, el M. de las Amarillas destaca como "cabeza" de esta conspiración a "Luis Fernández de Córdoba" -"según él lo ha dicho después bajo su firma" (en su "Memoria justificativa...")-; al "conde de Moy", que es presentado como "el Jefe aparente de este movimiento" -y que según Galdós es el que se puso de acuerdo con el confesor del Rey-; a "los Mones" -que son los hermanos "Luis Fernando Mon y Francisco de Sales Mon", según nota Nº 83 de A.Mª Berazaluze en Ibídem, misma p-; y, además de al "necio conde de Torrealta", "otros que ignoro", dice Amarillas, dejando así abierta la lista a otros personajes (Ibídem, misma p); entre ellos caben los aludidos por Galdós, pues Castroterreño e Infantado son luego señalados por el mismo Amarillas (Ibídem, pp 225-227 y 232) como parte de la trama, aunque no se refiere a conexiones con Francia como hace Vayo (Op. Cit., T II, pp 298-299 y 318-319); y Galdós en esa "señora desconocida".

<sup>76</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1594 y 1595.

<sup>77</sup> Aunque aun hoy resulta dudoso el grado y carácter de la influencia francesa sobre estos hechos (Veáanse COMELLAS, J-L: "Los realistas en el Trienio Constitucional", Cit., pp 36-37, y "El Trienio Constitucional", Cit., pp 322-323; y SECO SERRANO, C.: "Estudio preliminar. Martínez la Rosa. El equilibrio en la crisis". En su edición de "Obras de D. Francisco Martínez de la Rosa", Cit., T I, pp LIV-LV, y "Militarismo y civilismo en la España contemporánea", Cit., pp 56-57), parece evidente que, según refleja Galdós, hubo contactos previos con Francia, cuya ayuda y patrocinio parece no haber llegado más lejos -además de por la probable *precocidad* de la sublevación de los Guardias- por la confusión existente entre los agentes de Fernando VII y porque éste no se comprometió a dar garantías de moderación, como  
(continúa...)

Solita, no quedase mucho que preparar, pero su inminencia más parece atribuirle Galdós -de acuerdo con sus fuentes habituales- al inevitable estallido de una irresistible tensión ambiental que a un acabado plan de los conspiradores<sup>78</sup>. Estallido de una tensión que se viene a mostrar con la referencia al típico incidente -semejante a los aludidos por Vayo como propios de aquellos días- ocurrido a Anatolio cuando aquella noche se retiraba a su cuartel: el vigilante don Patricio, que se hallaba esperando en la calle con su hijo Lucas y otros milicianos, gritó al verlo: "Ya salió uno. Este es el alcahuete que lleva los recados a Palacio"; Anatolio se detuvo, dudando de que se refirieran a él, cuando otra voz "cantó esta copla:

"Huye, que viene la ronda  
y se empieza el tiroteo...;  
serviles, a la huronera,  
que os van los gorros siguiendo"<sup>79</sup>.

Sintiéndose aludido, Anatolio "volvió atrás" y se encontró con la fantasmal figura de don

<sup>77</sup>(...continuación)

el Gobierno francés le exigía/proponía para ello. Veáanse en este sentido las mismas obras y pp citadas y, especialmente, la carta del ministro francés Villèle al conde de La Garde que el profesor Seco Serrano recoge en su citado *Estudio preliminar a las Obras de Martínez de la Rosa*, p LV.

<sup>78</sup> Esta es la opinión expresa de varios testigos de los hechos que son a la vez importantes fuentes de Galdós: Vayo afirma que la conspiración de los Guardias "había sido aplazada para varias ocasiones" y que, retardada por "súbitos accidentes", "ahora iba a abortar contra el querer de sus autores, que **deseaban fijar el día después de cerradas las Cortes**". Por otra parte, producidas las violencias del regreso a Palacio tras la clausura del día 30, Vayo insiste en esa idea al asegurar que "aquel sacudimiento había sido casual, **sin orden de los que tenían los hilos de la trama**", que se produjo "**por la fuerza de las circunstancias**" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 321 y 322. Sin negrilla en el original.) La expresión de Mesonero sobre este hecho es también clara: "...iniciado el movimiento, **a mi juicio prematuramente** -dice, sin negrilla en el original,- por los batallones que daban guardia a Palacio",... (MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón" Cit., p 221). Alcalá Galiano considera "cosa difícil de averiguar" el origen y grado de preparación de esta sublevación. Estima "evidente" que "algún motivo hubo de llamar a la residencia del rey a aquella turba de personas principales" que fueron el día 30, pero "los mal concertados movimientos que siguieron" no son en su opinión propios "de un plan bien formado y pronto a ser llamado a ejecución". Su conclusión es que "faltaba dirección y plan de antemano dado" para aquella "rebelión", "que no era, con todo, obra del momento en que tuvo principio". (ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T. II, pp 179 y 183.). Todos, en definitiva, vienen a coincidir en que, según refleja Galdós atribuyéndolo en parte a "la impaciencia de los guardias" ("7 de Julio", Cit., pp 1603-1604), la situación estalló antes de que los conspiradores lo hubiesen decidido.

<sup>79</sup> "7 de Julio". Cit., 1595.

Patricio que, blandiendo un "garrote con nudos", le ordenaba insultante que se fuera "si no quieres -le dice- que te midamos las costillas." Anatolio fue hacia él, derribó a Lucas -que se interpuso- de una tremenda bofetada y se disponía a quitar el palo a don Patricio para "rompérselo encima" cuando, a los gritos de éste llegaron otros dos, uno de los cuales "iba vestido de miliciano", que descargaron "enormes garrotazos" sobre los hombros y espaldas del Guardia. Viéndose éste "comprometido por el número", sacó su espada y puso en inmediata y veloz fuga a sus contrarios, a los que persiguió hasta que, viéndose cansado y sintiendo "ruido de pasos y voces por todas partes, creyó prudente dar por terminada la aventura".

La frecuencia de hechos como éste, reflejada ya por la existencia de coplas aplicables al caso, es además destacada expresamente por Galdós, a la vez que señala su amenazante significado, diciendo: "Aquel incidente, de poca importancia al parecer, preparaba, con otros de igual naturaleza, un gran acontecimiento histórico. Las tempestades -añade- empiezan así, cayendo ahora una gota, después otra". Y, señalando ese progresivo aumento de la tensión ambiental que, según decíamos, hacía sentir ya la inminencia del estallido, concluye: "En los últimos días de junio, las colisiones entre guardias y milicianos eran tan frecuentes, que el vecindario estaba seguro de la proximidad del aguacero"<sup>80</sup>. Son los *presagios* de que hablaba Vayo, prontos a cumplirse en cuanto llegase una ocasión.

#### 4.2.2. El día del cierre de la legislatura

La breve referencia de Galdós al acto oficial incluye numerosas alusiones que lo presentan, más que como objeto de atención en sí, como un momento de especial peligro para la difícil convivencia política que se venía arrastrando. Es la obligada ocasión en que se ha de afrontar la crispación popular rehuída, según decía Vayo, al regresar el Rey de Aranjuez:

"Al día siguiente de la reyerta que hemos descrito -escribe Galdós-, el 30 de junio, Su Majestad asistió a la clausura del Congreso. Formaron en la carrera tropa y milicianos, y

---

<sup>80</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1595 y 1596.

Fernando pasó medroso, pálido, lleno de recelo, revolviendo los negros ojazos en todas direcciones, para escudriñar los semblantes, y sorprender las señales de desamor o cariño que su presencia ocasionara.

"Mudos y recelosos recibieron los diputados de la minoría; fríos, los sostenedores del Gobierno. Con habla turbada leyó su discurso el tirano, acentuando las frases de sumisión al Sistema constitucional, y no era preciso ser muy lince para reconocer en él un convencimiento seguro de que aquella farsa debía concluir; pero al través de su disimulo no se veía la esperanza de un éxito feliz."<sup>81</sup>.

Los mutuos recelos con que unos y otros concurren a este acto, se siguen, al término del mismo, de un hostil desbordamiento que será el verdadero centro de la historia del día y que, dando nuevos vuelos a las anteriores violencias, prepara las de los siguientes. No era la primera vez que el cierre de las Cortes se seguía de intentos absolutistas, pero, según se dijo, no parece que aquel fuera el día elegido en este caso por los conspiradores.

Los hechos ocurren, según cuenta Galdós, en la forma siguiente:

"Al volver a Palacio, los milicianos aclaman la Constitución y a Riego, y una voz atrevida grita en favor del *Rey neto*. Los chicos cantan el *trágala*; surge en todo el tránsito infernal algarabía, y por entre la multitud, dividida en bandos de *netos* y *zurriaguistas*, atraviesa la ultrajada Majestad con el corazón oprimido, compartiendo su espíritu entre el miedo y la rabia. El recuerdo del infeliz Capeto -dice Galdós, señalando, como tantas otras veces, la influencia que las imágenes de la Revolución Francesa debieron tener en el comportamiento de los españoles, y especialmente en el del medroso Fernando VII,- viene a su memoria; pero no siente perder el amor popular, que tan poco le interesa -continúa valorando Galdós-, sino el Poder o, quizás, la vida. Desde que él logra pisar el umbral de Palacio, los tambores de la Guardia abofetean a algunos paisanos, se cruzan palos, puñetazos, coces, y varios jóvenes distinguidos vierten en las calles su sangre preciosa."

Aunque esta violencia, en la que se hacen "cardenales, (...) rozaduras, magulladuras", etc., etc., no pasa de ser, en expresión de Galdós, "un juego de muchachos", "así suelen

---

<sup>81</sup> "7 de Julio". Cit., p 1596.

empezar -advierte a sus lectores- los capítulos trágicos de la Historia en todas las edades." Y añade, continuando su relato,:

"Poco faltaba ya para que el sainete se convirtiese en drama. Más furiosa cada vez la tropa, cuando Su Majestad entró en Palacio, posesionóse de los altos de la Plaza de Oriente, arrojó de allí a un retén de la Milicia voluntaria, y estableciendo una línea desde los Consejos al Arco de la Armería, declaróse en abierta y descarada sublevación. Disparáronse varios tiros, y cayeron al suelo siete paisanos y un individuo de la Milicia. Un joven entusiasta, hijo de Flórez Calderón, tuvo la malaventurada idea de arengar a los guardias que formaban junto a la casa de Ministerios, y fue apaleado cruelmente y acuchillado.

"Los tambores tocaban a ataque, y los granaderos, furiosos, injuriaban a la multitud, amenazando pasarla a cuchillo si no se retiraba. Caían con síncope y desazones las mujeres, votaban algunos hombres, regían (Sic, por rugían ?) otros, y entretanto, veíase en una ventana de Palacio, cual si fuera palco de plaza de toros, apiñada multitud de palaciegos y damas vehementes, que agitaban sus pañuelos para incitar a la soldadesca. Las pobrecitas -satiriza Galdós- no podían resignarse a vivir bajo el nefando imperio de la Constitución". Y, señalando al verdadero responsable de todas aquellas violencias, y asociando su malicia con la tan usada imagen de la culebra, apunta: "Confundido entre los agraciados rostros, como la serpiente entre las flores, Fernando atisbaba con ávidos ojos la osadía de los genízaros"<sup>82</sup>.

Pero esta imagen de Palacio podría resultar demasiado monolítica. No todos los Guardias formaban bloque con el pretendido *Rey neto* y sus palaciegos. Galdós señala que hay excepciones, en las que, por el momento, destaca la del que aquel día se convirtió en héroe de los liberales: "un oficial que se atrevió a volver por los fueros de la ultrajada disciplina. Llamábase -refiere Galdós- don Mamerto Landáburu, exaltado liberal, buen patriota,

---

<sup>82</sup> "7 de Julio". Cit., p 1596. No parece dudosa esta responsabilidad de Fernando VII. El M. de las Amarillas, llamado por él para encabezar la sublevación, asegura, que en la noche del día 1º de Julio hubo de disuadirlo de ir al Pardo con los sublevados, que "obraron (...) en consecuencia, según creo -dice-, de órdenes del Rey"; y, al dar otros detalles del desarrollo de estos hechos, afirma: "el Rey, nadie lo ignoraba, era el alma y el móvil primero de la insurrección de los Guardias" *Recuerdos*, Cit., T II, pp 211 y 214.

fontanista, militar de club (cualidad -puntualiza- que no constituye ciertamente la mejor casta de militares); pero al mismo tiempo persona estimable y simpática. Este desgraciado oficial -continúa relatando Galdós- habló con energía a los soldados, pero fué insultado. Ciego de furor, tiró de sable, a punto que otro teniente, Goiffieu, gritaba con voz frenética: '¡Viva el Rey absoluto!' Azuzados los granaderos por esta voz, cayeron sobre Landáburu; pero aún pudieron intervenir y salvarle el comandante Herón y otro oficial cuyo nombre no se recuerda. Le separaron, le condujeron a Palacio; pero allí le siguió la turba de asesinos, y dentro del portal de Oriente recibió tres tiros por la espalda y cayó para siempre, gritando: '¡Viva la Libertad!'

"Cuando la turba vió sangre, se enfureció más; pero arriba, en las excelsitudes de Palacio, un estupor medroso sucedió al levantisco entusiasmo teatral de damas y cortesanos. Cerráronse los balcones, volvieron los pañuelos a los bolsillos, y todo calló de improviso. Los tiros que mataron a Landáburu hicieron en Palacio el efecto de un par de palmadas en un charco de ranas"<sup>83</sup>.

Una sombra de miserable cobardía se superpone así en Palacio a la imagen de egoísta y frívola crueldad con que antes animaban a los orgullosos Guardias rebeldes. Su actitud les hace partícipes de la indirecta culpabilidad atribuída a Goiffieu por la muerte de Landáburu. No son éstos, ciertamente, los modelos de conducta propuestos por Galdós a sus contemporáneos. En este reparto de papeles faltaba precisar cuál era el asumido por el más digno protagonista del drama que aquellos días se iba a representar. Atendiendo a ello, Galdós destaca, como tantas otras veces, ese protagonismo con una pregunta:

"¿Y la Milicia qué hacía entonces? La Milicia, -informa, siguiendo a Vayo<sup>84</sup>- como la tropa de línea, ocupaba las calles cercanas, desde la Mayor hasta la plazuela de Santo Domingo, con objeto de estrechar en Palacio a los sublevados. Grande era el ardimiento de las fuerzas populares en la tarde y noche del 30; pero no quiso Dios que tuvieran ocasión de batirse. Y añade: "Ordenó el capitán general, don Pablo Morillo, que se

---

<sup>83</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1596 y 1597.

<sup>84</sup> Op. Cit., T II, p 323.

retirasen tropa y Milicia; pero ésta se negó a soltar las armas mientras el agravio de aquel día no quedase vengado. Un ardid ingenioso, al cual la murmuración de aquellos tiempos dió el nefando nombre de *pastel*, resolvió la cuestión. Dióse orden a la Milicia de que marchase a la Puerta de Recoletos para municionarse, y este movimiento, a que los buenos patriotas no opusieron resistencia, permitió a la Guardia sublevada retirarse tranquilamente a sus cuarteles, dejando un batallón en Palacio. Cuando esto ocurrió despuntaba en el horizonte el sol del 1º de Julio, mes fecundo en revoluciones.<sup>85</sup>

La situación se desliza con ello hacia una nueva fase que, según vamos a ver, durará varios días.

#### 4.2.3. Rebeldía de la Guardia y negociación armada

##### 4.2.3.1. El reto y los contendientes

Aquel primero de Julio fue, como dice Galdós, "un día de estupor, de tristeza, de cruel ansiedad y duda." En él se produce una inflexión que lleva de esa incierta toma de posiciones al claro desafío del absolutismo representado por los Guardias. El relato de Galdós, fiel casi siempre a lo que dice la historiografía, reproduce así el ambiente y los hechos de historia externa:

"Los milicianos estaban en sus casas; pero disponían las armas. Los guardias no salían de sus cuarteles, pero sin cesar aclamaban al *Rey neto*. Hubo esperanzas de conciliación y esas tentativas de acomodamiento que no faltan nunca en casos de esta naturaleza. Generales y políticos calentaron el famoso horno de que tanto hablaba *El Zurriago*; pero aquella vez el pastelón, tan trabajosamente amasado, no pudo llegar a la sazón de su definitiva cochura por la indomable arrogancia de los guardias. Llegada la noche, los sublevados salieron de sus cuarteles; dejaron dos batallones en Palacio, y los cuatro restantes se retiraron al Pardo por la Puerta de Hierro, rompiendo así todo lazo con las autoridades establecidas. El absolutismo había lanzado su reto a la Constitución"<sup>86</sup>.

---

<sup>85</sup> "7 de Julio". Cit., p 1597.

<sup>86</sup> "7 de Julio". Cit., p 1597.

La inmediata aceptación de este "reto" se asocia, con presumible intención, a una fecha cargada de emoción popular al decir Galdós: "El nuevo día, 2 de Julio, trajo, pues, a Madrid alarma no menos grande que la del 2 de mayo de 1808" -sin negrilla en el original-. La imagen que Galdós construye de aquel ambiente a partir de aquí conserva siempre este matiz popular, de civilismo armado, equivalente a la *nación en armas* de 1808: "La villa -escribe- era un campamento. Por todas partes, tropa de línea y voluntarios, generales encintados que iban y venían sin cesar, escoltas, destacamentos, guardias, toques, llamadas, arengas, banderas, gritos y el tambor resonaba sin cesar, como el ronquido de gigante furioso que impaciente aguarda la pelea. Juntóse todo lo que era juntable, y constituyóse todo lo constitufble: comisiones, corporaciones, consejos; se dió principio a una deliberación inacabable, eterna, a la deliberación del peligro, y el Ayuntamiento, el Consejo de Estado, la Diputación permanente de Cortes, la de provincia, -dice Galdós, coincidiendo, en todas las instituciones citadas con Vayo<sup>87</sup>,- abrieron sus embrolladas sesiones permanentes.

"¡Inmensa confusión y movimiento inmenso! El parque de San Gil hervía como una fragua [Este era el "punto escogido no sé por qué -dice A. Alcalá Galiano- para reunirse los constitucionales"<sup>88</sup>]. Todo era sacar cañones y llevarlos a un punto para después situarlos en otro, arrastrar y repartir cajas de municiones. Las órdenes se sucedían a las órdenes. Acudían de los cuatro ángulos de Madrid generales y brigadieres que iban a ofrecer sus servicios, y miles de espadas se presentaban desnudas y obedientes -dice Galdós, señalando expresamente la aceptación de ese *civilismo* que, en nuestros días, destaca el profesor Seco Serrano en la doctrina y documentos políticos de aquella época<sup>89</sup>- al pie de aquella Constitución tan odiada de damas y de palaciegos. Los alistamientos sucedían a los alistamientos; no bastaba la tropa de línea, no bastaba la Milicia, y era

---

<sup>87</sup> Op. Cit., T II, p 323.

<sup>88</sup> "Memorias". Cit., T II, p 182.

<sup>89</sup> SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en España...". Cit., pp 45-51, especialmente pp 46-47.



preciso -y aquí aparece una objetivación del antes aludido civilismo armado- improvisar batallones de paisanos. Con éstos y oficiales de reemplazo -sigue informando Galdós- se formó en el Parque de Artillería el *batallón sagrado*, cuyo mando se dió a San Miguel. Muchos individuos de prestigio organizaron compañías a sus expensas, renovando así el sublime fanatismo militar -Galdós insiste en la asociación con las imágenes de lucha por la independencia nacional- de la gran guerra; y al modo que entonces se formaban partidas de guerrilleros, se hacían ahora compañías de patriotas"<sup>90</sup>.

El recuento de fuerzas constitucionales se completa con la referencia a los Guardias *leales*: "Entre los guardias sublevados -dice Galdós- había muchos oficiales liberales. Estos abandonaron a sus compañeros al salir de Madrid, presentándose en el Parque a recibir órdenes del Capitán General. Para distinguirse de sus hermanos, que pronto iban a ser sus enemigos, adoptaron el patriótico distintivo de una cinta verde con el lema 'Constitución o muerte', y un pañuelo blanco en el sombrero"<sup>91</sup>.

La extensión del liberalismo afecta, pues, incluso a la actitud de las fuerzas armadas más propiamente realistas. Los antes subordinados al Rey -por una especie de mutación o inercia derivada de la antigua obligación nobiliaria de darle consejo y auxilio- lo eran ahora al Gobierno constitucional, a la Constitución. La antigua monarquía, o monocracia, perdía terreno ante la nomocracia, el liberalismo y la modernidad. Así lo indica Galdós, enumerando estos valores, cuando señala expresamente las esperanzas que esta incorporación a su defensa produce en las fuerzas *populares*:

"¡Oh! No es descriptible el entusiasmo de los milicianos cuando vieron desfilar ante las puertas del Parque aquellos jóvenes oficiales, casi todos de familias muy distinguidas, que abandonaban voluntariamente, con noble instinto político, las filas del absolutismo para defender la Constitución que habían jurado, la hermosa Libertad que amaban, la idea moderna, que veían resplandecer débilmente sobre el cielo de la Patria, como una estrella

<sup>90</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1597-1598.

<sup>91</sup> "7 de Julio". Cit., p 1598. Galdós, como tantas veces, reproduce aquí la imagen de Vayo, que, tras atribuir este comportamiento a "muchos oficiales", dice que éstos se pusieron "en los morriones una cinta verde y un pañuelo blanco para distinguirse de los rebeldes." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 324.

cuyo fulgor crecía, prometiendo iluminar algún día todas sus obscuridades. La multitud prorrumpió en vivas, y ardientes palabras se cruzaron de una parte a otra"<sup>92</sup>.

En la referencia de Galdós a estos "oficiales liberales" de la Guardia cabe, pues, destacar que eran "**muchos**"<sup>93</sup>, que eran "**jóvenes**" y que, siendo "**casi todos de familias muy distinguidas**", se comprometían a "**defender la Constitución que habían jurado** -lo cual conecta, además, la defensa de la monarquía con la idea del honor puesto en el juramento-, la hermosa **Libertad** que amaban -entendemos que con la especial fuerza del momento romántico y de su edad juvenil-, (y) la **idea moderna**," que incluye los valores anteriores sin excluir el posible deseo de actualizar la ordenación social y sustituir los deteriorados privilegios estamentales, disfrutados antes en sus "distinguidas" familias, por los nacientes privilegios clasistas. Entre ellos se destacan los nombres del ya aludido Landáburu y de un joven, años después especialmente importante, que ya entonces resulta objeto particular de la atención de don Benigno y de Sarmiento porque "parece arengar a sus compañeros y (...) da un viva a la Constitución": "es -dice don Benigno- Ramón Narváez"<sup>94</sup>.

El contraste entre estas fuerzas constitucionalistas y el bando en que se integraban los aludidos batallones rebeldes se completa con algunas referencias al ambiente palaciego en que, según indicábamos antes, muestra Galdós su motor central: "Dentro de Palacio -dice- y en la reducida esfera donde imperaba la Monarquía absoluta, también se repartían municiones. Pero ¿qué municiones? Dulces, cigarros y botellas de vino. Dicen -continúa Galdós- que cada soldado tenía en su bolsillo una onza de oro, y que las criadas de Palacio

<sup>92</sup> "7 de Julio". Cit., p 1598.

<sup>93</sup> El llamado *Batallón de Guardias Leales* que formaron "sumó -escribe el profesor Pabón- ciento sesenta y seis combatientes"; PABON Y SUAREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., p 168. Santillán, por su parte, aumenta la cifra hasta "unos 400 Guardias que se llamaron leales"; SANTILLAN, R. de: "Memorias...", Cit., T I, p 87.

<sup>94</sup> "7 de Julio". Cit., p 1598. "Es ahora -según dice el profesor Pabón tras citar este texto en que "Galdós ha registrado vivamente la emoción de los (...) liberales (...) ante la incorporación de los oficiales de la Guardia"- a los veintitrés años de edad, cuando Ramón María Narváez elige camino. Lo elige -añade- (...) sin vacilación y para siempre"; PABON Y SUAREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., p 169.

bajaban a repartir entre ellos cintas encarnadas con emblemas de '¡Viva el Rey absoluto!'. '¡Mueran los milicianos!'. Dicen que había crápula permanente arriba y abajo, en los salones y en el patio, con gran jaleo de borracheras, excesos y deslices que no son para escritos".

Esta imagen de un ambiente degradado por el soborno, la "crápula", etc. -mucho más amplia y acremente descrito por Quintana en la sexta de sus "Cartas a lord Holland"<sup>95</sup>-, se completa, por otra parte, con la de una egoísta ceguera del Rey y de sus particulares consejeros preferidos añadiendo: "Los grandes palaciegos, como Amarillas, Infantado, Casa-Sarriá y el duque de Castro-Terreño, a quien llamaban los *zurriaguistas* el *General Castañuelas*, rodeaban al Rey, presentándole como seguro el triunfo del despotismo. Bullía en aquellas excelsas testas cortesanas -ironiza Galdós, comparando al parecer su excelsitud social con el no tan excelso nivel mental reflejado en su plan,- un proyecto parecido al famoso de Vinuesa, con su correspondiente secuestro de autoridades; pero los sucesos -explica- se presentaban de otra manera, y los secuestradores corrían riesgo de ser secuestrados"<sup>96</sup>.

Por otra parte, junto a esta significativa caracterización -y valoración- de los dos bandos contrapuestos, Galdós señala sus diversas tendencias internas, que, según vamos a ver, dificultaron su acuerdo y cualquier otra decisión.

#### 4.2.3.2. *Entre la negociación y la confrontación armada*

"La Diputación permanente de Cortes -escribe Galdós, apuntando las iniciales posiciones,- invitó a Su Majestad a que abandonase a los sublevados, pasándose al campo

---

<sup>95</sup> Edición Cit., p 563. Una descripción en términos parecidos a los empleados por Galdós ("oro (...), botellas de vinos y paquetes de cigarros", junto a "finezas" de "las damas y mozas de retrete") en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 327.

<sup>96</sup> "7 de Julio". Cit., p 1598. El M. de las Amarillas, incluido en este grupo por Galdós, manifiesta en sus Recuerdos no haber "tenido la menor parte en aquel alzamiento"; y aunque reconoce que, una vez producido, el Rey le llamó para que encabezase una operación dirigida a "restablecer el Gobierno absoluto", asegura haberle contestado "que para ello no contase conmigo -dice- porque lo consideraba en perjuicio suyo y del país", si bien se muestra propicio a haberlo hecho para "reformular la Constitución" y, en todo caso -"fuera para lo que fuese"-, dispuesto a defender "la vida de S. M." con la suya propia. AMARILLAS, M. de: "Recuerdos...", Cit., T II, pp 207-218, especialmente, pp 208, 215 y 218.

liberal, y los ministros creían poder resolverlo todo con su voto (Sic -por *veto*-) absoluto y sus dos Cámaras. Nadie se entendía; nadie, ni aun los mismos guardias, podían decir claramente su aspiración, pues algunos de los sublevados, como el ilustre Córdova, no eran enemigos de la Constitución. Sólo los milicianos sabían adónde iban: a aplastar el insolente despotismo, a invadir el Palacio, quizás -dice Galdós insistiendo en el recuerdo de aquellas imágenes- a reproducir en España el 10 de agosto de la Revolución francesa. Sólo la Milicia sabía su papel"<sup>97</sup>.

Al analizar "este infernal hervidero", Galdós se ocupa de unos y otros, pero se centra especialmente en las actitudes y comportamientos de las dos principales parcialidades liberales.

Destaca inicialmente el protagonismo del general Morillo, cuyo carácter "colosal" se extiende desde su tamaño a su "autoridad, su patriotismo y su energía", así como a "su fama, adquirida en las fabulosas guerras de América, en'rente del gran Bolívar", y a sus esfuerzos por superar la situación de la forma más beneficiosa al régimen constitucional, pese a las críticas que Galdós mismo señala y hasta parece considerar explicables: "Por una singularidad oficial de estas a que los españoles estamos acostumbrados -apunta Galdós-, Morillo mandaba a los leales y a los sediciosos. El Ministerio, en su desaforados empeño de confeccionar toda clase de artículos de pastelería -explica zumbón-, le había nombrado Coronel de guardias el mismo día 1º de julio, y como tal y como Capitán General del distrito, mandaba frecuentes recados al Pardo, iba él mismo, subía a Palacio, entraba en el Ayuntamiento, en la casa de Ministerios, en las Cortes, visitaba el Parque, los cuarteles, los retenes, los puestos de guardia, hasta los grupitos de impacientes milicianos que cubrían las entradas en las calles. El objeto de aquel ínclito soldado era evitar un cataclismo, siempre más funesto, cualquiera que fuese su resultado, a la causa liberal que al

---

<sup>97</sup> "7 de Julio". Cit., p 1598. Este párrafo de Galdós evoca las palabras con que Alcalá Galiano se refiere a la situación producida el 7 de Julio con la derrota de los Guardias: "Pensó Fernando que le amenazaba próxima la suerte de su pariente Luis XVI, de Francia, en 10 de agosto de 1792." ALCALA GALIANO, A.: "Memorias", Cit., T II, p 191.

despotismo"<sup>98</sup>.

Su tamaño, su talante, la valía que se le atribuye, parecen, además, cualidades intencionadamente ponderadas por Galdós para contraponerlas ante sus coetáneos a las de Riego, según se desprende de la inmediata referencia al incidente que ambos protagonizaron el día 4 ante el momento de especial tensión y peligro:

"En la tarde del día 4 -cuenta Galdós, mostrando a la vez que, como dice Santillán, *tan insurreccionados como los del Pardo estaban los guardias que quedaron custodiando al Rey*<sup>99</sup>-los guardias de Palacio hicieron fuego a los patriotas que habían tomado posiciones en la subida de los Angeles. La batalla era inminente, porque los milicianos, locos de entusiasmo, querían jarana. Acudió precisamente Riego con cañones que sacó del Parque; acudió el *batallón sagrado*, decidido a atacar a los rebeldes, y el choque hubiera sido terrible sin la interposición del Capitán General, que llegó en el momento del peligro. Riego quería marchar delante con sus fogosos milicianos; Morillo mandaba que se retirasen. Ambos personajes se miraron frente a frente.

"-¿Y quién es usted?- dijo el conde de Cartagena con irónico desprecio.

"-Soy el diputado Riego- contestó el héroe de Las Cabezas, sorprendido de que hubiera un mortal que no le conociera .

"-Pues si es usted el diputado Riego -añadió Morillo con mayor desprecio todavía-, váyase usted al Congreso, que aquí no tiene nada que hacer.

---

<sup>98</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1598 y 1599. La descripción que Galdós hace aquí de la situación, actitud y actividades de Morillo parecen fiel trasunto de lo dicho por Vayo en un párrafo que, como luego Galdós, empieza señalando el "carácter original" -"singularidad oficial", en palabras de Galdós,- de aquella situación: "...para admiración del mundo -escribe Vayo- un mismo hombre mandaba el ejército de los liberales y de sus contrarios: el primero como general de Castilla la Nueva, y el de los segundos como coronel de la guardia." Además, Vayo, como tras él Galdós, continúa luego señalando las idas y venidas de Morillo al Pardo, a Palacio, etc. tratando de lograr un acuerdo frente "a los partidarios furibundos de uno y otro lado que frustraban los planes de salvación". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 332. Cabe señalar, además, la confianza que a los *moderados* parece inspirar Morillo al que, invisible de autoridad especial ahora igual que el 18 de septiembre de 1821, ante la batalla de Platerías.

<sup>99</sup> SANTILLAN, R. de: "Memorias...", Cit., T I, p 86. Refiriendo éste la curiosa situación de *los Oficiales de las Inspecciones Generales*, obligados a permanecer en Palacio por su servicio en el ministerio de la Guerra y armados a la vez para defender la Constitución, "Oíamos -recuerda- todo género de imprecaciones contra ésta en el patio de Palacio, y volvíamos después a empuñar nuestras armas para sostenerla contra aquellos sediciosos". SANTILLAN, R. de: *Ibidem*, misma p.

"Cuando Morillo volvió la espalda para seguir dando órdenes -señala Galdós-, Riego pronunció en voz alta los consabidos términos de alarma, que tanto efecto han hecho siempre en el ánimo de los patriotas:

"-¡La Libertad se pierde!... ¡Estamos rodeados de precipicios!". Y concluye Galdós, con explícita valoración de ambas conductas:

"Toda la razón estaba entonces de parte del general Morillo. Los milicianos de San Miguel y los del *batallón sagrado* no bastaban para la tercera parte de los guardias que había en Palacio. Sólo en la exaltada cabeza de aquel fanático ídolo del pueblo cabía la idea de atacar tan desventajosamente a fuerzas tan aguerridas. El mismo San Miguel lo comprendió así, y atajaba el ardor impetuoso de sus sagradas tropas, diciéndoles:

"-Orden, señores; moderación, por Dios, que nos perdemos".

Sin embargo, mientras el *batallón sagrado* marchaba "hacia la Plaza de Santo Domingo, (...) algún energúmeno -califica Galdós, manifestando así su opinión sobre esta línea exaltada,- gritaba en sus filas: '¡Estamos vendidos!'"<sup>100</sup>.

Las operaciones militares se muestran, pues, interferidas, al igual que las políticas, por el diferente talante y posiciones de *exaltados* y *moderados*. Galdós suele valorar más positivamente la moderación de Morillo, pero reconoce con clara simpatía el idealismo que anima otras actitudes más beligerantes:

"Los milicianos -pondera- no dormían. Fijos en sus guardias, con los ojos del alma puestos en un ideal de eterna gloria; impacientes, anhelantes, inflamados en amor a la Libertad; ciegos, con aquella noble ceguera que a veces hace dar tropezones y a veces impulsa hasta los cielos; poseídos de su papel con cierta petulancia, pero al mismo tiempo con la dignidad y firmeza propias de las circunstancias, aquellos honrados vecinos de Madrid esperaban la hora suprema. La idea de arreglo, componenda o pastel (era la palabra

---

<sup>100</sup> "7 de Julio". Cit., p 1599. Gran parte de este texto de Galdós coincide literalmente con el de Vayo (Op. Cit., T. II, p 332), lo cual, unido a las coincidencias apuntadas en el anterior texto de Galdós con esta misma página de Vayo, induce a pensar que lo recogió de él. Alcalá Galiano, por su parte, refiere, curiosamente, un incidente semejante de sí mismo -en lugar de Riego- con Morillo, y da de éste una valoración en que le reconoce honradez y valentía, pero no mucha inteligencia. ALCALA GALIANO, A.: "Memorias", Cit., T II, p 186.

de moda) los enfurecía. El mismo Morillo, que tan bien cumplía su misión, era mirado con recelo."

Pero ocurre que los populares deseos de lucha, como los absolutistas, obstaculizaban el ya difícil entendimiento político de sus dirigentes<sup>101</sup>. La aspiración de unos y otros a vencer militarmente e imponer sus ideas se muestra un grave obstáculo para que prosperase el intento de Martínez de la Rosa por llegar a una transacción con la Corte:

"De los ministros -dice Galdós-, nadie hacía caso: ni Rey, ni Pueblo, ni Ejército ni Milicia. No es posible concebir siete figuras más tristes que las de aquellos abogados o literatos que contemporizaban con los guardias a condición de que estableciesen las dos Cámaras y el veto"<sup>102</sup>. Sus esfuerzos serían vanos -y en ello insistirá mucho Galdós- porque ni el Rey, deseoso de recuperar su absolutismo, ni quienes habían sacralizado la Constitución, ni mucho menos quienes querían radicalizarla -suprimiendo el veto suspensivo- estaban dispuestos a apoyar esta propuesta gubernamental. Pero el descrédito de "los ministros" no sólo parece resultado de su posición negociadora, -que viene a continuar los anteriores intentos *anilleros de moderizar* la Constitución-, sino que se siente atribuido también, si no a su connivencia con la Corte, a la tendencia a *contemporizar* con

<sup>101</sup> Cuando Quintana llega al día 6 de Julio en sus referencias a las actitudes dominantes de absolutistas y liberales en esta que llamamos negociación armada viene a destacar el estado "violento" de las cosas por la tácita y amenazante apelación a las armas, -con deterioro de la negociación-, al concluir: "Los dos partidos al parecer habían estado considerando y **mediando sus fuerzas** en silencio para aprovecharse del descuido primero que se observase en alguno, y acometerle con ventaja." QUINTANA, M. J.: "Cartas a lord Holland". Cit., p 563. Sin negrilla en el original.

<sup>102</sup> "7 de Julio". Cit., p 1599. El mismo Martínez de la Rosa, aunque asegura que "era de todo punto infundada" la *imputación* que después se hizo a los ministros de "haber tenido parte en aquellas ocultas tramas con ánimo de que se hiciesen algunas alteraciones en la Constitución", no niega que, en la negociación subsiguiente, intentasen aprovechar al efecto los hechos consumados. Los *ministros*, dice, se hallaron entonces "en la situación más angustiosa", y "sus esfuerzos y vigilijs durante aquella crisis se encaminaron constantemente a impedir un conflicto interponiéndose entre uno y otro bando" para no "entregar al trance de las armas la suerte del Estado" MARTINEZ DE LA ROSA, F.: "El Espíritu del siglo". En Obras de Fr. Mtez. de la R. Madrid, 1962, BAE, T VII, p 416. Refiriéndose a ello en su "Bosquejo histórico de la política española", reitera este empeño por "impedir la lucha, cuyas resultas -explica- no podían menos de ser funestas, cualquiera que fuese el partido triunfante". En "Obras...", Cit., T VIII, p 338. En este mismo sentido se manifiesta Vayo en Op. Cit., T II, pp 325-326. Esta es, así mismo, en nuestros días, la opinión del profesor Seco Serrano, que, al citar parte del el anterior texto de Martínez de la Rosa, señala, además, "su lucha patética para salvar la revolución de la misma revolución", cuyo "desbordamiento demagógico (...) podía traer, a la larga, una reacción fatal". SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo..." Cit., p 56.

ella y quizás aprovechar la sublevación de los Guardias para hacer efectivos dichos intentos reformistas<sup>103</sup>. Así parece reflejarlo, junto a lo ya dicho, la escena en que, acto seguido, presenta Galdós las opiniones de diversos milicianos sobre tal situación y sobre las negociaciones que le buscan una salida:

"Frente al Parque de San Gil -cuenta Galdós- había en la tarde del 6 varios milicianos, paisanos del *batallón sagrado*, oficiales del Ejército y también algunos guardias leales." En uno de los grupos que formaban, don Primitivo Cordero se atrevió, "¡nefanda idea! -apostilla Galdós-, a disculpar a los *siete carbuncos*, o sea ministros," y don Patricio, reflejando hiperbólicamente las opiniones exaltadas, le contesta con una referencia particularizada en que se muestra dispuesto a ahorcarlos a todos: De Martínez de la Rosa, que "ocupa la poltrona de Estado", dice que es "una *Rosita la Pastelera*", cuyos versos además de ser malos son inútiles para gobernar. Además, "empezó -dice- deprimiendo a nuestro querido ídolo Riego, y ha concluido defendiendo a la aristocracia y pretendiendo que le den un título (...) Será capaz de vender a Cristo por treinta Cámaras (pues no se contentará con dos) y por el veto absoluto. Yo..., -añade- no lo digo por crueldad, señores (,) le ahorcaría sin el menor escrúpulo. ¿Y qué diré del *Aprendiz* -"Moscoso, ministro de la Gobernación", explica Galdós en nota de pie de página, - (...), señores, del hombre infame que ideó el Reglamento para destruir la Milicia, (...) le ahorcaría... Pues bueno va con Garelli -"Ministro de Gracia y Justicia"- (...), ese jesuitón, ese abogadillo

<sup>103</sup> Según el profesor Seco Serrano, "el proyecto político de Martínez de la Rosa" es una de las "tres formas de pronunciamiento" que concurren aquellos días; debió "contar con el asentimiento del Rey, y -sin duda, a través de éste- con un *apoyo militar* en que respaldarlo" frente a "la mayoría de las Cortes recién elegidas". Neutralizado por la negativa que Fernando Fernández de Córdova atribuye al Rey -"¿Dos Cámaras, cuando no podemos con una? ¡Jamás!-", que sólo deseaba retornar "a la situación del 6 de marzo de 1820 (...) quedaba -escribe el profesor Seco- un tercer camino: era el preconizado por la Guardia Real -según las inspiraciones de Luis Fernández de Córdova-. Este, según las Memorias de su hermano Fernando, incluía, tras el triunfo del Rey, "un Gobierno liberal y templado al amparo de una severa Constitución, en la que se garantizasen por igual medida la autoridad y prestigio de la Monarquía y las libertades públicas." (Cfr. SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo..." Cit., pp 56-59, que cita a FERNANDEZ DE CORDOVA, F.: "Mis memorias íntimas" Madrid, 1886, T I, pp 51 y 27, y FERNANDEZ DE CORDOVA, Luis: "Memoria justificativa que dirige a sus conciudadanos el general Córdova en vindicación de los cargos que por la prensa nacional y extranjera han hecho a su conducta militar o política en el mando de los Ejércitos de operaciones y de reserva, Didot, París, 1837, p 486.") Pero cualquiera de estas tres opciones serían rechazadas por esa mayoría *exaltada* (?) representada en las Cortes, que, según indica Galdós, desconfiaba de aquel Ministerio. Ver también en este sentido ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 180 y Sgts.



sin pleitos que tan mal habla del ejército de la Isla, y que ha defendido el feudalismo; si, señores, ha defendido los señoríos... Yo..., (...) le ahorcaría también."

Galdós hace notar la exagerada exaltación de don Patricio mediante la interrupción de Cordero, que, "interpretando la burla general de los oyentes", preguntó: "Pero ¿a quién dejará con vida el señor don Patricio?"; y con la respuesta de éste: "En rigor a todos los perdonaría, con tal de que soltara la pelleja -le dice- su amigo de usted, *Tintín de Navarra*". Pero Galdós sigue mostrando en las palabras de don Patricio el concepto que los *exaltados* tenían del Gobierno, a cuyos demás ministros se muestra don Patricio dispuesto a ahorcar también: a "Sierra Pambley (...) -"de Hacienda"- porque "es el rey de los pasteleros"; al "pobre Clemencín (...) -"ministro de Ultramar"-, que es un "desdichado roe-libros", sin dar razón particular muy clara; a "Balanzat" -ministro "de la Guerra"-, porque "no se alzó en el glorioso año 20" y "en todos los mandos importantes pone a los verdugos del año 14, y es más absolutista que *Tigrekán*"; a "Romarete (...) -"de Marina"-, aunque no sea -dice- sino por su misma obscuridad política." Y concluye así don Patricio: "Ahorcarles a todos, y así aprenderán los que vengan después. Aquí somos bobos; allá, en Francia, -de nuevo, según vemos, la imagen de aquellas revolución- si que lo supieron entender. Así lavaron al país de inmundicia." El irritado don Patricio opina que en aquella España estorbaban los "respetos ñoños, esos miramientos a las altas personas, eso de la inviolabilidad ridícula"; y, como don Primitivo, "observando que Sarmiento alzaba demasiado la voz" -aun sin concretarse quién o quienes son esas altas personas inviolables-, tratase de frenarlo diciendo: "¡Prudencia, señores, prudencia!", don Patricio le remeda: "Pasteles, pasteles"<sup>104</sup>.

Se tiene la impresión de que la irritada mente de don Patricio, tras aquellos 7 días de tensión y actividad miliciana, le impulsaba a exagerar los planteamientos violentos, pero esto se siente propio, a la vez, del acalorado ambiente. Don Patricio no estima suficiente

---

<sup>104</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1599 y 1600. Esta alusión del republicano Galdós a la inviolabilidad del rey, puede estar recordando a sus contemporáneos la egoísta frase que, según asegura Mesonero Romanos -primerísima fuente oral de Galdós-, diría "muy satisfecho" Fernando VII, el día 7 de julio de 1822, al ver que sus Guardias eran acuchillados: "Anda, ¡que se fastidien por tontos! ¡A bien que yo soy inviolable". MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 223.

mantener el régimen constitucional, sino que considera preciso castigar aquella sublevación: "Si nos guiáramos por ustedes, los formalitos, -dice a don Primitivo- esta gran canalla de los guardias quedaría sin castigo, y aún -afirma, mostrando el decir exaltado- se le daría a cada uno de ellos un grado por la hazaña." Pero añade, señalando así Galdós que esta actitud estaba muy extendida y tenía representantes históricos,: "Yo repito lo que ha dicho ayer aquí ese joven Narváez, ese valiente oficial, a quien pongo sobre mi cabeza y cuento entre los míos; si, yo digo como él: 'Es preciso vengar a Landáburu y colgar de un balcón a su asesino Goiffieu' "<sup>105</sup>.

No importa, a estos efectos, si Teodoro Goiffieu era o no culpable de este asesinato, por el que sería ejecutado<sup>106</sup>. Galdós, que antes se ha referido a sus gritos absolutistas y a la posible incitación de los mismos contra Landáburu, deja ahora la cuestión en el aire al responderse a don Patricio que "no está probado que Goiffieu hiriera a Landáburu" y replicar él: "Yo, yo lo he visto"<sup>107</sup>.

La adhesión a las palabras de Narváez viene a abundar, sobre todo, en ese deseo de castigo y venganza que expresaba el mismo don Patricio, al que, en una clara imagen de aquel ambiente, se suma con diversas expresiones gran parte de los presentes. Así, cuando don Benigno Cordero se acerca al grupo para darles, lleno de contento, las "grandes noticias" -conformes, según veremos, con la historiografía- de que, "al fin", los Guardias parecen aceptar "el convenio y van de guarnición a Talavera y Aranjuez, como han propuesto los ministros", los Sarmientos, el barbero Calleja -conocido ya desde "La Fontana de Oro"-, el Marquesito y otros, van manifestando su disgusto por las componendas, o pasteles, y por la *privación* de aquella oportunidad para castigar a los absolutistas y demostrar su proclamado patriotismo y valentía, con expresiones como: "Ya, ya me dio el olor del horno"; "¿De modo que estamos aquí de más?"; "Hemos tomado las armas para nada"; "He aquí (...) nuestros fusiles convertidos en escobas"; "mañana los

<sup>105</sup> "7 de Julio". Cit., p 1600.

<sup>106</sup> MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit., T I, p 158.

<sup>107</sup> "7 de Julio". Cit., p 1600.

guardias nos escupirán, y tendremos que darles las gracias"...; y Don Patricio, llevado de sus afanes de gloria, y entendiendo que aquellos convenios o pasteles se hacían para "cortar la efusión de sangre", exclama, siempre atento a sus modelos,: "¡Qué ridículo miedo a la sangre!...¡Qué revoluciones tenemos aquí, (...)!... ¡Qué Gracos, qué Espartacos, qué Aristogitones, qué Robespierres!"

Frente a tales manifestaciones, don Benigno Cordero -modelo de honradez participativa-recomienda cordura y considera que deben alegrarse "si se evita una lucha sangrienta". Palabras que Galdós explica, significativamente, ante sus coetáneos, porque don Benigno "era, como **verdadero** patriota, hombre de medida y prudencia". "Si habla el fanatismo -dice éste-, me callo. La Libertad -insiste- no puede ganar gran cosa con que haya aquí una carnicería." Y, tras algunas otras consideraciones semejantes, apunta Galdós, mostrando así su simpatía por el entrañable, honrado y valiente Cordero: "Don Benigno se enrojecía más con el calor de la conversación, y hasta parecía que su nariz se volvía más aguda, sus espejuelos más dorados, y sus piernas más torcidas. La idea de la moderación se encarnaba en él, y no podía ver con serenidad los **excesos** de la gente exaltada"<sup>108</sup>.

Ello parece explicar la acalorada discusión que con don Patricio mantiene y que, a la vez que sirve a Galdós para insistir en las posiciones de *moderados* y *exaltados*, le da ocasión para introducir alusiones a otros aspectos de la situación de aquel 6 de Julio y a su progreso hacia el ya próximo desenlace.

La tensa incertidumbre reinante se apunta al decir don Primitivo a quienes discutían que no se acalorasen, que Narváez -cuya presencia se destaca con estas reiteraciones- acaba de decirle "que no hay nada decidido todavía. Unos -añade- aseguran que hay capitulación; otros, que no."

Se sabe que "los ministros están en Palacio", que están "conferenciando" y que puede prosperar su propuesta del veto absoluto y las dos cámaras; contra lo cual protesta el exaltado don Patricio contestando así a la pregunta de Cordero sobre si "habrá Cámaras":

"Habra alcobas, señor don Benigno, habrá vetos; pero, ¡ay! -dice, recordando Galdós

---

<sup>108</sup> "7 de Julio". Cit., p 1601. Sin negrilla en el original.

una vez más el influjo de la Revolución Francesa,- no tendremos un Capeto en la guillotina"<sup>109</sup>.

Los exaltados no sólo rechazan la propuesta ministerial sino también el hecho de que los ministros estén en Palacio y sigan conferenciando como tales con el Rey. Esto indica -dicen acusadores- que quieren serlo "mientras haya sueldos." Opinan que lo de "las dimisiones presentadas el día 4 es una farsa." Y concluyen: "*Tigrekañ* tendrá que mandar a sus mozos de retrete que pongan a los ministros en la puerta de la calle"<sup>110</sup>. En la misma línea, se ironiza ambigüamente sobre la "natural" presencia de "San Martín" en Palacio, "no estando en presidio" -del que se había librado, por lo del 18 de Septiembre de 1821, en contra de las acusaciones exaltadas-, y se manifiesta disgusto porque "también han entrado los embajadores, con monsieur Lagarde a la cabeza", lo cual es indicio del estado de cosas internacional<sup>111</sup>.

Por otra parte, se hace notar que la incertidumbre ambiental se afronta con actitudes maximalistas, pues cuando alguien dice pensar "que está ya estipulada la reforma de la Constitución", don Patricio afirma: "Así como se dice: 'Antes la muerte que la deshonra', yo digo: 'antes quiero verla suprimida que reformada'." Pero este maximalismo no es sólo atribuible a los *exaltados*, ni sólo al Trienio, según destaca Galdós -condenando este vicio nacional ante sus coetáneos- al señalar irónicamente: "Esta sabia proposición política, **tan propia de cabezas españolas** -negrilla nuestra-, salió entonces de la eminente cavidad cerebral de don Patricio"<sup>112</sup>.

<sup>109</sup> "7 de Julio". Cit., p 1601.

<sup>110</sup> "7 de Julio". Cit., p 1601. Reflejo del disgusto popular por tal situación es el oficio dirigido por el Ayuntamiento al Ministerio ofreciéndole un local en "la casa de la Panadería" para que abandonase Palacio. Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 328-329, donde se recoge dicho oficio y la razonada respuesta del Ministerio.

<sup>111</sup> Sobre este hecho, los "buenos oficios" del "conde de Lagarde" a fin de "que se aprovechara el abortado levantamiento de la guardia para moderar las bases del código de 1812, (...) como el mismo Fernando había prometido", y la resistencia de éste, ver VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 324-325. Sobre las no admitidas "renuncias" de "el día 4" y los honrados esfuerzos de los Ministros, encerrados como San Martín en Palacio, véase también VAYO, E. de C.: *Ibidem*, p 335.

<sup>112</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1601-1602.

Además, acto seguido se muestra -junto al motor de la sublevación- el maximalismo de signo contrario, pues el acuerdo entre ministros y Guardias no se había logrado, según expresión atribuída al periodista y "gran patriota Mejía" -recién incorporado al grupo-, porque "don Fernandito (,) que esta mañana estaba inclinado a transigir con las dos Cámaras, parece que ha dicho esta tarde: 'Absoluto y nada más que absoluto'"<sup>113</sup>.

Las posiciones maximalistas, que conducen a la lucha armada, se sienten contrapuestas a las actitudes negociadoras -implícitamente preferidas por Galdós- de los ministros. Se tiene la sensación de que las indicadas variaciones en la actitud de Fernando VII resultaban en cierta medida de si escuchaba a "Córdova" o a sus "Grandes palaciegos" citados antes, pero también de que personalmente se sentía con fuerzas armadas suficientes para vencer y de que no pensaba tanto en conciliarse con sus gobernados como en imponer su Real voluntad. Su exigencia de ser rey "absoluto" se interpreta como una actitud de fuerza a la que, según opinión de Lucas Sarmiento -que Galdós parece recoger de las explícitas afirmaciones de Vayo en este sentido<sup>114</sup>-, contribuyeron las "noticias (...) de que los carabineros sublevados en Castro del Río vienen sobre la Mancha con otras fuerzas -las de

---

<sup>113</sup> "7 de Julio". Cit., p 1602. Vayo, tras describir las negociaciones con los Guardias, recoge, junto al título de "Convenio que no se cumple", el texto del decreto expedido, con fecha 3 de julio de 1822, por el ministro de la Guerra, Luis Balanzat, en virtud del acuerdo logrado por los Ministros con "los oficiales del cuerpo don Luis Mon y don Fortunato Flores", para que los batallones de El Pardo se trasladasen "dos a Toledo y dos a Talavera de la Reina". Este convenio resultó interferido por el Rey, que quiso convocar "para aquella tarde una junta compuesta" por muy diversas autoridades en la que oficialmente pretendía replantear si "quedaba o no disuelto el pacto social" y recobraba el "la plenitud de sus derechos", pero que, según Vayo, se orientaba a la aplicación de un "plan vaciado en el molde del desgraciado Vinuesa". Abortada esta reunión por la resistencia del Ministerio, el convenio con los guardias se frustró, según palabras del mismo Vayo, debido a que, "sea por convicción propia, o por mandato del rey, Córdoba se opuso" y "arrastró con la elocuencia que le era natural a sus compañeros", transcurriendo luego "los días sin entenderse, sin conseguir el objeto deseado." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 330, 331 y 333. En esta misma línea, Fernando Fernández de Córdova asegura que su hermano Luis consiguió anular el acuerdo de sus compañeros con el Ministerio, porque los *reducía a obedecer*, y negoció luego personalmente con el Rey -la noche del día 5- sobre las antes aludidas bases de lograr primero el triunfo militar, encabezados por el Rey, y establecer "después del triunfo un Gobierno liberal y templado, al amparo de una severa Constitución, en la que se garantizasen por igual medida la autoridad y prestigio de la monarquía y las libertades públicas". Su fracaso daría lugar, en contra de sus deseos y opinión, a que sus compañeros de armas decidieran entrar en Madrid, vencer a la revolución y obligar luego "al rey, por la fuerza, a realizar aquello que no había aceptado de buen grado". FERNANDEZ DE CORDOBA, F.: "Mis memorias íntimas", Cit., p 22. Véase en ese mismo sentido SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...". Cit., pp 58 y 59.

<sup>114</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 326 y 334.

la ciudad de Córdoba, según Vayo, - y con paisanos armados"; "los paisanos que de Lucena y otros puntos corrían a aumentar el número de los rebeldes", según el citado texto de Vayo. Pero frente a esta noticia, sobre la que Galdós ironiza diciendo que éstos eran "los rusos", tan anunciados y objeto de coplas, se da como seguro "que se ha mandado que se concentren en Madrid los milicianos de toda la provincia"<sup>115</sup>.

Ocurre, pues, que si la primera noticia implicaba un refuerzo de la actitud y, en su caso, de la acción absolutista, la última venía a comprometerla y urgirla. Así, en opinión de Quintana, al llegar la "noticia de que el general Espinosa (...) venía a largas marchas sobre Madrid, los guardias determinaron ganarle por la mano"<sup>116</sup>.

Cabe, pues, que se buscase la anticipación a posibles complicaciones de uno y otro signo. Sin decirlo expresamente, Galdós parece sugerir algo de esto por la inmediatez con que antepone las noticias sobre la venida de tropas -absolutistas y liberales- hacia Madrid a la de que el ataque armado absolutista estaba a punto de producirse, pero se abstiene de aclaraciones en este sentido. Simplemente, encadenando sus noticias, don Primitivo informa con misterio de que "San Martín ha recibido esta mañana -la del día 6- (...) un anónimo del Pardo... (...) en que se le dice que mañana, 7 de julio, a la madrugada, atacarán los guardias a Madrid por tres puntos distintos: por la Puerta del Conde-Duque, por..." Es notable que Galdós, tras señalar la existencia de este rumor, da a entender que tal ataque se estimaba improbable entre aquellos milicianos, pues "las risas -dice como narrador- no

<sup>115</sup> "7 de Julio". Cit., p 1602. Abundando en estos movimientos extramadrileños, Vayo indica que "de Sevilla salieron tropas y artillería a las órdenes del mariscal de campo don Tomás O'Donjú en persecución de Espinosa -"el coronel don Juan Espinosa de los Monteros", jefe de los insurrectos- y los suyos". (Op. Cit., T II, p 326) Señala asimismo la concentración en Madrid de las milicias de "los pueblos vecinos" (Ibíd., p 327) y el cese del ministro de la Guerra por la insistencia con que el día 4 defendió ante el Rey la necesidad de "llamar tropas de las provincias (...) para obligar a deponer las armas a la guardia real". (Ibíd., p 335). Según la versión del M. de las Amarillas, lo que ocurrió fue que, trasladada al Rey la inquietud de los Oficiales de El Pardo por la marcha del general Carlos Espinosa -observemos que éste es otro Espinosa-, "Capitán General de Castilla la Vieja, que con algunas tropas se dirigía al parecer sobre la Capital", dijo al ministro de la guerra, Balanzat, que "diese la contraorden para la marcha de aquel General", a lo cual -repetido tres veces por Fernando VII, de modo cada vez más apremiante, - se negó el ministro Balanzat razonando que él no había dado ninguna orden para aquella marcha, que no lo habría hecho "sin la aprobación de S.M. (...) y que (...) no podían dar contraorden de lo que no habían mandado", pues no quería "firmar una cosa que giraba sobre una falsa suposición que le hacía culpable". AMARILLAS, M. de: "Recuerdos...", Cit., T II, pp 216-217, y nota N° 87 de Ana María Berazaluze en Ibíd., p 216.

<sup>116</sup> QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". BAE, T XIX, p 563. Sin negrilla en el original.

dejaron concluir al señor Cordero"<sup>117</sup>. Además, las respuestas que Galdós atribuye a éstos son unánimes en considerar, por fanfarronería o sobrevaloración, que don Primitivo "sueña" al creer en tal ataque; que "esos cobardes" podrían dejarse "atacar en el Pardo", pero no "venir ellos acá"; que "una cosa es *seducir* a ese confiado Rey, y otra atacar a la Milicia"<sup>118</sup>. Así, hasta el prudente don Benigno rechaza aquellas "engañifas y especiotas" del anónimo, aunque ordena que vaya "cada cual a su puesto", por si acaso<sup>119</sup>.

#### 4.2.3.3. *Eco simbólico de la situación en el plano novelesco*

Esta situación de enfrentados maximalismos, de mutua amenaza armada, de desacuerdos entre liberales y de angustiosas dudas, se completa en el texto de Galdós con la inmediata referencia a la no menos angustiosa espera de los personajes novelescos comprometidos en la conspiración absolutista, con la que se enlaza indicando que don Patricio, al despedirse

<sup>117</sup> "7 de Julio". Cit., p 1602. También Vayo, tras señalar que "algunos milicianos habían recibido, ya oscurecido el día, un anónimo que trazaba exactamente el proyecto de los guardias marcando los puntos de ataque," indica que, aunque tal anónimo "recaía sobre anteriores sospechas (...) fue leído sin fe." (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 335. Sin negrilla en el original.) Afirma, pues, expresamente, lo que Galdós reflejara tras él en las risas de esos milicianos.

<sup>118</sup> No deja de ser curioso que Galdós, en cierta contradicción con lo antes señalado, afirma ahora, quizá para destacar la increíble capacidad de engaño que el Rey muestra en todo momento, que "la gente templada de aquellos días no consideraba a Fernando VII autor de la sublevación de los guardias. Suponíanle -dice- mal aconsejado, engañado, *seducido* por los facciosos", con lo que el "*Deseado y suspirado*" pasó entonces a ser llamado -ironiza Galdós- "nuestro *seducido* Fernando". "7 de Julio", Cit., p 1602.

<sup>119</sup> "7 de Julio". Cit., p 1602. Esta incredulidad concuerda con la idea de que, pese a los *anónimos*, el asalto de los Guardias era tan inesperado que, según cuenta Quirrana, "La noticia de que los batallones habían entrado en Madrid (...) al principio no fue creída" en el Parque. (QUINTANA, M. J.: "Cartas a lord Holland". Cit., p 564.) A. Alcalá Galiano, refiriéndose a este mismo hecho, señala que Morillo incluso arrestó o puso presos, creyéndoles provocadores de disturbios, a los tres primeros que sucesivamente llevaron al Parque la noticia de la entrada de los Guardias, hasta que "desengañado (...) puso en libertad a los arrestados, y casi hubo de pedirles perdón" ("Memorias". T II, p 190.). Y la misma incredulidad y arresto son señalados por Vayo, E. de C.: Op. Cit., T II, p 336. Otros, sin embargo, parecen tener más información o dar más crédito a este. El M. de las Amarillas refiere que "en la tarde del 6 de julio el segundo Teniente, don José Starico", le indicó que probablemente se produciría el ataque de los Guardias en la noche inmediata; a lo que se añade que, mientras cenaba fue llamado por los ministros y Jefe Político para que fuera a Palacio, donde se le repitieron las "probabilidades de que los levantados viniesen en aquella mañana sobre Madrid", con lo que se asocia el hecho de que se les tuviese *presos* allí y que cuando Amarillas quiso ver al Rey no pudo, porque "me dijeron -indica- que S.M. se había recogido, mandando no se dejase entrar a persona alguna, y no me fue posible convencer -explica- a aquellos señores, todos sin duda complotados en aquellos sucesos". AMARILLAS, M. de: "Recuerdos...", Cit., T II, pp 218, 219 y 220. Sin negrilla en el original.

aquella noche, se "llevó aparte a don Primitivo, a Calleja y a otros dos que vestían de paisano" para, con su fanatismo habitual, insistir en la necesidad de hacer algo contra la que llama "endiablada gentuza de la calle de las Veneras", donde, según dice, está "la cabeza de la conspiración"<sup>120</sup>.

La amenazante actitud de don Patricio y los suyos -que "siguieron hablando en voz baja"- contra este grupo se percibe así mismo en la Casa de Naranjo y Gil de la Cuadra, cuyo simbolismo aparece claro en la simultaneidad e implicación que con los hechos históricos señala Galdós en lo ocurrido allí: "Desde el aciago día 30, célebre por la formación, la clausura de las Cortes, los alborotos, los contrarios vivos y el asesinato de Landáburu, en la humilde casa de la calle de las Veneras no hubo un instante de sosiego. (...) Con los suspiros de Naranjo alternaban en patético dúo los suspiros de Gil de la Cuadra, que había tocado el cielo (...) y no lo había podido coger aún. Su yerno, su hijo, la esperanza de su corazón (...) el amparo de Solita, el divino Anatolio" estaba en el Pardo con sus compañeros y "podía morir" en la batalla que se anunciaba.

Gil de la Cuadra dice sentirse empeorar a lo largo de aquellos días, sin noticias de Anatolio, con "gran desfallecimiento y (...) dolores agudísimos que de sus inertes extremidades avanzaban lentos y amenazadores hacia" su corazón. Su simbolismo es claramente insinuado cuando dice "estoicamente": "¿Quién concluirá primero: yo o la revolución de los guardias?"<sup>121</sup>.

Su empeoramiento se corresponde, efectivamente, con el producido en la situación de los Guardias, según señala Naranjo en sus críticas y lamentos: "¡Irse al Pardo! -dice éste tras criticar la inicial *impaciencia* de los Guardias-. Si hubieran atacado el día 1º a la Milicia, fácil habría sido desarmarla; pero ahora...". Desaprovechado el factor sorpresa -lo cual hace pensar de nuevo en la inmadurez del plan de los sublevados-, "la Milicia y las tropas de línea que hay en la Corte y las que han venido de Burgos y de Valladolid"

---

<sup>120</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1602-1603. Ya se indicó que, según la documentación conservada en el Archivo General del Palacio Real, Papeles Reservados de Fernando VII, T 22, fol.365, esta *cabeza* se reunía en casa del conde de Torrealta, C/ Montería, N°7.

<sup>121</sup> "7 de Julio". Cit., p 1603.



habían de obtener, según prevé Naranjo, una fácil victoria y harían "una degollina de guardias". En lo que a sí mismo respecta, prepara aterrado la huída, porque le han avisado de que irían a prenderlo al amanecer. Ello es ocasión para señalar que, según suele suceder en tales casos, él, más débil, aunque sea menos culpable, se verá injustamente "en la horca", en la "Plazuela de la Cebada", mientras que "don Víctor Damián Sáez (...) se quedará en Palacio, tan tranquilo, al lado de Su Majestad"<sup>122</sup>.

Cuando al fin se va Naranjo y quedan solos Solita y su padre, éste, incapaz ya de moverse del lecho, y desesperado, sin dinero -porque lo poco que tenían se lo habían dado, agradecidos y solidarios, a Naranjo para que huyese-, sin amigos ni protectores conocidos, dispuesto a morir, oye con dolor y repulsa violentos que su hija se dice dispuesta a buscar a Monsalud para que los ampare. Viéndolo medio ciego y aletargado por el impacto de aquel odiado nombre, "Soledad -dice Galdós- le contemplaba en silencio, sin pestañear, casi sin respirar, atenta a las vibraciones dolorosas de aquella triste vida que se extinguía por grados"; con un conflicto interior, podríamos añadir, que evoca el de la sociedad madrileña ante la grave situación política que aquellos siete días venían soportando, según se indica con las palabras de "doña Rosa", anciana sirviente hasta aquel día de Naranjo; "Es preciso tomar una determinación, niñita mía -"le dijo"-, Yo -añade- he visto muchos enfermos. ¿Qué la pasa a usted, que parece de mármol? Muévase, determine algo"<sup>123</sup>.

Solita, también como la sociedad representada, decide al fin salir aquella noche a la calle para resolver su situación. Ya con el manto puesto, Soledad miraba con tan "religiosa y profunda atención" a su padre que "Creeríase -dice Galdós, señalando con el misterio el simbolismo de aquella salida,- que el espíritu del padre y el de la hija se comunicaban en regiones lejanas, desconocidas, allá donde las almas amigas se abrazan, rotos o aflojados los lazos de la vida." El padre, cual si contestase a una silenciosa pregunta de la hija sobre su odio a Monsalud, dijo cuatro palabras que la estremecieron: "sedujo a mi esposa." Se ve entonces luchar "interiormente" a Solita hasta que, al fin, optando por acogerse a

---

<sup>122</sup> "7 de Julio", Cit., pp 1603, 1604 y 1605.

<sup>123</sup> "7 de Julio". Cit., p 1607.

Monsalud, con sus traumas y defectos -como la sociedad a la Revolución-, contesta: "No importa...Voy"<sup>124</sup>.

Con ello queda hecha la puesta en situación y Galdós puede entrar en aquella *batalla*, en el hecho culminante de este Episodio.

### 4.3. EL TRIUNFO POPULAR DEL 7 DE JULIO

#### 4.3.1. El batallar *vivido* por Solita

Galdós empieza atribuyendo a la naturaleza una carga emotiva que preludia la del gesto popular que estaba a punto de producirse: "Eran las dos. La noche era serena y tibia, y en el cielo obscuro -dice, con poética imagen de aquel amanecer,-comenzaban a palidecer, temblando, las estrellas". Esta imagen parece acorde, además, con la tensión, la esperanza y la ilusión que, como la sociedad madrileña, albergaba el alma de aquella Solita que, "envolviéndose bien en su pañuelo, y sin asomo de miedo, porque la apurada situación suya no lo permitía," se echa a la calle para buscar a Monsalud<sup>125</sup>.

Al paso de Solita, y en respuesta a sus preguntas, Galdós va reviviendo el ambiente y los movimientos de las tropas por las calles hasta llegar un momento en que aquella desaparece, confundida, diluída, entre la gente que se mueve al ritmo de la batalla, según señala Galdós diciendo: "¿En dónde está Solita? El narrador lo ignora, y llamado por el duelo en que se empeñan rencorosamente Despotismo y Libertad, no trata por ahora de averiguarlo"<sup>126</sup>.

No podría decirse propiamente que Solita protagoniza ese duelo, sino que, más bien, lo sufre. Se halla aprisionada entre el amor a su padre y a Monsalud, representantes ambos de las dos ideas y grupos enfrentados. Sin embargo, según hemos visto, Solita se inclina

---

<sup>124</sup> "7 de Julio". Cit., p 1608.

<sup>125</sup> "7 de Julio". Cit., p 1608 y Siguientes.

<sup>126</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1608-1611, especialmente ésta última.

ya hacia el último. Su misma salida lo indica así. Además, Galdós la sitúa siempre entre las gentes liberales que huyen de los Guardias o se aprestan a la lucha contra ellos; de lo cual es, por otra parte, un reflejo su personal actitud hacia Anatolio.

La búsqueda del *batallón sagrado*, donde se encuentra Monsalud, lleva a Solita, tras algunas idas y venidas, a subir "por el Postigo de San Martín" hacia "las calles de Tudescos y la Luna", topándose así con los Guardias asaltantes en el lugar que la historiografía señala como de un primer contacto, tan imprevisto como el de Solita, entre éstos y los liberales<sup>127</sup>.

Al acercarse, Solita "oyó un rumor lejano, murmullo de gente y pasos, que en el silencio de la noche resonaban de un modo singular en las angostas calles. Entonces sintió miedo y se detuvo a escuchar. Por la calle de la Luna pasaba una cosa (...): un animal muy grande, con muchas patas, pero sin voz, porque no se oía más que la trepidación del suelo"<sup>128</sup>.

Solita se tranquilizó al reconocer en aquel extraño ser "un ejército..." y, pensando que podría ser "el *batallón sagrado*", iba hacia él "cuando se oyó un tiro; después, dos, tres...". Aterrada, potenciado el "estrépito por su imaginación" y sus "agitados sentidos", vió cómo "por la calle de Tudescos abajo" corrían algunos gritando: "¡Los guardias, los guardias!... ¡Que degüellan!". Corrió también entre los tiros, el tumulto y "tremendas voces que decían: ¡Viva el Rey absoluto!"; y, siguiendo a quienes, alarmados, "salían de las casas," se halló en la calle de "San Bernardo". Intentó llegar a "la Cuesta de Santo

---

<sup>127</sup> "7 de Julio". Cit., p 1608. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 336, dice que "en la calle de la Luna"; ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 189, que "hacia la calle de Tudescos". Ambos indican, marcando cierta sorpresa, que los asaltantes *tropezaron* en dichos lugares con una patrulla que los dispersó, con demasiada facilidad, e incluso prendió a algunos, entre ellos al "teniente don Luis Mon". (Ibídem, mismas pp.)

<sup>128</sup> "7 de Julio". Cit., p 1608. La imagen dada aquí por Galdós se corresponde con lo que dice Vayo: "marchaban silenciosos y resueltos" (Op. Cit., T II, p 336); pero reproduce, sobre todo, la que Quintana presenta en la sexta de sus "Cartas a lord Holland", cuyo texto ofrece además una estructura que resulta, así mismo, evocada por Galdós en algunos de los que hemos citado: "Era la una de la noche -dice Quintana al describir la llegada de los Guardias-: el vecindario estaba sumergido en sueño y en silencio, que sólo se interrumpía en la carrera por el ruido sordo y monótono que hacían marchando sus pies, y -tras entrar este ejército "forzando un portillo casi sin ser sentido", - por algún viva a Fernando VII". QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". Cit., p 564. Sin negrilla en el original.

Domingo", donde le habían dicho que estaba el *batallón sagrado*, pero "la mucha gente que se agolpaba en aquel sitio obligóla a detenerse". De repente, la muchedumbre -impelida por "varios soldados de a caballo, que, sable en mano, gritaban: ¡Atrás, a despejar!", - huyó atropelladamente, y con ella Solita, entre los gritos de: "¡Jarana! ¡Que vienen los guardias! ¡Que van a disparar el cañón!"<sup>129</sup>.

Este ambiente, y los lugares principales de aquella batalla, van siendo así señalados por Galdós al mismo tiempo que destaca ante sus lectores la tenacidad y valor que el estado de necesidad generaba, tanto como en Solita, en la sociedad civil madrileña. Al apartarse de San Bernardo, "un hombre" que iba a su lado asegura a Solita -con evidente error, pero uniendo así estos símbolos del pueblo de Madrid,- que el *batallón sagrado* debía de estar "en la Plaza Mayor" y ella, con ánimo inquebrantable, pese a que "el hombre" -"metiéndose en casa y cerrando sin dilación"-, le aconseja no ir, "trató de emprender su camino" "por la calle de la Justa (...); pero al poco tiempo vio que la de Tudescos -Galdós insiste en estos nombres históricos- estaba intransitable" porque "pasaban por ella varias columnas de guardias, que, al verse sorprendidos -nuevamente se recalca este aspecto- en la calle de la Luna, buscaban la de Jacometrezo y Postigo de San Martín para dirigirse al centro de la Villa"<sup>130</sup>. Solita decidió dar un rodeo y "tomar la calle de la Montera por la del Desengaño" para llegar a la Plaza Mayor por la Puerta del Sol.

Así, las supuestas observaciones de Solita, como otras veces las de Monsalud, sirven a Galdós para ir refiriendo los hechos con la garantía de quien los ha visto. Cuando Solita llegó a Sol, se iba reuniendo allí "bastante gente. Tropa y milicianos formaban delante de la Casa de Correos; pasado un instante, la tropa entraba en aquel edificio y los milicianos subían por la calle de Carretas"<sup>131</sup>.

<sup>129</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1608 y 1609.

<sup>130</sup> "7 de Julio". Cit., p 1609.

<sup>131</sup> "7 de Julio". Cit., p 1609. Galdós parece dedicar aquí un recuerdo a la defensa liberal de la Casa de Correos, que Vayo adorna con la anécdota de que una "segunda cohorte" de Guardias "pisó sin estorbo la Puerta del Sol", pero no pudo "apoderarse de la Casa de Correos, porque los soldados que allí había atrancaron la puerta a falta de cerradura con una gran piedra que sus robustos brazos arrancaron de la escalera". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 336.

Mientras iba por la Calle Mayor, Solita "vio que, satisfecho el primer impulso de curiosidad de los vecinos, se cerraban todas las puertas y que apenas había mujeres en la calle. El estado de su afligido espíritu no le permitió observar" que se metía en la "atmósfera de peligro" propia de aquel lugar, donde, según indica Galdós, se produciría el choque principal; y, aunque comprendió "que iba a ocurrir algo grave", pensó que esto sería después de amanecer, cuando ya ella habría desempeñado "su misión" y vuelto a casa. Cerca "de la Plaza Mayor los milicianos ocupaban toda la calle. Había -observa Galdós, apuntando su aspecto bisoño,- cierto desorden en sus filas; los jefes corrían de un lado para otro, y resonaban aquí y allá las palabras de tal cual arenga, pronunciadas desde lo alto de un caballo. Murmullo atronador ensordecía la calle: todos hablaban a la vez, amenazaban, discutían, proponían; oíanse trastrocadas y revueltas las palabras *libres* y *esclavos*, *leales* y *pérfidos*, *Constitución* y *Rey neto*, *Libertad* y *Despotismo*. Todo se oía, menos lo que Solita quería oír"<sup>132</sup>.

A sus incansables preguntas sobre el paradero de aquel batallón, mandado por "San Miguel", no falta, entre las muchas respuestas y silencios que ha de aguantar, quien le dice la *chuscada* de que "debe de andar por el Cielo (...), pues si es sagrado y lo manda un Arcángel..." En su particular batalla, preguntando de grupo en grupo, Solita "estuvo a punto de quedarse sorda por el estrépito de los cañones, que, arrastrados a escape por poderosas mulas, venían -dice Galdós, como incorporándolos al ambiente con voluntad de lucha- calle adelante, rechinando, saltando, rebotando sobre cada piedra". Llegó a pensar que "Dios la abandonaba en aquel trance, que la ocasión y el lugar no eran a propósito para buscar a un hombre perdido, en la inmensidad del *batallón sagrado* -dice Galdós, con presumible valor simbólico- y en la hora crítica de la revolución." Pero Solita, acorde con el ambiente de la calle, se sobrepuso y decidió "seguir hasta donde pudiera, con desprecio de la vida. Erale indispensable buscar y encontrar, en aquella misma mañana, a la única persona de quien podía esperar auxilio **de todas clases** -negrilla nuestra- en su desesperada situación". Resuelta, pues -como aquella sociedad-, "cerrando los ojos a todos los

---

<sup>132</sup> "7 de Julio". Cit., p 1609.

peligros," se dirigió "hacia el Arco de Boteros" para entrar ella misma en la Plaza y ver si estaba allí el *batallón sagrado*; rechazada, apartada repetidamente de allí con violencia por quienes preparaban la pelea, "era espectáculo digno de que un psicólogo lo observara - recalca Galdós-, ver cómo, haciendo alarde de energía varonil, se limpiaba aquella infeliz sus lágrimas, cómo sofocaba sus suspiros," y se aprestaba a intentarlo de nuevo "por la calle de Atocha" y por otros puntos hasta comprobar que "por ningún lado había salida; por todas partes tropa y milicianos, que mandaban a los vecinos retirarse". Solita se llegó a declarar "vencida". "Dios no lo quiere (...) Es imposible. Volveré a mi casa...", decía; pero, a seguido, mientras se disponía a "bajar por la plazuela de Herradores", reaccionaba al considerar su necesidad: "...he de encontrarlo... Veremos más tarde..."<sup>133</sup>.

Se esperaba Solita pensando que "los feroces polizontes" no se cuidarían de ir a prender a "su padre moribundo, sin recursos", mientras durase aquella "jarana" -con lo cual Galdós recuerda, *sensu contrario*, sus simbolismos-, cuando vio su paso hacia casa cortado por las "columnas de milicianos granaderos, terribles, amenazadores", que subían por las calles de "las Fuentes" y de "las Hileras", para "cubrir el flanco de la Plaza". Esta imagen, y la especial "alarma del vecindario" la dejó "yerta de espanto": "Gritaban en los balcones las mujeres, lloraban algunas, votaban los hombres. Cerrábanse puertas, se desocupaba a toda prisa la calle; hasta los perros -dice Galdós, señalando la inminencia ambiental del choque decisivo,- huían despavoridos". Tras vacilar un instante, Solita estuvo a punto de meterse en "la calle Mayor" para apartarse, retrocediendo, de aquellas *imponentes* tropas; pero, aconsejada por "dos mujeres", corrió con ellas "hacia la de Santiago" esperando hallar "por allí fácil acceso hacia su casa". Solita hace, pues, intención de encerrarse como esa otra numerosa parte de la sociedad a que representa; pero sus aspectos, como los de esa sociedad, han de ser muy variados: "no había llegado a la calle de Milanese cuando sintió el horrible estrépito de miles de disparos, gritos, vivas y muertas: un bramido colosal, mezcla de humanas voces y de la tremenda palabra de los cañones." Era que la gran batalla estaba empezando. Solita, súbitamente falta de valor,

---

<sup>133</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1609 y 1610.

"tuvo que apoyarse en la pared para no caer"; pero, aunque alterada, estaba allí, en el escenario de la lucha principal, según exigía su simbolismo. Todavía parece oír los gritos de "unas mujeres que subían de la Plaza de Oriente" y -señalando Galdós significativas connivencias- advertían a quiénes huían hacia allí: "¿Adónde van ustedes? **Los Guardias de Palacio** han subido a San Nicolás y vienen todos hacia acá"<sup>134</sup>.

Galdós redondea el ambiente insistiendo en la parcial inhibición producida por la sensación de peligro: "Al oír esto -dice-, muchos se metían precipitadamente en las casas; otros se agolpaban en las calles del Espejo y Mesón de Paños. La de Santiago quedó vacía." Es entonces cuando "el narrador" se pregunta: "¿En dónde está Solita?" Cabe pensar que al autor le resultaba impropio situarla sólo entre los que se encerraban en sus casas, entre los curiosos que esperaban anhelantes en la calle, orillados de la batalla, o entre quienes participaban en ella, porque, de acuerdo con el valor simbólico que le venimos considerando atribuído por Galdós, estaba un poco en todos ellos. La autonomía que su creador le concede parece llevarla dónde la resultante de las fuerzas sociales se halle. Recordemos, además, en este sentido, que Solita busca a Monsalud, siente un predominio afectivo hacia él, pero quiere también y se siente obligada a su padre. Su conflicto interior es un reflejo, según decíamos, del que en la sociedad se produce por ese "duelo" entre la Libertad y el Despotismo a que Galdós se refiere<sup>135</sup>.

<sup>134</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1610 y 1611. Sin negrilla en el original.

<sup>135</sup> En relación con estas encontradas posturas afirma Santillán que "la gente de los barrios estaba dispuesta a auxiliar a los guardias; pero batidos éstos -explica-, aquella se amedrentó y se recogió en sus casas". (SANTILLAN, R. de: "Memorias...", Cit., T I, p 88). Sobre esta opinión habría que tener en cuenta, sin embargo, la presencia debida al factor curiosidad, señalado por Galdós, y, en cuanto a posibles actitudes, los preparativos a que se refiere, entre otros, el M. de las Anarillas: "Muy pronto -recuerda éste- trajeron al Patio de Palacio los caballos del Rey, varios enjaezados y prontos para ser montados, sin duda para salir el Rey y los Infantes, acabado el peligro, a recorrer las calles de la capital y excitar el furor del **populacho** -negrilla nuestra- contra la Constitución y sus partidarios". "Recuerdos...", Cit., T II, p 223.) Es decir, en las calles madrileñas se observaban, con diversos matices, las contrarias tendencias y el consiguiente conflicto que acabamos de señalar.

#### 4.3.2. Ciudadanos frente a guerreros

Los principales caracteres de cada bando, sus actitudes y el escenario en que se enfrentan son descritos por Galdós al mismo tiempo que va entrando en el relato de la batalla, sus más significativos protagonismos y sus resultados.

En el bando liberal se advierte ante todo el componente miliciano, popular, con cierta falta de profesionalidad militar, pero con fe en su causa y decidida disposición al sacrificio por ella. Entre sus jefes destaca Galdós en primer lugar al "brigadier Palarea, aquel famoso guerrillero del año 8 (a quien llamaban *el Médico* porque curó gente por la ciencia antes de matarla con la espada)," que se hallaba en la Plaza Mayor "con los milicianos" y, cuando "supo que venían los *esclavos* tomó sus disposiciones". La entrega, el sentido del deber, tienen claros ejemplos en este bando: "El oficial de Artillería que mandaba las piezas dormía en la Panadería, y avisado del peligro, saltó por un balcón para llegar más pronto a su puesto"<sup>136</sup>.

Ese es en general el talante atribuido por Galdós a aquellos ciudadanos metidos a soldados: "Felizmente -escribe-, todos estaban preparados, y no hubo más confusión que la propia de tales casos. Los milicianos, a causa del entusiasmo que les poseía, no perdieron la serenidad en aquella mañana (...). Hombres de costumbres pacíficas y sin ideal guerrero de ninguna clase iban a familiarizarse con el heroísmo. Estos milagros -indica Galdós a sus lectores- los hace la fe del deber, la religión de las creencias políticas cuando tienen pureza, honradez y profundas raíces en el corazón"<sup>137</sup>.

En claro y expreso contraste con ellos, "por la calle Mayor adelante -escribe Galdós- avanzó la columna de guardias, tan orgullosa como si fuese a una parada, al son de sus ruidosos tambores y dando vivas al Rey absoluto. Era costumbre entre los guardias -señalar- llamar a los milicianos *soldaditos de papel*. Ya se acercaba el momento de probarlo, y esgrimidas las armas de uno y otro bando, iban a chocar el acero y el cartón. Nada más imponente que los rebeldes. Sus barbudos gastadores, cubiertos con el mandil de cuero

<sup>136</sup> "7 de Julio". Cit., p 1611. Hecho que refiere también Vayo en Op. Cit., T II, p 336.

<sup>137</sup> "7 de Julio". Cit., p 1611.



blanco, parecían gigantes; sus tambores eran un trueno continuado; su actitud marcial, perfecta; su orden para el ataque, inmejorable; sus vivas infundían miedo; sus ojos echaban fuego"<sup>138</sup>.

El escenario, estrechamente enlazado en el relato de Galdós con los contendientes, parece animado de cierta vigilante hostilidad hacia los rebeldes que llegaban: "La columna se detuvo y miró a la izquierda. Ya se sabe que la Plaza Mayor tiene dos grandes bocas, por las cuales respira, comunicándose con la calle del mismo nombre. Entre aquellas dos grande bocas, que se llamaban de Boteros y de la Amargura, había y hay un tercer conducto, una especie de intestino, negro y oscuro: es el Callejón del Infierno. Por una de estas tres bocas, o por las tres a un tiempo, tenían los guardias forzosamente que intentar la ocupación de la Plaza, de aquel sagrado Capitolio de la Milicia Nacional o alcázar del Soberano pueblo armado"<sup>139</sup>.

Esta precisa descripción del campo de batalla, con su emotivo valor de "Capitolio" o "alcázar" popular en que se defienden el prestigio de la Milicia y la nueva titularidad de la soberanía, se funde en un todo ambiental con la tensión de ese "momento" previo, de "silencio profundo", de "ansiedad espantosa", en que, "a la primera luz naciente," y "con el aliento suspendido (,) se contemplaron -insiste Galdós- el guerrero y el ciudadano, el hierro y el papel", hasta que: "Oyéronse algunos gritos, diéronse algunos pasos, y tempestad horrisona estalló en el aire"<sup>140</sup>.

La batalla había empezado: "En el paso y Arco de Boteros, en la calle de la Amargura, en el Callejón del Infierno -sigue contando Galdós-, se trabó simultáneamente la pelea. Los guardias atacaron con fatuidad; los milicianos defendieron con vigor, no sin gritos patrióticos, que les inflamaban, recordándoles -valora ante sus coetáneos- la noble idea por

---

<sup>138</sup> "7 de Julio". Cit., p 1611.

<sup>139</sup> "7 de Julio". Cit., p 1611. Según A. Alcalá Galiano, aunque esta plaza no tenía importancia "como puesto militar" habíala "adquirido grande, porque tributando los constitucionales a la lápida allí colocada **respetos parecidos a culto religioso**, habían hecho (de) la plaza como un cuartel general de su fuerza." ("Memorias", T II, p 189). Sin negrilla en el original.

<sup>140</sup> "7 de Julio", Cit., p 1611.

que combatían. El cañón de Boteros y el de la Amargura tronaron a la vez, y sus primeros disparos de metralla desconcertaron a los guardias"<sup>141</sup>.

Esta imagen, con similares connotaciones, se siente reproducida en nuevos ataques y resistencias, porque los guardias, "como eran gente aguerrida", se rehicieron "sin tardanza". Iban encabezados, según dice Galdós -con expresiones evocadoras de las de Vayo<sup>142</sup>-, por "los granaderos de premio y (...) los gastadores de lengua barba, algunos de los cuales eran veteranos de las guerras de la Independencia y del Rosellón". Frente a ellos, "los milicianos -compara Galdós- tenían en su vanguardia toda la gente menuda; los cazadores, la juventud entusiasta, los menestralillos, los hijos de familia, los señoritos y los horteras. Pero Dios, que siempre protege a los débiles", infundió aquel día a "los pobres chicos una fuerza inaudita; y si los guardias arremetían con vigor -insiste-, las descargas cerradas de aquella juventud impertérrita, que no veía el peligro ni hacía caso de la muerte, detenían a los orgullosos veteranos"<sup>143</sup>.

Hubo un momento en que, según cuenta Galdós -y Vayo<sup>144</sup>-, "las manos de los granaderos pudieron tocar el cañón" de Boteros. El incipiente "desconcierto" y "pánico" de los milicianos exigía "esfuerzos supremos" para restablecer "la superioridad hasta entonces demostrada por los defensores del pueblo"<sup>145</sup>. El brigadier don Juan Palarea -cuyo mando en "el recinto hasta la llegada del general Ballesteros" refiere también Vayo<sup>146</sup>- se hallaba, dice Galdós, "a caballo junto a la pieza de artillería" y, dando "un grito horrible", "con el sable empuñado por la trémula diestra, rugió órdenes"<sup>147</sup>.

---

<sup>141</sup> "7 de Julio". Cit., p 1611. Son los tres puntos de ataque y la resistencia miliciana señalados, en términos muy parecidos, por VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 337.

<sup>142</sup> Op. Cit., T II, p 337.

<sup>143</sup> "7 de Julio". Cit., p 1612.

<sup>144</sup> Op. Cit., T II, p 337.

<sup>145</sup> "7 de Julio". Cit., p 1612.

<sup>146</sup> Op. Cit., T II, p 337.

<sup>147</sup> "7 de Julio". Cit., p 1612.

El relato bélico de Galdós se detiene aquí. En una especie de inciso -plenamente integrado en la batalla, sin embargo,- se ofrece una imagen de la distancia que mediaba entre el quehacer ordinario de aquellos ciudadanos y el arranque épico que entonces hubieron de hacer para afrontar aquel peligro, asumiendo así, con plena entrega en esta ocasión, las responsabilidades milicianas que, por primera vez, ponía sobre ellos la Revolución. El caso *tipo* es el de un pequeño comerciante madrileño cuya estampa, nombre y costumbres -materia prima de la imagen social de lo burgués y cotidiano que Galdós incluye en dicho inciso- son una clara antítesis del guerrero en que, ante la siempre obedecida llamada del deber, se transforma, mediante un proceso psicológico que Galdós describe acto seguido con extraordinaria fuerza y plasticidad: "El Comandante de la Milicia que mandaba en aquel punto a los cazadores, sintió en su interior un estremecimiento terrible, una rápida sensación de frío, a que siguió súbito calor. Ideas ardorosas cruzaron por su mente; su corazón palpitaba con violencia, su nariz, pequeña, perdió el color; resbaláronsele por la nariz abajo los espejuelos de oro; apretó el sable en el puño; apretó los dientes, y alzándose sobre las puntas de los piececillos, hizo movimientos convulsivos semejantes a los de un pollo que va a cantar; tendiéronsele las cuerdas del pescuezo, púsose como un pimiento y gritó:

-¡Viva la Constitución!... ¡Cazadores de la Milicia..., carguen!

"Era el nuevo Leónidas, -dice Galdós, jugando con los nombres,- don Benigno Cordero. Impetuoso y ardiente, se lanzó el primero, y tras él los cazadores atacaron a la bayoneta.

"Antes de dar este paso heroico, verdaderamente heroico, ¡qué horrible crisis conmovió el alma del pacífico comerciante! Don Benigno no había matado nunca un mosquito; don Benigno no era intrépido, ni siquiera valiente, en la acepción que se da vulgarmente a estas palabras. Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio callado y frío; poseía convicciones profundas; creía en la Libertad, y en su triunfo y excelencias, como en Dios y sus atributos; era de los que preconizan la absoluta necesidad de los grandes sacrificios personales para que triunfen las grandes ideas, y viendo llegar el momento de ofrecer víctimas, sentíase capaz de ofrecer su vida miserable. Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero obediente.

"Cuando vió que los suyos vacilaban indecisos; cuando vió el fulgor del sable de Palarea y oyó el terrible grito del Brigadier guerrillero y médico, su alma pasó velozmente, y en el breve espacio de algunos segundos, de sansación (Sic) a sensación, de terribles angustias a fogosos enardecimientos. Ante sus ojos cruzó una visión, ¡y que visión, Dios Poderoso!... Pasó la tienda, aquel encantador templo de la subida de Santa Cruz; pasó la anaquelaría, llena de encajes blancos y negros en elegantes cajas. Las puntillas de Almagro y de Valenciennes se desarrollaron como tejidos de araña, cuyos dibujos bailaban ante sus ojos; pasaron los cordones de oro, tan bien arreglados en rollos por tamaños y por precios; pasó escueta la vara de medir; pasaron los libros de cuentas, y el gato que se relamía sobre el mostrador; pasaron, en fin, la señora Cordero y los borreguitos, que eran tres, si no miente la Historia, todos tan lindos, graciosos y sabedores, que el buen hombre habría dejado el sable para comérselos a besos.

"Pero aquel hombre pequeño estaba decidido a ser grande por la fuerza de su fe y de sus convicciones; borró de su mente la páfida imagen doméstica que le desvanecía, y no pensó más que en su puesto, en su deber, en su grado, en la individualidad militar y política que estaba metida dentro del don Benigno Cordero de la subida a Santa Cruz. Entonces el hombre pequeño se transfiguró. Una idea, un arranque de la voluntad, una firme aplicación del sentido moral bastaron para hacer del cordero un león, del honrado y pacífico comerciante de encajes un Leónidas de Esparta. Si hoy hubiera leyenda, si hoy tuviéramos escultura y don Benigno se pareciese a una estatua, ¡qué admirable figura la suya elevada sobre un pedestal en que se leyese: 'Cordero en el paso de Boteros'!"<sup>148</sup>.

Esta transfiguración, que hace "del cordero un león", se muestra colectiva, porque los

---

<sup>148</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1612-1613. Citando parte de este texto, que califica como "página de antología", el profesor Seco Serrano señala esa "genial intuición" con que Galdós evoca en él "la transfiguración del menestral -prototipo del personaje antiheroico- en héroe de la Libertad". En él se ejemplariza esa "burguesía liberal enmarcada en los cuadros de la Milicia Nacional" que lucha contra las "fuerzas militares de 'élite'", representantes del "Antiguo Régimen"; su comportamiento refleja que "una nueva estructura social pugnaba por sobreponerse a la reacción estamentalista". SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...". Cit., p 59. La gesta del pacífico don Benigno, tan entrañablemente tratado siempre por Galdós, no sólo es premiada con la indicada continuidad de su estirpe en "Fortunata y Jacinta", sino que es frecuentemente recordada con igual cariño. Así, "la mayor" de las hijas de Isabel Cordero fue "llamada Benigna, en memoria de su abuelito el héroe de Boteros". *Fortunata y Jacinta*, lugar Cit., p 467.

cazadores de la Milicia, cuyo comandante se lanzó "rugiente y feroz" al ataque, "cargaban como los infantes españoles de los grandes tiempos antiguos y modernos, con bríos y desenfado, cual si hicieran -dice Galdós-, la cosa más natural. La falange de papel -concluye- destrozó a los caballeros invencibles de corazón de hierro", desconcertados por el "empuje" miliciano y "por la sorpresa de verse tan bizarramente acometidos".

Derrotados claramente los Guardias "en el paso de Boteros, (...) corrieron, acuchillados, sin piedad, por la calle Mayor, en dirección de la Puerta del Sol"<sup>149</sup>.

Esta actitud y resultado se siente reproducida en los otros frentes de batalla, ya que "en la Amargura -asegura Galdós-, los granaderos y los cazadores de la Milicia rechazaban con igual bravura a los esclavos", y lo mismo se da a entender respecto al "callejón del Infierno". Sin embargo, Galdós muestra en este Callejón, "sitio de encarnizada pelea", la posibilidad de variantes individuales en la interpretación del papel de miliciano. Allí, "un hombre formidable, una encarnación del dios Marte con morrión" -según la imagen que de sí propio parece atribuirse a don Patricio-, mostraba una versión *exaltada* de aquella lucha increpando a un *faccioso* mientras le "hundía su bayoneta en el pecho: (...) ¡Perro, canalla, genízaro! ¡Suelta la vida aquí mismo..., suéltala!..." La diferencia entre este don Patricio "ciego de ira", este "pacífico preceptor, transformado en bestial sicario por el fuego político", y don Benigno es clara y, como casi siempre en Galdós, favorable a la actitud *moderada*: "El entusiasmo -escribe- hacía de don Benigno Cordero un héroe; el fanatismo hacía de Sarmiento un soldadote estúpido"<sup>150</sup>.

Señalada esta diversidad de comportamientos, claramente asociada a las diferencias de talante atribuidas, en sus diversas manifestaciones, a la *moderación* y a la *exaltación*, Galdós sale del plano novelesco, más adecuado, por su relativa despersonalización, para presentar a sus coetáneos este tipo de abstracciones y valoraciones -que se entienden, sin embargo, históricas-, y vuelve sobre los hechos de historia externa para ir completando su imagen de aquella batalla: "En tanto -mientras el ciego don Patricio pinchaba con

---

<sup>149</sup> "7 de Julio". Cit., p 1613.

<sup>150</sup> "7 de Julio". Cit., p 1613.

su bayoneta a compañeros y paredes-, los guardias corrían en retirada hacia la Puerta del Sol, a unirse con la segunda columna. El general Ballesteros, que en aquel instante llegaba del Parque a hacerse cargo del mando de la Plaza Mayor, puso en Platerías las dos piezas que habían traído y ametralló a los fugitivos, disponiendo que Palarea los atacase por la calle de Carretas. Pero los guardias se desconcertaron de tal modo en la Puerta del Sol, que no fué preciso desplegar gran estrategia para obligarles a una completa fuga.

"Unos -continúa Galdós- intentaron subir la calle de la Montera; pero de los balcones les arrojaron, a falta de balas, toda clase de cachivaches y hasta los morteros de las cocinas. No pocos se pasaron a las filas leales, y la mayor parte emprendieron su retirada por la calle del Arenal, donde tuvieron que tirotearse con la compañía de granaderos milicianos apostada en San Ginés y en las inmediatas calles de las Hileras y las Fuentes. Fracaso más vergonzoso no se ha visto desde que hay pronunciamientos en España. Nada faltó a los sediciosos para su total aniquilamiento y deshonor: los milicianos se permitieron hasta la inaudita osadía de hacerles prisioneros, copando algunas docenas de hombres en la plazuela de los Caños"<sup>151</sup>.

Con ello el centro de atención cambió de lugar, ya que "los vencedores" gritaban: "¡A Palacio, a Palacio!". Nadie sabía aún lo que allí podría ocurrir, porque "dos batallones de guardias permanecían intactos en el Alcázar, y los derrotados de la Plaza Mayor iban en aquella dirección". Allí "estaba el Rey, acusado de dirigir desde su gabinete toda la maniobra sediciosa, asistido de los pérfidos consejeros" ya aludidos, con "los ministros" y San Martín "prisioneros".

Pero, de momento, parecía evidente y decisivo el resultado del encuentro en la Plaza Mayor, en aquella Plaza de la Constitución cuyo doble valor sentimental destacaba antes Galdós llamándola "sagrado Capitolio de la Milicia Nacional o alcázar del Soberano pueblo armado." De ahí que, según dice Galdós, señalando lo insólito del hecho, e insistiendo en ese carácter popular y en su identificación de pueblo madrileño y liberalismo, "cuando los

---

<sup>151</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1613-1614. Estos movimientos de tropas son así mismo descritos por E. de C. VAYO (Op. Cit., T II, pp 337-338) y por A. Alcalá Galiano ("Memorias". Cit., T II, p 191), pero ninguno de estos dos autores menciona los prisioneros de la plazuela de los Caños referidos por Galdós.

milicianos de la Plaza Mayor se convencieron de que habían triunfado, pues en los primeros momentos no lo creían, se entusiasmaron hasta el frenesí: los vivas a la Constitución, a Riego, a Ballesteros, a las libertades todas y a todos los pueblos soberanos sonaban sin interrupción, repetidos por la muchedumbre en inmenso alarido. De las vecinas casas salía en tropel, a borbotones, el hirviente vecindario, loco también de alegría, y todo el mundo se felicitaba, todo el mundo se abrazaba. Los patriotas, que eran género abundante en la calle Mayor, salían cargados de confituras, vino, pasteles y cantidad de regalitos para obsequiar a los héroes. ¡Interesante apoteosis popular que -según dice Galdós, comparando claramente los dos valores en pugna,- a los bravos soldados nacionales gustaba más que el pasar bajo soberbios arcos de triunfo para recibir como único premio un laurel de trapo o la sonrisa de un rey satisfecho!"<sup>152</sup>.

La marcha hacia Palacio se hacía difícil porque "milicianos y pueblo, o, mejor dicho -se corrige Galdós para recalcar el carácter popular de los milicianos- guerreros y gente inerme, llenaban la vía pública", entregándose éstos a honrar a los héroes, socorrer -acogiéndolos en sus casas- a los heridos, que habían sido "cuarenta", y llorar, entre "imprecaciones contra el despotismo", a "los tres milicianos muertos". Nada se dice, en cambio, de estos honores al dar la noticia escueta de que "los guardias dejaron catorce muertos en las calles" y que "de sus heridos no se tenía noticia"<sup>153</sup>.

Despejada en lo posible la calle de aquel gentío -entre el que fugazmente aparece Solita, reanimándose de un desmayo y siempre preguntando: "¿El *batallón sagrado*?"-, por ella marchaban "hacia la Plaza de Oriente (...) -según cuenta Galdós- el ilustre Ballesteros, Riego, el general Copóns, antiguo jefe político y hombre muy exaltado; el diputado Grases, ayudante de Ballesteros; el conde de Oñate, grande de España de primera clase, que tenía a mucha honra vestir el uniforme de la Milicia; el duque del Parque, el ex-guardia de Corps don José Trabeso y todas las celebridades de aquel día, excepto Morillo, que seguía en el Parque; Alava, que estaba en la plazuela de Santo Domingo, y el patriota

---

<sup>152</sup> "7 de Julio". Cit., p 1614.

<sup>153</sup> "7 de Julio". Cit., p 1614.

don Vicente Bertrán de Lis, que al frente de su partida guerreaba en las Vistillas de San Francisco"<sup>154</sup>.

Todavía se oían "tiros. Avivaron el paso los milicianos. Los caballos de los jefes -apunta Galdós, insistiendo siempre en la popularidad de este bando,- descollaban sobre la apiñada multitud, como si nadaran en un mar de cabezas." La situación, aunque optimista, era incierta, "porque el nudo de Palacio no se había roto ni desatado; (...) inmensa curiosidad devoraba al pueblo de Madrid. ¿Qué haría el Rey? ¿Defenderíanse los dos batallones hasta el último extremo? ¿Capitularían? ¿Invadirían los milicianos el Palacio?", dice Galdós, señalando temores y posibilidades que sabía no cumplidos. "Las calles de Milanese, Santiago y Cruzada hervían" de ciudadanos ansiosos "de conocer las results de una contienda de que dependía su destino", de modo que, entre aquel tumulto, "apenas se oía la débil voz -de Solita- que preguntaba: ¿El *batallón sagrado*?..."<sup>155</sup>.

Esta pregunta, cuya reiteración sirve para recordar y subrayar, una y otra vez, la integración de paisanaje en el bando de los *ciudadanos*, es al fin respondida por Galdós: "Tiempo es ya -dice él mismo- de encontrar al *batallón sagrado*. Se formó -recuerda, repitiéndose,- en los primeros días del mes con **oficiales de reemplazo y paisanos entusiastas que no pertenecían a la Milicia** -negrilla nuestra-, y su jefe era San Miguel". En cuanto a su localización y papel: "En la madrugada del 7 -continúa Galdós- estaba en la plazuela de Santo Domingo, y una avanzada suya fué la que rompió el fuego contra los guardias en la calle de la Luna -<sup>156</sup>-. Cuando se formalizó el conflicto, al mismo tiempo que acudía Ballesteros a la Plaza Mayor, presentóse en la plazuela de Santo Domingo el general Alava, y a poco rato llegaron dos compañías del regimiento de infantería de *Fernando VII*, un escuadrón de *Almansa* y una pieza de artillería. Pero durante los

---

<sup>154</sup> "7 de Julio". Cit., p 1615. Estos nombres de jefes liberales se hallan en su mayoría citados en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, especialmente en 337, y en ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, especialmente en p 191.

<sup>155</sup> "7 de Julio". Cit., p 1615.

<sup>156</sup> Vayo indica así mismo que la "primera columna" de Guardas "tropezó en la calle de la Luna con una patrulla del batallón sagrado". Op. Cit., T II, p 336.



imponentes ataques de Boteros y la Amargura nada ocurrió allí digno de mención. El *batallón sagrado* y las demás fuerzas mandadas por Alava entraron en acción resuelta al iniciarse la retirada de los facciosos por la calle del Arenal hacia Palacio. Los leales les hicieron fuego por todas las calles que aflúan a la Plaza de Oriente, mientras los guardias de Palacio, para proteger la retirada de los suyos, avanzaron hasta los altos de la calle del Viento, desde donde favorablemente podían hacer mucho daño al paisanaje"<sup>157</sup>.

Galdós, que, al referirse a la reacción liberal ante la rebelión de los Guardias, había señalado ya la reunión de "tropa de línea" junto a la Milicia, "batallones de paisanos" y "muchos oficiales" de la Guardia Real, insiste aquí, según puede verse, en la presencia de esas "dos compañías del regimiento de infantería de *Fernando VII*, un escuadrón de *Almansa* y una pieza de artillería". Es decir, aunque subraya la decisiva y entusiasta participación *popular* -que legitima al liberalismo-, y especialmente la acción de los milicianos de la Plaza Mayor, deja también constancia de que, según señala el profesor Seco Serrano en nuestros días, "no sólo eran milicianos los que lucharon contra la Guardia Real"<sup>158</sup>.

Del relato de Galdós se desprende, por otra parte, la implicación en la batalla de "los guardias de Palacio", de los que ya antes apunta que habían "subido a San Nicolás" y dice ahora que protegían "la retirada de los suyos" desde "la calle del Viento"<sup>159</sup>. Implicación que se extiende al personal de Palacio cuando se explica que el "paisanaje", en su resuelto avance, recibía "tiros por todas partes, siendo los más certeros los que venían de las ventanas bajas del regio Alcázar". Y al añadir, en una de esas frecuentes valoraciones con

---

<sup>157</sup> "7 de Julio". Cit., p 1615.

<sup>158</sup> SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo..." Cit., p 60, que cita, a su vez, a José Ramón Alonso: "*Historia política del Ejército español*, p 159", sobre las diversas fuerzas integradas en este bando. Queremos destacar, sin embargo, que el acierto con que Galdós presenta aquel protagonismo está respaldado, además de por el profesor Seco, por el testimonio del marqués de las Amarillas, según el cual los Guardias "fueron en todas partes vencidos por las Milicias Nacionales y paisanos armados, pues apenas tomaron parte en esta contienda el resto de los Cuerpos que guarnecían Madrid, porque no tuvieron ocasión de hacerlo: tal fue y tan pronta la victoria". AMARILLAS, M. de las: "Recuerdos ...". Cit., T II, p 225.

<sup>159</sup> Ver sobre esta "inteligencia" y otras acciones derivadas de ella ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". T II, pp 189 y 190, y lo dicho antes por R. de Santillán.

que Galdós parece indicar a sus lectores el ejemplo a seguir o rechazar: "Ruines lacayos y gente cobarde, de esa que se cría en lo más bajo de los palacios, ayudaba a defender el último baluarte del despotismo."

Por otra parte, la implicación de Palacio -que resulta así contrapuesta a la anterior imagen de la Plaza Mayor- se siente generalizada al indicar Galdós que cuando los *patriotas* "lograron desalojar de los altos de la Plaza al destacamento de rebeldes, las ventanas bajas se cerraron, como las altas, y desde entonces la procesión fue por dentro".

*Dentro* parece reconocerse como propia la derrota de fuera, que Galdós señala añadiendo: "Viéronse pañuelos blancos agitados en los grupos de rebeldes que se reconcentraban en la Plaza de la Armería o en la Puerta del Príncipe, y cesó el fuego"<sup>160</sup>.

Dadas estas circunstancias, resulta verdaderamente sarcástico, según destaca Galdós -siguiendo a Vayo-, que "un parlamentario" apareciese "gritando en nombre del Rey:

-Que cesen los fuegos y que vaya a Palacio el general Morillo, pues pelagra la vida de Su Majestad". Sarcasmo que se haría notar, en "la famosa contestación" del general Ballesteros, reproducida así por Galdós: "*Diga usted al Rey que haga rendir las armas inmediatamente a los facciosos que le cercan, pues de lo contrario, las bayonetas de los libres penetrarán persiguiéndoles hasta su Real Cámara*"<sup>161</sup>.

Pese a esta que Vayo califica de "áspera respuesta (,) ordenó Ballesteros que cesasen las hostilidades"<sup>162</sup>, entrándose así en una nueva fase que, en opinión de Galdós, ensombrece el encanto de aquel día con un "antipático sesgo"<sup>163</sup>.

#### 4.3.3. Rendición y huida de los Guardias rebeldes

Situado en el momento mismo del *alto el fuego*, Galdós compara así la fase bélica,

---

<sup>160</sup> "7 de Julio". Cit., p 1615.

<sup>161</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1615-1616. La respuesta de Ballesteros se halla literalmente igual en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 339, salvo que Galdós dice "**haga**" (rendir las armas) y Vayo "**mande**".

<sup>162</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 339.

<sup>163</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616.

recién interrumpida, y la negociadora, que con ello se iniciaba: "Hasta aquel instante todo se había llevado con acierto. Los milicianos habían hecho proezas; los generales se habían portado con dignidad y bizarría; el pueblo, victorioso, mas no embrutecido por la matanza ni ebrio de sangre, se había detenido con respeto, quizás excesivo, ante la puerta sagrada del Palacio de sus Reyes, obedeciendo a una sola palabra de éste <sup>-164-</sup>; los soberbios guardias -califica-, insolentes como el absolutismo que defendían, sin respeto a nada ni a nadie, mordían el polvo sojuzgados por el espíritu liberal y la conciencia pública, de quien fueron instrumento propicio las armas ciudadanas.

"Todo fué bien hasta aquel instante -continúa Galdós, con clara intención aleccionadora-; pero en el mismo punto la cuestión que ya podemos llamar del 7 de julio empezó a tomar antipático sesgo. Comenzaron los tratos para la capitulación; constituyóse en la Casa-Panadería una Junta de hombres débiles, que no supieron tomar resolución alguna de provecho en el momento del peligro, y que ahora querían nada menos que declarar la incapacidad moral del Rey. Palacio envió ante la Junta sus más sagaces agentes, y discutióse si debían los guardias rendir las armas, cuando tan fácil era quitárselas"<sup>165</sup>.

---

<sup>164</sup> Esta idea de respeto *excesivo* late en muchas de las expresiones de Galdós. Ver, por ejemplo, "La segunda casaca", Cit., p 1443, sobre el comportamiento popular madrileño del 7 de marzo de 1820; "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1689, sobre la declaración del delirio momentáneo del Rey en Sevilla; o, especialmente, lo dicho en "Prim". (O. C. Aguilar, 1976, T IV de Ep. Nacls. pp 29 y 30), a través de *Confusio*, en la supuesta "Historia de España, no como es, sino como debiera ser", en la que "Fernando es condenado a muerte...", quizá porque el trastornado Confusio "no tiene por musa a la vieja Clío, sino a la conciencia humana". Los fundamentos *lógicos* de esta respuesta resultan en parte de hechos como los ocurridos este 7 de Julio.

<sup>165</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616. La Junta liberal se constituyó, según informa Vayo, con "dos individuos de la diputación permanente, dos de la de provincia, dos consejeros de Estado, dos generales y otros tantos regidores". Como delegados del Rey estuvieron, según este mismo autor, "el marqués de Casa Sarriá, y los comandantes de los rebeldes Herón y Salcedo". Señala, así mismo, que "la diputación permanente de las Cortes" quería declarar -aplicando "el artículo 187 de la Constitución"- la incapacidad del Rey, que "el oficio estaba estendido (sic) y firmado" y "faltaba sólo proceder al nombramiento de los regentes". (VAYO, E. de C.: Op. Cit., pp 339 y 340.) A. Alcalá Galiano atribuye este papel negociador, al que se negaron los Ministros, a la "Diputación permanente de las Cortes", a la que "acudieron (...) varios personajes de primera nota y oficiales de la misma guardia rebelde", porque, si bien "no tenía la Diputación por título alguno facultad para entremeterse en aquel negocio", "a ella era costumbre acudir desde que empezó la rebelión, convirtiéndola en Gobierno, porque faltaba uno y se necesitaba tenerle." ("Memorias". Cit., T II, pp 191-193, especialmente p 192.) A. A. Galiano ignora, pues, la Junta a que se refieren Vayo y Galdós; en cambio, indica que al pedir los vencidos "una capitulación honrosa" "resistíanse muchos de los vencedores a concederla" (Ibídem p 191), lo cual parece estar en la línea, señalada por Galdós, de que quizá era un error discutir "si debían los Guardias rendir las armas, cuando tan fácil era quitárselas".

Este posible desacierto parece atribuírse no sólo a la relativa inexperiencia negociadora de los *populares*, sino también a ese condicionamiento derivado de su "respeto, quizás excesivo", al Rey, cuyos "más sagaces agentes" habrían contribuído a lograr esta y otras ventajas<sup>166</sup>. "No es decible -pondera Galdós en este sentido- lo que se movió aquella gente desde Palacio a la Casa-Panadería, y qué número de cortesanos y oficiales entraron en danza trayendo y llevando recados", hasta que, "por último, la diplomacia dijo su última palabra, y se estipuló que los cuatro batallones que habían invadido la capital se rendirían a discreción, -entregando las armas, parece omitir Galdós,- pero que los otros dos las conservarían, saliendo de la Corte para Vicálvaro y Leganés. En uno de aquellos dos -añade- estaban los asesinos de Landáburu"<sup>167</sup>.

En todo caso, sin indicar nada sobre la entrega de dichos asesinos, Galdós afirma que, "extendida la noticia de este convenio entre los patriotas, la mayor parte se dieron por satisfechos, y el pueblo, en general, llenóse de alegría viendo asegurada la paz, sometida la rebelión y atajada la sangre que había empezado a correr en abundancia"<sup>168</sup>.

Esta imagen de satisfacción mayoritaria y espíritu conciliador difiere notablemente de la dada por A. Alcalá Galiano cuando asegura que este pacto, además de haberse realizado "por autoridad (...) incompetente", desatendía el hecho de que los dos batallones mantenidos en Palacio compartían, "como todos sabían", las intenciones de los otros cuatro, por lo que "disgustó mucho lo resuelto a la mayor parte de los vencedores, así de la Milicia nacional y del batallón sagrado, como de las tropas de la misma guarnición",

---

<sup>166</sup> Según Vayo, las razones dadas en nombre de Su Majestad fueron su deseo de "que cesase el derramamiento de sangre, y que no parecía decoroso al esplendor del cetro el que se obligara a la guardia del rey a deponer las armas". Op. Cit., T II, p 340.

<sup>167</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616. Galdós, que al reflejar este acuerdo casi reproduce el párrafo dedicado por Vayo al mismo fin (Op. Cit., T II, p 340), introduce, sin embargo, dos modificaciones del texto que, en este caso, le restan precisión: donde Vayo decía que los cuatro batallones atacantes "rendirían los fusiles dándose a discreción", Galdós dice, correctamente, "se rendirían a discreción", pero luego falta el término *armas* a que referir el "las conservarían", según hemos apuntado; luego, Vayo dice que los dos batallones de Palacio irían armados a "Vicálvaro y Leganés, **después de haber entregado a los asesinos de Landáburu**" -negrilla nuestra- lo cual implica una exigencia de justicia que en la expresión de Galdós podría estimarse omitida por torpeza de los negociadores liberales.

<sup>168</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616.

notándose por ello "descontento y mal humor" y "siendo poco de esperar que la capitulación fuese observada"<sup>169</sup>.

Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que Alcalá Galiano se hallaba, más o menos sinceramente, entre los *exaltados*, propicios a estas críticas, y que él mismo podría estar personalmente predispuesto en contra de aquel acuerdo, ya que, según cuenta en sus *Memorias*, entró, sin saber que estaba prohibido, en el lugar de la reunión de la Junta y, tras ver "una parcialidad extremada a los moderados y a los ministros", hubo de irse, aunque "no tengo presente -dice- si por habérseme insinuado que saliese del salón, o por notar yo cuán poco grata era allí mi presencia, pues era mirado como un espía"<sup>170</sup>.

Según esto, pudo haber un afán *exaltado* de mayor exigencia para la paz, en atención a la relativa posición de fuerza que Galdós mismo apuntaba diciendo que hubiera sido fácil quitar las armas a los Guardias. La situación se muestra, además, mantenida, como garantía de posible firmeza en la negociación, al indicar Galdós: "En las largas horas que pasaron desde que se suspendieron las hostilidades hasta que se supo el resultado de las negociaciones, toda la gente armada, pueblo y tropa, ocupó sus puestos, atenta a los movimientos de los acorralados guardias, y cada vez se estrechaba y fortificaba más el círculo en que estaban metidos. En la Plaza de Oriente, el *batallón sagrado* y el regimiento del *Infante don Carlos* cortaban la comunicación con toda la parte de los Caños y la Encarnación. En los Consejos y en las calles del Factor y la Cruzada, los tres batallones de la Plaza Mayor, con algunas piezas, presentaban un baluarte infranqueable al enemigo"<sup>171</sup>.

Pero los negociadores de aquel pacto, como los mismos *exaltados* después, hubieron de tener en cuenta, según señala el profesor Seco Serrano, "que si en Madrid había triunfado la burguesía sobre el desafío *realista*, la realidad del país", plagado de "partidas realistas en el campo", y de la Europa de la Santa Alianza, cuyo cuerpo diplomático en Madrid se

---

<sup>169</sup> ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 193.

<sup>170</sup> "Memorias". Cit., T II, pp 192 y 193.

<sup>171</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616.

manifestó con claridad en escrito de aquel mismo día, era radicalmente distinta<sup>172</sup>.

Galdós no alude aquí a estas realidades como condicionadoras del citado convenio, pero con frecuencia las señala como un motivo liberal más para apoyar las actitudes de moderación y concordia. En la imagen que da de aquel 7 de Julio el *pueblo* parece conformarse con la satisfacción de haber vencido, con la conquista de la paz que se anunciaba y con disfrutar ésta en compañía de "los suyos", a los que deseaba ver libres de los riesgos que corrían. De ahí que "la suspensión de las hostilidades -dice- no podía ser más alegre. El pueblo, no pudiendo mezclarse con la Milicia y tropa, rigurosamente formada, se acercaba a ellas lo más posible, y con las últimas filas se juntaban apretadas falanges de mujeres, ancianos y gente de todas clases, que, no contentos con estar tan cerca, asomaban el hocico por encima de los hombros y por entre las bayonetas de los soldados. Todos pedían noticias, todos querían saber hasta los menores detalles de los desaforados combates de aquel día; preguntaban éstos por el hermano o por el padre, y algunos, viéndoles desde lejos en apartada fila, saludábanles con pañuelos. El Pueblo llamaba a los suyos, pronunciando los más cariñosos nombres, y desde las compañías respondían voces festivas con la alegría de la salud y del triunfo"<sup>173</sup>.

Se muestra así, a la vez, una alegre interpenetración de "Pueblo" y Revolución -especialmente manifiesta desde que ésta parece de nuevo asegurada-, cuyo trasunto simbólico inmediato sería el reencuentro de Monsalud y Solita, que resulta ser una de las mujeres que se apiñaban al lado de aquél y aun "parecían querer subir sobre sus hombros". Su afectuosa conversación, además de tender un cable hacia el plano novelesco en que luego ha de reflejar Galdós este mismo proceso histórico, se carga ya de expresiones ambiguas al decir Solita a Monsalud: "Me pasan cosas terribles... (...). Buscándote estoy desde las dos de la madrugada... Mi padre se muere (...) y **necesito de tu ayuda por muchos motivos y para muchas cosas.**" Ambigüedad que se mantiene durante dicha

---

<sup>172</sup> SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...". Cit., p 62. La actitud y escrito de los diplomáticos puede verse en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 341-342.

<sup>173</sup> "7 de Julio". Cit., p 1616.

conversación y que afecta al complejo comportamiento de Solita -con tendencias y obligaciones encontradas, como la sociedad española,- que, de conformidad con esas tendencias, ya antes aludidas, "he acompañado a mi padre -dice- parte de la mañana, y después he salido otra vez en busca tuya, porque necesito de tí, (...) -insiste sin concretar-, por diferentes razones"<sup>174</sup>.

Tranquilizaba Monsalud a Solita poniéndose a su disposición para tan pronto como los Guardias entregaran sus armas -cosa que, de acuerdo con lo convenido, se les veía a punto de hacer, "junto (...) a la Plaza de la Armería"-, "cuando se oyó el estruendo de una descarga. ¡Extraordinaria alarma en el pueblo, que llenaba la Plaza! El *batallón sagrado* se estremeció todo de un punto a otro. Disponíanse las fuerzas a un nuevo combate, cuando corrió esta voz: -Los guardias han hecho una descarga a la Milicia, que iba a presenciar la rendición." Y, sucesivamente: "Se escapan por la escalera de piedra que baja al Campo del Moro. (...) ¡Huyen, huyen a la desbandada!"<sup>175</sup>.

Con ello, Solita hubo de quedarse sola de nuevo y Galdós, que ya había retornado con este incidente al relato de los hechos históricos, completa aquella escena diciendo: "Inmediatamente oyéronse las voces de mando. Toda la gente armada se puso en movimiento para perseguir a los fugitivos. Ballesteros y Palarea bajaron por la calle de Segovia; Copóns, por la Cuesta de San Vicente con la caballería de Almansa; Morillo, con los guardias leales y el regimiento del *Infante don Carlos*, marchó hacia Palacio, con objeto, sin duda, de seguir a los fugitivos por donde mismo habían salido. (...) Después -añade- ocurrió un acontecimiento singular. Cuando Morillo pasaba por delante de Palacio, un hombre se asomó a un balcón, y señalando los grupos de guardias que allá abajo, entre la verdura del Parque, azorados corrían, gritó con voz clara que se oyó claramente desde la Plaza:

-¡A ellos, a ellos!

---

<sup>174</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1616 y 1617. Sin negrilla en el original.

<sup>175</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1617 y 1618.

"Era *Tigrekan*"<sup>176</sup>.

Toda esta escena, de la rendición, la "descarga a la milicia", la huída de los Guardias "por la escalera de piedra" y su persecución por diversos jefes y puntos es fiel a lo indicado por Vayo, que, así mismo, refiere el "rasgo de cobardía y de baja" con que Fernando VII "mandó perseguir a los batallones de su guardia hasta exterminarlos (Sic), repitiendo dos veces: ¡a ellos! ¡a ellos!"<sup>177</sup>.

De momento, Galdós pone fin así a esta jornada histórica; pero dos capítulos después, al indagar la suerte del desaparecido Anatolio, vuelve sobre los resultados de la persecución de los Guardias e informa de que "se supo (...) que la caballería de Almansa y la Milicia habían cogido muchos prisioneros en los alrededores de Madrid; que Palarea, persiguiéndoles con 80 caballos, había echado el guante a 356; que Copóns había hecho también buena presa y matado a algunos. En los días sucesivos -añade- se tuvo noticia de los detenidos en Húmera y en El Escorial, y de los que fueron a dar con sus fatigados cuerpos en Tarancón y Ocaña". Se suponía, además, que los había "ocultos en Madrid" -los cuales "no saldrían fácilmente de sus madrigueras"-, "escondidos en los pueblos" y

---

<sup>176</sup> "7 de Julio". Cit., p 1618.

<sup>177</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 340 y 341. Refiriéndose a esta orden, que "entonces" "contaban" de Fernando VII, A. Alcalá Galiano afirma: "mentira evidente tal dicho, y aunque creído, nada probable, pero que venía a ser explicación del papel representado por el mismo monarca". "Memorias". Cit., T II, p 193. Según el Profesor Comellas, Arzadún ha *demostrado* "ser completamente falso" tal hecho (COMELLAS, J-L.: "Los primeros pronunciamientos en España", Cit., p 82); pero que el *dicho* no carece totalmente de fundamento, aunque su interpretación y sentido se inventasen para *explicar el papel* jugado por Fernando VII, parece desprenderse de lo indicado en sus *Recuerdos* por el M. de las Amarillas: "S.M. -escribe Amarillas- había querido asomarse al balcón porque así se lo habían aconsejado al momento en que los Guardias iban a marchar". Amarillas no explica -como otros pudieron hacer luego- para qué iba a asomarse el Rey, e incluso añade: "Yo se lo quité de la cabeza, porque nada bueno veía yo nunca que esperar en las relaciones del Rey con una tropa indisciplinada y revuelta;" pero Amarillas parece desentenderse de la conducta inmediatamente posterior del Rey al decir acto seguido: "después vi un momento a S.M. que lo confortaba uno de sus criados, y no volví a verlo más, hasta que, como diré, fui a despedirme de él ya todo concluido". *Recuerdos*, Cit., T II, p 230. En todo caso, quizá por esa representatividad de que habla Alcalá Galiano, Galdós refiere de nuevo este hecho -contado como cierto por Vayo- como uno de los recordados por Estupiñá -tan identificado con Mesonero Romanos- cuando *don Plácido* aseguraba que "había visto a Fernando VII el 7 de julio, cuando salió al balcón a decir a los milicianos que *sacudieran* a los de la Guardia". *Fortunata y Jacinta*, lugar Cit., p 469.



unidos "a las facciones del Norte"<sup>178</sup>.

Pero esta información histórica se acompaña y refuerza emocionalmente por la simultánea acción desarrollada en el plano novelesco, al que, según vamos a ver, se desliza Galdós, tras referir aquel hundimiento del absolutismo, para reflejar un proceso homologable con él.

#### 4.3.4. El simbólico acabamiento de Gil de la Cuadra

Llegada la noche y asegurado el sosiego de la tropa con "la plenitud del triunfo", "Solita salió de su casa por tercera vez" y, al fin, encontró "libre de servicio a su protector y amigo, el cual la siguió con vivos deseos de servirla"<sup>179</sup>.

Cuando llegaban silenciosos, a la casa, Solita señala ya cierta analogía entre la situación del desaucciado Gil de la Cuadra y el derrotado absolutismo, ya que, según dice, el médico no ha recetado a Gil sino "que siguiera en la cama; que no le molestáramos con medicinas; que se le deje tranquilo. Eso quiere decir -añade- que la ciencia es inútil... Si al menos pudiera pasar en calma sus últimas horas... Pero, acabadas las batallas -también Gil ha dejado de luchar contra su enfermedad-, vendrán a prenderle, porque esa gente de la

---

<sup>178</sup> "7 de Julio". Cit., p 1622. Todos estos datos se hallan también en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 346. Respecto a los "ocultos en Madrid" es de gran interés, por el doble juego que descubre en el Rey, el testimonio de Fernando Fernández de Córdova, que, tras referir aquella derrota, afirma: "Verificada después aquella desastrosa retirada por la puerta de la Vega y el camino de las Ventas de Alcorcón, muchos oficiales, y entre ellos mis dos hermanos, encontraron seguro refugio en las habitaciones de la Casa de Campo, pasando aquella misma noche por la antigua e histórica mina, que el Rey mandó franquear para salvarlos, a las habitaciones de Palacio, encontrando cerca de la familia real un asilo en donde estuvieron muchos días ocultos, hasta que en sosiego la capital y restablecido el orden, pudieron algunos organizar su fuga al extranjero. De mi hermano Luis sé decir que, más comprometido que todos y amparado por el Rey, que le proveyó de dinero en cantidad respetable, hubo a poco de ganar la frontera francesa, disfrazado de zagal, en un coche de colleras que conducía a una familia amiga". *"Memorias"*, T I, p 23. Parece claro, pues, que, según destaca el profesor Seco Serrano al citar gran parte de este texto, el Rey prestó "ayuda secreta" a algunos de estos "derrotados". (*"Militarismo y civilismo..."*. Cit., p 61.) No deja de ser curioso que Galdós no diga nada sobre esto. Vayo, que tampoco lo recoge, señala en cambio que "el palacio y las casas de los diplomáticos extranjeros (Sic) estaban llenas de prófugos protegidos" VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 347. Amarillas, destacando el comportamiento generoso del pueblo de Madrid, del que "no hubo ni una delación", señala que esta acogida se dio también en casas de particulares, pues cuenta cómo su cuñado Joaquín Ezpeleta pasó a escondidas de una casa a otra hasta "la de las hermanas del médico Luzuriaga", en que estuvo escondido los diez meses restantes del Trienio. *Recuerdos*, Cit., T II, p 210.

<sup>179</sup> "7 de Julio". Cit., p 1618.

Policía no se olvida de su oficio". Lo cual enlaza, por otra parte, con su clara vinculación personal al absolutismo.

Esta vinculación se acentúa recordando que aquella es la casa en que se reunían los conspiradores, motivo por el cual se supone que ha estado allí "una señora" -Jenara- que, según informa "doña Rosa", la ex sirvienta de Naranjo, había llegado "muy sofocada" preguntando por éste y por don Víctor, y que, al no hallarlos, revolvió todo, en busca de los comprometedores papeles de la conspiración.

Oyendo su descripción, Solita y Monsalud suponen quién es y se distraen pensando en ella: "Ambos -dice Galdós- tenían el pensamiento en otra parte, quizás en una misma parte los dos". Solita la considera ya una rival; Monsalud, aun sabiendo que Jenara tenía -como la élite social española- algunas vetas absolutistas, estaba, según dijimos, poseído por ella. Entonces mismo, era "indiferente a todo, menos a un solo pensamiento": el que -al saber que Jenara había salido de allí hacía apenas media hora- le hace levantarse "maquinalmente" para ir tras ella, aunque la mirada llorosa de Solita haga que, en este caso, reaccione y se vuelva a sentar. Esta mujer sería un importante obstáculo para la unión íntima de Monsalud y Solita, tras la muerte del padre de ésta, del mismo modo que la élite social dificultaría la de aquella Revolución y las clases humildes.

En este cuadro de simbolismos se integra, completándolo, la imagen de Gil de la Cuadra, que, desde la cama, llama ansioso a Anatolio, con el que, a causa de su ceguera y estado delirante, parece confundir inicialmente la *sombra* o *bulto* de Monsalud. Pide a éste y a Solita que se abracen como esposos, considerándolos ya casados, y queda aletargado. Pero, de pronto, al oír a Monsalud, grita lleno de sobresalto y furia: "¡Anatolio, mátales, mátales! (...) He oído su voz... Está aquí." Pero en esta lucha del Absolutismo contra la Revolución media Solita, que, "sintió en su mente una inspiración divina" y, arrodillándose junto al lecho de su padre, le tomó las manos "y estrechándolas con fuerza convulsiva, exclamó así:

-Padre, perdónale." Este niega con la cabeza y dice "con voz ronca: No, no." Pero, tras un silencio, se tiene la sensación de que finge no ver, de que ha perdonado a Monsalud, pues "su voz denotaba **ahora** serenidad y gozo al decir: ¡He delirado, hija mía!... Sin duda

tengo calentura. Pero ¡que cosa tan rara! **Ahora** no veo nada, absolutamente nada. Me figuraba oír una voz..." Todavía pregunta a Solita por "Anatolio, mi querido hijo -le dice- y tu esposo", pero éste parece sustituido ya cuando se observa que, en lugar suyo, "Salvador volvió a entrar" y "Gil de la Cuadra, por la dirección de sus ojos, **demostraba** -Galdós lo deja en duda- no ver nada."

Gil de la Cuadra parece rendirse, más sinceramente quizá que la Corte absolutista, ante el afecto de su hija por Monsalud, por la Revolución. De ahí que, llamándolos y diciendo sentir "una cosa extraña en el corazón...", que "no es dolor, no es punzada...", que "es una cosa que se va, que se desvanece...", les pide que lo abracen "los dos" y concluye: "¡Ah, qué feliz soy! (...). Estáis unidos para siempre; sois marido y mujer. ¡Bendito sea Dios!... Muero contento... Sois dichosos. Abrazadme más fuerte, pero más fuerte... ¡Bendito sea Dios!"<sup>180</sup>.

La muerte de Gil de la Cuadra se produce, pues, a la vez que el abrazo de Solita y Monsalud, de igual modo que la unión de la sociedad madrileña a la Revolución producía la muerte del intento absolutista<sup>181</sup>.

Este significado simbólico se refuerza, por otra parte, con la inmediata referencia a la escena producida hacia "las diez" de aquella noche: "...sonaron golpes en la puerta de la casa" y, al abrir, Monsalud se encontró con "varios hombres que terminaban por lo alto en morriones y bayonetas" a cuyo frente "venía don Patricio Sarmiento", que, al preguntarles Monsalud, "de muy mal talante", qué buscaban allí, "sacó un papel" y "leyó: -'El Excelentísimo Ayuntamiento..., etcétera... Hace saber: Que muchos guardias han quedado ocultos en las casas, o quizás estos miserables han hallado un asilo compasivo en la generosidad de los mismos a quienes venían a asesinar...' En resumidas cuentas, señor Monsalud -explica don Patricio-, ya conoce usted el bando de hoy -<sup>182</sup>- Muchos *esclavos*

<sup>180</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1618, 1619 y 1620.

<sup>181</sup> Es un recurso expresivo que, según vamos viendo, se repite por Galdós en los casos de Baraona, Vinuesa y Gil de la Cuadra, que se van sucediendo en la acción desde 1820 como representantes simbólicos del absolutismo.

<sup>182</sup> El texto se halla recogido, como parte del citado bando, en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 347.

se han escondido en las casas, y nosotros venimos a ver si está aquí el alférez de Guardias don Anatolio Gordón... En cuánto al señor Naranjo y al señor Gil, también tenemos orden de llevármolos ¡chilindrón!, porque hoy concluye el imperio de la canalla, y ya se puede decir a boca llena, para que tiemble el Infierno: '¡Viva la Constitución!'

"Don Patricio -indica Galdós- lo dijo con toda la fuerza de sus pulmones, y repitiéronlo del mismo modo sus compañeros."

Y como Monsalud les increpase diciendo: "silencio, animales (...). Hay un muerto en la casa", se produce la respuesta en que don Patricio señala más claramente el simbolismo de Gil de la Cuadra: "Sí, sí (...). Tal es su sistema. El despotismo conspira para asesinarnos; pero cuando se ve cogido y vencido, se hace el muerto. Lo mismo pasa allá". Además, para que no hubiera dudas, se le pregunta: "¿En dónde?"; y contesta él: "En la casa grande", que es, según se sabía, una forma de referirse a Palacio<sup>183</sup>.

Con esto se da por terminada la jornada del 7 de Julio. Pero Galdós insinúa ya en esta gestión de don Patricio un componente fanático, y quizá de venganza, que había de generar dificultades para consolidar la nueva situación. Su persecución de Gil, los golpes dados en la puerta de la casa -que evocan la brutalidad de "los que turbaron su reposo una noche del mes de febrero de 1821"-; la forma de preguntar si "Naranjo (...) ha espichado también", el empeño en registrar la casa, pese a las circunstancias, son otras tantas llamadas de atención de Galdós hacia este peligro, que se destaca especialmente al observar: "sus pesquisas no les dieron la satisfacción de prender a nadie, y cuando el bravo don Patricio salía, iba diciendo:

"-Bien muerto está, ¡por vida de la chilindrana! A fe que no se ha perdido nada... Vámonos de aquí, que esto da tristeza, y hoy es día de felicidad... ¡Viva la...!

"Salvador le tapó la boca, y empujándole violentamente, le echó fuera de la casa. Los demás habían salido antes"<sup>184</sup>.

La acción de estos grupos, rechazada por el mismo Monsalud, parece, pues, encerrar el

---

<sup>183</sup> "7 de Julio". Cit., p 1621.

<sup>184</sup> "7 de Julio". Cit., p 1621.

peligro de que el triunfo popular de aquel día derivase hacia desbordamientos desfavorables a la misma Revolución que pretendían servir.

#### 4.4. LA SITUACION "EXALTADA" RESULTANTE

Galdós completa sus referencias al 7 de Julio con una especie de epílogo en el que señala, sin apenas detenerse en ellos, algunos hechos o tendencias de la situación española posterior que, siendo en parte consecuencia de dicha jornada, parecen preparar un enlace con el ambiente propio de su siguiente Episodio.

Veamos en primer lugar la expresión simbólica del relativo acercamiento producido entonces entre la Revolución y las clases populares.

##### 4.4.1. La nueva casa de Solita

Huérfana Solita, Monsalud se la llevó "a su casa. Desde aquel día su hermana era más hermana, y debía quererla y protegerla más." Esta situación se plantea inicialmente como provisional: "hasta que se presente tu primo -le dice-, que casi es ya tu marido"; pero Solita mantiene la esperanza de que ese *casi* no se supere, aunque Monsalud sólo le ofrezca, de momento, una especie de tutela como *hermano mayor*.

Conducida por Monsalud a "una casa que el duque del Parque poseía en el Prado Viejo", a la que aquel también "había trasladado a su madre", Solita no sólo refleja con su admiración las grandes diferencias socioeconómicas existentes, sino que con su manifestación de placer evoca la que Gonzalo de Berceo dice sentir al encontrarse en aquel otro Prado, identificado con la Virgen, *-Acaescí en un Prado de flores bienolientes,...* y que hace pensar en que Solita identifica la casa del Prado Viejo con Monsalud: "Al fin (...) -dice Solita al entrar-, me encuentro en un sitio donde podré olvidar el ruido de los tiros de fusil y de cañón. ¡Qué silencio! ¡Qué hermosos pinos! Allí hay un establo. Aquí veo dos ovejas atadas junto a la yerba... Vamos, ¿también palomas...? ¡Qué precioso es este emparrado! ¡Y cómo está de uvas!... Por allí hay otra puerta, y más arriba, la noria. Pues

no estará poco cansado ese pobre animal, dando vueltas todo el día... Y no faltan melocotoneros; vaya, que tendrán mucha fruta... ¡Qué perro tan bonito!... ¿Sabes que desde aquí se ve mucho cielo, pero muchísimo?... Y eso que está delante, ¿es el Jardín Botánico? Buena finca.

De esta manera -explica Galdós- expresaba el placentero alivio de su alma, transportada a mansión tan encantadora"<sup>185</sup>.

Dado el sistema de simbolismos a que nos venimos refiriendo, se tiene la sensación de que Solita, al dejar la casa de su padre para venir a ésta, al pasar con *placentero alivio de su alma* de aquel ambiente absolutista a la casa de Monsalud -en clara contraposición al anonadamiento señalado cuando hizo el recorrido contraio para casarse con Anatolio-, está representando un deseado acceso de la sociedad española al disfrute de la Revolución. Su alegría, limitada por la desgracia familiar -como se supone que ocurría en otros casos-, tiene también su paralelo histórico.

#### 4.4.2. Las celebraciones populares

Al referirse Galdós al *sosiego* y confianza popular que produce el triunfo del 7 de Julio, dice que aquella noche "la mayor parte (...) no pensaba ya más que en los preparativos para el *Te Deum* que debía cantarse al siguiente día en la Plaza Mayor." Esta fiesta, que Galdós da por conocida, es así descrita por Vayo:

"A las diez de la mañana del 8, formando el cuadro la milicia y la tropa delante de un sencillo altar colocado en la Plaza Mayor, celebró una misa solemne el obispo auxiliar de la corte, entonando acto continuo un magnífico Te-Deum. La alegría de los vencedores, lo sagrado de la ceremonia, la plaza convertida en templo, las huellas del combate impresas aun en la tierra, y removido el polvo que habían levantado los combatientes, dieron a tan solemne acto un aspecto imponente y augusto. Durante aquel tiempo las pasiones, adormecidas con el contentamiento del triunfo, parecían encarceladas: harto pronto

---

<sup>185</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1621 y 1622.

rompieron la puerta de la templanza y se soltaron y encrudecieron contra los vencidos"<sup>186</sup>.

Sobre ella vuelve Galdós al referir la visita que, unos días después, hace Monsalud a la también popular y entrañable "Casa-Panadería" para indagar sobre el paradero del desaparecido Anatolio. Preguntaba Monsalud sobre él a "su buen amigo don Primitivo Cordero" -que "había formado, con no menos trabajo que fruición, listas de los guardias prisioneros y heridos que se iban recogiendo"- cuando éste, yéndose del asunto a otro que le ilusionaba más, le pregunta: "¿Qué le pareció, amiguito, nuestro famoso *Te Deum* en la Plaza? ¿Hase visto fiesta más solemne en lo que va de siglo?". Y aunque Monsalud, tras reconocerle que "estuvo magnífica", le intenta centrar en las pesquisas sobre Anatolio, don Primitivo se distrae otra vez, de modo exasperante:

"-Ahora me informaré... Pues mire usted, amigo Monsalud: pensamos celebrar otra fiesta mucho más solemne, mucho más grande, mucho más imponente que el *Te Deum* de la Plaza Mayor. Se hablará de esa fiesta mientras haya lenguas en el mundo"<sup>187</sup>.

Así, pese a los repetidos esfuerzos de Monsalud por hablar de Anatolio, don Primitivo se enzarza en sus comentarios sobre estas fiestas que, además de la alegría de los vencedores, reflejan, en el caso del *Te Deum*, la religiosidad de aquellos liberales tan tachados de lo contrario, y en el de esta otra fiesta, su deseo de afirmar y quizá *abultar* el propio triunfo<sup>188</sup>.

Resulta así que Galdós, que antes ha cantado con entrañable simpatía la ejemplarizante actitud y *gesta* popular madrileña del 7 de Julio, parece ahora llamar la atención sobre estas desmesuras y poner diques a las exageraciones que sobre su tamaño se habían

<sup>186</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 347-348.

<sup>187</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1618 y 1623.

<sup>188</sup> Este desco es claramente aludido por Galdós cuando Monsalud, queriendo tranquilizar a Solita sobre la suerte de su prometido Anatolio, le dice: "Han muerto pocos, por más que digan para **abultar** la importancia de las **refriegas** de ayer." En "7 de Julio", Cit., p 1622. Sin negrilla en el original.

difundido<sup>189</sup>.

El diálogo que, casi a la fuerza, ha de mantener Monsalud con el "señor Cordero" sobre esta segunda fiesta, contiene una serie de ironías en las que Galdós destaca el aparatoso talante con que se procede a la "celebración del triunfo del pueblo sensato sobre el absolutismo", para la que, según dice don Primitivo Cordero, envanecido de haber sido "nombrado de la Comisión" encargada de prepararlo, se dispuso en el "Salón del Prado" un descomunal "banquete" en el que habría "9000" comensales, "2110 varas de mesa" distribuidas en "750 mesas de a 12 cubiertos" y "cada convidado pagaría 30 reales adelantados", aunque se prevé un *almuerzo* "frugal, porque no nos reunimos -dice don Primitivo- para sacar el vientre de mal año, sino para fraternizar y hacer memoria de nuestro gran triunfo"<sup>190</sup>.

Pese a la intención crítica de Galdós -que no excluye el reflejo de un auténtico entusiasmo popular-, sus datos reproducen fielmente los aportados por Vayo, que, tras una detallada referencia a las "magníficas exequias" celebradas "el 15 de Septiembre (...) por los que habían perecido el 7 de Julio con las armas en la mano defendiendo la libertad", dice que, cumplido así con ellos, "... entregáronse el 24 -día del aniversario de la apertura de las Cortes de 1810, aunque ni Vayo ni Galdós lo indican,- a una fiesta cívica nueva en los anales de nuestra historia<sup>191</sup>.

---

<sup>189</sup> Refiriéndose a ello dice el profesor Pabón: "La crisis de julio de 1822 no fue gran cosa en sí: un episodio callejero, magnificado luego por quienes llevaron en él la mejor parte." La victoria "estaba fallada de antemano -señala- en el desequilibrio de las fuerzas, y en la imposibilidad de toda sorpresa" desde que, con una semana para prepararse, se unieron en un mismo bando "la Milicia y el Ejército". (PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., pp 163, 165 y 170.) Se comprende, pues, que Galdós, atento antes a que, como decía el M. de las Amarillas, los Guardias "fueron en todas partes vencidos por las Milicias Nacionales y paisanos armados", con tal rapidez que las demás fuerzas "no tuvieron ocasión de hacerlo" (AMARILLAS, M. de: "Recuerdos", T II, p 225), señale ahora dicho abultamiento y la desproporción de sus celebraciones.

<sup>190</sup> "7 de Julio", Cit., p 1623. Refiriéndose el profesor Comellas a la *aparatosidad* de "aquellas apoteosis convivales", considera -confirmando así el acierto selectivo de Galdós- que ésta "fue sin duda la más monstruosa". (COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 275.).

<sup>191</sup> "Entoldaron el espacioso salón del Prado -escribe Vayo, dando casi todos los datos recogidos por Galdós,- y colocaron bajo el toldo dos mil ciento y diez varas de mesa, o sean (Sic) setecientas cincuenta mesas de a doce cubiertos, para que cupiesen en ellas, nueve mil convidados, que eran los individuos que  
(continúa...)



Galdós no se refiere aquí a los polémicos hechos que Vayo asocia a esta fiesta, pero, acto seguido, señala los límites de aquella fraternización, indicando que con el cambio de Ministerio se estaba produciendo el de personas, confianzas y actitudes.

#### 4.4.3. El primer "ministerio exaltado"

Este cambio de ministerio se siente en el relato de Galdós relativamente próximo al 7 de Julio, como una consecuencia más inmediata que el día 5 de Agosto, hasta el que, dimitido, se prolongó el relevo del anterior<sup>192</sup>. Así, Galdós, más atento a las imágenes ambientales que a las fechas, comprime el mes -algo escaso- que media entre uno y otro hecho, con lo cual destaca la relación que el cambio de signo político tiene con el 7 de Julio y las repercusiones que, según continuaba ocurriendo en su época, tenían dichos cambios<sup>193</sup>.

Es el mismo don Primitivo quien, al ser interrumpido por Monsalud -que insiste en su urgente deseo de averiguar algo sobre Anatolio-, señala estos cambios, con la actitud crítica propia de los *moderados*, convertidos ahora en oposición: "¡Ah! Si pudiera yo entrar en la Jefatura Política, como en tiempo de San Martín... Ya sabe usted que ha huído el pobre señor *Tintín*, porque los exaltados parece que trataban de asesinarle. Esta peste de patriotas

---

<sup>191</sup>(...continuación)

componían la guarnición de la corte el 7 de Julio". Se refiere, además, sin que Galdós lo siga, a la presencia en dicha fiesta del Ayuntamiento, que, "acompañado de los heridos y de los parientes de las víctimas, (...) se sentaron en las cuatro mesas de preferencia, de cincuenta cubiertos cada una"; a la fraternización, "confundido con el coronel el soldado"; a los "himnos patrióticos" y a la general armonía, que se continuó, "iluminada la corte", con "músicas (...) por las calles". Sin embargo, dice luego, no faltaban quienes, "menos generosos (,) respiraban también el fétido aliento de la venganza". De ahí, añade, que "la ley inexorable derramaba la sangre de los guardias en castigo de su rebelión", produciéndose la ejecución de Goiffieux. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 370 y 371.

<sup>192</sup> Esta es la sensación que produce también la referencia de Vayo, que destaca la "irresistible" exigencia con que "los vencedores" querían recoger "el fruto del triunfo obtenido la mañana del 7". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 351.

<sup>193</sup> La desatención a estas fechas se hace más evidente al leer, en "Los Cien mil Hijos de San Luis", que Jenara y Monsalud salieron "de Madrid en una hermosa noche de Julio" (Ep. Cit., p 1640); es decir, antes de que, el 5 de Agosto, fuera nombrado este Ministerio, sobre el que, sin embargo, habla Monsalud en Madrid antes de dicha salida.

matones perderán la Libertad en España"<sup>194</sup>. Pero Galdós se atiene en esto a lo dicho por la historiografía<sup>195</sup>. Basándose en ella parece insinuar también que, en la nueva situación política, estos *matones* resultaban a veces promocionados por sus oscuros servicios, con el consiguiente escándalo. Es como si el talante propio de la antes callejera tendencia *exaltada*, continuase en el Gobierno la institucionalización que antes se apuntaba en la sesión de Cortes del 16 de Marzo. Ejemplo de ello se muestra, inmediatamente, cuando Cordero se disponía a llamar al barbero Calleja para ver "los partes de las visitas domiciliarias" -en los que podría haber alguna información sobre Anatolio- y recuerda: "Calleja ya no viene por aquí". Resulta que, pese a la ignorancia y al carácter pendenciero de éste *callejero* fontanista -ya conocidos del lector-, "el nuevo Ministerio -explica Cordero- le ha dado un puesto en Gobernación. ¿Le parece a usted bien cómo empieza el Ministerio exaltado? ¡Ah! Señor San Miguel, señor San Miguel, usted acabará de perder el Sistema"<sup>196</sup>.

Estas críticas, aun procediendo de moderados, vienen a destacar un cambio real de situación y talante políticos tras el 7 de Julio. Sus caracteres se continúan señalando cuando Monsalud, harto de las infructuosas divagaciones de don Primitivo, fue a probar suerte con su tío, don Benigno Cordero. Al buscar éste, con la mayor afabilidad, la información requerida se encuentra con que "da la maldita casualidad de que el Gobierno ha pedido ayer todos los datos". Se enreda así, como su sobrino, en las críticas al Gobierno y al partido que lo apoyaba: "Por cierto (...) -dice, cual si Galdós recordase el ambiente en que los *exaltados*, junto al afán de gobernar, se ocupaban en cierta búsqueda de los datos relativos a la causa del 7 de Julio-, que no comprendo este afán del Gobierno de meterse

---

<sup>194</sup> "7 de Julio". Cit., p 1623.

<sup>195</sup> Vayo dice en este sentido que "San Martín, terror de la gente inquieta, tuvo que fugarse, porque (...) los cofrades del martillo espionaron sus pasos con ánimo de vengar en su vida la guerra que les había hecho." Op. Cit., T II, p 350.

<sup>196</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1623 y 1624. La explicación que de estos hechos parece sugerir Galdós es que, como indica Alcalá Galiano, este Ministerio fue formado por el *gobierno oculto de su sociedad masónica*, y ello fue tanto como "introducir en el Estado un gobierno al cual obedecía el gobierno público o legal", lo cual hubo de facilitar tales premios. ALCALÁ GALIANO, A.: "Recuerdos de un anciano", Cit., p 180.

en todo. ¡Ah, señores exaltados, ahora queremos ver qué tal lo hacéis! Una cosa es gritar en las logias o en los clubs, y otra cosa es gobernar en las poltronas"<sup>197</sup>.

Pero es notable que esta expectante actitud crítica se muestra también rechazable. Así, cuando don Benigno pregunta a Monsalud qué opina de aquel Gobierno, éste no se suma a ella, sino que, quizá para evitar su fácil distracción, parece indicar que aquellas críticas al Ministerio le parecen prematuras, producto de los prejuicios moderados, pues dice displicente: "Será como todos: será bueno si le dejan gobernar."

Sin embargo ello da pie para que don Benigno pase de las críticas al conjunto a otras particularizadas, informando así, a la vez, de la personalidad y carencia de preparación que los *moderados*, y la historiografía en general, atribúan a quienes integraron aquel primer "Ministerio exaltado":

"...Yo digo -habla don Benigno- que esta es la ocasión de que veamos si se cumple lo prometido. Temo mucho que esos señores hagan alguna barbaridad, porque todos ellos son gente inexperta y ligera de cascos. Tenemos de Ministro de Estado a un literato, y esto..., francamente.

"-¡San Miguel literato! -se sorprende Monsalud para destacarlo más-.

"-¿No compuso la letra del himno de Riego...? Francamente, desconfío de los poetas. Tenemos de Ministro de la Guerra a López Baños, que ayer era capitán, y de Ministro de Marina, al célebre Capaz, que se dejó tomar los barcos con cargas de caballería. Tenemos en Ultramar a un señor Vadillo, comerciante de ultramarinos en Cádiz, y de Hacienda, a un tal Egea... Y yo pregunto: ¿quién es Egea?". La *oscuridad* que la historiografía atribuye a estos nombres es, además, subrayada con una nueva expresión de Monsalud:

"-Eso mismo digo yo: ¿quién es Egea?"<sup>198</sup>

---

<sup>197</sup> "7 de Julio". Cit., p 1624.

<sup>198</sup> "7 de Julio", Cit., p 1624. Vicente de la Fuente, muy utilizado, según se dijo, por Galdós, señala en este sentido que "era ministro de Estado don Evaristo San Miguel, a quien Dios no llamaba por el camino de la diplomacia, y que según malas lenguas había estado para fusilar a Riego. Un tal Gascó, abogado de un pueblo inmediato a Madrid, y muy conocido en su lugar, era ministro de la *Desgobernación* del reino; Benicio Navarro, muy conocido entre los pescadores y barqueros del Grao de Valencia, donde vivía su familia demasiado modestamente, se encargó de Gracia y Justicia; y de la Marina el señor Capaz, célebre (continúa...)

Pero el moderado don Benigno añade a esa obscuridad otro temor: "-Si al menos -dice- estos señores, a falta de grandes dotes, tuvieran templanza..."<sup>199</sup>.

Interrumpido nuevamente don Benigno por los requerimientos de Monsalud, deja así la cuestión del Gobierno exaltado, pero, en lugar de informarle sobre la suerte de Anatolio, se engolfa en otros hechos de historia externa que Galdós -siguiendo una vez más a Vayo<sup>200</sup>- quería, sin duda, destacar.

#### 4.4.4. El Rey: destierro de sus *pérfidos* palaciegos y *fraternal* entrevista con Riego

Cuenta Vayo que "Fernando, para irrisión de sus enemigos, dió las gracias en una real orden a las autoridades y milicia cívica por el ardor y bizarría con que habían defendido la libertad: mandó formar causa a su guardia por los pasados acontecimientos, nombrando fiscal de ella a don Evaristo San Miguel, y confinó al marqués de Castelar a Cartagena, al de Casa Sarria a Valencia, a Longa a Badajoz, y a Aymerich a la Coruña. También separó de su lado al duque de Montemart, mayordomo mayor, al duque de Castroterreño, capitán de alabarderos, al marqués de Bélgida, su primer caballerizo; y ocuparon su lugar

---

<sup>198</sup>(...continuación)

en los fastos náuticos por haberse apoderado los franceses de su buque por medio de una carga de caballería...". FUENTE, V. de la: "Historia de las sociedades secretas...", Barcelona, 1933, T II, pp 74-75. Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 36 y 359.

<sup>199</sup> "7 de Julio". Cit., p 1624. Este Ministerio, estaba formado, escribe Vayo, por los siguientes "ministros": "de Marina don Dionisio Capaz; de Estado don Evaristo San Miguel, gefe (sic) que fue del estado mayor de Riego; de Guerra don Miguel López Baños; de Gracia y Justicia don Felipe Benicio Navarro; de Ultramar don José Manuel Vadillo; de la Gobernación don José Fernández y Gascó y de Hacienda don Mariano Egea." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 351. A. Alcalá Galiano asegura que todos ellos pertenecían a su sociedad masónica y que "los comuneros (...) quedaron excluidos de toda participación en el Gobierno supremo del Estado, lo cual parecía a los Masones celosos una felicidad". Opina que "algunos de los ministros, en punto a mérito y reputación, ni a la medianía llegaban" y que otros eran inadecuados para sus cargos, por lo que temió "que acarrease desconcepto -dice- a mi partido". Sin embargo, su descripción de cada uno carece de eco en la de Galdós, salvo el indicar también que Mariano Egea era "un empleado antiguo en Hacienda (...) hasta entonces nada señalado por sus opiniones políticas". "Memorias". Cit., T II, pp 195 y 196. Opiniones que se hallan también en sus "Recuerdos de un anciano", Cit., T I, pp 180-181. El M. de Miraflores combina en su crítica a los nuevos Ministros despectivas alusiones a su *obscuridad* y acres censuras a su "persecución" de políticos moderados y a la destemplanza e imprevisión con que *desnaturalizaron* la Revolución, convertidos en "instrumento" de las "Sociedades secretas". Apuntes, Cit., pp 156-157.

<sup>200</sup> Op. Cit., T II, pp 348 y 352-353.

el marqués de Santa Cruz, el general Palafox y el conde de Oñate"<sup>201</sup>.

Galdós, por su parte, reflejando esa "irrisión" con su ironía, destaca hiperbólicamente la credulidad con que don Benigno Cordero se dejaba sorprender su buena fe por tales Maniobras: "Ya sabe usted -dice éste a Monsalud- que Su Majestad ha desterrado a toda la cuadrilla de palaciegos que le tenían engañado y *seducido*." Y, sin advertir siquiera la impaciencia de Monsalud, continúa así:

"-El marqués de Castelar ha sido desterrado a Cartagena; el de Casa-Sarriá, a Valencia, y los duques de Montemar y Castro-Torreño (Sic), no sé adónde...-es significativo que don Benigno (Galdós) no sepa lo que, según puede verse, tampoco decía Vayo- Esos tienen la culpa de todo, esos, esos,..., cuatro o cinco aristócratas inflados, que beberían la sangre del pueblo si les dejaran. Metan en un puño a media docena de hombres pérfidos, y verán -asegura don Benigno- cómo se arregla todo y echa raíces el Sistema por los siglos de los siglos"<sup>202</sup>.

En vano Monsalud intentaba volver al objeto de su consulta, porque "Cordero, encariñado con su idea -según recalca Galdós irónicamente- como un niño con un juguete", continuaba asegurando: "...Su Majestad (...) no es malo. Yo creo que dijo con buena fe aquello de 'Marchemos, y yo el primero'; pero ya se ve... ¡Hay tanto pillo, tanto servilón empedernido"<sup>203</sup>.

La ironía con que Galdós señala el doble comportamiento de Fernando VII tras los hechos del 7 de Julio sube de tono a medida que don Benigno, reclamado una y otra vez por Monsalud hacia la búsqueda del joven guardia Anatolio, se aferra a su idea y deriva desde cualquier pretexto hacia ella:

"... ¡qué lástima de muchachos! Perderse por una causa tan mala. Dicen que Su

---

<sup>201</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 348.

<sup>202</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1624-1625.

<sup>203</sup> "7 de Julio". Cit., p 1625. La posible buena fe inicial de Fernando VII, hasta octubre-noviembre de 1820 -en la que Galdós parece no creer-, ha sido señalada también en nuestros días, según vimos antes, por los profesores M. Artola ("La España de Fernando VII". Cit., pp 672, 688 y 689) y C. Seco Serrano ("Militarismo y civilismo..." Cit., pp 52 y 54.) que destacan la innegable constitucionalidad de los iniciales actos imputables sin dudas al monarca.

Majestad los incitaba a degollarnos. Yo no lo creo. No hay quien me quite de la cabeza que Fernando no es malo, no, señor; que desea nuestro bien, que no es enemigo del Sistema...; pero ya se ve: con la multitud de pillos que le rodean... Sé que ha lamentado los sucesos del día 7. Usted tendrá noticia de su famosa entrevista con el general Riego"<sup>204</sup>.

Así, tras las referencias al desleal destierro con que el Rey sacrifica a sus fieles *pérfidos*, a su incumplido juramento de la Constitución y a sus incitaciones a los Guardias, enlaza Galdós ahora con esta "famosa entrevista", que Vayo -a quien parece seguir sobre todo- titula "Farsa de reconciliación" e introduce con esta imagen de Fernando VII: "El Monarca, arrastrado siempre por el miedo y por aquel instinto de intriga y de doblez que no se desmentía ni aun al lado del cuerpo diplomático, se degradó hasta el extremo (Sic) de parodiar una reconciliación de que en su interior se rió, y que pocos creyeron"<sup>205</sup>.

A partir de aquí Vayo y Galdós vienen a decir las mismas cosas sobre esta entrevista, si bien Galdós introduce en su referencia a ella un tono irónico -subrayado con algunas interrupciones de Monsalud- que parece orientarse a mostrar tácitamente lo que Vayo manifiesta de forma expresa en la introducción que acabamos de citar: "Pues el mismo General me lo ha contado anoche -dice don Benigno Cordero en su diálogo con Monsalud-. Es verdaderamente patético el caso. El Rey le llamó -a Riego-, y delante de todo el Cuerpo diplomático, le dio un abrazo apretadísimo, diciéndole que le apreciaba mucho.

"-Por muchos años -ironiza Monsalud/Galdós-.

"-Si llego a estar presente, de fijo se me saltan las lágrimas -añadió Cordero-. He aquí una reconciliación en que yo vengo pensando hace tiempo, sí, señor; y si fuera sincera y durara mucho, ¿Quién duda que los pérfidos serían aniquilados y confundidos? Su Majestad mismo se lo manifestó así al General: 'En mi corazón -le dijo- no tendrán ya entrada los

---

<sup>204</sup> "7 de Julio". Cit., p 1625.

<sup>205</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 352. En opinión del profesor Comellas -que afecta a la sinceridad de Fernando VII desde el principio del Trienio- este y otros actos similares de entonces vienen a ser una "curiosa renovación del *afectado* -negrilla nuestra- idilio de 1820". *El Trienio Constitucional*, Cit., p 366.

consejos de hombres pérfidos.' Si es mi tema. Los pérfidos, los pérfidos tienen la culpa de todo. Tres o cuatro pillos ambiciosos...

"-¡Todo sea por Dios!...

"-Le digo a usted que Riego salió de Palacio entusiasmado, pero muy entusiasmado. Había que oírle. Su Majestad se le quejó de los insultos, del *trágala*... Es natural. Siempre me ha parecido una vileza mortificar al Soberano con groserías. Riego piensa lo mismo. Ya sabe usted que ayer, cuando formamos en la Plaza, el general nos arengó, después de haber regalado aquí mismo una medalla al Excelentísimo Ayuntamiento. Pues nos dijo muy bellas cosas, ¡vaya!... Nos dijo que deseaba no se cantase mas el *trágala*, y que habiendo empeñado su palabra en nombre de todos, rogaba al pueblo que no la quebrantase por su parte. Ese, ése es el camino. También suplicó que no se le victorease más, porque su nombre se había convertido en grito de alarma"<sup>206</sup>.

Destaca así Galdós, además del ingenuo y caballeroso gesto de Riego, el valor de la moderación, que no sólo es aplaudida por el *moderado* don Benigno, sino que se muestra deseada entre algunos dirigentes *exaltados* que asumen responsabilidades gubernamentales. Moderación que se muestra eficaz instrumento político y que, según estima ufano E. San Miguel, produciría inicialmente una "admirable lección de civismo"<sup>207</sup>.

Por otra parte, las referencias directas de Galdós a este cambio político se acompañan de las relativas a algunos hechos novelescos cuya indudable relación simbólica con aquel

---

<sup>206</sup> "7 de Julio". Cit., p 1625. En cuanto al texto de Vayo, un ejemplo entre muchos de su utilización como fuente por Galdós, continúa así desde la introducción antes recogida: "Con este objeto -el de "parodiar una reconciliación"- el 9 -de Julio- llamó a Riego y se quejó con estudio de los insultos que le habían prodigado, declarando que le profesaba amistad, que sólo deseaba su bien y el de todos los españoles, y que en su corazón no tendrían ya entrada los consejos de hombres pérfidos. Riego no conocía el disimulo de la Corte, y, entusiasmado con la súbita conversión del rey, corrió al ayuntamiento: después de haber regalado a éste una medalla de plata con emblemas relativos al restablecimiento de la Constitución gaditana, arengó desde un balcón a la milicia formada en la Plaza Mayor. Díjole que S. M. deseaba que no se cantase en adelante el *trágala*, y que habiendo empeñado su palabra en nombre de todos, rogaba a sus individuos no la quebrantasen por su parte; solicitó también que no le victoreasen, pues su nombre se había convertido en grito de alarma. El mismo día prohibió el ayuntamiento (sic) a ruegos de Riego la canción del *trágala* y los vivos al general, mandando prender a los que no obedeciesen la orden." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 352-353.

<sup>207</sup> SAN MIGUEL, Evaristo: "Vida de don Agustín de Argüelles". Cit., T II, p 386. Cfr. COMELLAS, J.-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 353.

momento histórico exige nuestra atención.

#### 4.4.5. La liberación de Solita, su incipiente idilio con Monsalud y la posesión de éste por Jenara

Ya Monsalud se disponía a retirarse, desesperado de obtener de los Cordero la información que buscaba, cuando don Benigno recordó de pronto -mostrando así Galdós uno de esos casos de generosa acogida madrileña a los guardias derrotados- que, según le había dicho don Patricio, *Pujitos* había encontrado a Anatolio herido al intentar éste "entrar en la que fue su casa" de la "calle de las Veneras". Cabía, pues, que se recuperase -como las fuerzas absolutistas- y buscase a Solita para casarse con ella.

Sorprendida Solita al saber que su "perdido novio" estaba en Madrid, miraba "con azoramiento a un lado y otro, como si temiera ver entrar una visita desagradable". Monsalud, malintepretando ese "azoramiento", le aconsejaba no impacientarse, ya que pronto vendría Anatolio. El, por su parte, la trataba siempre con amistad fraternal, pero durante aquellos días de convivencia en el "Prado Viejo, verificóse ligera mudanza" en su conducta "con respecto a su hermana adoptiva (...) Buscaba Salvador la compañía de Solita, lo cual no había hecho nunca, y sus salidas de casa eran menos frecuentes y menos largas". Quería saberlo todo sobre ella y en todas sus cosas quería que pusiera "la mano (...) su intachable y casi perfecta hermana"<sup>208</sup>.

Intuyendo en ésta ocultos valores, y temiéndose en peligro de perderla por sus propias e inevitables locuras, le sugiere un día que, junto con su madre, tramen "alguna intriga" para retenerlo junto a ellas, "encerrándome -dice-. Atándome de pies y manos, como a los locos." Resulta así que Monsalud, claro símbolo de la Revolución, empieza a mostrar deseos de que Solita, representante del conjunto de la sociedad española, ejerza alguna forma de control sobre él, cuyo simbolismo revolucionario parece recordar intencionadamente Galdós al lector cuando el mismo Monsalud, tratando de convencer a

---

<sup>208</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1625 y 1626.



Solita, se dice preso en un "torbellino espantoso", dominado por una "atracción poderosa que lo arrastra", y le asegura que él no puede autocontrolarse, que su "alma", *fascinada, engañada*, "sueña mil bellezas y superiores goces, (...) aspira con sed insaciable a lo que no posee y a volver posible la imposibilidad, y a querer estar donde no está, y a marchar siempre de esfera en esfera buscando horizontes"<sup>209</sup>.

El segundo sentido de estas palabras, que inmediatamente se asocia con la naturaleza revolucionaria de Monsalud y con la irresistible atracción que siente hacia la misteriosa persona que lo domina desde que la reencontró en las Cortes, se confirma y explica al saberse en "Los Cien mil Hijos de San Luis" que Monsalud estaba a punto de acompañar a Jenara -que llevaba un mensaje del Rey para fundar la Regencia de Urgel- hasta la zona dominada por los guerrilleros absolutistas.

Es como si Galdós -a la vez que emplaza a sus lectores para aclarar el misterio en el Episodio siguiente- señalase el despropósito de que Monsalud, símbolo de la Revolución, vaya con Jenara en aquella misión, y, a la vez, su lógico intento de "volver posible la imposibilidad" y de "estar donde no está"; y ello se asocia, además, al mismo tiempo, al drama humano por la duda que le plantea su incipiente deseo de estar con Solita, que todavía cuenta para la Revolución menos que la sociedad más politizada, representada por Jenara, aunque ésta mantiene relaciones ambiguas con el absolutismo y con la Revolución. "Ello es, amada hermana -dice Monsalud a Solita-, que yo quiero y no quiero, deseo y temo, anhele ir y anhele quedarme..."

Tratando de evitar estas locuras, y apelando a la prudencia y honradez de Solita para resolver sus dudas, "te autorizo -le dice- para que te ocupes de mí, para que seas impertinente, y me preguntes, y me reprendas, y me averigües, y seas como un dómine"<sup>210</sup>.

Todavía Solita dice no sentirse capaz -como hubiera dicho gran parte de la sociedad española entonces- de ejercer ese papel. Pero a la vez, y en consonancia también con las

---

<sup>209</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1626-1627.

<sup>210</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1626 y 1627.

tendencias sociales que iban germinando, sintió que "una súbita y dulce llamarada, saliendo de lo íntimo de su ser, se extendía por cuanto abarcaba la conciencia de ella misma, estremeciéndola toda". Solita se empezaba a atrever, quería atreverse. Sus nacientes ilusiones parecen potenciarse cuando Monsalud, sabedor de que Solita conocía y perdonaba el motivo del odio de su padre, se dice decidido a no "dar un paso más" en busca de Anatolio. Es como si éste se considerase ya menos necesario a Solita y ésta cobrase una mayor autonomía personal, que posibilitaba su relación amorosa con Monsalud.

Desde Entoces la "imaginación" de Solita no se apartaba de Monsalud. "El pensamiento de la pobre huérfana alzaba atrevidamente el vuelo, y sus sentimientos (...) parecía que la llenaban toda con expansión maravillosa". Sintiendo necesidad de espacio, salió a la huerta, con cuyo "cielo inmenso, infinito", y con cuyo diáfano "aire claro y libre" se avenía "a maravilla (...) el estado de su alma (...). La tarde era hermosa, y toda la vegetación sonreía." Se produce entonces, "de pronto", con sobresalto, -como ocurría en vísperas de la Revolución de 1820 cuando C. Garrote sorprendía a Jenara pensando en Monsalud- la llegada de Anatolio, brazo armado del absolutismo, -con aspecto de "los clérigos vestidos de seglares"- cuya presencia deja a Solita "fría, yerta y como sin vida"<sup>211</sup>.

También como en el caso de C. Garrote, Anatolio desconfía de Solita, cuyas relaciones con Monsalud dice haberle referido Lucas Sarmiento, y, en consecuencia, retira su "promesa" de matrimonio hasta que Solita le pruebe su inocencia. Solita parece aprovechar esta actitud para lograr su libertad: "Es que yo (...) -le contesta-, aunque te convenzas de mi inocencia, no quiero ya casarme contigo..." Cuando Anatolio, un tanto desairado, salía de la huerta, se tiene la sensación de que la sociedad española, a la vez que Solita, se iba liberando de sus casi atávicas ligaduras al absolutismo, cuyos signos característicos parece señalar Galdós en aquel joven que, además de ser guardia del Rey, recuerda a la Iglesia Católica al sorprenderse nuevamente Solita de "cuan grande era la semejanza de su primo en aquel día con un joven sacerdote vestido de seglar"<sup>212</sup>.

<sup>211</sup> "7 de Julio". Cit., p 1628.

<sup>212</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1629 y 1630.

Libre ya Solita, trata aquella noche de hablar con Monsalud, pero éste la rehuye, "taciturno y severo", aplazándolo para el día siguiente: "Esta noche no puedo -le dice-. Estoy en poder del Demonio."

Se destaca entonces la simbólica inquietud de Solita, que pasó la noche "dando vueltas en su imaginación a millares de ideas (...) que giraban con rápido torbellino alrededor de un hombre", el que representaba la Revolución. Cuando, al día siguiente, supo Solita que Monsalud preparaba un viaje a no sabía su madre dónde, Galdós señala, como de paso, que Solita llegó a temer que Monsalud se fuera a América, según decía a veces. Este posible destino, repetidamente insinuado, parece orientado a recordar que Monsalud, en cuanto símbolo de la Revolución, podía aspirar a establecerse en aquellas tierras -bien actuales en el presente del autor-, a las que se trasladó -según dijimos- Van Halen, y a las que Vayo se refiere al hablar de esta época diciendo: "Si saltando los mares fijábase la vista en las colonias americanas, habíase consumado la revolución, y para arraigarla en Méjico el congreso legislativo nombraba emperador a don Agustín Iturbide"<sup>213</sup>.

El misterio sobre el destino se mantiene incluso cuando Monsalud, indeciso todavía entre la atractiva "locura" de irse y el grato deber de quedarse con su madre y con Solita, habla con éstas largo rato sobre la posibilidad de anular su proyectado viaje.

Sin embargo, lo que principalmente se destaca es el carácter irresistible de la fuerza -igualmente misteriosa- que lo arrastra a él: cuando se acuesta la madre de Monsalud y Solita se muestra dispuesta a "mezclarme en tus asuntos -dice a éste-, aconsejándote ... (...) más aún: mandando en tí" -según su petición del día anterior-, él se declara incapaz de renunciar a quien lo lleva: "lo más hermoso, lo más seductor, lo mejor que ha hecho Dios, aunque lo haya hecho para perder al hombre."

Así, pese a las cariñosas palabras con que trata de paliar el disgusto de la enamorada Solita ante esta actitud -"me quedaría, por no verte enfadada al volver", le dice-, Monsalud se acaba yendo aquella noche, como sin poderlo remediar, mientras Solita, que no se había acostado porque "desconfiaba de las resoluciones de su hermano", le veía a escondidas, con

---

<sup>213</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 367.

la sensación de que "sólo tenía derecho a ser testigo", y caía al fin "sin sentido sobre la arena del jardín" al verle partir con aquella misteriosa mujer, que, según dijimos, se supone que es Jenara<sup>214</sup>.

Resulta, pues, que, aunque Solita -la Sociedad española en su conjunto-, libre ya y conviviendo con Monsalud -la Revolución-, tendía a unirse a él y participar en la ordenación de su vida, se encuentra con que se lo arrebató Jenara, de igual modo que la élite social representada por ésta se reservaba el control de aquella Revolución.

La competición entre una y otra dará lugar a que ambas lo pierdan al final del Trienio, al mismo tiempo que la sociedad española perdía, de momento, su revolución a manos de una intervención extranjera propiciada por sus enfrentamientos internos.

---

<sup>214</sup> "7 de Julio". Cit., pp 1630, 1631, 1632 y 1633.

## **5. LA INTERVENCION EXTRANJERA**

### **5.1. INICIATIVAS ESPAÑOLAS EN PRO DE ESTA INTERVENCION**

#### **5.1.1. Primeras actuaciones y logros de los agentes de Fernando VII en Francia: los núcleos de Bayona y París**

La acción contrarrevolucionaria española, especialmente representada en el 7 de Julio, se acompaña de una búsqueda de ayuda extranjera cuyo resultado más estridente acabaría siendo la intervención militar de los Cien mil Hijos de San Luis, pero cuyo origen se remonta al menos, según indica Galdós expresamente, al "verano de 1821"<sup>1</sup>.

Se produce con ello un solapamiento o superposición entre las acciones del "7 de Julio" y la primera parte de éste nuevo Episodio, pero se trata de dos procesos distintos, aunque simultáneos e interrelacionados, y hemos preferido incluir aquí ciertas referencias de Galdós que, correspondiendo a épocas ya tratadas, tienen el carácter de antecedentes o explicaciones orientadas a la mejor comprensión de una intervención cuya relevancia máxima y más característica es propia de este momento final, al que Galdós parece quererla asociar.

---

<sup>1</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1635. Véase en este mismo sentido VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 296.

Es cierto que ya en Episodios y capítulos anteriores hemos visto algunas alusiones de Galdós a los agentes que Fernando VII tenía "en Francia para organizar la reacción" y al terreno abonado que dichos agentes habían de encontrar en las potencias de la Santa Alianza, que, en "la primavera del 22", "estaban ya extremadamente amostazadas -según expresión de Galdós- viendo nuestro desconcierto." Pero estas referencias, aunque anunciaban ya la intervención, venían a indicar, sobre todo, el contexto internacional de la acción contrarrevolucionaria española, mientras que al empezar "Los Cien mil Hijos de San Luis" la acción de aquellos agentes y potencias se trae a primer plano, reflejando así el nacimiento del proceso intervencionista que conduce al hecho histórico aludido en su título y, a través suyo, al final del Trienio.

La acción contrarrevolucionaria exterior -de españoles y extranjeros- adquiere al fin el protagonismo que la española interior había tenido hasta el 7 de Julio, si bien la combinación de una y otra se mantiene, y la importancia de ésta sigue mostrándose fundamental, según vamos a ver, para el éxito de aquella. De igual modo, este nuevo protagonismo, marcado con el cambio de Episodio y título, se muestra resultado de un proceso iniciado -en su fase de acogida, respaldo moral y apoyo económico- antes del 7 de Julio, evitándose con ello que la intervención extranjera -y su búsqueda por Fernando VII y sus agentes- se entienda exclusiva de la fase final del Trienio, aunque en ella se haga más decidida y decisiva.

Galdós sitúa el comienzo de la acción de *Los Cien mil Hijos de San Luis* "En Bayona", sus dos primeras palabras del relato y lugar extranjero que es marcado así como refugio de exiliados y principal centro de conspiración contrarrevolucionaria; y, además de empezar por ocuparse de los primeros y principales agentes *realistas* de Fernando VII allí, destaca la temprana época en que inician sus actividades, ya que Jenara, refugiada en aquella ciudad -como tantos a quienes representa- y al corriente de todo por el "indiscreto y vanidoso" general Eguía, "supe -dice- **en el verano del 21** que Su Majestad, nuestro católico rey don Fernando (que Dios guarde), anhelando deshacerse de los revolucionarios por cualquier medio y a toda costa, tenía dos comisionados en Francia, los cuales eran:

"Primero. El mismo general don Francisco Eguía, cuya alta misión era promover desde

la frontera el levantamiento de partidas realistas.

"Segundo. Don José Morejón, oficial de la Secretaría de la Guerra, y después secretario reservado de Su Majestad, con ejercicio de decretos, el cual tenía el encargo de gestionar en París con el Gobierno francés los medios de arrancar a España el cauterio de la Constitución gaditana, sustituyéndole con una cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII"<sup>2</sup>.

Galdós parece seguir aquí las ideas y términos de Vayo, que, además de señalar, igualmente, que estos "dos comisionados de Fernando se presentan en primer término", se refiere también a la indiscreción de Eguía, dice exactamente las mismas cosas de Morejón y, aludiendo al comienzo de esta actividad, asegura: "la primera autorización dada a Eguía para hostilizar al Gobierno de las Cortes era autógrafa, y las instrucciones moderadas. Tenía la fecha de **Junio de 1821**"<sup>3</sup>. Abre así Galdós una nueva serie de imágenes relativas a hechos de *historia externa* que, además de ser fieles a lo que dice la historiografía liberal sobre estas iniciativas -pues en la mayoría de los casos parecen tomadas de Vayo- y sin que Galdós renuncie a la finalidad histórica y literaria de su obra, cumplen, como es habitual, la función de suscitar actitudes favorables o contrarias hacia hechos contemporáneos del autor, como puede ser, en este caso, la acción procarlista desarrollada en Francia con el apoyo de los legitimistas católicos franceses, que podría sentirse aludida en las críticas a los *prorealistas* del Trienio.

Es notable en este sentido cómo Galdós, ayudándose a veces con el carácter novelesco de Jenara, destaca la escasa valía atribuida por la opinión a estos dos agentes, pues sus noticias sobre Morejón indicaban "que no había sido inventor de la pólvora", y Eguía "era -dice la misma Jenara- uno de los hombres más pobres de ingenio que en mi vida he visto.

"Aun gastaba la coleta que le hizo tan famoso en 1814 -añade-, y con la coleta el mismo humor atrabiliario, despótico, voluble y ragañón. Pero en Bayona -continúa Jenara- no infundía miedo como en Madrid, y de él se reían todos. No es exagerado cuanto se ha

<sup>2</sup> "Los Cien mil...". Cit., p 1635. Sin negrilla en el original.

<sup>3</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 296, 297 y 315-316. Sin negrilla en el original.

dicho de la astuta pastelera que llegó a dominarle. Yo la conocí, -asegura, cual si Galdós se avalase con su testimonio,- y puedo atestiguar que el agente de nuestro egregio Soberano comprometía lamentablemente su dignidad, y aun la dignidad de la Corona, poniendo en manos de aquella infame mujer negocios tan delicados. Asistía la tal a las conferencias, administraba gran parte de los fondos, se entendía directamente con los partidarios que un día y otro pasaban la frontera, y parecía en todo ser ella misma la organizadora del levantamiento y el principal apoderado de nuestro querido Rey"<sup>4</sup>.

Insistiendo Galdós en este sentido y recalcando, a la vez, la aludida función de Bayona, se advierte que **también en épocas posteriores** se ha "visto la vergonzosa conducta de algunos españoles que sin cesar conspiran en aquel pueblo, **verdadera antesala de nuestras revoluciones**; pero nunca he visto -habla Jenara- degradación y torpeza semejantes a las del tiempo de Eguía"<sup>5</sup>.

Se refiere también Jenara/Galdós al desconcierto producido "en el invierno del mismo año" (1821) cuando Eguía convocó, "de orden del Rey, a otros personajes absolutistas para trabajar en comunidad" y "se desavinieron de tal modo (...) que aquello, más que junta, parecía la dispersión de las gentes. Cada cual pensaba de distinto modo, y ninguno cedía en su terca opinión. (...) El marqués de Mataflorida (...) proponía el establecimiento del absolutismo puro. Balmesada, comisionado por el Gobierno francés para tratar este punto, también estaba por lo despótico, aunque no en grado tan furioso; Morejón se abrazaba a la Carta francesa; Eguía sostenía el veto absoluto a (Sic, por "y" ?) las dos Cámaras, a pesar de no saber lo que eran una cosa y otra, y Saldaña, nombrado como una especie de quinto en discordia, no se resolvía ni por la tiranía entera ni por la tiranía a media miel"<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> "Los Cien mil ...". Cit., pp 1635-1636. También en esta imagen de Eguía y su pastelera es fiel Galdós a la que da Vayo. Afirma éste que Eguía se alojó en Bayona "en el humilde cuarto de una pastelería", que "los años habían subido de punto sus ridiculeces: terco, caduco, caprichoso, inflexible, exagerado, cruel," y que, con ello, "cedió sin embargo a las intrigas y gárrula astucia de la pastelera, que logró tanto ascendiente sobre el anciano general, que éste no hablaba con persona alguna sino en presencia de ella, aunque se tratase de los negocios más secretos, y en que iba la vida del monarca de España." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 296.

<sup>5</sup> "Los Cien mil..." Cit., p 1636. Sin negrilla en el original.

<sup>6</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis" Cit., p 1636.



Por otra parte, combinando ésta y las anteriores imágenes se añade: "Entretanto, el Gobierno francés concedió a Eguía algunos millones, de los cuales podría dar cuenta si viviese la hermosa pastelera." Y, señalando el destino de aquel dinero, Galdós se disculpa irónico con palabras de Jenara: "Dios me perdone el mal juicio; pero casi podría jurar que de aquel dinero sólo algunas sumas insignificantes pasaron a manos de los pobres guerrilleros"<sup>7</sup>.

Vayo, que también se ocupa de estas cuestiones acto seguido de lo antes indicado, desarrolla esta misma imagen, con algunos detalles omitidos luego por Galdós: Eguía, viene a decir Vayo, invitó "en Octubre de 1821 al marqués de Mataflorida, que también vivía en Francia, a que escribiese un manifiesto sobre el origen de la Constitución de Cádiz y " sus "efectos". Escrito y enviado a París para que Morejón lo publicase, éste se negó por considerar "muy exaltadas las ideas absolutistas sobre que estaba cimentado". Publicólo entonces Mataflorida "con el título de *Manifiesto que hacen los amantes de la Monarquía a la nación española etc.* ", y "esta fue -escribe Vayo- la primera piedra de desunión tirada por el furibundo autor de la representación de los Persas, contra sus mismos compañeros de realismo, que (...) manifestaban entonces opiniones menos sanguinarias que el marqués." Después, "en febrero" (de "1822"), Morejón intentó ponerse de acuerdo con Mataflorida y el "ex-fiscal del Consejo de Indias (,) don Antonio Calderón, para que unidos trabajasen una Constitución española vaciada en el molde de la francesa", pero, aunque éste aceptó, "Mataflorida se negó abierta y enérgicamente", con lo que el proyecto se frustró, a pesar de que "el ministro francés Villele, que favorecía la empresa, confió a Calderón varias comisiones encaminadas a éste blanco de sus pensamientos que jamás perdió de vista mientras" fue ministro.

"Los franceses, interesados en el progreso de las facciones -continúa Vayo-, no veían con buenos ojos el desconcierto con que era dirigida la máquina de las conspiraciones" y encargaron "al vizconde de Boisset" examinar los motivos. Informó éste al Gobierno francés del "escándalo que presentaba la pastelería de Eayona (,) convertida ahora en

---

<sup>7</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1636.

secretaría universal del rey de España," de la "imprudencia" y "ningún talento que presidía la empresa", y buscando dicho Gobierno "una persona que se colocase al frente de la reacción, e indicado por varios españoles el furioso marqués de Mataflorida, comisionaron los franceses en Abril a don Fermín Martín Balmesada, el tigre de la futura guerra de sucesión, para que pasase a Tolosa y" negociase con el Marqués. De ello resultó que éste le dió "el plan de lucha dirigida por una regencia, plan que aprobaron los consejeros de las Tullerías ofreciendo fondos y recursos para llevarlo a cima. Pero Eguía y Morejón, ateniéndose a la letra de las instrucciones reales," influyeron en aquel Gobierno y prevaleció la idea de establecer en España una constitución semejante a la francesa.

Reunido "entre tanto el Congreso de Laybach -sigue diciendo Vayo-, (...) y como medida preliminar de las que se reservaban para más adelante acordaron cometer (Sic) a Saldaña el cargo (Sic) de formar el plan de salvar a Fernando con acuerdo suyo, y contando con el gabinete de las Tullerías, que debía proporcionar los medios. Facilitáronse **algunos millones** a Eguía -añade Vayo, con expresión repetida por Galdós en la parte que ponemos en negrilla,-, que su secretario Núñez Abreu gastó como más le plugo; y al salir de la pastelería de Bayona el oro a raudales, -comenta, como tras él Galdós,- no dejaba de beber en tan agradable fuente la hermosa guardiana de aquel tesoro"<sup>8</sup>.

Señalando los caracteres y salida de aquella situación, continúa así Galdós el supuesto relato de Jenara: "Las bajezas, la ineptitud y el despilfarro de los comisionados secretos de Su Majestad no cesaron hasta que apareció en Bayona, también con poderes reales, el gran pájaro de cuenta llamado don Antonio Ugarte, a quien no vacilo en designar como el hombre más listo de su época"<sup>9</sup>.

Cuando éste "se encargó de manejar la conspiración", Jenara, "segura de su éxito", se le ofreció para llevar a Madrid "un mensaje muy importante" que, como hace Vayo<sup>10</sup>, y según vimos ya al referirnos al 7 de Julio, pone estas conspiraciones en relación con las

---

<sup>8</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 296-299.

<sup>9</sup> "Los Cien mil...". Cit., p 1636.

<sup>10</sup> Ibídem, p 299.

que se seguían en España, especialmente la de la capital: "En seguida -dice Jenara- me reveló que en Madrid se preparaba un esfuerzo político, es decir, un pronunciamiento, en el cual tomaría parte la Guardia Real con toda la tropa de línea que se pudiese comprometer; pero añadió que desconfiaba del éxito si no se hacían con mucho pulso los trabajos, tratando de combinar el movimiento cortesano con una ruidosa algarada de las partidas del Norte"<sup>11</sup>.

### 5.1.2. El núcleo de Madrid: sus integrantes y sus relaciones

El viaje de Jenara a Madrid, además de simbolizar, según dijimos, las relaciones que una parte de la élite social española mantenía entonces con el extranjero a través de Bayona, es ocasión para que, a su llegada, conozca y describa el núcleo conspirador de la capital.

Sus referencias a él vienen a completar la idea que de la conspiración de la Guardia y de sus conexiones con el extranjero se había dado en el "7 de Julio" y aportan, a la vez, alguna información histórica sobre los partidarios principales de aquel intento y de la intervención producida tras su fracaso. Es, en estos sentidos, interesante la imagen que se da de la Corte, cuyo carácter conspirador se destaca en primer lugar al decir Jenara: "Lo mejor y más importante de mi comisión estaba en Palacio, adonde me llevó don Víctor Sáez, confesor de Su Majestad." Esto es, pues, además del presumible deseo de conocerlos, motivo para informar sobre el "Rey de España y toda su Real Familia", en la que se indican a continuación distintos grados personales de actividad conspiradora tras "un rápido estudio de todos los habitantes de Palacio, particularmente de las mujeres: la reina Amalia, doña Francisca, esposa de don Carlos, y doña Carlota, del infante don Francisco. La segunda -empieza por decir Jenara/Galdós, haciéndose eco de lo establecido por la historiografía sobre cada uno de estos personajes,- me pareció, desde luego, mujer a propósito para revolver toda la Corte. De los hombres, don Carlos me pareció muy sesudo, dotado de cierto fondo de honradez preciosísima, con lo cual compensaba su escasez de

---

<sup>11</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1636 y 1637. Galdós insiste aquí expresamente, desde un punto de vista exterior, en el previo plan de conjunto que, según vimos, se atribuía a la conspiración de la Guardia Real en el "7 de Julio".

lucos, y a Fernando le disputé por muy astuto y conocedor de los hombres, apto para engañarles a todos, si bien, privado del valor necesario para sacar partido de las flaquezas ajenas. La Reina pasaba su vida rezando y desmayándose; pero la varonil doña Francisca de Braganza ponía su alma entera en las cosas políticas y, llena de ambición, trataba de ser el brazo derecho de la Corte. Doña Carlota, por entonces embarazada del que luego fue Rey consorte, tampoco se dormía en esto"<sup>12</sup>.

En cuanto a otros integrantes de este núcleo cortesano, "los palaciegos -continúa Jenara, citando a "Infantado, Montijo, Sarriá y demás aristócratas"- tan aborrecidos de la muchedumbre constitucional, (...) no servían en realidad de gran cosa. Sus planes, faltos de seso y travesura, tenían por objeto algo en que se destacase con preferencia la personalidad de ellos mismos (...), y así nada se habría perdido con quitarles toda participación en la conjura. Los individuos de la Congregación Apostólica, que era una especie de masonería absolutista, tampoco hacían nada de provecho, como no fuera allegar plebe y disponer de la gente fanática para un momento propicio. En los jefes de la Guardia había más presunción que verdadera aptitud para un golpe difícil, y el Clero se precipitaba gritando en los púlpitos, cuando la situación requería prudencia y habilidad sumas. Los liberales masones o comuneros vendidos al absolutismo, y que al pronunciar sus discursos violentos se entusiasmaban por cuenta de éste, estaban muy mal dirigidos, porque con su exageración ponían diariamente en guardia a los constitucionales de buena fe"<sup>13</sup>.

Hecho este examen de "los elementos que formaban la conspiración absolutista del año 22, para que (...) -según dice Jenara, descalificándolos,- se explique en cierto modo el lamentable aborto y total ruina de ella", su acción se muestra continuada y reorientada en los días inmediatamente posteriores a aquel fracaso. Es a partir de aquí cuando la acción

---

<sup>12</sup> "Los Cien mil...", Cit., pp 1637 y 1638. Aparte de en lo dicho por Vayo en diversos lugares de su tan citada obra, las imágenes que de estas mujeres da Galdós pueden verse confirmadas en VILLAUERRUTIA, M. de: "Las mujeres de Fernando VII", Cit., pp 89, 91, 101-107, 110 y 114. También el M. de las Amarillas, refiriéndose precisamente a esta sublevación de los Guardias en julio de 1822, señala que lo hicieron "de órdenes del Rey y por la **agencia de la Infanta doña Francisca que fue el móvil inmediato de todo**". *Recuerdos*, Cit., T II, p 211. Sin negrilla en el original.

<sup>13</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1638.

progresar en el tiempo respecto al Episodio anterior y se desplaza, a la vez, la atención hacia la intervención extranjera.

Inicialmente se destaca la importancia decisiva que en este centro conspirador introduce la presencia del Rey, principal responsable de la resistencia absolutista española y de la intervención extranjera, que hacía tiempo buscaba y parece convertirse ahora en su principal esperanza. Es esta una realidad señalada por, entre otros, el profesor Pabón: "Ya el 2 de diciembre de 1821 -dice este autor- escribió -Fernando VII- a don Antonio Vargas Laguna, cesante en la representación de España ante la Santa Sede", encareciéndole la "*situación muy crítica y lastimosa*" en que se hallaba y pidiéndole "*que lo haga saber -le dice- a los soberanos extranjeros, para que vengan a sacarme de la esclavitud en que me hallo y libertame del peligro que me amenaza*"<sup>14</sup>.

Por otra parte, y más allá del apoyo moral y económico francés, o de los efectos del cordón sanitario, aludidos por Galdós como propios de negociaciones anteriores a esta fecha, han de tenerse en cuenta las peticiones que -ya "por tercera vez"- hace Fernando VII en carta de "16 de febrero de 1822" a Luis XVIII para que le envíe "el auxilio de alguna **fuerza armada** suficiente para arreglar y pacificar mi Reino" -le dice-, en la idea de que, "salvando a la España, se salva también la Francia" y de que "estoy pronto -promete- a remunerar a la nación francesa de todo aquello que pueda desembolsar"<sup>15</sup>.

Cuando Jenara consigue filtrarse en Palacio entre la "espesa muralla liberalesca" que lo guardaba tras el 7 de Julio, encuentra "a Su Majestad lleno de consternación y amargura, principalmente -se dice, recordando su teatral entrevista y reconciliación con Riego,- por verse obligado a poner semblante lisonjero a sus enemigos y aun a darles abrazos". A

---

<sup>14</sup> PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., pp 186-187, en que cita a Villaurrutia, *Fernando VII, Rey Constitucional*, pp 280 y 281.

<sup>15</sup> "Carta de Fernando VII a Luis XVIII (Madrid, 16 de febrero de 1822). A.H. N., Estado, Leg. 2579; reproducido por Hebe Pelosi, *La política exterior de España en el Trienio constitucional*, tesis doctoral dactilografiada, Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1969, apéndice documental." Cfr. JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>: "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Ed. Turner, Madrid, 1976, p 216, que selecciona ésta como ejemplo de "las apremiantes cartas enviadas por Fernando VII, ya desde mediados de 1821 y a espaldas del régimen que había jurado y que presidía como rey constitucional, a sus 'hermanos' el rey de Francia y el zar de Rusia".

través de las referencias de Jenara, destaca Galdós, como siempre, la cobardía y doblez de Fernando VII, su "menguado corazón" y su astucia, pues "si en él concordara el valor con las travesuras y agudezas del entendimiento, ningún tirano antiguo ni moderno le habría igualado." Huyendo de su componente de "sátiro", que, "bajo las distintas máscaras que se quitaba y se ponía, aparecía siempre", "brindéme entonces -dice Jenara- a desempeñar una comisión difícil, para la cual Fernando no se fiaba de ningún mensajero"<sup>16</sup>.

Con esta comisión se ponía en marcha, según vamos a ver, otra iniciativa que refleja la doble personalidad de Fernando VII, la fuerza de las partidas *realistas* y su logrado afán por cumplir las condiciones exigidas para obtener los necesarios auxilios extranjeros.

### 5.1.3. La Regencia de Urgel

#### 5.1.3.1. *Su papel instrumental*

Dice Vayo que "el triunfo de las armas de la libertad en Madrid alteró hasta cierto punto el curso de las ideas de los ministros franceses, y en 25 de Julio ya enviaba Balmesada al marqués de Mataflorida copia de la carta que de París le había dirigido a Burdeos el vizconde de Boissett, ofreciendo en nombre del gobierno suministrar los auxilios necesarios para la reacción, siempre que los realistas, marchando a las órdenes de un general de nombradía, tomasen una fortaleza importante, y estableciesen en ella la proyectada regencia"<sup>17</sup>.

Era, pues, la ocasión, y de ahí la urgencia del viaje de Jenara, para establecer la Regencia que, según indica también Galdós, se estaba ya negociando. Se hacía necesario puntualizar las condiciones, porque "el mes anterior -recuerda Jenara- había salido para Francia don José Villar Frontín, uno de los intrigantes más sutiles del año 14, aunque, como salido (...) del cuarto del infante don Antonio, no era hombre de gran iniciativa", y "llevaba órdenes para que el marqués de Mataflorida formase una Regencia absolutista en cualquier punto de la frontera conquistado por los guerrilleros. Estas instrucciones

---

<sup>16</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1638 y 1639.

<sup>17</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 354.

-continúa Jenara- eran conformes al plan del Gobierno francés, que deseaba la introducción de la Carta en España y un absolutismo templado; pero Fernando, que hacía tantos papeles a la vez, -se explica, insistiendo siempre en este carácter,- deseaba que sus comisionados, afectando amor a la Carta, trabajasen por el absolutismo limpio. Esto -añade, en un tono que delata la acerva ironía con que Galdós se refiere a tal proceder,- exigía frecuentes rectificaciones en los despachos que se enviaban y avisos contradictorios, trabajo no escaso para quien había de ocultar de sus ministros todos estos y aun otros inverosímiles líos"<sup>18</sup>. Tanto este escándalo como el viaje de Villar Frontín, su fecha y su objetivo, son señalados por Vayo -también tras referirse a la entrevista de Fernando VII con Riego- en unos términos tan semejantes que parecen dejar fuera de duda su utilización por Galdós<sup>19</sup>.

Galdós, tenía, pues, razones para atribuir a Fernando VII esos "avisos contradictorios" que dificultaban el entendimiento entre sus agentes y que, en este caso concreto, se ven cuestionados en nuestros días por el profesor Artola, quien, dada la contradicción entre la "autorización que Bayo (Sic) afirma dio Fernando al marqués" y las instrucciones que, con visos de indudable veracidad, asegura Egúña haber recibido del Rey, se dice *inducido* "a pensar que la creación de la Regencia fue personal iniciativa de Mataflorida, quien obró

---

<sup>18</sup> "Los Cien Mil...". Cit., p 1639.

<sup>19</sup> El texto es, además, interesante, según puede verse, como testimonio, en sí mismo: "Mientras así corrían las cenagosas aguas de aquel mar de intrigas, de conjuraciones y de perfidias -escribe Vayo-, llegó a Francia don José Villar Frontín, secretario de las encomiendas del infante don Antonio, con poderes del rey para que el marqués de Mataflorida formase la regencia absolutista y se pusiese a su cabeza; poderes que tenían la fecha de 1º de Junio. Detengámonos un momento -continúa Vayo-, y fijemos los ojos en el conjunto que nos ofrece el cuadro que se presenta a la vista, pero sin desatender ninguno de sus términos. Fernando de Borbón, rey constitucional, ocupa el trono de Madrid, y espíe (Sic) órdenes cuya desobediencia castiga hasta con la muerte: fragua una conspiración contra ese mismo código que a cada paso jura e invoca: seduce a sus guardias, y engaña a sus propios agentes, y al ministerio francés prometiendo el establecimiento de dos cámaras; al propio tiempo que ordena a Mataflorida que tome las riendas de una regencia, y proclame el absolutismo. En virtud de estos engaños -añade Vayo, insistiendo en esos que Galdós llamaría 'otros inverosímiles líos',- consecuencia de tan infernal astucia, sus propios comisionados no se entienden y se persiguen unos a otros, todos en nombre del monarca y alegando su voluntad; la sangre corre: en un mismo día, con la mano propia con que firma la proscripción de los realistas, estampa también la sentencia fatal contra los liberales: ante los moderados vibra el anatema contra los exaltados; en presencia de los exaltados fulmina al rayo contra los moderados. ¡Qué página tan negra de su vida! Los cabellos se erizan, y fuerza nos es librar el ánimo al descanso para que la imaginación aterrada recobre la calma, y cese de palpar con tanta violencia el angustiado corazón." Vayo, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 353-354.

por su cuenta y riesgo"<sup>20</sup>.

Esto parece una cuestión de confianza en Fernando VII, que al requerir a Eguía la información de que éste habla -sobre la formación de la Regencia- pudo hacerlo porque lo ignoraba, pero que, dado el carácter que generalmente se le atribuye, pudo también hacerlo para mantener la alternativa encomendada a Eguía y disimular a la vez las instrucciones absolutistas dadas ocultamente a Mataflorida, según interpretan Vayo y Galdós<sup>21</sup>.

Precisamente reflejando ese ambiente y esa oculta tendencia del Rey al absolutismo, concreta así Jenara la razón de su nuevo viaje: "Yo me comprometí a hacer entender a Mataflorida y a Ugarte lo que se quería, transmitiéndoles verbalmente algunas preciosas ideas del Monarca que no podían fiarse al papel, ni a signo ni cifra alguna. Ya por aquellos días -concluye- se supo que la Seo de Urgel había sido ganada al Gobierno por el bravo *Trapense*, y se esperaba que en la agreste plaza se constituyera la salvadora Regencia. A la Seo, pues, debía yo dirigirme"<sup>22</sup>.

Esta conquista, referida ya por Galdós, según vimos en el capítulo anterior, al ocuparse del estado de cosas previo al 7 de Julio, se había producido el día "21 de Junio" y, "llenando las condiciones exigidas por el gobierno francés (...) para auxiliar abiertamente

<sup>20</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 785.

<sup>21</sup> No dejaría de ser extraña si no la firmeza con que Mataflorida defiende ante todo el mundo esa recepción de instrucciones Reales, (según destaca el mismo profesor Artola en *Ibíd.*, pp 791 y 792); y tampoco puede olvidarse el detalle con que, en el "Índice de los papeles del Archivo de la Regencia de Urgel", "Legajo 25", se describen tres sucesivas "autorizaciones con que S.M. el Señor Don Fernando VII, tuvo a bien honrar y confiar a la Regencia de Urgel, y especialmente a su Presidente el Marqués de Mataflorida, la defensa y sostenimiento de la justa causa del Altar y del Trono", y que le fueron entregadas, según se dice -exponiéndose a que fuera comprobado y desmentido en su día-, por *don José Villar Frontín*, la primera, fechada el "1º de junio de 1822"; por *don Manuel González*, la segunda en el "mes de Enero de 1823", *previniéndole* -y esto es significativo- "que aunque se le comunicase cosa en contrario la tuviese por no mandada"; y por *don Félix Alvarado*, la tercera, en "Marzo". (Cfr. MIRAFLORES, M. de: "Documentos a los que se hace referencia en los *Apuntes...*", Cit., T II, pp 76-77). Es, además, notable la conformidad lógica que con esta autorización presentan la secuencia de hechos señalados por Vayo -y tras él por Galdós-: viaje de Villar Frontín a Francia con poderes para Mataflorida, fechados el 1º de Junio; fracaso de la sublevación de la Guardia en Madrid el 7 de Julio; cambio de actitud francesa y envío por E. Balmaseda a Mataflorida, el "25 de Julio", de una copia de la carta en que, más o menos oficiosa y cautamente, el vizconde de Boisset se mostraba, en nombre del Gobierno francés, dispuesto a prestar su apoyo a Mataflorida en las condiciones ya referidas. Si a ello se añade la ya probada sintonía política de éste con el Rey, se hace probable, aun con dudas, que Mataflorida contara con autorización Real.

<sup>22</sup> "Los Cien mil..." Cit., p 1639.



al realismo español -dice Vayo-, y dando a la insurrección un centro de operaciones, enriquecida con un parque numeroso, mudó la faz de la campaña en Cataluña<sup>23</sup>.

### 5.1.3.2. *Su apoyo partisano*

El viaje de Jenara, simbólicamente acompañada por Monsalud -según veremos al referirnos a la España constitucional-, refleja enseguida la fuerza del soporte guerrillero que se trataba de aunar y potenciar con aquella Regencia a la vez que se obtenía el apoyo exterior: en Castilla y Aragón recelaba Jenara algún "mal encuentro (...) con milicianos, ladrones o espías del Gobierno", pero "más allá de Zaragoza -dice, señalando una zona absolutista,- empezamos a temer que nos salieran al paso las tropas de Torrijos o de Manso. Por eso -añade-, en vez de tomar directamente el camino de Cataluña, subimos hacia Huesca"; y "Salvador, cuya antipatía a los facciosos y guerrilleros era violentísima, se mostró disgustado al considerarse cerca de ellos". Llegados desde Huesca, por Barbastro, a Benabarre, fueron aquí detenidos por algunos hombres cuyo aspecto hace que Jenara, mostrando su veta absolutista, y el carácter de esta zona, exclame: "¡Los guerrilleros! Ya estamos en casa"<sup>24</sup>.

Galdós revive entonces el ambiente propio de estas partidas de "soldados de la Fe" -emuladas hasta febrero de 1876 por sus coetáneos carlistas-, ante cuya presencia "mostró gran disgusto" Monsalud, que, al ser interrogado, "dio algunas contestaciones que debieron sonar muy mal -refiere Jenara- en los oídos de" aquellos. Pese a la confianza que Jenara dice tener en la que llama "mi gente", fueron obligados a presentarse "a un rústico capitán que -según se indica, acumulando estampas características,- estaba en la venta del camino bebiendo vino juntamente con otro guerrillero, al modo de frailazo, armado de pistolas y

---

<sup>23</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 317 y 318.

<sup>24</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1639-1641, especialmente ésta última. Vayo dice en este sentido que cuando se constituyó la Regencia y el barón de Eroles acaudilló "las armas en Cataluña secundado por el siempre imbécil conde de Calderón, por Romagosa, el Trapense, Miralles, Mosén Antón, Misas, Jephdel Estamps (Sic), y otros muchos que marchaban al frente de sus divisiones, (...) tirando una línea desde Balaguer por Solsona, Berga y Ripoll, a San Lorenzo de Muga, dominaban todo el territorio intermedio entre esta línea y el Pirineo", además de que "un sin número de partidas sueltas (...) hormigueaban en el Principado (y) sorprendían continuamente nuestros destacamentos" VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 364.

con dos o tres individuos de malísima catadura.

"Sus maneras -ironiza- no eran, en verdad nada corteses, a pesar de defender causa tan sagrada como es la del Altar y el Trono". Sin embargo "con dos o tres palabras dichas enérgicamente y en tono de dignidad", se iba haciendo respetar Jenara cuando Regato -que, confirmando su condición absolutista, era ahora uno de aquellos guerrilleros- reconoce a Monsalud y éste queda preso mientras Jenara, esgrimiendo su "gran poder en la frontera y en Palacio" y "después de largas discusiones", pudo ir a "hablar al que ellos llamaban coronel (...), que era un capuchino de Cervera".

La imagen de éste viene a reunir, en grado variable, los caracteres que Galdós suele atribuir a frailes y guerrilleros: "Acabada de despachar Su Paternidad un bodrio y dos azumbres que le habían puesto para que cenase, y después del pienso no tenía, al parecer, la cabeza muy serena. Sin embargo -afirma Jenara-, no me trató mal"; aunque, enterado por Regato de la identidad, "antecedentes y circunstancias" de Monsalud, se negó a soltarlo. Despertó con ello la furia de Jenara contra "aquel tremendo fraile coronel, cuyas barbas y salvaje apostura ponían miedo en el corazón más esforzado", pero las "atrocidades" y amenazas con que Jenara le increpó no lograron "ablandar aquella roca en figura de bestia. Oyóme el bárbaro con paciencia -asegura Jenara- sin duda por ser más fraile que guerrero, y resumió sus resoluciones diciéndome:

-Usted señora, puede ir libremente a donde le acomode; pero ese hombre no me sale de aquí"<sup>25</sup>.

La presencia misma de estos eclesiásticos, caso histórico frecuente, y el hecho de que estos guerrilleros sean llamados *soldados de la Fe*, viene a insistir en ese carácter eclesiástico-religioso que se suele atribuir a esta guerra, aunque, como ya vimos, contribuyan a ella intereses eclesiásticos diversos, -además del ya referido sentimiento foralista, el reclutamiento forzado y la crisis económica, que parece impulsar a muchos a estas partidas para evitar la miseria y el hambre-.

Galdós se centra sobre todo en el aspecto teocrático prolongado hasta sus días, y aunque

---

<sup>25</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1641 y 1642.

en su imagen de estas partidas se refleja esa pobreza ambiental no se refiere explícitamente a sus razones ni a sus efectos. Más bien parece pobreza propia de la época o, si acaso, de la situación de guerra. Así, cuando Jenara vuelve a la venta para intentar allí la liberación de Monsalud, "una mujer andrajosa" le indicó "unas grandes sombras que parecían murallones almenados y como ruinas hendidas", que eran el viejo "castillo" en cuyas mazmorras habían encerrado a Monsalud. Entrando "por una poterna desvencijada que se abría en la muralla" y por un "foso sin agua," penetraron "en un patio lleno de escombros y de yerba", bajo el que se hallaban dichas mazmorras, pero cuando Jenara quiso pasar fue arrojada de allí "brutalmente" por un centinela<sup>26</sup>.

Entrelazando así las imágenes de las personas y del ambiente en que se integran -bien parecidos a los *vividos* por Galdós y su *audiencia* en la tercera guerra carlista-, se refiere todavía un nuevo intento de Jenara ante "el coronel capuchino de Cervera", que "ya roncaba" y que "de muy mal talante repitió su fiera sentercia", asegurando a Jenara que Monsalud no saldría de allí "sin orden superior".

Enterada entonces Jenara de que el jefe de aquella partida era "don Saturnino Albuin (...), vi el cielo abierto -dice-. Yo -explica, mostrando conexiones,- había conocido en Bayona al célebre *Manco*, y recordé que, aunque muy bruto, hacía alarde de generosidad e hidalguía en todas las ocasiones que se le presentaban"<sup>27</sup>.

Consigue Jenara llegar hasta él, "apelando a mis bolsillos", dice -señalando con el efecto repetido de este "mismo talismán" que también allí era posible el soborno-, pero, al entrar en la habitación en que se hallaba Albuín con otros guerrilleros, reconoció aterrada a su marido, Carlos Garrote, en otro hombre que, "apoltronado en un sillón", dormía "tranquilamente con ese sueño del guerrillero cansado que acaba de recorrer dos provincias y marear a dos ejércitos", y, al reaccionar, salió corriendo hasta su coche y huyó de aquel pueblo, "en dirección a Tremp", entre burlones gritos de quienes a su paso decían: "¡La

---

<sup>26</sup> "Los Cien mil hijos de San Luis". Cit., p 1642.

<sup>27</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1642 y 1643.

mujer loca, la mujer loca!"<sup>28</sup>.

Las expresiones de Jenara se hacen entonces claramente contrarias al ambiente propio del que antes llamaba "mi casa" y ahora "execrable pueblo de bandidos" y "sepulcro de mi edad feliz," y su antes grato viaje hacia la Seo de Urgel se trueca, simbólicamente, en algo insufrible.

Llegada a la Seo "el 14 de agosto" de 1822, se ve obligada a olvidarse inicialmente del "cautivo de Benabarre" por la apremiante actitud de Mataflorida: "Infórmeme usted de lo que trae -le dice éste-, pues no hay tiempo que perder. Hoy mismo constituiremos la Regencia"<sup>29</sup>.

Señalada así esta fecha, en la que Galdós se adhiere a la dada, entre otros, por Vayo<sup>30</sup>, se ocupa a continuación, según vamos a ver, de la personalidad de los regentes, del acto en sí y de su significado<sup>31</sup>.

### 5.1.3.3. *Personalidad de los Regentes*

Refiriéndose a Mataflorida, y destacando la preeminencia que sobre los otros daba a éste su relación con el Monarca, dice Jenara:

"Más de dos horas estuvimos departiendo. El, como hombre muy ambicioso y que gustaba de ser el primero en todo, recibió con gusto las instrucciones reservadísimas, que le daban gran superioridad entre sus compañeros de Regencia. Eran éstos: el barón de

<sup>28</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1643 y 1644.

<sup>29</sup> "Los Cien mil...", Cit., p 1644.

<sup>30</sup> Op. Cit., T II, p 360.

<sup>31</sup> El profesor Artola indica que esta Regencia "se constituyó el 12 de agosto", y "el 15 (...) se celebró la ceremonia de la proclamación de Fernando VII en todos sus derechos de soberanía" (ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 786.) También el M. de Miraflores, sin excluir lo anterior, dice que "apareció el 15 de Agosto en la escena política" ("Apuntes...", Cit., p 161.); pero este último autor, en su extenso grupo de documentos N° XLIX ("Documentos a los que se hace referencia en los *Apuntes...*", Cit., T II, pp 32-92.), recoge, además del "Índice de los papeles del Archivo de la Regencia de Urgel" y varias proclamas del día 15 de Agosto, un "Decreto" en que esta Regencia dice -como Vayo y Galdós- "haber hecho su instalación en el día 14 del corriente" (agosto de 1822) y "manda que en el día 15 siguiente, se haga una solemne proclamación del Señor Don Fernando VII", describiendo a seguido cómo había de ser este acto. (En MIRAFLORES, M. de: *Ibíd.*, p 87.)

Eroles y don Jaime Creux, arzobispo de Tarragona; ambos, lo mismo que Mataflorida, de clase humildísima, sacados de su obscuridad por los tiempos revolucionarios, lo cual no era un argumento muy fuerte en pro del absolutismo. Una Regencia destinada a restablecer el Trono y el Altar -dice Galdós, señalando vinculaciones en crisis,- debió constituirse con gente de abolengo. Pero la edad revuelta que corríamos -explica- lo exigía de otro modo, y hasta el absolutismo alistaba su gente en la plebe. Este hecho, que ya venía observándose desde el siglo pasado, lo expresaba Luis XV diciendo que la Nobleza necesitaba estercolarse para ser fecundada.

"De los tres regentes, -continúa Galdós/Jenara- el más simpático era Mataflorida, y también el de más entendimiento; el más tolerante, Eroles, y el más malo y antipático, don Jaime Creux. No puede decirse de estos hombres que habían marchado con lentitud en sus brillantes carreras. Eroles era estudiante en 1808, y en 1816 teniente general. El otro, de clérigo oscuro pasó a obispo, en premio de su traición en las Cortes del año 14"<sup>32</sup>.

Galdós, que ya se había referido a la rápida carrera del marqués de Mataflorida en Episodios anteriores<sup>33</sup>, parece eludirlo aquí para evitar repetirse. Por lo demás, su imagen de estos regentes resulta claramente deudora de la que da Vayo: "Tomada la Seo de Urgel -empieza diciendo éste-, Mataflorida vio el cielo abierto a su ambición, e invitó a don Jaime Creux, arzobispo preconizado de Tarragona, (...) y al barón de Eroles, que se titulaba general en jefe (Sic) del ejército de la fe, a que formasen parte de la regencia de que se constituía presidente en virtud de la autorización real"; y, señalada la "armonía" de Mataflorida y Creux en "opiniones políticas", así como su discordancia con Eroles -que participaba "de las ideas del ministerio francés y de Morejón"-, entra así de lleno en los hechos y aspectos que, tras él, destacará Galdós: "Quedó pues constituida en Urgel el 14 de Agosto la regencia con los tres individuos indicados: Mataflorida presidente, Creux y Eroles. Observemos de paso -dice Vayo- la fuerza de las ideas del siglo que todo lo arrolla saltando por encima de las miserias humanas: mientras aquellos tres insensatos se reunían

---

<sup>32</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1644.

<sup>33</sup> Por ejemplo en "La segunda casaca". Cit., p 1373.

para acabar con los principios liberales, ofrecían en sí propios el ejemplo del poder de esos mismos principios. Hijos todos del pueblo, debían a la emancipación social su encumbramiento al poder supremo, a que nunca hubieran llegado si prevaleciesen en su pristino esplendor los privilegios de la edad media que querían resucitar. Mataflorida, desde la nada donde yacía, había vendido su honor en las Cortes del año 14 para comprar el marquesado: a igual origen debía Creux, clérigo oscuro, la mitra, y Eroles, simple estudiante en 1808, se ostentaba ya en 1816 con la banda de teniente general"<sup>34</sup>. Nada dice Galdós del *Gabinete* designado por Mataflorida ni de la creación de una "Junta provincial formada por un vocal de cada corregimiento", quizá por que, según señala el profesor Artola al referirse a ellos, "ninguna de estas autoridades parece ser tuvo mayor ocasión de ejercer sus atribuciones"<sup>35</sup>. Su atención se centra en otros hechos que, siendo quizá más novelables, parecen resultarle, sobre todo, más aleccionadores para sus coetáneos.

#### 5.1.3.4. *El acto de la proclamación y su significado*

"Las ceremonias con que quisieron celebrar los triunviros el establecimiento de la Regencia", fiel y detalladamente reconstruidas por Jenara/Galdós, reflejan, junto al espíritu teocrático que animaba a sus protagonistas, la enemiga ironía del narrador: "Después de publicar su célebre Manifiesto -cuenta Jenara-, proclamaron solemnemente al Monarca, *restituyéndole a la plenitud de sus derechos*, según decíamos entonces. Levantóse en la plaza de la Seo un tablado, sobre el que un sacristán, vestido de rey de armas, gritó: '¡España por Fernando VII!', y luego dieron al viento una bandera, en la cual las monjas habían bordado una cruz y aquellas palabras latinas que quieren decir: *Por este signo vencerás*. Los altos castillos que coronan los montes en cuyo centro está sepultada la Seo, hicieron salvas, y aquello en verdad parecía una proclamación en toda regla."

Y, destacando la mezcla de política y religión que en todo el acto se manifiesta -como

<sup>34</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 360-361.

<sup>35</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 786.

pasaba al referirse a los guerrilleros frailes-, continúa así Jenara:

"Después de la ceremonia política hubo jubileo por las calles y rogativa pública, a que concurrió el obispo con todo el clero armado y el cabildo sin armas. Era un espectáculo edificante y al mismo tiempo horroroso. Daba idea de la inmensa fuerza que tenían en nuestro país las dos clases reunidas, clero y plebe; pero los frailes armados de pistolas y los guerrilleros con vela, el general con su Crucifijo y el arcediano con espuelas movían a risa y a odio juntamente. El ejército de la Fe, uniformado sólo con la barretina, habría parecido un ejército de pavos si no estuviera bien probado su indomable valor"

Por fin, la descripción va dando paso a la descalificación personal del acto -que se siente proyectada sobre otros semejantes de la propia época- al concluir: "Yo veía aquella procesión chabacana, horrible parodia del levantamiento nacional de 1808, y aquellas espantosas figuras de curas confundidos con guerreros, como se ven las ficciones horrendas de una pesadilla. Tal espectáculo era excesivamente desagradable a mi espíritu, y la bulla del pueblo me ponía los nervios en lastimoso desorden. Semejante Carnaval en Urgel, que es, sin disputa, el pueblo más feo de todo el mundo, era para enfermar y aun enloquecer a cualquiera. Mi privilegiada naturaleza me salvó"<sup>36</sup>.

Recogida esta expresiva e histórica estampa del ambiente y circunstancias en que se funda la Regencia, Galdós, que ya ha aludido al "célebre Manifiesto" absolutista publicado por ella -identificado con el ya conocido talante político de Mataflorida- y al carácter "más

---

<sup>36</sup> "Los Cien mil...". Cit., pp 1644-1645. Aun a riesgo de resultar reiterativos, hemos de señalar nuevamente la gran similitud que, salvo ciertos adornos, puntualizaciones y reestructuración de Galdós, existe entre este texto y el de Vayo, especialmente en su primer párrafo: "Apenas se organizó la regencia -dice éste-, mandó proclamar solemnemente al monarca, con cuyo objeto levantaron un tablado en la plaza, sobre el cual el rey de armas y el alférez mayor gritaron: 'España por Fernando VII,' enarbolando una bandera dispuesta por los regentes, con una cruz y el lema de '*in hoc signo vinces*;' y que tenía en el otro lado las armas reales. Con este acto declararon restituido a la plenitud de sus derechos, según el lenguaje de la época, al príncipe español: copia ridícula y afectada de aquellas entusiasmadas proclamaciones que en 1808 eran espontáneas e hijas del corazón en la muchedumbre. No menos vistoso y digno del pincel histórico fue el espectáculo que presentó la plaza de Urgel, al recorrer las calles en rogativa por orden de la regencia los individuos de ésta, acompañados del obispo, cabildo, clero, autoridades, estado mayor y guarnición con el pendón de la cruz en la mano. Veíanse muchos frailes ceñidas las espadas por encima de los hábitos, con el crucifijo pendiente del cuello, y debajo el puñal, y el cordón seráfico sosteniendo las pistolas; oficiales con el gorro largo encarnado de los catalanes, y los obispos de paz presidiendo aquella nueva cruzada en que trages (Sic) y costumbres grotescas recordaban épocas remotas." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, pp 362-363.

tolerante" del barón de Eroles, no entra aquí, como hace Vayo, en el contradictorio contraste existente entre "la tiranía" proclamada en esta "declaración de la regencia" y "el gobierno representativo" que se defendía en la simultánea proclama particular del barón de Eroles -firmante también de la primera-, ni sobre el reconocimiento de la Regencia por representantes de diversos grupos *realistas*, a los que luego sí se referirá<sup>37</sup>. La imagen galdosiana de este núcleo *realista* queda así; pero esta imagen particular resulta inmediatamente complementada, como veremos luego, por su contraposición a la España constitucional, cuyo resurgir en Cataluña se anuncia sin solución de continuidad, tras referir la fundación de la Regencia.

El enlace entre una y otra España se produce, a la vez que se indican las simbólicas tendencias de Jenara a acercarse a la liberal, mostrando su repulsa hacia C. Garrote y su inclinación hacia Monsalud: incapaz Jenara de volver a Benabarre para liberar a Monsalud mientras se hallase allí su terrorífico marido, supo "al fin" que éste, "uniéndose a Jeps dels Estanys, había pasado a la alta Cataluña". Corrió entonces a aquel pueblo, "llena de esperanza" y "cargada de órdenes de Mataflorida y del mismo Eroles, que acababan de ponerse a la cabeza de la insurrección catalana", pero no encontró allí "ni un solo partidario del realismo (...); el castillo había sido volado, y el mísero cautivo (...) trasladado a otro punto." Además, la compleja y comprometida Jenara, que antes huyó de aquel pueblo por miedo a los guerrilleros, salió ahora huyendo "a Francia" porque

---

<sup>37</sup> Las observaciones de Vayo sobre la aludida contradicción, los textos reproducidos para mostrarla y su relación de reconocimientos de la Regencia pueden verse en su Op. Cit., T II, pp 361-364, y en MIRAFLORES, M. de: "Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes...", Cit., N° XLIX, especialmente pp 80-92, de donde probablemente los tomó Vayo. Es notable también aquí, cómo en relación con esta "declaración de la Regencia" destaca Vayo "la falacia" con que, *falsa y traidoramente*, se intentaba "engañar a los incautos" haciéndoles creer que existía una voluntad reformista y que las "conjuraciones continuas contra la vida de S. M. (...) desde el año 14 (...) han (habían) impedido la ejecución de las felices medidas que el rey había ofrecido y tenía meditadas". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 361. La intención *renovadora* de esta proclama es, sin embargo, defendida en nuestros días por una parte de la historiografía (Véase, por ejemplo, COMELLAS, J-L.: "Los realistas en el Trienio Constitucional", Cit., pp 94 y Sgts., especialmente pp 102-103 y 106-110), pero, según indica el profesor Artola, estos documentos parecen delatar la "nada *renovadora*" actitud de Mataflorida, defensor en todo momento de los "principios puramente monárquicos" (ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 786.). Principios que eran tanto como dejar al rey discrecionalidad absoluta para realizar o no esas *felices medidas* que, cuando más, sólo se pronostican, aunque entonces se quisiera, porque así interesaba -según sugiere la correspondencia entre Mataflorida y Eroles-, dar mañosamente la sensación de que se ofrecían o prometían con alguna garantía.



-reflejando el clima de guerra civil existente allí- corrió por el pueblo esta para ellos "horrible voz: '¡Los liberales! ¡Que vienen los liberales!'"<sup>38</sup>.

Enlaza así también Galdós, al mismo tiempo, con el plano novelesco, en el que, genialmente, viene creando esas simultáneas y emotivas situaciones que, según vamos viendo a lo largo de este trabajo, acompañan y se asemejan a los hechos de historia externa cual si fueran su sombra, completándolos con imágenes de ambientes, tipos y símbolos diversos en un sólido entramado de conjunto. En este plano, es destacable nuevamente la significación de Jenara, cuya simultaneidad de crisis con la élite social española hace sentir común a ésta el conflicto interior que, según vamos a ver, refleja aquella al chocar sus anteriores circunstancias personales con inclinaciones que recuerdan el desarrollo de una parcialidad liberal.

## **5.2. LA ESPAÑA CONSTITUCIONAL ANTE LA AMENAZA DE INTERVENCION EXTRANJERA**

### **5.2.1. La simbólica relación y circunstancias de Jenara y Monsalud**

Antes de ocuparse propiamente de los hechos y circunstancias que la historiografía atribuye a la España constitucional, Galdós parece reflejar, en parte, su situación y tendencias -a la vez que prepara emocionalmente al lector- a través de los comportamientos de Jenara y Monsalud.

Jenara, mensajera absolutista -según dijimos- desde Bayona a Madrid, reconoce que sentía en su "alma la atracción de la Corte"; y aunque entonces no podía "descifrar claramente cuál objeto o persona me llamaban en ella -dice-, ni explicarme las anticipadas emociones que por el camino sentía", imaginando "maravillosos sueños e infinitos goces del alma, peligros vencidos y amables ideales realizados", acaba resultando que aquella atracción procedía de Monsalud, con el que, según se entreveía en las, intencionadamente

---

<sup>38</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1645.

crípticas, referencias que Galdós hacía en el "7 de Julio", se encontró en las Cortes<sup>39</sup>.

Aun sirviendo a la causa realista, Jenara muestra sus afectos en crisis y, como la élite social española -ya se dijo- tiene una parte de sí que la lleva a acercarse a Monsalud, el símbolo de la Revolución.

Recordando el fracasado intento *realista* del 7 de Julio, Jenara dice haber corrido peligro de ser encerrada por "los milicianos, borrachos de vino y patriotería", pero "vino en mi amparo -explica- un joven paisano y antiguo amigo mío, el cual en otras ocasiones -se refiere, según se sabe, a su simbólico noviazgo durante la primera fase de la revolución liberal española- había ejercido en mí vida influencia muy decisiva, semejante -indica de nuevo con misterio,- a la de las estrellas en la antigua cábala de los astrólogos"<sup>40</sup>.

Al recordar su viaje de Madrid a Urgel, Jenara reproduce y explica la imagen presentada ya por Galdós en el Episodio anterior, afirmando que hubo de luchar "no poco" para que Monsalud la acompañase, pues "a pesar de la propensión de su carácter a ciertas locuras -las que le corresponden como Revolución- y del considerable dominio que yo -asegura Jenara, con polivalencia de élite social,- empezaba a ejercer sobre él, se resistía tenazmente, alegando motivos poderosos", aunque al fin "abandonó todo", "su madre y su casa" -en la que, según sabe el lector, empezaba a tener importancia la, todavía menor, influencia de Solita-, si bien estuvo "hasta última hora (...) vacilante."

El espíritu revolucionario representado por Monsalud atraía, pues, y se hallaba dominado por Jenara, por la élite social. Es cierto, recuerda Jenara, como explicando comportamientos anteriores y el debilitamiento de su inercia absolutista, que "aquel hombre había sido enemigo mío, o, más propiamente, de mi esposo. (...) Sucesos lamentables, (...) caprichos y vanidades mías, me separaron de él (...). Durante algún tiempo -añade, aludiendo, significativamente, según sabe el lector, al sexenio 1814-1820,- estuve creyendo que le odiaba; pero el sentimiento (...) era (...) una antipatía arbitraria y voluntariosa", por cuya causa "siempre le tenía -asegura- en la memoria y en el pensamiento." Además,

---

<sup>39</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1637.

<sup>40</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1638.

"siempre que ocurría algo grave en la vida de él o en la mía, tropezábamos providencialmente el uno con el otro, como si el alma de cada cual, viéndose en peligro, pidiese auxilio a su compañera.

"En mi -continúa Jenara- se verificó una crisis singular (...), llegué a aborrecer todo lo que mi esposo amaba y amar todo lo que él aborrecía". Reconoce, al fin, que, ya en 1819 -cuando la sociedad española tendía a su revolución-, ella llegó a *estimar* a Monsalud, al que supone que tampoco debía de resultar "muy aborrecible" desde "que le arranqué -dice, recordando su simbólica liberación del 9 de marzo de 1820,- de las furibundas manos de mi marido".

Al encontrarse con Monsalud en Madrid, ambos se dieron cuenta de que estaban "muy solos" y de que eran muy semejantes sus "caracteres"; se maravillaron al "ver -dice Jenara- tan extraordinaria fraternidad en nuestras almas. ¡Ser de este modo, haber nacido el uno para el otro, y, sin embargo, -como había pasado con la élite española y la Revolución- haber estado dándonos golpes en las tinieblas durante tanto tiempo!"<sup>41</sup>.

Todavía Jenara, asumiendo -entre veladas ironías de Galdós- la condena que algunos hacían de la sociedad española unida a la Revolución, reconoce "la responsabilidad de mi culpa -dice- y de haber faltado claramente a la ley de Dios" por este segundo noviazgo con Monsalud, sin que la eximan de ella -este sería el juicio de los absolutistas todavía en 1877- "ni las atrocidades de mi (su) marido", símbolo del absolutismo más cerril, ni la "espantosa soledad en que (...) estaba -que puede entenderse desatención a la sociedad real-, ni los mil escollos de la vida en la Corte -con su mayor movilización política-, ni las grandes seducciones morales y físicas de mi (su) paisano y dulce compañero de la niñez", que pueden entenderse los valores de la Revolución<sup>42</sup>. "Salimos de Madrid -afirma Jenara- en una noche de julio"<sup>43</sup>. "No recuerdo -asegura luego- "días más placenteros que los de

---

<sup>41</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1639 y 1640.

<sup>42</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1640.

<sup>43</sup> Se produce entonces la contradicción, según indicábamos antes, de que Jenara y Monsalud salgan en Julio, cuando éste había estado hablando en Madrid de un ministerio nombrado el día 5 de Agosto; pero  
(continúa...)

aquel viaje". Adopta entonces el nombre de "marquesa de Berceo", con lo que sus días felices se vinculan a la compañía de Monsalud y, a la vez, nuevamente al nombre de G. de Berceo, que -según se dijo al referirnos a la felicidad de Solita en la casa del Prado Viejo- vinculaba la suya a la compañía de la Virgen, representada en aquel "*prado de flores bienolientes*" a que aludimos antes<sup>44</sup>.

Monsalud, "una especie de marqués de Berceo" por su fingida condición de "esposo" de Jenara, "era menos feliz que yo -dice ésta- a causa de los deberes y las afecciones que había dejado atrás", que no conseguía hacerle olvidar "por ser él -como la Revolución, cabe pensar,- menos dueño de sus acciones que yo, y aún si se quiere, menos egoísta". Cautivado por Jenara, es también defendido por ella frente a los guerrilleros absolutistas de Benabarre, aunque, como la Revolución en aquella zona, quede preso y sepultado por éstos mientras Jenara, que continúa su viaje hacia la Seo llevada por sus inercias absolutistas, siente que se dejaba el "corazón" y la "felicidad" junto al preso de aquel pueblo<sup>45</sup>.

Parece evidente -pero no queremos omitirlo- que esta separación refleja *típicamente*, como tantas otras violencias a que hemos aludido, los desgarrones que en las relaciones humanas producían el fanatismo político y la guerra civil, que Galdós condena en todo momento para provocar el rechazo a las existentes en su época, pero ello no obsta para el simultáneo valor simbólico que venimos atribuyendo a esta relación.

Confirmando ésta línea simbólica, el desagrado de Jenara ante el "Carnaval de Urgel", ante las "espantosas figuras de curas confundidos con guerreros" y ante aquella fusión de "clero y plebe", así como sus posteriores intentos de liberar a Monsalud, parecen un feliz presagio del resurgir, siquiera momentáneo, de la Revolución en aquella zona, cuya

---

<sup>43</sup>(...continuación)

esto no es necesariamente un error de Galdós, sino el intento de subrayar como novelador algún efecto, que en este caso puede ser el contraste entre las tensiones y miedos de Jenara, que al dejar "de oír el rugido de la Milicia victoriosa -más propio de los días inmediatamente siguientes a la victoria-, me pareció -dice- que entraba en el cielo". *Los Cien mil Hijos de San Luis*, Cit., p 1640.

<sup>44</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1640 y 1641.

<sup>45</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1640-1644.

restitución al Gobierno constitucional, por la acción militar de Espoz y Mina, es simultánea, según vamos a ver, a la liberación de Monsalud.

### 5.2.2. La acción contraguerrillera: Espoz y Mina

Galdós da aquí por terminado el "primer fragmento" de las supuestas *Memorias* de Jenara, cuyo protagonismo conlleva el conocimiento de las iniciativas que, desde dentro y fuera de España, conducen a la Regencia de Urgel. Al pasar a ocuparse de la España constitucional y mirar las cosas desde este punto de vista, Galdós dice hacerlo "con relaciones propias".

Desde esta nueva perspectiva, el primer problema que se destaca es, precisamente, la **proliferación de partidas realistas**, que, entre el Ebro y los Pirineos, tenían medio sepultada -igual que a Monsalud- a la Revolución, y que ahora se ven como enemigas, según reflejan hasta las mismas calificaciones *-horribles, asoladoras-* que, con la presumible intención de descalificarlas ante sus coetáneos, les aplica Galdós.

Ello, en el verano de 1822, era grave: "No podía decirse propiamente -pondera- que había partidas en el Norte, sino que todo el Norte, desde Gerona hasta Guipúzcoa y desde el Pirineo hasta las inmediaciones del Ebro, ardía con horrible llamarada absolutista. Quesada, a cuyo lado despuntaba un precoz muchacho llamado Zumalacárregui, dominaba en Navarra, juntamente con Guergué y don Santos Ladrón; Albuín, Cuevillas y Merino asolaban la tierra de Burgos; Capapé, la de Aragón; Jeps dels Estanys, *el Trapense*, Romagosa y Caragol, la de Cataluña, donde el barón de Eroles trataba de formar un ejército regular con las desperdigadas gavillas de la Fe. Muchos frailes del país -insiste Galdós-, empezando por los aguerridos capuchinos de Cervera que habían escapado del furor de las tropas liberales, y concluyendo por los monjes de Poblet, que tanto trabajaron en la conspiración, formaban en las filas del *Manco*, de Capapé o de Misas"<sup>46</sup>.

Esta situación -descrita, según se ve, por Galdós con precisa puntualización de caudillos y zonas,- aumenta su importancia relativa al empezar el autor destacando el celo

---

<sup>46</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1645-1646.

gubernamental para combatirla: "La primera determinación del Gobierno popular que sucedió al de Martínez de la Rosa, después de las jornadas de julio, -dice Galdós, señalando el cambio de talante que este hecho implicaba,- fue nombrar general del ejército del Norte al rayo de las guerrillas, al Napoleón navarro, don Francisco Espoz y Mina. En medio de su atolondramiento, los siete ministros, a quienes la Corte llamaba los *Siete Niños de Ecija*, no carecían de iniciativa y de cierta arrogancia emprendedora, que por algún tiempo les permitió sostenerse en el Poder con prestigio. El nombramiento de Mina y aquella orden que le dieron de hacer tabla rasa de las provincias rebeldes -reitera- no pudieron ser más acertados"<sup>47</sup>.

La dureza contraguerrillera de Espoz y Mina se muestra, pues, proyectada con ese carácter, olvidando quizá algunas de las muchas diferencias existentes entre esta situación y la de la guerra de la Independencia: "El gran guerrillero no necesitaba muy vivas excitaciones para sentar su pesada mano a los pueblos. Navarros y catalanes le conocían. Pero antaño había hecho la guerra con ellos, y ahora debía hacerla contra ellos, lo cual era muy distinto. Antes se batía contra tropas regulares, y ahora con ellas perseguía las partidas. Bien se ve que el coloso de las guerrillas estaba fuera de su natural esfera y asiento. Tenía que hacer el papel del enemigo durante la guerra de la Independencia"<sup>48</sup>.

Pese a "esta desventaja -valora Galdós-, empezó con muy buen pie (...). Mina tomó el mando de las tropas de Cataluña, y al poco tiempo -se explica, tomando partido,- el aspecto de la campaña principió a mudarse favorablemente a **nuestras** armas -sin negrilla en el original-. En 24 de octubre -continúa-, después de obligar a los facciosos a levantar el sitio de Cervera, arrasó a Castellfollit, poniendo sobre sus ruinas el célebre cartel que decía: 'Aquí existió Castellfollit. Pueblos, tomad ejemplo y no deis abrigo a los enemigos de la Patria'".

---

<sup>47</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis", Cit., p 1645. Según señala el profesor Artola, "la elección de Mina para el mando de la 7ª región militar (Cataluña)", apenas sustituidos los *moderados* por los *exaltados* en el Gobierno, venía a simbolizar el paso "de la captación a la represión". *La España de Fernando VII*, Cit., p 797.

<sup>48</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1645.

E, insistiendo en esta *eficacia*, emulada en la recién terminada guerra carlista, cuando escribía Galdós, añade: "En noviembre tomó a Balaguer. En el mismo mes obligó a muchos facciosos a pasar la frontera en presencia del cordón sanitario con que nos amenazaban los franceses. El 20 de enero -dice Galdós, trayendo aquí la referencia a este hecho, posterior, que destaca, por acumulación, la expeditiva violencia de esta campaña-, uno de los suyos, el brigadier Rotten, jefe de la cuarta división del ejército de Cataluña, hacía sufrir a San Lloréns de Morunys el tremendo castigo de que había sido víctima Castellfollit, diciendo a las tropas en la orden del día: 'La villa esencialmente rebelde llamada San Lloréns de Morunys será borrada del mapa'"<sup>49</sup>.

Pero el carácter rechazable de estas violencias -evocadoras de las recientemente vividas por Galdós y sus coetáneos- se destaca también de modo expreso comentando: "Aquel destructor de ciudades señalaba a cada regimiento las calles que debía saquear antes de dar principio a la operación de borrar del mapa." El procedimiento no era nuevo, y "no de otra manera procedió Hoche en la Vendée; pero este sistema de *borrar del mapa* -opina y condena Galdós- es algo expuesto, sobre todo en España"<sup>50</sup>.

Sin embargo, estas eran, según dice irónicamente, "las suaves razones" con que "Rotten iba convenciendo a los rebeldes catalanes" mientras Mina tenía puesto "sitio a la Seo de Urgel" -considerada núcleo vital de la guerra en Cataluña-, desde "el 8 de diciembre" de 1822<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1645 y 1646. Tanto la referencia general al cambio de "aspecto" de esta guerra en Cataluña, como a todos estos hechos se halla, en términos muy parecidos, en Vayo, que recoge el texto en que Espoz y Mina se refiere a los suyos en el "Estracto (Sic) de la vida pública de Mina, dado a luz en Londres por él mismo en 1825", y enlaza, como aquí Galdós, la destrucción de Castellfollit y San Lloréns de Morunys al referirse, páginas después, a la destrucción y saqueo de éste entre las "Crueldades en Cataluña". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 11-13, 32 y 441.

<sup>50</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1646.

<sup>51</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1646. El valor políticomilitar de la Seo de Urgel es señalado por la condesa de Espoz y Mina, esposa del General, cuando opina que otros militares liberales habían fracasado en Cataluña "porque allí presentábase el bando contrario favorecido con una titulada Regencia que, aunque fuese ilegal, daba cierto aire de autoridad y firmeza a sus disposiciones para alucinar a los vacilantes"; idea que concuerda con la que luego le transmitiría el propio Espoz y Mina, que, según le decía en sus cartas, "disponía el sitio de las fortalezas de la Seo de Urgel, centro de la rebelión y apoyo (continúa...)"

El carácter destructor de esta campaña, cuya crueldad se asocia sobre todo al caso de Rotten, se destaca, además, al generalizar Galdós diciendo que sus soldados hallaron a Monsalud "en *uno* -cursiva nuestra- de los pueblos demolidos y arrasados, precisamente en aquel mismo San Lloréns de Morunys, llamado también Piteus," cuyo saqueo se muestra como ejemplo, entre otras cosas, de la aludida organización por calles: "Para que el saqueo se hiciera con orden -escribe Galdós-, Rotten dispuso que el batallón de *Murcia* trabajase en las calles de Arañas y Balldelfred; el de *Canarias*, en las calles de Frecsures y Segories; el de *Córdoba*, en la de Ferronised, dejando los arrabales para el destacamento de la *Constitución* y la caballería. Lo mismo en la orden de saqueo que en la de incendio, que le siguió, fueron exceptuadas doce casas, que pertenecían a otros tantos patriotas"<sup>52</sup>.

El hallazgo de Monsalud en "un hondo sótano o mazmorra, (...) ahogado, o más propiamente dicho, un cadáver viviente", y los denuestos contra "los facciosos por la crueldad usada con aquel infeliz", "víctima del furor de las hordas absolutistas", vienen a indicar que la crueldad era mutua entre ambos bandos de aquella guerra civil. Así lo muestran, por otra parte, algunas de las respuestas con que, según veremos en el próximo apartado, se pone a Monsalud -y al lector- al corriente de la situación política en el "15" de "enero" del "año 1823"; y, especialmente, el ambiente y violentos sucesos que se siguen refiriendo de esta campaña<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup>(...continuación)

de la intrusa regencia de aquel nombre", convencido de que en cuanto "lograse rendirlas (...) podía darse por terminada la guerra en Cataluña" *Memorias*, Cit., pp 54-55 y 69. Así venía a resultar, en una especie de contrapartida a las ventajas del carácter aglutinador, coordinador y representativo de la Regencia, porque, según señala el profesor Artola, el establecimiento del Gobierno de ésta "en un lugar determinado del territorio -"un lugar que el honor y la política exigiría defender por todos los medios"- ofreció a Mina una oportunidad para atacarlo que las partidas no concedieron nunca a sus predecesores". (ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., p 789.) Oportunidad de atacarla, y derrotarla, que Mina trataría de aprovechar, según sugiere su aludida frase.

<sup>52</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1646. Vayo destaca la fría violencia de este saqueo, hecho "en virtud de una orden general de don Antonio Rotten, que **señalaba a cada batallón la calle que debía saquear**", pero no detalla su reparto, como hace Galdós. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 32. Sin negrilla en el original.

<sup>53</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1646-1648. La crueldad de esta guerra se halla especialmente destacada, desde un punto de vista antiliberal, por Rafael Gambra, que la califica como "la  
(continúa...)"



Las palabras del recién liberado Monsalud al conocer la situación evocan las que el radical don Patricio Sarmiento decía en marzo de 1822, al empezar la acción del "7 de Julio": "Tremendos días vienen (...) -dice ahora Monsalud-. Si los absolutistas vencen, no podremos vivir aquí. O ellos o nosotros. Hay que exterminarlos -añade, mostrando la excluyente violencia ambiental,- para que no nos exterminen." La respuesta que le da el ya conocido Rafael Seudoquis<sup>54</sup>, indica que aquellos deseos eran ya una tarea empezada: "Diga usted que si hubiera muchos brigadieres Rotten pronto se acababa esa casta maligna. Fusilamos realistas por docenas, sin distinción de sexo ni edad, ni formalidades de juicio... ¡Ay del que cae en nuestras manos! Nuestro Brigadier dice que no hay otro remedio, ni entienden más razón que el arcabuzazo. Ayer hicimos 14 prisioneros en San Lloréns. Hay de toda casta de gentes: mujeres, hombres, dos clérigos, un jesuita que usa gafas, un escribano de setenta años, una mujer pública, dos guerrilleros inválidos; en fin, un muestrario completo. El jefe les ha sentenciado ya; pero como esto no se puede decir así, se hace la comedia de enviarles a la cárcel de Solsona, y por el camino, cuando viene la noche y se llega a un sitio conveniente..., *pim, pam...*, se les despacha en un santiamén, y a otra"<sup>55</sup>.

Este comportamiento se defiende entonces como necesario por el mismo Monsalud, que -en una de esas frecuentes ironías complejas y cruzadas de Galdós,- se acoge al principio de "ojo por ojo y diente por diente" y que, estimándolo un castigo por su sepulcral encierro y crueles tormentos, lo asocia nada menos que con "la mano justiciera que baja del Cielo."

Sin embargo, todo indica a partir de entonces que se siente culpable por esta conducta y que el espíritu revolucionario pierde fuerza. Tanto él como Seudoquis confiesan su **pérdida de fe en la causa liberal**. Tenían "muchísima fe" cuando se conocieron en la

---

<sup>53</sup>(...continuación)

más feroz e inhumana entre nuestras luchas civiles". "La primera guerra civil de España: 1820-1823", Madrid, 1949, pp 44-45. Cfr. PABON Y SUAREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., pp 148 y 173.

<sup>54</sup> Presentado en "La Segunda Casaca". Cit., pp 1409.

<sup>55</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1648-1649.

conspiración; se hubieran "dejado descuartizar por la Libertad (...) Nos parecía -recuerdan- que de nuestras manos iba a salir, acabada y completa, la más liberal y al mismo tiempo la más feliz nación de la tierra." Ahora, por el contrario, el simbólico Monsalud manifiesta no tener "ninguna" fe; "pero tengo odio -añade-, y por el odio que siento contra mis carceleros, estoy dispuesto a todo, a morir matando facciosos, si el general Mina quiere hacerme un hueco entre sus soldados." Y Seudoquis, que es uno "de los que con más gana, con más convicción y hasta con verdadera ferocidad han gritado: '¡Constitución o muerte!'", le contesta, destacando junto al odio otro sustitutivo de la fe para mantener aquella campaña: "Pues yo (...) no tengo fe; tampoco tengo odio muy vivo; (...) el deber militar suplirá en mí la falta de estas dos poderosas fuerzas guerreras. Pienso batirme con lealtad -añade- y llevar la bandera de la Constitución hasta donde se pueda." Pero Galdós -manifestando su rechazo hacia una Revolución sin fe, sin ideales, movida por el odio o la disciplina militar- señala a través de Monsalud que "eso no basta (...). Para este conflicto nacional -dice éste- se necesita algo más"<sup>56</sup>.

Todo hace pensar que Galdós, como Seudoquis y Monsalud, echa en falta en "este conflicto nacional" una voluntad de entendimiento, algo que acabase con aquella cruel guerra civil intermitente, que aún se mantenía en su época -guerras cantonalista, carlista y cubana-, según hace notar expresamente Galdós en 1877 a sus lectores, cuando Jenara, tras comentar la mudanza producida con el tiempo en otras cosas, lamenta: "Lo que siempre está lo mismo es mi país, que no deja de luchar un momento por la misma causa y con las mismas armas, y si no con las mismas personas, con los mismos tipos de guerreros y políticos. Mi país -dice gráficamente- sigue siempre a la calesera"<sup>57</sup>.

Así lo viene a confirmar, por otra parte, su citado drama "La fiera" (1896), que contiene una propuesta de reconciliación, materializada allí en el amor y unión de Susana y Berenguer.

---

<sup>56</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1649 y 1650.

<sup>57</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1641. En cuanto a esta expresión, ya antes había dicho Jenara que a la "variedad en los pareceres y terquedad para sostenerlos" llamaba ella "enjazar los entendimientos a la calesera, es decir, a la española". *Ibidem*, p 1636.

La crueldad y carácter excluyente de aquella guerra se destaca especialmente en las palabras del "brigadier Rotten, (...) un hombre muy rudo y fiero" que, según dijo "aquella misma tarde" a Monsalud, "se había propuesto hacer la guerra de exterminio, quemando, arrasando y fusilando, en la seguridad -ironiza Galdós- de que **la supresión de la Humanidad traería infaliblemente el fin del absolutismo**"<sup>58</sup>.

Estas esperpénticas hipérboles, con las que Galdós parece intentar un cambio actitudinal de quienes, todavía en 1872-1876, seguían defendiendo posturas de tipo parecido, se apoyan, según vamos viendo, en imágenes históricas. Así, a lo dicho sobre Castellfollit y San Lloréns de Morunys se une que este brigadier, que era "bastante parecido, en genio y modos, a don Carlos España" -según dice Galdós, señalando una figura equivalente del otro bando-, aconsejó a Monsalud "que viera al general Mina, en cuyo ejército había varias partidas de contraguerrilleros, organizadas disciplinariamente", y al cual se iba a trasladar -informa Rotten- el "batallón de *Murcia*, que le había sido reclamado por el General en jefe para reforzar el sitio de la Seo" -en el que habría, según vamos a ver, nuevas imágenes de crueldad-, mientras él (Rotten) "pasaba a la provincia de Tarragona con todas las (demás) fuerzas de su mando"<sup>59</sup>.

Pero a las imágenes históricas se unen, como siempre, sirviéndolas y añadiéndoles su efecto emotivo, las novelescas: Monsalud, unido "sin vacilar (...) a los de *Murcia*, que iban hacia la Seo", salió al día siguiente "en dirección a Castellar, llevando el triste encargo de conducir a 14 prisioneros de San Lloréns de Morunys", con lo cual tiene ocasión de ver el "disgusto" de Seudoquis ante "comisión tan execrable" y de sobrecogerse al producirse el fusilamiento, cuya descripción por Galdós reproducimos como uno de tantos ejemplos del aludido intento de complementar emocionalmente las imágenes históricas:

"Púsose en marcha el regimiento, que más bien parecía cortejo fúnebre, y en uno de sus últimos carros iba Monsalud, viendo delante de sí a los infelices cautivos atraillados,

<sup>58</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1650. Sin negrilla en el original.

<sup>59</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1650.

algunos medio desnudos, y todos abatidos y llorosos por su miserable destino, aunque no se creían condenados a muerte, sino tan sólo a denigrante esclavitud.

"Camino más triste no se había visto jamás. Lleno de fango el suelo, cargada de neblina la atmósfera y enfriada por un remusgillo helado que del Pirineo descendía, todo era tristeza fuera y dentro del alma de los soldados. No se oían ni las canciones alegres con que éstos suelen hacer menos pesadas las largas marchas, ni los diálogos picantes, ni más que el lúgubre compás de los pasos en el cieno y el crujir de los lentos carros y los suspiros de los acongojados prisioneros. El día se acabó muy pronto, a causa de la niebla, que, al modo de envidia, lo empañaba; y al llegar a un ángulo del camino, en cierto sitio llamado *Los tres Roures* (los tres robles), el regimiento se detuvo. Tomaba aliento, porque lo que tenía que hacer era grave.

"Salvador sintió un súbito impulso de su alma cristiana. Eran los sentimientos de humanidad, que se sobreponían al odio pasajero y al recuerdo de tantas penas. Cuando vio que la horrible sentencia iba a cumplirse, hundió la cabeza, sepultándola entre los sacos y mantas que llenaban el carro, y oró en silencio. Los ayes lastimeros y los tiros que pusieron fin a los ayes hicieronle estremecer y sacudirse como si resonaran en la cavidad de su propio corazón. Cuando todo quedó en lúgubre silencio, alzando su angustiada cabeza, dijo así:

"-¡Qué cobarde soy! El estado de mi cuerpo, que parece de vidrio, me hace débil y pusilánime como una mujer... No debo tenerles lástima, porque me sepultaron durante seis meses, porque bailaron sobre mi calabozo y me injuriaron y escupieron, porque ni aun tuvieron la caridad de darme muerte, sino, por el contrario, me dejaban vivir para mortificarme más.

"El regimiento siguió adelante, y, al pasar junto al lugar de la carnicería, Salvador sintió renacer su congoja.

"'Es preciso ser hombre -pensó-. La guerra es guerra, y exige estas crueldades. Vale más ser verdugo que víctima. O ellos o nosotros.'

"Seudoquis se acercó entonces para informarse de su estado de salud. Estaba el buen capitán tan pálido como los muertos, y su mano ardiente y nerviosa temblaba como la del

asesino que acaba de arrojar el arma para no ser descubierto.

"-¿Qué dice usted, amigo mío? -le preguntó Salvador.

"-Digo -repuso el militar tristemente- que la Constitución será vencida"<sup>60</sup>.

Así, un hecho novelesco evoca y representa los hechos históricos del mismo tipo que suelen asociarse a la famosa *tartana de Rotten*, y a los que el mismo Vayo alude diciendo que los "brillantes hechos de armas" de Mina se veían tristemente oscurecidos por "la crueldad de algunos gefes (Sic), y los excesos (Sic) de otros de la misma provincia". A lo cual añade, como ejemplo de ello, que, "descubierta cierta trama en Manresa, fueron asesinados infamemente los conspiradores en el camino por la escolta que los trasladaba a Barcelona"<sup>61</sup>.

El mensaje de Galdós contra la crueldad de aquella guerra, nacida de la excluyente intransigencia entre los bandos, generadora de odios mutuos, reflejo en este caso del deterioro de la Revolución y causa de pérdida de fe en ella, se refuerza, además, destacando su efecto contraproducente, deslegitimador, al repetir tras varios *éxitos* cruentos que -en parte por ellos- "**la Constitución será vencida**". Galdós condena aquí la crueldad en sí. Su condena alcanza por igual a uno y otro bando de esta guerra fratricida, de esta *fiera* cuyas *dos cabezas* son "la idea exaltada y el orgullo despótico (que) la engendraron", según diría al volverla a utilizar como ejemplo típico en la coyuntura española de 1896<sup>62</sup>.

Pero si en su drama de 1896 el desenlace -que viere a ser, como decíamos, una propuesta de futuro montada en la ficción- es feliz (pues *la fiera* muere a manos de Berenguer, que junto con Susana ha sustituido el *ojo por ojo y diente por diente*, que alimentaba la venganza y la discordia, por el *corazón por corazón y alma por alma*, salvándose así por el amor), aquí, en la sujeción a los hechos históricos propia de "Los Cien mil Hijos de San Luis", lo que Galdós hace es señalar que no hay triunfo político verdadero con esa excluyente crueldad, que aunque haya victorias militares *la Constitución*

<sup>60</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1650-1651.

<sup>61</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 13 y 120.

<sup>62</sup> "La fiera", Cit., pp 439 y 466.

*será vencida.*

Es notable, en este sentido, la imagen que Galdós da de uno de los triunfos históricos más notables y sangrientos de aquella acción contraguerrillera, **la reconquista de la Seo de Urgel**:

Cuando Monsalud llegó con el regimiento *Murcia* "a Canyellas, donde Mina tenía su Cuartel general, frente a la Seo de Urgel", era, según dice Galdós, "el 25 de enero". "Habían pasado más de sesenta días -añade, equivocándose al contar o recogiendo un error que parece llegarle, a través de Vayo, desde el propio Mina<sup>63</sup>- desde que puso sitio a la plaza, -cosa que dice haber hecho "el 8 de diciembre"- y aunque la Regencia se había puesto en salvo llevándose el dinero y los papeles, los testarudos catalanes y aragoneses se sostenían fieramente en la población, en los castillos y en la formidable ciudadela.

"Mina, hombre muy impaciente, -continúa Galdós- tenía en aquellos días un humor de mil demonios. Sus soldados estaban medio desnudos, sin ningún abrigo y con menos ardor guerrero que hambre. A los 46 cañones que guarnecían las fortalezas de la Seo, el héroe navarro no podía oponer ni una sola pieza de artillería. El país en que operaba era tan pobre y desolado, que no había medios de que sobre él, como es costumbre, vivieran las tropas. Por carecer éstas de todo, hasta carecían de fanatismo, y el grito de '¡Constitución o muerte!' hacía ya muy poco efecto. Era como los cumplimientos, que todo el mundo los dice y nadie cree en ellos.

"Un invierno frío y crudo -se añade- completaba la situación, derramando nieves, escarchas, hielos y lluvia sobre los sitiadores, no menos desabrigados que aburridos."

Esta descripción de las circunstancias, conformes en todo con lo que el mismo Mina cuenta en el "Extracto (Sic) de su vida" -según texto recogido por Vayo en el citado lugar y página-, se sigue de una larga y apretada presentación de este general guerrillero<sup>64</sup>. En

---

<sup>63</sup> Véase VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 45.

<sup>64</sup> "Era -escribe Galdós- hombre de cuarenta y dos años, recio y avellanado, de semblante rudo, en que se pintaba una gran energía, y todo su aspecto revelaba al guerrador castellano más ágil que forzado. En sus ojos, sombreados por cejas muy espesas, brillaba la astuta mirada del guerrillero que sabe organizar las emboscadas y las dispersiones. Tenía cortas patillas, que empezaban a emblanquecer, y una piel bronca; las  
(continúa...)

ella cabe destacar que, según Galdós, este "hombre de cuarenta y dos años, (...) más ágil que forzudo", "fue, sin disputa, el primero entre los caudillos de partidas -negrilla nuestra-, pues tenía la osadía de Merino, el brutal arrojo del *Empecinado*, la astucia de Albuín y la ligereza del *Royo*." Es destacable también, respecto al carácter señalado a su campaña, que "sus crueldades, de las que tanto se ha hablado, no salían, como las de Rotten, de las perversidades de un corazón duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituían un plan como cualquier otro plan de guerra"<sup>65</sup>.

Por otra parte, reconociendo a Mina una filiación liberal que no siempre se le atribuye<sup>66</sup>, dice Galdós que Monsalud le conocía desde "1813", de "la conspiración", y

---

<sup>64</sup>(...continuación)

mandíbulas, así como la parte inferior de la cara, muy pronunciadas; la cabeza, cabelluda, y no como la de Napoleón, sino piriforme y amelonada, a lo guerrillero. No carecía de cierta sandunga su especial modo de sonreír, y su hablar era como su estilo: conciso y claro, si bien no muy elegante; pero si no escribía como Julio César, solía guerrear como él.

"No le educaron sus mayores, sino los menores de su familia, y tuvo por maestro a su sobrino, un seminarista calaverón que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó fusilado en América. Se hizo general como otros muchos y con mejores motivos que la mayor parte, educándose en la guerra de la Independencia, sirviendo bien y con lealtad, ganando cada grado con 20 batallas y defendiendo una idea política con perseverancia y buena fe. Su destreza militar era extraordinaria, y fué, sin disputa, el primero entre los caudillos de partidas, pues tenía la osadía de Merino, el brutal arrojo del *Empecinado*, la astucia de Albuín y la ligereza del *Royo*. Sus crueldades, de las que tanto se ha hablado, no salían, como las de Rotten, de las perversidades de un corazón duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituían un plan como cualquier otro plan de guerra. Supo hacerse amar de los suyos hasta el delirio, y también sojuzgar a los que se le rebelaron, como el *Malcarado*.

"Poseía el genio navarro en toda su grandeza; era guerrero en cuerpo y alma, no muy amante de la disciplina, caminante audaz, cazador de hombres, enemigo de la lisonja, valiente por amor a la gloria, terco y caprichudo en los combates. Ganó batallas que equivalían a romper una muralla con la cabeza, y fueron obras maestras de la terquedad, que a veces sustituye al genio. En sus crueldades, jamás cometió viles represalias, ni se ensañó, como otros, en criaturas débiles. Peleando contra Zumalacárregui, ambos caudillos cambiaron cartas muy tiernas a propósito de una niña de quince meses que el guipuzcoano tenía en poder del navarro. Fuera de la guerra, era hombre cortés y fino, desmintiendo así la humildad de su origen, al contrario de otros muchos, como don Juan Martín, por ejemplo, que, aun siendo general, nunca dejó de ser carbonero". "Los Cien mil..." Ed. Cit., Págs. 1651-1652.

<sup>65</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit. p 1651. El mismo Espoz y Mina hace algunas consideraciones, explicando en este sentido su proceder, al referirse a su destrucción de Castellfollit: "Esta medida -dice-, adoptada en el principio de la campaña, produjo los más felices resultados, evitó la efusión de sangre, y aceleró la pacificación de Cataluña." En "Extracto de su vida..." Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 12. Esta es también la idea defendida por su esposa, la condesa de Espoz y Mina, que considera esta decisión, *amarga*, comparable a la de "un cirujano que amputa con resolución un miembro por salvar de este modo la vida del enfermo que se entrega a su talento y conciencia" *Memorias*, Cit., pp 68-69.

<sup>66</sup> Ver AMARILLAS, M. de las: "Recuerdos". Cit., T II, p 21.

que "su amistad -con las implicaciones simbólicas que esto comporta- no era íntima, pero si cordial y sincera"<sup>67</sup>.

Escucha Mina a Monsalud *soltando* a cada crueldad relatada "alguna enérgica invectiva contra los facciosos", le invita a vengarse, ofreciéndole "el mando de una compañía" y, al aceptar éste diciendo que desea "hacer todo el daño posible a sus "infames verdugos, no asesinándoles, sino venciéndoles", le explica Mina sus proyectos para el asalto a la Seo, indicando, a la vez, que aquella crueldad era recíproca: "Cuando entremos en la Seo -dice-, no pienso perdornar ni a las moscas. *El Trapense*, -explica, repitiendo en ello Galdós lo dicho por Vayo<sup>68</sup>- al tomar esta plaza, pasó a cuchillo la guarnición. Yo -insiste Mina- pienso hacer lo mismo." Esta intención se recalca, además, una y otra vez, al afirmar Mina que ha "leído muy bien la cartilla" a los contraguerrilleros del *Cojo de Lumbier*, que, reflejando el clima de violencia, habían "jurado morir todos o entrar en la ciudadela antes de la Candelaria (...) Ya les he cantado muy claro -asegura Mina- que no tienen que hacerme prisioneros. No doy cuartel a nadie, absolutamente a nadie. Esa turba de sacristanes y salteadores -añade- no merecen ninguna consideración militar." Y todavía, cual si quisiera disipar cualquier duda de Monsalud, destinado a la aludida contraguerrilla, insiste: "...me haréis el favor de pasarme a cuchillo a toda esa gavilla de tunantes... Amigo mío, -le dice, con nueva ironía Galdós,- la experiencia me ha demostrado que esta guerra no se acaba sino por la ley del exterminio llevada a su último extremo"<sup>69</sup>.

Monsalud, estremecido y preocupado por tales proyectos, evoca entonces los traumas que, según se ha destacado en capítulos anteriores, se le asocian en cuanto símbolo de la Revolución, pues "no pudo apartar de su pensamiento la lúgubre fase que tomaba la guerra

---

<sup>67</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1652. Esta relación de Espoz y Mina con la Revolución es claramente señalada por V. de la Fuente -muy utilizado por Galdós- cuando afirma que "Mina estaba afiliado a la francmasonería desde antes de la conclusión de la guerra de la Independencia". *Historia de las sociedades secretas...*, Cit., T I, p 235.

<sup>68</sup> Op. Cit., T II, pp 317-318.

<sup>69</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1652.



desde que él imaginó poner su mano en ella"<sup>70</sup>.

Por otra parte, ponderando tácitamente la bravura, habilidad y empeño con que Mina y su ejército hubieron de luchar para tomar aquella plaza -importante sitio de lucha nuevamente en la reciente guerra carlista-, Galdós describe así las imponentes defensas que se unían a sus ya citados "46 cañones": "La Seo de Urgel está situada en la confluencia de dos ríos que allí son torrentes: el Segre, originado en Puigcerdá, y el Balira, un bullicioso y atronador joven enviado a España por la República de Andorra. Enormes montañas la cercan por todas partes, y tres gargantas estrechas le dan entrada por caminos que entonces sólo eran a propósito para la segura planta del mulo. Sobre la misma villa se eleva la ciudadela; más al Norte, el castillo; entre estas dos fortalezas, el escarpado arrabal de Castel-Ciudad, y en dirección a Andorra, la torre de Solsona. La imponente altura de estas posiciones hace muy difícil su expugnación: es preciso andar a gatas para llegar hasta ellas.

"El 29, -continúa Galdós, resumiendo el hecho histórico del asalto,- Mina dispuso que se atacara a Castel-Ciudad. El éxito fue desgraciado; pero el 1º de febrero, operando simultáneamente todas las tropas contra Castel-Ciudad, Solsona y el castillo, se logró poner avanzadas en puntos cuya conquista hacía muy peligrosa la resistencia de los sitiados. Por último, el 3 de febrero, a las doce de la mañana, las contraguerrillas del *Cojo* y el regimiento de *Murcia* penetraban en la ciudadela, defendida por 600 hombres al mando de Romagosa"<sup>71</sup>.

Monsalud, que "sin saber cómo" se sintió "dominado por la rabiosa exaltación guerrera que animaba a su gente" y "vio los raudales de sangre", sirve a Galdós como una especie de conciencia colectiva de los asaltantes: "Cuando la turba vencedora cayó como una **venganza celeste** sobre los vencidos -dice Galdós, refiriéndose a las impresiones de

---

<sup>70</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1652.

<sup>71</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1653. "Seiscientos asesinos y ladrones salidos de las cárceles -dice el propio Mina, en el ya citado "Extracto (Sic) de su vida...", con calificaciones semejantes a las que hemos visto en Galdós- componían en gran parte la tropa de Romagosa, defensor de la ciudad de Urgel"; y concluye: "espiaron (Sic) sus crímenes el día de la evacuación, pues **todos perecieron**." (Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 45. Sin negrilla en el original.) Afirmación ésta de Mina que no desdice la intención y el tono justiciero que Galdós le atribuía en expresiones anteriores y, según vamos a ver, en este mismo asalto a la Seo.

Monsalud,- sintió, sí, pasajero temblor; pero, sobreponiéndose a sus sentimientos, recordó las instrucciones de Mina, y supo transmitir las **órdenes de degüello** con tanta firmeza -dice Galdós, reproduciendo la antes citada expresión de la condesa de Espoz y Mina,- como el cirujano que ordena la amputación. Vio pasar a cuchillo a más de 200 hombres en la ciudadela, y no pestañeó; pero no pudo vencer una tristeza más honda que todas las tristezas imaginables cuando Seudoquis, acercándose a él sobre charcos de sangre y entre los destrozados cuerpos, le dijo, con la misma expresión lúgubre de la tarde de *Los tres Roures*:

-Me confirmo en mi idea, amigo Monsalud. **La Constitución será vencida**"<sup>72</sup>.

Así, una vez y otra, Galdós parece mostrar a sus coetáneos lo difícil y triste que resulta imponer una constitución por la fuerza de las armas, aunque esto se debiera en mucha medida a la acción de quienes, dentro y fuera de España, incitaban a combatirla con igual terquedad y violencia. Esto es algo que, por otra parte, debían comprender muy bien quienes, en 1877 -cuando aparece este Episodio-, habían visto fracasar las constituciones de 1869 y de 1873 -ésta antes de nacer- y habían conseguido entenderse en la de 1876.

La imagen de esta dolorosa guerra civil se agrava además, con alguna otra de sus implicaciones, cuando Monsalud, separado por ella de sus seres más queridos, busca algún amigo de Madrid entre el gran "número de heridos y enfermos" que había "en los claustros de la catedral, convertidos en hospital", y "en el Palacio arzobispal", donde -según informa, de paso, Galdós- "estaban los enfermos de más categoría", y se entera por su antiguo amigo y paisano Pipaón de la muerte de su madre, que viene así a entristecer simbólicamente su vida particular, a la vez que la crueldad de la guerra civil le entristecía en la de la Revolución<sup>73</sup>.

De nuevo se acumula, pues, con presumible intención pedagógica, la carga emocional de la novela sobre la de la historia. Pero la *finalidad pedagógica* que parece latir bajo éstas imágenes no excluye, según se dijo en nuestra introducción a este trabajo, la finalidad

<sup>72</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1653. Sin negrilla en el original.

<sup>73</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1653-1655.

*histórica*, ni la *literaria* que sirve a ésta, ya que Galdós, acogiendo, precisamente, al principio de que la Historia es *maestra de la vida* -y dadas las especiales analogías que, salvadas las distancias, ve entre los procesos desencadenados en 1820 y en 1868-, no necesita a veces sino presentar los hechos recogidos en fuentes historiográficas y destacar, su carácter aleccionador, aunque generalmente se ayude en ello con su representación novelesca para revivir en los ambientes, actitudes, etc., rasgos especiales de cada momento o acontecer histórico.

Es cierto que él escribe desde una posición liberal y que, en sus valoraciones de cuestiones estimativas suele decantarse en favor del liberalismo, pero lo dicho de esta campaña contraguerrillera es buen ejemplo -junto con otros muchos apuntados en capítulos anteriores respecto a las sociedades secretas y *patrióticas*, desbordamientos *exaltados*, etc.,- de que Galdós critica y valora cualidades, comportamientos abstractos -aunque se atribuyan ejemplarmente a personas-, y que cuando éstos le parecen loables o condenables los loa o condena en liberales o absolutistas.

Desde la posición liberal, que él defiende abiertamente como autor, suele criticar y ridiculizar las posiciones absolutistas, de las cuales quisiera alejar a sus coetáneos; pero, con el mismo fin, señala a éstos también los errores que la historiografía suele atribuir a los liberales, invitándoles a no repetirlos. Ejemplo de esto son, así mismo, algunas de las referencias que se recogen en el siguiente apartado.

### 5.2.3. La "retumbante y guerrera" respuesta del Gobierno San Miguel a las "notas de las potencias"

Galdós se ocupa de esta respuesta en una especie de paréntesis que, según se dijo, intercala en su relato de la campaña contraguerrillera a que acabamos de referirnos. La sitúa con ello, tácitamente, en un comprometido contexto de guerra civil y desorden interior que, por otra parte, se destaca y matiza en las informaciones con que Seudoquis va atendiendo, el "15" de "enero" del "año 1823", a las preguntas del recién liberado Monsalud, preso desde julio de 1822 y deseoso de saber "qué ha pasado en todo este tiempo".

Se va indicando así que Fernando VII "sigue reinando" y "embromando" a los españoles; que "la Constitución subsiste", aunque "también está gotosa" y con probabilidades de ser *enterrada*; que hay "Cortes y recortes" -había Cortes ordinarias y extraordinarias-, pero que pronto podría no haber "más que los -recortes- de los sastres"; que continuaba el Ministerio "de los *Siete Niños de Ecija*"; que, si antes la Milicia sacudía "el polvo a la Guardia Real", ahora todos estaban ocupados "en cazar frailes y guerrilleros, siempre -dice Seudoquis- que ellos no nos cacen a nosotros"; que Riego -no se dice por qué- "ha ido a Andalucía"<sup>74</sup>; que hay "mucha sangre vertida en todas partes", a lo que Monsalud, asociando esto con los traumas revolucionarios, repone: "Revolución completa"; y como preguntase que dónde había partidas, porque "toda Cataluña parece estar en armas contra el Gobierno", Seudoquis le responde: "Y casi todo Aragón, y Navarra, y Vizcaya, y Burgos, y León, y mucha parte de Guadalajara, Cuenca, Avila, Toledo, Cáceres. Hay facciones hasta en Andalucía, que es como decir que hasta las ranas han criado pelo"<sup>75</sup>.

Abrumado Monsalud por tan "triste despertar" de su "horrible sueño", sigue preguntando sobre "qué quieren" y "quién los dirige", con lo que se recalca que "piden Inquisición y cadenas" y que los dirige "el Rey, y en su Real nombre la Regencia de Urgel". Una Regencia, se aclara, "que tiene su Gobierno regular, sus embajadores en las Cortes de Europa, y ha contratado hace poco un gran empréstito"<sup>76</sup>.

Por otra parte, volviendo a ocuparse del bando constitucional y planteando una cuestión

---

<sup>74</sup> Vayo dice que "el carro de la revolución no se detenía delante del incremento que tomaban las hordas de la fe"; que "al contrario, (...) se desbocaba en el borde mismo del precipicio", había gran "efervescencia" revolucionaria en diversos lugares, con pedradas a los cristales, proscripciones y destierros, y "Riego pasaba en triunfo la Andalucía entre las ovaciones que le concedían Granada, Málaga, Algeciras, Ceuta y Sevilla". Op. Cit., T III, p 8.

<sup>75</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1647. Es notable cómo Galdós, aunque sin dar explicaciones, destaca la rareza de las *partidas* de Andalucía, donde la Revolución no violentaba, como en el Norte, un régimen foral ni un sistema campesino de arrendamientos largos o de copropiedad agraria y cobran, por tanto -como antes dijimos-, un matiz más religioso, eclesiástico y señorial.

<sup>76</sup> Galdós parece referirse aquí al empréstito "de ocho millones" que, tras varias gestiones frustradas de "don Antonio Martín Balmaseda", nombrado por "la regencia de Urgel (...) encargado de negocios en París", "lograron -según Vayo- negociar (...) con Mr Ouward, hipotecando el subsidio eclesiástico" (VAYO, E. de C.: "Op. Cit., T III, p 9); pero, según indica el profesor Artola, -citando fidedignos escritos de Mataflorida y de Balmaseda-, tal empréstito quedó en "nada". "La España de Fernando VII", Cit., p 790.

clave en orden a la posible solución de estos problemas y de la intervención que, en otro caso, podrían ocasionar, pregunta Monsalud: "¿Y qué hace el Gobierno?"; a lo cual responde Seudoquis/Galdós: "¿Qué ha de hacer? Bobadas. Trasladar los curas de una parroquia a otra, declarar vacantes las sillas de los obispos que están en la facción, fomentar las sociedades patrióticas, suprimir los conventos que están en despoblado y otras grandes medidas salvadoras"<sup>77</sup>.

Es decir, Galdós destaca una serie de disposiciones -enumeradas por Vayo con expresiones, orden y presumible intención semejantes<sup>78</sup>- que vienen a reflejar la radicalización ambiental y que parecen orientadas a debilitar y vencer -vengándose así de ellos- al Rey, a la Iglesia y a sus defensores, cuya irritación, por fanatismo religioso o por intereses, tendía a incrementarse con ellas<sup>79</sup>. Disposiciones en las que Galdós destaca, además -como también hace Vayo<sup>80</sup>-, cierta promoción o permisón gubernamental del radicalismo *exaltado*, ya que insiste en señalar que el Gobierno "no ha cerrado (...) las sociedades patrióticas", sino que "ha abierto la *Landaburiana*, para que los liberales tengan una buena plazuela donde insultarse"<sup>81</sup>.

Se produce así una guerra civil en la que, según dice Seudoquis, "abundan más los cachetes" que los "discursos", aunque estos siguen, y cuya importancia parece destacarse

<sup>77</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

<sup>78</sup> VAYO señala que el Gobierno propuso a las Cortes que procedieran "sin demora al arreglo del clero, piedra de escándalo en un país fanático cuando tenía en su apoyo la guerra civil", y que éstas le autorizaron, entre otras cosas, "para trasladar de una diócesis a otra a los curas separados de sus destinos, (...) para declarar vacantes las sillas de los obispos estrañados (Sic), (...) que se fomentasen las sociedades patrióticas, y que quedasen suprimidos todos los conventos situados en despoblado". Op. Cit., T III, p 14.

<sup>79</sup> Monsalud, reflejando ese ambiente en su deseo de vengarse de los "verdugos" que lo habían tenido preso, "no asesinandoles -dice-, sino vencéndoles", asegura que "éste es el sentimiento de que han nacido todas las guerras" ("Los Cien mil...", Cit., p 1652.). En cuanto a este momento concreto, su carácter viene a ser confirmado por el profesor Artola cuando señala que "la lucha entre eclesiásticos y revolucionarios surgida en los años de las Cortes de Cádiz, renovada con el triunfo de Riego, adquiere con la llegada de los exaltados al poder su violencia máxima". Así lo reflejan el aumento de la militancia eclesiástica en las partidas y la radicalización de las disposiciones anticlericales con que se trataba de atajar. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 795-796.

<sup>80</sup> Op. Cit., T III, pp 8 y 13.

<sup>81</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

al indicar los generales que "mandan los ejércitos de operaciones": "Aquí -en Cataluña-, Mina; en Castilla la Nueva, O'Daly; Quiroga, en Galicia; en Aragón, Torrijos"; y sobre todo al decir que vencen "cuando pueden" -no siempre<sup>82</sup>.

Este es el contexto interior en el que, según indica Seudoquis, está a punto de sufrirse "la vergüenza de la intervención extranjera"<sup>83</sup>. Intervención ante cuyo anuncio "se asusta" o sorprende Monsalud; pero que Seudoquis se teme como lo "más natural", pues "el mundo civilizado" de entonces consideraba lo que ocurría en España "un escándalo". A lo cual asiente Monsalud: "Si que lo es." La relación general entre el problema interno y el que a España le venía de fuera -como un rebote de la proyección de aquel- se expresa entonces con claridad por Seudoquis: "Los Reyes temen que a sus naciones respectivas les entre este maleficio de las Constituciones, de las sociedades *landaburianas*, de las partidas de la Fe, de los frailes con pistolas, y nos van a quitar todos estos motivos de distracción"<sup>84</sup>.

Se unen así dos graves problemas -antiliberalismo y mediatización de España por otras potencias- de plena actualidad en la época (1877) del autor<sup>85</sup>. Mediatización que, según

---

<sup>82</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

<sup>83</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648. Podría decirse que con esto anuncia Galdós un cambio de tercio semejante al que, tras hablar de cosas parecidas, introduce Vayo en su obra diciendo: "Así terminó el año 1822 por lo que toca al estado interior de España; recorramos ahora el cuadro exterior (Sic), que es el segundo término de la pintura", y pasando a ocuparse enseguida de aquella intervención. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 16.

<sup>84</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

<sup>85</sup> El mismo Galdós, al escribir sobre ésta época, haría chistes respecto a la conciliación del ultramontanismo católico y el liberalismo en el *Manifiesto de Sandhurst* (28-XII-1874), diciendo: "Dos ideas son esas (...) que rabian de verse juntas. ¿Liberal y católico? Pero ¡si el Papa ha dicho que el liberalismo es pecado! Como no sea que el príncipe Alfonso haya descubierto el secreto para introducir el alma de Pío IX en el cuerpo de Espartero..." PEREZ GALDÓS, B.: "Cánovas". En O. C., Aguilar, 1976, T IV de Epis. Nacls., p 787. El peligro de mediatización, acentuado hasta entonces, como en el Trienio, por la discordia interior, daría lugar a la preventiva política *conservadora* de *recogimiento* -frente a la de *ejecución*, propugnada por los *liberales*- y al *pesimismo* que, junto al *romántico pundonor* u *orgullo nacional* -éste más propio de las clases populares-, destaca el profesor Jover en la época de la Restauración y en la literatura sobre el *Desastre* de 1898. JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>: "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX" (Conferencia pronunciada en 1961). En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Ed. Turner, Madrid, 1976, pp 83-138, especialmente pp 124, 129 y 130. En este mismo sentido la tesis doctoral de SALOM COSTA, Julio: "España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1875-1881)". Madrid, 1967, y su prólogo por el citado profesor Jover Zamora.

indica Seudoquis al sorprendido Monsalud, ya se había anunciado en "las célebres notas", en "el *re, mi, fa*, de las potencias. Las notas -le explica- han sido tres, todas muy desafinadas, y las potencias que las han dado, tres también, como las del alma: Rusia, Prusia y Austria"<sup>86</sup>.

Estas "desafinadas" o insultantes Notas, derivadas del Tratado secreto de Verona (22-XI-1822), y producidas inmediatamente -el mismo día 22 de Noviembre la de Prusia y el día 26 las de Rusia y Austria-, se habían recibido, efectivamente, el día 6 de aquel mismo mes de Enero; pero además de estas tres, que curiosamente recalca Galdós con diversas expresiones, habían llegado las *instrucciones* enviadas, con fecha 25 de diciembre de 1822, al conde de La Garde por Francia, país al que Galdós hace especial referencia aunque no cita su Nota, que también recibe un trato especial en la respuesta que el Gobierno San Miguel dio el día 9 a todas ellas<sup>87</sup>.

Galdós no entra en "qué pedían" las Potencias en estas Notas; "pero si sé -afirma Seudoquis- que la contestación del Gobierno español ha sido retumbante y guerrera como un redoble de tambor." Y el sentido de estas calificaciones se aclara y remacha al continuarse así el diálogo: "Es decir -habla Monsalud-, que desafía a Europa.

"Sí, señor; la desafiamos. Ahora -le explica Seudoquis, con velada crítica al Gobierno-, se recuerda mucho la guerra de la Independencia; pero yo digo, como Cervantes, que

---

<sup>86</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

<sup>87</sup> La alusión de Galdós a sólo las **tres** citadas Notas puede resultar de su interpretación del escrito francés al conde de La Garde, -recogido por Vayo, al igual que gran parte de los otros tres,- en el que se le dicen dar "instrucciones (...) en el momento en que se van a entregar en el gabinete de Madrid las notas de los de Viena, Berlín y San Petersburgo". (Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 31.) El mismo Vayo dice que "el 6 de Enero los embajadores de Rusia, Prusia y Austria -no cita a Francia- comunicaron al ministro español las notas que habían recibido, a las cuales, -añade, entre otras cosas,- (...) resolvieron los secretarios del Despacho (...) responder por sí solos negándose a toda reforma" -se refiere a la reforma de la Constitución de 1812 que exigían las Potencias-. (Ibíd., p 33.) Sin embargo, en este mismo párrafo, indica luego Vayo que "el día 9 (...) San Miguel (...) firmó las respuestas (...) a las Cortes de París, Berlín, Viena y San Petersburgo" y reproduce a continuación la dada a Francia, en especial, y las dadas en común a las otras tres (Ibíd., p 34 y siguientes) La Nota francesa se había entregado, según indica el profesor Artola, "el día 4 de enero (...) y dos días después las demás" (ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 808.).

*nunca segundas partes fueron buenas*"<sup>88</sup>.

La crítica al posible desacierto político de esta *arrogante* actitud, se continúa, además, al señalar las consecuencias que se le atribuyeron, aun reconociendo su gran popularidad: "¿De modo -deduce Monsalud- que tendremos otra vez extranjeros?" Y Seudoquis concluye así su información: "-Franceses. Ahí tiene usted en lo que ha venido a parar el ejército de observación. Entre el cordón sanitario y el de San Francisco, nos van a dar qué hacer... Digo..., y los diputados el día en que aprobaron la contestación a las notas fueron aclamados por el pueblo. Yo estaba en Madrid esa noche, y como vivo frente al coronel San Miguel, las murgas no me dejaron dormir en toda la noche. Por todas partes no se oyen más que *mueras* a la Santa Alianza, a las potencias del Norte, -estas "potencias del Norte", la Alemania nacida de Prusia, era aún más importante en la época de Galdós que en 1823- a Francia y a la Regencia de Urgel. Ahora -señala Galdós, ironizando sobre la imprevisión del Gobierno,- se dice también, como entonces: 'Dejarles que se internen', pero la tropa no está muy entusiasmada que digamos. Con todo, si entran los interventores, no los recibiremos con las manos en los bolsillos"<sup>89</sup>.

Es decir, Galdós insinúa cierta crítica a la exaltada arrogancia con que, lejos de buscar un arreglo integrador, -a lo Cánovas-, los liberales del Trienio afrontan en el interior una cruel lucha con que *vencer* a los *realistas* españoles -promoviendo a la vez disposiciones contra la Iglesia que los fanatizaba- y salen al encuentro de un ataque exterior que ni se intenta eludir ni se previene eficazmente.

Coincide en ello Galdós, una vez más, con la posición que adopta el *moderado* Vayo al señalar que "los liberales", necesitados, ante "las pasiones coligadas (...) de la unión de todos los partidos, no apelaban para su obtento a la dulzura y a las concesiones, que son los únicos medios de atraer a los hombres, ni tampoco a un sistema de energía y de valor

---

<sup>88</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648. El mimo E. San Miguel -explicando varios aspectos de su política-, recuerda esta confianza de su Gobierno en que, "empeñada seriamente la contienda, (...) se hiciese nacional, y (...) el inmenso partido liberal corriese a la defensa de la libertad, al mismo tiempo que su dignidad e independencia". SAN MIGUEL, Evaristo: "Vida de Don Agustín Argüelles", T II, Madrid, 1851, pp 474-479. Cfr. PABON Y SUAREZ DE URBINA, J.: "Narváz y su época", Cit., pp 125 y 190.

<sup>89</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.



que los vence", sino que aplaudían las "crueldades en Cataluña" -que Vayo relata condenándolas en "los dos partidos extremos" (Sic)- y la citada respuesta del Gobierno a las Potencias. "El Congreso representativo -escribe Vayo- no descendió a examinar si era político o no desafiar a la Europa entera y pelear en lucha abierta con todas las naciones del continente; tampoco se fijó en el estado del erario y del ejército, ni antevió que si aparecía impotente para ahogar la guerra civil, menos podría resistir a ésta complicada con la invasión estraña (Sic)". Indica, además, que la comisión encargada de redactar un mensaje de las Cortes al Rey "aprobando la contestación dada a las potencias de Verona" por el Gobierno fue nombrada "en medio de los aplausos de los diputados y de las galerías, que (...) se regocijaban, sin saberlo, de la muerte de la libertad"; y, tras la apasionada escena de la asamblea, que, con el abrazo de "Argüelles y Galiano" -hasta el moderado "Argüelles (...) puso en olvido los principios más sencillos de la diplomacia"-, "presentó el espectáculo de una unión compacta entre los individuos de todos los matices políticos", dados con "áspera respuesta" los pasaportes a los embajadores de "Rusia, Prusia y Austria" -apenas pedidos-, el día 11 fue discutido y aprobado, "unánimemente", aquel mensaje. A la salida de las Cortes hubo "aclamaciones" del "inmenso concurso" y "las músicas de los regimientos acompañaron el coche del presidente Istúriz hasta su morada", de donde se trasladaron "a casa del coronel San Miguel (...) victoreando su nombre y llamándole una y cien veces el salvador de la patria". Criticando y explicando el proceder de las Cortes, con razones aplicables también al Gobierno, opina Vayo que, "aun cuando su confianza rayase tan alta que anhelasen la guerra, aconsejaba la política prepararse para ella; y mientras se disponían los formidables preparativos, entretener diplomáticamente a las potencias amenazadoras y negociar con ellas mesuradamente. Pero el orgullo español, herido en su cuerda más delicada, y la injusticia de unos déspotas que como tigres rabiosos se arrojaban sobre la presa porque nos veían débiles y divididos, acalararon y conmovieron los ánimos, y el ardor del patriotismo, levantando espesas nubes delante de sus ojos, les

robó la luz"<sup>90</sup>.

Galdós no se ocupa aquí, salvo las citadas insinuaciones a su descuido, del comportamiento de las Cortes y Gobierno después del referido desaffo. Señalado éste -base fundamental de otros actos-, continúa, según se ha dicho, su relato de la campaña de Mina hasta la toma de la Seo y pasa desde ella a referir -de nuevo a través de las Memorias de Jenara- la fase final de las negociaciones para la intervención francesa, las motivaciones que en ella se manifiestan y la fácil entrada en España de los Cien mil Hijos de San Luis.

Podría decirse que su silencio sobre preparativos bélicos de la España constitucional reflejan en cierto modo su carencia. Pero, aunque escasas, Galdós desliza en sus referencias a dicha intervención un par de claras alusiones a la antes insinuada inconsecuencia gubernamental. Dice, por una parte, que la intervención fue "precipitada por las altaneras contestaciones de San Miguel"; y, por otra, ante el paso de la frontera española por los franceses, hace notar "la necia confianza del Gobierno español, que, aún después de declarada la guerra, no había tomado disposiciones de ninguna clase, hallándose sus tropas sin más recursos ni elementos que el parlerío de los milicianos y el gárrulo charlatanismo de los clubs"<sup>91</sup>.

Esta opinión global resulta luego matizada por una leve referencia a las ya tardías e ineficaces iniciativas gubernamentales de reclutamiento, pero éstas mismas se presentan como reflejo del insuficiente empeño y excesiva confianza puestos en la obtención de aquellos medios; y el mismo sentido, entre otros, parecen tener, según veremos luego, sus alusiones a la ausencia casi total de tropas constitucionales en el camino de los Cien mil

---

<sup>90</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 31, 32, 39, 40 y 41. Esto es, así mismo, el sentido en que se manifiesta en nuestros días el profesor Pabón, que, señalando diversos aspectos de "la tajante simplicidad con que San Miguel consideró el caso", destaca, entre otras, las posibilidades que el Gobierno español tuvo de "obrar con una cautela que dividiese el frente diplomático que le amenazaba", dadas las complejas disensiones existentes: "Gran Bretaña se oponía a la intervención, Austria y Prusia no la querían"; y el Gobierno francés, era presa de una "división de opiniones" que sólo fue superada a última hora por la autoridad Real. (PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., p 189.) La destemplanza de E. San Miguel es también señalada por el profesor Artola, si bien cuestionando algunas de las *condenas* hechas desde la historiografía de tendencia *moderada*, y recordando la carencia de sentido de "cualquier (...) especulación acerca de las posibilidades del pasado". "La España de Fernando VII", Cit., p 808.

<sup>91</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1655 y 1662.

Hijos de San Luis y al temprano traslado de la Corte de Madrid a Sevilla, señalado, en rápida mirada retrospectiva, como indicio de indefensión gubernamental y quizá de cierta actitud dimisionaria ante "el anuncio de la intervención"<sup>92</sup>.

### 5.3. MOTIVACIONES DE LA INTERVENCION MILITAR *FRANCESA*

Las diversas motivaciones que Galdós, y la historiografía, señalan en sus referencias a esta intervención pueden clasificarse en tres tipos, que vienen a corresponderse con sendos ámbitos -la Europa aliancista, en general, España y Francia- desde donde llegaban al Gobierno de este último país, en potenciadora concurrencia, incitaciones para ella. Nos referimos al común temor europeo de contagio revolucionario, especialmente sentido en el país vecino, a las peticiones y noticias llegadas de España y a los particulares deseos nacionalistas y dinásticos de la propia Francia.

#### 5.3.1. El temor europeo al contagio revolucionario

La mera existencia de la Santa Alianza, *internacional monárquica* salida del congreso de Viena para defender lo establecido<sup>93</sup>, es indicio claro de que los monarcas unidos en ella abrigaban este temor; que implica, a su vez, -y esto es significativo- el de que cada uno de ellos podría no tener fuerza suficiente en el interior de sus Estados para mantener el sistema que entre todos querían perpetuar sobre sus respectivos pueblos. El desafío popular a cada uno de ellos se combatiría, pues, como desafío al sistema común.

Galdós lo expresa así con claridad al comienzo de "El Grande Oriente" -primer Episodio en que se ocupa de la situación constitucional española a que se había llegado el 9-III-1820- cuando don Patricio Sarmiento teme, por una parte, que su vecino Gil de la Cuadra sea "un

<sup>92</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1662, 1664 y 1668-1669.

<sup>93</sup> Cfr. ARTOLA, Miguel: "La España de Fernando VII". Cit., p 801, y MEDINA, Manuel: "Las Organizaciones internacionales". Alianza Univ. Madrid, 1979, pp 18 y 38-40.

emisario de la Santa Alianza" -dando por supuesto que, en febrero de 1821 ésta tenía en España sus agentes- y pondera, por otra, los méritos y valentía de Riego destacando, precisamente, la internacionalidad que implicaba su desafío: "este atrevido Comandante (...) -dice- desafió al absolutismo, a toda la Europa, señores; a la Santa Alianza, a los Borbones todos, a los serviles todos"<sup>94</sup>.

Que el peligro de contagio era real lo habían mostrado ya algunos ejemplos, según señala Galdós cuando el masón Campos pondera, a su vez, la fuerza de "las sociedades secretas, autoras -dice- no sólo de la revolución de España, sino de las de Portugal y Nápoles"<sup>95</sup>. El hecho del contagio, evidenciado al proclamarse en estos y otros lugares la Constitución española de 1812, se atribuyó en la época, según refleja Galdós, a unas sociedades en las que el profesor Artola no ve tanto poder. Ocurrió, según explica este autor, que "La Restauración (...) no ofrecía respuesta alguna a los problemas que provocaron la crisis revolucionaria, y dado el paralelismo de la evolución socioeconómica de los países europeos, los programas liberales seguían ofreciendo caracteres semejantes en los diversos Estados, lo que a su vez inducía a los gobernantes a pensar en la existencia de una conjura internacional organizada por la masonería y otras sociedades secretas con objeto de derrocar el Altar y el Trono, aunque de hecho los movimientos liberales no poseyeron en ningún momento tal grado de organización"<sup>96</sup>.

Pero aunque no fuera -o no sólo- por la acción de las sociedades secretas, a las que tampoco Galdós suele atribuir tanto poder e interrelación como podría dar a entender la interesada opinión del masón Campos, el mismo profesor Artola -que respalda, según se ha visto, la existencia de esa idea en los gobernantes, aunque fuera equivocada- confirma a continuación la rápida propagación del "ejemplo español" en Portugal, Nápoles, Piamonte y otros lugares, de modo que, "súbitamente (,) España y su texto constitucional se

---

<sup>94</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1466 y 1467.

<sup>95</sup> "El Grande Oriente". Cit., p 1512.

<sup>96</sup> ARTOLA, Miguel: "La España de Fernando VII". Cit., p 801.

convertían en el centro y modelo de los revolucionarios europeos"<sup>97</sup>.

Los iniciales reparos -de Rusia sobre todo- al régimen español de 1820 crecieron a medida que la Constitución de Cádiz se adoptaba en otros lugares. Establecido en el congreso de Troppau el *derecho de intervención preventiva* en un país vecino (19-XI-1820), producida, tras el congreso de Laybach (enero de 1821), la acción austriaca en Nápoles y Piamonte<sup>98</sup>, se retarda, sin embargo, la intervención en España. Es como si las Potencias hubieran dado a los liberales españoles cierto *margen de confianza* para que atemperasen su revolución a lo permitido por la época y el contexto europeos.

Galdós, sin entrar en estas consideraciones, señala a veces la sentida necesidad, *moderada* sobre todo, de conseguir una imagen de orden y estabilidad interior que mejorase las relaciones con el exterior. Son frecuentes, según se ha visto en capítulos anteriores, las acusaciones *exaltadas* de que los Gobiernos *moderados* contemporizaban "con la Corte y la Santa Alianza" y hacían "la manola a los obispos y al Papa", según decía, en este caso, Regato para explicar su paso del Grande Oriente a los Comuneros. El mismo Galdós, como narrador, dice en "El Grande Oriente" que el partido "llamado de los Anilleros (...) quiso modificar la Constitución en sentido restrictivo, aspirando a una especie de transacción con la Corte y la Santa Alianza"<sup>99</sup>; y, según se ha visto, refiere en su "7 de Julio" este intento, frustrado quizás por el absolutismo y la astucia de Fernando VII<sup>100</sup>.

---

<sup>97</sup> ARTOLA, Miguel: "La España de Fernando VII". Cit., p 801, que cita las ya clásicas obras de J. FERRANDO, *La constitución española de 1812 en los comienzos del "Risorgimento"*, Roma-Madrid, 1959; y, en ella, p 11, a MIRKINE-GUETZEVICH: "La Constitución espagnole de 1812 et les débuts du libéralisme européen", sobre la gran influencia de la Revolución española en el liberalismo italiano y en el europeo en general.

<sup>98</sup> Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 803.

<sup>99</sup> "El Grande Oriente". Cit., pp 1493 y 1518.

<sup>100</sup> Junto a lo dicho antes, y al margen de las oscuras intenciones atribuidas a Fernando VII, la implicación *anillera* que Galdós insinúa parece haber desatado el rumor, recogido como tal por Vayo -ante los indicios que encuentra en la Doc. de la Regencia de Urgel-, de que "en el plan de la conspiración de la Guardia, fraguada para establecer dos cámaras en España, **el gabinete de las Tullerías, que poseía la clave, se entendía con** los amigos de aquella clase de transacción por medio del **conde de Toreno**, a quien servía de intermediario con Eguía y Morejón el conde de Fernán-Núñez; que **Toreno estaba de inteligencia con Martínez de la Rosa**, y que el embajador francés era el alma de las comunicaciones y el lazo que ataba (continúa...)

Al producirse este fracaso de *moderados* y absolutistas y el acceso al poder de los *exaltados*, el recurso a la intervención extranjera parece prosperar, según se dijo, dentro y fuera de España.

Al mismo tiempo que Fernando VII decide fingirse de acuerdo con el "plan del Gobierno francés", "las grandes potencias", que, según decía Galdós, "estaban ya -en "la primavera del 22"- extremadamente amostazadas viendo nuestro desconcierto", se muestran ahora más decididas a intervenir<sup>101</sup>.

Galdós, que había recordado en el "7 de Julio" la futura reunión del "congreso de Verona con el fin que todos saben", resume ahora su sentido, según hemos visto en el apartado anterior, diciendo que "los Reyes temen que a sus naciones respectivas les entre este maleficio de las Constituciones, de las sociedades *landaburianas*", etc., y que van a intervenir para eliminarlo. Señala, además, que esta voluntad se ha materializado ya, en su fase diplomática, con las Notas de las Potencias y que, ante la altanera respuesta del Gobierno San Miguel, se presume próxima una fase bélica, que traerá soldados "franceses", que es "en lo que ha venido a parar el ejército de observación"<sup>102</sup>.

La vecina Francia, aludida ya en especial por Galdós como país *aliancista* más próximo al foco revolucionario español, aparece así como protagonista de la intervención militar que se anuncia para eliminarlo. En ella se supone más fuerte que en cualquier otro país el común peligro europeo de contagio, y esto parece darle mayor interés y derecho para encargarse de una operación que, sin embargo, se siente avalada por las demás potencias interesadas. Pero este no era el único motivo que inducía a Francia a buscar tal protagonismo, sino que, como luego veremos, Galdós lo muestra unido a otros derivados en parte de la misma vecindad con España y, en parte, de la historia reciente de ambas.

---

<sup>100</sup>(...continuación)

los opuestos cabos de la urdimbre. Fernando -añade Vayo- guardaba suma armonía con todos", comprometido, al parecer y de momento, con la reforma. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T II, p 319. Sin negrilla en el original.

<sup>101</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1580.

<sup>102</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1648.

### 5.3.2. Efecto justificador e incitador de la actitud del Rey de España

De lo dicho antes sobre las iniciativas españolas en favor de esta intervención se desprende que Francia, y en particular los núcleos de Bayona y París, son especialmente destacados por Galdós -que luego alude también a Tolosa, Burdeos y otros- en las peticiones de auxilio dirigidas por Fernando VII a los soberanos de Europa.

Estas peticiones resultan fundamentales para la autojustificación de las potencias defensoras del sistema legitimista restaurado en 1815, y ellas serán, según indica Galdós luego, la razón invocada por Francia para vencer las reticencias que el derecho internacional planteaba a tal intervención por más que en Troppau se hubiera definido y aprobado este derecho en atención al peligro que los procesos revolucionarios implicaban para los Estados vecinos. A ello se une la presencia de agentes, partidas y, al fin -cumpliendo un requisito exigido por Francia-, de la Regencia de Urgel, que implicaban la existencia de una España *realista* y, por tanto, junto al refuerzo ético, cierta garantía de que la empresa restauradora sería más fácil, sobre todo teniendo en cuenta lo dicho sobre el debilitamiento que en la España constitucional producían las crueldades de la Guerra civil, las intrigas de Fernando VII o, por el otro extremo, los grupos comuneros más exaltados.

Centrado ya Galdós en las negociaciones finales de los agentes de Fernando VII con Francia, se plantea de nuevo, como un aspecto más de esta pretendida justificación, la exigencia francesa -interesada, por otra parte, y tendente a debilitar las resistencias españolas,- de que la intervención sirviera para instalar en España un régimen similar al de su propia *Carta* y su consiguiente apoyo a quienes defendían esta postura.

Justificación y facilidades que parecen acentuarse ante la imagen que de la división entre los agentes *realistas* españoles presenta Jenara -en cuyas marcos dice dejar Galdós otra vez el relato- al mismo tiempo que, teóricamente desde su lado, narra y ridiculiza la huida de los Regentes:

"A fines de diciembre del 22 -dice- tuve que huir precipitadamente de la Seo, que amenazaba el cabecilla Mina. No es fácil salir con pena de la Seo. Aquel pueblo es horrible, y todo el que vive dentro de él se siente amortajado. Mataflorida salió antes que

nadie, trémulo y lleno de zozobra". Y añade, refiriéndose a J. Creux: "No podré olvidar nunca la figura del Arzobispo, montado a mujeriegas en un mulo, apoyando una mano en el arzón delantero y otra en el de atrás, y con la teja sujeta con un pañuelo para que no se la arrancase el fuerte viento que soplabá. Es sensible -indica Jenara/Galdós, recreándose en su ridiculización,- que no pueda una dejar de reírse en circunstancias tristes y luctuosas, y que a veces las personas más dignas de veneración por su estado religioso exciten la hilaridad. Conozco que es pecado y lo confieso; pero ello es que yo no podía tener la risa.

"Nos reunimos todos en Tolosa de Francia -continúa Jenara, destacando ahora este núcleo-. Resolví entonces no mezclarme más en asuntos de la Regencia. Jamás he visto -recalca- un desconcierto semejante. Muchos españoles emigrados, viendo cercana la intervención (precipitada -explica la misma Jenara-por las altaneras contestaciones de San Miguel), temblaban ante la idea de que se estableciese un absolutismo fanático y vengador, y suspiraban por una transacción, interpretando el pensamiento de Luis XVIII. Pero no había quien apease a Mataflorida de su borrica, o sea, de su idea de restablecer las cosas *en el propio ser y estado que tuvieron* desde el 10 de mayo de 1814 hasta el 7 de marzo de 1820. Balmesada le apoyaba, y don Jaime Creux (el gran jinete de quien antes he hablado) era partidario también del absolutismo puro y sin mancha alguna de Cámaras ni camarines. El barón de Eroles y Eguía se oponían furiosamente a esta salutífera idea de sus compañeros"<sup>103</sup>.

La tendencia absolutista de Mataflorida, Balmesada y Creux, oficialmente desechada por Fernando VII desde que éste fingió acceder al *plan francés*, resulta ahora combatida por Eguía, según indica a continuación Jenara en ese tono burlón con que Galdós parece evitar la acritud: "Mi amigo, el general de la coleta -dice- (ya separado de la pastelera de Bayona), quería destituir a la Regencia y prender a Mataflorida y al Arzobispo"<sup>104</sup>. Pero

<sup>103</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1655-1656.

<sup>104</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1658. Este hecho es, asimismo, señalado por Vayo, que, refiriéndose a la "*división de los realistas*", indica que "Eguía remitió un oficio muy reservado a Mataflorida, en el que le decía: 'Renuncie V. E. toda idea de sostener la regencia que formó, dejando obrar libremente la que yo debo presidir.'"; y que, por otra parte, Mataflorida y Creux no podían "penetrar en Navarra (...)" (continúa...)



"Mataflorida, fuerte con las instrucciones reservadísimas de Su Majestad, que yo -sigue diciendo Jenara/Galdós, abundando en esta polémica implicación de Fernando VII,- y otros emisarios le habíamos traído (,) seguía en sus trece". Y, señalando otros apoyos de esta regencia, añade:

"La Junta de Cataluña, los apostólicos de Galicia, la Junta de Navarra, los obispos emigrados, enviaban representaciones a Luis XVIII para que reconociese a la Regencia de Urgel, mientras la Regencia misma, echándosela de soberana, enviaba una especie de plenipotenciarios de figurón a los soberanos de Europa"<sup>105</sup>.

Sin embargo, según cuenta Jenara, "nada de esto hizo efecto, y la Corte de Francia, conforme con Eguía y el barón de Eroles, puso a la Regencia cara de hereje." Se reitera, pues, una exigencia francesa de moderación que, sin embargo, no parecía garantizada por la deplorable imagen que de España daban estos agentes y el Rey que los enfrentaba:

"Por desgracia para la causa Real, Ugarte había sido quitado de la escena política, y todo el negocio, como puede suponerse, andaba en manos muy ineptas. Allí era de ver la rabia de Mataflorida, que alegaba en su favor las órdenes terminantes del Rey; pero nada de esto valía, -concluye Jenara, indicando que, como antes señalábamnos, en esta imagen había algo más que ineptitud- porque los otros también mostraban cartas y mandatos reales. Fernando jugaba con todos los dados a la vez. Su voluntad, ¿quién podía saberla?"<sup>106</sup>.

Este ambiente de intrigas se entiende asociado a la movilización de las potencias que apoyaban la intervención, pues "entretanto, todo se volvía recados misteriosos de Tolosa a París y a Madrid y a Verona"; pero esa más intensa relación que con Francia, en

---

<sup>104</sup>(...continuación)

por haber dado Eguía orden de prenderlos en semejante caso". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 62 y 63.

<sup>105</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1656. Vayo informa de todos estos -y otros- apoyos y reconocimientos en Op. Cit., T III, pp 47-48; por otra parte, refiriéndose al "congreso de Verona", indica que "enlazadas" con las "cuestiones generales" planteadas en él iban, entre otras cosas que cita, "los intereses de la regencia realista de Urgel, la cual envió al congreso en calidad de plenipotenciario al conde de España", que "entregó a la asamblea una especie de memoria firmada por la regencia". Ibídem, pp 17 y 18. El texto, del que Vayo destaca algunos significativos fragmentos, se halla reproducido íntegro, como Doc. "NºL", en MIRAFLORES, M. de: "Documentos a los que se hace referencia en los Apuntes...", Cit., T II, pp 92-97.

<sup>106</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1656.

particular, refleja esta sede de Tolosa y esos recados a París, desemboca, como ocurría con el temor al contagio revolucionario, en una relación bilateral que hace del país vecino el protagonista de esta intervención: "Eguía -dice Jenara en este sentido- se carteaba con el duque de Montmorency, ministro de Estado de Francia, y Mataflorida con Chateaubriand. Cuando éste sustituyó a Montmorency en el Ministerio, nuestro Marqués vió el cielo abierto, por ser el Vizconde de los que con más ahinco habían sostenido en Verona la necesidad de volver del revés las instituciones españolas. Necesitando negociar con él, y no queriendo apartarse de la frontera de España por temor a las intrigas de Eguía y del barón de Eroles, me rogó -asegura- que le sirviese de mensajero"<sup>107</sup>.

Este supuesto viaje de Jenara a París, con "credenciales" de Mataflorida para Chateaubriand y dispuesta a ejercer las que ella "nombraba plenipotencias de abanico", será ocasión para que conozca, y cuente con autoridad, esos motivos menos confesables, pero quizá más decisivos, que empujaban a Francia a encargarse ante Europa de apagar el foco revolucionario español y de auxiliar, ante España, a su atropellado soberano de derecho divino.

### 5.3.3. Los deseos franceses de seguridad, revancha y prestigio

Antes de ocuparse propiamente de los motivos nacionalistas a que luego atribuye la decisión francesa de intervenir en España, Galdós va insertando, de modo insensible, en el supuesto relato de Jenara algunas alusiones a diversos aspectos que caracterizan a cada nacionalidad y que introducen la idea del doble *nosotros*, español y francés, entre los que,

---

<sup>107</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1656. En relación con estos hechos indica Vayo que "la caída del vizconde Montmorency, reemplazado en el ministerio de negocios extranjeros (Sic) por Chateaubriand, hechura de la Santa Alianza, dió más peso en el gabinete de Luis XVIII a los partidarios de la guerra, que después de la arrogante respuesta de San Miguel parecía inevitable." Se frustraban con ello, según Vayo, los intentos de algunos españoles, "realistas moderados (...), entre ellos Córdova y Quesada", que -según evocaba Galdós al referirse a "muchos españoles enigrados" que "suspiraban por una transacción"- trabajaban "en París para evitar la intervención extranjera (Sic), y formar otra regencia presidida por el infante de Luca"; y, así mismo, los últimos intentos de Villele, cuyas "conferencias con el conde de Toreno prueban -dice Vayo- que no adivinaba los obstáculos que el tratado secreto de Verona, y más que el tratado secreto Fernando, iban a oponer a la transacción intentada". Describe, además, Vayo el ambiente de intrigas y enfrentamientos entre Mataflorida y Eguía, y señala cómo los partidarios de uno y otro se entrevistaban con las autoridades francesas y se iban a París con embajadas semejantes a la que Galdós atribuye al viaje de Jenara. Ver VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 46-50, especialmente p 46.

incluso bajo la apariencia de colaboración, se planteará la confrontación. Superada la dificultad idiomática, ya que Jenara, como tantos exiliados, "hablaba el francés con bastante soltura", se hace notar su fácil adaptación a lo francés "en maneras, en traje, en figura y hasta en el modo de pensar." Se advierte, también, que Jenara dedicó "dos días a recorrer las tiendas del Palais Royal y a entablar algunas relaciones con modistas y joyeros". Después de ello pidió "una audiencia al señor ministro de Negocios Exteriores" y éste, dándole ocasión de conocer otros aspectos, también típicos aunque de otro orden, le proporcionó "un billete para presenciar la apertura de las tareas legislativas en el Louvre (...), en la cual debía leer su discurso el rey Luis XVIII, y presentarse de corte todos los grandes dignatarios de aquella fastuosa Monarquía"<sup>108</sup>.

Jenara se dice más impresionada que nunca por la "solemnidad, (...) grandeza y lujo" de aquella ceremonia, en la que vio "perfectamente todo" aunque, sensible a cierto menosprecio, recuerda que el puesto en que la "colocaron los ujieres no era el más cómodo". Destaca en ella "la presencia del anciano Rey", aclamado "ruidosamente cuando apareció en el gran salón" porque, "en realidad, inspiraba entusiasmo y afecto. Bien puede decirse -añade Jenara, en tácito contraste con el caso español,- que pocos reyes han existido más dignos de ser amados." El ambiente reflejado en sus percepciones se muestra inicialmente pleno de simpatía de aliada, de modo que, entre otros detalles, cuando "Su Majestad Cristianísima empezó a leer", Jenara se emocionó tanto por la "voz tan dulce", por el "acento tan patético" con que lo hacía -según señala con zumbona ironía Galdós- y por las "vivas exclamaciones" con que, "a cada párrafo (,) era interrumpido", que "yo lloraba -dice- y atendía con toda mi alma". De ahí que se le "grabaron profundamente en la memoria" las "célebres palabras" con que Luis XVIII comunicaba a las Cortes su decisión de intervenir militarmente en España:

---

<sup>108</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1656. Dado que Jenara dice haber llegado a París "ya muy adelantado febrero" (de 1823) y que este discurso se produjo el día 28 de enero de aquel mismo año, resulta evidente que Galdós, más atento a los ambientes que a las fechas, toma a Enero por Febrero, ya que luego, consecuente con su error de mes, dice que "el día siguiente" era el "1º de Marzo", cosa que, obviamente, concuerda con su idea, equivocada, de que este discurso se pronunció el último día de Febrero. La fecha de 28 de Enero en MIRAFLORES, M. de: "Apuntes..." Cit., p 177, que incluye este discurso como Doc. N° 55; y VAYO, E. de C: Op. Cit., T III, p 51.

*"He mandado retirar mi Embajador. Cien mil franceses mandados por un príncipe de mi familia, por aquel a quien mi corazón se complace en llamar hijo, están a punto de marchar, invocando al Dios de San Luis, para conservar el Trono de España a un descendiente de Enrique IV, para librar a aquel hermoso Reino de su ruina y reconciliarlo con Europa"*<sup>109</sup>.

Así, a las razones de vecindad, aplicadas ya en el antecedente austriaco -al que Galdós no alude como tal- para encargarse exclusivamente de la intervención en Italia, se unen en este caso las dinásticas, porque se trata de ayudar "a un descendiente de Enrique IV"<sup>110</sup>. Abundando en el intento justificador se dice, además, que se invoca a "Dios" y que se trata de salvar a España de "su ruina" y de reconciliarla "con Europa". Pero Galdós no se detiene ahora en esos supuestos fines altruistas, sino en los "ruidosos y entusiastas victores que manifestaron cuánto entusiasmaba a todos los franceses allí presentes la intervención", que parecen responder ya a las implicaciones nacionalistas y dinásticas de que se encarguen de ella "Cien mil franceses (...), invocando al Dios de -precisamente- San Luis" y al mando de "un príncipe" de la familia reinante. Sin embargo, estas insinuaciones eran suficientemente discretas para que Jenara, "aunque española" -observa ya Galdós- comprendiera "la justicia y necesidad de esta medida" y, pensando en sus paisanos, se dijera: "Ahora veréis, brutos, como andáis bien derechos."

"Pero el bondadoso Luis XVIII -cuenta Jenara- siguió diciendo cosas altamente patrióticas sólo desde el punto de vista francés, y ya aquello no me gustaba tanto; porque, en fin, empecé a comprender que nos trataban como a un hato de carneros." Jenara, cuyas volubles "ideas" variaban siempre "al compás de" sus "sentimientos", notó que con ello se enfriaba su "entusiasmo; y cuando Luis dijo con altanero acento y entre atronadores aplausos aquello de *Somos franceses, señores*, sentí -dice- oprimido mi corazón; sentí

---

<sup>109</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1656 y 1657. Este texto, salvo leves correcciones de la traducción como decir "Embajador" donde decía *ministro* y cosas similares- forma parte del fragmento recogido en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 52; y, naturalmente, del documento N° 55 de los ya citados "Apuntes..." del marqués de Miraflores.

<sup>110</sup> Las razones aducidas por Austria pueden verse en ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 803.

-insiste, destacando así Galdós el reto nacionalista condensado en aquella expresión,- que corría por mis venas rápido fuego, y pensando en la intervención, dije para mí: 'No hay que echar mucha facha todavía, amiguitos. **Espanoles somos, señores**'"<sup>111</sup>.

La *visceral* reacción de Jenara, atendida a sus "sentimientos", venía, pues, a ser parecida a las del Gobierno San Miguel, de las Cortes y del pueblo español. Galdós, que hubo de observar este tipo de sentimientos en la España y en la Europa de la naciente época de Bismark, parece buscar explicación a tan depresiva impotencia española -prolongada también hasta los días en que él escribe- en diferencias objetivas. De ahí que, por un parte, Jenara reconoce "que la pompa de aquella Corte, la seriedad y grandeza de la Asamblea, acorde con su Rey y existente con él sin estorbarse el uno a la otra, hicieron grande impresión en mi (su) espíritu"; y, por otra, parece lamentar que en España no se hubiera logrado aquella armónica cosoberanía de Cortes y Rey que parece la base de tal grandeza. Viéndola, "me acordaba -asegura Jenara- de las discordias infecundas de mi país, y entonces sentía pena.

"Allá (...) -dice haber pensado- tenemos demasiadas Cortes para el Rey, y demasiado Rey para las Cortes"<sup>112</sup>.

El sentimiento nacionalista francés, y la tendencia a satisfacerlo y alentararlo mediante la afirmación de superioridad respecto a España, están también presentes, junto al antes referido deseo europeo de seguridad, en las manifestaciones que Chateaubriand hace a Jenara durante la entrevista que ambos mantienen al día siguiente:

"Ya oiría usted ayer -le dice- el discurso de Su Majestad. La guerra es inevitable. Yo -añade, combinando la relación bilateral con el respaldo europeo,- la creo conveniente para las dos naciones, y he tenido el honor de sostener esta opinión en el Congreso de Verona y en el Ministerio, contra muchos hombres eminentes que la juzgaban peligrosa. En cuanto a la cuestión principal, que es la clase de gobierno que debe darse a España, no creo en la posibilidad de sostener el absolutismo puro. **Esto es un absurdo, aun en España;** las

<sup>111</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1657. Sin negrilla en el original.

<sup>112</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1657.

luces del siglo lo rechazan"<sup>113</sup>.

La desconsideración hacia España y la tendencia a mediatizarla están implícitas en esa proclamada "cuestión principal" -que luego resultará no serlo tanto-. Así lo destaca Galdós al insistir Jenara en ella para señalar -defendiendo a su *mandatario*- el "estado de nuestras costumbres y de las clases sociales en nuestro país", el superior valor del Marqués y, en fin, "que la voluntad de Fernando era favorable a los planes de Mataflorida". Pero Chateaubriand, tras ironizar sobre "las altas dotes del señor Marqués", desaprueba "la conducta de la Regencia de Urgel" y afirma que "su manifiesto del 15 de agosto y sus propósitos de conservar el absolutismo puro no pueden hallar eco en la Europa civilizada." Afirma, así mismo, rebatiendo la argumentación de Jenara, que para el Gobierno francés "no hay otra expresión de la voluntad del Rey de España que la contenida en la carta que Su Majestad Católica dirigió a nuestro (su) Soberano", y, mostrando una plasmación de la aludida tendencia -aunque la decisión dice atenerse a la voluntad del Rey de España-, anuncia que "el Gobierno francés ha acordado nombrar una Junta provisional en la frontera, hasta que las tropas francesas entren en España", y que la Regencia debe entenderse suprimida<sup>114</sup>.

---

<sup>113</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1658. Sin negrilla en el original.

<sup>114</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1658. Cuando Vayo se refiere a este hecho dice que "finalmente, **el gobierno de París, cual si nuestra nación fuese patrimonio suyo**, acordó nombrar una especie de junta provisional hasta la llegada de los enemigos de la libertad a Madrid, donde según avisó encontrarían instrucciones de la voluntad del rey" VAYO, E. de. C.: Op. Cit., T III, p 47. Sin negrilla en el original. Esta decisión se sitúa en los esfuerzos de Mr. Villèle para "sustituir a la regencia de Mataflorida (por) otra de índole más suave", en las luchas de éste con Eguía ante las autoridades francesas y, especialmente, en la deprimente doblez de Fernando VII, que, por una parte, se mostraba de acuerdo con estas exigentes preferencias francesas -pues, según dice Vayo, el "acuerdo" del Gobierno francés estaba "fundado en la voluntad de Fernando, que la había declarado en dos cartas"- y, por otra, "el presidente de la regencia de Urgel podía oponer documentos a documentos, voluntad a voluntad, y a unas órdenes otras órdenes contrarias." Vayo, que da nombres y detalles de los mensajeros en ambos casos, añade, además -ponderando el carácter increíble del hecho-: "Los que duden de que un príncipe que se daba a sí propio el título de católico, de que un hombre de nuestro siglo, de que un español en fin jugase hasta tal punto con la vida de sus semejantes y elevase a este grado la perfidia, pueden consultar los papeles del archivo de la regencia de Urgel en las secretarías del despacho, y el extracto que de ellos publicó el mismo Mataflorida" -reproducidos, informa, en MIRAFLORES, M. de.: "Apuntes..." Cit., T III, p 32-, de "donde hemos bebido -dice- muchas de las noticias apuntadas"; y todavía continúa con su reiterada condena de Fernando VII, cuya fama era tal entre quienes lo conocían que *les causaba risa* que alguien se fiase de sus *papelitos*. VAYO, E. de C.: Ibídem, pp 47-50, especialmente p 48 y 49. Ver también pp 53-54.

La mediatización francesa de España se siente en parte explicable en Galdós por la imagen que de ella daba su Rey y sus mutuamente desautorizados agentes. No era sólo que Jenara, como otros, pusiera "de oro y azul" a Eguía y al barón de Eroles para neutralizar sus críticas a Mataflorida, sino que cuando defiende a la Regencia asegurando a Chateaubriand que "Fernando no le ha retirado sus poderes" y que "antes bien, se los confirma **secretamente** un día y otro", éste se hace cargo de la situación y procura evitar la violenta "alternativa de desmentir mi aserto -dice Jenara- o de hablar mal de Fernando"<sup>115</sup>. La imagen es tal que Galdós parece encontrar comprensible ese "cierto **menosprecio** de los individuos de la Regencia, y aun de todos los que mangoneaban en la conspiración", que Jenara cree "descubrir" bajo las "frases corteses" de Chateaubriand<sup>116</sup>.

En cuanto al recurso a la guerra, Galdós señala que, frente a la opinión de Chateaubriand, había "muchos hombres eminentes que la juzgaban peligrosa." Por éste u otros motivos, se le oponían, según recuerda Jenara que le dijo Chateaubriand "deseando mostrarme -explica- un interés filantrópico por la ventura de nuestro país", Villèle y sus demás colegas; (...) Inglaterra y Wellington" y "las Cámaras" francesas, en las que todavía había de "vencer la oposición a la guerra que (...) mostrarían desde su primera sesión"<sup>117</sup>.

---

<sup>115</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1658. El concepto que de Fernando VII tenía Chateaubriand está claramente expresado por este mismo autor en su obra sobre el Congreso de Verona: "Canning -dice- me hablaba mal de Fernando, de quien yo pensaba aun peor." Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 53.

<sup>116</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1658 y 1659. Sin negrilla en el original. Es notable en este sentido cómo Galdós manifestando su ya aludida simpatía, apunta la excepción del hombre en quien parece ver un intento honrado y viable de salvar la revolución posible y evitar esta intervención: "De un solo español -dice Jenara, recordando aquella entrevista con Chateaubriand,- me habló con acento que indicaba respeto y casi admiración: de Martínez de la Rosa. Lo atribuí -añade, en uno de esos intencionados *despistes* de Galdós,- a mera simpatía de poeta". Ibídem, misma p.

<sup>117</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1658 y 1659. Ya nos hemos referido a los esfuerzos de Villèle por evitar la guerra; en cuanto a los intentos mediadores de la Inglaterra de Canning y Wellington puede verse VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 50-54; y un ejemplo del problema en las Cámaras, en Ibídem, p 70. Sobre esta oposición en sus distintos frentes, CHATEAUBRIAND, *Congrés de Verone*, Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 809.

El sentido de revancha nacionalista que esta guerra tenía para Chateaubriand parece insinuado por Galdós cuando aquél lamenta ante Jenara la oposición que encuentra entre quienes, a veces "envidiosos", preguntaban si podría él **"conseguir lo que no fue dado a Napoleón"**. Pero yo -afirma, dando al protagonismo francés un alcance de interés general,- fío al tiempo la consagración de este gran hecho, tan necesario a la seguridad del orden y la justicia en los pueblos de Occidente"<sup>118</sup>.

La lucha por *la seguridad del orden y la justicia* europeos, que es la de Francia, proporciona a este país la ocasión de desquite ante los españoles, vencedores de Napoleón. Se trata, además, de castigar *ejemplarmente* a los revolucionarios ajenos en escarmiento de los propios, según indica Jenara/Galdós, al añadir:

"Habló también de las sociedades secretas y de los carbonarios, que sin duda le inspiraban vivísimo miedo -nuevamente se alude a la citada opinión de época-; y yo -explica Jenara- empecé a comprender que el objeto de la intervención no era poner paz entre nosotros, ni hacernos felices, ni aun siquiera consolidar el vacilante trono de un Borbón, sino aterrar a los revolucionarios franceses e italianos que bullían sin cesar en los tenebrosos fondos de la sociedad francesa, jamás reposada ni tranquila"<sup>119</sup>.

Esta es una preocupación que Jenara dice haber captado en muchas otras "personas influyentes de la Restauración" con las que se entrevistó aquellos días. "Con tal que en Francia hubiera tolerancia y filosofía -asegura-, no les importaba que en España tuviéramos frailes e Inquisición. Todo iría bien siempre que en ninguna de las dos naciones hubiese francmasones, carbonarios y demagogos".

La imagen que de España había en Francia estaba cargada de estereotipos, que, según indica Galdós, había contribuido a difundir el mismo Chateaubriand, en cuyos libros se decía que las *majas* se alimentaban "con una bellota, una aceituna y un higo"; y que, sorprendido por la personalidad de Jenara, parecía mirar si llevaba "el rosario para rezar en su presencia, o alguna guitarra para tocar y cantar mientras durase el largo plazo de la

---

<sup>118</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1659.

<sup>119</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1659.



antesala." En conjunto, "tenían de nuestro país -afirma Jenara- una idea muy falsa. Cuando Chateaubriand -insiste-, que era el genio de la Restauración, decía de España: *Allí, el matar es cosa natural, ya sea por amor, ya sea por odio*, puede juzgarse lo que pensarían todas aquellas personas que no supieron escribir *El genio del Cristianismo*. Nos consideraban como un pueblo heroico y salvaje, dominado por pasiones violentas y por un fanatismo religioso semejante al del antiguo Egipto"<sup>120</sup>.

Todo indicaba a los franceses, parece sugerir Galdós, que España era entonces la ocasión para que Francia y su dinastía reinante se rehabilitase a sus propios ojos y a los de Europa. De ahí la combinación de motivaciones que, en una especie de síntesis final, destaca Galdós a través de Jenara, como explicación de que Francia hiciera y desease esta guerra:

"... al salir de París -dice Jenara- no tenía duda alguna acerca del pensamiento de los franceses en esta cuestión. Ellos no hacían la guerra por nuestro bien ni por el de Fernando. Poco se les importaba que, después de vencido el constitucionalismo, estableciésemos la Carta o el despotismo neto. Allá nos entenderíamos después con los frailes y los guerrilleros victoriosos. Su objeto, su bello ideal, eran aterrar a los revolucionarios franceses, harto entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y, además, dar a la Dinastía restaurada el prestigio militar que no tenía.

"El principal enemigo de los Borbones en Francia -añade- era el recuerdo de Bonaparte y el dejo de aquel dulce licor de la gloria, con cuya embriaguez se habían enviciado los franceses. Una monarquía que no daba batallas de Austerlitz, que no satisfacía de ningún modo el ardor guerrero de la Nación y que no tocaba el tambor en cualquier parte de Europa, no podía ser amada de aquel pueblo en quien la vanidad iguala a la verdadera grandeza, y que tiene tanta presunción como genio. Era preciso armarla, como decimos en nuestro país; era necesario que la Restauración tuviera su epopeya, chica o grande, aunque esta epopeya fuese de mentirijillas; era indispensable vencer a alguien, para poder poner el grito en el cielo y regresar a París con la bambolla de las conquistas. Dios permitió que el *anima vili* de este experimento fuésemos nosotros; que la desgraciada España, cuya

---

<sup>120</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1659.

fiereza libró a Europa de Bonaparte, fuese la víctima escogida para proporcionar a Francia el desahogullo marcial que debía poner en olvido al Bonaparte tan execrado"<sup>121</sup>.

El acierto y fidelidad históricos de Galdós, tanto el elaborar estas expresivas imágenes como el destacar en ellas la actitud de Chateaubriand -cuya obra cita como muy conocida-, parecen plenamente confirmados por el testimonio de este mismo protagonista y por autorizados historiadores de nuestros días:

"Dos sentimientos -escribe Chateaubriand- tenían atormentada nuestra alma continuamente: un odio profundo a los tratados de Viena y el ansia de dar a los Borbones un ejército capaz de defender el trono y emancipar a Francia. Al ponernos España en peligro por el concurso simultáneo de sus principios y de su separación del reino de Luis XIV, indicaba, al parecer, que ella era el verdadero campo de batalla -Chateaubriand expresa aquí la idea que veíamos reflejada en Galdós- en que podíamos (,) sin gran peligro (,) a la verdad, pero con muchísima honra, enderezar a un tiempo nuestro poder político y nuestra fuerza militar"<sup>122</sup>.

Y el mismo Chateaubriand, en carta de 3 de septiembre de 1823 al general Guillemín, viene a completar esta idea con expresiones que explican y confirman lo dicho sobre él por Galdós: "...en caso de que se abandonase Cádiz (...), -explica Chateaubriand al general sitiador, disgustado ya por el comportamiento de los absolutistas,- Francia, que en estos momentos vuelve a situarse en Europa en el primer rango militar, caerá otra vez en el último. El partido jacobino se reanimaría en España y reaparecería en Francia (...). Las consecuencias de un paso atrás en los asuntos de España son tales, que va en ello la legitimidad y la Corona de los Borbones. (...) Disimulad la injuria; encerrad en el fondo de vuestro corazón el desprecio. (...) Colocados entre dos partidos violentos que no respiran sino venganza, nosotros no podemos, ni cambiar sus pasiones, ni iluminar su espíritu. (...) Liberemos al Rey, y dejemos para siempre esta España en la que nosotros habremos recobrado nuestra independencia como nación, nuestra gloria como guerreros y

<sup>121</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1660.

<sup>122</sup> CHATEAUBRIAND, *Congreso de Verona*, Vol. I, p 84. En ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., p 841.

nuestra seguridad como sociedad política"<sup>123</sup>.

Por otra parte, el profesor Artola, al citar el primero de estos textos de Chateaubriand, afirma que "la intervención francesa respondía fundamentalmente, a un problema político de la dinastía restaurada, que necesitaba ganarse al ejército, formado a base de la oficialidad surgida de las guerras de la Revolución y del Imperio, creando en una empresa común los vínculos afectivos necesarios para la seguridad de los Borbones"<sup>124</sup>.

Y el profesor Jover, tras su documentada investigación de las relaciones internacionales españolas del siglo XIX, viene a concluir que "la intervención militar francesa" respondió, "tanto por lo menos como a motivaciones europeas de extirpación de un foco revolucionario, a motivaciones interiores francesas de desquite frente al fracaso de diez años atrás" y a "la persistente incitación de Fernando VII a la intervención de las potencias de la Santa Alianza en el país"<sup>125</sup>.

Es decir, los mismos tres tipos de motivos en que, viéndolos repetidamente aludidos, hemos procurado sistematizar las referencias de Galdós para facilitar cierto contraste de la imagen que éste ofrece con la que hoy se estima realidad objetivada por la Historia.

De todo ello se desprende que Galdós ofrece en este caso, como tantas otras veces, una imagen sustancialmente histórica de los móviles de esta intervención. Esto no es extraño, por otra parte, si se tiene en cuenta que, según vamos viendo, Galdós se atiene generalmente a fuentes historiográficas, especialmente a Vayo. Es cierto que gran parte de los hechos están protagonizados por personajes de ficción, pero, según atestigua Mesonero, se trata de "tipos verosímiles, casi históricos", y el *drama* en que participan aparece combinado "acertadísimamente con la marcha de los sucesos históricos", resultando de ello las geniales imágenes que Galdós da "de situaciones, caracteres y periodos históricos que

---

<sup>123</sup> "Carta del M. de Chateaubriand al general Guilleminot (París, 3 de septiembre de 1823); en Chateaubriand, *Congrès de Vérone. Guerre d'Espagne. Négociations: colonies espagnols*, T II, Leipzig, 1838, pp 119 (y) ss." Cfr. JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>: "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Cit., p 217.

<sup>124</sup> ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., pp 810-812.

<sup>125</sup> JOVER ZAMORA, J-M<sup>a</sup>: "España en la transición del siglo XVIII al XIX". En "Política, diplomacia y..." Cit., p 215.

-según dice Mesonero, refiriéndose, precisamente, a *Los Cien mil Hijos de San Luis*- sólo ha podido escuchar de mi boca o leer en tal o cual libro o periódico"<sup>126</sup>.

Todo indica que Galdós cubre aquí con éxito -por ello le felicita Mesonero- esa finalidad *histórica* que, en el sentido de querer representar realidades anteriores y difundir su aleccionador conocimiento, se reconoce generalmente a sus Episodios. Las enseñanzas de la Historia sobre la mediatización de la España del Trienio podrían hallar aplicación inmediata en la España de Galdós, según él mismo había sugerido en el *Preámbulo* de "La Fontana de Oro". Sus coetáneos, como él, habían visto desencadenarse una guerra entre la Francia imperial de Napoleón III y la Prusia de Bismarck, si no por la "clase de gobierno" que hubiera de "darse" a España -según decía Galdós refiriéndose a la actitud francesa representada por Chateaubriand en 1823-, por el rey que había de ocupar el trono español. Guerra en la que, una vez retirada la vetada candidatura Hohenzollern, parece también importante el deseo de prestigio nacional tan belicosamente perseguido por el *Imperio* francés y por Prusia, que tendía a formar el también segundo Imperio alemán.

Estas vivencias, producidas cuando ya Galdós se hallaba tan especialmente interesado en el Trienio, hubieron de alcanzar aun mayor significación por las interferencias extranjeras que Galdós tuvo ocasión de observar durante el resto de aquel sexenio revolucionario -sin excluir la nueva elección de rey para la Restauración-, y, tras él, en la ya citada política

---

<sup>126</sup> MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 164; y "Contestación" a la carta que Galdós le dirige con fecha 19 de abril de 1977. Esta carta y "Contestación", en VARELA HERVIAS, Eulogio: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Cit., pp 25 y 26.

de *recogimiento* y atento equilibrio seguida por Cánovas para evitar males mayores<sup>127</sup>.

Desde el entorno referencial de Galdós -que es el atribuible por él a sus lectores-, la mediatización implícita en la intervención de *Los Cien mil Hijos de San Luis* podía muy bien ejemplificar las consecuencias de una desunión y luchas interiores que, según señala el mismo Galdós tantas veces, continuaba todavía: allí había una cruel guerra carlista que, como las partidas realistas del Trienio, tenían una base absolutista y clerical y producía una violenta repulsa de las demás fuerzas políticas<sup>128</sup>; se destaca también -en una especie de escalonamiento de estas discordias civiles que debilitaban a la sociedad española- la desunión de los revolucionarios liberales -y aun de los mismos republicanos- que, como en el Trienio, contribuye grandemente a la inestabilidad política, a la ineficacia administrativa y a la prolongación de aquella guerra, además de ocasionar la simultánea guerra cantonalista<sup>129</sup>; cabe señalar también en el sexenio 1868-1874 unas carencias de

---

<sup>127</sup> Manuel Espadas Burgos, tras señalar dicho significado en la citada guerra franco-prusiana, destaca la oposición de Bismarck, por una parte, al "clericalismo ultramontano" representado por el "legitimismo francés", y, por otra, a "la revolución". De ahí que "la república española" vino a suscitar, con "el talante demagógico" que se le atribuyó, "la mala acogida entre los gobiernos extranjeros y los numerosos incidentes con la Alemania de Bismarck." Este mismo autor señala, además, un hecho de este sexenio (1868-1874) que evoca lo ocurrido en el Trienio (1820-1823):

"El encargado de negocios en Berlín -escribe Espadas Burgos-, Patricio de la Escosura, recordando la política reaccionaria de la Santa Alianza, dispuesta a intervenir contra la revolución allí donde apareciera, escribía al gobierno de Madrid: 'Las tres Cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo temen igualmente a la democracia y respecto al occidente de Europa, su política, hoy por lo menos, es una misma.' Esta "desconfianza hacia el régimen español" motivaría "su intervencionismo -de Bismarck- en el ámbito español" incluidos sus "asuntos ultramarinos". ESPADAS BURGOS, M.: "Alfonso XII y la Restauración". En "Historia de España". Planeta, Barcelona, 1990, T 10, p 12 y Sgts.

<sup>128</sup> Así lo indicará el mismo Galdós en "La Primera República" a través del "monárquico" Ríos Rosas, cuyas palabras, al mismo tiempo que clarifican el sentido de una serie de simbólicos sueños del supuesto narrador, Tito -con *alimañas* (carlistas) y *nobles toros* (liberales)-, le muestran dispuesto a acatar la República como un mal menor que el carlismo: "El tercer pretendiente al Trono de España -decía aquel "orador monárquico..." en el Congreso, mientras Tito soñaba,- será confundido y aniquilado como su tío, como su abuelo. Esta nación desgraciada puede sufrir hasta la anarquía por un período de tiempo; lo que no sufrirá jamás es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la Inquisición. Jamás, jamás consentiremos a don Carlos ni a los satélites de la antigua tiranía. Todo menos eso". ("La primera República". En O.C. Aguilar, Madrid, 1976, T IV de Episodios Nacionales, p 637.) Este simbolismo del sueño de Tito puede verse claramente señalado por el profesor Jover en su ya citado *Discurso* sobre "La imagen de la primera república en la España de la Restauración", especialmente pp 100-101.

<sup>129</sup> Según indica el profesor Jover Zamora -tras destacar la simpatía con que Galdós ve y revive ciertos valores de la primera República, en cuanto sugerencia para una utopía realizable en el futuro,- "hay un par (continúa...)

educación y trabajo continuado que, como en el Trienio, restaban posibilidades de entendimiento y dificultaban el desarrollo y evolución que -en lugar del procedimiento revolucionario- parece propugnar siempre Galdós para hacer fuertes e independientes a los pueblos<sup>130</sup>.

Una vez más se muestra que Galdós, para cumplir su finalidad pedagógica, no necesitaba distorsionar la imagen histórica del Trienio; le bastaba hacer notar sus virtudes y vicios, y en especial los análogos con su presente, en la confianza de que ello sugeriría un desenlace más favorable al progreso humano y a la felicidad de los españoles<sup>131</sup>.

---

<sup>129</sup>(...continuación)

de aspectos del desorden y de la confusión política de aquella coyuntura -como caso concreto; no como correlación abstracta entre *república* y *desorden*- que atraen especialmente la atención de nuestro autor: por una parte, la suicida indefensión de la República frente a sus adversarios; por otra, la estulta división de los republicanos, que culminará en el golpe de Estado del republicano general Pavía. (JOVER ZAMORA, J. M.: "La imagen de la primera República en la España de la Restauración". Cit., p 118.) El mismo Galdós, a través de Tito, destaca la culminación de aquella desunión en los republicanos del 73 y su tardía reacción al recibir el recado de Pavía para que desalojasen el local de las Cortes "en un término perentorio": Salmerón aconsejaba resistir testimonialmente, unidos "en sesión permanente", para que "las generaciones futuras" supieran "que los que éramos adversarios -dice-, ahora hemos estado unidos para defender la República (...). En los escaños retumbó el estruendoso clamor de ¡todos somos unos! ¡Todos somos unos para defender la República!" y, "al oír esto -cuenta Tito-, no puede contenerme. Se me encendió la sangre, y con toda la fuerza de mis pulmones lancé al hemicycle estas palabras: ¡A buenas horas, mangas verdes! Majaderos fuisteis; sed ahora ciudadanos y dejaos matar en vuestro asiento." (PEREZ GALDOS, B.: "De Cartago a Sagunto". O. C. Aguilar, 1976, p 712).

<sup>130</sup> La educación, representada por la maestra *Floriana*, y el trabajo, representado por el hercúleo herrero que tiene por novio, junto con la acción del tiempo, son constantemente valorados por Galdós en sus Episodios sobre la primera República como medios "para engendrar la felicidad de los pueblos futuros", para que la patria propia y las vecinas sean "regeneradas, ennoblecidas y espiritualizadas hasta consumir -entendemos que por cambio evolutivo y reformista,- la perfecta revolución social." PEREZ GALDOS, B.: "La Primera República". En O. C. Aguilar. 1976, T IV de Episodios Nacionales, pp 678 y 679. Las similitudes entre lo que sobre estos aspectos dice Galdós al referirse al Trienio, según hemos señalado ya en este trabajo, y lo que sobre el sexenio 1868-1874 encontramos destacado, no sólo en Galdós, sino en el autorizado y tan citado Discurso del profesor Jover sobre "La imagen de la primera República en la España de la Restauración" parece indicio claro de que Galdós da un tratamiento parecido a estas dos fases revolucionarias, cuya semejanza había señalado él mismo en su primera novela.

<sup>131</sup> Así, Tito, que se consideraba ineficaz en cuanto "politicastro que pretendía reformar el mundo con discursos huecos, con disputas doctrinales", insignificantes ante la acción de la Maestra y el Herrero, dice, sin embargo, ponderando la función pedagógica de la Historia:

"Al retirarme, vi en mi mente con absoluta claridad que mi papel en el mundo no era determinar los acontecimientos, sino observarlos y con vulgar manera describirlos para que de ellos pudieran sacar alguna enseñanza los venideros hombres. De tales enseñanzas podía resultar que acelerasen el paso las generaciones destinadas a llevarnos a la plenitud de los tiempos" PEREZ GALDOS, B.: "La primera República". En O. C. Aguilar, 1976, T IV de Episodios Nacionales, p 679.

Es aquí donde principalmente tiene su papel ese componente literario que, como hemos visto ya, más que una acción, crea una representación de la acción histórica -con sus ambientes, emociones, tipos y entramados sociales- introduciendo en ella, a la vez, encarnaciones individuales que simbolizan en su vivir particular el de un grupo, valor, etc.. En este último sentido, resulta aplicable para completar este apartado, como pasaba en otros casos, lo que parece una representación de las relaciones de España y Francia durante esta intervención.

#### 5.3.4. Simbolismo de las relaciones entre Jenara y Montguyón

Al mismo tiempo que Francia parecía aprestarse a *conquistar* España, Jenara se ve acosada por "el conde de Montguyón, Coronel del 3º de *Husares*" a quien "había conocido en Tolosa". Con las potencias del alma trastornadas, persiguió Montguyón a Jenara "hasta París, donde me asediaba -dice ésta- como esos conquistadores jóvenes e impacientes que han oído la célebre frase de Cesar y quieren imitarla"<sup>132</sup>.

Ya al referirse a los estereotipos observados en otros franceses había indicado Jenara -cual si Galdós señalase a la vez en ello la influencia de la Literatura- que le atribúan "sentimentalismo andaluz y (...) gravedad calderoniana, (...) mezcla (...) de maja y gran señora, de Dulcinea y gitana"; que se ilusionaban por mantener con ella amores que suponían apasionados y violentos, pues en cada española estimaban reunidas "la *cantaora* de Sevilla y doña Jimena, la torera que gasta navaja y la dama ideal de los romances moriscos"<sup>133</sup>. El enamorado Montguyón, presa también de estos estereotipos y "deseando, sin duda -dice Jenara-, identificarse con las ideas que en mi tierra suponía, se hizo una especie de Don Quijote, cuya Dulcinea era yo"<sup>134</sup>.

Consigue Montguyón ser destinado "a la guerra de España" con el triple objeto de "guerrear por la Francia, visitar la hermosa tierra de España y estar -dice a Jenara- cerca

<sup>132</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1660.

<sup>133</sup> "Los Cien Mil Hijos de San Luis". Cit., p 1659.

<sup>134</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1660.

de usted." Jenara, en la que el tiempo había amortiguado su dependencia del "cautivo de Benabarre", dice hallarse en un estado de "tranquilidad" que, sin caer en "el taciturno y seco olvido", le permitía entretener su ocio admitiendo "la parte superficial" de las galanterías de Montguyón, al que acaba haciendo concebir esperanzas para servirse de él mientras va en pos de Monsalud, cuya libertad conoce aquellos días por Pipaón. Con este motivo, Montguyón "se creía héroe de mil aventuras románticas e interesantes caballerías, tales como se las había imaginado leyendo obras francesas sobre España"<sup>135</sup>.

Resulta así que Montguyón busca en su relación con Jenara una romántica aventura amorosa que evoca la que, simultáneamente, se buscaba en la Francia deseosa sobre todo de desquite y prestigio, de gloria, aunque en las negociaciones no faltasen capítulos relativos a compensaciones económicas o territoriales. Como Francia, Montguyón parece perseguir en su aventura la satisfacción de cierto prurito prestigioso de caballero y galanteador romántico.

Como ocurre entre los dos países, relacionados más por el interés particular de cada uno que por un interés común, la relación de Jenara y Montguyón tiene un carácter circunstancial: Jenara se sirve de Montguyón para obtener carruajes y medios con que trasladarse, tras Monsalud, hacia Madrid, Sevilla y Cádiz; y él parece proporcionarle estos medios de viaje para tenerla cerca y ganar ese amor a la española.

Ambos, según veremos en los siguientes apartados, recorren el camino, salvo ligeros avances de Jenara, al mismo tiempo que el ejército francés va ocupando -precedido a veces también por partidas realistas- el territorio español. Y, al fin, cuando se produce la toma francesa del Trocadero, Montguyón intenta, con plausible simultaneidad, su personal asalto amoroso a Jenara, que, al rechazarlo, le aclara honradamente que está enamorada de Monsalud, le presenta disculpas por su anterior actitud y le pide ayuda para liberarlo, ofreciéndole a cambio la amistad que sí puede darle, aunque su amor lo reserve para Monsalud al igual que la élite española reservaba su afecto *nacional* para las cosas de

---

<sup>135</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1660, 1661 y 1667. "Empleo la palabra *románticas* -explica Galdós, mostrando su preocupación por evitar anacronismos,- porque si bien no estaba en moda todavía, es la más propia. El romanticismo existía ya -afirma-, aunque no había sido bautizado", *Ibíd.*, pp 1667-1668.



España.

Por otra parte, esta línea simbólica se inserta en el eje, principal, de las relaciones que Jenara, en competencia con Solita y Andrea, mantiene con Monsalud. Pero esto lo dejamos para mostrarlo, como trasunto suyo que es, junto a cuestiones históricas tratadas en próximos apartados.

#### **5.4. EL FACIL AVANCE DE LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS**

Galdós destaca en este avance una serie de circunstancias que, al mismo tiempo que lo caracterizan y explican, reflejan todo un mundo de implicaciones en relación con el estado de cosas que venimos viéndole atribuir a la sociedad española y a su entorno. Entre ellas un hecho que, siendo anterior en el tiempo, es referido por Galdós de modo retrospectivo, al ocuparse del paso de la frontera española por las tropas de Angulema.

##### **5.4.1. El previsor traslado de la Corte a Sevilla**

Este traslado se muestra en sí mismo como un presagio, y por ello factor además de efecto, de la indefensión con que, según pudo observar Jenara en Irún al regreso de su gestión diplomática en París, los liberales verían entrar a los Hijos de San Luis en España.

Visitada allí Jenara por Calomarde, "hablamos -dice- de los sucesos de Madrid, que él había presenciado, y me informó de todo." Con el aval de este testigo, y en su versión absolutista, se informa entonces de cómo en Madrid "se iba desbaratando el constitucionalismo **sólo con el anuncio** -negrilla nuestra- de la intervención." La sensación de peligro es tal que los gobernantes liberales "están -dice Calomarde- que no les llega la camisa al cuerpo, y en ninguna parte se creen seguros. Después que ultrajaron a Su Majestad -añade-, le han arrastrado a Andalucía con el dogal al cuello, como el mártir a quien se lleva al sacrificio"<sup>136</sup>.

---

<sup>136</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1663 y 1664.

La imagen de este traslado reúne así, junto a la idea de indefensión liberal, las de resistencia de Fernando VII, presiones constitucionalistas para vencerla y capitalización de las mismas por los absolutistas, cuyos exagerados *aspavientos* ejemplariza repetidamente Calomarde entre algunas críticas de Jenara con que Galdós los destaca.

La indefensión liberal resulta ponderada por Galdós, al coincidir en ella Jenara y Calomarde: el "refugiarse en Andalucía (...) ha sido -opina Jenara- para no estar bajo la amenaza de los batallones franceses". Y Calomarde le contesta, "riendo brutalmente": "Ha sido (...) porque sabían que Madrid no tiene defensa posible; que los ejércitos de Ballesteros y de La Bisbal son dos fantasmas; que cuatro soldados y un cabo de los del Serenísimos Señor duque de Angulema podían cualquier mañanita sorprender a la Villa y a los *Siete Niños* y al Congreso entero, al Ayuntamiento soberano -Galdós parece ironizar, llamándole *soberano*, por el papel que a veces jugó aquellos días- y a toda la comunidad masónica y *landaburiana*"<sup>137</sup>.

Pero aunque esta decisión se tomase para poner a salvo las instituciones constitucionales mientras se organizaba una más eficaz y durable resistencia, parece producirse con unas prisas que pudieron contribuir a esa imagen de desbaratamiento del constitucionalismo que Calomarde dice haber visto en Madrid *ante el solo anuncio de la intervención*. Y esa imagen de unos gobernantes a los que no "llega la camisa al cuerpo" parece insinuar, aunque Galdós no llega a decirlo, que aquella urgencia e inseguridad pudo ser un mal ejemplo para el pueblo de que decían esperar una segunda guerra de la Independencia<sup>138</sup>.

Su imagen, a la que alude Calomarde riéndose del "espectáculo (que) han dado al mundo", se agrava sobre todo por la imprevisión que este absolutista señala -y celebra- al

---

<sup>137</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1664. De modo similar, Vayo señala que la razón dada en las Cortes para tan rápido traslado fue "la facilidad con que una columna francesa podría sorprender la corte" y que "todos los oradores hablaron de un golpe de mano, de lo peligroso de la crisis, de la dificultad de la defensa". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 58.

<sup>138</sup> Mucho más decididamente que Galdós, señala Vayo que en las razones y prisas con que este traslado se aprobó en unas Cortes extraordinarias desde cuya clausura "sólo mediaban diez días" hasta "la apertura de las ordinarias" -1 de Marzo-, no se reparó en "que tanto recelo en los padres de la patria debía desalentar a los más osados". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 58.

añadir: "En presencia de la intervención armada, ¿cómo se preparan esos mentecatos para conjurar la tormenta? Llamando a las armas a 30.000 hombres y disponiendo (esto es lo más salado) que con los milicianos que quieran seguir al Congreso se formen algunos batallones, recibiendo cada individuo cinco reales diarios. ¡Se acabó la Patria, señora!"<sup>139</sup>.

Sin embargo, Galdós, como Vayo, da a entender que este comportamiento gubernamental respondía a falta de cálculo, a la "necia confianza" de "esos mentecatos" en una reacción popular<sup>140</sup>. No se descarta que hubiera en él cierto matiz dimisionario -presagio de lo que luego se observaría en diversos cuerpos del Ejército-<sup>141</sup>; se indica, además, que muchos moderados, como Toreno y Martínez de la Rosa, deseaban un régimen parecido al previsto en la *Carta* francesa; incluso cabe pensar que muchos de ellos están representados por Jenara, que busca la intervención como medio; pero en ningún caso alude Galdós a ese plan preconcebido que, según el profesor Gil Novales, se explica porque "San Miguel, aunque aparenta liberalismo, era ya entonces anillero"; de ahí, viene a decir este autor, que su Gobierno "iba dejando a España indefensa, seguramente porque esperaba de una intervención francesa el régimen de Cámaras", que era la "vieja aspiración de afrancesados, moderados y anilleros", y de acuerdo con el cual se explica que, cuando "todavía no ha entrado en la Península un solo francés, (...) ya el Gobierno recalcitrante piensa en abandonar Madrid camino de Andalucía. Así -añade Gil

---

<sup>139</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1664. Estos datos y la insuficiencia de estas disposiciones se hallan, así mismo, indicados en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 55 y 65.

<sup>140</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1662 y 1664.

<sup>141</sup> Este posible matiz, contrario al numantinismo de la guerra de Independencia, parece insinuarlo Galdós al atribuir a Campos, que era el gran maestro de la sociedad masónica a que pertenecía el Gobierno, la idea de que, en contra de lo hecho, según luego veremos, por el "tunante" de La Bisbal, al *capitular* en Somosierra, "es preciso guardar ciertas formas" aunque "todos -dice, cual si se conformase con una *derrota honrosa*,- estamos dispuestos a capitular" ante "la general corriente" de Europa. "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1678.

Novales- la derrota es segura"<sup>142</sup>.

Lo que Galdós parece destacar es que estas luchas partidistas, junto a las maniobras del intrigante Rey, entorpecían la acción de gobierno, deterioraban la imagen liberal y empujaban a gran parte de la población hacia posturas *realistas*, cosa que los absolutistas procuraban estimular satanizando a los liberales. Así, cuando Calomarde aludía al traslado que nos ocupa, no se refiere a lo hecho por Fernando VII, sino a los ultrajes inferidos a éste por los *ambiciosos* masones y comuneros antes de *arrastrarlo* a Andalucía "con el dogal al cuello". Su intencionada exageración es, además, destacada al contestarle Jenara: "No tanto, señor don Tadeo (...) Su Majestad habrá ido, como siempre, en carroza, y mucho será que los mozos de los pueblos no hayan tirado de ella." A lo cual -descubriendo tácitamente su juego- responde "Calomarde riendo": "Eso se deja para la vuelta (...). Ahora, -añade, describiendo aquella crisis,- los francmasones han seducido a la plebe, y Su Majestad, por dondequiera que va, no oye más que denuestos. El 19 de febrero, cuando se alborotaron los comuneros y masones porque éstos querían sustituir a aquéllos en el Ministerio, -Galdós subraya el ambiental enfrentamiento de unos y otros, sin importarle, a juzgar por su expresión, quién sustituye a quién,- los chisperos borrachos y los asesinos del Rastro daban *mueras* al Rey y a la Reina. Un diputado muy conocido apareció en la Plaza Mayor mostrando una cuerda, con la cual proponía ahorcar a Su Majestad y arrastrarle después. La canalla penetró hasta la Cámara Real. ¡Escándalo de los escándalos!

---

<sup>142</sup> GIL NOVALES, A.: "El Trienio liberal". Cit., pp 54, 55-55 y 56-57. Conviene, en todo caso, tener en cuenta que este traslado fue aprobado en la sesión de Cortes del "14 de febrero (...) por una inmensa mayoría". Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 58. En cuanto a la que el profesor Comellas estima "inadmisble versión de que San Miguel era *anillero*", procede, según este autor, del manuscrito de un *zurriaguista* refugiado en Londres -recogido y utilizado por Riera y Comas en *Misterios de las sectas secretas*- (Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 377-378, especialmente esta última y nota N°507.) y podría ser empleado en el sentido insultante frecuente entonces entre la parcialidad comunera. Abundando en ello, "El Zurriago, Cádiz, núm.3, 22 junio 1823, 8-10", es también la fuente citada por el profesor Gil Novales en "Las Sociedades Patrióticas...", Cit., Vol. II, p 942, tras atribuir a San Miguel la condición de anillero. El profesor Artola, dando por supuesta la condición "exaltada" de este Gobierno, señala que "semejante designación de colaboradores" por Fernando VII pudo hacerse no sólo por "temor", sino también con "la intención de crear una situación interna que provocase la intervención extranjera". ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 767 y 770. Es cierto que, refiriéndose a la indefensión aludida por el profesor Gil Novales, Vayo señala que al producirse "la entrada de los franceses en España cruzábanse intrigas de todas clases para seducir a los generales" y que "las promesas de una carta constitucional adormecían a los gefes (Sic) liberales entorpeciendo sus planes"; pero ello se entiende siempre en perjuicio de los deseos del Gobierno. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 83.

Parecía que estábamos en Francia y en los sangrientos días de 1793. El mismo Rey me ha dicho que los ministros entraban en la Cámara cantando el *Himno de Riego*"<sup>143</sup>. En conjunto, la ya confusa crisis de febrero de 1823<sup>144</sup> aparece envuelta en un impreciso revoltijo de discordias y hechos violentos con el que Galdós parece reflejar, sin cuidarse mucho de los datos, ese ambiente de luchas internas que -como en su época- consumían la energía nacional, hacían infeliz a España y la dejaban a merced de sus vecinos<sup>145</sup>.

El recuerdo de este ambiente de violencia revolucionaria, que evoca la guillotina francesa e impulsa al aterrado Rey a reponer a los recién cesados Ministros hasta que leyesen sus Memorias ante las Cortes<sup>146</sup>, da ocasión a nuevos ayes absolutistas, no exentos de sarcasmo, con que Calomarde insiste en ponderar el incomparable "desacato (...) de obligar al Rey a partir para Andalucía", sin hacer caso de su "ataque de gota", y a que Jenara,

---

<sup>143</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1664. Estas disputas entre masones y comuneros, alimentadas en parte por esa ambición que a unos y otros atribuye aquí Calomarde -y que Vayo señala igualmente diciendo que ambos pretendían "las sillas de las secretarías del despacho" (Op. Cit., T III, p 57)-, eran estimuladas también, aunque Galdós haga que el absolutista Calomarde lo omita, por "S.M., lince -dice Vayo- en tales manejos," que, el 19 de febrero -una vez más el de cierre de las Cortes- cesó al Ministerio de masones que le comunicaba la necesidad de traslado y transigió "con sus rivales los comuneros", a través de su agente "Regato", para suscitar discordias entre ellos (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 60.) Fue al negarse Fernando VII a recibir a los Ministros -tras haberse negado ya reiteradamente a realizar aquel traslado,- cuando, según cuenta el propio Fernando VII, "ellos salieron silvando y cantando el himno de Riego" (*Itinerario de nuestro viaje a Sevilla en el año 1823, precedido de las causas que lo motivaron*. En A.G.P., P.R. de Fernando VII, T 69, fols. 2-3. Cfr. COMELLAS, J-L: "El Trienio Constitucional", Cit., p 412. Después, aunque quizás pensado antes, el cese del Ministerio y los confusos disturbios con que se presiona a Fernando VII para que repusiera a los masones y accediese al proyectado viaje. En ellos cabe señalar que la aparición de "un diputado" con una cuerda y su propuesta de "arrastrar al Rey", así como la llegada de unos comisionados de los manifestantes "a la cámara Real", son también referidos por Vayo (Ibidem, pp 60 y 61) de modo similar a Galdós.

<sup>144</sup> Véase sobre ella COMELLAS, J-L: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 410-415, y ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 773-775.

<sup>145</sup> La debilidad consiguiente a las divisiones internas es preocupación constante de Galdós. Ya aquí la hemos visto varias veces aludida en relación con los liberales del Trienio. Pero la tácita recomendación que ello encierra para sus también divididos coetáneos se puede hallar en escritos tan insospechados como su cuento titulado "La conjuración de las palabras", cuyas enseñanzas gramaticales terminan con la siguiente reflexión: "No tuvo resultado el pronunciamiento -se refiere al de las palabras descontentas de su función-, por gastar el tiempo los conjurados en estériles debates y luchas de amor propio, en vez de congregarse para combatir al enemigo común; así es que concluyó aquello como el Rosar o de la Aurora". PEREZ GALDOS, B.: "La conjuración de las palabras". En O.C. Aguilar, Madrid, 1977, T de "Cuentos, Teatro y Censo", pp 62-65, especialmente esta última.

<sup>146</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 61 y 64-66.

"ofendida -recuerda ella misma- de las exageraciones de mis amigos", le replique "remedando sus aspavientos" y con expresiones como: "¡Oh, no tanto, por Dios! (...) Poco mal y bien quejado." Además, -le viene a decir, respondiendo a esa otra famosa maniobra de Fernando VII que Calomarde esgrime contra los Ministros,- "el Rey no tenía en aquellos días ataque de gota (...). La prueba es que, después de clamorear tanto por su enfermedad, anduvo algunas leguas a pie el primer día de viaje"<sup>147</sup>.

El mismo Calomarde, cual si Galdós quisiera aclarar esa intencionalidad victimista que, según decíamos, parece atribuir a sus palabras, es quien abre así la siguiente continuación de su diálogo con Jenara:

"Bueno; concedo que Su Majestad estaba tan bueno como yo. ¿Y si no quería partir?

-Que hubiera dicho: 'No parto.'

-¿Y si le amenazaban (Sic)?

-Haberles ametrallado.

-¿Y si no tenía metralla?

Haberse dejado llevar por la fuerza.

-¿Y si le mataban?

-Haberse dejado matar. Todo lo admito menos la cobardía." A lo cual repone Calomarde: "Amiguita, usted se nos ha 'francmasoneado'"<sup>148</sup>.

Se insiste con ello en la idea, aducida varias veces por Calomarde contra las sucesivas réplicas de Jenara a sus "aspavientos", de que ésta, como la élite social exiliada, se ha podido contagiar de liberalismo: "Me parece que usted -le dice, ante una de dichas réplicas-, con sus viajes a Francia y sus relaciones con los ministros del liberal y filósofo

<sup>147</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1664. Refiriéndose Vayo a este hecho dice: "No debemos pasar en silencio un rasgo de Fernando en este viaje, que servirá para poner más en claro el carácter original que le distinguía. Antes de salir de Madrid había exagerado sus ataques de gota, y obligado con su influjo a algunos médicos a que declarasen los peligros de la marcha, como dijimos en su lugar: pues al día siguiente de la salida (,) para manifestar que no motivaba su oposición la falta de salud, sino de voluntad, anduvo más de dos leguas a pie, poniendo de este modo en ridículo a los profesores de medicina que habían accedido a sus ruegos". Op. Cit., T III, pp 73-74; sobre los informes médicos y demás cuestiones suscitadas, Ibídem, pp 66-67. Véase también COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., pp 416-417, y nota N° 574, sobre las presiones de unos y otros, que parecen dar lugar a sucesivos informes contradictorios.

<sup>148</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1664-1665.

Luis XVIII, se nos está volviendo francmasona"; y en otra: "...cómo se ha entibiado el fervor de usted! Bien dicen que los aires de esa Francia loca son tan nocivos..."

Estas acusaciones reflejan en sí mismas la distancia que Galdós establece entre el cerril inmovilismo en que los absolutistas españoles deseaban anclar a su sociedad y su imagen de la Francia que, quizá sin querer, estaba contribuyendo a restablecerlo. Pero además, Jenara, aun llamándose todavía absolutista, indica la distancia que media entre ella, contagiada ya de Monsalud, -como la élite española de la propia Revolución-, y el absolutismo de los Calomarde: "mi absolutismo -le dice- se ha civilizado, mientras el de ustedes continúa en estado salvaje. El mío se viste como la gente, y el de ustedes sigue en taparrabo y plumas"<sup>149</sup>.

Cuando, sin embargo, "el astuto intrigante" ofrece a Jenara su protección como "Secretario de la Junta que se va a formar en la frontera", para la cual dice haber sido designado, queda claro que ese iba a ser el carácter del régimen que, pese a los intentos moderadores de Angulema, se iría imponiendo en España al paso de los Cien mil Hijos de San Luis. Pero lo dicho sobre Jenara y el hecho de que ésta, para poder hablar libremente con Pipaón -recién llegado al grupo- sobre Monsalud, pase por la violencia de pedir a Calomarde que los deje solos -dando lugar a su primer "manos blancas no ofenden"-, resulta claro indicio de que la élite social española, como Jenara, no podría aceptar de buen grado aquel régimen, aunque tampoco consiguiera conservar en su pureza la Revolución a que parecía tender simbólicamente desde que se produjo su juvenil amor a Monsalud<sup>150</sup>.

Aquel forzado traslado de Fernando VII podía ser utilizado como piedra de escándalo entre las clases bajas e incultas, pero no entre la élite representada por Jenara. Los miembros de ésta pudieron, en cambio, atenerse a la temerosa debilidad que aquel traslado reflejaba y contribuir a aumentar ésta con un *repliegue* o descompromiso equivalente, que facilitaría, como veremos ahora, el avance de los Cien mil.

---

<sup>149</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1664.

<sup>150</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1666.

#### 5.4.2. El paso francés de la frontera española

Según pudo ver Jenara en su aludido regreso de la Corte francesa, "desde París a la frontera no cesaba el movimiento de tropas. Por todas partes, convoyes, cuerpos de ejército y oficiales que iban a incorporarse a sus regimientos. Francia -señala, insistiendo en la aludida motivación de fondo,- podía creerse aún en los días del Gran soldado." A lo largo de este camino, Jenara tendrá ocasión de ver los lugares, hechos, etc. sobre los que Galdós quiere informar a través suyo: al llegar a Burdeos se entrevistó con Mataflorida, que, irritado al conocer el triunfo de la tendencia representada por Eguía -la que le había ordenado fingir Fernando VII-, se empeñaba en "llevar adelante sus locas pretensiones", por lo que "Angulema le mandó prender juntamente con el Arzobispo -Creux-, confinándoles a Tours. Así -indica Jenara- acabaron las glorias de aquellos dos ambiciosos"<sup>151</sup>.

"Bayona -continúa contando Jenara- era un campamento cuando yo llegué. El número de españoles casi superaba al de franceses, y en todos reinaba grande alegría". Entre ellos estaban el barón de Eroles y Eguía, con los que Jenara se reconcilió, haciéndoles ver que su viaje a París se debió a "asuntos particulares" y aprovechando la predisposición "a perdonar" en que Eguía se hallaba por el "mismo gozo y embobamiento del triunfo". Tras varias entrevistas en esta antesala de España, con ya tantos españoles, Jenara permaneció varios días en Behobia e Irún, invitada por parientes y amigos, viviendo así de cerca lo ocurrido entonces en estos puntos fronterizos.

La explicación de este hecho señala ya el ambiente propio del momento y lugar, pues Jenara se atrevió a quedarse, "aunque la frontera -dice- no me parecía el punto más a propósito para residir" cuando "principiaba la guerra", porque "la gente de aquel país estaba segura de que Angulema atravesaría fácilmente el Pirineo, por ser muy adicto al absolutismo todo el país vasconavarro"<sup>152</sup>.

A este apunte sociogeográfico, de carácter estructural, sobre el que vuelve repetidamente

---

<sup>151</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1661. Esta actitud y confinamiento se hallan igualmente indicadas, como ya se dijo, en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 63.

<sup>152</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1661 y 1662.



Galdós, se unen otra serie de circunstancias que Jenara cuenta con la viveza y autoridad propias del observador directo.

En primer lugar se advierte que no había allí resistencia militar organizada, sino sólo algunos ineficaces gestos de sabor romántico -a los que en parte nos hemos referido ya, pero que recogemos en su totalidad por el interés de la imagen en su conjunto,-:

"Todavía no había pasado Su Alteza la raya, cuando se rompió el fuego junto al mismo puente internacional. Los carbonarios extranjeros, que andaban por España, unidos a otros perdidos de nuestro país, habían formado una legión con objeto de hacer frente a las tropas francesas. Constaba aquélla de 200 hombres, tristes desechos de la ley demagógica de Italia, de Francia y de España; y para seducir a los Cien mil Hijos de San Luis, se habían vestido a la usanza imperial, y ondeando la bandera tricolor, gritaban en la orilla española del Bidasoa: '¡Viva Napoleón II!'

"Su objeto era fascinar a los artilleros franceses con este mágico grito; mas tuvieron la desdicha de que tales aclamaciones fueron contestadas a cañonazos, y con sus banderas y sus enormes morriones huyeron a San Sebastián. Pasma la inocente credulidad de los carbonarios extranjeros y de los masones españoles. Oí decir en Behovia que los liberales franceses La Fayette, Manuel Benjamín Constant y otros fiaban mucho en los 200 legionarios mandados por el republicano emigrado coronel Fabvier. ¡Qué desvaríos engendra el furor de partido! Corría esto parejas con la necia confianza del Gobierno español, que, aun después de declarada la guerra, no había tomado disposiciones de ninguna clase, hallándose sus tropas sin más recursos ni elementos que el parlerío de los milicianos y el gárrulo charlatanismo de los clubs"<sup>153</sup>.

Frente a esta imagen de resistencia deshilachada y extraoficial se describe a continuación la entrada de un ejército importante: "Hacia los primeros días de abril -cuenta Jenara- vi pasar a los generales de división Bourdessoulle, duque de Reggio y Molitor, que entraron en España por Behovia. Después -añade- pasó Su Alteza el sobrino de Luis XVIII, con

---

<sup>153</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1662. Este hecho y su atribución a la iniciativa de los carbonarios, aunque con "ciento y diez hombres entre franceses e italianos mandados por Mr. Caron", se halla descrito en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 75.

todo su Estado Mayor, en el cual iba Carlos Alberto, príncipe de Carignan. No se puede imaginar cortejo más lucido. Yo no había visto nada tan magnífico y deslumbrador, como no fuera la comitiva de José Bonaparte antes de darse la batalla de Vitoria el año 13, feliz para la causa española, pero de muy malos recuerdos para mí, porque en él perdí la batalla de mi juventud, casándome como me casé"<sup>154</sup>.

Este ejército, intencionadamente comparado por Galdós con otro tan *lucido* como él, que si fue derrotado, viene acompañado de algunas futuras autoridades españolas que, lejos de pasar esta vez por afrancesadas, parecen pretender legitimarlo con cierta carta de españolidad. Se trataba, según dice Jenara, de "Eguía, remozado por la emoción y tan vanaglorioso del papel que iba a representar, que no se le podía resistir, como no fuera tomando a broma sus bravatas, (...) don Juan Bautista Herrero y Gómez Calderón, aquel a quien el mordaz Gallardo llamaba *Caldo pútrido*". Y, completando esta información, a la vez que destaca la tutela francesa, añade: "El barón de Eroles, que con los anteriores tipos debía **formar la Junta al amparo del Gobierno francés**, entró por Cataluña con el mariscal Moncey"<sup>155</sup>.

Pero, más que la justificación o apoyo moral que con la mera presencia de esta Junta española parecen buscar los franceses, Galdós destaca la imprevisión gubernamental y la eficaz ayuda que, en lugar de resistencia, encuentran en parte de la sociedad española:

"No recibieron a los franceses -dice Jenara/Galdós- las bayonetas ni la artillería del

<sup>154</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1662. Este paso se produjo "el día 7 de Abril". Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 75.

<sup>155</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1662. Sin negrilla en el original. Tanto los nombres de los componentes de esta Junta como los de los generales del ejército francés, salvo leves variaciones en éstos, pueden verse en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 76. Las variaciones indican que Galdós empleó también otras fuentes, pero lo dicho y el orden de exposición, sólo cambiado por Galdós para anteponer la referencia a esta Junta -que Vayo hace tras referirse a las "falanges realistas" españolas, que sumaban 35.000 hombres y que "inclusas" en el ejército francés hacían un total "de 91.000 hombres"-, nos inclinan a pensar que este autor es también aquí la fuente fundamental de Galdós. Las "bravatas" que Galdós atribuye a Eguía, presidente de esta Junta que, según dice Vayo, fue "creada en Bayona" y "se instaló en Oyarzun el 9" (de abril de 1823), parecen querer reflejar ese "mayor brío (de) los mal reprimidos ímpetus de su crueldad" que, con palabras del mismo Vayo, se manifiesta en Eguía al recibir de Fernando VII "nuevas instrucciones (...) en sentido de todo punto despótico". De acuerdo con ellas, -y reflejando la no muy grande preocupación de Francia por esto, según decía antes Galdós y señala Vayo aquí,- "la junta (Sic) declaró en su primera proclama a los españoles que no reconocía más origen de la autoridad soberana que el rey, y que todo volvía al 7 de Marzo de 1820". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 76.

Gobierno constitucional, sino una nube de guerrilleros, que les abrieron sus fraternales brazos, ofreciéndose a ayudarles en todo y a marchar a vanguardia, abriéndoles el camino. Tal apoyo era de grandísimo beneficio para la Causa, porque los partidarios realistas ascendían a 35.000. ¡Ay de los franceses si les hubieran tenido en contra! Pero les tenían a su favor, y esto sólo, ¡qué fenómeno!, puso al buen Angulema por encima de Napoleón. El absolutismo español no podía hacer al hijo de San Luis mejor presente que aquellos 35.000 salvajes, entre los cuales (¡cuánto han variado mis ideas, Dios mío! -recuerda Jenara-) tengo el sentimiento de decir que estaba mi marido. ¡Y yo le había admirado, yo le había aceptado por esposo diez años antes, sólo por ser guerrillero!... Cuando se hacen ciertas cosas, ya que no es posible que el porvenir se anticipe para avisar el desengaño, debiera caer un rayo y aniquilarnos"<sup>156</sup>.

La imagen de la España absolutista, su colaboración con los franceses -subordinando la política exterior al propio triunfo partidista-, resulta así condenada, a la vez que descrita, por la repulsa con que Jenara lamentaba antes y abomina ahora su matrimonio con uno de sus principales representantes. Las palabras de Jenara reflejan, además, un cambio de mentalidad que se siente atribuido igualmente a la élite social representada por ella, y que Galdós, con el presumible fin de que sirviera de estímulo a los rezagados de su época, destaca ya iniciado en el Trienio, según indica una vez más Jenara al concluir así su referencia a las partidas realistas unidas al ejército francés:

"El conde de España mandaba las partidas de Navarra; Quesada, las de las Provincias Vascongadas, y Eroles, las de Cataluña. ¡Cómo fraternizaron las partidas con los franceses, que habían sido origen de su nacimiento en 1808! Era todo lo que me quedaba por ver. Se abrazaban, dando vivas a San Luis, a San Fernando, a la Religión, a los Borbones, al Rey, a la Virgen María, a San Miguel Arcángel y a los Serenísimos Infantes. Yo no lo vi, porque no quise pasar la frontera. Me repugnaban estas cosas, y los soldados de la Fe habían llegado poco a poco a serme muy antipáticos"<sup>157</sup>.

---

<sup>156</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1662.

<sup>157</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1662-1663. Los catos de zonas y jefes de estas partidas en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 76.

En el sentir de Jenara, esta confraternización no parece hacerse en un plano de igualdad, sino de subordinación española. De ahí su inmediata referencia a que, hablando de ello con Montguyon, éste elogiaba a los guerrilleros como "tipos de heroísmo" e "independencia caballeresca", pero que los asociaba a "tiempos remotos"; y a que "también le seducían por ser, como los frailes, gente muy pintoresca". Todo indica que Jenara, como Galdós en su época, prefería un menor pintoresquismo, una menor rareza y una mayor adaptación a los nuevos tiempos. En cierto modo, esto es una clara anticipación de Galdós al espíritu de la generación del 98.

Por otra parte, cual si Galdós señalase alguna relación entre aquel pintoresquismo, el paisaje y los estereotipos franceses, Jenara indica que, Montguyon dibujaba en un libro "arcos viejos, mendigos, casuchas, una fila de chopos, carros, lanchas pescadoras y otras menudencias de que estaba muy envanecido"; y, acto seguido, pasa así a mostrar una especie de símbolo del paisaje, del carácter absolutista atribuido antes a "todo el país vasconavarro" y de la favorable acogida que este país dispensó a aquella intervención:

"Era próximamente el 9 de abril cuando me trasladé a Irún para vivir con la familia de Sodupe-Monasterio, gente muy hidalga, más católica que el Papa, realista hasta el martirio y de afabilísimo trato. Frecuentaban la casa (que era más bien palacio, con hermosos prados y huerta) todos los españoles que el gran suceso de la intervención traía y llevaba de una nación a otra, y no pocos oficiales franceses, de cuyas visitas se holgaban mucho los Sodupe-Monasterio, porque oían hablar sin cesar de exterminio de liberales, del Trono de San Fernando y de nuestra preciosísima fe católica"<sup>158</sup>.

Y, junto a este símbolo del medio ambiente histórico fronterizo, aparece, inmediatamente, otro de raíz más propiamente novelesca pero igualmente significativo, porque "allí -dice Jenara-, Montguyon no me dejaba a sol ni a sombra, pintándome su amor con colores tan extremados, que me daba lástima verle y oírle. Su acendrado y respetuoso galanteo merecía, en efecto -añade-, alguna misericordia. Le permití besar mi mano; pero no pudo arrancarme la promesa de seguirle al interior de España." Como en

<sup>158</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1663.

casa de los Sodupe-Monasterio, como entre guerrilleros y soldados franceses, como entre Francia y España, la relación entre el francés y la española tiene sus satisfacciones y sus límites. Tiene también sus intereses particulares, que en casa de los Sodupe-Monasterio estriban en lograr ayuda para ese régimen teocrático de que "oían hablar" y que en el caso de Jenara consiste, según se dijo, en mantener a Montguyon predispuesto a ciertos servicios. Aquel mismo día, cuando Jenara sabe por Pipaón que puede encontrar a Monsalud en Madrid, prepara rápidamente su viaje y, haciendo creer a Montguyon que va por él, guardándose "muy bien de arrancar una sola hoja a la naciente flor de sus ilusiones", porque "necesitaba de él -explica- para mi viaje", consigue que éste le proporcione "una silla de postas" cuando "casi todos los vehículos del país habían sido intervenidos por ambos ejércitos" y "era muy difícil viajar"<sup>159</sup>.

Con ello se completa la imagen de las relaciones establecidas al pasar los franceses la frontera española y se crean las condiciones para que Jenara, iniciando su "marcha sobre Madrid" a la vez que el ejército francés, conozca las circunstancias en que ésta se produce. En cierta medida, estas resultan previsibles por lo visto en la frontera y lo que, según se ha dicho antes, le informó Calomarde sobre la Corte.

#### 5.4.3. Paso a los "enviados de Dios"

Las referencias al viaje de Jenara desde Irún a Madrid destacan especialmente, por una parte, la carencia de obstáculos a la marcha de las tropas francesas y, por otra, contribuyendo a su explicación, los intentos de sacralizar dichas tropas por su participación en aquella obra restauradora.

Inicialmente, Jenara va señalando su itinerario, y los puntos con mayores implicaciones en su simbólica vida personal, diciendo que pasó "por Vitoria y por La Puebla de Arganzón (...) a escape. No miraba a ningún lado -explica-, por miedo a mis malos

---

<sup>159</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1663-1668, especialmente estas dos.

recuerdos, que salían a detenerme"<sup>160</sup>.

Es como si estos malos recuerdos despertasen en la nueva Jenara cierto sentimiento de culpabilidad -que Galdós parece transferir a su época- por una anterior opción equivocada que, dado su simbolismo, podría situarse en la raíz de la imagen social implícita en los hechos que pasa a describir:

"En los pueblos todos del Norte, -de nuevo se insiste en este carácter local- la intervención vencía sin batallas; y antes de que asomara el morrión del primer francés de la vanguardia, la Constitución estaba humillada. Los mozos todos comprendidos en la quinta ordenada por el Gobierno se unían a las facciones, y eran muy pocos los milicianos que se aventuraban a seguir a los liberales. No he visto una propagación más rápida de las ideas absolutistas. Era aquello como un incendio que de punta a punta se desarrolla rápidamente y todo lo devora. En medio de las plazas los frailes predicaban mañana y tarde, con pretexto de la Cuaresma, presentando a los franceses como enviados de Dios, y a los liberales como alumnos de Satanás que debían ser exterminados"<sup>161</sup>.

Junto a esta actitud social, resultado en gran parte de la inducción eclesiástica, Galdós

<sup>160</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1668. El hecho de que estos recuerdos sean *malos*, sabiéndolos vinculados a su circunstancial rechazo de Monsalud, en junio de 1813, y a su matrimonio con Garrote, indica nuevamente que Jenara, según antes recordaba ella misma, ha superado ya el absolutismo representado por éste, tiene ya -como la élite social española- otra mentalidad.

<sup>161</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1668. Esta acción de los frailes, desde el púlpito, el confesionario o la calle, es así mismo destacada por Vayo en diversos lugares de su tan citada obra. Ver por ejemplo T III p 70 en que, junto al título "Furor de los frailes", se dice que "contribuía notablemente a los aumentos del ejército de la fe el santo tiempo de cuaresma", en el que "los frailes, convirtiendo en tribuna pública cada confesionario y cada púlpito, arrastraban al vulgo a las banderas de aquella nueva cruzada" y "pintaban al partido liberal con los colores de la impiedad"; y pp 88 y 89 en que se indica que, al producirse la reacción en Madrid, "muchos frailes y curas escitaban (sic) al vulgo al desorden en medio de las calles" y sonreían ante los "atentados" cometidos contra los liberales. En cuanto a la unión a la facción de los mozos de "la quinta ordenada por el Gobierno", puede verse confirmada por Vayo en *Ibíd.*, pp 33, 82 y 93. Pero, según indica Santillán, la explicación de este hecho no está sólo en que "el país no podía estar ya más harto de las decepciones del Gobierno constitucional", sino en la *abierto hostilidad* que a éste manifestaban "el Clero" y "las clases verdaderamente influyentes sobre el espíritu de los pueblos". (SANTILLAN, R. de: *Memorias*, Cit., T I, p 93.) Hostilidad que cabe entender agrabada al ser aprobada, pese a los dos vetos Reales, la Ley de supresión de Señoríos, y que hubo de contribuir a hacer más imperiosa esa *influencia*, que más bien habría que llamar *dominio*. A ello se une el reclutamiento forzoso por el que, según vimos señalar al mismo Santillán, eran los "mozos sacados de sus casas por Merino", tras lograr éste reunir "alguna fuerza de la que antes tuvo", de modo que Santillán consideró que no se les debía castigar "ni eran culpables por haber sido arrancados de ellas" (*Ibíd.*, p 90.).

señala cierta consciencia de la propia debilidad para intentar explicar la primera, y *disparatada*, ausencia militar a que Jenara se refiere en concreto: "El general Ballesteros -dice- mandaba el ejército que debía operar en el Norte y línea del Ebro para alejar a los franceses. No viendo yo -explica- a dicho ejército por ninguna parte, sino inmensas plagas -ya Jenara las enjuicia como liberal- de partidas, pregunté por él, y me dijeron en Briviesca que Ballesteros, convencido de no poder hacer nada de provecho, se había retirado nada menos que a Valencia. Movimiento tan disparatado no podía explicarse en circunstancias normales; pero entonces todo lo que fuera desastres y yerros del liberalismo tenía explicación.

"Viendo crecer en los pueblos la aversión a las Cortes y al Gobierno, el ejército perdía el entusiasmo. A su paso, como se levanta polvo del camino, levantábanse nubes de facciosos que, al instante, eran soldados aguerridos. Así se explica que el ejército de Ballesteros, compuesto de 16.000 hombres, se retirara sin combatir emprendiendo la inverosímil marcha a Valencia, dónde podía adquirir algún prestigio derrotando a Sempere, al Locho y al carretero Chambó, tres nuevos generales o arcángeles guerreros que le habían salido a la Fe"<sup>162</sup>.

Jenara/Galdós busca explicación a la "inverosímil" retirada de Ballesteros en su posible convencimiento de que no podía "hacer nada de provecho" frente al ejército francés; en la falta de "entusiasmo" que, ante la actitud social, observaba en sus soldados; y, por fin, en la personal y egoísta preferencia de "adquirir algún prestigio" frente a los guerrilleros

---

<sup>162</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1668. Este *repliegue* de Ballesteros a Valencia, con sus "diez y seis mil soldados, (...) sin defender los Pirineos" y dejando a los franceses "dueños del Ebro sin haber empeñado un solo lance, si exceptuamos una escaramuza en Logroño", es igualmente indicado con sorpresa por Vayo, que añade: "No presentando resistencia la fuerza armada, mal podían presentarla los pueblos, cuya mayoría odiaba las formas representativas seducida por el clero" (Op. Cit., T III, p 82.) En cuanto a la presencia de Sempere y Chambó en Valencia, ver *Ibíd.*, pp 68-69. Al Locho (Seudónimo de Manuel Adamé) lo sitúa, en cambio, Vayo recorriendo "la Mancha" (*Ibíd.* p 70).

Comentando R. de Santillán este ambiente y la misión que se le encomendó de conducir un convoy de retirada, salido el día 12 de Abril, desde Burgos a Somosierra y Madrid, describe con todo detalle la precipitación con que "las primeras autoridades de Burgos habían tomado la determinación de retirarse -reuniéndose con él en "Cerezo de Abajo"- con la sola noticia de la entrada de los franceses dada por las de Vitoria, que a su vez la habían recibido por referencias, que no sabían explicar", de modo que hubo momentos en que se creyó que no era cierto y al llegar a Madrid, el día 23 de Abril, sólo podían contestar a quienes les preguntaban dónde quedaban los franceses: "*no lo sabemos, ni aun sabemos de cierto que hayan entrado en España*". SANTILLAN, R. de: *Memorias*, Cit., T I, pp 103 y 104.

absolutistas, en lugar de sufrir una presumible derrota frente a las tropas que le correspondía combatir. Pero estas razones, aplicables a varios otros militares de aquel momento, no satisfacen el españolismo de Jenara -ni el del autor-, que, al señalar los puntos y circunstancias del camino, se hace las siguientes reflexiones: "En Dueñas me adelanté, dejando atrás a los franceses; tenía tanta prisa como ellos y menos estorbos en el camino, aunque los suyos no eran tampoco grandes. ¡Cuánto deseaba yo -continúa Jenara- ver por alguna parte tropas regulares españolas! En verdad, me avergonzaba que los Hijos de San Luis, a pesar de que nos traían orden y catolicismo, se internaran en España tan fácilmente. Con todo mi absolutismo, yo habría visto con gusto una batalla en que aquellos liberales tan aborrecidos dieran una buena tunda a los que yo llamaba entonces mis aliados. Española antes que todo, distaba mucho de parecerme a los señores frailes y sacristanes que en 1808 llamaban judíos a los franceses y ahora ministros de Dios"<sup>163</sup>.

Nuevamente Jenara se manifiesta mentalmente evolucionada y distante de esos absolutistas clericales a quienes llama despectivamente "frailes y sacristanes" y en los que ve un interés partidista capaz de anular el sentimiento e interés nacional que a ella le produce conflicto.

Por otra parte, el influjo eclesiástico y el interés de partido se siente así unido a la falta de medios, en parte generada por ellos, para explicar la debilidad militar. A ello se añade cierto indisciplinado personalismo que, si se daba ya en el caso de Ballesteros, aparece con mayor desarrollo, y con implicaciones caracterológicas famosas, en el caso de La Bisbal: "En Somosierra -cuenta Jenara- encontré tropas. Eran las del ejército de La Bisbal, destinado por las Cortes a cerrar el paso del Guadarrama, amparando de este modo a Madrid. Mis dudas acerca del éxito de aquella empresa fueron grandes. Yo conocía a La Bisbal. ¿Cómo no, si era conocido de todo el mundo? Fue el que el año 14 se presentó al

---

<sup>163</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1668. El contraste entre la actitud de 1808 y 1823 es también señalado por Vayo, junto al carácter de sus protagonistas, diciendo que "las facciones realistas, compuestas de las heces del vulgo, donde **pululaban los frailes y los fanáticos**, marchaban (...) delante de las tropas francesas; y **los mismos individuos** que habían soplado la insurrección **en 1808 contra** la Francia, venían **ahora aunados** a sus pendones, siempre enemigos de la desventurada España." Op. Cit., T III, p 78. Sin negrilla en el original.



Rey llevando dos discursos en el bolsillo, uno en sentido realista, otro en sentido liberal, para pronunciar el que mejor cuadrara a las circunstancias. Fue el que en 1820 hizo también el doble papel de ordenancista y de sedicioso. La inseguridad de sus opiniones había llegado a ser proverbial. Era hombre altamente penetrado del axioma italiano *ma per troppo variar natura e bella*. Yo no comprendía en que estaba pensando el Gobierno cuando le nombró. Si los ministros se hubieran propuesto elegir para mandar el ejército más importante al hombre más a propósito para perderlo, no habrían elegido a otro que a La Bisbal". Por eso Jenara, reflejando reiteradamente ese sentir y evolución antes indicada y previendo lo que iba a ocurrir -que al escribirlo Galdós era ya historia- añade: "Pasé con tristeza por entre su ejército. Aquellos soldados, capaces del más grande heroísmo, me inspiraban lástima, viéndolos destinados a desempeñar un papel irrisorio, como leones a quienes se obliga a bailar. Sentía yo impulsos de arengarles: '¡Que os engañan, pobres muchachos! No dejéis las armas sin combatir. Si os hablan de capitulación, degollad a vuestros generales'"<sup>164</sup>.

Estas previsiones implican, como lo dicho sobre Ballesteros, esa actitud dimisionaria a que antes nos hemos referido y sobre la cual vuelve ahora Galdós, señalándola también en la población civil, al añadir Jenara: "En Madrid hallé un abatimiento superior a lo que esperaba. **Se hablaba allí de capitular como de la cosa más natural del mundo.** Sólo tenían entusiasmo algunos infelices que no servían para nada, el cuerpo de coro de los clubs y de las sociedades secretas, la gente gritona y también bastantes de los que habían tirado del coche de Fernando VII cuando volvió de Francia el año 14"<sup>165</sup>. Y, cual si Galdós indicase tácitamente que, según decía antes Vayo, dicha actitud podía deberse en parte a las promesas difundidas con este fin por los franceses<sup>166</sup>, concluye así la

---

<sup>164</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1668 y 1669. En relación con estas previsiones, luego confirmadas, señala Vayo, entre otras cosas, que "el conde de La Bisbal (...) en todas las épocas había vestido el traje (Sic) del día" (Op. Cit., T III, p 83).

<sup>165</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1669. Sin negrilla en el original.

<sup>166</sup> Vayo repite esta idea varias veces. Refiriéndose a la "guerra de intriga" y "viles recursos" movilizadas por "la Santa Alianza" a partir del Congreso de Verona, dice, por ejemplo, que "esparcían entre (continúa...)

referencia de Jenara al estado de opinión de Madrid: "Los absolutistas creían con razón ganada la partida, y afectaban cierta generosidad magnánima. ¡Pobre gente! Algunos de estos pajarracos me visitaron, entre ellos don Víctor Sáez, y tuve el gusto de hacerles rabiar, asegurándoles que Angulema traía orden de obsequiarnos con las dos Cámaras y un absolutismo templado, suavísimo emoliente para nuestra anarquía. Esto ponía a mis buenos amigos más furiosos que las bravatas de los liberales, pues aún había liberales con inocencia bastante para echar roncás"<sup>167</sup>.

De igual modo que esta idea producía la furia de los absolutistas, cabe entender que favorecía la predisposición a capitular de los liberales *conscientes*. Ello podía proporcionar una salida a su reconocida debilidad para defenderse de la coalición de fuerzas europeas que podían venir en apoyo de los *Cien mil* y de los realistas españoles, que, seguros ya de su triunfo y fanatizados por el clero, tendían a crecer, sacralizando su causa, mientras cundía el desánimo entre los divididos liberales. Muchos de éstos parecen sentirse *embarcados* en aquella guerra internacional por unos gobernantes que, atentos a la "gente gritona" que echaba *roncas*, carecían, sin embargo, de medios adecuados para hacerla. A ello parece contribuir, además de lo expuesto, y según muestra Galdós simbólicamente, el egoísmo de unas élites que excluyen de su Revolución los intereses de las clases populares. Este egoísmo sería, pues, un factor más de debilitamiento y, por tanto, del fácil avance francés a que se refiere este apartado.

#### 5.4.4. La simbólica lucha de Jenara con Solita por Monsalud y el decaimiento de éste

Descrito el *histórico* decaimiento liberal y exaltación absolutista observados en su viaje y en Madrid, Jenara pasa al plano simbólico para seguir en él reflejando cosas semejantes, aunque, según suele hacer Galdós, marca este cambio de plano -cuyo objeto interno no

---

<sup>166</sup>(...continuación)

los conservadores que la invasión francesa se limitaría al establecimiento de un gobierno robusto y más en armonía con la Carta francesa". Op. Cit., T III, p 23.

<sup>167</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1669.

cambia- señalando su diferente objeto externo: "Pero yo -dice Jenara tras referirse a la situación política de Madrid- me ocupaba poco de tales cosas. Mi primer cuidado fue hacer algunas averiguaciones concernientes a la entrañable política de mi herido corazón"<sup>168</sup>.

Puesta Jenara en relación con Campos para indagar el paradero de Monsalud, confirmó que, según le había dicho Pipaón en Irún, los masones de Madrid esperaban que Monsalud llegase de un día a otro con "órdenes de Mina"<sup>169</sup>.

Fue entonces Jenara a casa de Monsalud, "sin reparar en nada", y "un portero -que resulta ser don Patricio Sarmiento-, tan locuaz como pedante, liberal muy farolón, de aquellos -dice Jenara, repitiendo significativamente ideas expresadas otras veces por Galdós-, a quienes yo llamo *sepultureros de la Libertad*, porque son los que la han enterrado," le informó de que la casa de Monsalud *subsistía* atendida por Solita, que lo esperaba esperanzada cada día. "Subí a la casa -recuerda Jenara-. Antes que yo -dice, ponderando su simbólica tendencia hacia Monsalud-, subía mi corazón"<sup>170</sup>.

En cuanto llamó, una mujer abrió la puerta. "Era ella -dice Jenara-. Yo recordaba haberla visto en alguna parte." La singularidad que a Solita atribuye ese "era ella" de Jenara -comparable al "era él" que emplea luego para referirse a Monsalud<sup>171</sup>-, hace de "ella" la principal competidora por el disfrute de Monsalud. Así lo refleja a continuación Jenara al valorar la "presteza" con que Solita le abrió como indicio de "la impaciencia" y solicitud con que esperaba a Monsalud; o al observar "con gozo" que ésta "carecía de verdadera hermosura" y reconocerle, con cierto temor, "una atracción singular en toda su persona". Al ver a Jenara, "alteróse tanto -dice ésta- y su turbación fue tan grande, que no podía dirigirme la palabra. Por mi parte, -añade, reflejando las diferencias habituales entre las clases sociales que ambas representan-, la miré con serenidad y altanería, como de superior a inferior, haciendo todo lo posible para que ella se creyese muy honrada con mi

<sup>168</sup> Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1669.

<sup>169</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1669.

<sup>170</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1669 y 1670.

<sup>171</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1676.

visita". Pero, "desde que la vi -dice luego-, a pesar de que me fue muy patente su inferioridad personal (...), me pareció tener delante a una rival terrible, más peligrosa cuanto más humilde en apariencia." Así, el "secreto odio" que sentía de antemano hacia aquella "singular hermana", de la que Monsalud le había hablado "con cariño y admiración" -"y que muy bien podía ser otra cosa"-, se consolidó. Su "ingenioso rencor" la convenció de que Solita era "una hipócrita". Y, viendo recelosa "el esmero peregrino" con que la casa de Monsalud estaba arreglada por Solita "para agradarle cuando entrara", viendo la esperanza de Solita en ser correspondida por él, decide engañarla y alejarla de Madrid antes de que Monsalud llegue<sup>172</sup>. Manteniendo siempre el trato personal "de superior a inferior", humillándola a veces con ciertas observaciones y presumiendo de que Monsalud "nunca ha tenido secretos" para ella, Jenara hace creer a Solita que Monsalud no vendrá por entonces a Madrid y, modificando una carta recibida de Urgel, la convence de que puede encontrarlo en Vergel (Alicante), adonde Solita había de ir a buscarlo para entregarle una importante carta de su difunta madre. Jenara es consciente de su mala acción, pero "la voz de la conciencia, que aún me detenía -dice al recordar sus dudas-, fue acallada por mis celos". Recordándola después, reconoce que su "acción no pudo ser mas indigna. ¡Precipitar -dice- a una desamparada e infeliz mujer a resolución tan loca, obligarla por vil engaño a emprender un viaje largo, dispendioso, arriesgado y, sobre todo inútil!..."<sup>173</sup>.

El engaño de Solita por Jenara es simultáneo al de las clases populares por las élites; y, como ellas también, Solita es alejada de Monsalud (la Revolución) por Jenara, cegada, según ella misma recuerda, por "los recelos de que alguien me robase lo que yo juzgaba exclusivamente mío"<sup>174</sup>.

El resultado de este enfrentamiento entre quienes quieren a Monsalud es, pues, un debilitamiento de sus apoyos, que se hace sentir inmediatamente: cuando Solita salía del

---

<sup>172</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1670.

<sup>173</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1670-1675, especialmente 1671, 1672 y 1675.

<sup>174</sup> "Los Cien mil hijos de San Luis". Cit., p 1675.

"parador del Fucar" en el "ordinario de Valencia" llegaba, allí mismo, "el coche de Alcalá", en el que Jenara -que fue a cerciorarse de la salida de su "rival"- vio "la cara de un hombre. El corazón -recuerda- parecía hacérseme pedazos. (...) era él." Le abrazó entre exclamaciones, "loca de alegría"; pero "el día siguiente -dice ya con pena Jenara- le aguardaba en mi casa, y no fue hasta muy tarde, cuando ya anochecía. Estaba muy fatigado, triste y abatido." Era el efecto de la privación de Solita producida por el egoísmo de Jenara, según indica ésta al añadir: "Lo primero de que me habló fue del vacío que había dejado en su casa la muerte de su madre, de la partida de su hermana, a quien pensaba encontrar en Madrid,"... A las atenciones y halagos de Jenara sólo "contestaba con monosílabos y secamente (...) Su pensamiento estaba fijo en la fugitiva"<sup>175</sup>.

El abatimiento y frustración que en Monsalud produce la ausencia de Solita hace renacer en él expresiones que, como en casos anteriores, parecen identificar la ineficacia, y aun efectos negativos, de su esfuerzo con la ineficacia de la Revolución para lograr la felicidad de las sociedades en que se intenta producir. Los resultados se manifiestan, además, simultáneamente en su simbólica vida privada y en la pública: "Bastaba que yo viniese con deseo de verla -dijo hiriendo violentamente el suelo con el pie- para que ella huyese de mí. Así son todas mis cosas. Lo bueno existe mientras yo lo deseo. Pero lo toco, y adiós". En el plano público le ocurre algo parecido: apenas él toma las armas y "ya tienes -dice, informando a la vez de estos hechos,- a la plaza de Figueras en poder de los franceses; a Mina, vagabundo, sin saber que partido tomar, y todo el ejército, desconcertado y sin esperanza de vencer. (...) La sombra que yo echo sobre la tierra, destruye."

Reconoce que "no debiera creer" en "estrellas fatales", pero resulta que cuando él llega a Madrid con "una comisión" en que Mina "funda grandes esperanzas" éstas se pierden "porque no hallo -insiste- sino desanimación y flojedad. Al mismo tiempo -dice, reiterando la simultaneidad de su efecto en lo público y en lo simbólico privado,- la ilusión más querida de este viaje se ha desvanecido como el humo. Yo -añade- tenía una hermana, más que hermana, amiga, con una amistad pura y entrañable que nadie puede comprender, sino

---

<sup>175</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1675 y 1676.

ella y yo; una amistad -señala, con valoraciones que evocan satisfacciones equiparables a las que antes consideraba realizables en Andrea,- que tiene todo lo santo de la fraternidad y todo lo bueno del amor, sin las tenebrosas ansias de éste. En mi hermana veía yo -concluye- todo lo que me queda de familia, lo único que me resta de hogar; en ella veía a mi madre, y **una representación** -negrilla nuestra- de todos los goces de mi casa, la paz del alma, dichas muy grandes, sin mezcla de martirio alguno. Pues bien; llego y mi casa está desierta. Jamás pensé perderla." Monsalud, mostrando una sensación propia de una revolución sin sociedad en que realizarse, compara a su casa con un "Universo vacío"; y, como otras veces, señala a continuación otros efectos de su actividad que identifican ésta, y su misma naturaleza, con las de la Revolución.

Así, cuando Jenara le hace ver que la culpa de aquel abandono es de él, que no ha escrito ni hecho nada para decir "¡estoy vivo!", -como tampoco la Revolución lo había hecho con las clases populares, parece decir Galdós,- Monsalud reconoce: "Es verdad; pero se apoderó de mí el estúpido delirio de la guerra. Me sedujo la idea gloriosa que representaba nuestro ejército al perseguir a los realistas. (...), un ideal de magníficas victorias que dieran a mi país lo que no tiene." Monsalud parece asumir en sí los errores de aquella Revolución, y, lamentando su "torpeza" constitucional, añade: "Ahora todo lo veo destrozado, caído y hecho pedazos por mis propias manos, como el que, entrando en un cuarto oscuro y lleno de preciosidades, a ciegas tropieza y lo rompe todo. En Cataluña -insiste-, desengaños; en Madrid, más desengaños todavía; un gran vacío del **entendimiento** y otro más grande del **corazón** -ponemos en negrilla los dos términos con que Monsalud/Galdós destaca sendos planos, histórico-informativo y novelesco-emotivo, en que se manifiesta su frustración-. Parece -concluye, con esa repetida idea de que las *esencias* revolucionarias no suelen llegar a realizarse en *existencias*,- que la realidad de mis ideas es un ave que se asusta de mis pasos y levanta el vuelo cuando me acerco a ella. ¡Maldita persona la mía!"<sup>176</sup>.

Este mensaje reformista, tan repetidamente lanzado por Galdós a sus lectores, se

---

<sup>176</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1676 y 1677.

completa con una reflexión más cuando Jenara le replica: "Si al llegar encuentras todo sólo y vacío, no es porque las cosas vuelen antes de tiempo, sino porque tú llegas siempre tarde." Al leer esto, piensa uno que Galdós va a señalar en la Revolución el defecto de estallar cuando ya se han sufrido durante demasiado tiempo las cosas que debieron haberse reformado antes, pero Monsalud centra su respuesta en el retraso con que se afrontaron los hechos en el tiempo corto del Trienio: "También es verdad -dice-. Llego siempre tarde. Ya ves lo que me ha pasado ahora. Se le antoja al señor Mina enviarme aquí cuando todo está perdido. Pero él no contaba -explica, reconociendo el especial caso de Mina,- con la rapidez de este desmoronamiento; no contaba con la retirada de Ballesteros, sin combatir, ni con la defección de La Bisbal. Mina tiene la desgracia de creer que todos son valientes y leales, como él"<sup>177</sup>.

Es decir, lo que Galdós destaca es el retraso, la ineficacia, las indisciplinadas discordancias y deslealtades que debilitan a la Revolución y que Monsalud parece sufrir como cosa propia en su dimensión de revolucionario al mismo tiempo que, en su vida privada, sufría simbólicamente el abatimiento debido a la competición y deslealtades de Jenara con Solita.

Por otra parte, Jenara dice sentirse molesta al oír las quejas de Monsalud "porque, según ellas, -se lamenta a su vez-, yo no era nada". Ella era, efectivamente, quien acogía entonces a Monsalud, como la élite social a la Revolución; pero ésta, como Monsalud, sólo podía entenderse realizada si tenía junto a sí a esas clases populares representadas por Solita. Resulta así que Jenara, aun teniendo simbólicamente consigo a Monsalud, no pudo con sus zalamerías amorosas "disipar las nubes que ennegrecían su alma. También la mía -dice- se encapotaba (...) Acostumbrada a verse señora de los sentimientos de aquel hombre, padecía mucho considerando perdido su amoroso dominio"; y "creyéndome menos amada (...) -afirma-, pensando que me habían vencido ajenos recuerdos y vaguedades

---

<sup>177</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1677. Todavía no se hablaba "públicamente" de "la defección de La Bisbal", pero ya Campos conocía sus "tratos con los franceses para capitular", según señala Galdós (Ibíd., p 1677) haciéndose eco quizá de lo indicado por Vayo en Op. Cit., T III, pp 82-86.

sentimentales (...), me gozaba con fiera crueldad en la desolación de la hermana viajera"<sup>178</sup>.

Jenara se alegra de que Solita corra hacia donde no está Monsalud, considerándose así vengada; pero ella empieza a pagar por aquella separación y, según veremos, empezará desde entonces a perderlo igualmente, como pasa a la élite social con la Revolución de la que se aleja a las clases populares.

#### **5.4.5. La reacción absolutista de Madrid y su simbólico atropello de Monsalud**

La debilidad en que, como Monsalud, había caído la Revolución se manifiesta en el atropello que, simbólicamente, sufren a la vez una y otro.

"Al día siguiente", según dice Galdós -señalando la inmediatez y relación entre el referido decaimiento revolucionario y la reacción absolutista que lo sigue-, Campos llega a casa de Jenara dando gritos que confirman sus temores, a la vez que destacan la personalidad de La Bisbal: "¡Ya nos la ha pegado ese tunante!". Y este hecho y aquella personalidad se recalcan cuando Jenara, insistiendo en el carácter de La Bisbal, dice haber comprendido "al punto (...) lo que -Campos- quería expresar"; y al contestar, remachándolo: "Ya lo suponíamos". El escandaloso, aunque casi previsible, proceder de La Bisbal, y el efecto debilitador que produce, se destacan, además, al referirse así Campos al famoso manifiesto que, según indica Vayo<sup>179</sup>, dio éste general en respuesta a las invitaciones hechas por el conde de Montijo en otro -que Galdós no cita-:

"-Un manifiesto en que dice que sí y que no, y que tira y afloja, y que blanco y que negro... En fin, un manifiesto de La Bisbal. Después -continúa Campos- entregó el mando al marqués de Castellidosrús y ha desaparecido. En el ejército cunde la desmoralización. La mayor parte de los soldados se van a donde les da la gana, y aquí nos tiene usted como

<sup>178</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1677.

<sup>179</sup> Op. Cit., T III, pp 83-84, en que resume ambos textos.



el 3 de diciembre de 1808: en poder de los franceses"<sup>180</sup>.

Pero esta actitud dimisionaria no es sólo propia, según dijimos, de La Bisbal. El mismo Campos, que es el Gran Maestre del Grande Oriente, se dice *dispuesto*, como "todos", "a capitular, porque no es posible vivir en lucha con la general corriente, ni con la Europa entera". Lo que Campos critica a La Bisbal es que -según apunta zumbón Galdós- ni siquiera se ha cuidado de "guardar ciertas formas"<sup>181</sup>. Por lo demás, el mismo Campos se esfuerza entonces por presentarse como "un hombre honrado" de los "que no se han metido en nada", despertando con su oportunista, y representativa, cautela la risa de Jenara, y contribuyendo a la vez al debilitamiento de la Revolución, cuyo violento final se muestra claro en Madrid: "Ya se ha alborotado la gentuza de los barrios bajos -informa Campos/Galdós, siguiendo a Vayo,- y las caras siniestras, las manos negras y rapaces, los trabucos y las navajas van apareciendo. Nada, nada. Tendremos escenas de luto y de ignominia, otro 10 de mayo de 1814". Estos serían, pues, los instrumentos de aquella reacción. En cuanto al ambiente, desarrollo y principales escenarios históricos dice así Jenara:

"Vivíamos en la calle de Toledo, que es la arteria por donde la emponzoñada sangre sube al cerebro de la villa de Madrid en los días de fiebre. Cruzaban la calle gentes del pueblo en actitud poco tranquilizadora. Al poco rato oíamos gritar: '¡Viva la Religión! ¡Vivan las *caenas*!' Fue aquella la primera vez de mi vida que oí tal grito, y confieso que me horrorizó (...). La gente de los barrios bajos siguió alborotando todo el día. Moviése la tropa para mantener el orden, y el general Zayas, que mandaba en Madrid y había firmado la capitulación aquella misma mañana con los franceses, parecía dispuesto a ametrallar sin compasión a la canalla. En gran zozobra vivíamos todos los vecinos de la

---

<sup>180</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1678. Estos hechos se hallan descritos en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 82-86.

<sup>181</sup> Esta es una preocupación que Santillán destaca en otros casos al decir que el general Ballesteros "quería dar una batalla a los franceses para terminar con honra" -a lo cual dice dirigidas sus "dos acciones de guerra de Guardaortuna y Campillo de Arenas", donde "nuestras tropas mostraron disciplina y valor, antes de firmar la memorable capitulación del 4 de Agosto"- y que "El General Zayas, por su parte, se preparaba también a concluir, salvando, en lo posible, el honor de las armas". SANTILLAN, R. de: "Memorias...", Cit., T I, p 117.

Villa, porque se hablaba de saqueo y de la aproximación de las partidas de Bessières, el infame aventurero que, defendiendo el despotismo, quería lograr lo que no pudo conseguir combatiendo por la República"<sup>182</sup>.

Este relato, fiel a la verdad histórica, se detiene aquí, enlazando con la acción novelesca e incorporándose su emoción añadida, al indicar Jenara que "la principal causa de mi (su) inquietud" era la suerte de Monsalud, a quien esperó en vano todo el día, aunque éste había prometido visitarla, y a quien no encontró -como no era fácil encontrar a la Revolución en aquel ambiente- aunque fue, presa de "ardorosa impaciencia", a buscarlo a su casa.

Jenara dice haber pasado "la noche en un estado de angustia horrible. Corrían rumores -recuerda, alternando, como queriéndolas fundir, sus referencias al plano histórico y al novelesco,- de que pronto tendríamos saqueo, prisiones, muertes y escandalosas escenas. Se decía que los liberales más señalados eran perseguidos por las calles como perros rabiosos y apedreadas sus casas. Yo no podía vivir. Al amanecer del otro día, que era el 20 de mayo, busqué a Salvador en diversos puntos, y tampoco le pude encontrar. Antes de volver a casa, vi movimientos de tropas en la Puerta del Sol, y me dijeron que Bessières había aparecido con sus cuadrillas, que yo llamaba de *asesinos de la Fe*, por detrás del Retiro, amenazando entrar en Madrid. La plebe de los barrios bajos se le había reunido, y como hambrientos perros aullaban, mirando a la Corte con ansia de devorarla. Todo Madrid estaba aterrado, y yo más que nadie, no por el temor del saqueo, sino por la sospecha de que la persona más cara a mi corazón hubiera sido víctima del furor de la plebe.

"Esperé también todo aquel día -sigue contando Jenara-. Campos -dice- entró a darme noticias de lo que pasaba".

Se tiene así la impresión de que en estas imágenes se combina la preocupación del masón, Campos, y de la amante Jenara -símbolo, además, de la élite-, por la doble dimensión, revolucionaria y amorosa, de Monsalud. "Oíamos -continúa Jenara- cañonazos lejanos, y a cada instante creíamos ver llegar y difundirse por las calles a la desenfrenada

---

<sup>182</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luís", Cit., pp 1678-1679.

turba, soez, ebria de sangre y de pillaje". Y, señalando el desenlace histórico de estos hechos, concluye: "Pero Dios no quiso que en aquel día triunfaran los malvados. El general Zayas destruyó a los *asesinos de la Fe*, acuchillando a los chisperos y mujerzuelas que entre ellos graznaban. La plebe, aterrada, volvió a sus oscuras guaridas, y mucha gente mala huyó a los campos, aguardando a poder entrar con los franceses. Desde que supimos el gran peligro a que habíamos estado expuestos los habitantes de Madrid, todos deseábamos que llegasen de una vez los Cien mil Hijos de San Luis, para que, estableciendo un Gobierno regular, contuvieran a la canalla, azuzada por los realistas furibundos"<sup>183</sup>.

Resulta, pues, que la Revolución se ve tan acosada en Madrid que, no sólo se capitula ante los franceses sin ofrecer resistencia sino que hasta se desea la pronta entrada de éstos, con la esperanza de evitar males mayores. Su situación, según decíamos, es claramente evocada por la de Monsalud, que, tras su anterior decaimiento y eclipse, reaparece, al fin, "en la mañana del día 21", ante la angustiada Jenara, "en estado -dice ésta- bastante lastimoso, desencajado y lleno de contusiones, con los ojos encendidos, seca la boca, cubierta de sudor la hermosa frente, rotos y llenos de polvo los vestidos". Comprendió Jenara "al punto", según dice, "que había sido maltratado por las feroces bestias populares", y se dedicó a cuidarlo y serenarlo mientras él, sin poderlo remediar, repetía:

---

<sup>183</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1678 y 1679. Todos estos hechos históricos se hallan descritos en Vayo, quien destaca la eficacia y firmeza que para "conservar el orden" desplegó "el honrado teniente general don José de Zayas" cuando, firmada su capitulación con los franceses, "el 19 de Mayo comenzó a descubrirse un gran movimiento en los **barrios bajos**, presentándose armados con garrotes sus individuos y en **ademán siniestro**. Con la noche crecieron la osadía y el desenfreno" y las tropas hubieron de actuar "para obligar al vulgo a retirarse a sus casas. El día 20 parecía destinado a alumbrar sangrientas escenas, porque los grupos de manolos y chisperos con palos recorrían descaradamente las calles (...) todos **amenazando, insultando** (...) y **con ánimo de saquear la villa y corte**, apenas entrasen en ella los facciosos, con quienes estaban en inteligencia". Destaca Vayo así mismo -como hace Galdós- la firmeza de Zayas ante Bessières y sus "bandas de la fe", que se presentaron "en el Retiro rodeadas de aquella muchedumbre de hombres y mugeres (Sic) del vulgo que habían salido a recibirlas, y que daban frenéticos ahullidos (Sic) de alegría." Señala también el intento de saqueo y que, al repelerlo, aquellas gentes "fueron acuchilladas sin consideración a sexo ni edad para tenerlos a raya y evitar la catástrofe que amenazaba"; y, en fin, que Zayas "participó (...) al general francés estos sucesos, y rogóle que acelerase su entrada para poner término a tantos infortunios" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 86-87. Sin negrilla en el original.) Es decir, la semejanza entre Vayo y Galdós es tal que parece implicar, al menos, dos cosas: que Galdós tuvo como fuente a Vayo y que presenta una imagen histórica de estos hechos.

"¿Has visto a la canalla? Pero ¡qué canalla es la canalla!"<sup>184</sup>.

Como la Revolución, Monsalud "fue acometido", según dijo luego a Jenara, "al salir de un sitio -a Galdós no le importa cual en este caso- en que estaban reunidas varias personas contrarias al despotismo", y pudo "salvar a duras penas la vida, -como los liberales defendidos por Zayas en su dura acción, que así parece justificarse,- gracias a su energía y al coraje con que se defendió".

El simbolismo de este atropello se completa, por otra parte, cuando Monsalud, un tanto recuperado después de una noche de cuidados de Jenara, indica a ésta que ya no puede ir a su propia casa y que "aun será peligroso que salga a la calle", pero que, precisamente por ello, necesitaba disponer su viaje. El, como la Revolución, no podía tener ya entonces vida en Madrid. Sólo podía estar donde estaba aquélla<sup>185</sup>.

#### **5.4.6. El simbólico traslado de Monsalud a Sevilla en compañía de Andrea y seguido por Jenara**

El destino de este viaje, junto a sus razones y a las circunstancias en que se produce, vienen a corroborar la identificación de Monsalud con la Revolución y, así mismo, el entramado de simbolismos en que venimos situándolo.

Monsalud, en cuanto símbolo de la Revolución, tiende a verse sometido a sus mismos avatares. De ahí que, a medida que ésta se extingue en Madrid tienda él a salir de allí, y de ahí también que, al preguntarle Jenara si volvía "al Norte", él aclare así cual ha de ser su destino: "No; tengo que ir a Sevilla, donde está lo que queda de Gobierno liberal. No tengo ya ni un resto siquiera de esperanza; pero es preciso que cumpla fielmente la comisión del general Mina y vaya hasta las últimas extremidades, para que nos quede al menos el consuelo de haberlo intentado todo y para que no se pueda decir esta verdad

---

<sup>184</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1679. Galdós, que ya ha mostrado su simpatía por las auténticas clases populares, representadas por Solita, parece referirse aquí, sobre todo, a las gentes venales, cuya propensión al saqueo es independiente del signo político de la conquista que lo propicia.

<sup>185</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1679-1680.

terrible: 'No hubo un sólo liberal en España que supiera cumplir con su deber'"<sup>186</sup>.

Jenara, por su parte, responde también al simbolismo que le venimos atribuyendo al ilusionarse con ir en compañía de Monsalud e intentar procurarse los medios para tal viaje, que, según le dice Monsalud, no serían fáciles de lograr. Ocurría, afirma la supuesta narradora -señalando dificultades que aquellos días se planteaban a los liberales madrileños- que "ningún propietario de coches quería arriesgar su material ni sus caballerías, porque los facciosos se apoderaban de ellas." Pero la amante Jenara no estaba sola, como antes se ha dicho, en este intento: el masón "Campos también deseaba proporcionar a mi amigo -insiste ahora Jenara- fácil escapatoria"<sup>187</sup>.

Ambos tratan, pues, de conseguir medios de locomoción mientras la reacción absolutista continúa su curso, según indica Jenara/Galdós con una descripción que, nuevamente, refleja lo dicho por la historiografía: "La entrada de los franceses el día 23 me dió alguna esperanza; mas, por desgracia, entre las fuerzas de vanguardia no venía el conde de Montguyon. Vi, en cambio -continúa Jenara-, muchos guerrilleros del Norte, de fiero aspecto, y temblé de pavor, deseando entonces más vivamente huir de la Corte.

"¡Y qué desorden en los primeros momentos de aquel día! Por mucha prisa que se dieron los franceses en establecerse, no lograron impedir mil excesos.

"Centenares de hombres, cuyo furor había sido pagado, corrían por las calles celebrando entre borracheras el horrible -valora Jenara- carnaval del despotismo. Rompían a pedradas los cristales, trazaban cruces en las puertas de las casas donde vivían patriotas, como señal de futuras matanzas; escarnecían a todo el que no era conocido por su exaltación absolutista; gritaban como locos, maldiciendo la Libertad y la Nación. No escapaban de sus groserías las personas indiferentes a la política, porque era preciso haber sido perro de presa del absolutismo para obtener perdón. Algunos frailes de los que más habían escandalizado en el púlpito con sus sermones sanguinarios eran llevados en triunfo.

"Saliendo de misa de San Isidro -sigue contando Jenara-, me vi insultada y seguida por

---

<sup>186</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1680.

<sup>187</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1680.

una turba de mujerzuelas feroces sólo porque llevaba un lazo verde. El color verde era ya el color de la ignominia, como emblema del liberalismo, que tantas veces había escrito sobre él 'Constitución o muerte'. Vi maltratar a un joven de buen porte sólo porque usaba bigote, y desde aquel día el tal adorno de las varoniles caras fue señal de francmasonismo y de extranjería filosófica"<sup>188</sup>.

Estas escenas fueron tales, según Jenara, que quién las "vio una vez (...) no puede olvidarlas". Su efecto en la evolución mental de Jenara -con todos sus implicaciones- es así indicado por ella misma: "Mis ideas habían cambiado mucho desde mi viaje a Francia. Conservando el mismo respeto al Trono y al Gobierno fuerte, había perdido el entusiasmo realista. Pero en aquel día tristísimo se desvanecieron en mi cabeza no pocos fantasmas; y aunque seguí creyendo que uno solo gobierna mejor que 200, el absolutismo popular me inspiró aversión y repugnancia indecibles"<sup>189</sup>.

El triunfo de la reacción conlleva la inmediata salida de Monsalud, según se indica diciendo que, cuando Jenara comentaba con éste el peligro en que aquel día se había visto

---

<sup>188</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1680. Esta imagen viene a corresponderse con la descrita por Vayo (Op. Cit., T III, pp 88-89), si bien éste señala, con juicio más duro que Galdós, que "este escándalo **pasó a la vista del ejército francés** -negrilla nuestra-, cuyos comandantes, después de saqueados los edificios, enviaban piquetes a custodiarlos, en vez de prevenir y estorbar tan bárbaras escenas por el decoro siquiera de la bandera francesa." Señala, además, Vayo que "no fue sólo Madrid el teatro de semejantes iniquidades", sino que éstas se repitieron "en muchos de los pueblos de la Península; pero pintadas -añade- las de la capital de España lo están las de los otros lugares." *Ibíd.*, p 88.

<sup>189</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1680. Esta referencia y rechazo al "absolutismo popular" de aquellos días puede estar en relación con lo indicado por Vayo sobre "los voluntarios realistas", creados entonces "por la Junta de Oyarzun" y compuestos "de proletarios que bajo el pretexto de defender el altar y el trono aspiraban a prender a los hombres de arraigo, encarcelarlos y despojarlos de sus bienes. Así -añade Vayo- escudada con distinto nombre, aunque con el mismo fin, levantábase orgullosa la anarquía democrática con todos sus elementos de trastorno a dominar el país e inundarlo de sangre". (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 89-90. Este rechazo a "la anarquía democrática", a las muchedumbres populares, -scan realistas o liberales- estaba también señalado, según dice Vayo, en la "Carta de Montijo a La Bisbal", al que aseguraba que "los pueblos" juzgaban "ahora -en 1823- más apetecible el despotismo del rey que la tiranía de la muchedumbre" (*Ibíd.*, p 84.) Es una idea burguesa aristocratizante que, evolucionada, parece estar en la base del razonamiento utilizado por Donoso Cortés en su defensa de los poderes especiales atribuidos al Gobierno en 1848: "La cuestión no está -dice Donoso entonces a los progresistas- entre la libertad y la dictadura: (...) se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del gobierno; puesto en este caso, yo escojo la dictadura del gobierno, como menos pesada y menos afrentosa." Cfr. PALACIO ATARD, V.: "La España del siglo XIX (1808-1898)". Cit., p 274. Imágenes, por otra parte, que podían evocar las producidas a la vista de Galdós, por el nuevo ciclo revolucionario iniciado en España con la introducción de la A.I.T. en 1870.

"por llevar un lazo verde", llegó Campos "muy alegre" a decir a Monsalud que ya estaba resuelta la cuestión de su viaje y que podía marchar aquella misma noche, juntamente con él, disfrazados de criados del marqués de Falfán y de Andrea, que "tienen -dice- silla de postas propia".

Se produce entonces la furiosa reacción de Jenara contra aquella proposición, que la privaría de la compañía de Monsalud; pero, al opinar éste que era "una excelente idea", Jenara hubo de disimular mientras él se ocupaba "en disponer su viaje con una calma, con una indiferencia hacia mí -recuerda Jenara-, que me irritaron más. Mi dignidad -añade- me impedía pedir un puesto en aquel coche que se llevaría a **la mitad** -negrilla nuestra- de mi alma" o "recordarle nuestro dulce proyecto de ir juntos". Jenara se ve entonces sometida a un "intenso padecer", porque "Salvador mismo -explica- me había contado toda la historia de sus relaciones con Andrea Campos," conocía "la admirable hermosura de la americanilla",... y ahora se le iban juntos.

En el plano simbólico, resulta que Monsalud, la Revolución, se va a Sevilla con Andrea, símbolo de la parcialidad social revolucionaria -que está enlazada, por su tío, a la masonería y, por su marido, a la nobleza-, mientras Jenara, la élite social, que va pasando del predominio absolutista al liberal -aunque contiene ambas tendencias- queda todavía en Madrid, si bien comida por los celos y deseosa de ir tras ellos. Resulta, así mismo, que Jenara, culpable de haber lanzado a Solita, en busca de Monsalud, "al interminable viaje de la desesperación", se sentía "condenada por Dios al mismo suplicio", pues "tres días después" se vio "en la alternativa de morir de despecho o correr también"<sup>190</sup>.

Jenara, reflejando los resabios absolutistas que parecen quedarle en la *mitad* que no se fue con Monsalud, recurrió todavía a sus antiguos amigos en búsqueda de medios con que ir a Sevilla.

Ello es ocasión para informar del cambio de autoridades absolutistas españolas, producido de nuevo bajo la tutela francesa, y del talante de las mismas: Eguía, a quién Jenara recurrió en primer lugar, se hallaba "arrinconado como un trasto inútil" "desde la

<sup>190</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1680 y 1681.

entrada de los franceses", "y una Regencia fresca y lozana funcionaba en su lugar. Nombróla Angulema -señala Jenara/Galdós-, de acuerdo con el Consejo de Estado, y la componían los duques del Infantado y de Montemart, el barón de Eroles, el obispo de Osma y don Antonio Gómez Calderón. Secretario de ella era el venenoso Calomarde, al cual me dirigí -continúa Jenara- solicitando un paso y licencia para el uso de coche posta"<sup>191</sup>.

Pero resulta que Calomarde la recibe ya "tan fríamente y con tanta soberbia e hinchazón" que le recuerda "al Don Soplado del poeta sainetero don Ramón de la Cruz"; y lo mismo le ocurre con "don Víctor Sáez, nombrado ministro de Estado", que, significativamente, "tuvo el mal gusto -indica Jenara- de echarme en cara mi supuesta conversión al Constitucionalismo y a la Carta francesa, (...) aun amenazándome." Sólo se le "mostró algo propicio (...) Erro, hombre honrado y modesto. Pero nada positivo saqué -concluye Jenara- de la flamante situación, que daba pruebas de su agudeza política volviendo las cosas *al propio ser y estado que tenían en 7 de marzo de 1810* (Sic por 1820?), restableciendo los antiguos Consejos y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte"<sup>192</sup>

Jenara, cuya simbólica evolución parece clara, no resolvió su problema hasta que llegó el conde de Montguyon, que, habiendo de partir para "la Mancha, idealizada -dice el mismo- por las aventuras del Gran Caballero", y deseando tener cerca a Jenara -cosa que, simbólicamente, interesaba también a los franceses-, proporcionó a ésta "una silla de postas

---

<sup>191</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1681. Los nombres dados por el Consejo para esta regencia formada "el 25 de Mayo", son, según Vayo "los mismos que deseaba el monarca", que dirigía "desde Sevilla" los "más importantes actos" de "la reacción". Instalada "el 26", fueron nombrados para las "secretarías del despacho" (*Gobierno*) "don Víctor Damián Sáez -al que luego se refiere Galdós- de Estado, (...); de Hacienda, don Juan Bautista de Erro; del Interior, (...) don José Asnárez (Sic); de Gracia y Justicia, don José García de la Torre; de Marina, don Luis de Salazar; y de Guerra, don José de San Juan". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 95 y 96.

<sup>192</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1681 y 1682. El cerril absolutismo de esta regencia, con algunos ejemplos, y la restauración de las antiguas instituciones, se halla, así mismo, ponderado por E. de C. Vayo (Op. Cit., T III, pp 97-98), que (en *Ibíd.*, p 113) señala también -con texto casi literalmente idéntico al utilizado por Galdós- que el 11 de Junio "reponía la regencia las órdenes religiosas en el *ser y estado que tenían antes del 7 de Marzo de 1820*". Ponemos en cursiva el texto de Vayo con el que, salvo el cambio de año por presumible error, coincide casi literalmente el de Galdós; y aunque éste lo aplica a "las cosas", en general, y no sólo a las "órdenes religiosas", como Vayo, no hay contradicción, ya que Vayo según se ha dicho, ya se había referido a ello con carácter general en las Cits. pp 97-98.



con caballos del Cuartel general de Bourdeseoulle (Sic), y un pase que me aseguraba -explica Jenara- el respeto de las turbas por todo el tránsito que iba a recorrer"<sup>193</sup>.

Jenara, que ya antes daba idea de su ansioso deseo de estar con Monsalud, y controlar su relación con Andrea, diciendo que ella no podía quedarse en Madrid, que su "carácter" la "lanzaba fuera, como la pólvora lanza a la bala", dice ahora que salió "como el agua de una esclusa cuando se le abren las compuertas", que "no veía bastante llanura por donde correr". Entre enfados por la lentitud de mulas, mayoral y mesoneros, en "febril contienda con el tiempo y la distancia", Jenara va en pos de Monsalud viendo en los pueblos por donde pasaba escenas absolutistas que "me causaron -dice ya- tanta indignación como vergüenza. En Ocaña -añade, mostrando aquel ambiente reaccionario y su aversión al mismo,- habían quitado las imágenes que adornaban el ángulo de algunas calles, poniendo en su lugar el retrato de Fernando, entre cirios y ramos de flores, y debajo la piadosa inscripción: '¡Vivan las *caenas*!' En Tembleque presencié -dice- el acto solemne de arrojar al pilón donde bebían las mulas a dos o tres liberales y otros tantos milicianos. En Madrideojos tuve miedo, porque una turba que invadía el camino cantando coplas tan disparatadas como obscenas, quiso detenerme, fundada en que el mayoral había tocado con su látigo el estandarte realista que llevaba un fraile." Pasado "Puerto Lápice", donde una avería agravó su siempre "impetuoso anhelo", llegó a "Despeñaperros", donde "había -según dice la misma Jenara en un tono que evoca el casi general desánimo militar de 1823 y destaca su contraste con la actitud de la guerra de la Independencia- una especie de ejército español, mandado por una especie de general, que tenía el encargo de hacer una especie de resistencia a las tropas de Bourdesoulle. Dios había decidido que no hubiese otro Bailén en la Historia, y los inocentes que creían en un nuevo 19 de julio de 1808 se llevaron gran chasco. ¡Parece mentira! Quince años después, los papeles de aquel drama habían cambiado. Los personajes eran los mismos. Creerfase que habían resucitado los muertos de la gloriosa época, pero que al vestirse se habían equivocado de uniforme.

"En pocas horas fue desbaratado Plasencia (que así se llamaba el General que defendía

---

<sup>193</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1682.

la puerta de Andalucía), y los franceses pisaron el glorioso campo de las Navas de Tolosa, de Mengíbar y de Bailén"<sup>194</sup>.

Con esta llegada a tierras andaluzas podría decirse que Galdós completa su principal referencia a lo que hemos llamado *fácil avance* de los franceses por España, imagen para sus coetáneos de la debilidad de un país dividido. Jenara, que en parte ha cruzado con ellos la Península, se libera entonces, con sus "artes" habituales, del "conde de Montguyon, a quien Bourdesoulle -se informa- mandó situarse en Guarromán"; y, volviendo su atención a la España constitucional, de cuyas circunstancias y trabajos ha de dar supuesto testimonio, llega, al fin, por Córdoba, a Sevilla, entre imágenes acordes con la felicidad que le producía la esperanza de estar pronto con Monsalud: "Yo -dice- no había visto un cielo más alegre, ni un ambiente más respirable y que más embelesase los sentidos, ni un crepúsculo más delicioso"<sup>195</sup>.

### 5.5. LA SEVILLA CORTESANA: FORMACION DE LA REGENCIA CONSTITUCIONAL Y HUIDA DE LA CORTE A CADIZ

Señalada la amenazadora presencia de los franceses en Guarromán, Galdós refleja, al ocuparse de aquel momento histórico sevillano, la urgente preparación del traslado de la Corte a Cádiz, las nuevas, y más firmes, resistencias de Fernando VII y la consiguiente formación de una regencia para vencerlas; pero a la vez, y aun antes, procura reconstruir otros elementos del contexto en que se producen aquellos preparativos.

---

<sup>194</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1682-1683. En tono parecido, dice Vayo que "Plasencia" fue "derrotado" en "Despeñaperros, donde pensó *entretener* a los franceses", y que esta derrota contribuyó al "terror (...) de los que gobernaban en Sevilla". Op. Cit., T III, p 100. Sin negrilla en el original.

<sup>195</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1683.

### 5.5.1. El ambiente de Sevilla

El intemporal encanto de la ciudad, en la que no parece posible que "nadie haya entrado (...) con indiferencia", es objeto primordial de Galdós: "Asseguro -dice Jenara- que el que entre en Sevilla como si entrara en Pinto es un bruto." Su histórico genio para las artes, que la puebla de imágenes literarias y pictóricas: "¡El *Burlador*, don Pedro *el Cruel*, Murillo!"; la voluptuosidad ambiental, pues "...hasta las pinturas sagradas -se dice- son allí voluptuosas"; las "hipérboles graciosas", entonces afamadas por "Manolito Gázquez"; el mismo clima, en fin, que, combinado con otros elementos, hace de sus noches de verano -época en que llegó Jenara- un paraíso con "todos los encantos de la Naturaleza y de la poesía": para la noche estival sevillana, más que para el día, "son -en opinión de Jenara- los delicados aromas de jazmines y rosas; para ella, el picante rumor de las conversaciones amorosas; para ella, la dulce tibieza de un ambiente que recrea y enamora, las quejumbrosas guitarras que expresan todo aquello a que no pueden alcanzar las lenguas"<sup>196</sup>.

En este revivir el ambiente, Galdós irá paulatinamente acumulando elementos característicos -la Giralda, la Torre del Oro, la Catedral, San Telmo, el paseo de la orilla del río Guadalquivir, el Café del Turco-, asociados a diversas escenas, entre los que cabe destacar ahora, por su valor genérico, la imagen de los *patios*, descritos así al recordar Jenara la visita que, al día siguiente de su llegada, hizo a los Falfán:

"Las visitas de noche son sumamente agradables en verano en aquel país, contribuyendo a ello los frescos patios, trocados en salones de tertulia. Nadie puede, sin haber visto estos agradables recintos, formar idea de ellos y del hermoso conjunto que presentan las plantas, la fuente de mármol con su murmurante surtidor, los espejos, los cuadros, al mismo tiempo iluminados por las bujías y por el rayo de luna que penetra burlando el toldo; la dulce cháchara de las conversaciones, más dulce a causa del gracioso ceceo bético, y, por último, las lindas andaluzas, que alegrarían un cementerio, cuanto más un patio de Sevilla"<sup>197</sup>.

<sup>196</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1683.

<sup>197</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1684-1704, especialmente p 1684.

Pero esta imagen, substantiva e intemporal, de la ciudad se combina con algunos elementos circunstanciales que particularizan aquel momento y contribuyen a contextualizar la grave decisión de prescindir temporalmente del Rey.

Jenara, hospedada "en la calle de Génova", dice haber visto desde la noche del día 9 de Junio, en que llegó, "a muchos diputados que moraban allí, y a otros que iban a visitarlos. Era -asegura, señalando el carácter de aquella calle,- un hervidero de gente habladora, una olla puesta al fuego." Y, apuntando ya al delicado momento políticomilitar, añade: "Sus ardientes disputas, sus gestos, sus furores, indicaban la gravedad de la situación"<sup>198</sup>.

Esta vecindad parece conllevar también cierta integración de la evolucionada Jenara en ese grupo y ambiente liberal, según se apunta, además, a la vez que se recuerdan nombres significativos, al concretar esta: "Vivían conmigo Argüelles, Canga-Argüelles, Salvato, Flórez Calderón, el canónigo Villanueva y el almirante don Cayetano Valdés. Iban a visitar a éstos Galiano, Istúriz, Beltrán de Lis, don Angel de Saavedra, después duque de Rivas, y otros. Con algunos de ellos tenía yo amistad".

El mismo efecto produce, además de ir completando los perfiles del ambiente, la indicación de que, "oyéndoles", supo Jenara "que se había descubierto una conspiración tramada por cierto general inglés llamado Downie, el mismo que había organizado una partida de combatientes en la guerra de la Independencia". Al referirse a esta conspiración, Galdós parece indicar que había ciertas resistencias cortesanas, pero se echa de menos alguna aclaración sobre su sentido y desarrollo, por más que su frustración reduzca su importancia a los términos que el mismo Galdós señala al concluir diciendo, en tono despectivo, que "la conspiración debió ser muy inocente, conforme a las modas de aquel tiempo, y todo en ella fue de sainete, hasta el descubrimiento, hecho por un cirujano"<sup>199</sup>.

---

<sup>198</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1683.

<sup>199</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1683. Esta conspiración se fraguó, según dice Vayo, en la noche del "día 10" de Junio, por los "amigos íntimos" del Rey, tras manifestar éste "a los secretarios del despacho el ánimo en que estaba de no salir de Sevilla", y se proponía "estorbar la salida en caso de violencia. Debía ponerse al frente de la empresa -continúa Vayo- el general inglés Downie proclamando la libertad del rey, y apoderándose de su persona para conducirlo a un pueblo inmediato, y de allí trasladarle a un punto donde pudiese libremente empuñar las riendas del mando. Pero el aturdimiento fue tal que  
(continúa...)

Pero el hecho central del momento, el que produce estas tensiones ambientales, es destacado clara y expresamente por Galdós/Jenara:

"...en aquel día 10 de junio, precursor de una de las fechas más célebres de nuestra Historia, nadie hablaba de otra cosa que de política, de la resistencia del Rey a trasladarse a Cádiz, y del empeño de los ministros en llevársele de grado o por fuerza. Advertí entonces -indica, además, Jenara- que no era Sevilla población muy liberal, y que, en la contienda entablada, la mayoría de los paisanos de Manolito Gázquez se ponía de parte del Rey. Por un fenómeno extraño, la aristocracia aparecía más enemiga del absolutismo que el pueblo; pero esto no me causaba sorpresa, por haber observado el mismo contrasentido en Madrid"<sup>200</sup>.

La "contienda" sobre el traslado no sólo se entabla, pues, entre el Rey y los ministros, sino que está también en la calle. Ella es el principal tema político en la tertulia de los Falfán cuando Jenara los visita en la noche del 10 de Junio. Allí, mientras Jenara observa, con "pena" y "alegría (...) a la vez", -según dice, recordando su simbólica competición con ella,- lo "desmejorada y triste" que estaba "la Marquesa" -que representa al grupo revolucionario-; mientras intentaba saber por ella algo de Monsalud, sin atreverse "a preguntar por él ni siquiera a nombrarle"; mientras esperaba "verle -a Monsalud- entrar en el patio cuando menos lo pensase" y "me preparaba -dice Jenara- para no turbarme en el momento de su aparición", temblando con "los escalofríos propios de la pasión en acecho" ante "cualquier ruido de la puerta"; mientras la Marquesa (Andrea) hacía notar tácitamente a Jenara que la "aborrecía de todo corazón" y ésta, "maestra consumada, disimulaba mejor que ella", el marqués de Falfán se empeñaba en hablar con Jenara "de política" y en

---

<sup>199</sup>(...continuación)

habiendo entrado en el edificio donde se celebraba la reunión un cirujano llegó sin obstáculo hasta la sala de los conjurados, y enterado de su objeto lo denunció a los ministros. Prendieron pues -concluye Vayo- a Downie y a varios oficiales de la milicia activa, y desvaneciéndose el plan imaginado sin resistencia alguna" (Vayo, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 101-102.).

<sup>200</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1684. También Vayo -que repetidamente señala al "vulgo" como protagonista de actitudes absolutistas en Madrid y Sevilla (Op. Cit., T III, pp 88-89 y 109), y que considera a "los gefes (Sic) del realismo sublevado (...) salidos casi todos del populacho y del clero" (Ibídem, p 54),- hace notar "la estrañeza (Sic) que causa ver a los no'bles declarados contra los privilegios, y a los hijos del pueblo (...) pidiendo esos mismos privilegios y cadenas" (Ibídem, p 100).

conocer la opinión de ésta "sobre sucesos y personas".

De ello resulta que el Marqués, además de definirse políticamente, va dando su parcial y representativa opinión sobre el *asunto del día* y sobre otras cuestiones de actualidad: "Mi fastidioso interlocutor -recuerda Jenara- era liberal templado, partidario de un justo medio, muy justamente mediano, y de las dos Cámaras y del veto absoluto. Había tenido sus repulgos de masón, repetía los dichos de Martínez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendía al Clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiese muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisición. En suma, las ideas del Marqués eran el capullo de donde, corriendo días, salió la mariposa del partido moderado"<sup>201</sup>.

Sus críticas destacan la desunión que -como en el simbólico caso de Jenara, Andrea y Solita- había entre las fuerzas liberales, pues "los masones primitivos o *descalzos* -según cuenta Jenara que le dijo el Marqués- estaban en gran pugna con los secundarios o *calzados*, y ambos con los carbonarios y comuneros". Le dijo también "que los partidarios de San Miguel trabajaban por echarlo todo a perder más de lo que estaba, y que cuando ocurrió el cambio de Ministros que había llevado al Poder a los amigos de Calatrava, se habían visto cosas muy feas"<sup>202</sup>. Galdós parece aludir aquí a la sustitución de los ministros nombrados tras la crisis producida en febrero de 1823 sin que llegasen a tomar posesión de sus cargos. Estos ministros, cuyo nombramiento, según Vayo, se comunicó "a las Cortes el día 2" de Marzo, debían "entrar en el desempeño de sus funciones" cuando los cesados, y repuestos, el día 19 de Febrero, dieran a conocer a las Cortes "sus respectivas memorias, que (,) según el artículo 82 del reglamento interior, debían leerse el 3 de Marzo (...) Eran: de Estado don Alvaro Flórez Estrada; de la Gobernación don Antonio Díaz del Moral; de Gracia y Justicia don José Zorraquín; de Hacienda don Lorenzo Calvo de Rosas (Sic); de Guerra don José María Torrijos, y de Marina don

<sup>201</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1684.

<sup>202</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1685.

Ramón Romay. Todos -continúa Vayo- pertenecían al liberalismo más puro, y su mayoría a la sociedad secreta de los comuneros, según pregonaba la fama." Pero, fuera por mantener al anterior Ministerio, fuera por estimar urgente el traslado, las Cortes, sin hacer caso de las reclamaciones comuneras, decidieron que, en lugar de leer sus Memorias, los Ministros se dedicasen a preparar el traslado a Sevilla; y, reabiertas las Cortes en esta ciudad el día 23 de Abril, hecha, al fin, la aludida lectura por "San Miguel y sus compañeros", les sucedieron realmente, "en el despacho de Estado -dice Vayo- el laborioso e instruído Pando, en el de Gracia y Justicia e interino de la Gobernación don José María Calatrava, en el de Hacienda don Juan Antonio Yandiola, Bárcena en el de la Guerra, y Campuzano en el de Marina"<sup>203</sup>.

El profesor Artola -tras referirse a aquella "sorprendente situación en que cada una de las fracciones del liberalismo exaltado llegó a poseer su propio Gabinete, aunque el comunero no llegase nunca a ejercitar sus funciones", - explica esta "renovación" indicando que "Flórez Estrada y Calvo de Rozas, únicos ministros designados que acompañaron al monarca, fueron ahora suplantados por un nuevo equipo creado por la presión de una mayoría de los diputados", que "decidieron que los electos carecían del prestigio y representación necesarios para suceder en el Ministeric" y que -de acuerdo con los "secretarios salientes"- "impusieron al rey los nombres de Calatrava y Zorraquín, quienes habían de elegir al resto de sus colegas." Destaca también este autor en este arreglo el papel que, según Alcalá Galiano, representaba Calatrava, aglutinador "de las dos fracciones, (...) la casi totalidad (,) de las Cortes"<sup>204</sup>.

---

<sup>203</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 64-66 y 90-91.

<sup>204</sup> Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., pp 775 y 777. Sobre esta "reunión extralegal" de diputados, sus acuerdos, intimidaciones al Rey y a los ministerios cesante y nombrado, significación de Calatrava en el nuevo ministerio, caracteres de los nombrados para él y sobre las "infectivas acaloradas" en que "se desataron" Flórez Estrada, Calvo de Rozas y algunos de sus parciales contra esta solución, que dividió -según indicaba Galdós a través de Falfán- a los comuneros, puede verse ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 236-238. Las presiones para este cambio de Gobierno, dicho sea de paso, reflejan -esta vez más claramente- la tendencia a sustituir fácticamente la Monarquía presidencial prevista en la Constitución de 1812 por la parlamentaria, la *confianza Real* por la de las Cortes. Sobre estos hechos y las presiones que los acompañan es de interés la información que aporta y el análisis que, con su ya aludido punto de vista, realiza el profesor Gil Novales en "Las Sociedades Patrióticas...". Cit., T I, pp 736-745.

En opinión del *marqués de Falfán*, a quien Galdós muestra con claro afán de criticar al Gobierno *exaltado*, "Calatrava, a la sazón presidente del Ministerio, no era hombre apropiado a las circunstancias", sino un "atolondrado; Yandiola, (...) una nulidad, y el de Guerra, Sánchez Salvador -nombrado al morir Mariano Zorraquín<sup>205</sup>-, un insensato"<sup>206</sup>.

A la *insensatez* gubernamental parece atribuir Falfán que, pese a la resistencia del Rey, "el Gobierno insiste en llevársele a Cádiz." Y añade, en su persistente actitud crítica: "¡Qué tontería!... Y como el Rey insiste en no ir, el Gobierno piensa declararle loco... ¡Loco Su Majestad, señores; el hombre más cuerdo de toda España, el único español que sabe adónde va y por dónde ha de ir!"<sup>207</sup>.

Se tiene la impresión de que *el Marqués*, como tantos otros nobles, aunque fueran contrarios al absolutismo, no eran, en opinión de Galdós, partidarios de hechos revolucionarios tan radicales como el que se anunciaba. Aquello era muy grave, según Falfán: "equivale -dice a Jenara- a destronar a Su Majestad"; pero Jenara, entre bromas, señala esa otra cara de la cuestión, implícita en un régimen que -pese al artículo 3 de la Constitución- encerraba cierta cosoberanía que, dado el poder y el carácter vitalicio del Rey, exigía mayor voluntad de colaboración que la mostrada habitualmente por Fernando VII: "Justamente, señor Marqués (...). Le destronan, y luego le vuelven a entronizar; le quitan, y le ponen, según conviene a las circunstancias. ¿Hay cosa más natural? ¿No es el Rey quien abre y cierra las Cortes? Pues las Cortes abren o cierran al Rey cuando quieren"<sup>208</sup>.

Tales discusiones, supuestamente desarrolladas en tertulias que, como ésta, irían formando actitudes y opiniones, se sienten cambiar de plano, y su desenlace emplazado,

---

<sup>205</sup> Cfr. ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 241.

<sup>206</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1684 y 1685. Curiosamente, Falfán no habla en sus críticas a esas "cosas feas" de que Flórez Estrada fuera *suplantado*, sino que, presumiendo ante Jenara, dice a ésta que "él (Falfán de los Godos) habría sido ministro si hubiera querido cuando se *negó* a serlo Flórez Estrada". *Ibíd.*, p 1685. Sin negrilla en el original.

<sup>207</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1685.

<sup>208</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1685.



al entrar "el príncipe de Anglona, personaje distinguido de la fracción de Martínez de la Rosa, y el duque del Parque" -que, según indica luego Galdós, *no se atrevió* "a votar el destronamiento"- y decir "que al día siguiente habría sesión muy interesante para discutir lo que debiera hacerse en virtud de la negativa del Rey a salir de Sevilla". La expectación ambiental se destaca, además, indicando que Jenara pidió "una papeleta de tribuna al Duque", quien, con cierta "malignidad", le dice en un aparte que se la haría llegar con su "secretario -Monsalud-, a quien usted conoce". Por otro lado, "Anglona se brindó -dice Jenara- a llevarme a Palacio". Con ello parece nuevamente reflejada la compleja personalidad simbólica, entre liberal y absolutista, de Jenara, según indica ella misma al añadir: "Formado mi plan para el día siguiente, determiné ver a Su Majestad y asistir a la sesión de las Cortes, encendiendo de este modo una vela a San Miguel y otra al Diablo"<sup>209</sup>.

Su tendencia predominante se destaca, sin embargo, diciendo que, ante la perspectiva de encontrarse al día siguiente con Monsalud, parece que se le "abrieron (...) los cielos", su "alma se llenó de alegría" y, aunque procuró disimular, "desde aquel momento todo se transformó" a sus ojos<sup>210</sup>. Al mismo tiempo que la élite social quedaba pendiente de una jornada revolucionaria, Jenara lo estaba de un feliz reencuentro con Monsalud.

### 5.5.2. La Regencia constitucional

La formación de esta Regencia parece cuestión central en la estructura interna de esta parte del texto de Galdós, que, haciéndose eco de la historiografía, la destaca especialmente entre cuantos hechos conllevó el traslado de la Corte a Cádiz, que es lo que le da sentido.

Pero en el forcejeo suscitado en torno a ese traslado le interesan también otros hechos y ciertos caracteres sociales que se manifiestan en ellos. Completa así Galdós, por una parte, su inicial imagen de los aspectos generales del ambiente, del que presenta estados e interrelaciones concretas; y, por otra, va señalando, en el plano novelesco, diversas

<sup>209</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1685 y 1703.

<sup>210</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1685-1686.

facetas de un proceso en el que Jenara ve, con desesperante impotencia, cómo el Rey, el marqués de Falfán, que parece representar a la Nobleza, y el deán de la Catedral, representante del Clero, van frustrando sucesivamente sus simbólicas expectativas de unión con Monsalud, que, según correspondía a la Revolución en aquellas circunstancias, acaba hallándose, además -cual si se refugiase en ella-, en compañía de Andrea, su novia de la época de clandestinidad liberal, la representante, en fin, del grupo revolucionario. Estas sucesivas acciones frustrantes, en estrecha relación con el concreto y fundamental proceso histórico de la formación de la Regencia y preparación del traslado a Cádiz, parecen ser los principales -aunque tácitos- elementos estructurales del texto de Galdós, cuyo sentido, precisamente, intentamos recoger adoptándolas como pauta del nuestro.

#### 5.5.2.1. *La actitud del Rey*

Es el primer obstáculo al traslado de la Corte a Cádiz y, así mismo, a las esperanzadas expectativas de Jenara, cuya ansiosa espera del día 11 y cuyas encontradas tendencias interiores, corren parejas con las de la élite social en aquella fecha. Jenara se levantó aquel día "muy temprano" y sin apenas haber podido dormir. "Le aguardaba con tanta impaciencia, -ya el pronombre "le", como antes "él", se sobreentiende constantemente referido por Jenara al no citado Monsalud, equivalente al *asunto del día* en el mundo de Jenara- que a cada instante salía al balcón, esperando verle (...). De repente -cuenta Jenara- me anunciaron una visita. Creí verle entrar; salí corriendo; pero mi corazón dio un vuelco, quedándose frío y quieto, cual si hubiera tropezado en una pared. Tenía delante al príncipe de Anglona, un señor muy bueno, un caballero muy simpático, muy atento, pero cuya presencia me contrariaba extraordinariamente en aquel instante."

Anglona venía para llevar ante el Rey a Jenara, que, no hallando pretextos válidos para aplazarlo, hubo de ir con él, aunque dejando a su "criada instrucciones muy prolijas para que detuviera hasta mi vuelta -dice- al que forzosamente había de venir. Partí -continúa- resuelta a hacer a Su Majestad visita de médico." Y, en notable paralelismo con la actitud de una élite política dispuesta a prescindir de su Rey, añade: "En aquella ocasión deploré por primera vez que existieran reyes en el mundo." Sus mentales exclamaciones ante la

insistencia del Rey en preguntar sobre los detalles "de la entrada de los franceses en Madrid, de la defección de La Bisbal en Somosierra y de la derrota de Plasencia en Despeñaperros", y ante "la concupiscencia de sus voraces ojos", señalan también ese signo del momento: "¡Ay! ¡Qué felices son las Repúblicas! (...). Al menos -dice haber pensado Jenara-, en ellas no hay reyes pesados y preguntones (...) Me alegraría -se decía- de que te encerraran en una jaula como loco rematado"<sup>211</sup>.

Ajeno el Rey a estos pensamientos de Jenara, conoce, sin embargo, los equivalentes del plano histórico, según señala, enlazando a la vez con él, al plantear así a Jenara, "con cierto tono de confianza", los términos de la cuestión: "Se empeñan en que han de llevarme a Cádiz, y yo me empeño en no salir de Sevilla. Veremos si se atreven a llevarme a la fuerza, o si yo cedo al fin." Y, tras un *cortesano* "No se atreverán, señor", de Jenara; tras ponderar Fernando VII, según solía en tales casos, la insensibilidad de los liberales, dispuestos a llevarle, con su "Real Familia", "a Cádiz de cabeza", pese a la "terrible epidemia" que hay allí, concluye: "Yo les digo a esos señores: '¿Creen ustedes posible resistir a los franceses? No. Pues si al fin se ha de capitular, ¿no es mejor hacerlo en Sevilla?'". A lo cual, mostrando la ironía de Galdós, repone Jenara: "Admirable raciocino, señor"<sup>212</sup>.

Por otra parte, la interrelación entre los planos histórico y novelesco se mantiene cuando Jenara, tras cerrar esta cuestión con algunas otras "vulgaridades palaciegas" semejantes, procura remover este obstáculo a su unión con Monsalud mostrándose al fin, como parte

---

<sup>211</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1686.

<sup>212</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1686 y 1687. Esta entrevista viene a evocar la consulta celebrada, en esa misma fecha, por Fernando VII "a sus consejeros de Estado", entre los que, según dice Vayo, "distinguióse por su estensión (sic) y solidez el voto del príncipe de Anglona" (Op. Cit., T III, p 101) al que, según se ha visto, hace también especial referencia Galdós al referirse a ese momento. Anglona, contrario a "la traslación a Cádiz", apoyada al fin por el Consejo, propuso, escribe el M. de Miraflores, "se mandase una Diputación al Príncipe Generalísimo para transigir" ("Apuntes", T I, p 215). Al "examen del Consejo (...) asistieron -añade Vayo- los ministros", a los que el Rey manifestó -como a Jenara- "el ánimo en que estaba de no salir de Sevilla". *Animo* que se intentaría respaldar con la ya aludida "conspiración de Downie". Cfr. VAYO, E. de C.: *Ibíd.*, misma p. Esta parece ser la sesión del Consejo en que, según indica Alcalá Galiano -y evoca Galdós-, "calificó de *asesina* tal proposición -la de traslado a Cádiz- el capitán general don Joaquín Blake," fundándose "en que sería exponer a las reales personas a ser víctimas de la fiebre amarilla", fiebre que, en opinión de A. Galiano, no existía aquel año. "Memorias". Cit., T II, p 249.

de la élite social, "huraña y descortés" y, corriendo febril a su casa, sube "precipitadamente, creyendo que él -dice- saldría a recibirme". Ya allí, monta en "ira contra él" al no hallarlo; "pero luego -explica- tornáronse contra el Rey mis furores" al saber que Monsalud "se había cansado de esperar" hasta que, después de "más de hora y media", dijo "que tenía que ir a las Cortes". La reacción de Jenara, "como una máquina loca", es inmediata: "Yo también tengo que ir a las Cortes -dice a su criada, repitiendo una expresión que cuadra, tanto como a ella, a la élite presente en las Cortes aquel día-. Vamos, -la urge- vístete, Mariana, que no quiero perder esa gran sesión"<sup>213</sup>.

#### **5.5.2.2. La respuesta de las Cortes al Rey y la simultánea interferencia del marqués de Falfán entre Jenara y Monsalud**

Esta respuesta es tratada por Galdós, según decíamos, como cuestión central, y a ella se unen diversas informaciones complementarias sobre aquella "gran sesión".

En una especie de acercamiento al tema, empieza Galdós por señalar la ubicación de las "Cortes, que estaban en San Hermenegildo, en la calle de la Palma, frente a San Miguel"<sup>214</sup>.

La expectación ambiental se apunta, así mismo, al ponderar lo "difícil" que Jenara y Mariana hallaron "la entrada a causa de la mucha gente que llenaba la calle, agolpándose a las puertas del edificio como las apiñadas lapas en las rocas." Logrado un sitio tras "mucho (...) bregar", "mi primer cuidado -cuenta Jenara enlazando con la situación novelesca,- fue registrar con los ojos toda la galería reservada por ver si estaba allí quien me cautivaba más que los discursos"; al no encontrarlo, procuró escuchar lo que decía el

---

<sup>213</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1687. Galdós, cuyo texto es siempre tan rico y polivalente que, como vimos decir a Montesinos, habría que desmenuzarlo para acercarnos a los diversos aspectos de su contenido, incluye aquí una nota de época al indicar Jenara que, "por no ir sola, (...) llevaba siempre" consigo a su "leal criada, vestida de señora, imitando en esto la usanza francesa de las *señoritas de compañía*." Y, tras explicar que esto la libraba de tener que aceptar "la compañía de hombres importunos o antipáticos", concluye señalando la dependencia social propia entonces de la mujer -y que Galdós desarrollaría especialmente en su "Tristana"-, pues su criada, vestida de modo que se notase "su inferioridad, pero con suficiente elegancia para poder ir al lado mío" -dice Jenara-, era tomada por "hermana soltera o pariente pobre". Ibídem, misma p.

<sup>214</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1687.

orador, que era "Alcalá Galiano", cuya voz "resonaba en medio del más imponente silencio" mientras hablaba de lo que los presentes llamaban el "suceso del día". Con cierta ironía se indica que este *suceso* aparecía envuelto en expresiones aplicadas a todos los casos, pues "el orador hablaba de la Patria, del inminente peligro de la Patria, de la salvación de la Patria y de la gloria de la Patria. Es -se añade- el gran tema de todos los oradores, incluso los buenos." Y en una de esas críticas que Galdós suele hacer como mirando hacia su época, concluye: "No he conocido a ningún político que no estropear la palabra patriotismo hasta dejarla inservible", además de que al hablar de ella recuerdan a quienes "hablan de lo que no conocen"<sup>215</sup>.

Por lo demás, "Alcalá Galiano era -opina Jenara- tan feo y tan elocuente como Mirabeau". Y así como otras personas hermosas "se vuelven feas desde que abren la boca", él se embellecía con el "talismán prodigioso" de "la palabra. (...) Aquel día, -se dice, centrando ya la cuestión y anunciando su especial protagonismo,- el joven diputado andaluz había tomado por su cuenta el llevar adelante la hazaña más revolucionaria que registran nuestros anales"<sup>216</sup>.

Pero, aunque aquella *hazaña* fuera *la más revolucionaria* de España, no lo fue mucho, en apreciación de Jenara/Galdós, porque había de ser, como lo es siempre, reflejo de la sociedad que la realizaba: "Sentían los españoles -se explica, apuntando un factor independiente de las necesidades del traslado,- la comezón de destronar algo, y el afán de probar la embriaguez revolucionaria, que sin duda embelesa a los pueblos de Occidente, como a los chinos el opio, y dijeron: 'Hagamos temblar a los Reyes, pues que ha llegado la hora de que los Reyes tiemblen delante del pueblo...' Mas era aquí la gente demasiado bondadosa -estima Jenara- para una calaverada sangrienta. En otra parte -asegura significativamente-, al ver al Rey sistemáticamente contrario a la representación nacional, hubieranle cortado la cabeza; aquí le privaron del uso de la razón temporalmente, diciendo: 'Señor, vuestro deseo de esperar aquí a los franceses nos prueba que estáis loco. Con

---

<sup>215</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1687 y 1688.

<sup>216</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1688.

arreglo a la Constitución, declaramos que sois digno de un manicomio y de perder la autoridad real. Vámonos a Cádiz, y cuando estemos allí, os adornaremos de nuevo con vuestra cabal razón y seguiremos partiendo un confite como hasta aquí".

Y abundando en la idea de que no hubo exceso de firmeza, sino escasez de medios para defenderla, a la vez que inadecuación de la actitud a la situación, concluye:

"Admirable recurso habría sido éste, a mi parecer, desde el punto de vista liberal, teniendo un gran ejército para reforzar el argumento en los campos de batalla. Sin fuerza, aquel hecho probaba que los diputados estaban más locos que el Rey, y así se lo dije a Falfán de los Godos. Con esto se comprende -informa Jenara- que el Marqués había entrado en la galería, colocándose detrás de mí"<sup>217</sup>.

Llegados aquí, podría decirse que Galdós da por hecha su puesta en situación del lector y se centra, más propiamente, en la imagen de aquella sesión, que en gran parte resulta de las expresiones de Jenara y de Falfán ante ella. Se insiste al hacerlo, según vamos a ver, en las ya señaladas motivaciones políticas y fundamentos jurídicos de la Regencia, a la vez que, mirando hacia sus apoyos sociales, se hace notar que la facies revolucionaria desarrollada en Jenara por su relación con Monsalud está vigilada, tutelada, por el marqués de Falfán, colocado tras ella y manifiestamente contrario a la decapitación, aun jurídica, del Rey, según se destacará en todo momento, e inmediatamente indicando que "dijo en voz queda" a Jenara: "Han llenado de gentuza la tribuna pública (...) para que aplauda las atrocidades que habla ese hombre"<sup>218</sup>.

<sup>217</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1688.

<sup>218</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1688. Sin negrilla en el original. Este apasionamiento y presión ambientales -varias veces aludidos- son de todos modos confirmados por Jenara, pero sin considerar, como Falfán, "atrocidades" las propuestas de Alcalá Galiano: "No sé si era o no gente pagada -recuerda-; pero es lo cierto que a cada párrafo coruscante, terminado en la 'salvación de la Patria' o en 'el afrentoso yugo de esta nación heroica', la galería pública mugía como una tempestad cercana. ¡Qué rugidos, qué gestos de bárbaro entusiasmo, qué manera de apostrofar! Algunas señoras -enfatisa con una humorada- tuvieron miedo y se retiraron, lo cual me agradó en extremo, porque la tribuna se quedó muy holgada" "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1688. Estas observaciones de Galdós, largamente reiteradas -según vamos a ver-, parecen recordar el escaso efecto de las previsiones intentadas cuando, declarada "permanente la asamblea" por "indicación del señor Argüelles", "el general Alava manifestó desear -según escribe Vayo- que en un acto de tanta importancia se guardasen al pie de la letra los artículos del reglamento, no permitiendo al público aplausos ni murmullos, pues las tribunas, recargadas de gente, parecían amenazadoras: (continúa...)

Por otra parte, si en su entrevista con el Rey señalaba Jenara "la concupiscencia" con que éste la miraba, ahora dice que Falfán le hablaba "endulzando su mirada hasta un extremo empalagoso." Es decir, uno y otro buscan *los favores* de Jenara mientras ésta, con las implicaciones simbólicas que venimos indicando, trataba afanosamente de conservar el amor de Monsalud, al que, mientras contestaba distraída a Falfán, buscaba mirando "a diestra y siniestra esperando verle y no viéndole nunca." La relación entre estos hechos y los que simultáneamente ocurren en el plano histórico se acentúa, además, comparando -como en otros casos- el desinterés de Jenara por "la locura del Rey, declarada en una votación que iba a celebrarse, la exaltación revolucionaria de los diputados, la elocuencia fascinadora de Galiano"... que "no bastaban -dice- a dar otra dirección a las fuerzas de mi espíritu", y esta tendencia hacia Monsalud que, simbólicamente, viene a representar lo mismo; "...nada de esto me importa gran cosa", llega a decir Jenara a Falfán; y, reflejando una distracción acorde con sus palabras, comenta, al ver "que se suspendían los discursos": "Parece que se cansan"<sup>219</sup>.

Se había llegado, según le explica Falfán -mostrando así Galdós los pasos de aquel proceso histórico-, al momento en que "va una Comisión de las Cortes al Alcázar a intimar al Rey." Las Cortes seguían entre tanto "en sesión permanente", y, si el Rey se negaba a salir de Sevilla, se mostraban "dispuestas a poner en ejecución el artículo 187 de la Constitución..."<sup>220</sup>.

Coincidiendo con esta revolucionaria actitud de las Cortes, se produce la aparición en ellas de Monsalud. Preguntaba Jenara a Falfán sobre el contenido del citado artículo de la Constitución cuando "me estremecí toda", dice: "Le vi: había entrado en la tribuna inmediata y volvía sus ojos en todas direcciones, como buscándome." Esta aparición tiene

---

<sup>218</sup>(...continuación)

el presidente -añade- ofreció que si los espectadores olvidaban sus deberes usaría de sus facultades." (Op. Cit., T III, p 102.) El mismo Vayo indica luego que ante las propuestas de Alcalá Galiano, "las tribunas públicas resonaron en continuos y vehementes aplausos." *Ibíd.*, p 105; en este mismo sentido, p 106.

<sup>219</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1688 y 1689.

<sup>220</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1689.

un doble efecto. Por una parte, mientras las Cortes actúan, Jenara y Monsalud -repitiendo el simbolismo presentado en las Cortes de 1822- mantienen un amoroso diálogo con sus miradas, y ella, disimulando ante Falfán, insiste distraída sobre la situación creada por Fernando VII diciendo que lo mejor sería "que le cortaran la cabeza"; por otra, con su distracción, repite hasta tres veces su pregunta sin escuchar las explicaciones que Falfán le da sobre "qué dice ese artículo", con lo cual se resalta este fundamento jurídico: "El artículo 187 dice, poco más o menos -según le escuchó, al fin, Jenara-, que cuando se considere a Su Majestad imposibilitado moralmente para ejercer las funciones del Poder ejecutivo, se nombre una Regencia"<sup>221</sup>. Este fundamento legitimador se destaca aun más ante el juicio de los lectores al preguntar Jenara si esa Regencia sería "como la de Urgel" y diferenciar Falfán en su respuesta: "Una Regencia constitucional, señora"<sup>222</sup>.

Manifestaba Jenara, además, "artificiosa admiración" por el claro juicio que encerraban estas palabras del Marqués cuando observó que Monsalud parecía decirle "con los expresivos ojos (...): 'Salgamos'." Lo intenta así Jenara con gran sorpresa de Falfán -que consideraba la sesión en su "momento crítico"-; pero el regreso masivo de la "multitud de caballeros y señoras" que, tras aquel descanso, entraban en su tribuna, y el "numeroso gentío recién venido" que "se apiñaba en la puerta", le obligan a permanecer allí, como -cabe pensar- sus simbólicamente representados<sup>223</sup>.

Era que la Comisión ida con el mensaje de las Cortes a Palacio había vuelto con la respuesta de Su Majestad". Jenara, impaciente porque "entre la multitud había desaparecido el que bastaba -dice- a alegrar o entristecer mi situación", manifiesta nuevamente lo que

---

<sup>221</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1689. La Constitución de 1812 se ocupaba "De la menor edad del Rey, y de la Regencia", en sus Arts. 185-200. En su artículo 186 establecía: "Durante la menor edad del rey será gobernado el reino por una Regencia"; y en el 187 continuaba así: "Lo será igualmente cuando el rey se halle imposibilitado de ejercer su autoridad por cualquier causa física o moral" En TIerno GALVAN, E. (Recopilador): "Leyes políticas españolas fundamentales (1808-1936)". Tecnos, Madrid, 1975, pp 50-51, especialmente p 50.

<sup>222</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1689.

<sup>223</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1689.



antes consideraba lógico en tal situación: "Que le maten de una vez"<sup>224</sup>.

En lugar de ello la sesión continuó con el informe del "almirante Valdés", representante de la Comisión, ante las Cortes:

"Manifesté a Su Majestad -decía éste- que su conciencia quedaba salva, pues aunque como hombre podía errar, como Rey constitucional no tenía responsabilidad alguna; que escuchase la voz de sus consejeros y de los representantes del Pueblo, a quienes incumbía la salvación de la Patria. Su Majestad respondió: 'He dicho', y volvió la espalda"<sup>225</sup>.

Esta actitud y palabras del Rey produjeron, según indica Galdós/Jenara en su reconstrucción de los diversos aspectos de aquella sesión, "un rumor de olas agitadas (...) que fueron encrespándose y mugiendo (...) hasta llegar a un estruendo intolerable", ante el que, repitiéndose, "dijo el Marqués": "Todos esos que gritan están pagados".

Coincidiendo de nuevo con este ambiente -"entonces"-, Jenara, que antes decía haber perdido la visión de Monsalud "entre la multitud", exploró, como hacía "a cada instante (,) la muchedumbre -sitio propio de la Revolución-, y le vi" -recuerda-. Observó que Monsalud, desde "la postrera fila" en que se hallaba, "seguía los incidentes de la sesión con toda su alma" y, considerando que "mi pensamiento -dice- debía estar donde estaba el suyo, (...) atendí también."

Sabiéndolo allí, se pudo concentrar -y con ella Galdós- en aquellos hechos históricos: el que hablaba "era otra vez Alcalá Galiano", cuyos talentos oratorios son, como siempre,

---

<sup>224</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1690. La reiteración de esta idea parece reflejar una verdadera irritación del protorepublicano Galdós ante el Real abuso de la buena fe de los liberales, pues no sólo se repite aquí tres veces, sino que, muchos años después (en 1906), cuando escribe "Prim", continúa indicando que *Confusio*, en su "*Historia lógico-natural de los españoles de ambos mundos en el siglo XIX*" - que "no tiene por musa a la vieja Clío, sino a la conciencia humana"-, no dice que las Cortes hubieran declarado loco al Rey, sino que, en un riguroso proceso, "Fernando es condenado a muerte..., y como no resulta decoroso ahorcarle ni tenemos -afirma- verdugos que sepan degollar, es fusilado con muchísimo respeto -según escribe Galdós, recordando tácitamente la expresión de Calderón en "El alcalde de Zalamea", - en Cádiz, en el baluarte próximo a la Aduana...". ("Prim". En O. C. Aguilar, Madrid, 1976. T.IV de "Episodios Nacionales", pp 29 y 30.) Lugar evocador de que "Fernando (...) se había alojado en la Aduana de Cádiz", donde se hizo construir una torre desde la que seguía las operaciones del sitio y se comunicaba con los sitiadores mediante señales convenidas, como el vuelo de cometas. Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 140 y MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 241.

<sup>225</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1690. Texto que se halla citado literalmente también en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 104-105.

ponderados por Galdós, que construye así el recuerdo de Jenara: "¡Qué modo de hablar, qué elegancia de frases, qué fuerza de pensamiento y de estilo, que además tan vigoroso, que voz tan conmovedora!". Tanto, que Jenara, pese a ser "mis ideas -dice- tan contrarias a las suyas entonces", le aplaudió entusiasmada, "enojando mucho al Marqués".

Pero no sólo se enjuicia su estilo; sino que, según implica ese enojo del Marqués, "los argumentos del orador -afirma Jenara, como supuesta narradora,- eran incontestables dentro de la situación y del artículo 187, que intentaban aplicar.

"-No queriendo Su Majestad -decía- ponerse en salvo y pareciendo a primera vista que Su Majestad quiere ser presa de los enemigos de la Patria, Su Majestad no puede estar en pleno uso de su razón. Es preciso, pues, considerarle en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero...

"Estas palabras -valora nuevamente el narrador, reiterando una y otra vez la idea fundamental defendida en el discurso de Alcalá Galiano- compendiaban todo el plan de las Cortes. Un Rey constitucional que quiere entregarse al extranjero está forzosamente loco. La Nación lo declara así, y se pasa sin Rey durante el tiempo que necesita para obrar con libertad. ¡Singular decapitación aquella! Hay distintas maneras de cortar la cabeza, y es forzoso confesar que la adoptada por los liberales españoles tiene cierta grandeza moral y filosófica digna de admiración. 'Antes que arrancar de los hombros una cabeza que no se puede volver a poner en ellos -dijeron-, arranquémosle el juicio, y, tomándonos la autoridad Real, la persona jurídica, -estas precisas distinciones parecen reflejar en Galdós, según hemos indicado ya, cierto poso de sus estudios de Derecho-, podremos devolverlas cuando nos hagan falta' "<sup>226</sup>.

---

<sup>226</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1690-1691. Cuando Alcalá Galiano recuerda en sus *Memorias* el protagonismo que, pese a hallarse enfermo, le correspondió en esta sesión, señala los distintos momentos de este proceso indicando que, tras proponer y conseguir "que fuesen llamados al Congreso los ministros" -con los que ya estaba de acuerdo a través de "Calatrava, cabeza verdadera de aquel Ministerio", a quien, tratando de sacar adelante el "plan que a toda prisa" dice haber "concebido" Alcalá Galiano "en aquel mismo punto", había rogado que "hiciese nuevo esfuerzo para vencer la resistencia del rey" (Sic) y le avisase del resultado-, y oídos éstos, hizo su "segunda proposición, reducida a que fuese nombrada una Diputación que, acudiendo a su majestad (Sic) en derechura le pidiese que pusiera en salvo su persona, las de la real familia y el todo del Gobierno constitucional"; indica también que, mientras volvía esta "Diputación", se puso de acuerdo con Argüelles para, si el Rey se negaba -como él se temía- "suspenderle (continúa...)

Terminado "el discurso de Galiano", que fue, "como lo muy bueno, corto," el acto progresa, en la obra de Galdós, entre "locos aplausos" de las tribunas, con gritos de "¡A nombrar la Regencia! ¡A nombrar la Regencia!", cuyo significado destaca el "horrorizado" marqués de Falfán comparando el ambiente con el de "la Convención francesa. Oiga usted esos gritos salvajes -insiste ante Jenara- esa coacción bestial de la gente de las galerías (...) ¡Atentado sacrílego, señora! ¡Me parece que asisto a la votación de la muerte de Luis XVI! (...) Señora -añadió con solemne acento-. Estamos presenciando un regicidio." Pero Jenara, que ya había interrumpido al Marqués protestando por su "¡(...) exageración!", parece representar la opinión de Galdós al abundar en la referencia a sus burlas diciendo que se echó "a reír. Falfán -añade-, enfureciéndose por el regicidio que se perpetraba a sus ojos, e increpando en voz baja a la plebe de las galerías, era soberanamente ridículo." Sin embargo, reconoce, como en casos anteriores, que Falfán tenía algo de razón al decir indignado que no se dejaba "hablar a los que opinan que Su Majestad no debe ser destronado": "En efecto -comenta la supuesta narradora-, con los gritos de '¡Fuera! ¡Qué se calle! ¡A votar!', ahogaban la voz de los pocos -negrilla nuestra- que abrazaron la causa del Rey. La presidencia y la mayoría, interesadas en que las tribunas gritasen, -explica-, no ponían veto a las demostraciones. Veíase al alborotado público agitando sus cien cabezas y vociferando con su cien bocas"<sup>227</sup>.

Esta violencia, destacada con otra larga serie de expresiones parecidas, produce, además, una serie de "desmayos" que, aligerando de gente la puerta de la tribuna, facilita la salida de Jenara, a quien el Marqués intenta retener diciéndole: que "falta lo mejor (...) Que van a votar. Que vamos a ver quienes son los que se atreven a sancionar con su nombre este

---

<sup>226</sup>(...continuación)

y nombrar una regencia" que le sustituyese para el traslado, según se haría luego en atención a que, como "el rey no podía ser traidor", su negativa había de ser "un acto de alucinamiento o de demencia". ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 247, 248, 249 y 250.

<sup>227</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1691. Vayo señala que, en contra de quienes apelaban al "artículo 176 del reglamento interior", que "prevenía (...) que en semejantes casos se oyese a una junta de médicos", "Oliver dijo que las Cortes estaban facultadas para revocar y alterar el reglamento; y entre aplausos y entusiasmadas aclamaciones fue aprobada la proposición de Galiano, y sancionado el delirio momentáneo de Fernando de Borbón". *Ibidem*, pp 105 y 106.

horrible atentado". Pero ni se queda Jenara, que intenta aprovechar esta ocasión para reunirse con Monsalud, ni se satisface esa amenazante curiosidad aludida por el Marqués, ya que, según explica este mismo al salir tras Jenara, "la votación no es nominal. Estos pícaros -informa al protestar- han votado levantándose de su asiento... ¡Qué escándalo!... -añade, insistiendo en el significado de la fórmula adoptada para evitar aquel peligro,- ¡Votar así un acuerdo tan grave!... ¡Tienen vergüenza y miedo!..."<sup>228</sup>.

Con esto podría decirse que Galdós da por concluida su imagen de la formación de la Regencia, cuya composición -por "don Cayetano Valdés, don Gabriel Ciscar y don Gaspar de Vigodet"<sup>229</sup>- le vemos omitir sin motivo aparente<sup>230</sup>.

En cambio, Galdós continúa señalando las interferencias que en las relaciones de Jenara con Monsalud introduce el Marqués. Jenara -evocando al parecer el efecto de la *tutela* nobiliaria- recuerda que al dejar a éste en la tribuna y salir a reunirse con Monsalud sintió una sensación de "libertad" que le "supo a gloria. ¡Con que placentero desahogo respiraba! -dice-. Al fin -añade- iba a satisfacer mi deseo, la sed de mis ojos y de mi alma, que ha tiempo no vivían sino a medias". Ya en "los pasillos -continúa Jenara- le vi lejos, esperándome." Se acercaban uno a otro "cortando el apretado gentío", estaba Jenara "a seis

<sup>228</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1691. Hecho que es, así mismo, señalado por Vayo a continuación de lo recogido en nota anterior, al decir que "fue sancionado el delirio momentáneo de Fernando de Borbón sin votar los diputados individualmente, como prevenía también el reglamento." (Ibíd., p 106). Alcalá Galiano, por su parte, indica que se opuso a la petición de que se votase "nominalmente (...) persuadido de que una votación nominal en tales circunstancias, exigiendo de demasiadas personas algo de heroísmo, compelería en no pocas a vergonzosas contradicciones de sus mismos pensamientos y deseos." Y añade: "Votóse, pues, por sentados y levantados". El hecho de que "no todos" se levantasen "prueba -dice este autor- que hubo libertad"; y "la dura sentencia contra quienes dieron este voto", así como que "más de veinte" se librasen de ella porque, no habiendo "sido la votación nominal, negaron haber votado como lo hicieron", viene a justificar dicho procedimiento. "Memorias". Cit., T II, pp 250-251.

<sup>229</sup> VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 106.

<sup>230</sup> Aunque las imágenes que Galdós da suelen mostrar mayor preocupación por los ambientes y procesos que por los datos concretos -y en esta línea se comprende que seleccione, por ejemplo, los representativos discursos de Alcalá Galiano y prescinda, quizá excesivamente, de otros- resulta extraño que no nombre aquí -salvo indirectamente a Valdés- a quienes merecieron la confianza de las Cortes y aceptaron el protagonismo de aquella situación. Su omisión más parece resultado de las prisas que de la voluntad del autor. Un desarrollo más completo de aquella sesión puede verse en VAYO, E. de C.: Op. Cit., T. III, pp 104-106 y en ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T. II, pp 246-252.

pasos de él," cuando "sentí -recuerda- detrás de mí la áspera voz de Falfán, la cual me hizo el efecto de un latigazo." Era que éste, al ver que la votación no era nominal, salía, como hemos dicho, tras ella y ofreciéndole su brazo, le decía: "no se me escape usted". Jenara, como aquellas Cortes, no logra, pues, la plenitud revolucionaria, y aun sintiendo deseos de desasirse y empujar al *prócer* para que rodase por la escalera, salió con él, confiando en liberarse en la calle. Pero Falfán se empeña en acompañarla "adonde quiera" que fuese, y Monsalud y Jenara han de posponer su encuentro, citándose a medias palabras, en la orilla del río, adonde Jenara, para librarse de Falfán -al que sabía enfermo de gota y rehuendo por ello la humedad-, dice querer ir a pasear<sup>231</sup>.

Pero esta acción del Marqués continúa y va convirtiendo en tragedia las simbólicas ansias de Jenara, que resultan destacadas por la reiteración con que, a cada nuevo intento de acercarse a Monsalud, exclama ésta: "¡Ahora sí que no te me escapas, amor!", o expresiones parecidas.

Ansias y tragedia a las que se siguen asociando, -enmarcando los hechos históricos- una serie de pinceladas sobre diversos aspectos del paisaje y ambiente de la Sevilla de entonces. Así, por ejemplo, cuando Jenara y Mariana llegaban a la orilla del Guadalquivir -con "prisa" más propia de "gente de poco más o menos" que de "dos señoras"- "vi -dice Jenara- la Torre del Oro, los palos de los barcos y los árboles que adornaban la orilla" y "avivé más el paso", a pesar de que "no faltaba gente en aquellos deliciosos sitios". En este paisaje y lugar de paseo se incluye también "San Telmo" -adónde había dicho ir Monsalud-, que "es aquel edificio que se ve más abajo, entre los árboles"; y "la Puerta de Jerez", hacia la que Monsalud miraba cuando Jenara se le acercaba por detrás, para sorprenderlo con una broma, y, ya a "unos diez pasos" de él, se oyó llamar: "¡Jenara, Jenara! (...) Vólvme -dice-, y el coraje me clavó los pies en el suelo. Era el marqués de Falfán de los Godos, que venía (...) sonriendo y cojeando" para recogerla de nuevo y enseñarle "el vapor". Con ello se introduce otro elemento notable del paisaje y una importante novedad, que entonces se consideraba un "prodigio de la industria del hombre"

<sup>231</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1691 y 1692.

y que sería importante protagonista del traslado a Cádiz -puesto que en él se trasladan los "ministros y diputados"-, además de que "el vapor", según explica Falfán a la sorprendida Jenara, "es lo que más llama la atención de todo Sevilla en estos días"<sup>232</sup>.

Mientras el obsequioso Marqués -que tenía "entrada libre siempre (...) en esa prodigiosa máquina"- se empeñaba en que Jenara se embarcara con él para verla y dar una vuelta, se van describiendo con detalle el aspecto y las posibilidades de aquel "barco con ruedas que corre más que el viento y contra el viento" y que "cambiará -según Falfán- la faz del mundo." Su importancia se refleja diciendo que entonces 'va a dar un par de vueltas por el río para que lo vean Sus Altezas Reales, que están -se dice pensar- (...) en la Torre del Oro", y que "va toda la gente hacia allá"<sup>233</sup>. En su tendencia a la *historia total*, Galdós va aportando, según decíamos, diversos elementos del paisaje, del momento cultural, etc.. En relación con *el vapor* señala lo que en el veían, por contraste con los anteriores barcos, los coetáneos de aquella invención: "un buque de forma extraña, con una gran chimenea que arrojaba negro y espeso humo. Sus palos eran pequeños, y sobre el casco sobresalía una armazón bastante parecida a una balanza." Y en otra de estas imágenes sobre su exterior se dice: "Tenía dos ruedas como las de un batán, resguardadas por grandes cajones de madera pintados de blanco, con chimenea negra y alta, en cuyo centro estaba la máquina, toda grasienta y ahumada como una cocina de hierro, y el resto no ofrecía nada de particular. De sus entrañas negras -se dice, con cierto sentido animista,- salía una especie de aliento ardoroso y retumbante, cuyo vaho causaba vértigos. De repente daba unos silbidos tan fuertes, que había que taparse los oídos. En verdad, tal máquina infundía miedo". Los más enterados, como el marqués de Falfán, sabían también que aquella máquina era "de una sociedad inglesa" y que son "los ingleses" quienes "han aplicado esta

<sup>232</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1692, 1693 y 1701. El vapor en el río, la Torre del Oro, y algunos otros elementos aludidos aquí, pudieron serle sugeridos a Galdós por pinturas como la "Vista de Sevilla", de pintor anónimo, conservada en el Museo Romántico, Madrid, que presenta en primer término un *vapor*, con sus ruedas y chimenea humeante, evocando el *San Fernando*, construido en 1817. Cfr. la reproducción y comentario publicados en la "Hª de España" de Ed. Planeta, T 9, Barcelona, 1988, pp 258 y 259.

<sup>233</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1693.

máquina -la "que llaman de vapor"- a la navegación"; si bien "el capitán es amigo mío -dice el Marqués, mostrando su riqueza e influencia-, y los consignatarios son mis banqueros". En fin, Galdós, a través de las explicaciones de Falfán a Jenara, da toda una imagen del aspecto, posibilidades e implicaciones coetáneas de aquella invención.

Jenara, entre tanto, cambia de interés y dirección según la proximidad o lejanía de Monsalud al barco, hasta que, entre la gente, se ve venir "a la marquesa de Falfán (...) con otra dama" -que resulta tener un nombre (único dato conocido de ella) de gran abolengo revolucionario: "María Antonia"; y que era gran amiga y compañera de la simbólica Andrea-.

Las dos, aunque Andrea "no está bien de salud", según indica Falfán, dicen haber estado paseando allí "más de hora y media" antes de verles. Con su presencia se reanuda otro hilo del plano simbólico al que luego hemos de referirnos.

Por de pronto, las dos se van de compras con Monsalud, al que Andrea pide que las acompañe al resistirse el Marqués. "¡Se marcharon! -recuerda Jenara- ¡Ay! No sé -dice- cómo lo escribo. Se marcharon sin que yo los estrangulase".

Al fin, apoderándose Jenara "de una idea feliz", pretextó tener que comprar también algunas cosas y marcharon tras ellos "hacia la calle de las Sierpes..., o la de Francos" -según se indica, dando nombres de lugares típicos,-; pero todo fue en vano porque "no les vimos -dice Jenara- por ninguna parte".

Así, la sensación que Jenara muestra de perder a Monsalud -como la élite a la Revolución-, agravada aquel día por su necesaria transigencia con el *marcaje* del Marqués, se complica con los celos que -también como la élite- tenía de la simbólica Andrea. Sin embargo, todavía se aferra a la esperanza: "¡Mañana, mañana no se me escapará!"<sup>234</sup>.

Pero si aquella unión se había visto antes dificultada por sus vinculaciones al Rey y a la Nobleza, al día siguiente, mientras se prepara el traslado a Cádiz, se hacen sentir otros obstáculos.

---

<sup>234</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1693, 1694 y 1695.

### 5.5.2.3. *La acción de la Iglesia*

Se presenta como uno de los factores principales de la reacción absolutista que había de emerger en Sevilla en cuanto se trasladasen a Cádiz las fuerzas constitucionales y, a la vez, según se ha dicho, como una tercera faceta de las resistencias u obstáculos que contribuyen a la simbólica frustración de Jenara.

Esta, marcando el carácter progresivo de su desesperante proceso, dice haberse levantado el día 12 presa de "la terrible ley satánica que ordena desear más aquello que más resueltamente nos es negado". Su relación con Monsalud había generado, además, según recuerda, en una especie de balance, cierta esperanza y compromiso, cierto proyecto, de vivir con él. Su "corazón había soltado prendas, habíase fatigado mucho, había (...) adelantado imaginariamente gran parte de sus goces, y padecía horriblemente hasta hacerlos efectivos." Su caso, en fin, se corresponde -pensamos que intencionadamente- con el de esa élite que desea mayoritariamente vivir en libertad y que tiene proyectado sobre el papel todo un ordenamiento jurídico nuevo que plasmar en el real orden social<sup>235</sup>.

Por otra parte, al saber Jenara por su criada que Su Majestad partía "aquella misma tarde (...) y que Sevilla estaba muy alborotada", desecha "este tema", porque "poco me interesaba" -según asegura, como otras veces, al pasar al plano simbólico- y se entera también, por la misma vía, de que "eran conocidas y comeritadas mis relaciones -dice- con el secretario del duque del Parque. ¡Maldita sociedad! -exclama-. Nada en ella puede ser secreto." Resulta, pues, que la sociedad conoce ya la simbólica proclividad que hacia Monsalud mostraba Jenara como mujer, a la vez que, según se recordará, Calomarde y don Víctor Sáez la habían afeado, y acabarán apresando, por haberse *francmasoneado*. Sin embargo, Jenara no limita aquí la atención del lector a los absolutistas, sino que, reflejando en el plano simbólico esos enfrentamientos entre liberales, tan destacados por Galdós como componentes del proceso, y preparando el hilo que se ha de tomar luego, indica: "No sé por qué desde que Mariana vino a mí con aquellos chismes me figuré que mi difamación procedía de los labios de la marquesa de Falfán. ¡Ah bribona, (...) -añade reflejando la

<sup>235</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1695 y 1696.



aversión y peligro a que la llevaba su simbólica competición por Monsalud,- si yo hablara',<sup>236</sup>.

La implicación revolucionaria que -como a la élite- va afectando a Jenara se subraya también al indicar que, sin acobardarse por aquellas "hablillas" ni preocuparse por evitar otras, fue con Mariana a casa de Monsalud, que vivía -según se dice, describiendo de paso distintos puntos de la ciudad,- en "la calle del Oeste, hacia la Alameda Vieja, junto a la Inquisición." Al no hallarlo, le deja una carta y, suponiendo que él la estaría buscando, a su vez, regresa presurosa a su casa, donde, ido Monsalud, halla Jenara "una esquela" en que éste la citaba, "entre expresiones cariñosas", para "las cuatro" de aquella tarde, "en la catedral"<sup>237</sup>. Este parece ser el punto en que Galdós preveía que se estrellasen las recientes manifestaciones de la creciente tensión de Jenara, en una Sevilla cuya reacción absolutista se atribuye luego a *los curas*.

Abrasada por la inquietud, Jenara fue a la catedral "a las tres". Su espera será ocasión para describir la vida de aquel recinto, símbolo del clero sevillano, con la entrada de "canónigos (...) por la Puerta del Perdón", sus charlas "en el Patio de los Naranjos", sus paseos "junto al púlpito de San Vicente Ferrer", el ambiente recoleto interior, el colorido de las "vidrieras", etc.; señala también la capilla de San Antonio -al que Jenara se consideró en el caso de rezar como "abogado de los amores y de los objetos perdidos"-, adornada con "el cuadro de Murillo" y con "azucenas y rosas" en la víspera de su festividad, que aquel año daría nombre -y a ello parece responder esta especial referencia de Galdós- a la jornada absolutista sevillana recordada como *la de San Antonio de 1823*<sup>238</sup>.

El entorno de la catedral, con su campana de la Giralda, -que va marcando el inexorable paso de las horas, y de aquella ocasión de Jenara,- es también descrito, brevemente, junto

<sup>236</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1696 y 1717-1718.

<sup>237</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1696.

<sup>238</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1696 y 1697. Ver sobre esta última expresión GIL NOVALES, A.: "El Trienio liberal". Cit., p 58.

a algunos otros aspectos del interior que vienen a reflejar la actitud del clero ante los hechos del día y que enlazan éstos con el simbólico encierro que Jenara sufre "de orden del Señor Deán" : salía Jenara de la iglesia para encontrarse con Monsalud en el Patio de los Naranjos cuando "la alta campana de la Giralda dio las cuatro"; a la vez, como asociado a esta hora, se oyó el ruido de "muchacha gente que entraba corriendo"; aunque Mariana temió que fuera una "revolución", Jenara, vencida por la curiosidad, se acercó a la puerta y vio "regular gentío que llenaba todo el sitio llamado Gradas de la Catedral, y parecía extenderse por delante del Palacio arzobispal y la Lonja hasta el Alcázar. Pero la actitud de la muchedumbre era pacífica -asegura Jenara-, y más parecía de curiosos que de alborotadores. Al punto comprendí -añade- que la salida de la Corte motivaba tal reunión de gente". Ya más tranquila, buscaba a Monsalud "entre el gentío", esperando verle "de un momento a otro" -siempre marca Galdós este "suplicio de Tántalo"-, cuando "un regimiento de caballería que apareció por la calle de Génova" y que se abría paso entre él produjo un desbordamiento, y "un chorro que salpicaba dicharachos y apóstrofes andaluces contra la tropa" penetró en el patio, dando lugar a que el señor Deán, con el presumible fin de "poner el sagrado recinto a salvo de una invasión plebeya e impedir que el bullicio de los vivos y muertas turbase la santa paz de la casa de Dios", mandase cerrar las puertas. Jenara, que se había quedado dentro, protestó contra tan inoportuno encierro, pero el sacristán que las había cerrado, "alzando el dedo, arqueando las cejas y ahuecando la voz", le contesta con esa frase que sintetiza el reconocimiento de la autoridad incuestionable de aquel recinto: "De orden del señor Deán"<sup>239</sup>.

Por otra parte, la actitud contrarrevolucionaria de la institución que así impedía nuevamente el encuentro de Jenara con Monsalud parece insinuarse en las palabras de uno de los *ratones de iglesia* que, siempre "de orden del señor Deán", iban cerrando las distintas puertas por las que, en vano, intentó salir la irritada Jenara: "Ahora -celebra aquel portero-, ahora va a ser ella. Señores liberales, nos veremos las caras." Además, cuando Jenara recuerda su furioso ir y venir por la catedral y se refiere a los distintos tipos de

---

<sup>239</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1697, 1698 y 1699.

personal ("canónigos (...) sochantres (...) fagotista (...) niños de coro") que continuaban, indiferentes, sus funciones, señala que en cuanto vio al Deán "salir del coro en compañía del arcediano, moviéndose muy lentamente a causa del peso de su descomunal panza, le tuve -dice- por un realistón furibundo"<sup>240</sup>.

Esta idea se confirma, extendida al clero sevillano y enlazando con el plano histórico, cuando Jenara, tras buscar y no hallar a Monsalud al abrirse al fin la puerta de la Catedral -ya "después de las siete"-, decide ir de nuevo aquella noche a casa de éste, y, mientras lo esperaban, Canencia le explica que él y Monsalud han de irse "mañana (...) con el Gobierno", porque "¿quién se atreverá a quedarse aquí -dice- después que marchen los ministros? Esto -afirma- es un volcán realista. En cuanto desaparezca el Gobierno que obstruye el cráter, se agitará con fuego y vapores, vomitando horrores". Y, enlazando con la aludida idea, concluye señalando: "Este pueblo, tan célebre por su riqueza y por su gracia como por sus procesiones, está infestado de curas, y aquí los curas son ricos"<sup>241</sup>.

Todo refleja que aquella ocasión revolucionaria se iba perdiendo. Galdós, tras indicar simbólicamente las resistencias o inercias que, por respeto al Rey, por contemporización e imbricación con la Nobleza o por la fuerza de la Iglesia, obstaculizaban la unión de la élite social a la Revolución, señala también en este momento el refuerzo que para ellas suele estimarse producido por la reacción contra la inhabilitación temporal del Rey<sup>242</sup>. Así, cuando Jenara salió de la catedral, observó que "muchos -de los que "venían de ver partir al Rey loco"- se lamentaban de que se tratase de tal suerte al Soberano de Castilla"<sup>243</sup>.

Críticas que, como las sufridas por ella misma, se sienten indicios de un debilitamiento revolucionario que, con ellas, tiende a agravarse por los alejamientos o deserciones que

<sup>240</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1698 y 1699.

<sup>241</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1699 1700.

<sup>242</sup> Santillán afirma que el ya por entonces "deleznable" apoyo al sistema constitucional lo era "particularmente desde que al Rey se le había depuesto en Sevilla (...) para conducirlo violentamente a Cádiz". *Memorias*, Cit., T I, p 119.

<sup>243</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1699.

producen. La misma Jenara señala estos peligros, sólo en ciertas condiciones superados, al referirse a los riesgos con que va de nuevo a casa del objeto simbólico de dichas críticas: "Yo -dice- no reparaba en conveniencia alguna social. En el estado de mí espíritu, nada tenía fuerza para contenerme. Importábame ya muy poco que me vieran, que me conocieran, que me señalasen con el dedo, ni que el vulgo suspicaz y murmurador me hiciera objeto de burlas y comentarios deshonorosos". Pero, pese a este exaltado apasionamiento, Jenara continúa de frustración en frustración, porque Monsalud no estaba en casa: después de haber estado en las Gradass de la Catedral, desde las cuatro a las siete y de haber regresado triste a casa con Canencia, según informa éste, había salido "para ver a Calatrava" y no se sabía cuando volvería. Estas frustraciones corren parejas con las de quienes intentaban controlar y mantener la Revolución, según parece recordar acto seguido el mismo Canencia, que, al saber por Jenara que también ella pensaba ir a Cádiz, le contesta, "con ironía maliciosa": "¡Usted también! Bueno es que vayan todos (...) para que se haga con solemnidad el entierro de la Constitución." Y, abundando en esa sensación de acabamiento, observa: "Allí nació la señora, y allí le pondremos la mortaja"<sup>244</sup>.

El temor de perder aquella ocasión, de que pasase el tiempo sin lograr la consolidación y armonía revolucionarias, parece especialmente reflejada por Galdós en la desesperante espera que Jenara sufre aquella noche, aferrada a la idea de que, *tarde o temprano*, Monsalud volvería a su casa. En una de esas frecuentes referencias de Galdós al paso del tiempo, implacablemente medido -como antes en la Giralda- por el reloj, y envuelto aquí en un estudio psicológico de la espera, se destaca que "en la sala había un reloj de *cucú*", a cuyo "impertinente pájaro", sentía Jenara "ganass de retorcerle el pescuezo" cada vez que, al dar inexorablemente las horas, parecía decirle: "*¿Qué tal, señora: se aburre usted mucho?*".

Esa especie de aviso reiterado del paso del tiempo, y con él de la oportunidad, es sentido como un llevar "la cuenta exacta de la cantidad de esperanza que se desvanece y de la paciencia que se gasta grano a grano". Consumida ya desde las doce por la duda de si

---

<sup>244</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1700.

Monsalud no vendría, Jenara esperó en vano todavía hasta que "el vil pajarraco volvió a chancearse", con una "reverencia más profunda" y un "canto más fuerte", cuando "anunció las dos" y, "riendo como un demonio burlón", a "las tres"<sup>245</sup>.

Pero, además, esta larga, simbólica y desesperada espera no cesa por lo intempestivo de la hora, sino porque durante ella se producen algunas informaciones indicadoras de que Monsalud -reflejando la situación- podría hallarse en otras compañías y embarcarse para Cádiz sin pasar por su casa. Con ellas se va deslizado a la vez Galdós hacia ese otro aspecto de la situación histórica que complica también, simbólicamente, la ya angustiosa de Jenara.

#### ***5.5.2.4. Los celos entre las amantes de Monsalud como trasunto de los existentes entre las parcialidades liberales: su manifestación ante el viaje a Cádiz***

Llega un momento en que Canencia considera posible que Monsalud "no venga". Seguramente -dice, citando lugares sevillanos propios de la Revolución,- estará ahora en el Café del Turco o en casa del duque del Parque." Y, acto seguido, como señalando los homólogos simbólicos de dichos lugares, dice reconocer en Jenara a "la marquesa de Falfán", y -confirmado esto malévolamente por aquella- le comenta: "Estará muy ocupado y, sin duda, el viaje de mañana trastorna sus planes, porque, si no recuerdo mal, hoy me dijo que pensaba despedirse de usted por la noche, en casa de doña María Antonia." Se combinan así en el ambiente propio de aquel traslado la general actividad y las simbólicas circunstancias de Jenara, cuyo estado de ánimo -análogo en parte al de la élite liberal que ve a la Revolución debilitarse y en manos de los *exaltados*- recuerda ella misma diciendo: "A mis primeras fatigas se unía, desde que habló aquel hombre, la inmensa sofocación de un despecho volcánico de los celos que me mataban"<sup>246</sup>.

Esta información y el saber que los diputados se embarcarían para Cádiz "al rayar el día", según le dice Canencia que se había acordado por la noche en el Congreso al levantar

<sup>245</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1701 y 1702.

<sup>246</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1701 y 1702.

aquella sesión de "treinta y tres horas"<sup>247</sup>, impulsan, al fin, a Jenara -presa de "dolorosa incertidumbre" entre quedarse, por si venía, e irse, por si se embarcaba,- a buscar a Monsalud en el embarcadero.

Con ello tiene ocasión de vivir de cerca *la jornada de San Antonio*, cuyo ambiente y principales hechos señala Galdós en cierta correlación con la profunda crisis sufrida simultáneamente por Jenara:

"Amanecía -recuerda ésta-, y multitud de hombres de mal aspecto vagaban por la calle. Vefanse paisanos armados, y muchos guapos de la Macarena y de Triana. Mi criada tuvo miedo; pero yo, no. Repetidas veces nos vimos obligadas a variar de rumbo para evitar el encuentro de algunos grupos en que se oía el ronco estruendo de '¡Vivan las caenas!' '¡Muera la Nación!' (...) Desde la Puerta de Triana a la Torre del Oro se extendía un cordón de soldados de artillería. En la Puerta de Jerez había cañones". Sin arredrarse por ello, y "hablando al oficial de artillería", Jenara llegó "hasta la orilla, donde algunas tablas, sostenidas sobre pilotes, servían de muelle"<sup>248</sup>.

Entre la "multitud de personas (que) se dirigían al embarcadero" dice Jenara haber reconocido "a Canga-Argüelles, a Calatrava, a Beltrán de Lis, a Salvato, a Galiano, y a otros muchos que no eran diputados"<sup>249</sup>.

Pensando que "él" -Monsalud- se embarcaría también, Jenara pidió a "Calatrava, que se asombró mucho" de verla, una plaza en *el vapor*, asegurándole que temía "ser perseguida" y que estaba "muerta de miedo desde ayer", ante las amenazas de "anónimos atroces". El lector sabe que estas amenazas eran un pretexto para obtener un sitio en el vapor, tan lleno que "nosotros -dice Calatrava- dejamos nuestros equipajes" para que los

<sup>247</sup> Esta duración de "treinta y tres horas seguidas" aparece enfatizada por Vayo en Op. Cit., T III, p 108.

<sup>248</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1702 y 1703. Vayo señala que, ida "la fuerza armada" con el Rey, quedó "un regimiento de artillería para proteger la marcha de los diputados, quienes el 13 por la mañana comenzaron a embarcarse en un vapor que allí había". Indica, así mismo, acto seguido, que "desde los primeros rayos del alba se advirtieron en las calles grupos compuestos de gitanos y de otros vecinos del barrio de Triana", describiendo tras ello los hechos de aquella jornada. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 108 y 109.

<sup>249</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1703.

lleve "aquella goleta"; pero su verosimilitud ante Calatrava -presidente del Gobierno que "ha fletado el buque"-, la indicación de que ese miedo se tenía "desde ayer" y el hecho de que el "duque del Parque -a quien Jenara buscó por si Monsalud estaba con él- no va a Cádiz" porque "no se ha atrevido a votar el destronamiento" y "los que no votaron no se creen en peligro", parecen orientarse a evocar el consciente peligro asumido por quienes lo hicieron<sup>250</sup>.

Desorientada Jenara al ver que Monsalud no se embarcó, vagó "breve rato por la ribera" preguntándose "adónde debía ir", "hasta que me obligaron a huir -dice, retornando así Galdós al relato de los hechos de historia externa- los excesos de la salvaje muchedumbre, que se precipitó sobre los equipajes de los diputados, apoderándose de ellos y saqueándolos en presencia de la poca tropa que había quedado en el muelle.

"Al mismo tiempo sentí el clamor de las campanas echadas a vuelo, en señal de que Sevilla había dejado de pertenecer al Gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecía ya al absolutismo. ¡Cambio tan rápido como espantoso! -estima Jenara/Galdós- El pronunciamiento se hizo entre berridos salvajes, en medio del saqueo y del escándalo, al grito de '¡Muera la Nación!' La verdad es que los alborotadores hacían poco daño a las personas; pero sí robaban cuanto podían. Al entrar por la Puerta de Jerez -continúa Jenara-, procuré apartarme lo más posible de la turbulenta oleada que marchaba hacia el corazón de Sevilla con objeto, según oí, de destrozar el salón de sesiones y el Café del Turco, donde se reunían los patriotas"<sup>251</sup>.

---

<sup>250</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1703.

<sup>251</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1703-1704, especialmente ésta última. Vayo señala también que, apenas se fue "el vapor (...) echaron al vuelo las campanas de la catedral", y se produjo el saqueo de "equipajes", del "salón del congreso y el café del Turco"; pero indica, además -sin que Galdós se haga eco de ello-, que los "amotinados" fueron "a la inquisición" para "proveerse de armas" con que realizar "un saqueo general" y que allí se incendió "el repuesto de pólvora" y "saltó el edificio (...) quedando sepultadas (...) más de cien personas", con lo cual se "calmó en parte la licencia y desenfrenada rabia de la plebe" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 109. Ver también Ibídem, p 112, sobre su eco en "casi todos los pueblos de la provincia el mismo día 13" y los gritos de "*vivan las caenas y muera la nación*".) Alcalá Galiano se refiere a los sucesos de Sevilla, con robos incruentados, en términos parecidos, aunque no alude al incendio del polvorín, y, con más clara indicación que Vayo, dice que -a los amotinados- "dióles la señal con sus campanas la famosa Giralda, torre de la catedral"; a lo que añade poco después que, para celebrar aquel cambio, se cantó "un *Tedeum* en la misma catedral dónde había sido dada, por disposición de quien (continúa...)

Jenara, entre tanto, "lejos de desmayar" en su búsqueda de Monsalud, "sentía en mí -dice- un estro grandioso, avivado por mis contrariadas pasiones, mi rencor y mi despecho." Su "pensamiento, como la aguja magnética de una brújula, señalaba con insistencia la casa del marqués de Falfán". Pero al buscarlo allí, "corriendo" con ansia creciente, "no soñaba ya -afirma- con las delicias de un encuentro feliz y de una amable reconciliación, sino con proporcionar a mi alma el inefable, el celestial, el infinito regocijo de un escándalo, de una escena, de una de esas venganzas de mujer que son la *Ilíada* del corazón femenino". Esta actitud de Jenara no es, según se sabe, contra Falfán, sino contra su esposa, Andrea, que es quien Jenara supone que le priva ahora de Monsalud -del mismo modo que la sociedad revolucionaria lo hacía con la Revolución respecto a la parte moderada de aquella compleja élite-. Por eso, al ir hacia la casa de Falfán, Jenara se decía: "Hablaré, gritaré, vomitaré injurias, ¿qué digo injurias?, verdades. Diré todo lo que sé; abriré los ojos de un marido crédulo y bonachón; arrancaré la máscara a una hipócrita; confundiré a un ingrato...; en suma, estaré en mi elemento... ¡¡Ahora, Santo Dios de las venganzas, ahora sí que no se me puede escapar!!"<sup>252</sup>.

Pero Jenara, cuya gran "alteración de (...) semblante" atribuye el asombrado Marqués al verla llegar, a algún mal encuentro con "esa gente mal educada...", dado que, según añade, "se están cometiendo toda clase de excesos en la desgraciada Sevilla", tampoco encontró allí a Monsalud. En cambio se entera de que Andrea, según le explica el Marqués -creyendo que Jenara preguntaba por ella- se hallaba en "casa de doña María Antonia", donde había estado también un rato la noche anterior acompañándola porque se puso "mala".

Con esto se produjo, dice Jenara, "nuevo movimiento de la aguja magnética que brujuleaba en mi corazón, marcándome el derrotero en medio de la tempestad..." *Saboreando* "de antemano las horribles delicias del escándalo que iba a dar, de la venganza

---

<sup>251</sup>(...continuación)  
mandaba en ella, la señal del levantamiento". (ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 257.) Galdós, al referir este hecho, deja claro, según vimos, que quien mandaba era "el señor Deán".

<sup>252</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1704.



que tomaría -reflejando así lo que hacían los contrarios grupos liberales al disputarse el control de la Revolución-, se dirigió Jenara, guiada por Mariana -que era sevillana-, hacia la casa de doña María Antonia, que se hallaba "en la calle que sale a la Puerta de Carmona, número 26"; llegó, perdida ya "la noción de la distancia y del tiempo", a "una calle larga y solitaria, con muchas rejas verdes -describe Galdós, destacando tipismos y la semiinconsciencia de Jenara- llenas de tiestos de albahaca", con "una fila de casas de fachada blanca iluminadas por el sol, y otra (...) en la sombra"; "(...) buscaba el número 26, cuando sentí -recuerda Jenara- pisadas de caballos. Delante de mí -dice-, como a 40 pasos, abrióse una gran puerta y salieron tres hombres a caballo. ¡Era él!" La tensión amorosa con que Jenara iba hacia Monsalud, y la idealización que de *él* hace -como de la Revolución que se perdía-, se marca, además, al añadir: "Corrí, corrí... Iba vestido con el traje popular andaluz, y su figura era la más hermosa que puede imaginarse. Los otros dos vestían lo mismo. Caracolearon un instante los corceles delante de la casa, y en seguida emprendieron precipitadamente la carrera en dirección a la Puerta de Carmona.

"Yo corría, corría, y al mismo tiempo gritaba. Mariana, que no había perdido el juicio, me detuvo, enlazando con sus dos brazos mi talle... Mi furor estalló con un grito salvaje, con una convulsión horrible y este apóstrofe inexplicable: '¡Ladrones! ¡Ladrones!'"<sup>253</sup>.

Tensión a la que parece contribuir, junto a la idealización, ese sentido de la posesión que venimos señalando y que podría explicar el "apóstrofe **inexplicable**" de Jenara, tendente a considerar suyo a Monsalud, como hiciera la élite con la Revolución. En definitiva, este es el sentimiento que parece alimentar los celos de Jenara, destacados de nuevo inmediatamente, como culminación de este proceso, al decir ella misma: "En el mismo momento en que yo rugía de este modo, dos mujeres se asomaban a la ventana de la casa y saludaban a los jinetes con sus abanicos. El miró repetidas veces hacia atrás y saludaba también sonriendo. Vi brillar el lente de doña María Antonia, vi los negros ojos de Andrea... ¡Oh Satanás, Satanás!"<sup>254</sup>.

---

<sup>253</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1704, 1705 y 1706.

<sup>254</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1706.

Resulta, pues, que Monsalud -la Revolución- estaba entonces a escondidas en compañía de Andrea -la parcialidad revolucionaria-, en casa de doña María Antonia -nombre de la reina guillotizada en la Revolución francesa-, aun cuando se sabe también querido por Jenara, cada vez más liberal -como la élite a quien representa-, pero con inercias y vetas realistas todavía.

Jenara, amante de Monsalud, se muestra dispuesta a sacrificar o utilizar a unos y otros a su amor. Antes fueron Montguyon y Solita; ahora, viendo "un grupo de hombres feroces (que) apareció por una bocacalle", les grita, "señalando a los tres jinetes que hufan": "¡Que se escapan!... Corred..., corred tras ellos..., ¡Que se escapan!... Los patriotas, los más malos de todos, los ateos, blasfemos, los republicanos, los masones, los regicidas, los enemigos del Rey..., los que querían matarle... Corred y cogedles... Yo tengo dinero... Mil duros al que les coja... ¡En nombre de la Religión!... ¡En nombre de las *caenas*!... Vamos, vamos tras ellos... ¡Que se escapan!..."<sup>255</sup>.

Queda claro, sin embargo, que la egoísta Jenara quería a Monsalud, porque al perderlo se "sentía caer en un infierno lleno de demonios, sumergirme -dice- en abismos de negro delirio, de fiebre, de sueño o muerte, pues no puedo expresar bien lo que era aquello", hasta que "perdí el conocimiento"<sup>256</sup>.

Esta imagen pone fin a la fase revolucionaria de Sevilla. Monsalud, como la Revolución, marcha casi en solitario a Cádiz<sup>257</sup>.

---

<sup>255</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1706.

<sup>256</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1706.

<sup>257</sup> Sobre las numerosas deserciones de la Revolución que, sin citar las militares, se producen en este traslado (diputados, consejeros, embajadores, etc.), generalmente señaladas por la historiografía, puede verse, por ejemplo, VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 109-110; ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 252-255 y, especialmente, QUINTANA, M.J.: "Cartas a lord Holland". Cit., pp 579-580.

## 5.6. FASE FINAL DEL TRIENIO: CADIZ

### 5.6.1. Breve imagen político-militar de la España del momento

El primero de estos aspectos de la situación española, cuando "finalizaba julio" de 1823, se muestra inicialmente, por vía simbólica, a través de Jenara, que, al recuperarse de la grave perturbación que le ocasionaron en Sevilla sus tensiones y frustraciones de los días 10 al 13 de junio, notaba que "volvían -dice- mis pasiones y mis rencores a aposentarse en mi seno". A medida que recuperaba la memoria, "una imagen descollaba sobre todas (...). Esta imagen era la de la huérfana a quien supuse -continúa Jenara, recordando su egoísta y simbólico engaño de Solita, - corriendo sin cesar por campos y ciudades, buscándolo que no había de encontrar." Tratando de justificar su criminal egoísmo, discurría "mil defectos y fealdades en el carácter de la hermana de Salvador" y atribuía sus "horribles angustias" a las "maldiciones" de Solita, que, "al verse engañada -como lo habían sido las clases modestas por unos y otros-, habrá pedido a Dios -sospecha Jenara- mi castigo". Pero aquella enfermedad, que a Jenara "parecía un aviso del Cielo, no me había corregido -reconoce-: antes bien, cuando resucité estaba -dice- más intolerante, más soberbia, y proyectaba nuevos planes para vencer la tenaz contrariedad de mi destino", para apoderarse de Monsalud: "'(...)moriré -decide- o he de atraparle... Iré a Cádiz'"<sup>258</sup>.

Enfermedad, actitud y odios que vienen a corresponderse con los que, pasando al plano histórico, se describen, acto seguido, como un inciso explicativo del fácil dominio francés y como un contraste con el "orden perfecto" establecido por aquellos en Sevilla: "En toda España, y principalmente en algunos puntos privilegiados de la tragedia, como Manresa y La Coruña -se informa-, corría la sangre a raudales. Los dos furibundos partidos se herían mutuamente con impía crueldad"<sup>259</sup>. Galdós resume así una situación social tan patológica como la antes aludida de la enferma Jenara. Situación de odios y enfrentamiento destacados por toda la historiografía, y en la que Vayo marca cierto agravamiento a partir de "los acontecimientos de Sevilla", cuya publicación en la Gaceta "recargando los colores del

<sup>258</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1706 y 1707.

<sup>259</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707.

dibujo", motivó una "proclama" de la Regencia de Madrid a los españoles, en la que, "soltando las riendas a las pasiones que la dominaban, dijo que había deseado la templanza sólo con el fin de procurar la libertad del rey" (Sic); y concluía: "Confiad en vuestro gobierno, *que será constante en perseguir* -con cursiva en Vayo- a cuantos con una rabia infernal han cubierto de luto nuestros corazones." Indica, además, Vayo, que, tras ello, "los regentes declararon traidores a los que habían votado la deposición, y los sentenciaron a la pena capital", con ilegal efecto "retroactivo". Así autorizados, "los realistas (...) lanzáronse a todos los horrores de la licencia", prendiendo a "los liberales" -a veces con "sus esposas e hijos"-, echándolos "del pueblo a pedradas", confiscando en otros casos sus bienes, etc.<sup>260</sup>.

Comparando el comportamiento de la Regencia absolutista y el del bando liberal, dice Vayo al introducir éste que "otro temple más suave había adoptado el Gabinete de Cádiz"; pero explica, condenándolos, que "más allá de la órbita del gobierno la desesperación del momento inspiraba crímenes detestables". Ejemplo de ello se muestra el asesinato del "obispo de Vich don Fr. Raimundo Strauch, realista furibundo", y del "lego que le acompañaba", que se produce como un caso más de "la llamada tartana de Rotten"; y, especialmente, los que Galdós alude como de Manresa y de La Coruña. Según cuenta Vayo, el crimen de Manresa se comete en *veinticuatro ciudadanos* asesinados "al trasladarlos de orden de Rotten de su patria a Barcelona"; el de La Coruña en "cincuenta y un presos" que, siendo gobernador "don Pedro Méndez Vigo, defensor de las doctrinas más exageradas," fueron trasladados del "castillo a bordo del quechemarín sevillano *el*

---

<sup>260</sup> Por otra parte, tras ocuparse de la pretendida postura autonomista y fáctica entrega de Morillo en Galicia, de la "hostilidad de Sevilla contra López Baños" y del "Reconocimiento de la regencia de Madrid por la Santa Alianza", Vayo acota su texto con los siguientes títulos: "Decretos bárbaros de la regencia" -se refiere a la de Madrid, por su cese de los funcionarios nombrados después del 7 de marzo de 1820 y algún otro-; "Juntas de purificación" -que eran una especie de "tribunal inquisitorial" en que se analizaban las conductas observadas en aquellos "tres años"-; y, pasando de estos horrores del bando realista a los del bando liberal, señala los del "Asesinato del obispo de Vich", "De veinte y cuatro ciudadanos de Manresa", "Matanza horrible de la Coruña" e "Incendio de la iglesia del Espíritu Santo" -que se interpretó en Madrid como un atentado porque se produjo un "domingo (,) 11 de Julio", mientras "asistía a misa el duque de Angulema"- . La salida de éste hacia Andalucía, "el 28" de dicho mes, enlaza ya en Vayo -como hará Galdós- con el "Sitio de Cádiz". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 113-123.

*Santo Cristo*" y, "a tres leguas", sepultados "en el fondo del mar"<sup>261</sup>.

Con razón, pues, señala Galdós estos dos últimos casos como definidores de la "impía crueldad" ambiental.

Por otra parte, esta crueldad se matiza, como en otras alusiones a hechos de la época, con la tendencia -implícita en lo dicho- a *tomarse la justicia por su propia mano*. Así lo refleja la simbólica Jenara al asegurar a Montguyon que desea su ayuda para apresar a un supuesto ex criado, que le había robado, y añadiendo: "Pero deseo hacer mi justicia a espaldas de la curia, porque aborrezco los pleitos, aun cuando los gane". A lo cual, destacando que tal idea tenía en Francia la categoría de estereotipo, contesta Montguyon: "¡Oh!, eso es muy español"<sup>262</sup>.

En cuanto a la situación militar, problema apremiante desde que en Abril se inició la invasión, informa Jenara (Galdós) de que "Los franceses se habían establecido ya en Sevilla, donde reinaba un orden perfecto"<sup>263</sup>. "(...) Pero los ejércitos de ambas naciones -continúa Jenara- no habían empeñado ninguna lucha verdaderamente marcial y grandiosa. El nuestro -ya Jenara lo llama así- se desbandaba como un rebaño sin pastores, y el francés iba ocupando las ciudades desguarnecidas y dominando todo el país sin trabajo y sin heroísmo, sin sangre y sin gloria. Sus victorias eran ramplonas y honradas; su proceder dentro de los pueblitos, templado y noble"<sup>264</sup>. El carácter gris de aquella campaña,

<sup>261</sup> VAYO, E. de C.: *Ibidem*, pp 119, 120 y 121. Refiriéndose a este hecho, que une "la traición a la barbarie", informa Alcalá Galiano que "las olas del mar (...) los echaron -a algunos cadáveres- a las vecinas playas, donde su vista horrible descubrió el atroz delito", ya mal oculado. ("Memorias". Cit., T II, p 268.)

<sup>262</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1707 y 1708.

<sup>263</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707. Según Vayo, "la llegada de los franceses -a Sevilla- el 21 de Junio puso fin a tantas zozobras" como se iban produciendo allí. Op, Cit., T III, p 117.

<sup>264</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis", Cit., p 1707. Los diversos cuerpos de ejército de uno y otro bando, sus dotaciones y sus operaciones principales, que vienen a confirmar esto plenamente, pueden verse descritos en ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 810-824. El desmoronamiento del Ejército español es, así mismo, señalado por el profesor Seco Serrano, que, citando a Christiansen ("Los orígenes del poder militar en España, 1808-1854", Aguilar, 1944, pp 29 y 32), destaca el efecto que en ello tuvieron la *desnudez* y falta de pagas ocasionadas por "la desastrosa situación económica"; "la pérdida de prestigio experimentada por los más caracterizados jefes liberales, compañeros de Riego y de Mina"; y la *baja moral* militar, reflejada por La Bisbal en el ambiguo escrito que atribuyó impopularidad a la Constitución (continúa...)

destacado por Galdós repetidamente luego, se indica ya claramente aquí: "Era aquel ejército, como su jefe, leal y sin genio; un ejército apreciable, compuesto de 100.000 buenos sujetos, que no conocían el saqueo, pero tampoco la gloria. ¡Detestable suerte la de España!...-adelanta Jenara/Galdós, al recordar los hechos,- ¡Haber hecho temblar al coloso, y sucumbir ante un hijo del conde de Artois, ante un pobre emigrado de Gante!"<sup>265</sup>. Esta imagen, que se dice extendida a "toda España" en cuanto a la "impía crueldad" con que se herían absolutistas y liberales, y a "todo el país" en cuanto al dominio militar francés, parece sentirse matizada por un fluir de la acción hacia Cádiz, en pos del Rey prisionero y de los gobernantes constitucionales refugiados allí. Así lo indica la simbólica Jenara que, tras decidir antes ir a esta ciudad, exclama ahora -extrañamente-, cual si indicase como narradora una general tendencia: "¡A Cádiz, a Cádiz!"; y añade: "Estas palabras compendiaban todo mi pensamiento en aquellos días"<sup>266</sup>.

Además, en una aplicación particular de esta tendencia al ejército francés, señala que cuando partía "para Cádiz" se le presentó "el conde de Montguyon", que le "acompañó en casi todo el camino" y -reflejando cierto paralelismo con la situación histórica- se mostraba "en extremo orgulloso por creer -explica Jenara- próximo el momento de mi definitiva conquista"; creencia en que ella "cuidaba no poco de confirmarle" para "tenerle muy dispuesto a servirme -dice- en negocios difíciles"<sup>267</sup>.

Por otra parte, recordando el más conocido intento moderador de Angulema sobre el ya aludido ambiente de violencias, añade, Jenara: "Hablamos también de política y de la Ordenanza de Andújar, en que Su Alteza recomendaba la mayor templanza a los

---

<sup>264</sup>(...continuación)

de 1812 y por Morillo en su actitud ante la creación de la Regencia de Sevilla. SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo...", Cit., pp 64-65.

<sup>265</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707.

<sup>266</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707. La tendencia así reflejada por Galdós es claramente confirmada por el profesor Artola cuando escribe: "Desde mediados de agosto era patente que el único objetivo, del que dependía el fin del conflicto, estaba en liberar al monarca, razón por la que **todo el esfuerzo militar se empleó frente a Cádiz**". *La España de Fernando VII*, Cit., p 823. Sin negrilla en el original.

<sup>267</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707.

absolutistas, habiéndoles disgustado por ello"<sup>268</sup>.

Insistiendo en esta ordenanza -cual si Galdós quisiera fijar su nombre y significado- recuerda Jenara que Montguyon se animaba al considerar que "su bello ideal estaba a punto de realizarse. (...) Pero yo, -continúa Jenara- esmerándome en fomentar sus esperanzas, era sumamente avara de concesiones. Mi ordenanza de Andújar prescribía también la moderación"<sup>269</sup>.

Tendiendo constantemente hilos de relación entre los datos históricos y su expresión o refuerzos simbólicos, se va indicando, en la conversación de Jenara y Montguyon, que los franceses, mandados por el "general Bourmont", esperan en Cádiz "a que venga Su Alteza -Angulema- para forzar el sitio" y que tienen en la bahía "una escuadra en toda regla"<sup>270</sup>.

---

<sup>268</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707. Cuando Vayo se refiere a esta Ordenanza empieza por recordar que, según hemos dicho antes, "la proclama de la regencia -de Madrid- cuando los liberales depusieron al rey en Sevilla había sido la señal del encarcelamiento de millares de ciudadanos"; y, tras indicar algunos de los abusos a que dicha proclama da lugar, explica esta Ordenanza porque Angulema temió "que tantas violencias (,) aumentando los descontentos (,) insurreccionasen parte del país contra sus tropas". Su texto, que Vayo recoge íntegro, *decreta* en su Art. 1º: "Las autoridades españolas no podrán hacer ningún arresto sin la autorización del comandante de nuestras tropas en el distrito en que ellas se encuentren." Por otra parte, los Arts. 2º, 3º, y 4º atribuyen a "los comandantes en jefe" (Sic) competencia para controlar la Prensa y para liberar o arrestar personas en relación con lo mandado en esta Ordenanza, dada en el "cuartel general de Andújar a 8 de Agosto de 1823."

Pero "este decreto llenó de rabia y despecho a los individuos de la regencia realista, que -según sigue diciendo Vayo, atestiguando así ese *disgusto* que Galdós atribuye "a los absolutistas", - se opusieron por cuantos medios alcanzaron a su cumplimiento" y "recurrieron al vil medio de promover las representaciones de los cuerpos armados contra la medida del príncipe francés", cosa que les propiciaron las "sociedades de la teocracia", movidas por "una mano romana" y a las cuales pertenecían los "primeros gefes" (Sic) y "dos individuos de la regencia". Así, tras la polvareda levantada en torno a la "esposición" (Sic) enviada por "la división española (...) que a las órdenes del conde de España concurría con los extranjeros (Sic) al sitio de Pamplona", "Angulema, acobardado con las quejas de los ministros extranjeros (Sic) y con las amenazas de los realistas, y creyendo que los frailes españoles sublevaban en masa el país contra sus soldados, dio muestras de su debilidad y flaqueza de espíritu, y transigió con los regentes modificando el decreto", que ya había "producido bienes inmensos". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 125, 126, 127 y 128.

<sup>269</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1707.

<sup>270</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1708 y 1709. R. de Mesonero Romanos indica que "el ejército francés y las tropas realistas españolas ocupaban los pueblos de la costa fronterera a las órdenes del Mariscal *Bourmont*, mientras que a la entrada de la bahía se desplegaba una formidable escuadra francesa bajo el mando del almirante *Bordesoulle*, estableciendo un riguroso bloqueo." ("Memorias de un setentón". Cit., p 239.) El sitio de Cádiz se inició, según Vayo, el día "23 de Junio", "mandaba el bloqueo el conde de Bourmont", y Angulema, tras dar su Ordenanza en Andújar el "8 de Agosto", se trasladó por Sevilla a Cádiz -a donde llegó los días 14 y 16 respectivamente- para dirigir personalmente las negociaciones y operaciones finales; "(...) más antes de atacar" envió "el 17 de agosto un parlamentario con una carta para (continúa...)

Preparados los medios de asalto, que -según insinuaba el citado "¡A Cádiz, a Cádiz!", de Jenara- se van acumulando en torno de aquella ciudad, refugio de la Corte, Montguyon promete ayudar a Jenara, que, al mantener su engaño amoroso, ha de evadir el "insensato ardor" con que "el inflamado galán abrió los brazos para" estrecharla; y al mismo tiempo, destacando el simbolismo de estos afanes conquistadores de Montguyon, "violentos cañonazos -cuenta Jenara- me hicieron estremecer y corrí al balcón." Eran, según le explica Montguyon, "los primeros tiros de las baterías" armadas "para atacar el Trocadero", "un fuerte que está en medio de las marismas"<sup>271</sup>. La atención especial que, reflejando la importancia que entonces se le concedió, dedica Galdós a su toma, aconseja su tratamiento particular.

### 5.6.2. La conquista francesa del Trocadero

Esta conquista, símbolo de los afanes franceses de victoria, se introduce, a su vez, por Galdós desde ese plano simbólico-novelesco en que Montguyon aparece conquistando a Jenara, cuyas preocupaciones por el peligro de muerte de quienes defendían aquel fuerte, en especial de Monsalud, refleja la distancia lógica entre el francés, extranjero ansioso del prestigio del éxito, y la élite española, preocupada, "aterrada", por la suerte de sus seres queridos.

La imagen simbólica del asalto histórico -cuya descripción directa la sigue inmediatamente- se completa y culmina, tras lo antes dicho, cuando Jenara señala el buscado acercamiento con que Montguyón, "alargando el brazo" ante ella al decir "allí", le hizo "explicaciones y descripciones muy prolijas de la bahía y de los fuertes"; y añade: "...pero bien comprendí que antes que mostrar sus conocimientos deseaba estar cerca de mí, aproximando bastante su cabeza a la mía, y embriagándose con el calor de mi rostro

---

<sup>270</sup>(...continuación)

el rey (Sic), en la que (.) intentando Angulema preparar los ánimos de los gaditanos a las ideas mismas que habían empleado sus agentes para seducir a los guerreros españoles, persuadía al monarca (Sic) a que libre diese al pueblo una amnistía y las antiguas Cortes." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 123, 126, 132 y 137.

<sup>271</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1709.



y con el roce de mis cabellos"<sup>272</sup>.

Desde esta imagen, que viene a fundir los planos novelesco e histórico en una común referencia a lo simbólico y a lo simbolizado, pasa Galdós, sin salir del tema, a centrarse, casi exclusivamente, en los aspectos externos que la historiografía atribuye a esto último:

"¡Qué aparato desplegaron contra aquellas fortalezas que se alzan entre charcos salobres y que llevan por nombre el Trocadero! Desde que llegó Su Alteza, a mediados de agosto, no hacían más que disparar bombas y balas contra los fuertes, esperando abrir brecha en sus gloriosos muros". Sin embargo, el ritmo lento del asedio parece reflejarse -a la vez que las ansias de Jenara-, en el "tedio" con que ésta veía "pasar día tras día sin más distracción que oír los disparos y ver por las noches las majestuosas curvas de los proyectiles. Me consumía -dice- en mi casa del Puerto sin tener noticias del interior de Cádiz, ni esperanza de poder penetrar en la plaza. Ni parecía aquello guerra formal y heroica -señala, recalcando siempre el tono gris de aquella campaña-, como creía yo que debían de ser las guerras y como las que vi en mi niñez y en tiempo del Imperio. Casi todo el ejército sitiador estaba con los brazos cruzados: los oficiales paseaban fumando; los soldados hacían menos pesado el tiempo con bailoteo y cantos"<sup>273</sup>.

Esa misma medianía es el carácter más destacado en el retrato que -tras visitarlo en compañía del "duque del Infantado, que llegó de Madrid en aquellos días"- hace Jenara de Angulema: "Luis Antonio era un rubio desabrido, cuyo semblante respiraba honradez y buena fe; pero la aureola del genio no circundaba su frente. Fuera de aquel sitio, lejos de

---

<sup>272</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1709 y 1710. Después de señalar con temor, como tantas otras veces, este simbolismo, hemos tenido la satisfacción de ver que corresponde a un recurso expresivo largamente utilizado por Galdós, que a veces parece manifestarlo claramente para que no pase desapercibido. Así, por ejemplo, en el episodio "Luchana", Zoilo Arratia viene a identificar su defensa de Bilbao frente a los carlistas con la del amor de Aura, que "eres -le dice- mi guerra y mi Bilbao, y mi *ángelica Isabel*". Y en este mismo Episodio se advierte que "mientras los carlistas (...) armaban de noche, a la calladita, nuevas barricadas y parapetos para emplazar su artillería contra la pobre Bilbao, Prudencia y Sabino -que deseaban casarla con un hermano de Zoilo-, paralelamente a la labor facciosa, dieron comienzo a sus trabajos de asedio para expugnar el corazón de Aura y establecer en él su dominio" ("Luchana". Ed. Cit., T II de Ep. Nac., pp 1205 y 1211.) *Paralelismo* que H. Hinterhäuser destaca igualmente en el caso de "Luchana" y de varios otros ("Los Episodios Nacionales...", Cit., pp 238-239), a los que habría de añadirse el que aquí protagonizan Montguyón y Jenara ante la lucha por el Trocadero.

<sup>273</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1710.

aquella deslumbradora posición y con otro nombre, el hijo del conde de Artois habría sido un joven de buen ver; mas no en tal manera que por su aspecto descollase entre la muchedumbre. Para hallar en él lo que realmente le distinguía era preciso que un trato frecuente hiciese resaltar las perfecciones morales de su alma privilegiada, su lealtad sin tacha y aquel levantado espíritu caballeresco, sin quijotismo, que le hacía estimable en la Corte de Francia. Era valiente, humanitario, cortés, puntual y riguroso en el cumplimiento del deber. Si estas cualidades no eran suficientes a formar un gran guerrero, ¿qué importaba? La pericia militar diéronsele sus prácticos generales y nuestros desaciertos, que fueron el principal estro marcial de la segunda invasión"<sup>274</sup>.

Retrato que hace de Angulema un símbolo de la campaña que encabezó y de la misma victoria militar del trocadero, cuya imagen y capitalización política describe así Galdós/Jenara, casi a seguido:

"El 19 abrieron brecha; pero hasta la noche del 30 no se dió el asalto, habiéndose guardado secreto sobre esto en los días anteriores, aunque yo lo supe por el conde de Montguyon, que no me ocultaba nada referente a la operaciones. ¡Noche terrible la del 30 al 31 de agosto! Noche que me pareció día por lo clara y hermosa, así como por el estrépito guerrero que en ella resonara y las acciones heroicas, dignas de ser alumbradas por el sol... Apretado fue el lance del asalto, según oí contar, y Su Alteza y el príncipe de Carignan se portaron bravamente, combatiendo como soldados en los sitios más peligrosos. No fue el hecho del Trocadero una de aquellas páginas de epopeya que ilustraron el Imperio, fue más bien, lo que los dramaturgos franceses llaman *succès d'estime*, un éxito que no tiene envidiosos. Pero a la Restauración le convenía cacarearlo mucho, ciñendo a la inofensiva frente del Duque los laureles napoleónicos; y se tocó la trompa sobre este tema hasta reventar, resultando del entusiasmo oficial que no hubo en Francia calle ni plaza que no llevase el nombre del *Trocadero*, y hasta el famoso Arco de la Estrella, en cuyas piedras se habían grabado los nombres de Austerlitz y Wagram, fue

---

<sup>274</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1710.

durante algún tiempo *Arco del Trocadero*<sup>275</sup>.

Por otra parte, esta referencia histórica se completa, al mismo tiempo que Jenara se desliza hacia el plano novelesco, diciendo, ya desde el punto de vista liberal a que la arrastra su simbólica atracción por Monsalud: "En la mañana del 31, cuando vi pasar a los prisioneros hechos en los fuertes, me sentí morir de zozobra. Entre aquellas caras atezadas, a cada instante creía ver la suya. Largo rato tardaron en pasar, porque eran más de 1.000, entre paisanos y militares"<sup>276</sup>.

El significado de esta imagen, ya de por sí expresiva del estado de la Revolución, se carga de tintes emotivos favorables a ella cuando, al fin, vio Jenara al simbólico Monsalud, cuyo estado corre parejas con el de aquella: "En la última fila, casi solo, más abatido, más quemado del sol, más demacrado, con los vestidos más rotos que los demás, pasó él, él mismo...". Jenara lo miró con los ojos "arrasados de lágrimas. Llevaba -dice- la mano izquierda en cabestrillo, hecho con un andrajo, y su paso era inseguro y como dolorido, sin duda por tener lleno de contusiones el cuerpo. Al verle, -continúa Jenara, mostrando esa mutua necesidad en que se hallaban- extendí los brazos, y grité con toda la fuerza de mi voz. Mi enamorada exclamación hizo volver la cabeza a todos los que iban delante y a los curiosos que le rodeaban. El, alzando los amortiguados ojos, me miró con expresión tan triste, que sentí partido mi corazón y estuve a punto de desmayarme. Creo que

---

<sup>275</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1710. Vayo señala estas mismas fechas de ataque al Trocadero, diciendo -con expresión evocada por la de Galdós- que "ya habían abierto brecha el 19" y añadiendo, cual si sugiriera la idea de secreto a que Galdós alude, que "se apoderaron **casi por sorpresa** -negrilla nuestra- de sus fuertes, asaltándolos la noche del 30 al 31." Indica, así mismo, que "en este asalto los soldados franceses nombraron primer granadero al príncipe de Carignan" -a cuyo *bravo* comportamiento alude también Galdós-, pero Vayo añade: "redícula (Sic) imitación de aquel sublime acto de Latour D'Auvergne: que otros eran los tiempos, otras las proezas." (VAYO. E. de C.: Op. Cit., T III, p 140. En cuanto al gran *cacareo* francés de este pequeño hecho militar, comenta el profesor Gil Novales que la toma del Trocadero fue un "fasto borbónico muy pregonado, que añadir a las glorias napoleónicas." (*El Trienio liberal*. Cit., p 58.); y el profesor Palacio Atard señala, como Galdós, que "el honor de Francia, vencida diez años antes, quedará así restablecido con esta modesta victoria, hiperbólicamente exaltada en 1823." "La España del siglo XIX". Cit., p 134.

<sup>276</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1711. Información que se desprende igualmente de lo dicho por Vayo: "Mil y quinientos hombres -afirma éste- defendían sus baluartes -los del Trocadero- a las órdenes del coronel Grases, militar lleno de valor, y todos quedaron muertos o prisioneros, incluso el gefe" (Sic). VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 140. Ver también en este mismo sentido ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 266 y 271, y MIRAFLORES, M. de: "Apuntes...". Cit, p 238.

pronunció algunas palabras; pero no oí sino un adiós tan lúgubre como campanada funeral, y movió la mano en ademán de cariñoso saludo, y pasó, desapareciendo con los demás en un vuelta del camino"<sup>277</sup>. Dependencia de Monsalud que marca las inclinaciones primarias de Jenara, pero que puede ser neutralizada o torcida por sus amistades e inercias, porque, "mi primera intención -añade- fue correr tras él; pero en la casa me detuvieron". Después, pensándoselo "serenamente", formó y desechó "diversos planes", concluyendo por considerar "que no era tan difícil conseguir su libertad" y por alegrarse -con egoísmo o inconsciencia evocadores de los de la élite española ante la situación de la Revolución- de que Monsalud estuviera "prisionero para poder decir con más calor que nunca: 'Ahora sí que no se me puede escapar'"<sup>278</sup>.

Ante esta prisión -coincidente con un más estrecho cerco de la Revolución-, Jenara busca impaciente a Montguyon y, franqueándose con él, obtiene su caballeroso compromiso de intentar la liberación de Monsalud<sup>279</sup>. Se produce así en Montguyon una situación análoga a la de Angulema, cuyas promesas y actitud se manifiestan favorables a salvar en parte la Revolución que combate, y en lo que se muestra de acuerdo esa parte de la élite dispuesta a mantener algo de la Revolución, convirtiendo la Constitución en *Carta*, y deseosa de su control, de modo parecido a como Jenara deseaba la personal posesión de Monsalud en pugna con sus otras amantes y procurando, a la vez, evitar su total aniquilamiento<sup>280</sup>.

Sin embargo, las acciones francesas que, en uno y otro plano, se producen tras la referida conquista del Trocadero, no llegaron realmente a tanto.

---

<sup>277</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1711.

<sup>278</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1711.

<sup>279</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis." Cit., pp 1711-1713.

<sup>280</sup> Alcalá Galiano asegura que por "efecto" del "decreto de Andújar", "gentes deseosas de ser persuadidas" fueron creyendo "que era fácil sacrificar la Constitución sin perjuicio del interés particular de los constitucionales"; y, por la tendencia humana a creer posible lo que se desea, hubo "no pocos" favorables a la "causa constitucional" que, "perdida ya la esperanza" en su triunfo, "trataban de sustituirle otra, la cual era la de una honrosa y provechosa avenencia con los franceses, y por medio de éstos con el mismo Fernando." ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 271.

### 5.6.3. Otros triunfos y presiones franceses ante la desesperada resistencia del gobierno constitucional español

Los aludidos propósitos de Montguyon se entienden rechazados -como los de Angulema- por las autoridades absolutistas españolas, con lo que aquella liberación se teme pospuesta hasta que terminase la guerra. De ahí la ansiosa y simbólica espera atribuída por Galdós a Jenara: "¡cuantos días pasaron! -pondera ésta, recordando sus sensaciones y esperanzas,-. Yo contaba las horas -dice-, los minutos, como si de la duración de ellos dependiese mi vida. Entre españoles y franceses era opinión corriente que la guerra acabaría pronto, que Cádiz expiraba, que las Cortes se morían por momentos. Sin embargo, aún resistía el Gobierno liberal y sus secuaces, como la bestia herida que no quiere soltar su presa mientras tenga un hálito de existencia. Esta constancia no carecía de mérito, y lo tendría mayor si se empleara en causa menos perdida. ¡Inútil sacrificio! No tenían hombres, porque los alistamientos no producían efecto. No tenían dinero, porque el empréstito que levantaron en Londres produjo... una libra esterlina. Yo creo -concluye Jenara, mostrando la valoración y simpatía que Galdós quería transmitir,- que si mi espíritu hubiera estado en disposición de admirar algo, habría admirado la perseverancia de aquel Gobierno, que no pudo encontrar en toda Europa quien le prestase más de cinco duros"<sup>281</sup>.

Esta desesperada situación, en la que Galdós no omite -como hace a veces- la angustiosa penuria financiera del Gobierno constitucional, se estimaba, pues, el preludio del final, que muchos querían: "Mi deseo era -recuerda Jenara- que se rindiese todo el mundo, que el Rey y la Nación arreglasen pronto sus diferencias"; y añade, reflejando los extremos a que la conducían sus simbólicas, y ya aludidas, ansias: "aunque las arreglasen devorándose

---

<sup>281</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1713. La falta de medios económicos a que alude Galdós es igualmente ponderada por Vayo, que señala, entre otras cosas: "En Inglaterra no hubo quien quisiese contratar un empréstito bajo condición alguna con los sitiados de Cádiz; y las dos suscripciones (Sic) de Londres, abiertas con este motivo, produjeron dos fusiles la de Roberto Wilson, y una libra esterlina -cantidad que Galdós atribuye al "empréstito que levantaron en Londres"- la de Enrique Hunt." VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 141. Sin negrilla en el original. Al ocuparse de esta penuria, Alcalá Galiano indica que "el Ministerio que gobernaba desde agosto de 1822 (...)se había descuidado sobre manera en el grave punto de la Hacienda", describe algunos frustrados intentos de conseguir recursos pecuniarios, a partir de "enero de 1823", por medios un tanto heterodoxos, y destaca los servicios prestados en este sentido por Mendizábal. "Memorias". Cit., T II, pp 271-273.

mutuamente"<sup>282</sup>.

El ambiente negociador que subsigue en Cádiz a la caída del Trocadero<sup>283</sup>, es reflejado por Galdós al recordar Jenara: "Casi todo septiembre lo pasaron Angulema y las Cortes en dimes y diretes. Mil recados atravesaban la bahía en un bote; callaban los cañones para que hablaran los parlamentarios"<sup>284</sup>.

La prolongación de estas negociaciones -cuyo *infructuoso* resultado indicó bien pronto, según dice Alcalá Galiano, "cuán imposible era avenirse los constitucionales con el principio asentado por el Gobierno francés" del "libre albedrío del rey de España"<sup>285</sup>- se marca, además, por Galdós con la actitud de Jenara, a quien "tales comedias (...) ponían furiosa, porque no se decidía la suerte de los infelices prisioneros del Trocadero, que -se informa de paso- habían sido repartidos entre los Dominicos del Puerto y la Cartuja de Jerez"<sup>286</sup>.

Prolongación que se entiende mantenida cuando, "el 12" de Septiembre, Montguyon visitó a Jenara para informarle "de que había visto al prisionero", que éste se hallaba "sumamente abatido y melancólico" -como correspondía a su simbolismo- y que "al oír que Jenara tenía gran empeño en conseguir su libertad, pareció muy turbado, pronunciando palabras sueltas cuyo sentido -dice Montguyon, señalando ese misterio que suele acompañar a las situaciones simbólicas,- no pude comprender." La suerte de Monsalud se siente indentificada, no sólo con la de otros prisioneros, sino con la de la misma Revolución. Como ella, y como quienes están imbuidos de su espíritu, siente -según dice Montguyon-

---

<sup>282</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714.

<sup>283</sup> "La toma del Trocadero -escribe Vayo, tras referirse a las dificultades financieras del Gobierno,- había infundido sumo desaliento en los ministros, y el 4 de Setiembre (Sic) propuso Fernando al de Angulema, por indicación del gabinete, la suspensión de hostilidades para tratar de una paz honrosa" (Op. Cit., T III, p 141.); en el mismo sentido MIRAFLORES, m. de: "Apuntes...", p 238, de quien, presumiblemente, lo tomó Vayo.

<sup>284</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714.

<sup>285</sup> "Memorias". Cit., T II, p 271.

<sup>286</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714.

que no puede vivir en "su país", que lo "aborrece", y "afirma que desea la libertad para conseguir por ella el destierro" y que se consuela con "la idea de la emigración". Por lo demás, Montguyon -manteniendo su simbólico papel de hombre "caballeroso y humanitario"- medió -dice Jenara- "en beneficio de mi amado", pero éste hubo de seguir prisionero, como la Revolución<sup>287</sup>.

La reanudación del ataque francés, con sus hechos principales, y la llegada de los constitucionales hasta el límite de la resistencia son así referidas por Galdós:

"Interrumpidos los tratos por la terquedad de las Cortes, tomó de nuevo la palabra el cañón, y el día 20 fue ganado por los franceses, con otro brioso asalto, el castillo de Santi-Petri. Después de este hecho de armas, Angulema habló fuerte a los tenaces liberales, pegados como lapas a la roca constitucional, y les amenazó con pasar a cuchillo a toda la guarnición de Cádiz si Fernando VII no era puesto inmediatamente en libertad. El 26 se sublevó contra la Constitución el batallón de *San Marcial*, que guarnecía la batería de Urrutia, en la costa; y la armada francesa, secundando el fuego de las baterías del Trocadero, arrojaba bombas sobre Cádiz. No era posible mayor resistencia. Era una tenacidad que empezaba a confundirse con el heroísmo, y la Constitución, moría como había nacido, -dice Galdós, que ya antes señaló la coincidencia del lugar, señalando ahora

---

<sup>287</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis", Cit., p 1714. Aunque, según dice Vayo, "el duque de Angulema no sólo se negó a responder -a una propuesta liberal de negociación hecha el día 7 de Septiembre-, sino que ni aun admitió al ilustre y honrado Alava", el compás de espera negociador parece prolongarse hasta el día "16", en que los franceses "arrojaron cohetes a la Carraca". VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 148. La situación era ya para entonces tanto más desesperada en Cádiz cuánto no cabía esperar refuerzos, pues no quedaban fuera en pie de resistencia sino algunas otras ciudades, como la Barcelona de Mina, cercadas también por los franceses. Depuestas las armas, entre disensiones, por Morillo (26 de Junio) en Galicia y por Ballesteros (4 de Agosto) en Grandada, disgregado el ejército de La Bisbal/Castellósdrius tras replegarse por Extremadura hacia el Sur, fracasados Villacampa y Zayas en Andalucía, el mismo Riego, que fue enviado a Málaga para que restableciera la situación con las tropas de éste y las de Ballesteros, fue derrotado, los días 13 y 14 de Septiembre, y preso en Arquillos con los solos tres hombres que le habían quedado. (Cfr. ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII", Cit., pp 815-822.) Detención de la que se conserva en el Archivo Histórico Militar de Madrid la siguiente referencia: "Escrito de Comandante Militar de la Provincia de Córdoba al vecindario de dicha ciudad dándose cuenta de la prisión de Riego con un Coronel y dos Edecanes.- Córdoba, a las nueve de la mañana del 16 de septiembre de 1823". Archivo citado, *Colección del Fraile*, Vol. 814, p 113. Esta detención, el traslado de Riego a Madrid y su posterior ejecución, son descritos por Galdós con carácter retrospectivo en "El terror de 1824".

la de otras circunstancias destacadas por la historiografía<sup>288</sup>- entre espantosa lluvia de balas, saludada en su triste ocaso, como en su dramático oriente, por las salvas del ejército francés"<sup>289</sup>.

Se llegaba así, obligado el Gobierno por la necesidad, al que Jenara llama "el anhelado día", al momento en que, con la crédula y simbólica confianza a que antes hemos aludido, esperaba poseer a Monsalud.

#### 5.6.4. Rendición del Gobierno constitucional, liberación de Fernando VII y exilio liberal

Son las tres fases o ideas principales que, en una sucesión más lógica que temporal o expositiva, y estrechamente asociadas a la actuación francesa, parece combinar Galdós en su imagen de este acto final del Trienio.

Ante la inminente rendición, las anteriores expectativas de Jenara se ven de pronto reducidas, y sus aspiraciones limitadas a estar cerca de Monsalud donde sea: "Habrà perdón general (...) -dice que pensó para sí-. Todos los prisioneros serán puestos en libertad. Huiremos. ¡Cuán grato es el destierro! Comeremos los dos el dulce pan de la emigración, lejos de indiscretas miradas, libres y felices, fuera de esta loca Patria

---

<sup>288</sup> Ver ALCALA GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, pp 270-271. Y MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 239.

<sup>289</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714. Todos estos hechos se hallan historiados en Vayo (Op. Cit., T. III, pp 148-151) con la salvedad de que la insultante amenaza francesa de pasar "a cuchillo" a "los diputados a Cortes, los ministros, los consejeros del Estado, los generales y todos los empleados del gobierno cogidos en Cádiz", -hecha, según los textos recogidos por Vayo, en "comunicación" de fecha "24 de Setiembre (Sic) y recibida en Cádiz el "26 de Setiembre (Sic) a las doce menos cuarto"- no era contra el hecho de no poner "inmediatamente en libertad" al Rey -según dice Galdós, destacando cierto engallamiento de Angulema, que parece orientado a delatar un buscado carácter dominador de su triunfo-, sino en el caso de que el Rey o alguien de su Real familia sufrieran algún atentado mientras eran retenidos. La indignada respuesta de C. Valdés destaca el despropósito que encerraba el escrito francés: "... la seguridad de la real familia -contesta Valdés- no depende del miedo de la espada del señor duque -de Angulema- ni de ninguno de su ejército, pende de la lealtad acendrada de los españoles, que habrá visto S. A. el señor duque bien comprobada. (...) Las armas que manda -añade luego- le autorizan tal vez para vencernos, pero nunca para insultarnos."



perturbada, donde ni aun los corazones pueden latir en paz"<sup>290</sup>.

Pero ese proyecto de autoexilio para vivir con Monsalud, para vivir en libertad, no era ya fácil. Según las "malas noticias" traídas a Jenara por Montguyon "el 29" de Septiembre, el duque de Angulema, a la vez que resolvió "poner en libertad a todos los prisioneros de guerra", "ha dispuesto -dice- que sean entregados a las autoridades españolas los individuos que en Cádiz desempeñaban comisiones políticas." Y Monsalud estaba "comprendido" entre estos últimos, pues según una acusación que parece concentrar simbólicamente en él todos los actos revolucionarios, "había recorrido los pueblos, alistando gente por orden de Calatrava; había venido desde Cataluña con órdenes de Mina para realizar asesinatos de franceses. Había organizado las partidas de gente soez que en el tránsito de Sevilla a Cádiz insultaron a Su Majestad"<sup>291</sup>.

---

<sup>290</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714. Esta visión poética del destierro parece evocar la aludida, con expresiones parecidas, por Alcalá Galiano, diciendo que los sinceramente liberales entraban "a la par tristes y orgullosos en la dura vida del **destierro a comer el pan salado ajeno**, y subir -añade- las ásperas escaleras de nuestros hospedadores, según la hermosa y repetida expresión del primer poeta de Italia". ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 280. Sin negrilla en el original.

<sup>291</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714. Es notable que Galdós, tras guardar silencio cuando refiere el tránsito Real de Sevilla a Cádiz, habla aquí de "partidas" que "insultaron a Su Majestad" y no de atentado contra la vida de éste. Refleja así las tensiones de aquel viaje sin entrar en la polémica de si hubo o no tal atentado. Según ha señalado el profesor Seco Serrano, la reina María Josefa Amalia se muestra en alguna de sus poesías convencida de que "en algún momento los desenfrenados milicianos encargados de *proteger* la carroza real estuvieron al borde del regicidio" y de que ello se evitó por la firmeza del coronel Vicente Minio. (SECO SERRANO, C.: "Militarismo y civilismo en España...", Cit., pp 63-64, y, más ampliamente, en su anterior artículo "Diario lírico de una Reina de España", en *Historia y Vida*, Núm. 2, mayo 1968, pp 54-72, especialmente pp 68 y Sgts.) Así lo aseguró también entonces, según se indica en este mismo artículo y destaca el profesor Comellas, el mismo coronel V. Minio en su "Examen de la conducta del coronel D...", Madrid, 1824, p 32 y Sgts.; pero es notable que Fernando VII no alude a ello de forma manifiesta en su ya citado *Itinerario*, aunque se refiere a las fatigas y calor de este viaje, "teniendo que ir -dice- al paso de la Infantería, parándonos a cada instante para que bebieran; sufriendo insultos" y oyendo gritos de "mueran los Borbones, los tiranos; ya no nos mandan: mira como has salido" (*Itinerario...*, Cit., pp 33-35. Cfr. COMELLAS, J-L.: "El Trienio Constitucional", Cit., p 421.) (Ibidem, Nota N° 582, sobre la actuación, escrito y premio del coronel V. Minio.) Por otra parte, Vayo, tras aludir a dicha fatigosa lentitud, afirma: "Ninguna fe merece el cuento inventado por el coronel de Almansa Minio, quien para congraciarse con la tiranía publicó después un manifiesto suponiendo que la vida de Fernando había corrido inminentes peligros en aquella noche, y que la había salvado por los esfuerzos de los caballos de Almansa. Sabemos por personas de distintas opiniones que seguían a los príncipes que es falso semejante relato; y que el proyecto de tan enorme crimen no se manifestó de modo alguno, ni se oyó una expresión (Sic) que lo indicase". (Op. Cit., T III, p 107). En este mismo sentido se manifiesta Alcalá Galiano, que acusa a Minio de haber aprovechado un breve "vocerío y principio de tumulto" debido a una discusión entre Riego y don Cayetano Valdés sobre si se debía ir más deprisa o no para intentar convencer a Fernando VII de que habían  
(continúa...)

Se tiene entonces la impresión de que aquella condición -la de entrega por implicaciones políticas- se prestaba a abusos y falsas acusaciones contra los rendidos, ya que la enumeración de las hechas a Monsalud se interrumpe al gritar Jenara, sin poder contener su "indignación": "¡Oh! ¡Eso es falso, falso; mil veces falso!"; confirmando, además, como supuesta narradora: "Y en efecto, tales suposiciones eran infames calumnias"<sup>292</sup>.

Se advierte, así mismo, cierta debilidad o tolerancia francesa ante estos abusos, pues Angulema, en el plano histórico, concede aquella entrega de políticos, y Montguyon, en el simbólico, sugiere a Jenara que se dirija a "don Víctor Sáez", que había "llegado al Puerto de Santa María" como "secretario de Estado" y aparece así como instancia superior al francés. Además, Jenara, tras responder que no quiere "nada con hombres de ese jaez", apela, a la simbólicas promesas hechas por Montguyon: "Usted me ha dado su palabra de honor; usted ha empeñado su nombre de caballero, y con usted sólo debo contar. ¡Oh Señor Conde! -añade, con cierta exigencia de responsabilidades ante una posible y simbólica claudicación- si mi prisionero es entregado a la brutalidad de las autoridades españolas, sedientas hoy de sangre y de venganza, sospecharé que usted me hace traición"<sup>293</sup>. Sin embargo, el posterior comportamiento de este "caballero francés", que "palideció" ante aquella posible sospecha, y la "inspiración" moderadora que luego se supone en Angulema, indican que, en opinión de Galdós, lo intentaron, aunque no fuera con suficiente empeño<sup>294</sup>.

---

<sup>291</sup>(...continuación)

atentado contra su vida y para congraciarse con él diciendo que lo había evitado, según luego haría constar en un manifiesto "lleno de patrañas" y que el Rey quiso creer "por importarle acumular delitos en los constitucionales, y hecho, en suma, a que han dado carácter de cierto el odio crédulo de unos y el odio calumniador de otros, hasta hacerle aceptar como verdadero por la credulidad mal informada de los indiferentes" (*Memorias*, Cit., T II, pp 258-259.).

<sup>292</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1714.

<sup>293</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1714 y 1715.

<sup>294</sup> Sobre la preocupación de Angulema para lograr que, según opina hasta el inglés Canning, este ejército francés *ocasionara tan pocos males e impidiera tantos*, véase: PABON Y SUAREZ DE URBINA, J.: "Narváez y su época", Cit., pp 194-195.

No describe Galdós los actos de esta rendición<sup>295</sup>. Señalado ya que la situación era insostenible, pasa por alto los detalles de las negociaciones y se orienta a reflejar, según vamos viendo, diversos elementos del entramado situacional. Este parece también el sentido de la actitud que atribuye a la simbólica Jenara, que, a pesar de lo dicho a Montguyon, y venciendo sus "recientes antipatías", determinó -en comportamiento análogo, cabe pensar, al de una parte de esa élite representada por ella- "visitar a Sáez, porque bueno es -dice- tener amigos aunque sea en el Infierno. (...) Era -señala- el 1º de Octubre, día solemne en los fastos españoles"<sup>296</sup>.

Jenara halló "al buen Canónigo -importante elemento de aquella situación- más soplado y presuntuoso que nunca, como todo aquel -se añade, señalando sus incapacidad personal para aquel cargo- que se ve en altura adonde nunca debió llegar; pero, contra lo que yo esperaba -continúa Jenara, recordando su propio ir y venir, en función de la faceta política que le tocaba representar y evocando ciertos casos de mimetismo político-, recibíome afablemente, y no me dijo una sola palabra acerca de mi conversión al absolutismo. Parecía -ironiza- no dar valor a estas pequeñeces y ocuparse tan sólo, como Jiménez de Cisneros,

<sup>295</sup> De acuerdo con Vayo, tras la toma francesa de Santi-Petri, el bombardeo de Cádiz desde el Trocadero y la armada, la rebelión del batallón de San Marcial, el fusilamiento de "ocho granaderos que habían promovido la sedición", y la rápida propagación del "mal espíritu que dominaba las tropas", "una junta de generales" informó "que no era posible la defensa". Las Cortes extraordinarias reabrieron "sus sesiones el 26 de Setiembre (Sic), y enteradas del estado de los negocios decidieron el 29, oídos los denodados Valdés y Burriel -cuyos informes, según indica, a su vez, el M. de Miraflores, habían sido requeridos por las Cortes el día 26 y leídos en ellas el 28. ("Apuntes..." Cit., p 242)-, enviar una diputación diciendo al rey (Sic) que podía salir de Cádiz y avistarse libremente con el duque de Angulema." El Rey quiso marcharse "al Puerto de Santa María el mismo 29", e inmediatamente envió al "conde de Corres" a comunicarlo a Angulema; pero "una conmoción popular que pedía garantías ante la salida del monarca (Sic) le impidió verificarlo". El general Alava fue a parlamentar con Angulema para negociar esta exigencia de "una prenda de seguridad" -Ver sobre este punto y sobre la torpeza de dejar ir antes al conde de Corres, ALCALA GALIANO, A.: "Memorias" Cit., T II, pp 276-277-, pero Angulema se negó de nuevo a recibirle y dispuso un "ataque general" para "el 30"; cosa que no llegó a efecto porque el pueblo se aplacó al conocer las promesas que el Rey haría en un decreto que preparaba, y éste "comunicó a S. A. la resolución que había tomado de trasladarse al día siguiente (,) 1º de octubre (,) al referido Puerto." Dado este decreto el 30 de septiembre, el Rey "admitió la renuncia de todos los ministros, manifestando en la orden dirigida al de Estado (que) 'quedaba muy satisfecho del celo y lealtad con que en circunstancias tan difíciles los habían desempeñado'". Con ello pasa Vayo a ocuparse de la "Salida del Rey de Cádiz" en términos evocados luego por Galdós en las imágenes que enseguida recogemos en el texto. VAYO, E. de C: Op. Cit., T III, pp 148-154.

<sup>296</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1715.

en los negocios públicos de ambos mundos"<sup>297</sup>.

Por otra parte, con expresión que recuerda la del "anhelado día" de Jenara -aunque sean muy diversos los motivos que en cada caso hacían de aquél un día especial- don Víctor Sáez informa del dato histórico al decir a Jenara: "Hoy es día placentero, señora; día feliz entre todos los días felices de la tierra (Sic). (...) Su Majestad don Fernando, ese ilustre mártir de los excesos revolucionarios, es ya libre"<sup>298</sup>.

Jenara responde entonces -cual si un Galdós tan conciliador como Cánovas mirase hacia sus coetáneos- que para completar "la dicha, convendría que tantas y tan graves heridas no se ensañasen con la venganza y la crueldad del partido vencedor, y que un generoso olvido de los errores pasados inaugurase la venturosa era que empieza hoy"; y como don Víctor le asegurase -aunque "sonriendo de un modo (...) algo hipócrita"-, que "así será", porque "Su Majestad ha dado ayer en Cádiz un manifiesto en que ofrece perdonar a todo el mundo y no acordarse para nada de los que le han ofendido", ponderando, por ello, la "magnanimidad" y "nobleza" Reales, Jenara insiste, con el valor, antes indicado, de consejo al lector, y reflejando, a la vez, los temores propios de quienes conocían a Fernando VII: "¡Oh, sí! Conducta digna de un descendiente de cien Reyes, digna de quien da el perdón y del pueblo que la recibe. Si Fernando cumple lo que promete, será grande entre todos los Reyes de España"<sup>299</sup>.

Todavía insiste don Víctor para asegurar a Jenara: "Lo cumplirá, señora, lo cumplirá"; pero Jenara refleja nuevamente las dudas del ambiente al recordar que "no tenía gran confianza en las afirmaciones de Sáez," aunque -y aquí está el antes aludido reconocimiento parcial de Galdós a Angulema- "di crédito -dice Jenara- a estos propósitos por creerlos

---

<sup>297</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1715. Sobre el carácter y hechos de este personaje puede verse MORENO MORRISON, R.: "Don Víctor Sáez y Sánchez-Mayor, ministro universal de España en 1823". En *Revista de Historia y Genealogía española*, 1927, N° I, Cit., pp 391-394.

<sup>298</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1715.

<sup>299</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1715. También Vayo asegura que "el pueblo gaditano leyó sin confianza las promesas del rey (Sic), porque, su carácter no era un secreto" y porque temió que, si había buena fe, la maleasen "sus antiguos consejeros" Op. Cit., T III, p 154.

inspiración del duque de Angulema"<sup>300</sup>.

La liberación de Fernando VII, cuyo desembarco se supone que presenció Jenara por invitación de don Víctor, es considerada por Galdós, en 1877, "uno de los más bruscos ángulos de la Historia de España en el tortuoso siglo presente" -el XIX-. Su imagen es así descrita e interpretada por Galdós/Jenara:

"¡Espectáculo conmovedor! La regia falúa, cuyo timón gobernaba el almirante Valdés, glorioso marino de Trafalgar, se acercaba al muelle. En ella venía toda la Familia Real, la Monarquía histórica secuestrada por el liberalismo. La conciliación ideada por cabezas insensatas era imposible, y aquellos regios rehenes que la Nación había tomado eran devueltos al absolutismo, contra el cual no podían prevalecer aún los infiernos de la demagogia. En un lancha volvían del purgatorio constitucional las ánimas angustiadas del Rey y los Príncipes. (...)

"Fernando puso el pie en tierra. Dicen que, al verse en suelo firme, dirigió a Valdés una mirada terrible, una mirada que era un programa político: el programa de la venganza. Yo no lo vi; pero debió de ser cierto, -acepta Jenara/Galdós, señalando así cuál era la intención personal que mostraba Fernando VII, sin necesidad de que otros lo inclinasen luego a ello,- porque me lo dijo quien estaba muy cerca -<sup>301</sup>-. Lo que sí puedo asegurar -continúa Jenara- es que Angulema, hincando en tierra la rodilla, besó la mano al Rey; que luego se abrazaron todos; que don Víctor Sáez lloraba como un simple, y que los vivas y las exclamaciones de entusiasmo me volvieron loca. Los franceses gritaban, los españoles gritaban también, celebrando la feliz resurrección de la Monarquía tradicional y la miserable muerte del impío constitucionalismo. El glorioso imperio de las *caenas* había empezado. Ya se podía decir con toda el alma: '¡Viva el Rey Absoluto! ¡Muera la

---

<sup>300</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1715. Refiriéndose al Posterior incumplimiento de estas promesas por el Rey, dice Miraflores: "Los consejos suaves y prudentes de aquel que con la fuerza le arrancó del recinto de Cádiz no son escuchados; cercado por un Clero fanático y de individuos de corta capacidad," dio "el asqueroso Decreto del 3 (Sic) de Octubre". "Apuntes..." Cit., p 245.

<sup>301</sup> Tanto Vayo como Alcalá Galiano aluden a esta mirada del Rey. Pero mientras el primero habla de una mirada *furiosa*, como "una mirada de maldición" dirigida "a la plaza" de Cádiz, Alcalá Galiano dice, como luego Galdós, que el Rey "le echó -a Valdés- al despedirse una mirada de las que amenazan y aterran" Cfr. VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, p 155; y ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 279.

Nación!"<sup>302</sup>.

Entrelazadas con esta triste imagen, y cargadas de sugerencias a sus coetáneos, intercala Galdós algunas referencias a las implicaciones represivas de esta liberación, destacando nuevamente, ahora en el plano histórico, el exilio liberal, representado antes en las previsiones de Jenara para sí y para Monsalud:

"Mientras el victorioso despotismo recobraba sus personas sagradas -recuerda Jenara-, allá lejos, sobre la gloriosa peña inundada de luz y ceñida por coronas de blancas olas, los pobres pensadores desesperados, los utopistas sin ilusiones, los desengañados patricios, lloraban sus errores y, buscando hospitalidad en naves extranjeras, se disponían a huir para siempre de la Patria a quien no habían podido convencer.

"Así acaban -continúa, señalando cierta falta de medida en aquel intento, cuando Cánovas, y Sagasta, predicaban la política de lo posible- los esfuerzos superiores a la energía humana, las luchas imposibles -dice- con monstruos potentes de terribles lazos, y que hunden en el suelo sus patas para estar más seguros, como hunde sus raíces el árbol -<sup>303</sup>-. Tal era la contienda con el absolutismo. Querían vencerle -añade, apuntando ahora posibles desaciertos en la orientación,- cortándole las ramas, y él retoñaba con más fuerza. Querían ahogarle, y regándole daban jugo a sus raíces. ¡A vosotros, oh venideros días del siglo, tocaba atacarlo en lo hondo, arrancándolo de cuajo!..." Y, señalado este esperanzado

---

<sup>302</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1715 y 1716. Los datos históricos de esta imagen se corresponden substancialmente, con lo dicho por Vayo (en Op. Cit., T III, pp 155 y 159) como parte final del "Libro undécimo", salida de Cádiz, y como principio del "libro duodécimo", con la llegada del Rey libre a la otra orilla, en que alude, como Galdós, a que "el rey puso los pies en la arena". Lo cual no obsta para que Galdós tomase algunas cosas de Alcalá Galiano -según hemos señalado- o de otras fuentes, como, por ejemplo, Mesonero o las pictóricas, entre las que cabe destacar la litografía conservada en la Biblioteca Nacional y "el cuadro del pintor de cámara don José Aparicio," que Mesonero Romanos, tan consultado por Galdós, considera "muy notable, si no por su mérito artístico, por el parecido y verdad de los diversos grupos y personas que figuraron en aquella escena." (MESONERO ROMANOS, R. de: "Memorias de un setentón". Cit., p 24.) Una y otra obra se reproducen en el T 9 de la "Historia de España" publicada por la Ed. Planeta, Barcelona, 1988, pp 273 y 275, donde se indica la existencia de estas imágenes en la "Biblioteca Nacional", la litografía, y en el "Museo Romántico", también en Madrid, el óleo de José Aparicio.

<sup>303</sup> Esta idea es repetidamente expresada por Galdós: Araceli señala entre los motivos del fracaso de los revolucionarios de 1808-1814 que iban "acometiendo lo imposible" ("Memorias de un cortesano de 1815", Cit., p 1345.); y Jenara, entre otras muchas ocasiones, cuando Monsalud se lamenta de sus repetidas frustraciones durante el Trienio, le indica así mismo que es porque se empeña "en cosas imposibles". ("Los Cien mil Hijos de San Luis", Cit., p 1677.)

objetivo -hecho ya realidad en 1877, aunque se manifestasen algunas resistencias en neocatólicos y carlistas,- Jenara explica así, entre guiños irónicos, su personal, y simbólico, cambio del absolutismo al liberalismo -sobreentendiéndolo, y aconsejándolo tácitamente, como un cambio a mejor, propio de quienes por su experiencia o su reflexión han aprendido,-: "Pero advierto que estoy hablando la jerga liberal. ¡Qué horror! Verdad es que escribo veinte años después de aquellos sucesos; que ya soy vieja, y que a los viejos, como a los sabios, se les permite mudar de parecer"<sup>304</sup>.

Restablecido, pues, "el glorioso imperio de las *caenas*", podría considerarse concluída la versión histórica que Galdós da del Trienio, pero "faltaba la solución mía", dice Jenara. Al darla, ya en el plano simbólico, Galdós parece esperar a que se pasen "el 1º de octubre por la tarde y el día 2" para que, llegado el día 3, se pueda suponer conocida la reacción y represión absolutista, cuyo inmediato efecto se hace sentir en este Episodio, sin perjuicio de su expreso desarrollo en "El terror de 1824".

Jenara, como esa élite evolucionada, pasó los días 1 y 2 de octubre sumamente inquieta, "como el reo cuya sentencia no se ha escrito aún". Llegó, al fin, su "generoso galán francés" y le comunicó que Monsalud estaba "en salvo, a bordo de la corbeta *Tisbe*, que parte -le dice- esta tarde para Gibraltar"<sup>305</sup>. Se indica así el camino seguido aquellos días por la mayoría de los españoles más comprometidos<sup>306</sup>, y se enlaza con la ya aludida acción moderadora francesa, que resulta plenamente confirmada por Galdós al añadir Montguyon, refiriéndose a Monsalud: "Por sus antecedentes, debía ser condenado a muerte. Otros menos criminales subirán al cadalso, si no se escapan a tiempo. Yo le saqué anoche furtivamente de los Dominicos y le embarqué esta mañana. Ya no corre peligro alguno. Está bajo la salvaguardia del noble pabellón inglés." Resulta, pues, que, aun "furtivamente", el francés facilita el exilio y salvación de Monsalud, respondiendo a la

---

<sup>304</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1715-1716.

<sup>305</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1716.

<sup>306</sup> Además de las indicaciones de Vayo en este sentido (Op. Cit., T III, pp 163- 164), Mesonero Romanos dice expresamente que "los diputados y personas más comprometidas huyeron por de pronto a Gibraltar". ("Memorias de un setentón". Cit., p 247.)

doble motivación que el mismo Montguyon expresa así, tras las manifestaciones de gratitud de Jenara: "Además del servicio que a usted presto, creo cumplir un deber de conciencia arrancando una víctima a los feroces ministros del Rey de España"<sup>307</sup>.

Jenara, que todavía no conocía el Decreto del día 1 de Octubre, se muestra sorprendida de que Montguyon atribuya esas intenciones a los "ministros del Rey de España", que en el del día 30 había prometido "perdonar a todo el mundo", con lo que la doblez y vileza de este cambio de actitud se hace notar más aún: "¡Palabras de Rey prisionero! -le explica Montguyon- las palabras del déspota libre son las que rigen ahora. Su Majestad ha promulgado otro decreto que es la negra bandera de las proscripciones, un programa de sangre y exterminio. Innumerables personas han sido condenadas a muerte"<sup>308</sup>.

Este "programa" no parece, pues, ser asumido por el francés, que, además de procurar la huida de Monsalud y expresarse en dichos términos, comunica a Jenara que ha obtenido del "almirante inglés" "otro pasaporte" para que ella pueda embarcarse con Monsalud aquella "tarde, antes de las cuatro, a bordo de la Tisbe"; y en la misma línea, cual si, a la vez que se informa, se indicase el simbolismo del "pasaporte" y "orden" a favor de Jenara, asociando y equiparando dicha *orden* a los datos históricos, dice Montguyón: "me la ha dado con las que ponen en salvo a los ex-regentes Ciscar y Valdés, impiamente condenados a muerte por el Rey"<sup>309</sup>.

Insistiendo Galdós en esta actitud francesa, señala, además, que Montguyon se pone de acuerdo con la simbólica Jenara para recogerla, ya con su equipaje, "a las tres y media" y "conducirla a bordo del bote francés que me han facilitado -dice- dos guardias marinas

---

<sup>307</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1716.

<sup>308</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1716.

<sup>309</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1717. Refiriéndose Vayo a la reacción del "general Bourmont" al conocer esta sentencia dice que, "indignado el francés, y lleno de generosidad, participó al ex-regente Valdés la funesta nueva," y que, como Valdés no acertase a creerlo y dijese preferir "la muerte a la fuga", "Bourmont le condujo casi por la fuerza al navío del almirante Duperrè, mientras el conde Ambrugeac hacia otro tanto con Ciscar y Vigodet; y trasladados de allí a otro barco -añade Vayo- dieron la vela para Gibraltar" (VAYO, E. de C.: Op. Cit., T III, pp 163-164.) También Alcalá Galiano, recordando su peripecia personal, señala esa misma actitud diciendo que cuando ellos se embarcaron, "en la mañana del 3, (...) la escuadra francesa se había alejado de Cádiz con la evidente intención de dar franco y seguro paso a los que de allí huyesen". (ALCALÁ GALIANO, A.: "Memorias". Cit., T II, p 280.)



parientes míos"<sup>310</sup>. Con ello, agotando las cosas, hasta había de pasar Jenara, como los ex-regentes, por un barco francés para llegar a la Corbeta inglesa.

Pensando Jenara en su final unión a Monsalud, era tan feliz mientras preparaba su viaje, pese al exilio, que "me reía sola...", asegura. Esta "felicidad" de Jenara parece tener un mensaje claro: quienes podían irse, como ella, a vivir con Monsalud, con la libertad y demás valores revolucionarios, eran mucho más afortunados que quienes, quedándose en la España absolutista, los perdían. De ahí que la feliz Jenara, cual si se sintiera en parte culpable de aquella pérdida, recuerda entonces con remordimiento lo que hizo a Solita y, pensando en "la pobre huérfana viajera", dice entristecerse y reconocer que hizo "mal en engañar a aquella pobre muchacha...", que "todavía le estará buscando..."; si bien, como queriendo acallar su conciencia, se dice: "Pero yo también le busqué, yo también he padecido horriblemente..." Y al fin, entre expresiones parecidas, considerando que quizá no fue antes feliz, que no tuvo antes a Monsalud, por sus "atroces faltas...", concluye diciendo: "La felicidad hace buenos a los malos, y yo seré buena, seré siempre buena... Esta tarde, cuando le vea, le pediré perdón por lo que hice con su hermana..." Y, continuando su simbólico devaneo, añade: "¡Oh!, ahora me acuerdo de la marquesa de Falfán y torno a ponerme furiosa... No, eso sí que no puede perdonarse, no... Tendrá que darme cuenta de su vil conducta... Pero al fin le perdonaré. ¡Es tan dulce perdonar!... Bendito sea Dios, que nos hace felices para que seamos buenos"<sup>311</sup>.

Resulta, pues, que las tres principales amantes de Monsalud son recordadas aquí cual si a su simbólica pugna se atribuyese el forzado exilio de Monsalud, debilitado en cuanto Revolución por la producida simultáneamente, según hemos visto, entre las diversas parcialidades liberales.

Pero Jenara, corresponsable de este fracaso, tampoco había de disfrutar a Monsalud. En cuanto élite compleja, con tendencias absolutistas y liberales, hasta podría no serle propia la emigración con él. Tiene tendencia a ella, pero no se consuma. Sufre, sin embargo, la

---

<sup>310</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1717.

<sup>311</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., p 1717.

reacción, pues al dar las tres "una mano brutal golpeó mi puerta" -recuerda-. Era que quienes la habían visto en amorosa compañía de Monsalud venían a prenderla "de orden del Excelentísimo señor don Víctor Sáez, ministro universal de Su Majestad." Como tantos moderados, Jenara es alcanzada por aquella represión absolutista que, apresándola, impide entonces su unión con Monsalud, pero que, al truncar aquella evolución hacia los valores representados por él, produce una irritación de la tendencia a romper el dique que represa e impide la realización de aquellos valores, según indica Galdós con la furiosa lucha de Jenara y con la actitud que ésta recuerda al terminar así el Episodio: "Lleváronme..., ¿qué sé yo adónde? Por el camino..., ¡oh Satán mío!, ¡oh demonio injustamente arrojado del Paraíso!..., sentí el disparo de la corbeta inglesa al darse a la vela"<sup>312</sup>.

El relato simbólico termina, pues, con la pérdida que de Monsalud sufren sus enfrentadas amantes, al mismo tiempo que, en el histórico, los también enfrentados grupos liberales perdían su Revolución. Como ésta se exiliaba se exilia Monsalud, y el *imperio de las caenas* se hace sentir aquí sobre Jenara como en el plano histórico lo sufrían sus representados.

\* \* \*

## A MODO DE EPILOGO

Termina así el *Trienio constitucional*, pero no la revolución liberal española ni la segunda serie de Episodios Nacionales de Galdós. Esta no concluye hasta que, llegada su acción al verano de 1834, se dejan señaladas las bases y caracteres de la que sería tercera y definitiva fase de aquella.

En sus cuatro Episodios restantes -"El terror de 1824", "Un voluntario realista", "Los apostólicos" y "Un faccioso más y algunos frailes menos"- se va produciendo una paulatina, aunque tácita, integración de Solita en el grupo liberal. Su humanitario reparto de las cartas de exiliados revolucionarios que, con las suyas, le envía Monsalud, dará lugar

---

<sup>312</sup> "Los Cien mil Hijos de San Luis". Cit., pp 1717 y 1718.

a que, destacando la indiscriminada dureza represiva, sea encarcelada durante "*El terror de 1824*" junto con don Patricio Sarmiento -medio enloquecido por la muerte de su hijo Lucas y por la derrota liberal-, al que Solita ampara generosamente cuando regresa de Levante, y cuya idealizada y digna muerte en el cadalso sirve de contrapunto a la de Riego.

Librada Solita de la horca por intercesión de la semiarrepentida y siempre influyente Jenara ante el Rey, y declarada heredera de su *gloria* por Sarmiento, que la estima destinada a ser la esposa de Monsalud, se va confirmando el valor simbólico que le tenemos atribuido.

Ignorada en la acción de "*Un voluntario realista*", cuya *guerra de los agraviados* se desarrollaba sobre todo en Cataluña, Solita reaparece con fuerza en "*Los apostólicos*". Se muestra aquí su significativa integración, tras larga y sólida amistad, en la burguesa familia de don Benigno Cordero, con la que vivía, llamada a veces la "*Hormiga*" -en presumible alusión a las clases trabajadoras- ayudando al cuidado de su casa e hijos, cuando éste quedó viudo en 1826, y en la que siguió después, casi como una segunda madre, ayudada por *doña Crucita*, una hermana de don Benigno que accede entonces a vivir con ellos para que la honesta Solita no tuviera que irse o sufrir posibles murmuraciones por vivir sola con un viudo.

Desesperada Solita de que volviera Monsalud -al que llega a creer muerto cuando Pipaón deja de entregarle sus cartas-, y agradecida por la consideración y afecto que en esta familia recibe, acepta la proposición de matrimonio que don Benigno le hace el año 1831 y hasta rechaza a Monsalud, rogándole que no vuelva, cuando éste reaparece, al fin, aprovechando la tolerancia que se produce por entonces con la llegada de *la francmasona* M<sup>a</sup> Cristina, el nacimiento de la futura Isabel II y, sobre todo, con los *sucesos de La Granja*, cuya motivación, ambiente y desarrollo, en septiembre de 1832, es el principal asunto de dicho Episodio.

Pero precisamente estos hechos hacen coincidir en La Granja a don Benigno, que va en busca de una firma para completar los papeles previos a su boda con Solita, y a Monsalud, que también necesitaba otra firma para heredar la fortuna de un familiar, que había ido a parar a manos eclesiásticas.

Las conversaciones de ambos allí, prolongadas porque don Benigno se rompe una pierna y permanece en aquel lugar, cuidado por Monsalud, dan ocasión, ya en "*Un faccioso más y algunos frailes menos*", a que don Benigno sepa que también Monsalud querría casarse con la que él creía desamparada Solita, que aquel "don Salvador o don *Condenador*" -según le llama con disgusto el frustrado don Benigno, en una de las aclaraciones sobre simbolismos en que abunda este Episodio final de la serie- la valora y quiere tanto como él.

Profundamente preocupado por ello, el honrado Benigno lo acaba hablando con Solita, se entera por ésta de que, según sospechaba el lector, estaba enamorada de Monsalud desde el Trienio y, comprendiendo el sacrificio de Solita, el bravo Cordero sublima, a su vez, su amor y renuncia a aquella boda, fundada sobre todo en el aprecio, la gratitud y la amistad.

Esta decisión, tomada el día 30 de septiembre de 1833 -el siguiente al de la muerte de Fernando VII, que coincide, además, con el simbólico hundimiento de la casa del apostólico don Felicísimo Carnicero, conocida y descrita como "la casa del absolutismo", y otros hechos similares-, marca el inicio de una nueva época<sup>313</sup>. Con ella resulta que el representante de la burguesía, don Benigno Cordero, media para que se logre la unión de Solita y Monsalud, representantes, respectivamente, de las desmovilizadas clases modestas y de la Revolución. Media hasta representar a Monsalud en su boda con Solita, que "a fines de junio de 1834", se hace al fin, *por poderes* debido a que Monsalud tuvo que salir urgentemente para evitar que Carlos Garrote -al que ya sabe: hermano de padre por la carta que su madre le dejó al morir, en manos de Solita,- fuera ejecutado por los *cristinos*, de los que estaba prisionero<sup>314</sup>. Este será uno de los numerosos y simbólicos intentos conciliadores que, a la vez que el representado en el plano histórico por el *Estatuto Real*, se producen entonces en el novelesco. Pero, simbólicamente también, esto es en vano, porque Carlos Garrote, tras una serie de peripecias que facilitan las referencias de Galdós

---

<sup>313</sup> "Un faccioso más...", Cit., T II de Ep., p 745.

<sup>314</sup> "Un faccioso más...", Cit., T II de Episodios, especialmente p 766.

a la fase inicial de la guerra carlista, muere en Elizondo rogando a su hermano Monsalud que diga a Jenara que no la ha perdonado, porque "hay ofensas -dice- que no se pueden perdonar"; y añade al expirar: "Ni a tí tampoco"<sup>315</sup>.

Queda, pues, abierta la simbólica guerra fratricida, de igual modo que, en el plano histórico, lo estaba aquella "rivalidad" entre "las dos ideas cardinales" de "Tradición y Libertad", que, según el mismo Galdós, habían encontrado entonces "un hecho en que encarnarse: la sucesión"<sup>316</sup>. Porque, como ya había aclarado Galdós, la "Pragmática Sanción del 29 de marzo del 30, origen inmediato de varias guerras crueles," era el "pretexto -negrilla nuestra- de esa horrible contienda histórica, secular, característica -y de aquí la importancia que Galdós le concede en sus Episodios- del genio español del siglo XIX, y que -además, parece explicar Galdós en 1879,- no ha concluído, no, aunque así lo indiquen las treguas -como la de 1876, cabe pensar,- en que el pérfido monstruo toma aliento." "Esa batalla grandiosa -continúa Galdós, destacando larga y respetuosamente sus motivos, caracteres e implicaciones- en que han peleado con saña los ideales hermosos y las tradiciones poéticas, los entusiasmos más firmes y las ranciedades más respetables, los intereses más nobles y los más bastardos, mezclándose en una y otra parte el legítimo anhelo de la reforma con la terquedad de la costumbre, el vuelo del pensamiento con la exaltación de la fe; esa batalla, digo, trabada hace tiempo en el corazón y en el pensar de España, tarde o temprano había de venir al terreno de las armas. Así tenía que ser por ley ineludible. Quiso el cielo que nuestra revolución fuera larga, sangrienta, toda compuesta de fieros encuentros, heroísmos, infamias y martirios, como una gran prueba; quiso que se desataran las pasiones en una guerra sin fin, empezada, concluída y vuelta a empezar y concluir en larga serie de años de zozobra.

"Hay pueblos que se transforman en sosiego, charlando y discutiendo con algaradas sangrientas de tres, cuatro o cinco años, pero más bien turbados por las lenguas que por las espadas. El nuestro ha de seguir su camino con saltos y caídas, tumultos y atropellos.

---

<sup>315</sup> "Un faccioso más...", Cit., especialmente p 764.

<sup>316</sup> "Los apostólicos". En O.C. Aguilar, Madrid, 1976, T II de Eps., p 587.

Nuestro mapa no es una carta geográfica, sino el plano estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es un pueblo, sino un ejército. Nuestro Gobierno no gobierna: se defiende. Nuestros partidos no son partidos mientras no tienen generales. Nuestros montes son trincheras, por lo cual están sabiamente desprovistos de árboles. Nuestros campos no se cultivan, para que pueda correr por ellos la artillería. En nuestro comercio se advierte una timidez secular originada por la idea fija de que *mañana* habrá jaleo. Lo que llamamos paz es entre nosotros, como la frialdad en física un estado negativo, la ausencia de calor, tregua de la guerra. La paz es aquí un prepararse para la lucha, y un ponerse vendas y limpiar armas para empezar de nuevo"<sup>317</sup>.

Esta continuada contienda, en la que se integran las luchas del Trienio, es una preocupación central -la preocupación central, quizás,- de la obra de Galdós, cuyo anterior diagnóstico del mal de España cobra especial sentido si se tiene en cuenta que se hace el año 1879, cuando Sagasta trabajaba por construir el Partido *fusionista* que, mediante la práctica del *turno pacífico* con Cánovas, había de intentar superarla.

Y el mismo sentido parece tener el desenlace que Galdós da a esta segunda serie de Episodios, en el que Monsalud, tras dar sepultura a su hermano, regresa a Madrid, el 22 de julio de 1834, decidido a retirarse de la lucha política y a disfrutar de la "felicidad doméstica" que le asegura su matrimonio con Solita. Un matrimonio en el que Monsalud, ya maduro, parece evocar esa revolución que Martínez de la Rosa decía ver en una *matrona* sensata y no en una *bacante* desenfrenada; en el que parece poner menos ardor y pasión que en sus juveniles relaciones con Andrea -la parcialidad revolucionaria, que ya no reaparece aquí, aunque si lo hace su marido, el Marqués-, o con Jenara, cuyo simbolismo se muestra también confirmado en las numerosas referencias de que es objeto: tanto en "Los apostólicos" como en "Un faccioso más...", Jenara mantiene en su casa una elitista tertulia que en política se considera identificada con el *Estatuto* y con el doctrinarismo moderado, y en la que se cita especialmente a Martínez de la Rosa. Tertulia que Jenara cierra al irse de Madrid, el día "16 de julio de 1834", aterrada por la epidemia

---

<sup>317</sup> "Los Apostólicos". Cit, pp 586-587.

de cólera<sup>318</sup>, desapareciendo así de la escena, aunque su vida se dice prolongada, "llena de accidentes" e *intrigas*, hasta que, significativamente, "murió de repente hacia el último tercio del 68", cuando la Septembrina revolución de 1868 introduce la tendencia al sufragio universal y a la democracia, tan contrarios al anterior espíritu de élite que Jenara representaba<sup>319</sup>.

Así, pues, aunque Jenara se mantiene importante e "intrigante" hasta 1868, ya desde 1834 se produce la incorporación de Solita, menos brillante pero más auténtica y, como representante de clases más modestas y numerosas, más lógico y legítimo albergue de la Revolución. De una *Revolución* que, según decíamos, se concibe ya menos apasionada, más constructiva y apegada a los valores de lo cotidiano, representados por Solita y por ese Monsalud que se retira a ella con cierto excepticismo de lo demás, de su propio ser revolucionario anterior, y -como Lázaro en "la Fontana de Oro"- confiado sólo en el trabajo y en una evolución reformista, que, aun pareciendo más lenta, sería más definitiva.

De ahí que, ya en su casa, y comentando con don Berigno sus creencias y actitudes, parece rechazar ese fanatismo que le impulsó a defender con violencia las propias ideas, asegurándole "que no esperaba ver en toda su vida -según parece entender Galdós que había ocurrido hasta 1879- más que desaciertos, errores, luchas estériles, ensayos, tentativas, saltos atrás y adelante, corrupciones de los nuevos sistemas, que aumentarán los partidarios del antiguo; nobles ideas bastardeadas por la mala fe, -concluye, reiterando lo ya dicho años antes en "La Fontana de Oro" y en "El Grande Oriente", - y el progreso casi siempre vencido en su lucha con la ignorancia" <sup>320</sup>.

Monsalud tiene fe en el progreso, pues considera que se va hacia "los días mejores", aunque éstos se hallan todavía muy lejanos. Pero en 1834 pronostica -según estima Galdós

---

<sup>318</sup> Galdós sitúa en esta fecha la matanza de frailes, supuestos envenenadores de las aguas de Madrid, aunque, según le comunica un lector anónimo, esta "frailada no fue el día 16 sino el 19 de Julio". Cfr. Carta reproducida en FAUS SEVILLA, P.: Op. Cit., p 314.

<sup>319</sup> "Los apostólicos". Cit., especialmente pp 585-586 y "Un faccioso más..." Cit., especialmente pp 773-775 y 786.

<sup>320</sup> "Un faccioso más...", Cit., T II de Episodios, p 785.

en 1879- que "la reforma será lenta, porque el mal es grave y profundo, y sólo se ha de curar trabajándose a si mismo"<sup>321</sup>.

Estas ideas de reforma, de tiempo largo, de trabajo, de autocrítica, y con ellas la de educación, son la base de la actitud a que sus vivencias revolucionarias llevan finalmente a Monsalud, como antes a Lázaro, y, así mismo, del mensaje que la obra de Galdós contiene en favor de la evolución, para que la revolución, siempre traumática e ineficaz, no se sienta necesaria. Un mensaje dirigido sobre todo a quienes tienen poder para impulsar esa evolución, responsables principales si no de los traumas revolucionarios que provocan con su egoísmo.

---

<sup>321</sup> "Un faccioso más...". Cit., T II de Ep. p 785.



## CONCLUSIONES

De cuanto llevamos dicho se deduce que el Trienio Constitucional es objeto de atención preferente de Galdós, que al dedicarle expresamente su primera novela publicada, cuatro de sus Episodios y un drama, -además de otras numerosas referencias complementarias sobre él y sobre su situación en el tiempo- proporciona una significativa imagen de este período y de sus propias actitudes respecto a las diversas cuestiones que en dicha imagen se suscitan. Se trata, pues, de una muestra válida para el estudio de lo hecho por Galdós en un caso práctico.

Las substanciales coincidencias de dicha imagen con la *Historia de Fernando VII de España* atribuida a Vayo vienen a confirmar que esta obra -repetidamente aludida por Galdós como *guía* de su primeros veinte Episodios- es aquí su principal fuente escrita de conjunto. Esto no obstante, junto a la gran utilización que de ella creemos haber demostrado -y junto a otras fuentes escritas ya señaladas en estudios anteriores-, hay que destacar el especial y abundante empleo, descubierto con gran satisfacción en este trabajo, de las obras siguientes:

- *Memorias de Juan Van Halen*, cuya utilización parece ya probable en "El equipaje del rey José", pero especialmente relevante en "La segunda casaca"; y ello, no sólo por

la información histórica que de él se toma, sino también, según hemos señalado, por la coincidencia de algunas circunstancias y aventuras que Van Halen relata de sí mismo en sus Memorias y las atribuidas luego por Galdós a Monsalud en términos casi literalmente iguales.

- *Pintura de los males que ha causado a la España el Gobierno absoluto de los dos últimos reynados...*, de D. José Presas, que contiene gran parte de los retratos de personajes históricos pintados por Galdós en "Memorias de un cortesano de 1815" y en "La segunda casaca".

- *Cartas a lord Holland*, de Manuel-José Quintana, cuya utilización en todos los Episodios relativos al Trienio resulta sobre todo notable en "El Grande Oriente" por los párrafos que de la *carta quinta* copia en él Galdós.

Por otra parte, se confirma claramente para estos veinte Episodios el empleo de la que Galdós llama "*Historia de la Masonería*, por D. Vicente Lafuente", de las obras escritas de Mesonero, Larra, Miñano, Gallardo,... y, entre las "otras historias" a que Galdós se refiere al citar las de éstos, se estima probable el de los *Apuntes* de Miraflores, las *Memorias* de Santillán, los *Recuerdos de un anciano* de Alcalá Galiano, la *Historia General de España* de Modesto Lafuente y ciertos textos de Martínez de la Rosa, especialmente *El espíritu del siglo*. Todo ello sin excluir el de la *Historia de España* de Dunham, cuyas "anotaciones" por Alcalá Galiano cita Galdós ya en *La Fontana de Oro*, y el de otras fuentes *informadoras e inspiradoras* señaladas en el desarrollo del texto como ya conocidas.

Mención especialísima corresponde entre sus fuentes orales a Mesonero, según muestran las cartas y demás testimonios del mismo Galdós; pero, como también se ha indicado, no hay que olvidar a otros *vejestorios* entre los que se cuentan sus propios padres.

Además, junto a las fuentes iconográficas, viajes, etc., que le señala Hinterhäuser, el entorno familiar y social que Galdós pudo observar directamente deviene, como él mismo indica alguna vez, en fuente importante de incluso esta parte *histórica* de su obra; pues, dada la proximidad del *ayer* a que se refiere, todavía seguían vivos muchos de los procesos y aspectos de tiempo largo que incluye la *Historia integral* a que Galdós tendía.

Esta tendencia a la *Historia integral*, que quiere reproducir los *hechos como se dan en*

*la vida, como en la Naturaleza*, se insinúa ya en *La Fontana de Oro* y, según hemos demostrado en nuestro capítulo primero -pensamos que por primera vez-, es claramente enunciada por Galdós mismo al comienzo de cada una de sus cinco series de Episodios Nacionales, lo cual indica el interés, hondura y firmeza con que dicho concepto y tendencia se mantiene en toda su larga vida productiva. Por otra parte, la formulación teórica de esta tendencia se viene a corresponder con lo que, según se ha dicho en este trabajo, efectivamente se halla en su obra sobre el Trienio.

Pero además, en ese deseo de reproducir los hechos y procesos *como se dieron en la vida* no sólo hay que destacar la tendencia galdosiana a la *totalidad*, sino también a la *veracidad*, a la historicidad. Se trata de mostrar toda la verdad, todo lo que contribuye en grado relevante a comprender la vida y devenir social. Es decir, se trata de una veracidad integral en la que parte de la historia se expresa en forma novelesca.

La eficacia expresiva de la novela parece aplicada, con afán pedagógico, a potenciar las enseñanzas propias de la Historia, a cuyo servicio se pone. En este sentido, podría decirse que Galdós crea acciones novelescas que representan, típica o simbólicamente, la historia del Trienio, de modo que en las obras analizadas la ficción es polivalente y que, al margen de su posible estudio como propiamente ficción, se le puede considerar un especial procedimiento expresivo. Su afán de mayor expresividad parece tener algo en común con el que impulsa a los más reconocidos historiadores a ilustrar sus textos con fotografías, pinturas, cuadros de datos, gráficos, esquemas, etc. que no buscan a veces sino comunicar más precisa y eficazmente el mensaje contenido en dichos textos. Aunque Galdós, a diferencia del historiador, recurra a la ficción, su mensaje es también el que encuentra en la realidad histórica. Esto parece fundamental en la obra de Galdós, pues sólo partiendo de la verdad histórica pueden deducirse con acierto sus resultados. La situación *presente* sólo puede resultar de sus verdaderas raíces; y sólo desde el conocimiento de éstas -no desde el de las falsas- se entiende previsible, en alguna medida, la tendencia a repetir los comportamientos considerados habituales. Esta posibilidad, y su aplicación a lo que se estima progreso humano, es lo que parece el principal sentido de la obra de Galdós y, en particular, de sus referencias al Trienio Constitucional, cuyo interés se dice ver en que es

una fase crucial de un proceso inacabado y en que muestra ciertas semejanzas con la propia época del autor.

Es decir, los elementos de la imagen histórica del Trienio implican comportamientos que Galdós propone como ejemplos que imitar o rechazar. Así, al referirse a los antecedentes de la Revolución que lo introduce, Galdós se hace eco de la atracción ejercida por las ideas liberales -establecidas ya ilusionadamente entre 1808 y 1814, aunque todavía combatidas en su propia época,- y destaca la ceguera e ingratitud de la excluyente y violenta reacción absolutista de dicho último año. Esta se muestra un triste triunfo de los Garrote sobre los Monsalud que, según refleja Galdós en el lenguaje simbólico señalado ya en este trabajo, hará desgraciados a todos los protagonistas, incluida Jenara, que, como la élite social española, rompe entonces con Monsalud (la Revolución), por su tinte afrancesado, y queda sujeta a *Garrote* (brazo armado del absolutismo), con quien se casa.

Dicha reacción absolutista se muestra deslegitimada por Galdós ante sus coetáneos desde el momento mismo en que los líderes liberales, cuya digna imagen se destaca, son encarcelados, con alevosa nocturnidad, por las fuerzas armadas de Eguía, ayudado por el oportunista Bragas de Pipaón. Pero esta deslegitimación se agrava, además, por la febril búsqueda de papeles con que se pretende justificar una represión política previamente decidida y por el régimen de contrarrevolución preventiva -con su Inquisición y, temporalmente, su ministerio de Seguridad Pública- que, tras ello, se muestra establecido.

A estos hechos se une la ineptitud y corrupción que, siguiendo a Presas y a Vayo, destaca Galdós detalladamente en los más diversos actos, instituciones y gobernantes; el obscurantismo con que se protegen estos vicios del ejercicio del Poder, y el Poder mismo; y el hecho de que este Poder no sólo conlleva limitaciones que se estimaban un atentado contra la dignidad humana, sino también unas estructuras económicas y sociales que resultan incompatibles con el sentir de la época y con las propias necesidades del Estado. Ello se muestra especialmente notable por la pérdida de *las Américas*, cuya recuperación se intenta en vano, y aun con efectos contraproducentes, mediante la oscura compra de barcos rusos y con la preparación del *Ejército Expedicionario* que acabaría protagonizando la Revolución de 1820. (Ver sobre todo esto nuestro Cap. 2).

El ejemplarizante rechazo que hacia aquellas realidades históricas se muestra en los criptoliberales que conspiran en las sociedades secretas -entonces justificadas por Galdós como única posibilidad- tiene también su eco simbólico en Jenara, que lo refleja igualmente, aunque ocultándolo también en lo posible, hacia el comportamiento y talante de su marido, *Garrote*, y de su abuelo, Baraona, a la vez que se le siente cada vez más propicia a Monsalud.

Esta actitud de Jenara contribuye poderosamente -y a ello parece destinada por Galdós- a legitimar ante el lector la Revolución representada por Monsalud, al que el día 9 de marzo de 1820, a la vez que triunfaba la Revolución y moría el absolutismo representado por Baraona, se le ve apoyar frente a *Garrote*.

Pero ya la modorra política que, como un grave efecto de *tres siglos de absolutismo*, se observa en el medio rural, y que todavía se mantenía y preocupaba grandemente en la época de Galdós; la limitada extensión social -también de actualidad en su presente- del grupo revolucionario, aunque en él se dice la crema de talentos, armas y riquezas; la escasa capacidad que Galdós atribuye a los jefes de la inicial sublevación militar; la incorporación a la Revolución de oportunistas como Pipaón y del mismo Rey que, forzado a ello, había de encabezarla; y la actitud hostil de *Garrote* y sus amigos, son otros tantos problemas de los que Galdós parece avisar a los revolucionarios del sexenio 1868-1874 para que, en su operación restauradora, eviten su total frustración con cautelas que los del Trienio no tomaron.

Centrado ya en el Trienio Constitucional, Galdós parece mostrar inicialmente los errores de los revolucionarios, sus egoístas e incautas divisiones ante el común enemigo absolutista. Especial responsabilidad se atribuye en ello a las sociedades secretas y patrióticas, de las que, según puede verse en nuestro capítulo tres, hace Galdós un amplio y detallado análisis en el que destaca, con acierto y fidelidad histórica reconocidos por prestigiosos especialistas actuales, su extraordinario desarrollo, origen, tipos, naturaleza, símbolos, terminología, ritos, estructura, composición social, ideología,... y, sobre todo, sus particularidades españolas, su politización, su tendencia a la movilización callejera y su perturbadora mediatización de los Poderes públicos.

La acción de estas sociedades se ve repercutir, además, en otros factores de putrefacción interna del sistema constitucional. Ellas acentúan las discordias y escisiones producidas en la familia liberal respecto a cuestiones -disolución del Ejército de la Isla, limitación de las mismas sociedades *patrióticas* y algunas otras- que implican intereses y talentos liberales contrapuestos -según se hace notar en las referencias a la desafortunada gestión de Riego en Madrid durante los primeros días de septiembre de 1820- y que van empeorando las ya difíciles relaciones de los *ministros* con el Rey, a la vez que debilitan a aquéllos frente a éste.

El comportamiento del Rey con su *Gobierno*, que suele considerarse constitucionalmente correcto hasta después de haber sufrido coacción *gubernamental* para que sancionase la Ley de Reforma de Regulares de octubre de 1820 a que, constitucionalmente, se resistía, aparece en la obra de Galdós, como en otros importantes testimonios ya indicados, marcado siempre por la doblez; pero Galdós destaca también el pernicioso ejemplo y consecuencias de ese tipo de coacciones y connivencias gubernamentales, que, además de dar lugar a la irritación Real y desencadenar procesos como el que lleva al nombramiento de Carvajal y a los deprimentes insultos con que el Rey sería recibido el 21 de Noviembre a su regreso de El Escorial (Ver nuestro Cap. 3), se muestran también origen de la posterior carencia de autoridad del Gobierno frente a los *excesos* de los *exaltados*.

Galdós señala así mismo la incidencia que en estos problemas tiene la inadecuación de la Constitución de 1812, pero no parece percibir -ni tampoco sus coetáneos- que tal inadecuación consistía en la institución de una Monarquía hereditaria y presidencial a la vez.

Sí destaca, en cambio, la parte que en tales enfrentamientos correspondía a la carencia de educación, que facilitaba la manipulación popular y que, como en la época del autor, fue objeto de entusiastas proyectos encaminados a superarla y a facilitar la difusión de los nuevos valores, pero que en el Trienio se muestra *bastardeada* por la politización y parcialidad con que se aplica, además de limitada por la carencia del tiempo largo preciso para cambiar los hábitos.

Tanto éste como los otros factores de putrefacción interna se muestran consubstanciales

a todo proceso revolucionario, siempre trastornado por los desacuerdos relativos a la nueva ordenación social, la inexperiencia de los nuevos gobernantes, las escisiones y luchas internas por un Poder no consolidado, los naturales desfases entre las nuevas instituciones y la lentamente cambiante mentalidad, el abandono de las obligaciones cotidianas por los afanes revolucionarios, la egoísta traición particular de ideales comunes, los desproporcionados y violentos medios utilizados para consolidar la situación, los imperiosos condicionamientos -sociales o personales- del pasado, etc., etc., de modo que el mismo procedimiento revolucionario -tan desacreditado cuando Galdós escribía esto- se muestra ineficaz y rechazable como medio de lograr la felicidad social.

Así lo indica Galdós con sus referencias directas a hechos de historia externa como el ambiente de anárquica violencia en que se desarrolla el proceso contra Vinuesa, las interesadas amenazas/promesas iniciales de pena de muerte con que desde las sociedades y los medios gubernamentales, temerosos de las *partidas*, se azuza ese ambiente, la sustitución del primer Ministerio por el Rey, tras su Discurso de la Coletilla, y la estulta, medrosa o culpable pasividad con que el nuevo (Ministerio) posibilita el asesinato de Vinuesa en la cárcel; lo indica también con la implicación de estos hechos en la acción novelesca, que no sólo se integra en dicho ambiente con la febril participación de los Sarmiento, Pujitos y otros, o con la crítica actitud de Monsalud, sino que se construye sobre la simultánea detención de Gil de la Cuadra, con lo que ésta conlleva de grave compromiso del obligado Monsalud hacia él y hacia su hija Solita, y da lugar, según vimos (Cap. 3), a la dolorosa y simbólica pérdida de Andrea, la más querida fuente de realización de Monsalud como hombre, al mismo tiempo que la Revolución simbolizada por él se muestra en proceso de deterioro. Proceso en el que Galdós va marcando coincidencias en los planos histórico y simbólico con dicho cese del Ministerio el mismo día en que Monsalud conoce el compromiso de boda de su amada Andrea con el *Marqués de Falfán*; con la sacrificada renuncia de Monsalud a la arrepentida Andrea cuando la Revolución parece renunciar a parte de sus ideales en aras de cuestiones de Estado; con las comunes y frustrantes limitaciones que por carencias educativas se ve sufrir a Monsalud y a la Revolución; y con la culminación de dicho proceso, en uno y otro plano, cuando la

Revolución sufre -a manos de representantes suyos que así pretendían favorecerla- el desdoro del asesinato de Vinuesa a la vez que Monsalud sufre la sensación de ser culpable y merecer el rechazo con que Gil de la Cuadra -a quien intentaba favorecer- procura alejarle de sí al conocer el daño que de aquella amistad le ha resultado en otros casos. (Véase Cap. 3). Así, la frustración de Monsalud, producida a pesar del autosacrificio y empeño puesto en su empresa, viene a reforzar la idea, que parece un mensaje fundamental de Galdós a sus lectores, de que la Revolución suele ser, además de traumática, ineficaz para lograr los ideales a que aspira.

Este era ya, por otra parte, el mensaje lanzado por Galdós en *La Fontana de Oro*, cuyos protagonistas, Lázaro y Clara, se ven obligados a huir -en el desenlace más feliz de dicha novela- de las pasiones revolucionarias manifestadas en la *batalla de Platerías* y época subsiguiente para lograr su felicidad en una vida ordenada y laboriosa.

Del tratamiento que Galdós da a estos dos significativos hechos -el asesinato de Vinuesa y la *batalla de Platerías*- se concluye también que valora y aconseja la firmeza gubernamental para encauzar y controlar la revolución -si ésta ha resultado inevitable-, pues condena sin paliativos la débil e incomprensible pasividad general, y en especial de Valdemoro, ante el anuncio e indicios de que se iba a intentar aquel asesinato y valora muy positivamente la firme actitud de Feliú frente a la oleada anárquica en que se inscribe dicha *batalla*. La caída que, pese a ello, sufre éste, se atribuye a la doblez del Rey, jefe del Ejecutivo, y al egoísmo o error de quienes en las Cortes y en la calle apoyaron aquel movimiento anárquico o condenaron la actitud del *Gobierno* ante él. (Cfr. nuestro apartado último del Cap. 3).

La existencia y desastroso efecto de este doble frente contra el *Gobierno moderado* -reproducido por carlistas y cantonalistas en la época de Galdós- viene a ser también una de las principales conclusiones internas a que conducen sus referencias a los frustrados intentos conciliadores -tachados de *pasteleos*- de Martínez de la Rosa, en los que aparece destacada la continuidad de esos que Galdós llama *365 motines* constitutivos del año 1821 y que en la primavera de 1822 parecen cristalizar y agravarse con una especie de institucionalización en las Cortes, donde se destaca la presidencia -inicial- de Riego



y la esperpéntica entrada -anterior, aunque diversa, de la entonces reciente de Pavía- del *segundo batallón de Asturias* en ellas para recibir un homenaje que, en último término, se ve destinado a satisfacer la vanidad del mismo Riego y a proclamar y realzar el mérito y fuerza revolucionaria de los *veintenos*. Vanidad que parece asociarse al grupo *exaltado*, donde la acusa también el duque del Parque, en sus pueriles ansias de lucirse como orador, y la misma Asamblea, de mayoría exaltada, dedicada a disponer entre gritos y alharacas homenajes y honores para sus partidarios y símbolos en lugar de atender a los graves problemas del país. Además, la presidencia de Riego se contrapone -en cuanto significaba *exaltación*- a la que en el Gobierno ejercía el moderado Martínez de la Rosa, cuya frustrada *revolución posible* se muestra casi tan obstaculizada por las *demasías* exaltadas como por las intrigas y partidas *realistas* que, estimulándolas, la identificaban luego con ellas y, aprovechando el debilitamiento y escándalo resultante, la combatían más radical, decisiva y peligrosamente por el otro extremo.

El lector advierte que esta creciente amenaza absolutista, claramente reflejada por Galdós en sus referencias a la proliferación de *partidas* eclesiástico-realistas, a los chispazos insurrectos de algunos cuerpos o grupos militares y a la arrogante actitud e intrigas de la Guardia Real, era en todo momento la principal amenaza del sistema liberal. Así lo habían mostrado ya los hechos cuando Galdós escribía. Pero, dando esto por supuesto, Galdós destaca el pernicioso efecto que en la familia liberal producían las desavenencias y parece recomendar el afán conciliador de Martínez de la Rosa, su deseo de integrar a los realistas, y no el afán excluyente y dominador por el que los *exaltados*, correspondiendo a una actitud semejante de los absolutistas, tendían a enfrentarse con éstos en una especie de mutuo hostigamiento que en el Madrid cortesano -donde se desarrolla principalmente la acción que de aquella primavera muestra Galdós- resulta especialmente notable por los constantes encuentros entre guardias Reales y milicianos.

La importancia que en el fracaso del Trienio atribuye Galdós a estos extremismos, y su deseo de hacerla notar a sus coetáneos, se advierte además en su recurso a la expresión novelesca con que la reitera y refuerza. Esta parece la finalidad de las referencias de Galdós a la febril vigilancia de que el exaltado Sarmiento hace objeto a Gil de la Cuadra

-que ya antes de conspirar con Vinuesa dice haber sufrido *tres palizas* de los milicianos de su pueblo-; y si esta vigilancia parece resultado de que, por una especie de desnaturalización ambiental, Sarmiento se ha *mutado* de pacífico maestro en miliciano armado y violento, se muestra también que no faltaban motivos de temor, pues si el hundido Gil de la Cuadra era inofensivo, la llegada de su sobrino Anatolio, para casarse con Solita y entrar en la Guardia Real, le hace cobrar nueva vitalidad, que, simbólicamente, durará tanto como la que el absolutismo experimenta hasta que la Guardia sublevada -previa conspiración en aquella misma casa- es derrotada. (Véase nuestro capítulo 4).

En cuanto a la realidad y modos de este lenguaje simbólico de Galdós, que es una conclusión fundamental, en si misma y para conocer lo que Galdós dice sobre el Trienio, parece también destacable la significativa y creciente inclinación que hacia Monsalud, representante de la Revolución, muestran Jenara -símbolo de la élite social española, que todavía conspira con el bando *realista* aunque gusta de estar con Monsalud,- y Solita, cuya representación de las clases modestas parece explicar que, según exigía la verdad histórica, sea privada, todavía, del control que sobre Monsalud atribuye Galdós a la compleja, contradictoria y egoísta Jenara. Sin embargo, tanto como la afanosa posesividad de ésta, el callado amor de Solita por Monsalud -al que recurre, además, una y otra vez buscando una salida para librarse de su desoladora boda con Anatolio- indica con claridad de qué lado muestra Galdós las, legitimadoras, preferencias sociales así representadas.

La carga emocional que estas preferencias conllevan en pro del liberalismo se asocia a las referencias directas que al mismo hace Galdós, ya con clara simpatía, al ocuparse de los hechos históricos y contraponerlo a los intentos absolutistas de aquellos días. Así, producida -al parecer prematuramente- la sublevación de los Guardias con los sucesos que el día 30 de junio de 1822 subsiguen a la clausura de las Cortes, dicha emoción tiende a unirse y dar realce a la ejemplarizante gesta del pueblo madrileño en defensa de esa Libertad que todavía veía Galdós amenazada en 1876-1877. A ello contribuye, por su enlace con el hilo novelesco-emocional, el hecho de que Solita, en su tenaz y simbólica búsqueda de Monsalud, se vea envuelta por esas gentes populares que luchan por la

Libertad y celebran su triunfo. Mientras tanto, y bien al contrario, las referencias al absolutismo reflejan, y suscitan, antipatías o rechazos. La imagen de Fernando VII mirando entre sus cortesanas -*como la serpiente entre las flores*- aquella acción de sus Guardias contra el pueblo madrileño y la que, al ser derrotados éstos, le muestra en el balcón de Palacio animando a Morillo contra ellos son, junto a otras muchas que recogemos en nuestro capítulo 4, buenos ejemplos de ello.

Pero si esta preferencia social por el liberalismo -con evidente eco en la época de Galdós- viene a condenar los intentos de restablecer el absolutismo que en el Trienio se producen -y cuya versión historiográfica reproduce fiel y detalladamente el mismo Galdós (Véase nuestro Cap. 4)- las simpatías de éste suelen decantarse por las conductas moderadas y razonables. Así, preparada la defensa de Madrid en previsión del asalto que los cuatro batallones de Guardias retirados a El Pardo acabarían intentando, es notable la valoración favorable que Galdós hace del comportamiento del general Morillo cuando éste se enfrenta con Riego para evitar el descabellado ataque que *el Héroe de Las Cabezas* pretendía acaudillar contra los Guardias que habían quedado en Palacio; y, de igual modo, la moderada opinión del inefable don Benigno Cordero, siempre deseoso de evitar en lo posible la violencia, queda enaltecida y asociada con la heroica valentía demostrada el 7 de Julio en el *Paso de Boteros*, que se contrapone entonces, además, expresamente, a la rechazable brutalidad que la exaltación fanática producía en don Patricio Sarmiento.

Preferencias moderadas que son, así mismo, sugeridas por Galdós al referirse a la situación *exaltada* resultante del triunfo popular del 7 de Julio, donde se critica la falta de experiencia y de preparación de quienes exigieron ser los nuevos *ministros* y su tendencia a premiar con cargos públicos ciertos ruidosos servicios callejeros, pero, sobre todo, su desmesura, que se manifestaba tanto en desproporcionadas celebraciones y banquetes como en aparatosas entrevistas de reconciliación entre Riego y el Rey o en la persecución de que se hace objeto a San Martín y a otras personas.

En el plano simbólico que hemos señalado al "7 de Julio", es éste un momento en que, en cierta correspondencia con los hechos históricos, Solita, representante de las clases humildes y desmovilizadas que al ser derrotado el absolutismo quedan acogidas a la

Revolución, se acoge al morir su padre al amparo de Monsalud, en cuya casa pasa a vivir y con cuya unión llega a hacerse algunas ilusiones que, como en el caso de dichas clases respecto a la Revolución, se verán frustradas, pues entonces se produce el viaje a Cataluña que, con su absorbente posesividad, impone a Monsalud la simbólica Jenara, que es quien, de acuerdo con el escaso alcance social que en este sentido tiene aquel cambio de situación política, sigue dominándolo (Capítulo 4).

Galdós, en "Los Cien mil Hijos de San Luis", refleja fielmente que la nueva situación no conlleva una mayor movilización y popularización revolucionaria, sino una más arrogante y excluyente actitud de los gobernantes ante sus enemigos que ocasiona, por una parte, una mayor crueldad en la guerra civil, especialmente destacada -y deslegitimada con la repetida premonición de que *la Constitución será vencida*- en la seguida por Mina y Rotten en Cataluña; y, por otra, una mayor irritación de las ya *amostazadas* Potencias extranjeras, que con ello se deciden a intervenir. (Véase nuestro capítulo 5).

Así, en la fase final del Trienio se muestran acumulados esos tres factores a que se atribuye su fracaso: la putrefacción interior del sistema liberal, representada especialmente en "El Grande Oriente" pero continuada en los recién evocados comportamientos y circunstancias; la acción absolutista española, señalada sobre todo en el 7 de Julio madrileño pero ejercida ya antes en otros lugares de dentro y fuera de España y prolongada hasta el final en dicha guerra civil; y la intervención extranjera, ya iniciada anteriormente de modo diverso pero especialmente característica y decisiva ahora.

Son tres factores que, de acuerdo con las ya señaladas fuentes historiográficas de Galdós, explican el fracaso del Trienio, pero que, además, presentan cierta resonancia en la España restauradora de 1875-1877 desde la que Galdós escribe sobre ellos.

Es decir, ahora, visto como en otros casos, lo que Galdós dice, y conocidas suficientemente sus fuentes, podemos concluir que el temor que al contagio revolucionario se muestra en las Potencias europeas de la Santa Alianza -agravado por el avance e institucionalización, en las Cortes y en el *Gobierno*, de las tendencias exaltadas- reproduce fielmente, aunque con ayudas expresivas novelescas, lo dicho por esas fuentes; y, considerando las probables motivaciones del autor, estimamos que, condicionado por el

mismo contexto a cuya mejora tendía con su obra, lo halló sugerente para quienes, como él, estaban viviendo el peligro de mediatización experimentado, entre otros casos, en las dos recientes búsquedas de rey y observando cuidadosos equilibrios como los del manifiesto de Sandhurst.

De igual modo que la anarquía, egoísmos y errores señalados en *El Grande Oriente* podían afinar la conciencia histórica de quienes debían evitar que se frustrasen los ideales revolucionarios de la Gloriosa; al igual que las *partidas* e intrigas absolutistas del "7 de Julio" habían de prevenir a quienes veían análogos planteamientos en la base de la guerra carlista vivida desde 1872 -más fuerte en ciertos momentos por la anarquía que conllevan el cantonalismo y el obrerismo *aliancista*-, las actuaciones que, apelando a la necesidad de superar dichas circunstancias, tendían a la intervención/mediatización extranjera habían de interesar y sensibilizar a quienes sentían herida su conciencia nacional.

A ello parece aplicarse Galdós en "Los Cien mil Hijos de San Luis". Así lo indican las referencias a la histórica actuación que Fernando VII desarrollara en este sentido, especialmente detalladas en lo relativo a sus agentes (Eguía, Morejón, Mataflorida, Ugarte,...) en Francia, a la escasa valía de éstos, a sus ruidosos desacuerdos y a la principal responsabilidad que en ellos tenían las contradictorias instrucciones que, desde el núcleo conspirador cortesano, les hacía llegar el mismo Fernando, cuyas preferencias muestra Galdós -como Vayo, Quintana y el mismo Amarillas- representadas en la tendencia absolutista que Mataflorida establece en la Regencia de Urgel. La imagen de esta Regencia, asociada por Galdós a tiempos remotos en atención a los principios que proclamaba y a los curas guerrilleros que la defendían, parece agravar el rechazo al absolutismo por su egoísta apelación al extranjero y, al mismo tiempo, ensombrece esta intervención por su anacrónica defensa del absolutismo. Esta Regencia -según destacaría Galdós el año 1896 en su drama *La fiera*- representaba "el orgullo despótico", una de las *dos cabezas* que engendraron esa *fiera* o guerra fratricida que aún sufrían Galdós y sus coetáneos. Ello explicaría el rechazo de quienes representaban a la otra cabeza -"la idea exaltada"- al apoyo extranjero que le ayudó a recobrar temporal predominio; pero a ese rechazo se muestra unido el lógico, aunque no se hizo operativo, de aquellos españoles que veían en tal apoyo una atención a

los propios intereses extranjeros y no un deseo de poner paz entre los españoles.

Junto al común temor europeo al contagio revolucionario, especialmente sentido en Francia, junto a las incitaciones del Rey de España, también dirigidas sobre todo a los *primos* que reinaban en el país vecino, Galdós destaca genialmente los deseos franceses de seguridad, revancha y prestigio que en dicha intervención subraya la historiografía actual. Destaca, así mismo, el rechazo que su manifestación por Luis XVIII, Chateaubriand y otros franceses producía incluso en Jenara, mensajera de quienes solicitaban dicha intervención.

Pero esta reacción nacionalista, que Galdós presenta como lógica, que explica la *retumbante y guerrera* respuesta del Gobierno San Miguel a las Potencias, que éste Gobierno -quizá para justificar su descuido de medios materiales y concretos de defensa- decía esperar de los españoles en grado semejante al manifiesto en la Guerra de la Independencia, y que parece haber despertado temores y dudas en Francia sobre la conveniencia o no de esta intervención, se muestra casi inexistente ante la desazonada Jenara, cuyos íntimos deseos de una victoria española frente a las tropas de Angulema que con ella cruzaban España sin resistencia, además de para explicar por dicha carencia tamaña humillación, parecen referirse para estimular en los lectores un sentimiento nacional que pudiera evitar otras semejantes.

La responsabilidad principal de aquella humillación nacional recae en los absolutistas, especialmente eclesiásticos, que así traían y bendecían como enviados de Dios a aquellos extranjeros deseosos de un desquite militar a costa de la España que antes los venció; pero de ella se muestra partícipes a quienes por error, negligencia o disensiones partidistas, no acertaron a respaldar su arrogante actitud con una eficacia y un empeño equivalentes, sino que, mientras llamaban al pueblo español a una nueva defensa *numantina* de la Patria, se les ve disponiendo el traslado, quizás demasiado previsor, de la Corte a Sevilla, *ante el sólo anuncio de la intervención*. Se les muestra además, con motivo de este traslado, disputando entre sí por las poltronas ministeriales y obligados -en detrimento propio, aunque sin culpa en ello,- a ejercer presiones sobre su Rey, en el que Galdós -como Vayo- ve siempre la principal fuente y el artífice intocable -nunca se olvida esto- de aquellos

fatales conflictos.

Por otra parte, la imagen que de su percepción de estos hechos presenta Galdós se ve complementada, como en todo el Trienio, por diversos elementos novelescos que, además de mostrar los más típicos caracteres situacionales, personales, etc., vienen a confirmar el ya señalado sistema simbólico y a proyectar desde él simpatías y antipatías sobre los hechos simbolizados, según la valoración que de ellos hacía Galdós. Así, la suerte de Monsalud, objeto de las simpatías del lector, se identifica constantemente con la de la Revolución: queda como ella encerrado bajo tierra en Cataluña cuando se establece en Urgel la Regencia absolutista; es como ella liberado allí por las tropas de Mina; siente como propio el desdoro que en aquella producen las violencias de Rotten y del mismo Mina en aquella cruel guerra, durante la cual recibe, como asociada a ello, la triste noticia de la muerte de su madre; y hasta se hace personalmente responsable de los traumas que dicha Revolución conlleva, vinculándolos con su propio ser, y redimiendo en parte a la Revolución representada por la noble y generosa intención con que él afronta aquellas acciones de efectos traumáticos. Llegado a Madrid con un supuesto encargo de Mina, se le ve decaer allí por la privación que de Solita le produce la celosa Jenara, al mismo tiempo que decaía la Revolución con el traslado de la Corte y el alejamiento de las clases modestas por el egoísmo de la élite. Es, además, atropellado, como la Revolución y sus símbolos, cuando Madrid se rinde a los franceses; y su traslado a Sevilla, aunque sea una necesidad del relato, se dice vinculado al lugar en que se halla la Revolución. Es un momento en que Galdós parece aunar los principales elementos de este sistema simbólico, pues entonces reaparece en la acción Andrea, que, con su tío, el masón Campos, y con su marido, el marqués de Falfán, reproduce, como dijimos, la imagen y parentescos del grupo revolucionario y traslada a Monsalud a Sevilla ante la impotente y callada ira de la celosa Jenara, cuyos resabios realistas parecen explicar que, muy a su pesar, se quede en Madrid hasta lograr de su francés Montguyon -ya que no de sus antiguos amigos absolutistas, que la acusan de constitucionalista,- un carruaje con que trasladarse a Sevilla.

Su camino en pos de Monsalud, como el seguido desde Francia a Madrid, es ocasión, según puede verse en nuestro capítulo 5, para que, por una parte, Galdós pinte ante sus

lectores una serie de lugares y ambientes que enriquecen la imagen de aquellos hechos con caracteres vivos todavía en su época; y, por otra, destaque la febril ansia con que la simbólica Jenara, va tras ese Monsalud que siente estar perdiendo en su competición con Solita y con Andrea, lo cual se muestra un justo castigo por su egoísta, innoble y simbólico alejamiento de la bondadosa pero rival Solita.

Pintura de ambientes y línea de expresión simbólica que se mantienen al ocuparse de la Sevilla cortesana -con su clima, patios, historia, decires, catedral y demás monumentos, calles, lugares típicos y novedades como *el vapor* o el especial ambiente y personas de aquellos días-, donde Jenara vive simultáneamente las tensiones producidas en torno a la obligada formación de la Regencia constitucional -cuyo fallo señala irónico Galdós en la carencia de un ejército con que mantener aquellos planteamientos- y las derivadas de la obstrucción con que el Rey, el Marqués, el Deán y, desde el otro lado, la simbólica Andrea le privan sucesivamente de su personal, y no menos simbólica, posesión de Monsalud hasta que éste, como la Revolución, se le va a Cádiz.

Cualquier conclusión a que se haya de llegar respecto a lo que Galdós percibe y dice desde su época sobre el Trienio estaría incompleta sin tener en cuenta lo expresado por este procedimiento.

En el se apoya también para mostrar el traumático estado de la sociedad española de aquellos días. Sus descripciones de los crueles, y a veces criminales, hechos de guerra, que crispan a la sociedad española a pesar del intento -no muy empeñado- de Angulema por evitarlos, se acompañan de las referencias a una Solita que, alejada de Monsalud, sufre buscándolo donde no ha de hallarlo y a una Jenara que se siente culpable, pero que, enajenada por la misma privación, se muestra dispuesta a continuar la lucha contra ella y contra Andrea por la posesión de Monsalud, aunque, como en Madrid, ello perjudique a éste. Es una lucha que trasunta constantemente la mantenida entre los amantes de la Revolución. Imagen de la situación a que ésta llega por ello es también ese Monsalud maltrecho y encarcelado tras la toma francesa del Trocadero, que, al fin, con humanitaria ayuda francesa -siempre reconocida por Galdós-, consigue eludir la muerte con el exilio; pero que es así perdido, como la Revolución, por quienes se lo disputaban, cuando los



revolucionarios, tras desesperada resistencia, se ven obligados a rendirse y huir.

Este efecto de las luchas internas, experimentado nueva y recientemente en el sexenio 1868-1874; el no menos nocivo que las sociedades secretas y patrióticas producen al estimular dichas luchas y facilitar los ya aludidos trastornos en la opinión y en los Poderes públicos; la necesidad de educación popular en el amor a la cultura, al trabajo y al respeto a la ley; la necesidad de una evolución continuada que facilite el progreso y evite los saltos y exaltaciones revolucionarios, que se muestran traumáticos e ineficaces, además de abocados a retrocesos; y, ante todo, la vital necesidad de aunar esfuerzos para evitar nuevos brotes de ese absolutismo que aún se veía retoñar y que, además de obturar dichos procesos de progreso, generaría las fanáticas violencias que solía, son quizá las principales enseñanzas que Galdós encuentra y destaca en el Trienio Constitucional.

## **BIBLIOGRAFIA**

No se trata aquí -ni casi es ya posible- de recopilar una bibliografía exhaustiva sobre Galdós, en torno al que, por otra parte, se indican a continuación varios repertorios bibliográficos que representan miles de referencias. Se trata más bien de mostrar una selección de obras que nos han parecido de especial interés para el estudio de temas como Galdós y su producción literaria, los diversos aspectos de ésta en relación con la Historia, el Trienio Constitucional y la época en que Galdós escribe sobre él. Es decir, grandes temas cuya importancia y trabazón pueden no aparecer tan explícitamente destacada en la estructura general de esta tesis, pero que son substanciales en ella y fundamentales en su lógica interna. Además, así se ofrece, de paso, una clasificación distinta de la efectuada implícitamente en las citas hechas bajo los epígrafes del texto. Vistos en esquema, los

apartados que ahora utilizamos quedarían así:

## 1. OBRAS DE GALDOS

- 1.1. Novelas (de su *primera época y contemporáneas*).
- 1.2. Episodios Nacionales.
- 1.3. Teatro.
- 1.4. Otras obras: cuentos, discursos, artículos, relatos de viajes, prólogos, cartas, memorias, etc. .

## 2. OBRAS SOBRE GALDOS

- 2.1. Repertorios bibliográficos.
- 2.2. Estudios generales.
- 2.3. Biografías.
- 2.4. Estudios sobre sus fuentes.
- 2.5. Estudios sobre la Historia en su obra. (Contenidos, expresión simbólica, intención pedagógica, etc.).
- 2.6. Monografías diversas sobre otros aspectos galdosianos o sobre ciertas obras en particular.
- 2.7. Revistas galdosianas.

## 3. OBRAS SOBRE LA EPOCA EN QUE GALDOS ESCRIBE

- 3.1. Testimonios.
- 3.2. Obras de autores posteriores.

## 4. OBRAS SOBRE EL TRIENIO

- 4.1. Testimonios.
- 4.2. Obras de Galdós mismo.
- 4.3. Obras de otros autores hasta la actualidad.

## 5. OBRAS VARIAS SOBRE LA HISTORIA, LA LITERATURA Y SU RELACION.

\* \* \*

## 1. OBRAS DE GALDÓS

Las obras conocidas de Galdós se hallan ya enumeradas, con diversas clasificaciones, en las ediciones que de ellas tiene hechas la editorial Aguilar y, más completas, en multitud de bibliografías galdosianas. Ello no obstante, habríamos aquí de reproducirlas, aunque esto fuera hacer una más, para facilitar al lector inmediato acceso a esa referencia.

Puestos en esta circunstancia, hemos procurado enriquecer la relación habitual con una sistemática nueva en la que, según puede verse, se conjugan el orden cronológico en que todas estas obras se produjeron -columna de la izquierda- y la época a que se refieren -derecha-<sup>1</sup>, manteniendo, por otra parte, la usual diferenciación entre Novelas, Episodios y Teatro.

Se pretende así mostrar sinópticamente la sucesión de estas obras en su conjunto, con sus fechas de creación y del referente *histórico* o *contemporáneo* en que se sitúan, y, a la vez, la sucesión de obras dentro de cada género, la continuidad en uno de ellos o las alternancias con los otros y la posible complementariedad entre todos para tratar un tema o atender a varios. Su estudio, que quizá afrontemos en otro trabajo, podría descubrir interesantes relaciones con la motivación de Galdós. Su edición debe entenderse hecha en O.C. Aguilar, Madrid, 1975-1977, salvo en los casos que se indican con un asterisco<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Las presumibles relaciones entre unas y otras fechas han sido en parte estudiadas, según se dijo, por el profesor Avila Arellano en su tesis doctoral sobre "El personaje femenino del teatro de Galdós..." (T I, pp 198-200). Salvo casos aislados de su relación proceden las fechas que damos en ésta.

<sup>2</sup> Se trata, según puede verse, de:

- "*Quien mal hace bien no espere*. Ensayo dramático en un acto y en verso". Fechado el 25 de mayo de 1861 y publicado en *El Globo* del 27 de enero de 1894. Reeditado, con Introducción de Ricardo Domenech, en *Estudios Escénicos*, número 18, septiembre de 1974, pp 253-292;
- "El hombre fuerte", otro drama juvenil de Galdós, del que sólo se conservan algunos fragmentos publicados en LUSTONÓ, Eduardo de: "El primer drama de Galdós". En *Nuestro Tiempo*, I, 1902, pp 155-165; y
- "Rosalia", novela "escrita hacia 1872" cuyo texto manuscrito encontré, "en el otoño de 1979, el profesor norteamericano Alan E. Smith" en el dorso de los manuscritos "correspondientes a la segunda serie de los *Episodios Nacionales*", conservados en la Biblioteca Nacional (Madrid). Cfr. "El País": "Rosalia, una novela inédita de Benito Pérez Galdós". En "El País. LIBROS", domingo, 18 de septiembre de 1983, pp 1 y 8, donde se reproduce parte del texto de esta novela, que fue luego publicada por Ediciones Cátedra el año 1983. Un análisis de su *tema* -antecipo de "*Gloria*"-, *estructura* y *estilo* puede verse en REBOLLO SANCHEZ, Félix: "Las novelas de la primera época de Galdós". Tesis doctoral presentada el año 1986 en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid y publicada por esta Universidad en Madrid, 1988, pp 230-264.

Fechas de creación	TITULOS DE LAS OBRAS DE GALDOS			Momento a que se refieren
	NOVELAS	EPISODIOS	TEATRO	
1861.....			Quien mal hace bien no espere*.....	1300
1867.....	La sombra.....			Contempor.
1867.....			El hombre fuerte*.....	Contempor.
1866-68....			Un joven de provecho.....	Contempor.
1867-70....	La Fontana de Oro.....			1821
1871.....	El audaz. Un radical de antaño.....			1804
1872.....	Rosalía*.....			Contempor.
<b>Primera Serie</b>				
Dc-1873....		Trafalgar.....		1805
Ab/My-1873		La corte de Carlos IV.....		1807
Jl-1873....		El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.....		1808
Nv-1873....		Bailén.....		1808
En-1874....		Napoleón en Chamartín..		1808
Mr/Ab-1874		Zaragoza.....		1808-1809
Jn-1874....		Gerona.....		1809
Sp/Oc-1874		Cádiz.....		1810-1811
Dc-1874....		J. Martín El Empecinado		1812
Fb/Mr-1875		La batalla de los Arapiles		1812
<b>Segunda Serie</b>				
Jn/Jl-1875		El equipaje del rey José...		1813
Oc-1875....		Memorias de un cortesano de 1815.....		1814-1815
En-1876....		La segunda casaca.....		1814-1820
Mr/Ab-1876	Doña Perfecta.....			1840-1870
Jn-1876....		El Grande Oriente.....		1821
Oc/Nv-1876		7 de Julio.....		1822
Fb-1877....		Los Cien mil Hijos de San Luis.....		1820-1823
Oc-1877....		El terror de 1824.....		1823-1824
[Continúa...]				

Fechas de creación	TÍTULOS DE LAS OBRAS DE GALDOS			Momento a que se refieren
	NOVELAS	EPISODIOS	TEATRO	
	[...Continuación]			
1876-1877.	Gloria.....			Contempor.
En-1878....	Marianela.....			1862
Fb/Mr-1878		Un voluntario realista.....		1827
Jn/Dc-1878	La familia de León Roch.			Contempor.
My/Jn-1879		Los apostólicos.....		1829-1832
Nv/Dc-1879		Un faccioso más y algunos frailes menos.....		1832-1834
	* * *			
Jn-1881....	La desheredada.....			1872-1877
En/Ab-1882	El amigo Manso.....			1862-1880
My-1883....	El doctor Centeno.....			1863-1864
En-1884....	Tormento.....			1867-1868
Ab/My-1884	La de Bringas.....			1868
1884-1885.	Lo prohibido.....			1880-1884
1885-1887.	Fortunata y Jacinta.....			1862-1876
Mr-1888....	Miau.....			1868-1880
1888-1889.	La incógnita.....			Contempor.
Fb-1889....	Torquemada en la hoguera.....			Contempor.
Mr/Dc-1889	Realidad.....			Contempor.
1890-1891.	Angel Guerra.....			1886-1887
1891-1892.			Realidad.....	1889
1891-1892.	Tristana.....			1883-1885
1892-1893.	La loca de la casa.....			Contempor.
En-1893....			La loca de la casa.....	Contempor.
En/Fb-1893			Gerona.....	1808
Oc-1893....	Torquemada en la Cruz...			1889
1891-1894.			La de San Quintín.....	Contempor.
Jn-1894....	Torquemada en el Purgatorio.....			1890-1891
Jl/Dc-1894			Los condenados.....	Edad Med.
	[Continúa...]			

Fechas de creación	TÍTULOS DE LAS OBRAS DE GALDOS			Momento a que se refieren
	NOVELAS	EPISODIOS	TEATRO	
[...Continuación]				
En/Fb-1895	Torquemada y San Pedro.....			1891-1892
My-1895....	Nazarín.....			Contempor.
Oc-1895....	Halma.....			1893
Ag-1895....			Doña Perfecta.....	1840-1895
My/Dc-1895			Voluntad.....	Contempor.
Oc/Dc-1896			La fiera.....	1822
Mr/My1897	Misericordia.....			Contempor.
1896-1897	El abuelo.....			Contempor.
Tercera Serie				
Ab/My-1898		Zumalacárregui.....		1834-1835
Ag/Sp-1898		Mendizábal.....		1835
Oc/Nv-1898		De Oñate a La Granja....		1836
En/Fb-1889		Luchana.....		1836
Ab/My-1899		La campaña del Maestrazgo.....		1837
Jl/Ag-1899		La estafeta romántica....		1837
Oc/Nv-1899		Vergara.....		1837-1839
Mr/Ab-1900		Montes de Oca.....		1840-1841
My/Jn-1900		Los Ayacuchos.....		1841-1842
Sp/Oc-1900		Bodas Reales.....		1843-1845
Nv-1900....			Electra.....	Contempor.
1894-1902			Alma y vida.....	1780
Cuarta serie				
Mr/Ab-1902		Las tormentas del 48.....		1847-1848
Jl/Ag-1902		Narváez.....		1848-1849
Fb/Mr-1903		Los duendes de la Camarilla.....		1850-1852
Jl-1903....			Mariucha.....	Contempor.
1898-1904.			El abuelo.....	Contempor.
1903-1904.		La revolución de Julio.....		1852-1854
Ab/My-1904		O'Donnell.....		1854-1859
[Continúa...]				

Fechas de creación	TÍTULOS DE LAS OBRAS DE GALDOS			Momento a que se refieren
	NOVELAS	EPISODIOS	TEATRO	
[...Continuación]				
1904-1905.	.....	Aita-Tettauen.....	.....	1859-1860
1895-1905.	.....	.....	Bárbara.....	1815
Ab/My-1905	.....	Carlos VI en la Rápita....	.....	1860
Jl/Nv-1905	.....	.....	Amor y ciencia.....	Contempor.
Dc-1905....	Casandra.....	.....	.....	Contempor.
En/Mr-1906	.....	La vuelta al mundo en la Numancia.....	.....	1865
Jl/Oc-1906	.....	Prim.....	.....	1861-1866
1907(1921)	.....	.....	Los bandidos / Antón Caballero.....	Contempor.
En/My-1907	.....	La de los tristes destinos. .	.....	1866-1868
Quinta Serie				
1907-1908.	.....	España sin rey.....	.....	1869
1874-1908.	.....	.....	Zaragoza.....	1809
1907-1908.	.....	.....	Pedro Minio.....	Contempor.
Mr-1909....	.....	España trágica.....	.....	1870
Jl/Dc-1909.	El caballero encantado....	.....	.....	Contempor.
Fb-1910....	.....	.....	Casandra.....	Contempor.
Ag/Oc-1910	.....	Amadeo I.....	.....	1871-1873
Fb/Ab-1911	.....	La Primera República....	.....	1873
Ag/Nv-1911	.....	De Cartago a Sagunto....	.....	1873-1874
Mr/Ag-1912	.....	Cánovas.....	.....	1875-1880
Sp/Dc-1913.	.....	.....	Celia en los infiernos.....	Contempor.
1895-1914..	.....	.....	Alceste.....	500 a.C.
En/Dc-1915	.....	.....	Sor Simona.....	1835-1915
Ab-1915....	La razón de la sinrazón...	.....	.....	Contempor.
1889-1916..	.....	.....	El tacaño Salomón.....	Contempor.
1892-1918..	.....	.....	Santa Juana de Castilla <sup>3</sup> ..	Siglo XVI

<sup>3</sup> El año 1985 se le atribuyó también *El sacrificio*, cuyo texto se publicó, con algunos artículos sobre él, en "Los Domingos de ABC", N° 912, 27 de octubre de 1985, pp 7-26; pero ya el profesor Avila Arellano ha demostrado que dicha atribución fue un error y que "El sacrificio" es en realidad obra de doña Emilia Pardo Bazán. Véase AVILA ARELLANO, J.: "Sobre la errónea atribución a Galdós de *El sacrificio*", (continúa...)



A estas ciento cuatro obras principales hay que añadir multitud de otras que se suelen considerar *menores* y que, por ello -y en aras de una mayor claridad-, no incluimos en la anterior relación, pero que son también de gran interés y se hallan publicadas en la referida edición de O.C. Aguilar.

Así, en una llamada *MISCELANEA* se agrupan:

- "MEMORANDA", que en la citada edición comprende:
  - Paco Navarro.
  - La reina Isabel.
  - La casa Shakespeare.
  - Pereda.
  - Cuarenta leguas por Cantabria.
  - Leopoldo Alas ("Clarín").
  - Ferreras.
  - Don Ramón de la Cruz y su época.
  - Niñerías.
  - Soñemos, alma, soñemos.
  - Rura.
  - ¿Más paciencia...?.
  - La República de las Letras.
- "GUIA ESPIRITUAL DE ESPAÑA: Madrid".
- "CRONICA DE MADRID".
- "TOLEDO (Su historia y su leyenda): Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo".
- "VIAJES Y FANTASIAS:"
  - Viajes:
    - Excursión a Portugal.

---

<sup>3</sup>(...continuación)

*Segismundo*, N<sup>os</sup> 43-44, 1986, pp 209-221; y "El personaje femenino del teatro de Galdós...", Cit., pp 400-401 y 453 y Sgts..

Viaje a Italia (Las ciudades). La nación italiana: Roma. Verona. Venecia.

Florescia. Padua. Bolonia. Nápoles. Pompeya.

· Fantasías:

¿Dónde está mi cabeza?

La mujer del filósofo.

- "MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO".

- "CUENTOS": *Celín / Tropiquillos / Theros / El artículo de fondo / La mula y el buey (Cuento de Navidad) / La pluma en el viento, o El viaje de la vida / La conjuración de las palabras / Un tribunal literario / La princesa y el granuja / Junio / La novela en el tranvía.*

Hay, además, una serie de artículos y escritos diversos aparecidos en otros lugares y sólo en parte incluidos en esta edición. Tal es el caso de algunas obritas juveniles<sup>4</sup>, de las que Alberto Ghirardo llamó *Obras inéditas* -publicadas en once tomos: *Fisonomías sociales / Arte y crítica / Política española* (2 tomos) / *Nuestro teatro / Crónica* (2 tomos) / *Toledo / Viajes y fantasías / Memorias / Crónica de Madrid*<sup>5</sup> - y de las que William H. Shoemaker titula "Las Cartas desconocidas de Galdós en *La Prensa* de Buenos Aires"<sup>6</sup>, donde se recogen párrafos y artículos que Ghirardo había omitido en su indicada publicación.

Lo es también de muchos otros artículos publicados en *La Antorcha* y en *El Omnibus* de Las Palmas, en 1862; en *La Nación*, de Madrid, entre 1865-1868; en la *Revista del Movimiento Intelectual de Europa*, de Madrid, en 1865; en *Las Cortes*, Madrid, en 1869; en *Revista de España*, Madrid, en 1870; en *La Ilustración de Madrid*, en 1872; en *El Debate*, Madrid, en 1872; en *La Prensa*, Buenos Aires, en 1882; y aun quedan muchos otros artículos, discursos, prólogos, cartas, entrevistas, traducciones, etc., cuyos datos de publicación, señalados en algunas referencias parciales de esta Bibliografía, pueden verse

<sup>4</sup> Entre ellas algunas *poesías* como *El pollo*, *En una noche lóbrega* y *La Emilianada*, reproducidas en PEREZ VIDAL, José: "Galdós en Canarias". Cit., pp 92-93, 94-98 y 127-130 junto a varias otras aludidas en *Ibíd.*, pp 101-127.

<sup>5</sup> En Madrid, Renacimiento, años 1923-1933.

<sup>6</sup> Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1973.

con detalle en los *repertorios bibliográficos* con que se abre nuestro próximo apartado.

## 2. OBRAS SOBRE GALDOS

### 2.1. Repertorios bibliográficos

BLY, Peter A.: *Bibliografía*. En su "Galdós y la historia". Ottawa, Dovehouse Editions Canadá, 1988, pp 13-32 y 207-218.

GARCIA LORENZO, Luciano E.: *Bibliografía Galdosiana*. En "Cuadernos hispanoamericanos", Núms. 250-252, Oct. 1970-En. 1971, pp 758-797.

HERNANDEZ SUAREZ, Manuel: *Bibliografía de Galdós*, T I. Las Palmas, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1972.

SACKETT, Theodore Allan: *Pérez Galdós: an annotated bibliography*. Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1968.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *Galdós. Estudio y Antología. VIII. Bibliografía*. Madrid, Cía. Bibliográfica Española, 1968.

WOOBIDGE, Hensley C.: *A selective annotated bibliography of Doña Perfecta*. En "Anales Galdosianos", XI, 1976, pp 91-100.

WOOBIDGE, Hensley C.: *Benito Pérez Galdós: A Selective annotated Bibliography*. Metuchen, The Scarecrow Press, 1975.

## 2.2. Estudios generales

ANTON DEL OLMET, Luis y GARCIA GARRAFA, Arturo: "Galdós", Madrid, Pueyo, 1912.

ARENCIBIA SANTANA, Yolanda: "Galdós: sus visiones personales ante la historia". En *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

AYALA, Francisco: "La novela: Galdós y Unamuno". Barcelona, Seix Barral, 1971.

BERKOWITZ, H. Chonon: "La biblioteca de Benito Pérez Galdós. Catálogo razonado", precedido de un estudio. Las Palmas, Edcs. El Museo Canario, C.S.I.C., 1951.

BLY, Peter A.: "Galdós' novel of the historical imagination. A study of the contemporary novels". Liverpool, Francis Cairns, 1983.

BOSCH, Rafael: "Galdós y la teoría de la novela de Lukács". En *Anales galdosianos*, II, 1967, pp 169-184.

BRAVO VILLASANTE, Carmen: "Galdós visto por sí mismo". Madrid, Ed. Magisterio Español, S.A., 1976.

CARDONA, Rodolfo: "Nuevos enfoques críticos con referencia a la obra de Galdós". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Vol. N<sup>os</sup> 250-252. Oct. 1970-En. 1971, pp 58-72.

CASALDUERO, Joaquín: "Vida y obra de Galdós (1843-1920)". Buenos Aires, 1943. Reeditada en Madrid, Gredos, 1974.

ESTEBANEZ CALDERON, Demetrio: "Evolución política de Galdós y su repercusión en la obra literaria". En *Anales Galdosianos*, XVII, 1982, pp 7-23.

FERRERAS, Juan Ignacio: "Una estructura Galdosiana de la novela histórica". En "Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979, T I, pp 119-127.

FORTES, José A.: "Novela y Revolución de 1868: La propuesta galdosiana de *novela moderna de costumbres*". En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (1990). Las Palmas, Edcs. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, T I, pp 139-157.

GAMERO Y DE LAIGLESIA, Emilio G.: "Galdós y su obra". Madrid, Blass, 1933.

GILMAN, Stephen: "Galdós y el arte de la novela europea 1867-1887". Madrid, Taurus, 1985.

GOGORZA FLETCHER, Madeleine de: "The Spanish Historical Novel, 1870-1970. A study of ten Spanish novelist and their treatment of the 'Episodios Nacionales'". London, Tamesis Books, 1974.

GOYTISOLO, Juan: "Lectura de Galdós". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1967.

GULLON, Ricardo: "Galdós, novelista moderno". Madrid, Gredos, 1966.

---: "Técnicas de Galdós". Madrid, Taurus, 1980.

HINTERHÄUSER, Hans: "Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós". Hamburgo, 1961. Reeditado en Madrid, Gredos, 1963.

LOPEZ RUBIO, José: "Benito Pérez Galdós". Madrid, Prensa Española, 1972.

MADARIAGA, Salvador de: "El españolismo universal del canario Galdós". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1978, pp 11-17.

---: "La universalidad de Galdós". En *Cuadernos Hismpanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 52-57.

MENENDEZ Y PELAYO, Marcelino: "Don Benito Pérez Galdós". En su *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Tomo V. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.

MONTESINOS, José F.: "Galdós". Madrid, Ed. Castalia, 1968-1972 (3 vols.)

MORA GARCIA, José Luis: "Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana (1888-1905)". Salamanca, Edcs. Universidad de Salamanca-Excmo. Cabildo Insular, 1981.

O'CONNOR, D.J.: "Galdós' First Two Series of *Episodios nacionales* as a Model for the Realist Novel". En *Revista de Estudios Hispánicos*, 19, Núm. 3, 1985, pp 97.115.

OLALLA REAL, Angela: "Los *Episodios Nacionales* de Galdós y la novela histórica: la primera serie". En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (1990). Las Palmas, Edcs. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, T I, pp 757-771.

PATTISON, Walter T.: "Galdós and the creative process". Minneapolis, University of Minnesota Press, 1954.

PERCIVAL, Anthony: "Galdós and his critics". Toronto, The University of Toronto Press, 1985.

RICARD, Robert: "La clasificación des romans de Galdós". En *Les Lettres Romanes*, XIV, 1960, pp 141-153.

---: "Galdós et ses romans". París (12<sup>a</sup> ed.), Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1969.

---: "Aspects de Galdós". París, Presses Universitaires de France, 1963.

RIO, Angel del: "Estudios galdosianos". New York, Las Américas, 1969.

ROCA ROCA, Eduardo: "Aspectos jurídicos de la obra de Pérez Galdós *Las Cortes de Cádiz*". En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (1990). Las Palmas, Edcs. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, T II, pp 485-508.

ROMERO TOBAR, Leonardo: "Galdós y la novela popular". En *La novela popular española del siglo XIX*. Madrid, Ariel, 1976, pp 162-198.

---: "Para leer a Galdós". Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.

SAINZ DE ROBLES, Federico: "Don Benito Pérez Galdós. Su vida. Su obra". En *Introducción a PEREZ GALDOS, Benito: Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1970, T I, pp 9-180.

SCHRAIBMAN, José: "Galdós y Clarín: del realismo al simbolismo". En *Actas del Primer Congreso Internacional de la Asociación Europea de Español*, Budapest, Akadémici kiadó, 1978, pp 23-37.

SALLENAVE, Pierre E.: "Notas para una lectura política de Galdós", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 109-116.

SANCHEZ-BARBUDO, Antonio: "Estudios sobre Galdós, Unamuno, Machado" (2ª Ed.). Madrid, Guadarrama, 1968.

SHOEMAKER, William H.: "The novelistic art of Galdós". Valencia, Albatros, 1980 (3 Vols.).

VARELA JACOME, Benito: "La renovación novelística de Galdós". En su *Estructuras novelísticas del siglo XIX*. San Antonio de Calongue, Hijos de José Bosh, 1974.

YNDURAIN, Francisco: "Galdós entre la novela y el folletín". Madrid, Taurus, 1970.

ZLOTCHÉW, Clark M.: "Galdós and Mass Psychology". En *Anales Galdosianos*, 12, 1977, pp 5-19.

### 2.3. Biografías

ALAS Leopoldo, (*Clarín*): "Galdós". Madrid, Renacimiento, 1912. Reproducido en ROGERS, Douglass M.: "Benito Pérez Galdós". Madrid, Taurus, 1979, pp 21-40.



ARMAS AYALA, Alfonso: "Galdós: lectura de una vida". Santa Cruz de Tenerife, Caja General de Ahorros de Canarias, 1989.

---: "Tres diálogos breves sobre la figura de Galdós". En *El Eco de Canarias*, 4-I-1970.

---: "Galdós, diputado por Puerto Rico". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, T II, pp 103-111.

---: "Galdós y la política". En *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, T II, pp 475-487.

---: "Aspectos biográficos de Galdós: *Gente nueva*". En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, 1990. Las Palmas, Edcs. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, T II, pp 287-303.

ARTILES, Joaquín: "Don Domingo Galdós de Alcorta y doña María de la Concepción Medina, abuelos de Pérez Galdós". En *Anuario de Estudios Atlánticos*, Núm. 13, 1967, pp 157-179.

AVILA ARELLANO, Julián: "Nuevos datos para la biografía galdosiana. Verano de 1912-verano de 1913". En *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular, 1989, T I, pp 23-35.

BACHILLER CORCHUELO (Seud. de GONZALEZ FIOL, Enrique): "Nuestros grandes prestigios, Benito Pérez Galdós. Confesiones de su vida y de su obra". En *Por esos mundos*. Madrid, 1910, T XX, pp 791-807 y T XXI, pp 27-56.

BERKOWITZ, Chonon H.: "Pérez Galdós, Spanish liberal crusader". Madison, University of Wisconsin Press, 1948.

---: "La Biblioteca de Pérez Galdós". Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1951.

---: "Galdós' literary apprenticeship". En *Hispanic Review*. III, 1935, pp 1-22.

---: "Los juveniles destellos de B. Pérez Galdós". En *El Museo Canario*, IV, enero-abril 1936, pp 1-37.

BEYRIE, Jacques: "Galdós et son milieu". París, Honoré Champion, 1980 (3 Vols.)

---: "Trasfondo psicológico y fuentes íntimas de la novelística galdosiana: El caso de la segunda serie de Episodios". En *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. Santander. Año LXIII. Enero-Diciembre 1987, pp 213-232.

BONNET, B.: "Vida del estudiante Benito Pérez Galdós". En *Revista de Historia*, 9, 1943, pp 154-159.

BRAVO-VILLASANTE, Carmen: "Galdós". Madrid, Mondadori, 1988.

---: "Vida y obra de Emilia Pardo Bazán". Madrid, Novelas y Cuentos, 1973.

BROWN, Donald F.: "More light on the mother of Galdós". En *Hispania* (Stanford), 39, 1956, pp 403-407.

BUENO, Javier: "Entrevista con Galdós". En ROGERS, Douglas M.: *Benito Pérez Galdós*. (2ª Ed.), Madrid, Taurus, 1979, pp 85-88.

CASALDUERO, Joaquín: "Vida y obra de Galdós (1843-1920)". Buenos Aires, 1943.  
Reeditada en Madrid, Gredos, 1974.

DEAN-THACKER, Verónica P.: "Galdós Político". Madrid, Real Sociedad de Amigos del País, 1993.

FRANZ, Thomas R.: "Remaking reality in Galdós: a writer's interactions with his context". Athens, Ohio, Strathmore Press, 1982

GABIRONDO, Victor: "Galdós periodista". En Rev. *La Lectura*, 1920, T I, pp 84-85.

GHIRALDO, Alberto, "Don Benito Pérez Galdós". *Atenea*, 20, 1943, pp 165-177.

GONZALEZ FIOL, Enrique (*El Bachiller Corchuelo*): "Nuestros grandes prestigios. Don Benito Pérez Galdós. Confesiones de su vida y de su obra". En *Por esos Mundos*, XX, junio, 1910, pp 791-807, y XXI, julio, 1910, pp 27-56.

GUIMERA PERAZA, Marcos: "Maura y Galdós". Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1967.

---: "El Pleito de Galdós (1896-1899)". En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 80-105.

GULLON, Ricardo: "Traductores". En "ABC" del 20 de enero de 1990, *Tercera* página.

---: "Psicología del autor y lógica del personaje". Madrid, Taurus, 1979.

HURTADO DE MENDOZA, Ambrosio: "Don Benito Pérez Galdós jamás olvidó su tierra natal". En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Madrid,

Editora Nacional, 1977, pp 15-22.

LOPEZ, Ana María: "Unas notas sobre Darío y Galdós". En *Anales Galdosianos*, XVI, 1981, pp 81-85.

LLORENS BARGES, César: "El diputado señor Pérez Galdós". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, T II, pp 329-340.

MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: "Pérez Galdós. Biografía Santanderina". Santander, Inst. Cultural de Cantabri-Inst. "José María de Pereda", 1979.

MESA, Rafael de: "Don Benito Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud". Madrid, Pueyo, 1920.

MILLER, Stephen: "El mundo de Galdós". Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1983.

MONTESINOS, José F.: "Galdós". Madrid, Ed. Castalia, 1968-1972 (3 Vols.)

NAVARRO LEDESMA, Francisco: "Grandes figuras. Don Benito Pérez Galdós. Apuntes para un estudio". *Nuestro Tiempo*, I, 1901, pp 89-98.

NUEZ, Sebastián de la: "Biblioteca y Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós". Las Palmas, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

---: "Algunas relaciones de Galdós con la América Hispana". En *Actas del I Simposio de Literatura Española*, celebrado en Salamanca del 7 al 11 de mayo de 1979. Ed. Universidad de Salamanca, 1981, pp 119-135.

NUEZ, Sebastián de la y SCHRAIBMAN José: "Cartas del archivo de Pérez Galdós". Madrid, Taurus, 1967.

OLMET, Luis Antón del y GARCIA CARRAFFA, Arturo: "Los grandes españoles. Galdós". Madrid, Impta. de "Alrededor del Mundo", 1912.

OLMET, Luis Antón del y TORRES BERNAL, José: "Los grandes españoles. María Guerrero". Madrid, Renacimiento, 1920.

ORTEGA, Soledad: "Cartas a Galdós". *Revista de Occidente*, Madrid, 1964.

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: "Preámbulo de Galdós en París". En *La Estafeta Literaria*, nº 373, 1 de julio de 1967, pp 14-16.

PATTISON, Walter T.: "Benito Pérez Galdós". Boston, Twayne Publishers, 1975.

---: "The Prehistory of the *Episodios nacionales*". En *Hispania*, 53, 1970, pp 857-863.

---: "Two women in the life of Pérez Galdós". En *Anales Galdosianos*, VIII, 1973, pp 23-31.

PEREZ DE AYALA, Ramón: "Auto de fe con Galdós". En *Divagaciones literarias*. Madrid, Bib. Nueva, 1958, pp 143-155

PEREZ VIDAL, José: "Galdós en Canarias (1843-1862)". Las Palmas, El museo Canario, 1952.

---: "Canarias en Galdós". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979.

---: "Galdós. Años de aprendizaje en Madrid, 1862-186". Santa Cruz de Tenerife, Vicepresidencia del Gobierno de Canarias, 1987.

PETIT, Marie-Claire: "Galdós et 'La Fontana de Oro'. Genèse de l'oeuvre d'un romancier". París, Ediciones Hispanoamericanas, 1972.

RODRIGUEZ BATLLORI, Francisco: "Galdós en su tiempo". Madrid, Copión, 1969.

RUIZ DE LA SERNA, Enrique y CRUZ QUINTANA, Sebastián: "Prehistoria y Protohistoria de Benito Pérez Galdós". Las Palmas, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1973.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos: "Don Benito Pérez Galdós. Su vida. Su época. Su obra". Estudio Preliminar a *Benito Pérez Galdós. Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1970, T I, pp 9-180.

SCHMIDT, Ruth: "Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós". Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1969.

SHOEMAKER, William: "Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller". En *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXX, 1963-1964, pp 247-306.

## 2.4. Estudios sobre sus fuentes

ALCAIDE IBIECA, Agustín: "Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón (...)". Madrid, Impr. M. de Burgos, 1830-1831 (3 Vols.).

ALONSO CORTES, Narciso: "Precursores de Galdós". En su *Quevedo en el teatro y otras cosas*. Valladolid, Colegio Santiago, 1930, pp 121-128.

ARNAIZ AMIGO, Palmira: "En torno a la I serie de los Episodios Nacionales de Galdós y *La guerra y la paz* de Tolstoy". En "Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, T II, pp 113-133.

BERKOWITZ, H. Chonon: "La Biblioteca de Pérez Galdós". Las Palmas de Gran Canaria, El Museo Canario, 1951.

---: "Galdós and Mesonero Romanos". En *Romanic Review*, XXIII, 1933, pp 201-205.

BEYRIE, Jacques: "Galdós et son mithe". París, Honoré Champion, 1980 (3 Vols.)

BLANQUAT, Josette: "Les annotations marginales des livres de Galdós". En *Quatrième Congrès des Hispanistes Français. Poitiers, 1967*. París, 1968, pp 23-43.

CASTRO Y ROSSI, Adolfo de: "*Cádiz en la guerra de la Independencia*. Cuadro histórico". Cádiz, Impr. de la Rev. Médica, 1862.

DENDLE, Brian J.: "A Note on the Genesis of the *Episodios nacionales*". En *Anales Galdosianos*, 7, 1972, pp 103-105.

FAUS SEVILLA, Pilar: "La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós". Valencia, Nacher, 1972.

HINTERHÄUSER, Hans: "Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós". Hamburgo, 1961. Reeditado en Madrid, Gredos, 1963.

HOAR, Leo: "*Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870*, por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus *Episodios nacionales*". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 312-339.

JELELATY, Joseph: "*La Fontana de Oro et Eugène Grandet*". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 357-366.

LETEMENDIA, Emily: "Galdós and Chateaubriand: *Los cien mil hijos de San Luis*". En *Bulletin of Spanish Studies*, Num. 57, año 1980, pp 309-319.

LEY, Charles David: "Galdós comparado con Balzac y Dickens, como novelista nacional". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 291-295.

MARAÑÓN, Gregorio: "Galdós íntimo". En *La Lectura I*, Madrid, 1920, pp 71-73.

MESA, Rafael de: "La génesis de los *Episodios*. Memorias del Presbítero Pérez Macías. El padre de Galdós en la guerra de la Independencia. Un documento curioso". En *Rev. de libros*, III, Dic. de 1919, pp 33-46.

MIRANDA CRUZ, José-Luis: "Toponimia callejera en *La Fontana de Oro*". En "Galdós. Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas". Facultad de CC. de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp 345-363.

NUEZ, Sebastián de la: "Biblioteca y Archivo de la Casa Museo Pérez Galdós". Las Palmas, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.



OBAID, Antonio: "La Mancha en los Episodios Nacionales de Galdós". En *Hispania*, 41 (1958) pp 42-47;

---: "Sancho Panza en los Episodios nacionales de Galdós". En *Hispania*, 42 (1959), pp 199-204.

PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero (una vez más: costumbrismos y novela)". En "Galdós, Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas", Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp 217-238.

PRADISSIS, Arístides G.: "Una influencia balzaciana en los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós". En *Thesaurus*, 33, 1978, pp 446-461.

PEDRAD GARCIA, Margarita: "La influencia del Quijote en la obra de Pérez Galdós". Santiago, Imprenta Veloz, 1971.

RODRIGUEZ, Alfred: "Cervantes, Lord Byron y Galdós". En su "Estudios sobre la novela de Galdós". Madrid, José Porrúa Turanzas, 1979, pp 3-11.

ROJAS FERRER, Pedro: "Valoración histórica de los *Episodios Nacionales* de B. Pérez Galdós". Cartagena, Baladre, 1965.

SARRAILH, Jean: "Quelques sources du *Cádiz* de Galdós". En *Bulletin Hispanique*, N° 23, año 1921, pp 33-48.

SECO SERRANO, Carlos: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Cuadernos Hispanoamericanos". Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, octubre 1970-enero 1971, N° 250-252, pp 256-284. Reeditado luego en su libro misceláneo sobre "Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX". Guadiana, Madrid, 1973, pp

275-317.

VARELA HERVIAS, Eulogio: "Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos". Madrid, Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 1943.

VAZQUEZ ARJONA, Carlos: "Introducción al estudio de la primera serie de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós". *Baltimore Publications of the Modern Language Association of America*, Núm. 48, 1933, pp 895-907.

ZVIGUILSKY, Alexandre: "*Tierras Vírgenes* de Iván Turgueniev (1877) y *El Grande Oriente* de Galdós: estudio comparativo". En "Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, T II, pp 347-350.

## **2.5. Estudios sobre la Historia en su obra. (Contenidos, expresión simbólica, intención pedagógica, etc.)**

ALDARACA, Bridget: "The Revolution of 1868 and the rebellion of Rosalía Bringas". En *Anales Galdosianos*, XVIII, 1983, pp 49-60.

ALONSO, Amado: "Lo español y lo universal en la obra de Galdós". En "Materia y forma en poesía". Madrid, Gredos, 1955, pp 230-256.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael: "Galdós y la historia de España". En su *Psicología y literatura*. Barcelona, Heinrich, 1905, pp 192-198.

ARAYA, Guillermo: "*La Fontana de Oro* de Galdós, cien años de lucidez política". En *De Garcilaso a García Lorca (ocho estudios sobre letras españolas)*. Amsterdam, Rodopi,

1983, pp 191-208.

ARTILES, Jenaro: "La intrahistoria: de Galdós a Unamuno". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 201-219.

AVILA ARELLANO, Julián: "El personaje femenino del teatro de Galdós (una aproximación al simbolismo histórico del escritor)". Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992 (2 Vols.)

---: "América. Una problemática constante en la obra de Benito Pérez Galdós". En *Omnibus Galdosiano*, año II, Núm. 6, 1-VI-1992, pp 14-20.

BENITEZ, Rubén: "Jenara de Baraona, narradora galdosiana". En *Hispanic Review*, 53 (1985), pp 307-327.

BLANCO AGUINAGA, Carlos: "Silencios y cambios de rumbo: sobre la determinación histórica de las ficciones de Galdós". En BLY, P.: "Galdós y la historia", Cit., pp 187-206.

---: "La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós". Madrid, Nuestra Cultura, 1978.

BLANQUAT, Josette: "De Lázaro (*La Fontana de Oro*) a José Campos". En *Les Langues Neo-Latines*, 71, Núm. 4 de 1977, pp 33-74.

BLY, Peter (editor): "Galdós y la historia". Ottawa, Dovehouse Editions Canada, 1988.

---: "For Self or Country? Conflicting Lessons in the First Series of the *Episodios*

nacionales?". En *Kentucky Romance Quarterly*, 31 (1984), pp 117-124.

---: "La comitiva borbónica en la obra galdosiana: hacia una tipología". En *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. (Eds. A. David Kossoff y otros) Madrid, Istmo, 1986, I, pp 255-262.

CASALDUERO, Joaquín: "Historia y novela". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, N<sup>os</sup> 250-252, 1970-1971, pp 135-142.

CAVIA, Mariano de: "Dónde y cómo debiera estar la sepultura de Galdós". En Rev. "La Lectura", 1920, T I, pp 86-88. (Tomado de *El Sol*).

CIPLIJKAUSKAITE, Birutė: "Galdós y los noventayochistas frente a la historia". En *Papeles de Son Armadans*, Núm. 264, 1978, pp 197-223.

CLAVERIA, Carlos: "El pensamiento histórico de Galdós". Conferencia publicada en *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Núms. 121-122, 1957, pp 170-177.

COLIN, Vera: "Tolstoy and Galdós' Santiuste: Their Ideology on War and Their Spiritual Conversion". En *Hispania*, 53, 1970, pp 836-841.

DENDLE, Brian J.: "Galdós and the death of Prim". En *Anales Galdosianos*, IV, 1969, pp 63-71.

DÉROZIER, Albert: "El pueblo de Pérez Galdós en *La Fontana de Oro*". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 285-311.

DEVOTO, Daniel: "Novela, historia y alegoría en Cádiz". En *Revue de Literature Comparée*, N<sup>o</sup> 45, año 1971, pp 145-158.

ENGUIDANOS, Miguel: "Mariclío, musa galdosiana". En *Papeles de Son Armadans*, Núm. 63, 1961, pp 235-249.

FAUS SEVILLA, Pilar: "La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós". Valencia, Imprenta NACHER, 1972.

FERRER BENIMELI, José A.: "La masonería en las dos primeras series de los Episodios Nacionales de Galdós". En "Actas del segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1979. Vol. I, pp 60-118.

---: "La masonería en los Episodios Nacionales de Galdós". En Rev. "Historia 16" Año V, Nº 50. Junio 1980, pp 35-44.

FUENTES, Victor: "El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós". En *Papeles de Son Armadans*, LXIV, Núm. 192, marzo 1972, pp 229-240.

GARCIA SANCHEZ, Purificación: "Influencias del concilio Vaticano I en las novelas *Gloria* y *La familia de León Roch*". En "Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987). Actas. Congreso Internacional, 23-28 de noviembre". Facultad de CC. de la Información. Univ. Complutense de Madrid, 1989, pp 165-177.

GILLESPIE, Gerald: "Reality and fiction in the novels of Galdós". En *Anales Galdosianos*, I, 1966, pp 11-31.

GIMENO CASALDUERO, Joaquín: "Una novela y dos desenlaces: *La Fontana de Oro*, de Pérez Galdós". En *Ateneo*, Madrid, 1955, Núm. 88, pp 6-8.

---: "Los dos desenlaces de *La Fontana de Oro*: origen y significado". En *Anales*

*Galdosianos. Anejo*, 1978, pp 55-69.

GOGORZA FLERCHER, Madeleine de: "Galdós' *Episodios nacionales*, Series I and II: On the Intrinsic-Extrinsic Nature of the Historical Genre". En *Anales Galdosianos*, 11, 1976, pp 103-108.

GOLDMAN, Peter B.: "Historical perspective and political bias: comments on recent Galdós criticism". En *Anales Galdosianos*, VI, 1971, pp 113-124.

GOMEZ DE LA SERNA, Gaspar: "España en sus Episodios Nacionales". Madrid, Ed. del Movimiento, 1954.

GOMEZ GALAN, Antonio: "Wellington y los *Episodios nacionales* de Galdós. Nota en un centenario". En *Arbor*, Núms. 285-286, 1969, pp 37-49.

GULLON, Germán: "Narrativizando la historia: *La corte de Carlos IV*". En *Anales Galdosianos*, 19, 1984, pp 45-52.

HILT, Douglas: "Galdós: the Novelist as Historian". En *History Today*, 24, 1974, pp 315-325.

HUERTA, Eleazar: "Galdós y la novela histórica". En *Atenea*, Núm. 77, 1943, pp 99-107.

HURTADO DE MENDOZA, Antonio: "Necesidad de un estudio sociocronológico de la obra de Pérez Galdós". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, pp 255-271.

JOVER ZAMORA, José María: "El fusilamiento de los sargentos del cuartel de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós". En "El comentario de textos. 2. De Galdós a García Márquez". Madrid, Ed. Castalia, 1974, pp. 15-110. Reeditado en "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Madrid, Turner, 1976, pp. 365-430.

--- : "La imagen de la Primera República en la España de la Restauración". (Discurso de ingreso en la R.A.H., que tiene como capítulo principal el dedicado a "La Primera República en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós"). Madrid, R.A.H., 1982.

JUTGLAR, Antoni: "Sociedad e historia en la obra de Galdós". *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 242-255.

LEDESMA, Enrique: "Los Borbones vistos por Galdós, Baroja y Valle-Inclán". En *Homenaje a Humberto Piñera*. Madrid, 1979, pp 133-139.

LEMARTINEL, Jean: "Unas notas acerca de *La Fontana de Oro*". En "Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos". Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 367-375.

LETEMENDIA, Emily: "Galdós and Chateaubriand: *Los cien mil hijos de San Luis*". En *Bulletin of Hispanic Studies*, 57, 1980, pp 309-319.

LIDA, Clara E.: "Galdós y los *Episodios nacionales*: una historia del liberalismo español". En *Anales Galdosianos*, 3, 1968, pp 61-77.

LOPEZ GOMEZ, Rafael: "Cádiz en Galdós. (Historia hecha literatura)". En *Nueva Estafeta*, Núm. 38, 1982, pp 74-76.

LOPEZ-MORILLAS, Juan: "Historia y novela en el Galdós primerizo: *La Fontana de Oro*". En *Revista Hispánica Moderna*, XXXI, 1965, pp 273-285.

LOVETT, Gabriel H.: "Some Observations on Galdós's *Juan Martín el Empecinado*". En *Modern Language Notes*, 84, 1969, pp 196-207.

---: "Two Views of Guerrilla Warfare: Galdós' *Juan Martín el Empecinado* and Baroja's *El escuadrón del Brigante*". En *Revista de Estudios Hispánicos*, 6, 1972, pp 335-344.

LLORENS, Vicente: "Historia y novela en Galdós". En *Cuadernos hispanoamericanos*, núms. 250-252, 1970-1971, pp 73-82.

---: "Galdós y la burguesía". En *Anales Galdosianos*, III, 1968, pp 51-59.

MENENDEZ ONRUBIA, Carmen: "Constantes sociopolíticas en los dramas de Galdós entre 1890 y 1900". En *Segismundo*, Núms. 35-36, 1982, pp 163-187.

NAVARRO LEDESMA, Francisco: "*Los duendes de la camarilla* por Benito Pérez Galdós". En *La Lectura*, 3, 1903, pp 89-93.

NAVASCUES, Miguel: "Patricio Sarmiento: trayectoria de un liberal exaltado en los *Episodios nacionales*". En *Hispanic Journal*, 4, Núm. 2, año 1983, pp 135-144.

NUEZ, Sebastián de la: "El tema de América en el teatro de Galdós". En *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez, T II, Estudios de Lengua y Literatura*. Madrid, FUE, 1986, pp 461-472.

OLIU, Thomas: "Individuo e historia en la novela histórica: la figura del afrancesado en *La batalla de los Arapiles*". En *Les Langues Néo-Latines*, Núm. 228, 1979, pp 66-80.



OLLERO, Carlos: "Con Galdós en El Retiro". En "ABC" del día 4-5-1986, p 35.

OLSON, Paul R.: "Galdós and history". En *Modern Language Notes*, LXXXV, 1970, pp 274-279.

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: "Entrando en *La Fontana de Oro*" (Estudio preliminar a su edición conjunta del manuscrito en que Galdós optó por el desenlace trágico y de la edición preparada para *La Guirnalda* en 1870). Madrid, Ed. Hernando, 1990.

PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Galdós y Mesonero (una vez más: costumbrismos y novela)". En "Galdós, Centenario de *Fortunata y Jacinta* (1887-1987). Actas", Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp 217-233.

PETIT, Marie-Claire: "Galdós et *La Fontana de Oro*. Genèse de l'œuvre d'un romancier". París, Ediciones Hispanoamericanas, 1972.

REGALADO GARCIA, Antonio: "Benito Pérez Galdós y la novela histórica española 1868-1912". Madrid, Insula, 1966.

RESSOT, Jean Pierre: "Le roman historique selon Galdós". En *Ibérica* (París), II, 1979, pp 291-305.

RIBBANS, Geoffrey: "¿Historia novelada o novela histórica?. Las diversas estrategias en el tratamiento de la historia de las *Novelas contemporáneas* y los *Episodios nacionales*". En BLY, P. (Ed.): "Galdós y la historia", Cit., pp 167-186

---: "'La historia como debiera ser': Galdós's speculations on nineteenth-century Spanish history". En *Bulletin of Hispanic Studies*, LIX, 1982, pp 267-274.

RIO, Angel del: "Notas sobre el tema de América en Galdós". En *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV, 1961, pp 279-296.

RODGERS, Eamonn: "Teoría literaria y filosofía de la historia en el primer Galdós". En BLY, P. Ed.: "Galdós y la historia", Cit., pp 35-47.

RODRIGUEZ PUERTOLAS, Julio: "Galdós. Burguesía y Revolución". Madrid, Turner, 1975.

ROJAS FERRER, Pedro: "Valoración histórica de los Episodios nacionales de B. Pérez Galdós". Cartagena, Baladre, 1965.

SCHRAIBMAN, José: "Espacio histórico/espacio literario en *Gerona*". En *The American Hispanist*, 2, Núm. 12, 1976, pp 4-7.

SECO SERRANO, Carlos: "Los *Episodios Nacionales* como fuente histórica". En "Cuadernos Hispanoamericanos". Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, octubre 1970-enero 1971, N° 250-252, pp 256-284. Reeditado luego en su libro misceláneo sobre "Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX". Guadiana, Madrid, 1973.

---: "La dimensión histórica en las novelas de Galdós". (Conferencia pronunciada en el Congreso Galdosiano organizado en noviembre de 1897 por el Ateneo de Madrid en colaboración con la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid).

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: "Lectura del primer capítulo de *Fortunata*". En "Galdós. Centenario de *Fortunata* y *Jacinta* (1887-1987). Actas". Facultad de CC. I. de la Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp 621-628.

VAZQUEZ ARJONA, Carlos: "Introducción al estudio de la primera serie de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós". En *Publications of the Modern Language Association of America*, 48, 1933, pp 895-907.

WHISTON, James: "Two Versions of Trafalgar: Galdós's *Trafalgar* (1873) and Manuel Marliani's *Combate de Trafalgar* (1850)". En *Forum for Modern Language Studies*, Núm. 20, 1984, pp 154-164.

---: "Historia y proceso creativo en el Episodio nacional *Un voluntario realista*". En *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, T II, pp 337-346.

## 2.6. Monografías diversas sobre ciertas obras o aspectos galdosianos

ALVAR LOPEZ, Manuel: "La ópera Zaragoza y Galdós. (Comentarios y documentos)". En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Madrid, Editora Nacional, 1977, pp 421-461.

AMAT, Enrique y LEAL, Carmen: "Muerte y enfermedad en los personajes galdosianos". En *Asclepio. Archivo iberoamericano de Historia de la Medicina*, 1965, pp 181-206.

AYALA, Francisco: "Galdós entre el lector y los personajes". En *Anales Galdosianos*, V, 1970, pp 5-13.

---: "La creación del personaje en Galdós". En *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez Moñino, 1910-1970*. Madrid, Castalia, 1975, pp 81-91.

BALSEIRO, José Agustín: "Anticlericalismo y religiosidad en Benito Pérez Galdós. (Desde

los primero *Episodios nacionales*"). En *La Torre*, Núm. 67, 1970, pp 63-86.

BAQUERO GOYANES, M.: "Las caricaturas literarias de Galdós". En *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXXVI, 1960, pp 331-362.

BRAVO VILLASANTE, Carmen: "Los manuscritos de Galdós en la Biblioteca Nacional". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 250-252, 1970-1971, pp 703-705. (Parte de su "Polémicas en torno a Galdós en la Prensa de Santander...". Ibídem, pp 694-711)

CARDONA, Rodolfo: "*Marianela*: su trayectoria de la novela al teatro". En *Homenaje a Joaquín Casaldueiro*. Madrid, Gredos, 1972, pp 109-114.

CASALDUERO, Joaquín: "La sombra". En *Anales Galdosianos*, Vol. I, N° I, 1966. University of Pittsburgh. Reproducido como *apéndice* N° I, en "Vida y obra de Galdós", Cit., pp 193-200.

CORREA, Gustavo: "Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós. Ensayo de estética realista". Madrid, Gredos, 1977.

---: "El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós". Madrid, Gredos, 1974, pp 336-394.

CUESTA, Leonardo Antonio de la: "*El audaz*: análisis integral". Montevideo, I.E.S., 1973.

DENDLE, Brian J.: "Gabriel Araceli and the First Series of *Episodios nacionales*". En *Crítica Hispánica*, 7, 1985, pp 1-8.

DENNIS, Ward H.: "Pérez Galdós: A Study in Characterization. Episodios nacionales: First Series". Madrid, 1968.

EARLE, Peter G.: "La interdependencia de los personajes galdosianos". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, oct 1970-ene 1971, pp 117-134.

FERRERERAS, Juan Ignacio: "Los cinco protagonistas de los *Episodios nacionales*". En *The American Hispanist*, I, Núm. 5, 1976, pp 12-15.

FLINT, Norma y Weston: "More on Galdós's *La Fontana de Oro*". En *Romance Notes*, 17, 1976, pp 146-151.

GARCIA MERCADAL, José: "Galdós Aragón y la ópera *Zaragoza*". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 727-736.

GIMENO CASALDUERO, Joaquín: "Los dos desenlaces de *La Fontana de Oro*: origen y significado". En *Anales Galdosianos. Anejo*, 1978, pp 55-69.

GOLDMAN, Peter B.: "Galdós and the politics of conciliation". En *Anales Galdosianos*, IV, 1969, pp 73-87.

GULLON, Germán: "Tanteos en el arte de novelar. *La Fontana de Oro*". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núm. 317, 1976, pp 374-383.

GULLÓN, Ricardo: "Doña Perfecta, invención y mito". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 393-414.

KOCHIWA, Masae: "Un estudio sobre el mayorazgo de las mujeres en la obra de Galdós". En *Hispania* (Tokio), XXVI, 1982, pp 31-46.

LOPEZ-MORILLAS, Juan: "La Revolución de Septiembre y la novela española". En *Revista de Occidente*, VI, Núm. 67, octubre 1968, pp 94-115.

JOHNSON, Carroll B.: "The Café in Galdós' *La Fontana de Oro*". En *Bulletin of Hispanic Studies*, 42, 1965, pp 112-117.

MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: "Resonancias santanderinas en *Doña Perfecta* de Galdós". En *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXI, 1985, pp 217-236.

MAYORAL, Marina: "Tristana, ¿una feminista galdosiana?". En *Insula*, 28, julio-agosto, 1973, pp 33-49.

MONTERO-PAULSON, Daría J.: "La jerarquía femenina en la obra de Pérez Galdós". Madrid, Pliegos, 1988.

MONTES HUIDOBRO, Matías: "*El audaz*: desdoblamiento de un ritual sexo-revolucionario". En Rev. "Hispania", nº63, año 1980, pp 487-497.

NOUGUE, André: "*Anton Caballero*, de Benito Pérez Galdós". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 641-649.

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: "Relojes y tiempo en *Fortunata y Jacinta*". Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1978.

PARK, Dorothy S. y SAEZ Hilario: "Galdós Ideas on Education". En *Hispania*, II, 1944, pp 138-148.

PEREZ DE AYALA, Ramón: "Cervantes y Galdós". En Rev. *La Lectura*, 1920, T I, pp 67-68. (Tomado de *El Sol*).

PEREZ VIDAL, José: "Acercamiento a *La Fontana de Oro*". En *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas, Edcs. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1978, T I, pp 202-229.

PETIT, Marie-Claire: "Galdós et *La Fontana de Oro*". Genèse de l'oeuvre d'un romancier". París, Ediciones Hispanoamericanas, 1972.

---: "Les personnages féminins dans les romans de Benito Pérez Galdós". París, Les Belles Lettres, 1972.

POUX, Bernadette: "Les personnages épileptiques et l'épilepsie comme métaphore obsédante dans l'oeuvre de Benito Pérez". En *Les Langues Neo-latines*, Núm. 238, 1981, pp 14-24.

RIBBANS, Geoffrey: "Mito, sueño, historia y realidad en *Prim*". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núms. 250-252, 1970-1971, pp 340- 355.

RODRIGUEZ, Alfred: "Aspectos de un 'tipo' galdosiano: el maestro de escuela, ayo o pasante". En *Actas del Segundo Congreso Internacional Galdosiano*, T II, 1980, pp 341-360.

RODRIGUEZ PUERTOLAS, Pedro: "La degollina de frailes en el Madrid de 1834. Tres puntos de vista: Ayguals de Izco, Galdós, Baroja". En su *Galdós: burguesía y revolución*. Madrid, Turner, 1975, pp 177-202.

SAINZ DE ROBLES, Federico-Carlos: "Censo de los personajes galdosianos comprendidos en los 'Episodios Nacionales'". En PEREZ GALDOS, B.: *Obras Completas*. Madrid, Aguilar, 1976 Tomo IV de Episodios, pp 877-1339.

---: "Ensayo de un censo de los personajes galdosianos comprendidos en Novelas, Cuentos y Teatro". En PEREZ GALDOS, B.: O.C., Madrid, Aguilar, 1977, Tomo de "Cuentos Teatro y Censo", pp 1047-1430.

SCATORI, Stephen: "La idea religiosa en la obra de Benito Pérez Galdós". París, Henri Didier, 1927.

SMIEJA, Florián: "An Alternative Ending of *La Fontana de Oro*". En *Modern Language Review*, 61, 1966, pp 426-433.

SMITH, Alan E.: "Catálogo de los manuscritos de Benito Pérez Galdós en la Biblioteca Nacional de España". En *Anales Galdosianos*, XX, N° 2, 1985, pp 143-156.

---: "Los cuentos inverosímiles de Galdós en el contexto de su obra". Barcelona, Antropos, 1992.

SMITH, Gilbert: "Galdós, *Tristana* and letters from Concha-Ruth Morell". En *Anales Galdosianos*, X, 1975, pp 91-120.

SOPENA IBÁÑEZ, Federico; "La religión mundana según Galdós". Las Palmas, Ed. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1978.

WELLINGTON, Marie A.: "The awakening of Galdós' Lázaro". En *Hispania*, LV, 1972, pp 463-470.



YNDURAIN, Francisco: "*La sombra: una interpretación*". En "*Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987) Actas*". Madrid, Facultad de CC. de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 1989, pp 409-421.

ZLOTCHÉW, Clark M.: "The genial inquisitor of *El audaz*". En *Anales Galdosianos*, 20, N°1, 1985, pp 29-34.

## 2.7. Revistas galdosianas:

### *-Anales Galdosianos.*

Revista anual de la Asociación Internacional de Galdosistas, destinada a la información científica sobre Galdós, su obra y su época.

Fundada el año 1966 bajo el patrocinio de la universidad de Pittsburgh (Pensilvania, E.E.U.U.) y de los *Amigos de Galdós* de Las Palmas de Gran Canaria. Su sede central, establecida inicialmente en dicha universidad norteamericana, se halla desde 1969-1970 en la de Austin, Texas.

### *-Boletín de la Asociación Internacional de Galdosistas.*

Publicación en que esta Asociación, de gran arraigo en universidades de Estados Unidos y extendida también en Europa, informa sobre sí misma, congresos u otras reuniones, anuncios varios, novedades bibliográficas y otras noticias galdosianas.

### *-Omnibus Galdosiano.*

"Publicación independiente dedicada -según se dice en ella- al seguimiento del curso de los estudios galdosianos en el Mundo. Editada por la Asociación de Amigos de Pérez Galdós, el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, el Hogar Canario de Madrid y la Facultad de Ciencias de la Información y de la Comunicación de la Universidad

Complutense de Madrid a través del Centro "Perez Galdós" del Departamento de Filología III.

La coordinación de estas actividades y el domicilio fiscal, en la sede del Hogar Canario de Madrid". C/ Fuencarral, 77, 28004-MADRID.

### 3. OBRAS SOBRE LA EPOCA EN QUE GALDOS ESCRIBE

#### 3.1. Testimonios

(En este apartado debe considerarse incluida gran parte de la obra de Pérez Galdós, especialmente sus Episodios Nacionales de la cuarta y quinta series y sus novelas, teatro, artículos y demás escritos *contemporáneos*.)

AZCARATE, Gumersindo de: "El self-government y la monarquía doctrinaria (...)". Madrid, J. Peña, ed. 1877.

BONALD, Mauricio: "Dos cuestiones sobre el Concordato de 1851". Palencia, Impr. Peralta y Menéndez, 1872.

CANOVAS DEL CASTILLO, Antonio: "Problemas contemporaneos" (3 Vols.). En *Obras Completas de don....* (Con Prólogo de D. Manuel Fraga Iribarne y Estudio Preliminar de D. Juan Antonio Cánovas del Castillo). Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1981.

---: "Discurso pronunciado en el Ateneo Científico y Literario de Madrid sobre *El poder temporal del Papá*". Madrid, Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1870.

---: "Discurso pronunciado el día 26 de noviembre de 1872 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras, sobre *El problema religioso*". Madrid, Impr. Bilb. de Investigación y Recreo, 1872.

---: "Discurso pronunciado el día 25 de noviembre de 1873 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras, sobre *Libertad y progreso, bases filosóficas, etc.*". Madrid, Impr. Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1873.

CAPMANY Y MONTPALAU, Antonio de: "Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid. Por D....". Madrid, 1863.

CASTRO, Alejandro: "Apuntes y detalles que pueden ser útiles a quien escriba la historia de los acontecimientos de España desde 1873 hasta el día". Madrid, Fornet, 1877.

CASTRO, Fernando de: "*Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer.* Discurso inaugural leído por... el día 21 de febrero de 1869" (2ª ed.). Madrid, M. Rivadeneyra, 1869.

COICOECHEA, Sabino de: "*Ellos y nosotros.* Episodios de la guerra civil" (2ª Ed.). Bilbao, Impr. Juan E. Delmás, 1877.

ESTEVANEZ, Nicolás: "Mis memorias". Madrid, Establecimiento Tipográfico de los Hijos de R. Alvarez, 1903. Reeditado en Madrid, Tebas, 1975.

FERNANDEZ DE LOS RIOS, Angel: "Guía de Madrid. Manual del Madrileño y del forastero". Madrid, Aribay y Cía., 1876.

FEU, José Leopoldo: "La monarquía de D. Amadeo I ante el estado económico y social de España. Breves apuntes sobre una cuestión de actualidad". Barcelona, Impr. Narciso Ramírez, 1872.

GARCIA DE LEON Y PIZARRO, José: "Memorias". (Con Ed., Prólogo y notas de Alvaro Alonso Castrillo). Madrid, Rev. de Occidente, 1953 (2 Vols.).

GONZALEZ BRAVO, Luis: "Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública de don... el día 1 de marzo de 1863". En *La América*, VII, Núm. 5, 1863, pp 11-14.

JIMENEZ Y GUITED, Francisco: "Historia militar y política del general don Juan Prim, Marqués de Castillejos, y enlazada con la particular de la guerra civil en Cataluña y con la de Africa". Madrid, Impr. Luis Tamo. 1871 (3 Vols.).

LABRA Y CADRANA, Rafael M<sup>a</sup> de: "El Ateneo de Madrid. Sus Orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir". Madrid, 1879.

LOPEZ DOMINGUEZ, José: "General López Domínguez. Cartagena. *Memoria y comentarios sobre el sitio de Cartagena*". Madrid, Est. Tipograf. J.C. Conde y Cía., 1877.

LORENZO, Anselmo: "El proletariado militante". (Reedición). Madrid, Alianza, 1974.

MALLADA, Lucas: "Los males de la Patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos". Madrid, G. Hernández, 1890.

MARTINEZ DE VELASCO, Eusebio: "Don Pablo Iglesias, *martir de las libertades patrias, 1820-1825*. Apuntes histórico políticos...". Madrid, Establecimiento Tipograf. de Gregorio Estrada, 1862.

MASSA SANGUINETTI, Carlos: "Historia política del... Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta". Madrid, 1876.

MENENDEZ PELAYO, Marcelino: "Historia de los heterodoxos españoles". Santander, C.S.I.C., 1948 (Edición Nacional de la Obras Completas, T VI).

MORAYTA, Miguel: "Juventud de Castelar. Su vida de estudiante y sus primeros pasos en la política". Madrid, A. Alvarez, 1901.

OLOZAGA, Salustiano de: "Estudios sobre elocuencia, política, jurisprudencia, historia y moral" (3ª ed.). Madrid, A. de San Martín, etc., 1871

PASCUAL DE SANJUAN, Pilar: *Flora o la educación de una niña*. Barcelona, 1881. Reeditada, entre otras muchas veces, en Barcelona, Hijo de Paluzie, 1926.

PI Y MARGALL, Francisco: "*La República de 1873*. Apuntes para escribir su historia... Lib. primero: Vindicación del autor". Madrid, Impr. Aribau y Cía. 1874.

---: "Las nacionalidades". Madrid, Imprenta y Librería de Eduardo Martínez, 1877 (2ª Ed.).

PINEDA Y CEVALLOS ESCALERA, Antonio: "Casamientos regios de la Casa de Borbón en España (1701-1879)". Madrid, Impor. E. de la Riva, 1881.

PIRALA, Antonio: "Historia contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de don Alfonso XII". Tomos IV, V y VI. Madrid, Felipe González Rojas Editor, (s.a.)

RUIZ AGUILERA, Ventura: "Proverbios ejemplares (de 1ª y 2ª serie)". Madrid, Impr. M. Rivadeneyra, 1864.

---: "Proverbios cómicos". Madrid, Impr. F. Martínez. 1870.

ROMANONES, Alvaro de Figueroa y Torres, Conde de: "Sagasta o el político". Madrid, 1930.

SANCHEZ ORTIZ, Modesto: "Las primeras Cámaras de la Regencia. Datos electorales, estadísticos y biográficos", por.... y Fermín Berástegui. Madrid, Impr. Enrique Rubiños, 1886.

SANCHEZ SILVA, Manuel: "Semblanzas de los 340 diputados a Cortes que han figurado en la legislatura de 1849 a 1850". Madrid, Impr. Gabriel Gil, 1850.

SEGOVIA, Angel María: "Figuras y figurones. Biografías de los hombres que más figuran actualmente en España y en Ultramar" (2ª Ed. corregida y aumentada). Madrid, Enrique Jaramillo, etc., 1881-1882.

VIDART, Luis: "Letras y armas (Breves noticias de algunos poetas y literatos militares de la edad presente)" (2ª Ed.). Madrid, Impr. de El Correo Militar, 1871.

---: "VIDART, Luis: "Filosofía española". Madrid, Imprenta Europea, 1866.

### 3.2. Obras de autores posteriores

AA.VV.: "La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931". (Con Ed. de Angel Bahamonde Magro y Luis Otero Carvajal). Madrid, Comunidad de Madrid-Revista Alfoz, 1989.

ANDRES-GALLEGO, José (Coordinador): "Revolución y restauración (1868-1931)". Tomo XVI ( 1 y 2) de *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1981-1982.

AROSTEGUI SANCHEZ, Julio: "El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876". Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1970.

ARTOLA, Miguel: "Partidos y programas políticos 1808-1936". Madrid, Aguilar, 1977, T I.

---: "La burguesía revolucionaria (1808-1874)". Madrid. Alianza Editorial-Alfaguara, 1980.

BECKER, Jerónimo: "Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX (Apuntes para una historia diplomática)". Tomo III, (1868-1900). Madrid, 1926 (2 Vols.)

BUSQUETS, Pablo: "El militar de carrera en España". Barcelona, Ariel, 1971.

CACHO VIU, Vicente: "La Institución Libre de Enseñanza. I, Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)". Madrid, Rialp, 1962.

CEPEDA ADAN, José: "La figura de Sagasta en la Restauración". En *Hispania*, XCII, Madrid, 1963, pp 3-24.

CIERVA, Ricardo de la: "El cantón de Cartagena". En *Rev. Historia y Vida*, Núm. Extra-3, 1975, pp 146-155.

COMELLAS GARCIA-LLERA, José Luis (Coordinador). "La España liberal y romántica (1833-1868)". Tomo XIV de *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1983.

DARDÉ MORALES, Carlos: "Los partidos republicanos en la primera etapa de la Restauración (1870-1900)". En José María Jover Zamora y aa. vv., *El siglo XIX en España: doce estudios*. Barcelona, Planeta, 1974, pp 433-463.

DIEZ DEL CORRAL, Luis: "El liberalismo doctrinario". Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956 (2 Vols.).

ESPADAS BURGOS, Manuel: "Alfonso XII y la Restauración". En "Historia de España". Barcelona, Planeta, 1990, T 10, pp 8-173.

---: "Madrid en la sociedad del siglo XIX". Madrid, Comunidad de Madrid, 1986.

---: "La primera Internacional y la historiografía española". En Rev. *Hispania*, 1970, T XXX, pp 181-197.

FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor: "Cánovas, su vida y su política".(2ª ed.) Madrid, Tebas, 1972.

---: "Historia política de la España Contemporánea". Madrid, Pegaso, 1956.

FERNANDEZ BASTERRECHE, Fernando: "El Ejército español en el siglo XIX". Madrid, 1978.

GARCIA NIETO, María del Carmen, DONEZAR, Javier Mª y LOPEZ PUERTA, Luis: "Restauración y Desastre, 1874-1898". (Tomo IV de la Colecc. *Bases documentales de la España contemporánea*). Madrid, 1972.

GOMEZ APARICIO, Pedro: "Historia del periodismo español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial". Madrid, Editora Nacional, 1971.

GOMEZ MOLLEDA, Dolores: "El problema religioso-pedagógico en España". En Rev. *Eidos*, Núm. 12, 1960, pp 13-41.



GONZALEZ, M<sup>a</sup> Lourdes C., LEDESMA, Manuel y BELENGUER, Enrique: "Una visión panorámica de la educación en la España Galdosiana (1845-1923)". En *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, 1990. Las Palmas, Edic del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, T II, pp 331-350.

GONZALEZ, Nazario: "Por qué fracasó la primera República". En *Rev. Historia y Vida*, Núm. Extra-3, 1975, pp 169-178.

HENNESSY, C.A.M.: "La república federal en España. Pí y Margall y el movimiento republicano federal (1868-1874)". Madrid, Aguilar, 1966.

HERNANDEZ SANCHEZ-BARBA, Mario (Coordinador): "Reformismo y progreso en América (1840-1905)". Tomo XV de *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1989.

JIMENEZ LANDI, Antonio: "La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Los orígenes". Madrid, Taurus, 1973.

JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>: "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX" (Conferencia pronunciada en 1961). En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Madrid, Ed. Turner, 1976, pp 83-138.

---: "La imagen de la Primera República en la España de la Restauración". (Discurso de ingreso en la R.A.H., que tiene como capítulo principal el dedicado a "La Primera República en los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós"). Madrid, R.A.H., 1982.

---(Prologador y director): "La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)". Tomo XXXIV de la "Historia de España" dirigida inicialmente por D. Ramón Menéndez Pidal y continuada por el mismo profesor Jover. Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

JURETSCHKE, Hans (Prologador y coordinador): "La época del Romanticismo, (1808-1874)". Tomo XXXV (1 y 2) de la "Historia de España" dirigida por D. R. Menéndez Pidal y continuada por el profesor Jover Zamora. Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

JUTGLAR, Antoni: "Actitudes conservadoras ante la realidad obrera en la etapa de la Restauración". En *Revista de Trabajo*, 25, Madrid, 1969, pp 45-71.

---: "Pi y Margall y el federalismo español". Madrid, 1975-1976 (2 Vols.).

LOPEZ CORDON, María Victoria: "La Comuna de París vista desde España". En José María Jover Zamora y aa.vv., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp 323-395.

---: "La revolución de 1868 y la I República". Madrid, Siglo XXI, 1976.

LOPEZ MORILLAS, Juan: "El Krausismo español". México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

MARTIN NIÑO, Jesús: "La Hacienda española y la Revolución de 1868". (Prólogo de Lucas Beltrán). Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1972.

MARTINEZ CUADRADO, Miguel: "El horizonte político de la revolución de 1868". En *Rev. Occidente*, Núm. 67, 1968, pp 19-37.

---: "Elecciones y partidos políticos de España". Madrid, 1969 (2 Vols.).

---: "La burguesía conservadora (1874-1931)". Madrid, 1973, T VI de la *Historia de España Alfaguara*, dirigida por Miguel Artola.

NADAL OLLER, Jordi: "El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913". Barcelona, Ariel, 1975.

OYARZUN, Román: "Historia del carlismo". Madrid, Alianza, 1944.

PALACIO ATARD, Vicente: "La España del siglo XIX, 1808-1898". Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1978.

PAYNE, Stanley G.: "Los militares y la política en la España contemporánea". Madrid, Sarpe, 1986.

PEREZ DE LA DEHESA, Rafael: "El pensamiento de Costa y su influencia en el 98". Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

PORTUONDO DEL PRADO, Fernando: "Historia de Cuba". La Habana, Editorial Minerva, 1953.

Revista de Occidente. Número extraordinario: *La Revolución española de 1868*. 2ª época, Octubre de 1968.

ROMERO MAURA, Joaquín: "El caciquismo: tentativa de conceptualización". En *Rev. Occidente*, Núm. 127, Madrid, 1973, pp 15-44.

SALOM COSTA, Julio: "España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1875-1881)". Madrid, C.S.I.C., 1967. Con prólogo del profesor Jover Zamora.

SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás: "Crisis de subsistencias y recesión demográfica: España en 1868". En *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*: Univ. del Litoral, Facultad de F. y L.- Rosario, República Argentina, Núm. 6, 1962-1963, pp 27-40, Santa

Fe, 1964.

SECO SERRANO, Carlos: "Introducción" a *Asociación Internacional de Trabajadores. Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, 1969, T I, p III-LXXI.

---: "La Restauración y sus *aperturas*". Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977. (Conferencia pronunciada en dicha Fundación el día 2 de junio de 1975, en el Centenario de la Restauración).

---: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

---: "Alfonso XIII y la crisis de la restauración". Barcelona, Ariel, 1969.

SEVILLA ANDRES, Diego: "Constitución y otras leyes y proyectos políticos de España". Madrid, Editora Nacional, 1969.

TERMES ARDEVOL, José: "El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)". Barcelona, Ariel, 1971.

TERRON, Eloy: "Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea". Barcelona, Península, 1969.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco: "Recientes investigaciones sobre la desamortización: intento de síntesis". En Rev. *Moneda y Crédito*, Núm. 131, 1974, pp 59-160.

TORTELLA CASARES, Gabriel y aa. vv.: "La banca española en la restauración". Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974 (2 Vols.).

TUÑÓN DE LARA, Manuel: "El movimiento obrero en la historia de España". Madrid, Sarpe, 1985 (2 Vols.).

---: "La España del siglo XIX (1808-1914)". Barcelona, Laia, 1975.

---(Director): "Historia de España". Barcelona, Labor, 1981 (T VIII).

TURIN, Yvonne: "L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902. Libéralisme et tradition". París, Presses Universitaires de France, 1959.

UBIETO, Antonio; REGLA, Juan; JOVER, José María y SECO, Carlos: "Introducción a la Historia de España". 9ª ed.. Barcelona, Teide, 1972.

VARELA ORTEGA, José: "*Los amigos políticos*. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)". Madrid, Alianza, 1977.

VICENS VIVES, Jaime: "Historia de España y América". (Tomos IV y V). Barcelona, Vicens Vives, 1972.

---: "Manual de Historia Económica de España". Barcelona, Vicens Vives, 1977.

VILLACORTA BAÑOS, F.: "Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal: 1808-1931". Madrid, Siglo XXI, 1980.

VILLARROYA, Joaquín: "Breve Historia del constitucionalismo español". Barcelona, Planeta, 1976.

ZAMBRANO, María: "La España de Galdós" (Dibujos de Ramón Gaya). Barcelona, La Gaya Ciencia, 1982.

#### 4. OBRAS SOBRE EL TRIENIO

##### 4.1. Testimonios<sup>1</sup>

ALCALÁ GALIANO, Antonio: "Recuerdos de un anciano". En *Obras Escogidas de D. A. Alcalá Galiano*. Madrid, Atlas, 1955, T I (BAE, T 83), pp 1-248.

---: "Memorias de D...". En *Obras Escogidas....* Madrid, Atlas, 1955, T I (BAE, T 83), pp 249-475, y T II (BAE, T 84), pp 1-280.

---: "Apuntes para servir a la Historia del origen y alzamiento del ejército destinado a Ultramar en 1 de enero de 1820". Madrid, Imprenta de Aguado y Compañía, 1821. Reeditado en *Obras escogidas de D. Antonio Alcalá Galiano*. Madrid, Atlas, 1955, T II, pp 327-342.

---: "Reflexiones de Antonio Alcalá Galiano sobre *El Zurriago* Núm. 79 y 80". Madrid, Imprenta del Espectador, R. Macías, 1822. Reeditado en *Obras escogidas....* Madrid, Atlas, 1955, T II, pp 343-349.

(En este mismo tomo pueden verse otras obras de A. Alcalá Galiano sobre su propia biografía, *Indole de la Revolución de España en 1808*, vida de D. Agustín Argüelles, *Anécdotas de las mocedades de Martínez de la Rosa*, *Canciones patrióticas desde 1808 a*

---

<sup>1</sup> Cabría iniciar este apartado con una referencia a los documentos de la época que hemos hallado en el Archivo Histórico Nacional, en el Archivo de Palacio, en el del Museo Naval, en el Archivo Histórico Militar de Madrid, en la Biblioteca Nacional, etc., pero la alusión hecha a ellos en texto y notas, y la orientación misma de este trabajo, parecen hacerlo innecesario. Pasamos, pues, a referenciar testimonios publicados y difundidos en obras impresas.

1814 y desde 1820 a 1823, Jovellanos, *Opinión sobre el general Torrijos* y varios otros escritos sobre sus intervenciones en las Cortes y temas diversos).

ARGÜELLES, Agustín de: "De 1820 a 1824. Reseña histórica". Madrid, Imprenta de T. Fontanet, 1864.

ARTOLA, Miguel (Recopilador): "Textos fundamentales para la Historia". Madrid, Alianza, 1979.

---: "Los orígenes de la España Contemporánea". (Documentos reproducidos) Madrid, Inst. de Estud. Políticos, 1959.

BORREGO, Andrés: "El general Riego y los revolucionarios". En *La España del siglo XIX*. Madrid, Ateneo, 1886 T I, pp 319-405.

CANTILLO, Alejandro del: "Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año 1700 hasta el día", Madrid, 1843.

CAPMANY Y MONTPALAU, Antonio de: "Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid. Por D....". Madrid, 1863.

CONDE DE TORENO (José María Queipo de Lano): "Historia del alzamiento, guerra y revolución de España". Madrid, Altas, 1953.

COPONS Y NAVIA, Francisco de: "Memorias de los años de 1814 y 1820 al 24" (publicadas por su hijo). Madrid, Imprenta y Litografía militar del ATLAS, 1858.

CORTES ORDINARIAS: "COLECCION DE LOS DECRETOS Y ORDENES GENERALES EXPEDIDOS POR LAS..." (Años 1820-1823). Madrid, Imprenta Nacional, 1821 y Sgts.

CHATEAUBRIAND, François René, Vizconde de: "Congreso de Verona. Guerra de España. Negociaciones. Colonias españolas. Polémicas". (Traducido por Francisco Medina-Veytia). En *Viajes a Italia y América por el Vizconde de...* Madrid, Impr. Gaspar y Roig, 1854-1858.

ESPOZ Y MINA, Condesa de: "Memorias". Madrid, Tebas, 1977.

ESPOZ Y MINA, Francisco: "Breve extracto de la Vida del General Mina. Publicado por el mismo". Londres, Impr. Taylor y Hessey, 1825 (2ª Edición).

---: "Memorias del general D..." . (Con Ed. y *Estudio Preliminar* de D. Miguel Artola). Madrid, Atlas, 1962, BAE CXLVI y CXLVII.

FERNANDEZ DE CORDOVA, Fernando: "Mis memorias íntimas". (Con Ed. y estudio preliminar por Miguel Artola Gallego). Madrid, Atlas, 1966 (BAE CXCII y CXCI).

FERNANDEZ DE CORDOVA, Luis: "Memoria justificativa que dirige a sus conciudadanos el general Córdova en vindicación de los cargos que por la prensa nacional y extranjera han hecho a su conducta militar o política en el mando de los Ejércitos de operaciones y de reserva". París, Didot, 1837.

FRAY MARTIN SARMIENTO (Seudónimo de Pedro José Gosende de Balboa): "La educación de los niños", (Biblioteca del Monasterio de Silos, Ms. 73 bis);

---: "Notas al Privilegio de Ordoño II al Monasterio de Samos y Reflexiones previas"



(Biblioteca Nacional, Ms. 9892).

Reproducidos bajo el título "Fragmentos varios sobre educación" en GALINO, M<sup>a</sup> Angeles: "Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna". Madrid. C.S.I.C., 1953, pp 279-398. Parte de la obra de *Fray Martín Sarmiento* puede verse en el *Semanario Erudito* de Valladares de Sotomayor. Madrid, Blas Román, Años 1787 (T V, pp 97-174; T VI, pp 111-188 y T XIX, pp 167-256) y, 1789 (T XXI, pp 99-273).

FUENTE, Vicente de la: "Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España, y especialmente de la franc-masonería". Lugo, Imprenta de Soto Freire, editor, 1870-1871 (3 Vols.).

GARCIA DE LEON Y PIZARRO, José: "Memorias de D...". Madrid, Rev. de Occidente, 1952.

GIL NOVALES, Alberto (Editor): "Rafael del Riego. La revolución de 1820 día a día. Cartas, escritos y discursos". Madrid, Tecnos, 1976.

---: *Documentación* diversa que incluye en "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Madrid, Tecnos, 1975 (2 Vols.). (Esta obra es interesante, además, por las referencias documentales que contiene su Vol. 2).

---: "Textos exaltados del Trienio liberal". Madrid, Júcar, 1978.

GIRON, Pedro Agustín, Marqués de las Amarillas: "Recuerdos (1778-1837)" (Con Introducción de Federico Suárez y Ed. y notas de Ana M<sup>a</sup> Berazaluce). Pamplona, EUNSA, 1978-1979 (2 Vols.).

GODOY, Manuel (Príncipe de la Paz): *Memorias* (Con edición y un *Estudio preliminar* de D. Carlos Seco Serrano). Madrid, Atlas, 1965 (BAE LXXXVIII-LXXXIX).

GRANDIDIER, Philippe-André: "Essai historique et topographique sur l'Eglise cathédrale de Strasbourg". Strasbourg, 1782.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: "Obras completas de D..." (Con Ed., Introducción y notas de José-Miguel Caso González). Universidad y Excmo. Ayuntamiento de Oviedo, 1988. (Editadas antes, con *Estudio Preliminar* de Miguel Artola, en Madrid, Atlas, 1956, BAE, T LXXXV-LXXXVII).

LAFUENTE, Modesto: "Historia General de España". Madrid. Imprenta del Banco Industrial y Mercantil, 1865, T XXVII.

LOPEZ PINTO, Juan: "Memorias" publicadas por CASTAÑEDA, Vicente: "Bosquejo del estado de España desde fines de 1819 hasta 17 de noviembre de 1823". Madrid, Imprenta y Ed. Maestre, 1948.

LLORENTE, Juan Antonio: "Historia crítica de la Inquisición española (...)". Madrid, Impr. del *Censor*. 1882.

MARTIN BALMASEDA, Fermín (Recopilador): "Decretos del rey don Fernando VII". Madrid, Imprenta Real, 1818-1819. Con un "Apéndice a los TT I, II, III y IV de la obra *Decretos del rey D. Fernando VII*, o sease Colección de Reales Resoluciones respectivas a los años de 1814, 1815, 1816 y 1817". Madrid, Imprenta Real, 1819.

---: "Decretos y Resoluciones de la Junta Provisional, Regencia del Reino y los espedidos (Sic) por Su Magestad desde que fue libre del tiránico poder revolucionario, comprensivo al año de 1823". Madrid, Imprenta Real, 1824.

MARTINEZ DE LA ROSA, Francisco: "De los graves daños que causan las sociedades secretas, así respecto de la libertad como respecto del orden". *Revista de Madrid*, 3, 1839. Reproducido en ZAVALA, Iris M. "Masones, comuneros y carbonarios". Madrid, Siglo XXI, 1971, pp 335-340.

---: "El Espíritu del siglo". Tomos V, VI y VII de *Obras de D. Francisco Martínez de la Rosa*. (Con Ed. y *Estudio Preliminar* de D. Carlos Seco Serrano). Madrid, Atlas, 1962 (BAE, Tomos CXLVIII-CLV).

MESONERO ROMANOS, Ramón de: "Memorias de un setentón". (Reedición). Madrid, Tebas, 1975.

MINIO, Vicente: "Examen de la conducta, hechos y opiniones políticas del coronel D... desde el día 7 de marzo de 1820 hasta que con el Regimiento de Caballería de Almansa, que mandaba, abandonó las filas del Ejército Constitucional, uniéndose a los defensores de Su Majestad". Madrid, Imprenta Real, 1824.

MIRAFLORES, M. de: "Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de España desde el año 1820 hasta 1823". (Con otros dos tomos -señalados como Tomo I y T II- de "*Documentos* a los que se hace referencia en los *Apuntes* histórico-críticos sobre la Revolución de España"). Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834 (3 Vols.)

PEREZ DE GUZMAN Y GALLO, Juan: "El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada....". Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1808.

PRESAS, D. José: "Pintura de los males que ha causado a la España el gobierno absoluto de los dos últimos reynados, y de la necesidad del restablecimiento de las Antiguas Cortes, o de una carta constitucional dada por el rey Fernando." Burdeos, Imprenta de R. Laguillotièrre y Compañía, 1827.

---: "Cronología de los sucesos más memorables ocurridos en todo el ámbito de la monarquía española desde el año de 1799 hasta 1836". Madrid, Impr de Don M. Calero, 1836.

PRINCIPE, Miguel Agustín: "*Tirios y troyanos. Historia tragicómico política de la España del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros animales públicos*, escritos entre agridulce y jocosero, por ...". Madrid, Imprenta de Pedro Mora y Soler, 1845 (2 Vols.).

QUEIPO DE LLANO Y RUIZ DE SARAIVA, José María, Conde de Toreno: "Discurso parlamentario del Sr.... Publicados por su hijo el Sr. D. Francisco de Borja Queipo de LLano y Gayoso, Conde de Toreno". Madrid, Impr. Berengüillo, 1872.

QUINTANA, Manuel José: "Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública". En *Obras Completas* del Excmo. Sr. D. M.J. Quintana. Madrid, Atlas, 1946, BAE, T XIX, pp 175-191.

---: "Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación (7 de noviembre de 1822)". En *Obras Completas* del Excmo. Sr. D. M.J. Quintana. Madrid, Atlas, 1946, BAE, Tomo XIX, pp 193-198.

---: "Cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la Segunda Epoca Constitucional". En *Obras Complestas* del Excmo. Sr. C M.J. Quintana. Madrid, Atlas,

1946, BAE, T XIX, pp 531-588.

---: "Poesías". En *Obras Completas* del Excmo. Sr. D. M.J. Quintana. Madrid, Atlas, 1946, BAE, T XIX, pp 1-74.

---: *Prólogo* a su "Vida de los españoles célebres". En *Obras Completas* del Excmo. Sr. D. M.J. Quintana. Madrid, Atlas, 1946, BAE, T XIX, pp 199-200. Las *Vidas* en pp 203-475.

RICO Y AMAT, Juan: "Historia política y parlamentaria de España (desde los tiempos primitivos hasta nuestro días)". Madrid, Impr. de Escuelas Pias, 1860.

RIEGO, Rafael del: "La Revolución de 1820 día a día. Cartas, escritos y discursos". (Con edición, Introducción y notas de A. Gil Novales). Madrid, Tecnos, 1976.

ROMERO ALPUENTE, Juan: "Historia de la Revolución española y otros escritos" (Ed. preparada e introducida por Alberto Gil Novales). Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989 (2 Tomos).

SAN MIGUEL Y VALLEDOR, Evaristo: "Vida de Don Agustín de Argüelles". Madrid, imprentas del Colegio de Sordomudos, de los señores Andrés y Díaz, y de Díaz y Cía., 1851-1852 (4 tomos en 2 Vols.).

---: "Memoria sucinta sobre lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del comandante general D. Rafael del Riego, desde su salida de la ciudad de S. Fernando el 27 de enero de 1820 hasta su total disolución en Bienvenida el 11 de marzo del mismo año. Redactada por D....". Oviedo, Franciso Cándido Pérez Prieto, 1820.

SANTILLAN, R. de: "Memorias (1815-1850)". (Con edición y notas de Ana María Berazaluze e Introducción de Federico Suárez). Pamplona, Estudio General de Navarra, 1960 (2 Vols.).

SECO SERRANO, Carlos (Recopilación y estudio): "El diario lírico de una reina de España. El Trienio Liberal (1820-1823) en los versos de la reina Amalia". En Rev. *Historia y Vida*, Núm. 2, mayo de 1968, pp 54-72.

SUAREZ, Federico (Recopilación y estudio): "Documentos del reinado de Fernando VII". Pamplona, EUNSA, año 1961 y Sgts.

TIERNO GALVAN, Enrique (Recopilador): "Leyes políticas españolas fundamentales (1808-1936)". Madrid, Tecnos, 1975.

VAN HALEN, Juan: "*Memorias* de D..., Jefe de Estado Mayor de una de las Divisiones del Ejército de Mina en los años 1822 y 1823. PARTE PRIMERA, en que se refiere su cautiverio en los calabozos de la Inquisición de España, en los años 1817 y 1818, y su evasión, con documentos justificativos". París, Angulo Editor, 1827.

---: "*Narración* de D. Juan Van Halen, Mariscal de Campo de los Ejércitos nacionales y teniente general del Ejército belga (,) escrita por él mismo, su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión y su espatriación (Sic)". Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1842 (2 tomos en un volumen).

VAYO, Estanislao de Cosca (?): "Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España". Madrid, Imprenta de Repullés, 1842 (3 Vols.).

VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo: "Cartas de D. Roque Leal (Seud.) a un amigo suyo sobre la representación del Arzobispo de Valencia a las Cortes, fecha a 20 de octubre de 1820". Madrid, Impr. Fuentenebro, 1820.

---: "Apuntes sobre el arresto de los vocales de Cortes ejecutado en mayo de 1814". Madrid, Impr. Diego García y Cía., 1820.

VINUESA, Matías: *Manifiesto de D.... Capellán de Honor de S.M., para vindicar su conducta moral de las calumnias con que públicamente ha sido infamado*. Madrid, Imprenta de Burgos, 1821 (folleto de 12 pp).

#### 4.2. Obras de Galdós mismo

- *La Fontana de Oro*.
- *El equipaje del rey José*.
- *Memorias de un cortesano de 1815*.
- *La segunda casaca*.
- *El Grande Oriente*.
- *7 de Julio*.
- *Los Cien mil Hijos de San Luis*.
- *La fiera*.

Todas estas obras pueden verse, como antes se ha dicho, en las ediciones que de las *Obras Completas* de Pérez Galdós tiene hechas la Ed. Aguilar. Sus manuscritos, salvo el de *La Fontana de Oro* -cuyo paradero se desconoce- y algunas páginas que faltan de *El equipaje del rey José*, de *El Grande Oriente* y del *7 de Julio*, se hallan en la Biblioteca Nacional, Secc. de Manuscritos, Núms. 21.755-21.760, por orden correlativo, estos seis Episodios, y Núm. 21.800 *La fiera*.

#### 4.3. Obras de otros autores hasta la actualidad

ALAS, Leopoldo: "Alcalá Galiano. El período constitucional de 1820 a 1823. Causas de la caída del sistema constitucional.- La emigración española hasta 1823". Conferencia pronunciada en el Ateneo en el Curso 1885-1886. En "La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas". Madrid, Ed. San Martín, 1886, T II, pp 469-520.

ARTOLA, Miguel: "Los afrancesados". Madrid, Alianza, 1989.

---: "La España de Fernando VII". Tomo XXVI de la "Historia de España" dirigida por D. R. Menéndez Pidal y continuada por el profesor J-M<sup>a</sup> Jover Zamora. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1968.

---: "Partidos y programas políticos 1808-1936". Madrid, Aguilar, 1977.

---: "La burguesía revolucionaria (1808-1874)". Madrid. Alianza Editorial-Alfaguara, 1980.

---: "Antiguo Régimen y Revolución Liberal". Barcelona, Ariel, 1979.

ASTUR, Eugenia (seudónimo de Enriqueta García Rayón Infanzón): "Riego: (Estudio histórico-político de la Revolución del año veinte)". Oviedo, Escuela Tipográfica de la Residencia Provincial de Niños, 1933.

BALDO LACOMBA, Marc: "Fernando VII". En "Historia de España" dirigida por A. Domínguez Ortiz. Barcelona, Planeta, 1988, T 9, pp 178-305.

BATLLORI, Miguel, S.J.: "La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-hispanoamericanos-filipinos, 1767-1814". Madrid, Gredos, 1966.



BLANCO VALDES, Roberto L.: "Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España Liberal, 1808-1823". Madrid, Siglo XIX de España, Ed. S.A., 1988.

CARR, Raymond: "España 1808-1939". Barcelona, Ariel, 1970.

CASADO BURBANO, Pablo: "Las fuerzas armadas en el inicio del constitucionalismo español". Madrid, Editoras de Derecho Reunidas, 1982. (Serie de Monografías).

COMELLAS GARCIA-LLERA, José Luis: "Los primeros pronunciamientos en España (1814-1820)". Madrid, C.S.I.C., 1958.

---: "Los realistas en el Trienio Constitucional". Pamplona, Gómez Gorriti, 1958.

---: "El Trienio Constitucional". Madrid, Ed. Rialp, S.A., 1963.

--- (Coordinador): "Del antiguo al nuevo régimen. Hasta la muerte de Fernando VII". Tomo XII de *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1981.

CORONA, Carlos: "Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV". Madrid, Rialp, 1957.

CHAUNU, Pierre: "Interpretation de l'Indépendance de l'Amérique latine". En *Bulletin de la Faculté de Lettres*, Université de Strasbourg, marzo, 1963.

CHRISTIANSEN, Eric: "Los orígenes del poder militar en España, 1808-1854". Madrid, Aguilar, 1944.

DIEZ-LOIS, María Cristina: "El manifiesto de 1814". Pamplona, Universidad de Navarra, 1968.

ELORZA, Antonio: "Hacia una tipología del pensamiento reaccionario en los orígenes de la España Contemporánea". En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 1966, Núm. 203, pp 370-385.

FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor: "Historia política de la España Contemporánea". Madrid, Pegaso, 1956.

FERNANDEZ BASTERRECHE, Fernando: "El Ejército español en el siglo XIX". Madrid, Siglo XIX, 1978.

FONTANA, Josep: "La quiebra de la monarquía absoluta 1814-1820". Barcelona, Ariel, 1974.

---: "Formación del Mercado nacional y toma de conciencia de la burguesía". En "Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX". Barcelona, Ariel, 1973, pp 11-53.

---: "Transformaciones agrarias y crecimiento económico en la España Contemporánea". En "Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX". Barcelona, Ariel, 1973, pp 147-196.

FERRANDO, Juan: *La constitución española de 1812 en los comienzos del "Risorgimento"*. Roma-Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1959.

FERRER BENIMELI, José A.: "La masonería española en el siglo XVIII". Madrid, Siglo XXI, 1974.

---: "Masonería española contemporánea". Madrid, Siglo XXI, 1980 (2 Vols.).

---: "Signos lapidarios en el románico y gótico español". Zaragoza, C.S.I.C., 1975.

---: "Bibliografía de la Masonería". Madrid, F.U.E., 1978.

FINDEL, J.G.: "Histoire de la Francmaçonnerie depuis son origine jusqu'a nos jours". París, Lacroix Verboeckhoven, 1886.

FRIAS, Lesmes: "Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia Moderna de España". Madrid, 1923.

GALINO, M<sup>a</sup> Angeles: "Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna". Madrid, C.S.I.C., 1953.

GAMBRA, Rafael: "La primera guerra civil de España: 1820-1823". Madrid, Escelicer, 1950.

GARCIA ESCUDERO, José M.: "Historia política de las dos Españas". Madrid, Editora Nacional, 1975.

GIL NOVALES, Alberto: "Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)". Madrid, Tecnos, 1975 (2 Vols.).

---: "1970-1979. Diez años de historiografía en torno al primer tercio del siglo XIX español". Madrid, Siglo XXI, 1980.

---: "El Trienio Liberal". Madrid, Siglo XXI, 1989.

---: *Estudio Preliminar* a "Rafael del Riego. La revolución de 1820 día a día. Cartas, escritos y discursos". Madrid, Tecnos, 1976.

GONZALEZ BLANCO, Pedro: "Rectificaciones Históricas". En *Revista Latomia* (Madrid), Núm. I, 1932, pp 79-90; Núm. II, 1933, pp 107-119, y Núm III, 1933, pp 151-160.

HERR, Richard: "España y la Revolución del Siglo XVIII". Madrid, Aguilar, 1971.

---: "Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen, crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV". En Rev. "Moneda y Crédito" nº 118, Madrid, 1971, pp 37-100.

---: "El significado de la Desamortización en España". Rev. *Moneda y Crédito*, Núm. 131, Dic. 1974, pp 55-94.

JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup>: "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX" (Conferencia pronunciada en 1961). En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Madrid, Turner, 1976, pp 83-138.

---: "España en la transición del siglo XVIII al XIX". En "Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX". Madrid, Turner, 1976, pp 139-227.

JURETSCHKE, Hans (Prologador y coordinador): "La época del Romanticismo, (1808-1874)". Tomo XXXV de la "Historia de España" dirigida por D. R. Menéndez Pidal y continuada por el profesor Jover Zamora. Madrid, España-Calpe, 1989.

KAMEN, Henry: "La Inquisición española". Barcelona, Grijalbo, 1971.

LOPEZ DE ANGLADA, Luis: "El Duque de Rivas". Madrid, EPESA, 1971.

MARTIN GAITE, Carmen: "El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento". Barcelona, Anagrama, 1988.

MARTIN MARTIN, Teodoro: "Las reformas provincial y eclesiástica en Extremadura durante el Trienio liberal". En *Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz, XXIX, 3, 1973, pp 585-595.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: "Revolution in Spain". Nueva York, 1939. Traducido al Español en Barcelona, Ariel, 1960.

MEDINA, Manuel: "Las Organizaciones internacionales". Madrid, Alianza Univ., 1979.

MIRANDA GARCIA, Soledad: "Pluma y Altar en el siglo XIX. De Galdós al cura Santa Cruz". Madrid, Pegaso, 1983.

MORAL RUIZ, Joaquín del: "Hacienda y sociedad en el Trienio constitucional (1820-1823)". Madrid, Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda, 1975.

MORENO MORRISON, Roberto: "Un ministro fernandino: D. Juan Esteban Lozano de Torres". En "Rev. de Historia y de genealogía española". 2ª época, I, 1927, pp 72-76.

MORODO, Raul y DIAZ, Elías: "Tendencias y grupos políticos en las Cortes de Cádiz y en las de 1820". En *Cuadernos Hispánoamericanos*, Madrid, 1966, Núm. 201, pp 637-676.

MOXÓ, Salvador de: "La disolución del régimen señorial en España". Madrid, C.S.I.C., 1965.

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: "*La Fontana de Oro*, Lorencini, 'La Cruz de Malta'; cosas viejas y nuevas sobre estos cafés madrileños". En *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, Núms. 11 y 12. 1982, pp 47-112.

---: "Aviraneta y diez más. Albuin. Van Halen. Bessieres. Leguía. Arrambide. Regato. M. Guerra. R. Alpuente. Olózaga". Madrid, Editorial Prensa Española, 1970.

PABON, Jesús (con introducción, estructuración y publicación por el profesor Seco Serrano): "Narváez y su época". Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

---: "La otra legitimidad". Madrid, Ed. Prensa Española, 1965.

PALACIO ATARD, Vicente: "La España del siglo XIX, 1808-1898". Madrid, Espasa Calpe, 1978.

PAYNE, Stanley G.: "Los militares y la política en la España contemporánea". Madrid, Sarpe, 1986.

PEGENAUTE GARDE, Pedro: "Trayectoria y testimonio de José Manuel del Regato". Pamplona, EUNSA, 1978.

PELOSI SANTOYANI, Hebe: "La política exterior de España en el Trienio Constitucional". (Tesis doctoral, dirigida por D. José María Jover Zamora. Facultad de F. y L., Univ. Compl. de Madrid, 1969). En *Cuadernos de Historia de España*. XLIX-L, Buenos Aires, 1969, pp 214-293.

PEREZ GARZON, J.: "Los acontecimientos del 7 de Julio de 1822. Datos para un análisis socio-político". Madrid, Anales del Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

PINTOS VIEITES, María del Carmen: "La política de Fernando VII entre 1814 y 1820". Pamplona, Estudio General de Navarra, 1958.

PRIEGO, Juan: "La Guerra de la Independencia". Madrid, 1947.

RAMOS, Demetrio (Coordinador): "Emancipación y nacionalidades americanas". Tomo XIII de *Historia General de España y América*. Madrid, Rialp, 1992.

REVUELTA GONZALEZ, Manuel: "Política religiosa de los liberales en el siglo XIX". Madrid, C.S.I.C., 1973.

RODRIGUEZ GORDILLO, José Manuel: "Las proclamas realistas de 1822". Sevilla, Anales de la Universidad Hispalense, 1969.

ROURA AULINAS, Lluís: "La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874)". En "Historia de España" dirigida por Antonio Domínguez Ortiz. Barcelona, Planeta, 1988, T 9, pp 136-177.

SANCHEZ AGESTA, Luis: "Historia del constitucionalismo español". Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1955.

SANCHEZ DE PALACIOS, Mariano: "Mesonero Romanos". Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1963.

SARALEGUI Y MEDINA, Manuel de: "Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII". Madrid, Imprenta de Jaime Ratés Martín, 1904.

SCHOP SOLER, Ana María: "Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia (1733-1833)". Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores (Dir. Gral. de

Relaciones Culturales), 1984.

SECO SERRANO, Carlos: "Estudio preliminar" a las "Obras de D. Francisco Martínez de la Rosa". Madrid, Atlas, 1962, T I, pp I-CXIII.

---: "Godoy: el hombre y el político". *Estudio preliminar* a "Príncipe de la Paz, Memorias". (BAE), Madrid, Atlas, 1960, T I, pp V-CXXXVII.

---: "El reinado de Fernando VII en el primer ciclo de la revolución contemporánea". En Prólogo a ARTOLA, M.: "La España de Fernando VII". Cit., pp IX-XXXVI.

---: "Tríptico carlista". Barcelona, Ariel, 1973.

---: "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984.

---: "El diario lírico de una reina de España. El Trienio Liberal (1820-1823) en los versos de la reina Amalia". En Rev. *Historia y Vida*, Núm. 2, mayo de 1968, pp 54-72.

SEVILLA ANDRES, Diego: "Constitución y otras leyes y proyectos políticos de España". Madrid, Editora Nacional, 1969.

SUAREZ, Federico: "La crisis política del Antiguo Régimen en España". Madrid, Rialp, 1950.

--- "Conservadores, innovadores y renovadores en las posimerías del Antiguo Régimen". Pamplona, Publicaciones del Estudio General de Navarra, 1955.

---: *Estudio Preliminar* a varios tomos de su edición de "Documentos del reinado de



Fernando VII". Pamplona, EUNSA, años 1961 y Sgts.

TOMAS Y VALIENTE, Francisco: "Recientes investigaciones sobre la desamortización: intento de síntesis". En Rev. *Moneda y Crédito*, Núm. 131, 1974, pp 59-160.

---: "El marco político de la Desamortización en España". Barcelona, Ariel, 1971.

TORRAS, Jaime: "Liberalismo y rebeldía campesina (1820-1823)". Barcelona, Ariel, 1976.

UBIETO, Antonio; REGLA, Juan; JOVER, José María y SECO, Carlos: "Introducción a la Historia de España". 9ª ed.. Barcelona, Teide, 1972.

VICENS VIVES, Jaime: "Historia de España y América". Tomos IV y V. Barcelona, Vicens vives, 1972.

---: "Manual de Historia Económica de España". Barcelona, Vicens Vives, 1977.

VILLACORTA, F.: "Burguesía y cultura. (Los intelectuales españoles en la sociedad liberal: 1808-1931)". Madrid, Siglo XXI, 1980.

VILLARROYA, Joaquín: "Breve Historia del constitucionalismo español". Barcelona, Planeta, 1976.

VILLA-URRUTIA, Marqués de: "Las mujeres de Fernando VII". Madrid, Francisco Beltrán, 1925.

ZABALA, Pío: "Historia de España y de la civilización española" T V -"Edad contemporánea"- . Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1930.

ZANCADA, Práxedes: "El sentido social de la revolución de 1820". En *Revista Contemporánea*, T CXXVII, Julio-diciembre de 1903, pp 135-153.

## 5. OBRAS VARIAS SOBRE LA HISTORIA, LA LITERATURA Y SU RELACION

ALTAMIRA, Rafael: "Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX". En *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), XLVII, 1923, pp 178-185, 218-222, 247-256, 286-288.

AMOROS, Andrés: "Introducción a la novela contemporánea". Madrid, Cátedra, 1974.

---: "Introducción a la Literatura". Madrid, Castalia, 1980.

ALVAR, Manuel: "De novela histórica". En "Blanco y Negro", 5 y 12 de marzo de 1989. Año XCVII, Núms. 3636 y 3637, p 14.

ANGULO INÍGUEZ, Diego: "Discurso de contestación del Excmo. Sr. D..." al de ingreso en la Real Academia de la Historia de D. Carlos Seco Serrano. En *Perfil político y humano de un estadista de la Restauración: Eduardo Dato a través de su archivo* (Discurso Cit.). Madrid, R.A.H., 1978, pp 133-145.

ASIS, María Dolores de: "Novela e Historia". En *Formas de comunicación de la novela*. Madrid, Fundamentos, 1988, pp 113-131.

BALBIN DE UNQUERA, Antonio: "Novela y novelistas históricos en España". En *Revista Contemporánea*, Núm. 131, 1905, pp 385-407.

BANN, Stephen: "The clothing of Clio: A study of the representation of History in nineteenth-century Britain and France". Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

BARTHES, Roland: "Le discours de l'histoire". En *Poétique*, núm. 49, février de 1982, pp 13-21.

BLANCO AGUINAGA, Carlos: "La historia y el texto literario: tres novelas de Galdós". Madrid, Nuestra Cultura, 1978.

BONNOT DE MABLY, Gabriel: "L'historien, le romancier, le poète". En *Poétique*, février de 1982, pp 5-12.

BOUVIER-AJAM, Maurice: "Essai de Methodologie historique". París, 1970.

BUCETA FACORRO, Luis: "Introducción histórica a la Psicología Social". Barcelona, Vicens-Vives, 1979.

---: "Fundamentos Psicosociales de la Información". Madrid, Ed. Centro de Estudios Ramón Areces, S.A., 1992.

CARR, Edwar H.: "¿Qué es la historia?". Londres, 1961. Reeditado en Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.

CARRARD, Philippe: "Récit historique et fonction testimoniale. Les archives de *la Grande Guerre*". En *Poétique*, Núm. 65, février de 1986, pp 47-61.

CARRERAS ARES, Juan-José: "Categorías historiográficas y periodización histórica". En "Once ensayos sobre la Historia". Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp 49-66.

COLLINGWOOD, R.G.: "Idea de la historia". México, F.C.E., 1952.

CROCE, Benedetto: "La historia como hazaña de la libertad". México, F.C.E., 1960.

CHILDE, V.G.: "Teoría de la historia". Buenos Aires, La Pléyade, 1976.

FERRERAS, Juan Ignacio: "Catálogo de novelas y nove listas españoles del siglo XIX". Madrid, Cátedra, 1979.

FONTANA, Josep: "La historia". Barcelona, Salvat, 1979.

GARRIDO GALLARDO, Miguel: "Introducción a la Teoría de la Literatura". Madrid, A.G.E.L., 1975.

GOMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: "La obra de Armando Palacio Valdés como testimonio histórico de la España de la Restauración". Tesis Doctoral mecanografiada. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, 1979 (2 Vols.)

GULLON, Ricardo: "La historia como materia novelable". En *Anales Galdosianos*, 5, 1970, pp 23-37.

HUIZINGA, Johan: "El concepto de la historia". México, F.C.E., 1946.

JOVER ZAMORA, José M.: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)". En "El siglo XIX en España: doce estudios", dirigido por el mismo profesor Jover. Barcelona, Planeta, 1974, pp 9-151.

---: "Corrientes historiográficas en la España contemporánea". En "Once ensayos sobre la Historia". Madrid, F. Juan March, 1976.

---: "Edición, introducción y notas" a "Míster Witt en el Cantón" de R.J. Sender. Madrid, Castalia, 1987.

---: "De la literatura como fuente histórica". En Boletín de la Real Academia de la Historia, T CLXXXIX, Madrid, En-Abr 1992, pp 23-42.

LANDE, Louis: "Le Roman patriotique en Espagne". En *Revue des Deux Mondes*, 1876, pp 934-945.

LEFEBVRE, Lucien: "Combates por la Historia". Barcelona, Ariel, 1970.

LUKÁCS, George: "La novela histórica". Barcelona, Grijalbo, 1976.

LLORENS, Vicente: "Aspectos sociales de la literatura española". Madrid, Castalia, 1974.

MARAÑÓN, Gregorio: "El mundo por la claraboya". En su *Obras Completas*. Tomo IV, Madrid, Aguilar, 1968, pp 867-870.

MARAVALL CASESNOVES, José-Antonio: "Discurso de contestación del Excmo. Sr. D..." al de ingreso del profesor Jover Zamora en la R.A.H.. En "La imagen de la Primera República...". Madrid, R.A.H., 1982, pp 135-151.

MATHIE-COLAS, Michel: "Récit et vérité". En *Poétique*, Núm. 80, novembre de 1989, pp 387-403.

---: "Les acteurs du récit". En *Poétique*, 19, 1974, pp 357-367.

ORTEGA Y GASSET, José: "Historia como sistema". Madrid, Rev. de Occidente, 1975 (7ª Ed.).

PALOMO VAZQUEZ, Pilar: "Introducción a las *Escenas Matritenses* de Ramón Mesonero Romanos". Barcelona, Planeta, 1987.

---: "La novela histórica en la narrativa actual". En *Narrativa española actual*. Madrid, Edición de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990, pp 75-89.

PONS, Joseph-Sebastián: "Le Roman et l'histoire: de Galdós à Valle-Inclán". En *Hommage à Ernest Martinenche*. París, d'Artrey, 1939, pp 381-389.

PUECH, Jean-Benoît: "Du vivant de l'auteur". En *Poétique*, Núm. 63, septembre de 1985, pp 279-300.

ROMERO TOBAR, Leonardo: "Madrid, motivo y tema literario". En *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, III, 1968. pp 289-295.

SALVAT, Ricard: "Personaje y tipo social". En *El Personaje dramático. Ponencias y debates...*, pp 267-279.

SANCHEZ ALONSO, Benito: "Fuentes de la historia española e hispanoamericana". Madrid, Publicaciones de la Revista de Filología Española (CSIC), Vol. III, 1953 (3ª Ed.)

SANTA CRUZ, Inés: "Reflexiones sobre la gramática del discurso narrativo en la novela histórica". En *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos. Volumen II de las Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid los días 20 al 25 de junio de 1983*. Madrid, C.S.I.C., 1986, pp 602-607.

SCHEMELING, Mandred: "Teoría y praxis de la Literatura Comparada". Barcelona, Alfa, 1984.

SECO SERRANO, Carlos:

- "Larra: el liberalismo idealista";
- "Mesonero Romanos: la pleamar burguesa";
- "**Los Episodios Nacionales como fuente histórica**";
- "Valle-Inclán y la España oficial";
- "Entre la acracia y el *Cirujano de Hierro*. Acotaciones a *Aurora Roja*".

Todos ellos en "Sociedad, Literatura y Política en la España del S. XIX". Guadiana, Madrid, 1973.

STANISLAVSKI, Constantin: "La construcción del personaje". Madrid, Alianza Editorial, 1975.

SUAREZ FERNANDEZ, Luis: "La exposición en el campo de la Historia. Nuevos temas y nuevas técnicas." En "Once ensayos sobre la Historia". Madrid, Fundación Juan March, 1976, pp 13-28.

TENSCHERT, Joachim: "El personaje colectivo". En *El Personaje dramático. Ponencias y debates...*, pp 19-26.

TOPOLSKY, Jerzy: "Metodología de la Historia". Madrid, Cátedra, 1985.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: "Metodología de la historia social de España". Madrid, Siglo XXI, 1974.

UNAMUNO, Miguel de: *Ensayos*. Madrid, Aguilar, 1964.

VALBUENA PRAT, Angel: "Historia de la literatura española". Barcelona, 1953.

VARGAS LLOSA, Mario: "Historia y novela". En "El País", 1 de abril de 1990, p 11.

VILAR, Pierre, SOBOUL, Albert, y otros: "La historia hoy". Barcelona, Avance, 1976.

VILLEGAS, Francisco F.: "Impresiones literarias". En *La España Moderna*, Núm. 51, 1893, pp 199-207.

VINCENT, Ephrem: "Lettres espagnoles". En *Mercure de France*, 27, 1898, 305-307.

WOLTERSTORFF, Nicholas: "Characters and their names". En *Poetics*, 8, 1979, pp 101-127.

ZAVALA, Iris M<sup>a</sup>: "Ideología y política en la novela española del siglo XIX". Salamanca y Madrid, Anaya, S.A., 1971.